

**“Un canto a la vida”**

# **TODAS las CANCIONES de ROCK**

**Trilogía Del Otro Lado  
Volumen 1**



**BEATRIZ BARÓ**

**“Un canto a la vida”**

# **TODAS las CANCIONES de ROCK**

**Trilogía Del Otro Lado  
Volumen 1**



**BEATRIZ BARÓ**

SINOPSIS

**“He intentado comprender qué ves en esos chicos, Cristina, pero soy**

**incapaz.**

**Son violentos, precoces, maleducados y arrogantes. ¿Se puede saber dónde encuentras su gran atractivo?”**

Libres, salvajes y enamorados del *rock and roll*, los Sustain Souls comparten un objetivo por el que luchar: llegar a ser estrellas de *rock*. Durante un mediodía de julio encuentran un misterioso lugar donde forjar sus sueños. Sin embargo, lo que

parece una inocente casualidad se revela como un lugar que parece estarles

predestinado y que puede convertirse en su mayor bendición o su peor condena, un

lugar capaz de cambiar sus vidas para siempre.

Comienza así la primera parte de una apasionante trilogía de aventuras, fantasía y misterio que te atraparás desde sus primeras páginas.

© Beatriz Baró Sánchez, 2016

Diseño de cubierta: Pablo D. Rodríguez

Primera Edición : Noviembre 2016

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes (Art.

270 y siguientes del Código Penal), queda rigurosamente prohibida, sin

autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el

tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o

préstamo público.

[www.trilogiadelotrolado.com](http://www.trilogiadelotrolado.com)

[www.trilogiadelotrolado@gmail.com](mailto:www.trilogiadelotrolado@gmail.com)

A mis padres,

por darme siempre tanto

sin pedirme nunca nada a cambio.

Y también para Sergio Gómez, Diana Jiménez,

Agustín Gómez, Esther Muñoz,

Andrés Sánchez y Alberto Constantino,

por ser ellos los primeros Sustain Souls.

## AGRADECIMIENTOS

En el verano de 2005 decidí grabar un corto con una cámara casera en

Parrillas (Toledo). Se llamaba *El otro lado*. Para lograrlo, movilicé a todo el pueblo: me prestaron trajes, coches, casas, me permitieron grabar en lugares públicos y veintenas de personas se prestaron voluntarias para trabajar como actores. A consecuencia, el corto comenzó a alargarse. Me surgían nuevas ideas, nuevos personajes, nuevos conflictos dramáticos... Las posibilidades de *El otro lado* se hicieron tan grandes en mi mente que enseguida comprendí que un cortometraje

casero no podría reflejar tantísimas ideas. Once años después, quiero agradecer a todas las personas que de un modo u otro colaboraron desinteresadamente en aquel

desastre que nunca vio la luz, ofreciéndoles en forma de novela esta primera parte

de aquella historia. Gracias, Parrillas.

Gracias también a mis padres, por apoyarme durante el año y medio de creación de esta novela, a mi hermano Gustavo, por mantener la compostura ante mis lunáticas sugerencias sobre física cuántica (entre otras varias), a mi tío Jerry, por soportar incansable todas mis preguntas sobre música, a mis amigos más

cercanos, por tener siempre palabras de ánimo y de apoyo, y a mis lectores cero: María Calderón, Teresa Martín, Esther López y Noemí Sánchez; a los diseñadores

de la página web: Úrsula Poveda y Platón Kiriyanov; y a Polina Kiryanova, Inna Blanco, Diego Rodríguez y Víctor Algaba por todo su esfuerzo y perseverancia en

su ayuda con las ilustraciones. A César García, Jose Javier Rodríguez, Jorge Gómez, Juan José Muñoz... y todos los que han aportado su granito de arena sin esperar nada a cambio.

Pero, sobre todo, quiero dar las gracias de corazón a mi madre y a Poli, por ser siempre tan entusiastas, tan críticas en el contenido y tan fieles a los personajes y

sus aventuras. Sin vuestra fe en mí y en la historia, quizá este libro aún estaría inconcluso.

*Let the children lose it*

*Let the children use it*

*Let all the children boogie*

«Starman», David Bowie[1]

Prólogo

A sus once años, Santiago no recordaba haber visto jamás nada igual. Era una sofocante mañana de verano, las golondrinas planeaban bajo un cielo diáfano y la

sierra de Gredos se alzaba majestuosa sobre las encinas de la dehesa. El calor había

aletargado los sonidos de la naturaleza y en el intenso silencio del llano apenas llegaban, en sordos rumores, los lejanos ladridos de los perros pastores, el zumbido de los insectos y el crujir de las secas espigas bajo los pies del muchacho.

Pero la mente de Santiago se encontraba muy lejos de semejantes banalidades.

Su pensamiento y su alma estaban completamente absortos en una cosa asombrosa,

algo que superaba en abismos de distancia las expectativas que cualquier chico de su

edad pudiera albergar ante las posibilidades de un pueblo tan pequeño e insignificante como Vistaclara.

Sobre su cabeza se erguía, solemne, una vetusta encina de proporciones

admirables. Su tronco corpulento y grueso surgía voraz de entre la maleza y se alzaba hasta desplegarse en cuatro fornidas ramas que se extendían, casi

horizontalmente, en diferentes direcciones. Sus oscuras hojas verdes poblaban la copa y caían unas sobre otras hasta acariciar el suelo, produciendo un espeso follaje

a su alrededor.

Aunque las colosales proporciones de la encina la hicieran destacar entre sus iguales, no era esto, precisamente, lo que había llamado la atención del niño,

sino

algo realmente llamativo que había logrado vislumbrar entre sus hojas cuando pedaleaba en su bicicleta desde el camino adyacente al prado.

Al principio solo fue un rápido destello, un fulgor que apenas llamó su atención, pues era cosa común que los campesinos utilizaran objetos brillantes para

ahuyentar a los pájaros. Pero el fulgor apareció de nuevo tras varios pedaleos y Santiago constató entonces que aquel resplandor era mucho más llamativo y

brillante que ningún pequeño objeto metálico colocado de cara al sol. Rielaba entre

el follaje del árbol al final de aquel extenso prado, cuya cancela de hierro forjado conectaba directamente con el camino y se encontraba escoltada por dos pequeñas

columnas de piedra. Era esta cancela de color verde oscuro y estaba dividida en dos

láminas unidas por un tosco cerrojo. A continuación de las columnas se extendía un

bajo muro de grandes piedras colocadas unas sobre otras hasta alcanzar un metro escaso de altura. Este muro delimitaba el territorio del prado y lo separaba del camino y las cercas contiguas.

Movido por la singular curiosidad propia de los niños, Santiago frenó su

bicicleta, la dejó caer en la orilla de la vereda y se detuvo frente al prado. Descorrió con esfuerzo el grueso cerrojo de hierro oxidado. Cuando la puerta se abrió, los goznes se estremecieron en un inquietante chirrido que rompió la quietud del paraje.

Se preguntó de quién podría ser el terreno y si el dueño en cuestión andaría por allí cerca. Aquello le resultó poco probable, al tener en cuenta que era

pleno mediodía y el sol atacaba implacable sobre el llano.

Con este pensamiento y a paso decidido, se adentró campo a través en dirección a la encina. Cuando apenas distaba veinte metros del árbol, distinguió lo

que le pareció una serie de tablas de madera superpuestas sobre las ramas. Su curiosidad aumentó y aceleró el paso. Al llegar al árbol tuvo que agacharse para deslizarse bajo sus ramas. Una vez se hubo incorporado, alzó su rostro al frente y

descubrió estupefacto una impresionante cabaña de madera construida sobre las ramas inferiores de la encina.

La cabaña no era, ni mucho menos, similar a todos aquellos intentos

frustrados que abundaban en las encinas y olivos de los alrededores del pueblo.

Aquella cabaña había sido construida con tal método y eficacia que podría considerarse el sueño de cualquier muchacho. Estaba asentada sobre una plataforma

de madera, la cual había sido clavada a las ramas inferiores para salvar de este modo el espacio entre ellas. Sobre esta plataforma se erigía la casa en sí misma, y a la izquierda de la misma se extendía una espaciosa terraza delimitada por una barandilla de madera. La cabaña, de más de dos metros de altura, presentaba un bonito tejado a dos aguas y dos espaciosas ventanas en cada fachada.

Rodeó la encina y descubrió maravillado la puerta de la misma en la fachada adjunta a la terraza. Se trataba de una sencilla lámina de madera colgada con bisagras en el marco del umbral, sin picaporte ni cerradura.

Al caminar hasta su parte trasera, descubrió una rústica y primitiva escalera de



madera que conectaba el suelo con la parte posterior de la terraza, lugar en donde la

barandilla se partía bruscamente. A diez metros escasos de la escalera se alzaba el

pequeño muro de piedras que separaba aquella cerca del prado posterior.

Resultaba asombroso que nada de aquello pudiera apreciarse en la distancia gracias al espeso follaje de la encina.

Tan admirado se encontraba Santiago que ni siquiera se sintió capaz de lanzar un silbido de asombro, tal y como era su costumbre cuando algo llamaba

poderosamente su atención. Por el contrario, se apartó el flequillo dorado de la frente con un tosco manotazo y permaneció casi un minuto contemplando aquella maravilla en un reverente silencio, mientras las preguntas se agolpaban en su cabeza: ¿Quién sería el dueño de aquella cabaña? ¿Cuánto tiempo habría tardado en

construirla? ¿Cuántas personas conocerían su existencia?

Sin apartar la mirada de la casa, se dirigió a la escalera y subió con decisión hasta llegar a la terraza.

Contempló el oscuro follaje de las hojas de la encina, el cual decoraba todo su campo de visión. Luego se percató de los huecos libres que habitaban entre las ramas, los cuales permitían vigilar la entrada del prado y las cercas contiguas. Le resultó de lo más satisfactorio la posibilidad de observar los alrededores sin poder

ser visto. Pero su cabeza seguía haciéndose innumerables preguntas y enseguida se

apresuró a realizar un pormenorizado análisis de la construcción de la cabaña.

La barandilla estaba formada por delgadas maderas cilíndricas clavadas unas a

otras, y tanto la base de madera como las fachadas de la casa habían sido clavadas

en las ramas a golpe de martillo utilizando clavos nuevos. Aquello significaba que

alguien se había gastado una generosa cantidad de dinero en el empleo de

materiales. Las ocho ventanas estaban enmarcadas por pequeñas láminas de madera,

pero ninguna de ellas tenía cristales.

Después de realizar esta serie de observaciones, Santiago cruzó el umbral de la entrada y se encontró en una amplia estancia invadida por la penumbra.

Inesperadamente, su corazón se aceleró sobrecogido y dejó escapar un grito de pánico; había una pequeña figura humana frente a él. Todavía sintió el enloquecido

latir de su corazón durante un largo instante antes de percatarse de que se trataba de sí mismo. Comprendió entonces que ante él se hallaba un espejo de casi dos metros

de altura. Advirtió con asombro y curiosidad que estaba roto. Su reflejo se hallaba

dividido en grandes fragmentos que formaban diferentes triángulos en torno a un punto ubicado en la parte superior del cristal, el cual parecía ser el centro del impacto, pues se mostraba violentamente astillado. Por lo demás, el espejo era estrecho y no tenía marco. Había sido apoyado contra la pared, justo enfrente de la

puerta.

Observó su reflejo desaliñado, el pelo revuelto y crecido hasta la nuca, su rostro cubierto de pecas y la piel tostada por el sol. Su camiseta de los Doors, de un negro descolorido, sin mangas y varias tallas demasiado grandes para su estatura.

Jim Morrison le observaba en silencio desde el otro lado del espejo. Contempló también su bañador rojo y las botas negras de lona. El polvo flotaba en el aire al

contraluz de un rayo de sol que caía oblicuamente sobre el espejo a través de una de las ventanas.

Paseó su mirada en derredor y comprobó que no había nada más en la sala.

Sobre su cabeza descubrió las vigas de madera que sostenían el tejado. Admiró una

vez más la pulcritud de la construcción y paseó por el interior de la estancia, sintiéndose presa de un auténtico estado de hipnosis. Trató de imaginarse al propietario de la cerca trabajando en la construcción de la cabaña, pero este debía

ser un hombre mayor, sin duda, de tez morena, rudos modales y acostumbrado a la

vida del campo. Aquella realidad no cuadraba con la idea de construir una casa en

un árbol. Luego imaginó un grupo de muchachos de su edad trabajando de sol a sol

con martillos, sierras y vigas de varios metros de longitud. Semejante idea le resultó tan improbable como la anterior. Se dijo entonces que tal vez se tratase de un grupo de adultos, pero tampoco encontró demasiada lógica a esta tercera hipótesis.

Aquella casa resultaba tan fascinante e inapropiada para un lugar como Vistaclara que por más que pensó en diferentes probabilidades no fue capaz de

encontrar una

explicación apropiada.

Animado ante la posibilidad de adueñarse de ella, salió a la terraza y se sentó en el borde de la misma, dejando sus delgadas piernas colgadas en el vacío. Pataleó

ligeramente, presa de una creciente satisfacción. Su fantasía se desató rápidamente y

se imaginó como dueño indiscutible de la casa.

Semejante regalo caído del cielo merecía un tributo honorífico, de modo que rebuscó un cigarrillo arrugado y un pequeño mechero en sus bolsillos. Había logrado birlar el cigarro a su hermano Saúl, cinco años mayor que él, cuando este

había dejado su paquete de tabaco encima de la cama. Santiago fumaba desde los diez años y se había autoimpuesto desde entonces la estricta norma de no sobrepasar el consumo de tres cigarros a la semana, de tal manera que su hermano

no pudiera apreciar ningún evidente descenso en el número de sus cigarrillos.

Encendió el cigarro y aspiró el humo en un estado de felicidad absoluta. No podía negarse a sí mismo lo afortunado que era. El descubrimiento de la cabaña le

había cogido por sorpresa al regresar de la ferretería, en donde había encontrado que todo estaba en orden.

En efecto, tenía por costumbre ir todas las mañanas a contemplar su

escaparate. Era algo de lo que nadie parecía haberse percatado todavía, para gran alivio suyo. Y es que Santiago estaba obsesionado con el escaparate de la

ferretería

por la sencilla razón de que, desde hacía dos meses, su dueño había decidido incluir

en su repertorio de productos a la venta algunos instrumentos musicales de segunda

mano. En el escaparate resaltaban dos guitarras españolas, una acústica y una eléctrica. Santiago sabía que el dueño guardaba algunas más en el interior, pero él

se sentía fascinado por la guitarra eléctrica del escaparate. Una Fender Stratocaster

japonesa de 1971, con el cuerpo rojo y el golpeador blanco. También sabía que, de momento, aquel tesoro se encontraba muy lejos de sus posibilidades. Por eso acudía

al escaparate religiosamente cada mañana, con un nudo en el estómago y el corazón

en un puño. ¡Qué alegría sentía al descubrir que la guitarra todavía permanecía allí!

Solía suspirar de puro alivio al verla, mientras el nudo de ansiedad se desvanecía de

su estómago.

Entre tanto, mientras el destino parecía proteger cuidadosamente su futura adquisición, se conformaba con tocar la guitarra acústica de su padre.

Y mientras pensaba en todo aquello, continuó fumando, inmensamente

agradecido porque nadie hubiera comprado todavía la Stratocaster y el destino le hubiera llevado ante aquella cabaña. Si hubiera tenido la guitarra acústica a mano,

no habría dudado en dejarse llevar por un arranque de inspiración, pero en aquel momento la guitarra descansaba en un rincón de su cuarto y nada se podía hacer al

respecto, de modo que se dedicó a evocar el rostro de Cristina. Imaginó su expresión de sorpresa cuando descubriera la cabaña. Él la ayudaría a subir a la terraza, tomaría su mano y se regocijaría al comprobar su asombro.

Cristina le había robado el corazón desde el primer momento en que la vio, apenas unos días atrás. Aquella chica había surgido de la noche a la mañana, convirtiendo su existencia rutinaria en un constante estado de felicidad y angustia a

partes iguales. Santiago sabía que Cristina solía ir a la piscina todas las tardes, y él se sentía volar por encima del mundo ordinario cuando la descubría nadando en el

agua o tumbada en el césped. Pero sufría auténticos ataques de desesperación cada

vez que llegaba a la piscina y comprendía, decepcionado, que ella no se encontraba

por allí. Comenzaba entonces una involuntaria y mortificante obsesión por vigilar

la puerta de entrada de manera constante. Le brincaba el corazón cada vez que alguna chica entraba en el recinto, para sentirse inmediatamente irritado y

deprimido cuando no se trataba de ella. Esto podía suceder muchas veces a lo largo

de la tarde, hasta que por fin su ángel aparecía por la puerta, con aquel sombrero de

paja tan gracioso y luciendo vestiditos de tirantes. Entonces observaba maravillado

cómo ella se sentaba en el césped, cómo dejaba sus grandes rizos cortos y

oscuros

al descubierto y una sonrisa iluminaba su rostro. Conocía aquel lunar redondo en su

mejilla izquierda, el colmillo montado que resultaba tan adorable cuando lo mostraba en sus carcajadas, sus ojos marrones y almendrados, su piel blanca y los

labios carnosos y abrasados por el sol.

Santiago sabía que estaba completamente enamorado de ella. Jamás se había sentido de aquella forma y no dejaba de sorprenderse ante la novedad de semejante

experiencia.

Solo existía un pequeño problema que le traía por el camino de la amargura.

Cristina tenía tres años más que él, le sacaba más de una cabeza en altura y desde

hacía un par de días formaba parte de la pandilla de su hermano Saúl. Estos tres factores reducían sus posibilidades de un noviazgo inminente a una estadística lamentable. Le resultaba terriblemente doloroso ver cómo su hermano bromeaba y

compartía con ella sus golosinas y helados.

Por otro lado, Santiago tenía constancia de que Saúl era un alma libre, alejado por completo de cualquier tipo de sensibilidad romántica. Le gustaba flirtear con todas las chicas por igual, sin tomar a ninguna en consideración. Aquello le producía tanto alivio como irritación. Saúl no se merecía a Cristina pero, gracias a

Dios, tampoco se mostraba especialmente atareado en demostrar lo contrario.

Santiago había intentado un par de veces acercarse a la chica con el fingido pretexto de tener algo que decir a su hermano. La primera vez le pidió algo de dinero para comprar un regaliz de picapica, pero el muy tacaño le despachó a gritos

ante el asombro de docenas de testigos. La humillación fue tan eficaz y fulminante

que tardó un día entero en reponer su dañada autoestima de semejante bochorno.

Luego ideó un plan más elaborado, se devanó los sesos durante un día y medio hasta dar con una excusa que le colocara en un estatus heroico, inteligente y maduro. No encontró nada similar. Pero, por el contrario, una divertida idea cobró

forma en su imaginación. Dos días después del incidente del regaliz, regresó a la piscina y se dejó caer de forma casual alrededor del grupo de su hermano. Llevaba

en sus manos un bocadillo de media barra de pan, untada a doble cara con Nocilla.

El efecto fue inmediato.

—¡Eh, tú! ¿Y ese *bocata*? ¡Dame un poco!

Santiago contempló a su hermano como si acabara de descubrirlo en ese momento.

—¿Me dices a mí?

—¿Tú qué crees? ¿Eres tonto o qué te pasa? Dame un poco, te he dicho.

El niño se encogió de hombros y se acercó de forma distraída. Observó a

Cristina, la cual le miraba con una amplia sonrisa, sentada en el césped junto al resto del grupo. Su pobre corazón se desbocó en el acto, pero trató de



aparentar normalidad. Había llegado la hora de recobrar su honor.

—Venga, dame la mitad. Es de buenos cristianos repartir el pan, ¿no lo sabías?

—Saúl extendió el brazo para arrebatarse el bocadillo, pero Santiago fue más rápido y evitó el robo.

—Claro que lo sé. Por eso voy a ofrecer primero a tus amigas.

Se hizo un eco de asombro entre las chicas, y Santiago comprobó con regocijo cómo la sonrisa de Cristina se hacía más grande.

—¡Qué adorable! —Claudia, la chica rubia de uñas pintadas, fue la primera en dar un bocado.

Saúl observaba confuso.

Alexander, el mejor amigo de Saúl, contempló divertido la situación y soltó una carcajada.

—¡Este chaval sabe lo que hace!

Luego le llegó el turno a la pelirroja, de la cual ni siquiera recordaba su nombre. Le metió un mordisco tan grande que Santiago llegó a sentir auténtica molestia. «¡Qué morro! ¡Con lo fea que es, encima!», se dijo, pero su rostro no movió ni un músculo.

Por fin llegó el turno de Cristina. Tomó el bocadillo con las dos manos y dio un bocado enorme. Lo masticó con placer y le hizo un gesto de aprobación con la mano.

Santiago sonrió embelesado. Hubiera podido morir allí mismo si no fuera porque otra vez percibió a Saúl tratando de arrebatarse el bocadillo. Sin

embargo, él

fue más rápido de nuevo y salió huyendo a toda velocidad. Oyó los gritos amenazadores de su hermano y se volvió para mirarle desde una distancia prudencial.

—¿Quieres un *bocata*, Saúl? ¡Bésame el culo, primero!

Le vio entonces echar a correr hacia él, con el semblante rojo y descompuesto por la ira, y de nuevo salió a la carrera, en dirección a la salida del recinto y sin ánimo de mirar atrás. No obstante, todavía pudo oír las carcajadas de las chicas, lo

cual supuso la cúspide de la gloria para su espíritu.

De esto hacía ya tres días y, desde entonces, el grupo entero le tenía en la suficiente consideración como para saludarle cuando le veían. Solo su hermano se

mostraba terriblemente irritado con él. Por desgracia, para poder progresar en su conquista, necesitaba un acuerdo de paz con Saúl. Había dedicado dos días con sus

dos noches a encontrar una forma de apaciguar la situación y hasta ese momento no

había tenido éxito, pero el destino acababa de proporcionar un giro celestial a los

acontecimientos. Conocía las necesidades del grupo y tenía algo que ofrecerle.

Pero, por supuesto, habría condiciones.

Sopesó con cuidado la forma en que debía exponer todo aquello ante su

hermano. Dio una última calada al cigarro y lo aplastó con fuerza contra la

madera.

Luego, para evitar riesgos, escupió una baba gigante sobre la maltrecha colilla y después se la escondió en el interior de sus botas de lona, bajo la planta del pie.

A continuación descendió las escaleras. Se agachó para sobrepasar las ramas de la encina y salió a campo abierto. Miró con cuidado a su alrededor. No vio nadie. Sin embargo, se sintió invadido por una incómoda sensación, como si alguien le estuviera observando. Se sacudió aquel extraño malestar de su espíritu y

aligeró el paso hacia la puerta de la cerca. De pronto se detuvo. Recordó cómo había descubierto la cabaña. El espejo seguía en la misma posición y, sin duda,

podría llamar la atención de personas no deseadas. Retrocedió velozmente sobre sus pasos, subió a la cabaña de nuevo y, con cuidado, colocó el cristal bocabajo sobre el suelo de madera. Luego se apresuró otra vez hacia el camino y, esta vez sí,

con una sonrisa dibujada en el rostro y el corazón rebosante de expectativas.

\*\*\*\*\*

## 15 AÑOS DESPUÉS

Los invitados

Doña Elisa aspiró el frío aire de la mañana y supo que las nevadas habían comenzado en las montañas de Gredos. Se cargó el peso de las bolsas de la compra

sobre sus delgadas caderas y caminó sobre las calles escarchadas y solitarias hasta

llegar al nuevo parque infantil, situado a las afueras del pueblo, donde las últimas

casas daban paso a los verdes campos extendidos a los pies de la sierra. Allí se detuvo, como venía haciendo cada mañana desde la Gran Explosión, se sentó en uno

de los bancos de madera y trató de recobrar el aliento.

Le dolían los huesos y sentía un irritante picor en la vieja cicatriz de la frente.

Alzó la mirada más allá de los brillantes tejaditos de las casas y clavó sus ojos en

los prados poblados de encinas.

Pensó en su nieta. Su mirada se colmó de orgullo, asomó a sus labios una leve

sonrisa y sintió sus carcajadas infantiles en los ecos de su memoria. Ni siquiera se

dio cuenta de que estaba empezando a chispear.

Luego vio aparecer al viejo Gredos por el camino de tierra, moviendo su cola negra y trotando felizmente con sus pequeñas patas.

—¡Gredos! —La anciana se levantó lentamente y lo observó perpleja—.

¿Cómo has podido escaparte...? —Oteó el final del camino, tratando de encontrar

allí la explicación que andaba buscando. No vio nada más allá de la dehesa salpicada

por algunas majadas y henares y, al fondo, las cumbres de la sierra en un azul frío y

desvaído. Suspiró y se dejó caer de nuevo sobre el banco de madera.

Gredos se acercó a sus pies, olfateó sus botas verdes de goma y la miró

expectante, suplicando, con su brillante mirada, alguna muestra de cariño. Doña Elisa le acarició la cabeza, le rascó la oreja izquierda y le llamó bribón, sinvergüenza y todas aquellas palabras que provocaban la felicidad inmediata del animal. Luego se levantó lentamente y sintió crujir los huesos de sus rodillas.

Gredos meneó el rabo con entusiasmo y comenzó a trotar hacia el camino por donde había aparecido previamente, en dirección a los verdes cortinales.

—Venga, vamos a ver cómo te has escapado. Hay que revisar ese agujero...

—

Pero su mente se encontraba ya muy lejos del agujero del jardín, su mente había viajado cuatro años atrás, pues Gredos no había vuelto a escaparse desde la mañana

previa a la Gran Explosión.

Llovía mansamente cuando llegó a su casa solariega. Sacó las llaves del

bolsillo de su falda y abrió la puerta principal. Entró en el cálido recibidor seguida por el perro, depositó las bolsas sobre un pequeño mueble, colgó su chubasquero en la percha, junto a la entrada, y dejó las botas de goma en un rincón, no sin antes

coger del mismo lugar sus zapatillas de lona. Después de calzarse cómodamente, tomó de nuevo las bolsas de la compra, atravesó el salón y se dirigió a la cocina para colocarlas sobre la encimera.

Observó a través de la ventana el cielo plomizo y la niebla fundida sobre el emparrado del jardín, y se recordó a sí misma que pronto debería realizar un encargo de leña para hacer fuego en el hogar. Luego sacó un cartón de leche de la

nevera, volcó un poco en un cazo y lo puso a calentar en la cocina de gas. A continuación dedicó varios minutos a preparar café en su vieja cafetera. Se sentó en

una de las sillas y esperó pacientemente a que se calentase la leche, escuchando el

golpeteo de la lluvia contra el cristal de la ventana. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Gredos no estaba en la cocina.

—Perro tonto, ¿dónde andas?

Gredos no apareció.

—Gredos, ¡ven aquí!

Transcurrió casi medio minuto de absoluto silencio. Aquello era demasiado asombroso.

—¿Gredos?

De pronto la anciana se sintió invadida por un repentino malestar.

—Gredos, ¡ven aquí ahora mismo!

Sin embargo, era ella la que, a pesar de sus reiteradas peticiones, se había levantado para ir en busca del animal. Salió de la cocina y sintió un inmenso alivio.

Allí estaba Gredos, sentado a dos patas ante la puerta que comunicaba la vivienda con el jardín, con las orejas en alerta y aquella expresión tan viva en su rostro.

Doña Elisa comprendió enseguida que algo sucedía, algo fuera de lo común.

Gredos se levantó nervioso al comprobar que por fin había logrado la atención de su dueña, y gimió consternado sin dejar de mirar la puerta.

—¿Pero qué es esto? ¿Se puede saber qué te pasa? —Preso de una extraña desconfianza, se dirigió a la cocina de nuevo para poder observar la situación

a través de la ventana.

Una esbelta figura acababa de entrar en su jardín. Vestía un chubasquero cuya capucha ocultaba su rostro y cargaba una pesada mochila a la espalda. La vio atravesar ágilmente el camino de piedra hasta llegar a la vivienda, en donde, finalmente, la perdió de vista. Al momento se oyó el breve sonido del timbre. Llena

de curiosidad, la anciana salió al pasillo y abrió la puerta. Entonces vio, emocionada, el conocido rostro de un joven de treinta años.

—¡Darío!

El chico se descubrió la cabeza y se sacudió los rizos que le caían empapados sobre la frente.

—Señora.

—¡Oh, Darío! ¡Qué alegría! ¿A qué se debe esta visita? Pasa, pasa, no te quedes

ahí.

Darío trató de esquivar los cariñosos brincos con los que Gredos le agasajaba en la entrada y se adentró en el pasillo.

—Señora... ¿Cómo está usted?

—¡Cuántas veces debo decirte que no me llames señora ni me llames de usted!

A mi nieta le daría algo si te oyera... Dame tu chaqueta, ¡hijo, estás empapado! Ven

a la cocina, estoy haciendo café, debe estar hirviendo.

El joven dejó la mochila en el pasillo, no sin antes abrirla y sacar un paquete

envuelto en una bolsa de plástico. Lo cogió y entró en la cocina.

Doña Elisa estaba llenando dos tazas de café con leche cuando reparó en el paquete que llevaba en sus manos. Lo miró fijamente, temiendo que se tratase de aquello que tanto esperaba.

Darío habló por fin.

—Lo he terminado.

Ella tomó aire y dejó la cafetera sobre la mesa. El muchacho le tendió la bolsa de plástico. Antes de que ella la hubiera tocado, sus ojos ya estaban llenos de lágrimas.

—¿Estás seguro...?

—Sí, totalmente. —Se sentó en la silla, completamente deprimido. Había sido un largo viaje en autobús desde León, tenía frío y hambre, pero el mayor motivo de

su tristeza era precisamente aquel encuentro. Aquella entrega marcaba el final. Todo

había terminado.

—¿No hay nada que quieras revisar?

—Está terminado.

—¡Ah...! —La mujer se enjugó el llanto y se sentó en una de las sillas.

Contempló la bolsa de plástico unos instantes, como si necesitara un tiempo extra para reunir las fuerzas necesarias. Luego la abrió lentamente y extrajo tres tomos de

cientos de páginas cada uno, escritos a doble cara y encuadernados en plástico de papelería.



—Las fotos están al final.

Sus manos buscaron las últimas páginas del primer tomo y su viejo corazón se aceleró cuando reconoció como familiares las fotos en color. Se recreó en aquellos

rostros infantiles, ecos de un pasado abatido por el transcurso de los años. De nuevo

hubo de enjugarse el llanto para aclarar su visión. Y una vez lo hubo hecho, cerró el

cuaderno, lo apretó fuertemente contra su pecho y contempló al joven escritor.

—Gracias, hijo, muchas gracias.

—Ha sido un placer. —Se mordió el labio—. Sin su ayuda no hubiera sido capaz de rellenar tantas lagunas.

La anciana no replicó. Parecía absorta contemplando las portadas de cada tomo. De pronto levantó la mirada.

—¿Qué?

—Nada, solo decía que...

—Darío, quédate el tiempo que quieras, estás en tu casa, ya lo sabes. No tienes

que marcharte hoy mismo, ni mañana tampoco.

—Gracias. En realidad no sé si quiero salir corriendo o quedarme aquí para siempre.

Ambos rieron.

—Debes tener hambre. Desayuna y ve a descansar. Voy a comenzar con la lectura inmediatamente.

La contempló inquieto.

—Tranquilo, hijo, seguro que todo está bien.

Darío desayunó abundantemente, al tiempo que charlaba sobre el viaje. Luego se levantó, recogió su mochila y se dirigió al cuarto de Cristina. Sintió un escalofrío al entrar, podía reconocer algunos de los libros y discos de música que

habían pertenecido a la joven. A pesar de que la habitación llevara años desocupada, el aire que la impregnaba tenía su alma, desprendía una energía alegre

y juvenil que producía nostalgia.

Sin querer pensar demasiado en ello, dejó la mochila junto a la cama, se descalzó y se tumbó sobre ella. Apenas tardó diez minutos en quedarse dormido.

Doña Elisa leyó casi de modo ininterrumpido durante tres días, en los cuales

Darío permaneció hospedado en su casa. El chico hubiera querido regresar a su tierra a la mañana siguiente de llegar a Vistaclara, pero una parte de él sintió lástima de abandonar a la anciana en un momento tan crucial para ella.

Al anochecer del primer día, doña Elisa terminó la lectura de la primera parte.

Aquella noche habló poco y ni siquiera cenó. Pero al día siguiente, cuando Darío bajó a desayunar, la encontró enfrascada en la lectura del segundo volumen. Fue entonces cuando el escritor comprendió, por fin, que todo iba bien.

Un día y medio después, doña Elisa terminó el tercer cuaderno. Y al hacerlo

se levantó, se abrigó y salió a dar un largo paseo. Cuando regresó a casa, llamó al muchacho y le hizo sentar en el sofá.

—Creo que hay algo que debemos hacer.

El chico la contempló confuso. La mirada de la anciana brillaban de un modo singular. Desde luego, algo extraordinario rondaba por su cabeza.

—Pero supone dar un paso adelante sin posibilidad de retroceso... Ojalá pudiera preguntar a mi niña si está de acuerdo conmigo.

Darío le dirigió una muda expresión de afecto.

—En cualquier caso, necesito que seas tú quien lo haga.

Doña Juana solía limpiar el polvo y ordenar su pequeña casa todas las mañanas antes de ir a la iglesia. Pero aquella lluviosa mañana estaba atareada con otros menesteres. A su nieto de ocho años se le había roto el remiendo del pantalón,

y como todos los demás estaban mojados en la cuerda de tender, la mujer se había

armado con sus viejas gafas de montura de pasta, una aguja y un dedal, y se había

sentado a la luz de una ventana para realizar una proeza en cinco minutos.

—¡Abuela, date prisa! ¡Llego tarde! —El niño se movía impaciente a su alrededor, en calzoncillos y calcetines, con una taza de Cola-Cao en la mano.

—Si me tapas la luz, difícilmente podré terminarlo. ¡Y haz el favor de calzarte o te vas a poner malo!

Fue entonces cuando sonó el teléfono colocado sobre la pequeña mesita del salón.

—¡Yo voy! ¡Yo voy!

—¡Cálzate!

—¿Diga? ¿Quién? Sí, está en casa. No, no puede, me está cosiendo el pantalón.

No, lo siento, adiós.

—¡Diablo de niño! ¡Qué cosas dices! ¿Quién es? ¡Vas a dejarme a mal con todo el pueblo!

—Era doña Gregoria, abuela.

—¿Y se puede saber por qué le has colgado?

—Dice que viene hacia aquí.

—Eso es precisamente lo último que necesitamos.

Sonó entonces el timbre de la puerta y ambos se miraron en silencio.

—¡Qué rápida!

—Señor... —Doña Juana se encaminó a su pequeño recibidor y abrió la puerta. Consternada, comprobó entonces que no se trataba de doña Gregoria, sino

de doña Justa, la cual ni siquiera se molestó en ser invitada para poder entrar.

Respiraba agitadamente y llevaba un paraguas empapado que dejó descuidadamente en la entrada de la casa.

—¡No te lo vas a creer! ¡No lo vas a creer, Juana!

Doña Juana guardó el paraguas en el paragüero y siguió a su amiga hasta el salón.

—¡Oh, Tomás! ¿Todavía aquí? Mis nietos ya se han ido al colegio.

—Se me ha roto el pantalón.

—Vaya por Dios. En fin, Juana, ¡no te lo vas a creer!

—No tengo tiempo para chismes, Justa. Tengo que coser el remiendo antes de...

Un nuevo timbrazo la interrumpió de nuevo.

—¡Yo abro, yo abro!

—¡Cálzate!

Tomás desapareció por el pasillo y al momento se oyó el sonido de la puerta al abrirse.

—¡Tomás! ¿Por qué no estás en la escuela? ¿Dónde anda tu abuela?

—En el salón.

—¡Por aquí, Gregoria! ¡Estamos aquí!

Doña Gregoria se encaminó al salón y encontró a las ancianas aguardándola con miradas expectantes.

—¡Justa! ¡Oh, no me digas! ¡Tú también lo sabes!

—Me ha llamado.

—¡A mí también! Saca el café, Juana. Esto es una primicia.

—¿De qué estáis hablando? ¿Se puede saber qué pasa?

—¡Abuela, el pantalón!

—Es Elisa, Juana.

A la anciana le cambió la expresión.

—¿Ha pasado algo?

Ambas asintieron con la cabeza. Doña Gregoria se sentó frente a ellas.

—Quiere decirnos algo.

—¿Algo? —Doña Juana se bajó las gafas para observarlas con mayor atención—. ¿Algo como qué?

—¡Algo! ¡Algo! Tenía la voz muy afectada.

—Sí, la tenía afectada.

—¿Cómo de afectada?

—Terriblemente afectada... ¿Verdad, Justa?

—¡Abuela, que llego tarde!

—Yo diría que estaba llorando.

—¡Eso mismo diría yo! Quizá quiera reconciliarse.

—¿Reconciliarse? En cuatro años no se ha retractado ni una sola vez. Lo último que desea es reconciliarse con alguien que no le dé la razón, porque jamás cambiará de opinión. —La anciana regresó a su tarea.

—¡Pues sería lo correcto! Bien sabe Dios que no le deseo ningún mal, pero me

gustaría de verdad verla en una disculpa... Una disculpa para todo el pueblo.  
—Y

los ojos de Justa brillaron de regocijo antes de fijarse en las galletas colocadas en

el tarro de cristal que Tomás había dejado sobre la mesa durante el desayuno  
—. A

ver, niño, dame una de esas para que la pruebe.

—A mí también, hijo, que ya tengo los ácidos en el estómago.

Tomás dirigió una mirada interrogante a su abuela, la cual le hizo un ademán con la mano para que se apresurara a servir las.

—Siempre lo digo, Juana, qué bien se está en tu casa, como en casa de Juana, en ningún sitio. ¿Verdad que lo digo, Gregoria?

—Sí, sí, siempre. Y es verdad. Esta casa es tan pequeña y cálida que dan ganas

de quedarse aquí dormida.

—Yo podría quedarme a vivir aquí.

—...Gracias —contestó la anciana, sin apartar la mirada de su tarea y no muy convencida de poder tomarse aquellas palabras como un cumplido.

—Bueno —reanudó Gregoria, tras mordisquear su segunda galleta con sus

tres dientes amarillos—. ¿Entonces a qué conclusión llegamos? ¿Qué opináis de todo esto?

—¡Que llego tarde!

—Sigo pensando que nos debe a todos una disculpa.

Doña Juana soltó un suspiro de agotamiento y dejó la aguja sobre el remiendo.

—Permíteme que te haga una pregunta. ¿De qué se supone que debería disculparse?

Doña Justa y doña Gregoria la contemplaron estupefactas.

—¿...De qué? ¿De qué?

—Sí, ¿de qué? Esa pobre mujer no tiene nada de qué disculparse.

—¡Abuela!

—¿Cómo que no? ¿Oyes eso, Justa? Esta mujer está perdiendo el juicio.

—Eso mismo digo yo. Te estimo, Juana, pero no soporto que la defiendas.

¿Acaso no intentó volvernos locos a todos con sus cuentos y mentiras? ¿Acaso no

es una estafadora? ¿Acaso no se ha vuelto una loca huraña y maleducada, que pasea

sola con ese perro y esa oveja vieja?

—Sí, Juana, reconoce que lo que hizo fue terrible, algo terrible. Todo el mundo sabe lo que pasó aquella noche. Y ella miente una y otra vez, una y otra vez... Desde sus declaraciones tras aquella noche este pueblo se ha convertido en un

circo para turistas y curiosos.

—¡Y maleantes! Ahora este pueblo está habitado por maleantes.

—Son jóvenes voluntarios para ayudar a la comunidad, Gregoria, no



maleantes.

—¡Visten como maleantes! ¿Por qué llevan esos aros colgando de las narices y los labios? ¿Por qué llevan los pelos largos y sucios con esos nudos como si nunca se hubieran peinado?

Doña Juana continuaba cosiendo en silencio.

—¡Y todo el dinero que Elisa está ganando con ese fraude!

Doña Juana levantó la mirada y una furia contenida relampagueó en sus ojos.

—Elisa jamás ha ganado nada con todo esto.

Doña Gregoria cambió dramáticamente su tono de voz.

—Lamenté profundamente lo que les sucedió a aquellos jóvenes. Rezo por ellos cada día de mi vida, Juana, pero construir mentiras a su costa es algo muy feo,  
terriblemente feo.

—Una bajeza.

La mujer las contempló impasible y de nuevo retomó su tarea.

—¿Creéis que habrá llamado a más gente? ¡Por Dios, Juana, di algo, cualquiera diría que te estamos aburriendo...!

Tomás soltó una carcajada que le obligó a doblarse en dos.

Doña Justa le contempló molesta.

—¿Qué le pasa a este niño? ¡Tomás, es de mala educación reírse de los mayores!

Por primera vez en aquella mañana, doña Juana sintió perder su templanza.

Dejó la aguja sobre el remiendo y se quitó las gafas para mirar mejor a sus interlocutoras.

—Os voy a decir dos cosas: Elisa no está mintiendo, solo defiende su verdad.

Estáis hablando de una persona que acarrea un sufrimiento inconcebible para

nosotras. Tengo a uno de mis nietos aquí presente, sé lo que es querer a un nieto y

os aseguro que si llegara el caso, y pido a Dios que no suceda jamás, sería capaz de

creer y de pensar cualquier cosa que me ayudara a mantener la esperanza.

—¡Abuela, cóseme el pantalón!

—Niño, calla cuando habla tu abuela.

—Y lo segundo que os debo decir es que, con todos mis respetos, no tengo tiempo para andar con estas habladurías, así que salid por esa puerta con viento fresco y ya nos veremos en la iglesia.

La miraron estupefactas.

—No puedo creerlo, Juana. Solo hemos venido a avisarte.

—Avisada estoy. Si Elisa quiere contarme algo, me llamará o vendrá

personalmente, que ya sabe donde encontrarme.

Salieron las dos mujeres de la casa, hablando entre murmullos y con un mal humor de mil demonios.

Luego la estancia se quedó silenciosa. Había un aire de tristeza en el salón cuando doña Juana reanudó su cometido.

—Abuela, ha sido más fácil que la última vez.

—Sí, corazón, eso parece.

Ya se había marchado Tomás al colegio cuando de nuevo sonó el teléfono.

—¿Dígame? Hola, Elisa, sabía que llamarías. ¡Por supuesto, ya sabes qué veloces son esas mujeres! —Soltó una suave carcajada y vio por la ventana el cielo

escampando y la luz del sol abriéndose paso sobre los brillantes tejaditos

colindantes—. ¿El sábado? ¿A las cuatro? Sabes que no puedo dejar a Tomás solo

en casa, sus padres no regresarán de Talavera hasta las nueve... Bien, entonces allí

estaremos.

Llovía torrencialmente a las cuatro de aquella tarde de diciembre. Desde la ventana del aseo superior, Darío contemplaba las encinas y los olivos meciendo sus

ramas en el viento, las quebradas del campo, con sus pequeños cerros poblados de

breñas y colinas escarpadas, las angostas veredas, guarnecidas por enredados y frondosos zarzales, la hierba fresca y salvaje, agitándose de un lado a otro como el

pelaje de un gato al ser acariciado por la torpe mano de un niño, y el cielo opaco,

denso y amenazador como el reflejo de la noche sin luna en el fondo de los pozos

de la dehesa.

Se había prometido a sí mismo que no se rompería por dentro, no al menos hasta que hubiera salido de Vistaclara para siempre. Y cuando eso sucediera, jamás

volvería a escribir. Era una decisión irrevocable.

Suspiró hondo y miró al cielo. Se sintió vacío. Escribir aquellas miles de páginas le había transformado para siempre y le había vaciado el alma. Ya nada le

importaba. Nada más en absoluto.

Por su parte, doña Elisa había pasado toda la tarde limpiando y preparando la casa en un sereno silencio. Ahora que el salón estaba ventilado, los cojines del sofá

mullidos y ordenados, el florero pulcramente colocado sobre la mesa comedor, y el

café y las tazas en la bandeja de metal sobre la pequeña mesa de descanso, solo los

invitados debían cumplir su parte.

Se oyó entonces el primer timbrazo de los muchos que se sucederían aquella noche. Darío despertó de sus pensamientos. «Acabemos cuanto antes». Y se encaminó al salón.

La primera persona en llegar venía acompañada de su nieto Tomás.

—Espero que no moleste demasiado.

—¡Bobadas, Juana! Sabes que me encantan los críos. Pasad rápido y dejad los paraguas en la entrada. Tomás, ¿quieres un chocolate con galletas?

—¡Claro!

Pasaron al salón, donde encontraron a Darío de pie ante la mesa comedor, en la cual había depositado el cuaderno.

Doña Juana lo miró sorprendida.

—¿Darío?

Él sonrió.

—Hola, Juana. Cuánto tiempo, ¿verdad?

La mujer trató de disimular el impacto que la presencia del joven había producido en ella. Recordó apenada los días en los que el chico la había entrevistado repetidas veces acerca de sus recuerdos de Cristina y el resto de los muchachos.

Recorrió con la vista los numerosos retratos de Cristina, colocados en los muebles del salón, y sintió que aquella noche iba a resultar más dolorosa de lo esperado. Luego hizo sentar a Tomás a la mesa comedor y le instó a esperar pacientemente la llegada del chocolate caliente. A continuación, miró detenidamente

a doña Elisa, la mujer que había sido su leal amiga durante más de sesenta años.

Observó cómo reordenaba las tazas y la cafetera sobre la pequeña mesita.

Desde la Gran Explosión apenas habían vuelto a hablar. Durante los primeros meses, doña Juana había tratado de ayudar a la anciana, pero esta última se había recluso en un silencio sepulcral y había dado la espalda a cualquier tipo de actividad pública. De modo que comenzaron a verse únicamente de forma fortuita,

al cruzarse en las calles o encontrarse en las tiendas. A veces se la podía ver

en el

campo, atareada en su huerto durante las mañanas de primavera o dando largos paseos en los caminos del valle durante los atardeceres de verano. Pero jamás conversaba; saludaba educadamente y continuaba su camino.

Ahora que doña Juana la tenía frente a sí, sentía de nuevo la antigua necesidad de acercarse a ella, de preguntarle, ayudarla, tratar de consolarla de algún modo.

Pero no supo qué hacer y terminó por sentarse en el sofá.

Como si doña Elisa hubiera leído sus pensamientos, dejó las tazas del café sobre la mesa y la miró con una serena sonrisa. Se acercó a ella y tomó sus manos.

—Juana... —Quiso decir algo más, pero se contuvo. Apretó las manos de la anciana con fuerza y añadió con un brillo insólito en su mirada—: Solo espera un poco más.

Doña Juana se sintió entonces profundamente abatida por la tristeza. A su corazón llegó el implacable presentimiento de que aquella tarde iba a ser una auténtica locura que daría que hablar a las malas lenguas de Vistaclara durante varios años.

Tras su llegada se continuaron muchas más. Don Ignacio, el párroco; don

Sebastián, el pianista de la iglesia; doña Anatolia, la vecina de doña Elisa y, en general, mujeres que habían vivido durante toda su vida en Vistaclara, trabajadoras

del campo y las granjas, vecinos y antiguas amigas de doña Elisa. Todos ellos reconocieron a Darío porque habían sido entrevistados por él pocos años

atrás. Y la

mayoría caminaban con sus bastones a paso lento, encorvados y con pañuelos o sombreros cubriendo sus blancos cabellos. Sonrisas desdentadas, rostros cuarteados y miradas sagaces, longevas y brillantes bajo sus párpados caídos.

Muchas personas se mostraron afectuosas, otras frívolas y superficiales, pero la anfitriona recibió a todas con el mismo grado de hospitalidad y educación.

Cuando el sofá, los sillones y las tres mecedoras estuvieron ocupados, doña Elisa alojó a las invitadas restantes en las sillas de madera colocadas alrededor de la mesa del comedor. En apenas un cuarto de hora, el salón comenzó a rebosar bullicio y movimiento.

La sorpresa resultó clamorosa incluso para Darío cuando un nuevo timbre dio paso a la llegada de una docena de jóvenes veinteañeros. Se trataba del grupo ecologista que, tras la Gran Explosión, se había instalado en Vista Clara para ayudar

a la comunidad. A la vista de sus holgadas y coloridas vestimentas, sus *piercings*, sus rastas y su fresca y natural simpatía, la mayor parte de las ancianas redujo su recibimiento a un desconfiado y silencioso escrutinio. Pero los jóvenes no se dieron por ofendidos, más bien al contrario, se mostraron tan afectuosos con el grupo de mujeres como con la propietaria de la casa. Darío sintió un súbito alivio

al comprender que aquella brecha intergeneracional jugaba en gran parte a su favor

y, contemplando la situación con renovados ánimos, se sentó en una de las sillas de

madera mientras el grupo de chicos y chicas se instalaba despreocupadamente en el

suelo del salón y del recibidor, descansando principalmente sobre las acogedoras alfombras que cubrían los rústicos baldosines del hogar.

A continuación doña Elisa sirvió refrescos, cervezas, café y chocolate caliente acompañado de pastas.

Según avanzaba la tarea, eran muchas las ancianas que se miraban entre sí, con semblantes de duda y escepticismo, sin saber exactamente lo que podía pasar seguidamente.

Por su parte, los jóvenes se mostraban bastante más confiados y tranquilos. Y solo Tomás, que disfrutaba de su chocolate caliente junto a Darío, y Gredos, que había logrado un puesto de honor entre los brazos de una de las chicas, parecían ajenos a las expectativas colectivas.

Finalmente, una vez la merienda fue repartida entre todos, doña Elisa se situó en el centro del salón, junto a Darío, y habló con voz firme y serena. Los invitados

guardaron un silencio que, si no era demasiado reverente, al menos era fruto de una genuina curiosidad.

—Quiero daros las gracias a todos los que habéis venido. Debéis saber que no he dejado a ninguna persona de Vistaclara excluida de esta reunión. Todos habéis sido invitados. Muchos ya conocéis a Darío, era íntimo amigo de mi nieta Cristina.

Se produjo un murmullo general y las miradas se reenfocaron en el joven con nuevas expresiones de asombro y curiosidad. Darío se sintió desnudo y decidió mantener la vista fija en el suelo.

—Hace cuatro años... —continuó la anciana—, tras la Gran Explosión, le pedí

a Darío el favor más grande que jamás le he pedido a nadie. —Hizo una pausa



—. Le

pedí que escribiera la biografía de Cristina.

El silencio del público comenzó a adquirir dimensiones más trascendentes.

—Y aunque al principio se negó rotundamente debido a las implicaciones afectivas que semejante tarea suponía, finalmente, hace tres años, accedió a hacerlo.

Durante todo este tiempo Darío ha trabajado en la investigación de los lugares y las

personas que mayor influencia tuvieron en la vida de mi nieta. —Doña Elisa paseó

su mirada entre el grupo de ancianas—. Muchos de vosotros ya sabéis de quiénes

se trata. A todos ellos les visteis crecer, jugar, reír y llorar... —Pareció querer decir algo más, pero se contuvo—. No quiero adelantarme a la tarea de Darío, solo

quisiera decirles que el manuscrito que tiene en sus manos es fruto de muchas lecturas; lecturas de diarios, cartas, notas... incluso fotografías. No os pido que creáis palabra por palabra, porque una biografía que habla de muchos años atrás está condicionada por el olvido y las lagunas propias del paso del tiempo.

En este punto, Darío se volvió hacia doña Elisa tratando de replicar algo pero,

ya fuera por timidez o por inseguridad, finalmente decidió mantener el silencio. Y

como doña Elisa no se percató de este detalle, continuó hablando.

—He convencido a Darío para que os lea la biografía.

El silencio se vio quebrado bruscamente por una sorpresa general. Darío contempló inseguro las expresiones del grupo de ancianos. Varias mujeres parecieron mostrar un descarado rechazo ante semejante iniciativa al tiempo que el

párroco exhalaba un agridulce suspiro y don Sebastián movía la cabeza con expresión abatida. A pesar de que era obvio que doña Elisa se había percatado de ello, no se amilanó ante la situación.

—Ahora solo puedo pedir dos cosas: la primera, teniendo en cuenta que os he reunido para escuchar el relato, os pido que no provoquéis interrupciones mientras dure la lectura. Si alguno de los presentes no se siente especialmente atraído por semejante propuesta, es libre de salir por esa puerta en este momento.

Se hizo un silencio tenso y profundo. Los invitados se miraron entre ellos y murmuraron a los comensales más próximos, pero ya fuera por respeto, por simple

curiosidad o incluso por el ácido sentimiento de poder atestiguar la experiencia, todos permanecieron en sus asientos.

—Y lo segundo —prosiguió doña Elisa—, si de verdad os vais a quedar, debéis quedaros hasta el final. No me gustaría que juzgaseis precipitadamente la vida de mi nieta. Esto es una mala costumbre que se ha venido haciendo durante muchos años, y esta noche todos tenéis la oportunidad de cambiar vuestros puntos

de vista por otros más auténticos y fieles a la realidad.

Aquellas palabras parecieron ser demasiado grandes para la mayoría de los invitados. Percatándose de las caras de confusión que había logrado con sus palabras, doña Elisa se aclaró la voz y añadió:

—Lo que os quiero decir es que quizás habéis tenido opiniones equivocadas acerca de todo lo que pasó... Y esta noche podréis rectificar.

Esta vez se produjo un descontento general entre los invitados de la tercera edad. Darío pudo observar cómo incluso doña Gregoria y doña Justa se llevaban las

manos a la boca y lanzaban exclamaciones de asombro.

Nada de esto detuvo a doña Elisa, la cual, haciendo un último alarde de seguridad, concluyó:

—Muchas gracias de nuevo por estar aquí.

A continuación se volvió hacia Darío, provocando que toda la audiencia siguiera su mirada conjuntamente.

Este tragó saliva, se acomodó en su silla y abrió el cuaderno.

—Por favor..., un momento, un momento. —De pronto, uno de los jóvenes se levantó y paseó una firme mirada a la audiencia.

Los chicos que estaban sentados a su alrededor le apremiaban con susurros de ánimo. Doña Elisa lo observó expectante.

—Verá, oiga, nosotros... Es muy importante para nosotros estar aquí esta tarde. Ha sido... —Dudoso, trató de entrever algún tipo de reacción en doña Elisa,

la cual, percatándose de ello, le animó a continuar con una afirmación de cabeza —.

Ha sido una sorpresa enorme que usted nos llamase y nos invitara a su casa.

Cuando

vinimos a Vistaclara hace cuatro años, creímos que podríamos acercarnos a usted y

preguntarle... preguntarle cosas. Pero luego nos dimos cuenta de que no éramos los

únicos que queríamos respuestas y que usted no quería hablar. Le aseguro que supimos entender la situación. Y por eso esta noche nos sentimos privilegiados por

estar aquí. Muchas gracias.

Doña Elisa esbozó una breve sonrisa y tomó asiento junto a Darío, al tiempo

que el pequeño Tomás, ya con el estómago lleno, buscaba un hueco en el sofá, cobijándose en las faldas de su abuela. Y Darío se limitó a contemplar el murmullo

general en actitud de espera.

Después de un minuto la sala quedó en silencio y Darío comenzó a leer con voz clara y pausada:

—«Libro primero: *Todas las canciones de rock*.

En el verano de 1997 Cristina tenía catorce años...».

LIBRO PRIMERO

TODAS LAS CANCIONES DE ROCK

1

En el verano de 1997 Cristina tenía catorce años. A pesar de que había visitado

Vistaclara numerosas veces a lo largo de su vida, no se podría decir que aquellas cortas visitas la hubieran hecho conocida en la pequeña comunidad. Los motivos de

esta falta de integración se debían principalmente a que los muchachos de su edad

solían crear sus lazos de unión durante las largas vacaciones de verano, temporada

en la cual Cristina y su abuela viajaban a Asturias a visitar al hermano del padre de

Cristina. Pero en el invierno del noventa y siete, su tío vendió sus tierras y partió con su familia a Argentina. Fue entonces cuando doña Elisa decidió que había llegado el momento de pasar unas largas vacaciones en Vistaclara.

Nada pudieron decir los padres de Cristina al respecto, porque la chica era huérfana desde los dos años de edad. Tampoco tenía hermanos ni hermanas, de modo que su abuela materna era la única familia directa de la que disponía. Sin embargo, no existía en el corazón de la adolescente ningún vacío afectivo que pudiera traicionar su espíritu alegre y desenfadado. Sentía una devoción absoluta por su querida abuela y no necesitaba a nadie más en el mundo para sentirse segura

y protegida.

Doña Elisa, la abuela de la chica, había nacido y vivido en Vistaclara durante

sus primeros quince años de vida. Hija de padres ganaderos, había abandonado la escuela a los ocho años para ayudarles en el trabajo del campo. A pesar de que sus

padres trataron de tener más hijos, su madre no pudo volver a concebir. Elisa fue criada como hija única, aunque en aquellos días esta situación no resultara ningún

privilegio.

Al cumplir los dieciséis, sus padres la enviaron a Madrid en busca de un futuro

con mejores perspectivas que la ganadería, y apenas tres meses después encontró trabajo como sirvienta en la casa de un maestro de treinta y dos años. Se llamaba Manuel. El romance surgió enseguida y se casaron dos años después. A partir de entonces comenzaron los años más felices en la vida de la joven Elisa.

Su marido, siempre atento y cariñoso, le enseñó todo aquello que no pudo aprender de niña: mejoró su lectura y su ortografía, aprendió Matemáticas, Latín, Francés, Geografía e Historia. Elisa descubrió el maravilloso mundo de los libros y

del arte.

También era cosa común que ambos salieran los sábados y domingos por la tarde a ver obras de teatro, visitar museos o ver una película en el cine. El mundo se había convertido en una auténtica delicia para la joven. La alegría fue incluso mayor cuando, cuatro años después, concibió a su hija Ana.

Los años pasaron, Ana creció y estudió Medicina. En el hospital conoció a

Joaquín, un médico seis años mayor que ella. Se enamoraron y se casaron. Un año

después nació Cristina. Su nacimiento casi coincidió con la muerte de Manuel, enfermo de cáncer desde hacía varios años. Ana y Elisa lloraron la pérdida con la

misma intensidad con la que recibieron la llegada de Cristina. Y durante dos años, la

vida resultó tranquila y apacible. Hasta la noche en la que Ana y su marido dejaron a

Cristina al cuidado de su abuela, pues tenían una cena con el personal del hospital.

Llovía fuertemente aquella noche. Joaquín conducía el coche. Ni él ni Ana pudieron

hacer nada por evitar el choque frontal contra un camión. Murieron en el acto.

Elisa creyó morir con ellos. Los siguientes meses los pasó en un estado de dolor y locura absolutas, pero había en la casa un bebé de dos años que requería toda su fortaleza, así que la abuela se convirtió en madre de nuevo y volcó toda su

existencia en el cuidado de su nieta Cristina. Con el lento pasar de los años, doña Elisa aprendió a compensar su dolor con la alegría de ver reír y crecer a la niña.

Cristina se convirtió, definitivamente, en su vida entera.

A doña Elisa le encantaba el campo, la escarcha sobre la hierba a primera hora

de la mañana, el cielo pintado de añil al atardecer, los prados de amapolas en primavera... Pero consideró que sería mejor para su nieta recibir una educación propia de la ciudad, de modo que permaneció en Madrid y apartó la idea de volver a

vivir en Vistaclara para una mejor ocasión. Cristina era ahora propietaria del piso

de sus padres y heredera del piso de su abuela, además de la casa que su abuela tenía

en Vistaclara. Aquellas tres propiedades tranquilizaban sobremanera a doña Elisa cuando pensaba en el futuro de su nieta. Después de mucho cavilar decidió

continuar viviendo en su piso de siempre, en donde preparó una habitación para la

niña. Al mismo tiempo, se propuso alquilar el piso que fuera de los padres de

Cristina, abrió una cuenta bancaria a nombre de su nieta y comenzó a ahorrar para

ella el dinero del alquiler. Sin embargo, jamás hablaba de dinero delante de ella.

Recordando su infancia y las dificultades de sus propios padres, inculcaba a Cristina

el buen hábito de la moderación y el ahorro. Le hablaba de generosidad y respeto y

de todos aquellos valores que anteriormente había inculcado a su hija Ana.

La niña crecía y demostraba tener un espíritu alegre, tranquilo, afable y leal. Si

bien es cierto que sus arrebatos infantiles podían desesperar a cualquiera, doña Elisa sabía en su fuero interno que su nieta era íntegra y honesta, y que sus esfuerzos en educarla lo mejor posible comenzaban a dar frutos cada vez más visibles.

Y así llegó el verano del noventa y siete.

Vistaclara era un pueblo pequeño donde todo el mundo conocía a todo el mundo. Situado a los pies de la sierra de Gredos, en tierras todavía manchegas pero

fronterizas con Cáceres y Ávila. Su paraje era seco en verano y fresco y verde durante el invierno.

A pesar de su pequeño tamaño, Vistaclara había logrado con mucho esfuerzo una holgada posición económica gracias al comercio del corcho, el queso de cabra

y la cría de cerdos. Todos estos oficios habían proporcionado a la pequeña localidad el orgullo de ser uno de los pueblos más ricos de su región. A



consecuencia de ello, eran numerosos los talleres y las actividades culturales y deportivas que se realizaban a lo largo del año, especialmente durante la estación estival, para disfrute de lugareños y visitantes.

El verano se presentaba terriblemente caluroso. Con el final de las clases

escolares, el pueblo se llenaba de niños y adolescentes procedentes de Madrid y Talavera de la Reina; niños que vivían en ciudades durante el invierno y soñaban con la libertad de Vistaclara a la llegada del verano. De modo que a primeros de julio el pueblo era un hervidero de vida, bullicio y movimiento. Se podía ver a los

muchachos pedaleando en sus bicicletas de un lado a otro, siempre ajenos a los escasos automóviles que circulaban por las calzadas y calles empedradas. También

en la piscina pública, durante las largas tardes de verano, con sus radiosas carcajadas y sus gritos de colores, jugando en el agua, comprando helados en el chiringuito de la piscina o corriendo por el césped, e incluso devaneando en grupo

por el polideportivo descubierto a altas horas de la noche, susurrando confidencias

y fumando cigarrillos a escondidas. En definitiva, Vistaclara era un paraíso de libertad para los más jóvenes.

Por su parte, doña Elisa y Cristina se alojaban en la casa solariega que una vez

fuera de los padres de la anciana. Era una casa de piedra de dos pisos, con tejado a

dos aguas y grandes ventanales. Tenía un amplio jardín de hierba, cubierto por un

emparrado sostenido con armazones de hierro, el cual proporcionaba sombra y racimos de uvas durante el verano. Estaba situada en el norte del pueblo, casi

a las

afueras, y desde su parte posterior se divisaban las montañas de Gredos, las veredas

de tierra y las primeras cercas del campo. Sus paredes colindaban con casas vecinas, también con jardines y patios emparrados.

En las noches sosegadas de verano, los vecinos se sentaban a las puertas de sus

casas, donde tomaban el fresco y hablaban unos con otros hasta la madrugada, de tal

modo que sus voces serenas y desenfadadas pasaban a formar parte de la vida nocturna cotidiana.

El día en el que doña Elisa y Cristina llegaron al pueblo era sábado. Bajaron

del autobús ante la curiosa mirada de varios testigos y se encaminaron a su casa, arrastrando con ellas sus maletas de ruedas.

La casa olía a polvo cuando entraron y el jardín estaba seco y cubierto de maleza. Lo primero que hizo doña Elisa fue enviar a su nieta a la tienda más próxima para comprar algo de comida y utensilios de limpieza. Luego ambas

comenzaron con la azarosa tarea de limpiar y ordenar la casa. Trabajaron codo con

codo y de buena gana hasta la hora de comer. Frieron huevos, cinta de lomo y patatas, y después de comer volvieron a la tarea.

Entre tanto, Cristina contemplaba con asombro cómo se sucedía un desfile de vecinos y curiosos a la puerta de la casa. Su abuela les abrazaba entusiasmada y les

explicaba los motivos que les habían llevado a pasar el verano en Vista Clara. Ella,

silenciosa y tímida, prefería continuar trabajando.

Pasada la media tarde subió a su habitación y contempló su ventana, las cortinas ondeando al viento de aquella tarde de verano, la cama con su colcha de flores, la pequeña mesilla de roble, la mesa de estudio y la silla cubierta por el cojín rosa. Frente a la ventana, el armario empotrado con su espejo. Y en las paredes, clavados con chinchetas, pósteres de paisajes marítimos y montañosos que ella misma había colgado años atrás. Le gustaba su habitación. Decidió que no había nada que cambiar o mejorar.

Se sentó en la cama y contempló el paisaje. Las golondrinas piaban desde lo alto de las moreras y alcornocues, desde los cables de la luz y los tejados vecinos.

Se oía el balar de las ovejas y el ruido de los cencerros de las vacas en la lejanía.

Escuchó también el ladrido de algún perro pastor y el zumbido de las moscas. Vio

un gato negro saltar ágilmente de un tejado a otro, una mariposa sobrevolando las

macetas con flores en el balcón de los vecinos y una mariquita aterrizar

fortuitamente en su alféizar. Estuvo un rato observando el lento caminar de la mariquita, hasta que oyó a su abuela despedirse de la última visita y subir las escaleras. Luego vio cómo entraba en la habitación y se sentaba en la cama.

—Hija, creo que podemos dar la limpieza por concluida y continuar mañana con el jardín porque ya no estoy para estos trotes.

—Por mí vale, también.

—¡Ah, por cierto! Tengo buenas noticias. Me ha dicho doña Lucía... ¿Te acuerdas de ella?

—No.

—Bueno, es igual. Me ha dicho que el lunes comienzan las clases de recuperación para los estudiantes que tienen asignaturas suspensas.

—¿Eso es una buena noticia?

—No empecemos, Cristina. ¿Cómo vas a aprobar inglés si nadie te ayuda a preparártelo? El lunes irás al instituto y pagarás la cuota de julio y agosto.

Cristina se dejó caer sobre la cama.

—¡Pero abuela, tendré que madrugar todo el... verano!

—Vigila esa lengua. Sí, tendrás que madrugar algunos días, hasta que te lo sepas todo bien. Pero tienes suerte, solo son tres días entre semana: lunes, miércoles y viernes, de nueve y media a once.

—¡Dios mío! —La chica soltó una carcajada irónica—. ¡Qué afortunada soy!

¡Ni yo misma me lo creo!

La anciana abrió la boca para replicar algo, pero súbitamente cambió de parecer y, en su lugar, olfateó el aire y escudriñó la estancia con la mirada.

—Aquí huele a polvo.

—Imposible, acabo de limpiarlo.

—¿Has fregado el suelo?

—No.

—Es eso, entonces. Friégalo, hija, ya casi has terminado. —Se levantó y abrió la puerta para marcharse, pero antes de cruzar el umbral se volvió de nuevo

hacia

ella—. ¡Casi lo olvidaba! Doña Gregoria me ha preguntado si vas a querer formar

parte del coro de la iglesia. Le he dicho que te lo pensarías.

Cristina enarcó una ceja.

—Es una broma.

—¿A qué viene esa cara? Ya cantaste una vez en la misa de Navidad y te lo pasaste de maravilla.

—¡Tenía nueve años!

Doña Gregoria te esperará mañana en la iglesia media hora antes de misa.

—¿Pero quién es esa, abuela?

—Cielo, tienes una voz preciosa, no la malgastes. —Dicho esto, doña Elisa cerró la puerta tras de sí y se marchó.

Cristina exhaló un larguísimo suspiro y ocultó la cabeza bajo la almohada.

—¡Vaya mierda de vacaciones!

Era bien sabido en todo el pueblo que a don Ignacio, el párroco de la iglesia, le apasionaba la música. A fuerza de tiempo y tenacidad, había logrado formar un

coro para la parroquia de Vistaclara. No era un coro brillante por su talento, pero

formaba una parte tan esencial de la misa que a cualquier feligrés le hubiera resultado extraño no escucharlo durante el oficio. Como don Ignacio no podía dirigir el coro ni tocar el piano durante el desarrollo del mismo, había

buscado ayuda en don Sebastián, un viejo maestro jubilado que tenía los suficientes

conocimientos de solfeo como para defender la posición.

A todo esto había que añadir las pequeñas tensiones entre doña Gregoria y

doña Justa, encargadas de tocar las guitarras. Ambas mujeres de fuerte carácter, solteras y acostumbradas a organizar sus intereses a su propia manera, de modo que

no era difícil presenciar sutiles confrontaciones entre ambas. Cuando no lograban ponerse de acuerdo en la elección de una canción o en la forma que debían dar a la

interpretación de la misma, comenzaban una batalla de comentarios sarcásticos, susurros aparentemente inaudibles y semblantes de rechazo y escepticismo. Don Ignacio se percataba de todo ello, pero jamás se involucraba directamente porque,

desde su punto de vista masculino, resultaba agotador lidiar en rencillas de mujeres.

A pesar de todo, el coro tenía éxito. Se diría incluso que gozaba de un notable prestigio en la región, puesto que no había ningún otro coro en los pueblos vecinos.

Era terrible el calor que hacía cuando Cristina llegó a la iglesia aquel

domingo por la mañana. Al entrar, advirtió una docena de mujeres moviéndose de

un lado a otro en lo alto del coro. Otras varias subían y bajaban las escaleras. El sacerdote estaba en el altar, dando rápidas explicaciones a los dos jóvenes monaguillos, y doña Gregoria salía en ese momento de la sacristía con una pila de

partituras en sus brazos. Enseguida reconoció a Cristina y la hizo subir al coro, donde le presentó a otras once coristas y a don Sebastián, que, sentado al

piano, esperaba con gesto de profunda desidia a que las mujeres terminaran de organizarse.

Cristina quedó sorprendida de inmediato por la media de edad que se respiraba en el grupo. Ella era la única que seguramente no llegaba a los cincuenta

años. Aquello la desalentó de tal modo que, lejos de buscar la complicidad de sus compañeras, enseguida trató de centrarse en su libro de partituras. Conocía gran parte de las canciones porque en el colegio de monjas debía acudir a misa todos los

meses, así que se dedicó a contemplar la llegada de los feligreses hasta que no quedó ni un solo banco vacío.

Don Ignacio eligió una lectura del Antiguo Testamento que hablaba de la

venganza de Dios y de su castigo eterno en caso de ser desobedecido y no identificar en el alma pecadora ningún propósito de enmienda. Los fieles

escuchaban en silencio, con expresiones que iban desde el escepticismo hasta el verdadero aburrimiento. Pero don Ignacio era enérgico en el habla, apasionado como un océano tormentoso y firme como la vara de un caminante, de modo que,

lentamente, se fue apoderando de los oyentes un extraño e inquietante malestar, una

repentina preocupación ante la idea de que, después de tantos disgustos y problemas

diarios, uno se encontrase finalmente ante las puertas de la vida eterna con una serie

de deudas tan imperdonables que le arrojasen de cabeza al infierno.

Fue entonces cuando, de repente, un perrito apareció alegremente por la puerta

principal. Se trataba de un cachorro de una de esas razas indeterminadas tan fáciles

de encontrar en las calles de los pueblos. Tenía el pelaje corto y del color del café

excepto en sus dos orejas, cuyos bordes eran color canela, y caminaba a paso torpe

y jugueteaba en dirección al pasillo central. Aquello era algo sencillamente adorable.

Para desgracia del párroco, gran parte de los feligreses pareció encontrar en aquella despreocupada criatura, un alivio sintomático a las amenazas del fuego del

infierno.

Un niño pequeño que había pasado de brazo en brazo durante diez minutos, se desentendió rápidamente de su nuevo pariente y corrió entusiasmado hacia el

perrito. Ahora ya no había fuerza de voluntad suficiente en los ánimos de la congregación para alejar su atención de aquella escena de película infantil. Ambos

se arrebujaron en un mar de caricias, besos y lametones. Entonces el perrito prorrumpió en pequeños ladridos de felicidad que exigían juegos inmediatos de mordiscos y carreras. Los monaguillos tuvieron que contener la risa, y otra docena

de cabezas se volvió hacia atrás para observar el fenómeno.

A continuación, un grupo de adolescentes apareció silenciosamente en el umbral de la puerta principal. Uno de ellos tenía el pelo castaño como el chocolate

y largo hasta la altura de la barbilla, vestía una camiseta negra y se había



arrodillado a la puerta de la iglesia en atención al animal.

—¡Elvis...! —gritó en un susurro—. ¡Elvis, ven aquí!

Pero Elvis parecía tan feliz con su pequeño compañero de juegos que ignoró la llamada de su dueño.

—¡Elvis...!

Otra docena de cabezas se volvió hacia la puerta.

—¡Vamos, Elvis!

—¡Shsssst! —Era un señor desde uno de los bancos traseros.

El chico no pareció amedrentarse.

—¡Luisito, pásame al perro!

Luisito le devolvió una mirada llena de incompreensión.

—¿*Po* qué? ¿*Y po* qué?

El otro adolescente, de cabello rubio dorado y vestimenta similar a la de su amigo, prorrumpió en una ahogada carcajada.

—¡Silencio ahí...! —Fue otro anciano malhumorado desde el pasillo central.

Las chicas, una rubia y otra pelirroja, desaparecieron del umbral de la puerta con nuevas y ahogadas carcajadas.

El rubio, ya más calmado, tomó entonces el control de la situación y, para escándalo y desconcierto de los feligreses, gateó varios metros por el pasillo lateral

y volvió a llamar al perro.

Cristina tuvo que reprimir una carcajada para no llamar la atención desde el coro. Hubiera dado cualquier cosa por estar allí abajo con aquellos muchachos.

De pronto, Luisito pareció excederse en su ímpetu por acariciar a su compañero del alma, porque el animal soltó un estridente alarido que provocó un sobresalto en los testigos de alrededor. Se oyó un coro de carcajadas ahogadas, al

tiempo que los más estrictos no se molestaban en disimular su molestia.

—¡Que alguien saque ese perro afuera...!

Pero no fue necesario, porque el can decidió regresar al galope a los brazos del rubio.

Tan seducida se encontraba Cristina por el acontecimiento, que ni siquiera se dio cuenta de que el coro había comenzado una nueva canción. Tomó aire y entonó

precipitadamente, de tal suerte que su voz sobresalió involuntariamente por encima

del cántico colectivo. El chico de pelo largo y castaño la miró directamente durante

un segundo, frunció el ceño y luego todos ellos se marcharon de allí.

Ella siguió cantando casi por inercia. De pronto sentía el corazón acelerado y un deseo incontenible de salir a la calle.

Hubo de esperar todavía quince minutos, pero al finalizar el oficio esquivó a la congregación y salió a los jardines por la puerta principal a la mayor velocidad

posible. Advirtió movimiento de familias y jóvenes a su alrededor pero, para su decepción, no había ni rastro de los dueños del perro. Caminó entonces a paso lento

hasta la entrada de la plaza principal. Era una plaza espaciosa, de suelo empedrado y

grandes soportales bajo los que se encontraban tiendas, bares y restaurantes.

Aquella mañana de domingo las terrazas estaban atestadas de gente y se podía apreciar el acelerado ir y venir de los camareros llevando refrescos y vasos en sus

bandejas de metal. Pero los chicos tampoco estaban allí.

Cristina permaneció de pie y en silencio hasta que una mano amiga se posó en su hombro. Se volvió sobresaltada, pero sus esperanzas fueron vanas. Se trataba de

doña Gregoria. Tras ella, a un paso más lento, se acercaba su abuela.

—¡Cristina! ¡Te estábamos buscando! ¡Has salido tan rápido...!

—Ya.

—Bueno, ya se lo he dicho a tu abuela, ¡qué voz tan bonita tienes! El martes por la tarde comienzan los ensayos para la procesión del Día del Cristo. Imagino que querrás participar.

—En realidad, no sé muy bien si...

—Hemos quedado en la iglesia a las siete y media, procura ser puntual. ¡Adon

Ignacio le horroriza la impuntualidad! Una voz como la tuya nos vendría de maravilla para hacer un solo porque como ya sabes...

La voz de doña Gregoria se perdió al tiempo que algo llamaba poderosamente su atención. Lo primero que percibió fue la música. Luego apareció ante sus ojos la pandilla de adolescentes. Se quedó muda por la sorpresa y perdió el hilo de la conversación. Aquel grupo de chicos parecía salido de una película. En su mente quedó grabada la firme impresión de que caminaban a cámara lenta y se movían con la arrogancia y la fingida indiferencia de quienes se saben protagonistas del momento y admirados por los testigos.

El chico de pelo castaño y largo era delgado y el más alto de todos. De ojos rasgados y oscuros, su mirada denotaba una expresión despierta e inteligente. El pelo lacio le caía sobre las orejas y afilaba un rostro hermoso y varonil, de nariz

recta, labios carnosos y mejillas salpicadas de pecas. Vestía una enorme camiseta negra con el estampado de un círculo dorado en donde sobresalían los dibujos de

dos pistolas y dos rosas, y lucía unos descoloridos pantalones vaqueros que arrastraba sin lamentaciones alrededor de sus deportivas negras. Portaba a hombros

un radiocasete, del cual salía un coro de voces en inglés a ritmo de *rock* en un volumen considerablemente alto.

El rubio era algo más bajo, pero también más ancho de espaldas. Le caían sobre la frente sus grandes rizos dorados y llevaba un pendiente de aro en la oreja

izquierda. Sus ojos eran grandes y verdes, de mirada brillante y expresión infantil.

Sus facciones resultaban casi perfectas. Asomaba a su rostro una díscola sonrisa y

caminaba a paso jactancioso. Su camiseta estaba llena de símbolos celtas bajo un pentagrama invertido y también vestía pantalones vaqueros y deportivas.

Detrás de ambos, a un paso más coqueto y femenino, caminaban las dos chicas.

La rubia lucía la melena lisa y larga hasta debajo de los omóplatos. Se había maquillado una línea negra en el contorno de sus ojos, la cual contrastaba con el azul de su mirada. A pesar de su expresión hosca y altiva, sonreía de un modo que

hubiera logrado derretir más de un corazón. Sus labios eran finos y rosáceos y su

boca pequeña. Su nariz corta y fina, ligeramente respingona. Vestía una camiseta roja anudada al ombligo y *shorts* que mostraban sus delgadas y bronceadas piernas.

La pelirroja, de pelo largo también pero fosco, era la más bajita de los cuatro.

En su rostro redondo y blanco resaltaban sus grandes y risueños ojos color miel, mejillas rosáceas y una nariz ancha sobre sus grandes labios. Vestía una camiseta azul celeste y *shorts* de color azul marino, además de llevar sobre su cabeza una gorra roja colocada hacia atrás. En sus brazos sostenía al cachorro.

Observándolos de cerca, nadie hubiera dudado en admitir que todos ellos

parecían disfrutar de un uniforme colectivo, restringido a su propia camaradería.

El rubio se volvió entonces hacia atrás, pasó el brazo sobre los hombros de la

chica rubia y susurró algo en su oído. La rubia soltó una carcajada, luego se deshizo del brazo del chico y murmuró algo igual de breve al oído de la pelirroja.

La pelirroja rio con ganas.

—¿Has oído eso, Elvis? ¿Lo has oído?

Pasaron a cinco metros de Cristina, pero ninguno pareció considerar su presencia y siguieron caminando.

—¡Si Janis Joplin levantara la cabeza...! —añadió la pelirroja, sin dejar de hacer carantoñas al perrito—. ¡Debe estar retorciéndose en su tumba!

Luego, de pronto, los cuatro alzaron los brazos al cielo y gritaron al ritmo de la canción: «Hey, teacher, leave them kids alone!»[\[2\]](#)

Cristina creyó morir de curiosidad. ¿Quién diablos era Janis Joplin? ¿Qué susurraban entre ellos? ¿Qué canción era aquella cuya melodía ya se había filtrado

en sus venas? Y... ¡Dios santo! ¿Por qué vestían así? ¿Por qué eran tan guapos?

¿Por qué parecían tan extraordinarios e inalcanzables? Se sintió abandonada cuando

los vio pasar de largo, pero no tuvo tiempo de lamentarse, pues enseguida encontró

los rostros de su abuela y de doña Gregoria y supo que estaban esperando algo de

ella, una respuesta quizá.

—¿Lo hacemos así, entonces?

Cristina tuvo la impresión de que aquella era la tercera vez que oía la misma pregunta.

—Así... —susurró dudosa.

—¡Oh, perfecto! Entonces el martes por la tarde a las siete y media. —Doña

Gregoria dio media vuelta y se mezcló rápidamente con el tumulto recién salido de

la iglesia.

La abuela, más perspicaz, siguió en silencio la mirada perdida de su nieta y vio desaparecer al grupo de adolescentes al final de la calle.

—Ten paciencia, Cristina, harás amigos. Pero cuida a quiénes eliges.

La chica se sintió hundida ante la inocencia de su abuela. «¡Como si pudiese elegir! —se dijo—. Y si pudiese elegir... ¡no lo dudaría ni por un momento!».

El resto del día lo pasó ayudando a su abuela a arreglar el jardín. Arrancaron gran parte de la maleza, recortaron lo que no pudieron arrancar y regaron con la manguera conectada al grifo de la pila de piedra. Se levantó una humedad caliente

de la tierra y esperaron dentro de la casa hasta que el frescor del agua surtiera un

mejor efecto. Luego hicieron un gazpacho y se lo comieron en dos cuencos de barro, mientras contemplaban la puesta de sol desde la cocina.

Cristina no había hablado apenas a lo largo de la tarde. No podía sacarse aquella canción de la cabeza. Tampoco podía dejar de pensar en aquel grupo de chicos. Se estaba muriendo por volver a verlos.

2

*We're not threat, people*

*We're not dirty, we're not mean*

*We love everybody but we do as we please.*

«In the summertime», Mungo Jerry[3]

A la mañana siguiente comenzaron las clases de recuperación. Cristina se levantó pronto, desayunó en el jardín, guardó en la mochila su libro de inglés, un

estuche y un cuaderno ya usado. Luego su abuela le dio el dinero necesario para pagar los dos meses de recuperación y se encaminó al instituto a paso lento y con el

alma inquieta.

Pensó mucho durante el camino. Por lo general no se sentía cómoda

conociendo gente nueva, sobre todo si, como entonces, se encontraba sola ante el peligro.

El instituto de Vistaclara resultaba, por su arquitectura, de lo más singular. Se

trataba de una construcción circular de doble techo, siendo el más alto una cúpula

de proporciones menores al primero. Del núcleo del edificio nacían, como si de brazos se tratase, dos corredores o pasillos donde se distribuían las clases. La parte trasera del colegio conectaba con el patio de recreo, una zona de tierra con una cancha de baloncesto y otra de fútbol. Su fachada principal estaba rodeada por un paseo de piedra con escalinatas y se alzaba sobre el antiguo parque infantil, todavía

provisto de columpios y toboganes.

Desde la distancia, Cristina vio descorridas las rejas rojas de la puerta

principal y una aglomeración de adolescentes entrando en el centro. Fue entonces cuando comenzó a sentirse todavía más nerviosa e insegura.

Rodeó a paso lento el parque infantil, sorteó una serie de bicicletas

amontonadas al pie de las escaleras y accedió al paseo de piedra. Al entrar en el edificio se sintió como si estuviera comenzando un nuevo curso en un nuevo



instituto. El olor peculiar de las aulas de estudio y la algarabía general no sirvieron para reconfortarla lo más mínimo. Buscó la secretaría del centro, pero para su asombro, descubrió que la ventanilla estaba cerrada y no había nadie en el mostrador. A continuación, encontró en la pared frontal una serie de hojas colgadas

en un corcho. Se acercó con la esperanza de encontrar un listado de asignaturas y aulas, pero solo halló publicidad y listas de admitidos para el curso siguiente.

Miró desolada a su alrededor. Aquello no era un buen comienzo. El bullicio general comenzó a decaer. Rápidamente, los estudiantes fueron entrando en diferentes aulas y el vestíbulo se fue quedando vacío.

Sin saber muy bien a dónde dirigirse, se encaminó por el pasillo de la izquierda y asomó la cabeza por la primera puerta entreabierta que encontró. Los chicos que vio en el interior le parecieron más o menos de su edad. Los pupitres, de

frente a la puerta, estaban ordenados en parejas. Dirigió su mirada a su derecha y vio la mesa del profesor y, ante ella, a una mujer joven de pelo largo y oscuro.

Estaba dando órdenes a los alumnos, tratando de que su voz se oyera sobre el tumulto colectivo.

De pronto, un brusco empujón apartó a Cristina de la puerta. Miró a su derecha y vio con asombro a una chica algo menor que ella, con una mochila azul

cargada a su espalda y dos trenzas oscuras cayendo sobre un vestidito de flores. La

chica abrió la puerta con decisión, se detuvo en el umbral y miró a la profesora.

—¿Sí?

—¿Inglés de primero?

—Sí, pasa. ¿Tu nombre es...?

Vio Cristina su oportunidad de poder aclarar cuál era su aula y se coló detrás de la chica.

—¿Y quién eres tú?

—Perdone, estoy buscando inglés de segundo... —Sintió el silencio de la clase cayendo sobre ella como una losa de piedra. De pronto tenía la boca seca.

—Sí, pasa. ¡Y procurad ser más puntuales!

Aquello no tenía lógica. Cristina comprendió enseguida que se trataba de un malentendido.

—Disculpe... He dicho inglés de segundo.

La profesora la miró furiosa.

—Y yo te he respondido que es aquí. ¡Pasa y no me hagas perder más el tiempo!

La carcajada fue general y la chica sintió cómo la sangre subía a sus mejillas.

Para colmo, seguía sin entender nada. Sin atreverse a mirar más allá de la primera

fila, vio un pupitre desocupado junto a la ventana y se dirigió hacia él.

—No te sientes ahí, ese sitio es para los de inglés de tercero y cuarto.

La chica enarcó una ceja y miró a la profesora en un gesto de auténtica confusión. Nuevas carcajadas estallaron en la sala. La profesora suspiró enervada.

—Esto es inglés; inglés de primero a cuarto incluido. Primero y segundo van a ese lado de la clase, frente a la puerta, y en este lado, tercero y cuarto. Así que

siéntate por allí.

Roja de vergüenza y observada por una treintena de pares de ojos, buscó un sitio en el que desaparecer de la vista de todos, pero solo había tres pupitres vacíos frente a la puerta. Una pareja de pupitres en la penúltima fila y otro en la última, junto al cual había un chico sentado. Un chico similar a... Un chico como... ¡Dios santo! Cristina sintió cómo el corazón le daba un vuelco por la sorpresa. ¡Era uno

de los *rockeros*! Se trataba del chico de pelo largo y castaño. Pero aquel muchacho no podía estar cursando segundo ni tercero de ESO, por su aspecto físico parecía un

estudiante de bachillerato.

Caminó hacia él, sintiéndose atravesada de parte a parte por su mirada fija y silenciosa. Completamente azorada, bajó la mirada al suelo. En un segundo tuvo que

tomar la decisión de dónde sentarse. Enseguida se advirtió a sí misma que no debía

sentarse a su lado, no quería que el chico creyera que tenía un interés especial en conocerlo. De modo que tomó asiento justo delante de él, en uno de los dos pupitres

vacíos. Al instante sintió que acababa de cometer un error terrible. Así no habría forma de relajarse, no mientras sintiera aquella mirada profunda y oscura

atravesándola como una taladradora. De pronto ya no sabía si sentarse erguida o relajada, si tocarse el pelo, si rascarse aquella picadura de mosquito en la nuca o

contenerse. Deseó tener, al menos, el pelo largo como las chicas que les habían acompañado el domingo por la mañana, pero ni en algo tan básico se parecía a ellas. Se preguntó qué estaría pensando el chico acerca de ella. Desde luego no había tenido una entrada brillante en el aula, y para colmo de males, la había visto

cantar en misa. Se sintió algo deprimida ante la situación y prefirió sacar su libro de inglés y olvidar el inminente sabor del fracaso.

—Bien, me llamo Matilde y voy a ser vuestra profesora de inglés durante los próximos dos meses. Vamos a dividir las clases en cuatro niveles, lo cual va a requerir mucha atención por vuestra parte y...

Cristina volcó su atención en la tediosa presentación, pero únicamente porque ignoraba que la fiesta acababa de empezar. De nuevo se abrió la puerta de la clase y

apareció el chico rubio. Se detuvo en medio del aula y dirigió una mirada adormilada a su alrededor.

—¡Saúl...! —La voz sonó clara y rasgada a las espaldas de Cristina—. ¡Saúl!

Cristina observó cómo el rubio localizaba a su amigo y le lanzaba una sonrisa divertida. Estaba tan guapo con aquella camiseta roja, tan guapo al sonreír, tan guapo con aquellos mechones rubios cayéndole sobre la frente y tan guapo por tener aquellos ojos, verdes y grandes, con aquel brillo divertido propio de los niños, que Cristina tuvo que bajar la mirada hasta comerse el libro con el rostro para no morir de los nervios.

Ya se encaminaba Saúl hacia la última fila cuando una voz le detuvo en seco.

Era la profesora.

—¡Saúl! ¡Qué agradable sorpresa, otro verano por aquí!

Por el tono de voz, Cristina comprendió que ni se trataba de un hecho sorprendente ni tampoco agradable.

—Y cómo no, viniendo tarde desde el primer día.

—¡Profe, yo también te he echado de menos...!

Se oyó una carcajada general, y si Cristina no la secundó, fue porque se había quedado tan asombrada ante la frescura del muchacho que no fue capaz de

reaccionar a tiempo. Advirtió la expresión enfurecida de la profesora y sintió un profundo regocijo al recordar el humillante recibimiento que había vivido en sus propias carnes.

—A ver, ¿a dónde vas, Saúl?

—A sentarme.

—Este año te voy a tener vigilado, te vas a sentar frente a mi mesa.

—Pero todavía estoy en segundo.

—Porque eres un vago de siete suelas y has repetido dos veces. —Su mirada se posó sobre el amigo del rubio—. Ni se te ocurra sentarte junto a Alexander, ¿me

has oído?

Saúl contempló desolado el pupitre vacío junto a su amigo.

—Pero profe...

—Siéntate junto a esa chica, y te aviso que si te veo darte la vuelta, te vas fuera

de clase.

«Saúl y Alexander», se dijo Cristina para sí, al tiempo que contemplaba temblorosa cómo el rubio clavaba en ella sus ojos verdes y tomaba asiento a su lado.

—Qué simpática es, ¿eh?

Cristina lo miró asombrada y sonrió. Pero Saúl no pareció esperar su respuesta porque un segundo después ya estaba vuelto hacia atrás.

—¿A qué hora te has levantado? —Era la voz de Alexander.

Cristina hubiera dado cualquier cosa por volverse hacia atrás, pero fingió estar más interesada en la explicación de la profesora. Sin embargo, no perdía una

sola palabra de lo que susurraban entre ellos.

—A las... mmmm... hace... cuatro minutos.

—¿Qué?

Alexander soltó una carcajada y Cristina tuvo que reprimirse para no reír también.

—Y ni siquiera te has peinado.

—Ni me he peinado, ni me he lavado la cara ni los dientes.

Lo dijo en un tono triunfal y luego ambos se echaron a reír. De nuevo Cristina

tuvo que contener la risa.

—No lo digas tan alto o vas a asustar a la chica.

Saúl se volvió hacia Cristina.

—¿Te asusto?

Cristina no pudo reprimir otra enorme sonrisa.

—N...

—¡Saúl! ¿Qué acabo de decir?

—No lo sé, profe.

—¿Cómo lo vas a saber si no escuchas? Siéntate bien. ¿Dónde está tu libro?

—Aquí.

—¿Y por qué no lo tienes abierto?

—Es que no sé por qué página abrirlo.

—¿Por la primera revisión, quizás? Léela entera porque te la voy a preguntar en cinco minutos.

—¿Tengo que hacer los ejercicios otra vez?

—¿Tú qué crees?

Saúl exhaló un hondo suspiro de agotamiento, como si todas las penas del mundo hubieran caído violentamente sobre su atribulado espíritu. Luego pareció advertir algo de vital importancia y se giró rápidamente hacia Alexander.

—Tú, dame una hoja.

Se oyó el ruido de una página al ser arrancada.

—Y un boli, *por fa*.

—No tengo de sobra, *gorronazo*.

Saúl dejó de columpiarse en la silla y se volvió hacia Cristina.

—¿Tienes un boli de sobra?

—Sí. —Con el corazón acelerado, rebuscó en su estuche y le tendió uno—.

Aunque no escribe muy bien.

—Seguro que me sirve.

Dicho esto, comenzó a copiar los ejercicios del libro en el cuaderno con metódica concentración.

—¡Saúl...! ¡Saúl! —Alexander comenzó a pincharle con la punta de su bolígrafo en la espalda.

—Déjame, estoy haciendo los ejercicios.

—¿Dónde te metiste ayer por la tarde?

—¿Qué? —Saúl dejó de escribir y soltó una carcajada. Luego se volvió hacia Alexander otra vez—. Los temas para mayores de edad no se hablan en el aula.

Alexander golpeó la superficie de la mesa con la palma de la mano.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Pequeño bastardo, cuéntamelo todo.

Cristina aguzó el oído, sintiéndose presa de un inesperado estado de celos y decepción, al tiempo que descubría con asombro la sorprendente velocidad a



la que había caído rendida a los encantos de Saúl.

El rubio continuó escribiendo en su cuaderno, esta vez con una sonrisa de oreja a oreja.

—Cuéntamelo, venga.

—No puedo, soy un caballero.

Ambos rieron.

—Solo dime hasta dónde.

—Hasta el infinito y más allá.

—¡Flipado!

Volvieron a reír.

—A ver. —Saúl se giró de nuevo hacia Alexander—. ¿Te pregunto yo qué hiciste ayer por la tarde?

—Me pasé todas las pantallas de *Street Fighter II*.

—¡Y el flipado soy yo!

—Ya te lo he dicho, ahora cuéntamelo.

—Que no te lo voy a decir. —Se volvió hacia Cristina—. ¿Y tú qué hiciste ayer

por la tarde?

Había estado arreglando el jardín. ¿Pero cómo iba a decir eso? Alexander ya sabía que cantaba en el coro de la iglesia. Dios santo. Había estado en misa por la

mañana y haciendo jardinería por la tarde. ¿Acaso tenía cincuenta años? No, imposible decir la verdad, su reputación estaba en juego. Trató de pensar

rápidamente en algo original e ingenioso, pero no fue capaz y, finalmente, soltó lo

primero que se le vino a la cabeza.

—Estuve leyendo.

El rostro de Saúl mostró una decepción absoluta y Alexander continuó garabateando en su cuaderno como si no hubiera oído nada digno de interés.

Advirtiendo el fracaso, Cristina decidió jugar una carta desesperada.

—Leyendo un libro sobre Janis Joplin.

—¿Qué?

Cuando Alexander levantó el rostro tenía una expresión nueva en su mirada, un interés tan vivo e inesperado que Cristina no pudo evitar ruborizarse. Saúl enarcó una ceja y entreabrió la boca como si quisiera decir algo, pero en ese momento perdió el equilibrio del columpio y cayó al suelo junto con su silla.

Ni Alexander ni Cristina pudieron evitar estallar en carcajadas.

—¡Fuera de clase! ¡Levántate y sal fuera de clase, Saúl!

—Pero profe...

—¡Has acabado con mi paciencia! ¡Fuera, he dicho!

Se levantó a paso lento, colocó la silla en su sitio y dirigió a Cristina una mirada fugaz.

—¡Por tu culpa...!

Ella le vio marchar con su burlona sonrisa en los labios, sabiéndose el centro de atención de toda la clase. Luego sintió algo en su espalda. Era Alexander tocándola con el bolígrafo. Tenía una traviesa sonrisa en el rostro.

—Le has impresionado.

Ella sonrió, aunque no demasiado. Contuvo su felicidad y se volvió hacia la pizarra. ¿Quién era Janis Joplin? Bueno, fuera quien fuese, le estaba profundamente

agradecida. Luego pensó que debía buscar información sobre aquel tipo antes de que los chicos descubrieran la mentira.

La paz que reinó en el aula tras la expulsión de Saúl apenas duró un minuto.

Mientras la profesora explicaba diferentes niveles de inglés y los alumnos hacían sus ejercicios, Saúl se dedicaba a hacer muecas a través de la pequeña ventanilla de

la puerta. Cuando los estudiantes se percataron de ello, las risas volvieron a desorganizar el aula. La profesora comprendió entonces quién era el causante, se dirigió a la puerta, la abrió con brusquedad y sorprendió a Saúl con dos cigarrillos

colgando de sus fosas nasales, la lengua fuera y ojos de bizco.

Las carcajadas alcanzaron su máximo escándalo.

—Saúl, eres un completo imbécil. Fuera de mi vista.

Esta vez no hubo réplica. Reprimiendo una carcajada, Saúl sacó los cigarros de su nariz, dio media vuelta y se alejó por el pasillo.

—Espérame en el vestíbulo, esto no va a quedar así.

Tampoco contestó esta vez. La puerta se cerró de nuevo y el silencio se hizo

casi pesaroso, pero no por mucho tiempo. Saúl pasó rápidamente al olvido y la clase entera volvió a sumirse en su tarea, la clase entera excepto Cristina, quien ya

tenía el corazón volando en la estratosfera de la felicidad y no veía el momento de

que terminara la lección.

A la salida, Alexander recogió sus cosas en silencio y salió apresuradamente

sin ni siquiera despedirse. A punto estuvo Cristina de seguirlo a paso ligero de forma *casual*, hasta que recordó que no había pagado las clases y que necesitaba informarse de dónde debía efectuar el pago. La profesora le indicó la nueva biblioteca pública de Vistaclara, situada en un edificio de dos plantas frente al instituto. Atravesó el vestíbulo y encontró a Saúl de espaldas y con las manos en los

bolsillos, leyendo los tablones de anuncios y listas de admitidos. Hubiera querido decirle adiós, pero la embargó una repentina vergüenza y salió a la calle en silencio. Recorrió el pasillo empedrado sobre el parque infantil, bajó la escalinata

de piedra y cruzó la calle. Ahora el parque rebosaba bullicio y los niños y adolescentes intercambiaban chicles y bolsas de patatas. Desoyendo sus gritos y carcajadas, cruzó la carretera y se dirigió a la puerta del edificio. El cartel de

Biblioteca Pública resaltaba sobre el dintel de la puerta. Lo sobrepasó y entró en la sala.

El ambiente estaba fresco y silencioso. Entornó los ojos y encontró ante ella un pequeño mostrador, en cuya plaza había un hombre de mediana edad. El

bibliotecario alzó la mirada y la saludó quedamente. Cristina echó un rápido vistazo

a su alrededor. A la derecha se encontraban las estanterías llenas de libros,

catalogadas por especialidades. A la izquierda vio cinco ordenadores y dos largas

mesas de estudio con espacio para unas cincuenta personas. Dos de los ordenadores

estaban ocupados pero, por lo demás, la biblioteca se encontraba completamente vacía.

Se acercó al mostrador y efectuó el pago.

—No olvides entregar el recibo a tu profesora.

—Vale, gracias. —Cristina se guardó el recibo en la mochila y regresó de nuevo al instituto.

Al entrar en el vestíbulo sintió cómo su corazón se desbocaba de nuevo. La profesora de inglés estaba allí, de espaldas a la puerta, hablando agitadamente con

Saúl, el cual, al ver entrar a Cristina, clavó en ella sus ojos verdes. Ella se detuvo, paralizada por una agitación interior que iba más allá de lo razonable. Miró a su izquierda y encontró a Alexander apoyado en la pared, con la cabeza inclinada y la

mirada fija en el suelo. Tenía un *discman* en la mano y los auriculares conectados.

—No vas a boicotearme las clases, Saúl, este verano no te lo voy a consentir.

—No intento boicotear nada. —De nuevo volvió a mirar a Cristina.

—Voy a ser muy firme contigo, no harás como el verano pasado.

—No intento hacer nada... —Sus ojos regresaron a Cristina.

—No entiendo qué pasa por tu cabeza.

Cristina se desplazó ligeramente hacia Alexander. Saúl la siguió con la mirada.

—Y mírame cuando te hablo. ¿Se puede saber en qué piensas?

—¿De qué estás hablando?

—Saúl, tu madre se parte el espinazo para poder pagarte estas clases.

De repente, el rostro del muchacho pareció teñirse de indignación.

—Deja en paz a mi madre. ¿Por qué mencionas a mi madre?

—Porque deberías mostrarte agradecido con ella.

—¿Qué sabes tú lo agradecido que soy yo?

—¡Dios santo...! —Matilde se llevó las manos a la cabeza. Luego exhaló un suspiro y sintiéndose más calmada, retomó la conversación. Pero habló en un susurro tan moderado que Cristina se sintió incapaz de entender lo que decía. Saúl

replicó algo en el mismo tono de voz. Los murmullos se hicieron cada vez más tensos hasta que, finalmente, Saúl se apartó bruscamente a un lado y, encaminándose

directamente hacia la puerta, exclamó:

—¡Te agradezco mucho tu charla! —Y salió a la calle.

Alexander se quitó los auriculares, y al pasar junto a Cristina murmuró sarcástico:

—Fin de la conversación.

Cristina se quedó sola en el vestíbulo. La profesora se volvió hacia ella con expresión de agotamiento.

—¿Sí?

—El recibo del pago. —Lo entregó rápidamente y salió a la calle.

Gran parte de los estudiantes todavía estaban merodeando por el parque infantil, de modo que Cristina caminó por el paseo empedrado esquivando a las diferentes pandillas de jóvenes. Vio a Saúl y a Alexander descender las escalinatas a

paso lento. Se detuvo y les observó recoger sus bicicletas de entre un montón abandonadas a la orilla del parque. Comenzaron a dar pequeñas vueltas en círculos

hasta que, de pronto, repararon en su presencia.

Saúl clavó de nuevo sus ojos verdes en ella. Cristina sintió otra vez aquella deliciosa sensación que suspendía toda su actividad cerebral de manera automática.

Bajó la mirada y descendió las escalinatas. Continuó caminando a paso lento hasta

que vio llegar a Alexander por su derecha.

—Oye, chica...

Lo miró expectante.

—El libro de Janis Joplin... ¿Me lo podrías prestar cuando lo termines?

Cristina tragó saliva.

—¿Qué?

Saúl se acercó pedaleando y se situó junto a Alexander.

—¿Tú no tienes bici?

—¿Qué...? Sí... no. Sí, pero no la he traído hoy...

En realidad hacía casi tres años que no montaba en su bicicleta.

—¿Dónde vives?

—Oye, chica —insistió Alexander—, ¿me podrías prestar el libro cuando lo termines?

—Eh... sí, claro que sí...

—Muchas gracias, te prometo que te lo devolveré. No te olvides, ¿vale?

—¡Adiós, Janis Joplin!

Luego los dos chicos se alejaron pedaleando calle abajo, esquivando a niños y adolescentes y cantando a voz en grito aquella canción que ya les había oído cantar

la mañana anterior en la plaza. Les siguió con la mirada hasta que se perdieron de

vista. Una pletórica sonrisa asomó a su rostro y fue incapaz de hacerla desaparecer

en todo el trayecto de regreso a casa. También se preguntó, no sin una elevada dosis

de angustia, de dónde podría sacar un libro de Janis Joplin. Ni siquiera sabía por

qué motivos podría ser famoso aquel individuo. Bueno, lo mejor sería recurrir a las excusas tradicionales: «Lo siento en el alma, pero el libro se me ha caído al cubo de

la lejía...», «se me ha caído al pozo del patio...», «mi abuela lo ha debido dejar por



algún sitio, pero no es capaz de recordar dónde, la pobre mujer, y yo no lo encuentro...».

Luego apartó de sus felices pensamientos tan irrisoria preocupación y se lanzó a la carrera en el último tramo de calle antes de llegar a casa. Tenía cosas importantes que hacer.

Abrió la puerta del jardín, lo cruzó corriendo y entró fulgurante en la vivienda.

—¡Abuela! ¡ *Abu!* ¿Y mi bici?

Doña Elisa estaba acostumbrada a que Cristina le contara sus vivencias con todo lujo de detalles. La chica tenía tal grado de confianza en ella que sus charlas acerca del colegio y las amigas se podían prolongar durante horas. Por ello mismo,

aquel mediodía la anciana advirtió con asombro un inusual silencio por parte de su

nieta. Estaban comiendo en el salón cuando decidió comenzar sus averiguaciones.

—¿No vas a contarme qué tal las clases?

—Las clases, bien.

—¿La profesora es buena?

—Sí.

—¿Explica bien?

—Es un poco borde, pero explica bien.

—¿Has hecho alguna amiga?

—No...

—Bueno, es el primer día, ten paciencia.

—Ya.

—Los chicos de tu edad pasan las tardes en la piscina. Deberías ir a darte un baño.

Por primera vez durante la conversación, Cristina dejó de comer y miró a su abuela.

—Eso es una buenísima idea.

—Compra protector solar cuando vayas de camino.

—Vale.

—¿Y qué te ha dado ahora con la bici? Llevas años ignorándola.

Cristina se encogió de hombros.

—No sé.

La anciana la contempló en silencio. Resultaba evidente que de momento no lograría sonsacarle ni una palabra más. Decidió postergar sus averiguaciones.

—Bueno, saca la sandía de la nevera, hija.

Había que subir la cuesta del instituto para llegar a la piscina pública. Mientras

pedaleaba, Cristina sudaba copiosamente bajo el sombrero de paja que, a falta de gorra, había encontrado en la buhardilla. Sabía que aquel sombrero, su vestidito de

flores y su bicicleta BH roja con cestillo incorporado al manillar, le alejaban sobremanera del estilo provocativo de las amigas de Saúl y Alexander.

Aquella diferencia le hacía sentir insegura, necesitaba renovar su vestuario, actualizar su estilo. De nada le iba a servir hablar de aquel Janis Joplin si no lograba comportarse como una más del grupo. Y estaba decidida a hacer lo que hiciera falta

para pertenecer a aquel grupo.

Percibió el olor del cloro y divisó la verja que protegía el recinto de la piscina, la puerta de entrada y la barra del chiringuito. Vio a través de esta la algarabía que se sucedía en el interior, el césped poblado de muchachos y el agua

azul y transparente, como un espejismo fabuloso en aquellas secas llanuras.

A la izquierda de la puerta advirtió una serie de bicicletas mal apiladas contra

la verja. Trató de distinguir entre ellas las de Saúl y Alexander. La de Alexander era una *mountain bike* negra y verde; la de Saúl, una vieja bici de *cross* de color azul con una rueda negra y otra roja. Pero había tantas que no fue capaz de identificarlas

en el rápido y disimulado vistazo que la llevó aparcar su bicicleta. A continuación

entró en la piscina con el corazón golpeándole el pecho.

Pagó su entrada en la pequeña ventanilla y sorteó las mesas del chiringuito en

dirección al césped. Fue consciente de la curiosa atención que estaba provocando en

la gente de alrededor. La mayoría eran adultos que, con vivas expresiones de curiosidad, trataban de descubrir algún indicio familiar en su rostro con el que poder emparentarla con alguien de su generación. Completamente cohibida, bajó la

mirada y se apresuró a buscar un sitio en el césped, bajo la sombra de algún

árbol.

Rodeó los dos vasos, donde docenas de niños y adultos jugaban y nadaban, produciendo un alegre bullicio. Miró de reojo a algunos grupos de adolescentes, pero no distinguió a Saúl ni a Alexander entre ellos. Las chicas tampoco parecían estar allí. Vio un espacio desocupado bajo un pequeño madroño y decidió

acomodarse a su sombra. Se quitó el sombrero y el vestido y dedicó varios minutos

a aplicarse la crema protectora.

El calor de Vistaclara se hacía insoportable; era seco y cortante y abrasaba la piel. Cristina advirtió malhumorada cómo la loción se mezclaba con el sudor de su

frente y resbalaba hasta los pómulos de su rostro. Se secó la cara con la toalla y guardó el bote de crema en la mochila. Se ajustó los tirantes de su bikini azul y se

encaminó al plato de ducha. Necesitaba nadar y refrescarse. Además, se sentía terriblemente decepcionada ante el hecho de que ninguno de los dos chicos se encontrase por allí. Nadar le aliviaría.

Sintió el agua fría de la ducha caer en su rostro, su espalda y su estómago.

Cerró los ojos y se mesó el cabello empapado hacia atrás, disfrutando de aquella oleada de frescor. Luego cerró el grifo y caminó a pasos cortos y rápidos hasta el

bordillo de la piscina, donde se lanzó de cabeza al azul profundo y transparente.

Notó el silencio y la placidez del agua recorriendo cada fibra de su piel y trató de

mantenerse allí, flotando mansamente y sin esfuerzo, contemplando cómo la luz del

sol se abría paso bajo la superficie, mientras expiraba los últimos alientos de oxígeno. Luego afloró por fin y tomó aire, se peinó el pelo hacia atrás y abrió los

ojos. Fue entonces cuando le vio. Estaba sentado en el bordillo, frente a ella, con

las piernas hundidas en el agua y mirándola fijamente.

Cristina se sintió inesperadamente atravesada por aquellos ojos verdes que ya comenzaban a resultarle familiares. Su corazón comenzó una enloquecida carrera sin sentido. Durante un instante creyó que debía saludarlo, decir algo, lo que fuera.

Pero enseguida advirtió que él no había dicho ni una sola palabra. Estaba allí, sentado a varios metros de distancia, mirándola sin el menor atisbo de prudencia ni

disimulo, con una expresión que ella nunca había visto en el rostro de un chico y que le resultaba demoledoramente fascinante. Era una expresión ardiente, descarada, penetrante y profunda. Aquel semblante no tenía nada que ver con el chico divertido y despreocupado que había visto en la clase de inglés. Aquel semblante reflejaba la viva imagen de un hombre, a pesar de que el muchacho no podía tener más de dieciséis años.

Le contempló paralizada. Estaba siendo retada por primera vez en su vida y no se sentía capaz de mantener la mirada durante mucho más tiempo. La vergüenza y

los nervios le provocaron una espontánea sonrisa y decidió zambullirse

precipitadamente bajo el agua. Allí sintió el martilleo de su corazón golpeando su

pecho frenéticamente. «¡Dios mío, Dios mío, Dios mío...!»

Enseguida necesitó regresar a la superficie para tomar aire, y al hacerlo, abrió los ojos y miró directamente hacia Saúl. Pero el bordillo estaba vacío.

Percibió un dolor casi físico en el pecho. Le buscó en derredor y vio su esbelta silueta caminando de espaldas a ella en dirección a las mesas del bar. Le invadió entonces una confusa mezcla de sentimientos: el alivio de poder relajarse al

fin, la decepción de no sentir ya su mirada sobre ella y, sobre todo, una profunda incapacidad para entender el completo significado de aquella actitud.

Nadó casi de manera automática hacia las escaleras, salió de la piscina y buscó

refugio bajo la sombra del madroño. Pero no quiso quedarse allí por mucho

tiempo. Un deseo terriblemente incontenible por volver a experimentar aquel cruce

de miradas le apremiaba a dirigirse al chiringuito. Se secó con la toalla y se preguntó cuánto dinero tenía en la mochila y qué le apetecía beber en aquel

momento. En realidad no tenía ni sed ni hambre, pero la excusa resultaba perfecta.

Se colocó el vestido sobre el biquini mojado y se calzó. Luego decidió

quitarse el vestido de nuevo y vio su cuerpo delgado, cubierto únicamente por el biquini empapado y las gotas de agua resbalando todavía por su pecho y su estómago. «Mejor así», se dijo.

Cogió unas monedas sueltas y caminó hacia la barra. El bar estaba cubierto por un emparrado y separado del césped por una hilera de altos arbustos, de tal modo que ni las mesas ni sus ocupantes podían ser vistos desde el césped o el agua.

Se apostó en la barra y contuvo su impaciencia por mirar a su derecha y tratar de

localizarlo. Oyó los gritos y las conversaciones de adultos y jóvenes y trató de identificar la voz de Saúl, pero no fue capaz. Entre tanto, pidió una Pepsi con hielo e intentó buscarlo con el rabillo del ojo. Había demasiada gente y parecía una tarea imposible dentro de los estrictos métodos de disimulo con los que pretendía lograrlo. De modo que abandonó toda precaución y fingió pasear una mirada

aburrida entre los comensales, a la espera de recibir su bebida.

Le descubrió de espaldas, sentado en una de las mesas, con la chica rubia a su derecha y la pelirroja a su izquierda. Tenían una baraja de cartas y bebidas sobre la

mesa.

Sintió de nuevo cómo el corazón le daba un vuelco repentino, pero esta vez no resultó tan placentero. Acusó en seguida el sabor amargo de los celos y volvió su

mirada al frente. Pagó la Pepsi y, girando sobre sí misma, se alejó varios pasos de

la barra y se sentó en el césped.

Se preguntó por qué se había quedado allí, por qué no había regresado a su sitio, bajo el árbol, al otro lado de la piscina. En realidad mantenía la ridícula esperanza de que él descubriera su presencia de algún modo y se acercara a ella. En

ese momento recordó la conversación que Saúl había mantenido con Alexander

durante la clase. «Solo dime hasta dónde», había pedido Alexander. «Hasta el infinito y más allá». Luego se habían reído. Cristina se preguntó cuánto habría

de cierto en aquella confesión. Se recordó a sí misma que solo tenía catorce años.

Jamás se había planteado la idea de tener sexo con un chico. En realidad ni siquiera

había besado a ninguno todavía. Aquella inexperiencia nunca le había preocupado,

pero ahora sí lo estaba. Y estaba molesta con Saúl por las altas expectativas que parecía albergar con respecto a las chicas. Se sintió terriblemente pequeña frente a

él y su ánimo decayó dramáticamente en apenas unos segundos. Pero su espíritu era

demasiado ingenuo, romántico y optimista como para amilanarse durante mucho

tiempo, y enseguida borró de un plumazo sus preocupaciones y volvió a recordar

sus preciosos ojos verdes.

Se bebió el refresco a pequeños sorbos, con la mirada perdida en el azul de la piscina y la mente llena de conjeturas y cavilaciones, hasta que de repente escuchó

un grito a su espalda y una voz que ya había oído antes.

—¡Saúl! ¡Saúl! ¡Chicas! ¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido!

Volvió la cabeza hacia la puerta y encontró a Alexander detenido en el umbral, con una radiante sonrisa y la mirada rebotante de excitación. Agitaba con la mano

un panfleto amarillo.



Saúl se levantó precipitadamente, como si hubiese adivinado los motivos de su

amigo y, esquivando atropelladamente las mesas y sillas, corrió veloz y se abalanzó sobre él en un masculino abrazo de camaradería.

—¡Lo he conseguido! ¡Lo he conseguido! —Los gritos de Alexander habían logrado captar la atención de todo el bar.

Entre expresiones de júbilo, las chicas se apresuraron a unirse al abrazo.

—¡Eres cojonudo, Alex! ¡Cojonudo! —Saúl le revolvió el cabello cariñosamente y le palmeó la espalda—. A ver, déjame verlo. —Trató de ojear el panfleto.

—No, aquí no, vamos a mi casa.

Saúl giró sobre sí mismo, pasó como un rayo delante de Cristina y se

apresuró a recoger una toalla y una mochila olvidadas en el césped. Con la mano que le quedaba libre tomó unas zapatillas de deporte y caminó a paso rápido hacia

la salida. Fue entonces cuando reparó en su presencia. La miró directamente a los ojos durante un instante y luego se dirigió a la salida del recinto.

Ella contuvo la respiración y, embargada por una ferviente curiosidad, contempló cómo los cuatro abandonaban la piscina.

Tras su marcha el bar pareció quedarse silencioso. Se preguntó cómo era posible que aquellos chicos siempre dieran la nota allá donde estuvieran. Suspiró y

miró deprimida a su alrededor. Se sintió terriblemente sola. Se levantó y caminó de

regreso a la sombra del madroño.

El resto de la tarde transcurrió sin ningún otro sobresalto. Al atardecer, Cristina guardó su toalla, se vistió y pedaleó de vuelta a casa, donde se mantuvo en

un taciturno silencio hasta la noche.

Doña Elisa contemplaba a su nieta con expresión de curiosidad y

preocupación, pero no preguntó ni dijo nada al respecto. Sin embargo, sabiamente

buscó algún tipo de incentivo que pudiera despertar su natural alegría y,

recurriendo a las tentaciones propias de cualquier adolescente, se dirigió a su habitación.

—Hija, mañana hay un mercadillo en la plaza. ¿Quieres venir conmigo y comprarte algo de ropa?

Cristina dejó el libro sobre la cama y sonrió entusiasmada.

—¡Claro que sí, *abu!*

Doña Elisa sintió un alivio inmediato ante la rápida reacción de la chica.

—La verdad es que necesito mucha ropa nueva, ¿sabes? ¡No puedo seguir yendo así por la vida!

—¿Así cómo, cielo?

—Así... así, abuela, ¡como Heidi corriendo por las montañas! Ya no puedo seguir vistiendo de estas maneras. Las chicas de mi edad no visten así.

—Bueno, Carlota y Susana visten exactamente igual que tú.

Cristina movió la cabeza.

—Carlota y Susana...

—¿Qué?

—Parecen monjas.

Doña Elisa la miró estupefacta.

—¿A cuento de qué viene eso? ¡Son tus mejores amigas...!

—Ya, pero... —bajó la mirada—, aquí las cosas son diferentes.

La anciana frunció el ceño, tratando de entender a la chica. Suspiró resignada, quizá se estuviera quedando anticuada.

—Bueno... Ya veremos mañana en los puestos. Tal vez encontremos algo diferente.

—Perfecto, abuela, algo diferente.

Doña Elisa asintió confusa. No se había imaginado que aquella simple proposición pudiera eliminar todo resquicio de pesadumbre de una forma tan efectiva pero, obviamente, así era. Y aliviada por ello, besó a su nieta en la frente y le deseó buenas noches.

Luego bajó las escaleras a paso lento, con la agotadora impresión de que no estaba preparada para afrontar, a sus años, una nueva hija adolescente.

3

*«Let there be drums», and there was drums,*

*«Let there be guitar», and there was guitar.*

«*Let there be rock*».

«*Let there be rock*», AC/DC[4]

La plaza lucía con la típica alegría de una mañana de verano, el sol brillaba sobre la torre del reloj donde las cigüeñas anidaban desde los primeros días de la

primavera y, por primera vez en varias semanas, bajaba de la sierra un templado oro cuyo consuelo frente al árido calor del llano despertaba sonrisas y animadas

conversaciones.

Había improvisados puestos de venta, no solo en la plaza principal, sino

también extendidos por la calle Real hasta llegar a la antigua plaza del Pocillo. La

mayoría de los vendedores eran gitanos y todos ellos coreaban al viento los precios

de sus ventas: frutas, verduras y hortalizas, cerámica talaverana, ropa veraniega, zapatos y sandalias, discos de música y libros de segunda mano, bisutería y complementos, colonias, jabones, manteles, toallas y mandiles.

Un camión cruzó la plaza y subió la calle que rodeaba la iglesia, pregonando

por su pequeño altavoz la venta de sandías de Velada, al tiempo que una pequeña furgoneta subía la calle Real y se detenía a un lado de la plaza para vender su pan

recién hecho, bollos y pistolas.

Los vistaclareses caminaban entre aquel barullo de gritos y compraventas, se

preguntaban por su salud y la de sus allegados, y comentaban el tiempo y el precio

de todo lo que abarcaba su vista.

Extasiada por el colorido de aquella mañana de verano, Cristina corría impaciente de un puesto a otro, mientras doña Elisa se detenía a charlar con toda persona que se cruzara en su camino. A Cristina no dejaba de asombrarle el hecho

de que su abuela conociera los nombres y la vida de todos los lugareños de Vistaclara.

—¡Abuela! —Se acercó corriendo a la mujer, que en aquel momento conversaba animadamente con el vendedor de verduras—. ¡Abuela, he visto dos camisetas preciosas! ¡Están en ese puesto!

—Mira, Cristina. —Le tendió un tomate—. Huélelo, ¿no es increíble?

—Sí, abuela, sí, huele muy bien. Mira, las camisetas que me gustan están en ese

puesto, aunque hay una tercera...

—¡Elisa!

Una mujer de unos sesenta y cinco años sorprendió a ambas a sus espaldas.

—No puedo creerlo. ¡Eres tú!

Doña Elisa la contempló radiante.

—¡Juana! ¡Creía que no vendrías hasta agosto!

Se abrazaron efusivamente y doña Elisa comenzó una nueva y emocionada conversación. Luego doña Juana besó a Cristina en las mejillas y reiteró, con asombro y admiración, la belleza de su rostro y la velocidad a la que había

crecido

desde la última vez que la viera. La adolescente se dejó agasajar con una sonrisa en

los labios, pues su abuela le había hablado muchas veces de doña Juana y de la profunda amistad que las unía desde los catorce años.

Pero la conversación prometía prolongarse largo rato y Cristina no podía controlar su impaciencia, de modo que tras una despedida fugaz, se alejó

alegremente por la calle Real en busca de sus adquisiciones. Encontró, admirada, que había siempre algo atractivo o interesante en cada puesto, calculó las

posibilidades del presupuesto que llevaba en su bolsito de tela y decidió que, aprovechando la distracción de su abuela, ella misma se responsabilizaría de comprar su nuevo vestuario. De modo que comenzó preguntando por un anillo de

rodio con un pequeño cuarzo rosa encima. Se lo probó, lo admiró largamente, se lo

quitó y volvió a probárselo. No era demasiado caro, pero había visto cómo

funcionaba aquello del regateo, de modo que decidió probar sus cualidades para los

negocios.

—Podrías rebajármelo un poco.

El gitanillo, que seguramente no tenía más años que ella, sonrió y negó con la

cabeza. Cristina lo miró escéptica. Aquel vendedor era el primero en negarse a regatear. Se preguntó cuál sería el motivo. Volvió a admirar el anillo y le dirigió una mirada suplicante.

—Oye..., déjame lo más barato. Anda, por favor...

El gitanillo negó rotundamente con la cabeza.

Cristina suspiró frustrada. Aquello del regateo era un arte muy difícil y el anillo era demasiado bonito.

—Bueno, pues vale. Me lo llevo.

El muchacho dibujó una amplia sonrisa que mostró dos graciosos hoyuelos y un diente mellado.

—Ya lo sabía.

Cristina pagó y se llevó el anillo puesto en el dedo anular. Decidió que no volvería a intentar regatear, porque le daba una vergüenza horrible y encima parecía ser que aquellos vendedores no la tomaban en serio. Pero en realidad, si hubiera tenido un mínimo de picardía, habría entendido que era su corazón simple y

transparente lo que delataba sin dilaciones su genuina intención de comprar a cualquier precio.

Después de hacerse con el anillo continuó caminando calle abajo y, en poco más de diez minutos, compró unos pendientes plateados de aro, un pintañas rosa chicle, un espejito para llevar en el bolso, unas botas John Smith de lona negra, una

camiseta negra, más bonita incluso que las que había visto previamente en la plaza,

una blusa de cuadros rosas que se anudaba a la altura del ombligo, una camiseta de

tirantes color verde oscuro con bordados en el escote y, como ya estaba empezando

a sentir hambre, compró también una bolsa de aceitunas, pepinillos y cebolletas blancas.

Llegó felizmente a la plaza del Pocillo y descubrió una docena de nuevos puestos por explorar. Sin embargo, su alegría se vio mermada cuando comprobó con notable angustia la rápida e inexplicable reducción de su presupuesto. Se preguntó asombrada cómo había sido posible, teniendo en cuenta que apenas había

comenzado con la renovación de su vestuario y que su abuela le había dado una generosa cantidad para gastar. «Alguien debe haberme robado o lo he perdido». Se

dirigió al centro de la plaza y apoyó las bolsas de sus compras sobre el pozo cubierto. Comenzó entonces una exploración exhaustiva de todos los recovecos de

su bolso de tela, en busca de posibles agujeros.

En esas estaba cuando vio aparecer a su abuela por la calle Real. La vio relajar

el rostro cuando la distinguió en medio de la plaza y luego volver a tensarlo cuando

reparó en las cuatro bolsas colocadas sobre el pozo. Entonces decidió mostrar la mejor de sus sonrisas.

— *Abu*, ¿quieres una cebolleta?

— ¡Dios santo! Solo me he descuidado un momento y... ¿qué es todo esto?

— Mi ropa nueva.

Doña Elisa comenzó a sacar las camisetas de las bolsas. Contempló la camisa de cuadros rosas y miró a su nieta.



—Esta te queda pequeña.

—Que no, abuela, que es así.

—¿Cómo va a ser así?

—Que se lleva así.

—¡Pero esto es de fulana!

—¡Abuela!

—¡No vas a ponerte esto!

—¡Sí me lo voy a poner!

—¿Y esta otra de color verde? —Contempló los bordados en el escote—. Esto no es apropiado para tu edad.

—Abuela, eres una arcaica.

—¿Desde cuándo quieres vestir así?

Cristina suspiró enervada y perdió su mirada en los puestos de la plaza. Fue entonces cuando distinguió entre el gentío a la chica rubia de la pandilla de Saúl y

Alexander. Su corazón se alteró instantáneamente ante la posibilidad de encontrar también a Saúl por allí, pero enseguida comprobó decepcionada que solo iba

acompañada por otra chica mayor que ella, rubia también. Sus facciones resultaban

tan similares que no dudó en comprender que se trataba de su hermana mayor.

Estaban ojeando uno de los puestos con visible interés. A continuación, la hermana

mayor tomó unos *shorts* deshilachados de color azul claro y preguntó algo al vendedor. Cristina creyó morir, realmente necesitaba unos pantalones como aquellos. ¿Cómo no los habría visto antes? Dejó a su abuela con la palabra en la boca y, casi en estado de trance, recorrió a zancadas la distancia que la separaba del puesto.

Se situó junto a las chicas y esperó pacientemente. La mayor dejó los pantalones sobre el tenderete.

—Molan, pero ya tenemos una docena como estos.

—Sí... —La pequeña hizo una pompa con el chicle y paseó sus ojos azules buscando alguna nueva prenda que llamase su atención. No pareció descubrir nada

interesante, porque tanto ella como su hermana pasaron al reconocimiento del puesto contiguo.

Cristina tomó los pantalones y los mostró con el brazo en alto.

—¿Cuánto cuestan, señor?

Doña Elisa resultó ser más rápida que el propio vendedor. Arrebató los pantalones a su nieta y la miró severamente.

—¿Es que te has propuesto disfrazarte de prostituta?

Las hermanas se volvieron hacia ellas y, con expresiones de auténtico asombro, estallaron en ruidosas carcajadas. Cristina no fue capaz de mirarlas. Sintió la sangre golpeando sus mejillas y un profundo sentimiento de ridículo se apoderó de ella.

—Abuela... ¡Cállate!

Doña Elisa la contempló boquiabierta. Cristina jamás le replicaba de semejantes maneras y mucho menos en público. Levantó la palma de su mano derecha con la intención de lanzarle una bofetada, pero reparó en la presencia de las

dos adolescentes y se contuvo. Respiró hondo. Dejó el pantalón sobre la mesa y dijo

en un tono que no daba lugar a objeciones:

—Hemos terminado por hoy.

Regresaron a casa en un rotundo silencio.

A las siete y media, Cristina entró en la iglesia por su puerta trasera y enseguida percibió una agitación inusual. Doña Gregoria hablaba con don Ignacio

al pie de las escaleras, mientras arriba, en el coro, una veintena de mujeres trataba

de organizarse bajo las órdenes de doña Justa.

—Aquí está la chica. —Doña Gregoria sonrió complacida al verla.

—Así que tú eres la cantante.

—Sí.

—Gregoria te ha preparado un solo para la procesión del Día del Cristo. ¿Te gustaría cantarlo?

—No me importa hacerlo.

Don Ignacio contempló fijamente a la joven. Una sombra de tristeza asomó a

sus ojos.

—Eres clavada a tu madre.

—Eso me dice mi abuela.

—Bien, sube arriba. Deja que doña Justa te organice en el coro. Enseguida comenzaremos los ensayos.

Les llevó todavía diez minutos organizar a tres nuevas coristas y a Cristina.

Finalmente, la chica fue colocada entre las *mezzosopranos*.

Don Sebastián, el pianista, aguardaba silencioso y paciente.

—Vamos a empezar con la canción de la procesión. La cantaremos acompañadas por la Banda Municipal, pero no está de más que la chica comience a practicar ese solo.

Cristina abrió su partitura y suspiró aburrida.

Las mujeres se apresuraron a guardar orden. Escucharon la canción en el radiocasete cinco veces seguidas, y luego don Sebastián hizo un ademán a Cristina para que se acercara al piano.

—Ahora, moza, desde el principio.

Una hora y media después, Cristina cantaba con verdadera fluidez cuando, de pronto, reparó en la presencia de un silencioso oyente que la observaba desde el umbral de la puerta. Su corazón se aceleró estrepitosamente al reconocer su pelo largo y castaño y sus rasgados ojos oscuros. Continuó cantando por

inercia, contemplándole perpleja, tratando de entender los posibles motivos por los que Alexander se mantenía apoyado contra el marco de la puerta con los ojos clavados

en ella, en actitud de tranquila y descarada observación. Ya no le cabía la menor duda: aquellos chicos eran una cosa fuera de lo común y lograban trastornar su ritmo cardíaco con su sola presencia. Se preguntó si Saúl también se encontraría

por allí cerca.

Don Sebastián se detuvo.

—¿A dónde te has ido, moza?

—Lo siento... Lo siento. —Cristina se sintió sonrojar al tiempo que advertía cómo el muchacho desaparecía de la iglesia.

—La chica está cansada.

—Bien, cinco minutos de descanso.

Se oyó el eco de sus voces y pasos a lo largo y ancho del templo. Presa de una incontenible curiosidad, Cristina bajó las escaleras a paso ligero y salió a los jardines.

Anocheceía sobre Vistaclara. Las golondrinas piaban y sobrevolaban los olivos del jardín, al tiempo que una temprana y solitaria estrella se dibujaba brillante en el firmamento. Un coro de grillos ocultos lanzó su melodía al viento del crepúsculo.

Los aspersores habían regado las plantas del jardín y ahora el recinto olía a tierra

húmeda.

Cristina paseó su mirada entre los árboles y los arbustos. Recorrió con la mirada los bancos de piedra, pero todos estaban vacíos.

—Eh, chica.

Sonó como un tímido susurro a su derecha. Se volvió rápidamente y descubrió a Alexander saliendo de entre dos gruesas encinas. Le vio aplastar rápidamente una

colilla encendida. No era Saúl, pero Cristina sintió cómo se le aceleraba el corazón

igualmente. A fin de cuentas, no dejaba de ser un chico guapo y mayor que ella.

Aguardó con timidez y expectación. De pronto recordó que seguía sin saber quién era Janis Joplin y comenzó a sentirse verdaderamente nerviosa.

Alexander se acercó y se detuvo frente a ella.

—¿Lleváis mucho tiempo ensayando?

—Bastante.

—¿Estás ensayando un solo?

Cristina sonrió con orgullo.

—Sí.

—Vaya... —Se llevó el pelo hacia atrás y la miró fijamente—. Cantas muy bien.

La sonrisa de Cristina se hizo todavía más grande.

—Gracias.

Alexander miró al suelo, parecía estar pensando en algo. Luego levantó sus ojos oscuros y los clavó de nuevo en ella.

—Oye, ¿a ti te gusta el *rock*?

¿Qué sabía ella de *rock*?

—¡Me encanta el *rock*!

Alexander sonrió entusiasmado. De pronto su expresión se volvió cálida y profunda.

—¿Vas a ir mañana a clase de inglés?

—Claro.

—Vale, mañana espéranos después de clase porque... —irguió la cabeza con fanfarronería— nos gustaría comentarte algo. Algo importante.

Aquello fue demasiado para un alma tan simple como la de Cristina. Abrió los ojos de par en par.

—¿¿El qué??

Alexander tosió divertido.

—No puedo decírtelo ahora. Mejor cuando estemos el grupo al completo.

—¿No puedes darme una pista?

El chico volvió a sonreír, parecía estar disfrutando de la situación.

—Es demasiado importante... Y no quiero precipitarme.

Cristina tragó saliva. No estaba segura de entender nada ni de poder soportar tan larga espera.

—¿Y por qué a mí? Si no me conocéis.

—Oye, ¿has terminado ya el libro de Janis Joplin?

Cristina palideció durante un breve instante.

—No.

—¿Te queda mucho?

—¡Huy, sí! Lo acabo de empezar.

—Vaya... —Alexander se mordió el labio, frustrado—. ¿Cuántas páginas tiene?

—Más de mil.

Alexander la observó atónito.

—¿En serio? ¿Cómo es posible...? ¡Si murió con veintisiete años!

Cristina lo miró sin pestañear.

—Ya, yo tampoco me lo explico.

—Oye, ¿cuántos años tienes?

—Cat... si quince.

Alexander soltó una carcajada, al tiempo que una figura aparecía de repente en el umbral de la iglesia. Era doña Gregoria.

—Cristina, estamos esperándote.

—Bueno, Catsi Quince, te veo mañana. —Y se marchó a paso lento.

Cristina lo observó alejarse entre los árboles en dirección a la salida del jardín.



—¡Me llamo Cristina!

Luego le vio levantar del suelo su *mountain bike* y pedalear calle abajo a la luz

de las farolas.

A la mañana siguiente, Cristina tardó más de veinte minutos en elegir su

vestuario. Se cambió de ropa más de cuatro veces hasta que, finalmente, se decidió

por unos vaqueros largos, la camisa nueva de cuadros rosas y las botas negras de

lona. Se miró en el espejo y sonrió satisfecha. Se notaba diferente, más mayor, más

parecida al grupo de Saúl y Alexander. En realidad, se sentía más ella misma.

Su abuela la contempló en silencio cuando la vio aparecer por el jardín, pero

no dijo nada. Además, la tarde anterior la había visto regresar de los ensayos tan extremadamente contenta, que no se sintió con ánimos de provocar una nueva

discusión.

La despidió con un beso y la vio pedalear calle abajo. Fue entonces cuando sufrió un furtivo presentimiento, la dolorosa idea de que su nieta comenzaba a estar

expuesta a la picardía de chicos y chicas más avezados. No quería resultar una abuela sobreprotectora, pero había perdido a su hija y ahora veía cómo su nieta empezaba a crecer demasiado rápido para su gusto. «Si al menos tuviera un

hermano mayor...», suspiró. No había nada que pudiera hacer al respecto. «Quizá simplemente me estoy volviendo una vieja chocha y sentimental». Y

entró en casa pensando en todos los quehaceres que tenía por delante.

Cristina cruzó la carretera y distinguió a varios grupos de jóvenes en el parque infantil, pero no encontró a Saúl ni a Alexander entre ellos.

Dejó su bicicleta a la orilla del parque y sintió cómo una docena de ojos masculinos la observaba de arriba abajo. Estaba tan incómoda que no tardó en advertir cómo la sangre le subía a las mejillas. Oyó un sugerente silbido y entró apresuradamente en el edificio. Cuanto más cerca estaba del aula, más rápido latía

su corazón.

Encontró la puerta entreabierta y a los alumnos levantados y en animada

charla. La profesora no había llegado todavía. Buscó con la mirada los pupitres de

las últimas filas y los encontró vacíos. Confusa, paseó la mirada por toda el aula. Su corazón se aceleró bruscamente cuando distinguió a Saúl y a Alexander

conversando discretamente en un apartado rincón. Alexander argumentaba en voz baja y lo hacía de un modo tan apasionado y convincente que Saúl no podía dejar de

afirmar con la cabeza. Luego asomó al rostro del rubio una entusiasta sonrisa y replicó algo en voz baja.

De pronto, la mirada de Alexander voló hacia la puerta y encontró a Cristina

detenida en el umbral, observándoles tímidamente. Enseguida hizo un gesto a su amigo para hacerle callar y ambos la contemplaron en súbito silencio. Luego se dirigieron a sus pupitres.

—¡Hola, Janis!

Cristina tembló ante la sonrisa de Saúl.

—¿Qué tal los ensayos?

—Bien. —Se acercó y dejó su mochila en la misma mesa que había ocupado el

lunes.

Matilde entró en clase y ordenó silencio. Luego dirigió una mirada de amenaza al rubio.

—Saúl, ven a la primera fila.

El chico maldijo en voz baja, recogió sus cosas y se alejó a paso lento.

Cristina le contempló desolada, estaba comenzando a detestar a la profesora. A continuación, advirtió cómo Alexander recogía su mochila y tomaba asiento junto a

ella.

La miró con expresión divertida.

—Lo siento, Catsi, esto es lo que hay.

Abrieron los cuadernos y la profesora comenzó una rápida explicación para

los de primero, mientras el resto llevaba a cabo sus propios ejercicios. La chica trató de rehacer sus tareas pero no comprendía nada, de modo que decidió esperar a

que la profesora centrara su atención en segundo, y se dedicó a observar a Saúl por

el rabillo del ojo. Hubiera podido contemplarlo durante toda la eternidad, pero temía que Alexander se diera cuenta, de modo que terminó dedicándose a pasar las

hojas del libro con soberano aburrimiento. Luego advirtió cómo Alexander

dibujaba una serie de cruces góticas en su libro de inglés. De pronto el chico levantó la mirada.

—¿Por qué no haces los ejercicios?

—No los entiendo. ¿Por qué no los haces tú?

—Los tengo todos bien.

—Entonces no habrías suspendido.

—No he suspendido ninguna.

Cristina lo miró con burla.

—Claro, por eso estás aquí, ¿no?

—Puedo sentarme donde quiera porque solo vengo a clase para repasar. Es una lástima que no se haya formado grupo de repaso de bachillerato, pero no había

alumnos suficientes. Así que Matilde anda ahora recopilando ejercicios de bachillerato solo para mí.

—Me estás vacilando.

—No, lo digo en serio, me gusta aprender inglés. Lo necesito para mi futuro profesional.

—¿A qué te quieres dedicar?

—Voy a ser una estrella de *rock*.

Lo dijo con tanta naturalidad que Cristina no pudo objetar nada al respecto.

—¿Y tus padres qué opinan?

—Eso no importa. —Y continuó ampliando su colección de cruces góticas.

Cristina dudó un momento; algo no cuadraba.

—¿Para qué necesita una estrella de *rock* aprender inglés?

Alexander meneó la cabeza.

—El español presenta limitaciones de mercado. El inglés es más internacional.

Todo el mundo aprende o habla inglés. Compondré mis canciones en inglés.

—¿Vas a ser el cantante?

—No, no canto bien. Yo toco el bajo y los teclados.

—¿Tocas la guitarra?

—Sí, pero no muy bien, todavía estoy aprendiendo.

Cristina le escuchaba con tanta admiración que incluso llegó a olvidarse de Saúl.

—¿Y cómo se va a llamar tu grupo?

Alexander sonrió.

—No lo sé. Ni siquiera tengo un grupo todavía.

—¿Saúl también va a formar parte?

Divertido, Alexander frunció el ceño.

—¿Cómo sabes su nombre?

—Es que la profesora le regaña tantas veces... —Cristina bajó la mirada al libro. Otra vez se había ruborizado—. También sé que tú te llamas Alexander.

—Bueno, algo es algo. Después de clase te vendrás con nosotros, ¿vale?

Cristina trató de disimular su emoción.

—Vale... ¿A dónde?

—A mi casa.

—¿A qué?

—No te preocupes, nadie va a asesinarte. Hemos quedado con Claudia y Leo.

Cristina supuso que se trataba de las chicas rubia y pelirroja. Sintió cómo los

nervios le atenazaban el estómago. Contempló el libro de inglés, no podía

concentrarse en hacer los ejercicios y, como si Alexander le hubiera leído el pensamiento, preguntó:

—¿Quieres que te ayude?

—Te lo agradecería mucho.

—Qué niña tan buena. ¿De dónde has salido?

—De Madrid.

Alexander soltó una carcajada.

—Quiero decir... —Se mordió el labio, tratando de encontrar la pregunta

adecuada—. ¿Qué haces en Madrid? ¿A dónde vas cuando sales por ahí?

¿Tienes

novio?

Avergonzada, Cristina bajó la mirada y se hundió levemente en el asiento. De

pronto se sentía demasiado pequeña.

—No, qué va.

Alexander la observó divertido. Cristina creyó percibir un destello de ternura en su mirada.

—A ver, Catsi, ¿entonces qué haces con tu vida?

—Pues... voy al colegio.

—¿A un colegio privado?

—A un colegio de monjas.

Alexander palideció.

—¡Dios mío! ¿Solo chicas?

—Sí, claro.

Se quedó pensativo.

—Joder, yo debería estar en ese colegio... ¡Sería bestial!

—No te dejarían entrar.

El muchacho puso los ojos en blanco.

—Era una broma. ¿Y por qué nunca te he visto antes en Vistaclara?

—Porque no vengo mucho.

—¿Y a dónde vas de vacaciones?

—A Asturias.

—¿Tienes una casa en Asturias?

—Tenía a mis tíos y mis dos primos, pero ya se han ido. Se han mudado a Argentina.

—¡A Argentina! —Alexander volvió a quedarse pensativo—. ¿Y por qué no te has ido con ellos a pasar el verano en Argentina?

—Prefiero estar con mi abuela.

—¿Estás aquí con tu abuela?

—Sí.

—¿Sin tus padres?

—Exacto.

—Eso suena muy bien.

—¿Podrías explicarme este ejercicio?

—Claro.

Alexander resultó ser un buen profesor y Saúl solo fue reprendido dos o tres veces durante la lección, de modo que la hora y media pasó rápidamente. Al finalizar, la profesora pidió un momento de atención.

—Como ya sabéis, la *gymkhana* juvenil comienza la próxima semana. Hoy se han publicado, por fin, el número de pruebas totales y el premio para el equipo

ganador. Para todos aquellos que estéis interesados en participar, debéis inscribiros en la biblioteca lo antes posible.

—¿Cuál es el premio de este año? —preguntaron varios estudiantes al mismo tiempo.

La profesora esbozó una sonrisa.



—Apuesto a que os va a encantar. Podéis recoger el folleto informativo en la recepción de la biblioteca.

—¿Pero de qué se trata?

Matilde comenzó a recoger sus cosas, y cuando ya se iba, añadió:

—Preguntad a Alexander. Estoy segura de que él ya lo sabe.

Cristina miró intrigada a su compañero.

—¿De qué habla?

El chico soltó una carcajada y subió las manos en alto en señal de inocencia, pero se dejó agasajar a preguntas con visible satisfacción.

—¿De qué habla, Álex?

—Recoge tus cosas, Catsi. Es la hora.

Al abandonar el instituto, Cristina contempló asombrada cómo veintenas de muchachos se dirigían a la biblioteca, pero no tuvo tiempo de enterarse de más, porque Saúl y Alexander montaron en sus bicis y ella tuvo que seguirlos a buen ritmo para no quedar rezagada. Bajaron la cuesta del instituto y tomaron la carretera hacia la gasolinera. La sobrepasaron y continuaron pedaleando hasta llegar a las últimas casas de Vistaclara.

Los chicos se detuvieron ante una de ellas, aparcaron sus bicis en la acera, y

Alexander sacó un juego de llaves de su bolsillo.

Era una casa preciosa, de dos plantas y con un espacioso jardín protegido por una alta verja negra que nacía sobre un bajo muro de piedra. Junto a la casa se extendía una edificación que parecía ser un garaje. El jardín estaba pulcramente cuidado. Era una llana extensión de césped salpicada de árboles

frutales y

atravesada por un camino de baldosines de pizarra que conducía directamente al porche de la casa.

Alexander les hizo pasar y cruzaron el jardín hasta llegar a un pequeño

cobertizo situado a la izquierda del mismo, bajo un espigado olivo. La pequeña puerta de madera estaba cerrada con un candado. El muchacho sacó una llave del bolsillo y la encajó en el candado. Cuando la puerta se abrió, llegó hasta Cristina un desagradable olor a tabaco.

—Bienvenidos a mi humilde morada. —Encendió una pequeña lámpara que

colgaba del techo y Cristina pudo ver con claridad. Se trataba de un espacioso cobertizo donde la suciedad y el polvo se habían apilado sobre mesas y sillas viejas,

las cuales yacían arrinconadas al fondo de la estancia. Más cerca de la puerta, un viejo colchón descansaba en el suelo de cemento. A su lado había un radiocasete, el

mismo que Cristina había visto a hombros de Alexander el domingo por la mañana.

También descubrió una docena de CD, un paquete de tabaco, un cenicero sucio y varias latas de cerveza ya vacías.

Saúl se sentó sobre el colchón y miró a Cristina con una sonrisa divertida.

—Mola, ¿eh?

Cristina sonrió, tratando de disimular un leve sentimiento de incomodidad ante aquel despliegue de vicios adultos.

En aquel momento, una voz sonó a su espalda.

—¿Quién es esta?

Vio entonces a la chica pelirroja, que entraba con el perro en brazos. La rubia la seguía. Esta última miró a Cristina y se detuvo en seco, reflejando en sus ojos una expresión de duda. Súbitamente, su rostro se transformó en una burlona carcajada.

—¡La chica de los *shorts*!

Cristina creyó morir.

—¿Qué *shorts*? —Saúl parecía interesado.

—No os imagináis el alboroto que hay en la plaza con el tema de la *gymkhana*.

—La pelirroja dejó al perro en el suelo, el cual comenzó a olfatear las zapatillas de

todos los presentes con auténtica alegría.

—Da igual. Escuchad, Alexander ha tenido una idea.

—¿Ella viene con nosotros? —La rubia contempló a Cristina con expresión de desagrado.

—Claudia, cállate. Esta chica sabe cantar. —Saúl cogió el paquete de Marlboro

y se encendió un cigarro.

—¿Qué importa que sepa cantar? No hay ninguna prueba de canto en la *gymkhana*.

Cristina aguardaba en ofendido silencio.

—No seáis brujas, es una niña muy dulce. —Alexander dirigió a Cristina una entusiasta sonrisa—. Cris, ¿te gustaría ir a un concierto de U2?

—¿Qué?

No hacía falta ser experto en *rock* para conocer a U2.

—Te lo voy a contar desde el principio. —Se llevó un cigarro a los labios y, todavía sonriente, sacó de su bolsillo el panfleto amarillo que Cristina le había visto el lunes en la piscina—. Todos los veranos se organiza una *gymkhana* juvenil en Vistaclara. Las pruebas se extienden a lo largo de julio y agosto, y el grupo que consiga el mayor número de puntos es el ganador. Mira —Le tendió el panfleto—,

casi todas las pruebas son de deporte, la mayoría valen el mismo número de puntos.

Echa un vistazo si quieres.

Cristina ojeó el folleto y encontró actividades como piragüismo, tiro con arco, natación, torneo de fútbol, triatlón, ajedrez... La lista era tan extensa que no tuvo tiempo de leerla por completo.

—Ahora mira la última prueba.

—¿Una obra de teatro? —Aquello le entusiasmó.

—Es la prueba que más puntos vale. ¿Adivinas por qué?

—No.

—Porque requiere que todo el grupo imagine, escriba, ensaye, memorice...

Eso sin contar con el vestuario y los decorados.

—¿Cuántos puntos vale?

—La mayoría de las pruebas anteriores valen entre tres y cinco puntos. Pero la obra de teatro vale entre siete y diez. Tenemos que ganar esa prueba.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver todo esto con U2?

—U2 toca el nueve de septiembre en Madrid. El premio de la *gymkhana* son seis entradas para el concierto.

Cristina abrió unos ojos como platos. Alexander le estaba proponiendo

formar parte de su pandilla, participar con ellos en una *gymkhana* de dos meses de duración y quedar en Madrid una semana antes del comienzo del nuevo curso para

ver a U2 en directo. Sonaba tan fantástico que apenas podía creerlo. Pero una sombra de duda enturbió su felicidad.

—No sé si mi abuela me dejará ir a ese concierto.

—¿Tu abuela? Pregúntaselo a tus padres.

Cristina se mordió el labio.

—Cris, tú consigue esa entrada. Iremos todos a Madrid. Ni tu abuela ni nadie podrá decirte lo contrario. Si es necesario, mi padrino hablará con ella.

—¿Quién es tu padrino?

—El concejal de Cultura, el que ha organizado la *gymkhana*. —Alexander sonrió con satisfacción al ver una nueva expresión de asombro en el rostro de la chica—. Es mi tío y también mi padrino. Se encarga de financiar los eventos culturales del pueblo, la *gymkhana* entre ellos. Normalmente, los premios de la *gymkhana* suelen ser bicicletas, minicadenas o cosas similares, pero este año le pedí que comprase seis entradas para el concierto de U2. Hicimos cálculos y me dijo que

se pasaba del presupuesto. Entonces se me ocurrió contribuir con el dinero que utiliza para comprarme regalos por mi cumpleaños. Mi padrino se lo tomó a

broma, pero yo hablaba en serio, de modo que terminó sumando ese dinero al presupuesto final y, *bualá*, seis entradas para el concierto.

Cristina escuchaba asombrada.

—Pero no creas que ha sido así de sencillo. Mi tío ha estado casi todo el año en Puerto Rico, así que yo no podía saber si había comprado las malditas entradas o

no, y mi padre no soltaba prenda, los dos se hacían los interesantes.

Aspiró una calada y comprobó, satisfecho, la expresión de profundo interés con la que escuchaba Cristina.

—Ayer mi padre se dejó la puerta del despacho abierta y vi los panfletos informativos encima de su mesa. Casi me da algo.

—¿Pero qué hacían los panfletos encima de la mesa de tu padre...? ¿Y por qué tu padre lo sabía?

—¡Ah, sí! ¡Se me ha olvidado decírtelo! Mi padre es el alcalde de Vistaclara. Cristina lo miró estupefacta y luego trató de asimilar toda aquella información.

—A ver... ¿Me estás diciendo que has sacrificado tu regalo de cumpleaños para que este verano se sorteen seis entradas de *rock* en la *gymkhana*?

—Básicamente, sí.

—¿Y qué pasará si no ganáis vosotros?

—Nosotros, di nosotros. Y eso no va a pasar, no vamos a dejar que pase.

Los chicos rieron ante la cara de estupor con la que escuchaba Cristina.

—Cris, la gente va a matar en esta *gymkhana* con tal de ganarla. Tendremos

que ser los mejores. ¿Estás con nosotros o no?

—¡Claro que sí! —Su impulsivo entusiasmo logró arrancar las sonrisas de Saúl y Alexander. Luego suspiró confusa, y pareció recordar algo cuando clavó su

mirada en Claudia—. Pero sigo sin entender una cosa: ¿Por qué os interesa tanto mi

voz si no hay ninguna prueba de canto?

—Nosotros no representaremos solo una obra de teatro. Daremos el mejor espectáculo de la noche. No habrá duda para el jurado, te lo aseguro.

—Esta parte no nos la has contado. —Claudia torció el gesto enfurruñada y dejó caer una mirada de desconfianza sobre Cristina.

—Es verdad, pero solo porque no estaba seguro de que pudiera llevarse a cabo. La idea es la siguiente: escribimos una buena obra de teatro y concluimos con

una canción tocada en directo... por nosotros mismos.

—¿Qué?

—¡Venga ya...!

—No, no, escuchad a Álex, sabe lo que dice —intervino Saúl.

—Chicas, tenemos todo el verano para ensayar una canción, una sola canción.

¿De verdad pensáis que no podemos hacerlo?

—¿Pero con qué instrumentos? —Leo lo miraba como si se hubiera vuelto

loco, pero repentinamente pareció recordar algo que le hizo animarse—.  
¿Podré tocar mi violín?

Saúl suspiró exasperado.

—Vamos a formar un grupo de *rock*, no un coro eclesiástico.

—¿Con qué instrumentos, entonces?

—Venid conmigo. —Alexander salió a paso rápido y todos le siguieron sin saber exactamente qué iba a pasar después. Solo Saúl se mostraba calmado y tan seguro como si ya conociese los planes de Alexander. Atravesaron el jardín y le vieron abrir la puerta del garaje.

—Vamos, no os quedéis ahí.

Uno a uno, fueron entrando. El garaje era más grande de lo que aparentaba desde fuera, y solo su lateral izquierdo había sido ocupado con un Renault Mégane

de color negro. Alexander se dirigió al ala derecha, donde se hallaban unas empinadas escaleras de cemento que descendían a lo que parecía ser un sótano.

—Vamos —les apremió impaciente.

Los chicos descendieron las escaleras. Cuando bajaron a la planta del sótano

contuvieron el aliento. A la luz de una precaria lámpara de techo pudieron reconocer una serie de piezas situadas al fondo de la sala, en el suelo, y cubiertas

por sábanas. Les resultó sencillo averiguar de qué se trataba, pues bajo las sábanas

se apreciaban claramente los pies del micrófono, de la batería y del teclado electrónico. En las paredes, a modo de decorado, destacaban grandes banderas de grupos de *rock*: Deep Purple, los Eagles, Led Zeppelin y AC/DC.



Se hizo un silencio de incredulidad, de muda impresión y reverente sorpresa.

Tanto las chicas como Saúl quedaron paralizados en la penumbra, conmocionados

ante las infinitas posibilidades que ofrecía aquel descubrimiento.

Alexander caminó varios pasos y acarició la sábana bajo la que descansaba la batería.

—Mi hermano y sus amigos compraron la guitarra, la batería y el micrófono

hace apenas un mes —dijo en un susurro. Luego se volvió hacia ellos—. Pero los

teclados son míos y el bajo también.

»Me dijo que si le prestaba mis instrumentos para que pudiera ensayar con su

grupo de música, hablaría con mi padre para poder llevarme con sus amigos a recorrer la ruta 66 en Estados Unidos. Así que le presté mi bajo y los teclados.

También me advirtió de que si me pillaba aquí abajo tocando algo que no fuera mío, me arrancaría las pelotas y se las echaría a los perros. ¿Pero sabéis dónde está

ahora mi hermano?

Sonrió con burla.

—En Estados Unidos. No le dijo ni una palabra a mi padre.

Retiró las sábanas y el equipo de instrumentos se mostró como una mágica materialización.

—¿A qué estáis esperando? ¿No queréis probar? Sacad la guitarra. Saúl,

enciende los amplificadores, ¡a ver cómo suena esto!

Fue como el pistoletazo de salida que les hizo reaccionar al unísono. Un instante después, todos gritaban y peleaban entusiasmados por elegir los mejores instrumentos. Sacaron la guitarra y el bajo de sus respectivas fundas y conectaron los instrumentos a los amplificadores. Saúl se adueñó de la batería y Alexander encendió los teclados. Cristina acarició el micrófono y su imaginación la transportó

velozmente a mundos de gloria y de éxito.

Claudia y Leo se miraron frustradas. Contemplaron en silencio la guitarra eléctrica y el bajo.

—¿Qué esperáis que hagamos nosotras?

Claudia soltó un grito de alegría.

—Leo y yo seremos las bailarinas. Leo, imagina, prepararemos la mejor coreografía del mundo.

Saúl enarcó una ceja de asombro, como si no pudiera dar crédito al entusiasmo provocado por tan patética propuesta.

—Aún hay mucho que pensar, ¿pero qué os parece el plan?

Todos coincidieron en que se trataba de una idea fabulosa. Con total seguridad, a ningún otro grupo se le ocurriría nada semejante para la última prueba.

Sin embargo, de pronto Claudia se quedó pensativa y elevó la voz por encima del bullicio general.

—Pero has dicho que había seis entradas.

—Claro, el número máximo de personas que pueden formar cada grupo.

—Nosotros somos cinco.

Alexander se encogió de hombros.

—De momento nos sobra una entrada.

—¿Se os ocurre alguien a quien le encante el *rock* y sepa tocar la guitarra...?

Santiago montó en su bicicleta y miró hacia atrás por el rabillo del ojo. Les había visto salir de la piscina inmediatamente detrás de él. Se trataba de cuatro chicos de su edad.

Suspiró enervado. La historia se repetía una y otra vez. Aunque si

Chupasangre, el Entumecido y todos sus secuaces querían pegarle una paliza, deberían esperar a una mejor ocasión. Aquel día tenía demasiada hambre como para

retrasar su llegada a casa por culpa de semejantes imbéciles.

De todas formas, había algo raro en aquella situación, y esto era la inusual ausencia de Chupasangre. Se preguntó dónde estaría y si de este modo aumentarían

sus posibilidades de salir indemne.

Pedaleó rápidamente hasta cruzar la carretera y subió la calle que conducía a la iglesia. Los chicos le imitaron a mayor velocidad.

Santiago se incorporó en la bici y trató de pedalear con más fuerza. No había un alma en la calle y el silencio del mediodía resonaba insondable bajo el calor

abrasador.

Rodeó los jardines de la iglesia y atravesó la plaza en dirección al arroyo.

Volvió la cabeza hacia atrás y descubrió aliviado que los chicos se habían detenido

al comienzo de la calle. Pero algo no tenía sentido. El Entumecido sonreía con una

expresión de tal satisfacción que Santiago comprendió que las cosas iban definitivamente mal.

—¡Barrotes! —Uno de los chicos escupió al suelo y lo miró sonriente—. ¿A dónde crees que vas?

Ni siquiera lo vio venir. Solo fue como una sombra que emergió de una calle transversal situada a su izquierda y le aplacó brutalmente hasta hacerlo caer de la bicicleta.

Gimió dolorido, se había desollado las rodillas y las manos al golpearse contra el cemento. Les oyó reír. Luego alzó la cabeza y vio ante sí a Juanito Chupasangre, quien no dudó en lanzar una patada contra su rostro. Santiago dejó escapar un grito sordo y sintió el sabor de la sangre en la boca, mientras asumía atormentado que tardaría más de lo previsto en llegar a casa.

Cuando Cristina entró en su casa a la hora de comer, supuso que no había ninguna persona en Vistaclara que pudiera ser más feliz que ella. ¡Era todo tan maravilloso y extraordinario! Apenas dos días antes había deseado con toda su alma

pertenecer a aquel grupo, y ahora, sencillamente, era una de ellos. Y Saúl... ¡Saúl!

Cristina suspiró. Evocó su precioso rostro, cerró los ojos y sonrió. Tropezó

con el

último peldaño de la escalera y soltó una carcajada. Su abuela le había dejado una

nota. Había ido de visita a casa de doña Bernarda, volvería a la hora de comer.

No la importó. Tenía muchas cosas que hacer. Ejercicios de inglés y poner su

diario al día. ¡El diario! Le llevaría una década escribir todo lo que había vivido en los últimos cuatro días. Decidió comenzar en ese momento, sin más demora.

Tardó más de una hora en relatar sus nuevas andanzas. Luego pintó corazones

enormes y escribió el nombre de Saúl una docena de veces, de todas las formas y

los tamaños posibles. Finalmente, decidió hacer una lectura rápida del escrito:

*«¡Menudo jaleo se ha armado cuando han encendido los*

*amplificadores! Aquello sonaba como si las paredes se nos fueran a*

*caer encima, pero ha sido divertidísimo. Y cuando ya nos íbamos a*

*ir, Saúl me ha mirado otra vez de esa forma... ¡Me encanta! Y me ha*

*guiñado un ojo cuando todos salíamos del garaje y ha dicho:*

*“Bienvenida al grupo, Janis”. Me he puesto roja, ¡qué vergüenza!*

*Espero que no se haya dado cuenta nadie, no creo porque hemos*

*sido los últimos en subir. Y hemos quedado esta noche en casa de*

*Alexander para escuchar canciones de rock y elegir una canción para representarla en la obra de teatro. Y me han dicho que el*

*perrito, o sea, Elvis, que es de todos porque se lo encontraron abandonado hace unas semanas y que les dio mucha pena, a mí también. Y me han dicho que cada semana se lo queda uno y mañana empieza el turno de Leo y luego será el mío. ¡Qué guay! Aunque abu me va a matar. ¡Pero soy feliz...! »*

Después de comer, Doña Elisa obligó a su nieta a guardar la digestión y luego le preparó un bocadillo para llevar a la piscina.

Para cuando Cristina llegó, los muchachos ya estaban allí, jugando y riendo en el agua. Se desvistió tan rápidamente como pudo y se dio una ducha fría. Antes de

que llegara a las escaleras del bordillo, Alexander y Saúl ya la habían agarrado de

los brazos para lanzarla al azul de la piscina. Comenzaron así los juegos típicos de

piscina, en los cuales nunca estaba de más dilatar los momentos en los que se aferraba a Saúl.

Luego decidieron jugar a las peleas. Cristina se subió a hombros de Alexander y Claudia a hombros de Saúl, y ambas trataron de derribarse mientras los chicos luchaban por mantener el equilibrio. Aquel juego era el mejor de todos, pero el socorrista no les permitió disfrutarlo durante mucho tiempo. Con un estridente toque de silbato, les obligó a salir del agua para aprender a comportarse

cívicamente.

Decidieron entonces comprar helados y chucherías, sacaron una baraja de

cartas y se acomodaron en el césped, dejando que el sol de la media tarde seca sus

bañadores mojados.

Cristina no era demasiado hábil en aquellos menesteres, de modo que enseguida quedó eliminada. Estaba pendiente de cómo transcurría el juego cuando

de pronto vio a un niño con rostro de diablillo merodeando cerca de su grupo.

Vestía un bañador rojo y el cabello rubio le caía empapado sobre la frente y la nuca.

Tenía un corte en el labio y una inflamación en el pómulo izquierdo. Les estaba observando jugar con sus grandes ojos verdes, fingiendo una aparente indiferencia.

De pronto su mirada se cruzó con la de Cristina y desvió la cabeza rápidamente.

Había algo en sus facciones que a Cristina le resultaba tremendamente familiar.

—Saúl, ¿qué le ha pasado a tu hermano en la cara? —Alexander también contemplaba al niño.

—¿Ese es tu hermano? —Cristina lo observó con mayor interés—. ¡Es guapísimo!

Saúl sonrió sin dejar de mirar sus cartas.

—Claro, porque se parece a mí. Leo, sé buena, dime qué tienes ahí.

—Ni hablar.

—Lo digo en serio —insistió Alexander—. Tiene la cara como un cuadro de Picasso. Y está ahí parado, como espiándonos.

—Se cayó de la bici esta mañana, el muy inútil. Venga, Leo, ¡mierda! Es un rey ¿verdad?

—Saúl, tu hermano te está mirando.

Leo enseñó la carta.

—¡Lo sabía! ¡Mierda, lo sabía! —Arrojó las cartas al césped y se volvió

furioso hacia su hermano, el cual ya se había acercado lo suficiente como para llamar la atención de todo el grupo—. ¿Se puede saber qué quieres? ¡He perdido por tu culpa!

El niño miró a Cristina, luego centró su atención en Saúl y su voz sonó en un tímido susurro:

—Que si tienes dinero para un regaliz de picapica.

—¿Qué?

—Que si tienes...

Alexander soltó una carcajada.

—¿Y para eso vienes a molestarme? ¡Lárgate de aquí o te muelo a palos ahora

mismo, pedazo de anormal! —Saúl hizo un amago de levantarse y Santiago salió corriendo, con el rostro rojo de vergüenza.

—Pobrecito. —Cristina contempló apenada al niño.

—Eres un salvaje, Saúl. —Claudia se puso en pie—. ¡Santi! ¡Santi! ¡Yo te invito!



Pero Santiago estaba ya lejos de ellos, al otro lado de la piscina, y ni siquiera se volvió para mirarlos.

—¡Qué mal perder tienes...! Y, por cierto, no me gustaría nada ser tu hermana.

—Claro que no, Leo, porque entonces no podrías desearme como me deseas ahora. —Saúl sonrió burlón y se puso en pie—. ¡Venga, vamos a tirarnos de cabeza!

En apenas unos segundos, estaban otra vez jugando y gritando en el agua.

Al atardecer, cuando el sol todavía bañaba de dorado y añil los campos y tejados de Vistaclara, los chicos abandonaron la piscina y pedalearon hasta las gradas del viejo campo de fútbol. Había ya varios grupos de adolescentes reunidos

en los banquillos. Otros tantos jugaban al fútbol entre las secas y crecidas espigas,

corriendo de un lado a otro, escupiendo al suelo y gritando para recibir el balón.

Saúl y Alexander se unieron enseguida al juego, mientras que las chicas prefirieron

quedarse en los banquillos, contemplando aquel desfile masculino. Al poco recibieron la visita de otro grupo de chicas, las cuales les ofrecieron cigarrillos.

Tenían entre quince y diecisiete años, eran divertidas, alegres y terriblemente escandalosas.

Marga era la cabecilla, morena, alta y espigada, llevaba el pelo recogido en una alta coleta. Hablaba por los codos y reía compulsivamente. Cárol era otra de ellas, tenía diecisiete años, una larga melena rizada y oscura y la costumbre

de llevar marihuana en un doble fondo de su bolso. También estaban Jessica y Noelia,

dos rubias de larga melena lisa y ojos castaños, ambas primas hermanas de Rebeca,

una chica de pelo castaño y rizado, ojos azules rasgados y un dulce rostro cubierto

de pecas. Por último, destacaba Irene, morena de piel y con media melena de color

negro azabache. Todas ellas estaban decididas a competir en la *gymkhana* y lograr las entradas de U2.

Al ver a Cristina, la reconocieron como a una chica menos experimentada y se vieron en la obligación de enseñarle a fumar. Y ella, satisfecha, aspiraba las caladas de un insufrible Fortuna.

—Así no. Es como decir: «¡Ay, mi madre!». Di: «¡Ay, mi madre!».

—¡Ay, qué asco! —Cristina escupía la saliva acumulada bajo la lengua.

Todas reían, incluida ella misma.

—Bueno, no lo haces mal, todo se puede mejorar, pero no lo haces mal.

—Ahora dínos, ¿cuántos novios has tenido?

—Ninguno.

—Eso también se puede mejorar. ¿Quién te gusta?

—Nadie.

—¿Nadie?

—Chica, ¿estás ciega o qué? ¿Es que no has visto a Saúl y a Alexander? Yo

me

tiraría a cualquiera de los dos.

—¡Todas lo haríamos!

Cristina las contempló estupefacta, al tiempo que soltaban una ruidosa

carcajada. Luego observó a Saúl, que esperaba el balón al otro lado del campo, con

el cabello revuelto y dorado brillando al sol del atardecer y su piel morena bañada

por la luz anaranjada. Su respiración casi se entrecortó; era tan hermoso que dolía

mirarlo. Aunque hubiera querido, no habría sido capaz de expresar lo que sentía al

verlo y, de todas formas, no quería. Aquel sentimiento era su secreto más precioso

y no estaba dispuesta a regalárselo a nadie.

Ya casi anochece cuando se despidieron y tomaron rumbo a casa, no sin antes acordar la hora a la que debían quedar esa noche en casa de Alexander.

Cristina encontró a su abuela en la cocina, friendo carne y pimientos verdes y preparando una generosa ración de ensalada. Y no la encontró sola. Doña Juan estaba con ella, sacando la cubertería de la alacena y colocándola sobre la mesa del jardín.

Cuando la cena estuvo lista, encendieron los farolitos que pendían del emparrado y tomaron asiento.

Cristina devoró su cena, la vida al aire libre le abría un apetito inmenso.

Luego sacaron un melón de la nevera y, tras comerlo, recogieron los platos y apagaron los faroles para evitar el acoso de los mosquitos. Las mujeres

comenzaron entonces una conversación sobre episodios del pasado, y Cristina se sintió naufragar en un mar de nombres y lugares, mientras contemplaba el cielo cuajado de estrellas. Parecía que a ninguna de aquellas personas les hubiera ido realmente bien en la vida, el paso de los años solo les había proporcionado desengaños y pesares. Por primera vez en su vida tomó conciencia de la burla que

suponía el paso del tiempo. Pero aquel entendimiento apenas duró unos segundos.

Enseguida se dijo a sí misma que a ella le estaba destinada una existencia especial y

fuera de lo común, no debía preocuparse por nada en absoluto, su vida iba a ser extraordinaria.

Poco a poco, mientras divagaba sobre todo aquello, se sintió vencida por el cansancio de un día no exento de aventuras e impresiones nuevas y, sin apenas darse

cuenta, se quedó dormida.

Cuando despertó eran casi las diez y media. Se levantó sobresaltada ante la mirada sorprendida de las dos ancianas.

—¡Llego tarde!

—¿A dónde?

—¡A casa de Alexander!

—¿A casa de quién, ha dicho?

Cristina se precipitó escaleras arriba.

—¿Conoces a esos muchachos, Juana? ¿A Alexander y a Saúl?

—Alexander y Saúl... ¿Cómo no voy a conocerlos? —Doña Juana bajó el tono de voz inmediatamente—. Elisa, ¿de verdad no sabes quién es Saúl...?

Cristina se lavó los dientes y se duchó; se vistió con los vaqueros largos y una camiseta azul y bajó de nuevo las escaleras. Cruzó el patio como una exhalación.

—Oye, ¡no más tarde de la una!

—¡No te prometo nada! —Antes de llegar a oír otra réplica, salió a la calle y cerró la puerta tras de sí.

—¡Pues que te acompañe alguien a casa!

Pero Cristina ya corría calle abajo.

La habitación de Alexander estaba situada en la planta superior, y su balcón conectaba directamente con el jardín trasero de la casa. A Cristina le fascinó la

amplitud de la sala, en donde encontró una cama de matrimonio con muebles de roble en una decoración moderna y juvenil. Sobre la cabecera se alzaban grandes pósteres y banderas de grupos de *rock*. En el lado opuesto del balcón se encontraba un espacioso armario empotrado y una estantería repleta de libros, discos y películas, además de una minicadena. Frente a la cama se hallaban el bajo y una guitarra acústica, y a su lado, una cómoda sobre la que descansaban una televisión

último modelo, un video y un reproductor de DVD.

Presa de curiosidad, Cristina se asomó al balcón y sus ojos tropezaron con el

agua azul y transparente de una pequeña piscina, la cual ondeaba luminosa gracias a

los focos colocados bajo el bordillo. La luz de tres pequeñas farolas situadas en los

laterales del jardín penetraba tenuemente en la habitación.

En la penumbra del cuarto Cristina reconoció a Elvis, adormilado sobre la cama. El perrito levantó la cabeza cuando los vio entrar, bostezó perezosamente y

se levantó meneando su pequeña cola de un lado a otro.

—¡Oh, Elvis...! —lo tomó en brazos y le besó la cabecita repetidas veces.

Alexander encendió la luz.

—Sentaos en la cama, venga, no tenemos toda la noche.

—¿A qué hora vuelven tus padres?

—No sé... Tenían una cena en Arenas de San Pedro y entradas para el teatro, así que posiblemente volverán de madrugada. ¡No, Saúl, vete al balcón a fumar!

—¡No me dejáis sitio...! —Leo había apoyado la almohada contra la cabecera y trataba de hacerse un hueco entre Claudia y Saúl.

Tímidamente, Cristina decidió acomodarse en el extremo inferior de la cama, con Elvis en sus brazos.

—Janis, si te pones ahí no nos dejas ver.

—Perdón. —Buscó una silla con la mirada, pero la única que había estaba ocupada por una mochila y un cúmulo de ropa sucia.

—Ven, Cris, siéntate aquí. —Alexander se sentó en el suelo, a los pies de la cama, y le hizo un gesto para que se acomodase junto a él.

Cristina obedeció en silencio, aliviada de poder contar con la atención del anfitrión.

Mientras los tres amigos reían y jugaban con Elvis sobre la cama, Alexander tomó varias cintas de video y se las ofreció a Cristina.

—Elige una.

Señaló una al azar.

—¿Guns N' Roses? Buena elección.

Ella guardó silencio, tratando de disimular su absoluta ignorancia sobre el

asunto.

—Pues a mí me parece bastante complicado.

—Silencio, solo vamos a tomar ideas. —Alexander conectó el reproductor de video, introdujo la cinta y encendió la tele. Luego apagó la luz de la habitación y se sentó de nuevo.

Cristina esperaba algo estridente, ruidoso y quizás alejado por completo de su inclinación musical. Pero tras el sonido del viento llegó la dulce melodía de un piano. Y poco a poco fue descubriendo un abanico de diferentes instrumentos que jamás había relacionado con la música *rock*: violines, violonchelos y flautas traveseras.

Luego llegó la batería, tan delicada como el coro de voces que la acompañaba.

La voz de Axl Rose la cautivó al momento. Admiró en silencio su largo pelo rubio

y luego descubrió las lágrimas de sangre cayendo por el rostro de Cristo al ritmo

de aquella melodía enérgica y desgarrada al mismo tiempo, rebosante de un dolor

contenido que casi le resultaba tangible. Mientras tanto, Leo y Claudia comenzaron

una guerrilla de comentarios en voz baja acerca del vestido y el peinado de la novia, comentarios a los que Cristina no prestó atención alguna porque su alma estaba muy lejos de la habitación. Su alma sentía cada acorde, cada imagen, cada palabra aunque ni siquiera pudiera entenderla. Su alma clamaba salvaje desde los confines de su impresionado corazón, zarandeada por aquel solo de guitarra que quedaría grabado a fuego en su memoria durante el resto de su vida . Cristina casi



podía oírla susurrar: «Amo el *rock*».

Después de los acordes en el desierto, llegó la lluvia y se lo llevó todo. Fue como si el mundo entero tocara a su fin.

—¿Por qué ha muerto la chica...?

Alexander se volvió hacia ella y descubrió aquella furtiva lágrima resbalando por su mejilla. La contempló con auténtica sorpresa. Luego extendió la mano y acarició su mejilla. Asomó una sonrisa a su rostro.

—Nunca es tarde para conocer a Slash.

Entre tanto, el videoclip había terminado y se había hecho un solemne silencio en la habitación.

La voz de Saúl hizo regresar a Cristina a la realidad.

—No podemos tocar «November rain»... ¡Es demasiado larga y difícil!

Alexander se levantó y encendió la luz.

—Ya... —Se quedó de pie y pensativo. Les miró de nuevo—. Va a ser una noche larga. Necesitamos provisiones: tabaco, cervezas y *pizzas*.

—Yo no bebo cerveza.

—Sacad la calderilla, a ver qué tenéis ahí.

Los muchachos vaciaron los bolsillos sobre la cama. Aquel puñado de monedas apenas alcanzaba para pagar una *pizza*.

—Vale, da igual, pobres gorriones, se lo mangaré a mi padre para no variar. —  
Desapareció por el pasillo y gritó—: ¡Saúl, llama al de la *pizza* y dile que

queremos de todo menos anchoas!

—¡Me gustan las anchoas!

—¡Pero pago yo!

Aquella noche Cristina conoció a David Bowie, la Credence, Scorpions, Led Zeppelin y Metallica. Pero no fue hasta el final de la noche cuando encontraron la

canción adecuada gracias a los Doors. Jim Morrison les miraba fijamente desde la

pequeña pantalla, invitándoles a cruzar aquel umbral que parecía encontrarse por encima del bien y del mal.

Para aquellas horas de la noche, los muchachos ya estaban agotados de buscar y escuchar concienzudamente. La habitación apestaba a tabaco y había restos de *pizza* por todas partes.

—¡Es perfecta! ¡Perfecta! —gritaba Saúl entusiasmado—. Es corta y fácil.

—¿Cómo sabes que es fácil? Tú no tienes ni idea de tocar ningún instrumento.

—Claro que es fácil, Leo. ¿Es que no te limpias la cera de los oídos? ¿No puedes apreciar la diferencia entre una canción fácil y una complicada?

—Ni siquiera utilizan un bajo. ¿Qué vas a tocar tú, Álex?

—¿Alguien sabe qué significa *break on...* o lo que sea que diga?

—¿Qué clase de coreografía podríamos hacer Leo y yo con esta canción?

—¿¡A quién le importa tu estúpida coreografía!?

—¡Tú sí que eres estúpido, Saúl!

—¡No discutáis! Tenemos que ponernos de acuerdo. Cris, ¿crees que podrías cantarla?

—Parece fácil, pero tendremos que subir una octava. Ese tío tiene la voz muy grave.

—¡«Ese tío» es Jim Morrison, Cristina...!

—Ya sé que es *Yimórrison*...

—¿Qué os parece si quedamos mañana en mi garaje para ensayar?

—Tendremos que quedar un poco antes, no debería volver a casa más tarde de la una.

—Pero Cris, esto es importante y...

Saúl interrumpió a Alexander con una carcajada.

—¿Te castiga tu mamá si llegas tarde?

La chica guardó silencio, intimidada de pronto por aquella inesperada burla.

—Eso no es posible —intervino entonces Alexander—. Me dijiste que estabas

pasando las vacaciones solo con tu abuela.

—Sí, bueno, es mi abuela quien...

—Entonces no pasa nada, Janis —Saúl hizo un gesto con la mano, restando

importancia a la situación—. A las abuelas se las puede vacilar, no se enteran ni de la misa la media. Sería más complicado si tuvieras que dar explicaciones a tus padres.

Hubo algo en aquella ligereza de palabras que provocó un extraño efecto en Cristina, de tal modo que enseguida sintió una furia contenida.

—Mi abuela no es tonta.

—Bueno, no he dicho que lo sea, solo...

—La has ofendido, Saúl —Claudia sonrió divertida.

—Solo he dicho que sería mejor si intentaras confundirla un poco, para que al final se líe y no sepa qué habéis acordado. Quizá funcione.

Cristina le observó en silencio, rebotante de escepticismo y de rabia.

—No voy a mentir a mi abuela.

—Lo que puedes hacer —intervino Alexander, en un tono mucho más diplomático—, es llamar a tus padres por teléfono y acordar con ellos la hora a la

que puedes volver a casa, así tu abuela no puede exigirte otra cosa.

Claudia y Leo afirmaron con la cabeza, parecía una buena idea. La miraron expectantes.

Cristina tragó saliva.

—Claro —Se levantó y se dirigió al pasillo.

—¿Te vas ya? —Era la voz de Leo.

—Sí —Fue tan solo un susurro.

—Hasta mañana, Cris.

Les oyó reírse y luego un comentario en voz baja:

—Qué buena es.

Bajó los peldaños de la escalera y abandonó la vivienda. Caminó a paso lento y no se detuvo hasta llegar a una pequeña plaza empedrada, en cuyo centro se exhibía un gran pozo de piedra. Se sentó al pie del pozo y allí dejó que dos grandes

lágrimas rodasen por sus mejillas. Lo peor de todo era que ni siquiera terminaba de

comprender por qué lloraba.

Varios minutos después, oyó los ecos de muchos pasos rápidos resonando en los adoquines de las calles vacías. Escuchó susurros a media voz y luego nuevos pasos acercarse cada vez más hasta descubrir, al contraluz de las farolas, la silueta

de Alexander en la entrada de la plaza. El muchacho caminó lentamente hasta llegar

a su lado y se sentó en silencio. La contempló consternado.

—No llores.

Cristina no se molestó en ocultar sus lágrimas.

—Cris, no puedes enfadarte así por esa bobada. ¡Esto es ridículo!

—Si te parece tan ridículo, vete a tu casa y déjame en paz.

Alexander puso los ojos en blanco. No había peor cosa en la vida que discutir con una chica.

—Yo solo digo que nadie ha intentado ofender a tu abuela.

Cristina no respondió y el muchacho buscó nuevas palabras que pudieran

consolarla.

—De todas formas... —habló, por fin—. Normalmente, así es como sucede.

Los abuelos son más flexibles que los padres. A veces incluso se les va la cabeza y

ni se acuerdan de lo que has hablado con ellos. Empiezan a chochear y te repiten muchas veces lo guapo que eres y todas esas cosas, y al final siempre interceden a

tu favor.

La chica lo miró con escepticismo.

—Eso no es verdad. Mi abuela se entera de todo y cuida muy bien de mí.

—Bueno, entonces habla con tus padres, diles...

—No puedo.

—¿Cómo no vas a poder? Llámales por teléfono y diles que tienes algo muy importante que hacer y que...

—Están muertos.

—¿Qué...?

—Yo no tengo padres, soy huérfana.

Alexander enmudeció impactado durante un instante, incapaz de asumir sus palabras. Luego bajó la mirada al suelo. De pronto lo entendía todo, aunque apenas

pudiera creerlo.

No se atrevió a mirarla cuando preguntó cauteloso:

—¿...Desde cuándo?

Cristina trató de secarse las lágrimas.

—Desde los dos años.

—¿Tampoco tienes hermanos?

—No.

El chico suspiró abatido. Necesitaba un cigarrillo urgentemente. Sacó un paquete de Marlboro del bolsillo de sus vaqueros desgastados y un mechero.

Encendió un par de cigarros y le pasó uno a Cristina.

—Pero entonces, ¿solo tienes a tu abuela?

—Y a mis tíos y a mis primos, pero viven en Argentina. —Cristina comenzó a

llorar de nuevo, de pronto alertada por una amenaza que en aquel momento se le antojaba dolorosamente real—. ¡Dios mío...! Si a mi abuela se le fuese la cabeza, yo

tendría que irme a Argentina. ¡No sé cuánto tiempo puede quedar para que pase eso...!

Alexander la miró sin saber qué hacer. De pronto era consciente de que, de un modo completamente involuntario, acababa de desencadenar un apocalipsis en la mente de la chica. Para colmo, él nunca había tenido que consolar a nadie y aquello

se le estaba dando realmente mal. Inseguro, añadió:

—No tendrás que irte nunca a Argentina, Cris. Yo no... —Posó la mano en su

hombro y añadió en un tono de voz que intentaba sonar alegre—: ¡Eres la única cantante que conozco! ¡Te necesito para formar mi grupo de *rock*!

Cristina lo miró sorprendida.

—¿Hablas en serio?

Sonrió aliviado.

—Claro que sí. Si tú quieres, claro.

—¡Claro que quiero! —Desbordante de alegría, abrazó al muchacho fuertemente y ocultó el rostro en su pecho.

Alexander se envaró incómodo y le palmeó la espalda.

—Hale, ya, ya...

No estaba acostumbrado al contacto físico y aquello le resultaba de lo más extraño y desagradable. Pero cuando Cristina levantó el rostro y la contempló sonreír entre lágrimas, su respiración se entrecortó. Fue como un temblor dentro de

sí que duró tan solo un parpadeo. Un instante después, la volvió a ver como la niña

que era.

De pronto, en el silencio de la noche, se oyeron nítidamente varios susurros:

—¡Que ha dicho que es huérfana!

—Que no, que están en Argentina.

—Que sus tíos son huérfanos.

—¿Los de Argentina?

Cristina miró desconcertada hacia el final de la plaza, pero no vio a nadie.

Luego se volvió hacia Alexander y ambos rompieron a reír.



Tímidamente, asomaron por una esquina tres siluetas que reconoció al momento. Se acercaron y se quedaron de pie ante ella, observándola en un silencio

casi reverente. Saúl llevaba a Elvis en brazos. Se agachó hasta quedar a su altura y le dedicó una expresión de culpabilidad.

—¿Quieres quedarte con Elvis?

Cristina afirmó en silencio y tomó al perro en brazos. No pudo ocultar en sus ojos la profunda felicidad que le producía tener a Saúl arrodillado frente a ella, mirándola de aquella manera, pero trató de aparentar normalidad.

—Gracias.

Luego la acompañaron a casa. Eran casi las dos de la madrugada y las calles estaban desiertas. La casa de Cristina tenía todas las luces apagadas excepto la del jardín.

Entonces sacó las llaves de su bolsillo.

—Oye, Álex, voy a necesitar la letra de la canción de los Doors.

—Claro, cuenta con ello.

—También me gustaría saber qué dice esa canción de Guns N' Roses.

—Tengo la traducción en alguna parte. La buscaré mañana.

—Hasta mañana, Janis.

Cristina dedicó a Saúl una última sonrisa antes de entrar en casa. Los chicos reanudaron el camino a paso lento.

—¿Por qué le has dado a Elvis? ¡Mañana empezaba mi turno!

—Leo, qué falta de sensibilidad... ¿No ves que es huérfana?

—¿Qué tiene eso que ver con Elvis?

—¡Algo había que darle y no puedo regalarle a mis padres!

—No, claro, Saúl, eso hubiera sido de mal gusto.

—¡De mal gusto para Cris!

Y las carcajadas del grupo resonaron en las calles solitarias.

4

*Do you hear what I hear?*

*Doors are slamming shut.*

*Limit your imagination,*

*keep you where they must.*

«Eye of the Beholder», Metallica[\[5\]](#)

Cuando a la tarde siguiente Santiago divisó al grupo de su hermano en el

césped de la piscina, creyó percibir una sombra de pesadumbre planeando sobre ellos. No sin cierta dosis de dolor, creyó advertir también en Cristina un interés especial a la hora de dirigirse a su hermano. ¿Por qué le miraba así? ¿Por qué estaban sentados tan «pegaditos» el uno al otro? La imaginación de Santiago comenzó una travesía de mortificantes hipótesis: su hermano besando a Cristina, tomando su mano y toda esa clase de dolorosas escenas románticas que había visto

en las películas. Rechazó la idea de inmediato; aquello no podía estar pasando.

Trató de centrarse en el paso siguiente. Abrió su mochila y extrajo el bocadillo de

Nocilla. Todavía con el pelo y el bañador mojados, se dedicó a pasear por el césped

en aparente estado de indiferencia y en dirección a los chicos.

A menos de diez metros, la conversación del grupo comenzó a hacerse audible.

—¿De verdad queréis pasar todo el verano haciendo ruido...?

—Leo, eres deprimente.

La rubia, que yacía tumbada bocarriba, se incorporó en ese momento y se quitó las gafas de sol.

—Pues yo le doy la razón. ¿Cómo vamos a imitar a los Doors sin ayuda de nadie?

Alexander se enderezó con expresión de molestia.

—Todos los grandes grupos han comenzado desde cero. Solo necesitamos tiempo y esfuerzo. ¡Así es como funciona!

—¡Por favor, Alexander...! ¡Ni siquiera sabemos tocar la guitarra!

Alexander negó con la cabeza.

—Tiempo y esfuerzo —repitió a modo de mantra.

—¿Qué nos diría tu padre si nos pillara por sorpresa con el equipo de tu hermano?

—¡Bajad la voz! ¿Queréis que se entere todo el pueblo? —intervino Saúl.

—Hemos tenido problemas con los amplificadores, eso es todo —añadió

Cristina.

—¿Eso es todo? ¡Nos hemos pasado toda la mañana peleándonos con esos trastos!

—El sonido se acoplaba todo el tiempo.

—Todo eso es cuestión de ensayar, no tiene ninguna ciencia, aunque daría cualquier cosa por poder tocar el bajo en lugar de la guitarra.

Llegados a ese punto de la conversación, el corazón de Santiago se aceleró enloquecidamente. ¿Estaban hablando de un grupo de música? ¿Necesitaban un guitarrista? Trató de calmar su emoción para continuar escuchando.

—¿Tus padres van a quedarse en casa esta noche?

—Claro que no.

—¿Podemos volver a intentarlo?

Sonrió jactancioso.

—Claro que sí.

De pronto, Claudia reparó en Santiago.

—Ahí está otra vez tu hermano, Saúl.

El grupo entero fijó su atención en el niño, el cual caminaba solitario con un bocadillo del tamaño de media barra de pan.

—¡Eh, tú! ¿Y ese *bocata*? ¡Dame un poco!

Santiago contempló a su hermano como si acabara de descubrirlo en ese momento.

—¿Me dices a mí?

—¿Tú qué crees? ¿Eres tonto o qué te pasa? Dame un poco, te he dicho.

Y Santiago se acercó al grupo con una fingida mirada de indiferencia y el corazón ardiente y pletórico.

Cuando culminó su traviesa venganza, tomó su bicicleta y volvió a casa dando un largo rodeo por las veredas del campo. Se detuvo a la sombra de unos zarzales y

se encendió un cigarro, al tiempo que contemplaba silencioso la luz del atardecer.

En aquel momento la vida le supo de maravilla.

Cristina llegó a casa a la hora de la cena y encontró a su abuela con un humor de mil demonios.

—¡Cristina! Has dejado a este perro en el jardín durante toda la tarde. ¿Qué crees que ha hecho mientras yo tomaba café en casa de Juana?

—Pues no sé, *abu...* —Cristina contempló a Elvis, el cual, sentado sobre sus patas traseras, la miraba con sus grandes y felices ojos de cachorro—. ¿Qué ha hecho?

—Llorar como un poseso y cagarse por todas partes.

Cristina tragó saliva.

—Debe tener hambre. No olvides darle de cenar y sacarlo a pasear antes de dormir.

Cristina hizo todo obedientemente. Estaba dudando si llevarse a Elvis consigo o dejarlo en su habitación, cuando oyó gritos desde la calle.

—¡Cris! ¡Cristina! ¡Venga, que llegamos tarde!

Se asomó a la ventana y descubrió a Leo en la calle.

—¡Ya voy!

Subió a Elvis a la cama y lo besó dulcemente en la cabeza. Luego, ante la mirada desconsolada del perro, salió corriendo escaleras abajo, no sin antes cerrar

la puerta de su cuarto.

Volvieron a reunirse en el garaje de Alexander. Allí leyeron la traducción de «Break on through» y la polémica no tardó en resurgir.

—¿Qué es eso del otro lado? ¿Es el cielo o el infierno?

Se quedaron pensativos.

—¿Pero de qué huye?

—¿Alguien le persigue?

—¿Por qué dice que representan la escena día tras día? ¿A qué escena se refiere? —Cristina movió la cabeza—. No entiendo nada.

—Busca en la canción tu propio sentido.

Cristina dirigió a Alexander una mirada de absoluta incompreensión.

—¿Cómo se hace eso?

El chico se encogió de hombros y se puso en pie.

—Volvamos al lío. Tenemos que evitar que el sonido se acople.

Les llevó lo que les pareció una eternidad conectar los instrumentos, afinar la

guitarra y encontrar el volumen adecuado para el micrófono y el teclado. Cuando por fin pasaron al primer intento de ensayar la canción, ya eran casi las doce de la

noche y estaban cansados y de mal humor.

—Saúl, ¿qué haces?

—Sigo mi instinto.

—Pues lo tienes muy atrofiado. Abre los oídos y escucha.

—Lo dices como si tú fueras un genio. Ven aquí y prueba si quieres.

Alexander apoyó la guitarra contra la pared y se sentó a la batería, pero enseguida se sintió confundido y frustrado.

—Claudia, pon la canción otra vez.

Pero Claudia seguía danzando alrededor de los instrumentos, absorta en su propia ensoñación de bailarina.

—Claudia, dale al *play*.

La chica se limitó a estirar una pierna como si de una gimnasta se tratase.

—¿Claudia, ¿qué cojones estás haciendo?! ¡Somos un grupo de *rock*! ¡Los grupos de *rock* tocan música, no hacen esas gilipolleces de anuncios de compresas!

La chica le devolvió una mirada furiosa.

—¡Por si no te has dado cuenta, no tengo ningún instrumento! ¡Deberías agradecerme que esté tratando de sacar una coreografía digna para semejante bodrio de canción!

—¿Bodrio de canción? —A Saúl se le desorbitaron los ojos.

—Creía que estábamos de acuerdo en la canción que hemos elegido.

—¡No, Alexander! —replicó Claudia cada vez más furiosa—. Tú estás de acuerdo contigo mismo y lo demás te da igual porque eres un egoísta.

—¿Un egoísta? ¿A santo de qué viene eso?

—Alguien tenía que decírtelo.

—¿Pero qué dices? —Se dirigió al resto del grupo—. ¿Soy un egoísta? —Sin esperar respuesta, volvió a dirigirse a Claudia—: ¿Cómo puedes decir eso? Yo pago las *pizzas*, os dejo mi casa, ¡incluso el equipo de música!

—¡No hablo de ese tipo de egoísmo!

—¡Y siempre me gorroneáis el tabaco y las cervezas!

—¡No hablo de ese tipo de egoísmo!

—¡Y nunca os lo echo en cara ni nada parecido!

—Me refiero a un egoísmo más abstracto, ¿vale? ¡Un egoísmo abstracto!

—¿Qué es eso? ¿Soy un... egoísta abstracto? —Soltó una carcajada furiosa—.

Perdona mi ignorancia si no entiendo lo que significa eso... Pero yo que tú dejaría

de estirar las piernas a lo Marilyn Monroe, porque parece que se te ha cortado el riego sanguíneo en el cerebro.

Claudia le dirigió una mirada llena de dolor.

—No te esfuerces, Alexander. Hace ya mucho que no puedes herirme. —Y a continuación se sentó en el suelo.



—Paso de esta mierda. —Saúl sacó su paquete de tabaco del bolsillo trasero de

su pantalón y atravesó el garaje en dirección a las escaleras.

A continuación, Alexander fijó su atención en Leo, la cual se mantenía en silencio, tocando en el teclado algo que parecía remotamente similar a «Mangas Verdes».

Suspiró agotado.

—¿Qué haces, Leo?

La chica se encogió de hombros.

—Cuando era pequeña me regalaron un órgano, pero esto... esto es demasiado. Demasiadas notas, demasiado profesional. —Dirigió a Alexander una

mirada patética—. Yo me rindo.

—No hay más notas, solo hay más escalas. Alguien que toca el violín desde hace seis años debería saber algo más de solfeo. Y no puedes rendirte antes de empezar, eso no tiene sentido.

—El violín es un instrumento muy difícil de aprender, no soy ninguna experta.

Sé realista, no podemos hacer esto solos y no tenemos ayuda.

—Yo puedo ayudarte con los teclados.

—¿Y quién va a ayudar a Saúl con la batería?

—Es cuestión de practicar.

La pelirroja respondió con una silenciosa expresión de escepticismo.

De pronto Alexander se volvió hacia Claudia, con tal furia que pareciera que

le hubiera mordido un perro rabioso.

—¿Sabes qué? ¡Una persona egoísta no sacrificaría su regalo de cumpleaños para que el premio de la *gymkhana* sean seis entradas para el concierto de U2! ¡Seis entradas para que sus amigos paupérrimos vean a U2 en directo!

Y se levantó dispuesto a seguir los pasos de Saúl. Pero al pie de las escaleras se detuvo de pronto, como atravesado por un rayo, porque allí, frente a él, como si

de una aparición fantasmagórica se tratase, se hallaba su hermano mayor.

Era corpulento y más alto que Alexander. A pesar de que este último

aparentase varios años por encima de su edad, resultaba extremadamente niño frente

a su hermano. El joven llevaba el pelo corto y vestía bermudas y una camisa de cuadros. Su rostro reflejaba unas facciones similares a las del adolescente, pero había algo en sus ojos que le distanciaba de su hermano, una expresión fría y autoritaria que logró paralizar a todos los presentes.

Tras el estupor inicial, Claudia se levantó del suelo como si hubiera sido impulsada por un resorte, al tiempo que Leo se apartaba del teclado, olvidando por

completo que pertenecía al propio Alexander. A continuación, el chico bajó el último peldaño de las escaleras y en un tono tan gélido como inexpresivo,

murmuró:

—Fuera de aquí.

Claudia y Leo no quisieron perder tiempo en comprender qué diablos hacía el

joven en el garaje cuando debería encontrarse en Estados Unidos. Simplemente atravesaron la sala en silencio y, pasando cuidadosamente junto al muchacho,

subieron a toda prisa las escaleras hasta desaparecer de la vista del grupo.

Entre tanto, Cristina había permanecido paralizada con el micrófono en la mano. Una mirada fija del propietario le hizo reaccionar, y al momento trató de encajarlo en el soporte, pero se encontraba tan nerviosa que el micrófono se le cayó

de las manos y se estrelló contra el suelo, provocando un estridente sonido en los altavoces. Vio a Alexander volverse hacia ella con expresión de absoluta gravedad y

se agachó temerosa para recogerlo.

—¡Deja eso ahí!

La voz amenazadora del hermano mayor le obligó a incorporarse

bruscamente. Luego atravesó el garaje y, dirigiendo a Alexander una compungida mirada de disculpa, subió las escaleras.

Al llegar a la planta superior, distinguió al grupo reunido junto al cobertizo.

Hablaban en susurros, pero de forma agitada. Durante un instante sintió el impulso

de reunirse con ellos; sin embargo, una necesidad más poderosa le detuvo. Se mantuvo silenciosa en la oscuridad del garaje y aguzó el oído.

—¡Qué huevos tienes, Alexander! —La voz del hermano sonaba irónica y mordaz—. ¡No has esperado ni una semana para...!

—¡¿De qué coño hablas!? ¡Todavía estoy esperando a que hables con papá!

¿Te das cuenta de lo egoísta y lo interesado que eres? ¡¿Y encima vienes a darme charlas de moralidad!?

—¡Deja eso en el suelo!

—¿Crees que voy a romperlo? ¡He dejado mi bajo y mis teclados en manos de esa pandilla de lelos que tienes por amigos y...!

—¡Déjalo ahí!

Se oyó un fuerte estrépito que logró sobresaltar a Cristina.

—¡Serás niñato! —De nuevo el hermano mayor—. ¡Al final te voy a romper la cara!

—¡Lárgate ya a Estados Unidos!

—¡No voy a dejar que huelas el garaje en todo el verano! ¡Voy a hablar con papá!

—¡Hablar con papá...! ¡Eso es lo que deberías haber hecho el mes pasado, cabrón mentiroso! ¡Y te recuerdo que la mitad del equipo es mío!

—¡Pues llévatelo y no vuelvas a pisar por aquí!

—¿¡Cómo?! ¿¡Acaso esta parte de la casa es solo tuya!?

—Al final papá va a tener razón, solo eres un provocador, un chulo y un niño consentido. Te mereces un buen guantazo en la cara.

Alexander soltó una carcajada de asombro.

—¿Me llamas chulo y niño consentido? ¿Pero tú te has visto? ¡Eres el vago de la familia! ¡Un inútil integral que se dedica a dilapidar el dinero de su padre rico!

¡Todo el mundo lo sabe y todo el mundo lo dice! ¡Me das vergüenza ajena, me das...!

Antes de que hubiera terminado de hablar, se oyó un ruido estridente, como si el micrófono hubiera vuelto a estrellarse contra el suelo.

—¡Janis!

Tan absorta y preocupada estaba Cristina escuchando, que casi gritó del susto cuando sintió la mano de Saúl tirando de la suya.

—Vámonos afuera. Aquí no pintamos nada.

—¡Pero le está pegando! ¡Le está pegando, Saúl!

El rubio la obligó a cruzar el jardín en dirección a la salida.

—Es propio de ellos, no te agobies.

—¡Pero se están matando...!

Saúl rompió a reír.

—Eso espero... Ojalá Alexander zanje esta noche todas las que tiene pendiente

con ese gilipollas de mierda.

Cristina enmudeció asustada y se dejó llevar a la salida.

Allí permanecieron los cuatro durante más de media hora, sentados en la acera y viendo los coches pasar, fumando y comentando en murmullos, a la espera de que

Alexander saliera a reunirse con ellos, pero al contrario de lo que deseaban, vieron

aparecer el coche de sus padres y atravesar la ancha puerta de hierro en dirección al

garaje.

Los cuatro se levantaron ante la mirada extrañada del alcalde. Cristina apenas tuvo tiempo de verle a través del cristal de la ventanilla, pero advirtió en la penumbra de la noche que aquel hombre les estaba mirando con la misma expresión

viva y despierta que caracterizaba a Alexander.

—Ahora sí que se va a liar una buena... —Saúl arrojó la colilla al suelo—. Se

nos ha ido todo a la mierda antes de que pudiéramos empezarlo.

Cristina suspiró abatida y dirigió una disimulada mirada a Saúl. Se preguntó angustiada si el grupo decidiría excluirla ahora que ya no les servía para cantar la

canción. Como si el chico hubiera leído sus pensamientos, alzó la mirada y clavó en

ella sus ojos verdes.

—Ya veremos qué nos cuenta Álex mañana durante la clase, ¿eh, Janis?

Cristina sonrió embelesada y bajó la mirada con timidez.

—Y ahora vamos a dormir. Aquí ya no hay nada que hacer.

Cuando Cristina llegó a casa, encontró a su abuela sentada en la mecedora del salón, en camisón y con expresión somnolienta. Elvis descansaba a sus pies. Al verla llegar, doña Elisa se enderezó y le dirigió una severa expresión de mal humor.

—Este pobre animal lleva más de dos horas llorando sin parar. He tenido que abrirle la puerta de tu cuarto y quedarme con él para que no despierte a todo el

vecindario; de modo que se acabó, Cristina, se acabó esta nueva moda de traer mascotas a casa.

Cristina contempló a Elvis con expresión desolada y, en silencio, lo tomó en brazos y lo subió a su habitación.

5

*Gonna make it hard for you.*

*You're gonna into the fire.*

«Into the fire», Deep Purple[\[6\]](#)

Santiago pasó la hora de la comida en silencio. No podía dejar de pensar en la cabaña que había encontrado en el campo aquel mediodía. Era tan asombrosa que incluso empezó a temer que al regresar al prado la encontrase ocupada por alguna

pandilla de niños. Pero al margen de sus temores, su mente seguía trabajando en un

plan: quería ingresar en la banda de su hermano, y para ello, estaba dispuesto a arriesgarlo todo. De modo que, una vez Saúl se hubo marchado a la piscina, enfundó su vieja guitarra acústica y se la echó al hombro. Sacó su bicicleta del jardín, se aseguró de que ni Chupasangre ni ningún otro muchacho de la misma pandilla anduvieran merodeando por allí y se alejó pedaleando en dirección a la dehesa.

Lo que Santiago no podía ni imaginar era que tanto las esperanzas de su hermano como las suyas propias pendían tan solo de un hilo.

Alexander no había asistido a clase aquella mañana, y Cristina y Saúl habían pasado la hora y media de lección en un profundo desánimo interior. Ni las preguntas ni las reprimendas de la profesora lograron hacerles reaccionar.

Cristina apenas daba crédito a lo sucedido la noche anterior, lamentaba profundamente que su recién nacido sueño de ser cantante de *rock* hubiese muerto calcinado a la misma velocidad a la que había visto la luz. Otra parte de ella recordaba la discusión entre Alexander y su hermano, y no veía el momento de volver a ver al adolescente para asegurarse de que estuviera bien. Pero no fue hasta

la media tarde cuando Marga entró en la piscina y avisó a su grupo de que Alexander llevaba varias horas en el campo de fútbol, borracho como una cuba y hablando de física cuántica. De modo que allí se dirigieron, sin entender muy bien

qué estaba sucediendo.

Le divisaron en las gradas, rodeado por las chicas del grupo de Marga, tumbado sobre dos asientos, con gafas de sol, un cigarro en una mano y una botella de alcohol en la otra.

—¿Cómo que no lo entiendes, Rebe? ¿Cómo no vas a entenderlo...? Te lo voy a explicar por cuarta vez... —En este punto, su lengua se trabó patéticamente y tuvo

que repetir las últimas palabras—. Un electrón es capaz de pasar por dos sitios diferentes al mismo tiempo. Pero si tratas de observar el fenómeno, solo lo verás pasar por uno.

—No me lo creo.

El grupo estalló en carcajadas.

—¿Cómo que no te lo crees? ¡No es cuestión de fe, es ciencia!

—¿Cómo va a pasar por varios sitios a la vez? ¿Y por qué si lo observo solo lo veo pasar por uno? ¿Acaso sabe que lo estoy espiando?



—Se llama Principio de Superposición.

—No lo entiendo.

Alexander suspiró agotado y se llevó las manos a la cabeza.

Cristina observó cómo la indignación crecía en los rostros de Leo y Claudia, pero ella tuvo que morderse el labio para evitar soltar una carcajada.

—Voy a recoger los últimos pedazos de su dignidad. —Saúl se acercó al grupo. Las chicas le siguieron en silencio.

—Eh, Álex.

Alexander lo miró durante un instante. De pronto pareció reconocerlo.

—¡Hermano!

—¿Cómo va eso?

—¡Joder, te quiero como a un hermano!

—Eso no es mucho después de lo de ayer... ¿Qué tienes ahí?

Alexander levantó la botella.

—Barceló Imperial.

—¿De dónde lo has sacado?

—Se lo he quitado a mi *viejo*. Echa un trago.

Saúl se encogió de hombros, abrió la botella y bebió.

—¡No hemos venido a emborracharnos con él!

—¿Y qué quieres que haga, Claudia? No creo que pueda levantarse hasta

dentro de doce horas.

En ese momento, Cristina sintió el impulso de tomar la iniciativa.

—Álex... —Se acercó al muchacho, que parecía observarla tras los oscuros cristales de sus gafas de sol.

—¡Catsi Quince...! ¿Conoces el Fenómeno de Entrelazamiento? ¿Y el Efecto Túnel?

—Álex... ¿qué pasó ayer en el garaje?

—Que se te cayó el micro al suelo. ¿Cómo pudiste ser tan torpe?

—Ya sabes a qué me refiero.

Alexander guardó silencio.

Guiada por un mal presentimiento, se inclinó sobre él y le apartó de los ojos las gafas de sol. Alexander emitió un gruñido de molestia y se cubrió los ojos, pero

no con la suficiente rapidez como para ocultar el hematoma que le cercaba el ojo

izquierdo.

Las chicas del grupo de Marga se levantaron de sus asientos.

—¡No teníamos ni idea!

—¿Quién te ha hecho eso?

—...Mi hermano.

—¡Pobrecito!

Alexander no tardó en recibir una oleada de besos y caricias, mientras asomaba en su rostro una sonrisa de satisfacción.

—Yo también os quiero.

Claudia exhaló un suspiro de agotamiento.

—Ya vale, esto es ridículo. —Leo se acercó al muchacho—. Incorpórate, tenemos que irnos a casa.

—Eso es verdad, tenemos que irnos. Solo estábamos esperando a que llegais

vosotros.

El grupo de las chicas comenzó a descender las gradas.

—¡Cuidad bien de él!

Y se alejaron de allí, riendo y gritando a los cuatro vientos lo guapísimo que era Alexander incluso con un ojo morado.

Leo retomó la palabra.

—Álex, incorpórate.

Como si toda su arrogancia y seguridad hubieran muerto cuando vio partir a las chicas, el muchacho dejó caer el cigarro al suelo y murmuró con voz queda:

—¿Para qué?

Cristina se acuclilló para que pudiese verla.

—¿Qué vamos a hacer ahora con el grupo de *rock*?

—No hay grupo, no puede haber grupo sin equipo de música.

—Pero dijiste que los teclados y el bajo eran tuyos.

—No es suficiente.

Cristina se mordió el labio.

—Por favor, quiero cantar esa canción.

Alexander la miró fijamente durante un instante. Luego se incorporó despacio.

—Tengo... —Se llevó las manos a la cabeza, como si temiera que se le fuera a caer al suelo—. Tengo una posible buena noticia, después de todo.

El corazón de Cristina comenzó a palpar esperanzado.

—Mi hermano se marcha de nuevo esta noche. Solo había venido a hacer un cambio de equipaje.

—¿A dónde se marcha?

—A Estados Unidos.

—¿¡Qué!?

—Hubo un cambio de planes del que no me enteré. Antes de ir a Estados Unidos, decidió pasar un fin de semana en Benidorm.

—¿Cómo no te enteraste de eso? ¡La de problemas que nos hubiésemos ahorrado!

Alexander emitió un gruñido, como si no le apeteciera seguir dando vueltas a algo que ya no podían remediar.

—No podemos seguir tocando en el garaje, mi padre ha puesto un candado en la puerta. Aunque encontrase la llave, si alguien nos oyera yo tendría serios problemas. Ahora necesitamos un sitio donde poder tocar sin que nadie nos oiga.

—Entonces no hay nada que hacer, a no ser que sepáis cómo construir un búnker.

Todos se quedaron pensativos. Fue entonces cuando una voz infantil rompió el silencio a sus espaldas.

—Yo conozco un lugar del que nadie sabe nada.

Se volvieron sorprendidos y descubrieron a Santiago, el cual se mantenía a una distancia prudencial, vigilando los movimientos de su hermano mayor.

—¡Tú! —La cólera relampagueó en los ojos de Saúl—. ¡Te estás buscando terminar como Alexander!

—¡No, Saúl! —Sin pensarlo siquiera, Cristina se había interpuesto entre ambos—. ¡No le pegues!

—No, por favor. —Alexander sonrió divertido—. Ya hemos tenido suficiente dosis de fratricidio para todo el verano.

Saúl dirigió una mirada de confusión a Cristina.

—No pensaba pegarle... —se apartó lentamente—. ¿Pero por qué anda siempre merodeando como un fantasma a nuestro alrededor?

Santiago se acercó y dirigió a su hermano una pícaro sonrisa.

—Lo digo en serio. Conozco un lugar del que nadie sabe nada.

Y cuando los primeros rayos del atardecer bañaban los prados del campo, la pandilla al completo tomó sus bicicletas en dirección a la cabaña del árbol. Santiago

les guiaba a buen ritmo, mientras que Alexander, todavía mareado y confundido, cerraba la procesión.

Enseguida llegaron a las veredas, dejando atrás las últimas casas del pueblo.

—¡Eh! ¡Esperadme! —Alexander se desgañitaba enfadado—. ¡Hay muchos baches! ¿Qué clase de amigos hacen esto a un pobre borracho maltratado?

—¡Cállate un rato, Alexander! —Claudia se volvió furiosa, sin dejar de pedalear—. ¡Eres insoportable!

—¡Y tú, una bruja!

Al llegar a la cerca donde se encontraba la cabaña, Santiago dejó caer su bicicleta

la orilla del camino y abrió la cancela. El resto del grupo detuvo sus bicicletas y lo observó en silencio.

—Bueno —Saúl dejó caer su bici junto a la de su hermano—, al menos habremos conseguido que a Alexander se le pase la borrachera.

Santiago ignoró sus palabras y emprendió el camino campo a través.

Cristina contempló el cielo anaranjado, las espigas crecidas del campo y la encina que se alzaba solitaria en el otro extremo de la cerca. Se detuvo y sintió un

estremecimiento. No supo cómo interpretar aquel sentimiento, pero tuvo la certeza

intuición de que estaban viviendo un momento extraordinariamente importante en las vidas de todos ellos. Sin embargo, el sentimiento se disolvió a la misma velocidad a la que había surgido.

—¿Dónde está Alexander? —Leo se giró hacia la entrada.

Saúl soltó una carcajada.

—Vomitando a la orilla del camino. —Luego se volvió también hacia la entrada y, poniendo sus manos alrededor de la boca a modo de bocina, gritó —:

¡Marica el último!

Todavía les llevó unos minutos más atravesar el prado y lo hicieron entre risas y bromas, mientras Santiago les guiaba silencioso y emocionado a partes iguales.

Cristina fue la primera en ver las maderas de la cabaña.

—¿Qué es eso?

Repentinamente cesaron las bromas y se hizo un silencio contenido de sorpresa y admiración. Los chicos vieron a Santiago rodear la espesura de la encina y agacharse en uno de sus laterales para poder pasar bajo sus frondosas ramas.

Luego Cristina, Saúl y Leo siguieron sus pasos.

Cuando se incorporaron y alzaron sus cabezas hacia la copa del árbol, apenas pudieron contener el aliento. Cristina creyó percibir la llegada de Claudia y Alexander, pero no les prestó la menor atención. Ante ellos tenían una casa tan grande y perfectamente construida como jamás habían visto sobre un árbol. Su belleza, su encantador misterio y su perfecto camuflaje borraron de un

plumazo cualquier díscolo reproche que sus mentes adolescentes pudieran concebir.

—¡Qué acojonante! —Saúl lanzó un silbido entre dientes.

—Es... Es la cosa más bonita que he visto en mi vida —susurró Leo.

—¿De quién es?

Santiago subió las escaleras y, desde el porche, les dirigió una mirada que no daba lugar a objeciones.

—Nuestra.

Extasiados y ansiosos de respuestas, subieron las escaleras uno por uno. A

Santiago le hubiera gustado ayudar a Cristina a subir a la terraza, pero su hermano

se hallaba entre ambos y tuvo que contentarse con observar su sonrisa de asombro.

Luego entraron en la cabaña, donde encontraron el espejo que había asustado a Santiago la primera vez que entró. Se contemplaron todos juntos durante un instante

de silencio.

—¿Quién se molestaría en traer aquí un espejo roto?

—Quizá se les rompió por el camino.

—¿Para qué lo traerían?

—Alguien nos está observando... —susurró Santiago.

—Es tu reflejo, idiota.



Cristina decidió callar que compartía con el niño aquella extraña sensación.

Alexander se acercó al espejo y paseó el dedo por los fragmentos del cristal.

—Super Glue-3. —Se volvió hacia los muchachos—. Han pegado los trozos rotos con Super Glue-3.

Salieron a la terraza y se acomodaron en el suelo de madera, donde comenzaron un apabullante interrogatorio al que Santiago respondió con la mayor precisión posible.

—¿Pero cómo vamos a ensayar aquí sin corriente eléctrica?

—Con un generador eléctrico —sugirió Saúl.

—¿Y de dónde sacamos un generador?

—Mi padre tiene uno —intervino Alexander—, pero le falta potencia.

—Aunque nos sirviera, sería un jaleo conseguir la gasolina.

—Nos saldría demasiado caro.

Se quedaron pensativos.

—Amplificadores a pilas.

Todos miraron a Santiago.

—Es la mejor solución.

—No podemos tocar en el salón cultural con amplificadores a pilas. ¡Se reirían de nosotros!

—Esa noche podremos utilizar los que se guardan en el ayuntamiento para los

eventos culturales, pero los amplificadores a pilas nos servirán para ensayar.

—¿Nos? —Saúl lo observó atónito y luego una furia contenida asomó a sus ojos—. ¿Qué crees que pintas tú aquí? Tú *sueñas* si piensas...

—Voy a ser el guitarrista.

—¿¡Qué...!?

—Necesitáis un guitarrista, lo he oído.

—¡Un guitarrista de verdad, no un moco insignificante como tú!

—¿Sabes tocar la guitarra? —Alexander le observaba con creciente interés.

—¡Oh, sí! Menuda clase tiene. ¡No sabe ni cogerla!

—Vale ya, Saúl —intervino Claudia—. Quizá esta noche pueda hacernos una demostración.

—Puedo hacerla ahora mismo. —Se levantó y se dirigió al interior de la cabaña.

Para asombro de todos, le vieron tomar una guitarra acústica escondida tras el espejo. Seguidamente salió de nuevo a la terraza, se la colgó en bandolera y se apartó del círculo que habían formado para que pudieran contemplarlo mejor.

Su primer movimiento originó un par de torcidas sonrisas, estaba sujetando la guitarra del modo inverso al habitual. Entonces buscó la posición en los trastes con

la mano derecha y se preparó para rasgar las cuerdas con la izquierda.

Las sonrisas de escepticismo se esfumaron de un plumazo cuando la melodía

cobró vida ante sus ojos.

—Es «Johnny B. Goode»...

—Johnny... ¿qué?

Pero Alexander se encontraba tan abstraído en la destreza con la que Santiago

rasgaba las cuerdas que no se ocupó de responder. La melodía brotaba ligera, danzarina y y escurridiza, con una facilidad asombrosa, como si Santiago hubiera

pasado sus once años de vida dedicado por completo a la guitarra, como si hubiera

nacido preparado para ello y cualquier otra elección en su vida resultase una pérdida musical irreemplazable. Fueron casi tres minutos en los que el niño tocó la

guitarra con tal grado de control y apasionamiento que el grupo entero se mantuvo

en un sobrecogido silencio, a pesar de que la música les invitaba a bailar, deslumbrando su primitivo escepticismo con ráfagas de ritmo y diversión. Incluso

para Cristina, quien carecía por completo de conocimientos musicales, era evidente

que el guitarrista se había fundido en su guitarra como si ambos fueran un solo ser.

Cuando finalmente la canción concluyó, hubo un largo instante de silencio.

Luego los adolescentes reaccionaron al unísono y lanzaron sus mil expresiones de

asombro y reverente admiración, además de una docena de preguntas que nadie acertó a entender porque la emoción colectiva provocaba que se pisasen

las frases

unos a otros.

—¡Dios bendito, Santi!

—¿Desde cuándo tocas así?

—¿Quién te ha enseñado a tocar al revés?

—¿Puedes tocar otra canción?

—¿Cuánto has tardado en aprenderla?

Solo Saúl se mantenía en silencio. Miraba fijamente a su hermano, tratando de comprender en qué momento había sucedido aquel aprendizaje. La última vez que recordaba haberle oído tocar lo hizo tan mal que su madre le pidió delicadamente

que reservara sus momentos de ensayo para cuando ella estuviera trabajando.

Santiago no se había sentido molesto en absoluto. Simplemente, había tomado su guitarra y había salido a la calle a practicar un rato más. Aquello era lo último de

lo que Saúl tenía constancia. Y ahora, de pronto, se sentía avergonzado por haber pasado por alto semejante progreso.

Entre tanto, Santiago trataba de responder a todo aquel océano de preguntas mientras se iba sintiendo cada vez más abrumado, pero también orgulloso y satisfecho con la reacción de su pequeño auditorio.

«Mi padre me enseñó los acordes, pero soy zurdo y tuve que aprender solo a tocar al revés».

«Puedo tocar todas las que queráis».

«Tardé diez días en aprenderla. No, once. Once días».

—Toca otras más.

Y Santiago tocó canciones que Cristina había oído centenares de veces en la radio, pero de las cuales no conocía el título ni a qué grupos pertenecían. Después

Alexander habló de nuevo, con la mirada turbada de admiración.

—Eres un genio, Santi. Un genio.

La cena transcurría en silencio porque, a pesar de que Cristina tenía mil asuntos revoloteando en su mente, ni uno solo de ellos parecía apropiado para ser

hablado con su abuela. Pero ella la observaba. Cristina podía sentir su curiosa atención planeando sobre cada uno de sus movimientos. Ella fingía no darse cuenta

y se dedicaba a untar pan en el plato de pisto, como si el deleite de la cena fuera lo único que ocupase sus pensamientos.

—Hija —doña Elisa no pudo resistirse por más tiempo—, te veo muy callada.

—No, *abu*, estoy bien. El pisto está riquísimo, en serio. Y la tortilla también.

—Ya sabes que tienes que devolver ese perro cuanto antes.

Cristina disimuló su molestia.

—Sí.

—¿Qué tal te lo estás pasando con ese grupo de amigos?

—Muy bien. —Y su espontánea sonrisa reconoció la verdad de sus palabras.

—He oído hablar de esos chicos... Saúl y Alexander.

La chica se tensó involuntariamente.

—Pero no sé nada de las chicas. Leo y Claudia, ¿verdad?

—Sí.

—¿Te gustaría que vinieran a cenar algún día?

Cristina dirigió a su abuela una inocente mirada de entusiasmo.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—¿Y también pueden quedarse a dormir?

Doña Elisa dudó.

—¡Podemos hacer una fiesta de pijamas!

—Me parece bien.

—¡Genial! Se lo voy a decir esta misma noche.

—Muy bien, cielo. —Se levantó de la silla—. He quedado con Juana y otras amigas para tomar algo en la plaza. ¿Te importa fregar los platos?

—Claro que no.

Doña Elisa besó a su nieta en la cabeza.

—Me voy ya. Las mujeres de mi generación salimos antes que los jóvenes. Y, por favor, no olvides llevarte al perro.

—De acuerdo.

De modo que Cristina vio partir a su abuela, recogió los platos y los fregó.

Luego se dio una ducha rápida, se puso unos vaqueros viejos y una camiseta de tirantes y se calzó sus John Smith mientras cantaba una melodía de la Credence. A

continuación se quedó contemplando al perro. El cachorro meneaba la cola y movía

su cabecita de una forma tan simpática, que pronto descubrió que no tenía coraje suficiente para devolverlo al grupo.

Suspiró abatida.

—Si no llorases cuando te quedas solo, todo iría como la seda.

—¡Cris! ¡Cristina!

Se asomó a la ventana y descubrió a toda la pandilla esperándola en la calle.

Su corazón se aceleró al distinguir a Saúl.

—¡Hola, Cris! —saludó Santiago con una pletórica sonrisa.

—¡Ya voy!

—Date prisa, Janis, ¡tenemos grandes planes para esta noche!

Cristina dejó a Elvis sobre la cama y salió corriendo escaleras abajo.

Caminaban a paso rápido, recorriendo las calles más solitarias del pueblo en dirección a las afueras de la zona oeste.

—¿De verdad no se ha dado cuenta?

—Ha sido muy fácil —replicó Leo—. Mi abuelo siempre se queda traspuesto viendo la tele. —De pronto giró hacia su izquierda—. Es justo ahí.

La idea había sido de la pelirroja tras varios segundos de duda. Después de

que

Santiago se ganara con todos los honores su puesto de guitarrista del grupo, Alexander había expuesto sus dudas sobre cómo llevar los instrumentos hasta la

cabaña. Leo no se lo había pensado dos veces. Enseguida había sonreído con mirada pícaro. Tenía un plan estupendo en su cabeza, pero debían tener cuidado y hacerlo

de noche, lejos de la vista de terceras personas.

Por fin llegaron al lugar. Se trataba de una granja cercada por una alta fachada de piedra y una ancha puerta de madera.

—¿Hay animales dentro?

—Solo su burrita Francesca. Hace ya mucho tiempo que vendió todos los demás. —Encajó una gran llave de hierro en la puerta y la giró pesadamente.

Pasaron al interior y encontraron un gran terreno desierto, cubierto de maleza

y acompañado únicamente por un pequeño establo. La burra, de pelaje castaño y grandes ojos oscuros, inclinó las orejas al oírlos entrar y les observó inquieta. Los

muchachos pasaron a su lado, buscando ávidamente alrededor. De pronto fijaron su

vista en la vieja Volkswagen Transporter blanca y azul aparcada al fondo del solar.

—Ahí está.

Corrieron hacia ella, entusiasmados y nerviosos. Leo sacó un juego de llaves de su bolsillo y encajó una de ellas en el cierre de la puerta del conductor. Esta



cedió hacia afuera y los muchachos se aglomeraron impacientes en la entrada.

—¡Nuestra propia furgoneta!

—¡La furgoneta de nuestro grupo de *rock*!

—¡Apartad, apartad, dejad paso al conductor! —Saúl se abrió paso a empujones y logró acomodarse en el viejo asiento descolchado y polvoriento.

Alzó la mano y buscó la luz en el techo del vehículo—. Dame las llaves, Leo.

La chica obedeció a regañadientes. En su fuero interno deseaba dirigir aquella operación de robo y huida. El rubio introdujo la llave en el contacto y pulsó la luz

del techo. Contemplaron el primitivo encanto del vehículo y ahogaron

exclamaciones de júbilo, pero no fue por mucho tiempo, pues enseguida Saúl señaló los marcadores situados tras el volante.

—¡Mierda! ¡No tiene gasolina!

—Oh, no.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—¡Leo! —Alexander suspiró decepcionado y se alejó furioso—. ¡Una idea genial...! —Sacó su paquete de Marlboro de uno de los bolsillos de sus pantalones,

al tiempo que oía discutir al resto de los chicos a sus espaldas. Pero al momento detuvo el cigarro en sus labios, paralizado ante un inesperado descubrimiento situado ante sus ojos.

Al fondo del solar descansaba un viejo carro de hierro pintado de verde. Un

carro de tres metros de largo, habilitado para ser tirado por un animal de carga.

Una sonrisa de satisfacción brilló en el rostro del muchacho mientras su mirada divertida buscaba a la burra bajo los techos del establo.

—¿Francesca? —dijo emprendiendo el camino hacia el animal—. Ven aquí, cariño mío, soy tu Romeo y hoy la luna llena brilla más que el sol.

Y así fue como recorrieron el pueblo en dirección a la casa de Alexander, subidos en aquel carro tirado por una burra de veinte años de edad. Se ahorraron muchas explicaciones al llegar a la vivienda sin haber tropezado con nadie. Los padres de Alexander volvían a estar ausentes, y de los vecinos más próximos no se

oía ni un susurro. De modo que hicieron pasar a Francesca hasta el jardín, y luego

se dirigieron al garaje y descendieron las empinadas escaleras que conducían al sótano. Allí se detuvieron ante la puerta de madera cerrada con candado.

Alexander extrajo un martillo de una caja de herramientas.

—Rómpelo, Álex.

Y golpeó el candado con tanta fuerza que al momento partió en pedazos el gancho de madera de la puerta.

Entraron en la sala, y durante una estresante media hora se dedicaron a

desmontar la batería y los micrófonos. Tomaron también la guitarra eléctrica, una

Yamaha RGX 120D con el mástil negro y el cuerpo de color blanco. Fue Santiago

quien la guardó en su funda con extraordinario cuidado mientras una

emocionada

sonrisa asomaba a su rostro. Después, Alexander subió a su habitación y regresó enseguida con el bajo enfundado en una funda negra guateada.

Luego Saúl necesitó un tiempo extra para recomponer los ganchos de madera.

Una vez lo hubo hecho, Alexander sacó un nuevo candado de su bolsillo y lo pasó

por ambos ocales hasta cerrarlo de nuevo.

—¿Qué pasará cuando se den cuenta?

—Para entonces ya habremos ganado la *gymkhana*. —Lanzó la llave al aire y

la recuperó al vuelo—. Vamos, antes de que Francesca se muera de vieja en mi jardín.

Francesca aguantó estoicamente hasta salir del jardín de Alexander. A partir de

aquel momento, el animal logró sorprenderles varias veces al detenerse

inesperadamente en los lugares más inverosímiles. Los muchachos agitaban las

riendas y le dedicaban palabras de ánimo hasta que la burra reanudaba el camino de

nuevo.

Para dirigirse a la cabaña del árbol, debían cruzar la carretera que dividía Vistaclara en territorios norte y sur. De modo que al llegar a la misma, tras emerger

silenciosos desde una oscura calleja, se detuvieron a pocos pasos del arcén.

Fue Saúl quien bajó de un salto para asegurarse de tener la carretera

despejada.

—Bien, tenemos que cruzar la carretera lo más rápido posible. —Hizo un gesto con la mano, indicando a Leo que podía avanzar.

La pelirroja sacudió las riendas y Francesca reaccionó obediente. O al menos eso pareció durante los primeros instantes, porque una vez el animal hubo ocupado todo el ancho de la carretera, se detuvo de pronto en mitad del asfalto, dejando el carro y a los muchachos a su suerte, en posición transversal e invadiendo

los dos carriles.

—¿Francesca? —Saúl sintió en su pecho el inconfundible palpito del peligro.

—¡Francesca! —Leo sacudió los ramales, tratando de hacerla reaccionar.

—Tranquilos todos, tranquilos. —Era Alexander quien hablaba con la voz cargada de tensión, al tiempo que saltaba al suelo y buscaba la cabezada del animal.

La tomó y tiró de ella suavemente hacia delante.

—¡Vamos, Francesca! —Leo continuaba agitando los ramales mientras

Cristina, Santiago y Claudia contemplaban paralizados la negrura de la carretera en

ambos sentidos. Fue entonces cuando Cristina vislumbró una tenue luz emergiendo

en la oscuridad del horizonte. Se encaminaba hacia ellos en dirección oeste.

—¡Viene un coche!

—¡Todo el mundo abajo!

—¡Las riendas, Leo, pásamelas!

La muchacha lanzó los ramales al rubio y tanto este como Alexander comenzaron a tirar frenéticamente de ellos.

—¡Muévete, Francesca! ¡Muévete, hija de la gran puta!

Pero la burra no quería moverse. Se mantenía estática, paralizada y terca, mientras los gritos y el miedo crecían exponencialmente a su alrededor.

—¡No se mueve! ¡No se mueve!

—¿¡Qué le pasa!?

—¡Dejadla ahí!

—¡Vámonos corriendo! ¡Vámonos!

—¿¡Qué estáis diciendo?! ¡El coche se estrellaría contra la burra!

La luz del coche desapareció de pronto.

Los muchachos se miraron aterrados. La luz emergió de nuevo en la oscuridad de la carretera, pero esta vez a una distancia mucho más corta.

—¡Dios mío, ya viene!

Santiago corrió entonces al encuentro del coche, agitando los brazos en señal de advertencia.

—¡Paren! ¡Paren!

—¡No, Santi! ¡No pueden verte! ¡Muévete!

—¡Va a atropellarte, Santi! ¡Aparta de ahí!

Cristina, que se había quedado paralizada en la cuneta a causa del miedo, reaccionó por fin y, lanzándose a la carretera, apartó a Santiago y lo llevó de un empujón hacia el arcén.

—¡Tiremos de las riendas! ¡Todos a la vez! ¡Vamos!

Al instante, la pandilla entera tiraba de las riendas mientras gritaban a la burra todo tipo de palabrotas e improperios.

Por fin la luz de los faros del coche les alcanzó.

—¡Más fuerte!

—¡Vamos, vamos, vamos!

—¡Dios, ya viene!

—¡Dios, por favor, no!

Y fue en ese instante cuando Francesca cedió y a diez metros del coche abandonó la carretera en parsimoniosa actitud. Los chicos apenas tuvieron tiempo para sacarla de la carretera y luego cayeron al suelo unos sobre otros, gritando y

maldiciendo a voces. El coche pasó velozmente, al tiempo que el estridente sonido

de su claxon les advertía amenazante.

—¡Lunáticos!

La voz del conductor se perdió en la distancia.

Temblorosos y extenuados, se levantaron torpemente y se refugiaron en la calle transversal a la carretera. Allí se dejaron caer al suelo de nuevo, mirándose con la gravedad de quienes acaban de superar un instante a vida o muerte.

—Habría frenado —susurró Cristina.

—No le habría dado tiempo —replicó Saúl.

Se hizo un tenso silencio, el cual solo se vio roto cuando Leo dijo en tono divertido:

—¿Os imagináis que ese coche hubiera sido el de la Guardia Civil...?

Ahora mismo estaríamos camino del calabozo.

—Cállate, Leo... —Saúl se puso en pie—. A partir de ahora yo llevo las riendas.

Cinco minutos después Francesca dejaba la carretera a sus espaldas y tomaba el camino directo a la cabaña del árbol. No hubo más altercados aquella noche. Llegaron al prado bajo un espléndido cielo estrellado, abrieron las puertas

de la cerca y el carro se adentró campo a través hasta situarse a pocos metros de la

encina.

Media hora después, el equipo se encontraba por fin montado en el interior de la casa.

Alexander se dirigió de nuevo al carro, tomó de este una mochila y la subió a

la terraza, donde el resto del grupo aguardaba sentado y contemplaba las estrellas entre las ramas de la encina.

—¿Qué llevas ahí?

De la mochila extrajo un radiocasete y varias latas de cerveza.

—¡Vamos a celebrarlo!

Y allí se quedaron dos horas más, escuchando *rock*, bebiendo y fumando mientras Santiago contemplaba los cigarrillos con expresión frustrada.

Fue Saúl quien, presa de un arranque de generosidad, sugirió la idea de dar de beber cerveza a la burra. Las chicas le miraron horrorizadas, Francesca era una venerable anciana y no merecía ser maltratada de ese modo. Saúl se sintió ofendido,

desde su punto de vista, la cerveza era uno de los mejores inventos del mundo y aquella invitación no tenía nada que ver con ningún tipo de maltrato, sino más bien

con una abierta demostración de que no le guardaba rencor por el incidente de la carretera.

Se armó un debate en cuestión de segundos. Alexander comprendió enseguida

que la burra terminaría borracha como una cuba si no intervenía a favor de las chicas, así que trató de disuadir a su amigo argumentando que si ya les había resultado peligrosa estando sobria, sería imposible llevarla borracha hasta la otra punta del pueblo.

Aquello pareció convencer al rubio, así que volvió a sentarse en la terraza y, a

continuación, dejaron que Santiago tocara su mejor repertorio con la guitarra acústica mientras ellos, inventándose gran parte de las letras, coreaban las melodías

a voz en grito.



*With the lights out, it's less dangerous*

*Here we are now; entertain us*

*I feel stupid and contagious.*

«Smells like teen spirit», Nirvana<sup>[7]</sup>

Era sábado por la noche y las tres canturreaban «Sugar Sugar» mientras el olor de los pintañas embriagaba la habitación de Cristina.

Para desconcierto de doña Elisa, su nieta había pasado toda la mañana

arrastrando camas de una habitación a otra. Finalmente había logrado unir dos camas pequeñas junto a la suya, de modo que su habitación quedase perfectamente

acondicionada para acoger a Claudia y Leo.

Tampoco tuvo desperdicio la expresión que se le quedó a la anciana cuando vio a Leo aparecer por la puerta con Elvis en brazos.

—Lo siento, doña Elisa. Es que es mi turno —había dicho la chica.

La cena había comenzado con una cierta dosis de timidez por parte de las

invitadas, timidez que se vio superada gracias al trato cariñoso con que las dispensó

doña Elisa. Pronto tomaron las confianzas necesarias para reír y bromear delante de

la mujer y, en el empuje que otorga la camaradería de varias chicas reunidas, no sintieron ni remordimiento ni vergüenza a la hora de imitar a sus camaradas masculinos, especialmente sus actitudes más vanidosas y su forma de hablar

con otras chicas. Aquello provocó las carcajadas de doña Elisa, hasta el punto de que Cristina sintió que sus amigas habían ganado su aprobación.

Tras la cena, una vez reunidas en la habitación de Cristina, comenzaron un despliegue de cosméticos y prendas de vestir. El disco de los Archies era de Claudia.

—Esto también es *rock*, aunque esos idiotas de Alexander y Saúl crean que todo el *rock* gira en torno a los Rolling y Extremoduro —dijo la rubia al encender el radiocasete de Cristina—. También tengo discos de los Everly Brothers y de Sam

Cooke. ¡Te encantarían!

—Pásame ese pintalabios, ¿quieres?

—Te lo regalo.

—¿En serio?

—Claro. —Claudia luchaba por lograr enredar su larga cabellera rubia en los rulos de la abuela de Cristina—. Tengo muchos más.

Leo rebuscó en su mochila y extrajo una prenda azul marino.

—¿Qué os parece este top?

Y a partir de aquel momento las chicas se volcaron en una entusiasta

conversación sobre moda y complementos. Cristina reconoció avergonzada sus

propias dificultades a la hora de comprar ropa como la que lucían sus amigas, y recordando el enfado de su abuela durante aquella mañana de mercadillo, Claudia

decidió tomar las riendas de la situación con la ayuda de la pelirroja.

Para sorpresa de Cristina, abrieron su armario y comenzaron a revolver toda

su ropa. No les llevó ni diez minutos seleccionar las prendas que consideraron con

potencial suficiente como para, con algunos arreglos, poder resultar atractivas.

—¿Una cazadora vaquera en pleno verano?

Cristina se encogió de hombros.

—Hace demasiado calor, Cris. No te la vas a poner ni un solo día.

—Se me ocurre que podría llevarla como chaleco —sugirió Leo.

—¡Claro! ¡Pásame unas tijeras!

Cristina las contempló estupefacta.

—¿Pero qué voy a hacer entonces con las mangas?

—Escóndelas debajo del colchón. Es lo que hago yo desde hace dos años.

Rompieron a reír.

—Vale, corta las mangas. —Cristina abrió el cajón de su mesilla—. Aquí tienes las tijeras.

Mientras Claudia realizaba la proeza, Leo continuaba con la tarea de decidir qué tipo de arreglo llevar a cabo con el resto de la ropa.

—¿Para qué quieres vaqueros largos?

—No sé. Mi abuela los guardó en la maleta.

—Bravo por tu abuela. Aquí tienes tus nuevos *shorts*.

De modo que cortaron también los pantalones.

Cristina estaba encantada con los resultados, así que pronto unió su

creatividad

a la de sus amigas. Cortaron los cuellos a las camisetas más sencillas, a fin de desbocarlas de tal modo que se viesan los hombros. Otras tantas fueron rasgadas desde el extremo inferior para poder ser atadas por encima del ombligo; otras simplemente se quedaron sin mangas y otras sufrieron algunos jirones con el fin de

recibir un toque *rockero*.

Para cuando terminaron, Cristina apenas podía reconocer su propio vestuario.

Cambiaron el disco por uno de Tommy James & The Shondells y prosiguieron con

la divertida tarea de maquillarse y probar peinados nuevos.

Leo terminó de pintarse las uñas. Ahora resplandecían en un magnífico color rosa chicle.

—¿Qué pensáis que estarán haciendo los chicos en estos momentos?

—¿Qué importan los chicos ahora...? ¿Ya estás otra vez pensando en

Alexander?

—¡Cállate!

Cristina observó atónita y divertida la reacción de Leo.

—¿Te gusta Alexander?

—Claro que no. —Bajó la mirada, al tiempo que jugueteaba con los bordados de un sujetador blanco—. Es mi amigo, nada más.

Al ver la ternura con la que Cristina la contemplaba, añadió:

—Bueno, quizá me guste un poco, pero es Claudia quien lloraba por él hace un

año.

—No dramáticos. —Claudia comenzó a quitarse los rulos—. Me gustaba bastante, pero estuvimos mucho tiempo sin vernos. Ya sabes, yo vivo en Madrid y él vive en Talavera.

—Creía que Alexander vivía aquí todo el año.

Claudia se volvió hacia ella con expresión de asombro.

—¿No sabes que Alexander está internado en un colegio en Talavera?

—¿Internado en un colegio? —No podía creerlo—. ¿Por qué?

Claudia apagó el radiocasete y tomó asiento frente a las chicas.

—Ya sabes que Saúl y Alexander son íntimos amigos, como uña y carne, y que siempre andan metidos en líos.

—Sí.

—Pues el padre de Alexander se dio cuenta también —intervino Leo en un susurro—. Y claro, no podía permitir que su hijo se viera tan mal influenciado a la

vista de todo Vista Clara. —Lo dijo en un tono de evidente ironía—. De modo que a

mediados del curso pasado, sacó a Alexander del instituto público de Vista Clara y lo

internó en un colegio privado.

—Viene únicamente algunos fines de semana y en vacaciones.

Cristina contempló a Leo sin poder dar crédito a sus palabras.

—¿...No podía permitir que su hijo se viera tan mal influenciado?

Claudia miró al suelo y Leo exhaló un hondo suspiro.

—No es justo pensar así, desde luego.

Cristina sintió crecer una extraña tensión en el ambiente. Claudia se puso en pie y volvió a la tarea de quitarse los rulos. Cristina comprendió enseguida que estaban ocultándole algo, pero, a pesar de la profunda curiosidad que le martirizaba

por dentro, decidió no presionarlas. Tarde o temprano terminaría averiguándolo.

—¿Estuvisteis saliendo juntos?

—¿Álex y yo? —Claudia se giró de nuevo hacia ella—. Nada de eso. Nos dimos algunos besos. Tres meses después volví a verlo y me dijo que le gustaba una

chica de su clase.

—Lo siento.

—Pues yo no —intervino Leo con una sonrisa traviesa—. Ya estoy harta de que las rubias acaparen el protagonismo. Además —añadió la pelirroja—, ahora tiene a Saúl.

La sonrisa de Cristina se borró de un plumazo.

—¿Saúl y tú...?

Claudia negó rápidamente con la cabeza.

—No, nada de eso. Leo piensa que Saúl anda ahora detrás de mí.

Cristina trató de disimular el alivio que sentía. Sin embargo, tampoco las tenía todas consigo. Se encontraba completamente desbordada ante tanta información.

—¿Y a ti te gusta?

Claudia la miró fijamente. Cristina se sintió desnuda.

—He visto cómo te mira —respondió al fin—. Y yo no tengo el menor interés en él.

Cristina tragó saliva.

—¿Cómo...? ¿Cómo me mira?

—Como si fueses el juguete nuevo, la última Janis Joplin.

—¿Qué?

—Se refiere a esa tontería de mote que te ha puesto Saúl —añadió Leo—.

Utilizaba ese mote para nombrar a Claudia antes de que tú llegaras.

Aquello era algo sencillamente patético. Cristina se reclinó sobre la cama.

—¡No puedo creerlo!

—Así es Saúl... No lo hace aposta, pero tampoco mide las consecuencias de lo

que dice.

—Puede arrancarte el corazón y echárselo a los perros para que jueguen con él, y al día siguiente tendrá una sonrisa preciosa para ti, como si nada hubiera pasado.

—Exacto —corroboró Claudia—. Y no es que sea un hipócrita sin escrúpulos. Simplemente es demasiado egoísta e inmaduro. No ve más allá de sus propios sentimientos.

—Estuve dos años colada por él —confesó Leo—. Durante el primer año me ignoró por completo; el segundo fue el peor de mi vida.

—¿Por qué?

—Porque se dio cuenta y se lo tomó como un juego con el que divertirse. —Se quedó contemplando el nuevo color de sus uñas—. Se reía de mí delante de todo el mundo.

Cristina apenas podía creerlo.

—Dejé de hablarle. Empecé a odiarlo con todas mis fuerzas. Imagínate llegar todos los días al instituto y encontrarme su estúpida sonrisa de burla en los pasillos.

Incluso Alexander comenzó a defenderme de sus bromas delante de los demás.

—Y así fue como Leo se coló por Alexander —añadió Claudia.

—No estoy colada.

—¿Pero qué pasó después? ¿Cómo hicisteis las paces?

—Esa parte es la mejor. —Asomó a los ojos de la pelirroja una inesperada sonrisa—. Llevaba cuatro meses sin dirigirle la palabra. Un viernes por la noche salí al campo de fútbol con algunas chicas de mi clase. Justo cuando estábamos entrando en el campo se fue la luz en todo el pueblo, porque a veces falla el tendido



eléctrico; no había luna tampoco, de modo que nos quedamos a oscuras. Fue muy

divertido. Estuvimos allí fumando, riendo y metiéndonos miedo durante un buen rato. Creíamos que estábamos solas. De pronto llegó la pandilla de Mateo

Cuatropajas.

Cristina abrió unos ojos como platos.

—¿Quién es Mateo Cuatropajas?

—¡Bah! Un capullo de tres al cuarto, ya te lo presentaré. —La chica hizo un ademán con la mano, como si no valiera la pena entrar en esos detalles en aquel momento—. Se sentaron a pocos metros de nosotras y empezaron a hablar de

coches y chorradas de chicos. Pero luego, no sé cómo, el nombre de Saúl apareció

en la conversación. Y Cuatropajas comenzó a hablar mal de él. Le insultó y dijo todo tipo de cosas que ni siquiera son verdad.

—¿Qué cosas?

—Cosas... Mentiras.

De nuevo Cristina advirtió que las chicas trataban de ocultarle algo.

—Debería haberme sentido bien al oírle. A fin de cuentas, Saúl llevaba todo el

curso martirizándome, pero... —Leo dirigió una mirada de impotencia a Cristina—.

Traté de ignorarlos, pero ellos no paraban. Al final no pude soportarlo más, así que

me levanté, me dirigí a ellos y les dije que eran unos cobardes y que daban

auténtica

vergüenza por inventar todo aquello a espaldas de Saúl.

Cristina sonrió expectante.

—¿Qué pasó luego?

—Empezaron a reírse de mí. Me entraron ganas de llorar. Hasta que de pronto,

¡zas! ¡Ahí estaba Saúl! Apareció de la nada, me quedé muerta, no podía ni reaccionar. Pero Saúl lo tenía muy claro: le metió un empujón a Cuatropajas y luego les preguntó quién quería ser el primero en pelear.

Cristina sintió cómo su corazón palpitaba emocionado.

Leo suspiró nostálgica.

—Fue genial —De pronto pareció despertar de su ensoñación—. Y ellos se quedaron helados. —Sus ojos brillaron al recordarlo—. Porque son tan cobardes...

Lo digo en serio, todos los chicos de esa pandilla son unos cobardes. De todas formas, es muy difícil ganar a Saúl en una pelea y ellos lo sabían. Así que Saúl les

dijo que repitieran en su cara todo lo que habían estado hablando de él. Y como seguían callados, le metió otro empujón a Cuatropajas y les dijo que me pidieran perdón inmediatamente.

—¿Que te pidieran perdón a ti?

—Sí, aún recuerdo sus palabras exactas. Dijo: «Me da exactamente igual que una pandilla de payasos como vosotros hable de mí a mis espaldas, porque es evidente que nunca tendréis suficientes cojones como para que os deba tomar en serio. Pero si volvéis a reiros de Leo os voy a meter tal paliza que no os va a reconocer ni la madre que os parió a cada uno».

Cristina sonrió entusiasmada. De pronto sentía que Saúl no podía gustarle más de lo que le estaba gustando en ese momento.

—¿Y luego qué?

—Luego... —Leo trató de contener una risita de satisfacción—. ¡Fue genial!

Me pidieron perdón y se fueron corriendo de allí sin mirar atrás.

Las chicas rompieron a reír.

—¿Te das cuenta? Saúl había estado en las gradas desde el principio. Al parecer, había ido allí a beber unas cervezas con un amigo. Estaba todo tan oscuro

que no pudimos verlos. Pero él había oído llegar a mi grupo y luego al grupo de

Mateo. Se quedó escondido, escuchando todo lo que decían de él, esperando pacientemente a que terminasen para poder intervenir después. Pero yo los interrumpí antes de que terminaran. —Se quedó pensativa—. Si hubiera sabido que

estaba allí no habría salido en su defensa... Pero no me arrepiento de haberlo hecho. Fue lo mejor que pudo pasar.

»Cuando los chicos se fueron, me cogió del brazo y me llevó a un sitio aparte, donde nadie pudiera oírnos. Y te juro que nunca le he visto como en aquel momento... De pronto se le llenaron los ojos de lágrimas porque se sentía fatal, me

dijo que se sentía como si fuera basura. Y entonces me abrazó y me pidió perdón por haberse portado tan mal conmigo. Me dijo que no se había dado cuenta hasta entonces de que yo era... —Leo sonrió embelesada—. Una chica

increíble. Y que a

partir de ese día podría contar con él para todo lo que necesitara.

Cristina contenía el aliento.

—Así que me puse a llorar porque todavía me gustaba un poco. Estuvimos allí

juntos un buen rato, hasta que se me pasó la llorera. Y cuando regresamos a las gradas, algunos empezaron a decir que nos habíamos estado besando. Por un

momento creí que Saúl iba a sentir vergüenza y que pronto empezaría a soltar

comentarios humillantes acerca de mí para dejar claro que no había pasado nada, pero en lugar de eso se encogió de hombros, les dijo que podían pensar lo que quisieran y luego se sentó a mi lado y me ofreció una cerveza. Jamás ha vuelto a reírse de mí. —Se quedó pensativa—. Bueno, lleva un tiempo haciéndolo, pero es diferente. Solo lo hace porque sabe que ahora me gusta Alexander, y en el fondo le

fastidia tener una admiradora menos. Pero es mi mejor amigo, no dudaría ni un momento de él.

—¡Qué historia tan bonita...! —Cristina permaneció ensimismada, tratando de

imaginar cómo se sentiría si todo aquello lo hubiera vivido ella misma. Pero en el

fondo era evidente que Saúl no quería a Leo de la forma en la que Leo había soñado

durante tanto tiempo. Pensándolo despacio, se alegró de no estar en el lugar de la pelirroja.

—Así es Saúl —añadió Claudia—. Te saca de quicio con sus payasadas de

niño pequeño hasta que ya no aguantas más, y luego, de pronto, te sorprende con este tipo de cosas.

—¿Qué cosas?

Las chicas enmudecieron de sorpresa. Al otro lado de la ventana abierta se hallaba Santiago, mostrando una simpática sonrisa.

—¿Qué cosas? —insistió de nuevo.

—¡Santi! —Cristina se levantó rápidamente y se asomó a la ventana—. ¿Cómo has trepado hasta aquí? —Se inclinó sobre el alfeizar y le bastó un rápido vistazo para entender que Santiago se mantenía de pie sobre el faldón del tejado que sobresalía bajo la ventana.

—Sería increíblemente fácil robar en tu habitación. Solo hay que trepar por ese olivo y luego pones un pie en el tubo del canalón y luego... ¡Ya estás aquí!

Atónita, Cristina descubrió a Alexander y a Saúl llevando a la práctica las palabras de Santiago. Se volvió hacia las chicas.

—¡Están aquí! ¡Los tres!

—Mierda... —Claudia comenzó a quitarse los rulos—. Si me ven con estas pintas van a reírse de mí durante toda la eternidad.

Leo se acercó a Santiago, el cual descansaba ahora cómodamente sobre el alfeizar de la ventana.

—¿Hasta dónde has oído?

—¡Todo! ¡He oído todo! —comenzó a reír a carcajadas—. Ha sido divertidísimo.

Leo y Cristina palidecieron.

—Santi, si dices una sola palabra...

—¡Es broma! ¡Es broma! Solo he oído las últimas palabras... ¿Hablabais de nosotros?

—¡Por favor...!

—¡Qué ocurrencia!

—¡Como si no tuviéramos nada mejor de qué hablar...!

Alexander y Saúl aparecieron en la ventana en ese preciso instante.

—¡Una fiesta de pijamas! —gritó Saúl afinando su voz teatralmente para imitar en una burla el tono agudo de las chicas—. ¡Qué emoción!

Alexander soltó una carcajada.

—¡Y nosotros sin haber sido invitados!

Ante la consternación de las chicas, los tres saltaron al interior de la habitación y comenzaron a inspeccionar toda la ropa que había sobre las camas.

Contemplaron espantados las prendas recortadas.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Habéis invitado a Jack el Destripador y le habéis escondido en el armario?

—No tenéis ni idea de moda.

Santiago levantó con la mano el sujetador blanco de Claudia.

—¡Guau...! ¿De quién es esto?

—¡Santi! —Leo trató de arrebatárselo, pero Saúl fue más rápido. Tomó la prenda, se recostó en la cama de Cristina y, tras contemplar el volumen del

sujetador, comenzó la exhaustiva tarea de observar los pechos de las chicas.

—Déjame ver, te lo digo en un momentito.

—¡Saúl! —La pelirroja se abalanzó sobre él y le quitó el sujetador de las manos.

—Leo... —Sonrió divertido—. Qué sexi estás con ese pijama.

Leo contempló su pijama de elefantes rosas y se sonrojó al momento.

—¡Déjame en paz!

Los tres chicos rieron a carcajadas.

—Sinceramente —intervino Claudia —, no entiendo de dónde sacáis el morro para colaros en una habitación sin tan siquiera pedir permiso para entrar.

—Claudia —Santiago la miró divertido—, ¿qué es esa cosa que te cuelga de la

cabeza?

La chica se apresuró a quitarse un rulo que había sido olvidado entre su cabello y los tres chicos volvieron a estallar en carcajadas.

—¿Por qué sois tan inmaduros?

Saúl se volvió hacia Santiago.

—Eso, Santi, ¿por qué eres tan inmaduro?

Los tres rieron de nuevo.

—A ver qué suena por aquí. —Alexander encendió el radiocasete y la atmósfera entera pareció serenarse.

Saúl se incorporó levemente y traspasó a Cristina con sus ojos verdes.

—¿«Crimson and clover»?

Cristina se encogió de hombros, petrificada ante la mirada del muchacho.

Alexander tomó a Elvis en brazos.

—Daría lo que fuera por ver y oír todo lo que ha visto y oído hoy este perro.

Las chicas mantuvieron una rotunda inexpresividad en sus miradas.

—Bueno. —Claudia se cruzó de brazos—. Es evidente que no sabéis vivir sin nosotras, pero ¿a qué habéis venido exactamente?

Alexander sonrió burlonamente.

—Al contrario que vosotras, nosotros no planificamos actividades nocturnas a vuestras espaldas. Nos hemos enterado de que esta noche hay una despedida de solteros en la discoteca. La entrada es libre, para todo el pueblo. —Se sentó sobre la cama de Leo—. ¿Os venís con nosotros o no?

Cristina dudó.

—No tenemos edad suficiente, no nos van a dejar pasar.

—Las despedidas en este pueblo resultan de lo más familiares, dejan pasar a todo el mundo —dirigió una mirada a Santiago—, incluso a los niños.

Las chicas se miraron entre ellas. ¿Qué mejor ocasión para estrenar sus prendas nuevas que aquella misma noche?

—Vale —dijo Cristina—. Pero salid de aquí para que podamos cambiarnos.

Alexander les hizo una caballerosa reverencia.



—Señoritas... —Y de un salto desapareció por el tejado.

Saúl y Santiago le siguieron con una sonrisa en los labios.

Tardaron casi media hora en elegir el vestuario más apropiado. Cristina se decantó por una falda de flores, una camiseta negra de tirantes y su *nuevo* chaleco vaquero. Se retocó los labios con el pintalabios rojo y se echó espuma en el pelo para alborotarse sus rizados oscuros. Claudia y Leo la miraban orgullosas.

—Estás perfecta, Cris.

Leo se había vestido con su nuevo top y unos *shorts* desgastados. Claudia llevaba una falda vaquera y una camisa azul sin mangas.

—¿A dónde vais? —preguntó Cristina, al tiempo que veía cómo sus amigas salían al tejado por la ventana—. No hagáis eso, tenemos que decírselo a mi abuela.

Además, necesito dinero.

Claudia y Leo suspiraron resignadas.

Doña Elisa las contemplaba perpleja. Y aunque de sus labios no salía ni una palabra, Cristina sabía de sobra todo lo que estaba pasando por su cabeza.

—¿...Qué es eso que llevas puesto, hija?

—¿El qué? ¿Esto? —preguntó la chica, a su vez, tocando su chaleco vaquero

—. Es un chaleco.

—¿De dónde lo has sacado?

—Eh... De Claudia y Leo. —Era solo una mentira a medias.

Las dos amigas se esforzaron por retener una carcajada que amenazaba con

liberarse de un momento a otro.

—Por cierto —dijo doña Elisa, cambiando radicalmente el tema de conversación—, cuando volvía de tirar la basura, me ha parecido ver a tres muchachos saliendo de tu ventana y andando por el tejado...

Esta vez Leo y Claudia comenzaron a reír a carcajadas.

—Son nuestros amigos, *abu*.

—¿Por qué no utilizan la puerta? ¿Qué van a pensar los vecinos?

Cristina trató de controlar otra nueva carcajada.

—No lo sé.

—En fin... —La anciana suspiró cansada—. La próxima vez diles que llamen al timbre.

La chica besó a su abuela.

—Vale, abuela. Nos vamos ya.

—¿A qué hora vais a volver? —Pero la pregunta naufragó en el vacío del recibidor, las chicas ya habían salido y cerrado la puerta tras de sí. Entonces descubrió a Elvis, que la miraba divertido y expectante desde el último peldaño de

la escalera.

—¡Dios santo! ¡Otra vez tú!

Alexander había tenido razón al decir que las despedidas de solteros resultaban de lo más familiares en Vistaclara. El grupo entero entró en la discoteca

sin el menor problema. No había ningún portero vigilando a la entrada y el interior

bullía de gente de todas las edades. En aquel momento sonaba una insufrible música

*tecno.*

Atravesaron la pista de baile, dejaron atrás la barra del bar y salieron a la terraza descubierta. Allí se habían desplegado una serie de mesas y sillas para dar

de cenar a los invitados. Algunos niños pequeños corrían y jugaban alrededor de las

mesas, mientras adultos de diferentes edades conversaban relajadamente en diferentes corrillos.

Inmediatamente a su llegada, el grupo se sintió observado por todos los presentes.

—¿Seguro que podemos estar aquí? —Cristina se sentía ligeramente incómoda.

—Y comer también —dijo Saúl, cogiendo unas cuantas cortezas de uno de los platos colocados sobre la mesa.

—¡Mira, Cris! —Leo tiró discretamente de ella—. Ahí está Mateo Cuatropajas.

Cristina siguió con la vista el dedo índice de Leo y encontró un grupo de adolescentes reunidos al otro lado de la terraza.

—¿Cuál de todos?

—El de los pantalones blancos y el polo amarillo.

Cristina lo observó detenidamente. Era un chico desgarbado y alto, de pelo castaño y ojos azules. Llevaba el flequillo crecido hacia un lado. Fumaba y sostenía

una bebida en la mano.

—¿Cuántos años tiene?

—Creo que va a cumplir dieciocho, ¿puedes creerlo? Saúl podría tumbarlo de un solo puñetazo.

Como si Mateo las hubiera oído, giró la cabeza y su mirada se encontró

bruscamente con las chicas. Ellas desviaron sus miradas rápidamente, pero Cristina

no tardó en mirarlo de nuevo. El chico había descubierto a Saúl, que en aquel momento comía tranquilamente todo lo que encontraba en las mesas. Cristina le vio

tensor su expresión, que hasta ese momento había sido relajada, y a continuación leyó en sus labios una maldición. Luego le vio girarse hacia sus amigos y decirles

algo. Todos ellos miraron entonces a Saúl.

—Leo, ¿es buena idea que estemos hoy aquí?

—No te preocupes, siempre hacen eso, pero a Saúl ni le pían. Fíjate bien en los

que están con él. Toda esa panda tuvo que pedirme perdón en el campo de fútbol. —

Sonrió divertida—. El del pelo corto y rubio y la camisa rosa palo se llama

Jacobo,

el bajito con tupé a lo Elvis Presley se llama Lorenzo. Esos dos son los íntimos amigos de Cuatropajas. El de la camisa de rayas es primo de Jacobo y se llama Iván,

y los otros dos pijos son Fernando y Antonio.

Cristina les observó despacio, al tiempo que trataba de memorizar sus nombres. Luego vio cómo Alexander entablaba conversación con un matrimonio de

edad avanzada mientras Santiago se acercaba a saludar a un grupo de niños de su edad. Al parecer, los chicos se sentían realmente cómodos en aquel ambiente, al margen de que aquella pandilla se encontrase a menos de veinte metros de ellos.

Claudia se volvió hacia las chicas.

—Vamos a la barra a pedir algo. Me muero de sed.

—Buena idea.

Regresaron al interior de la discoteca, atravesaron de nuevo la pista de baile y se apostaron en la barra. Pidieron Coca-Colas. Aunque hubiera tenido edad para beber alcohol, Cristina no hubiera tentado a la suerte con una cerveza. La que se había bebido la noche anterior en la cabaña le había saciado su curiosidad para el

resto del verano. Además de repudiar su sabor amargo y seco, le había provocado

una somnolencia insoportable hasta el punto de convertirse en el chiste del resto del

grupo. Por suerte logró recobrar la compostura tras sufrir los efectos del alcohol durante casi una hora.

Mientras bebía el refresco a pequeños sorbos, Leo y Claudia se ocupaban de hacerle conocer disimuladamente a los muchachos que había alrededor.

—Ese de ahí... —susurró Leo, tras su vaso de Fanta de limón—, ese de ahí se

llama Beni. Le llaman Beni Mariposas porque su padre coleccionaba mariposas

cuando era pequeño. Pero nunca se lo llames a él directamente, le produce ataques

de furia.

Cristina lo observó disimuladamente. Era un muchacho de unos dieciocho

años, fuerte y alto, de pelo negro y ojos oscuros. Vestía una camiseta roja y pantalones vaqueros.

—Mucho cuidado con él.

—¿Por qué?

—Porque es enemigo mortal de Alexander y Saúl. No los puede ni ver —  
respondió Claudia.

—¿Por qué?

—No lo sabemos. Nunca le han hecho nada, pero los odia igualmente.

—Y esos de ahí son sus amigos —añadió Leo—. ¿Ves ese chico delgadito y de

piel muy oscura?

Cristina distinguió al muchacho. Llevaba una camiseta azul y lucía el pelo corto y hacia arriba.

—Le llaman el Moro. Es del mismo grupo que Beni. Y ese rubio de ojos marrones es Francki.

—¿Francki?

—También de la pandilla de Beni. Nosotros le llamamos Frantolai.

—Y el grandote que parece un armario se llama Toro, bueno, quiero decir que le llaman Toro, no sé cómo se llama en realidad, ¿a quién le importa...? Parece agresivo, pero es de los más tranquilos del grupo. La gente comenta que le falta un

hervor, la verdad es que no habla casi nunca porque le cuesta seguir las conversaciones. Beni y el Moro son los más camorristas.

—Y esos dos morenos son Ciempiés y Caracardo.

—¿Caracardo?

—Bueno, se llama Ricardo, pero desde siempre le llaman Caracardo.

—Son todos unos capullos, aunque más valientes que Cuatropajas y sus colegas.

—¡Oh! Y hablando del rey de Roma... —Claudia hizo un gesto con la cabeza, señalando a Mateo Cuatropajas y al resto de su pandilla. Los muchachos acababan

de llegar a la barra.

—¿Pero sabes una cosa? —intervino Leo—. El peor de todos es el hermano mayor de Beni Mariposas.

—Roque Mariposas —aclaró Claudia—. Ese y sus colegas son lo peor del pueblo.

—Cuando tenía diecisiete años le enviaron a un reformatorio.

—¿Por qué?

—Sorprendió a un rumano intentando entrar en la casa de sus padres y trató de matarlo.

—¿Qué?

—Lo dejó tetraplético.

—Ni siquiera lo hizo en defensa propia, esperó dos semanas a tener la ocasión de vengarse. El rumano solo tenía dieciocho años. Después de aquello, el rumano y su familia se marcharon del pueblo.

—¿No es peligroso entonces llevarse tan mal con su hermano?

—Nada de eso. Hace casi dos años que no viene a Vistaclara. Ni siquiera sus padres lo soportan.

—Algunos de sus amigos están pasando el verano en el pueblo, pero mientras él no aparezca, no habrá problemas.

Cristina estaba observando en silencio a Beni Mariposas cuando un desconocido se apoyó en la barra, entre sus amigas y ella.

—¿Y tú quién eres?

Lo miró sorprendida. Era alto y fuerte, de pelo castaño y ojos marrones.



Vestía una camisa azul y vaqueros largos. No pudo evitar sonreír. Le agradaba su aspecto y seguramente tenía cuatro o cinco años más que ella. Eso resultaba halagador.

—Me llamo Cris.

—Cris, yo soy Miguel. —La besó en ambas mejillas y sacó un paquete de Camel del bolsillo de sus vaqueros.

—¿Fumas?

Cristina dudó.

—Sí.

Miguel le dio un cigarro y le ofreció el mechero encendido.

—¿Por qué nunca te he visto por aquí?

—No vengo mucho.

—Qué lástima. ¿Con quién estás?

—Con ellas.

Miguel se giró y vio a Claudia y a Leo a su otro lado, las cuales miraban a Cristina entre incontroladas carcajadas.

—¿Con estas?

—Sí.

—Pero... ¿cuántos años tienes?

—Dieciséis. —Oyó la respuesta en voz alta y se preguntó asombrada cómo había salido aquella mentira de su boca.

—Es una lástima que seas tan pequeña —se inclinó hacia ella y Cristina

advirtió que apestaba a alcohol—. Porque creo que eres la chica más guapa de toda

la discoteca.

Y al decir aquellas palabras se inclinó exageradamente sobre ella, hasta que sus bocas quedaron a escasos centímetros una de la otra, al tiempo que deslizaba la

mano por su cintura.

Cristina trató de sonreír, pero aquello ya no resultaba divertido. Le olía demasiado mal el aliento y no quería que la tocara.

—Vale, gracias, adiós. —Trató de rodearlo y de acercarse a sus amigas—.

Vámonos de aquí —imploró en voz baja.

Claudia soltó una carcajada.

—No seas simpática si no te gusta.

—Vámonos.

De pronto Cristina sintió cómo una mano rodeaba su cintura otra vez. Se giró sobresaltada y encontró la cara de Miguel a medio metro de la suya.

—¿No me presentas a tus amigas?

Cristina le apartó la mano.

—Nos vamos a bailar.

—Te invito primero. ¿Qué quieres?

—¡Aquí están mis chicas! —Alexander, que había aparecido como por arte de magia, tomó a Claudia y a Leo por los hombros y le hizo un gesto a Cristina para

que lo siguiera —. ¿Dónde estabais? ¡Os he estado buscando por todas partes!  
Cristina ya se disponía a seguirlos cuando Miguel la tomó suavemente del brazo.

—No he querido molestarte.

—Vale, da igual. —Trató de deshacerse de él.

—Solo quería invitarte a tomar algo.

—Gracias, pero no quiero nada.

—Oye, ¿estás enfadada conmigo?

Cristina suspiró y vio a Alexander observándola desde la pista de baile.

—No.

—Pero ya no me sonrías.

Sin saber qué decir, bajó la mirada.

—¿Me regalas una última sonrisa?

Alexander se acercó de nuevo.

—Lo siento, tío, pero esta también es para mí. —Tomó a Cristina de la cintura y se la llevó en silencio. Cuando se perdieron entre el tumulto, ella suspiró aliviada.

—Tienes que ser un poco más borde, ¿vale?

—Es que al principio era amable.

—Claro, Cris, al principio todos somos amables.

—Me pareció guapo.

Alexander se detuvo en medio de la pista y la miró divertido.

—¿Beee te pareció guapo?

—No se llama Be, se llama Miguel.

—Se llama Beee desde hace seis meses.

—¿Por qué?

—El invierno pasado... ¿Cómo puedo decirte esto...? El invierno pasado se fornicó a una oveja.

Cristina visualizó la escena en su mente. A continuación dirigió a Alexander una mirada de espanto.

—¿¡Qué!?

—Y lo grabó todo con una cámara de video.

Cristina se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos.

—¡Cállate, Álex! ¡Saca eso de mi cabeza! ¡Quiero sacar eso de mi cabeza!

Alexander se encendió un cigarro.

—Sí... —dijo con la mirada perdida y cierta dosis de fanfarronería—. Yo también quise, pero me fue imposible. Si hubieras visto el maldito video.

—¡Cállate, Álex! ¡Cállate!

Alexander rompió a reír. Comenzó a sonar de pronto una canción de *rock*. Al

chico se le iluminaron los ojos.

—¡Por fin! ¡Es «Crimson and clover»! Parece que esta canción nos persigue, ¿eh? ¡Vamos a bailar, Cris!

Cristina acababa de divisar a Saúl y a las chicas cuando Alexander la tomó de nuevo de la cintura y la atrajo hacia sí.

—Álex...

—Déjate llevar, Catsi.

Comenzaron un suave balanceo.

—No suena como en mi habitación.

—No, esta versión es de Joan Jett and the Blackhearts.

Cristina desvió la mirada en silencio.

—Conoces a Joan Jett, ¿verdad?

—Pues claro... —Lo miró tímidamente a los ojos y lo vio contemplarla con un destello de diversión en la mirada.

—¿Te gustaría ser una *rockera* como ella?

Cristina afirmó con la cabeza.

—Me gusta mucho esta canción.

La sonrisa de Alexander se hizo más grande.

—A mí también.

—Álex, ¿qué le pasó a la oveja?

—¿Qué? ¡No te oigo!

—¿Qué le pasó a la oveja?

—¿A la oveja? —Alexander rio divertido—. Que se enamoró de Beee y tuvo muchos Miguelitos.

—¡No digas idioteces! ¿Qué le pasó de verdad?

—No lo sé, Catsi. Qué preguntas me haces... Supongo que la oveja está bien.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo voy a estarlo? Yo no he ido a visitarla, a mí no me van esas cosas.

—Y soltó otra carcajada.

—No te burles. ¡Quizás está muerta!

—Ninguna oveja muere de eso. A no ser que se trate de una violación multitudinaria, claro... Pero no creo que esté muerta.

—¿Cómo lo sabes?

—Si fuera de ese modo, Vistaclara se habría quedado sin ovejas hace ya mucho tiempo.

Cristina lo miró atónita.

—No puedes estar hablando en serio.

Alexander rio a carcajadas. Parecía estar disfrutando a lo grande con la inocencia de la chica.

—Es broma, es broma. Además, ese chico ni siquiera es del pueblo, vive en Madrid y solo viene en vacaciones. ¡Y luego dicen que los de Vistaclara

somos unos

salvajes!

Ella lo miró con dulzura.

—Tú no eres un salvaje.

Alexander contuvo el aliento. De pronto ya no sonreía.

—No.

—Ni Saúl tampoco.

El chico recobró la sonrisa.

—Saúl lo es un poco, pero con otro estilo.

Cristina se volvió hacia Saúl y las chicas. Alexander la atrajo hacia sí.

—No hagas eso, Cris.

—¿Qué no haga el qué?

—Mirarlo.

—No te entiendo.

—Claro que me entiendes.

La chica sintió cómo le subía la sangre a las mejillas.

—No, no te entiendo...

—Ahora mismo nos está mirando. Lleva como una hora mirándonos.

Seguramente se muere por saber de qué hablamos.

Cristina hizo otro amago de girarse hacia Saúl, pero Alexander lo evitó de nuevo.

—No lo mires. Haz como que te lo estás pasando genial conmigo. Así es como funciona.

—Me lo estoy pasando genial de verdad.

—Haz como que te estás enamorando de mí.

Cristina lo miró a los ojos.

—No sé cómo se hace eso.

—Claro que lo sabes, pero no te enamores realmente. No quiero esa culpa sobre mi conciencia.

—¡Qué engreído! —soltó una carcajada.

—Por cierto, eres terrible. ¿Cómo puedes cantar tan bien y bailar tan mal?

—Porque me hablas de cosas raras y me pones nerviosa.

—Así que la culpa es mía.

—Pues sí.

—Bueno, hablemos de cosas menos traumáticas. ¿Cuándo vas a prestarme el libro de Janis Joplin?

El rostro de Cristina se tensó durante un instante, pero luego recordó algo.

—¿Y tú cuándo vas a darme la traducción de «November rain»?

Alexander rio de nuevo.

—Te estás volviendo muy lista. Podemos hacer un trato: cuando tú me prestes tu libro, yo te doy la traducción de la canción.



—¡Pero Álex...!

—¿Cuál es el problema?

—Un libro se tarda mucho en leer.

—Claro —añadió, divertido—, sobre todo si es un libro de mil páginas, ¿verdad?

—Efectivamente. La verdad es que no sé de qué te ríes.

La sonrisa de Alexander se hizo más pícaro.

—De todo —dijo mirando a las espaldas de Cristina—. Ya me río de todo.

Cristina se giró y vio a Saúl avanzando por la pista de baile en dirección a ellos. Su corazón se descontroló inevitablemente.

—Te ha salido redondo, aquí viene tu príncipe.

Saúl se acercó con un botellín en la mano.

—¿Te han vendido cerveza? —Alexander echó un trago.

—Me la ha regalado el Quinqui, decía que ya no quería más. Ese tío no está bien de la cabeza.

—¿Quién es el Quinqui?

—Uno que anda por la barra intentado ligarse a todo lo que se mueve. Mira, ese del pelo pincho y los pendientes de aro.

Cristina lo divisó entre el tumulto.

—¿Has dejado a las chicas solas? —Alexander echó una ojeada al lugar donde

estaban Claudia y Leo—. Seguro que no tardan ni cinco minutos en pedirnos un rescate. Este sitio está lleno de buitres.

—Sí, este sitio está lleno de buitres —afirmó Saúl, dando un suave empujón a Alexander y con una sonrisa de complicidad que Cristina no fue capaz de interpretar.

Alexander sonrió con burla.

—Me muero de sed, voy a la barra. —Y desapareció entre el tumulto.

Saúl tendió el botellín a Cristina.

—¿Quieres?

A pesar de la repulsión que sentía por la cerveza, lo tomó y echó un trago. Se sentía tan nerviosa que no sabía qué decir ni a donde mirar. Era la primera vez que

se quedaba a solas con Saúl y estaba temblando por dentro.

—Ven —dijo el muchacho alzando el botellín vacío—. Vamos a pedir algo más.

Tomó su mano y ella se dejó llevar. Sentía sus dedos cálidos abrazando los suyos. Atravesó la sala sin conciencia alguna de por dónde pisaba y finalmente se hicieron un hueco junto a Alexander.

—¡Preséntame a tu chica, Saúl! —Era un joven de unos diecinueve o veinte años, de ojos rasgados y marrones y pelo largo, rubio y rizado. Vestía una camiseta

de los Rolling Stones y una pulsera de pinchos en la muñeca izquierda. Cristina dedujo enseguida que tenía mucho en común con su nueva pandilla. Por su

parte, Saúl se volvió hacia el muchacho y, al reconocerlo, chocaron las palmas en un saludo típicamente masculino.

—¡Heavy! ¿Cuándo has venido? —Era evidente que se alegraba de verlo.

—Ayer por la noche.

—Mira, Cris, este es Heavy. Aunque es muy feo, es un tío de puta madre.

Luego ambos chicos rompieron a reír.

—¡A eso lo llamo yo una presentación muy inteligente! —Heavy palmeó el hombro de Saúl y luego dio dos besos a Cristina—. ¿Queréis beber algo?

Saúl acercó su rostro al oído de Cristina.

—¿Quieres beber alcohol?

—No me lo van a dar.

—Si quieres un cubata, Heavy lo pide en tu lugar.

Cristina dudó.

—No sé qué pedir.

Saúl se dirigió a Heavy.

—Sácame un ron con Coca-Cola y algo suave para ella.

—¿Cómo de suave?

—Lo más suave que se te ocurra. —Luego cogió unas cuantas monedas de su bolsillo y se las tendió al muchacho.

—No —rechazó este en seguida—. Invito yo.

Cristina se inclinó hacia Saúl.

—Creía que había barra libre.

—Ya no.

—¿Dónde está tu hermano?

—Supongo que se habrá ido a casa. Los de su edad desaparecieron hace un rato —. De pronto acercó sus labios a los de Cristina—. ¿...Quieres irte a casa?

—No —respondió con voz trémula.

A continuación, Saúl acarició su chaleco vaquero y con la mirada baja susurró:

—Estás muy guapa.

—¡Tortolitos! —Heavy apareció de nuevo ante ellos con un cubata en cada mano.

Saúl se separó rápidamente de Cristina y tomó los vasos.

—¿Qué le has pedido?

—Esa mierda de Malibú con piña. A las chicas les encanta.

—Gracias —dijo Cristina echando un trago. Sabía dulce, pero aun así le costó trabajo tragarlo—. ¿Malibú con mierda, has dicho?

Los chicos la miraron estupefactos y luego rompieron a reír.

—Tienes que oírla cantar.

—¿Cantas bien, Cris?

—Bueno...

—En modestia no se parece mucho a mí —añadió Saúl, levantando la mano y acariciando la oreja de Cristina.

La chica enmudeció de la sorpresa y, sonrojada, bajó la mirada al suelo.

—Ahí vienen los novios —dijo Heavy, señalando con la cabeza a una pareja de treintañeros que se acercaba sonriente a la barra.

Cristina contempló a la novia con cierta dosis de admiración y envidia. Lucía un vestido blanco ajustado que contrastaba con su piel bronceada, se había recogido

su larga melena castaña y caminaba felizmente agarrada del brazo de su novio.

De repente alguien la abrazó por detrás. Al girarse descubrió a Marga.

—¡Hola, Marga!

—¡Hola, pequeña! ¿Cómo va tu introducción al mundo de los vicios y la perversión?

Ambas rieron.

—¿Dónde están las demás?

—Justo allí, con Alexander.

Cristina siguió su mirada y descubrió al grupo de chicas haciendo un corrillo en la otra punta de la barra. En el centro del grupo se encontraba Alexander, el cual

se había subido a un taburete y, con un cigarro en una mano y un vaso en la otra,

cantaba «Rock N' Roll» al ritmo de Led Zeppelin.

—¿Desde que le pegaron un puñetazo están locas por él!

Cristina soltó una carcajada.

—¿Más todavía?

—¿Verdad que parece imposible?

Ella lo observó en la distancia. Era guapo, arrogante y carismático como una estrella de *rock*. De pronto Alexander tomó a Noelia de la mano y la subió al taburete con él. Apenas un segundo después, ambos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo. Lo que sucedió a continuación fue una auténtica locura, como una

coreografía salvaje al ritmo de la música. Desde su posición, Cristina vio cómo Beni Mariposas empujaba a Alexander cuando este trataba de levantarse del suelo.

Alexander le devolvió el empujón y, un instante después, se llevó un puñetazo en la

cara que le hizo caer sobre el taburete. En apenas un segundo, Saúl estaba allí en medio, abalanzándose sobre la espalda de Beni Mariposas. Entonces el Moro agarró

a Saúl por su espalda y le arrojó a los pies de un corro de chicos. Se trataba de la

pandilla de Mateo Cuatropajas. Como si hubieran comprendido que se encontraban

ante una ocasión única, estos comenzaron a patalear a Saúl, el cual trataba en vano

de levantarse y salir de allí. De pronto, la bota de Lorenzo le golpeó en la nariz y la sangre cayó sobre el suelo.

Cristina no pensó. Solo trató de abrirse paso entre el tumulto y llegar hasta él mientras contemplaba cómo el Quinqui embestía a Mateo contra la barra, al tiempo

que Heavy golpeaba al Moro en la cara. Alexander logró levantarse por fin y arremetió de cabeza contra el estómago de Beni Mariposas. Ambos cayeron al suelo, llevándose a las chicas del grupo de Marga y a la pareja de novios por delante. En ese mismo instante, Saúl escapó del corro de la pandilla de Mateo y no

dudó en abalanzarse sobre Lorenzo para hacerle pagar la patada que este le había propinado en la nariz.

Se veían puñetazos, patadas y empujones por doquier, como si el mundo

entero se hubiera vuelto loco. Las amigas de Marga gritaban histéricas y la novia chillaba y lloraba intentando salir del tornado de locura que se había desatado tan

imprevisiblemente. Mientras avanzaba, Cristina contemplaba aterrada la violencia imparable ante sus ojos. Jamás en su vida había visto una pelea tan salvaje en vivo y

en directo. Luego fue como si todo sucediera a cámara lenta: Lorenzo, el amigo de

Mateo, había logrado inmovilizar a Saúl, mientras Jacobo aprovechaba la ocasión

para ensañarse a puñetazos en su estómago. De pronto, sin que nadie supiera de dónde había salido, apareció Santiago, el cual trepó como una lagartija sobre la espalda de Jacobo. Le cubrió los ojos con un brazo mientras con el otro le rodeaba

el cuello, cortándole la respiración. El joven se volvió violentamente hacia el niño y le propinó un codazo que provocó que Santiago aullara de dolor y cayera sobre la

barra. Fue entonces cuando Cristina vio el botellín de cerveza. Sin tiempo para pensar en lo que estaba haciendo, agarró la botella por el cuello y, con todas sus fuerzas, estampó el talón de vidrio contra la cabeza de Jacobo. El muchacho se tambaleó durante un instante, luego un reguero de sangre descendió hasta su camisa

y chorreó por el suelo. Cristina no tuvo tiempo para ver nada más, porque a continuación sintió cómo un mazazo de dolor se abría paso en su espalda y le cortaba la respiración. Después cayó de rodillas y dio con el rostro en el suelo.

Durante lo que le pareció una eternidad, creyó que iba a morir asfixiada. El dolor era tan intenso que ni siquiera podía respirar. Entre tanto oía los gritos y percibía la violencia de la pelea a su alrededor. Luego, lentamente, aspiró la primera bocanada de aire y el dolor provocó que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—¡Hijo de perra! —Era la voz de Saúl.

Cristina cerró los ojos. De nuevo sentía que se asfixiaba.

—¡Cabrón de mierda! ¡Hijo de perra!

—¡Vale ya! ¡Vale ya! —Aquel parecía Alexander, aunque Cristina no podía estar segura—. ¡Para! ¡Vas a matarlo! ¡Vas a matarlo!

Cristina abrió los ojos y descubrió a Saúl sentado a horcajadas sobre Mateo.

Le estaba pegando tal cantidad de puñetazos en la cara que solo se veía sangre en el

rostro del muchacho.

—¡Saúl! ¡Le estás matando! ¡Para ya!

Alexander y el Quinqui le habían agarrado por detrás y estaban tratando de detenerlo.



Leo apareció de pronto ante Cristina.

—¡Levántate, Cris! ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Levántate!

A continuación, Cristina advirtió cómo varios brazos la levantaban y la arrastraban sobre un suelo cubierto de cristales rotos. Vio sus zapatillas manchadas

de sangre y una oleada de saliva se acumuló en su boca.

—¡Cris! ¿Estás bien? ¿Puedes respirar? —Era la voz de Santiago.

En ese momento sintió una arcada y el vómito cayó sobre sus zapatillas, salpicando todo alrededor. De encontrarse mejor, se hubiera reído ante la velocidad

con la que descubrió cómo todos los calzados que la rodeaban se retiraban rápidamente.

Haciendo un ímprobo esfuerzo, alzó el rostro y miró a sus espaldas. Encontró a Alexander, al Quinqui y a Heavy inmovilizando a Saúl, mientras este luchaba por

deshacerse de ellos y gritaba con toda su alma:

—¡¿Te gusta pegar a las chicas?! ¡Pégame a mí si te atreves, hijo de puta!

Pero era evidente que Mateo no podía ni intentarlo. Con el rostro bañado en sangre, permanecía tumbado bocarriba mientras los chicos de su grupo trataban de

levantarlo. A su lado se encontraba Jacobo, arrodillado y con la mano sobre la cabeza, tratando de contener la sangre que manaba de la brecha. Lo último que vio

Cristina fue cómo la novia gritaba y maldecía a todos los presentes, con su

vestido

blanco salpicado de sangre y alcohol, y su bonito recogido completamente estropeado.

Luego la puerta se cerró a su espalda. Leo, Claudia y Santiago la habían sacado afuera. Un temblor nervioso le sacudió inesperadamente.

—¡Saúl! ¡Sacad a Saúl! —Pero ni ella misma comprendía sus propias palabras

porque temblaba de tal modo que ni siquiera era capaz de vocalizar—. ¡Sacad a Saúl...! ¡Saúl! ¡Sacad a Saúl!

De pronto se oyó a su espalda un estrépito de gritos y palabrotas. De nuevo miró hacia atrás y descubrió a Saúl, Alexander, el Quinqui y Heavy. Sangraban en

los rostros y los nudillos, sus ropas estaban cubiertas de sangre y se encontraban tan furiosos y alterados que incluso se sintió amedrentada cuando los vio dirigirse hacia ella.

—¿Dónde te han dado, Cris? Enseña el golpe.

Ella ni siquiera podía caminar, así que se mantuvo temblorosa, con la mirada baja y temblando de pies a cabeza.

—¡Fuera de aquí!

Se volvieron asustados hacia la puerta y encontraron a la novia detenida en el umbral, enervada y con el rostro arrasado en lágrimas.

—¡Fuera de aquí! ¡Vamos!

—¡Nosotros no hemos empezado! —Aquel era Saúl, que contemplaba

indignado la actitud de la joven.

—¡Que os vayáis ahora mismo! —De pronto prorrumpió en un amargo sollozo, trató de contenerse y regresó al interior de la discoteca.

Cristina sentía el apoyo moral de las chicas y de Santiago a su alrededor, pero no se calmó hasta que Saúl se volvió hacia ella y la abrazó en silencio.

Alexander los observaba a una distancia prudencial, con la cabeza gacha y expresión de impaciencia en la mirada. Luego rompió el silencio con un tímido susurro.

—Saúl... Vámonos antes de que nos maten a todos.

Casi arrastrándose, el grupo entero se escabulló por una calleja solitaria. A paso miserable, dejaron atrás un viejo mesón de luces mortecinas. Salía del interior

una canción que Cristina reconoció de inmediato como una de las favoritas de Alexander. Era «The only one», de Gun. Parecía que la triste melodía les

acompañase con cada una de sus respiraciones. Diez minutos más tarde llegaron a

las afueras del pueblo, en donde se alzaba una bonita fuente de piedra. Saúl se dejó

caer junto a ella.

—No puedo más.

Dedicaron un tiempo a lavarse con el agua de la fuente, mientras Claudia y Leo compraban bolsas de hielos en un bar próximo. Los demás se sentaron en el suelo a la espera de su regreso.

Cristina contempló entonces los rostros de Saúl y Alexander. No había forma

posible de describir aquello. Heavy y el Quinqui tampoco parecían encontrarse mucho mejor.

De repente, Alexander inclinó la cabeza entre sus piernas y escupió sangre.

Luego se limpió la cara con su camiseta de *rock*.

—Me lo estaba pasando tan bien...

Saúl clavó sus ojos verdes en Cristina.

—Yo también.

La chica sintió una presión en el pecho. Saúl pasó el brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia sí.

—Estás temblando. ¿Tienes frío?

—No... —Recostó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos.

Santiago, que se había mantenido hasta entonces en un discreto segundo plano, se levantó y, ante la sorpresa de todos, sacó un cigarro de sus botas de lona y comenzó a fumárselo.

Saúl lo miró escéptico, pero luego suspiró y se encogió de hombros.

—Bueno, esto es lo más normal que he visto en toda la noche.

El niño les dio la espalda en silencio y se sentó a varios metros de distancia.

—No te he dado las gracias, Santi. —Saúl aguardó pacientemente a que su hermano respondiera, pero este ni siquiera se molestó en darse la vuelta para mirarlo.

Lentamente, haciendo un doloroso esfuerzo, Alexander se levantó y se acercó

al pequeño. Se acuclilló junto a él y le susurró algo al oído. Tampoco esta vez hubo

ninguna reacción visible por su parte. Alexander le palmeó la espalda cariñosamente y regresó a su lugar.

—Espero que la boda les salga un poco mejor.

Se volvieron sorprendidos hacia Heavy. Parecía ser el único que se hubiera puesto en el lugar de los novios.

—¿Por qué nos gritaba a nosotros? —preguntó Cristina, recordando las acusaciones de la novia.

—Porque es prima tercera de Beni Mariposas. —El Quinqui se encendió un cigarro y a continuación ofreció a los demás.

Alexander tomó un cigarrillo.

—Bueno, las cosas no les pueden salir peor en la boda. Seguro que ya no tienen dudas de que les va a ir mucho mejor sin el *rock*.

Cristina lo miró asombrada.

—El *rock* no tiene nada que ver con esto.

Alexander apoyó la cabeza contra la pila de la fuente, al tiempo que hacía una mueca de burla.

—Claro que no, Catsi...

Leo y Claudia regresaron cargadas con cuatro bolsas de hielos. Las repartieron entre los muchachos, y estos dedicaron un cuarto de hora a bajarse

las

inflamaciones de los golpes. Luego Heavy y el Quinqui se levantaron pesadamente.

—Encantados de volver a veros.

Y se alejaron de allí en silencio y con las bolsas de hielos todavía pegadas a sus rostros.

Fue entonces cuando Saúl dirigió una sonrisa a Cristina.

—¿Estamos invitados por fin a tu fiesta de pijamas?

En sigiloso silencio para no despertar a doña Elisa, los seis entraron en la casa

de Cristina y subieron a su habitación. Allí encontraron a Elvis, que les recibió sobre la cama de Leo, bostezando adormilado y meneando el rabo. Santiago le tomó en brazos mientras que Saúl y Alexander se dejaban caer extenuados sobre las camas. Cristina cerró la puerta con pestillo y advirtió, temblorosa, cómo Saúl le

hacía un disimulado gesto con la mano para que se acomodase junto a él.

Con el corazón acelerado, atravesó la habitación y se sentó a su lado.

Leo y Claudia se tumbaron junto a Alexander. Aunque solo había tres camas para seis personas, lograron acomodarse de tal manera que todos encontraron espacio para tumbarse. Luego Cristina apagó la luz y se recostó junto al muchacho.

En un cómplice silencio, los seis observaron la luz de la luna entrar por la ventana. Después comenzó una vaga charla entre susurros acerca de la pelea.

Revivieron sus impresiones hasta que el cansancio les obligó a cerrar los ojos

y guardar silencio de nuevo.

Santiago habló entonces.

—De nada, Saúl.

Cristina creyó distinguir una amalgama de emociones en su voz: orgullo, cariño, lealtad y, sin explicación posible por su parte, también tristeza y derrota.

Luego sintió la mano de Saúl acariciando la suya y una sonrisa de felicidad invadió su rostro.

Mientras entraba en un lento duermevela, acudió a su mente el momento en el que había golpeado la cabeza de aquel desconocido con el botellín de cerveza. Lo

revivió con tanta nitidez que su corazón se disparó enloquecido y se despabiló por

completo. Se sintió invadida por un horrible estremecimiento. ¿Cómo había podido

hacer algo así? Recordó angustiada la sangre manando de la cabeza abierta, el chico

tambaleándose y cayendo de rodillas al suelo, su camisa manchada de sangre...

Cerró los ojos, poseída por una insoportable ansiedad. Luego se volvió hacia Saúl,

quien dormía profundamente, y advirtió en la penumbra su rostro amoratado y los

nudillos desollados. Si ella no hubiera intervenido, le habrían golpeado hasta hacerle desfallecer; había hecho lo correcto. Se sintió reconfortada ante

aquella idea. Al poco rato estaba dormida de nuevo.

Cuando abrió los ojos ya estaba amaneciendo y una tímida luz anaranjada

entraba por la ventana. Se volvió hacia Saúl, pero este ya no estaba allí.

Tampoco Alexander ni Santiago. Claudia y Leo dormían profundamente, Elvis también.

De pronto escuchó un ruido sordo en la calle y un gemido en voz baja. Se levantó y se inclinó rápidamente por la ventana. Vio a Saúl cojeando, alejándose lentamente calle abajo. Guiada por un impulso, salió apresuradamente de la

habitación, bajó las escaleras, abrió la puerta principal y salió a la calle. Saúl ya casi desaparecía al final de la misma.

Cristina echó a correr.

—¡Saúl! ¡Saúl!

El chico se volvió hacia ella. La vio correr en dirección a él y, haciendo un tremendo esfuerzo físico, aceleró el paso hacia ella. Sin detenerse ni mediar palabra, tomó su rostro entre las manos y la besó en la boca.

Cristina, que hasta entonces no había sabido lo que era un beso, supo al fin que no había nada en el mundo comparado con aquello. Sintió los labios de Saúl recorriendo los suyos con auténtica vehemencia, su lengua entrelazándose con la suya, dulce y lentamente, y sus manos acariciando su rostro.

Se quedaron allí durante una eternidad, besándose abrazados mientras las

golondrinas planeaban sobre ellos y un sol radiante de verano se alzaba por encima

de los tejados de Vistaclara.



*I don't give a damn about my reputation*

*You're living in the past, it's a new generation.*

«Bad reputation», Joan Jett[8]

Doña Elisa miraba a su nieta con una severidad que Cristina nunca había visto en ella hasta entonces.

—Todo el pueblo habla de ello. ¡Es una auténtica vergüenza!

La chica mantuvo una mirada desafiante y un silencio inescrutable desde el otro lado de la mesa.

—¿Cómo pudisteis hacer algo así? ¿Con qué clase de gente estás saliendo?

—¡No fue culpa nuestra! ¡Nosotros no empezamos!

—¡Me da igual quién empezara! ¡Yo no te he educado así! Ya me lo advirtieron, sí, ya me lo advirtieron. ¡Ese tal Saúl...!

Cristina se levantó bruscamente de la silla.

—¡Deja en paz a Saúl! ¡No sabes nada de él!

—¡Siéntate ahora mismo!

—¡No tengo hambre!

—¿Desde cuándo me contestas así? ¿Desde cuándo vistes así? ¿De quién es esa

*macarrada* de camiseta?

—¡Es mía!

—¡No me grites y siéntate ahora mismo!

—No tengo hambre.

—¡Me da igual que no tengas hambre! ¡Siéntate ahora mismo! ¡Vas a comerte las lentejas y vas a olvidarte de esos chicos! ¡Te prohíbo terminantemente que vuelvas a salir con ellos!

Cristina dirigió una expresión de auténtica estupefacción a la anciana. Luego, una díscola mueca de burla se apoderó de su mirada.

—No puedes controlar con quién salgo.

Doña Elisa se levantó furiosa.

—Bien sabe Dios que sí puedo. Desde que vas con ese grupo no te reconozco, Cristina. Llegas tarde a casa, rompes tu ropa, traes mascotas a escondidas y te metes en peleas. Eso por no hablar de las constantes faltas de respeto con las que me hablas. No quiero ni imaginar lo que haces cuando no estoy delante.

—¡No hacemos nada malo, abuela!

—¡Díselo a todo el pueblo! ¡Explícales que no hicisteis nada malo a esos dos chicos a los que ayer por la noche tuvieron que atender en urgencias!

—¡Saúl me defendió! ¡Él me defendió!

—A Saúl lo han denunciado, Cristina. Va a tener que ir a juicio.

Cristina enmudeció asombrada.

—No... no te entiendo.

—Ese chico va por muy mal camino. La gente habla de él. Si no se corrige, terminará igual que su padre.

—¿De qué hablas?

—Ya veo que lo defiendes sin saber nada de él. ¿No sabes que su padre está en

la cárcel?

—¿Qué? No... Te lo estás inventando.

—¿Puedes razonar un momento lo que estás diciendo? ¿Cómo voy a inventarme algo semejante?

—¿Por qué está su padre en la cárcel?

—Por ser un ladrón y un sinvergüenza. ¿Has visto a Saúl robar algo alguna vez?

—¡Claro que no! ¿Cómo puedes pensar así? ¿Cómo puedes decir eso?

—No tiene fama de ángel, precisamente.

—No importa lo que diga la gente, Saúl es bueno. ¡Él me defendió!

—¿Desde cuándo necesitas que alguien te defienda? ¿En qué clase de ambientes andas metida?

—¡No hacemos nada malo! ¡Solo queremos pasarlo bien! ¡Lo de ayer no fue culpa nuestra!

—Cristina, no quiero que sigas saliendo con ese grupo. Vas a olvidarte de Alexander y de Saúl. No voy a consentir que termines volviéndote igual que ellos.

—¿Cómo de igual? ¿Cómo? ¿Igual que qué, abuela? ¿Cómo puedes prejuzgar de esa manera? ¡No los conoces!

—¡Yo no prejuzgo! ¡A esos chicos les encanta buscarse problemas!

—Eso no es cierto.

—Me lo ha dicho doña Juana.

—¡Doña Juana es una cotilla asquerosa!

—¡Se acabó, Cristina! Tendrás que buscarte nuevos amigos. Y ahora siéntate y termínate la comida.

Durante un instante, la chica contempló cómo su abuela tomaba asiento finalmente y retomaba su comida. Luego sintió un nudo en la garganta.

—No quiero.

Doña Elisa alzó el rostro. Una furia contenida relampagueaba en sus ojos.

—¿Qué has dicho...?

—¡Que no quiero! ¡No quiero comer y no me voy a buscar nuevos amigos!

¡No sabes nada de ellos! ¡Nada!

A continuación salió al jardín y cogió su bicicleta. Doña Elisa la siguió hasta el umbral de la puerta. Allí se detuvo, poseída por una cólera inusual en ella.

—¡Entra en casa inmediatamente!

La chica abrió la puerta principal con la mano que tenía libre y entre sollozos sacó la bicicleta a la calle.

—¡Si no vuelves, te juro que te vas a arrepentir!

Desoyendo las amenazas de su abuela, montó en su bicicleta y pedaleó sin

volver la vista atrás, rumbo a la cabaña del árbol.

Al llegar a la puerta de la cerca, encontró la bicicleta de Claudia aparcada a la

orilla del camino. Dejó la suya junto a ella y atravesó el prado a paso rápido. Se agachó para sobrepasar las ramas del árbol y, al erguirse, descubrió a Alexander apoyado en el tronco de la encina y con un cigarro en la mano.

Advirtió consternada la inflamación de los hematomas en su rostro y aquel corte en el labio inferior. Una amarga alegría sacudió su alma inesperadamente. Él

apenas había despegado los labios para saludarla cuando ella se arrojó a sus brazos.

—Cris... —La abrazó aturdido—. ¿Qué te pasa?

Cristina no respondió.

—Oye... —Alexander le acarició el pelo con ternura—. Ya sé que soy irresistible, pero creo que me estás confundiendo con un chico de pelo rubio, ojos

verdes, pendiente en la oreja...

—No es eso. —Acertó a decir.

Alexander suspiró teatralmente.

—No pasa nada, de verdad. En una semana volveré a estar tan guapo como siempre.

—¿Es verdad que han denunciado a Saúl?

—Sí.

—¡Dios mío! ¡Ha sido por mi culpa!

Alexander la contempló atónito.

—¿Por tu culpa? ¿Cómo puedes pensar eso?

Cristina se mordió el labio y bajó la mirada.

—¿Y ahora qué le va a pasar?

El chico hizo un gesto con la cabeza, señalando hacia la cabaña.

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma?

Cristina sintió cómo se le paralizaba el corazón.

—¿...Está ahí arriba?

—Ahí mismo.

Dejándolo a un lado, subió las escaleras, atravesó la terraza y entró en el interior de la cabaña.

Había olvidado que los instrumentos estaban allí dentro, de modo que sintió una sorpresa inmediata al verlos de nuevo. En la penumbra también vio el espejo colocado de frente a la puerta y, finalmente, en el ala derecha, descubrió a Saúl y a

Claudia sentados juntos en el suelo. La rubia tenía las manos del chico entre las suyas y se las estaba vendando con sumo cuidado. Cristina les oyó susurrar, pero no

pudo entender más que las últimas palabras.

—¿Te duele mucho? —había preguntado Claudia.

—No mucho.

Ella se inclinó y lo besó en la mejilla, al tiempo que Saúl descubría la llegada

de Cristina. Claudia siguió su mirada y ambos enmudecieron.

—Hola, Cris. —La rubia sonrió abiertamente, aunque Cristina leyó la tensión en su mirada.

De su garganta no pudo salir más que un leve susurro.

—Hola.

—Ven y siéntate con nosotros, Janis.

Vio a Saúl sonreír abiertamente, como si no pasara nada, y se preguntó, confusa, si lo habría interpretado todo al revés.

Caminó indecisa hasta llegar a ellos y se sentó al otro lado de Saúl.

Claudia continuó su operación de enfermera, y enseguida se animó a reanudar la conversación. Finalmente Saúl pareció relajarse, pero Cristina advirtió, perpleja,

que no mostraba ningún interés en dirigirse a ella.

Aguardó pacientemente y en silencio, con la mirada fija en sus zapatillas. A medida que transcurrían los minutos y les escuchaba reír, se iba sintiendo cada vez

más alejada de ellos. Aquella situación no era la clase de reencuentro con el que llevaba fantaseando toda la mañana. Pensó que quizá era culpa suya, alzó el rostro y

trató de incorporarse a la conversación, pero estaban hablando de peleas sucedidas

en Vistaclara en años anteriores y no podía opinar nada al respecto. Tampoco parecían afectados por su falta de integración, de modo que de nuevo retomó la silenciosa contemplación de sus zapatillas negras.

Casi veinte minutos después, Saúl se volvió hacia ella con una limpia carcajada.

—¿Eh, Janis?

Cristina no había oído la pregunta ni los comentarios anteriores. Le contempló en un doloroso silencio, se levantó rápidamente y salió corriendo de allí.

Atravesó la terraza, en donde creyó percibir la voz de Alexander que la llamaba, bajó las escaleras y salió a campo abierto.

Para su propio asombro, mientras se dirigía a la salida las lágrimas brotaban solas con una facilidad que jamás había experimentado. Oyó entonces la voz de Saúl

a sus espaldas y en apenas unos segundos le tenía tras ella, tomándola del brazo para evitar que escapara.

—¡Cris!

Lo miró a los ojos. A la luz del sol se podían apreciar todos los hematomas y la hinchazón de la ceja con pasmosa claridad.

—¡Te estoy llamando!

Ella desvió la mirada. De pronto se sentía avergonzada y no entendía nada.

Como no era capaz de decir una sola palabra, Saúl tomó su rostro con una mano y le hizo mirarlo de nuevo. La observó en silencio y frunció el ceño.

—¿Por qué lloras?

Cristina bajó la mirada. Ahora sentía una vergüenza espantosa y tenía la cabeza hecha un lío.



—¿Por qué te has ido?

Tampoco respondió esta vez.

—¿Qué te pasa...?

Haciendo un titánico esfuerzo por superar la vergüenza, alzó el rostro y le dirigió una mirada que hubiera conmovido incluso a las piedras.

—Es que estabas tan ocupado... —Lo miró a los ojos y leyó en ellos un asombro repentino y un destello de arrogancia y satisfacción.

Antes de que pudiera entender el significado de todo aquello, Saúl se inclinó sobre ella y la besó fervientemente en los labios.

Cristina no estaba preparada para semejante ataque de pasión. Abrió los ojos y

dejó escapar una carcajada nerviosa.

—Si te ríes no puedo besarte... —La mirada de Saúl brillaba divertida, al tiempo que buscaba de nuevo su boca.

Ella se dejó besar, pero enseguida recordó algo que le obligó a distanciarse del muchacho.

—¿Es verdad que te han denunciado?

—Sí.

—¿Qué va a pasarte?

El chico negó con la cabeza.

—No va a pasarme nada. No te preocupes por eso, lo digo en serio.

Cristina bajó la mirada.

—Oye... —Saúl secó con sus manos los últimos restos de lágrimas en sus mejillas—. ¿Te apetece una copa de helado?

Ella lo miró sin entender.

—¿Ahora?

—Claro, invito yo.

—Pero es la hora de comer.

—¿Quieres irte a casa a comer?

—No.

—¿Entonces?

Asomó al rostro de Cristina una luminosa sonrisa.

—¿Los dos solos?

—Pues claro. —Sonrió divertido—. ¿O prefieres que nos traigamos a Claudia con nosotros?

Cristina negó rotundamente con la cabeza mientras que Saúl soltaba una carcajada. A continuación se besaron de nuevo, ajenos por completo al sol abrasador del mediodía.

En lo alto de la encina, Alexander observaba de soslayo a Claudia, quien contemplaba el beso desde la barandilla. Luego pensó que en el fondo le daba exactamente igual todo aquel jaleo. Se sentó en un rincón de la terraza y se encendió

un cigarro. Le dolía todo el cuerpo. Hubiera dado cualquier cosa por tener a mano

una botella de Barceló Imperial.

Cuando Cristina llegó a casa, eran las cinco de la tarde. Entró en el salón y encontró a su abuela sentada en el sillón, en un extraño estado de calma.

—Siéntate, por favor.

De modo que tomó asiento en el sofá.

—Ahora cuéntame todo lo que haces con esos chicos y qué pasó ayer exactamente.

—Ya pensaba que nunca me lo ibas a pedir.

Cristina habló entonces de las pruebas de la *gymkhana*, de la idea de Alexander de crear un grupo de música, de la cabaña en el árbol, de Santiago y su extraordinaria habilidad para tocar la guitarra, de lo que pasó en la discoteca y cómo sucedió todo. Aquella última parte fue la única en la que decidió no omitir nada en absoluto.

Su abuela escuchaba atenta y sin ánimo de interrumpirla. Luego habló con voz pausada.

—Hija, por suerte o por desgracia no nací ayer y sé de sobra que me has contado solo parte de tus andanzas. Aun así me parece una versión bastante sincera

por tu parte. ¿Cuántos años tiene ese chico?

—¿Saúl? Dieciséis.

—¿Te gusta?

Cristina bajó la mirada al suelo.

—Me cae muy bien.

—Por lo que me estás contando te cae mejor que bien. No os habréis besuqueado, ¿verdad?

—¿Qué?

—Es muy fácil criar mala fama a tan corta edad, así que ni se te ocurra...

—¡Abuela, ¿qué dices?!

—Estoy intentando entenderte. ¿Cómo puedes estar segura de que esos chicos merecen la pena? Apenas los conoces.

—Claro que merecen la pena. ¡Yo lo sé!

—¿Fuman o beben?

—A veces fuman.

—¿Fuman porros?

—No lo sé, abuela, creo que no.

—¿Te han dado cigarros alguna vez?

—No.

—No me mientas.

—¡He dicho que no!

—No me grites.

—Sí, alguna vez he fumado.

—Tienes catorce años.

—Ya lo sé.

—Cristina, nos queda un largo verano por delante. Si no colaboras, las cosas pueden terminar muy mal.

—Sí...

—Te estoy hablando, mírame.

—No sé qué quieres que te diga.

—Sabes que confío en ti. Voy a pedirte que me prometas una serie de cosas y vas a tener que cumplir tu palabra por mucho que te cueste.

—¿Qué cosas?

—Se acabó eso de fumar. No tienes edad suficiente para ello y aunque la tuvieras, no te lo consentiría.

Cristina guardó silencio.

—Se acabó volver por las noches a la hora que te da la gana. Eres una niña y no puedes andar correteando con chicos mayores hasta las tantas de la madrugada.

—Yo no correteo.

—Se acabó ir de discotecas.

—Era una invitación para todo el pueblo.

—Como si es para toda la galaxia. No vas a volver a pisar una discoteca en todo el santo verano. ¿Te ha quedado claro?

—Sí...

—¿Cómo llevas las clases de inglés?

—Muy bien.

—No te estoy preguntando lo bien que te lo pasas en ellas con Saúl y Alexander. Te estoy preguntando qué tal llevas la asignatura.

—Normal.

—Tendrá que ser mejor que normal a partir de ahora. Cada día vas a dedicar una hora a estudiar inglés.

—¿Qué? ¿Todos los días?

—A cambio... Ese concierto de *rock*... ¿Cuándo has dicho que es?

Cristina sintió cómo se le aceleraba el corazón.

—El nueve de septiembre, en el Vicente Calderón.

—¿Cuándo tienes el examen de recuperación?

—El siete.

—Si eres capaz de cumplir todo lo que te he dicho, podrás ir a ese concierto con tus amigos.

Cristina la miró atónita, incapaz de dar crédito a sus oídos.

—¿Lo dices en serio?

—Te aseguro que no tengo el día para bromas.

—*Abu...*

—Por favor, Cristina, te lo pido por favor: no hagas que me arrepienta.

—No lo haré. Te lo prometo.

A las seis de la tarde, la pandilla al completo se encontraba en la piscina.

Tumbada en el césped, Cristina veía pasar las nubes blancas de verano en su lenta travesía rumbo a los Montes de Toledo.

—Bueno, Catsi, ¿estás preparada para ser la próxima chica a la que Bono suba al escenario?

Cristina sonrió.

—Solo si Saúl sube conmigo.

Alexander puso los ojos en blanco y Saúl se incorporó con una divertida sonrisa en los labios.

—Claro, Janis, se lo consultaré a Bono de tu parte.

Se pasaron el resto de la tarde jugando en el agua, tirándose de cabeza, empujándose unos a otros y salpicando a todos los bañistas hasta que, con un toque

de silbato, el socorrista les obligó a salir de la piscina para que aprendiesen a comportarse cívicamente.

Al atardecer se dirigieron al viejo campo de fútbol. Cristina hizo un esfuerzo tremendo para rechazar todos los cigarros que le ofrecieron Marga y las chicas de su pandilla, pero afortunadamente lo logró.

Aquella noche se lo pasaron de maravilla decorando el interior de la cabaña con banderas de grupos de *rock* que Alexander y Saúl llevaron de sus respectivas habitaciones. A la una de la madrugada, Saúl se prestó a acompañar a Cristina a su

casa.

Se detuvieron en la puerta de la vivienda y Cristina sonrió embelesada.

Levantó la mirada y vio los labios de Saúl acercarse despacio a los suyos. Se besaron durante casi un minuto.

—¿Vas a ir mañana a clase de inglés?

Saúl sonrió divertido.

—Me encanta ir a clase de inglés... —La besó de nuevo. Luego se distanció

suavemente y rebuscó algo en su bolsillo—. Casi lo olvidaba, estuve buscando esto

para ti. No recordaba dónde lo había guardado, así que tuve que dismantelar toda mi habitación. —Tomó la mano de Cristina y depositó sobre ella una figurita de goma.

—¡Es Little Richard!

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Se miraron a los ojos con una tímida sonrisa. Finalmente, Saúl apartó la mirada, soltó una carcajada y se rascó la nariz. Luego la besó dulcemente en los labios.

—Tengo que irme, me están esperando.

Cristina afirmó con la cabeza.

—Buenas noches, Janis. —Y desapareció de nuevo en dirección a la cabaña.

Cristina suspiró. No entró en casa hasta que lo perdió de vista al doblar la esquina.



*Graceless lady, you know who I am*

*You know I can't let you slide through my hands*

*Wild horses couldn't drag me away.*

«Wild horses», Rolling Stones[9]

Al día siguiente tenían clase de inglés. Cristina esperaba poder sentarse junto a

Saúl, pero Matilde hizo sentar al muchacho en la primera fila, así que de nuevo se

vio acompañada por Alexander. Sin embargo, apenas prestó atención a este último,

sus ojos volaban irremediablemente hacia el rubio de manera casi constante.

—Como sigas mirándole así te va a entrar estrabismo... —El muchacho

miraba impaciente su reloj. El motivo era que la pandilla entera había quedado tras

las clases para ir a Talavera en autobús y comprar los amplificadores a pilas.

Una vez finalizó la lección, se dirigieron a la marquesina, donde Leo y

Santiago ya los estaban esperando.

—¿Seguro que tu padre no se va a dar cuenta?

—El cobro no le va a llegar hasta el mes que viene. —Alexander jugueteaba con su tarjeta de crédito, al tiempo que buscaba con la mirada la llegada de Claudia.

En esos momentos un coche gris se detuvo junto a ellos. Para sorpresa de

todos, Claudia se apeó del asiento trasero.

—Chicos, mi hermana y una amiga van hoy a Talavera. Podemos ir con ellas, pero solo hay dos plazas más.

—Habíamos quedado en ir todos juntos —respondió Cristina.

—Pero si vamos con mi hermana, podremos traer los amplificadores y los micros en el maletero.

—Eso es verdad. —Alexander se encogió de hombros—. No tendremos que cargar con ellos hasta la estación de autobuses.

—¿Y quiénes vamos a ir, entonces? —Leo paseó sus grandes ojos marrones sobre todos los presentes.

—Vosotras no tenéis ni idea de amplificadores —intervino Saúl—. Dejad

paso

a los expertos.

Cristina observó abrumada cómo Saúl entraba en el coche sin ni siquiera mirar atrás. Claudia se encogió de hombros y subió al interior. Alexander fue el último. Antes de cerrar la puerta, se volvió hacia el resto del grupo con expresión apenada.

—Vamos a volver enseguida, ¿vale?

Luego cerró la puerta y el coche desapareció carretera adelante. Cristina miró a Leo y Santiago. Tenían tal expresión de indignación y asombro en sus rostros, que

estuvo a punto de echarse a reír, pero no lo hizo. La forma en la que Claudia había

mirado a Saúl le había dejado un nudo de angustia en el estómago.

Santiago escupió al suelo y dio una patada a una lata de Fanta que alguien había arrojado a la acera.

—Pues a la mierda —gruñó malhumorado—. ¿Os apetece un batido de chocolate?

El Mirador de Vistaclara era una de esas cafeterías que imitaban a los bares americanos de carretera. Amplios y mullidos asientos rojos, mesas blancas y paredes verdes adornadas con luces de neón naranjas y amarillas. En aquel bar servían las mejores hamburguesas, *pizzas* y batidos de todo Vistaclara, siempre acompañado por música *rock*. Por todas estas características, además de por sus espléndidas vistas del pueblo y de la sierra, el bar se encontraba el primero de la lista entre los preferidos por los jóvenes.

—Te digo una cosa, Cris. —Leo sorbió un trago más de su batido de fresa—.

No es que Claudia me caiga mal, somos amigas desde hace varios años, pero a veces no soporto su necesidad de ser siempre la protagonista de todo y de salirse con la suya a toda costa.

Santiago se acercó a la mesa, sacó unas monedas de su mochila y dio un sorbo a su batido sin ni siquiera levantar el vaso de la mesa.

—¿De quién hablas? ¿De la diva rubia? ¿Quieres mi opinión personal? Es una imbécil. ¡Ah, y por cierto! —señaló a Cristina—. A ti te odia.

A continuación se dio la vuelta y se marchó a jugar al *pinball*.

Cristina lo observó boquiabierta.

—¿Pero qué dice este niño...?

La pelirroja esbozo una sonrisa.

—Saúl estaba empezando a caer en sus redes cuando de pronto llegaste tú...

—

A continuación arrugó la nariz en una divertida mueca infantil—. ¿Sabes quiénes me sacan de quicio a mí? Todas esas fans histéricas de la pandilla de Marga. ¡Dios

mío, no puedo soportarlas!

Cristina soltó una carcajada.

—La verdad es que son muy intensas.

—Las chicas los aman y los chicos los odian.

—¿Qué?

—A Saúl y a Alexander. Tienen dieciséis y diecisiete, pero aparentan dieciocho

o diecinueve. Y siempre tienen a las chicas más guapas a su alrededor. ¿No te has preguntado qué originó la pelea del sábado?

—Alexander se cayó del taburete y empujó sin querer al chico vestido de rojo.

—A Beni Mariposas le vino de perlas aquel empujón para tener un motivo por el que pegar a Alexander. No puede ni verlo desde hace años y no lo disimula en absoluto. Siempre está diciendo que es un chulo y un niño de papá. Pero lo que de

verdad le revienta a ese chico es que sabe que Alexander brilla por donde pasa, y eso es algo con lo que él solo puede soñar.

—Pero Heavy y el Quinqui son buenos amigos de Saúl y Alexander, ¿verdad?

—Claro que lo son, y otros muchos también, porque no los envidian ni nada parecido. Son tíos legales.

Cristina jugueteó con la *pajita* del batido al tiempo que reflexionaba sobre toda aquella información. Por primera vez desde que estaba en la pandilla, tomaba

conciencia de que el poder de fascinación que los chicos ejercían sobre ella no era

un sentimiento aislado que le perteneciera. Sucedía de igual modo para gran parte

de los adolescentes de Vistaclara. Se preguntó entonces qué caracterizaba a sus amigos, qué tenían en esencia para que aquello sucediera. Y también se preguntó confundida qué tenía ella misma para que Alexander y Saúl la hubieran elegido para

formar parte del grupo. Se estaba empezando a sentir como si se le estuviera escapando algo muy evidente cuando, de pronto, Leo interrumpió sus pensamientos.

—El sábado sí tuve celos de ti. Un poco.

Cristina la miró sin entender.

—¿El sábado? ¿Por qué? ¿Cuándo? —Hizo memoria—. ¿En la discoteca?

Leo afirmó con la cabeza y dirigió a su amiga una mirada de dolorosa resignación.

—Es que estabais bailando y hablando los dos solos. Se le veía tan contento...

—También se pone muy contento con el grupo de Marga, y no creo que le gusten todas.

Leo soltó una carcajada.

—¡Claro que le gustan todas! Pero es diferente. Cuando ellas están delante le gusta vestir ese disfraz de chulo engreído. Es como una actuación, nada que merezca la pena.

Cristina la miró pensativa. Jamás se había dado cuenta de que Leo fuese tan perceptiva. Ella no era capaz de analizar a las personas de ese modo. Se pasaba el

día entero caminando sobre una nube, pensando en lo guapo que era Saúl y en el *rock and roll*. En aquel momento se dijo a sí misma que trataría de estar más atenta a lo que sucediera a su alrededor.

Leo volvió a interrumpir sus pensamientos.

—Ahora estoy contenta. —En su rostro se dibujó una amplia sonrisa—. Vamos a pasar mucho tiempo ensayando juntos.

—Va a ser genial, Leo, ya lo verás.

En ese momento se abrió la puerta del bar y apareció la pandilla de Mateo Cuatropajas al completo.

Cristina distinguió entonces a Mateo y no pudo evitar sentirse horrorizada.

Además de llevar una venda sobre el puente de la nariz, tenía tantos cortes y hematomas en la cara que, comparados con él, Saúl y Alexander parecían haber salido indemnes de la pelea.

Al entrar, los jóvenes barrieron el bar con la mirada hasta descubrir a las chicas. Se produjo entonces un tenso cruce de miradas. Incluso Santiago había detenido su partida de *pinball* y les miraba expectante junto a la máquina. Los muchachos volvieron la vista al frente y se encaminaron a la barra. Entonces Cristina distinguió a Jacobo. Tenía una hilera de puntos visibles entre su pelo corto

y rubio. De nuevo sintió un estremecimiento y bajó la mirada.

—Tengo que ir al baño. —Se levantó y cruzó la sala en dirección al pasillo que conducía a los servicios. Una vez en el servicio de mujeres, se miró al espejo y

tomó aire. Cuando se sintió más calmada, abrió la puerta y abandonó el servicio.

Pero apenas había dado un solo paso cuando la presencia de Jacobo la detuvo en seco. El joven se había apostado contra la pared del pasillo y la miraba fijamente.

Cristina sintió su corazón acelerarse estrepitosamente. Lo miró a los ojos y leyó en ellos una dura expresión de furia contenida. Bajó la mirada y trató de sobrepasarlo en silencio, pero el joven extendió el brazo y apoyó la mano en la pared opuesta, dificultando de ese modo el camino libre. Cristina le dirigió una mirada de temor.

Jacobo se acercó hasta quedar a escasos centímetros de su rostro.

—Mira bien. —Se ladeó bruscamente y mostró la línea de cinco puntos en su cuero cabelludo—. Mira bien esto.

Cristina sintió un nuevo estremecimiento y desvió el rostro. Jacobo la miró con auténtico desprecio.

—¿Sabes la única razón por la que voy a dejar que termines tu batido?

Cristina tragó saliva.

—Porque eres una chica. Pero mucho ojo, niña, porque no voy a ser tan considerado la próxima vez.

Bajó el brazo y Cristina salió de allí a la mayor velocidad posible. Se sentó frente a Leo y se miraron en silencio. Luego vieron a Jacobo regresar a la barra.

Mientras caminaba, Cristina todavía pudo oírle decir:

—¡Y lo mejor de todo es que no he visto en mi vida a esa mierda de cría!

Miró en derredor y vio los ojos de todos los presentes cayendo sobre ella.

Bajó la mirada a la mesa, sentía un nudo en la garganta y ya no le apetecía el batido.

—¿Qué te ha dicho? —La furia relampagueaba en los ojos de Leo.

Cristina negó con la cabeza.

—Olvídalo, Cris. De todas formas deberíamos irnos, está empezando a oler a mierda. —Santiago recogió su mochila, y tanto Leo como Cristina le imitaron en silencio. Al momento abandonaron la cafetería.

No sucedió nada nuevo durante aquel día. Claudia, Alexander y Saúl

continuaban desaparecidos, así que tras pasar la tarde en la piscina, Cristina, Santiago y Leo se dirigieron a la casa de esta última.

Era una casita de pueblo de dos plantas, con un pequeño patio a modo de

entrada, en cuyo centro destacaba un pozo de piedra. Dos gatos, uno pardo y otro negro, recibieron a los muchachos con miradas de extrañeza y desconfianza, y luego la pelirroja les presentó a sus padres, quienes estaban preparando una barbacoa en el jardín.

Su padre, Isidro, aparentaba unos cuarenta años. Era alto, de cabello moreno y corto y expresión afable. Llevaba gafas de montura de pasta y vestía bañador y chanclas de piscina.

—¿Queréis quedaros a cenar?

Cristina y Santiago sonrieron con timidez y rehusaron educadamente. Pero



Isidro leyó el deseo contenido en sus miradas e insistió tenaz, hasta que logró que

ambos aceptaran la invitación. Luego María se acercó a ellos y les ofreció dos vasos de limonada.

Cristina bebía a pequeños sorbos, mientras contemplaba el parecido de aquella

mujer con su hija. Al igual que a Leo, a María le caía el pelo en una larga cascada

de un rojo intenso y vibrante. Su rostro era pálido y redondo y sus ojos color miel

desprendían una luz cálida y afectuosa.

—Voy a llevarlos arriba para que me escuchen tocar el violín.

María afirmó con la cabeza.

—La cena estará en media hora.

De modo que los tres chicos subieron a la segunda planta, entraron en la

habitación de Leo, y Cristina y Santiago se sentaron en la cama. La pelirroja tomó

su violín de la estantería, lo sacó de la funda y se sentó en una silla frente a ellos.

—Tengo que afinarlo.

Cristina y Santiago afirmaron en silencio.

Tras varios minutos haciendo sonar las cuerdas y girando las clavijas, volvió a mirarlos de nuevo con expresión solemne.

—Ya estoy preparada.

—De acuerdo.

—Voy a tocar «Canon en Re Mayor», de Johann Pachelbel.

La pareja de oyentes afirmó con la cabeza, con la misma inexpresividad que si les hubiera hablado en un idioma desconocido. Aun así, la adolescente aguardó un

instante para permitir que sus palabras provocaran el efecto deseado en los rostros

de sus interlocutores, pero como esto no sucedía, decidió comenzar.

—Ahí voy.

Adoptó la posición, colocó el arco sobre las cuerdas y cerró los ojos.

La melodía se abrió paso lentamente, insegura y torpe como los primeros

pasos de un niño que está aprendiendo a caminar. Pero aquella confusión no duró más de medio minuto. Para entonces, los dos jóvenes oyentes ya habían identificado

la melodía y escuchaban cautivados en absoluto estado de concentración. Y a partir

de ese instante la música se desató. Fue como si Leo abriera las rejas de una prisión

imaginaria y dejase escapar los acordes al viento de la tarde, vibrantes, ágiles y rebosantes de dinamismo y viveza.

No era, tal y como a los chicos les parecía en aquel momento, una

demostración de maestría. Se trataba, más bien, de una promesa en potencia, un clamor sin control embargado de una pureza similar a la sonrisa de los bebés cuando observan el mundo por primera vez, parecida también a una carcajada

espontánea o al gorjeo de un pájaro cantor al ver la luz del sol tras una noche de lluvia.

Cuando hubo finalizado, sus dos oyentes aplaudieron entusiasmados.

—Toca otra, Leo.

Y Leo sonrió divertida. Entonces comenzó a tocar «Oh, Susana», y Cristina y Santiago cantaron al ritmo de la canción.

Después de la cena, Cristina regresó a su casa dando un largo paseo por las calles del pueblo, contemplando las estrellas y dejando que la brisa fresca de la noche revolviere sus rizos oscuros. Se encontraba tan relajada y feliz ante la idea de volver a ver a Saúl aquella misma noche que apenas pudo reaccionar cuando

encontró a su abuela de un humor de mil demonios. Llevaba más de dos horas ansiosa, esperando su llegada e incapaz de comprender dónde podía haberse metido

tras el cierre de la piscina. La cena descansaba fría sobre la mesa de la cocina.

—Lo siento, *abu*. Se me olvidó avisarte.

—¡Esto ya es lo último que me faltaba por oír! ¡Me paso la vida con los nervios de punta! ¿Crees que puedo pasarme el verano entero así?

—No te preocupes, volveré pronto esta noche. Te lo prometo.

La mujer la contempló estupefacta.

—¡Y tan pronto que vas a volver! Como que ya estás aquí. ¡Sube a tu habitación inmediatamente y ni se te ocurra replicarme!

Cristina enmudeció. Un leve vistazo a la expresión de su abuela le bastó para

saber que aquella amenaza iba muy en serio. Suspiró apesadumbrada y se dirigió a la planta superior.

A la media hora oyó voces en la calle. Se asomó a la ventana y encontró a Santiago y a Leo esperando a que bajara con ellos.

—No puedo, estoy castigada.

—Saúl ha vuelto.

Leo dio un codazo a Santiago antes de que este pudiese añadir nada más.

—¿Pero qué haces? Tiene derecho a saberlo.

—¡Pero no ahora!

—¿A saber el qué? —Cristina les observaba presa de curiosidad.

—Santi, eres un auténtico bocazas.

—¡Tiene derecho a saberlo!

—¿Saber el qué?

Santiago se adelantó dos pasos para que pudiera oírlo mejor.

—Han estado toda la tarde en el río. ¡Han pasado de nosotros como de comer mierda! —y agrandó exageradamente la boca al pronunciar las dos últimas palabras, como demostración de su profundo grado de indignación.

—¿Qué?

—Sí, con la diva, su hermana y la amiga de su hermana.

Cristina bajó la mirada.

—¿Dónde está ahora Saúl?

—En casa, terminando de ducharse.

—Nosotros nos vamos a buscar a Alexander. ¡Vamos a cantarle las cuarenta!

Hasta mañana, Cris.

Cristina los vio marchar. Se sentó en la cama y tomó la figurita de Little Richard que descansaba sobre la mesilla. No entendía nada, pero estaba convencida

de que Saúl iría a verla aquella misma noche. Estaba deseando verlo aparecer por la

ventana.

Después de estudiar, decidió hacer algo de tiempo relejendo y tarareando

letras de canciones en inglés. Cuando se le empezaron a cerrar los ojos, dejó los cuadernillos sobre la mesilla. Comenzó a soplar un viento cálido y húmedo y al poco después las nubes cubrieron la luna y las estrellas.

Apagó la luz y contempló desde la cama las luces de los relámpagos en la distancia. La tormenta no tardaría en llegar, pero ella estaba segura de que Saúl llegaría también, más tarde o más temprano.

Llovía torrencialmente cuando despertó. A pesar del estruendo que suponía el

rugido de la tormenta en plena noche, se incorporó con la sensación de haber oído

algo ajeno a la lluvia y los truenos.

—¡Cris! ¡Cristina!

La joven se levantó apresuradamente y se asomó a la ventana. En la calle se hallaba detenida una oscura y esbelta silueta. Un nuevo relámpago le iluminó el rostro.

—¿Álex...?

Nada más verla, se encaramó al árbol, pisó en el canalón y saltó al tejado. Le llevó un par de intentos infructuosos antes de lograr llegar al alféizar.

—¿Puedo entrar?

Cristina se hizo a un lado y vio cómo Alexander saltaba al interior de la habitación. Luego se apresuró a cerrar la ventana.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué hora es?

El chico se tambaleó silencioso por la habitación y finalmente se sentó en el suelo.

—Las tres y media... Creo... —Su voz sonaba torpe y lenta.

Cristina lo observó atentamente y luego se arrodilló frente a él.

—¿Estás borracho?

Alexander se llevó las manos a la cabeza y cerró los ojos. Luego murmuró una serie de palabras ininteligibles.

—¿Estás borracho? —repitió de nuevo.

—Un poco.

Lo miró confusa. Todavía se sentía demasiado adormilada como para pensar con claridad.

—¿Quieres un vaso de agua?

Le vio esbozar una sonrisa y negar con la cabeza. Aun así, le tendió el vaso que reposaba en su mesilla. Alexander lo tomó y lo dejó en el suelo, como si no fuera con él.

—¿Qué te pasa, Álex?

—Nada.

—Pero ¿qué haces aquí, entonces?

Alexander se levantó lentamente y se dirigió a la ventana.

—Lo siento, no quería molestarte. —Allí se detuvo de nuevo. Estaba lloviendo

a cántaros.

—No me molestas. —Lo observó tímidamente. No se atrevía a decirle que en realidad se encontraba verdaderamente entusiasmada con la idea de que un chico tan

mayor e importante como él hubiera recurrido a ella en plena madrugada.

Finalmente, el muchacho se volvió hacia ella.

—Me olvidé de coger las llaves y no puedo entrar en casa.

—¿Y tus padres?

—Buena pregunta... Muy buena pregunta... —Esbozó una sonrisa de burla y paseó inquieto por la habitación. De pronto reparó en la figurita de Little Richard que descansaba sobre la mesilla, la tomó y la observó con curiosidad.

—Me la ha regalado Saúl.

—Ya decía yo que me sonaba de algo. —La dejó de nuevo sobre la mesilla y continuó su curiosa inspección por las estanterías.

—¿Sabes dónde está?

—Todavía vive, en Estados Unidos, creo.

—Me refiero a Saúl.

Alexander sonrió burlón.

—Durmiendo la mona.

—¿Os lo habéis pasado bien en el río?

—Muy bien. —Tomó un libro y lo ojeó con interés.

—¿Y os lo habéis pasado bien en la cabaña esta noche?

—Claro que sí. —Dejó el libro y tomó otro—. ¿Tienes un libro de Cormac McCarthy? —La miró impresionado, pero enmudeció al instante. Cristina estaba

llorando—. Cris...

—No importa. —Se secó las lágrimas apresuradamente.

—No llores...

—Da igual.

—Hemos comprado los *amplis* y tres micros. Mañana ya podrás cantar como las *rockeras* profesionales. —Trató de sonreír, a la espera de verla animarse.

Ella sonrió abatida.

—No debería haberte despertado. Perdona, sigue durmiendo. —Se encaminó a la ventana.

—Pero ¿a dónde vas? —Cristina le siguió.

—A ver si han vuelto mis padres.

—¿Y si no han vuelto?



Le vio desviar la mirada y encogerse de hombros.

—¿A dónde van todas las noches?

—A negociar con la mafia, claro. Les venden armas, cocaína y prostitutas. —

Se volvió de nuevo hacia la ventana y contempló la lluvia, a la espera de verla amainar.

Cristina lo observó en silencio. Luego, para sorpresa del muchacho, lo abrazó con dulzura. Alzó el rostro y lo miró a los ojos.

—Estás empapado.

Alexander se encogió de hombros.

—¿No tienes frío?

—No...

—Te vas a resfriar.

La miró en silencio y, durante un instante, su expresión de indiferencia pareció resquebrajarse para dar paso a una mirada de dolor contenido.

—Sécate con mi toalla. —Se dirigió a su armario y sacó una toalla limpia.

Luego se la tendió—. Vamos, cógela.

El chico cedió finalmente y, exhalando un suspiro de desgana, se quitó la camiseta, la dejó caer al suelo y se arropó con la toalla. Un escalofrío le sacudió de pies a cabeza. Después, todavía arropado, se dejó caer lentamente al suelo y apoyó

la espalda contra la pared. Cristina se acomodó junto a él.

—Espero que tu abuela tenga un sueño profundo.

—No te preocupes. Duerme al otro extremo del pasillo y las paredes son muy gruesas. Aunque estuviese despierta no podría oírnos.

Alexander afirmó con la cabeza.

—¿Tienes hambre?

La miró sorprendido.

—¿Que si tengo hambre?

—Sí.

Negó confuso.

—Puedo traerte un sándwich de la cocina. —Aguardó con timidez y le vio esbozar una leve sonrisa.

—No hace falta, Cris, pero muchas gracias.

—No me cuesta nada. Si te entra hambre, dímelo y te lo traeré, porque la tormenta no tiene pinta de terminar enseguida. —Se levantó y se dirigió de nuevo a

su armario—. Ojalá tuviese alguna camiseta para ti, pero son todas muy pequeñas.

—Revolvió en los cajones y luego se volvió de nuevo hacia el muchacho—. Lo sien...

La risa de Alexander la hizo enmudecer. Luego le vio ocultar el rostro entre las manos y, para su sorpresa, advirtió que las carcajadas se habían transformado en sollozos.

Le contempló paralizada. Caminó hasta él y se sentó a su lado de nuevo.

Insegura, apoyó la mano en su hombro.

—Álex...

Durante un rato solo se oyó el sonido de la lluvia en los cristales de la ventana.

Luego Alexander trató de hablar.

—Ellos... —Su voz se quebró y tomó aire—. Ellos... —De nuevo le sucedió lo mismo y guardó silencio—. Ellos me han enviado a esa mierda de internado...

—Sollozó incontroladamente y trató de serenarse—. Como si yo fuera un estorbo... Nada más que un estorbo...

Cristina le escuchaba sobrecogida.

—...Para ellos solo soy un estorbo... —Su voz se ahogó en nuevos sollozos y

Cristina ya no pudo contenerse, de modo que lo abrazó fuertemente y lo besó repetidas veces en la mejilla. Alexander se dejó abrazar y besar y, completamente agotado y deprimido, inclinó la cabeza hasta reclinarla en el regazo de la chica. Allí cerró los ojos y dejó que ella le abrazara dulcemente un rato más. Sintió sus cálidas

manos acariciándole el pelo y le sacudió un nuevo escalofrío. Después perdió la noción del tiempo.

—A mí no me estorbas, Álex —susurró Cristina—. Ni siquiera un poco, no me estorbas nada de nada.

Pero Alexander ya no replicó. Se había quedado dormido.

## 9

*Don't you know that no one alive*

*can always be an angel?*

*When things go wrong, it seems so bad.*

«Don't let me be misunderstood», Gary Moore[\[10\]](#)

La tormenta dio paso a un día soleado y ventoso. No había ni una sola nube en el azul intenso del cielo cuando Cristina se dirigió a la biblioteca. Habían acordado

reunirse allí para efectuar la inscripción de la *gymkhana*. Encontró al grupo al completo ante la puerta del edificio. Saúl le dedicó una dulce sonrisa y su inquieto

corazón se desbocó en el acto. Luego advirtió que Alexander se mantenía distante y

silencioso tras sus oscuras gafas de sol. Se preguntó si se sentiría arrepentido de haberle confesado tantas cosas en la madrugada anterior.

—Bien, sacad el dinero, es para hoy —habló este por fin.

Los muchachos tendieron sus monedas a Alexander y él las fue recolectando en sus bolsillos. Cristina se mantenía con la mano alzada, esperando a que el chico

tomase su parte, pero cuando este se situó frente a ella, tomó su mano y la rechazó

suavemente.

—Tú estás invitada.

Lo miró confusa y observó en derredor, el resto del grupo conversaba animadamente y nadie parecía haberse dado cuenta. Guardó el dinero en su bolsillo

y lo miró tímidamente. Luego lo vio entrar en la biblioteca. Se disponía a seguirlo

cuando Leo la tomó del brazo como si quisiera decirle algo, pero no habló hasta que el resto del grupo hubo entrado tras Alexander.

—¡No puedes ni imaginar lo que te perdiste ayer...! —tenía un brillo de auténtico entusiasmo reflejado en los ojos y una sonrisa que hubiera derretido al sol. Miró en derredor para cerciorarse de que nadie pudiera oírla y, a continuación,

habló en un susurro—. Hicimos una especie de fiesta para celebrar el comienzo de

los ensayos. Alexander llevó cervezas y ron. ¡Nos pillamos una borrachera bestial!

Luego alguien dijo de jugar a la botella. Parecía una tontería de niños, pero fue divertidísimo. ¿Adivinas con quién me tocó besarme? ¡Nos besamos con lengua!

¡Dios mío, Cris! No puedes imaginar lo bien que besa! ¡Es tan dulce...!

Lejos de empatizar con la pelirroja, Cristina evocó los labios de Saúl y sintió que algo se le partía por dentro.

—¿De quién fue la idea?

Leo frunció el ceño.

—No me acuerdo... Creo que fue de Claudia.

—¿Se besaron Claudia y Saúl?

—¿Si se besaron? Sí, se besaron varias veces.

Cristina sintió un nudo en el estómago.

—Perdona... No me he dado cuenta. —La miró consternada, pero no por mucho tiempo, pues se encontraba embargada por la egocéntrica alegría propia de

las personas que por primera vez se sienten tremendamente afortunadas—. Bueno,

¿quieres que te siga contando?

—Sí...

—Luego llegó la tormenta y tuvimos que ir a casa de Saúl a por unos plásticos que tenía en su cobertizo para proteger los instrumentos de la lluvia. Ojalá pudiésemos poner cristales en las ventanas. En resumen, ¿no te imaginas qué jaleo

de noche y qué bien nos lo pasamos! Volvimos a casa a las tres de la mañana.

Cristina se mordió el labio. Leo no podía ni imaginar que su príncipe azul hubiera aparecido por su ventana media hora después de que todos ellos se hubieran

marchado a dormir. A pesar de que no había sucedido nada que pudiera enojarla, Cristina intuyó que se ahorraría muchas explicaciones si se mantenía en silencio.

Además, no quería traicionar la confianza de Alexander.

Pasaron el resto de la mañana en la cabaña. Conectaron la guitarra, el bajo y

los micrófonos a los amplificadores, y durante varias horas se dedicaron a buscar

el sonido adecuado para cada instrumento. Luego Alexander y Saúl se mantuvieron

absortos en la destreza de Santiago, quien se había volcado en la divertida tarea de

hacer un *bending* detrás de otro, hasta que Leo regresó de su casa con el violín en la mano. Lo desenfundó y les habló contundente.

—El violín no es solo para música clásica y eclesiástica. Incluso Guns N' Roses lo utiliza en «November rain».

—Nadie toca el violín en «Break on through», Leo —replicó Saúl.

—No tengo ningún otro instrumento que tocar, no sé hacer nada más que tocar el violín. Si no queréis que haya ningún violín en la función de teatro, tendré que buscarme otro grupo para participar en la *gymkhana*.

Aquello logró revolucionar a los muchachos, quienes, aturdidos e impresionados, comprendieron que se estaban enfrentando a la primera crisis de su pequeño grupo musical.

—¿Cómo vas a irte, Leo? —El orgullo impedía que Alexander diera su brazo a torcer—. Hemos encontrado una canción chulísima y necesitamos tocarla lo más fielmente posible. Un violín no pinta nada aquí.

—Entonces yo no pinto nada aquí.

—Pero Leo... —intervino Claudia—, se suponía que íbamos a hacer una coreografía. ¿A cuento de qué viene esto?

—Yo no quiero hacer una coreografía, quiero tocar mi violín.

—¡Maldita sea, Leo! —Saúl caminó impaciente por la sala—. Incluso esa tontería de la coreografía suena mejor que el violín.

—No sabes cómo suena su violín.

Todos miraron a Santiago.

—Cris y yo la hemos oído y lo hace realmente bien.

—Pero no necesitamos un violín para la canción —protestó Alexander.

—Tampoco un bajo.

El adolescente clavó una mirada iracunda en el pequeño.

—No es lo mismo. El bajo es el sustituto perfecto del teclado electrónico.

¿Para qué sirve el violín?

—A la gente mayor le encantará el violín.

Era la primera vez que Cristina hablaba y, quizá por ello, sus palabras

lograron acaparar la atención de todo el grupo.

—Lo digo en serio. Voy a ensayar todos los martes por la tarde esa canción de la procesión del Cristo del Olvido y conozco muy bien sus gustos. A toda esa gente

mayor que va a misa le encantará el violín. ¡Y son más de la mitad del pueblo!

Los muchachos se miraron dudosos hasta que por fin Alexander retomó la palabra.

—Está bien, Leo. Toca algo con el dichoso violín, a ver qué tal lo haces.

Leo logró sorprenderlos, no tanto como lo había hecho Santiago, pero lo



suficiente como para acallar posibles nuevas protestas.

Solo Claudia se mantuvo silenciosa tras su demostración, sentada en el suelo y con expresión hosca. Al poco rato se levantó y se despidió de ellos. Aquel día era el

cumpleaños de su hermana y le esperaba una larga comida familiar.

Los demás aprovecharon su partida para hacer un descanso y bajar al prado, en donde fumaron y comieron bolsas de Doritos y Gusanitos. Solo Cristina y Saúl

permanecieron en el interior de la cabaña. Se habían sentado junto a una ventana por

donde entraban los rayos del sol, los cuales alumbraban las miles de partículas de

polvo que flotaban en el aire.

—¿Por qué no viniste a verme?

Saúl miró al suelo.

—Nos lo estábamos pasando muy bien.

—¿No te apetecía verme?

La traspasó con sus grandes ojos verdes.

—Claro que sí.

—¿Qué tal en el río?

—Muy bien, aunque me acordé de ti, pero sabía que te vería por la noche, o al menos eso pensaba... ¡Yo no tengo la culpa de que te castigaran!

—No, claro que no.

—¿Vas a venir a la piscina esta tarde?

—No lo sé, tengo ensayo con el coro a las siete.

Saúl se levantó y se sentó a la batería.

—Mira lo que aprendí ayer por la noche. —Y comenzó a golpear el charles y el redoblante alternativamente. Luego incorporó el sonido del bombo con el pie.

—Es un buen ritmo.

—Claro que lo es. ¿Sabes? Esto se me va a dar mejor de lo que pensaba.

La chica cogió un paquete de tabaco que estaba en el suelo, junto a los botellines. Quedaban un par de cigarros.

—¿De quién es?

—Es mío. Puedes fumártelos, no me importa.

Encendió uno y aspiró una calada. El humo se atragantó en su garganta, frunció el ceño y miró irritada hacia la ventana.

Saúl la contempló durante un instante. Luego dejó las baquetas sobre el redoblante, se levantó y se dirigió hacia ella. Se inclinó y la besó en los labios

Cristina le devolvió una mirada glacial. Saúl se abalanzó sobre ella y comenzó a hacerle cosquillas.

—¡No!

Rompieron a reír. Y luego el chico cubrió su rostro de besos.

Aquella noche era fresca y estrellada, y la plaza principal de Vistaclara rebosaba de vida y alegría.

—¡Bienvenidos a la octava celebración de la *gymkhana* juvenil de Vistaclara!

Más de un centenar de adolescentes silbó y vitoreó al concejal. El tío de Alexander sonreía desde el escenario, todavía con el micrófono en los labios. A continuación extrajo unos papeles de su bolsillo y los contempló teatralmente.

—...Tengo estos papeles en mi poder y... Ahora mismo no sé lo que son.

Los jóvenes prorrumpieron en nuevos gritos de entusiasmo.

—Creo que aquí pone... Aquí pone... U2. U2, Popmart. Nueve de septiembre, nueve y media horas. ¿Alguien sabe qué significa U2? ¿Alguien me lo puede explicar? No creo que sea nada importante, quizá debería tirarlos a la basura. Nuevos gritos y un concierto de estridentes silbidos. El concejal contuvo una carcajada.

—¿Queréis estas entradas? ¡¿Quién quiere estas entradas?!

El vocerío se hizo todavía más escandaloso.

—¡Qué falta de entusiasmo! ¡No os oigo! ¡¿Quién quiere estas entradas!?

Los chicos se desgañitaron el alma con nuevos gritos.

—¿¿Qué es lo que vais a hacer para conseguir estas entradas!?

—¡Ganar!

—¡Ganar la *gymkhana*!

—¡Ser los mejores!

El concejal se dirigió a una mesa colocada a un lado del escenario sobre la que descansaba una urna transparente. Seguidamente, introdujo en ella las entradas.

—Aquí las dejo hasta el treinta de agosto.

La oleada de histerismo rebasó todas las cotas imaginables. Un animador sociocultural subió entonces al escenario. El concejal se apresuró a despedirse.

—Antes de ceder la palabra al coordinador, quisiera pedirlos un aplauso para mi sobrino. ¿Dónde está Alexander?

Más de cien cabezas buscaron a Alexander entre el tumulto. El chico se encaramó a una gruesa farola erigida sobre un soporte circular de piedra en el centro de la plaza.

—Alexander, sube aquí antes de que te quedes electrocutado.

El muchacho se abrió paso entre el gentío y logró subir al escenario. Una oleada de gritos femeninos coreó su reverencia.

Cristina distinguió al grupo de Beni Mariposas en absoluto silencio. Otros tantos parecían mantenerse en la misma línea. Al mirar atrás, también vio al grupo

de Mateo Cuatropajas, que contemplaba el espectáculo con sonrisas de burla.

Al fondo de la plaza, entre la multitud de padres y abuelos que habían asistido aquella noche a la presentación, se encontraba su abuela. Doña Elisa estaba cómodamente sentada a la mesa de una terraza recogida bajo los soportales,

haciendo corrillo con una docena de mujeres mayores. Cristina alzó el brazo y la saludó con la mano, al tiempo que una sonrisa asomaba a su rostro. Su abuela correspondió de igual manera.

—Mi sobrino, aquí presente —continuó el concejal—, es el culpable de que este verano el premio de la *gymkhana* resulte tan poco motivador. Él es el culpable de que este verano se hayan inscrito... solo... ciento veinte concursantes. ¡Una minucia en comparación con los cuarenta del año pasado... En definitiva,

Alexander es el culpable de que este verano todo esto sea un caos y un desastre, y

las pruebas vayan a ser las más difíciles que hayáis hecho en vuestra vida. Así que,

por favor, ¡un aplauso muy grande para él!

La plaza aplaudió y vitoreó de nuevo hasta dejarse la voz en ello. Alexander fingió peinarse con un peine imaginario. Después se subió hasta la nuca un imaginario cuello de cuero, hizo un paso de baile caminando hacia atrás en clara imitación a Michael Jackson, dio una vuelta sobre sí mismo e hizo otra reverencia.

Contempló con una sonrisa de triunfo el efecto producido en las masas hasta que, finalmente, el concejal tuvo que llevárselo de allí a empujones. El animador sociocultural tomó el micrófono.

—Casi treinta pruebas.

Se hizo el silencio.

—Veinte grupos.

Hizo otra pausa y la plaza entera contuvo la respiración.

—¡Pero solo puede ganar uno...!

Los chicos prorrumpieron en nuevos gritos.

—Y, sin embargo, queremos conocerlos a todos. ¡Queremos saber quiénes son

los valientes que van a pasar estos dos meses de verano compitiendo incansables para ser los ganadores de la *gymkhana*! ¡Queremos saber quiénes son los que van a pelear de noche y de día para llevarse el mayor número de puntos y lograr abrir esa

urna la noche del treinta de agosto! ¡Y queremos saber cómo se van a llamar estos

veinte grupos de ahora en adelante! Así que vamos a pasar a la presentación de los

concurstantes. Os iremos nombrando e iréis subiendo al escenario. ¡Bienvenidos a la

octava celebración de la *gymkhana* juvenil de Vistaclara!

La plaza entera prorrumpió en estridentes aplausos y, a continuación, el

coordinador hizo un gesto a un monitor que trabajaba entre bastidores. Este pulsó el

equipo de música y Chubby Checker estalló a través de los altavoces con su «Let's

twist».

—Grupo número uno.

Comenzó así una lectura rápida de nombres, y un grupo de niños de doce años

subió al escenario.

—Son los benjamines de la *gymkhana*. Sed buenos con ellos. —Luego se dirigió a los niños—. ¿Cuál es el nombre de vuestro grupo?

Uno de ellos tomó el micrófono.

—Somos Las Águilas Rojas.

—¡Un aplauso para Las Águilas Rojas!

Los concursantes restantes se mostraron de acuerdo en aplaudir. Desde sus fanfarrones puntos de vista, aquel grupo no representaba ningún tipo de competencia.

De este modo se fue sucediendo un desfile de nombres, concursantes y grupos en el escenario.

En segundo lugar se encontraban los Silver Road, grupo en el que

participaban Heavy y el Quinqui, además de otros amigos de Saúl y Alexander que habían llegado a Vistaclara aquella misma mañana. Se trataba de otros cuatro

muchachos de veinte años devotos del *rock*. Se llamaban Rodri, Esteban, al que apodaban Page por su adoración al famoso guitarrista, Víctor y Flavio. Excepto el

Quinqui, los demás parecían sacados de algún grupo de *rock* de los años sesenta, pues lucían largas melenas, pulseras de pinchos y camisetas de grupos de música.

El grupo de Cristina les vitoreó hasta dejarse el alma.

Luego subieron los Metal Riff, otro grupo aliado al que aplaudieron con todas sus ganas. También corearon al grupo de Marga, las cuales se habían bautizado como Las Diosas del Alba . Tras ellas subió el grupo de Mateo Cuatropajas. Se hacían llamar Los Reyes de Queens. Les abuchearon hasta quedarse afónicos.

—¡Pijos de mierda!

—Por favor, se ruega respeto y deportividad.

—¡Maricas elitistas!

—¡Por favor, no se tolerarán insultos ni faltas de respeto hacia ningún grupo!

Saúl, Alexander y Santiago se encaramaron a la farola y corearon una improvisada canción:

—¡Vete a casa, a hacerte una paja! ¡Vete a casa, a hacerte una paja! ¡Vete a casa,

a hacerte una paja...!

—¡Alexander, Saúl y Santiago, bajaos de esa farola inmediatamente!

Desoyendo las órdenes del coordinador, los Silver Road no tardaron en secundar la canción.

—¡Os advierto que las faltas de respeto serán penalizadas duramente a lo largo

de la *gymkhana*!

Mateo les dirigió una sonrisa de burla y les hizo un corte de mangas desde el escenario.

—¡Mateo, eso también va por vosotros!

La canción todavía retumbaba en cada rincón de la plaza cuando Los Reyes de Queens bajaron del escenario.

Subieron entonces los Cruce de Caminos. Eran los carrozas de la *gymkhana*,



una pandilla de solteros de cuarenta años. Simpáticos y divertidos, se movían en un

terreno tan neutral como Las Águilas Rojas. Todo el mundo les aplaudió.

Tras ellos subió el grupo de Beni Mariposas. Se bautizaron como Los Legionarios del Sur. Docenas de cabezas se giraron hacia Saúl y Alexander,

esperando algún tipo de reacción, pero los chicos se mantuvieron en insólito silencio. El coordinador respiró aliviado y continuó con el espectáculo. A

continuación les llegó su turno. Los seis subieron alegremente al escenario. Saúl y

Alexander hicieron gala de toda su chulería y su buen humor.

—¿Cómo os llamáis, Alexander?

Alexander tomó el micrófono.

—Somos Sustain Souls.

—¡Un aplauso para los Sustain Souls!

La ovación no se hizo esperar. Aun así, Santiago se acercó al borde del

escenario y levantó los brazos en un gesto que exigía más aplausos. Vieron a Los

Reyes de Queens abucheándolos con todas sus fuerzas, al igual que el grupo de Beni Mariposas. Pero ni sus gritos ni sus silbidos lograron afectarles lo más mínimo. Después de una docena de reverencias y payasadas, los chicos hicieron un

amago de bajar del escenario. Santiago y las chicas ya estaban abajo cuando, de pronto, Saúl y Alexander retrocedieron velozmente sobre sus pasos, se dirigieron al borde de la tarima y, dando la espalda al público, se bajaron los pantalones y los

calzoncillos y enseñaron dos traseros con mariposas dibujadas en rotulador negro.

Aquello enloqueció a las masas.

—¡Fuera del escenario! ¡Fuera del escenario! —El coordinador se desgañitaba

gritando mientras más de cien jóvenes reían a carcajadas.

El grupo de Beni Mariposas les miraba estupefacto, Las Diosas del Alba

gritaban enloquecidas y Cristina, Leo y Claudia contemplaban el espectáculo con la

boca abierta. Santiago soltó una carcajada.

—¿Sabíais algo de esto?

Cristina se volvió hacia su abuela y la distinguió entre la muchedumbre,

contemplando aquel escándalo con expresión petrificada y un vaso de refresco en una mano que se había congelado a medio camino de la boca. La chica suspiró avergonzada y se llevó las manos al rostro.

—¡Fuera del escenario! ¡Saúl y Alexander, fuera del escenario! ¡No voy a volver a repetirlo!

Finalmente, los chicos obedecieron y la presentación continuó sin nuevos

altercados. Cuando todos los grupos hubieron desfilado, el animador presentó a los

veinte monitores que iban a trabajar en la *gymkhana*. Cada uno de ellos sería asignado a un grupo, como responsable de velar por su deportividad y honestidad.

Los Sustain Souls recibieron con sorpresa a una talaverana de veinte años,

delgada

y pequeña, con el pelo corto y una cresta punk, los ojos sombreados en negro y varios *piercings* repartidos entre los labios, la nariz y ambas orejas.

La chica se llevó un cigarro a los labios, aspiró una calada y les observó silenciosa a través del humo del tabaco.

—Sois los payasos más insufribles que he conocido en mi vida. Espero, pequeños arrogantes, que no os convirtáis en mi peor pesadilla o yo me convertiré

en la vuestra. ¿Os ha quedado claro cómo vamos a funcionar a partir de hoy?

Los chicos la miraron atónitos.

—Por cierto, me llamo Dulce.

Saúl reprimió una carcajada.

—¿Y tú de qué te ríes?

—De nada.

—Bien. La primera prueba es mañana en la piscina a las cinco de la tarde. Ya sabéis que es una prueba de relevos en piragua. Intentad estar allí quince minutos antes. Buenas noches. —Se dio la vuelta y se marchó.

—¡Espera! —Alexander la llamó a gritos—. ¿No te quedas a comer tostones con nosotros?

Ella lo miró con burla.

—Te aseguro que me voy saturada de tostones.

Diez minutos más tarde, un grupo de voluntarios comenzó a repartir sangría,

refrescos, tostones y patatas entre la gente. Los concursantes se diluyeron en charlas y bromas con otros grupos, hasta que al poco tiempo todos estaban mezclados entre

sí. Alexander y Saúl se fueron a entablar conversación con los Silver Road, mientras que Santiago y las chicas recibían la animada visita de Las Diosas del Alba.

—¡Dios mío! ¿Visteis bien los culos de Saúl y Alexander? —gritaba Marga sin

importarle en absoluto quién pudiera oírla.

—¡Casi me muero! —Noelia se llevó las manos al rostro.

—¿Os habéis fijado en la cantidad de pelos que tiene Alexander en el culo? —

Aquella era Cárol, la cual no podía parar de reír.

—Y lo que yo me pregunto —intervino Rebe—, ¿cómo se han pintado las mariposas? O sea, ¿se las habrán pintado con la ayuda de un espejo o se las habrán

pintado el uno al otro?

—¡El uno al otro!

Rompieron a reír escandalosamente y Cristina tuvo que contener la risa al descubrir la sonrisa congelada con la que Leo atendía a la conversación.

Finalmente, la charla derivó hacia las pruebas de la *gymkhana*. Los chicos regresaron al poco tiempo y se unieron a la conversación.

—...Y se han inscrito en la *gymkhana*...

Miraron de soslayo al grupo de amigos de Roque Mariposas.

—Es la primera vez que lo hacen.

—¿Cómo se llaman ahora?

—Cadillac Rojo, se hacen llamar Cadillac Rojo.

—¿No tienen amigos de otros grupos? —intervino Cristina al contemplarlos apartados del resto de participantes.

—Solo a Los Legionarios del Sur.

—Alexander, ven conmigo un momento.

Todos se giraron sobresaltados hacia el concejal de Cultura. Su tono de voz provocó un tenso silencio. El muchacho miró a su tío, luego pareció identificar a un

hombre que aguardaba pacientemente a varios metros de distancia, quien aparentaba

unos cincuenta años, vestía elegantemente aunque de manera informal, y tenía toda su atención centrada en el muchacho. Cristina lo reconoció al momento porque de

nuevo advirtió en su mirada la fuerza que caracterizaba a Alexander.

—No, gracias —respondió este al fin.

El silencio se hizo más tenso.

—No te lo estoy pidiendo, te lo estoy ordenando.

El chico ni siquiera replicó.

—Alexander, no me cabrees.

Cristina miró de nuevo al alcalde y no pudo evitar recordar las palabras de dolor que Alexander le había confesado la noche anterior.

El chico se volvió hacia su tío.

—Que sea él quien venga y me lo diga.

El concejal, harto de perder el tiempo, le tomó firmemente del brazo y le obligó a caminar con él. Alexander se deshizo bruscamente de su mano y en un segundo desapareció entre la gente. Su tío maldijo en voz baja, se acercó al alcalde,

hablaron algo entre ellos y se marcharon de allí.

El resto del grupo se miró en silencio.

—Siempre hay alguien que trata de estropearlo todo —susurró Claudia.

—El padre de Alexander debería desarrollar su sentido del humor —intervino Saúl.

—Quizá deberías ir a buscar a Álex.

Saúl sacó su paquete de tabaco y encendió un cigarro.

—Tampoco creo que esté llorando, la verdad.

La chica soltó una suave carcajada y tomó el cigarro de su mano para robarle una calada fugaz. Luego se lo devolvió con una sonrisa y el chico le dirigió una mirada fija y silenciosa.

Claudia buscó de nuevo su cigarrillo y, esta vez, Saúl esquivó su mano con una traviesa sonrisa.

—Pídemelo por favor.

Ella soltó otra carcajada.

—Ni hablar. —Buscó de nuevo el cigarro del muchacho.

—Vamos, pídelo por favor y te doy uno entero.

—Sigue soñando.

Continuaron jugando y riendo ante la mirada silenciosa del resto del grupo.

Cristina había bajado la mirada y se estaba observando sus zapatillas. Cuando sintió

que ya no podía soportar más sus ganas de llorar, dio media vuelta y se alejó corriendo. No se detuvo hasta llegar a los jardines de la iglesia. Allí se escondió bajo un árbol rodeado de crecidos arbustos y rompió a llorar. Ya no le cabía la menor duda de lo que estaba pasando entre aquellos dos hipócritas y, a pesar de

cuánto le gustaba Saúl, se sentía incapaz de tomar parte activa en aquella guerra porque no tenía ni la menor idea de cómo hacerlo.

Estaba pensando en todo aquello cuando, al poco rato, oyó pasos y vio una figura entrando en los jardines. Por un instante deseó que se tratara de Saúl o incluso de Alexander, también deseó no ser vista para poder seguir llorando a sus

anchas, pero ninguna de estas expectativas se hizo realidad. La persona que se encaminaba directamente hacia su refugio era la última a la que hubiera querido ver

de nuevo aquella noche. Claudia se abrió paso entre los arbustos y se acomodó junto a ella.

Cristina la contempló en silencio.

—Lo siento, Cris.

La miró confusa.

—Ni siquiera me caes mal, me caes bien, en serio.

Cristina permanecía silenciosa, observando a la rubia con sus grandes ojos

castaños, incapaz de entender la situación.

Claudia esperó pacientemente una respuesta, y como no la había, se volvió de nuevo hacia ella.

—Oye, a mí ya me gustaba antes de que tú llegaras. Has entrado en el grupo sin tener ni idea de cómo estaban las cosas antes de ti. No sé cómo terminará todo

esto, pero espero que podamos llevarnos bien, ¿vale?

Cristina se descubrió a sí misma afirmando lentamente con la cabeza. Todavía le caían lágrimas por las mejillas.

—Bueno —Claudia se levantó—, he quedado con mi hermana y sus amigos.

Ya he tenido suficiente de los nuestros por esta noche.

Por pura inercia, Cristina afirmó de nuevo con la cabeza.

—Hasta mañana, Cris.

—...Hasta mañana.

La vio alejarse a paso lento hasta que la aglomeración de la plaza la engulló entre el gentío. Luego dejó que el viento de la noche le revolviere sus rizos oscuros

y contempló la luna y las estrellas en un renovado estado de calma.

Volvió a casa quince minutos después. Todavía era pronto y su abuela no había regresado de la plaza. Se vistió el pijama y, tumbada en la cama, contempló el cielo



estrellado. Media hora después, oyó una voz en la calle gritando su nombre. Se levantó y se inclinó sobre el alféizar de la ventana. Descubrió a Saúl trepando al olivo. Le vio pisar en el canalón y pasar ágilmente al tejado.

—¿Por qué te has ido? —Se acercó a ella y la miró confuso.

Cristina tomó aire.

—Puedes hacer lo que quieras.

La miró sin entender.

—Puedes hacer lo que quieras porque no voy a pasarme el verano entero pendiente de ti.

—¿Pero qué dices, Janis?

—Que no voy a... —Sintió que su voz se quebraba repentinamente—. Adiós, Saúl.

El rubio la contempló fijamente, incapaz de asumir que por primera vez en su vida, una chica tomara la iniciativa de dejarle plantado.

—Venga ya, no seas dramática.

Cristina trató de cerrar la ventana, pero el muchacho la frenó con la mano.

—¿Disculpa? —La miró furioso—. ¿Estás haciendo esto en serio?

—Depende de ti, vas a tener que elegir.

Saúl le devolvió una mirada irritada.

—A mí nadie me dice lo que tengo que hacer.

Cristina lo miró asombrada.

—¿Qué tontería de respuesta es esa?

Esta vez la cólera brilló sin miramientos en el rostro del muchacho.

—¿Qué?

—Que qué tontería...

—Ya, ya te oído, sabionda de catorce años. —Había auténtico desprecio en su sonrisa de burla.

—Es que no entiendo... —A Cristina le quemaba el pecho y le dolía tanto la garganta que ya no se sentía capaz de controlar sus lágrimas por más tiempo —. No

entiendo tu respuesta... No te enfades pero... No puedes... —Tragó saliva y logró serenarse—. No puedes pasarte el verano entero mareándonos a las dos porque...

—¿Pero quién te crees que eres? ¿Te crees que eres mi novia?

Aquellas palabras le hirieron de un modo tan violento que le hicieron enmudecer durante un instante. Cuando se hubo repuesto, su voz salió temblorosa.

—No...

Saúl la observó entonces con mayor atención.

—¿Tú te crees que somos novios o algo así...?

Cristina sintió el rubor de la humillación quemando sus mejillas.

—No.

—Joder. —Se volvió furioso hacia el tejado y resopló furibundo—. Todas las

chicas intentando controlarme. ¡Me ponéis enfermo!

Sin volverse para mirarla por última vez, descendió del tejado y se alejó a paso ligero. Cristina todavía permaneció unos segundos paralizada ante la ventana,

con las manos sobre el alféizar. Luego sintió las lágrimas arribando a sus ojos y se

dejó caer sobre su cama entre amargos sollozos.

10

*Because maybe*

*You're gonna be the one that saves me*

*And after all*

*You're my wonderwall.*

«Wonderwall», Oasis[[11](#)]

Doña Elisa y su nieta se habían sentado a la mesa del jardín para tomar el desayuno. Todavía no eran las nueve de la mañana y una brisa fresca mecía las hojas de la parra. A pesar de la agradable temperatura y del relajante efecto del sol y el canto de las golondrinas, la anciana no se sentía nada bucólica aquella mañana.

—Lo qué pasó ayer fue vergonzoso, para no variar.

Cristina bostezó y se masajeó las sienas. Tenía un dolor de cabeza terrible a causa del llanto de la noche anterior y ya estaba empezando a acostumbrarse a las

nuevas reprimendas de su abuela.

—He intentado comprender qué ves en esos chicos, hija, pero soy incapaz.  
Son

violentos, precoces, maleducados y arrogantes. ¿Se puede saber dónde encuentras su gran atractivo?

—Abuela, se te está enfriando el café.

La anciana la contempló con desagrado.

—Estás empezando a parecerte a ellos. Mírame, Cristina. ¿De verdad quieres ser como ellos? ¿Es eso lo que quieres?

La chica guardó silencio.

—Ayer por la noche estuve hablando con doña Gregoria.

Cristina levantó la mirada.

—Ella también sabe lo de la pelea en la discoteca. Está preocupada por ti. Me dijo que ayer en el ensayo te notó desmotivada.

Cristina soltó una carcajada.

—¡Como si alguna vez me hubiera sentido motivada en ese coro...!

Doña Elisa la contempló con una ira contenida en su expresión.

—No está preocupada por mí, abuela, ¡solo quiere enterarse de las cosas porque es una cotilla!

—¿A cuento de qué viene eso?

—Cuando entré en la iglesia ayer por la tarde, todas las coristas empezaron a cuchichear... ¡Y esa mujer trató de sonsacarme todos los detalles de la pelea!

—No puedo creer lo que estás diciendo. Doña Gregoria es una buena mujer y siempre se ha preocupado por ti.

—Abuela... Ya es hora de que sepas algo de mí: voy a ser cantante de *rock*.

Doña Elisa enarcó una ceja. Luego dirigió una mirada de burla a su nieta.

—Cantante de *rock*... —pronunció aquellas palabras como si estuviera masticando un limón—. ¿Como esas bandas de drogadictos y alcohólicos que terminan muriendo en habitaciones de hotel?

—¡Me dijiste que no desperdiciara mi voz!

—¡Porque me gusta oírte cantar en misa! Pero esto... ¡esto es una ridiculez! —

Trató de serenarse—. No importa, no importa lo que digas, Cristina. Solo tiene catorce años y estás confundida, muy confundida.

—¡No estoy confundida, veo con absoluta claridad, el *rock* es mi vocación!

Doña Elisa la miró furiosa.

—Pues te diré cuál es mi vocación. Mi vocación es lograr que tengas una vida digna, de modo que vas a dejarte de tonterías y vas a madurar y centrarte de una vez.

Y ahora termina ese vaso de leche con Cola-Cao porque llegas tarde a clase.

Cristina le devolvió una mirada ofendida y colérica. Apuró el último trago de leche y se fue en silencio.

Pedaleaba mecánicamente mientras repasaba la discusión.

Así que, según su abuela, el *rock* era una ridiculez y una tontería... Sintió cómo su delicada autoestima acusaba duramente la crueldad de aquellas palabras. Y

además le había dicho que tenía que madurar. ¡Después de todos los esfuerzos

que

estaba haciendo por cumplir sus numerosas exigencias! Una rabia inesperada atenazó su pecho. Frenó la bicicleta, giró el manillar y emprendió el rumbo a la cabaña del árbol.

La guitarra eléctrica se oía desde el camino. Cristina se sintió feliz de saber que Santiago estaba allí. Dejó la bicicleta junto a la puerta y atravesó la cerca. Al subir a la cabaña, encontró al niño en la terraza, tan abstraído en la melodía que ni

siquiera la vio llegar.

—¡Hola, Santi!

El muchacho levantó la cabeza y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa.

—¡Cris! —Dejó la guitarra en el suelo—. ¿Cómo estás? Ayer desapareciste de pronto.

—Ya... —Paseó la mirada en derredor y reparó en una pequeña nevera portátil colocada en un rincón de la terraza—. ¿Qué guardas ahí?

—Batidos de chocolate. ¿Quieres uno?

—Claro que sí.

—También tengo Bollicaos, Phoskitos y Huesitos.

—¿Guardas todo eso en la nevera?

El chico volvió a sonrojarse y añadió con una tímida sonrisa:

—Es mi desayuno.

Se sentaron a la sombra y se dieron un banquete de chocolate. Mientras

comían, Cristina se interesó por todo lo que hubiera podido perderse la noche anterior.

—Bueno... —El niño movió la cabeza mientras daba cuenta del último

bocado de su Bollicao—. Pues la verdad es que fue un poco desastroso. Ya sabes que Álex desapareció, luego tú desapareciste y Claudia también. ¡Y después mi hermano también desapareció! Pero volvió enseguida y vinimos a la cabaña. Y aquí

encontramos a Alexander completamente borracho. ¿De verdad su padre no se da cuenta de que le está saqueando el mueble bar?

Cristina guardó un delicado silencio.

Cuando terminaron de desayunar compartieron un cigarrillo que Santiago

sacó del interior de su bota de lona. Se tumbaron sobre la madera de la terraza y contemplaron la luz del sol serpenteando entre las ramas de la encina.

—Hoy he soñado con Dios —dijo Santiago—. Estaba ahí arriba, en el cielo, bailando *rock and roll*.

Cristina lo miró divertida.

—¿Y cómo bailaba?

—Bailaba como Elvis Presley. Se lo estaba pasando en grande.

—¿Crees de verdad que a Dios le gusta el *rock*?

—¡Le encanta, Cris! De lo contrario no lo habría inventado.

Cristina se sintió más animada.

—Vamos a ensayar la canción de los Doors .

Entraron en la cabaña y conectaron el micrófono a uno de los amplificadores.

Santiago ya había aprendido cada nota de aquella canción, de modo que por primera vez en aquel verano, Cristina pudo cantarla hasta el final. Se entusiasmaron

tanto que repitieron la hazaña. Como Cristina aún no había memorizado la letra, iba

leyéndola a medida que cantaba. Después de repetir varias veces comenzó a controlar mejor la pronunciación y el ritmo. El niño la escuchaba embelesado.

Luego tomó de nuevo su guitarra.

—Antes de ayer inventé una canción. ¿Quieres oírla?

—Me encantaría.

Así que Santiago rasgó de nuevo las cuerdas. Comenzó siendo una melodía lenta en un agudo tan dulce y romántico que a Cristina le cautivó de inmediato.

Luego fue cobrando velocidad, el ritmo se hizo más ágil y la música más fresca, divertida y jovial, hasta alcanzar una velocidad vertiginosa. Santiago había

empezado a sudar, pero sus dedos se movían ágiles y certeros, sin atisbo de duda, tal como si hubieran tocado aquella melodía centenares de veces. Tras casi dos minutos, la música frenó en seco. Fue un brusco giro que recuperó la lentitud romántica del comienzo, pero esta vez parecía bañada en un suspiro de alivio.

Cuando hubo terminado, alzó los ojos, se secó el sudor de la frente con el dorso del

brazo y contempló fijamente a su oyente.

—¿Te ha gustado?



Cristina apenas podía responder.

—¡Eso ha sido una pasada!

—La compuse en honor a Francesca.

Cristina recordó entonces la caótica travesía de la burra del abuelo de Leo y rompió a reír a carcajadas.

Santiago sonrió satisfecho, pero Cristina no podía dejar de elogiar su creatividad y su talento, así que en pocos segundos el muchacho volvió a sudar y a

secarse la frente con el dorso del brazo.

—¿Sabes tus padres que tocas así?

Negó con la cabeza.

—Tienen otras cosas en qué pensar.

—Pero... pero eres un prodigio, lo que haces no es normal. Ellos deberían saberlo.

La miró pensativo.

—¿Crees de verdad que yo podría ser un prodigio?

—Ya oíste a Alexander. Él no tiene la menor duda.

El niño se mordió el labio. Luego alzó la mirada y le dirigió una expresión de tristeza.

—De todas formas, ¿qué cambiaría eso? Mi padre está en la cárcel y mi madre trabaja limpiando oficinas para recibir un sueldo que apenas nos llega a fin de

mes.

Lo estamos pasando muy mal en mi casa. ¿Crees que si yo fuera un prodigio, mi familia montaría una fiesta, me llevaría a programas de la tele y me pagaría un profesor de música particular? Esas cosas no pasan en mi familia, esas cosas son para los niños ricos como Alexander.

Se hizo un instante de silencio.

—No lo sabía —acertó a decir Cristina, finalmente.

—¿No sabías que mi padre está en la cárcel? Pues debes ser la única.

—Bueno, algo había oído pero...

—Ahora nos llaman Barrotes. —Avergonzado, bajó la mirada y guardó silencio.

—Yo nunca voy a llamarte así.

—Gracias.

—Ven aquí, Santi.

El chico la miró sorprendido, se acercó tímidamente y se sentó junto a ella.

Cristina lo estrechó entre sus brazos y el corazón del pequeño se desbocó en el acto.

Bajó la mirada y aguardó sonrojado.

—Algún día serás un guitarrista muy famoso, tendrás mucho dinero y una casa enorme. Y todos los imbéciles que ahora te llaman Barrotes te pedirán autógrafos.

Los ojos de Santiago chispearon de regocijo, luego se volvió hacia ella y la miró directamente a los ojos.

—Lo que he dicho de Álex..., no me malinterpretes, Álex me cae muy bien, de verdad, es muy inteligente y si no fuera por él, yo ahora no estaría aquí. Es solo que... a mí me parece que tiene una oportunidad para sacar este grupo adelante y,

sin embargo, está más interesado en pegarse con otros chicos y en emborracharse.

Siempre está borracho, ¿no te has dado cuenta? Álex podría ser un buen líder, pero

se comporta como un fracasado. Desde luego, a mí me parece que está desperdiciando todo su talento... —Enmudeció de pronto.

Recortado al contraluz de la puerta estaba el mismísimo Alexander. Se

apoderó del ambiente un inesperado y violento silencio. Luego el adolescente esbozó una sonrisa de burla, atravesó la sala y dejó su mochila en el suelo.

—Me encanta que habléis de mí, me hace sentir... importante. —Su voz sonó tan fría e irónica que Cristina ni siquiera se atrevió a responder.

Santiago se mordió el labio, su rostro era el vivo retrato del arrepentimiento.

Alexander les dio la espalda y, con la vista clavada en la ventana, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de sus pantalones vaqueros y encendió un cigarro.

Luego dirigió una mirada glacial a Cristina.

—¿Dónde os habéis metido hoy Saúl y tú? ¿Por qué no habéis ido a clase?

Ella negó tímidamente con la cabeza.

—Yo no sé nada de Saúl.

—¿Qué ha pasado?

—No me apetece hablar de eso.

—No, claro, es mucho más interesante hablar de mí, ¿verdad?

—Ella no ha dicho nada, he sido yo.

Alexander se mantuvo en silencio y de nuevo fijó la mirada en la ventana.

Luego cogió su mochila y abandonó la cabaña.

Antes de que Santiago pudiese reaccionar, Cristina había salido corriendo en

busca del muchacho. Le alcanzó al bajar de la encina y trató de detenerlo situándose

ante él.

—Por favor, Álex, no te enfades.

Advirtió cómo el muchacho la rodeaba para pasar bajo las ramas del árbol.

De nuevo se situó frente a él.

—Por favor, Álex, no te enfades, no te vayas.

El chico la miró en silencio y, apartándola fríamente, se dirigió de nuevo bajo

las ramas.

Cristina se interpuso y lo abrazó pesarosa.

—Álex... —Alzó la mirada y lo contempló abatida—. Di algo, lo que sea,

pero no te vayas así, me daría mucha pena.

El muchacho se detuvo. Podía sentir sus brazos rodeándole el cuello, al tiempo

que le traspasaba con sus grandes ojos castaños.

—Dime algo.

Pero él no quería hablar. Se limitó a dirigirle una mirada ofendida.

Cristina bajó el rostro tímidamente y deshizo el abrazo.

—Yo nunca te traicionaría. —Alzó su mirada de nuevo—. Si de verdad crees

que... —Suspiró apenada y miró al suelo. Luego lo abrazó otra vez—. Yo nunca hablaría mal de ti. Eres el mejor de todos, lo veo todo el tiempo, veo cómo sacas el

grupo adelante y cómo luchas por nosotros.

Aquellas palabras le cogieron tan desprevenido que apenas pudo reaccionar al escucharlas.

—Di algo, ¿me estás odiando?

Alexander arqueó una ceja. No podía dejar de extrañarse ante la incontinencia emocional de la chica y, sin embargo, ya se sentía rendido ante tanto candor.

—¿Por qué no hablas? Di algo, anda, por favor, lo que sea.

Suspiró resignado, ladeó el rostro y miró a otro lado.

—Álex, por favor, dime algo, por favor.

—Cris... —De pronto se volvió hacia ella y una divertida sonrisa asomó a sus ojos—. Qué cansina eres.

Ella respiró aliviada y lo abrazó dichosa.

—Pero me quieres, ¿verdad? Yo te quiero, Álex. ¡Qué fácil es quererte...! ¡No

sabes lo fácil que es!

Habló como si aquellas palabras fueran lo más normal del mundo, pero a Alexander nadie le había dicho nunca nada ni remotamente similar. El chico se mantuvo silencioso y confuso, saboreando por primera vez en su vida un sentimiento tan nuevo y puro, que se sintió sobrecogido por la belleza del impacto.

Una inesperada sonrisa asomó a sus labios y, lentamente, correspondió a la chica con un tímido abrazo.

Suspiró abrumado, estaba empezando a necesitar sus muestras de afecto.

Aquello no era una buena señal, aunque tampoco advirtió ningún tipo de alarma en

su horizonte sentimental.

Sin distanciarse de ella, susurró:

—Has dicho que me quieres.

—Sí.

Su sonrisa se hizo más grande. Se dirigió al tronco del árbol y se sentó en el suelo.

—¿Quieres un cigarro?

Cristina afirmó con la cabeza y se sentó junto a él.

Alexander pareció recobrar su habitual compostura, y con expresión de burla, añadió:

— A ver, Catsi, voy a explicarte algunas cosas que ya deberías saber.

—¿Qué cosas?

El chico se deleitó en su sincero interés.

—Verás, quizás en el planeta del que vienes, todos los pleyadianos se digan “te

quiero” siete veces al día, pero aquí en la tierra no puedes ir así por la vida.

—¿Por qué?

—¡Porque no, tía! A los amigos no se les dice “te quiero”, se les dice “te quiero mucho”. Ese matiz marca una diferencia abismal que te va a ahorrar muchos

problemas con el sexo masculino. Y no se lo repitas más de una vez al año; podrían

agobiarse.

—Tú no has puesto cara de sentirte agobiado.

Alexander sonrió con fanfarronería.

—Porque yo soy el mejor de todos.

Cristina suspiró teatralmente y miró a otro lado. Alexander la abrazó con cariño.

—Por cierto —el chico abrió su mochila—, ayer grabé esto para ti.

Le tendió un CD.

—¿De qué grupo?

—Variado. Las mejores cantantes de la historia del rock.

—¡Vaya...! ¡Muchísimas gracias!

La observó contemplar el disco.

—¿Qué te ha pasado con Saúl?

Una sombra planeó sobre el rostro de Cristina.

—Está loco.

Alexander tuvo que morderse el labio para no romper a reír.

En ese momento vieron a Santiago bajar del árbol, llevaba su neverita portátil colgada en bandolera. Al pisar tierra, miró tímidamente a la pareja.

—Adiós, Cris.

Alexander se levantó.

—¿A dónde crees que vas?

Santiago lo miró confuso.

—Hoy has hablado mucho —continuó Alexander—. Si de verdad lo tienes todo tan claro, vas a tener que demostrarlo. ¿Quieres que se acaben las gilipolleces?

Muy bien, se acabaron las gilipolleces. A partir de hoy voy a hacer que te dejes las

manos ensayando. Te voy a hacer la vida imposible, vas a escuchar *rock*, pensar *rock*, soñar y respirar *rock* hasta que sientas ganas de vomitarlo todo, y más te vale que seas capaz de mantener el ritmo o tendrás que suplicar mi perdón hasta el último minuto del verano.

Santiago le dirigió una sonrisa emocionada y arrogante. En aquel momento era el vivo retrato de Saúl.

—Trato hecho.



Ensayaron durante tres horas. Descubrieron con agrado lo fácil que resultaban los ensayos cuando solo participaban aquellos que dominaban su respectivo instrumento, pero ninguno lo dijo en voz alta. Luego hicieron un descanso y se sentaron en la terraza. Alexander observó detenidamente al pequeño. Ya no le cabía

la menor duda de que se encontraba ante un prodigio de la guitarra, pero había algo más en él.

—Santi, ¿alguna vez te han hecho un test de inteligencia en el colegio?

El niño lo miró sin entender.

—¿Tienes muchos amigos de tu edad?

Santiago se encogió de hombros.

—¿Te gusta estar con ellos?

—Prefiero ensayar con vosotros.

—¿Qué tal en el cole? ¿Te aburres en clase?

—¿Quién no se aburre en clase?

—Ya, eso también es verdad. —Observó los hematomas que tenía todavía en la

cara—. ¿Te caes muy a menudo de la bici?

Esta vez la mirada de Santiago relampagueó furiosa.

—¡Vete a la mierda, Alexander! —Se levantó avergonzado, con ánimo de dirigirse a la escalera y bajar del árbol, cuando el adolescente le sujetó del

brazo.

—Tranquilo, ¿vale? Es solo que no puedes hablar así y tocar la guitarra como lo haces, al tiempo que dejas que un cafre te meta una paliza semejante.

Santiago lo miró indignado.

—¡Yo no dejo que nadie me pegue, siempre las devuelvo! Las devuelvo todas y no me dan miedo, pero ellos son muchos... —Hizo una mueca y dos grandes lágrimas resbalaron por sus mejillas.

Cristina les miraba estupefacta.

—¿Tu hermano lo sabe? —insistió Alexander.

—No, no quiero que se meta en más problemas por mi culpa. —Se sorbió los mocos y trató de secarse las lágrimas con las manos.

—¿Quiénes son?

Santiago dudó.

—Vamos, Santi, no se lo vamos a decir a tu hermano si tú no quieres.

Los miró inseguro. Entonces Cristina por fin reaccionó, se acercó a él y le estrechó dulcemente entre sus brazos, mientras cubría su rostro de besos y secaba los restos de lágrimas.

—Tranquilo, Santi. No vamos a dejar que nadie vuelva a pegarte. A partir de ahora vas a estar siempre con nosotros.

Santiago mantenía la mirada baja y los ojos cerrados, al tiempo que abrazaba a Cristina en silencio.

—Puedes contárnoslo —insistió Alexander.

Así que el pequeño alzó la mirada.

—Tenéis que prometer que no se lo vais a contar nunca a nadie.

Los dos adolescentes afirmaron con la cabeza.

—...El Entumecido, Chupasangre y todos los que se van con ellos.

Alexander se quedó pensativo. Aquellos niños siempre buscaban peleas y la

mitad de ellos eran más grandes que Santiago. Se trataba del típico abuso del fuerte

contra el débil. Una oleada de indignación le sacudió por dentro. Luego record algo que le irritó más todavía.

—¿Chupasangre no es familia de Mariposas?

—Sí, creo que son primos segundos o terceros. Supongo que la estupidez es genética.

Cuando se marcharon a comer ya eran casi las tres de la tarde. Alexander se

desvió hacia la carretera principal y Cristina y Santiago permanecieron juntos hasta

llegar a la casa de la chica.

—Acuérdate, Santi, a las cuatro y media en la piscina.

—Ya lo sé.

Cristina le alborotó el flequillo rubio.

—Si necesitas contarme algo, ya sabes dónde estoy.

Santiago mostró la más grande de sus sonrisas.

—Lo mismo digo. —Y se fue pedaleando hacia su casa.

Ella permaneció de pie bajo el sol abrasador y el silencio de la tarde, pensando en las vidas de Saúl, Santiago y Alexander. Por primera vez en mucho tiempo se sintió afortunada.

Doña Elisa abrió la puerta del jardín y asomó la cabeza.

—Cristina, ¿sabes la hora que es? ¿Es que no eres capaz de venir a tiempo ni un solo día? ¿Cuántas veces voy a tener que repetirte...? —No pudo terminar de hablar porque al momento Cristina se arrojó a sus brazos.

—No me regañes, *abu*, por favor. Yo... ¡te quiero mucho, abuelita!

11

*I know I've felt like this before*

*But now I'm feeling it even more*

*Because it came from you.*

«Dreams», The Cranberries[\[12\]](#)

Casi doscientas personas aguardaban en la entrada de la piscina. Los monitores trataban de reunir a sus grupos mientras los adolescentes iban y venían de un lado a otro, riendo y bromeando para disimular su excitación.

—¡Sustain Souls! ¡Sustain Souls, por aquí! ¿Dónde están los Sustain Souls?

¿Será posible...? —Dulce se desgañitaba malhumorada mientras Saúl y las chicas charlaban animadamente con Las Diosas del Alba.

Santiago se había subido a un árbol tratando de encontrar a Alexander por

alguna parte, pero no había ni rastro de él. De pronto oyó los gritos de Dulce y, con una divertida sonrisa, se quedó contemplando cómo la chica gesticulaba y se iba enfadando por momentos. Luego vio a su hermano y a las chicas dirigirse hacia la

monitora y se apresuró a bajar del árbol para reunirse con ellos.

—Atended bien, los relevos se hacen en dos rondas. Sois veinte equipos, de modo que no podéis participar todos al mismo tiempo. Competiréis de cuatro en cuatro. El equipo que gane a los otros tres quedará clasificado para competir en la

carrera final contra otros cuatro grupos clasificados. Por cierto, ¿dónde está Alexander?

Los muchachos se miraron en silencio.

—No pasa nada, todavía hay tiempo. Somos el grupo número ocho.

Competimos en el segundo turno contra... —Sacó un papel de su bolsillo y lo leyó

rápidamente—. Contra Los Reyes de Queens, Cruce de Caminos y Los Legionarios

del Sur.

El grupo al completo protestó acaloradamente.

—¡Silencio! Ya lo sé, es vuestro karma, ¿vale? Tendréis que asumirlo. No

quiero ni una pelea, ni una mirada fuera de tono, ni un solo insulto en toda la competición. Si os oigo chistarles, si os veo mirarles aunque solo sea durante un segundo, os descalifico. Os lo dije ayer por la noche: no os convirtáis en mi peor

pesadilla o yo me convertiré en la vuestra.

El grupo entero guardó silencio.

—Vamos adentro.

Diez minutos después, todos ellos aguardaban en el césped junto a otros quince equipos, mientras que los cuatro primeros se organizaban en el bordillo de

la piscina. Las piraguas ya descansaban en el agua listas para ser utilizadas, los monitores lanzaban sus últimas explicaciones y consejos, el juez paseaba

pacientemente por el bordillo con el silbato en los labios y el público observaba tras la barra del chiringuito, desde las mesas del bar, en el césped y desde la pequeña piscina infantil. El coordinador apareció de pronto con un papel en la mano y una sonrisa en el rostro. Se acercó a los camareros del bar y les pidió el micrófono para hablar por el altavoz.

—¡Buenas tardes a todos! ¡Bienvenidos a la primera prueba de la *gymkhana*!

Los primeros equipos en concursar son Las Águilas Rojas, Silver Road, Metal Riff

y Las Diosas del Alba. ¡Muchísima suerte para todos y juego limpio! —La

introducción del coordinador dio paso a la voz de Bill Haley cantando su «Rock around the clock».

Saúl se situó junto a Cristina.

—Van a ganar los Metal Riff.

Ella se volvió hacia él. Otra vez notó su corazón golpeando su pecho frenéticamente y se sintió furiosa consigo misma.

—¿Por qué no has ido hoy a clase?

Saúl se encogió de hombros y mantuvo la vista fija en el azul de la piscina.

—No sirve para nada.

—¿Quieres dejar el instituto?

Le dirigió una expresión rebotante de intención.

—Por querer, quiero muchas cosas.... —Dio media vuelta y se reunió con el resto del grupo.

Cristina se quedó mirándolo completamente embotada hasta que el toque del silbato la hizo despertar de sus pensamientos. La carrera había comenzado.

Los Sustain Souls contemplaron entre gritos y carcajadas las dificultades de los cuatro primeros grupos a la hora de dirigir una piragua. Las caídas al agua se

sucedían ininterrumpidamente, los gritos de Las Diosas del Alba y las maldiciones

de los Silver Road podían oírse a kilómetros de distancia. A los Metal Riff tampoco les iba mucho mejor y, por asombroso que pudiera parecer, los niños de Las Águilas Rojas resultaban los más hábiles para mantener el equilibrio.

Finalmente, y para asombro de todos los testigos, fueron estos últimos

quienes lograron pasar a la final. Los niños gritaban y se abrazaban entusiasmados,

mientras que los miembros de los otros tres equipos les contemplaban sin pestañear.

—Vamos, vamos, chicos, a la piscina.

Siguieron a Dulce y se dirigieron al bordillo. La monitora se detuvo en el cuarto carril y tomó los chalecos salvavidas que Las Diosas del Alba habían dejado

en el suelo.

—Poneos esto. Uno de vosotros tendrá que cubrir el turno de Alexander.

Los chicos miraron a su izquierda. A menos de tres insoportables metros de distancia se alineaban Los Legionarios del Sur. La tensión era tan palpable que los

respectivos monitores decidieron situarse entre los dos grupos.

Luego Santiago subió a la piragua y tomó los remos. El juez tocó el silbato.

Las cuatro piraguas salieron en estampida.

A las ocho y media de la tarde, Cristina disfrutaba de las vistas del pueblo desde el tejado de su casa. Se había sentado bajo la ventana de su habitación con un

cuaderno sobre sus piernas y la firme intención de escribir unas cartas. Atardecía sobre Vistaclara y el cielo se había teñido de naranja, rosa y añil, mientras que las

primeras estrellas comenzaban a despuntar.

La chica contempló la calle, el ir y venir de los vecinos, el trote veloz y desconfiado de un perro callejero, el piar de las golondrinas planeando sobre su tejado, y de pronto, Alexander. El muchacho apareció al final de la calle pedaleando

velozmente en su bicicleta.

—¡Álex!

El chico alzó la vista y la miró impaciente.

—¿Quién ha ganado?

Cristina se mordió la lengua.

—¡Cris! ¿Quién ha ganado? —Se incorporó en su bici y salvó el último tramo



de calle con la mayor premura posible. Luego dejó la bicicleta junto a la casa, trepó

al olivo, se apoyó en el canalón y alcanzó el tejado. Llegó hasta ella jadeando e impaciente.

—¿Quién ha ganado?

—¿Dónde te has metido esta tarde?

—¿¡Quién ha ganado!?

—¡Hemos perdido!

—¡Mierda! —Furioso, se sentó junto a la chica.

—¿Dónde has estado? Ha sido un desastre.

—¿Por qué?

—Es largo de contar. ¿Dónde has estado?

Alexander se secó el sudor de la frente con la camiseta.

—Mi padre me obligó a limpiar las cuadras.

—¿Qué cuadras?

—Las cuadras de los caballos.

Cristina lo miró emocionada.

—¿Tienes caballos?

Alexander agachó la cabeza, tratando de recuperar el aliento, y por única

respuesta emitió un sonido de disgusto y desinterés que lo mismo podía servir como un sí que como un no.

—¿Por qué te hizo limpiar las cuadras justo cuando empezaba la primera prueba de la *gymkhana*?

—Porque le gusta dar donde más duele.

—¿Es por culpa de lo que hicisteis ayer en el escenario?

Esbozó una mueca de burla.

—Mi padre no soporta que lo humille públicamente. En realidad, le da igual lo

que yo haga, pero no soporta que le cause mala imagen. ¿Te das cuenta de hasta qué

punto es un hipócrita? ¡No lo soporto! —Agachó la cabeza de nuevo y la apoyó entre las manos.

Cristina le acarició el pelo.

—¿Quieres que te cuente lo que ha pasado?

Alexander cerró los ojos y asomó a sus labios una divertida sonrisa.

—Te lo agradecería mucho.

—No me imites. —Molesta, retiró la mano.

—Venga, Catsi, es que eres tan dulce... No estoy acostumbrado a estas cosas, no te enfades. —Tomó la mano de la chica y la colocó sobre su cabeza—. Hazme

*cosquillitas* como lo estabas haciendo.

—Bueno... —Cristina reanudó la tarea distraídamente e hizo una mueca de disgusto al recordar los acontecimientos de la tarde—. Tuvimos que competir

contra Los Reyes de Queens, Cruce de Caminos y Los Legionarios del Sur.

Alexander no se movió.

—Me estás vacilando.

—No, no, es verdad. Santi fue el primero en subir a la piragua. Se le dio de maravilla. En un momento se puso el primero. Los Cruce de Caminos son demasiado viejos, casi se ahogan desde el primer segundo de carrera, así que dejamos de preocuparnos por ellos. La cosa iba bien hasta que Los Legionarios del

Sur empezaron a enrabiarse y uno de ellos se propuso cercar a Leo contra el bordillo.

—¿Cuál de ellos?

—Mmmm... Saúl le llamó Frantolai.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Saúl le insultó en plena carrera?

—Bueno, verás, cuando Leo pudo regresar le tocó el turno a Saúl. En Los Legionarios del Sur era el turno del Moro.

—Qué mala combinación.

—Sí, exacto. El Moro comenzó a llevar su piragua contra la de Saúl, pero Saúl

no se dejó acorralar contra el bordillo, sino que hizo exactamente lo mismo: enfiló

su piragua contra la del Moro y en seguida llegaron a un punto en el que no podían

moverse. Comenzaron a agitar las palas en el aire y Saúl le dio al Moro un

palazo

en la cabeza. Estoy segura de que Saúl no lo hizo con mala intención, pero el Moro

no parecía de la misma opinión...

Alexander soltó otra carcajada.

—No te rías, no sabes qué desastre de carrera. Empezaron a pegarse palazos el

uno al otro y Dulce y Joaquín les gritaban como poseídos, pero ninguno de los dos

les hacía ni caso.

—Un momento, ¿quién es Joaquín?

—El monitor de Los Legionarios del Sur. Dice que si sobrevive a esta *gymkhana* se convertirá en un mártir.

—Ah, vale... —Tomó la mano de la chica otra vez y la movió sobre su cabeza

—. Pero hazme *cosquillitas*.

—Que sí, pesado. El árbitro empezó a pitar el silbato, aunque a Saúl y al Moro

no había quien los parase. Se cayeron al agua, pero no se hundían porque tenían los

chalecos puestos, así que continuaron pegándose en el agua. Y entonces el

coordinador... ¿Cómo se llama? Jaime, sí, eso es. Jaime empezó a gritar por los altavoces que los dos equipos estábamos descalificados. Tuvieron que sacar a Saúl y

al Moro a rastras porque no había manera de separarlos.

—Joder.

—Y luego tuvimos que aguantar la bronca de Dulce. No te imaginas la de palabrotas que soltó por su boca...

—Cómo me pone esa tía.

—Y entonces... —Cristina se detuvo un segundo—. ¿Qué?

Alexander volvió a reír.

—En serio, Catsi, tiene algo que... bufff...

—¿Qué dices? ¡Pero si es una chunga y se pasa el día cabreada!

—Ya —añadió con una sonrisa—. Me la imagino en diferentes circunstancias y...

—¡Pero qué asqueroso! —Cristina retiró la mano, malhumorada—. A ver, ¿quieres que te siga contando o no?

Alexander trató de controlar la risa.

—Sí, sí.

—Bueno, pues los ganadores fueron Los Reyes de Queens.

—¿Qué?

—Se lo pusimos tan fácil... Si no hubiésemos peleado unos contra otros...

—¿Y qué pasó después?

—Los Reyes de Queens tuvieron que competir contra Las Águilas Rojas, Pie

Izquierdo, Galope Salvaje...

—¿Galope Salvaje? ¡Suena a película porno! ¿Quiénes son esas?

—¡Alexander, estás de un degenerado insoportable! Y no son esas, son esos.

Son un grupo de chicos de nuestra edad, han venido del País Vasco a pasar aquí el

mes de julio. ¡No te imaginas lo guapos que son...!

—Vale, vale, sigue.

—Y Pie Izquierdo son varios chicos y chicas de unos veinte años o algo más.

Algunos de ellos viven en Vista Clara todo el año. Saúl se lleva bien con ellos.

—¿No te acuerdas de ninguno de sus nombres?

—Creo que a uno lo llaman Piltrafa. —Hizo memoria—. Piltrafa, Lenon, Chuva...

—¡Ah, sí, sí! Sé quiénes son. Molan bastante. ¿Quién ganó?

—Eh... Los Reyes de Queens.

Alexander levantó la cabeza y la miró atónito.

—¿Qué?

—Se han llevado los cinco puntos.

—¡Dios, no!

—En segundo lugar han quedado Las Águilas Rojas.

—Me tienes que estar tomando el pelo, esto es una broma.

—No, no, es verdad. Me caen bien Las Águilas Rojas. No se meten con nadie.

—¡Pero son unos críos!

—Santi es más pequeño que ellos.

—Pero es un niño prodigio, así que no cuenta como niño.

Cristina soltó una carcajada.

—No sufras por tu dignidad, Álex. Aún podemos ganar.

—¿Quién quedó en tercer lugar?

Cristina sonrió.

—Los Galope Salvaje.

—¿Qué nombre tan ridículo! ¿Y quiénes los cuartos?

—Los Pie Izquierdo. Y en quinto lugar, Brisa del Diablo.

—¿Eh?

—Son un grupo de chicas de Murcia y dos chicos franceses.

Alexander se tumbó sobre el tejado en actitud pensativa.

—La próxima prueba es un campeonato de ajedrez. Las cosas se van a equilibrar bastante. Tenemos que practicar.

Los chicos contemplaron en silencio la llegada del anochecer.

—Álex, ¿cuántos caballos tienes?

—Dos.

—¿Y sabes montar?

Alexander se encogió de hombros.

—Me defiendo.

—Me encantaría montar a caballo.

El chico sonrió.

—Bueno, lo mismo algún día te llevo a montar a Cibeles.

—¿Cibeles es tu caballo?

—Ninguno es mío, son de mi padre. Cibeles es la yegua. Es blanca como la nieve y muy mansa.

Cristina le escuchaba con una sonrisa radiante.

—¿Y cuándo me vas a llevar?

—Eh... Te llevaré si ganas la prueba de ajedrez.

Cristina hizo una mueca de disgusto.

—Está bien... Te llevaré de todas formas.

—También podemos decírselo a Leo, ¿verdad?

—No fastidies, Catsi... ¿Me ves cara de canguro?

Cristina trató de disimular el efecto de aquellas palabras.

—¿Es que no te cae bien?

—Claro que me cae bien, pero no tengo vocación de monitor de granja

escuela. —Se ladeó, dobló el brazo y apoyó la cabeza sobre la mano—. ¿Qué tienes

ahí? ¿Deberes de inglés?

—No, intentaba escribir unas cartas.



—¿Para quienes?

—Para mis amigas del colegio y para mis primos.

—¿Tus primos, los boludos?

—No los llames así.

—¿Qué tal les va por Argentina?

—Bien, me han escrito una postal, mira. —Extrajo una postal de entre las páginas del cuaderno y se la mostró a Alexander.

El chico la cogió con interés y observó la foto.

—¿Las cataratas de Iguazú? —Soltó un silbido de admiración—. ¡Qué pasada!

—Miró el reverso de la postal y comenzó a leer—: «Vamos a pescar... Vamos a la

playa... Vamos correr a la montaña...». ¡Dios santo! ¡Qué primos tan aburridos! —

Completamente desinteresado, devolvió la postal a las manos de la chica.

—No sé qué contarles. Y lo mismo me pasa con mis amigas.

—¿Por qué?

—Porque... Bueno, sinceramente, ¿por dónde empiezo? ¿Qué les cuento primero? ¿Que fumo y bebo cerveza o que le abrí la cabeza a un chico con un botellín en una discoteca? O mejor, que robé un carro y una burra para poder robar un equipo entero de música y lo transportamos a una casa en un árbol que hemos ocupado libremente como si fuera nuestra.

Alexander sonrió divertido.

—Me siento muy orgulloso de ti, Catsi.

—Alexander...

—Dramatizas demasiado, en serio. Siempre puedes contarles la versión edulcorada, como a los padres.

—Sí, eso he pensado.

De pronto la miró muy serio.

—¿Echas de menos a tus padres?

—No exactamente. —Se encogió de hombros y sonrió con absoluta naturalidad—. No puedo echar de menos algo que nunca he tenido. No sé lo que es

tener padres. Aunque a veces..., a veces me da envidia de mis amigas. La otra noche

conocí a los padres de Leo y... me dio mucha envidia.

El chico guardó un delicado silencio. Luego sonrió divertido.

—De mis padres no te daría ninguna envidia, te lo aseguro, Catsi.

Ambos rieron.

—Pero mi abuela me habla mucho de ellos —añadió, retomando la expresión seria de antes—. Dice que soy *clavadita* a mi madre y que a ella también le gustaba cantar.

—¿Era cantante?

—No, era médico. Y mi padre también. —Se inclinó hacia un lado y extrajo

una billetera del bolsillo trasero de su pantalón—. Tengo una foto de ellos. —  
Abrió

la billetera y sacó una foto de esquinas arrugadas. Se la tendió a Alexander.

El chico la contempló en silencio. Se trataba de una pareja de treinta años  
aproximadamente. Vestían elegantemente y posaban sonrientes y felices en un

idílico escenario primaveral. Tras ellos se exhibía una fuente de piedra

ornamentada con docenas de flores de colores. El resto del escenario era un  
jardín

poblado de césped y plantas. La mujer sostenía a un bebé en brazos.

—Esa soy yo —puntualizó Cristina, señalando al rechoncho bebé con su dedo  
índice.

Alexander aguzó la vista y sonrió divertido.

—Eras una pelota.

Ambos rieron.

Luego el chico admiró disimuladamente la belleza de los rasgos de la madre.

Lucía una melena morena y ondulada y su sonrisa iluminaba una mirada  
rasgada y

oscura. Realmente, aquella mujer mostraba un gran parecido con Cristina. El  
padre

era de cabello castaño y corto y barbilla prominente. Miraba a la cámara con  
una

sonrisa sincera, se le veía verdaderamente feliz. Durante un instante, Alexander  
lamentó profundamente que aquella pareja estuviera destinada a morir trágica  
y prematuramente, abandonando al bebé a su suerte.

Cristina interrumpió sus pensamientos.

—Estaban pensando en tener otro hijo. Me lo ha dicho mi abuela. Hubiera tenido un hermano.

—O una hermana.

—Sí... —Cristina enmudeció y su atención se perdió en algún lugar de sus pensamientos.

Alexander percibió su cambio de ánimo.

—No importa, Catsi. Te hubieras pasado la vida peleándote y discutiendo con él.

—Supongo... —Guardó la foto en la billetera.

El chico la contempló con impotencia. Se recriminó a sí mismo haber sacado el tema de sus padres. Buscó en su mente alguna forma de girar la conversación.

—¿Quieres que te ayude a escribir la carta a tus primos?

Ella esbozó una sonrisa.

—Te lo agrade.... —Se llevó la mano a la boca y lo miró molesta. Luego ambos rompieron a reír.

Pasaron la siguiente media hora esbozando la carta en un folio en sucio.

Alexander comenzó una divertida serie de sugerencias que habrían escandalizado a

cualquiera que las hubiera leído, y contempló dichoso que Cristina le

secundaba con

enormes carcajadas. Luego buscaron eufemismos que convirtieron la narración en

una versión apta para todos los públicos. Cuando por fin Cristina firmó el papel, Alexander se levantó y la besó dulcemente entre sus rizos oscuros.

—Me voy a cenar. Te veo después en la cabaña.

—Vale, hasta luego.

Le vio descender del tejado y pedalear en su bicicleta hasta desaparecer calle abajo. Luego saltó a su habitación y cerró la ventana. No fue hasta ese momento cuando se dio cuenta de que el muchacho había ido directamente a su casa para verla. Podría haber elegido a cualquier otro del grupo, pero la había elegido a ella.

Aquello la hizo sentir realmente importante, alguien especial. Sonrió feliz durante

un instante, hasta que le vinieron a la cabeza aquellos comentarios de Dulce y Galope Salvaje. Hizo un gesto de repulsa y se dirigió a la cocina a cenar.

## 12

*I believe in you even through the tears and the laughter,*

*I believe in you even through we be apart.*

*I believe in you even on the morning after.*

«I believe in you», Sinéad O' Connor [\[13\]](#)

Claudia se sentía frustrada. No solo porque a Saúl se le hubieran ido los ojos detrás de la chica nueva, sino porque por primera vez en su vida comprendía que no

estaba a la altura de lo que estaba sucediendo en el grupo. Todo aquello de la *gymkhana*, la obra de teatro y la canción de los Doors era demasiado.

Alexander amaba la música y sabía tocar el bajo, Saúl se había apoderado de la batería y tarde

o temprano lograría sacar el ritmo de la canción, Santiago había demostrado un talento innato para la guitarra, Cristina cantaba de maravilla y, para su

consternación, incluso Leo destacaba por su habilidad para tocar el violín. Ella era

la única que no sabía hacer nada, que no tenía ningún instrumento que tocar ni parecía esconder ningún tipo de talento oculto con el que sorprender al resto de la

pandilla. Y lo que más le dolía es que estaban todos tan ensimismados con sus propias habilidades e intereses que ninguno parecía haberse dado cuenta de que la

estaban dejando atrás.

Malhumorada, se sentó en el suelo de la buhardilla, mientras contemplaba el

polvo flotando en el aire al contraluz de los grandes tragaluces del techo. Su madre

les había pedido a su hermana y a ella que ordenasen los trastos acumulados en la

buhardilla aquella mañana. Habían empezado la tarea en un enérgico mano a mano,

descubriendo todo tipo de objetos, reliquias, ropas y zapatos antiguos. Sus abuelos

habían vivido en aquella casa durante toda su vida, de modo que gran parte de aquellas polvorientas pertenencias llevaban ya mucho tiempo allí. A pesar de que ya

no era útil a nadie, las dos chicas habían decidido conservar la mayoría de lo encontrado. Lo guardaron en grandes cajas de cartón y las almacenaron unas sobre

otras en un rincón de la sala. Tenían la intención de proseguir la tarea con las cosas que habían pertenecido a su madre y a su tía Adele cuando eran jóvenes. Pero justo

en aquel momento alguien había llamado por teléfono preguntando por Marta, y

ella había bajado las escaleras prometiendo que no tardaría en regresar. Claudia había decidido esperarla. De esto hacía ya más de cuarenta minutos.

—¡Marta! —bramó aburrida e impaciente, a pesar de comprender que no podía oírla—. ¡Qué pesada eres...!

Marta tardó todavía diez minutos más en regresar. Para entonces Claudia había retomado la tarea y ordenaba abrigos y mantas con expresión irritada.

—Deja que te ayude.

—Olvídame.

—Lo siento... Es que me ha llamado Melba, está volviéndose loca con eso de los disfraces.

—¿Qué disfraces?

—¡Los disfraces para la fiesta del viernes!

—¡Ah, sí!

—Ya te lo había dicho, vamos a ir disfrazadas de Petit Suisses. ¿Seguro que no

quieres venir y disfrazarte?

—Es demasiado ridículo para mi gusto.

—Siempre te ha encantado hacer payasadas, ¿por qué dices eso?

Claudia suspiró.

—La verdad es que he quedado con mi grupo para ensayar.

—¿Para ensayar esa canción?

—Se supone que es un secreto, no lo vayas contando.

—Bueno, ¿ya sabes qué instrumento vas a tocar tú?

Claudia se encogió de hombros con fingida expresión de indiferencia. Pero

luego dejó una de las mantas sobre una caja de cartón y se sentó en el suelo de nuevo.

—Aún no lo sé.

—Podrías cantar, no cantas nada mal.



—La chica nueva canta mil veces mejor que yo.

—A veces los dúos de diferentes tesituras vocales suenan realmente bien.

—Venga ya.

Marta guardó silencio. La miraba pensativa a pocos metros de distancia, con la

espalda apoyada en una vieja estantería. Su rostro se iluminó de pronto.

—¡Ya sé! —Se levantó y se dirigió decidida hacia las cajas recién almacenadas

en un rincón de la buhardilla—. ¿Dónde la he visto? ¿Dónde estaba?

Aquella reacción había logrado despertar el interés de Claudia, quien la

observaba intrigada desde su posición. Durante cinco largos minutos, Marta

descolocó las cajas, las abrió, las vació, las apartó furiosa, volvió a buscar en su interior, soltó algún taco en voz baja, y revolvió todo de tal modo que el desorden

original de la buhardilla parecía haber sido solo una broma.

Claudia la miraba en silencio, completamente estupefacta.

Luego, por fin, con su larga cabellera rubia llena de polvo y las manos grises, se volvió entusiasmada hacia su hermana y alzó un pequeño objeto metálico.

—¡La armónica del abuelo!

Claudia entrecerró los ojos.

—¿Qué...?

—El abuelo tocaba la armónica en sus tiempos mozos. Le enseñó un amigo de

la mili. ¡A todo el mundo le encantaba oírle! ¿No te lo ha dicho nadie?

—¡Marta...! —Claudia suspiró decepcionada—. ¡Qué cosa tan tonta!

Pero la hermana mayor no se dejó amilanar. Se acercó de nuevo a la chica y le tendió la armónica.

—Vamos, cógela.

Claudia la miraba con expresión de repulsa.

—No.

—¿Por qué?

—¡Venga ya! ¿Me estás vacilando? Estoy en un grupo donde hay guitarras eléctricas, baterías y bajos. ¿Qué pinto yo ahí refrescando las babas del abuelo?

—Una armónica es mejor que nada.

—Es patético, igualmente.

—Perdona que te diga, cuando sabes tocarla suena de maravilla. —Se la llevó a los labios y comenzó a soplar fuertemente. Las notas vibraron por toda la buhardilla, fuertemente y sin concierto.

—No hagas eso. Debe tener microbios centenarios.

Marta sonrió divertida, se secó los labios con la mano y luego la pasó con ímpetu por la mejilla de su hermana.

—¡Qué cerda...!

—Anímate, Claudia. Si practicas lo suficiente, sabrás sacarle partido.

Pero aquella sugerencia no logró animar a la rubia y la armónica terminó olvidada en su mesilla, de modo que cuando llegó la noche y se reunió con sus amigos en la cabaña, sintió de nuevo aquella amarga sensación de no tener nada valioso que aportar.

—Escuchad a Leo —habló Alexander con evidente entusiasmo nada más estuvieron todos reunidos—. Ha estado practicando mucho en su casa.

De modo que guardaron silencio y la pelirroja acomodó el violín sobre su hombro izquierdo. Al instante comenzó a sonar la inconfundible melodía de «Break

on through». Los muchachos la miraron asombrados. Les resultaba extraño oír aquella canción a través de un violín. La música fluía y se expandía por la habitación de un modo vibrante y enérgico, en un agudo con el que no se sentían

familiarizados. La pelirroja mantuvo el tipo a pesar de equivocarse varias veces.

Aquello originó un par de ceños fruncidos, pero logró llegar al final de la canción

con la aprobación de todos los presentes.

—¡Ha sido genial, Leo!

—Tócala de nuevo al ritmo de Santi.

De modo que Santiago comenzó a tocar la guitarra mientras Leo trataba de adaptarse.

Les llevó varios intentos frustrados lograr mantener el mismo ritmo, porque

Santiago se adelantaba sin querer. El resto escuchaba atentamente.

—Cris —intervino Alexander de nuevo—, tú también. A ver cómo sonáis juntos.

Cristina les secundó durante cuatro intentos más. Descubrieron que los tres juntos sonaban suficientemente bien como para agradar a un humilde auditorio.

Alexander habría podido unir el sonido del bajo si hubiera querido. Lo que nadie sabía en aquel momento es que el muchacho había decidido posponerlo para

evitar desmotivar a Saúl y a Claudia, quienes contemplaban el desarrollo de la escena con evidentes expresiones de sentirse inservibles.

—Claudia podría cantar con Cris —sugirió entonces la pelirroja.

La aludida alzó la mirada, expectante ante la posible reacción de los demás, pero apenas tuvo tiempo de estudiar sus rostros porque la sugerencia quedó bruscamente relegada a un segundo plano:

—Para un momento —era Santiago quien hablaba y estaba mirando fijamente a Cristina—. Pronuncias con demasiado énfasis, Cris.

La pandilla enmudeció asombrada. Era algo que todos sabían y nadie se había atrevido a decir, en parte porque no esperaban que la chica pudiera pronunciar mejor.

—Quiero decir... —Al percatarse de la expresión de vergüenza con la que

Cristina le miraba, se arrepintió de la brusquedad de sus palabras—. O sea, cantas

muy bien, de verdad, pero...

Y como nadie se atreviera a añadir nada más, Santiago dejó la guitarra apoyada contra la pared y se acercó a la muchacha.

—Escucha a Jim Morrison.

Cristina bajó la vista al pequeño libreto de Alexander, en el cual figuraba la letra de la canción.

—Eso hago.

—Olvídate de cómo se escribe, olvídate de entender lo que dice. Solo escucha a Jim Morrison.

Cristina lo miró abrumada.

—Eso hago...

—No es verdad. Abre bien los oídos.

—Cierra los ojos, Cris —intervino Alexander, antes de pulsar de nuevo el radiocasete.

Y Santiago colocó su mano extendida sobre los ojos de Cristina.

Durante el primer minuto de canción se dedicó a escuchar en absoluto silencio. Luego comenzó un suave tarareo y lentamente dio paso a una pronunciación más vaga y cerrada que la anterior. En aquella extraña oscuridad, Cristina recordó la noche en la que había bebido cerveza. Había descubierto que le

costaba hablar, su lengua se había vuelto más torpe y pesada, su pronunciación más

difícil. Ahora estaba pronunciando de un modo similar y descubría con

asombro que aquel famoso *the* no se pronunciaba como un *de*, sino como un *di*. En otras ocasiones, la letra *d* surgía como una *r*. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? La *s* vibraba más suave y aguda que su habitual forma de pronunciarla y la *r* se hacía más pesada y lenta que la *r* castellana.

Se sorprendió a sí misma pronunciando palabras que todavía no entendía, que ni siquiera recordaba cómo escribir. Cuando terminó, halló las expresiones sonrientes de Santiago y Alexander.

—Bravo. —Y Leo aplaudió entusiasmada.

Decidieron hacer un descanso. Apagaron las linternas, sacaron refrescos y cervezas de la nevera de Santiago y se tumbaron sobre la madera de la terraza. Fue

entonces cuando escucharon en la distancia el parloteo de una alegre algarabía. Se

miraron en silencio y observaron a través de las ramas de la encina. Por el camino

de tierra caminaba un grupo de gente a paso ligero y alegre. Podían ser veinte personas en total. Los vieron detenerse ante la cerca contigua a la de ellos, abrir la puerta y entrar en tropel.

—¿Qué está pasando ahí?

—¡Es el grupo de astronomía!

Todos miraron a Leo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he reconocido las voces de las monitoras. Asistí al curso el verano pasado.

Se oyeron gritos y risas mientras la pandilla observaba cómo los recién

llegados se acomodaban en la hierba y montaban un par de telescopios a apenas cincuenta metros de ellos.

—¿Esas no son Las Diosas del Alba?

Saúl y Alexander se dirigieron una sonrisa de complicidad.

—Vamos a hacerles una visita.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No seas antipática, Leo. Además, hasta que no se vayan no podremos continuar ensayando. —Alexander palmeó la espalda de la pelirroja y bajó las escaleras de la cabaña seguido por Saúl. Las chicas y Santiago bajaron tras ellos.

El grupo de astronomía les vio emerger de entre aquella solemne oscuridad y

varias de las chicas gritaron asustadas. Luego, casi al instante, Marga y sus amigas

los reconocieron y rieron desconcertadas.

Cristina sintió un nudo en el estómago. Saúl llevaba días sin apenas dirigirle la

palabra y tampoco parecía tener ningún interés en Claudia. Lo había dejado para evitar caer en aquel estado de inseguridad que le hacía vigilar cada uno de sus movimientos y con la esperanza de que tomara una decisión al respecto, pero no había logrado ninguna de las dos cosas y ahora se veía a sí misma en una situación

todavía más incierta que aquella que le había obligado a distanciarse de él.

Mientras pensaba todo esto, vio cómo Marga, Cárol y Rebeca se escabullían

del grupo y saltaban a la cerca de la cabaña, con Saúl y Alexander a la cabeza.

Una

vez allí se sentaron tras el muro y comenzaron una divertida conversación en susurros y carcajadas contenidas.

La chica se acercó a Leo.

—¿Dónde están Claudia y Santi?

Leo señaló dos oscuras sombras sentadas a una distancia prudencial de los participantes.

—Vamos con ellos.

—Si miráis justo sobre vuestras cabezas, veréis la Vía Láctea atravesando el cielo de nordeste a suroeste. —La monitora observó a Cristina y a Leo sentarse junto a sus amigos—. Parece que tenemos nueva audiencia... Buenas noches.

—Hola.

—Espero que mañana también contemos con vuestra agradable presencia después de que halláis pagado la cuota del curso.

Los cuatro asintieron con timidez y enseguida se oyeron las risas de Saúl y Alexander tras el muro.

—¿Quién hay allí?

—Nuestros amigos.

Las monitoras se miraron entre ellas durante un instante. Luego, la que había comenzado la explicación se encogió de hombros y prosiguió:

—Como iba diciendo, a estas horas de la noche podemos encontrar la Vía Láctea cruzando el cielo de nordeste a suroeste. Se trata de un conglomerado



de más de doscientas mil millones de estrellas acompañadas por nubes de polvo y gas.

Estas nubes son conocidas como nebulosas.

»Nuestro sistema solar se encuentra ubicado a treinta mil años luz del centro de la Vía Láctea. —Hizo un paréntesis que los chicos aprovecharon para contemplar

la franja blanquecina que cruzaba el firmamento sobre sus cabezas.

—Treinta mil años luz... —susurró Claudia—. ¿Alguien puede entender eso?

—¿Conocéis los mitos de la Vía Láctea? —Era la voz de la otra monitora.

La audiencia guardó silencio y ella aprovechó aquel estado de concentración para comenzar la explicación.

—Los chinos la consideran el río por el que vagan las almas de los muertos; sin embargo, para los incas se trataba de una prolongación del Nilo que ascendía al

cielo para regar las moradas de los dioses, y según la mitología griega se refería a

la leche que la diosa Hera dejó caer de su pecho cuando se negó a amamantar a Hércules. Pero para los cristianos representa el Camino de Santiago.

Santiago sonrió divertido. La monitora continuó:

—Cuenta la leyenda que el difunto apóstol Santiago se apareció ante

Carlomagno y le señaló la Vía Láctea como camino a seguir para llegar hasta su tumba. Durante siglos, los peregrinos del norte de Europa utilizaron la posición de

la Vía Láctea para llegar hasta Santiago de Compostela.

El grupo escuchaba fascinado.

—Esta asociación entre las estrellas y el Camino de Santiago —prosiguió la monitora— quedó fijada por el cristianismo en el Códice Calixtino durante el siglo

doce.

—¿Y es verdad? —interrumpió Santiago.

—¿El qué?

—¿Es verdad que quien sigue la Vía Láctea llega a Santiago?

La monitora sonrió.

—Solo es un mito. La posición de la Vía Láctea varía a lo largo de la noche, incluso cambia a un hora determinada si la observamos en distintas épocas del año.

El niño miró a Cristina, que observaba el cielo junto a él.

—Qué pena, Cris. Ojalá fuese verdad.

La lección de astronomía duró una hora y media más. Los estudiantes pudieron mirar por los telescopios en busca de constelaciones y estrellas desconocidas. Cristina, Claudia y Santiago se mantuvieron en un discreto segundo

plano, incapaces de perpetrar semejante abuso sin haber pagado previamente la cuota, y escuchando con envidia las exclamaciones de admiración que la observación celeste despertaba en ellos.

Una vez hubo finalizada la lección, las monitoras desmontaron los telescopios y reunieron al grupo a su alrededor. Marga y sus dos amigas salieron de su escondite y se unieron al resto de la clase. La pandilla de Cristina los vio alejarse a paso ligero y en animada charla en dirección al pueblo.

Volvieron entonces a la cabaña y retomaron el ensayo de la canción, pero Saúl y Alexander estaban desconcentrados y parecían aburridos e impacientes. Alexander

dijo entonces de hacer otro descanso. Fue entonces cuando Saúl sacó papel de fumar del bolsillo de su pantalón, un filtro y un par de cigarrillos. Luego extrajo una bolsita de plástico con una china de hachís en su interior.

—Me lo ha regalado Cárol.

—¿Quién es Cárol?

—¿A ti qué te importa, Santi? Como le digas algo a mamá...

—¡No voy a decir nada! —Contempló a su hermano con expresión de fastidio al tiempo que acariciaba distraídamente el diapasón de la guitarra—. ¿Entonces ya

no queréis ensayar?

—¡No seas pesado! ¡Vete a casa a dormir!

El pequeño se dirigió al interior de la cabaña.

—A la mierda —escupió indignado—. Seguimos sin ellos.

Claudia negó con la cabeza. Ya se sentía suficientemente estúpida sin nada que hacer allí, a la espera de que los muchachos decidieran si debía cantar a dúo con Cristina, como para tener que aguantar aquella actitud caprichosa y egoísta.

—¿Quiénes se creen que son? ¡No pueden dejarnos colgadas cuando a ellos les apetezca!

—¿Cómo pueden tener tanta cara dura? —No menos indignada, Leo se levantó y guardó su violín en la funda—. Me voy a casa.

Santiago las miró perplejo.

—No, venga, no habláis en serio.

—No pienso hacer lo que ellos quieran solo cuando ellos quieran —añadió la rubia—. Yo también me voy a mi casa.

Desaparecieron de la cabaña y ni siquiera se despidieron de los chicos, los cuales trataron de simular sentirse ligeramente ofendidos por semejante reacción.

Pero no insistieron lo más mínimo cuando las vieron bajar por la escalera de madera con expresiones irritadas.

De modo que Cristina y Santiago se habían quedado solos en el interior de la cabaña y ahora se miraban sin saber qué hacer.

—Podemos seguir ensayando —sugirió el pequeño.

Pero Cristina contemplaba en silencio la preciosa silueta de la guitarra eléctrica, dibujada al mágico contraluz de las linternas.

—Enséñame a tocar la guitarra, Santi.

—Pero yo soy zurdo.

Ella sonrió divertida.

—Yo también.

Claudia se despidió de Leo al llegar a las primeras casas del pueblo y luego cada una tomó su propio camino. Mientras andaba a paso ligero se decía para sí que

las cosas ya no podían ir a peor en ningún aspecto. Saúl era un completo imbécil de carácter imprevisible, y cantar a dúo con Cristina era un remedio tan patético que no podría dejar de sentirse por debajo de ella durante el resto del verano. Estaba pensando en todo esto cuando el sonido de una melodía llamó su atención. Le faltaba apenas una manzana para llegar a su casa, intuía que provenía de alguna de

las casitas próximas a la suya.

Luego venció la distancia completa, dio la vuelta a la esquina de la fachada y descubrió asombrada que había luz en su jardín y que aquel jolgorio acompañado

de risas y palmas provenía de él. Fue entonces cuando identificó el sonido de la armónica. Pero no era un sonido previsible y tosco como el que había hecho Marta

en la buhardilla, ni siquiera era un sonido plano y correcto, agradable a los oídos.

Era mucho más que eso. Se trataba de una melodía fascinante, dinámica y danzarina,

escurridiza y sagaz, burlona y provocativa, desbordante de giros tan imprevisibles

como la dirección de unas hojas caídas y arrastradas por el viento, como la luz de

los relámpagos durante una tormenta de verano, como los rayos del sol

serpenteando juguetones entre las ramas de los árboles. En aquella melodía

algunas

notas morían casi al mismo tiempo de nacer, mientras que otras se expandían vibrantes en el aire a través de un eco palpitante y distorsionado. El efecto que producía resultaba asombroso e hipnótico.

Claudia se había quedado paralizada ante la puerta del jardín y su silueta se alzaba oscura entre las rejas de hierro pintadas de verde. Solo fue capaz de reaccionar cuando la melodía se cortó bruscamente y acto seguido reconoció la voz

ronca de su abuelo, quien había comenzado a toser al tiempo que farfullaba maldiciones y aspiraba bocanadas de aire. Las risas y las palmas dieron paso a comentarios de preocupación.

Claudia abrió la puerta, atravesó el jardín y descubrió a su familia sentada a la mesa, junto a la pequeña fuente de piedra. Junto a su abuelo estaban sus padres, su

tía Adele y su hermana mayor. Esta última la miraba con una divertida sonrisa de complicidad.

—Abuelo... —Claudia se inclinó sobre él del mismo modo que lo estaba haciendo su madre—. ¿Estás bien?

El anciano carraspeó un poco, hizo un ademán con la mano, como tratando de restar importancia a lo sucedido, y luego se acomodó de nuevo en su silla.

—Esa angina de pecho... —dijo él, al fin—. ¡Maldita sea su alma! —Acto seguido estiró el brazo y trató de alcanzar la cajetilla de Ducados que descansaba sobre la mesa, pero Claudia fue más rápida y la apartó de un manotazo.

El anciano la miró furioso.

—¡Niña!

—Abuelo... —Se inclinó hasta que sus miradas quedaron a la misma altura—.

Enséñame a tocar la armónica como lo estabas haciendo.

Aprender a tocar la guitarra resultó ser mucho más complicado de lo que

Cristina jamás se había imaginado. Había notas y acordes que parecían imposibles

de abarcar con la escasa longitud de sus dedos. Santiago explicaba con rapidez y de

la forma más práctica posible mientras ella se dejaba deslumbrar por su agilidad para mover su mano derecha de un traste a otro. De vez en cuando oían las risas de

Saúl y de Alexander y se miraban el uno al otro con una media sonrisa de burla.

La lección se hubiera podido prolongar hasta el amanecer si no fuera porque de pronto Alexander entró en la cabaña.

—Alguien viene. ¡Apagad las linternas!

Cristina y Santiago obedecieron en silencio y salieron a la terraza. Saúl observaba a través de las ramas de la encina.

—Una sola persona. Y tiene una linterna.

Los chicos observaron la luz de la linterna intensificándose a medida que la oscura silueta avanzaba por el prado.

—Viene directo a nosotros.

—Nos ha visto.

La tensión palpitaba en el aire, el grupo contenía la respiración.

De pronto, la figura se detuvo y alumbró hacia la copa del árbol. Los chicos se apartaron asustados, hasta que una voz rasgó la oscura noche sin luna:

—¡Cristina!

La joven sintió cómo su corazón se paralizaba del susto.

—¡Es mi abuela!

Saúl se volvió hacia ella con la expresión del asombro y la perplejidad dibujados en el rostro.

—¿¡Es tu abuela!?

La chica sintió una oleada de vergüenza acompañada por el miedo a una evidente reprimenda.

—¿¡Tu abuela!?! —Saúl la contemplaba como si estuviese viendo doble. Al instante soltó una carcajada que le obligó a tirarse al suelo de la terraza.

—¡Hay que joderse, Catsi! ¿Le has hablado de este sitio a tu abuela?

—¡Cristina! ¡Baja ahora mismo de ahí! ¡Os estoy oyendo!

Santiago tiró del brazo de la chica.

—¡Di algo, Cris, antes de que decida subir!

Cristina tomó aire.

—Ya voy...

—Más alto, Cris.



—¡Que ya voy!

Entonces oyeron el crujir de las ramas de la encina bajo sus pies y luego vieron el haz de la linterna culebreando inseguro de un rincón a otro hasta alumbrar

la escalera de madera. Saúl rompió a reír en otra desternillante carcajada.

—¡Mierda! ¡Ayudadme a esconder las cervezas! —Alexander se arrojó al suelo y comenzó a recoger las latas vacías.

—¡Os estoy oyendo! ¿Qué decís de cervezas? ¡Os estoy oyendo!

Cristina se parapetó tras Alexander.

—Álex..., Álex, por favor, baja y dile algo.

—¿Pero qué dices? Con la fumada que tengo encima... —Sus palabras provocaron en Saúl una nueva y delirante carcajada.

Alexander lo miró furioso.

—¿Qué coño le pasa a este imbécil?

—¡Os estoy oyendo todo! ¡Os estoy oyendo todo!

Santiago se asomó por el borde de la terraza y retrocedió espantado.

—¡Cris, tu abuela está subiendo las escaleras!

La chica guardó silencio y permaneció paralizada y sobrecogida, con la mirada fija en el borde de la terraza.

Santiago volvió a asomarse.

—¡Ya está aquí!

Para asombro de todos, doña Elisa logró subir hasta el último peldaño. Se incorporó exhausta en la terraza y les alumbró con la linterna.

—¿Dónde está mi nieta?

Cristina se aferró al brazo de Alexander y el chico se deshizo rápidamente de ella.

—¡Suéltame!

—Estoy aquí, *abu...*

—Eso ya lo veo. —Su voz sonó áspera y cortante. Avanzó hacia ellos, pero se detuvo al ver a Saúl retorciéndose de risa a sus pies—. ¿Qué es esto? ¿Quién es este

muchacho?

—Es... Saúl.

—¿Este es el famoso Saúl? —Lo observó con mayor interés—. ¿Qué le pasa?

¿Acaso está borracho?

Saúl trató de hablar, pero solo salió de su boca otro estallido de risas y lágrimas.

—No, señora... —La voz de Alexander sonó temerosa en la oscuridad—. No está borracho, solo se ríe.

—Ya veo que se ríe como un demente. —A continuación, alumbró directamente el rostro de Alexander—. ¿Y tú quién eres?

—Alexander.

—¿Tú eres el hijo del alcalde? Bonito camino llevas... —Ni siquiera esperó respuesta—. ¿Y qué hacéis aquí a estas horas de la noche?

—Ensayamos una canción. —Era la voz de Santiago.

Doña Elisa le alumbró a la cara.

—¿Quién es esta criatura?

—Me llamo Santi.

—¿El niño de la guitarra? ¿Y dices que estabais ensayando? ¡Yo no os he oído cantar! Por el contrario, solo he oído cosas como *cervezas y fumado*. —De pronto entró en la cabaña.

Los chicos se miraron mudos de espanto.

—¡Dios bendito! —La anciana contemplaba el cenicero a rebosar de colillas.

La linterna recorrió la amplia sala. Ignorando los instrumentos de música, doña Elisa olfateó el aire con desagrado y buscó nuevas pruebas que pudieran inculpar a su nieta. Encontró dos latas de cerveza junto a la batería.

—¡Cristina! ¿Se puede saber qué es eso?

La chica entró en la cabaña.

—¿El qué, *abu*...?

—¡Eso! ¡Eso es alcohol! ¡Ninguno tenéis edad para beber alcohol!

—Yo no he bebido alcohol, abuela. De verdad.

—¿De verdad? ¿Crees que a estas alturas me creo algo de lo que me digas?

—¡Abuela, yo no he bebido alcohol!

—¡No me repliques! —Alumbró de nuevo el cenicero que descansaba en el suelo—. ¿Y qué es eso de ahí?

Cristina sintió una indignación creciente y casi incontrolable.

—¿No lo ves? ¡Es un cenicero!

La nueva carcajada de Saúl se vio bruscamente cortada cuando el chico advirtió cómo la anciana propinaba una dura bofetada a su nieta.

Cristina contempló a su abuela sin poder dar crédito a lo que acababa de hacer.

Sintió los ojos llenos de lágrimas y, sin esperar a que nadie rompiera el repentino

silencio, atravesó la terraza y bajó las escaleras a toda prisa. No se detuvo hasta llegar a casa.

Todavía llorando, se puso el pijama y apagó la luz de su habitación. Tardó casi veinte minutos en oír el ruido de la puerta principal. Se cubrió la cabeza con la sábana y cerró los ojos, pero la anciana abrió la puerta de su habitación y encendió

la luz.

—¡Se acabó, Cristina! ¡Se acabó! Jamás en mi vida imaginé que terminarías volviéndote tan maleducada y mentirosa. ¡No voy a permitirte ninguna insolencia más!

Cristina se incorporó como si la hubiesen azotado con un látigo.

—¿De qué estás hablando? ¡Te has comportado como una loca! ¡Me has humillado delante de todos mis amigos! ¡Eres tú quien me ha humillado a mí!

¿Qué

van a pensar ahora de mí? —Un torrente de lágrimas de indignación resbalaba por

su rostro.

—¡Yo confié en ti! Acordamos una serie de cosas que no has cumplido. ¿Por qué crees que he tenido que salir a buscarte? ¡Llevabas casi dos horas de retraso!

¿Crees que puedo dormir así?

—¡No me di cuenta! Santi me estaba enseñando a tocar la guitarra y...

—¡Me da igual! ¡No me importa lo que estuvieras haciendo! ¡Estoy harta de todo esto! ¡No me gustan esos chicos, no me gustan nada para ti! ¡Así que olvídate

del concierto y olvídate de todos ellos! ¡No vas a volver a verlos en lo que queda de

verano!

—¡No puedes impedírmelo! ¡Son mis amigos y me da igual lo que digas!

La indignación se dibujó en el rostro de la anciana.

—¿Te da igual lo que diga...? ¿Has dicho que...?

—¡Entérate de una cosa, abuela! ¡Esto no tiene nada que ver con Saúl ni con Alexander, ni siquiera con el concierto de U2! ¡Esto tiene que ver conmigo! — Se llevó la mano al pecho—. ¡Tiene que ver conmigo! ¡Conmigo!

Doña Elisa dirigió a su nieta una mirada rebotante de furia y decepción.

—No voy a consentir que te vuelvas una macarra y una pendenciera.

—¿Por qué no me escuchas? ¿Por qué no me entiendes? ¿Cómo vas a ayudarme a crecer si no quieres aceptar quién soy? —La impotencia dio paso a un llanto silencioso.

Ambas se contemplaron durante un largo instante. A continuación doña Elisa abrió el armario de su nieta y sacó una maleta.

—Recoge tus cosas. Mañana volvemos a Madrid.

Cristina se quedó sin respiración. Miró atónita a su abuela y leyó en sus ojos la

fuerza ineludible de su decisión. El pánico y la rabia crecieron como un tornado en

su interior y provocaron un nuevo torrente de lágrimas.

—Te odio...

La anciana la miró estupefacta.

—¿...Qué?

—Te odio. ¡Te odio! ¡¡Te odio!! ¡¡¡Te odio!!!! ¡¡¡Te odio!!! ¡¡¡Te odio!!! —

Logró esquivar una nueva bofetada, pero recibió una segunda y una tercera. Sin nada que perder y completamente desesperada, continuó gritando a través de un mar

de lágrimas.

La anciana tomó aire.

—Mañana a las seis y media de la tarde estaremos en la parada del autobús.

Grita todo lo que quieras.

Se dio la vuelta y se marchó de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

Luego caminó temblorosa hasta su cuarto. Se sentó en la cama y trató de controlar

su respiración. Jamás en toda su vida había visto a su nieta en aquel estado. Jamás

hubiera podido imaginar que la chica se sentiría tan profundamente influenciada por alguien que no fuera ella. De pronto se sintió terriblemente vieja, sola y cansada. Contempló el retrato de su hija, el cual descansaba sobre la mesilla de noche, y durante los siguientes minutos se esforzó por calmar el enloquecido latir

de su corazón.

Cristina ya había perdido la noción del tiempo que llevaba llorando

desconsoladamente cuando de pronto un ruido le hizo volverse hacia la ventana.

Allí descubrió a Alexander, haciéndole señas para que le abriese.

Se incorporó rápidamente y abrió la ventana. El chico saltó a la habitación y ella se arrojó a sus brazos y rompió a llorar de nuevo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha regañado mucho?

Lo miró con el rostro bañado en lágrimas.

—Se acabó. Mañana vuelvo a Madrid.

—¿Qué...?

Cristina señaló la maleta al otro lado de la habitación.

—Mañana, a las seis y media. —Se volvió de nuevo hacia él—. No volveré a veros, no os veré ganar la *gymkhana*.

Durante un instante, Alexander sintió como si el mundo entero se desplomara sobre su cabeza.

—No...

Cristina rompió a llorar de nuevo, lo abrazó y ocultó el rostro en su pecho.

Alexander trató de pensar, pero se sentía paralizado. Para su propia sorpresa, aquel giro desafortunado no solo suponía un desastre para las pruebas de la *gymkhana*, sino también para sí mismo.

—¿Qué te ha dicho? Cuéntamelo desde el principio.

—Os odia. Piensa que sois una mala influencia para mí y todas esas chorradas tan típicas... ¡Os odia y yo la odio a ella!

—No digas eso. —Acarició sus rizos oscuros y trató de recomponerse por dentro—. Escucha, a lo mejor todavía podemos hacer algo, a lo mejor...

—¡Sí, Álex! Puedo escaparme ahora mismo, puedo esconderme en algún sitio... ¡En las cuadras de los caballos! ¡Puedo vivir allí y tú me llevarás comida y...!

Alexander la contempló perplejo.

—Cris, no estás pensando con claridad. Cálmate y piensa con claridad.

Ella le dirigió una mirada ofendida.

—¿Se te ocurre una idea mejor?



El chico trató de pensar, pero le resultaba imposible teniendo a Cristina frente a él, llorando y desvariando de aquella manera. La abrazó de nuevo y fijó la mirada

en la maleta.

—¿Qué es lo que tu abuela más odia de nosotros?

Ella hizo un ímprobo esfuerzo por detener el llanto.

—No se fía de vosotros.

—¿De ninguno?

—De ninguno.

—¿Qué clase de gente le gustaría para ti?

—Oh, ya sabes... En plan mis primos, los boludos.

Alexander tuvo que reprimir una inesperada carcajada.

—...Gente que haga deporte, que no se meta en líos y cuide de mí.

El chico se mordió el labio. Separó a la chica y la miró a los ojos.

—Ahora duérmete y déjalo de mi cuenta.

—Dime qué vas a hacer.

—Todavía no lo sé, tampoco es que haya muchas opciones. —Se rascó la

cabeza—. Duérmete, nos veremos mañana. —Se dio la vuelta y saltó al tejado.

—¡Álex! —Cristina se inclinó sobre el alféizar—. ¿De verdad nos veremos mañana?

Alexander sonrió conmovido. Se acercó de nuevo y la besó con dulzura en la

frente.

—Claro que sí. Te lo prometo.

13

*Take a load off, Fanny*

*Take a load for free*

*Take a load off, Fanny*

*And you put the load right on me.*

«The weight», The Band [\[14\]](#)

Con la calurosa luz de la mañana, los acontecimientos de la noche anterior parecían solo un mal sueño. Sin embargo, para su propio asombro, Cristina se encontraba recogiendo su ropa y guardándola en la maleta.

No había dirigido la palabra a su abuela en toda la mañana. A fin de cuentas, ella no había hecho nada malo. Era cierto que había fumado algunas veces, pero no

había vuelto a beber alcohol, ni a meterse en peleas ni nada parecido. Había estudiado inglés obedientemente, a pesar de que una semana antes había hecho novillos. ¿Pero qué sabía su abuela de eso? No la estaba juzgando por hacer novillos, sino por haber encontrado toneladas de restos de nicotina en la cabaña y

unas cuantas latas de cerveza. Tampoco había ayudado mucho el hecho de que hubiera visto a Saúl completamente drogado. Dios santo. ¿Qué culpa tenía ella de eso? Bien era cierto que se había olvidado de llegar a casa a tiempo, pero solo se

debía a que Santiago era un portento tocando la guitarra. Se le había ido el santo al

cielo de tanto escucharlo. Claro que a su abuela todo eso le daba igual. El talento le daba igual, la vocación musical le daba igual, solo quería atarla como se ata a un perro con una correa.

Aquella idea le hizo pensar en Elvis. Se dio cuenta de que no volvería a ver a Elvis. Trató de infundirse ánimo y se preguntó si Alexander habría encontrado alguna solución. Tenía una fe enorme en Alexander, aunque en su interior

comprendía que había situaciones que escapaban por completo a su liderazgo.

Miró por la ventana, tal como llevaba haciendo toda la mañana, con la

esperanza de verlo aparecer. Pero de nuevo fue en vano. Sintió el impulso cada vez

mayor de ir a la cabaña para poder despedirse de todos. Pero Alexander le había prometido que iría a verla, le había prometido que haría algo.

Impaciente y confusa,

se sentó en la cama. Esperaría a Alexander, confiaba en él.

Casi dos horas más tarde Cristina abrió los ojos; se había quedado dormida.

Se levantó y miró su reloj, era mediodía. Deprimida, decidió ir a la cabaña por última vez.

Bajó las escaleras y cuando ya se disponía a abrir la puerta principal, oyó a su

abuela conversar en el salón. La puerta estaba entreabierta. Presa de curiosidad, se

acercó cautelosa y ojeó por la ranura abierta. Su corazón se aceleró cuando descubrió al adolescente sentado en uno de los sillones. Su abuela ocupaba el contrario y ambos conversaban frente a frente y en voz baja.

Cristina aguzó el oído.

—Hijo, a pesar de todas las cosas que haces, hablas como un chico sensato,

por eso voy a ser franca contigo. Dices que tienes diecisiete años. Bien, en ese caso

tienes edad para hacer ciertas cosas. Además te has criado en este pueblo, conoces a

la gente, sabes desenvolverte y estás protegido por la buena reputación de tu padre.

—Eso no es...

—Te guste o no, sabes que es cierto porque así funcionan las cosas en los pueblos. Y si te queda alguna duda, puedes preguntarle a tu amigo Saúl.

Alexander bajó la mirada al suelo.

—Por otro lado, eres un chico y eso hace que todo sea doblemente fácil para ti.

El adolescente la miró fijamente. Era evidente que le sorprendía la rotunda sinceridad de la anciana.

—Ahora quiero que entiendas una cosa. No es fácil enterrar a una hija y tener que criar a una nieta sin la ayuda de nadie. Me ha costado mucho tiempo y esfuerzo.

Imagínate el dolor que me provoca salir a la calle y oír hablar de Cristina como si

todo ese trabajo no hubiera servido para nada. Eso es lo que está pasando ahora mismo.

—Quizá no debería prestar atención a lo que diga la gente.

Doña Elisa esbozó una sonrisa.

—Para los chicos de tu edad es muy sencillo decir eso porque ni siquiera os

tomáis en serio a vosotros mismos, pero las cosas cambian con la edad. En cualquier caso, eso es lo de menos... —Hizo un ademán con la mano—. Mi nieta solo tiene catorce años, es una niña adorable.

—Ya lo sé.

—...Y estoy preocupada por ella. —Hizo una pausa—. Sí, hijo, me preocupa mi nieta, me preocupa la influencia que tenéis sobre ella y su forma de idolatraros.

No me importa que ahora vista de esas maneras, ojalá la ropa que rompe fuera el

mayor de mis problemas. Pero no tengo a nadie que me ayude a educarla, estoy sola. La educación que me dieron mis padres y mi propia experiencia es todo lo que

tengo para orientarla. ¿Qué pasaría si esto se me fuera de las manos? Ponte en mi

lugar, veo en tus ojos que me estás entendiendo. Tengo sesenta y seis años, ¿cómo voy a ayudarla si esto se me va de las manos?

—Eso no tiene por qué pasar.

Doña Elisa esbozó una sonrisa de condescendencia.

—En eso llevas razón... ¿Pero quién me lo garantiza? Lo que me has

propuesto es muy noble por tu parte, pero no voy a cargar sobre tu espalda la responsabilidad que ella misma es incapaz de asumir.

Cristina frunció el ceño. ¿De qué propuesta estaba hablando?

Alexander bajó la mirada de nuevo y, tras un instante de duda, levantó el rostro

y dirigió a la anciana una expresión de rencor.

—No pensaba tener que decirle esto, pero veo que ya da igual. Llévesela a Madrid si eso es lo que quiere, pero tarde o temprano tendrá que dejarla crecer. —

Se levantó lentamente.

Doña Elisa le imitó y meneó la cabeza.

—Espero que entiendas que hay muchas formas de crecer.

Cristina los vio dirigirse a la puerta, subió velozmente a su habitación y se asomó a la ventana. Desde allí vio a Alexander salir a la calle. El chico levantó la

cabeza y se intercambiaron una mirada de derrota.

Alexander se despidió con la mano y emprendió el camino a paso lento.

Aquello fue lo último que pudo contemplar antes de sentarse en el suelo y romper a

llorar otra vez.

Fue entonces cuando su abuela entró en la habitación. Se detuvo en la puerta y se miraron en silencio. Doña Elisa advirtió consternada el profundo cansancio en el

rostro de su nieta. Se acercó a la cama y se sentó sobre ella. Cristina se secó la lágrimas.

—Te he oído subir las escaleras. ¿Qué crees que debo hacer ahora, Cristina?

La chica se volvió hacia ella.

—Hacer caso a Alexander. Yo no hice nada malo.

—¿Qué le pasaba ayer a Saúl?

Cristina bajó la mirada.

—¿Estaba borracho?

—No estaba borracho.

—¿Qué le pasaba?

—Había fumado porros.

—Precioso. ¿Ves ahora a lo que me refiero?

—¡Abuela, la vida está llena de cosas que no te van a gustar! ¿Qué vas a hacer?

¿Encerrarme en una vitrina de cristal?

—¡No intento encerrarte en ningún sitio, solo...!

—¡Claro que lo haces! ¡No te gusta nada de lo que hago! ¡Siempre estás enfadada y me regañas por todo!

—¡Porque intento protegerte y cuidar de ti! ¡Intento evitar que te echas a perder!

—¡Siempre dices eso, pero yo solo veo que quieres tenerme encerrada contigo toda la vida!

—¿¡Cómo puedes ser tan bruta, Cristina!? ¡Intento...!

—¡Intentas quitarme de la cabeza todo cuanto me hace feliz! ¡Cualquiera diría que te fastidia que yo sea feliz!

—¡Cristina, te estás ganando una bofetada por decir tantísimas idioteces!

—¡A ti te encantaría que me pasara la vida entera en misa y haciendo

jardinería

como las señoras mayores!

—¡A mí me encantaría que tuvieras amistades apropiadas para tu edad y para la clase de niña que eres!

Cristina frunció el ceño.

—Ya no soy una niña, abuela.

—Te aseguro que todavía lo eres.

—¡Eso es lo que a ti te gustaría! ¡Pero yo no tengo la culpa de que tu hija muriera! ¡Esto no es justo! ¡No puedes pagarlo conmigo de estas maneras!

Doña Elisa la miró perpleja.

De pronto Cristina se dio cuenta de lo que acababa de decir. Vio el dolor asomar a los ojos de la anciana y sintió cómo la culpabilidad le partía el alma.

—Abuela...

La anciana la miró fijamente, tratando de recomponer su expresión.

—¿Qué sabes tú de las cosas que no me gustan, hija? No me gusta que tu madre esté muerta y yo no sea capaz de manejar esta situación. Bien sabe Dios que

lo hago lo mejor que puedo. A veces intento imaginar qué haría tu madre, qué te diría si estuviera viva, pero no se me ocurre nada. Y yo estoy cansada, estoy muy

cansada y...

Embargada por la culpa, Cristina se arrojó a sus brazos.



—Perdóname, abuela, perdóname, no sé por qué he dicho eso, de verdad que no lo sé.

Doña Elisa la estrechó entre sus brazos.

—No estoy intentando sobreprotegerte.

—No sé por qué he dicho eso, ha sido una tontería, no lo pienso, de verdad que no.

—Cristina, tengo miedo por ti, es cierto que tengo mucho miedo por ti.

—Ya lo sé.

Doña Elisa negó con la cabeza.

—No sé qué hacer contigo.

—Ya haces más que suficiente.

—No tengo esa sensación.

—Abuela, confía en mí, confía en Álex.

Se quedaron abrazadas durante un largo rato de silencio y luego doña Elisa exhaló un hondo suspiro.

—Ve a deshacer tu maleta, anda.

Pero Cristina todavía se quedó varios minutos más abrazada a su abuela.

Prepararon juntas la comida, y cuando llegó la hora de la siesta doña Elisa decidió tomarse un descanso. Cristina, por el contrario, no veía el momento de volver a ver a Alexander, de modo que subió a su bicicleta y pedaleó rumbo a la cabaña. Llegó tan rápido como se lo permitieron sus piernas, presa de una incontenible alegría. Dejó la bicicleta junto a todas las demás y atravesó el prado a

la carrera. Le resultó extraño no escuchar el sonido de la guitarra eléctrica, pero a

medida que corría hacia la encina podía distinguir el rumor de sus voces al hablar.

Pasó bajo las ramas de la encina y halló la terraza desierta. Los chicos gritaban en

el interior de la casa. Fue entonces cuando comprendió que había llegado a mitad de

una fuerte discusión. Su alegría inicial se vio turbada y confundida por los gritos.

Subió las escaleras y oyó algo que la dejó paralizada en el borde de la terraza.

—¡Y una mierda! ¡No digas que has hecho todo lo que has podido! ¡Eso es mentira! ¡Mentira! —Era la voz de Santiago. Cristina jamás le había visto enfadarse

de semejante manera.

—¿¡Por qué me acusas a mí!? ¿¡Por qué siempre me tratáis como si fuera el responsable de todo!?! —Aquel era Alexander.

—¡A mí no me incluyas, Alexander! —Claudia también se mostraba fuera de sus casillas—. ¡Pero al menos ten la decencia de reconocer que siempre esperas que

la gente haga lo que tú digas!

—¿¡De qué estás hablando!?!

—¡De lo de ayer y de lo de siempre! ¡Yo ya estoy harta de tus arrebatos caprichosos! ¡Ahora que las cosas empezaban por fin a marchar bien, nos hemos quedado sin cantante!

—¿¡Qué es eso de lo de siempre!?

La voz de Leo se dejó oír por encima del bullicio general.

—Álex, sabes que me caes muy bien, pero yo tampoco voy a estar detrás de vosotros todo el verano para ensayar solo cuando a vosotros os apetece.

—¡Eso es! —Claudia persistía—. ¡Lo de ayer fue una vergüenza! ¿De verdad piensas que podéis romper un ensayo para fumar porros y dejarnos esperando como si fuéramos imbéciles? ¿¡Pero quiénes os pensáis que sois!?

—¿¡Por qué me gritas a mí!?! —insistía Alexander dirigiéndose a Claudia—.

¡Aquí también está Saúl para que le acuses! ¿¡O es que no quieres que se enfade contigo!?

—¡Das asco, Alexander! ¡Das asco! ¡Me das asco!

—¡Me mentiste! —intervino Santiago—. ¡Dijiste que se acabaron las gilipollices! ¡Dijiste...!

—¡Díselo también a tu hermano! ¿¡Por qué no se lo dices también a tu hermano!?

—¡Fuiste tú quien dijo que íbamos a hacer las cosas bien! ¡Me lo prometiste!

—¡He hecho todo lo que he podido!

—¿¡Todo lo que has podido!?! ¡Eres incapaz de cumplir tu palabra y ahora Cristina se va por tu culpa!

—¡Dejadme en paz! ¡Estoy harto! ¿¡Queréis mandar el grupo a la mierda!?

¡Pues a la mierda la *gymkhana*! ¡A la mierda todo! ¡Ya me da igual! —

Completamente descompuesto, Alexander abandonó la cabaña. Pero al traspasar el

umbral encontró a Cristina a cuatro metros de distancia. Se detuvo, paralizado por

la sorpresa y tratando de entender la situación. La miró a los ojos y encontró en ellos la lealtad y el agradecimiento que no había podido encontrar en el interior de

la cabaña. Antes de que pudiera reaccionar, Cristina se precipitó a sus brazos y cubrió su rostro de besos.

—¡Me quedo, Álex! ¡Me quedo gracias a ti! ¡Me quedo gracias a ti! —Se

distanció levemente y alzó la cabeza. Su mirada brillaba de alegría—. Tengo que decírtelo, ya lo sabes, ¿verdad? ¡Te quiero con toda mi alma!

El muchacho soltó una carcajada de júbilo, conmocionado todavía por la profunda alegría que le embargaba e incapaz de decir palabra. Y entonces abrazó a

la chica con tanta fuerza que la levantó del suelo. Luego Cristina se distanció de nuevo para poder mirarle a los ojos.

—¿Qué le dijiste a mi abuela? ¿Qué fue lo que le propusiste?

Alexander sonrió con burla.

—No sé, la verdad es que ya ni me acuerdo.

Cristina rio con ganas.

—¡Qué mentiroso...! —A continuación se dirigió al interior de la cabaña.

A través de la ventana, Alexander la observó detenerse en el centro de la sala, al tiempo que el resto del grupo enmudecía por la sorpresa.

Luego comenzó un torrente de preguntas, pero ella se mantenía silenciosa y esquiva.

—¿Cómo ha sido? ¿Vas a decirnos cómo ha sido?

—Ha sido Alexander.

—¿Por qué nos miras así?

—¿Estás cabreada?

Ella suspiró teatralmente, ladeó la cabeza y fijó la mirada en la puerta.

Santiago insistía.

—¿Es porque estábamos pagándolo con él?

—¿Te vas a dignar a decir algo?

—¿Se puede saber qué te pasa?

Alexander sonrió divertido cuando la vio mirarlos de nuevo y comentar con fingida arrogancia:

—Qué cansinos sois...

Aquella tarde en la piscina todos los miembros del grupo decidieron

conversar como personas civilizadas. Les costó un auténtico imperio reprimir sus

deseos de hacerse oír e interrumpir los turnos de los demás, pero finalmente llegaron a un acuerdo estableciendo un horario específico para los ensayos.

Luego

regresaron al agua, en donde hicieron todo tipo de juegos y payasadas, hasta que el

socorrista les mandó de vuelta al césped para que aprendiesen a comportarse civilizadamente. Y mientras contemplaban a los bañistas con expresiones de

fastidio, Alexander comentó malhumorado que sería una buena idea ir a su piscina,

en donde nadie les vigilaba y podían obrar con absoluta libertad.

—Incluso podríamos hacer una cena en el jardín. ¿Os apetece planearlo para esta noche?

Los chicos se mostraron entusiasmados.

Como era su costumbre, al atardecer pedalearon hacia el campo de fútbol. Allí

los muchachos se dedicaron a jugar al fútbol mientras las chicas hablaban de sus asuntos con Las Diosas del Alba. Tras finalizar el juego acordaron verse en la casa

de Alexander en menos de una hora.

Cristina entró precipitadamente en el jardín de su casa. Olía a tierra mojada y

las golondrinas revoloteaban alrededor del alero donde habían construido su nido.

En un extremo del patio encontró a su abuela subida a una escalera, inspeccionando

los higos que pendían de la higuera.

—¡Mira, Cristina! —dijo la mujer alegremente—. ¡Fíjate qué higos tan gordos! Este año van a ser bien hermosos, ¿eh?

—Muy bien, *abu*, muy bien. Oye, *abu*, necesito comida para llevar a casa de Álex.

—¿Cómo que necesitas comida?

—Vamos a hacer una fiesta en su piscina y a cenar y... ¡no tengo tiempo para explicaciones! Dime qué puedo llevar.

—Bueno, tengo los pimientos rojos en el horno.

—¡Abuela! No puedo llevar los pimientos rojos, ¡qué vergüenza! Tiene que ser algo más guay, más fiestero... Tú ya me entiendes.

Doña Elisa la miró confundida.

—Hay un poco de pollo con arroz que sobró antes de ayer.

—¿Pero cómo voy a llevar pollo con arroz? ¿Quieres que se rían de mí?

—¡Por Dios, Cristina! ¡Entra en la cocina y coge lo que te dé la gana...!

La chica obedeció apresuradamente. Abrió la nevera y comenzó a sacar platos,

bandejas y fuentes de cristal. Doña Elisa la observaba malhumorada a través de la ventana.

—¡Deja de revolverlo todo!

—¿Qué es esto, *abu*? —Destapó una cacerola.

—¡Son acelgas con jamón! ¡No las toques, son para mañana!

La chica hizo un gesto de asco y volvió a guardarlo todo en su sitio. Frustrada, rebuscó en la despensa, pero solo encontró latas de sardinas, espárragos y anchoas.

—¡Abuela! ¿Qué ha pasado con la bolsa de patatas?

—¡Me la comí ayer con doña Gregoria!

—Hay que joderse... —Sacó de nuevo el pollo con arroz. Lo guardó en una fiambarrera de plástico y lo observó con un patético sentimiento de fracaso. No solo

resultaba surrealista imaginar el pollo en una fiesta de piscina, sino que la cantidad era tan pequeña que apenas podría llenar un plato. Haciendo un esfuerzo supremo por no perder el buen humor y apremiada por las prisas, sacó de nuevo la cacerola

de las acelgas y volcó gran parte del contenido en otra fiambarrera más grande. Lo guardó todo en la mochila y salió apresuradamente a la calle.

Su abuela la llamó desde lo alto de la escalera. Cristina asomó la cabeza por la

puerta.

—¿Sí?

—No llegues tarde, ¿eh, Cristina?

—No, abuela.

—Y que te acompañe Alexander a casa.

—Alexander o Saúl, ¿vale?

—No, no, no. Alexander, he dicho Alexander.

—De acuerdo.

—Y no te bañes hasta que no termines la digestión.

—Dios santo, abuela... ¡Hasta luego! —Lanzó un beso a la anciana y salió corriendo calle abajo.



La puerta del jardín de Alexander estaba entreabierta, de modo que pasó libremente y rodeó la vivienda. Para su sorpresa, encontró a Leo y a Santiago en la

parte trasera del jardín. En el césped destacaba una alargada mesa de piedra, y sobre

ella habían colocado sus respectivos platos de comida, vasos de plástico, cubiertos

y servilletas.

Las tres farolas que iluminaban el jardín ya estaban encendidas, y al oscuro

cielo del anochecer se podían apreciar pequeñas nubes de mosquitos zumbando alrededor de sus bombillas. A Cristina le cautivó el azul del agua iluminado por las

luces interiores de la piscina. Repentinamente se sintió embargada por un

inesperado sentimiento romántico, y a su mente llegó el recuerdo de los besos de Saúl.

Santiago sonrió al verla.

—¡Cris! ¿Quieres probar la tortilla de mi madre?

—¡Hola, Cris! —Leo levantó la cabeza—. ¿No has visto a Saúl o a Claudia?

—Mi hermano todavía estará en la ducha. ¡Se pasa la vida metido en la ducha!

Alexander salió de la vivienda en ese momento. Una amplia sonrisa asomó a su rostro cuando descubrió a Cristina.

—¿Con qué clase de manjar nos vas a deleitar, Catsi?

Cristina miró de reojo los platos de ensaladilla rusa, tortilla, cortezas y

aceitunas. Resignada, abrió su mochila y extrajo las dos fiambreras.

—Lo siento, mi abuela no tenía otra cosa.

Alexander destapó el pollo con arroz. Los tres muchachos fruncieron el ceño casi al mismo tiempo.

Santiago hizo una mueca de absoluta incomprensión.

—Es pollo, ¿vale? —Cristina bufó en voz baja y se apresuró a recoger las dos fiambreras—. De todas formas hay que calentarlo todo, no se puede comer así.

Alexander la miró divertido.

—Claro, vamos a calentarlo al microondas.

Se dirigieron a la casa por la puerta trasera. Atravesaron un amplio salón de grandes ventanales y bonitos muebles de caoba y entraron en la cocina. Su estilo era

moderno pero rústico, de muebles de roble, con una barra americana situada en el

centro y una ventana orientada a la piscina. Alexander abrió el microondas e introdujo la fiambarrera que contenía el pollo.

Con una sonrisa maliciosa, y ante el inminente bochorno de la chica, destapó el segundo recipiente. Durante lo que a Cristina le pareció un eterno segundo, Alexander se quedó paralizado. Luego enarcó una ceja y trató de contener una carcajada.

—¿Qué cojones...?

—¿Qué pasa? ¿Es que nunca has visto acelgas con jamón?

Alexander cerró los ojos y retuvo una sonrisa en los labios. Luego miró a la chica.

—Tu abuela me odia, ¿verdad?

Cristina negó rotundamente con la cabeza.

—Yo diría que se ha enamorado de ti.

Alexander soltó una ruidosa carcajada.

—¿Y me envía esto para conquistarme?

Cristina rompió a reír. El chico se sentó sobre la encimera y se encendió un cigarro. Aspiró una larga calada y se limitó a contemplar la risa de Cristina en un

silencioso deleite.

Ella se encogió de hombros y soltó otra carcajada.

—¿Qué pasa?

El temporizador del microondas tocó a su fin en ese momento y tres pitidos estridentes hicieron eco en la pequeña sala. Alexander alargó el brazo, abrió el microondas y tomó la fiambra. Luego se volvió hacia su izquierda, abrió un cajón, sacó un tenedor y, dejando el cigarro sobre el borde del fregadero, empezó a

comer.

—¿Pero qué haces? ¡Es para todos!

Lo saboreó con una sonrisa en los labios.

—Está bueno, está muy bueno, en serio. Pásame un poco de pan, justo ahí, detrás de ti.

Cristina le tendió la barra de pan.

—Bueno, pequeña Catsi, cuéntame... ¿Cómo fue entonces la conversación con tu abuela? Te dijo que yo era la persona más maravillosa del mundo. ¿Y luego qué?

Cristina recordó lo penosa que había sido la conversación y bajó la mirada.

—No fue así... —Luego se acordó de algo más y lo miró de nuevo, presa de una incontenible curiosidad—. ¿Qué fue lo que le dijiste a mi abuela?

Alexander mordisqueó una alita de pollo.

—Solo le dije lo que quería oír.

En aquel momento, el chico miró hacia la puerta y la expresión de sus ojos cambió. Cristina se volvió hacia atrás y vio en el umbral de la cocina a una atractiva mujer de mediana edad, elegantemente pintada y maquillada, con una abundante melena teñida de mechas rubias y peinada de peluquería. Su perfume embriagó la sala. Dedicó una rápida sonrisa a Cristina.

—Alexander, nos vamos.

El chico dejó asomar media alita de pollo por su boca.

—Ajá.

La mujer le dirigió una expresión de extrañeza.

—¿Qué estás comiendo?

—Pollo con arroz. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias.

—Lo ha hecho la abuela de Cristina, está buenísimo. En serio, madre, lo

mismo si practicas todos los días podrías llegar a cocinar la mitad de bien en solo

cincuenta años.

Ella le recriminó con la mirada.

—¿Quién te ha dado permiso para fumar? Apaga ese cigarro inmediatamente.

Alexander sonrió con burla y lanzó el cigarro al fregadero.

—No arméis jaleo hasta tarde. Luego los vecinos se quejan.

—Ya.

Los chicos vieron cómo la mujer desaparecía de la cocina. Cristina se volvió hacia Alexander.

—¡Tu madre es guapísima...!

El chico se encogió de hombros.

—Mejor para ella. —Saltó al suelo, metió las acelgas en el microondas y cogió el cigarro del fregadero. Lo volvió a encender.

—Álex... —Se acercó a él, indecisa, y luego lo abrazó fuertemente. Entonces una amplia sonrisa asomó al rostro del muchacho.

—Vamos, Cris, no sufras por las acelgas, seguro que a Santi le van a encantar.

—¿Qué?

Alexander rompió a reír en una ruidosa carcajada.

—Ven, vamos a asaltar el mueble bar de mi padre.

Cuando volvieron al jardín con las acelgas y la botella de ron, Saúl y Claudia

ya estaban bañándose en el agua. La chica contempló sus bromas y juegos con un nudo de dolor en el pecho. Descubrió también, con inmensa alegría por su parte, al

pequeño Elvis corriendo por el césped, olfateando las zapatillas de todos los presentes y haciendo un reconocimiento exhaustivo de la situación. Cristina lo llamó y el animal acudió rápidamente a sus brazos.

Sonó el timbre. Los chicos se miraron entre ellos, pero Alexander sonrió

confiadamente y se dirigió hacia la parte delantera del jardín. Cuando regresó, lo hizo acompañado por todas las componentes de Las Diosas del Alba y, para su propia consternación, también por los Galope Salvaje.

—Espero que no te importe —le decía Marga al oído—. No conocen a nadie más y nos daban mucha pena.

Alexander tenía una sonrisa congelada en la cara.

—No pasa nada.

—Y no te preocupes por la comida. ¡Todos hemos traído comida!

—De verdad, Marga, no pasa nada.

Los Sustain Souls contemplaron la llegada de los nuevos invitados. Eran once en total y, aunque los chicos vascos se mostraban tímidamente educados, Las Diosas

del Alba comenzaron a actuar enseguida con tanta confianza que la pandilla de Cristina comenzó a sentirse ligeramente intimidada. En apenas un minuto,

colocaron toda la comida sobre la mesa, se desvistieron y se lanzaron al agua. Saúl

las recibió con auténtico entusiasmo, mientras que Claudia se limitaba a saludarlas y

a sentarse en el bordillo de la piscina.

Leo dio un sorbo a su Coca-Cola.

—No me puedo creer que Alexander no nos haya avisado de esto.

—Venga ya, Leo. —Cristina sonreía emocionada—. ¡Han traído a los vascos!

A continuación llegaron las presentaciones. Los Galope Salvaje eran tres

hermanos de San Sebastián, de pelo castaño y ojos tan azules como el fondo de la

piscina. El mayor de ellos se llamaba Íñigo, tenía dieciocho años y estaba a punto de

entrar en la universidad. Se mostraba callado y lo observaba todo con una ligera expresión de arrogancia, pero su mirada cambió por completo cuando sus ojos tropezaron con los de Cristina. La observó de arriba abajo y frunció el ceño, como

si las curvas de su cuerpo todavía a medio hacer no encajaran con la belleza de su

rostro. Cristina ni siquiera se percató de aquel exhaustivo análisis, distraída como estaba en exhibir a Elvis ante sus hermanos pequeños.

El mediano se llamaba Xabi y tenía dieciséis años, mientras que el nombre del

pequeño era Gorka y tenía la misma edad que Cristina. Tanto Xabi como Gorka se

mostraron extrovertidos y sociables. Además, venían acompañados por uno de sus

primos hermanos, al cual llamaban Damián, un tímido quinceañero cuyos ojos

bailaban de entusiasmo al contemplar a tantas chicas en biquini. El quinto

componente del grupo lo constituía Unai, un muchacho de diecisiete años, íntimo amigo de Íñigo.

De todas las bolsas de comida que los chicos pusieron sobre la mesa, una resultó ser la única a la que Saúl y Alexander mostraron en consideración. Los ojos

de Cristina se desorbitaron cuando vieron cómo sacaban de ella una botella de *whisky*, otra de ron y otra de ginebra. Las chicas salieron por fin de la piscina, Alexander eligió un CD de Dire Straits que hizo sonar desde la minicadena del salón y todos empezaron a comer.

Casi de forma involuntaria, los chicos formaron su propio grupo y las chicas el suyo, acompañadas siempre por Santiago.

—Gracias, tío, gracias por invitarnos —decía Xabi a Alexander.

—Cuando queráis, de verdad.

—¿Cuál os gusta más? —preguntaba Cárol en voz baja al resto de las chicas.

—¿Sabes qué, Cárol? —Leo se llevó un sándwich vegetal a la boca—. A ti te pega Xabi.

—¿Tú crees?

—No, no, no. —Irene dio un largo trago a su Fanta de limón—. Ese es mío, ni os acerquéis a él.

—¿Qué diablos es esto? —Marga levantó un puñado de acelgas con su tenedor.

Las chicas observaron con curiosidad.



—Pues a mí me gusta. —Santiago las miró molesto. Luego dirigió una encantadora sonrisa a Cristina—. De verdad, Cris, a mí me gusta.

—Gracias, Santi.

—¿Qué amplificador utilizas? ¿Un Marshall? —preguntaba Íñigo a Alexander.

—No, para el bajo utilizo un Ampeg.

—No me suena.

Alexander se encogió de hombros.

—Son los mejores.

Saúl intervino en ese momento.

—¿Es verdad que volvéis a San Sebastián en agosto?

Gorka movió la cabeza.

—Si por mí fuera, nos quedaríamos todo el verano.

—Sí —añadió Unai—, ese invento de la *gymkhana* es cojonudo. ¿Es verdad que tú elegiste el premio de este año? Pues es bestial.

Alexander sonrió.

—Gracias.

—Pero no os hagáis ilusiones. Aunque os quedaseis, no ganaríais. —Saúl sacó su paquete de Marlboro y les ofreció sus cigarros con una sonrisa de burla.

—¿Tú no eres el que se lio a palazos con uno de otro equipo en la carrera de piraguas? —La pregunta de Damián era tan inocente que Alexander y Saúl no pudieron evitar una carcajada. Luego Saúl adoptó una postura fanfarrona y

egocéntrica, y comenzó a relatar la pelea de la discoteca.

La cena transcurrió de forma tranquila y divertida.

Después de comer, Íñigo y Xabi abrieron las botellas de alcohol y comenzaron a servir cubatas. Solo Cristina y Santiago se abstuvieron.

Alexander cambió el CD por uno de AC/DC, subió el volumen y «Back in black» resonó en cada rincón del jardín. El ambiente empezó a caldearse en cuanto

el alcohol llegó a la sangre de los muchachos. Comenzaron los cruces de miradas,

los acercamientos disimulados y, antes de que llegasen las doce de la noche apenas

quedaban ya resquicios de timidez.

— *Momma, look at me, I'm on the way to the Promised Land*[\[15\]](#) —cantaba Alexander con lengua de trapo desde el bordillo de la piscina. A continuación saltó

al agua con toda la ropa puesta y el cubata en la mano. No hizo falta que nadie animara al resto del grupo, porque a esas alturas estaban tan borrachos y exultantes

como el anfitrión; de modo que, coreando *I'm on the highway to hell*[\[16\]](#), todos se lanzaron a la piscina. Luego comenzó un bombardeo de zapatillas, calcetines y camisetas empapadas que, para diversión de Elvis, volaban directamente al césped.

Durante un rato, los chicos jugaron a levantar a las chicas sobre sus hombros

mientras ellas se empujaban unas a otras. Después salieron al césped y se sirvieron

más cubatas. Gorka rompió un vaso de cristal en el plato de ducha, Jessica vomitó

sobre el bordillo de la piscina y algún alma caritativa subió a Elvis a la mesa de piedra para que se diera el banquete de su vida. Santiago le vio lamer las acelgas y

lo bajó inmediatamente al suelo, con tan mala suerte que golpeó con el brazo una

botella de *whisky* y esta se derramó sobre la verdura. El niño recurrió a un puñado de servilletas para secar la comida como buenamente pudo. Luego cerró la botella y

corrió a tirarse de cabeza a la piscina.

Cárol y Marga sacaron marihuana de sus bolsos y liaron un par de porros que fueron pasando de boca en boca por todo el grupo.

Cuando los ánimos ya estuvieron bastante más calmados, los dieciocho se sentaron en el césped, fumando y bebiendo al ritmo de sus propios latidos bajo un

cielo cubierto de estrellas.

Se levantó una brisa fresca y, a falta de ropa seca, se cubrieron con sus toallas.

Entonces alguien dijo de jugar a la botella.

No hubo que insistir mucho para convencer a nadie. Formaron un círculo, tomaron una botella de Ballantine's y la colocaron en el centro del grupo.

—Pero este juego es un poco infantil —intervino Íñigo—. Conozco una versión bastante mejorada. ¿Queréis que os la cuente?

—Claro —respondió Saúl con una sonrisa divertida.

—La persona elegida tiene que vendarse los ojos. —Hizo una pausa y vio cómo las chicas se sonreían entre sí—. Con los ojos vendados esa persona gira la

botella otra vez y tiene que adivinar quién le ha dado el beso. Pero nada de besos en

los labios. Vamos a dar besos de verdad, con lengua incluida.

Se oyeron algunas risitas. Íñigo advirtió que las chicas permanecían en espíritu cooperativo y prosiguió explicando.

—Si adivina quién le ha besado, los dos tienen que encerrarse juntos en un armario durante dos minutos.

Las risas se volvieron más burlonas, pero más de un corazón tembló en ese momento. Cristina no pudo evitar mirar a Saúl. Lo vio echarse a reír y repentinamente sus ojos se encontraron. Ambos desviaron sus miradas rápidamente.

—¿Y qué pasa si no acierta?

—Si no acierta, le toca beber alcohol y la jugada se repite hasta que acierte.

—¿¡Qué!?

El grupo entero volvió a estallar en carcajadas.

—¡Ve a buscar un pañuelo, Álex!

Una vez que todos estuvieron sentados en el círculo, Íñigo propuso que Santiago hiciese los honores de elegir a la primera persona que debiera vendarse los ojos.

El niño se agachó en el centro del círculo y giró la botella. Dieciocho almas contemplaron expectantes el movimiento de la botella. Cuando por fin se detuvo, la

boca del vidrio señalaba directamente a Rebeca. La chica se cubrió el rostro con las manos y soltó una carcajada.

Apremiada por los gritos y las risas generales, se sentó en el centro del círculo.

—¡Vendadle los ojos!

Santiago le colocó el pañuelo rojo sobre los ojos y lo anudó con fuerza alrededor de su cabeza.

—¿Puedes ver algo?

La chica estaba roja como la grana y no podía parar de reír.

—¡Claro que no! ¡Acaba ya con esto!

—Ahora tenemos que cambiarnos de sitio para despistar —añadió Íñigo.

Entre un mar de risas y susurros, los muchachos se movieron de un lado a otro.

—Pero... —dijo Rebeca sin saber exactamente hacia dónde girar la cabeza—.

No pienso besar a una chica.

—Vale, vale. —Era la voz de Íñigo—. El primer chico a la derecha, ¿de acuerdo?

Rebeca asintió con la cabeza, palpó la botella y la hizo girar sobre la hierba.

Y el destino quiso que Damián fuera el elegido. Los muchachos corearon el

beso con gritos de entusiasmo y carcajadas incontroladas. Fue el primero de un pequeño desfile. Rebeca bebía y besaba, incapaz de adivinar la identidad de los autores. El segundo beso se lo dio Gorka y el tercero, Alexander.

Íñigo decidió que ya era hora de cambiar de jugador. La botella se giró

nuevamente y esta vez la suerte señaló a Saúl. Con una pletórica sonrisa, el muchacho se acomodó en el centro del círculo y dejó que Rebeca le vendara los ojos. Una vez que todos se hubieron cambiado de sitio, Saúl giró la botella.

Cristina sonreía expectante, con el corazón disparado por la impaciencia y los dedos cruzados. Vio cómo la botella señalaba a Cárol. Las risas generales se entremezclaron en su alma con un horrible sentimiento de celos y envidia.

Decepcionada, observó cómo la chica se arrodillaba frente a él y le regalaba un beso largo y apasionado.

Entre risas y vítores, Saúl comenzó a decir nombres al azar. Bebió un largo trago de Ballantine's y giró la botella de nuevo. Esta vez el destino señaló a Xabi.

Las carcajadas debieron despertar a los vecinos. Xabi levantó las manos en señal de

defensa.

—No tengo la menor intención.

Todos miraron a la derecha del chico. A Cristina se le desvaneció la sonrisa del rostro, allí estaba Claudia.

Cristina bajó la mirada, tratando de mantener una forzada sonrisa en la cara.

Cuando volvió a levantarla, advirtió la mirada condescendiente de Santiago. Había tanta lástima en la complicidad de su expresión, que en lugar de sentirse reconfortada se sintió todavía más miserable.

A continuación vio cómo Claudia se arrodillaba frente a Saúl y, en un

romántico gesto de ternura, rodeaba su cuello con sus brazos, le atraía hacia sí y le

besaba dulcemente en la boca. Cristina creyó morir. Después de lo que le pareció

una eternidad, ambos se distanciaron y Saúl dijo con una sonrisa que no daba lugar

a equívocos:

—Claudia. Eres Claudia.

El chico se quitó el pañuelo y le dirigió una mirada que Cristina conocía muy bien, una mirada que le había hecho sentir mariposas en el estómago una veintena

de veces y que ya no le pertenecía en absoluto.

—¡Al armario! —dijo Íñigo.

El grupo entero se levantó entusiasmado y se dirigió al interior de la vivienda.

Cristina sintió un nudo en la garganta y supo que iba a echarse a llorar. Nunca se había sentido tan humillada y ridícula como en aquel momento. Todavía sentada

en el césped, los vio desaparecer de su vista, pero ella ni siquiera se movió.

Permaneció con la mirada fija en la hierba hasta que las lágrimas cubrieron sus ojos y todo se hizo borroso. Alguien salió de la casa en ese momento y ella se apresuró a secarse las lágrimas con el dorso del brazo.

Era Santiago. La contempló en silencio y, sin saber muy bien qué decir o qué

hacer, tomó a Elvis en brazos y lo llevó hasta ella. Lo dejó con suavidad entre sus

piernas.

—Te traigo a Elvis.

—Gracias. —Cristina se sorbió los mocos.

—No dejes que te vea llorar, no se lo merece, es un imbécil.

—Sí que lo es. —Se dio cuenta de que lo estaba odiando.

El perro olfateó el rostro de Cristina y le lamió las mejillas.

—Mira, Cris, incluso Elvis es más listo que mi hermano.

Cristina sonrió entre lágrimas.

Hasta sus oídos llegó un estallido de carcajadas. Luego otro y otro más.

—Me voy a casa.

—Si te vas ahora, Saúl sabrá que es por él, todo el mundo lo sabrá.

—Me da igual.

—Espérate un rato. Lo suficiente para disimular.

Cristina suspiró. No solo tenía que sufrir en silencio semejante humillación, sino que también debía mantener la compostura de cara a la opinión pública. La vida podía ser terriblemente dura.

Cinco minutos después el grupo regresó al jardín. Para entonces, Cristina tenía una falsa sonrisa de oreja a oreja y jugaba animadamente con Elvis y Santiago. No dirigió ni una sola mirada a la pareja.

Los chicos formaron un nuevo círculo y Saúl hizo girar la botella. El destino volvió a sorprender a Cristina. Esta vez la boca de la botella se había detenido frente a ella. Las risas no tardaron en oírse. Una oleada de sangre



enrojeció su rostro.

Miró a Saúl y le vio esbozar una pícaro sonrisa.

—Vaya, Cris.

Ella se levantó y se sentó en el centro.

—No me lo puedo creer.

—Véndale los ojos, Saúl.

El rubio obedeció con una sonrisa de satisfacción. Cristina podía sentir el ritmo acelerado de su corazón bajo aquel revuelo de risas y bromas.

Íñigo propuso un nuevo cambio de posición. Se movieron todos a la vez.

Cristina podía oír las risas, los susurros y los pasos a su alrededor. Se sintió mareada y completamente perdida. Advirtió que tenía los labios reseco y se los humedeció con la lengua. Aquel gesto no pasó inadvertido y despertó nuevas

carcajadas.

—Ya puedes girar la botella. —Era la voz de Leo.

Cristina se arrodilló, colocó la botella en el césped y la giró con fuerza. Un instante después, las carcajadas resonaron estrepitosamente por todo el jardín.

—¡Silencio! —Aquella era Noelia.

Cristina advirtió movimiento y oyó susurros a su izquierda. Esperó con el corazón palpitante y tragó saliva. Percibió a alguien situarse frente a ella y, de pronto, sintió la presión de un beso furtivo, un beso que tímidamente se fue abriendo paso en su boca a través de una lengua insegura y torpe.

El grupo entero estalló en carcajadas. Cristina trató de contener la risa. Aquel

beso era algo sencillamente adorable, algo que le conmovía profundamente, aunque

estuviese muy lejos de hacerle sentir la felicidad que sentía con los besos de Saúl.

De pronto tuvo un presentimiento, la absoluta seguridad de que se trataba de alguien

completamente inexperimentado, un niño quizá. Sin embargo, comprendió al momento que decir su nombre podría ofender al pequeño ante la evidencia de su inexperiencia, del mismo modo que podría resultar fatídico para la autoestima del

autor en el caso de que no se tratara de Santiago.

El artífice decidió emprender una lenta retirada de su boca y acarició sus labios por última vez. Era la hora de dictar el veredicto y Cristina tuvo una maliciosa y vengativa idea.

—Es Saúl —dijo con aplastante seguridad—. Sé que es Saúl, besa exactamente

igual.

Las carcajadas resonaron estruendosamente.

—¿Pero qué dices, Janis!? —La voz de Saúl sonó a sus espaldas.

Cristina retiró el pañuelo de sus ojos y descubrió el sonriente rostro de Santiago a menos de un metro de distancia.

—¡Santi! ¡No me lo puedo creer!

—Eso es porque es mi hermano, es mi hermano, ¡sí, señores! —Pero en la mirada de Saúl había tanta sorpresa como escepticismo.

—Bebe, Cris. —Apremió Íñigo.

Cristina cogió la botella y desenroscó el tapón. Pero recordó todas las promesas que había hecho a su abuela y dirigió una dudosa mirada a Alexander. El

chico negó con la cabeza de un modo casi imperceptible.

—No, yo no bebo —dijo ella, al fin.

—¡Venga ya! ¡Bebe! ¡Así es el juego!

—Que no. —Cristina enroscó el tapón.

Íñigo la señaló con el dedo índice.

—Pues yo no pienso beberme las babas de Santiago.

El niño y Cristina le miraron visiblemente ofendidos.

—Santi. —Alexander señaló la botella de Coca-Cola situada sobre la mesa de piedra.

El pequeño se dirigió a la mesa, tomó la botella y se la dio a Cristina.

Aquello pareció conformar al mayor de los hermanos vascos, pero el resto del grupo se mostraba testarudo.

—Cris, tienes que respetar las normas del juego —intervino Marga.

Insegura, dirigió su mirada a Santiago.

—No bebas —susurró el niño a tan solo medio metro de ella, pero el resto de voces se unieron a un coro que exigía exactamente lo contrario.

Cristina mantenía la botella en la mano, incapaz de tomar una decisión. Vio a

Saúl apremiándola para que bebiera, riendo y coreando, y luego miró a Alexander

y lo descubrió en silencio, y advirtió en él una mirada fija, casi una amenaza silenciosa. Aquello fue suficiente.

—No. —Dejó la botella de Ballantine's sobre el suelo y bebió Coca-Cola.

Luego, desoyendo todas las protestas del corrillo, le hizo un gesto a Santiago para

que volviera a vendarle los ojos.

De nuevo a oscuras, y todavía escuchando protestas en voz baja, giró la botella

otra vez. Escuchó algunas risas y luego percibió cómo alguien se situaba frente a ella. Sintió entonces una mano tomando suavemente su mejilla. Solo fue un segundo

antes de conocer el beso de unos labios suaves y carnosos. La chica entreabrió la boca casi por inercia y a su lengua llegó la húmeda caricia de otra lengua, bastante

más ágil y audaz que la suya. Durante un tiempo indefinido se recreó en seguir el

ritmo de aquellos dulces movimientos mientras sentía su corazón palpar

desbocado. Había tanta ternura en aquel beso y resultaba tan delicado y profundo que deseó con toda su alma que se tratase de Saúl. Pero conocía la forma de besar

de Saúl y no tenía nada que ver con aquello.

Alguien rompió a reír, otra persona apremió divertida y otros más

murmuraron a sus espaldas. Cuando el autor del beso apartó la mano de su mejilla y

emprendió la retirada de su boca, Cristina se sintió incapaz de decir un solo nombre. Movida por la más absoluta curiosidad y una apremiante impaciencia, retiró el pañuelo de sus ojos.

Su respiración se entrecortó.

A medio metro de sus labios estaba el rostro de Alexander. Oyó las risas del grupo, pero él se limitó a mirarla con una profunda expresión que a Cristina le resultó imposible de entender. Se sintió traspasada por sus tiernos ojos castaños y a

su memoria llegó el día en el que lo había visto por primera vez en clase de inglés.

La había mirado del mismo modo y aun entonces se había sentido intimidada y nerviosa, y se había sentido deslumbrada por su silencio, su forma de comportarse

y su manera de vestir, y había deseado con toda su alma poder conocerlo. Ahora ya

lo conocía. Ahora era su amigo, era único y, para ella, era perfecto.

Una desbordante sonrisa afloró a su rostro.

Alexander se levantó rápidamente.

—No lo ha adivinado. —La miró de nuevo con sonrisa de burla—. Sal de tu estado de *shock*, Catsi, vuelves a jugar. —La rodeó y le ató el pañuelo.

Cristina escuchó cómo el grupo cambiaba de sitio. Giró la botella y escuchó nuevas risas y susurros. Alguien se acercó a ella, se agachó y la besó delicadamente

en los labios. Luego la lengua, sensual y apasionada, moviéndose cada vez más

rápido dentro de su boca. Cristina sintió un súbito cosquilleo en su estómago.

Los ecos de burla y las risas no se hicieron esperar más tiempo. Después el artífice del beso se alejó lentamente y el grupo entero aguardó en silencio.

—Es Íñigo.

Se quitó el pañuelo y vio al mayor de los hermanos vascos frente a ella.

Mientras oía las risas y los aplausos del grupo, se preguntó confundida cómo era posible que lo hubiera adivinado.

Con una sonrisa triunfal, Íñigo la tomó de la mano.

—¡Al armario conmigo!

Cristina no se había parado a pensar en las consecuencias de sus palabras, de modo que contempló desconcertada cómo todo el grupo se levantaba y los arrastraban hasta la planta superior de la casa. Allí los condujeron a una habitación

con una amplia cama de matrimonio, clásicamente decorada y embriagada por el mismo perfume que había olido en la cocina cuando la madre de Alexander hizo su

aparición.

Alexander abrió la puerta del armario y se apartó distraídamente. Ni siquiera los miró a la cara. Cristina comprendió entonces lo que estaba a punto de pasar y un

nudo atenazó su estómago. Miró el interior del armario. Era un espacio tan pequeño

que de ninguna manera podrían caber los dos a la vez.

—Súbete ahí. —Íñigo señaló la superficie de los cajones.

Cristina dudó. Se volvió hacia el resto de los chicos y, entre un mar de traviesas sonrisas, distinguió la forzada expresión de Saúl y el gesto desconfiado de

Santiago.

—¡Cris...! —Íñigo la apremió impaciente.

Cristina obedeció confusa y se sentó al modo de los indios sobre los cajones.

Íñigo entró con ella y se mantuvo de pie, luchando por apartarse de la cara los trajes de chaqueta que colgaban de las perchas. Lo último que Cristina pudo ver, fue

la mano de Marga pulsando el cronómetro de su reloj.

—¡Que lo paséis bien!

A continuación, se hizo la oscuridad.

Cristina tragó saliva. Tenía la boca seca. Íñigo tomó su cara entre las manos.

—¿Estás bien?

—Sí... —No se atrevía a decir la verdad, le daba demasiada vergüenza.

Íñigo bajó sus manos hasta tocar las piernas de Cristina y, suavemente, las estiró y las colocó alrededor de su propia cintura.

Cristina se tensó involuntariamente.

El chico rodeó sus caderas y la atrajo hacia él. Luego volvió a tomar su cara entre las manos y la besó del mismo modo que lo había hecho en el jardín.

Cristina cerró los ojos y deseó con toda su alma que el tiempo pasara cuanto

antes. Pero enseguida se dio cuenta de que el juego acababa de empezar. Estaba sintiendo la mano de Íñigo jugueteando con las tiras de su bikini cuando

lentamente la advirtió descender hasta su pecho. Se envaró al instante y le apartó la

mano.

—Vale, vale... —Iñigo volvió a besarla. Sin embargo, en apenas unos segundos lo intentó de nuevo.

Cristina apartó su mano otra vez.

—No pasa nada, Cris, solo es un juego. —De nuevo posó la mano en su pecho y volvió a besarla.

Cristina tragó saliva y ladeó la cabeza, evitando los labios del muchacho.

—No quiero... —Apenas pudo oírse a sí misma.

—¿Qué te pasa? —Pero continuó besándola el cuello sin esperar respuesta—.

Tú también puedes tocar...—Por fin retiró la mano de su pecho, pero tomó la de Cristina y la condujo hacia su entrepierna.

Ella retiró la mano de forma inmediata.

Iñigo suspiró impaciente y Cristina advirtió que estaba empezando a sentirse molesto. Sin mediar palabra, comenzó a besarla de nuevo. Seguidamente, acarició

la sutil curva de su cintura y descendió hasta sus caderas.

Cristina continuaba besando por inercia, concentrada únicamente en el

recorrido de aquella mano intrusa, temiendo que llegara otra nueva ocasión en la que tuviera que rechazarla. Después de lo que le pareció una eternidad, se oyó una

voz al otro lado de la puerta.



—¡Un minuto!

Creyó morir. ¿Cómo era posible que solo hubiera pasado un minuto? Se preguntó aturdida por qué motivo estaba permitiendo que sucediera todo aquello.

Porque formaba parte del juego, simplemente por eso. Ya había rechazado beber alcohol, ahora no podía estropear también aquella segunda parte. Si lo hiciera, Íñigo se enfadaría muchísimo y, seguramente, el resto del grupo también.

Recordó aturdida que había deseado que la botella le escogiese a ella, se había

imaginado allí adentro con Saúl ¡Qué tonta era...! Trató de pensar en algo

agradable. Recordó la sonrisa de Santiago y el beso de Alexander. Alexander r siquiera la había mirado antes de entrar en aquel armario, era su amigo, siempre sabía lo que la convenía. Sintió unas ganas incontenibles de escapar y correr a sus

brazos.

En ese momento la mano de Íñigo descendió por su estómago y continuó

descendiendo más todavía. Cristina pensó que se detendría al llegar a la braguita del

biquini, pero, por el contrario, y haciendo gala de una rápida destreza, metió la mano bajo la licra. Cristina encogió velozmente las piernas y luego las lanzó a propulsión contra el estómago de Íñigo. Este se golpeó la espalda contra la pared del armario y aulló cabreado.

—¡Serás puta!

Cristina abrió la puerta del armario y salió corriendo de la habitación, dejando

a todos los presentes con la boca abierta. Al llegar al pasillo, oyó la voz de Marga a sus espaldas:

—¿La ha llamado puta?

Sin querer mirar atrás, buscó desconcertada un sitio donde esconderse, abrió la primera puerta que encontró y entró en la habitación. A la luz de las farolas del

jardín, descubrió que estaba en la habitación de Alexander. Se dio la vuelta y echó el pestillo a la puerta.

Por primera vez en un rato largo, logró respirar tranquila. Advirtió entonces que le temblaban las piernas, se sentó en el suelo y sintió los ojos llenos de lágrimas. Alguien comenzó a aporrear la puerta, oyó gritos y risas, y la voz de Alexander, quien gritaba cabreado:

—¡Solo tiene catorce años! ¡Catorce años, imbécil!

—¿Cómo iba a saberlo? ¡Nadie me lo ha dicho!

—Me parece a mí que tú eres «un listo», ¿no? —Saúl también estaba furioso.

Las voces se solaparon unas a otras hasta el punto de que toda la discusión se hizo ininteligible.

A continuación llamaron de nuevo a la puerta, giraron el picaporte varias veces y oyó su nombre en boca de muchos, pero ella no respondió. No quería ver

absolutamente a nadie, solo quería que la dejaran en paz.

Luego advirtió que las voces desaparecían escaleras abajo.

—Cris, soy Álex. Abre la puerta.

Cristina levantó la cabeza y permaneció silenciosa. Se sentía demasiado avergonzada como para querer hablar con él.

—Déjame pasar, necesito coger una camiseta.

Cristina dudó. No, solo era un truco. Decidió mantenerse en silencio.

—Vamos, Catsi... Estás en mi habitación, no sé cómo lo verás.

La chica volvió a dudar, aquello era cierto. Se levantó y abrió tímidamente la puerta. Alexander estaba apoyado en el marco de la puerta. La miró con expresión

calmada.

—¿Se puede?

Ella se hizo a un lado y el chico entró. Descubrió entonces a Saúl en el pasillo,

caminando directamente hacia ella.

—¡Janis!

Cristina cerró la puerta con pestillo justo cuando el chico estaba a medio metro del umbral.

—¡*Jova*, Janis...! ¡Eres una borde!

Ella se sentó en el suelo y observó el rostro de Alexander en la penumbra.

—¿Qué ha pasado? —Había rabia contenida en su voz.

—Nada.

Alexander la miraba fijamente.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada.

—¿¡Qué ha pasado!?

—¡Nada! —Ocultó el rostro entre las manos. De pronto sentía vergüenza y asco.

Alexander se sentó junto a ella y pasó el brazo por sus hombros.

—Cris..., dímelo. No se lo voy a decir a nadie.

Cristina se mantuvo en silencio y el chico la estrechó entre sus brazos. Las voces del grupo llegaron hasta ellos a través de la ventana, habían regresado al jardín. Alexander paseó la mirada por el techo de la habitación.

—Lo estaba viendo venir. En cuanto he visto cómo te ha mirado en las presentaciones.

Ella levantó el rostro.

—¿Cómo me ha mirado?

—Ya sabes cómo te ha mirado.

—No, no lo sé.

—Ahora ya lo sabes.

Hubo un largo silencio.

—Lo siento mucho, Álex. Siempre os estoy dando problemas.

—No digas eso. Nuestras vidas serían mucho más simples y aburridas sin tus *dramones*.

Rompieron a reír a carcajadas. Luego Cristina descansó la cabeza sobre su pecho y cerró los ojos.

—¿Sabes una cosa, Catsi? —Su voz sonaba divertida—. Ya he perdido la cuenta de las veces que me has abrazado en las últimas veinticuatro horas. Ella sonrió avergonzada y trató de echarse hacia atrás, pero Alexander la retuvo entre sus brazos.

—No... Solo era una broma.

Se quedaron los dos en silencio durante un largo rato.

—¿Por qué dijiste su nombre? Si no querías ir al armario con él, ¿por qué no dijiste otro nombre cualquiera?

—No lo sé. Ni siquiera me di cuenta de lo que iba a pasar.

—¿Besa bien?

Cristina dudó. Finalmente se atrevió a decirlo.

—Tú besas mucho mejor.

Alexander sonrió con arrogancia. Se quedó pensativo un instante.

—¿Beso mejor que Saúl?

Cristina dudó de verdad.

—No sé... Diferente.

—¿Y eso qué significa?

—¿Por qué te interesa tanto quién besa mejor?

—Tengo que conocer a la competencia del pueblo.

La mirada de Cristina brilló de admiración.

—Tú no tienes competencia.

Alexander sonrió pleno de satisfacción. Luego rio con burla.

—Pero tenemos un nuevo grupo enemigo en la *gymkhana*.

—Sí, con nombre de película porno.

Los dos rieron.

—Si quieres volver a casa, no tienes por qué salir al jardín.

—Tengo que recoger mis cosas.

—Santi lo hará encantado por ti.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Verás. —Alexander se levantó, abrió la puerta lentamente y comprobó que todo estuviese en silencio—. ¡Santi...! ¡Santi!

Se oyeron pasos en la planta baja.

—¿Está bien?

—Sí, recoge sus cosas. Quiere irse a casa.

Cristina se asomó por la puerta y vio a Santiago al pie de las escaleras.

—Santi, mi ropa está tirada en el césped: zapatillas negras, unos vaqueros cortos, una...

—...Una camiseta roja. Y la toalla es azul. No te preocupes, Cris, me lo sé de

memoria. —Santiago sonrió y desapareció a toda prisa.

Hubo algo en aquella predisposición de Santiago, que logró conmover profundamente a Cristina.

Cuando por fin tuvo en sus manos la ropa húmeda, comprendió que no tenía nada que ponerse. Alexander le ofreció entonces una larga camiseta negra de Guns

N' Roses.

—Una por mí y otra por ti.

Cristina la aceptó entusiasmada, le quedaba tan larga que le servía de vestido.

El muchacho la vio tan contenta que decidió regalársela.

Los tres salieron a la calle y emprendieron el camino a casa de Cristina.

Santiago vestía tan solo su bañador rojo y una vieja mochila colgando de su hombro. Cristina llevaba aquella camiseta hasta las rodillas que contrastaba con sus

piernas blancas, y tanto Alexander como ellos dos arrastraban sus zapatillas empapadas e iban dejando un rastro de agua tras sus pasos. A la vista de cualquiera,

los muchachos parecían los supervivientes de un naufragio.

Se despidieron en la puerta de la vivienda. Santiago emprendió el camino a su casa y Alexander comentó que debía regresar a la suya antes de que alguien intentara incendiarla.

No fue hasta el momento de conciliar el sueño, cuando Cristina recordó la forma en la que Claudia había rodeado a Saúl con los brazos en el momento de

besarle. Sintió una punzada de dolor en el estómago. Nadie había tocado a nadie durante los besos. Aquello era un gesto involuntario de amor y Saúl se había rendido a sus pies.

Luego sintió cómo el sueño se iba apoderando de ella. A su mente vino el lejano recuerdo de una mano tomando su mejilla. Fue como una luz a punto de encenderse en su adormilada conciencia, pero la luz naufragó irremediabilmente en

un océano onírico de voces, risas, besos y rostros. Y ella, finalmente, se quedó dormida.

14me e

*What would you think if I sang out of tune?*

*Would you stand up and walk out of me?*

«With a little help from my friends», The Beatles[\[17\]](#)

Claudia y su abuelo Leandro se habían sentado de nuevo a la mesa del jardín.

Las hojas de la parra se mecían suavemente sobre sus cabezas y el sol les acariciaba

suavemente y por momentos, según se acomodaran de un modo u otro en las sillas.

Era primera hora de la mañana y dos vasos de agua descansaban sobre la mesa.

Ahora Claudia tenía su propia armónica. Ella misma había ido a Talavera la mañana anterior para comprarla por encargo de su abuelo. «Una armónica de *blues*

en Re Mayor —había dicho este último—. Eso es lo que debes pedirle al dependiente».



Bien, ahora Claudia tenía entre sus manos su nueva armónica de *blues*. Su abuelo sostenía la suya propia con una mano y con la otra apuraba las últimas caladas de un Ducados. La muchacha le observaba en silencio y con expresión severa. Y su severidad no se debía solo a lo inoportuno de aquel cigarro, sino también al dolor de cabeza que la resaca le estaba produciendo y, sobre todo, al recuerdo de los últimos acontecimientos de la noche. ¿Por qué las cosas habían terminado tan mal? ¿Cómo podía tener Saúl tanta cara dura? Después de aquellos besos en el armario nadie dudaba ya de que estaban destinados a pasar aquella noche a solas. Sin embargo, Saúl los había sorprendido a todos al tomar a Cárol de

la mano y llevársela al cuarto de baño de la planta superior. Claudia todavía recordaba el sabor amargo de los celos y de la humillación, recordaba haber deseado desaparecer de esa fiesta como lo había hecho Cristina. Saúl era un majadero imprevisible, y a aquellas alturas del verano lo odiaba con todas sus ganas.

A Leo tampoco le había ido mucho mejor. Pobre Leo. Se había pasado la

noche entera lanzando disimuladas miradas a Alexander. Pero el chico no se había

dado ni cuenta. A Claudia no le había pasado inadvertido que había regresado particularmente raro de casa de Cristina. Se había sentado, taciturno y hosco, en un

rincón del jardín y se había emborrachado a conciencia. Luego se había acercado a

Rebeca para preguntarle si quería acompañarle a su habitación a buscar un disco de música. Claudia había visto aquella sonrisa divertida en el rostro de la chica al tiempo que afirmaba con la cabeza, y había visto también el dolor asomando a los

ojos de Leo. Finalmente, la pareja había tardado una hora y media en bajar de nuevo. Sin ningún disco de música, claro.

Pero Claudia era demasiado fuerte y tenía demasiado orgullo como para

permanecer afectada por todo aquello durante demasiado tiempo. Quería

concentrarse en la armónica, tenía todavía grabada a fuego aquella melodía que le

había escuchado a su abuelo un par de noches atrás. Aquel instante había despertado

algo en ella, algo oculto hasta entonces. Un deseo exacerbado por tocar de la misma

manera, una necesidad imperiosa de aprender, de conocer todos los secretos de la

música. Ahora Claudia tenía un objetivo personal, un objetivo que solo dependía de

ella y de su fuerza de voluntad, y no de los ataques de bipolaridad de otras personas.

Eso le producía una sensación de fortaleza y alivio. La armónica estaba en sus manos, podía lograrlo.

—Bien —comenzó su abuelo—, la armónica tiene diez agujeros. Cuando expiramos producimos una serie de notas. Cuando aspiramos producimos otra completamente distinta. Veinte notas en total. Podemos tocar la armónica diatónica,

eso lo hacemos cuando expiramos más notas de las que aspiramos.

—¿Como lo hiciste tú el otro día?

—Yo aspiraba más de lo que expiraba. Eso es la armónica cruzada, la armónica del *rock*, el *jazz* y el *blues* por excelencia. Te enseñaré todo lo que yo aprendí a tu edad, cómo colocar los labios, la lengua, cómo aspirar y expirar, efectos de sonido, vibratos y trémolos... Y tendrás que aplicarte al

máximo y practicar diariamente si quieres dominar todo esto para finales de agosto.

Claudia asintió con la cabeza, notando la presión del entusiasmo en el pecho, completamente concentrada ahora en la lección.

Cristina cantaba. Cantaba en la ducha, al limpiar su habitación, al regar el jardín, tendiendo la colada en el tendedero, fregando los platos y haciendo su cama.

Cantaba con tanto entusiasmo que su voz se había hecho famosa en todo el vecindario. Aunque doña Elisa no dijera nada al respecto, le encantaba escucharla desde la planta baja, mientras limpiaba el salón o preparaba la comida. La voz de su

nieta le transmitía fuerza, alegría y ganas de vivir. Sin embargo, continuaba mostrándose severa y exigente con ella. No quería que la chica comenzara a confiarse y retomara de nuevo aquella actitud libertina que tantos quebraderos de cabeza le había estado dando hasta entonces.

Mientras preparaba un bizcocho de chocolate, la oyó bajar las escaleras precipitadamente y luego asomarse jadeante por la puerta de la cocina.

—Me voy a la cabaña, *abu*.

—No llegues tarde a cenar.

Y desde la ventana la vio sacar su bicicleta al jardín.

—¿Una armónica? —A Saúl se le desorbitaban los ojos—. Entre el violín y la armónica vamos a parecer un grupo de vaqueros de la Texas profunda.

Claudia lo miraba ofendida.

—¿Y qué tendría eso de malo?

Se hallaban los seis sentados en círculo en el suelo de la cabaña. Claudia mantenía la armónica en sus manos. Al terminar su pregunta, el grupo entero comenzó una lluvia de opiniones y comentarios en voz tan alta que nadie lograba escuchar a nadie.

—¡Silencio! —bramó Alexander por tercera vez. Y en esta ocasión sí logró que el resto obedeciera—. ¿Por qué no quieres hacernos una demostración?

—Ya os lo he explicado, aún no estoy preparada, pero aprendo rápido.

—¿En qué parte de la canción de los Doors quedaría bien una armónica?

Sinceramente —el rubio meneó la cabeza—, ya tenemos suficientes problemas con

hacer un hueco al violín.

—¿Disculpa? —Ahora Leo lo miraba completamente indignada.

—Quizá quede bien en el hueco de tu batería, teniendo en cuenta que todavía no sabes hacer ni un redoble de tambor.

—¡Silencio! —gritó Alexander de nuevo, pero no fue necesario. Saúl y

Claudia se miraban ahora con furia contenida—. Si la armónica es lo mejor que se

te ha ocurrido, entonces adelante. Ya veremos en qué partes de la canción podemos

incluirla.

La rubia enarcó una ceja de rechazo, pero guardó silencio. Evidentemente,

Alexander no había oído tocar a su abuelo, ignoraba por completo las posibilidades

de su pequeño instrumento.

—También he decidido hacer un dúo, secundar a Cris en la voz, si a ella no le importa. —Había tardado mucho en decidirse a hacerlo y a decirlo. Ahora que tenía

su propio instrumento, no le importaba aportar también su voz de modo secundario.

Carecía de la potencia de Cristina y de su facilidad para alcanzar las notas más agudas, pero sabía que aquella mezcla podría quedar bien.

Cristina la miró sorprendida y, encogiéndose de hombros, reconoció que no le importaría probar. Así que dedicaron aquella tarde de ensayo a conectar sus dos

voces y escuchar los resultados en una grabadora.

El resto del grupo se mostró entusiasmado, de modo que aprobaron el canto a dúo para el estribillo de la canción. Luego Alexander sacó de su mochila un juego

de ajedrez y un libro de estrategias, y comenzaron un pequeño torneo entre ellos.

Para asombro de todos, Santiago se erigió ganador en las cinco ocasiones en las que compitieron.

Cristina lo observaba perpleja. No había conocido jamás en su vida a un niño como Santiago. A juzgar por las expresiones del resto de los adolescentes, ellos tampoco.

Y así fue como llegó el viernes por la mañana. Los chicos se presentaron puntualmente en el salón cultural de Vistaclara, donde se unieron a los

diecinueve grupos restantes. Los monitores habían provisto la sala de una veintena de mesas con sus respectivos tableros de ajedrez.

Las Diosas del Alba recibieron a los Sustain Souls con el entusiasmo de siempre. También charlaron animadamente con los Metal Riff y los Silver Road.

Tampoco los Galope Salvaje se mostraron esquivos en absoluto. Si bien Íñigo se hizo el distraído y ni siquiera se acercó a saludarles.

—¡Sustain Souls! —gritó Dulce desde una de las mesas—. ¡Sustain Souls, venid aquí inmediatamente!

La pandilla acudió obedientemente.

—Bien —prosiguió Dulce—, la prueba funciona de la siguiente manera: en la primera ronda vais a competir todos los miembros de cada equipo. Aquellos

equipos que consigan más victorias que derrotas pasarán a semifinales con sus miembros ganadores. Saúl, ¿te importaría dejar de mirar a Las Diosas del Alba y prestarme un poco de atención? Haréis dos rondas más y ganará el equipo que cuente con mayor número de jugadores ganadores. Las partidas son rápidas, es decir, no tendréis más de tres cuartos de hora para cada una de ellas. —De pronto

calló y les miró uno a uno—. Es una prueba agotadora. Espero que hayáis practicado.

Después de casi tres horas, los Sustain Souls pasaban a semifinales con tres de sus seis jugadores: Santiago, Alexander y Cristina.

Los chicos estaban pletóricos y nerviosos. Mantener a tres jugadores colocaba al grupo entre los once mejores. Tras un descanso de diez minutos, Dulce reunió de

nuevo a la pandilla.

—Os enfrentáis a Las Diosas del Alba, Cruce de Caminos y Galope Salvaje.

¿Quién quiere competir contra quién?

Alexander se volvió hacia los clasificados de cada grupo.

—Galope Salvaje es para mí.

Cristina sugirió entonces que Santiago era el más indicado para competir contra Cruce de Caminos. Ella se encargaría de Las Diosas del Alba.

Los muchachos se dirigieron a sus respectivos asientos. Santiago observó silencioso a su contrincante. Se trataba del bibliotecario, se llamaba Roberto y hacía

ya años que había rebasado los cuarenta.

El hombre lo miró escéptico. Había visto crecer a aquel niño y jamás hubiera imaginado que tuviera ningún tipo de habilidad para jugar al ajedrez. Sin embargo,

ahí estaba, era su oponente y le sonreía con aquella expresión de burla que le convertía en el vivo retrato de su hermano Saúl.

—¿De qué te ríes, alma de cántaro?

—Yo me lo cuento y yo me lo río.

Roberto soltó una carcajada.

—Santiago, no sé cuántas velas habrás encendido a la Virgen de Vista Clara para llegar a semifinales... Pero ahora abre bien los ojos y no te confíes.

Santiago se encogió de hombros y le dedicó una enorme sonrisa.

—Tú tampoco, Rober.

Cristina se sentó frente a Irene.

—Buena suerte.

—¡No seas tan amable, Cris! ¡Tengo que destruirte!

Alexander permanecía cómodamente sentado frente a Íñigo. El vasco le dirigió una amistosa sonrisa.

—Antes de ayer estaba demasiado borracho... Quizá me pasé un poco.

Alexander mantuvo una expresión inescrutable y perdió su mirada en la mesa donde Cristina e Irene conversaban animadamente. De pronto Cristina se giró hacia

él y le dedicó una simpática sonrisa. Alexander correspondió con un gesto de cabeza y luego miró a Íñigo de nuevo.

—Ya.

En aquel momento el coordinador tocó el silbato. Los jugadores de fichas blancas pulsaron los temporizadores que descansaban junto a los tableros. Las partidas acababan de empezar.

Cristina apenas tardó veinte minutos en erigirse ganadora. Irene frunció el ceño y se llevó las manos a la cabeza cuando su amiga logró un fulminante jaque

mate. Luego se estrecharon las manos y dieron cuenta del resultado a sus respectivas monitoras. Dulce sonrió por primera vez desde que Cristina la



conociera y se encaminó alegremente a la mesa del coordinador para apuntar el resultado.

A continuación, Cristina observó desde su asiento el desarrollo de las partidas de Santiago y Alexander. Santiago estaba haciendo sudar al bibliotecario. El hombre

se mesaba la barba y el cabello a partes iguales. Era evidente que se sentía tremendamente sorprendido por la destreza de su contrincante y no estaba dispuesto

a concederle ningún movimiento en falso. En ese momento, Santiago movió una torre negra y, con una amplia sonrisa, tomó un alfil blanco y lo sacó del tablero.

Roberto se removió incómodo en su asiento y el niño aprovechó la ocasión para echar un vistazo a su alrededor. Cristina le hizo señas con la mano y al momento comprendió la buena noticia. Los dos sonrieron entusiasmados.

Al otro lado de la sala, Alexander e Íñigo parecían enzarzados en un duelo no menos igualado. Presa de una profunda curiosidad, Cristina se acercó a la mesa. El

monitor de Galope Salvaje le hizo un gesto para que guardara silencio. Los jugadores levantaron las cabezas al verla llegar y volvieron a sumirse en la partida

de forma inmediata.

La chica contempló el tablero. Alexander había perdido los dos alfiles y una torre, pero por suerte, mantenía la reina y parecía servirse ágilmente de los caballos. Íñigo, por el contrario, había perdido la reina, una torre y un alfil, y también mantenía una buena ofensiva con los caballos. Ambos conservaban un escaso número de peones.

Íñigo comprobó el tiempo en el reloj de mesa. Apenas tenía ya diez segundos

para realizar su movimiento. Malhumorado, enfiló una torre hacia adelante. No parecía haber intención en aquel gesto, pero Cristina advirtió el nacimiento de una

jugada que podía poner fin a la suerte de Alexander en tan solo cuatro movimientos.

Con el corazón acelerado, aguardó la reacción de su amigo. Alexander observó la

zona de peligro y no pareció encontrar nada que pudiera preocuparle, de modo que

regresó a su ofensiva y trató de provocar un jaque con uno de sus caballos.

Íñigo retomó su propia ofensiva, esta vez moviendo uno de sus alfiles.

Cristina comprendió que el chico se había percatado de sus posibilidades.

Alexander analizó la situación y, encogiéndose de hombros, retomó su propia

jugada. En esta ocasión se llevó un peón por delante. Íñigo ignoró la pérdida y volvió a centrarse en su ataque. Para ello utilizó un caballo con el que cercó al rey.

Cristina comprendió que dos movimientos más producirían el jaque mate de

Alexander. Con la tensión reflejada en el rostro, observó cómo el chico ignoraba el

inminente desastre y retomaba su ataque sobre el rey de Íñigo. Estaba a punto de utilizar uno de sus caballos, cuando sintió el impetuoso deseo de advertirle.

—¡No...! —Fue tan solo un leve susurro que paralizó la mano de Alexander.

—¡Descalificados! ¡Descalificados! —La voz del monitor retumbó por toda la sala.

Más de cincuenta cabezas se volvieron hacia ellos.

—No, por favor... —La chica apenas reconoció como suyo aquel hilo de voz.

El monitor hizo un gesto con las manos que no daba lugar a objeciones.

—Los Sustain Souls están descalificados de esta prueba.

Se oyeron aplausos a la entrada de la sala. Eran Los Reyes de Queens.

Íñigo dedicó una amplia sonrisa a Cristina.

—Gracias, preciosa.

Alexander se levantó bruscamente y se alejó sin mediar palabra en dirección a la salida.

—¿¡Es que no podéis hacer nada bien!?! —Era Dulce, que se dirigía hacia

Cristina con auténtica expresión de furia, pero esta no tenía ánimo suficiente para encarar su reprimenda, de modo que se apresuró a seguir los pasos de Alexander.

Santiago se levantó de su mesa y se interpuso en su camino.

—¿¡Qué ha pasado!?!?

—Lo siento mucho. Yo...

Caminó hacia la puerta del salón, en donde Leo, Saúl y Claudia aguardaban

con expresiones de verdadera decepción. Evitó su lluvia de preguntas y salió a la calle. Encontró a Los Reyes de Queens apostados contra la fachada del edificio, le

sonrieron con expresiones de burla. Otra docena de grupos rumoreaba a su paso.

Ajena al revuelo general, distinguió a Alexander alejándose calle arriba a

paso ligero.

—¡Álex, lo siento mucho! ¡Espérame! —Corrió tras él—¡Lo siento! ¡Espera!

El chico se volvió hacia ella con brusquedad.

—¿¡Por qué lo has hecho!? ¡Lo tenía, Cristina! ¡Lo tenía! ¿¡O acaso crees que soy tonto!? ¿¡Crees que no sabía lo que estaba haciendo!? ¿¡Crees que soy un idiota

o qué!?

Cristina lo miró intimidada.

—No.

—¿¡No!? ¿¡No qué!? ¡A ver cómo arreglamos esto, porque a no ser que seas la mejor nadadora del mundo, lo llevamos claro! —Le dirigió una mirada de burla—.

¿Eres la mejor nadadora del mundo?

La chica sintió un nudo en la garganta.

—No...

—No, claro que no. —Dio una patada a una piedra y se encaminó cuesta arriba.

Lo observó alejarse y luego oyó voces a su espalda. Se volvió hacia la puerta del salón cultural y encontró a Saúl enzarzándose a empujones con Mateo Cuatropajas. Hicieron falta tres monitores para separarlos.

Sin ánimo de contemplar aquella escena, dio media vuelta y se marchó a casa.

La tensión era palpable en el interior de la cabaña. Alexander había escrito la tablatura de la canción de los Doors en una gran cartulina blanca, y luego la había

colgado en la pared, a la vista de todos los presentes. Pero cuando Cristina sugirió

la posibilidad de hacer lo mismo con la letra en inglés, el muchacho se negó en redondo.

—Si la escribimos en una cartulina, te pasarás el verano entero leyéndola y no serás capaz de memorizarla.

—Eso no es verdad. Me vendría genial para poder aprenderla más rápido.

—Saúl, empezamos a la de tres.

—Álex, estoy hablando contigo. —Le estaba mirando en un dolor contenido, a la espera de que el chico la mirase a los ojos, pero esto no sucedió.

—Ya te he dicho que no. Saúl, deja ya el cigarro y coge las baquetas.

—Álex, quiero escribir la letra en la cartulina.

—Escríbela donde quieras, no vas a colgarla en la pared. Saúl...

—Ya voy, ya voy... —Saúl apagó el cigarro en el cenicero y tomó asiento ante la batería.

—Bien, ¿todos preparados?

Cristina todavía lo miraba perpleja. El muchacho ni siquiera pareció percatarse.

—Una, dos y tres.

Como de costumbre, Saúl arrancó a la batería sin tener ni remota idea de lo que estaba haciendo. Hacía ya días que el grupo había asumido que no podían esperar a que el rubio se pusiera al día porque aquello podría llevarle todo el verano. De modo que le daban espacio y tiempo para continuar tanteando mientras

ellos trataban de unificar sus instrumentos en algo parecido a una melodía. Después

Alexander se incorporó con el bajo y alzó su mirada buscando la reacción de Santiago. Pero al contrario de lo que esperaba, el niño ni siquiera sostenía la guitarra. La tenía colgada en bandolera y lo observaba fijamente. Alexander cortó

la melodía.

—¿Qué...?

—¿Qué te pasa, Alexander?

—¿Qué?

—El otro día perdimos la prueba de piraguas porque mi hermano se lió a guantazos con Los Legionarios del Sur.

Ahora que el adolescente ya sabía de qué lado soplaba el viento, trató de serenarse en su reacción.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Todo el mundo se equivoca.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Pero actúas como si lo pensaras.

Alexander se volvió hacia el resto del grupo con una sonrisa de burla.

—¿Estáis de acuerdo con esta escenita? —Pero enmudeció al percatarse de que

estaba actuando tal y como lo habría hecho su padre al sentirse acorralado. Aquella

idea le provocó un doloroso repudio hacia sí mismo y, confundido, bajó la mirada

hacia el suelo.

—Claro que no, Álex. No hagas ni caso a mi hermano.

—A ver... —Leo miraba al adolescente con la misma expresión maternal que su madre solía utilizar cuando su padre hacía algo incorrecto—. Estás enfadado porque podrías haber ganado, pero Saúl también echó a perder la prueba de las piraguas. Déjalo ya.

—Ya lo he olvidado. —Miró a Cristina, quien le contemplaba en un silencio ansioso y dolorido—. No estoy enfadado contigo, Cris. No soy ningún crío.

Ella afirmó con la cabeza.

—Puedes escribir la letra si eso es lo que quieres.

Cristina lo miró confusa. Había algo en aquella actitud de Alexander que le provocaba un extraño sentimiento de rechazo, de modo que se limitó a negar con la

cabeza.

—Bueno —intervino Claudia —, ¿todos contentos? ¿Podemos seguir?

Continuaron ensayando hasta la media tarde. A las seis y media, decidieron

tomarse un descanso. Sacaron Coca-Colas de la nevera portátil y salieron a la terraza. Solo Alexander decidió quedarse en el interior practicando un rato

más.

Leo mostró entonces su paquete de Fortuna y ofreció cigarrillos. Cristina

dudó atormentada. Había prometido a su abuela que no volvería a fumar. Pero en aquel momento la tentación se hacía demasiado grande y la promesa parecía tan solo el débil recuerdo de un mal sueño acaecido muchas noches atrás. A la luz del

día, no resultaba en absoluto importante ni amenazadora.

—Tengo chicles, Cris, no te agobies.

De modo que aceptó un cigarro.

Se quedaron un rato en absoluto silencio, lo cual era muy agradable tras los ensayos.

—Esta noche abren el cine de verano —comentó Santiago—. Van a estrenar *Men in black*. Podríamos ir a verla.

—¿Ver el qué? —Alexander hizo acto de presencia. Enseguida fijó su mirada en Cristina y en el cigarro que sostenía en la mano.

—¿Qué estás haciendo?

Ella lo miró en suspense.

—¿Cuántas veces voy a tener que dar la cara por ti? —Furioso, le arrebató el cigarro de un manotazo y se lo llevó a los labios. Sin añadir nada más, regresó a la

cabaña y retomó el ensayo.

Cristina se mantuvo en silencio ante el estupor general. Luego dirigió una



mirada de indiferencia al pequeño.

—¿A qué hora es el cine, Santi?

15

*You're my angel, come and save me tonight.*

«Angel», Aerosmith[\[18\]](#)

El cine de verano estaba situado cerca del salón cultural. Se trataba de un amplio solar cercado por altas paredes de piedra, provisto de un centenar de sillas

de plástico, grandes focos y altavoces, y una magnífica pantalla de cine que se alzaba majestuosa sobre la pared frontal y cuyas proporciones no dejaban

indiferente a nadie. En la parte trasera del solar se había improvisado un minibar donde se vendían palomitas, refrescos y todo tipo de dulces y chucherías para deleite y satisfacción de la chiquillería.

Aquella noche Cristina había cambiado sus camisetas negras por un vestido amarillo de tirantes. Doña Elisa la había despedido con una sonrisa de oreja a oreja

mientras abandonaba la casa acompañada de Santiago.

El cine estaba a rebosar cuando entraron. Docenas de niños y adolescentes iban de un lado a otro, con bolsas de patatas y latas de refrescos en las manos. Sus

gritos y risas hacían casi imposible atender a los anuncios que aparecían en la pantalla.

Cristina se sintió cautivada al instante, cuando atisbó las estrellas del cielo de verano sobre la pantalla. Le embargó un insoportable sentimiento romántico y

se sorprendió a sí misma imaginando a Saúl junto a ella. Aquella fantasía duró tan solo un segundo, pues enseguida se lo recriminó y la apartó de su mente.

Santiago le dedicó una mirada de incontenible felicidad.

—¿Dónde quieres sentarte?

Ella se encogió de hombros.

—En cualquier parte... menos ahí. —Señaló al grupo de Mateo Cuatropajas, situado en las últimas filas del lateral izquierdo—. Ni ahí... —señaló a la pandilla

de Beni Mariposas, ubicada quince filas por delante de los anteriores—. Ni ahí tampoco... —Señaló a los Galope Salvaje, quienes se encontraban justo entre las

dos pandillas.

Ambos rompieron a reír.

—¡Va a ser un poco complicado...! Pero tus deseos son órdenes.

Con una amplia sonrisa, Santiago tomó su mano y caminaron por el pasillo central. Cristina advirtió las miradas de todos sus enemigos cayendo sobre ellos y

se sintió profundamente aliviada cuando encontraron varios asientos vacíos en la décima fila del lateral derecho.

—Es una pena que nadie más haya querido venir.

—No te sorprendas si les ves aparecer de un momento a otro, Cris. ¿Quieres que vayamos a por palomitas?

Cristina miró la hilera de sillas vacías junto a sus asientos.

—Pero alguien debería guardarnos el sitio.

—¿Sabes una cosa? Gorka, Xabi y Damián no paran de mirarnos.

Cristina se volvió hacia su izquierda y les sorprendió girando sus cabezas precipitadamente hacia otro lado.

—Bueno... ¿Y qué?

—Nada, a mí me caen bien.

—A mí también.

—¿Quieres jugar a un pulso chino?

—Claro.

Se cogieron de los dedos y trataron de aplastarse los pulgares. En un segundo ya estaban riendo despreocupadamente. Tras varios asaltos, se dieron un descanso.

—Oye, Cris, el otro día estuve pensando en Batman y Superman.

Cristina soltó una carcajada.

—¿Y qué pensabas?

—Si los dos se enfrentasen en un combate a muerte, ¿quién crees que ganaría?

—Ganaría Superman, claro.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque tiene una fuerza sobrehumana. Superman viene de otro planeta, incluso puede hacer girar la tierra en sentido inverso, pero Batman solo es un hombre.

—Pero ha recibido el mejor entrenamiento del mundo.

—¿Y qué?

—Si Batman descubriera la *kriptonita*, Superman no tendría nada que hacer.

—Podría hacer un esfuerzo y salir volando. Batman no puede volar tan lejos como Superman, nunca podría alcanzarlo.

Santiago la miró escéptico.

—¡Cristina, sé realista, por favor! Superman no puede mover ni un dedo cuando tiene cerca la *kriptonita*! ¿Cómo podría salir volando?

Cristina se mordió el labio y lo miró pensativa.

—¿Y si Goku luchase contra Son Gohanda? ¿Quién crees que sería el mejor?

Cristina sopesó su respuesta.

—Son Gohanda, creo.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. Piensa que Goku tardó mucho tiempo en convertirse en *superguerrero*, pero Son Gohanda lo consiguió siendo un niño. ¡Son Gohanda ganaría seguro!

Mientras Santiago meditaba sobre sus palabras, Cristina descubrió asombrada que se sentía increíblemente bien manteniendo conversaciones infantiles. Casi había

olvidado lo tranquila y despreocupada que era su vida antes de conocer a Saúl y a

Alexander. En ese instante se alegró muchísimo de estar a solas con Santiago.

—¡Sustain Souls!

Se volvieron sorprendidos hacia las filas de atrás. Allí estaban Marga, Cárol, Jessica, Noelia, Irene y Rebeca.

—¡Eh! —Cristina sonrió divertida—. ¿Desde cuándo estáis ahí?

—¡Venid aquí con nosotras!

—¡Aquí se ve mejor! ¡Venid vosotras!

—¡Silencio!

Los dos grupos giraron sus cabezas hacia la izquierda y encontraron las simpáticas sonrisas de Gorka, Xabi y Damián. Íñigo y Unai permanecían hablando

entre ellos, como si aquellas bromas no les interesaran lo más mínimo. Gorka señaló a Cristina con el dedo al tiempo que mantenía una expresión divertida en el

rostro.

—¡Silencio o te vas fuera de la sala!

—¡Échame si te atreves!

De pronto los tres muchachos se pusieron en pie y se dirigieron a la décima fila. Las Diosas del Alba hicieron exactamente lo mismo y todos ellos se sentaron

junto a Cristina y Santiago.

—¡Me encanta tu vestido!

—¿No habéis comprado palomitas?

—¿Dónde están Alexander y Saúl?

—¿Y Leo y Claudia?

—No han querido venir.

Rebeca bajó la mirada. De pronto Cristina sintió una profunda lástima por ella.

—Oye, Cris. —Gorka estaba sentado a su izquierda—. Siento que os hayan descalificado esta mañana.

—¡Es verdad! —Irene se llevó las manos a la cabeza—. ¿Qué es lo que ha pasado? ¡Cuéntalo desde el principio!

—¡Cuéntanos cómo Saúl intentó rematar a Cuatropajas esta mañana!

—No quiero hablar de peleas. —Cristina se cruzó de brazos—. Estoy harta de todos esos líos.

—Sí, es verdad. —Gorka le dedicó una dulce sonrisa—. Además ni siquiera están aquí. ¿Para qué vais a malgastar vuestro tiempo hablando de ellos?

Cristina se miró las sandalias.

—Es cierto.

—Chicas, luego vamos a ir al karaoke. ¿Queréis venir con nosotros?

Las Diosas del Alba aceptaron de inmediato, mientras Santiago dirigía una suplicante mirada a Cristina.

—¿Me vas a dar de lado...?

—Claro que no. ¿Quieres que vayamos?

El niño afirmó.

—Pero no me des de lado.

—Bien. —Gorka sonrió complacido y luego dirigió una tímida mirada a Cristina—. ¿Quieres que te invite a palomitas?

—Pues... Te lo agradezco mucho, pero...

Santiago tiró de la mano de Cristina y ella se volvió hacia él.

—Dile que sí. Y que me invite a mí también.

—¿¡Cómo le voy a decir eso, Santi!?

Rebeca y Marga rompieron a reír a carcajadas.

Gorka le dio unos golpecitos en el hombro.

—Oye, ¿que cuchicheáis ahí?

—¡Ahí están! ¡Ahí están! —Las Diosas del Alba se incorporaron sobre sus asientos y, mirando hacia la entrada del solar, comenzaron a corear a voz en grito

—: ¡Sustain Souls! ¡Sustain Souls! ¡Ahí vienen los Sustain Souls!

Cristina descubrió la entrada triunfal de Alexander, Saúl, Claudia y Leo.

Observándolos en la distancia, sintió la misma sensación que la primera vez que les

vio a la salida de la iglesia, y comprendió enseguida que tratar de ignorarlos resultaba tan patético como engañarse a sí misma. Contempló la sonrisa de Saúl y

aquel aire distraído y silencioso tan característico de Alexander, y su pobre corazón

se precipitó desbocado contra su pecho. Todos sus esfuerzos por disfrutar de la compañía de otras personas se vieron irremediamente demolidos ante su

cautivadora presencia. No se trataba solo de su belleza, ni de su estilo, ni de la imagen que proyectaban a los demás, se trataba de un atractivo mucho más

profundo, algo que escapaba a los sentidos pero despertaba una huella imborrable

en el alma, como si los chicos irradiaran luz, como si estuvieran tocados por la gracia.

Alexander casi se detuvo cuando sus miradas se encontraron y asomó a sus

ojos una expresión que Cristina no fue capaz de entender. Luego el chico desvió la vista. Saúl, por el contrario, no dudó en acercarse con una sonrisa en los labios.

—¿No nos habéis guardado un sitio?

—No sabíamos que ibais a venir.

—No importa. —Miró de reojo a Cárol—. Vamos a sentarnos en las últimas filas, por si os apetece venir a visitarnos. —Les guiñó un ojo y se fue.

Gorka descubrió aquella expresión de abandono en la mirada de Cristina y sonrió inseguro.

—Ven conmigo al bar, Cris. Te invito a palomitas.

Se dirigieron al bar mientras Santiago les gritaba desde su asiento una lista de chucherías para él. Su llegada a la barra coincidió con la de Leo y Alexander.



—Cris —La pelirroja le dedicó una dulce sonrisa—, qué pena que no haya más sitios vacíos en vuestra fila.

Alexander mantenía la vista baja en dirección a la barra, pero Cristina pudo advertir que, en realidad, su mirada se había desviado disimuladamente hacia su vestido amarillo. De pronto, el muchacho levantó el rostro y le dirigió una expresión de absoluta desolación.

—Hola, Cris.

Durante un eterno segundo la chica sintió el impulso de arrojarse a sus brazos, pero el miedo al rechazo la retuvo.

—Hola.

Gorka se mantenía al margen, pidiendo palomitas y refrescos al camarero.

—Bueno —a la vista del tenso silencio, Leo retomó la palabra—, ¿queréis venir con nosotros a El Mirador cuando acabe la *pelí*?

Cristina hubiera deseado poder decir que sí.

—Vamos a ir al karaoke con los vascos y Las Diosas del Alba. —Percibió la mirada de Alexander taladrando su rostro descaradamente y bajó la vista al suelo.

Incluso Leo frunció el ceño, algo confusa.

—Álex, quizá deberíamos ir con ellos.

Alexander no contestó. Se encogió de hombros y volvió a fijar la mirada en la barra.

Finalmente, se quedaron todos en silencio y solo volvieron a hablar cuando

Gorka pagó las consumiciones y se dijeron adiós. Cristina dejó atrás a sus amigos y

siguió a Gorka hasta los asientos, con la mirada fija en su silla y una horrible sensación de vacío en el alma.

Fue una película divertida. Dos hombres de negro encargados de encubrir a la sociedad la existencia de unos extraterrestres graciosísimos, a los que debían parar

los pies en su intento de conquistar la Tierra. Santiago no paraba de reír a carcajadas y su risa estaba llena de luz. Era tan contagiosa que tanto Cristina como

Las Diosas del Alba le secundaban de inmediato una y otra vez.

Cuando la proyección tocó a su fin, varios focos iluminaron de nuevo el solar y los espectadores se levantaron perezosamente. Cristina dirigió una mirada a las

filas de atrás, pero su pandilla había desaparecido.

En silencio, abandonó el cine junto a Las Diosas del Alba y los chicos vascos.

Para su propia incomodidad, Íñigo y Unai se les unieron a la salida. En menos de

diez minutos todos ellos entraban en La Posada del Pirata, un amplio bar de madera,

de dos plantas, famoso en el pueblo por su karaoke y situado en la plaza principal

de Vistaclara.

Allí el ambiente se distendió casi del todo y muchos de ellos se animaron a coger el micrófono y salir al pequeño escenario para cantar. Cristina resultó

ser la

pareja de canto más solicitada de la noche. Sin ánimo de deprimirse ni un solo minuto, atendió todas las peticiones.

Estaba cantando «Tras la barra» con un Gorka rebosante de entusiasmo y pasión, cuando descubrió a los Silver Road entrando por la puerta. La saludaron con un gesto de cabeza y se dirigieron a la barra.

Al finalizar la canción, bajó del escenario y se acercó a saludarles.

—¿Por qué no estás con tu grupo?

Cristina se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé dónde están. —Consideraba que había pasado demasiado tiempo como para que los chicos permanecieran todavía en El Mirador.

—¿Te están castigando por lo de esta mañana? —La mirada de Heavy daba a entender que se trataba más de una afirmación que de una pregunta.

—No, nada de eso.

El Quinqui intervino:

—Están de botellón con los Metal Riff en el campo de fútbol.

Cristina bajó la mirada. Se dirigió de nuevo hacia sus compañeros y se sentó en una silla. Santiago parecía estar disfrutando plenamente de las atenciones de Las

Diosas del Alba. Ninguna de las chicas estaba escatimando en cubrirle de besos y carantoñas. Ya le habían invitado a tres batidos de chocolate y ahora le estaban pidiendo el cuarto, así que el pequeño sonreía radiante, bromeando con todas ellas,

lanzándoles piropos y riendo a carcajadas. Parecía el vivo retrato de su hermano mayor.

Pero Cristina no quería seguir engañándose por más tiempo, llevaba toda la noche echando de menos al resto de los Sustain Souls, de modo que al fin se levantó

y se dirigió al niño.

—Santi, quiero irme.

—¿A dónde?

—Con los nuestros.

—Pero Cris... Dentro de tres canciones me toca cantar con Marga. ¿Por qué no te esperas?

Cristina se encogió de hombros.

—Bueno. —Volvió a sentarse en la silla y se dio cuenta de que aquella necesidad de marcharse crecía por segundos, como si hubiera algo en su interior que la empujase apremiante hacia su grupo. Suspiró y trató de controlar su impaciencia.

Alexander no recordaba haberse emborrachado de semejante manera desde la noche de la tormenta. Estaba allí, escuchando las bromas y las risas de Saúl y todos

los demás, pero en realidad se sentía muy lejos de ellos, como si hubiera sido transportado a un submundo de patetismo. Semejante experiencia no era ninguna novedad en su vida, pero aquella noche le estaba resultando insoportable. De vez en

cuando, en oleadas cada vez más grandes y constantes, la mirada de Cristina aparecía en su mente. Era una mirada confusa, embargada de inocencia y

dolor, la

misma mirada que le había dirigido aquella tarde en la cabaña. Se había comportado

fatal con ella, como un niño mimado y rencoroso. Pero la realidad era muy diferente a todo eso. Su reacción no había tenido nada que ver con perder una prueba de la *gymkhana*. Era muy consciente de los verdaderos motivos de su enfado y no quería ni pensar en ellos. Se levantó torpemente y se encaminó a la salida.

—¿A dónde vas, Álex?

El chico les hizo un gesto con la mano y salió a la calle. Estaba harto de escuchar sus bromas y carcajadas, necesitaba silencio. Y necesitaba a Cristina. Se sintió angustiado. Aquella chica estaba empezando a preocuparle de verdad. No, ella

no le preocupaba. Ella estaba la mar de bien, siempre riendo feliz, cantando alegremente y queriendo a todo el mundo, incluso a los vascos. Por Dios bendito.

¿Cómo podía querer a los vascos? Quizá formasen parte de una pandilla de etarras

encubiertos. Había que tener mucho cuidado con aquellas cosas, trataría de prevenirla... A continuación se dio cuenta de lo que estaba pensando y se sintió patético.

Rodeó el campo de fútbol y llegó al pequeño parque al pie del campo de fútbol

sala. Había un banco formidable de piedra resplandeciendo a la luz de las farolas en

la plazoleta. Tenía forma de cama. Sí, realmente parecía una cama.

Caminó torpemente hacia él y cuando por fin se estaba sentando, el vómito

salió de su boca y cayó al suelo, justo entre sus piernas. Vaya, aquello había sido sorprendente. Posiblemente tuviera algún tipo de destreza oculta. No todo el mundo

podía sentarse y vomitar al mismo tiempo. Mientras pensaba en aquella posibilidad,

sintió cómo su autoestima naufragaba en lo más profundo de sus cloacas

estomacales. Se preguntó asombrado por qué las farolas flotaban de un modo tan

gracioso a su alrededor, como si fuesen veleros en alta mar. Quizá solo fuera cuestión de cerrar los ojos. Eso haría.

Cristina esperó a que Santiago bajara del escenario. A continuación le hizo un gesto para que se acercara, pero Jessica fue más rápida y le tomó del brazo.

Conversaron brevemente y Santiago señaló a Cristina. Luego se acercó a ella.

—Cris, sé que me vas a matar, pero Jessi acaba de apuntarme a una nueva canción para cantar con ella.

—¿Cuántas canciones hay por delante?

—Creo que unas cuatro o cinco.

—¿Quieres que espere cinco canciones más?

—No te enfades, anda.

Cristina bajó la mirada y trató de pensar con claridad. No sabía por qué tenía aquella sensación de apremio dentro de sí. Se sentía como en uno de aquellos sueños en los que trataba de correr pero apenas se movía del sitio. Podía percibirlo

todo de un modo amenazante y extraño.

—Solo será media hora más.

La chica afirmó con la cabeza.

—De acuerdo.

Molesto, Alexander creyó despertar de pronto, aunque no estaba seguro de haberse dormido, simplemente flotaba. Quizá estuviera experimentando algún tipo

de viaje astral. Aquello también podría considerarse como una destreza oculta. Se preguntó consternado por qué siempre sentía la necesidad de buscarse alguna

habilidad superior. En el fondo sabía la respuesta. Lo sabía todo de sí mismo, era mejor no pensar en ello.

No, flotar no era lo que le molestaba. La molestia venía de fuera, lo que le había despertado era... una risa estridente. Dios santo. Conocía aquella risa, le resultaba terriblemente familiar. Sonaba como un *zombie* apaleado... Alguien debería prender fuego al imbécil que reía de aquella manera. Luego distinguió una

voz, después otra y otras dos más. Se acercaban. No era bueno que se acercasen.

Habían pasado solo diez minutos más y Cristina ya no podía soportar seguir allí. Gorka pareció percibir su estado de ánimo porque, acercándose a ella, le

ofreció echar un trago a su Fanta de limón.

—¿Qué te pasa, Cris? ¿Estás aburriéndote?

Cristina negó con la cabeza, mientras sus dedos jugueteaban con el asa de su bolsito de tela.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Pues qué te pasa?

Cristina levantó el rostro.

—Me gustaría irme con mis amigos.

Gorka la miró extrañado.

—¿Te encuentras mal?

—Sí. —No se le ocurría ninguna manera más apropiada de expresar cómo se sentía.

—¿Y por qué no me lo has dicho desde el principio? ¿Sabes dónde están?

¿Quieres que te lleve con ellos?

Cristina se puso en pie.

—Gracias, Gorka, pero no hace falta. —A continuación se dirigió a Santiago, que bromeaba alegremente con Irene y Rebeca.

—Me voy, Santi.

—¿Qué?



—Que me voy.

—¡No te oigo, Cris!

—¡Santi, me voy!

—¿Por qué?

—No me encuentro bien, quiero irme.

—Espérate solo cuatro canciones más.

—No puedo, Santi. No te enfades, pero quiero irme ya.

—¿Y a dónde vas? ¿Dónde están ellos?

—En el campo de fútbol.

—¡Cris! —Noelia se acercó a ella con una amplia sonrisa—. Te he apuntado para cantar otra canción conmigo.

—Pero ya pensaba irme... En realidad me voy ya.

Las chicas comenzaron a suplicarla.

—¡Quédate, Cris!

—¡Por favor!

—¡Solo un rato más!

—¡Quédate, Cris! —insistía Santiago alegremente.

Cristina les miró sin saber qué hacer. Se sentía como en aquel estúpido juego de la botella, cuando todo el mundo había coreado para que bebiera alcohol. No, todo el mundo no, Alexander le había dicho justo lo contrario. Al pensar en él sintió

cómo la angustia y el apremio crecían desproporcionadamente en su interior.

Observó a las chicas y comprendió que nunca sería capaz de explicarles aquello, de

modo que solo había una forma de hacer las cosas. Ante la sorpresa general, se dio

la vuelta y salió corriendo.

Alexander abrió los ojos y al momento sintió que una importante dosis de

alcohol se evaporaba de su sangre, porque tenía a toda la pandilla de Mateo Cuatropajas ante él. Les miró a los ojos y supo que no tenían la menor intención de

mediar palabra. Trató de moverse, pero el cuerpo le pesaba como una mole de hormigón. En ese momento advirtió cómo varios de ellos le izaban del banco.

Mateo se acercó a su rostro.

—Estamos hasta los cojones de vosotros.

Luego le golpeó en el estómago con todas sus fuerzas. Alexander gimió de

dolor. A continuación recibió otro puñetazo en la cara. Luego otro, otro y otro más.

Otro en el estómago.

De pronto estaba en el suelo.

Alguien le levantó bruscamente, sujetándole bajo los brazos. Fue entonces

cuando abrió los ojos y vio el brillo de la navaja a la luz de las farolas. El pulso se le disparó enloquecidamente. Ninguna pandilla en Vistaclara usaba navajas, existía

una especie de acuerdo tácito entre los chicos del pueblo, las armas no eran

necesarias, los muchachos golpeaban con los puños; pero Mateo era un hijo de puta

y un maldito descerebrado y tenía una navaja en la mano.

Cristina atravesó la plaza a la carrera. No tenía ni idea de por qué corría, simplemente se dijo a sí misma que cuando llegara al campo de fútbol, podría respirar aliviada. De pronto oyó una voz a sus espaldas. Era Gorka. El chico la seguía jadeante. Enseguida le apremió con un gesto de la mano y retomó la carrera.

Dejaron atrás calles anchas y plazas luminosas, cruzaron la carretera,

rodearon el instituto y llegaron a la puerta del viejo estadio. Estaban a punto de entrar cuando algo les detuvo. Había risas y voces en el interior del campo, aunque

también se percibía movimiento en la pequeña plazoleta situada tras la curva del edificio.

—Miremos primero allí. —Gorka subió la calle seguido de Cristina. Ya iba a doblar la esquina cuando retrocedió velozmente—. ¡No...!

Cristina sintió el corazón martilleándole el pecho frenéticamente.

—¿Qué? —Trató de acercarse, pero Gorka la retuvo.

—¡Tienen navajas!

A partir de aquel momento fue como si todo sucediera a cámara lenta. Se

deshizo de las manos de Gorka y corrió hacia la plaza. Vio a Alexander con el rostro cubierto de sangre y sostenido entre Jacobo y Lorenzo, vio a Mateo

Cuatropajas, que tenía una navaja en la mano, y vio sangre en el suelo, a los pies de

Alexander. Y ya no fue capaz de asimilar nada más. Por un segundo creyó que

iba a

morir de miedo, que aquello no podía estar pasando.

Su aparición les cogió tan desprevenidos que ninguno fue capaz de reaccionar.

Gritando de miedo, se arrojó sobre Mateo. Ambos cayeron al suelo. Cristina vio caer la navaja y cómo una mano temblorosa se apoderaba de ella. Levantó la mirada, era Gorka.

El chico contempló a los muchachos. Al menos le sacaban cuatro años y eran seis en total. Les dirigió una expresión de amenaza y superioridad que no sentía en

absoluto, al tiempo que sostenía la navaja en actitud de defensa.

Mateo se levantó rápidamente y se acercó despacio al muchacho. Tenía la mirada tranquila y su voz sonó firme al hablar.

—Dame eso.

—¡No! —Cristina observaba la escena desde el suelo—. ¡No se la des!

—Dame eso ahora mismo, chaval.

Gorka notó las piernas temblar.

—Que te jodan.

—¿Qué me jodan, has dicho?

Cristina vio el odio crecer en la mirada de Mateo. A continuación, el

muchacho dio media vuelta, se dirigió a Alexander y le golpeó brutalmente en el estómago. El adolescente ni siquiera pudo emitir un quejido de dolor, pero Cristina

gritó y rompió a llorar.

Mateo se acercó dos pasos más hacia Gorka.

—Dame la navaja o le destrozo.

—¡Saúl te matará en cuanto lo sepa!

Mateo dirigió una severa expresión a Cristina, pero enseguida volvió a centrar su atención en el muchacho.

—Dame mi navaja.

—Si te acercas más, te la clavo. —Gorka advirtió que le temblaba la voz, pero

vio la duda anidar en los ojos del joven y se mantuvo obstinado en la misma posición.

Mateo lo miró en silencio. En aquel momento solo se oían los sollozos de Cristina y alguna risa lejana proveniente del campo de fútbol.

De pronto, Mateo se dirigió de nuevo hacia Alexander y, sin mediar ni una palabra más, le golpeó de nuevo en el rostro.

—¡Para ya! ¡Ni siquiera puede defenderse! —Cristina lloraba de rabia—. ¡Te voy a denunciar, cobarde de mierda!

Mateo ni siquiera la miró. Les dijo algo a Jacobo y Lorenzo, y estos dejaron caer a Alexander contra el suelo. Luego todos ellos abandonaron la plazoleta.

Cristina se levantó por fin y, entumecida por el miedo, se arrojó junto a Alexander. Con manos temblorosas le ladeó y levantó la camiseta, buscando posibles heridas. Descubrió aliviada que la sangre solo era de los golpes en la

cara.

No habían usado la navaja más que para romper su camiseta. A pesar de todo, continuaba sollozando incontenible.

—¡Álex...! ¡Álex...! —repetía entre lágrimas, mientras le abrazaba y le besaba angustiada, pero era como tratar de despertar a un muerto—. ¡Álex! ¡Álex...! ¡Álex,

por favor! ¡Álex, por favor! ¡Por favor!

Finalmente, Alexander emitió un gemido.

—¿Catsi...?

—¡Sí, sí, soy yo, soy Catsi!

Alexander levantó la cabeza levemente y logró entreabrir los ojos.

—¿De dónde has salido...?

Cristina trató de secarse las lágrimas al tiempo que sostenía la cabeza del muchacho sobre su regazo.

—Del karaoke.

Alexander esbozó una mueca de dolor que parecía ser una sonrisa. Ella le besó

de nuevo mientras acariciaba su rostro.

—¿Quieres que te llevemos a casa?

—Te lo agradecería mucho.

Gorka guardó la navaja en su bolsillo y levantó a Alexander del suelo.

—Ayúdame, Cris, pesa como un muerto.

Lentamente, emprendieron el camino a casa del muchacho. Les costó muchísimo llevarlo hasta la vivienda. A cada paso que daban, Alexander gemía de dolor y sus pies tropezaban torpemente entre sí. Cuando llegaron a la entrada de la casa, Cristina rebuscó las llaves en los bolsillos de Alexander. Atravesaron el jardín, entraron en la casa y subieron las escaleras. Después, Cristina encendió la luz de su habitación y le dejaron sobre su cama.

Gorka tomó aire y observó satisfecho la situación. Pero entonces pareció recordar algo y miró a Cristina con expresión de asombro.

—¿Por qué fuimos corriendo hasta el polideportivo? ¿Tú sabías lo que estaba pasando?

La chica se sentó junto a Alexander. Estaba agotada.

—¿Qué os pasa a los Sustain Souls? ¿Estáis conectados telepáticamente o algo así?

—No sé.

Gorka movió la cabeza, tratando de entender algo de todo aquello.

—Pues... ha sido acojonante.

Cristina observó a Alexander. Permanecía tumbado bocabajo y no daba nuevos

indicios de vida.

—¿Qué le pasa? —Zarandéo al muchacho—. ¿Por qué no habla?

—¿No lo hueles? Tiene una borrachera bestial, apesta a alcohol.

Cristina olfateó el aire.

—Huele... a vómito.

Alexander emitió una especie de gruñido, como si incluso en semejantes circunstancias, su jovencísimo ego masculino se mantuviera alerta a cualquier desconsideración que pudiera ofenderle.

—Se ha manchado los pantalones de *pota*.

—Bueno, —Gorka miró hacia las escaleras—, supongo que ya podemos irnos.

—Pero no podemos dejarle así. Mírale, está hecho un asco.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Darle un baño entre los dos?

Alexander murmuró algo entre dientes.

—Ayúdame a quitarle los pantalones. ¡Es imposible que pueda dormir a gusto con este olor!

Gorka soltó una carcajada.

—¡Tiene la cara reventada y a ti te preocupa su olor!

Cristina fulminó al chico con la mirada.

—¡He dicho que me ayudes, Gorka! —Se levantó, se dirigió a los pies de Alexander y le descalzó las zapatillas.

—¡No pienso bajar los pantalones a un chico! ¡Eso va en contra de mis principios!



Cristina ladeó el cuerpo de Alexander y le dejó bocarriba sobre la cama.

—Deja de decir idioteces y ayúdame. —Le desabrochó el botón del pantalón y

le bajó la cremallera. Luego volvió a colocarse a los pies del chico y empezó a tirar

de las perneras del pantalón—. Venga, ayúdame.

Gorka exhaló un suspiro y se unió a la causa.

Llevaban medio minuto de incesante forcejeo cuando, finalmente, los

pantalones salieron bruscamente al aire y Alexander cayó al suelo. El chico emitió

un quejido gutural. Cristina se arrodilló junto a él.

—¡Álex, perdona! —Lo besó dulcemente en la frente.

Gorka resopló agotado.

—Creo que deberíamos dejarle en el suelo.

—¿Cómo vamos a dejarle en el suelo? ¿Qué clase de persona eres? Ayúdame a

levantarlo otra vez —Agarró a Alexander de las axilas y trató de alzarlo, pero el chico pesaba tanto, que apenas pudo mantenerlo unos segundos y le dejó caer de nuevo. La cabeza de Alexander rebotó contra el suelo.

—Recuérdame que nunca me emborrache estando cerca de ti. —Gorka levantó al muchacho y lo dejó caer sobre la cama.

Su camiseta de Scorpions, jironada y manchada de sangre, le daba un aspecto patético. Cristina tiró de la prenda y enseguida reunió los restos de la camiseta

en

sus manos. Luego recogió los pantalones del suelo y dejó toda la ropa en el balcón.

A continuación lo contemplaron en silencio. Alexander yacía en calzoncillos blancos y el cabello largo le cubría el rostro hinchado y manchado de sangre seca.

Gorka enarcó una ceja.

—Parece Jesucristo.

Con un exquisito sentido del decoro, Cristina tomó la sábana que descansaba hecha un ovillo a los pies de Alexander y le cubrió hasta el cuello.

—¿Qué estás haciendo? ¡Estamos a más de treinta grados!

—No quiero que pase vergüenza por mi culpa.

—Bueno, ya está, esto es demasiado, yo me largo.

—Está bien. La verdad es que ya has hecho más que suficiente. —Lo besó en la

mejilla—. Muchas gracias, Gorka. Eres un sol, no sé que hubiera hecho sin ti.

Alexander emitió un nuevo gruñido.

El muchacho sonrió y, a continuación, sacó la navaja de su bolsillo.

—Mira qué trofeo. —La guardó de nuevo y salió de la habitación—. ¡Adiós, Sustain Souls!

Al ratito se oyó el ruido de la puerta principal.

Cristina se volvió hacia Alexander y contempló su rostro. Necesitaba una limpieza urgentemente. Satisfecha de tomar aquella resolución, se dirigió al servicio, rebuscó en los cajones y sacó una toalla limpia. La empapó bajo el chorro

del agua y la escurrió. A continuación volvió al cuarto de Alexander y se sentó junto a él. Con cuidado lo incorporó levemente, colocó su cabeza sobre su regazo

y comenzó a limpiarle el rostro.

Alexander gimió dolorido y abrió los ojos.

—No...

—Mañana me lo vas a agradecer, de verdad.

Le vio cerrar los ojos de nuevo y, cuidadosamente, dejó que la toalla

humedeciera la piel de su cara. A medida que retiraba la sangre, podía apreciar con

mayor facilidad las inflamaciones de los golpes. Alexander era demasiado guapo como para recibir una paliza todas las semanas. Se preguntó confusa qué le habría

llevado a terminar allí solo y completamente borracho, y de pronto le embargó un

sentimiento que oprimió su pecho hasta hacerle daño. Paseó la toalla húmeda sobre

sus labios, violáceos e hinchados a causa de los golpes, y el chico entreabrió la boca. Para su propia sorpresa, Cristina sintió el impulso de besarle. Se detuvo y lo

contempló sobrecogida, dominada por aquella oleada de nuevos sentimientos

que estaba experimentando en aquel instante.

—Agua...

—¿Agua...? —Trató de pensar con claridad. El corazón le golpeaba enloquecido contra su pecho.

—Y hielo...

—Vale. —Retiró suavemente su cabeza, se levantó y bajó a la cocina.

Sacó una bolsa de hielos del congelador, llenó un vaso con agua fría de la nevera y se encaminó de nuevo a la habitación. Luego regresó a la cocina, se bebió

el vaso de agua y respiró hondo.

Podía notar todavía aquella sensación en su pecho, como una onda expansiva que amenazase con estallar y crecer de un momento a otro. Luego se dijo mentalmente que aquello no tenía ningún sentido y que Saúl todavía le dolía como

una espina clavada en el alma. Se sintió mucho mejor.

Llenó el vaso por segunda vez y subió a la habitación. Contempló de nuevo al chico, pero esta vez no halló nada dentro de ella que debiera preocuparla. Recuperó

el buen ánimo, dejó los hielos y el vaso sobre la mesilla y lo observó dormir. Quizá

debiera dejarle descansar y marcharse ya, pero en ese momento Alexander abrió los ojos.

—¿Ya se ha ido?

—¿Quién?

Se incorporó dolorido y apoyó la espalda contra la cabecera de la cama. Por primera vez se miraron a los ojos. La mirada de Alexander se recreó un breve instante en el vestidito de tirantes.

—Tu novio —dijo al fin, en un tono de voz completamente neutral.

Cristina le dio el vaso de agua.

—No es mi novio.

Alexander se encogió de hombros y completamente agotado tomó el vaso y se lo llevó a los labios.

Ella lo observó confusa. El chico mantenía esa actitud torva y alejada que le había martirizado durante todo el día. Estaba haciendo todo lo mejor posible y él parecía no darse cuenta. De pronto sintió unas ganas horribles de echarse a llorar.

Alexander dejó el vaso vacío sobre la mesilla y al mirar de nuevo a Cristina, advirtió sobrecogido cómo sus ojos luchaban por retener el llanto. Al momento sintió que algo se le rompía por dentro.

—Oh, Cris, no, por favor... —La miró con una expresión rebosante de culpabilidad y abrió sus brazos—. Ven aquí.

La chica sintió regresar de nuevo aquella extraña sensación en el pecho, su corazón se desbocó enloquecido y, rebosante de una inesperada vergüenza, se inclinó sobre Alexander y sintió cómo él la estrechaba entre sus brazos. Luego cerró los ojos y apoyó el rostro sobre su pecho.

—Voy a decirte una cosa... —Su voz cálida y rasgada le produjo cosquillas en

el oído—. Y quiero que siempre la tengas presente para que no me hagas ni caso cuando me veas enfadado.

Ella sonrió expectante.

—Te quiero muchísimo, Cris. Te quiero más de lo que imaginas, muchísimo más de lo que imaginas.

Cristina levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Apenas podía respirar.

Alexander tomó su mejilla con la mano y se inclinó hacia ella. En el lento y eterno segundo que sus labios tardaron en llegar a su rostro, el recuerdo del beso

en el jardín atravesó la memoria de Cristina como un relámpago de luz. Luego Alexander cerró los ojos y la besó dulcemente en la frente.

—Álex...

Se quedaron abrazados y en silencio, escuchando el ritmo acelerado de sus respiraciones, felices y aliviados de volver a tenerse el uno al otro, de tenerse más

de lo que se habían tenido jamás hasta entonces.

16

*Breathe your honesty*

*Breathe your innocence to me*

*Breathe your word and set me free*

*Breathe to make me breathe.*

«Breathe», Midge Ure[\[19\]](#)

—Cristina, despierta. Dime ahora mismo de quién es esta sangre.

La chica abrió los ojos. La luz del sol entraba a raudales por la ventana de su habitación y la esbelta figura de su abuela se alzaba a los pies de su cama. Advirtió

que la anciana tenía su vestido amarillo en las manos.

—¿De quién es esta sangre? ¿Es tuya?

Se incorporó somnolienta y se sentó en la cama. Contempló el vestido. Estaba lleno de manchas de sangre. Había intentado hacerlas desaparecer la noche anterior,

cuando llegó a casa, frotándolo con jabón bajo el grifo del lavabo del cuarto de baño, pero no había servido para nada.

—No... Sí, sí, es mía. Es mi sangre. —Trató de pensar con claridad—. Me salió sangre de la nariz. Me dieron un codazo... Fue sin querer.

Doña Elisa frunció el ceño.

—Debiste sangrar mucho. ¡Por Dios bendito, hija! ¡Casi me muero del susto...! —La anciana suspiró y se marchó de la habitación.

Luego volvió a entrar.

—Por cierto, don Ignacio me comentó ayer que le gustaría hablar contigo.

—Venga ya.

—Oye, no me hagas quedar mal, ¿de acuerdo?

—¿Pero qué quiere, abuela?

—No lo sé. Pregúntaselo tú misma. ¡Y levántate ya! ¡Es tardísimo y tienes que ir a la compra!

De modo que Cristina se levantó, desayunó y se duchó, y después de recoger su habitación se encaminó a la iglesia con la vana esperanza de encontrar a don Ignacio ocupado en rezar el rosario o algo similar.

La iglesia se había quedado casi vacía tras el oficio. Solo algún solitario feligrés deambulaba por el templo, encendiendo velas y rezando a las figuras de los

santos. Cristina encontró a don Ignacio en el altar. El clérigo le hizo un gesto y bajó

las escaleras.

—Hola, Cristina. Veo que tu abuela te ha dado el recado.

—Sí.

—Te he mandado llamar porque el coro y yo estamos preocupados por ti.

Cristina frunció el ceño.

—Pues... yo estoy muy bien.

—Hija, ven conmigo. Es la hora de las confesiones y debo entrar en el confesionario. No quiero presionarte para que te confieses, pero me gustaría hablar

un rato contigo.

Cristina se encogió de hombros y le siguió con aire distraído y expresión de absoluto desinterés, tratando de emular la actitud típica de Alexander.



Don Ignacio se sentó en el interior del pequeño habitáculo y ella se arrodilló ante la puerta lateral. Un inoportuno bostezo salió de su boca.

—Cristina, hace mucho que no vienes a misa.

La chica se sintió incómoda.

—Ya.

—Tampoco vienes a los ensayos.

—Vengo todos los martes a los ensayos del Día del Cristo.

—Eso no es suficiente para el coro. Además, hemos observado un cambio en tu actitud.

Cristina enarcó una ceja. Aquella conversación estaba empezando a resultarle de lo más molesta.

—Sigo cantando igual de bien.

—No me refiero a tu voz. Te muestras distraída y apenas te comunicas con el resto de coristas.

—Bueno, padre... —Asomó a su rostro una descarada sonrisa de burla que hubiera hecho las delicias de Saúl—. Yo las invitaría a unas copas, pero tienen la edad de mi abuela.

Don Ignacio la fulminó con la mirada.

—¡Tu abuela está de los nervios, Cristina! ¿Eres consciente de cuánto te has alejado del sendero de Dios?

Cristina guardó silencio, no tenía constancia de haber cambiado nunca de

sendero. Confusa, esperó pacientemente a que don Ignacio dijera todo lo que tuviera

que decir.

El sacerdote pareció serenarse de nuevo.

—Tú conoces la parábola del hijo pródigo, ¿verdad?

—Pues no me acuerdo.

—No importa cuánto te alejes de Dios porque al final, a pesar de todas las veces que le hayas ofendido, si vuelves a Él te recibirá con los brazos abiertos.

Cristina recordó los brazos de Alexander estrechándola con cariño la noche anterior y su mirada brilló de felicidad.

—Ya recuerdo esa parábola. ¡Es tan bonita...!

—Bien, hija, veo que en tu corazón todavía prevalece el sentido común. Eso es

lo que has de hacer: escuchar a tu corazón.

Cristina sonrió dichosa. Ya empezaba a sentirse más animada.

—Las tentaciones son grandes a tu edad, los caminos del demonio parecen más atractivos que los de Dios, pero en esos caminos fáciles se hallan las trampas

que destruyen nuestras vidas y hieren a las personas que amamos. Cristina, debes alejarte de los caminos fáciles, debes ser fuerte en espíritu y seguir los dictados del amor de Dios.

Cristina reflexionó al respecto. Bueno, eso era precisamente lo que siempre hacía. Siempre se estaba metiendo en líos por lealtad a sus amigos. Los quería

demasiado, haría cualquier cosa por ellos.

—Le entiendo, padre. Sé a lo que se refiere.

—Bien, hija, me alegro de que hayamos tenido esta conversación. ¿Hay algo que quieras compartir conmigo? ¿Algo que te angustie o te provoque desazón?

—Bueno... —Cristina sintió cómo se sonrojaba—. Sí que hay algo que me tiene angustiada.

—¿De qué se trata?

—Siento algo... —Se llevó la mano al pecho—. Pero no creo que usted sea la persona indicada a quien deba contárselo.

—No tengas miedo. Dímelo con absoluta confianza.

—Pues... es que ayer... —Cristina movió la cabeza—. No, da igual, da igual, no pasa nada. No es nada.

—Cristina, puedes contarme cualquier cosa tal y como se la contarías a Jesús. Vaya, aquello terminó de animarla por completo.

—¿En serio?

Don Ignacio la miró asombrado.

—Pues claro, Cristina. ¿Para qué crees que estoy aquí, si no? Abre tu corazón sin miedo, estoy aquí para ayudarte.

—Pues resulta que ayer estaba viendo a Alexander en calzoncillos, cuando de pronto sentí como una explosión de luz en mi pecho y yo...

—¿¡Que ayer qué!?

Cristina dudó. Aquella expresión de estupefacción absoluta no parecía propia de Jesús.

—Que... Es que yo nunca había visto a un chico en calzoncillos...

Don Ignacio se llevó las manos a las sienes.

—¡Por Dios bendito, Cristina! ¡Por Dios bendito!

—¡Lo retiro! ¡Lo retiro! ¡Saúl es el chico que quiero! ¡Sí, sí, ahora estoy segurísima! —Apenas vio la ira dibujarse en el rostro de don Ignacio cuando se levantó y salió corriendo de la iglesia. No se detuvo hasta llegar a la carnicería.

Ni siquiera tuvo tiempo para reflexionar acerca del reciente bochorno, porque al entrar en la tienda encontró a Claudia haciendo cola entre una docena de ancianas.

La chica la saludó con una amplia sonrisa.

—¡Hola, Cris!

Cristina tomó aire, estaba agotada.

—Ey, ¿cómo va eso?

—Vaya, la vida te golpea, ¿eh? Vente conmigo afuera, esta cola va para rato.

Salieron a la calle y Claudia sacó del bolsillo una cajetilla de tabaco.

—¿Quieres?

—No, gracias. Hay muchos testigos.

—¿Qué tal ayer?

Cristina advirtió entonces que ningún miembro del grupo tenía constancia de lo sucedido la noche anterior.

—¡Oh, Claudia! ¡De eso tenemos que hablar! ¡Las cosas se están poniendo muy feas!

—Oye, si te refieres a Saúl...

—No, no. ¡Te estoy hablando de cosas gravísimas!

Una anciana que pasaba por allí con su carrito de la compra las miró descaradamente.

Claudia frunció el ceño. Acababa de captar la magnitud de sus palabras.

—Vale. —Dio una calada al cigarrillo—. Vamos a hacer la compra y luego nos escabullimos a los jardines de la iglesia.

—Yo... preferiría no ir a la iglesia.

Claudia se encogió de hombros.

—Donde sea.

Compraron en la carnicería y luego en la pequeña tienda de ultramarinos. A paso lento, enfilaron el camino en dirección a las afueras del pueblo.

—Podemos ir al pilón —sugirió Claudia.

Así que salieron del pueblo, tomaron la ancha vereda que conducía hacia el norte y pasearon bajo las frescas moreras y los altos alcornoques. Hacía un delicioso calor estival. Se oía el balar de las ovejas y el zumbido de los insectos. En algún punto del camino decidieron comer un pedacito de la barra de pan que Cristina había comprado para su casa. Se les abrió un apetito

enorme y ya no pudieron parar.

A la derecha del camino se abría una bifurcación. Se trataba de un estrecho pasillo en cuyos extremos se alzaban sendas hileras de árboles. Sus frondosas ramas se enlazaban para formar un espeso techo de vegetación que protegía el camino del sol abrasador. Al final del mismo destacaba el viejo pilón, con sus dos

grifos de agua fresca sobresaliendo de la rústica construcción de piedra.

Las chicas dejaron sus compras a la sombra de los árboles y bebieron hasta saciarse. Las avispas no tardaron en llegar. Luego se mojaron los rostros y el cabello y comenzaron una guerra de agua hasta que se empaparon casi por completo. Finalmente se sentaron en la hierba, al pie de los zarzales, y se encendieron un par de cigarros.

Cristina contó a Claudia todo lo sucedido la noche anterior. Su amiga la escuchó atenta y una expresión de indignación asomó a sus ojos azules.

—No puedo creer que estuviésemos tan cerca y no nos enterásemos de nada.

—Ya.

—La verdad es que estábamos muy borrachos.

—Tengo miedo por Álex y Saúl.

Claudia la miró a los ojos.

—¿Por Saúl?

Cristina esbozó una triste sonrisa.

—Ya, bueno...

Guardaron silencio.

—¿Quieres más pan?

Claudia sonrió y pellizcó la barra de nuevo.

Fumaron todavía un rato más, deleitándose en el cielo azul y el frescor de las hojas de los árboles.

—Cris, ¿te gusta estar en nuestro grupo?

—Me encanta.

Claudia esbozó una comprensiva sonrisa.

—A mí también.

—A veces, cuando os veo desde fuera... —Se mordió el labio, no sabía cómo explicar aquella sensación. De pronto recordó lo mal que se había sentido alejada de la pandilla la noche anterior.

La rubia la observó expectante pero aguardó pacientemente a que Cristina continuara explicándose.

—¿Has mirado alguna vez al grupo desde fuera?

En la mirada de Claudia brilló un fulgor inesperado.

—¿A ti también te pasa?

—¡Claro que sí!

Claudia iba a añadir algo más cuando de pronto su mirada se perdió en la vereda.

—¡Dame eso! —Arrebató el cigarro a Cristina y lo arrojó al suelo. La chica siguió su mirada. Caminaba en dirección al norte un anciano harapiento que

llevaba un cantarillo de agua en la mano.

—Es el ropavejero. Se lo cuenta todo a don Ignacio. Todo.

El hombrecillo tomó el camino al pilón y enfiló el corto tramo hacia ellas.

—Vámonos, no está muy bien de la cabeza... Incluso dicen por ahí que ha estado en un manicomio.

Cogieron sus compras y se encaminaron a la salida. Al cruzarse con él, las chicas saludaron educadamente y con la mirada baja. Cuando ya salían al camino principal oyeron la voz del ropavejero a sus espaldas.

—¡Levantad vuestras cabezas, criaturas de la luz!

Claudia y Cristina se miraron asustadas, rompieron a reír y echaron a correr.

No se detuvieron hasta llegar a las primeras casas del pueblo.

—Te veo esta tarde en la prueba de natación.

Claudia sonrió con burla.

—¡Hasta entonces, criatura de la luz!

Cuando Cristina llegó a su casa, su abuela estaba de un humor de mil demonios.

—¿Se puede saber dónde has estado? ¡Llevo casi dos horas esperando a que me traigas el magro de cerdo! ¡Ni siquiera he podido terminar el guiso! —  
Arrebató

la bolsa de la compra a su nieta y descubrió la malograda barra de pan—.  
¿Qué es

esto? ¡Pero si te has comido más de la mitad! —Refunfuñando, sacó la carne



de la

bolsa y se dirigió a la cocina de gas—. A este paso vamos a comer a las tres de la

tarde.

—¿Vendrás a verme nadar esta tarde?

—No puedo, hija, he quedado para tomar café con algunas antiguas amigas.

Pero vamos a estar en frente de la piscina, así que me pasaré por allí en cuanto se

descuiden.

Cristina reflexionó en silencio.

—Abuela, ¿crees que soy una criatura de la luz?

—¿Una qué?

—Una...

—¿Has ido a ver a don Ignacio?

—Sí.

—Ay, Señor... No sé si serás una criatura de la luz, lo que sí sé de sobra es que

eres la criatura más distraída y atolondrada que he conocido en mi vida. Y ahora ven aquí, vas a ayudarme a hacer la comida.

Comieron a las tres y media. Cristina tuvo que recoger la mesa y fregar los

platos. A las cinco y media se presentó puntualmente en la piscina. Como de costumbre en los minutos previos a una prueba, los diferentes grupos charlaban entre sí, los monitores gritaban y pedían atención por doquier y los

niños y los curiosos se hacían un hueco para poder contemplar el espectáculo.

—¡Sustain Souls! ¡Sustain Souls! ¿¡Dónde están los Sustain Souls!?! —Dulce se

desgañitaba gritando a la entrada del recinto.

Cristina fue la primera en llegar. Se acercó a la monitora con la incertidumbre

de que todavía le guardara rencor por lo del día anterior, pero apenas tuvo tiempo

de comprobarlo, pues al instante advirtió cómo alguien la rodeaba por detrás y la

levantaba del suelo en un cariñoso abrazo. Se volvió sobresaltada y encontró el sonriente y maltratado rostro de Alexander. Su corazón se desbocó de la alegría y,

gritando su nombre, rodeó su cuello con las manos y le colmó el rostro de besos.

—¿Cómo estás? —Lo observó compungida, le acarició los hematomas con cuidado y volvió a besarle—. ¿Te duele mucho?

Pero Alexander no parecía en absoluto dolorido. La contemplaba sonriente y su mirada brillaba de dulzura.

—La resaca es lo peor.

Cristina miró a su alrededor.

—¿Dónde están? Deberíamos denunciarles en cuanto acabe la prueba.

—No. —La tomó del brazo y se la llevó aparte—. Cris, Mateo ha retirado la denuncia de Saúl.

—¿Qué?

—Saúl ha venido esta mañana a mi casa. Le habían llamado del Cuartel

General para comunicárselo. Y de pronto me ha visto y lo ha entendido todo.  
¡Se ha

puesto hecho una fiera! Pero escucha, tenemos que mantener la calma, ¿vale?  
Aquí

hay una tregua y tenemos que aprovecharla. No quiero saber nada de navajas  
en lo

que queda de verano.

—¡Pero nos están chantajeando!

—Piensa con la cabeza. Ahora mismo esto es la mejor solución posible.

—¡Pero Álex...!

—No soy un cobarde, ¿vale? Pero estoy preocupado por ti, por Santi y las  
chicas.

Cristina sintió cómo su corazón se derretía inevitablemente.

—Vale.

—Confías en mí, ¿verdad?

Le dirigió una mirada de absoluta adoración y luego lo abrazó con todas sus  
fuerzas.

—Más que en nadie.

—Bien... —Alexander respiró aliviado y acarició sus rizos—. No les

provoques porque les considero capaces de volver a pegarte.

—Vale.

En la distancia, Dulce les contemplaba impaciente.

—¡No hay nada tan romántico como hacer trampas al ajedrez! ¿Y qué te ha pasado en la cara?

Los chicos rompieron a reír y se acercaron a ella.

Cuando toda la pandilla se hubo reunido, y aprovechando que Dulce necesitaba

algunas aclaraciones del coordinador, Alexander y Cristina relataron de nuevo el incidente de la noche anterior y las nuevas que Saúl había recibido aquella misma

mañana. Aunque la indignación dominó al grupo, todos estuvieron de acuerdo en respetar la tregua y decidieron centrarse en la competición.

—Muy bien —dijo Dulce cuando hubo regresado—, a ver si esta vez me dais una alegría, para variar. Es una prueba de relevos y de nuevo competiréis de cuatro

en cuatro. Los ganadores de esta ronda pasarán a la final. Jugad con integridad.

Mucha suerte.

Se dirigieron al césped. Desde allí observaron la entrada en la piscina de Las

Águilas Rojas, Silver Road, Metal Riff y Las Diosas del Alba. Los cuatro grupos formaron filas indias en el bordillo. Cada nadador debía cubrir un largo de ida, tocar el bordillo y cubrir el largo de vuelta.

Jaime paseó con el silbato en la mano. Cuando Jerry Lee Lewis estalló en los

altavoces con su «Whole lotta shakin going on», tocó el silbato y los primeros de

cada fila se zambulleron en el agua.

Los gritos de ánimo se oían por todo el recinto. Los Sustain Souls guardaban un contenido silencio, incapaces de decantarse por ningún grupo en especial. Los niños de Las Águilas Rojas no estaban teniendo tanta suerte como en la prueba de

las piraguas, Las Diosas del Alba también se estaban quedando bastante atrás, mientras que Metal Riff y Silver Road se disputaban la clasificación.

Cristina observó que ningún nadador rotaba al llegar al bordillo, de modo que perdían un tiempo precioso al tener que recurrir a las manos. Se preguntó si podría

intentarlo. Había aprendido a rotar en las clases de natación, cuando tenía nueve años. Lamentó profundamente no haber mantenido la práctica, pero se dijo a sí misma que el panorama general le ofrecía muchas posibilidades de ganar.

Finalmente, tras una ardua lucha, Silver Road se erigió como equipo ganador.

Los Sustain Souls les felicitaron y luego pasaron al bordillo de la piscina. A su lado se posicionaron Los Legionarios del Sur, Cruce de Caminos y Los Reyes de

Queens.

—Recordad lo que os he dicho. —Dulce se situó entre ellos y Los Legionarios del Sur—. Nada de peleas, tenéis el marcador a cero, no podéis perder otra oportunidad.

Los muchachos formaron una fila india. Saúl se colocó a la cabeza, Cristina en segunda posición y tras ella Leo, Alexander, Santiago y Claudia.

Comenzó a sonar «Born to be wild» y Jaime tocó el silbato de nuevo. Saúl se zambulló de cabeza y comenzó a nadar a la mayor velocidad posible.

—¡Vamos, Saúl! ¡Puedes hacerlo! ¡Puedes hacerlo!

Las Diosas del Alba, Metal Riff, Silver Road e incluso los Galope Salvaje se desgañitaban coreando el nombre del equipo. Los Sustain Souls nunca habían recibido tantos apoyos al mismo tiempo y enseguida descubrieron que aquellos gritos les servían de alimento para su alma.

Para alegría de Dulce, Los Reyes de Queens quedaron rápidamente tan atrás como Cruce de Caminos, y la disputa se centró entre Sustain Souls y Los Legionarios del Sur.

Saúl cubrió el primer largo rápidamente y logró encabezar la competición en el largo de vuelta. Mientras el resto de los chicos coreaba su nombre, Cristina aguardaba expectante su llegada. Logró contener sus nervios y cerciorarse de que Saúl tocara el bordillo con la mano antes de salir. Luego se lanzó de cabeza y trató

de recordar todo lo aprendido en las clases de natación, de modo que buceó ágilmente hasta dilatar al máximo el impulso logrado con el salto. Cuando asomó la

cabeza de nuevo, una emocionada algarabía gritaba su nombre por todos los rincones de la piscina y no había ni un solo rival siguiéndole los pasos. Presa de una maravillosa excitación, apuró el ritmo tan rápidamente como pudo. Cubrió el largo de ida, rotó y comenzó el de vuelta. Se cruzó con el resto de nadadores y los

dejó definitivamente atrás. Podía escuchar los gritos enloquecidos de todo su grupo.

Siguió nadando sin demora alguna, y con una velocidad asombrosa salvó la distancia que restaba del bordillo. Leo tomó su relevo. Alexander le tendió la mano

para subir. Su rostro era el vivo reflejo del orgullo y la sorpresa.

—¡Increíble, Catsi! ¡Increíble!

Cristina sonrió emocionada. Se sentó en el bordillo y trató de recuperar el aliento. Tenía el corazón tan descontrolado por el esfuerzo que ni siquiera se sintió

capaz de responder.

Leo perdió ventaja frente a Los Legionarios del Sur, pero cuando regresó para ceder el turno a Alexander, todavía se encontraba en primera posición. Alexander logró mayor ventaja, Santiago la perdió considerablemente y Claudia remató la carrera a una velocidad increíble. Los chicos se abrazaron emocionados. Habían pasado a la final.

Contemplaron el resto de la competición desde el césped. Cristina trató de centrarse en las carreras tal y como lo estaba haciendo el resto de sus amigos, pero

poco a poco compendió que algo iba mal. Le estaba resultando imposible recuperar

el ritmo natural de su respiración, era como si aquel tiempo de descanso no le estuviera sirviendo para nada. Entonces observó a Claudia y a Santiago. Ellos habían sido los últimos en tomar el relevo y sin embargo daban muestras de estar

completamente recuperados. Decidió esperar.

Otros tres grupos pasaron a la final: Salto Mortal, equipo formado por varias

chicas de dieciocho y diecinueve años provenientes de Talavera, Locos Fugados, seis muchachos de Vistaclara, de edades comprendidas entre los diecinueve y los veintitrés años, y los ya conocidos Cadillac Rojo. Silver Road y Sustain Souls se unieron a ellos y los cinco grupos se dirigieron al bordillo de nuevo.

—Sigue así, Cris —la apremió Alexander, dándole una cariñosa palmada en el

brazo.

Cristina no respondió. Caminó en silencio hasta el final de la fila y se posicionó la última del equipo.

Jaime paseó de nuevo por el bordillo. Desde el interior del bar, un monitor hizo sonar «My Sharona». Fue entonces cuando el coordinador tocó el silbato y los

concurstantes comenzaron la carrera.

Esta vez no parecía ser tan sencillo. La competición estuvo tan reñida en los turnos de Saúl y Leo que Alexander tuvo que hacer casi un milagro para recuperar

cierta ventaja, pero su esfuerzo no fue suficiente y Santiago volvió a posicionarlos

detrás de Salto Mortal y de Silver Road. Cuando llegó el turno de Claudia, la tensión y el estrés de la competición se encontraban en el cénit. La chica logró superar a los Silver Road y mantenerse en un tenso mano a mano con Salto Mortal.

En aquellas circunstancias Cristina recibió su relevo y supo que todo dependía de ella.

Se sumergió y trató de bucear del mismo modo que la primera vez, pero

enseguida se sintió sin aire suficiente y necesitó salir a la superficie. La chica



de Salto Mortal apareció casi dos metros por delante de ella. Cristina oyó los gritos de

su grupo. Estaban coreando su nombre y había tantas esperanzas y tantas ilusiones

puestas en aquellas voces que cerró los ojos y volcó todo su ser en aquel tramo de

agua.

Rotó al llegar al bordillo. Aquello la situó a la misma distancia que a la nadadora de Salto Mortal. Quince metros más y llegarían al bordillo opuesto.

Recordó de pronto las palabras de Alexander: «¡A no ser que seas la mejor nadadora del mundo, lo llevamos claro! ¿Eres la mejor nadadora del mundo?».

Abrió los ojos y divisó el bordillo a menos de diez metros. Apenas veía ya cuando lo tocó con la mano. Vio a sus amigos gritar y abrazarse, pero casi no podía

oírlos. Saúl la sacó del agua con un firme tirón de manos y el grupo entero la abrazó entusiasmado. Cristina entrecerró los ojos y advirtió cómo todos los

sonidos morían lentamente a su alrededor. Quiso decir que le dolía el pecho y que

no se encontraba bien, pero no tuvo tiempo. Repentinamente se encontró en la más absoluta oscuridad.

Los chicos apenas se dieron cuenta de lo que sucedió a continuación.

Simplemente la vieron caer de espaldas al fondo de la piscina. Durante varios segundos se quedaron paralizados, incapaces de entender el sentido de la broma.

Mientras tanto Cristina se hundía hasta llegar al fondo. Ellos aguardaron

expectantes todavía un poco más, con medias sonrisas dibujadas en sus

rostros.

Pero Cristina no afloraba a la superficie y finalmente la evidencia les hizo reaccionar.

—¡Socorrista! —Era Leo.

Alexander fue más práctico y se lanzó al agua. Santiago lo imitó. Cuando la sacaron entre ambos, comprobaron que la cabeza le caía sobre el pecho y sus ojos

estaban cerrados.

—¡Socorrista! ¡Socorrista!

—¡Dámela, Álex! —Saúl se arrodilló en el bordillo y extendió sus brazos para

recibirla. Alexander logró levantarla y finalmente Saúl fue capaz de subirla al bordillo y tumbarla bocarriba. Joaquín y Dulce se arrodillaron ante ella y pidieron

espacio. Alexander y Santiago salieron del agua y enseguida advirtieron la palidez

mortal de su rostro. Se había apoderado de sus labios una tonalidad azulada y había

perdido todo el color en las mejillas.

—¡Cristina! ¡Cristina!

—¡Que alguien avise a sus padres!

—¡Yo he visto a su abuela en el centro social!

—¡Id a buscarla!

—¡Una ambulancia! ¡Pedid una ambulancia!

El socorrista se hizo paso a empellones.

—¡Apartaos todos! —Se arrodilló junto a ella, ladeó su cabeza y buscó el pulso en su cuello—. No respira.

Sin perder tiempo retiró la lengua de su garganta, inclinó su cabeza hacia atrás y comenzó a hacerle la respiración asistida. Luego puso sus manos sobre el esternón y trató de reanimar su corazón.

—Uno, dos, tres..., quince. ¡Respira! —Insufló aire en su boca cuatro veces seguidas y retomó el masaje cardíaco—. Uno, dos, tres, cuatro, cinco..., quince.

¡Respira!

La chica no daba muestras de vida.

El socorrista continuaba tenaz. Cuatro insuflaciones, quince presiones en el pecho. Más de cien muchachos contenían el aliento a la espera de ver reaccionar a

Cristina, pero tampoco aquella vez hubo suerte. Fue entonces cuando Santiago empezó a llorar. Aquello no podía estar pasándole a Cristina, ella era demasiado

buena, Dios no podía permitir que se muriese. Ni siquiera había tenido tiempo de decirle que la quería, no podía morir todavía y mucho menos de una forma tan estúpida y repentina como aquella. Santiago suplicó a Dios para que la hiciera revivir, pero estaba demasiado asustado como para tener fe.

Cuatro insuflaciones, quince presiones en el pecho. Leo gritaba su nombre

compulsivamente con la voz desgarrada a causa del miedo. Llegó a su mente la imagen de doña Elisa enterándose de la muerte de Cristina y trató de borrar aquella

idea de su imaginación. Aquello no podía estar pasando, aquello no era real, no podía ser real.

Cuatro insuflaciones, quince presiones en el pecho. Claudia rompió a llorar, apenas hacía unas horas que habían estado juntas en el pilón compartiendo confidencias y fumando cigarrillos. Y ahora Cristina yacía inconsciente en el suelo,

y a medida que pasaban los minutos una sábana violácea cubría su rostro lentamente.

Cuatro insuflaciones, quince presiones en el pecho. Saúl lo contemplaba todo paralizado. Quería gritar, quería apartar al socorrista y reanimarla él mismo.

Quería pedirla perdón por todo, quería hacerla reír otra vez y besarla otra vez.

Quería que Cristina abriera los ojos. Lamentó la estupidez mental de la que había hecho gala todo el verano. Desde luego era Cristina a quien quería, ya no le cabía la

más mínima duda. Pero Cristina no despertaba, el socorrista se estaba dejando la vida en el intento y Cristina no quería despertar.

Cuatro insuflaciones, quince presiones en el pecho. Alexander se arrodilló

junto al cuerpo de la chica. El miedo le tenía paralizado. Era su Catsi quien estaba en el suelo, con el frío aspecto que solo los muertos demuestran. Sintió una opresión

en el pecho, la experiencia de la imposibilidad, de lo irreal, de aquello que no puede concebirse ni asimilarse. El dolor y el pánico le helaban por dentro mientras contemplaba la situación como si el mundo hubiera dejado de girar, como si todas

las cosas por las que pudiera seguir respirando ya no importaran en absoluto.

Evocó haberla tenido en sus brazos la noche anterior. «Amor mío ...». Fue solo un instante, el luminoso y fugaz atisbo de lo que no había querido reconocerse nunca a

sí mismo. Cerró los ojos y suplicó a Dios, a un Dios en el que no creía. Y en la plegaria yacía intrínsecamente un desafío oculto, porque si Cristina iba a morir allí mismo, él ya no querría seguir viviendo.

Cuatro insuflaciones, quince presiones en el pecho.

Y fue entonces cuando Alexander escuchó una exclamación general. Abrió los ojos y vio algo que le acompañaría en el recuerdo por el resto de su vida: a Cristina

despierta y escupiendo agua.

El chico jamás olvidaría la sensación de alivio y de profundo agradecimiento que le embargó en ese momento. Todavía tembloroso, ocultó el rostro entre las manos y rompió a llorar.

—¿Dónde? ¿Dónde? —Por la puerta de la piscina apareció doña Elisa, desencajada por los nervios y pálida como una muerta—. ¿Dónde está mi nieta?

¿¡Dónde!?

La condujeron al bordillo de la piscina. Cristina permanecía tumbada, con la mirada ligeramente extraviada, tratando de orientarse y comprender lo que estaba sucediendo.

—¡Cristina! ¡Cristina!

La chica giró la cabeza y vio a su abuela de pie, agarrada al brazo de Saúl, incapaz de mantenerse por sí misma. Se preguntó confusa qué hacía su abuela

en la

piscina. A su mente llegó el recuerdo de la competición.

—¿Hemos ganado...? —Su voz sonó lejana y extraña.

—Sí, Cris —Santiago se secó las lágrimas. Sonreía conmovido.

Cristina se preguntó por qué había tanta gente mirándola, qué estaba haciendo en el suelo, no entendía nada.

—¿Puedes seguir mi dedo?

La chica siguió la mano del socorrista.

—Sí.

—Sigue la luz de la linterna.

Lo hizo torpemente.

—¿Sabes cómo te llamas?

Pensó despacio.

—Cristina.

—¿Sabes qué día es hoy?

No tenía ni idea. Las vacaciones de verano no estaban hechas para amargarse la vida con esas cosas.

—...El día de la competición de natación.

Oyó varias risas nerviosas a su alrededor.

—¿Reconoces a esta señora de aquí?

Dudó un instante.

— *Abu.*

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

—¿Qué es lo último que recuerdas?

Hizo memoria, pero el llanto de su abuela la interrumpió.

— *Abu...* ¿Por qué lloras?...

—Cristina, ¿qué es lo último que recuerdas?

Volvió a esforzarse. «Sigue así, Cris».

—Alexander...

El chico se inclinó sobre ella y tomó su mano entre las suyas.

—¿Yo soy lo último que recuerdas? —Sonrió con fingida arrogancia, pero

Cristina advirtió que había llorado.

Hizo memoria de nuevo. De pronto una luz atravesó su mente.

—Que era la mejor nadadora del mundo...

Vio el rostro de Alexander transfigurarse en una expresión de sorpresa y

escepticismo. El chico se apartó lentamente de ella, como si sus palabras le hubieran

atravesado de parte a parte.

—¿Te mareaste?

—Sí.

El socorrista suspiró satisfecho.

—Parece un sobresfuerzo. ¿Te sientes mareada?

—No.

—¿Tienes ganas de vomitar, presión en el pecho o taquicardia?

Cristina se examinó durante un breve instante.

—Me duelen mucho las costillas.

—Enseguida vendrá la ambulancia.

—Tengo frío.

Se oyó el tintineo de unas llaves.

—Traedme una manta de la enfermería. —Se volvió hacia Cristina de nuevo

—. Mientras tanto voy a tomarte el pulso, ¿de acuerdo?

—Sí —Tanteó el suelo con sus dedos buscando la mano de Alexander, pero no la encontró.

Mientras el socorrista calculaba con su reloj el número de sus latidos, Cristina pudo, por fin, mirar a su alrededor y fijar su atención en los rostros sonrientes y llorosos de sus amigos, las expresiones asustadas de Gorka, Las Diosas del Alba, Heavy, el Quinqui, Dulce, Jaime, Joaquín... Incluso las pandillas de Mateo y Beni Mariposas la contemplaban visiblemente afectados. Vio también la sonrisa nerviosa

de su abuela. La anciana buscó refugio en los brazos de Saúl y rompió a llorar de

nuevo. El muchacho se limitó a abrazarla en una emoción contenida.



Se oyó de pronto la sirena de la ambulancia.

—Ya están aquí.

La sirena se apagó al llegar a la entrada de la piscina y tres profesionales entraron en el recinto.

—Ya respira —anunció el socorrista. Luego enmudeció porque acababa de advertir que le temblaba la voz.

Uno de los sanitarios desplegó una camilla junto a la chica.

—¿Cuánto tiempo ha estado sin respirar?

—Unos cinco minutos.

—¿Cómo te llamas?

Cristina respondió a preguntas similares a las que ya había respondido anteriormente. Luego le proporcionaron una mascarilla de oxígeno, la alzaron entre los tres y la colocaron sobre la camilla. El socorrista les seguía los pasos.

—...Una media de cincuenta y cinco pulsaciones por minuto... —Les vio subirla a la ambulancia por su puerta trasera. El técnico se volvió hacia él.

—Bien hecho. —Luego buscó con la mirada entre el tumulto de gente que les había seguido hasta la salida—. ¿El padre o la madre de la chica?

—Yo —se apresuró a decir doña Elisa, al tiempo que Saúl la guiaba a la ambulancia—. Soy su abuela, soy su abuela... —Se le quebró la voz y su mirada nerviosa se empañó de nuevo.

—Suba, por favor. —Le tendió la mano y la anciana se acomodó junto a la camilla. Luego miró de nuevo a Saúl—. Hijo, hazme un favor, avisa a doña Juana,

apenas llevo dinero encima.

Saúl afirmó con la cabeza y luego vio cómo cerraban las puertas, arrancaban el vehículo y este se alejaba en dirección a Talavera.

—¡Dulce! —Era la voz de Santiago—. Llévanos en tu coche. Llévanos a Talavera, por favor.

Saúl se abrió paso entre el tumulto.

—¡Esperadme! Dejad que avise a doña Juana primero.

—Ve con ellos, Saúl. —Alexander apareció de pronto—. Yo me encargo de avisarla.

—¿De verdad? ¿No te importa?

—Claro que no. —Les vio vestirse apresuradamente y alejarse hacia el coche de Dulce.

—Ve a Talavera con doña Juana, Álex, te estaremos esperando en el hospital.

—Luego Leo se despidió con la mano y subió al coche.

Alexander contempló el vehículo alejarse en la misma dirección que la ambulancia. Sintió entonces una dolorosa presión en la garganta y se encaminó a los servicios de la piscina. Allí se encerró en uno de los retretes y, dejándose caer al suelo, rompió a llorar en silencio.

Dulce y los muchachos llegaron al hospital apenas media hora después de la ambulancia. Pasaron la tarde en la sala de espera, animando a doña Elisa y aguardando impacientes los resultados de las pruebas médicas. Al rato llegó doña Juana y las dos ancianas se fundieron en un fuerte abrazo. El resto del grupo advirtió asombrado la ausencia de Alexander.

—¿Por qué? —Leo buscaba una posible explicación en los ojos de sus amigos, pero ninguno supo responderle.

Dos horas después recibieron los resultados. Cristina no presentaba daños neuronales ni cardíacos, tampoco agua en los pulmones. Solo dos costillas fracturadas a causa de la reanimación, que se repondrían por sí solas a base de reposo.

—Pero conviene que se quede esta noche en observación.

—Me quedo contigo, Elisa.

La anciana apretó fuertemente la mano de doña Juana y se enjugó las lágrimas.

Al fin podía respirar aliviada.

Cristina fue llevada a una amplia sala ocupada por otros siete pacientes.

Corrieron su cortina y le conectaron a un monitor que registraba su frecuencia cardíaca. Allí recibió la visita de su abuela y doña Juana. Dulce y los muchachos pasaron de dos en dos, tal y como se lo indicaron las enfermeras.

Saúl se mostró tan extraordinariamente cariñoso que Cristina apenas podía reconocerlo. Ante la presencia de Leo, el muchacho tuvo que conformarse con besarla en la mejilla y la frente. Después pasaron Claudia y Santiago. Este último se

abrazó a la chica y no cambió de postura en los cinco minutos que duró la visita.

—¿Pero dónde está Álex?

Era la tercera vez que preguntaba por él y nadie parecía saberlo.

—¿No ha venido?

Santiago bajó la mirada.

—Vendrá. —Claudia sonrió con dulzura—. No sabemos qué le ha pasado, pero vendrá en cuanto pueda, ya lo verás.

—¿Pero está bien?

—Pues claro que está bien.

—¿Y por qué no ha venido?

—Aquí viene Dulce —intervino Santiago mirando hacia atrás—. ¡Y viene sonriendo! ¡Vaya, pero si sabe sonreír!

Rieron la broma y luego la monitora tomó la mano de Cristina y dijo que le había dado el susto más grande de su vida.

Cristina recibió el alta médica a las ocho de la mañana siguiente. Doña Juana había dormido unas horas en su piso de Talavera, así que se presentó de nuevo en el

hospital, recogió a doña Elisa y a Cristina y las condujo a Vistaclara.

La noticia de lo sucedido había corrido por el pueblo como un reguero de pólvora,

de

modo

que

la

popularidad

de

Cristina

se

disparó

desproporcionadamente durante aquellos dos días. Ya no había nadie en toda

Vistaclara que no supiera quién era Cristina, la nieta de Elisa y componente de los

Sustain Souls.

Durante todo aquel día su abuela estuvo recibiendo visitas de amigas y

conocidas. Para sorpresa de muchas, doña Elisa parecía encontrarse peor que Cristina. Los nervios del día anterior y la falta de un descanso apropiado habían hecho estragos en ella.

La mujer les relataba lo sucedido mientras bebía una tila detrás de otra. Entre

tanto, Cristina se mantenía silenciosa y confusa, contemplando el vuelo de las golondrinas en el jardín. En realidad se estaba aburriendo profundamente y solo quería volver a ver a la pandilla, pero poco a poco estaba tomando conciencia de la

tragedia que había estado a punto de sufrir en primera persona. Ni siquiera podía creer que hubiera estado inconsciente y sin respiración durante cinco minutos. No

recordaba nada de todo aquello.

A las seis de la tarde alguien llamó al timbre de la casa. Cristina se levantó rápidamente, como llevaba haciendo desde que había llegado, cruzó el salón y el vestíbulo y abrió la puerta principal. La pandilla entera aguardaba tímidamente al otro lado.

—¡Por fin! —exclamó feliz.

Los chicos la envolvieron en un caluroso abrazo. De pronto Cristina reparó en que Alexander no se encontraba entre ellos.

Como si Claudia le hubiera leído el pensamiento, se apresuró a decir:

—Álex debe estar al caer. Vendrá enseguida.

Saludaron a doña Elisa y a las tres ancianas que la acompañaban en el salón, y luego salieron al jardín. Allí estuvieron hablando y riendo hasta la hora de la cena.

Cristina no podía dejar de asombrarse ante las cálidas y furtivas miradas de un Saúl

casi irreconocible. Santiago tampoco parecía quedarse atrás, se había sentado junto

a ella y había apoyado la cabeza en su regazo. Leo y Claudia le contaban lo sucedido desde sus femeninos puntos de vista.

—Y entonces se arrodilló ante ti, te abrió la boca y... ¡ese dios griego te hizo el boca a boca! —relataba Leo.

—¡Me estaba muriendo de la envidia!

—¡Claro! ¡Tú y yo y todas las chicas de la piscina!

Saúl las miraba con burla.

—Pero si no tenía ni idea de hacer el boca a boca... ¡En mi vida he visto un patán igual!

—Tú cállate, Saúl. Casi te echas a llorar.

—¡Sí! Y Álex se puso a llorar cuando Cris despertó.

—Quizá quería que se ahogara.

Los chicos rieron a carcajadas, pero la risa de Cristina no llegó a su mirada. A

pesar de que estaba disfrutando de tan elevadas dosis de cariño, el recuerdo de Alexander la estaba sumiendo en un melancólico vacío interior. No comprendía su

ausencia, no se le ocurría ningún motivo que pudiera justificar su actitud.

Al anochecer Saúl sugirió pedir unas *pizzas* y cenar todos juntos en el jardín.

Pusieron sobre la mesa toda su calderilla, pero doña Elisa replicó que de ninguna

manera permitiría que pagaran mientras se encontraran bajo su techo. La anciana les dejó llamar y pedir lo que quisieran, y luego ella misma se encargó de recibir al

joven motorista y hacerse cargo del pago.

Comieron dos *pizzas* grandes, una botella de dos litros de Coca-Cola y dos tarrinas gigantes de helado de chocolate. Cuando terminaron se sentían tan

profundamente relajados y felices que emplearon casi media hora en contemplar las

estrellas en silencio. Luego Cristina subió a su habitación, tomó el Pictionary de lo

alto de su armario y lo llevó al jardín. Los chicos se lo pasaron de maravilla

expresando unas habilidades pictóricas que dejaban mucho que desear.

A las once y media decidieron batirse en retirada para dejar descansar a doña Elisa. Prometieron encontrarse en la cabaña a la mañana siguiente.

Luego la chica subió a su habitación y se quedó contemplando la ventana abierta. Recordó las ocasiones en las que había visto a Alexander aparecer por allí.

La decepción estaba empezando a dar paso a una rabia contenida.

Doña Elisa entró en ese momento y se sentó sobre la cama. Cogió su mano.

—¿Vas a poder dormir bien?

—Claro que sí.

La besó y le deseó buenas noches.

—Avísame enseguida si te encuentras mal.

—Estoy bien, de verdad.

Doña Elisa exhaló un largo suspiro, como si no terminara de creer que el peligro se hubiera ido definitivamente. Después apagó la luz y abandonó la habitación cerrando la puerta tras de sí.

Cristina contempló las estrellas y los tejados de las casas vecinas a través de la

ventana. Se oía el canto de los grillos y los lejanos ladridos de los perros callejeros.

De nuevo pensó en Alexander. Recordó las palabras que le había susurrado al oído



tan solo dos noches antes, todo aquello de que la quería muchísimo, mucho más de

lo que podía imaginar. ¿Cómo podía ser tan mentiroso? El dolor le atenazó por dentro y los ojos se le llenaron de lágrimas. Aquella noche fue la primera en la que

Cristina lloró por Alexander.

Claudia y Leo se despidieron poco antes de llegar a la carretera. Claudia emprendió entonces la subida hacia el instituto. Caminaba distraídamente cuando oyó una risa sorda y una voz masculina en algún punto entre el parque y el centro

escolar. La chica se detuvo por la impresión. Aquella voz se parecía muchísimo a la

de Alexander, pero eso no podía ser posible. Desconocía los motivos por los que el

chico no había hecho acto de presencia en aquellos dos días. Le constaba que había

resultado terriblemente decepcionante a ojos de todo el mundo, pero una parte de sí se negaba a creer que pudiera ser efecto de una simple indiferencia.

Continuó caminando, presa de una confusión cada vez mayor. Miró de reojo

hacia el edificio y creyó ver dos figuras sentadas en la puerta, aunque resultaba difícil cerciorarse debido a la absoluta oscuridad que les envolvía. Unos metros más y dejaría el edificio a sus espaldas y la duda de semejante comportamiento mancharía la imagen que tenía del muchacho. Se sintió entonces en deuda con la verdad, de modo que dio la vuelta sobre sus pasos, subió las escaleras de piedra y se

dirigió a la puerta del centro. Percibió el sobresalto de las dos figuras. Se detuvo a pocos metros de ellos y un amargo resentimiento le hizo enmudecer.

Ante ella tenía a Alexander y a Dulce, sentados en el suelo y fumando algo que, a juzgar por el olor, no era precisamente tabaco.

—Hola, Claudia. —La voz de la monitora nunca había sonado tan amable—.

¿Cómo está Cris?

—Está bien —Sus ojos se dirigieron a Alexander.

El muchacho la miraba con la cabeza inclinada hacia el suelo. Claudia sintió el

impulso de zarandearle y gritarle. Él pareció intuir sus sentimientos, ya que desvió

la mirada en un mutismo absoluto.

—Hola, Alexander.

—Hola... —Ni siquiera la miró.

Claudia tembló de rabia.

—Solo quería decirte... que eres la persona más miserable y ruin que he conocido en toda mi vida.

Alexander mantuvo la mirada fija en el suelo. Aquel gesto de cobardía sacudió a la chica con mayor fiereza.

—Y voy a contárselo a Cristina para que deje de perder el tiempo preguntando por ti.

Como golpeado por un látigo, Alexander levantó el rostro y la miró a los

ojos. Había una expresión de sorpresa, miedo y resignación en su mirada. Claudia

por fin se dio por satisfecha. Se dio la vuelta y se marchó sin decir adiós.

Una hora más tarde, el muchacho se despidió de Dulce y enfiló el camino a su casa. Aquella noche estaba resultando tan deprimente como la anterior. Se llevó la

mano al bolsillo del pantalón y sacó el CD que había grabado para Cristina la noche

anterior. Se preguntó en qué momento había cambiado de idea, pero en el fondo sabía que nunca había tenido la verdadera intención de ir a verla junto con el resto

de la pandilla. Cristina debía estar odiándolo. Y si no le odiaba todavía, lo haría en cuanto Claudia hablara con ella al día siguiente.

Se detuvo en mitad de la calzada y trató de pensar. De pronto se sorprendió a sí

mismo cambiando el rumbo de sus pasos en dirección a la casa de Cristina. Y en aquel momento, por primera vez en aquellos dos días, sintió cómo se liberaba de todo su pesar.

El reloj de la plaza marcó una sonora campanada cuando trepó al olivo, pisó el canalón y llegó al tejado. La ventana estaba abierta. Se inclinó sobre el alféizar y vio a la chica durmiendo profundamente en su cama. De pronto se sintió como un

inoportuno intruso, un sucio voyerista o algo así. Por un instante pensó que sería mejor darse la vuelta y marcharse, pero luego se dijo que nadie le estaba mirando,

nadie podía juzgarle, era libre de hacer lo que quisiera.

Saltó al interior de la habitación y se acercó a ella. Recordó su rostro pálido y azulado sobre el suelo de la piscina, al tiempo que la escuchaba respirar

plácidamente. Volvió a embargarle aquel sentimiento de agradecimiento que le había hecho llorar en la piscina. Con muchísimo cuidado, extendió la mano y acarició su rostro. Ella ni siquiera se movió. Aun así, algo le apremió dentro de sí,

extrajo el CD de su bolsillo y lo dejó sobre la mesilla. Ya se dirigía a la ventana, cuando de pronto se dio cuenta de que no le había escrito ninguna dedicatoria.

Quizá solo fuera una excusa para poder quedarse un rato más, el caso es que, ni corto ni perezoso, comenzó a buscar en la mesa algún marcador con el que escribir

sobre el CD. No encontró nada similar. Vio la mochila en el suelo. La cogió y sacó

el estuche. Sabía que se estaba comportando de un modo absurdo, pero estaba demasiado fumado como para que le importara. Abrió el estuche y buscó entre los

lápices. Entusiasmado, encontró un marcador de color azul. Lo cogió y se sentó en

el suelo, junto a la ventana, para poder ayudarse de la luz de las farolas. Le llevó unos segundos pensar en una buena dedicatoria. Lamentó la profunda sensibilidad que le estaba martirizando aquella noche. Seguramente escribiría algo que a la mañana siguiente, a la luz del sol, consideraría demasiado cursi. Aun así supo que a

Cristina le encantaría. Sabía que era de esa clase de chicas que aman los corazones y

el color rosa. Realmente los efectos de la marihuana empezaban a resultarle patéticos. Miró un instante a Cristina y comenzó a escribir.

Apenas tardó unos segundos, se levantó, dejó el CD sobre la mesilla y saltó al alféizar. En ese momento Cristina emitió un quejido sordo, como el lloriqueo

de un

cachorro. Alexander se volvió sobresaltado hacia ella y la observó en silencio. Por

un segundo había creído que se había despertado, pero seguía durmiendo profundamente. Sin embargo su respiración ya no era plácida y profunda.

Volvió a llorar.

El muchacho miró las tejas bajo sus pies y se mantuvo quieto, dudando qué hacer.

Cristina volvió a emitir otro de aquellos sollozos. Luego otro más largo y después otro. Alexander ya no se sintió con fuerzas para continuar ignorándola.

Saltó al interior de la habitación y se arrodilló frente a ella. De nuevo acarició su

rostro, esta vez sin miedo a despertarla.

—Cris...

Cristina sollozó de nuevo.

—Cris..., despierta.

La chica emitió otro lastimero quejido y el adolescente sintió que ya no podía seguir luchando en contra de su voluntad, de modo que se inclinó sobre ella y la besó dulcemente en los labios. Ella no despertó, así que la besó en la mejilla, en la

frente, otra vez en la mejilla.

Y Cristina abrió los ojos por fin. Asombrada, encontró el rostro de Alexander

frente a ella. No sabía ni qué hora era ni entendía qué hacía él allí, pero la expresión del muchacho detuvo su pensamiento y entrecortó su respiración. Al instante se sintió poseída de nuevo por aquella maravillosa sensación, como si su pecho fuera

a explotar en millones de luces de colores.

El chico la besó de nuevo en la cara.

Entonces ella recordó haberse dormido esperándole.

—Álex..., estaba soñando contigo.

Alexander acarició sus rizos.

—¿Por qué llorabas?

—Porque no me hablabas.

—¿No te hablaba?

Cristina recordó el sueño tan vívidamente como si estuviera sucediendo en ese momento.

—Te llamé y miraste a otro lado.

Alexander se sintió conmovido.

—Yo nunca haría algo así.

Cristina rodeó su cuello con los brazos y le atrajo hacia ella.

—Ya lo sé.

Y Alexander la abrazó en silencio, largo rato, rebosante de una paz que no había experimentado jamás con ninguna otra persona, lamentando únicamente el

hecho de no haber ido antes a verla.

Aquel tiempo de silencio otorgó a Cristina mayor claridad mental, y las preguntas comenzaron a agolparse en su cabeza. Se distanció del muchacho y se sentó en la cama.

—¿Por qué no viniste ayer a verme? Ni siquiera has venido hoy a casa.

¿Dónde has estado? ¡Te estaba echando muchísimo de menos! ¿Dónde estabas?

Alexander supo que el mejor momento de la noche acababa de morir ante sus ojos. De todas formas ya había asumido que aquella pregunta llegaría. Recordó la

amenaza de Claudia y supo que no podía ocultar la verdad.

—Estaba con Dulce.

Cristina se quedó paralizada. Si Alexander le hubiera pegado una bofetada no habría sentido mayor dolor. Asomó a su rostro una expresión de perplejidad, de escepticismo incluso y de profunda decepción.

—No te creo... Es una broma.

—No, no es una broma, es verdad.

—¿Y qué hacíais?

—Solo charlábamos y fumábamos.

Ella lo miró a los ojos tratando de entenderlo, pero no encontró nada que le reconfortara, nada que le sirviera de alivio.

—¿Por qué...? —Su voz se quebró y las lágrimas comenzaron a resbalar por

su rostro—. Estuve a punto de morir... Todos querían estar conmigo... Todos menos tú... Y tú... Y tú... —Ahora el llanto era tan intenso que apenas podía articular palabra y su rostro era un torrente de lágrimas—. Tú dijiste... Antes de ayer dijiste... que me querías muchísimo... muchísimo más de... —volvió a

ahogarse en sus propios sollozos— de lo que yo podía... podía imaginar...

Alexander quería morir. Dominado por la culpabilidad, la abrazó y cerró los ojos.

—Lo siento, Cris. ¡Perdóname...! Perdóname, por favor... Por favor... —

Sintió cómo Cristina forcejeaba furiosa en contra de su abrazo pero se mantuvo firmemente, con los ojos cerrados y suplicando su perdón. Finalmente ella cedió y,

agotada y herida, continuó sollozando sobre su hombro.

Se hizo un pesaroso y prolongado silencio, interrumpido ocasionalmente por la rasgada voz de Alexander.

—Perdóname, Cris... Perdóname.

Lentamente ocultó el rostro en su cuello y lo besó dulcemente. Alzó la cabeza

hacia su rostro y besó el surco de sus lágrimas repetidas veces y con extraordinaria

ternura. Cristina aguardaba paralizada, muda de miedo y maravillada al mismo tiempo, con el corazón golpeando su pecho frenéticamente. Sus miradas se encontraron al fin.

—Cris... A veces hago lo contrario de lo que me gustaría hacer.



—¿Por qué?

—Porque a veces tengo miedo por ti.

—No te entiendo.

Alexander desvió la mirada y negó con la cabeza.

—No espero que lo hagas... —La miró de nuevo—. Pero no dudes nunca de mí. Cuando pienses en todas las cosas que te he dicho... Tienes que saber que nunca

te he mentado.

A pesar de su evidente confusión, Cristina afirmó con la cabeza.

—¿Me crees de verdad?

—Sí. —Esta vez fue ella quien se refugió en los brazos de él. Alexander suspiró aliviado y la estrechó entre sus brazos.

—Te quiero muchísimo, Cris.

—Yo a ti también.

Alexander se sintió embargado de nuevo por aquel extraordinario sentimiento.

Bajó la cabeza y besó sus rizos oscuros. Al aspirar el olor de su cabello, notó como

si un incendio le atravesara por dentro y le quemara al rojo vivo.

Inmediatamente supo que había llegado el momento de marcharse o perdería el control de la situación.

—Tengo que irme.

Cristina alzó el rostro y percibió cómo los labios de Alexander rozaban

casualmente los suyos para encaminarse con paso firme a su frente. Lo observó en

silencio, en realidad lo decía todo con la mirada.

Alexander se levantó, saltó por la ventana y, no sin antes volverse para mirarla de nuevo, descendió del tejado y emprendió el camino a su casa.

Ella suspiró y se recostó en la cama. No podía ni siquiera pensar. No

encontraba palabras para explicarse lo que sentía. Aquello era como flotar..., flotar

en un océano de luz. Contempló la habitación, y en la penumbra descubrió algo desconocido sobre su mesilla. Encendió la luz de la lámpara de noche y distinguió

el disco. Al abrir la cubierta, encontró el CD y sobre él, en letras azules, pudo leer:

«Para Catsi, espero que te guste. Perdónamelo todo y no te mueras nunca porque te

quiero demasiado. Álex».

Cristina no se dio cuenta de cómo una enorme sonrisa florecía en sus labios.

Profundamente conmovida, besó la dedicatoria y apretó el disco contra su pecho.

No lo soltó de sus manos cuando apagó la luz, ni tampoco cuando se reclinó de nuevo y apoyó la cabeza sobre la almohada; tampoco cuando cerró los ojos y percibió el olor de Alexander en su propio pijama, ni cuando, finalmente,

rememoró en sus sueños la ternura de su voz y el calor de sus besos en su piel.

*And if you listen very hard  
the tune will come to you at last  
when all are one and one is all.*

«Starway to heaven», Led Zeppelin[20]

Aquella mañana parecía ser más soleada y preciosa que ninguna otra, al menos a ojos de Saúl. Mientras una suave brisa revolvía sus rizos rubios, el muchacho caminaba a paso ligero por los caminos de la dehesa con Elvis trotando a sus pies. Llevaba un melocotón en la mano, al cual iba dando grandes mordiscos con auténtico placer. Y no es que su vida estuviera exenta de grandes problemas, pues nada más lejos de la verdad, pero Saúl había nacido con el don de la alegría y con una profunda capacidad para olvidar tragedias y desgracias. Y no solo eso. Desde hacía dos días tenía motivos de sobra para sentirse feliz, Cristina estaba viva. Y aunque sabía que le iba a costar trabajo reconquistarla, no albergaba la menor duda del éxito de sus encantos personales.

Por otro lado no podía dejar de sentirse ligeramente contrariado con respecto a Claudia. Claro que le gustaba Claudia, era guapísima y tenía un carácter impredecible y terriblemente temperamental. Aquello le volvía loco. También le gustaba Cárol, era divertidísima y estaba loca de remate. Cárol le ponía de buen humor con su sola presencia. Las iba a echar profundamente de menos. Pero ya había tomado su decisión. Le gustaba Cristina. La que más. Era increíblemente guapa, dulce y cariñosa. Es cierto que no estaba tan buena como las otras, pero solo era cuestión de tiempo que le crecieran las tetas como es debido. Se preguntó consternado por qué el mundo estaba hecho tan mal. Si él amaba a tres mujeres

¿por qué solo podía estar con una? ¡Él tenía amor de sobra para las tres! ¿Por qué

debía restringir su generosidad de espíritu a una sola persona? Si hubiera nacido en

Arabia no tendría aquellos problemas, podría casarse con todas las chicas que quisiera. Se imaginó durmiendo junto a Cristina mientras Claudia le masajeara los

pies y Cárol le preparaba alguna bebida exótica. Dios santo. Tenía un grave problema con la letra c. Bueno, si fuese árabe podría dilatar su corazón hasta el esfuerzo de incluir a Leo en su harén. La chica parecía estar un poco más mona que

el año pasado. No le haría ascos a nadie, ni siquiera a Leo. Pensó entonces que en realidad le gustaban todas. Las mujeres eran la mejor cosa del mundo, cada una a su

manera, todas estaban llenas de encantos; la vida era una maravilla gracias a ellas.

Llegó a la puerta de la cerca y encontró todas las bicicletas del grupo

amontonadas a la orilla del camino. Vaya, al parecer llegaba tarde otra vez. Se le habría ido el santo al cielo, para no variar. Pero caray, era verano, ¿qué prisa podía haber en verano?

Abrió la puerta y ambos pasaron a la cerca. El cachorro comenzó a correr alegremente, perdiéndose entre las altas espigas del prado. Saúl le silbó divertido y

Elvis acudió loco de alegría, con los ojos brillantes y la lengua fuera. El muchacho

cogió un palo del suelo y lo lanzó a lo lejos. Elvis fue en su búsqueda. Llegaron al

pie del árbol. Alguien tocaba la guitarra, pero desde luego no era su hermano.

Quizá fuera Cristina. Aquello le hizo sonreír. A ella le encantaría ver a Elvis, estaba loca por él. Llamó de nuevo al cachorro, lo cogió en vilo y subió las escaleras con

una mano. Cuando llegó a la terraza, liberó al animal y este se lanzó feliz al interior de la cabaña.

—¡Elvis! —La voz de Cristina produjo un profundo sentimiento de satisfacción en el muchacho—. ¡Elvis! ¡Bonito! ¿Qué haces tú aquí?

Saúl hizo su aparición triunfal en la cabaña.

Cristina, quien sostenía al perro en brazos, se volvió hacia el muchacho y le dedicó una calurosa sonrisa.

—¡Hola, Saúl!

El chico respondió con una radiante expresión de felicidad, pero de pronto observó algo insólito en el vestuario de la chica. ¿Aquella camiseta de Guns N' N'

Roses no era de Alexander? Sí, claro que sí, era la misma, tenía aquel agujero en la

manga derecha. Consternado, dirigió una mirada de duda a su amigo, el cual aspiraba la calada de un Marlboro mientras tocaba el bajo. Saúl maldijo su torpeza,

se preguntó si no habría llegado demasiado tarde.

Alexander le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—Llegas tarde, pequeño bastardo.

Saúl sonrió con fingida indiferencia. Ni que le hubiera leído el pensamiento.

Pasó junto a Leo, la cual trataba de llegar a una tregua con el violín. Le quitó la gorra roja y se la puso en su cabeza.

Malhumorada, la pelirroja levantó la cabeza.

—¡Eh!

Luego pasó junto a Claudia y le guiñó un ojo. Se sentó a la batería. Claudia le dedicó una seductora sonrisa. Su pobre corazón se disparó. Vaya, no debería haberle guiñado el ojo, él ya había tomado su decisión. Arrepentido, bajó la mirada

y la ignoró deliberadamente. Claudia frunció el ceño y una sombra de tristeza planeó sobre su rostro. Ofendida, le dio la espalda.

Santiago lo miraba con expresión de burla.

—Saúl, ¿podemos empezar de una vez?

Saúl sonrió.

—Cuando quieras, genio.

Por fin comenzaron. Pero Saúl no tenía un día lúcido, es decir, tenía un día menos lúcido de lo habitual. Su mente revoloteaba alrededor de las bronceadas piernas de Cristina y su imaginación se desbocaba imparable imaginando formas de

recuperar su atención, para lo cual cualquier comentario le parecía brillante y acertadísimo. De modo que comenzó una lluvia de improvisadas bromas,

encantadoras sonrisas y misteriosas miradas de seductor. Tras quince minutos de esforzados intentos, la chica se encontraba completamente aturdida, incapaz de saber qué decir y, por su parte, el resto del grupo se limitaba a observar la jugada

con evidente impaciencia y mal humor.

—¿Quieres hacer el favor de concentrarte, Saúl?

El rubio miró ofendido a su hermano.

—Tranquilito, ¿eh? Que se te está subiendo a la cabeza esto del talento musical.

Santiago lo miró furioso mientras Alexander lo contemplaba inescrutable. Ni Claudia ni Leo se dignaron a contestarle. Provocar una discusión solo podría servir

para hacerles perder más tiempo todavía.

Y finalmente llegó el descanso. Era su hora de atacar. Salieron a la terraza y sacaron Coca-Colas y batidos de la neverita de Santiago.

—¡Hoy es mi santo! —anunció el niño cuando todos se hubieron acomodado con sus respectivas bebidas en las manos.

—¿En serio?

No quedó nadie sin felicitarle. Incluso Saúl le dio un abrazo, ligeramente pesaroso de haberse olvidado.

Enseguida retomaron el tema de la *gymkhana*.

—Tenemos cinco puntos —habló Alexander—. Estamos empatados con Los Reyes de Queens y Cruce de Caminos.

—¡Empatados con Los Reyes de Queens...! —Saúl bufó asqueado.

Alexander sacó el panfleto amarillo de su bolsillo.

—Cruce de Caminos es pan comido. No sobrevivirán al triatlón.

—¡Dios mío, el triatlón...! —Leo se sintió agotada solo de pensarlo.

—El triatlón es una prueba individual... —Alexander leyó detenidamente el panfleto—. Tenemos que elegir quién nos va a representar.

—Creo que lo primero es entrenarnos —sugirió Cristina— y luego ya veremos quién es el mejor.

Alexander miró a Cristina.

—Tú no vas a participar en esto.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—¡Pero eso es una bobada! Estoy perfectamente.

—No vas a participar en esto y no hay más que hablar.

Malhumorada, Cristina se cruzó de brazos, pero Saúl creyó distinguir en su mirada un brillo de debilidad cuando sus ojos volvieron a mirar tímidamente a Alexander. El chico correspondió con una fugaz expresión de ternura. Saúl los observó boquiabierto. ¿Pero qué estaba pasando ahí? Nervioso, empezó a sudar.

¿No era Alexander el tipo duro del grupo? ¿El que nunca mostraba sus sentimientos

porque no había sentimientos que mostrar? Pero entonces, ¿qué estaba pasando ahí?

Tendría que tantear a Alexander cuando estuvieran a solas. De momento su plan debía continuar.



—Está bien. —Saúl trató de serenarse—. ¿Cuándo es el triatlón?

—En agosto. Tenemos tiempo de sobra.

—¿Y cuál es la siguiente prueba? —Santiago arrebató el papel a Alexander—.

¿La prueba del payaso? —soltó una carcajada—. ¡Es mi favorita!

—¿Qué es la prueba del payaso?

—¡La mejor prueba de toda la *gymkhana*!

—No le hagas caso, Cris. —Leo dio una calada a su cigarrillo antes de

proseguir—. Se supone que la prueba del payaso consiste en perder la vergüenza, pero básicamente, solo sirve para despojarte de toda tu autoestima y dignidad.

—Tienes que salir al escenario y hacer un montón de idioteces —añadió Saúl con expresión divertida.

Cristina palideció.

—No es verdad.

Alexander contuvo la risa.

—En esa prueba sí tienes mi permiso para participar.

—No, no, ni hablar.

—Yo tampoco pienso participar. —Claudia fue tajante.

—Venga ya. ¿Por qué las chicas sois tan vergonzosas? ¿Qué más da si hacéis el ridículo? ¡Al día siguiente ya nadie se acordará!

Cristina ni siquiera respondió, permanecía con la mirada fija en sus zapatillas,

imaginando los horrores que le deparaba la prueba del payaso.

Una luz se encendió en la cabeza de Saúl. Se levantó y se sentó junto a ella. A continuación pasó el brazo por sus hombros.

—Venga, Cris, no te pongas así. Si quieres puedo cubrirte en la prueba del payaso.

La chica sonrió.

—¿En serio?

—Claro. Ya sabes que ser un payaso es mi vocación.

Cristina rompió a reír y lo besó en la mejilla.

—¡Gracias, Saúl! ¡Muchísimas gracias!

Alexander puso los ojos en blanco.

De pronto Saúl se levantó y cogió al perro en brazos.

—Voy abajo a jugar con Elvis, este pobre animal necesita más atención.

¿Alguien quiere venir?

—Yo voy. —Cristina se levantó y le siguió. Antes de bajar las escaleras se dirigió a Claudia—. ¿...Quieres venir?

A aquellas alturas de la mañana, a Claudia le relampagueaban los ojos.

—No, gracias.

Alexander dirigió a Saúl una mirada impenetrable.

—Empezamos los ensayos en cinco minutos.

Saúl lo miró molesto.

—Porque tú lo digas, ¿verdad?

Bajaron del árbol. Por fin estaban a solas. Llevaba deseando aquel momento desde que había visto a Cristina inconsciente dos días atrás. La chica cogió una pequeña ramita del suelo y la lanzó a través de las ramas del árbol. Elvis se lanzó a

su busca y captura.

—¿Qué tal estás, Cris?

Los ojos de Saúl reflejaban tanta ternura que ella tuvo que desviar la mirada.

—Estoy bien.

—Y... ¿qué tal está tu abuela?

—¿Mi abuela? —Lo miró gratamente sorprendida. ¿Desde cuándo se preocupaba Saúl por su abuela?—. Está bien..., gracias.

—¿Sabes? Voy a volver a las clases de inglés.

—¿En serio?

—Sí... Bueno, no se me dan muy bien y he perdido tres días de clase... Me va a costar un poco.

—Yo puedo ayudarte, si quieres.

Saúl sonrió feliz.

—Gracias, Cris, eres un ángel.

La chica se sonrojó y el corazón de Saúl se aceleró emocionado. La cosa marchaba estupendamente.

—¿Sabes lo que me apetece ahora? Uno de esos batidos de El Mirador.

A Cristina se le iluminaron los ojos.

—¡A mí también!

—¿Quieres que vayamos a tomarnos uno después del ensayo?

Ella se mordió el labio. Entonces Saúl descubrió que la cosa no iba tan bien como había imaginado.

—¿No...? ¿No quieres?

Una sombra de duda planeó sobre la mirada de Cristina.

—No sé.

Saúl trató de aparentar normalidad.

—Eh, venga, ¿tú puedes ayudarme con las clases y yo no puedo agradecértelo por adelantado?

Aquello no resultó convincente. En el silencio de Cristina se abrió un abismo que amenazaba con crecer entre los dos. Saúl comprendió que casi no le quedaban

opciones. Se acercó a ella y acarició su rostro.

—Cris, ¿todavía guardas la figura de Little Richard que te regalé?

Ella lo miró a los ojos y se sintió perdida.

—Sí.

Saúl acercó su rostro al de ella.

—Te estoy echando muchísimo de menos.

Cristina tembló, no podía pensar.

—Cris... —Sus labios se acercaron lentamente a los de ella. Apenas los había rozado cuando ella se echó ligeramente hacia atrás. Saúl no perdió la calma—.

Mírame... —Volvió a recuperar el terreno perdido—. Dime que ya no te gusto y no

volveré a besarte nunca más.

La chica le dirigió una expresión de angustiada indecisión. Saúl tomó su

rostro entre las manos. Cristina trató de echarse de nuevo hacia atrás, pero esta vez

él no la dejó. A cambio, acercó sus labios a los de ella y vio cómo Cristina entreabría su boca, preparada para sucumbir a la tentación.

—¡Se terminó el descanso!

Cristina saltó hacia atrás y en una décima de segundo estaba a tres metros de

distancia. Saúl miró hacia arriba. Era la voz de Alexander, pero no se le veía por ningún lado. Cristina se dirigió a las escaleras y las subió sin ni siquiera mirarle.

Saúl trató de serenarse. «Menuda mierda», se dijo. Y subió detrás de ella.

Retomaron sus posiciones y Alexander le hizo una señal para arrancar a la

batería. Tomó las baquetas y contempló el redoblante, el charles, el bombo, los tres

timbales y el plato aéreo. Luego dirigió su mirada a Alexander, una sutil mirada de

rencor que su amigo no pudo advertir porque había inclinado el rostro hacia su propio instrumento.

Una parte de Saúl sabía que estaba furioso con Alexander porque parecía haberse llevado a Cristina a su terreno, pero el muchacho era demasiado orgulloso

como para que su mente consciente pudiera reconocer esta verdad. Así que contempló la batería y se dijo que aquel sentimiento existía por culpa de los ensayos. Todos los días se sentía aprisionado y obligado a seguir el ritmo y el compás de la maldita canción de los Doors, como si aquella melodía fuera la única

que existiese en el mundo. Era realmente desesperante intentar sacarla de oído y fracasar una y otra vez. Sabía de sobra que ni su amigo ni el resto del grupo esperaban nada sorprendente de sus manos aquel día. En realidad él tampoco.

Y de pronto aquella idea iluminó su mente como la liberación de un preso que hubiera vivido encarcelado durante muchos años. Nadie esperaba nada de él en aquel momento, podía hacer lo que quisiera.

Irguiéndose sobre la pequeña banqueta, comenzó a tocar.

Durante los primeros golpes el resto del grupo aguardó confuso, tratando de discernir alguna similitud con la canción de los Doors. Luego unos frunció el ceño y otros lo miraron extrañados, tratando de comprender lo que estaba haciendo.

Pero Saúl se mostraba indiferente, ajeno por completo a los muchachos. Su corazón

se sentía volar por encima de todo el grupo, no le importaba en absoluto si aquello

les gustaba o no, solo deseaba explotar en docenas de sonidos al mismo tiempo y

dejarse llevar por su instinto.

Fue entonces cuando Alexander comenzó a identificar un compás de estructura perfecta, un compás de cuatro por cuatro formado por el charles, el bombo y el redoblante. Advirtió entonces que Saúl incrementaba la velocidad de los golpes mientras su propio cuerpo comenzaba un movimiento sincronizado con el ritmo de

la batería. A continuación incorporó los timbales e hizo un redoble en el timbal base. El ritmo naufragó estrepitosamente, pero el rubio no se detuvo. Por el contrario, continuó golpeando, probando y degustando caminos inexplorados.

Había comenzado a sudar y ahora tenía el rostro humedecido, y sus manos aferraban fuertemente las baquetas para evitar que le resbalaran a cada golpe. Y tras

un minuto de confusión, Alexander advirtió de nuevo que por fin había recuperado

el ritmo. No había técnica en aquel solo de batería, pero brillaba intrépido y desprendía fuerza. Era como contemplar el alma de Saúl a través de los platillos, un

alma impredecible, visceral, intuitiva y rebosante de pasión.

Saúl sudaba. Ahora sus grandes rizos rubios goteaban sobre su frente y el

sudor resbalaba por sus sienes, y él golpeaba, golpeaba, golpeaba, redoblaba, golpeaba, golpeaba, golpeaba, redoblaba y respiraba jadeante, liberado,

hipnotizado, casi iluminado, como si hubiera encontrado el camino, como si por fin

hubiera encontrado su camino, el camino para el que había nacido.

Perdió la noción del tiempo.

Y en aquel estado de trance descubrió que cada golpe y cada sonido eran de un

color diferente. Y su mente los discernía todos y cada uno de ellos mientras los colores se grababan a fuego en su interior.

Luego culminó con un redoble de platillos. Entonces se detuvo, alzó su rostro y contempló a los muchachos. Los miró como si llevara largo tiempo sin verlos, como si el tiempo y el espacio se hubieran materializado de nuevo tras un extraño

paréntesis indefinido.

Ellos le observaban perplejos, con sus rostros rebosantes de estupor y

sorpresa. Ni siquiera en los ojos de Claudia quedaba ya el menor atisbo de rencor o

molestia, solo había en ellos un sobrecogedor asombro. Se había apoderado de la

cabaña un insólito silencio y solo se oía el zumbido de una mosca rasgando el aire

de aquella mañana de verano.

—Saúl... —La voz de Alexander sonó más parecida a una débil pregunta que al

susurro que realmente era.

Y Saúl miró entonces a su mejor amigo y de sus labios afloró una sonrisa. No

su sonrisa habitual, arrogante, provocadora y burlona, sino una sonrisa sincera y profunda, rebosante de paz y autoaceptación, nacida en lo más hondo de su alma y

que llenó de luz sus grandes ojos verdes.

Aquel descubrimiento supuso una revolución para todos ellos. Los seis

amigos se mostraron exultantes durante el resto de la mañana, inspirados y



embargados por unas expectativas cada vez mayores. Pero a medida que avanzaba

el día, el calor se intensificó hasta extremos insoportables y antes de marchar a comer, acordaron pasar la tarde en la piscina.

A la hora de la siesta Cristina subió a su bicicleta y pedaleó veloz hacia la casa

de Alexander. Dejó la bici junto a la imponente verja negra y llamó al portero automático.

La voz del adolescente sonó al otro lado del aparato.

—Soy yo, Álex.

Se oyó el sonido de la puerta al abrirse y Cristina entró en la vivienda. Estaba atravesando el jardín cuando Alexander salió a su encuentro con una amplia sonrisa

en el rostro. Antes incluso de que Saúl les sorprendiera a todos con su solo de batería y a pesar de sus descarados intentos de conquistar a Cristina, Alexander llevaba todo el día mostrando un humor envidiable. La chica sintió el deseo incontenible de abrazarle de nuevo, pero se contuvo por mera prudencia.

Él pareció percatarse de aquella inesperada timidez, porque de pronto sonrió con chulería.

—Ya no puedes vivir sin mí, ¿eh?

Ella soltó una carcajada.

—Tengo que comentarte algo de esta mañana.

Aquello pareció transformar el rostro de Alexander en una sombra de duda.

Se desvaneció su sonrisa y enseguida se volvió en dirección a la vivienda.

—Vamos a la sombra.

Se dirigieron al porche y se sentaron en las escaleras de piedra. El muchacho

sacó entonces un paquete de tabaco del bolsillo de sus pantalones y encendió un cigarro. Cristina le miraba paciente y en silencio, recreándose en el bonito perfil de su nariz y el cabello castaño perfilando su rostro. A la luz del sol, sus mechones caoba se entremezclaban con ligeros destellos dorados. Cristina se dijo que

cualquier chica habría matado por tener un color de pelo tan precioso.

De pronto Alexander alzó el rostro y la miró directamente a los ojos.

—Lo que Saúl ha hecho esta mañana ha sido asombroso.

A Cristina se le iluminó la mirada al recordarlo.

—¡Es cierto, Álex, ha sido lo más increíble que...!

—Pero no puedo ayudarte, Cris.

Cristina enmudeció sorprendida.

—Es mi amigo, pero no puedo evitar sus trastornos de personalidad con respecto a las chicas.

Cristina lo miró más perpleja todavía. Ahora Alexander miraba fijamente algún punto indeterminado al fondo del jardín, tenía una expresión hermética en su

rostro y reflejaba una belleza tan fría y distante que Cristina casi sintió dolor.

—Ni siquiera sabes lo que he venido a decirte. —Fue una respuesta

espontánea, embargada de indignación y rabia.

Alexander la miró de nuevo, ligeramente avergonzado. Y tras un instante de duda, mientras la contemplaba bajar la vista al suelo, su rostro recuperó la amabilidad de la bienvenida.

—Perdona, yo creía que...

Se hizo un extraño silencio.

—¿Qué...? ¿Qué es, entonces?

Finalmente, Cristina alzó la mirada y pareció recobrar el buen ánimo.

—Verás, he estado pensando en Santi.

Alexander enarcó una ceja. De todas las posibles respuestas, aquella era la más

descabellada. De pronto sintió unas ganas enormes de reír.

—Y... ahora quieres saber si estoy celoso.

Cristina soltó otra carcajada y el ambiente quedó distendido por completo.

—¡Te estoy hablando en serio!

—Vale, sigue, sigue.

—Hoy es su santo. Ninguno nos hemos acordado esta mañana, ha sido penoso.

A veces siento que no le tenemos en suficiente consideración, como si nos

hubiésemos acostumbrado a que un genio de once años toque la guitarra eléctrica para nosotros. No quiero que se sienta así.

Alexander se alborotó el pelo.

—Pues no sé... Yo no sé cuándo es el santo de nadie... ¡Ni siquiera el mío!

—Pero el de Santi es muy popular, deberíamos celebrarlo. He pensado que podríamos darle una sorpresa.

—¿Cómo qué?

—Se me ha ocurrido que podríamos comprar una tarta y prepararle una fiesta sorpresa esta noche.

La mirada de Alexander dejó entrever una sutil expresión de decepción.

—Está bien, Cris, compraré la tarta.

—¡No! No es eso. —Se apresuró a sacar un billete de su bolsillo—. Tengo dinero para la tarta, eso no es problema.

—¿Entonces?

—Necesitamos un sitio donde celebrar la fiesta. Y Santi se lo pasó tan bien en tu piscina que... bueno...

El chico rio burlonamente.

—¿Lo ves, Catsi? ¡Si no me quieres solo por mi dinero es porque prefieres mis propiedades! —Se echó hacia atrás y se tumbó sobre el suelo del porche.

—¡No es verdad...! —Cristina no fue capaz de contenerse por más tiempo, llevaba todo el día deseando tocarle. Se arrojó a sus brazos y lo besó en la mejilla,

al tiempo que detenía la mano sobre su vientre. Luego exhaló un breve suspiro en su

cuello y cerró los ojos.

—Álex...

Alexander se incorporó bruscamente y se apartó de ella.

Cristina lo observó estupefacta. Ni siquiera supo qué decir. De pronto se sentía

terriblemente avergonzada, aunque no supiera lo que había hecho mal.

Se apoderó del ambiente un silencio incluso más tenso que el anterior. La voz de Cristina sonó en un susurro:

—¿...Me acompañas a por la tarta?

Alexander mantuvo la mirada fija en el suelo del porche.

—Sí.

Compraron una tarta de fresa y nata, la llevaron a la cocina de Alexander y la guardaron en la nevera. Luego pedalearon en dirección a la piscina, en donde se reunieron con los demás. Para consternación de Cristina, Alexander apenas le dirigió la palabra en todo el trayecto.

El socorrista se había convertido en el héroe de Vistaclara. Tenía veintiún años

y se llamaba Rafael. Aquella tarde, mientras Rafael vigilaba la piscina desde su silla de plástico a pocos pasos del bordillo, vio entrar en la piscina a todos los Sustain

Souls. El corazón le golpeó acelerado en el pecho cuando distinguió a Cristina.

Luego observó al grupo entero dirigirse al césped y extender sus toallas. La chica

lo miró en ese momento y le saludó con la mano. Rafael correspondió con un gesto de cabeza. Después, para su propio asombro, la vio extraer algo de la mochila, tomarlo con sumo cuidado y llevarlo entre las manos en dirección a él.

Aquello no pasó inadvertido para ninguno de los numerosos presentes que contemplaban el reencuentro entre ambos con visible curiosidad.

—Hola, Cristina. —Se quitó las gafas de sol para que pudiera mirarle a los ojos—. ¿Cómo estás?

La chica parecía visiblemente ruborizada. Bajó la mirada y sonrió tímidamente.

—Bien... Eh... —Alzó el paquete que tenía entre sus manos y se lo tendió al muchacho—. Que... De parte de mi abuela y mía... gracias por salvarme la vida.

Rafael la contempló paralizado. Tomó el paquete y lo desenvolvió en un emocionado silencio.

—Lo he hecho yo. —La voz de Cristina sonó ansiosa y expectante.

Se trataba de una pequeña torre de socorrista típica de playa. Estaba construida

con palillos de madera y pintada con rotuladores de colores. Rafael la observó cautivado y luego dirigió una emocionada mirada a Cristina.

—Muchísimas gracias.

La chica le dio un tímido abrazo y en aquel instante el muchacho sintió una maravillosa explosión de emociones dentro de sí: sorpresa, agradecimiento, orgullo, alegría y, sobre todo, por primera vez en su vida, la clarísima

evidencia de

una vocación escondida que acababa de despertar dentro de él. Se preguntó, feliz y

agobiado a partes iguales, si sería demasiado tarde para estudiar Medicina.

Entre tanto, más de cincuenta pares de ojos contemplaban conmovidos el

hermoso reencuentro entre el socorrista y *la chica que casi muere ahogada*.

La pandilla pasó el resto de la tarde bañándose en el agua de la forma más cívica posible. Luego salieron al césped y jugaron a las cartas. Fue muy sencillo para Cristina poner al grupo al corriente de la fiesta sorpresa mientras Santiago permanecía buceando en el agua. A todos les encantó la idea de comer tarta y disfrutar de un buen baño aquella misma noche. Sin embargo, acordaron también dedicar un tiempo previo a ensayar en la cabaña antes de la fiesta.

Pasaron el resto de la tarde entre risas y bromas. Mientras Saúl se dedicaba a

bromear con Claudia y observar de soslayo las reacciones de Cristina, esta sentía un

nudo taladrando lentamente su estómago al comprobar con creciente angustia cómo

Alexander marcaba una extraña distancia entre los dos.

Después de cenar Cristina se dirigió a la cabaña, tal y como habían acordado.

Alexander, Saúl y Santiago ya se encontraban allí. Elvis también, quien corrió a su

encuentro meneando el rabo. Y Cristina descubrió al entrar en la sala que Santiago portaba una videocámara y estaba grabando su llegada.

—¡Saluda, Cris!

Ella sonrió divertida y saludó con la mano, al tiempo que tomaba a Elvis en brazos.

—¿De dónde la has sacado?

—Es de Alexander. La ha traído para documentar los ensayos.

El aludido pasó junto a ellos con el bajo en la mano y se colocó frente a la batería.

—Convence a Saúl para que entre en trance de nuevo, Cris.

El rubio suspiró teatralmente y les dirigió una fingida sonrisa de superioridad.

—No funciona así, mis pequeños admiradores. Es como la inspiración, es...

Tiene que venir solo, tiene que fluir.

Rompieron a reír, y en aquel momento Leo y Claudia hicieron acto de

presencia, pero los muchachos no les prestaron la menor atención. Santiago había

dejado la cámara en el suelo y había tomado su guitarra, tratando de incentivar a su

hermano con un solo improvisado. Alexander le secundó al instante con el bajo.

—¿Qué le pasa al *rubito*? ¿Se ha quedado sin inspiración? Mira y aprende.

—¡Chicos! —Leo les contemplaba detenida desde el umbral y su rostro brillaba de entusiasmo—. ¡Claudia ha traído la armónica!

Solo Cristina se percató de sus palabras, pues los chicos ya se habían enredado

en su propia melodía y se encontraban de pie ante la batería y de espaldas a la



puerta.

En ese punto, Claudia sonrió confiada y se dirigió a uno de los micrófonos. Se detuvo ante él y llevó la armónica a los labios. Lo que sucedió a continuación no dejó indiferente a nadie. Claudia lanzó su primera inspiración en un sonido vibrante

y prolongado. Luego cerró los ojos y se dejó llevar.

A pesar de su inexperiencia, la chica logró provocar en todos los presentes la misma admiración y sorpresa que su abuelo había producido en ella. Saúl había detenido su intento con la batería y tanto Alexander como Santiago se habían vuelto

hacia atrás y la contemplaban impresionados. Aquellos sonidos rápidos y oscuros no tenían nada que ver con las notas limpias y simples que habían imaginado en un

principio. Por muy descabellado que pareciera, Claudia podía defender un instrumento del que ignoraban sus mejores posibilidades.

La rubia era capaz de provocar bruscos cambios de ritmo tras los cuales movía los dedos de su mano derecha y la melodía reverberaba fluctuante en el ambiente, mientras la música crecía en velocidad y pasión, rasgando la noche estrellada en un sabor *country* que transmitía entusiasmo y auténticas ganas de bailar.

Fue entonces cuando Leo tomó su violín y comenzó a seguir

improvisadamente el ritmo de la melodía. Y en una sorpresa colectiva todavía mayor, descubrieron atónitos que los dos instrumentos unidos sonaban de maravilla.

—Grábalo... —Sin despegar los ojos de las chicas, Alexander señalaba la

videocámara, a la espera de que Saúl le obedeciera—. Grábalo, Saúl.

En ese momento Santiago comenzó a silbar. Aquello despertó el entusiasmo de Cristina, quien le imitó enseguida en una sonrisa cómplice de diversión. Elvis los

miraba ansioso y feliz, moviendo el rabo y lanzando esporádicos ladridos. Claudia

ralentizó el sonido de la armónica y la melodía se hizo más suave. Entonces, guiada

por un impulso, Cristina comenzó a cantar.

— *Estuve una vez...* —Se mordió el labio, tratando de amoldar sus ideas al ritmo de la música, mientras Alexander y Santiago la observaban sorprendidos —.

*Estuve una vez, cuando solo era una niña, en el árbol de la casa de madera.*

Su improvisación encajó de un modo tan efectivo que los chicos le sonrieron admirados.

— *... En el árbol de la casa de madera, donde todo era brillante como el cielo*

*de verano. Regresé para escuchar la melodía, en el árbol de la casa de madera...*

Santiago tomó la palabra:

— *Recorrí cuarenta cruces de caminos, hacia el árbol de la casa de madera.*

Saúl rompió a reír mientras el resto le apremiaba con miradas de aprobación, pero fue Cristina quien continuó en una fluida inspiración:

— *Ya se oía la guitarra, el violín, la batería, los ladridos de mi perro a la luz de las estrellas.*

Alexander la miraba boquiabierto.

— *Encontré la luz que guía en un cielo de promesas.*

— *... Desperté bajo el tejado de la casa de madera.* — Santiago no se detuvo —.

*Donde todo era brillante como el cielo de verano.*

— *Vi a mi abuela enfadada, le pregunté: «¿Qué te pasa?». Respondió: «Todos*

*los niños han huido de la escuela, van cogidos de las manos hacia un árbol muy lejano». Tropecé con los vecinos, los profesores y el párroco, me dijeron: «Vuelve aquí, eres muy joven, vuelve aquí, ten cuidado. ¿No tienes miedo del cielo con su risa de diablo?». Yo les dije: «Allí me esperan la batería y el bajo, he respirado una vida para encontrar este atajo, donde todo es tan brillante como el cielo de verano».*

Mientras tanto, Saúl permanecía grabando en un plano general.

A partir de ese momento, Santiago secundó a las chicas con su guitarra.

Cristina había retomado la letra desde el principio y ambos trataban de cantarla ahora con la mayor fidelidad posible.

En ocasiones el niño detenía su guitarra y se centraba en los silbidos. Al poco rato, Alexander incorporó el sonido del bajo con una facilidad envidiable y todavía repitieron la canción varias veces más, hasta que lograron registrarla en la videocámara con el mayor acierto posible. A Cristina no le pasó inadvertido que, a

pesar de todas las atenciones que los diferentes miembros estaban recibiendo de Alexander, el muchacho sobresalía en silencio sin esperar halagos de ningún tipo.

Tenía su alma y su corazón completamente centrados en el progreso colectivo del

grupo y, a ojos de la chica, aquello le engrandecía y le hacía brillar por encima de

todos los demás.

Cuando finalmente se agotaron, Alexander pidió silencio y les dijo que los grandes resultados de aquella noche le habían dado una idea estupenda para la prueba final de la *gymkhana*.

—Escuchadme, no haremos solo una obra de teatro y una canción, lo que haremos será...

Ellos escucharon confusos, luego sonrieron entusiasmados y dijeron que aquella idea era la mejor que Alexander había tenido en su vida.

Para coronar aquel improvisado concierto, decidieron tocar «Break on through».

Sucedió entonces que a mitad de canción Cristina vio a Elvis salir a la terraza con las orejas en alto y los ojos fijos en la oscuridad de la noche. La chica sintió una punzada de inquietud en su interior, el animal nunca se alejaba del grupo voluntariamente. Fue como una llamada de atención que le provocó una curiosidad

inmediata. Se levantó y lo siguió hasta la terraza. Allí se detuvo sobresaltada, había gente en la puerta de la cerca.

Se apresuró a entrar en la cabaña y pedir silencio.

Tardaron en reaccionar. Cuando por fin comprendieron lo que estaba

sucediendo, Alexander se levantó rápidamente y apagó las linternas que habían suspendido del techo.

Salieron a la terraza.

—¿Quiénes son?

—Janis... ¿No será otra vez tu abuela?

—Silencio. Están hablando.

La pandilla observó temerosa. Se trataba de un reducido grupo de gente, quizás cuatro o cinco personas. Y estaban allí, detenidos al otro lado de la cancela

de hierro.

Cristina sintió un escalofrío.

Luego sucedió lo que tanto temían. Hasta ellos llegó el chirriar de los goznes al abrirse la puerta.

—Estupendo. —Había tensión contenida en la voz de Saúl.

El corazón de Cristina se disparó violentamente. La casa del árbol era todo su mundo, allí guardaban los instrumentos, ensayaban y pasaban la mayor parte del día; allí estaban a salvo de peleas y problemas con otros chicos del pueblo; allí soñaban y reían y siempre podían ser ellos mismos. Exiliarse de la cabaña

supondría un golpe durísimo para el grupo y la absoluta imposibilidad de continuar

ensayando para la prueba final de la *gymkhana*.

—¿Serán los dueños de la cabaña?

Nadie respondió a Leo. Dos figuras de aquel grupo de desconocidos se adentraron en la cerca y, a paso lento, emprendieron el camino hacia la encina.

Cristina miró a Alexander. Tenía tanta fe en él que incluso en tan difícil situación esperaba que el muchacho les sorprendiese con una idea brillante que pudiera solucionarlo todo, pero Alexander se limitaba a contemplar el avance de los extraños.

—¿Qué vamos a hacer?

Ante la perplejidad general, una tercera figura se adentró en el cercado. Y apenas varios segundos después, las otras dos hicieron lo mismo. Los cinco caminaban a un paso tan lento que la tensión y los nervios se hicieron casi insoportables.

—No podemos dejar que suban, no podemos dejar que se acerquen. —

Alexander se dirigió al interior de la cabaña y cogió una linterna. Cristina fue más

rápida y se lanzó directamente escaleras abajo.

—¡Cris! —Saúl fue tras ella.

Alexander les siguió por fin, luego bajaron Leo y Claudia y después Santiago, el cual se encargó de bajar a Elvis en brazos para no dejarle solo.

Inseguros y temerosos, fueron saliendo a campo abierto, y al hacerlo descubrieron que los dos primeros extraños se detenían bruscamente a mitad de camino.

Cristina entornó los ojos y trató de identificarlos. Por la altura parecían adultos. El de la derecha era el más alto y ancho de espaldas, a su lado contrastaba

una figura más delgada y de menor estatura. El tercero les alcanzó y se situó entre

ambos. Luego llegaron los dos últimos. Se alinearon con los primeros y permanecieron en aparente actitud de espera.

La pandilla no hubiera tenido ninguna dificultad en distinguir sus apariencias y lograr una idea aproximada de sus edades a la luz de la luna, pero la noche era oscura como boca de lobo y solo el rastro de la Vía Láctea resplandecía sublime en

una imposible distancia.

Cristina continuó caminando. Saúl caminaba tras ella con una expresión de desconfianza en el rostro. Más atrás Alexander encendió la linterna, pero el haz de

luz solo sirvió para alumbrar a Saúl y a Cristina. Sin embargo, aquello fue suficiente para sobresaltar a los recién llegados.

—Buenas noches —anunció Saúl en tono burlón.

Nadie respondió.

En ese instante Elvis saltó de los brazos de Santiago y corrió campo a través.

—¡Elvis! ¡Elvis! ¡Ven aquí! —gritó el niño.

Alexander se volvió sobresaltado hacia él, provocando que el haz de luz recayera sobre el pequeño.

Santiago se cubrió el rostro con la mano.

—¿Qué haces, Álex?

—¿Dónde está Elvis? —Cristina buscó en derredor y halló una pequeña figura corriendo hacia los intrusos. Su corazón se disparó asustado, tenía un terrible presentimiento, la aterradora intuición de que iba a suceder algo imprevisible.

Avanzó varios metros más.

—¡Elvis, vuelve! ¡Ven aquí, Elvis! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí!

El cachorro se detuvo a pocos metros de los desconocidos y alzó la cabeza. Al momento, Cristina sintió cómo su sangre se helaba en las venas, porque de la garganta del animal brotó un lúgubre aullido que resonó a lo largo y ancho de la

cerca.

El corazón de Cristina martilleaba enloquecido por el miedo y la desconfianza.

—¡Elvis...! ¡Ven aquí, Elvis! ¡Ven aquí!

De pronto sintió una mano tomándola del brazo. Era Alexander, que trataba de hacerla retroceder, pero logró deshacerse de él y correr hasta alcanzar al animal.

Advirtió que se encontraba a tan solo tres metros de aquella gente. Les dirigió un temeroso y fugaz vistazo y no pudo reconocer más que las sombras de la noche en

sus rostros. Entre tanto ellos permanecían detenidos, en silencio, mirándolo todo sin decir ni hacer nada, pero Cristina temía que de pronto intentaran herir al animal.

Se agachó rápidamente y tomó al perro en brazos. Cuando ya iba a volver sobre sus



pasos, el que se había situado entre los dos primeros hizo aparecer algo brillante.

Era una lucecita blanca de escasa intensidad. La chica lo contempló asustada. El extraño enfocó directamente hacia ella y Cristina se mantuvo paralizada, presa de miedo e incapaz de moverse. La luz llegó hasta su rostro, pero apenas la

deslumbró.

—¿Quiénes sois...? —Su pregunta naufragó en un vacío de silencio. Entornó

los ojos. No podía ver con claridad, pero la luz descendió repentinamente y Cristina

advirtió que el desconocido se había arrodillado en el suelo. De pronto sintió una inquietante conexión con él, un inexplicable sentimiento de afinidad que la mantenía

paralizada.

Hubiera podido quedarse allí indefinidamente, en aquel profundo estado de

hipnosis, si no fuera porque sintió el brazo de Alexander rodeando sus hombros y

llevándola hacia atrás.

Cristina se dejó guiar de vuelta a la encina. Cuando llegó a la altura de sus amigos, miró de nuevo a su espalda. Los extraños caminaban en dirección a la salida.

—¿Quiénes eran, Álex? ¿Pudiste verlos?

—No. —Alexander no se detenía y tampoco quería soltarla—. No he podido verlos.

Los desconocidos salieron de la cerca, cerraron la puerta y se marcharon a

paso rápido por el camino de tierra. Los chicos subieron de nuevo a la cabaña.

Saúl soltó un silbido.

—¿Qué ha pasado aquí...?

—¿Qué le ha pasado a Elvis? —Santiago miraba al animal como si apenas pudiera reconocerlo, pero el cachorro había recuperado su alegre naturaleza y les

observaba con una mirada despierta y divertida.

—¿Y a ella? —Alexander señaló a Cristina.

—¿A mí? —La chica no daba crédito.

—¡Te has quedado una hora mirando a ese hombre!

—¿Cómo sabes que era un hombre? Yo ni siquiera he podido verle la cara.

Alexander guardó silencio. No sabía cómo lo sabía, simplemente lo había

dado por supuesto. Había temido por Cristina y había sentido un desprecio visceral

por aquel individuo y ahora no era capaz de explicarse nada a sí mismo.

Malhumorado, sacó su paquete de tabaco y encendió un cigarro.

—¿Por qué no has usado la linterna?

El adolescente no respondió. Algo dentro de él le había frenado a hacerlo. Un

miedo inexplicable dentro de él le había advertido que no estaba en absoluto preparado para descubrir los rostros de aquellas personas. El mismo miedo que le

había obligado a tomar a Cristina del brazo y alejarla de allí lo antes posible.

Pero

no se sentía capaz de decirlo en voz alta.

—Cris... ¿Les has visto la cara? —preguntó Claudia.

—No.

—Pero estabas a tres pasos de ellos.

—No he podido ver nada.

—¿Por qué se hacían los interesantes? —Saúl frunció el ceño—. Esto no me gusta.

—¿Podrían ser Los Legionarios del Sur o Los Reyes de Queens? —sugirió Leo, dudosa.

—Demasiado silenciosos para ser ellos.

Alexander se llevó las manos al rostro.

—Aquí tenemos el equipo de música. ¿Qué va a pasar si vuelven cuando no estemos?

—No podemos dejar los instrumentos aquí como si nada hubiera pasado —intervino Claudia.

—No. No podemos. —Alexander suspiró—. La verdad es que no podemos.

—Un momento, pensad despacio. —Cristina les miró de uno en uno—. Esa gente no quería atemorizarnos, ni siquiera nos han preguntado quiénes somos, se han marchado sin decir nada.

—Quizá pensaron que sería mejor venir cuando ya no estemos para

desmantelarnos la cabaña con entera libertad —replicó Saúl.

—No creo que quisieran hacernos nada malo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo he sentido.

—¿Que lo has qué...? —Alexander soltó una risa burlona—. Muy bien, Cris, muy bien... —Hizo un ademán con la mano, como si semejante comentario no mereciera siquiera una respuesta coherente.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Saúl se encogió de hombros.

—Mudarnos a otro sitio.

—¿A dónde vamos a ir? Recordad que algunos instrumentos no son nuestros y que nadie debe saber que estamos ensayando.

—¿Hay algún otro sitio en este pueblo donde podamos hacer tanto ruido sin que nadie se entere?

Se hizo un pesaroso silencio.

—No vamos a romper ahora los ensayos —sentenció Alexander con decisión

—. Lo que hemos conseguido hoy es solo el principio. Si es necesario, reforzaremos esa puerta y las ventanas. Pero no nos vamos a marchar de aquí.

Hubo un suspiro de alivio colectivo. Luego el chico se levantó y se dirigió a la entrada.

—Mira esto, Saúl, a ver qué podemos hacer para asegurar la puerta.

Ambos dedicaron un tiempo a examinar la puerta y las ventanas. Decidieron

ocupar la mañana siguiente en labores de carpintería para fortalecer la lámina de madera e incluir un candado en la misma. Con respecto a las ventanas, no había mucho que hacer sin la posibilidad de oscurecer el interior de la cabaña, pero Saúl

dijo que resultaría fácil clavar barrotes de madera atravesando los vanos para evitar

la entrada de curiosos.

—De todas formas —añadió Alexander cuando se tumbaron sobre la madera

de la terraza—, no creo que debamos dejar la cabaña sola esta noche. Me quedaré a

dormir aquí.

Saúl no dudó un instante en comprometerse del mismo modo, mientras que las chicas les aseguraron que se quedarían con ellos el máximo tiempo posible.

A tenor de todo lo acaecido, y en un silencioso y tácito acuerdo, se vieron obligados a posponer la sorpresa de Santiago para una mejor ocasión. Durante el resto de la noche hablaron, bromearon y rieron, tratando de sacudirse la rara sensación que aquella misteriosa visita había dejado en sus almas.

Aunque Cristina

no quiso volver a hablar de ello, no podía dejar de recordar lo que había sentido ante aquella figura arrodillada. Se sentía demasiado impresionada como para

olvidarlo fácilmente. También estaba sorprendida por la rápida reacción de

Alexander y su acertada intuición al respecto. Pero el chico no había vuelto a dirigirle la palabra desde entonces, incluso había evitado sentarse a su lado en

el suelo de la terraza. Y ella no podía dejar de recordar sus besos y abrazos de la noche anterior en su habitación para comprobar, con amarga decepción, que el incidente del porche había provocado una actitud en Alexander completamente

opuesta a todo aquello.

Al rato se levantó y anunció que debía marcharse.

—Saúl, acompaña la. Esta noche no vamos a dejar que las chicas vuelvan solas.

Claudia y Leo rompieron a reír.

—¡Qué gentil por tu parte, Alex!

—Siempre tan caballeroso.

El rubio se levantó voluntarioso, aunque no asomó a su rostro ninguna pícaro sonrisa.

—Buenas noches. —Cristina se dio la vuelta y bajó las esaleras. Saúl la siguió

en silencio.

Una hora y media más tarde, Alexander se prestó a acompañar a Claudia

mientras Santiago, Leo y Saúl vigilaban la cabaña. Atravesaron el pueblo, subieron

la calle del instituto y se desviaron a la derecha. Se detuvieron ante el jardín de la casa.

—Siento todo lo que te dije ayer.

Alexander frunció el ceño, le resultaba asombroso que la amenaza de Claudia

al pie del instituto mientras fumaba porros con Dulce hubiera sucedido tan solo una

noche antes. Era increíble la cantidad de cosas que uno podía llegar a vivir en tan

solo un día de verano. Luego se encogió de hombros.

—Da igual, llevabas razón.

—Si te sirve de consuelo, no se lo he contado a Cristina.

—Ya lo sé, se lo dije yo.

Claudia lo observó sorprendida. Una repentina expresión de ternura se apoderó de su mirada.

—Álex, te conozco, no estás siendo tú mismo. Eres mucho mejor que todo esto.

El chico desvió la mirada y guardó silencio.

—¿Sabes lo que pienso? Tengo una corazonada. Algún día Cris te va a sorprender. Y cuando ese día llegue, caerás rendido a sus pies.

Alexander soltó una carcajada amarga.

—Como el depravado de la lucecita, ¿no?

Claudia rio con ganas.

—Exactamente igual. —Lo besó en la mejilla y luego abrió la cancela de hierro y la puerta principal de su casa.

Alexander emprendió el camino a la cabaña a paso lento y melancólico.

Cuando llegó, Saúl le tomó el relevo para acompañar a su hermano y a Leo.

Alexander les vio partir alegremente, al tiempo que llamaban a Elvis y le lanzaban

ramitas hacia la negrura de la noche. Luego se sentó en el borde de la terraza, dejó

las piernas colgando en el vacío y se encendió un cigarro a la tenue luz de las estrellas.

Saúl, Santiago y Leo callejearon hasta llegar a la cabecera del arroyo. No había más agua en el cauce que la de algunos charcos estancados donde nacían renacuajos y morían incautos y sedientos insectos. El calor estival evaporaba las corrientes que bajaban de Gredos durante el invierno y la primavera.

Cruzando el pedregoso cauce y en unión de ambas riberas se alzaba un puente de piedra construido sobre un ojo semicircular. Más arriba, en la parte alta del arroyo, las peñas del cauce quedaban ocultas bajo una intrincada vegetación compuesta

principalmente por zarzales y árboles de pequeña altura.

Los muchachos llegaron al puente, pero no lo cruzaron. Caminaron ribera

arriba hasta una vieja casa de piedra rodeada por un pequeño y destartalado jardín.

Santiago se volvió hacia su hermano.

—¿Y qué le digo a mamá si me pregunta por ti?

—No te preocupes, Santi, está dormida.

—¿Y qué le digo si se levanta?

—Dile que me he quedado con Álex en la cabaña, no hay por qué mentir. Y no hagas ruido al entrar, mañana tiene que levantarse a las seis y media.



—¿Vais a ensayar durante la noche?

—No lo sé.

—Saúl..., déjame quedarme, mamá no se enterará.

—¡Entra en casa antes de que te muela el culo! Y mañana no te quedes viendo los dibujos, llévanos el desayuno lo antes posible.

—Vale... —Todavía con Elvis en brazos, Santiago se volvió pesaroso hacia la puerta.

Saúl le vio abrir la cancela del jardín. De pronto se dio cuenta de lo pequeño que era su hermano, de lo solo que debía sentirse y de su inmenso talento. Saúl comprendió en ese momento que a pesar de todas las vicisitudes, Santiago deslumbraría al mundo algún día. Fue como un golpe visionario sacudiendo cada fibra de su ser.

—¡Santi!

El pequeño se volvió de nuevo hacia él. Saúl se acercó y lo abrazó conmovido.

—Felicidades, enano.

Santiago se dejó abrazar, perplejo y feliz al mismo tiempo.

—¿Felicidades por qué?

—Por tener un hermano tan maravilloso como yo. —Sonrió con burla—. Y por tu santo, claro.

Rompieron a reír.

—Anda —le empujó suavemente hacia la entrada—, ve a dormir.

—Hasta mañana, Santi —añadió Leo besándole en la cabeza.

Santiago les miró un instante y sonrió con picardía.

—¡*Kiss the girl*[21], Saúl! —Luego atravesó el jardín a la carrera y entró en la casa seguido de Elvis.

—¡Será...!

Leo soltó una carcajada.

Desanduvieron parte del camino, cruzaron la plaza principal y rodearon la iglesia. Un par de calles después, llegaron a la casa de Leo.

—Ya no hablamos como antes, Saúl.

El chico se encogió de hombros.

—Ya.

—¿Es que no tienes nada que contarme?

—Bueno... No lo sé.

—¿Ya no confías en mí? Antes me lo contabas todo.

—Nos pasan tantas cosas al día que ya he perdido la cuenta.

—Te he visto detrás de varias chicas en menos de cuatro semanas. ¿No quieres contarme cuál te gusta más?

—Venga ya, Leo. Sabes que me gustan todas.

—Nunca cambiarás.

—No este verano. ¿Qué tal te va con Alexander?

Leo suspiró.

—Ya lo has visto. Es evidente que le gustan las chicas de catorce años.

Saúl enarcó una ceja.

—A mí no me parece tan evidente.

Leo soltó una carcajada.

—¡Claro, eso te complicaría mucho las cosas!

—Leo, tú eres increíble.

La pelirroja rio con ironía, pero súbitamente las lágrimas asomaron a su rostro.

—Sí, yo soy esa chica increíble de la que nadie se enamora.

Pesaroso, Saúl la observó entrar en su casa. Luego se dio la vuelta y emprendió el camino a la cabaña. Se preguntó consternado cómo se sentiría si ninguna chica le quisiera. La sola idea le resultó tan deprimente y mortificante que

se vio obligado a borrarla de su cabeza, pero no fue capaz de olvidar la triste sonrisa de Leo en todo el camino a la cabaña.

Alexander lo esperaba en la misma posición en la que se encontraba al verle marchar.

—¿Cómo puedes ser tan lento?

—Tío, dame un cigarro.

Alexander le pasó su paquete de Marlboro.

—¿Has visto a alguien de camino al pueblo?

—Ni a la ida ni a la vuelta.

—¿Quiénes crees que eran?

—No sé, pero no me gusta que mi hermano y las chicas anden solas por aquí.

—Si les vuelvo a ver, no les voy a dejar marchar tan fácilmente como hoy.

Hubo un ratito de silencio interrumpido finalmente por Saúl.

—¿Alguna vez te has planteado lo que quieres hacer con tu vida?

—¿Qué?

—Yo nunca me lo había planteado hasta hoy.

Alexander lo miró fijamente.

—Lo de esta mañana ha sido increíble.

—¿Crees de verdad que podría ser un buen batería?

Alexander no dudó.

—Estoy convencido.

Saúl sonrió aliviado.

—Me gustaría ser bueno en algo. Bueno de verdad. Me gustaría mucho, aunque la mayoría de las veces me comporte como si nada me importase.

—Yo me imagino sobre un escenario, es lo único que quiero. —Lo miró divertido—. Nos seguiremos llamando Sustain Souls, ¿qué te apuestas?

—¡Claro que sí! Ganaremos un montón de dinero y conoceremos miles de

chicas, una para cada día del año.

Sonrieron.

—No me has contado qué tal con Rebe. ¿Qué pasó en tu habitación?

—Muchas cosas.

—Cárol tampoco se portó nada mal. Menos mal, llevaba demasiado tiempo a besitos con Cristina.

Alexander sintió una inesperada presión en el pecho.

—He intentado besarla cuatro veces en menos de doce horas. Ha sido imposible.

—Sigue con Cárol.

—Cristina es muchísimo más guapa. ¡Joder, qué guapa es! ¡Pero me da unos dolores de huevos...!

Rompieron a reír a carcajadas.

—Tío, creo que me estoy volviendo blando.

—¿Por qué?

—He estado hablando con Leo y me ha dado un bajón que ni te imaginas.

—¿Qué le pasaba?

—Nada del otro mundo, pero me ha deprimido muchísimo. ¿Desde cuándo soy así?

Alexander se incorporó como impulsado por un resorte.

—¡Me está pasando lo mismo! Te lo digo en serio, tío, pasamos demasiado tiempo con las chicas.

—Y con mi hermano pequeño. —Saúl se incorporó también—. ¡Incluso le he dado un abrazo esta noche!

Rompieron a reír.

—¡Nos estamos afeminando, Saúl!

—¡Como sigamos así, nos va a bajar la regla!

Se apoderó de ellos una risa floja que les hizo carcajear entre palabra y palabra.

—Imagínate, tío —añadió Saúl entre risas—, incluso he llegado a plantearme... ¡liarme con Leo para hacerla feliz! Un sacrificio de generosidad.

—¿Qué? —Alexander se retorcía de la risa—. ¿Qué dices? ¿Y esa vocación de

santo... desde cuándo?

Saúl se secó las lágrimas causadas por la risa.

—¡Yo qué sé! ¿No nos habrán hecho uno de esos conjuros que leen en la *Súper Pop*?

—Las creo capaces de cualquier cosa.

—Necesitamos reafirmarnos, Álex.

—A partir de mañana eructaremos en sus caras y ensayaremos en calzoncillos.

—Solo de imaginarlo, ya me siento mucho mejor.

Volvieron a reír.

—Ahora en serio, Álex, ¿qué te está pasando con Cris?

—Nada en absoluto.

—Si tú lo dices...

Alexander suspiró molesto. Trató de encontrar las palabras adecuadas, pero no fue capaz.

—Mira, no tengo ninguna intención de nada. Sigue con ella.

—No puedo. Cuando la he acompañado a casa no ha levantado la mirada del suelo en todo el camino. He intentado hacerla reír y luego he intentado besarla, pero

me ha ignorado como nunca. La tienes completamente idiotizada.

Alexander volvió a sentir aquella presión en el pecho. Fijó la mirada en las ramas de la encina.

—Sigue intentándolo.

—Muy bien, pero luego no la mires en la distancia con cara de solitario interesante. Conozco tus tretas.

Alexander soltó una risita.

—Sí, señor, ese soy yo. ¿Verdad que lo hago bien?

—Cabrón, a mí no me la darías.

—Ni siquiera lo intentaría, no eres mi tipo.

Fumaron en silencio durante unos minutos, cada uno sumergido en sus

propios pensamientos. Cuando Alexander volvió a hablar, lo hizo en un grave susurro.

—Creí que Cris iba a morir.

Saúl le miró asombrado.

—Estuve a punto de volverme loco, Saúl. Hubiera sido culpa mía.

—¿Culpa tuya? ¿Cómo puedes pensar eso?

—Convencí a su abuela para que se quedaran y luego provoqué a Cristina para que se dejase la vida en esa prueba. Y casi lo consigo.

Saúl enmudeció.

—Dios mío, Saúl... —Se llevó las manos al rostro y cerró los ojos—. ¿Cómo habría podido vivir con eso el resto de mi vida? Hubiera preferido morirme.

Saúl bajó la mirada y guardó silencio. Por insólito que pudiera resultar en él, no encontró nada apropiado que decir.



## 18

*No, I don't want to fall in love*

*(this world is only gonna break your heart)*

*with you.*

«Wicked game», Chris Isaak[22]

Aquella mañana de sábado, Cristina despertó sumergida en una nube de ensoñación. Después de evitar todos los besos que Saúl había tratado de darle en la

puerta de casa, se había ido a la cama en un estado de confusión y melancolía. Ya no

sabía lo que quería ni a quién quería. Ya no sabía lo que sentía por Saúl ni por Alexander, ni tampoco entendía lo volubles que eran los dos chicos en sus formas

de tratarla. Se había dormido con la cabeza hecha un lío, pero había despertado sorprendentemente alegre y feliz. Y la diferencia la había marcado un extraño sueño

que había tenido aquella noche, el cual recordaba con tan precisa nitidez como si lo

hubiera vivido de verdad.

De modo que en lugar de apresurarse en acudir a los ensayos, decidió sentarse a la mesa del jardín con una taza de Cola-Cao, su diario y lápices de colores.

Durante media hora se afanó en relatar su sueño con la mayor precisión posible. El

resultado fue el siguiente:

*«26 de julio de 1997.*

*Ayer sucedieron cosas extrañas en la cabaña, cosas que nadie supo explicarse. Vinieron cinco personas muy raras y nos miraron en silencio. Una de ellas tenía una lucecita blanca y se quedó mirándome fijamente y luego se arrodilló ante mí. Yo no sabía qué hacer. Luego Álex vino a rescatarme y se sintió un poco molesto porque a mí me había gustado aquella persona (no sé si era un hombre o una mujer). Esta noche he soñado con esa persona. En el sueño yo estaba bajo la cabaña, al pie de la encina, y estaba sola. Me sentía muy triste, aunque no recuerdo el motivo. Y entonces me di la vuelta y la vi a mis espaldas. Al principio recordé la reacción de Álex y pensé que debía desconfiar, pero no pude hacerlo, lo intenté y no me salía. Y entonces los ojos de aquella figura brillaron como luces blancas. Y dijo: “¿Crees en mí?” Y aunque era adulto, tenía una voz infantil. No entendí lo que me estaba diciendo, pero en ese momento sentí que era importantísimo. Y me desperté. Ha sido el sueño más increíble que he tenido en mi vida.*

*¿Podría significar algo?*

*Este es el dibujo de lo que pasó ayer».*

Bajo el escrito, Cristina dibujó con la mayor precisión posible el encuentro

con los desconocidos. Lo coloreó cuidadosamente y repasó los bordes con Pilot negro. Luego se recreó largo rato en su pequeña obra pictórica.

Doña Elisa andaba atareada en sus labores de jardinería y, de vez en cuando, miraba de soslayo a su nieta.

—¿Qué haces, hija?

—Escribo en mi diario.

—Señor, miedo me daría leerlo...

—¡Ni se te ocurra, abuela!

—Tranquila, no tengo intención alguna de disgustarme de nuevo esta semana.

¿Te importa si te mando a los recados?

—No, ya he terminado. —Cerró el diario y recogió los lápices de colores.

Doña Elisa contempló esperanzada a su nieta. Aquella mañana no parecía tener

prisa por ir a ensayar con sus amigos. Quizá la tremenda influencia que los muchachos tenían sobre ella estuviera comenzando a disiparse. Levantó el ala de su

viejo sombrero de paja y se quitó los guantes.

—Voy a por el dinero, cielo. ¡A ver si esta vez eres capaz de traerme la barra de pan entera!

Así que Cristina marchó alegremente a la tienda de ultramarinos. Compró

todo cuanto su abuela había escrito en la lista y emprendió el camino de regreso a

casa. Apenas había dejado atrás la tienda cuando vio a Santiago sobre su bici, observando el escaparate de la ferretería. De pronto el niño se volvió hacia ella y su rostro se iluminó. Se levantó del sillín y salvó la distancia entre ambos a gran velocidad.

—¡Hola, Cris!

—¿Va todo bien en el escaparate?

—Todo perfecto.

—¿A dónde vas ahora?

—A comprar patatas y gominolas. Álex me envía con su dinero.

—¿Has ido a la cabaña?

—Sí, ya están todos allí. Álex y Saúl llevan tres horas o más poniendo barrotes

a las ventanas con maderas del basurero municipal. También han clavado un clavo al marco de la puerta para poder cerrar con candado.

—¿Y quién se va a quedar con la llave del candado?

—Nadie. Hemos acordado esconderla al pie de la encina, bajo una piedra.

—Es una buena idea.

El niño se apeó de la bici y caminaron hacia la tienda.

—¿Se sabe algo de los extraños?

—No, no han vuelto en toda la noche, y si lo hicieron, ni Álex ni Saúl se dieron cuenta.

—Vaya... —En el fondo no podía dejar de sentirse decepcionada. Hubiera dado cualquier cosa por ver los rostros de los desconocidos.

Entraron en la tienda de ultramarinos y compraron Rufles con jamón, Doritos y latas de Pepsi. Luego emprendieron el camino a casa de Cristina.

—¿Sabes qué? Se me ha ocurrido una idea para la obra de teatro.

Cristina lo miró con interés.

—Podríamos representar la historia de un rey que quiere componer una canción, pero ha perdido la inspiración y no se le ocurre nada.

—¿Por qué ha perdido la inspiración?

—No lo sé... Aún no he pensado en eso. Bueno, entonces decide organizar un concurso de canciones y acude todo tipo de gente, de su reino y de reinos muy lejanos. El autor de la canción ganadora obtendrá la mitad del reino, por eso se presenta tantísima gente. Pero a los perdedores les manda cortar la cabeza.

—¡Es una idea chulísima, Santi!

—Y entonces... —El niño enmudeció de pronto.

Acababan de enfilear la amplia calle que conducía a la iglesia. A la puerta de los

jardines había un grupo de muchachos de la edad de Santiago, aproximadamente.

Algunos de ellos montaban en bicicleta y otros en monopatín, y todos parecían volcados en una exhibición colectiva de habilidades y destrezas sobre sus respectivos medios de transporte.

Santiago retrocedió sobre sus pasos para ocultarse tras la esquina de una fachada.

—¿Qué pasa, Santi...?

—Nada.

Cristina comprendió todo al instante. Movida por la curiosidad y una rabiosa indignación, se posicionó tras Santiago y escudriñó a los niños con la mirada.

—¿Esos son los que te pegan?

—El que está haciendo un caballito con la bici es Chupasangre, el primo de Mariposas.

Cristina lo estudió con interés. Se trataba de un muchacho que bien podía tener ya doce años, fornido y con algunos kilos de más. Destacaba una mirada chispeante en sus rasgados y pequeños ojos oscuros y un rostro redondo enmarcado por su cabello castaño cortado a cepillo.

—Ese del monopatín —continuó el pequeño— es el Entumecido.

Al oír el mote, Cristina tuvo que contener la risa. El Entumecido era alto, pero extraordinariamente delgado. Su pelo castaño claro y rizado coronaba una cabeza alargada y de facciones pequeñas.

—El moreno de pelo rizado es Alberto Cabezorro, el bajito rubio de ojos claros es Saltamontes, y al moreno de piel lo llaman Dedoslargos.

—¿Dedoslargos?

—Imagina por qué.

—¿Y todos esos te pegan cuando te ven?

Santiago no respondió.

—¿Quieres que vayamos por otro camino?

Negó rotundamente con la cabeza.

—No serán ellos quienes me digan por dónde puedo ir.

De modo que salieron de su escondite y de nuevo emprendieron el paso por el camino de la iglesia.

Los chicos les observaron caminar en un tenso silencio.

—¡Eh, Barrotes! ¿Por qué no saludas?

Rieron el comentario de Saltamontes.

Santiago levantó la cabeza y les hizo un gesto con el dedo corazón. La pandilla volvió a reír.

—¡Mirad cómo intenta impresionar a su novia...!

—¡Esa no es su novia! ¡Ya quisiera él!

—¿Es tu novia, Barrotes?

—¿De dónde la has sacado?

—¡La ha sacado de la cárcel! —Luego el Entumecido aguardó divertido y expectante la reacción del pequeño.

Todos rieron de nuevo. Santiago los miró furioso, pero no dijo nada. Sin

embargo, Cristina no pudo soportar la provocación. Ni corta ni perezosa, se dirigió

hacia ellos con las bolsas de la compra en las manos. Se detuvo ante el Entumecido

y le clavó una mirada de cólera.

—A lo mejor sí soy su novia. Y a lo mejor sí que he salido de la cárcel. Y te voy a decir otra cosa: la última vez que pegué a un chico le abrí la cabeza con un botellín de cerveza.

El chico mostró una sonrisa de burla.

—¿Qué? ¿No me crees? —Dirigió una rápida mirada al resto del grupo—.

Entonces pregúntaselo al primo de Beni Mariposas. Seguro que él ya conoce la historia.

—¡Si le vuelves a llamar así, te parto la cara! —Chupasangre se apeó de su bicicleta.

Cristina le dirigió una expresión inescrutable.

—Si volvéis a molestar a Santiago, yo te la voy a partir a ti. Y pregúntale a tu primo si miento o no miento.

El odio relampagueó en la mirada del niño, al tiempo que hacía un rápido análisis de su nueva rival. Una sonrisa de burla asomó a sus labios.

—Ya veo lo que pasa aquí. Barrotes tiene miedo y necesita que una niñita le defienda.

Cristina lo miró indignada.

—A mí no me llames niñita, mocososo asqueroso.

—Eres una niñita, y Barrotes, un marica de mierda. ¿Qué vas a hacer ahora?

¿Vas a pegarme?



Doña Elisa se encontraba fregando el suelo del recibidor cuando vio a su nieta entrar por la puerta. La chica pisó el suelo mojado sin percatarse siquiera. El polvo

le cubría de la cabeza a los pies y tenía un arañazo en el cuello y otro en el brazo.

Suspiró triunfal mientras depositaba en el suelo las bolsas de la compra, de donde

sobresalía una barra de pan sucia y rota.

—¡Hola, *abu*! ¡Ya estoy aquí!

Santiago apareció tímidamente tras ella. Mostraba un aspecto tan lastimero como la chica, pero brillaba en su mirada una arrebatada expresión de orgullo.

—¿Me puede dar un vaso de agua, doña Elisa?

—Sigue recto. Un poco más, solo un poco más.

Santiago soltó una carcajada y caminó a paso inseguro con un pañuelo cubriendo sus ojos.

—¿Dónde estamos?

—Sigue, sigue, sigue... Vale. Párate. Ya puedes parar.

—¿Puedo quitarme ya la venda?

—Sí.

—¡No! No, no, no —intervino Claudia—. Un momento, un momento. Primero queremos decirte...

—Cuánto te queremos —concluyó Alexander en tono de burla.

—Exacto, Álex —le recriminó Cristina—. No sé qué te hace tanta gracia.

En realidad, Cristina tenía constancia de que Alexander llevaba todo el día burlándose de cualquier comentario que hicieran Santiago o las chicas, eso sin contar con que había esquivado el trato con ella durante toda la tarde.

—Ignórale, Cris, hoy Alexander tiene el día tonto. —Claudia volvió a dirigirse a Santiago—. Queremos decirte cuánto te queremos, lo maravilloso que eres y...

—¡Venga, por favor...! ¿También le vas a pedir matrimonio? —Saúl se sentó en el césped.

Leo le dirigió una mirada de reprobación.

—¡Cállate, Saúl!

—Y... —añadió Claudia—. Cuánto nos hubiera gustado darte esta sorpresa ayer. Pero ya sabes cómo se estropearon las cosas en la cabaña. Ya puedes quitarte el pañuelo.

Santiago obedeció rápidamente y una sonrisa enorme asomó a sus labios. Se encontraba en el jardín trasero de la casa de Alexander y frente a él se hallaba la mesa de piedra que habían utilizado para la cena una semana antes. Al igual que aquella noche, en esta ocasión también presentaba un delicioso surtido de patatas, aceitunas, tortilla, ensaladilla rusa y sándwiches de todo tipo. Para coronar el espectáculo, en el centro de la merienda había una tarta de fresa y nata de magníficas proporciones.

—¿Es... para mí? —Santiago lo miraba todo completamente conmocionado

—. ¿Es para mí...? —De pronto las lágrimas asomaron a sus ojos—. ¡Es

como un

cumpleaños...! ¡Un cumpleaños sorpresa! ¡Nadie me había dado nunca una fiesta

sorpresa...!

Las chicas lo besaron entre risas y lágrimas. Y cuanto más duramente trataba

Santiago de reprimir su emoción, más lloraban ellas. Lo abrazaron y mimaron largo rato mientras Alexander y Saúl trataban de mantener malamente la

compostura de la que habían hecho gala durante todo el día.

Luego Santiago abrazó a su hermano y nada pudo hacer este por despegárselo.

Alexander advirtió cómo a Saúl se le humedecían los ojos y rompió a reír. Saúl le

secundó en las carcajadas. Cuando Santiago retomó su atención sobre las chicas, los

muchachos se codearon en un gesto de complicidad.

—Joder, tío, ¡qué cojones...! —Saúl se restregó los ojos.

—Aguanta, Saúl, aguanta. ¡No podrán con nosotros!

—No, ¡no podrán! Vamos a por el alcohol de tu padre.

Alexander hizo sonar a los Who en la minicadena del salón y cenaron a la luz de las farolas del jardín.

Santiago no podía dejar de sonreír. Era la primera vez que celebraba su santo

y el hecho de que hubiera sido organizado a sus espaldas le hacía sentirse doblemente agradecido con todo el grupo.

Una hora después los chicos se sirvieron alcohol; solo Cristina y Santiago se abstuvieron. Luego se bañaron en la piscina, aunque esta vez tuvieron la prudencia

de desvestirse primero. El alcohol no tardó en hacer efecto y alguien propuso jugar a Tinieblas.

—Pero de forma distinta —dijo Leo, ligeramente borracha—. El que la liga tiene que buscar al resto por toda la casa.

—Se llama el Escondite, Leo.

Se oyeron numerosas carcajadas.

—Muy bien —intervino Alexander con lengua de trapo—. ¡Juguemos al Escondite! ¿Quién dijo que el Escondite es para niños? ¡Vamos a reinventar el Escondite!

Todos apoyaron la propuesta.

—¿Quién la liga? ¿Quién?

Saúl escondió una colilla en una de sus manos.

—A ver... Elegid una mano.

Tras varios intentos fallidos, Claudia asumió la liga del juego.

—No pienso contar más de veinte, así que ya podéis echar a correr.

—Vale por toda la casa y todo el jardín.

—¡Y prohibido encender luces!

Claudia se volvió hacia el delgado tronco de un limonero y cerró los ojos.

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres...!

—¡Más despacio...!

Los chicos salieron disparados por doquier.

Cristina dudó si dirigirse hacia el cobertizo de Alexander o adentrarse en la vivienda. Entonces descubrió a Leo correr en dirección a la parte delantera del jardín y comprendió que ambas habían pensado en el mismo escondite.

—¡Nueve! ¡Diez! ¡Once!

Se adentró en la casa y contempló el salón en la penumbra. Enseguida advirtió una sombra moviéndose tras el sofá.

—¡Quince! ¡Dieciséis!

Subió las escaleras sin saber a dónde dirigirse. Recordó el armario de la habitación de los padres de Alexander, pero se figuró que aquel lugar sería uno de

los primeros en rondar en la mente de Claudia. Entonces pensó que Alexander también tenía un armario empotrado en su habitación. Atravesó velozmente la oscuridad del pasillo superior y entró en la habitación. Chocó contra la silla y gritó de dolor. Luego cerró la puerta del cuarto y a tientas abrió la del armario. Una oscura sombra asomó entre una docena de pantalones vaqueros.

—¡Ah...! —Cristina sintió un vuelco al corazón.

—Shsssst... —Alexander se llevó el dedo a los labios—. ¡Deja de hacer ruido!

—Hazme un sitio.

—Venga ya, búscate la vida.

La voz de Claudia sonó claramente desde el jardín.

—¡Voy!

—No me da tiempo.

—Que te vayas, Cris, o nos van a pillar a los dos.

—Es verdad que hoy tienes el día tonto... —Cristina se metió en el armario.

Alexander gruñó malhumorado.

—No me pises.

—No te he pisado...

—Sí que lo has hecho.

—Muévete un poco, anda.

—Cierra la puerta.

Cristina obedeció en silencio. Luego se quedaron a oscuras, agachados bajo la ropa que colgaba de las perchas. Finalmente se sentaron en el suelo y aguzaron el

oído. Al momento se oyó un fuerte estrépito desde la planta baja. Luego alguien gritó. Otra persona salió corriendo en dirección al jardín y después se oyó un fuerte

ruido de vasos rotos.

—Joder, ¿se están cargando mi casa entera!

Ambos rompieron a reír. Después oyeron la voz de Claudia en el jardín.

—¡Por Saúl!

—¡Mierda! —Era la voz del muchacho.

Alexander y Cristina volvieron a reír.

—Aquí no podrá vernos ni aunque abra la puerta... —susurró Cristina.

Alexander guardó silencio.

La chica se volvió hacia él, pero solo veía la más absoluta oscuridad.

—Álex...

Él no respondió. Cristina extendió la mano para tocarle y encontró su brazo.

—Álex, ¿qué te pasa conmigo?

—No me pasa nada.

Cristina sintió cómo regresaba aquella sensación que le atenazaba el estómago. Ahora que lo tenía frente a sí, le resultaba imposible ignorar cuánto le estaba echando de menos. Pero Alexander no parecía dispuesto a colaborar.

La chica se sintió completamente perdida, no entendía nada en absoluto. Se quedó quieta, notando las lágrimas resbalar por su rostro. Trató de mantenerse en

silencio, le daba demasiada vergüenza llorar tantas veces delante de Alexander. Se

secó el rostro con las manos.

El chico pareció intuir algo porque de pronto extendió la mano y acarició su rostro. Al instante sintió las lágrimas en su mano y en su fuero interno maldijo su

profunda estupidez mental.

Cristina se levantó rápidamente y abrió la puerta del armario.

—¿A dónde vas?

Ella trató de salir a la habitación, pero se enredó con los pantalones y las perchas.

—No te vayas, Cris, no te vayas. —Alexander se levantó y la cogió de la mano. Cristina volvió el rostro hacia él. En la penumbra de la habitación sus ojos

brillaban a causa de las lágrimas.

—Suéltame.

—No.

Oyeron pasos en la escalera y ambos retomaron sus antiguas posiciones.

Alexander cerró la puerta del armario y contuvo la respiración. Claudia había entrado en la habitación de sus padres. Alguien hizo ruido en la planta baja y la chica se lanzó escaleras abajo.

De nuevo respiraron aliviados.

Alexander volvió el rostro hacia Cristina, pero no vio nada. Extendió el brazo, la rodeó por los hombros y la atrajo hacia sí.

—No te enfades conmigo, por favor.

—¿Por qué haces esto todo el tiempo? —Había tanta incomprensión y tanta impotencia en la voz de Cristina que Alexander se sintió como un auténtico miserable.

—No lo sé...



—¿No lo sabes?

—No, digo que... —Trató de encontrar una salida coherente, pero no fue capaz.

—Álex... —La voz de Cristina sonó tan extremadamente dulce que el chico sintió un estremecimiento y comprendió que sus resistencias se encontraban al límite.

Ella extendió su mano en la oscuridad y le acarició el rostro.

—¿Te acuerdas del sueño que te conté? ¿El sueño en el que no me hablabas?

—Sí... —Alexander notó otra vez aquella insoportable presión en el pecho.

—Ya está pasando... Ya estás haciéndolo. Me dijiste que nunca harías algo así.

—Nunca...

Cristina se inclinó sobre él, rodeó su cuello con las manos y lo besó dulcemente en la mejilla.

—No lo hagas, por favor... No puedo soportarlo...

Alexander la estrechó entre sus brazos y cerró los ojos. Se preguntó confuso cómo había podido imaginar en un principio que se libraría de todo aquello tan fácilmente. También pensó que en el fondo nunca había deseado librarse.

Completamente embriagado por su voz, susurró lentamente:

—¿Qué quieres que haga, Cris? Haré lo que quieras, haré lo que tú quieras...

—Aspiró el olor de su cabello y la besó en el cuello, tal y como había hecho en su habitación dos noches atrás. Se dio cuenta de que besarla era lo único

que deseaba,

de modo que la besó un vez más. Y otra más.

—Dime qué quieres que haga...

Cristina irguió la cabeza. Sintió en sus labios la respiración de Alexander y dejó resbalar las manos lentamente por su cuello.

—Yo solo quiero que me quieras...

El chico se sintió abrasado por su voz. Derrotado y hundido, ocultó el rostro en su cuello.

—Ya te quiero... No sabes cuánto...

Cristina suspiró.

—Álex...

El corazón se le desbocó enloquecido. Otra vez había hecho lo mismo que en el porche de su casa, otra vez había dicho su nombre de aquella manera que le volvía loco perdido, aquel susurro quebrado por el deseo incipiente, aquella forma

de tocarle...

Sintió sus manos rodeándolo y acariciando su espalda, y al momento se sintió presa de una excitación incontenible. Comprendió entonces que su farsa no podría

sostenerse ni un solo día más, tenía que tomar una decisión. Pero no podía pensar.

Dios santo. Ni siquiera podía respirar, necesitaba aire. O quizá no. Por un momento

imaginó lo sencillo que sería cerrar los ojos y dejarse llevar. Sabía que todo fluiría con una maravillosa naturalidad. Una parte de sí mismo sabía que la vida era increíblemente hermosa y sencilla, pero había sido educado para pensar con

claridad.

Cristina enredó las manos en su pelo y lo besó en el cuello. Su respiración le hizo cosquillas y notó un nuevo estremecimiento por todo su cuerpo. Incapaz de romper el momento, dejó caer las manos en una lenta caricia por su cintura. Casi hubiera deseado que le detuviera, pero, al contrario de lo esperado, ella buscó su boca. Lo besó lentamente en la mandíbula y en la barbilla y luego rozó sus labios.

Alexander tuvo el tiempo justo para reaccionar, un beso en los labios y no habría marcha atrás. Retiró la cabeza y sostuvo el rostro de Cristina entre sus manos.

—Cris...

—¿Qué...?

—...Tengo que ir al baño. —Se levantó y salió del armario y de la habitación.

Completamente extasiado, buscó torpemente el cuarto de baño. Vio a Claudia mirarle al pie de las escaleras y luego salir corriendo. Ni siquiera se inmutó, tenía

problemas más graves.

Se encerró en el baño y trató de recuperar el ritmo normal de su respiración.

No se podía creer lo que acababa de hacer, no podía creer que hubiera vuelto a salir corriendo en un momento tan precioso como aquel. Quizá su poder sobrenatural fuera el autocontrol, pero solo porque estaba preocupadísimo por Cristina. Y por otro lado también estaba empalmadísimo.

Abrió el grifo de agua fría y se empapó la cara. Respiró profundamente.

Bueno, ahora ya podía empezar a pensar. En realidad solo tenía dos opciones.

La primera, la más deprimente e insoportable, continuar como hasta ese momento,

ignorarla, mantener las distancias y luego negarlo todo, y después volver a hacer lo

mismo una y otra vez hasta que Cristina se hartase de él y terminara odiándolo. La

segunda, dejarse llevar. Imaginó las consecuencias. El verano terminaría en un mes,

Cristina tendría que regresar a Madrid y para entonces seguramente estaría

completamente enamorada. Lloraría cada noche pensando en él, iría a esa mierda de

colegio donde solo había chicas y se pasaría las horas enteras escribiendo su nombre en los libros de texto y contando desesperada los días a restar para volver a

verle. Y él no podría garantizarle nada después de tres meses separados.

Además, se imaginó a sí mismo acompañando a Cristina a su casa y a su

abuela abriéndoles la puerta con una sonrisa en el rostro. ¿Cómo no iba a sonreír?

Allí estaba Alexander, el noble muchacho que se había comprometido a cuidar de Cristina. «Buenas noches, doña Elisa —diría él—. Cuánto me alegro de haberla convencido para que se queden en Vistaclara. Aquí le traigo a su nieta de catorce años, recién desvirgada. Que pase usted una buena noche».

Un agobio exasperante le invadió de pies a cabeza. Se preguntó consternado si

Saúl también habría pasado por semejante calvario y de qué modo había logrado mantener el equilibrio en aquella situación. Bueno, seguramente Cristina no se lo había puesto ni la mitad de fácil. Saúl no se caracterizaba precisamente por su fortaleza de espíritu.

De pronto sonrió. Cristina le estaba eligiendo a él por encima de cualquier otro, le elegía todo el tiempo. Se sintió terriblemente afortunado. Sí, terrible era la palabra exacta, aquella situación le exigía una responsabilidad terrible. Contempló

su rostro en el espejo. Al momento recordó las palabras que Claudia le había dedicado la noche anterior: «Eres mucho mejor que todo esto». Una tercera posibilidad acudió a su mente. Ni siquiera estaba seguro de ser capaz de llevarla a

cabo, pero podía intentarlo.

Lentamente, salió del cuarto de baño y volvió a entrar en la habitación. Se asomó al armario. Cristina le esperaba en la misma posición. Lo miró con sus grandes ojos castaños, había miedo y expectación en su mirada. Alexander sintió un

nudo en el pecho. Tomó aire y cerró con pestillo la puerta de la habitación.

—Cris... Anda, ven aquí.

Cristina salió del armario y aguardó temerosa. Alexander la estrechó entre sus brazos y apoyó la barbilla en su hombro.

—Voy a decirte... lo que te tengo que decir.

Cristina alzó la mirada en silencio. Estaba temblando por dentro.

—Quiero que sepas que te quiero... muchísimo.

—Eso ya lo sé. Yo también a ti. ¡Te quiero tanto, Álex! —Lo abrazó con más

fuerza todavía.

El chico suspiró. Se distanció de ella suavemente y la miró a los ojos.

—Quiero que sepas que siempre voy a ser tu amigo. Siempre.

Cristina trató de entender sus palabras. Lo miró fijamente a los ojos, frunció el ceño y una sombra de decepción atravesó su rostro como el doloroso filo de un cuchillo. Tragó saliva.

—Vale...

Alexander desvió la mirada.

—Claudia me ha visto. Tengo que bajar.

—Vale. —Cristina trató de contener las lágrimas. Luego vio al chico salir de la habitación y sintió como si el mundo entero se hubiera quedado sin luz.

Un rato más tarde todos volvían a estar reunidos en el jardín. Saúl y Santiago se sentían hambrientos otra vez, de modo que se acercaron a las mesas y dieron cuenta de los últimos sándwiches. Claudia, Leo y Alexander jugaban y bromeaban

en el agua mientras Cristina se mantenía sentada en el bordillo, con las piernas sumergidas y la mirada perdida. Alexander la miró por enésima vez en aquel minuto. Se encontraba tan apática que ya no pudo evitar acercarse nadando hasta ella. Cristina lo traspasó con aquella mirada de inocencia que lo desarmaba por dentro. Con una pícaro sonrisa, salpicó agua hacia su rostro.

—¡Vamos, Cris...!

—No me apetece bañarme.

—Catsi... —La sujetó de un tobillo.

Cristina pateó molesta.

—No.

—Catsi... —Volvió a tirar de su tobillo.

—¡Álex! —Saúl levantó el plato de tarta, mostrando la última porción—. Es tuya, ¿verdad?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Es mía! ¡Es mía!

—¡Cómetela de una vez, tío! ¡Se me está haciendo la boca agua! —Dejó el plato sobre la mesa y se dirigió a su toalla.

En ese momento Cristina se levantó, se dirigió hacia la mesa y tomó la porción de tarta cuidadosamente. Ante el asombro de todos los presentes, se encaminó al borde de la piscina y dirigió una mirada de desafío a Alexander.

El chico la observaba perplejo.

—¿Qué haces...?

Conteniendo una divertida sonrisa, alzó la tarta sobre su boca abierta.

—¡Ven a por ella!

—No te atreverás... —La contempló paralizado en el agua, molesto y seducido a partes iguales.

Como respuesta, Cristina dio un bocado a la tarta y relamió la nata que había quedado alrededor de su boca. Claudia rompió a reír.

—¡Venga ya, Catsi!

Cristina soltó otra carcajada y dio un nuevo bocado a la tarta. Fue entonces cuando Alexander saltó ágilmente al bordillo y se abalanzó sobre ella. La chica retrocedió torpemente y ambos forcejearon mientras la nata y las fresas se escurrían entre sus manos. Cuando comprendieron que ya no había presa por la que

luchar, comenzaron una divertida guerra consistente en mancharse las caras el uno

al otro. Tan absortos estaban en su lucha que finalmente ambos perdieron el equilibrio y cayeron al agua, lanzando un grito de sorpresa. Al zambullirse, Cristina ni siquiera se percató de lo que estaba haciendo. Simplemente buscó por instinto los brazos de Alexander y rodeó su cintura con las piernas tal y como Íñigo

le había enseñado a hacer, pero esta vez de un modo tan espontáneo que no encontró

nada de malo en ello. Ambos alcanzaron la superficie y rompieron a reír a carcajadas. Cristina sintió las manos de Alexander sosteniendo su espalda.

—¡Maldita seas!

Ella rio de nuevo. De pronto notó la voz del muchacho acariciando su cuello.

—Maldita seas...

Sintió entonces cómo el corazón se le disparaba enloquecido. Alexander apartó cuidadosamente un rizo mojado de su frente.

—Te has salido con la tuya, ¿estás contenta?

Lo traspasó con la mirada.

—De momento.

Alexander sonrió cautivado y desvió su mirada hacia la fachada de la casa.



—Ah, claro, eso es porque todavía no te he presentado a Cibeles...

La expresión de Cristina cambió drásticamente, embargada por una ilusión genuinamente infantil.

—¡Sí, por favor!

Alexander soltó una carcajada.

—¡Por favor, Álex! ¡Por favor! ¿Cuándo? ¿Cuándo?

—No he dicho que vaya a hacerlo... ¿Crees que te lo mereces después de haberte comido mi tarta?

Cristina lo abrazó, rebotando de una alegría contagiosa.

—¡Álex, por favor! ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Me lo prometiste!

—¿Yo te lo prometí? ¿Qué historias te inventas, Catsi?

Y ambos volvieron a reír, ajenos por completo a las miradas de estupefacción del resto de la pandilla.

Aquella noche Cristina tardó en conciliar el sueño. Durante casi una hora se dedicó a contemplar las estrellas a través de su ventana abierta. Más de una vez, al

oír solitarias pisadas en la calle, se incorporó con la esperanza de ver a Alexander

bajo su tejado. Aquello no sucedió y, lentamente, se fue apoderando de ella una angustia que jamás había experimentado hasta entonces, la angustia de recordar los

besos en el interior del armario y no poder alcanzar su boca, la angustia de sentir

sus brazos rodeándola en el agua y no poder acariciar su cuerpo, la angustia, en definitiva, producida por un deseo insatisfecho que la consumía a fuego lento por todo su cuerpo.

Pero Cristina estaba muy lejos de comprender racionalmente semejante

sentimiento. Todo aquello era demasiado nuevo, un mundo desconocido que nadie

se había ocupado de presentarle. Su consuelo se basaba en recordar las dulces palabras del chico y la prodigiosa facilidad con la que había recuperado parte del control de la situación. «Bendita tarta de fresa y nata», se dijo, al tiempo que media sonrisa se apoderaba de su rostro. Y luego abrazó su almohada y por fin se quedó

dormida.

19

*You say you'll give me eyes in the moon of blindness*

*A river in a time of dryness*

*A harbour in the tempest.*

*All the promises we make, from the cradle to the grave*

*When all I need is you.*

«All I want is you», U2[23]

—¡Bienvenidos a la prueba del payaso! —El coordinador sonrió desde el centro del escenario al tiempo que un centenar de jóvenes vitoreaba por todos los

rincones de la plaza.

La noche era terriblemente calurosa y densa, pero ni los participantes ni los

numerosos espectadores parecían afectados por ello, más bien al contrario, se dejaba sentir en el lugar un espíritu colectivo de alegre y divertida expectación.

—¿Estáis preparados para perder la vergüenza?

Saúl hizo bocina con las manos.

—¿¡Qué vergüenza...!?

Se oyeron algunas carcajadas.

—Sí, sí, Saúl, ya te conocemos todos... En esta primera prueba la cosa empieza de un modo sencillo. ¿Quién sabe coser un botón?

Casi cien voces abuchearon al coordinador.

—Prefiero no deciros todavía... ¡la vergüenza que va a pasar el grupo que tarde menos tiempo en coser un botón! Pero claro... ¡ese grupo se llevará el primer

minipunto de la noche!

Cristina se cubrió el rostro con las manos.

—No, por favor... ¿De qué va esto?

En ese momento varios monitores subieron al escenario y alinearon veinte retales de tela en el borde del mismo. Junto a cada retal colocaron una caja.

—Como podéis ver —el coordinador levantó una de las cajas—, aquí encontraréis las agujas, el hilo y un dedal.

—¡Cris! ¡Cris! —Santiago tiró de su mano—. ¿Cómo se cose un botón?

— *Jova...* ¡No lo sé! ¿Alguien sabe coser un botón?

—¡Sustain Souls! ¡Sustain Souls! —Dulce hizo su aparición entre el tumulto colectivo—. ¡Los Sustain Souls ante el retal número ocho! ¡Vamos! ¡Vamos! ¡N tenemos toda la noche!

—¡Señora, sí, señora! —Alexander se encaminó hacia Dulce, seguido por el resto del grupo. A continuación, formaron una fila india a cinco pasos del escenario, exactamente frente al retal número ocho.

—Aseguraos bien de que los botones queden perfectamente sujetos o perderéis

la prueba aunque seáis los más rápidos, ¿de acuerdo? ¿Alguna duda?

—Dulce, esto debe ser una broma. ¿Cómo mierda se cose un botón?

—Niño, no digas palabrotas. Mete el hilo en la aguja y la aguja en los dos agujeros del botón... ¡Por Dios! ¡Improvisa!

Saúl reprimió una carcajada y dio un codazo a Alexander.

—Mete en los dos agujeros... ¡Como la vida misma!

Alexander rompió a reír y Dulce les miró con desagrado.

—Sois unos enfermos mentales. Ahora alinearos bien y concentraos en la prueba. Os estáis jugando vuestras queridas entradas de U2.

Una vez que los veinte grupos estuvieron organizados y listos, Jaime hizo

sonar por los altavoces a la Credence con su «Travelin' Band» y la prueba dio comienzo con un toque de silbato. Santiago se precipitó hacia su objetivo junto con

otros diecinueve participantes, mientras el griterío, los consejos y los improperios

se hacían eco por toda la plaza.

—¡Vamos, Santi! ¿Qué estás haciendo? ¡Es para hoy! —Saúl vociferaba enervado.

El niño se volvió furioso hacia su hermano y le hizo un gesto con el dedo corazón. Luego trató de proseguir su tarea.

—¡Lo estás haciendo mal! ¡Maldita sea! ¡Lo está haciendo mal!

—¡Cállate ya, Saúl! ¡Lo estás poniendo nervioso!

—Pero mírale, Janis. Ni siquiera ha hecho el nudo en el hilo. ¡Así no puede coser!

—¡Santi, tienes que anudar el extremo del hilo!

Santiago se volvió hacia ellos. A juzgar por su expresión, estaba sufriendo lo indecible.

—¡Dejadme en paz! ¡Me estáis agobiando!

Casi cinco minutos después, el muchacho dejaba un botón colgando patéticamente del retal y daba el relevo a su hermano.

—¡Saúl! ¡Date prisa, tío! —Alexander daba saltos en el extremo de la fila—. ¡Vamos fatal de tiempo!

El chico tardó casi tanto como su hermano y luego dio el relevo a Alexander.

—¡Qué asco de prueba! —Leo observaba las expresiones divertidas de los monitores que trabajaban en el escenario.

Claudia miraba los torpes intentos de Alexander con expresión de burla.

—Este minipunto ya está perdido.

Apenas dos minutos después, Cruce de Caminos se erigió ganador. El resto de grupos se limitó a esperar con rencoroso regocijo la sesión del payaso.

—¡Un aplauso para Cruce de Caminos! ¡Y a continuación les pedimos que suban ahora mismo al escenario!

—¡ *Carcas!*

—¡ *Viejales!*

—¡Idos a casa!

—Por favor, un poco de respeto para el grupo ganador. ¡Y aquí los tenemos!

—Jaime extendió el brazo a modo de presentación y los componentes del grupo inclinaron las cabezas con expresiones divertidas.

Cristina les observó con atención. Además de Roberto, el bibliotecario, el grupo estaba formado por tres mujeres y otros dos hombres. Todos ellos pasaban

los cuarenta años y sonreían visiblemente incómodos y nerviosos.

—¿Estáis preparados para la prueba del payaso?

Ellos negaron con la cabeza y rompieron a reír.

—Pues igualmente aquí tenéis vuestra prueba.

Jaime se dirigió a la pequeña mesa situada a la izquierda del escenario, donde habían colocado la minicadena y una serie de papeletas. Tomó la primera tarjeta y,

llevándose el micrófono a los labios, leyó en voz alta y clara:

—«Si el minipunto del botón queréis conseguir, una buena imitación deberéis

argüir. —Levantó la mirada y vio el pánico reflejado en los concursantes.

Sonrió divertido y prosiguió la lectura—. Los personajes a representar bien los

debéis escuchar.» —Hizo una nueva pausa y se aclaró la voz—. Y a

continuación leo: «El

cangrejo de La sirenita, Doña Rogelia, Pedro Picapiedra, Felipe González,

Cantinflas y el pato Donald.» ¡Tenéis un minuto para repartiros los personajes!

Los Cruce de Caminos se miraron horrorizados y rompieron a reír, mientras

que Cristina y Leo sentían la sangre subir a sus mejillas como si semejante desafío

hubiera caído sobre sus tímidos espíritus. Sin embargo, la inmensa mayoría de los

jóvenes concursantes reía a carcajadas, ansiosa por degustar la inminente y patética

humillación. Por su parte, los espectadores que contemplaban el espectáculo desde

las cafeterías y terrazas de los soportales, tampoco parecían empatizar en exceso con los concursantes, puesto que estaban riendo y disfrutando con solo imaginar la

representación.

Después de aquel insidioso minuto de negociaciones, los seis concursantes se

alinearon junto al coordinador.

—Muy bien, ¿dónde está el cangrejo Sebastián?

Roberto, el bibliotecario, dio un paso al frente. Aunque nadie supo entender muy bien el porqué, el pobre hombre se abrió de piernas y comenzó a andar

como

un pingüino. El estallido de risas no se hizo esperar. Pero el bibliotecario no había

terminado todavía. Alzó las manos y las abrió y cerró como si fueran pinzas.

Luego, con fingido acento andaluz, comenzó a cantar: «Bajo el mar, bajo el mar...

la, la, la, la, la, la, la..., bajo el mar...». Se puso a dar vueltas sobre sí mismo y después caminó de lado por todo el escenario. Para entonces las carcajadas y los vítores resultaban tan escandalosos que ni siquiera se le oía, y una oleada de aplausos sacudió la plaza entera.

Así fue como uno a uno, los Cruce de Caminos fueron perdiendo su

autoestima y dignidad para regocijo y diversión de todos los testigos. Finalmente,

los concursantes lograron su minipunto y bajaron del escenario con las caras rojas

como la grana.

Los grupos volvieron a organizarse y pasaron a la segunda prueba.

—Para lograr el siguiente minipunto —continuó Jaime— los diferentes

grupos deberéis hacer una cadena de ropa en diez minutos. El equipo que tenga la

cadena más larga será el ganador de la prueba. Os advierto que solo podréis utilizar

la ropa que lleváis puesta, ¡de modo que vosotros sabréis cuántas prendas queréis quitaros!

Entre la carcajada general, Las Diosas del Alba dirigieron una mirada



esperanzada a Saúl y Alexander. Los chicos se sonrojaron divertidos y negaron con

la cabeza.

—A ver, Sustain Souls, agruparos detrás de la línea pintada en el suelo. Eso es,

vamos, vamos, es para hoy, no para mañana. Santi, ponte a la cola. ¡Saúl, deja de tontear con Las Diosas del Alba, te estoy hablando! Vamos, chicos, dadme una alegría sin que nadie muera esta noche.

—Tranquila, Dulce, hemos venido preparados para esta prueba. —Alexander

sonrió con fanfarronería. En el fondo hablaba en serio, los chicos ya conocían la prueba por años anteriores y habían advertido a Cristina sobre la necesidad de llevar el biquini puesto bajo la mayor cantidad de ropa posible.

Cuando todos los grupos estuvieron listos y organizados, Jaime pulsó de

nuevo el radiocasete y de los altavoces del escenario brotaron las voces de los Beatles con su «Twist and shout».

—¡Los biquinis y los cordones de las zapatillas! —gritó Leo—. ¡Vamos!

¡Rápido! ¡Rápido!

Las chicas escondieron los brazos bajo sus camisetas y fueron sacando sus respectivos biquinis por el hueco de la cabeza. Para entonces, los muchachos ya se

habían quitado las camisetas y los pantalones y aguardaban en bañador. Ni Cristina

ni Leo ni Claudia pudieron evitar echar una furtiva mirada a Saúl y Alexander. A pesar de que les veían en bañador todas las tardes en la piscina, contemplarlos casi

desnudos en un contexto diferente disparaba a la estratosfera sus hormonas adolescentes.

La cadena comenzó a crecer vertiginosamente, al tiempo que la pandilla descubría abrumada cómo los seis biquinis de Las Diosas del Alba colocaban a este

grupo a la cabeza de la prueba.

—¡Son muchas chicas! ¿Cómo no van a ganar? —se lamentaba Claudia, al tiempo que anudaba sus cordones al extremo de la cadena.

—¡Mis cordones, Claudia! ¡Ya los tengo!

—¡Bien, Santi! ¡Átalos, rápido, rápido!

—¡Los cinturones, venga, venga!

Poco a poco fueron incorporando todas las prendas y accesorios de los que podían prescindir. La plaza entera lucía una divertida exhibición de adolescentes en

bañador o ropa interior, los cuales se dedicaban a gritar y ordenar a sus compañeros de equipo, mientras se movían de puntillas con sus pies desnudos.

Saúl se aproximó con sus calcetines en la mano.

—¿Cómo vais por aquí? ¿Esto no crece o qué?

—¡Mi diadema de tela! —Leo se aproximó al extremo en ese momento.

—¡Bien, Leo! ¡Átala a mis calcetines, rápido!

Leo tomó los calcetines de Saúl.

—¡Qué guarrada, por favor...!

Cristina echó un rápido vistazo a su abuela, la cual había vuelto a acudir como espectadora junto a doña Juana y doña Gregoria, y contemplaba la nudista algarabía

con el ceño fruncido desde una de las terrazas de los soportales. De pronto la anciana pareció identificar a su nieta entre el tumulto. La vio cubierta con una camiseta y la braguita de un bikini, mientras brincaba descalza de un lado a otro,

riendo y saludándola con la mano.

Doña Elisa suspiró avergonzada y trató de mantener la calma. A fin de cuentas no había ninguna diferencia entre el aspecto de Cristina y el resto de jóvenes que campaba por la plaza como una comuna de *hippies* recién liberados. Se secó el sudor de la frente con su pañuelo de flores y rememoró nostálgica sus tranquilos veraneos en Asturias. ¡Cuánto echaba de menos Asturias!

Los chicos contemplaron de nuevo la cadena de Las Diosas del Alba.

—¡Casi las igualamos! ¿Qué más podemos quitarnos? —La voz de Alexander sonaba desesperada. Ya no les quedaba nada prescindible de lo que despojarse y se

encontraban a medio metro de igualar al grupo de Marga. En ese momento vio a Saúl librando una lucha interna que no pareció durar más de uno o dos segundos.

—Cúbreme, Álex. —De pronto se situó detrás de él y se bajó el bañador.

Alexander se volvió confuso y lo descubrió tal y como Dios le había traído al mundo. Saúl le pasó el bañador.

—¡Que alguien lo ate enseguida!

—¡Dios santo! —Una voz entre el tumulto acaparó la atención de la

muchedumbre—. ¡Saúl está en *pelotas*!

—¡Mirad a Saúl!

—¡Saúl tiene la chorra al aire!

Los gritos se propagaron a la velocidad de la luz.

—Cúbreme, por favor. —Saúl agarró a Alexander por los hombros, pero el muchacho rompió a reír y se liberó rápidamente.

—¡No pienso pegarme a ti en estas circunstancias!

Cristina, Leo y Claudia lo miraban estupefactas, Las Diosas del Alba gritaban histéricamente, alguien del público disparó una cámara de fotos y el *flash* iluminó el espectáculo. Finalmente Saúl se resignó, porque en el fondo se sentía

profundamente orgulloso de la grandeza de su virilidad, de modo que levantó los brazos con expresión arrogante y gritó:

—¡Yo soy el Rey Lagarto, yo parto y reparto! ¡Sí, señores! ¡Y ahora, por favor, que alguien ate el puto bañador!

—¡Cristina! —Alexander la miraba con expresión divertida—. ¡Cristina, despierta y ata el bañador!

La chica logró malamente despegar los ojos de aquello que nunca había visto hasta entonces.

—¿Qué...?

Alexander rompió a reír.

—¡Ata el bañador, Catsi!

Así que tomó el bañador que le tendía Alexander y corrió al extremo de la fila.

Lo ató rápidamente y luego vio cómo una señora se levantaba apresuradamente de

una de las terrazas y corría hacia Saúl con un abanico en la mano.

—¡Por el amor de Dios, muchacho, tápate ahora mismo!

Saúl obedeció agradecido.

—Muchas gracias, señora. —Luego se cubrió con el abanico y comenzó a abanicarse sus vergüenzas mientras sonreía divertido.

Santiago y Alexander reían hasta llorar, Dulce se cubría el rostro con las manos, las chicas de todos los grupos gritaban y reían enloquecidas y doña Elisa se

había levantado de su silla y contemplaba todo con expresión catatónica.

—¡Por Dios, Saúl! —La voz de Jaime sonó desde el escenario—. ¡Vístete inmediatamente!

De repente los chicos de Cadillac Rojo se desnudaron también. Nuevos gritos

llenaron la plaza. Ciertos miembros de Galope Salvaje y Los Legionarios del Sur tampoco se mostraron mucho más tímidos. Las cadenas de ropa comenzaron a

crecer considerablemente.

Atónito por el indecente cariz que estaba tomando la prueba, el coordinador tomó de nuevo el micrófono.

—¡Basta ya! ¡Basta ya! ¡Esta prueba queda anulada! ¡Esta prueba queda anulada!  
¿Me habéis oído? ¡Vestíos inmediatamente!

Los abucheos y las protestas no se hicieron esperar. Alguien lanzó un calcetín a la cabeza del coordinador.

Jaime lo apartó furioso.

—¡Estáis todos descalificados! ¡Esta prueba queda anulada! ¡Estáis todos descalificados!

Nuevas protestas inundaron la plaza. Los bañadores y calzoncillos comenzaron a volar por los aires.

—¡Sustain Souls! ¡Volved a la línea de juego! ¡He dicho que volváis a la línea de juego!

Pero nadie escuchaba a Dulce. Los chicos estaban tan furiosos que solo querían arrojar prendas indecentes al coordinador.

—¡Cristina! ¡Cristina! ¡Ven aquí ahora mismo! —Doña Elisa contemplaba indignada cómo su nieta fingía no oírla—. ¡Será posible...!

Doña Juana y doña Gregoria acompañaban a la anciana con expresiones de absoluta consternación.

—¡Qué vergüenza de juventud! ¡Dios bendito, qué vergüenza!

Los monitores tardaron más de media hora en sofocar la revolución y lograr que todo el mundo volviera a vestirse. Cuando finalmente los veinte grupos se alinearon de nuevo al pie del escenario, el coordinador tenía un humor de

perros.

—¡No voy a tolerar más comportamientos indecentes! ¿Os ha quedado claro?

¡Esto es una *gymkhana* para todos los públicos, no una exhibición de anatomía para liberar vuestra degeneración mental! ¡Y si no estáis de acuerdo con las reglas del juego, ya podéis iros a vuestra casa!

Nadie se movió. Jaime paseó la mirada sobre los más de cien concursantes.  
No

se oía ni el zumbido de una mosca. Se mesó el cabello y respiró hondo.

—Bien... La siguiente prueba es una carrera de sacos. Como podéis ver, los monitores están colocando una silla para cada grupo al pie de los soportales. Cada

conкурсante deberá ir hasta los soportales, tocar el silbato que se encuentra colocado en su silla y regresar lo más rápido posible. Os aseguro que quien no toque el silbato quedará inmediatamente descalificado.

Los chicos volvieron a formar una fila india. Dulce entregó a Leo un

gigantesco saco de patatas y al ritmo de Eddie Cochran y su «Come on, everybody»

los grupos comenzaron la carrera. Tras una ardua lucha y la descalificación de varios grupos, los Galope Salvaje ganaron la prueba. Los Sustain Souls les vieron

subir al escenario con sonrisas de triunfo y aguardaron malhumorados y en silencio.

Jaime se dirigió a la mesa y tomó en sus manos la siguiente tarjeta. A

continuación, dirigiéndose al centro del escenario, leyó por el micrófono:

—«Es propio de seductores susurrar palabritas de amor, ¿pero quién sabe utilizar bien su tono de voz? Si un amante latino os jactarais de ser, a toda la gente se lo vais a hacer ver.» —Jaime levantó la mirada mientras comprobaba las

expresiones confusas de los participantes.

Se oyeron risitas entre el tumulto.

—¡Vaya por Dios! ¡Me temo que todos los Galope Salvaje son chicos! ¡Me vale con uno de ellos y una linda voluntaria para facilitarle las cosas!

Se armó un revuelo impresionante al pie del escenario. Los vascos se miraban y murmuraban entre ellos, tratando de decidir cuál podría salir mejor parado de aquella escenita. Después de varios segundos de deliberación, Gorka dio varios pasos al frente, casi empujado y amenazado por sus compañeros. Tímidamente, buscó apoyo emocional en la burlona sonrisa del coordinador.

—¡Cuéntanos cómo te llamas!

—Gorka... —El chico se rascó la cabeza y miró con expresión de vértigo a los más de cien concursantes que lo contemplaban con maliciosas sonrisas.

—Gorka... —Jaime le pasó el brazo por los hombros—. ¿Estás preparado para seducir a una chica?

El chico tragó saliva.

—¿Qué? ¿Qué chica...?

—¡No lo sé! ¿Se te ocurre alguna? ¿Hay alguna que te caiga mejor que el resto?



Gorka miró indeciso un mar de rostros.

—No sé... —De pronto su mirada encontró los almendrados ojos de Cristina, la cual se hallaba parapetada tras Alexander. Gorka la señaló con el dedo.

—Cris.

Cristina sintió el corazón palpitando enloquecido y la sangre subiendo a su rostro. Más de treinta cabezas se volvieron hacia ella.

—¡No, por favor...!

—¿Quién es Cris?

Gorka señaló de nuevo a Cristina.

—Ella, la Sustain Soul.

—¡Que suba al escenario la Sustain Soul! ¡Vamos, un aplauso para ella!

Cristina contemplaba el desarrollo de la escena como si lo estuviera viendo todo desde fuera. Advirtió la sonrisa condescendiente de Alexander y sus palabras

de ánimo, y luego la mano de Santiago, que la incitaba a subir al escenario. Saúl dijo algo como que no podía ayudarla en aquella situación y Claudia y Leo le palmearon la espalda con sonrisas dibujadas en sus rostros. Sin apenas darse cuenta,

estaba junto a Gorka en el centro del escenario.

Jaime mostró una tierna sonrisa.

—Cris..., nuestra nadadora más famosa. Nos alegramos de que aquello solo fuera un susto.

—Sí...

El coordinador hizo un gesto a la audiencia.

—Sí que es guapa, sí. —Se dirigió a Gorka—. Chaval, no eres nada tonto.

Se oyeron algunas risitas. Cristina buscó los rostros de sus amigos entre la gente. Por fin los halló, y su corazón encontró consuelo en la dulce sonrisa de Alexander.

Jaime prosiguió:

—Oye, Gorka, cuéntame, si pudieras decirle un piropo a Cristina, ¿cuál sería?

Gorka se sonrojó hasta las orejas.

—¡Guapa!

—¡Llámala guapa!

Cristina trató de identificar las voces entre el tumulto, pero no fue capaz.

—Pues guapa..., sí.

—¿Y ya está?

Gorka se encogió de hombros.

—No sé...

Cristina lo miró con lástima. No querría estar en su lugar por nada del mundo.

—Bueno, vamos a dejar que te lo pienses, porque esta prueba trata justamente

de eso. Vamos a poner una música muy... apropiada para crear ambiente y esas cosas; y tú vas a tener que imaginar que Cristina está en la puerta de tu instituto, en un parque o donde diablos prefieras, y vas a tener que acercarte a ella y decirle las

cosas más bonitas que se te pasen por la cabeza. ¿Cómo lo ves?

Gorka miraba a Cristina con tal expresión de espanto que incluso la chica rompió a reír. Las carcajadas resonaron por toda la plaza.

—Aquí tienes el micro, Gorka. Ahora voy a encender la minicadena y cuando comience la canción debes empezar a exhibir tus talentos de seductor. ¡Mucha suerte y un aplauso para nuestro *latin lover*!

La plaza coreó un breve aplauso y entre risitas expectantes contemplaron el comienzo de la actuación. La voz de Elvis Presley brotó de los altavoces con su

«Fever» y los vítores y palabras de ánimo asaltaron el espectáculo. Gorka se acercó

tembloroso a Cristina, con el rostro enrojecido y las manos crispadas alrededor del

micrófono.

—Pues... hola, guapa.

Las carcajadas estallaron al unísono. Gorka quiso morirse y Cristina supo que debía tomar las riendas para poder aliviar la vergüenza del muchacho; de modo que, mostrando una encantadora sonrisa, se acercó decidida y tomó el micrófono.

—Hola, guapo.

Un coro de sugerentes silbidos y vítores reanimó la interpretación del adolescente. Gorka sonrió animado.

—¿Estás sola?

Cristina contuvo la risa.

—Solísima.

Los silbidos y las carcajadas se hicieron más estridentes. Desde su posición, Leo no pudo evitar observar la reacción de Alexander. El chico mantenía una sonrisa congelada con sabor a burla y una mirada rebosante de escepticismo. La pelirroja suspiró y desvió la mirada. Trató de concentrarse en la escena.

—¿Cómo es posible que la chica más preciosa que he visto en mi vida esté tan sola?

Nuevos silbidos y vítores. Cristina estalló de risa y vergüenza y luego trató de serenarse.

—No sé... ¿Quieres quedarte conmigo?

Gorka tomó el micro de nuevo. Acababa de perder su último resquicio de vergüenza.

—Pues claro que sí.

Jaime se llevó las manos al rostro y ocultó una carcajada. Gorka continuó su actuación.

—Baila conmigo. —Tomó la mano de Cristina y le dio una vuelta sobre sí misma. Luego Cristina apoyó sus manos sobre los hombros de su amigo.

—¡Bésala!

—¡Lánzate!

—¡Vamos, Gorka!

Leo no pudo evitar mirar de soslayo a Alexander. La sonrisa del chico había

desaparecido de su rostro y, con el ceño fruncido, buscaba las identidades de los que voceaban. Luego volvió a dirigir su atención a la pareja y se cruzó de brazos.

Leo se sintió completamente estúpida y miserable. Con el corazón hecho trizas, dirigió su mirada al escenario.

Gorka fingió sacar un imaginario paquete de tabaco de su bolsillo. Teatralizó la acción de encenderse un cigarro y ofreció otro a Cristina.

—¿Fumas?

Nuevas risitas entre el público.

—Claro que sí. —Cristina fingió encender un mechero, pero Gorka fue más rápido y se apresuró a ayudarla con su mechero imaginario.

—Usa mi fuego, preciosa.

La plaza entera estalló en carcajadas. Cristina se sonrojó, afirmó avergonzada y fingió encender su cigarro con el mechero de Gorka. Luego ambos rompieron a

reír, completamente avergonzados.

Alexander tenía de nuevo aquella sonrisa de burla en el rostro. Leo advirtió que Saúl tampoco parecía estar disfrutando mucho de la actuación, pero al menos Santiago se lo estaba pasando en grande.

El coordinador intervino de pronto.

—Vamos, Gorka, ¡se acaba la canción!

El chico buscó ayuda en Cristina. Resultaba evidente que se estaba quedando sin ideas. Cristina trató de encontrar alguna opción, pero no fue capaz. De pronto el

rostro de Gorka se iluminó. Apartando el micro susurró a la chica:

—Pregúntame qué es poesía.

—¿Qué?

—¡Pregúntame qué es poesía...!

Ella tomó el micro.

—Gorka, ¿qué es poesía?

Entonces, arrodillándose ante ella, Gorka abrió su brazo izquierdo

teatralmente al tiempo que recitaba por el micro:

—¿Qué es poesía? Me preguntas clavando en mi pupila tu pupila... —Se dio

cuenta de que aquella poesía de Bécquer solo funcionaba para chicas de ojos azules.

¡Maldita idiotez de verso! ¡En realidad solo un extraterrestre podría tener las pupilas azules! Frustrado, trató de pasar por alto aquel pequeño detalle—... Tu pupila... azul. ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas? Poesía... Eres tú.

Una sorprendida audiencia dedicó su más ferviente ovación a las artes

seductoras del muchacho, al tiempo que Cristina le tomaba el rostro entre las manos

y lo besaba en la mejilla. Los aplausos resonaron por toda la plaza entre nuevos vítores y silbidos. Leo advirtió cómo Saúl buscaba la complicidad de Alexander a

través de una cínica mirada, pero el chico estaba abstraído en el espectáculo, observando aquel beso con actitud de absoluta indiferencia.

Santiago se encogió de hombros.

—Pero si Cristina no tiene los ojos azules...

Finalmente, Gorka se levantó y los dos actores saludaron a la audiencia. Jaime tomó el micrófono de nuevo.

—La ha llamado guapa, preciosa y poesía. ¡Más que suficiente para conseguir el minipunto de esta prueba! ¡Un aplauso enorme para el representante de Galope Salvaje y para la Sustain Soul!

Después de varias reverencias, la pareja bajó del escenario entre risas y bromas. Una vez abajo, se despidieron con un caluroso abrazo y luego cada uno se reunió con su respectivo grupo.

Claudia y Leo recibieron a Cristina entre sonrisas y abrazos. Saúl le palmeó la espalda.

—Ya ha pasado todo, mi pequeña Janis.

Cristina soltó una carcajada.

—¡Me lo he pasado superbien! ¡En serio!

Alexander puso los ojos en blanco. A veces Cristina tenía cosas de cría.

—Vamos, Sustain Souls, alineaos detrás de la marca. Aún queda otra prueba más.

Los chicos obedecieron en silencio y Jaime retomó la palabra desde el escenario.

—Para la prueba final necesitamos que os coloquéis en parejas. Si no sois

pares, podréis hacer más de un relevo para compensar. Se trata de llegar de nuevo

hasta la silla y tocar el silbato, pero esta vez las parejas deberéis avanzar de lado, sosteniendo entre vuestras bocas un globo lleno de agua. ¡Está terminantemente prohibido utilizar las manos! Deberéis llevar las manos a la espalda, ¿entendido? Si

el globo se os cae y se rompe, vuestro monitor os dará un globo nuevo y deberéis

empezar desde el principio.

La emoción embargó a los diferentes grupos. Los jóvenes comenzaron a emparejarse entre gritos y risas.

De repente Marga apareció ante los Sustain Souls. Con una pícaro sonrisa, tomó a Cristina de la mano y la sacó del grupo.

—¡Adivina lo que va diciendo Gorka! ¡Adivínalo! ¡Adivínalo!

—¿Qué?

Completamente perplejo, Alexander contemplaba la conversación. Una rabia incontenible comenzó a crecer dentro de él.

—¡Dice que solo por el beso que le has dado, ha valido la pena hacer el imbécil y que eres todo lo que te ha llamado ahí arriba!

Cristina sonrió avergonzada.

—¿¡Qué dices...!?

—¡Le gustas, Cris! ¿A ti te gusta? ¿Quieres que haga de casamentera? ¡Puedo hacerlo encantada!



—No sé...

Alexander ya no pudo soportarlo más. Aquella conversación le estaba sacando completamente de quicio, se estaban jugando las entradas de U2 y, al parecer, a Cristina le daba exactamente igual. Cualquier idiotez que le dijera cualquier idiota le servía para transportarse a sus felices mundos de Yupi. Se dirigió a Cristina y la tomó de la mano.

—¿Qué haces de cháchara? ¡Tenemos otra prueba!

La chica lo miró confusa.

—Perdona...

—¡Luego hablamos, Cris! —Marga se marchó por donde había venido.

Alexander colocó a Cristina al final de la cola y se quedó con ella como por casualidad.

—Anda, yo me quedaré contigo.

Cristina afirmó. Alexander volvía a comportarse de aquella forma fría y distante que le partía el corazón.

El chico mantuvo la mirada perdida en los soportales. Se sentía demasiado furioso e inseguro como para ser amable con ella, pero en realidad lo único que quería era volver a tenerla dentro de su armario. Si aquel encuentro le hubiera sorprendido con su actual estado de ánimo, no hubiera sido capaz de pensar únicamente en el bienestar de Cristina. Se preguntó angustiado qué le sucedía.

Necesitaba urgentemente una prueba, un gesto o algo que le asegurase que Cristina

era suya, solo suya. La miró de reojo. La chica lo observaba en silencio. De pronto

lo abrazó con dulzura.

—Pero no te enfades, Álex... ¿Por qué te enfadas?

Aquello surtió un efecto inmediato. Alexander se dejó abrazar.

—No me enfado, Catsi, ¿qué bobada es esa? ¿Por qué iba a enfadarme?

Cristina le dirigió una mirada diferente, cautivadora y rebosante de intención.

—Por nada, Álex, no tienes nada por lo que sentirte enfadado, te lo aseguro.

Alexander contuvo la respiración. Se deleitó en la expresión de absoluta

adoración con la que Cristina lo estaba mirando, un bálsamo de paz le abrasó el alma y su corazón ardió como el fuego. Fijó la mirada en sus labios. Se contuvo. La

miró de nuevo a los ojos. Trató de decirle en silencio todo lo que no podía expresar

con palabras ni con gestos.

Cristina sintió enloquecer su corazón.

—¡Vosotros!

Los chicos se volvieron sobresaltados.

—¿¡Estáis sordos!?! —Dulce les tendía un globo rojo en la mano—. ¡Llevo una hora llamándoos!

Alexander tomó el globo, lo acercó al rostro de Cristina y sonrió divertido.

—¿Te parece guapo? Porque vas a tener que besarlo.

—Muy guapo... —Cristina se sonrojó ligeramente y bajó la mirada.

Alexander soltó una carcajada, volvía a sentirse de maravilla. Pasó el brazo por los hombros de Cristina, la atrajo hacia sí y la besó dulcemente en la sien.

Percibió de pronto la mirada de Leo y trató de disimular. Recuperando su habitual

expresión de indiferencia, fingió concentrarse en la inminente carrera.

De pronto los Rolling Stones inundaron la plaza con su «Satisfaction» y la primera pareja de cada grupo empezó la carrera. Con respecto a los Sustain Souls,

Claudia y Santiago trataban de avanzar lo más rápido posible mientras sostenían un

globo naranja entre sus labios. A pesar de la diferencia de estatura, se movían ágilmente sin perder el control del globo.

—¡Vamos, chicos! ¡Más rápido! ¡Más rápido!

—¡Sube la cabeza, Santi!

—¡Ponte de puntillas, Santi!

La pareja llegó por fin a los soportales, tocó el silbato y emprendió el regreso. El relevo fue para Leo y Saúl. Apenas habían avanzado quince metros cuando el globo cayó al suelo.

—¡Mierda, Leo! —Saúl se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ha sido culpa tuya!

—¡No sabes llevarlo! ¡Agachas mucho la cabeza!

—¡Ha sido culpa tuya, Saúl!

—¡Qué pareja de idiotas! ¡Dejad de discutir y volved inmediatamente! —

Dulce

les tendió otro globo y los chicos reanudaron la carrera. Por fin regresaron y dieron el relevo a Cristina y Alexander. La pareja trató de moverse con la mayor velocidad posible, pero el globo se escurrió hacia un lado y tuvieron que hacer acrobacias con sus bocas para evitar que cayera al suelo.

Finalmente, entre sonrisas

y miradas de diversión, llegaron a los soportales. Cristina sopló el silbato y comenzaron el regreso. Fue entonces cuando la chica se dio cuenta de que iban los

primeros y que sus amigos les voceaban emocionados. Unos segundos después, y ante la mirada incrédula de Dulce, Alexander y Cristina conseguían la victoria para

su grupo. Los chicos se abrazaron exultantes y luego subieron apresuradamente al

escenario.

—¡Y aquí tenemos a los ganadores de la última prueba de la noche! ¡Un aplauso para Sustain Souls!

La plaza entera aplaudió fervientemente.

Jaime continuó:

—Pero... ¿podrán conseguir el minipunto? ¿Serán capaces de superar la sesión del payaso? —Se dirigió a la mesa y tomó la última tarjeta.

Cristina y Leo se miraron angustiadas. A pesar de que la primera ya había vivido una experiencia previa en el escenario, no podría soportar tener que hacer una imitación como las exigidas a Cruce de Caminos. Los tres chicos sonreían divertidos y nerviosos mientras que Claudia se mantenía inexpresiva y expectante.

Jaime se situó en el centro del escenario y comenzó a leer:

—«Es de sobra conocida en literatura española la maldad de un tal don Juan que finge ser un galán. Y el minipunto pendiente para mejorar vuestra suerte dependerá, finalmente, de una interpretación coherente.»

Los muchachos se miraron sin entender y una carcajada general brotó de las masas. Jaime abandonó la lectura y observó a la pandilla.

—Pensaba deciros que me valdría con una sola pareja capaz de interpretar a don Juan y a doña Inés, pero me hace gracia que seáis tres chicos y tres chicas, así que... —Sonrió divertido—. ¡Tendremos tres representaciones! ¿Qué os parece la idea?

Los muchachos volvieron a mirarse confusos y se encogieron de hombros.

Santiago tiró de la mano de Cristina.

—¿Quién es don Juan?

—Un cretino de primera categoría.

Aquello pareció confundir todavía más al pequeño.

—¿Y qué hace?

Jaime advirtió entonces la angustia de Santiago. Volvió a dirigirse a la mesa y levantó un papel.

—No te preocupes, Santi, porque tanto don Juan como doña Inés tendréis un minuto para leer el famoso encuentro. ¡Luego deberéis representarlo con la mayor

fidelidad posible! ¡Si lográis convencernos con vuestra magnífica actuación, conseguiréis el minipunto de esta prueba!

Las caras de los chicos lograron arrancar nuevas carcajadas a los espectadores. De pronto Saúl pasó el brazo por los hombros de Cristina y le guiñó un ojo.

—Tú conmigo, Janis.

Jaime rompió a reír.

—Me parece que Saúl no necesita leer ningún guion.

Nuevas carcajadas por toda la plaza. Santiago tomó rápidamente la mano de Claudia. Se había dado cuenta de que no era tan tonta como pensaba y además era más guapa que Leo.

—¿Quieres ser mi pareja?

Claudia rompió a reír.

—Vale.

—¡Elegid a la pelirroja, capullos!

Leo se mordió el labio, era la voz de Mateo Cuatropajas. Se sintió patética.

Advirtió desolada las reacciones de Saúl y Santiago. Miró a Alexander y percibió en su expresión una sutil sombra de decepción. Sus ojos se encontraron, le vio sonreír con ternura y luego él pasó su brazo por sus hombros. Se sintió

terriblemente fea e insignificante, un cero a la izquierda perdido en aquella pandilla como lo estaría un pulpo en un garaje. Un nudo presionó su garganta, pero estaba

delante de todo el pueblo, así que trató de sonreír.

Jaime entregó un par de hojas a Santiago y a Claudia.

—¡La primera pareja de esta prueba! Tenéis un minuto para leer el fragmento.

La pandilla entera rodeó a la pareja. Santiago comenzó a leer, pero no lograba entender nada.

—Tranquilo, Santi. —Cristina tomó el papel. Había estudiado a Zorrilla el curso anterior y recordaba la historia de amor. Revisó el texto rápidamente y luego

trató de simplificarlo en su cabeza para poder explicárselo con mayor claridad. En

apenas diez segundos logró hacerle un resumen de las palabras de don Juan.

Claudia continuaba leyendo el pasaje cuando el coordinador les hizo acudir al centro del escenario. A pesar de los nervios, logró memorizar un par de versos. El

resto del grupo se retiró prudentemente a un lado. Jaime les hizo devolver los guiones y entregó el micrófono a Santiago.

La plaza guardó silencio. Santiago se llevó el micrófono a los labios y dirigió a Claudia una fingida expresión de enamoramiento. Luego extendió un brazo tal y

como había visto hacer a Gorka.

—¡Oh, mi amor!

Una oleada de carcajadas aprobó su resolución. El niño sintió la sangre en sus mejillas y Claudia contuvo una carcajada.

—¡Oh, mi amor! ¿No ves cuánto te quiero?

Nuevas risas.

—Sí que lo veo, don Juan.

Santiago la miró con extrañeza. No entendía dónde estaba el problema.

—¿Entonces, te casas conmigo?

Una nueva oleada de risas.

—Verás, don Juan..., no puedo. —Claudia rompió a reír.

Santiago se rascó la cabeza.

—¿Y por qué no?

—Porque... no me fío de ti. ¿Cómo puedo...? —Trató de recordar la angustia de doña Inés, pero las improvisaciones de Santiago la estaban haciendo un lío —.

¿Cómo puedo fiarme de ti? Sinvergüenza, que eres un sinvergüenza.

Un asombrado auditorio estalló en carcajadas. Santiago frunció el ceño. De repente pareció entender. Aquel don Juan debía ser como su hermano Saúl o incluso

peor. Semejante iluminación le facilitaba mucho las cosas. Poniéndose de rodillas,

proclamó teatralmente:



—¡Oh, luz de mi corazón! ¡Solo te quiero a ti! ¡A ti y solo a ti! ¡Y si miento, que me parta un rayo ahora mismo!

Aquel arranque de pasión enloqueció a las masas. Los diecinueve grupos aplaudieron al tiempo que reían a carcajadas. Ni siquiera Jaime fue capaz de contener la risa.

Claudia se llevó las manos al rostro.

—¡Cielos, no, don Juan! ¡No podría soportar verte morir!

—Entonces... ¡cásate conmigo!

Claudia supo que había llegado el momento de recitar sus versos.

—¡Don Juan! ¡Don Juan! Yo lo imploro. O arráncame el corazón o ámame porque te adoro.

—¡Yo te amo, amor mío!

Claudia hizo un gesto a Santiago para que se levantara. Apenas el niño había obedecido cuando la chica se inclinó sobre él y, para sorpresa de todos, le concedió

un tierno beso en los labios.

Los aplausos, vítores, silbidos y carcajadas resonaron en un magnífico

estruendo. Santiago miraba atónito a Claudia mientras el coordinador y el resto de

la pandilla reían a carcajadas. Una vergonzosa y emocionada sonrisa se dibujó en su rostro. Luego Claudia le tomó de la mano y ambos saludaron al público.

Jaime tomó el micrófono de nuevo.

—¡Esta pareja de actores ha dejado el listón muy alto! ¡Veamos si los siguientes son capaces de mantener el nivel!

Cristina y Saúl recibieron los guiones. El chico echó un rápido vistazo al texto. Aquel don Juan era una cosa agotadora. Dedicaba todo su tiempo a hablar del

brillo de la luna, el olor de las flores y la barca de un pescador. No era de extrañar que le costase conquistar a su amada. Decepcionado, apartó de su cabeza semejante

lista de idioteces y decidió confiar en su talento natural para cautivar a las chicas.

El coordinador le dio el micrófono, y tanto Cristina como él se dirigieron al centro del escenario.

Saúl mostró la más simpática de sus sonrisas. Cristina no pudo evitar sentir un aguijoneo nervioso en su pecho. Todavía recordaba demasiado bien los besos del muchacho. De repente el chico caminó con chulería a su alrededor y, tomando delicadamente su mano, estampó un beso en el dorso de la misma.

—Hola, cariño.

Las risas fueron tan escandalosas que Cristina tuvo que esperar a que cesaran para poder responder.

—Hola, don Juan.

—¿Has visto cuánto brilla la luna esta noche?

Nuevas risas.

Cristina contuvo una carcajada.

—Sí.

—Eso es porque está contenta.

Cristina dudó.

—¿Contenta por qué?

Saúl movió la cabeza como si aquella pregunta fuera de lo más innecesaria.

—Pues por nosotros, claro.

—Don Juan, vas a tener que explicarte un poco mejor.

Saúl dirigió una mirada de confusión a la chica. Aquello era más difícil de lo que había imaginado en un principio. A lo mejor no era tan mala idea hablar de las flores y la barca.

—Verás, cariño, he recogido flores para ti y la barca del pescador nos está esperando.

El coordinador rompió a reír con toda su alma al tiempo que Cristina se sentía completamente perdida.

—¿Qué barca...?

—La barca para ir a dar un paseo, Julieta mía.

—¡Que no soy Julieta, Saúl, soy una monja!

—¿¡Una monja!?

Un estallido de risas conmocionó la plaza entera.

Jaime intervino:

—¡Creo que nuestro don Juan se ha equivocado de balcón!

Saúl se llevó las manos a la cabeza. ¿En qué parte del texto venía que la chica

fuera una monja? Definitivamente, don Juan era un pobre patán. ¡Mira que intentar

ligarse a una monja! El muchacho comenzó a perder la paciencia.

—Bueno, monjita mía, ¿me quieres o no?

Nuevas y estridentes carcajadas.

Cristina rompió a reír.

—¡Te quiero muchísimo, don Juan! Te quiero más de lo que imaginas, muchísimo más de lo que imaginas. —De pronto comprendió lo que acababa de

decir; las palabras de Alexander que guardaba tan celosamente y que su corazón mantenía siempre presentes. Habían salido de su boca en una involuntaria parodia.

Todavía asombrada ante sus propias palabras, buscó con la mirada el indulto despreocupado de Alexander. Pero para su consternación, el chico la contemplaba petrificado.

La silenciosa súplica de Cristina solo sirvió para que Alexander confirmara su

sospecha y, ofendido y furioso, desvió la mirada. Sin embargo, una exclamación general hizo regresar su atención sobre la pareja. De repente, Saúl estaba besando a

Cristina en los labios. La chica le metió un empujón y una sonora bofetada.

El rubio la miró furioso.

—¿¡Pero qué haces!?

—¿¡Qué haces tú, imbécil!?! ¿Eso no entra en el guion!

—¿¡Cómo que no!?

Las carcajadas de los espectadores apenas permitían oírlos. Jaime trató de separar a los actores y, llorando de la risa, recuperó el micrófono.

—Me temo que ha habido un pequeño malentendido artístico... ¡Esperemos que no llegue la sangre al río esta noche! Y mientras Saúl se recupera de la bofetada, ¡un aplauso muy grande para la pareja!

Los chicos hicieron una reverencia e, ignorándose el uno al otro, se apresuraron al encuentro del resto de la pandilla. Los cuatro restantes les esperaban

riendo a carcajadas y, a continuación, Alexander y Leo se dirigieron al centro del

escenario.

Echaron un vistazo al texto. Alexander sonrió confiado. Recordaba los versos más famosos con absoluta claridad, aquello iba a ser pan comido. Miró a la pelirroja y sonrió resuelto.

—Tranquila, Leo, jamás se me ocurriría besarte.

—Ajá... —La chica bajó la mirada al texto y fingió retomar la lectura. El nudo

en la garganta regresó con más fuerza que nunca. Las lágrimas asomaron a su rostro y tuvo que hacer un ímprobo esfuerzo por hacerlas desaparecer.

—¡Se os acabó el tiempo!

Devolvieron los papeles al coordinador y Alexander se apoderó del

micrófono. Seguidamente, tomó la mano de Leo y llevándosela al pecho, dirigió a

sus ojos la mirada más tierna y apasionada que fue capaz.

—Vida mía... Olvida de tu convento la triste cárcel sombría.

La chica lo contempló con sus grandes ojos color miel. El nudo en la garganta se hizo todavía más insoportable. Comprendió que si intentaba hablar, rompería a llorar.

—Ajá...

Tan concentrado estaba Alexander en sus próximos versos que ni siquiera se percató de la inminencia de la tormenta. Retomando el micrófono, añadió con VOZ

rasgada y suave:

—¿No es verdad, ángel de amor, que en esta apartada orilla, más pura la luna brilla y se respira mejor...?

Los labios de la chica temblaron al abrirse.

—...Pues no.

—¿Cómo...? ¿Cómo que no...? —Se sintió desconcertado. ¿Por qué Leo lo miraba con aquella cara de pena?

Inesperadamente, una dolorosa lágrima resbaló por el rostro de la chica.

—¡Ni brilla la luna ni se respira mejor! ¡A la mierda todo...! —Luego estalló en un desgarrador sollozo y, para sorpresa de todos los presentes, cruzó el escenario como una exhalación. A una velocidad casi sobrehumana, saltó tras el mismo y desapareció corriendo por la calle Real.

—¡Pero Leo...! —Saúl bajó del escenario y salió corriendo tras ella.

Alexander se quedó paralizado y mudo por la sorpresa. Luego contempló al

público sin saber qué decir. Una oleada de murmullos se propagó por todo el auditorio. El resto de la pandilla lo miraba todo sin comprender nada en absoluto.

Jaime tomó el micrófono.

—Bueno, parece que las diferencias artísticas no atañen únicamente a Saúl y a Cristina... ¡En cualquier caso, no cabe duda de la pasión y veracidad de sus interpretaciones, de modo que los Sustain Souls se llevan el minipunto!

Se oyeron algunos tristes aplausos.

El coordinador carraspeó y simuló mantener todo su entusiasmo.

—¡Muchísimas gracias por asistir esta noche! ¡Os recordamos que os

esperamos a todos la semana que viene en el polideportivo para celebrar el campeonato de fútbol!

Alexander se dirigió al resto del grupo.

—¿Pero qué ha pasado?

—Buena pregunta, Alexander. —Claudia se mostraba visiblemente furiosa mientras bajaban del escenario y se abrían paso en dirección a la calle Real.

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Nada que pudiera ofenderla? ¿Estás seguro?

El muchacho hizo memoria.

—Estoy segurísimo... Incluso le dije que estuviera tranquila por lo del beso, porque no pensaba hacerlo.

Claudia soltó un bufido.

—¿Cómo se te ocurre decir eso a una chica? ¡No tienes corazón!

La expresión de Alexander se transformó lentamente.

—¿De qué hablas...?

—Por Dios, Alexander, tan listo para unas cosas y tan torpe para otras.

El muchacho fijó la vista en el suelo y guardó un patético silencio.

Sentada en un banco del parque infantil, Leo lloraba amargamente. Saúl llegó

junto a ella y se sentó a su lado. Como ya imaginaba el motivo de todo aquello, se

limitó a posar la mano en su hombro, en un gesto de cómplice amistad.

—Vamos, Leo...

Ella continuó sollozando y el rubio suspiró confuso.

—No llores...

Por supuesto que sus palabras no sirvieron de nada.

Saúl la contempló indeciso, batallando en su interior una guerra entre su cinismo habitual y su verdadero corazón.

—Vale —habló por fin—, voy a decirte la verdad. Es cierto que no cambiaría ni a Cristina ni a Claudia por ninguna otra chica del pueblo, ni por Las Diosas del

Alba ni por nadie. Pero a ti tampoco. Eres mi mejor amiga, Leo, y eso es más importante que un beso o unas palabras bonitas.

Aguardó en silencio todavía un rato más, hasta que ella logró controlar el



llanto. Entonces la tomó de la mano y durante un ratito se dedicaron a jugar con los dedos, entrelazándolos en la mano del otro.

Al poco rato vieron aparecer al resto de la pandilla desde la plaza del Pocillo, pero solo Alexander cruzó la carretera en dirección a ellos. Leo suspiró avergonzada, no estaba segura de poder soportar aquello. El adolescente llegó por

fin al banco y se quedó de pie ante ella.

—Leo... —Tenía una expresión de absoluta culpabilidad en el rostro—. Anda, mírame.

—No importa, Álex.

El chico la vio bajar la mirada al suelo, completamente ruborizada, de modo que tomó su mano y la hizo ponerse en pie. A continuación la abrazó dulcemente.

—¿Somos amigos otra vez?

—Nunca hemos dejado de serlo.

—¿Me perdonas, entonces?

Ella se apresuró a secarse las lágrimas.

—No tengo nada que perdonarte.

Alexander la miró fijamente, casi pensativo.

—Eres muy buena amiga, Leo. —Y a continuación la besó en la mejilla y la abrazó afectuosamente.

Tras aquella rápida reconciliación, Leo, Claudia, Saúl y Santiago tomaron

rumbo a sus casas mientras Alexander se decidía por hacer una rápida visita a la cabaña con la intención de cerciorarse de que los extraños no hubieran vuelto. De

modo que acompañó a Cristina un par de manzanas hasta su casa. Ninguno habló durante el trayecto. Ella lo miraba confusa, tratando de entender qué podía estar pasando por su cabeza, pero el chico se mostraba en aparente actitud

despreocupada, ensimismado en sus pensamientos.

—Hasta mañana, Cris.

—Hasta mañana. —Y entró en casa.

Apenas Cristina acababa de subir a su habitación, cuando sintió el

irremediable impulso de salir de nuevo a la calle. Bajó las escaleras, abrió la puerta y tomó corriendo el camino a la cabaña. Solo tuvo que subir una cuesta para distinguir la figura de Alexander, quien caminaba solitario y a paso distraído.

—¡Álex! ¡Álex! ¡Espera!

Se giró hacia ella. En la oscura calleja sin luz, la chica apenas era una sombra que brincaba y corría en dirección a él.

Llegó jadeante y se arrojó a sus brazos.

—¡Voy contigo!

Alexander la recibió asombrado.

—Pero Cris...

Ella no deshizo el abrazo.

—Quiero ir contigo, Álex, a donde tú vayas.

—¿A dónde yo vaya?

La vio ocultar el rostro contra su pecho al tiempo que afirmaba con la cabeza.

Alexander podía sentir su corazón latiendo impetuoso y descontrolado.

Apenas podía creer que hubiera sido tan tonto como para enfadarse con ella durante

aquella estúpida representación de *Don Juan Tenorio*.

De pronto Cristina alzó el rostro y, poniéndose de puntillas, lo besó

dulcemente en los labios. Luego escondió su rostro de nuevo, ocultándolo contra su

pecho, y su voz sonó en un tímido susurro:

—Es solo un beso de amigos.

Alexander se había quedado mudo y paralizado. Cuando por fin fue capaz de reaccionar, la estrechó dulcemente entre sus brazos mientras una sonrisa embargaba

su mirada. Por primera vez en aquella noche se olvidó de Gorka, de Saúl, de Leo y

de la maldita prueba del payaso.

—Muy bien... —Acarició sus rizos y la besó en la cabeza—. Muy bien, Catsi, ¿quieres venir conmigo a la cabaña?

Ella levantó el rostro con la mirada radiante y aquella expresión infantil que le resultaba tan adorable.

—Sí.

—Pues vamos. —La rodeó con su brazo, la atrajo hacia sí y juntos reanudaron el camino a paso lento.

En la oscuridad de las afueras del pueblo, el cielo diamantino resplandecía majestuoso y encantador. La chica levantó la cabeza y, cautivada, contempló el espectáculo.

Alexander la observó de soslayo y guardó silencio. En ese momento deseó que el camino a la cabaña no terminase nunca, deseó que el camino a la cabaña pudiera ser tan largo como el de la Vía Láctea.

20

*I wanna write her name in the sky,*

*Gonna free fall out into nothing,*

*Gonna leave this world for a while,*

*And I'm free, free fallin,*

*Yeah I'm free, free fallin.*

«Free fallin», Tom Petty [\[24\]](#)

Los pupitres habían sido ordenados en un estricto aislamiento para evitar posibles intentos de copia. La profesora constató antes de hablar que todos los alumnos estuvieran listos y en silencio.

—En este mes de agosto haremos un examen cada semana. Solo quiero que entendáis que copiar no sirve de nada. No podéis estar más suspendidos de lo que ya estáis, de modo que no tratéis de engañaros a vosotros mismos. El examen de hoy

es para evaluar vuestro progreso del mes pasado y advertir a vuestros padres.

Tenéis una hora y media. Podéis empezar.

Se oyó el ruido de una treintena de hojas siendo volteadas sobre los pupitres, bolígrafos y lapiceros, una tos y algún perezoso suspiro. Luego la clase entera se sumió en un profundo silencio.

Cristina leyó la primera pregunta. Se preguntó confusa si la respuesta correcta sería la A o la C. Había estudiado un poco durante la semana anterior, pero no lo suficiente. Su mayor aliado era el bagaje lingüístico que estaba adquiriendo a través

de las canciones de *rock*, pero los ejercicios de clase estaban orientados a una gramática tan formal que las expresiones cotidianas de las letras de las canciones parecían irreales en el aula.

Levantó la cabeza y admiró la facilidad con la que Alexander leía y escribía.

Debía estar loco para asistir a clases de recuperación sin ni siquiera necesitarlas, pero más loco todavía para asistir a un examen a primera hora de la mañana en plenas vacaciones de verano. Sin embargo, se alegraba enormemente de que

estuviera allí. Tenerle cerca se había convertido en una necesidad imperiosa. No requería por completo de un sentimiento romántico por su parte, solo necesitaba su

presencia para saber que todo iba bien y que el mundo entero estaba en orden. Lo

que sentía por Alexander no tenía nada que ver con lo que había sentido por Saúl ni

por ninguna otra persona a lo largo de su vida. Lo que sentía por él era la más absoluta adoración, el más profundo sentido de la lealtad y de la amistad y una

fe tan honda e inexplicable que seguramente carecía de definición en los diccionarios.

A aquellas alturas del verano, Cristina era realmente capaz de hacer cualquier cosa

por él.

Alexander pareció advertir su atención porque, a continuación, se volvió hacia ella y le dirigió una fingida mirada de burla.

Cristina se sonrojó levemente, sonrió feliz y le sacó la lengua. Alexander esbozó una divertida sonrisa y movió la cabeza antes de retomar su examen.

Todavía con el corazón desenfrenado, Cristina pasó a leer la segunda pregunta. Se sintió más animada cuando vio que conocía la respuesta.

Casi cinco minutos después, sintió dos golpes en el respaldo de su silla. Se reclinó hacia atrás.

—¡Janis..., la novena, por favor...!

Cristina suspiró. Era cierto que Saúl era un vago de proporciones épicas, pero también era su amigo. Ante la divertida mirada de Alexander, levantó el folio y lo

alzó ligeramente por el extremo izquierdo.

—¡Más arriba!

La profesora levantó la cabeza. Cristina bajó el folio rápidamente. Aquel cruce

de miradas fue suficiente para hacerle entender que estaba tentando la suerte, de modo que retomó el examen en silencio.

Apenas cinco minutos después, otra patada en la silla.

—¡Janis...!

Otra risita de Alexander.

—¡Déjame en paz, pesado....!

— *Jova*, Janis..., la trece.

—¡No he llegado...!

—¡No me lo creo...!

—¡Silencio! —La profesora taladró a Saúl con la mirada—. ¿Quieres terminar el examen antes de tiempo, Saúl?

El muchacho negó con la cabeza.

—Pues a lo tuyo.

Saúl bajó la mirada y prosiguió su tarea. Durante los siguientes diez minutos

el aula entera se mantuvo en silencio. Pero unos instantes después, Cristina sintió otra patada en la silla. La chica comenzó a irritarse, así no había forma posible de

hacer un examen.

—¡Sube la hoja...!

Cristina dudó. Miró a la profesora. Corregía ejercicios, de modo que levantó la hoja. Fue como hacer crujir una rama en el silencio de un bosque dormido.

Matilde levantó el rostro y fijó su mirada en la chica.

—Dame tu examen, Cristina. Puedes irte a casa.

Todas las cabezas se volvieron hacia ella. La chica bajó el folio y dirigió una expresión de pánico a la profesora.

—No, por favor.

—Entrégame el examen. No voy a discutir esto contigo.

Cristina tragó saliva. Aquella situación era horriblemente injusta y humillante.

Advirtió la mirada pesarosa de Alexander.

—Por favor, yo no he hecho nada.

—Cristina, no voy a volver a repetírtelo, entrégame tu examen.

—Ha sido culpa mía, profe. He sido yo, no ella.

Docenas de cabezas se volvieron hacia Saúl.

—¡Silencio, Saúl!

El chico se puso en pie.

—Pero he sido yo, profe, de verdad, he sido yo, ella no ha hecho nada.

La mujer suspiró.

—¿Cómo no ibas a ser tú...? Vamos, los dos, dadme vuestros exámenes.

—Pero he sido yo, ¡no ella!

—¡Por Dios santo, Saúl! ¡Deja de discutir! ¡Esto es un examen, no una verbena! Entregadme vuestros exámenes. Vais a llevar una nota a casa. Los dos.

Cristina se levantó lentamente y, avergonzada, recogió sus cosas y se acercó a la mesa de la profesora con el examen en la mano. Ella apenas le dirigió una



fugaz

expresión de irritación cuando se lo quitó de las manos. Rápidamente escribió algo

en un folio en blanco y se lo entregó malhumorada.

—Para tu abuela.

Saúl se acercó en ese momento. Dejó el examen sobre la mesa y miró de soslayo a Cristina. Ella le ignoró deliberadamente.

—Y esto para tu madre, Saúl.

El chico tomó el folio y tanto él como Cristina abandonaron el aula.

Salieron del edificio en silencio, bajaron las escaleras de piedra y rodearon el parque.

—Lo siento mucho, Cris.

Ella recogió su bici.

—Lo siento muchísimo, perdóname, anda.

—Déjame en paz. —Colocó la mochila sobre la cestita de mimbre.

—¿Qué? —Saúl la miró furioso—. ¡Eres un mal bicho!

Cristina se volvió hacia él completamente estupefacta.

—¿Qué me has llamado?

—¡Yo te perdoné enseguida lo de la bofetada delante de todo el mundo y ahora tú te haces la rencorosa!

—¡Intentaste besarme!

—Pues claro.

—¡Saúl...! —Ella suspiró enervada.

El chico le dedicó una tierna sonrisa.

—Siento lo del examen, pero no voy a disculparme por el beso...

Lo miró a los ojos y sintió cómo se debilitaba por dentro. Saúl pareció intuir sus emociones, porque lentamente se acercó a ella y rozó su mano en una dulce caricia.

—Anda, deja que te invite a un batido en El Mirador.

Cristina se sintió naufragar en sus preciosos ojos verdes.

—No... —Era un rechazo tan patético y carente de firmeza que el chico tuvo que morderse la lengua para evitar una sonrisa de triunfo.

—Por favor.

—No...

—Anda, Cris... Te estoy pidiendo que me dejes invitarte. ¿De verdad vas a ser

tan cruel como para rechazarme?

Y la voz de Saúl sonó tan extremadamente tierna que Cristina apenas pudo tragar saliva y asumir la derrota de su vapuleado corazón.

—No...

Ya iban a subir a sus bicis cuando Cristina comprendió que Alexander no podría encontrarlos a no ser que le dejaran una nota. De modo que sacó su

cuaderno, escribió a mano alzada y le dejó el papel enredado entre los radios de la

rueda delantera de su bicicleta. Saúl la observaba en silencio, tratando de ocultar el sentimiento de celos que le producía contemplar todo aquello.

Luego pedalearon carretera arriba hasta llegar a la empinada cuesta de cemento que conducía al recinto de El Mirador de Vistaclara.

Dejaron las bicis a la puerta del bar y se encaminaron al interior.

A aquellas horas de la mañana, solo el camarero hacía acto de presencia en el local, un veinteañero desgarrado y con marcas de acné en el rostro que secaba y ordenaba vasos detrás de la barra con expresión de absoluto aburrimiento.

—¡Hola, Paquito!

—¡Madre mía, Saúl! Has madrugado más que los de la tercera edad. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Solo un par de batidos.

—De chocolate —intervino Cristina.

—Y el mío de fresa.

—¿Algo de comer?

—¿Tienes hambre, Cris?

—No, gracias.

El muchacho sacó unas monedas de su bolsillo y las dejó sobre la barra.

Esperaron pacientemente hasta que los batidos estuvieron hechos. Luego los

llevaron a la terraza y allí se sentaron a una mesa.

Cristina cerró los ojos y alzó su rostro hacia el sol. Corría todavía una suave y temprana brisa que les acariciaba la piel y revolvía el cabello. Luego abrió los ojos

y observó a Saúl mirando hacia la sierra, con la mirada perdida y actitud despreocupada. Se preguntó qué diablos sentía por él y por qué misterioso motivo

era incapaz de mostrarse irritada durante demasiado tiempo cuando hacía algo que

le molestaba. Aquello no tenía comparación con lo que sentía por Alexander, pero

la verdad era que Saúl transmitía un encanto imposible de ignorar. Claro que eso no

significaba que existiera entre ambos ningún tipo de conexión especial. En realidad

sabía muy poco de él porque jamás habían hablado de nada realmente importante.

Con Alexander las conversaciones fluían de un modo sencillo y natural; por el contrario, intentar hablar con Saúl de algo serio y profundo resultaba imposible.

El chico se volvió hacia ella y advirtió su actitud reflexiva.

—¿En qué piensas?

Ella desvió la mirada rápidamente.

—En nada.

—Venga ya, Cris, me estabas espiando... Admirabas mi preciosa carita, ¿eh?

—Mira que eres creído.

—Venga, Janis, dime en qué piensas.

La chica dudó.

—Saúl..., nunca me cuentas nada.

El rubio enarcó una ceja y sonrió divertido.

—¿Qué quieres que te cuente?

—No sé... Nunca hablamos de nada. Podríamos hablar de algo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pues no lo sé.

—Bueno, vale, pregúntame algo y yo te respondo.

—Bueno —Cristina desvió la mirada. Tenía una pregunta en la punta de la lengua, pero sentía que podría hacer enfadar al muchacho.

—Venga, pregunta —apremió él con una sonrisa divertida.

—Quizá te molestes.

Él hizo un gesto de burla.

—Sobreviviré.

La chica se mordió el labio.

—Venga, Janis, que me duermo.

Ella levantó la mirada lentamente y lo atravesó con sus ojos castaños.

—¿Echas de menos a tu padre?

La sonrisa se borró inmediatamente del rostro de Saúl.

—¿Qué...?

—Nada, nada, olvídalo, es igual.

—¿Por qué me preguntas eso? —Había una irritación contenida en su tono de voz.

Cristina se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo siento.

Saúl suspiró malhumorado y luego miró de nuevo a la chica.

—Vaya *topicazo* de pregunta, tía. Pues no, no le echo de menos.

Hubo un tenso silencio, durante el cual Cristina se limitó a mirar la mesa de plástico mientras Saúl la observaba pensativo.

—Mira... —Su voz sonó inesperadamente atenta—. No me cae bien. No hacía bien de padre ni de marido, tampoco tuvo grandes ideas para los negocios... Eso seguro que ya te lo han contado.

Cristina lo miró a los ojos y lo descubrió extremadamente calmado y paciente.

—No quería fastidiarte.

—Tranquila, no lo has hecho. —Sonrió divertido y le guiñó un ojo.

Cristina le devolvió la sonrisa.

—¿Y qué vas a hacer cuando vuelva?

—Él no va a volver.

—Algún día saldrá de la cárcel.

—No importa, Cris. Él no va a volver. Por su propio bien, más le vale que ni se le ocurra intentarlo.

—¿Y a dónde va a ir entonces?

Saúl se encogió de hombros.

—Ni lo sé ni me importa. Quizá podría mudarse a la antigua casa de mis abuelos. Está en un pueblo de Segovia. Nosotros nunca vamos allí, no nos molestaría. Bueno, a mi madre le molestaría bastante, ahora que lo pienso, a fin de

cuentas esa casa es suya. En fin, ¿a quién le importa mi padre y lo que haga con su

vida? —Después sacó su paquete de Marlboro y se encendió un cigarro. Observó a

la chica, que había vuelto a fijar su mirada en la mesa.

—¿Y ahora qué?

Ella tardó en mirarlo. Cuando lo hizo, había en sus ojos una expresión de profunda ternura y admiración.

—Pienso que eres muy fuerte.

La contempló sorprendido y luego esbozó una pícaro sonrisa.

—Cuidado, Janis, no tientes al destino con palabras bonitas.

Cristina se ruborizó divertida, pero luego bajó la mirada y suspiró.

—Mi abuela me va a matar.

—Pero no es como si este examen fuera para nota, no pasa nada por

suspenderlo.

—¿Ah, no? ¿Entonces por qué intentabas copiarme?

Saúl hizo una mueca de lástima.

—Para evitar que mi *vieja* se disguste.

—No llames así a tu madre.

—Ella sabe que lo hago con cariño.

—Si no querías que se disgustase, podrías haber estudiado.

—Yo no sirvo para estudiar.

—¿Cómo lo sabes? A lo mejor solo piensas eso porque no te esfuerzas lo suficiente.

El muchacho ladeó la cabeza e hizo un gesto de agotamiento, como si hubiera vivido aquella conversación más de una docena de veces.

—No se trata de intentarlo o no, es que no quiero estudiar. —La traspasó con una mirada de absoluta convicción—. No quiero estudiar porque no me gusta.

—¿Y qué vas a hacer cuándo termines el instituto?

Él volvió a sonreír divertido.

—Cualquier cosa menos ser otro ladrillo en la pared.

—No te entiendo.

De pronto la expresión del chico cambió. Se inclinó sobre la mesa y le dirigió una mirada de consternación.



—Cris... Yo no quiero que me impongan quién he de ser y cómo he de vivir.

Yo no quiero hacer lo que la sociedad me ordena simplemente porque es lo que se

debe hacer y lo que todo el mundo hace. A veces pienso en el modelo de vida que

estamos obligados a seguir y siento que no puedo respirar, siento como si me ahogase. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—No.

Saúl apagó el cigarro en el cenicero.

—Piensa despacio. ¿Cuántas cosas de las que haces al cabo del año son de tu propia elección?

—No sé a qué te refieres.

—Claro que lo sabes, pero te fastidia darte cuenta. Piensa, Cris, piensa por ti misma. Hemos nacido en un mundo que nos dice lo que es correcto y lo que no y a

qué tipo de cosas debes aspirar cuando seas adulta, y tú creces asumiendo que ese

sistema de creencias es objetivo y real, o sea, incuestionable.

—¿De qué estás hablando? Yo sé por mí misma lo que es bueno y lo que no, lo que está bien y lo que no.

—Ya, tú sabes que perdonar está bien y guardar rencor está mal, por eso

perdonas. Pero no te estoy hablando de valores éticos, te estoy hablando de nuestro

sistema de vida. ¿Has sido tú quien ha decidido pasar tus veinticinco primeros años de vida en centros donde, básicamente, escuchas sin poder hablar, copias y escribes

sin poder levantarte y memorizas sin apenas cuestionar, para olvidarlo todo cuando

llega el verano? ¿Lo has decidido tú o alguien lo ha decidido por ti?

Cristina se mordió el labio.

—¿Quién ha decidido que después de eso debas trabajar durante cuarenta horas a la semana ganando dinero para otra persona, mientras envejeces y vives agobiada por pagar las facturas de tu piso? ¿Lo has decidido tú?

—Yo voy a tener un chalet con piscina.

Saúl soltó una carcajada e hizo un gesto con la cabeza, como si el motivo de su risa no viniera a cuento en ese momento.

—¿Quién ha decidido que debas casarte y tener hijos, envejecer junto a la misma persona, aunque llegues a un punto en que ya ni la aguantas, soñando con tus

veinte días de vacaciones al año mientras tu existencia se consume en la monotonía?

¿Vas a tomar tú esas decisiones, Cris? ¿O ya fueron tomadas por ti antes incluso de

que tú nacieras? Porque... honestamente, ¿es eso lo que quieres?

Ella guardó un patético silencio.

—¿Pero qué podríamos hacer si no...?

La mirada de Saúl brilló entusiasmada.

—Exacto, Cris, ¿qué quieres hacer tú con tu vida? ¡Eres libre! Ese es el desafío

de vivir aquí y ahora.

Ella contempló su precioso rostro y notó cómo su corazón se aceleraba.

—Yo quiero ser cantante de *rock*.

Saúl la observó fijamente y sintió el terrible impulso de besarla con todas sus ganas. El rubor asomó a las mejillas de la chica, la cual bajó la mirada tímidamente,

y Saúl se contuvo. Sabía que todavía no había llegado el momento.

Luego Cristina sacó de su bolsillo la nota de la profesora y exhaló un suspiro.

—Madre mía, ¿qué voy a hacer ahora con esto...?

Saúl cogió la nota y sonrió con burla.

—Puedes usarla como compresa.

—¡Qué guarro!

El chico rio con ganas.

—A ver qué pone aquí. —La desdobló y leyó en voz alta—: «Cristina ha copiado en el examen. Devolver firmado».

Ella abrió unos ojos como platos.

—Yo no he copiado. ¡Eso no es verdad!

—¿Qué esperabas de esa loca amargada?

—¿Cómo le voy a enseñar esto a mi abuela?

—No se lo enseñes. —A continuación, sacó un boli de su bolsillo y escribió sobre la nota.

—¿¡Qué estás haciendo!?! —Le arrebató el papel y leyó con voz temblorosa—: «Vete a la mierda, sucia pedorra. Firmado, doña Elisa». —Lo miró como si se hubiera vuelto loco—. ¡Saúl!

El chico se encogió de hombros.

—Relájate, Janis. ¿Sabes lo bueno de haber suspendido en junio? Que no puedes suspender de nuevo en agosto.

—A mi abuela le va a encantar ese argumento.

—Pues no se lo digas. —Tomó de nuevo el papel, hizo una pelota con él y lo lanzó a la carretera sobre la verja del recinto. A los pocos segundos, un coche lo atropelló y lo lanzó varios metros hacia la cuneta.

Cristina lo miraba todo con auténtico estupor, pero luego suspiró y guardó un resignado silencio. Saúl sonrió divertido. Ya se estaba cansando de tanto dramatismo, era evidente que los dos necesitaban un poco de diversión.

—¡Vamos adentro a jugar al *pinball*!

Y jugando al *pinball* se les pasó el tiempo hasta que en el turno de juego de Cristina, alguien cubrió sus ojos con las manos, al tiempo que se dejaba oír una voz

deliciosamente familiar.

—¡Vamos, Catsi! ¡Dale a la bola! ¡Cualquiera diría que te has quedado ciega!

La chica se descubrió los ojos a tiempo de ver cómo la bolita caía sin remedio en el depósito de canicas perdidas, pero no le importó en absoluto. De todas formas,

aquel juego se le daba bastante mal. Se dio la vuelta con una enorme sonrisa dibujada en su rostro.

—¡Álex! ¿Qué tal te ha salido el examen?

El chico sonrió con fanfarronería.

—Demasiado fácil y aburrido. —Luego se encendió un cigarro y les dirigió una divertida mirada—. Ahora en serio, creí que os estaríais matando después de lo

que ha pasado en clase.

Saúl pasó el brazo sobre los hombros de Cristina.

—Nos estamos reconciliando, ¿verdad, monjita mía?

—¡Saúl!

Los dos chicos rompieron a reír mientras Cristina hacía una mueca de enfado.

—Bueno... —Alexander aspiró una calada con expresión interesante—.

Traigo novedades.

La chica lo observó con sus grandes ojos marrones.

—¿Novedades de qué?

—Mmmm... Planes para hoy.

—¿Qué planes, Álex?

—Planes...

—¿Planes de qué?

Saúl suspiró. Le resultaba de lo más molesto ver cómo Cristina sucumbía voluntaria y alegremente ante la arrogancia de su amigo.

Alexander les dirigió una divertida sonrisa.

—Nos vamos al río.

—¿Al río? ¿Quiénes?

—Todos nosotros, con los Silver Road.

Incluso Saúl pareció sorprendido.

—Tío... Ya era hora. Estoy harto de la piscina y esos cabrones nunca cuentan con nosotros para nada.

—Me he encontrado con Heavy al salir de clase. Pensaban llevar dos coches pero le he... Dios santo, casi le he tenido que suplicar. El caso es que van a llevar

otro coche más para que quepamos todos.

—Perfecto. ¿Cuándo nos vamos?

—Dentro de una hora.

—Pero Álex, no sé si mi abuela me va a dejar.

—Claro que te va a dejar, porque yo hablaré con ella.

Cristina le dedicó la más dulce y agradecida de sus sonrisas, al tiempo que Saúl lo miraba con una burlona expresión amenazante. Alexander rompió a

reír.

—Vamos, venga, ¡hay que avisar al resto del grupo!

Bajo un sol que comenzaba a resultar implacable, el destartado Seat 131

blanco albergaba a Claudia y Santiago. Desde la puerta de su casa, doña Elisa contemplaba abrumada a aquel joven de larga melena rubia y rizada, pendientes en

las orejas y camiseta descolorida y sin mangas, el cual posaba malhumorado a la espera de su aprobación. La mujer suspiró. Al menos el bañador y las zapatillas parecían normales.

—Este es Heavy, doña Elisa. Es el conductor.

La anciana se volvió hacia Alexander y le hizo un gesto para que se acercara.

El chico obedeció confuso.

—¿Toma drogas?

Alexander contuvo la risa.

—No se preocupe, doña Elisa. Heavy sabe conducir.

—¿Cómo dices que se llama?

—Hea... —Alexander se volvió hacia el joven—. ¿Cómo te llamas de verdad, Heavy?

El chico hizo un gesto de hastío.

—Ramiro...

—¿Camilo?

Alexander se mordió la lengua.

—Ramiro, doña Elisa, Ramiro.

Claudia y Santiago rompieron a reír desde el interior del coche.

—¡Qué fuerte! ¡Se llama Ramiro!

Heavy les dirigió una mirada de amenaza.

La mujer frunció el ceño. Aún no las tenía todas consigo.

—¿Y de quién es familia?

—Que de quién eres familia.

Heavy volvió a torcer el gesto.

—De Rosarito la Polainas.

Se oyeron más risas dentro del coche.

—Ah, la Polainas... —Doña Elisa afirmó con la cabeza—. ¿Y cuándo pensáis volver?

—Supongo que para la cena.

La anciana miró a su nieta, que aguardaba impaciente y silenciosa apoyada contra el marco de la puerta.

—Será mejor que te lleves algo de dinero.

Cristina levantó el rostro y sonrió feliz. Habría besado a Alexander si no hubiera estado su abuela delante.

Luego doña Elisa subió a la planta de arriba y regresó con un billete en la mano.

—No lo malgastes, pero no te quedes con hambre.



—¡Gracias, abuela! —La besó y se cargó su mochila al hombro. Por fin todos subieron al coche y Cristina se acomodó en la parte de atrás, entre Santiago y Alexander, mientras Claudia se pintaba los labios en el asiento del copiloto.

Cuando el vehículo hubo dejado atrás la casa de doña Elisa, Heavy señaló a Cristina a través del espejo retrovisor.

—Tronca, ¡tu abuela es una pesadilla!

Los cinco rompieron a reír.

—Y a todo esto, Heavy —intervino Alexander—, ¿por qué no has sacado el Méhari?

Santiago abrió unos ojos como platos.

—¿Tienes un Méhari?

—Es de mi padre. Lo compró hace menos de un mes.

—¡Para el coche! ¡Para el coche! —Claudia lo miraba perpleja—. ¿Hay un Méhari en tu garaje y vamos a ir al río en esta vergüenza de trasto?

—No, a ver, no lo habéis entendido. No puedo coger el Méhari sin permiso de mi padre. No puedo, no es mío.

—Pero tronco, ¿qué estás diciendo? ¡Saca el Méhari! ¡Sácalo y vamos a fardar por la carretera!

—¡Saca el Méhari, Heavy! ¡Saca el Méhari!

—¿Qué es un Méhari? —Cristina escuchaba sin comprender nada de lo que decían.

—¡Saca el Méhari! ¡Saca el Méhari!

—¡Saca el Méhari, Heavy! ¡Saca el Méhari!

—¡Dejad de gritar! ¡No voy a sacar nada de ningún sitio!

Quince minutos después, un Méhari descubierto de color azul turquesa

enfilaba la carretera principal del pueblo. Allí se unió a otros dos coches, en uno de los cuales viajaban Leo y Saúl, y todos partieron hacia la sierra.

Cristina jamás había subido a un coche descapotable y, para regocijo de Alexander, lo miraba todo con auténtica expresión de entusiasmo.

Claudia apoyó sus pies descalzos en el salpicadero.

—Pon un poco de música, Ramirito Polainas.

El grupo rompió a reír a carcajadas, al tiempo que Heavy la miraba furioso.

—Cuidado, niña, a ver si vas a terminar en la cuneta —Pero ya fuera porque a él también le apetecía escuchar música o por los preciosos ojos azules de Claudia,

encendió el radiocasete y Lynyrd Skynyrd se dejó oír violentamente en el vehículo

con su «Sweet home Alabama».

La pandilla se lo pasó de maravilla cantando a voz en grito mientras el coche atravesaba las verdes llanuras en una recta e interminable carretera, al tiempo que las montañas de Gredos aguardaban frente a ellos, verdes y vidriosas bajo la luz del mediodía.

Santiago se levantó del asiento y apoyó los brazos sobre la barra de hierro destinada a soportar la cubierta de plástico, dejando que el viento le golpeará en el

rostro mientras voceaba a coro con el resto de Sustain Souls:

— *Sweet home, Vistaclara, where the skies are so blue, sweet home Vistaclara,*

*Lord, I'm coming back to you*[\[25\]](#).

—¡Baja de ahí, Santi, o me van a multar!

Alexander y Cristina imitaron al pequeño.

—¡Sentaos inmediatamente! ¡Ahora mismo! ¡Me vais a pagar la multa! ¿Me estáis oyendo?

Los chicos rompieron a reír.

—¡Me vais a pagar la multa!

Claudia lo contemplaba divertida.

—Sosiega, Ramirito, te noto estresado... —Bajó los pies al suelo y, al hacerlo, acarició distraídamente la pierna del muchacho.

Heavy la miró de soslayo y su sonrisa le hizo temblar. Trató de serenarse y dirigió su vista al frente.

—Sois una pesadilla.

A la una del mediodía llegaron a la sierra. Ascendieron las montañas sobre estrechas pendientes de tierra guarnecidas por altos robles y castaños, hasta que las

primeras pozas del río emergieron en el angosto cauce de la garganta.

Descubrieron un bar de madera en lo alto del cerro, de modo que allí aparcaron los

coches y a pie descendieron la pendiente hasta la orilla.

En aquella zona, el río era ancho y profundo, de un verde oscuro y cristalino,

cuajado de blancas peñas y rodeado de frondosos árboles y arbustos. Olía a vegetación, a resina y a una humedad fresca con la que apenas se podía soñar en Vistaclara. En la orilla opuesta, la pendiente se alzaba abrupta, formando un despeñadero recubierto de quiebras y hendiduras, entre las cuales discurría un desfiladero que ascendía por la ladera hasta perderse en la otra cara de la montaña.

Docenas de familias, pandillas y parejas nadaban o tomaban el sol, produciendo una

bulliciosa algarabía.

Los chicos se acomodaron sobre los grandes peñascos de la orilla y allí

desplegaron sus toallas y mochilas antes de lanzarse al agua. Se refrescaron en el río durante un largo rato, y para desconcierto de los Silver Road, la pandilla de los

Sustain Souls no dejó ni un minuto de sosiego a nadie, arremetiendo con sus gritos

y juegos contra la tranquilidad del paraje. Durante dos largas horas hicieron peleas,

persecuciones, ahogadillas y carreras de un lado a otro hasta que los Silver Road salieron del agua completamente agotados y pidieron una tregua para relajarse sobre las rocas. Luego pasaron otra hora bebiendo cervezas y escuchando Leño a través de unos pequeños altavoces conectados al *discman* de Flavio. Fumaron y rieron recordando la prueba del payaso y las actuaciones de todos ellos. Por suerte,

ningún Silver Road cometió la imprudencia de preguntar a Leo por su escapada en

plena representación. La chica parecía plenamente recuperada desde que Saúl hablara con ella, aunque apenas se molestaba en dirigir la palabra a Cristina.

A las tres de la tarde subieron al bar y pidieron hamburguesas, cervezas y Coca-Colas. Se acomodaron en las mesas de madera guarnecidas bajo el emparrado

de la terraza y desde allí vieron cómo el agua del río cambiaba de color a medida

que el sol se movía lentamente sobre la cresta de las montañas.

Contaron chistes y anécdotas, incluso cantaron estribillos de algunas

canciones de *rock* y jugaron a las cartas mientras compartían cigarrillos y porros o, en el caso de los más jóvenes, comían helados.

El tiempo se les pasó volando y enseguida llegó la media tarde. Abandonaron

el cerro y descendieron perezosamente hasta el río. Algunos de ellos volvieron a bañarse mientras otros preferían contemplar a los bañistas desde la orilla.

—...Que no hay nada que hacer, tío, tenemos la siguiente prueba perdida —

Alexander observaba cómo Leo y Cristina nadaban hasta una peña, se sentaban sobre ella y comenzaban una conversación que parecía tensa y contenida.

—¿El torneo de fútbol? Claro, es jodido jugar al fútbol con chicas. En ese aspecto me alegro de que los Silver Road seamos solo tíos. —Heavy se encendió un

cigarro y ofreció otro a Alexander. El chico lo aceptó al tiempo que contemplaba la

discusión entre las chicas

—¿Y en qué día cae la búsqueda del tesoro?

—¡Esa prueba va a ser la mejor de todas!

—Sí... —Alexander comprobó perplejo cómo las chicas comenzaban a elevar la voz. Trató de aguzar el oído, pero enseguida volvieron sus cabezas hacia la orilla, le miraron y bajaron el tono.

En el peñasco, las dos chicas se mantenían frente a frente.

—No lo sé —Cristina dirigió la mirada al suelo.

—¿Cómo no lo vas a saber? Al menos ten la decencia de decirme desde cuándo. —La pelirroja la contemplaba furiosa.

—No lo sé, Leo. Me ha pasado sin darme cuenta. No te enfades, lo siento.

—Sabes cuánto me gusta. ¿Cómo puedes estar haciéndome esto?

—No lo sé.

—¿Es que no tienes nada mejor que decir?

Cristina levantó la mirada.

—Lo siento mucho.

—Primero Saúl y ahora Alexander. ¡Esperemos que la semana que viene no te guste Santiago!

Cristina la miró ofendida.

—Por favor, no se lo digas a Álex.

—Tranquila, no seré yo quién se lo cuente, aunque con lo evidente que eres no

hace falta que nadie se lo diga.

Cristina se sintió profundamente avergonzada y antes de que pudiera responder, Leo saltó al agua y se alejó nadando.

—...Y el pueblo se está llenando de forasteros estos días —añadió Alexander mientras aspiraba una calada del cigarro y observaba a Cristina bajar lentamente de

la roca y nadar hacia Saúl.

—Sí, tío, por fin, caras nuevas y chicas nuevas. No hay nada más triste que el invierno en Vistaclara.

—¿Has visto algo que te haya llamado la atención últimamente?

Heavy se encogió de hombros.

—Pues no, no sé. ¿Algo como qué?

Alexander vio a Saúl y Page señalar hacia lo alto del despeñadero. Cristina

llegó nadando hasta ellos y los tres contemplaron el barranco. Luego emprendieron el nado hasta allí.

—Álex, ¿algo como qué?

—Algo como... gente rara, que no te dé buena espina.

Heavy negó con la cabeza.

—¿Te ha pasado algo?

Alexander advirtió que los nadadores comenzaban a ascender a pie por el desfiladero. Frunció el ceño.

—No sabría decirte... ¡Santi! ¡Santi!

El niño jugaba en el agua con Claudia, Flavio y Víctor. Se volvió sonriente hacia él.

—¿Qué?

—¿A dónde va tu hermano?

Santiago miró entonces a Saúl, Cristina y Page.

—A tirarse de cabeza, supongo. —Luego se sumergió en el agua.

—Tendríamos que haber traído la guitarra —Heavy se tumbó despreocupadamente sobre la piedra.

Saúl iba en cabeza, le seguía Cristina y Page cerraba la procesión. El desfiladero resultaba terriblemente estrecho y empinado, a menudo presentaba numerosas quebradas verticales en las cuales los chicos requerían escalar y aferrarse a los salientes de la ladera para no perder el equilibrio. Cristina advirtió asombrada cómo se abría una enorme distancia entre ellos y la superficie del río.

Un vago sentimiento de vértigo se fue apoderando de ella. Se volvió hacia atrás, Page le pisaba los talones.

—Vamos, chica.

Advirtió que de ningún modo podría sobrepasar al muchacho sin despeñarse pendiente abajo, así que tragó saliva y continuó el ascenso. Saúl se detuvo al fin y

contempló abrumado la altitud del salto. Luego dirigió su mirada a Cristina y a Page, los cuales acababan de llegar hasta él.



—Esto acojona un poco, ¿eh?

Cristina echó un vistazo al abismo y una violenta debilidad se apoderó de sus piernas.

—¿Cuántos metros puede haber?

Page inclinó la cabeza.

—Nueve o diez.

—Quizá... —Cristina tragó saliva, tenía la boca seca—. Quizá deberíamos descender y tirarnos desde más abajo.

Page negó rotundamente con la cabeza.

—Es imposible volver atrás.

—¿Por qué?

—Hay desniveles muy grandes, no podrías bajarlos sin resbalar y caer.

Además, la orilla está atestada de rocas hasta llegar a esta parte. Si saltaras más abajo, te abrirías la cabeza.

—Hay una piedra ahí abajo. —Saúl señaló el fondo del río.

—Sí.

—Mejor no saltar de cabeza. —Posó sus verdes ojos en la chica—. Tírate de pie, Cris. Y no olvides impulsarte con fuerza para evitar caer sobre ella.

El corazón de Cristina comenzó a palpar desbocado.

—¿Vas a saltar ya?

Saúl meneó la cabeza y sonrió nervioso.

—Qué remedio. —Miró a la chica de nuevo—. ¡Nos vemos abajo!

Cristina le vio erguirse, pegarse a la pared y tomar aire. Después, impulsándose con todas sus fuerzas, saltó al vacío.

Lo contemplaron caer apenas a tres metros del escollo que yacía camuflado bajo el verde oscuro del agua. El agua le engulló hasta hacerle desaparecer, provocando una nube de espuma en la superficie. Cristina contuvo el aliento. Tras

un instante que le pareció una eternidad, su cabello rubio emergió de nuevo. Le oyó

lanzar una expresión de júbilo.

—¡Tírate, Cris! ¡Es acojonante!

La chica sintió cómo la debilidad que se había apoderado de sus piernas le embargaba por todo su cuerpo. Un sudor frío le nació en las sienes, todavía húmedas a causa del baño.

—¡Saúl! —Page se inclinó sobre el vacío—. ¡Saúl! ¡Comprueba si la roca está

cerca de la superficie!

El chico afirmó con la cabeza, se zambulló y luego emergió sobre el escollo.

Page y Cristina le vieron doblarse sobre sí mismo y perder el equilibrio. Cuando lo

recuperó, se irguió hasta ponerse de pie. El agua apenas le cubría hasta las rodillas.

Alzó la cabeza hacia los chicos.

—¡Mucho cuidado!, ¿de acuerdo?

Cristina sintió el pánico palpitando en todo su cuerpo. Vio cómo Saúl se lanzaba de nuevo al agua y emprendía el nado hacia la orilla.

—¿Tú o yo?

Se volvió hacia Page.

—¿Qué?

—¿Quieres saltar tú primero?

—No... —Tragó saliva. Estaba empezando a marearse.

—Bueno, vale, tómate tu tiempo, no pasa nada. Voy a saltar.

—¡No...! —Ella lo miró angustiada.

Page le dirigió una expresión de asombro.

—¿No?

—Me da miedo.

El chico suspiró.

—¿Por qué has subido hasta aquí?

—No... no lo sé.

—Lo siento, Cris —añadió con la mirada fija en el escollo—, pero vas a tener que saltar. Fíjate bien en cómo lo hago yo, ¿vale?

Cristina afirmó con la cabeza, aunque la sola idea de que el muchacho la dejara sola allí arriba le provocó un nudo en el estómago. En silencio, le vio echar

una última ojeada al fondo del precipicio y, a continuación, tomar un fuerte

impulso

y saltar al agua.

Cayó a solo cinco brazadas del peñasco. Cristina dejó escapar un susurro de pánico, pero luego le vio reaparecer en la superficie. El chico la miró.

—¡Tienes que coger mucho impulso, Cris! ¡Muchísimo! ¿De acuerdo?

Cristina sintió como el miedo le paralizaba los músculos.

—Sí...

Alexander divisó a Cristina y luego miró de nuevo a Saúl. El muchacho se acercó empapado hasta él y se sentó a su lado.

—Es una caída muy jodida... ¡Vamos, Cris! ¡No le des tantas vueltas porque es

peor!

Alexander se mordió el labio. Su mal presentimiento estaba empezando a adquirir dimensiones muy reales.

—Joder, Saúl...

Cristina miró de nuevo hacia abajo y vio aquella roca enorme aguardando en el fondo del río, y comprendió que de ninguna manera sería capaz de saltar más allá

de ella. Trató de calmarse y, lentamente para no perder el equilibrio, giró sobre sí

misma y emprendió el camino de regreso por el desfiladero. Apenas había avanzado diez metros cuando se presentó ante ella un violento y estrecho

desnivel

de casi un metro de altura. Subirlo había sido un tanto costoso, pero bajarlo casi suponía un suicidio. Se agachó hasta quedar en cuclillas y apoyó las manos en la tierra. Extendió las piernas sobre el terraplén y súbitamente sus pies descalzos resbalaron con la arenilla de la pendiente. Profiriendo un grito ahogado, se aferró

fuertemente con las palmas de sus manos e hizo fuerza con las piernas para mantener la posición. Una piedra cayó rodando al vacío. Luego miró hacia abajo y

encontró una docena de rocas asomando sobre la superficie del agua.

—¡No, Cris! ¡No!

Volvió la cabeza y vio a Saúl y a Alexander de pie, en la orilla, completamente

centrados en cada uno de sus movimientos.

Fue entonces cuando comprendió la magnitud de la encrucijada en la que se hallaba. El miedo la sacudió de nuevo y sintió un nudo en la garganta. Se levantó lentamente, giró de nuevo sobre sí misma y se dirigió otra vez hacia el saliente donde los chicos se habían lanzado al agua. Miró hacia el río y sus piernas temblaron. Luego sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas y tomó una bocanada de aire. Podía sentir la ladera contra su espalda y los dedos de sus pies asomando al vacío. Dirigió sus ojos hacia la orilla opuesta y descubrió a las dos

pandillas y a una docena de curiosos mirando hacia ella. Santiago y Claudia la observaban paralizados desde el agua. Incluso Leo había dejado de nadar. Advirtió

también que Saúl y Alexander nadaban en dirección al despeñadero y los nervios le

atenazaron el estómago. No quería que los chicos tuvieran que subir y saltar

por su

culpa.

—¡No te muevas, Cris! ¡No te muevas de ahí! —Era Alexander, y su voz

sonaba tan tensa que Cristina ni siquiera encontró fuerzas para responderle. Pero no

quería darle nuevos problemas. Trató de encontrar un empuje de valor dentro de ella, fijó su mirada en el espacio de agua más allá de la roca, tomó aire y se infundió el impulso de saltar. Pero un armazón helado se apoderó de su estómago y

la frenó en seco. No podía saltar tan lejos sin posibilidad de tomar carrerilla previamente. Ella no tenía la fuerza de Saúl ni de Page. Si trataba de imitarles, se mataría; estaba segura de ello.

Con las manos crispadas por el miedo, palpó la pared terrosa de la ladera.

Pensó en todas las veces que su abuela la había prevenido sobre aquel tipo de peligro. Nunca la había tomado en serio, pero ahora se daba cuenta de que llevaba

razón. Lamentó profundamente su forma de arruinarse el día a sí misma, ojalá se hubiera quedado nadando con Santi y Claudia. No había seguido a Saúl por ningún

motivo en especial, ni siquiera se había planteado la gravedad de la situación antes

de subir hasta allí. Le había sucedido exactamente como en el juego de la botella y

su estrepitoso encuentro con Íñigo en el armario. A pesar de pisar cada peldaño que

le conducía a aquella clase de situaciones, no las veía venir hasta que las tenía encima. Su abuela tenía razón, era la criatura más distraída y atolondrada del

mundo. En aquel momento estaba convencida de que incluso debía faltarle un

hervor, o de lo contrario no estaría siempre metiéndose en líos.

Miró hacia abajo de nuevo y vio a Saúl y a Alexander al pie del barranco.

Intercambiaron algunas palabras y luego Alexander nadó hasta el saliente más próximo, se incorporó de un salto y emprendió el ascenso por el desfiladero.

Cristina sintió un alivio inmediato. Luego pensó en el peligro al que le estaba exponiendo, si le pasase algo por su culpa nunca se lo perdonaría. Otra vez sintió el

impulso de precipitarse al agua, pero el miedo era mucho más grande que su voluntad. Por más vueltas que daba a la situación, no dejaba de sentir que estaba

completamente bloqueada y sin alternativa posible. Nuevas lágrimas asomaron a sus ojos, pero trató de contenerlas.

Alexander venció el último tramo y caminó lentamente hacia ella.

Cristina mantenía la cabeza inclinada y la mirada fija en el río. El chico siguió su mirada, contempló la altitud a la que se encontraban y el escollo sepultado bajo

el agua. Una violenta tensión le presionó el estómago. Aquello era mucho peor de

lo que se había imaginado, saltar desde allí arriba era una idea demencial. Ahora comprendía perfectamente que Cristina se sintiera paralizada.

Se detuvo a medio metro de ella y trató de aparentar normalidad.

—Hola, Catsi, ¿cómo va eso?

La chica levantó la cabeza y le dirigió una desamparada expresión de pánico.



—No sé cómo bajar de aquí.

Vio sus labios temblar a causa del miedo, al tiempo que luchaba por controlar las lágrimas. Tomó su mano y enseguida sintió cómo Cristina le asía los dedos hasta hacerle daño.

—Tranquila, Cris, no pasa nada.

—Sí que pasa. ¡No puedo bajar de aquí! —Rompió a llorar.

Alexander trató de pensar. Lanzarse al agua antes que ella no serviría de nada.

Animarla a que lo hiciera por su propio pie era incluso peligroso, estaba demasiado

nerviosa. Se dio cuenta del lío en el que estaban metidos y no se le ocurrió nada que

hacer.

—Venga, Cris, tranquila... Estoy aquí contigo, no voy a dejar que te pase nada.

—Acarició su mano con el dedo pulgar y sintió cómo Cristina se aferraba a la suya

con más fuerza todavía.

—No saltes, Álex, por favor, tengo miedo por ti y no quiero quedarme aquí sola.

—No voy a saltar.

La chica le dirigió una mirada de absoluta desolación.

—¿Y qué vamos a hacer...?

Alexander tragó saliva.

Ella debió leer la impotencia reflejada en su rostro porque nuevas lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡No podemos hacer nada...! —Se ahogó en un mar de sollozos.

—¿Cómo que no? —El chico buscó alguna alternativa—. ¿Con quién crees que estás hablando? ¿De verdad piensas que no se me ocurre nada? ¿De verdad crees que nos vamos a quedar aquí de pie hasta morir fosilizados?

—Bueno... ¿Y qué se te ocurre...?

El chico dudó un instante.

—Llamar a un helicóptero.

Sus palabras fueron para Cristina como el estallido de una luz celestial en semejante oscuridad. Advirtió cómo el miedo se evaporaba de su sangre y lo miró

rebosante de esperanza.

—¡Un helicóptero...!

¿Cómo no se le habría ocurrido a ella?

Alexander acusó el peso de toda su inocencia cayendo sobre él. Se preguntó consternado si de verdad podrían llamar a un helicóptero. No estaba al tanto de cómo funcionaban los equipos de rescate en montaña, pero intuía que, en el caso de

movilizar un helicóptero a causa de semejante negligencia, al día siguiente saldrían

en todos los periódicos de la región. A su padre le daría un infarto cuando se enterara y, con total seguridad, doña Elisa se llevaría a Cristina a Madrid. Trató de

mantener la calma.

—Sí..., un helicóptero.

Cristina señaló a Saúl, que aguardaba pacientemente en el agua con la mirada clavada en ellos dos.

—¡Pues díselo a Saúl, Álex! ¡Dile que llame rápidamente a un helicóptero!

¡Díselo!

—Un momento, un momento, a ver... —El chico trató de transmitir la mayor calma y dulzura posibles—. Cris, el helicóptero es una cosa muy seria, uno no puede llamar a un helicóptero de rescate como si tal cosa. Hay que estar muy seguro

de que de verdad se necesita.

—¡Pero yo lo necesito de verdad! ¡Lo necesito de verdad! —Pataleó nerviosa sobre la tierra.

Si la situación no hubiera sido tan delicada, Alexander habría reído de buena gana.

—Vale, sí... ya sé que lo necesitas... Cris, mírame a los ojos, vamos, no

llores, mírame, Cris. Te prometo una cosa: si dentro de diez minutos todavía quieres que llamemos a un helicóptero, se lo digo a Saúl, ¿vale?

—¿Me lo prometes?

—Sí, ya te lo he prometido. —Alexander visualizó a su padre gritándole como un poseído—. Ya te lo he prometido... Ahora intenta calmarte.

Cristina respiró hondo y se secó las lágrimas con la mano. Contempló el

fondo del río. Ya no tenía miedo, no había necesidad de saltar. De pronto se dio cuenta de que quizá no fuera tan peligroso, incluso podría ser emocionante. Pero era mejor idea esperar al helicóptero. Su abuela pondría a Alexander en un pedestal

cuando se enterara de lo ocurrido. De repente una nueva inquietud atravesó su mente.

—Oye, el helicóptero es gratis, ¿verdad?

—¡Qué preguntas me haces, Catsi! ¿Cómo no va a ser gratis? Lo cubre la

Seguridad Social. —Se preguntó agobiado si aquello podría ser remotamente posible.

Cristina respiró aliviada de nuevo. Desde luego, no había nadie en el mundo como Alexander. Le dirigió una conmovida expresión de agradecimiento.

—¡Cuánto te quiero, Álex! ¡No sé qué haría sin ti!

Alexander hubiera querido abrazarla, pero era imposible hacerlo en un pasillo tan estrecho y peligroso como aquel.

—Tranquila.

De pronto la chica bajó la mirada con aflicción.

—Siempre te estoy dando problemas... Lo siento mucho, no lo hago aposta.

—No digas eso, ni siquiera es verdad.

—Sí que lo es.

—Claro que no. Tú incluso te has metido en medio de una pelea de navajas por

mí.

Cristina sonrió con orgullo, había llegado a olvidarse de aquello.

—Es verdad —Le dirigió una expresión de amor incondicional—. Y volvería a hacerlo, no creas que no.

—Ya lo sé.

Se miraron a los ojos. El muchacho lamentó entonces que hubiera tanta gente mirándoles desde la orilla y que apenas se pudieran mover, porque de pronto tenía

unas ganas locas de abrazarla y de besarla. Cristina sintió regresar aquella maravillosa sensación en su pecho, pero un sentimiento de culpa coartó su felicidad.

Nuevas lágrimas asomaron a su rostro.

—Álex... Tengo que decirte una cosa.

El chico aguardó silencioso. Tenía un mal presentimiento.

—Y no sé cómo decírtelo. Es algo acerca de mí... De nosotros dos... De... No

es algo que te vaya a gustar mucho... —Se mordió el labio—. No es... No es como

a ti te gustaría que fuese, pero es la verdad.

Una alerta roja se disparó en la mente del muchacho.

—Espera, espera, Cris, piensa despacio qué vas a decirme, a ver si luego te vas

a arrepentir.

Cristina se sintió embargada por un creciente sentimiento de angustia.

—Pero tengo que decírtelo. ¡No puedo seguir ocultándote la verdad por más tiempo!

Alexander comenzó a sudar.

—No creo que sea el mejor momento ni el lugar.

—Claro que lo es. Estamos a diez metros de altura sin posibilidad de escapar.

Es el momento de decírtelo.

El chico notó de pronto un agobio asfixiante.

«¡Dios bendito!» .

Una cosa era saberlo y otra muy diferente que Cristina se lo dijera en voz alta.

¿Qué pasaría después entre los dos? ¿Qué iba a hacer él con semejante información?

—No, Cris, espera, no creo que debas decírmelo... No me lo digas, si estás tan

segura de que no me va a gustar, mejor no me lo digas, porque no querrás que discutamos, ¿verdad?

Cristina negó con la cabeza.

—Pero Álex, me está matando por dentro... Necesito decírtelo, tengo que decírtelo... No puedo seguir viviendo así...

El chico la contempló paralizado.

—¡Aunque me da tanta vergüenza...! —Cerró los ojos y se mordió el labio.

—Cris...

—La verdad es... La verdad es... ¡Oh, Álex! ¡La verdad es que no tengo ningún libro de Janis Joplin! —Se cubrió el rostro con las manos y aguardó abochornada.

Alexander tardó varios segundos en asimilar la confesión. El mismo tiempo que le llevó soltar una silenciosa carcajada. La ansiedad se desvaneció de su alma,

aunque no le pasó inadvertido que, curiosamente, le embargaba un leve sentimiento

de decepción; desde luego aquella confesión no era la que había esperado. La vio descubrirse el rostro y mirarlo tímidamente, completamente atormentada, y una ternura incommensurable le embargó por dentro.

—Ya lo sabes. ¡Soy una mentirosa de primera categoría! Me lo inventé para caeros bien a Saúl y a ti, no sabía qué deciros... ¡Dios mío! ¡Incluso creía que Janis

Joplin era un hombre...!

Alexander trató de disimular sus ganas de reír pero le resultó imposible, y la chica lo observó perpleja y en silencio.

—¿No estás enfadado...?

—La verdad es que... ya lo sabía.

Ella lo miró escéptica.

—¿Cómo ibas a saberlo?

—Verás... No se te da muy bien eso de mentir. ¿De verdad piensas que de todas las veces que he subido a tu habitación, ni una sola he recordado

preguntarte

por el libro?

Cristina lo miró con la boca abierta. De modo que Alexander no era únicamente el chico más guapo, paciente, dulce, sensible y valiente del mundo.

Además era el más inteligente y ni siquiera alardeaba de ello. Cristina creyó morirse de admiración, levantó la mano del chico y la llevó a su pecho.

—Álex...

—¿¡Pero qué coño hacéis ahí arriba!?! —Era Saúl y, a juzgar por su tono de voz, no le debía gustar mucho lo que estaba viendo desde abajo.

Alexander contuvo una carcajada nerviosa. Aquella situación era una de las más surrealistas que había vivido en su vida. Miró hacia la orilla, el corrillo de curiosos había aumentado considerablemente. En realidad ya no quedaba ningún

bañista que no les observara con el corazón en la boca. Por su parte, las dos pandillas se habían apiñado en la orilla y permanecían de pie y atentas al desarrollo

de la situación.

Alexander bajó la mirada al suelo.

—Ya han pasado los diez minutos.

Ella se mordió el labio.

—¿Todavía quieres que llame al helicóptero?

Le dirigió una mirada de impotencia y culpa.

—Te lo agradecería muchísimo.



El chico suspiró abatido y pareció meditar unos segundos. Luego alzó el rostro de nuevo y clavó en ella sus rasgados ojos castaños.

—La semana pasada me dijiste que querías ir conmigo a donde yo fuese.

—Sí.

—Si te pidiese que saltases conmigo, ¿lo harías?

Cristina lo miró asustada.

—¿Por qué me pedirías algo así...?

—Imagina las consecuencias de llamar a un helicóptero.

Una dolorosa presión oprimió la garganta de Cristina. Pensó en su abuela, quizá no pusiera a Alexander en un pedestal después de todo. Miró de nuevo hacia

abajo y una creciente angustia se apoderó de ella.

En ese momento Alexander comprendió que si la animaba a saltar y algo le sucedía, él sería el mayor culpable de todos. Sintió miedo y remordimiento. Se quedó un instante pensativo y luego le dirigió una mirada de absoluta gravedad.

—Cris, escúchame. Esto es muy peligroso y tengo miedo por ti. Pero si

llamásemos a un helicóptero, no volvería... —bajó la mirada un momento—, no

volvería a verte en lo que queda de verano. Y supongo que esto me convierte en un

egoísta de mierda, pero...

Cristina lo escuchaba paralizada.

Ligeramente avergonzado, Alexander paseó la mirada por la superficie del río antes de volver a posarla sobre ella.

—Mira, creo que si saltásemos juntos, cogidos de las manos, podría impulsarte para caer más allá de esa roca, pero no sé si funcionaría, no sé si...

—Voy a saltar.

El chico sintió miedo, ella hablaba en serio.

—Contigo. —Levantó sus manos entrelazadas—. Aunque tengo miedo... Pero voy a hacerlo. ¡Vamos, Álex!

—¡Espera! Espera, espera, espera, dame un segundo. —Alexander tomó aire.

Tenía el corazón golpeando su pecho a toda velocidad—. Cuando saltes... bueno, salta con todas tus fuerzas.

Cristina afirmó con la cabeza.

—Y... Cris... —La miró ansioso—. Quiero que sepas..., por si acaso, solo por si acaso..., quiero que sepas... —Bajó la mirada de nuevo y guardó silencio.

En ese momento, durante un breve instante, Cristina dejó de sentir miedo.

—Ya lo sé. Yo también te quiero mucho.

El chico tomó su mano con firmeza.

—A la de tres, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Una..., dos... —Alexander vio el sol ocultándose bajo las montañas, y una parte de sí mismo admitió que era un momento verdaderamente hermoso—. ¡Tres!

Luego todo pasó muy rápido. Con todo el impulso que fue capaz, saltó al abismo y empujó a Cristina con él. Pero percibió cómo la chica se quedaba atrás, sintió aterrado cómo perdía su mano en el vacío. Ni siquiera podía verla, la había

dejado a su espalda. Vio el escollo bajo sus pies y el corazón se le paralizó en el pecho. Sintió el vértigo apoderándose de su estómago, subiendo hasta su garganta.

La caída no parecía terminar nunca.

De pronto estaba en el agua.

Cayó tan hondo que le llevó un tiempo considerable ascender a la superficie.

Cuando lo hizo no había nadie a su alrededor. Sintió una presión enloquecida en el

pecho y el miedo crispándole las sienas. Luego oyó un ruido a su espalda. Se volvió

rápidamente y encontró a Cristina emergiendo impetuosamente, con la boca abierta

y salpicando agua a su alrededor.

—¡Cris!

Ella abrió los ojos y le vio allí, sano y salvo. Desbordada por la emoción, se enroscó a su alrededor y le colmó el rostro de besos.

—¡Al final no me importaba morir si era contigo! ¿Te das cuenta? ¡No me

importaba morir si era contigo...!

Alexander la estrechó entre sus brazos y suspiró aliviado. Después miró hacia su izquierda y sintió un estremecimiento. Cristina había caído a tan solo un soplido

de la roca. Seguidamente, volvió su rostro hacia la orilla, los espectadores les aplaudían fervorosamente. Incluso Leo se había llevado las manos al rostro, en un

gesto que denotaba su alivio.

—¡Mira! ¡Nos están aplaudiendo!

Ella rompió a reír, jamás había vivido un momento tan emocionante. De

pronto se acordó de Saúl y lo buscó por encima del hombro de Alexander. El chico nadaba en dirección a ellos.

—Lo siento, Janis, ha sido por mi culpa.

—No digas eso, ha sido solo culpa mía.

—Vámonos fuera —propuso Alexander, desembarazándose de los brazos de Cristina —. Está empezando a hacer frío.

Salieron del agua, y en la orilla fueron recibidos con nuevos vítores y

aplausos. Santiago corrió a abrazar a Cristina, mientras que Claudia sonreía en la distancia y Leo los observaba con expresión pesarosa. Los Silver Road les dieron

algo de tiempo para que se calmasen y secaran sus ropas, y luego sugirieron que ya

era hora de volver al pueblo. Subieron a los coches y emprendieron el camino de

regreso.

Mientras dejaban a su espalda la sierra y el sol del atardecer, Cristina apoyó la

cabeza sobre el hombro de Alexander. Advirtió entonces que estaban cogidos de las

manos. Cerró los ojos y solo vio aquella caída libre de diez metros de altitud y la

roca aguardando en el fondo del río, de modo que los abrió nuevamente y pasó el

resto del camino mirando el paisaje.

A las nueve y media llegaron a Vistaclara.

Heavy condujo hasta la casa de Claudia y la chica se despidió del conductor con una coqueta mirada.

—Gracias por tus servicios, Ramirito Polainas.

El chico apenas fue capaz de reaccionar antes de que ella desapareciera por la puerta de su jardín. Lanzando un suspiro, arrancó el coche y lo condujo hacia la casa de Santiago. Allí lo detuvo y Santiago se apeó del vehículo. Luego el niño se

volvió hacia Cristina y Alexander.

—¿Vamos a quedar esta noche?

Cristina negó con la cabeza. Se sentía completamente agotada.

—Pero mañana iré a buscarte, te lo prometo.

Santiago sonrió alegremente y desapareció por la calle del arroyo, silbando la

cabecera de *Caballeros del Zodiaco*.

Después Heavy condujo hacia la casa de Cristina. Ella salió del coche perezosamente y descubrió con agrado que Alexander la seguía. Se detuvieron ante

la puerta del jardín.

—No comentes nada de lo que ha pasado con tu abuela.

—¿Crees que estoy loca?

El chico bajó la mirada.

—Vale... Tengo que irme.

—Álex... —Le dirigió una adorable mirada de súplica.

Él contuvo la respiración.

—Ven a verme esta noche.

Alexander afirmó lentamente con la cabeza.

—¿Vas a querer venir a verme? —La nostalgia del deseo brilló en sus ojos.

—Sí... —Notó los nervios apoderándose de su estómago—. Claro que sí.

—Entonces hasta la noche. —Seguidamente, abrió la puerta y entró en el jardín. Su voz se perdió tras la fachada de piedra—: ¡ *Abu*, ya he vuelto!

Alexander se sentó junto a Heavy y este lo observó divertido.

—Bésala de una vez, tío.

Pero el chico no replicó.

A las once de la noche Cristina se encontraba sentada ante su escritorio,

escribiendo en un folio las ideas que Santiago le había relatado días antes sobre la

obra de teatro, mientras escuchaba el disco de *rock* que Alexander había grabado para ella.

De pronto percibió movimiento en su ventana. Con el corazón desbocado, levantó la vista y encontró un rostro familiar, pero para asombro suyo no se trataba

de Alexander, sino de Saúl. El chico le dirigió una mirada de insólita gravedad.

—¿...Puedo entrar?

Cristina lo observó perpleja. Aquel estilo tan comedido no era propio de él.

—Claro.

Saltó a la habitación y la miró fijamente.

—Voy a irme enseguida, no quiero molestarte.

La chica comprendió que algo muy serio le ocurría.

—Cris... Esta tarde en el río... —Saúl pareció buscar las palabras adecuadas

—. Entiendo que quieras tanto a Álex, desde esta tarde lo entiendo todo.

Cristina lo miró petrificada.

—Pero también quiero que sepas... —De pronto se dirigió hacia ella, tomó su mano y la posó sobre su pecho—...Que soy mil veces mejor de lo que crees. Solo

préstame un poco más de atención y podrás verlo.

Cristina trató de reaccionar, de decir algo, lo que fuera, pero no se le ocurrió nada. Luego sintió los labios de Saúl en su mejilla, de un modo tan suave y delicado

como nunca los había sentido; y a continuación le vio darse media vuelta, saltar al

tejado y desaparecer tan rápido como había venido.

Se quedó allí de pie, completamente abrumada y confundida.

Tardó otra hora en apagar la luz y echarse sobre la cama. Estuvo dando vueltas a todo aquello hasta que comenzó a impacientarse. Se preguntó por qué Alexander no aparecía, había dicho que lo haría. Luego cerró los ojos, pensando que el chico la despertaría en el caso de que se durmiera, pero durmió toda la noche

y no despertó hasta que el frío del amanecer entró por su ventana abierta.

21

*Call your arms. Defend yourselves.*

«Invaders», Iron Maiden[\[26\]](#)

Cristina despertó pronto aquella mañana. Su abuela le mandó hacer la compra y limpiar su habitación. Obedeció sumisa y mecánicamente. No podía dejar de preguntarse por qué motivo Alexander no había ido a su habitación la noche anterior. ¿Y si de pronto volvía a distanciarse como había hecho varias semanas antes? No podría soportarlo de nuevo.

Por otro lado, había prometido a Santiago que iría a buscarle, de modo que sacó su bicicleta a la calle y, lanzando un grito de despedida a su abuela, se alejó pedaleando en dirección al arroyo.

Recordó haber visto al niño dirigirse hacia una pequeña casa de piedra



rodeada por un viejo jardín. Se dirigió hacia la vivienda, abrió la cancela de hierro

y atravesó tímidamente el jardín. Luego llamó al timbre.

Cuando la puerta se abrió, Cristina descubrió ante ella a la última persona que hubiera podido esperar: Alexander.

Ambos se miraron perplejos y durante un instante ninguno supo qué decir.

—Hola, Cris. —Su voz sonó distante.

—Hola... —Tratando de disimular su confusión, oteó sobre el hombro del chico—. ¿Está Santi aquí?

Alexander le dirigió una descarada expresión de incredulidad.

—Santi.

—Claro. Ayer le dije que vendría a buscarle, ¿no te acuerdas?

El chico se sintió embargado de un alivio que le hizo sonreír con todas sus ganas.

—¡Es verdad! —De pronto cambió su expresión por un gesto de pesar y su voz se transformó en un susurro—. Siento no haber ido ayer a verte. Me quedé dormido.

—¿Solo fue eso?

Él levantó la mirada de nuevo. Su expresión había cambiado y en sus ojos bullía silencioso un deseo contenido.

—¿Estás enfadada?

—¿Cómo voy a enfadarme...? Yo... —Cristina trató de pensar con claridad, pero estaba tan aturdida que ni siquiera encontraba palabras para expresarse.

Alexander se distanció levemente y esbozó una sonrisa.

—Vamos, pasa. Santi está viendo los dibujos animados.

La casa era antigua y decorada con un estilo sencillo y sin concierto. Dejaron atrás el pequeño recibidor, anduvieron por un corto y oscuro pasillo y llegaron a un

humilde salón, luminoso y desordenado. Allí se encontraban Saúl y Santiago, sentados en un desvencijado sofá, frente a un anticuado televisor. Sobre la pequeña

mesa de centro se encontraban una caja de cereales, tazones de leche, una bolsa de

madalenas y un envase de zumo de naranja.

Santiago vio entrar a Cristina y su rostro se iluminó de alegría.

—¡Hola, Cris!

Saúl la contemplaba sin dar crédito.

—¡Ya me estaba cansando de esperarte! —añadió el más pequeño.

Su hermano lo miró sin entender.

—¿Pero tú de qué hablas?

—Me dijo que vendría a buscarme.

Saúl sonrió con burla.

—Siéntate donde quieras. ¿Tienes hambre? Puedes comer lo que quieras.

Alexander tomó la mano de Cristina y la arrastró hasta el sofá. Allí la hizo sentar a su lado.

—Santi está viendo *Oliver y Benji*.

—¡Me encanta *Oliver y Benji*!

Rompieron a reír y Santiago la señaló emocionado.

—¿Lo veis, lo veis? ¡A ella también le gusta!

—No te ofendas, Janis, pero nos estamos preguntando por qué el campo de fútbol tiene aspecto de sandía.

—Y cómo es posible que los balones atraviesen la red de la portería y destrocen el cemento —añadió Alexander en el mismo tono de burla.

—Pues no lo sé, pero me encanta ese pobre chico que está enfermo del corazón, Julian Ross... ¡Es tan guapo!

Los chicos rieron a carcajadas.

—Y hasta aquí los conocimientos de Cristina hablando de fútbol... —añadió

Alexander, fingiendo voz de comentarista.

Ella rompió a reír y un cereal de chocolate se coló dentro de su boca. Saúl soltó una carcajada, tenía la bolsa de cereales en la mano y los estaba sacando de uno en uno.

—¡Otra vez, Cris!

—Sí, otra vez, vamos, Catsi, abre la boca.

Cristina obedeció entre risas. Otro cereal se estrelló contra su frente. Hubo nuevas carcajadas. Luego otro contra su mejilla y otro contra su nariz. La chica entrecerró los ojos y la boca.

—No sabéis lanz...

De pronto una docena de cereales voló fulgurante contra su cara. Los tres chicos estallaron en carcajadas al tiempo que Cristina se cubría el rostro con un cojín sin poder parar de reír.

—¡Monstruos! ¡Que sois unos monstruos! ¡Dejadme en paz!

Continuaron riendo y bromeando durante un rato, hasta que oyeron la puerta de entrada y ante ellos apareció una mujer de mediana edad. Llevaba bolsas de plástico en las dos manos y les dirigió una mirada de sorpresa al verlos reunidos.

—Hola, chicos, ya estoy aquí.

—¡Mamá! —Santiago se levantó y fue corriendo a inspeccionar las bolsas de la compra—. ¿Has traído Nocilla?

—Sí, la he traído. Dame un beso, bandido. —Se inclinó y besó al crío en la cabeza.

—¡¿Pero qué haces...?! —protestó avergonzado, tratando de zafarse.

Cristina no pudo evitar sonreír. Del mismo modo que la madre de Alexander

le había resultado hermosa y distante hasta el punto de sentirse incómoda en su presencia, aquella mujer le inspiraba una profunda simpatía. Tenía el cabello ondulado y castaño, a la altura de los hombros, los ojos marrones y unas facciones

dulces y delicadas. Reflejaba una hermosura sencilla y cándida, aunque en absoluto

similar a la cautivadora belleza de Saúl y Santiago. Cristina supuso que los chicos

debían asemejarse a su padre.

De repente sus ojos se encontraron.

—Ella es Cris —dijo Santiago.

Su madre sonrió.

—Hola, Cris, Santiago me habla muchísimo de ti.

—¡Mamá...! —Santiago se sonrojó.

Alexander retuvo una carcajada.

—Saúl, recoge la mesa cuando terminéis, lo quiero todo perfectamente ordenado — Y se encaminó a la cocina.

—Bueno, ahora en serio —intervino Alexander—, ¿estáis las chicas preparadas para la prueba de fútbol de esta noche?

Ella lo miró molesta.

—¿Por qué eres tan machista?

—No soy machista, solo respóndeme a una pregunta: ¿Hace cuánto que no juegas al fútbol?

Cristina no recordaba haber jugado al fútbol en su vida. No era un deporte que le llamase la atención. Se mordió el labio en silencio, pero al instante miró de nuevo al muchacho y le hizo una mueca de burla.

—¿Estáis los chicos preparados para el primer ensayo de la obra de teatro?

—¿Qué obra de teatro?

—La tuya, Santi. Ayer por la noche decidí empezar a escribirla, aunque tienes que decirme cómo va a terminar. —Se levantó y extrajo unos folios arrugados del

bolsillo trasero de su pantalón—. Vamos a la cabaña. ¡Estoy deseando saber vuestra

opinión!

—Bueno —Saúl se encogió de hombros al tiempo que se levantaba y comenzaba a recoger los tazones del desayuno—, ya era hora de que alguien se encargase de este tema, aunque no sé yo... —Y desapareció riendo en dirección a la

cocina.

Alexander soltó una risa de burla.

—¡Venga, Saúl, abre tu mente! ¡Como mínimo, seguro que es impactante!

—No puedo creerlo —renegó Cristina, al tiempo que los cuatro abandonaban el salón y se encaminaban hacia la salida—. ¡Qué desagradecidos...!

Montaron en sus bicis y se dirigieron a la cabaña. Leo y Claudia ya estaban allí, de modo que se pusieron a la tarea inmediatamente.

—Bien —habló Santiago mientras Cristina revisaba sus borradores—, la obra trata de un rey a quien le encanta componer música, pero pierde su inspiración y decide convocar un concurso de música para que le ayuden a encontrar su melodía

perfecta.

—Y esa melodía será «Break on through» —intervino Cristina.

—¡Perfecto! —Saúl les miró emocionado—. ¡Yo seré el rey! ¡Como Jim

Morrison! ¡El Rey Lagarto! —Se levantó y alzó los brazos—. ¡Yo soy el Rey Lagarto, yo parto y reparto!

—De eso nada, todavía no hemos repartido los papeles —protestó Santiago.

—¡Pues yo los parto y reparto!

—A ver, a ver, un momento. ¿Y quién soy yo? No pienso ser ningún secundario de tres al cuarto... —Alexander arrebató los apuntes a Cristina y comenzó a leer.

Ella trató de recuperarlos, pero el chico se zafó rápidamente.

—Dame eso. ¡Todavía no hemos repartido los papeles!

—Personajes —leyó Alexander en voz alta. Pero de pronto frunció el ceño—.

¿Hada Rosa de la Primavera? —Soltó una risotada y continuó leyendo—.

¿Valiente

Guerrero de Tierno Corazón? ¿Linda Flor Deprimida? ¿Qué cojones, Catsi...?

¡Vaya sarta de mariconadas!

Alexander y Saúl rompieron a reír a carcajadas, tan alto y con tantas ganas que enseguida les asomaron lágrimas a los ojos al tiempo que Santiago miraba atónito a

Cristina, incapaz de reconocer su idea original en semejante barroquismo edulcorado.

—¡Ahí tienes tu personaje, Álex! —hablaba Saúl sin poder dejar de reír—.

¡Linda Flor Deprimida!

Sus risas se hicieron tan estridentes e intensas que tuvieron que doblarse y arrodillarse en el suelo para continuar respirando.

—¡Dame eso, Alexander!

—Mira que sois imbéciles. —Claudia pegó una colleja a Alexander y le arrebató los folios. Luego se los devolvió a Cristina—. A ver, Cris, sigue explicando.

—Ni hablar.

—Venga, Cris, pasa de ellos —intervino por fin Leo en un natural tono de voz—. Otra vez tienen el día tonto.

La chica se sintió más animada ante el inesperado apoyo de la pelirroja. Luego miró a los chicos y esperó malhumorada a que se calmasen.

—Estos personajes son los que van a participar en el concurso del rey.

—¿Y por qué el rey está deprimido? —intervino Leo.

—Se me ha ocurrido que puede estar deprimido porque se le ha muerto su amada.

—¡Su amada...! —bufó Santiago.

—Bueno, a ver, pero entonces, ¿quién soy yo? —intervino de nuevo Alexander.

—¡No pienso decírtelo! ¡No te mereces el personaje tan bonito que había escrito para ti!



—¡Venga ya, Cris! No partas mi lindo, florido y deprimido corazón. Dime quién soy.

Saúl estalló en otra ruidosa carcajada.

—Tú podrías haber sido el Valiente Guerrero de Tierno Corazón, pero...

Las risas de los chicos explotaron de nuevo antes de que Cristina hubiera terminado de hablar, y esta vez la furia de Claudia no les dejó en paz hasta que se

exiliaron a la terraza, donde continuaron riendo a sus anchas.

Tardaron casi una hora en repartir los personajes y copiar sus respectivos papeles. Luego dieron paso al ensayo.

Saúl se llevó una mano al pecho mientras con la otra sostenía el guion.

— *¡Oh, qué deprimido estoy! ¿Quién...? ¿Quién calmar?*

—¡Quién calmará, Saúl!

Alexander rompió a reír.

—Perdón, perdón —se disculpó el muchacho en tono de burla—. Es que no entiendo mi letra.

—Venga, repítelo otra vez —ordenó Cristina.

— *¡Oh, qué deprimido estoy! ¿Quién calmará mi atormentado espíritu?*

Alexander sofocó otra carcajada. Cristina lo miró furiosa.

—¡Para ya, Alexander!

Saúl continuó.

— *¿Quién traerá sosiego a mi triste alma? ¡Ojalá pudiera besar a mi amada por última vez!* —Dejó caer la mano y miró a Cristina con expresión de agotamiento—. ¡Janis, por favor! ¡Parezco el rey de los pusilánimes! ¿Tú quieres que Mateo Cuatropajas me pegue una paliza?

—¡Silencio! —ordenó Claudia, furiosa—. Tú has decidido ser el rey, ahora asume las consecuencias.

—Pero este tío no se comporta como un rey. ¡Es un escombros de individuo!  
Alexander empezó a reír otra vez.

—A ver, el Valiente Guerrero, sal a escena —intervino Cristina de nuevo.

—¡Ese soy yo! ¡Ese soy yo! ¡Claro que sí!

—¡Por favor, Alexander, tómatelo en serio! Y tú, Saúl, ¿qué haces ahí como un pasmarote? ¡Tienes que hacer mutis!

—¿Que tengo que hacer qué?

—¡Que te vayas, Saúl!

—Oye, Janis, a mí me lo pides por favor, ¿eh?

Alexander empujó a Saúl.

—Que te pires, chaval, aquí llega Marlon Brando. —Se echó el pelo hacia atrás en actitud arrogante, echó un vistazo al guion y alzó la cabeza. Fijó la mirada

en la pared y comenzó a declamar con toda su pasión—: *Has de saber que el Bosque*

*Encantado ha escuchado tu llanto. Por tu gracia y tu bondad te será concedido un*

*deseo, la más dulce de las dulces melodías...*

—¿Pero qué dices, Alexander? ¡Estás leyendo las líneas del Hada Rosa!

Saúl rompió a reír con toda su alma mientras Alexander trataba de contener sus propias carcajadas.

—¡Perdón, perdón! Me he equivocado de párrafo. ¡Ahí voy otra vez! —Volvió

a alzar la cabeza y fijó la mirada en el techo con absoluta concentración—. *¡Qué duro y largo el camino encomendado! ¡Qué digna y pura esta búsqueda mía! ¡Qué desasosiego que me entra por la noche...!* —Estalló en nuevas carcajadas y miró a Cristina—. ¿Pero qué coño se supone que me pasa...?

—¡Los calores de la menopausia! —contestó Saúl, llorando de la risa.

—¡Ya está bien, ¿no?! —Claudia les miró indignada—. ¡Esto es demasiado importante! ¡Nos jugamos las entradas del concierto!

Los chicos aflojaron sus carcajadas y la miraron con recelo. Alexander advirtió la expresión de escepticismo y decepción con la que lo estaba observando

Cristina y una nueva alarma roja se disparó en su cabeza. Respiró hondo y trató de

serenarse. Había llegado la hora de hablar con claridad.

—Lo siento... Es solo que esta historia no nos sirve. —Trató de expresarse con la mayor suavidad posible.

La chica se mordió el labio.

—¿Por qué?

—Cris... ¿Qué tienen que ver un hada rosa y una linda florecilla con el *rock*

*and roll?* ¿Y por qué todos los personajes están tan deprimidos? ¡Esto es deprimente!

Ella lo miró ofendida.

—Todavía no hemos llegado al final.

Él le dirigió una expresión de pesar.

—Ni falta que hace.

—Estoy de acuerdo. Lo siento, pero me salen úlceras en el cerebro solo de leerlo. —Saúl se sentó en el suelo.

Santiago suspiró.

—En realidad esta historia ya no tiene nada que ver con lo que a mí se me ocurrió. Cris... Esto es una cursilada.

—Una... ¿qué? —Les miró atónita. Luego se volvió hacia Leo y Claudia—.  
¿A

vosotras os parece cursi?

Leo se encogió de hombros.

—A mí no me importaría ser el Hada Rosa...

—¡Claro que no es cursi! ¡A mí me gusta! —Claudia les miró amenazante—.

¿Se os ocurre otra cosa mejor?

—¿Qué? —Saúl abrió unos ojos como platos, al tiempo que Alexander soltaba una carcajada irónica. Santiago retomó la palabra.

—Podemos hacer algo mucho mejor entre todos, algo que nos guste a todos.

—Dirigió una mirada de temor a Cristina —. Sin ofender, ¿eh?

Ella les contempló dolida.

—Vale. —Tomó de nuevo los folios y el bolígrafo—. ¿Qué se os ocurre?

Los chicos se miraron entre ellos.

—¿No lo ves, Cris? —Claudia no se molestó en ocultar su enojo—. No se les ocurre nada, solo hacen esto para fastidiar.

—¡Eh! —Alexander las miró ofendido—. Esto es mucha presión, necesitamos un poco de espacio, un poco de tiempo para recibir algo de inspiración.

—¡Exacto! —añadió Saúl—. ¿O pensáis que a Cervantes se le ocurrió el *Quijote* en un minuto?

—¿Qué sabrás tú cuánto tiempo tardó Cervantes en imaginar el *Quijote*...!

—Vale, muy bien —terció Leo—. ¿Queréis espacio y tiempo? Pues nosotras nos vamos a la piscina a darnos un baño. Luego nos vemos.

Ni Cristina ni Claudia esperaban semejante arranque de decisión en la pelirroja pero, ya fuera porque les pareció una buena idea o simplemente para reafirmar su camaradería, ambas la siguieron y salieron de la cabaña.

—¡Pues muy bien! —Se oyó la voz de Saúl a sus espaldas—. ¡Que os divirtáis!

Y las chicas se divirtieron muchísimo, no solo nadando durante quince minutos, sino también resaltando todos y cada uno de los defectos de Saúl y de Alexander durante más de dos horas. Y no es que ninguna pensara en serio todas las

cosas que dijeron entre risas y bromas, en el fondo habrían dado sus vidas por

ellos, pero en aquel momento habrían sido capaces de hacer cualquier cosa excepto

de reconocer semejante verdad.

Regresaron a la cabaña a la hora de comer bastante más calmadas y felices.

Pero su paz de espíritu no duró demasiado tiempo porque al entrar en la casa descubrieron que no había nadie y que los muchachos habían dejado un auténtico estercolero de bolsas de patatas y refrescos por doquier.

—¿Qué es esto...?

—¡Pero qué guarros...!

—Un momento. —Claudia se agachó y recogió un folio escrito—. A ver sus brillantes ideas... —Ojeó la página, pasando por alto las manchas de grasa. En una

terrible caligrafía halló escrita la aportación de los chicos—. Personajes — leyó en

voz alta—: Hada... Fumada y Cachonda de la Primavera...

—¿Qué? —Cristina inclinó su rostro sobre el papel—. No hablas en serio.

—¡Valiente Prostíbulo de Tierno Corazón!

Leo abrió unos ojos como platos.

—¡Pero qué cerdos!

—¡Linda Desflorada Feliz!

Claudia dirigió su relampagueante mirada de furia sobre Cristina.

—¡Han mancillado tu obra de teatro! ¡La han convertido en un espectáculo

pornográfico!

Cristina no fue capaz de responder. Sentía la sangre hirviendo en sus mejillas, y su delicada alma, brutalmente ultrajada y humillada.

Las tres chicas salieron de allí tan furiosas e indignadas que dedicaron todo el camino de vuelta al pueblo a criticar de nuevo a los chicos, y lo hicieron con tanta

furia y convicción que ni siquiera Santiago se libró esta vez.

Llegó la noche. El cielo estrellado permanecía distante, eclipsado por la luminosidad de los focos del pequeño estadio del polideportivo.

—¡Bienvenidos al torneo de fútbol de la *gymkhana* de verano! —La voz de Jaime resonó por los altavoces al tiempo que un centenar de espectadores aplaudía

enérgicamente desde las gradas del campo de fútbol sala. Entre tanto, los veinte equipos participantes aguardaban las instrucciones de sus monitores en el interior de la cancha, acompañados por la voz de Joan Jett y su «I love Rock N' Roll».

—¡Sustain Souls! ¡Sustain Souls! ¿¡Dónde están los Sustain Souls!?! —Dulce se

desgañitaba gritando desde una esquina del campo, oteando el horizonte a través de

un tumulto de cabezas.

Santiago se abrió camino entre la muchedumbre, seguido de Saúl y Alexander.

Mientras que los hermanos vestían pantalón corto y espinilleras, Alexander se había

prestado voluntario para posicionarse como guardameta, de modo que vestía un chándal negro y llevaba los guantes en la mano.

La monitora les observó impasible y aspiró el humo de su cigarrillo al tiempo que estiraba su cresta del pelo. Se la había teñido de verde.

—¿Y dónde están las chicas, si se puede saber?

Los muchachos miraron a su alrededor.

—No lo sabemos —respondió Santiago—. Tampoco las hemos visto esta tarde. No estaban en la piscina ni en la cabaña.

—¿Qué cabaña?

Saúl le dirigió una mirada amenazante.

—Oh, ya veo. Tenéis una cabañita en un árbol, qué conmovedor. Y ahora en serio, buscad a las chicas si queréis jugar. ¡Vamos, vamos, vamos!

Los tres obedecieron confusos y se mezclaron de nuevo en el bullicio y la algarabía. Para su sorpresa, no tardaron en divisarlas. Las tres se encontraban hablando animadamente con los chicos de Galope Salvaje.

—¿Pero esos no se iban en agosto? —La voz de Alexander sonó tan evidentemente furiosa que incluso Santiago tuvo que contener una carcajada. Pero su risa se desvaneció cuando se acercaron a ellas, porque fueron recibidos con unas

sonrisas tan glaciares y exquisitas que enseguida comprendió que algo iba terriblemente mal.

—¿Cómo va la reescritura, chicos? —Cristina les dedicó una inocente



expresión de interés.

—Bien, va bien. —Saúl sonrió inseguro—. Solo necesitamos perfilar los personajes un poco más.

—Eso, seguro. —La mirada de Claudia relampagueó silenciosa y a Santiago ya no le cupo ninguna duda de que todas ellas estaban al tanto del desastre. Lamentó

profundamente haberse posicionado a favor de su hermano y Alexander. Él no había imaginado todas aquellas barbaridades, aunque bien era cierto que se había reído tanto como ellos. Pero también era verdad que habían sido incapaces de

escribir nada que tuviera sentido y pudiera representarse. Habían desperdiciado la mañana entera sugiriendo las mayores tonterías del mundo. Y no solo eso, habían sido tan idiotas que se habían olvidado el folio de los personajes en la cabaña. Pero

Saúl era demasiado torpe y egocéntrico como para advertir el enojo de las chicas y,

al parecer, Alexander sufría de incompetencia intelectual cada vez que Gorka aparecía en escena.

Santiago miró de soslayo a Cristina. Ella contemplaba fijamente a Alexander mientras este último parecía muy ocupado observando a Gorka. Pobre Gorka, si las

miradas matasen, habría muerto fulminado en la prueba del payaso. Eso bien lo sabía Santiago. Como sabía también que Cristina estaba tan loca por Alexander como Alexander por ella. Los misteriosos motivos por los que aquella pareja de idiotas no se hubiera besado ni una sola vez escapaban a su precario conocimiento

de la vida.

Al margen de aquello, hacía días que Santiago había dejado de sufrir por

Cristina. Uno no podía pasarse todas sus vacaciones de verano en semejante estado

de tortura emocional. Y no es que hubiera dejado de gustarle, seguía estando completamente enamorado de ella; simplemente había redescubierto a Claudia.

Siempre había creído que Claudia era una tonta engreída, pero ahora entendía que

se había equivocado. Era divertida y guapa y se lo pasaba genial con ella. Cada vez

que Cristina decía a Alexander de mil formas diferentes cuánto le quería, lo que solía suceder una media de veinte veces al día, él se refugiaba en los abrazos de Claudia. Y todo aquello había comenzado cuando ella le besó públicamente en la prueba del payaso. Ella le había besado voluntariamente, ni más ni menos. Santiago

no conocía a ningún niño de once años que hubiera sido besado por una chica mayor y tan guapa delante de tanta gente. Eso por no hablar del beso que le había

dado a Cristina jugando a la botella en el jardín de Alexander. Con lengua incluida.

¡Si los imbéciles de Chupasangre y los demás lo supieran...! Aunque la verdad era

que no terminaba de considerarse muy afortunado. Al parecer, le gustaban

demasiado mayores y siempre llegaba tarde a la conquista. Pero al menos estaban ahí a cada rato, aunque solo fuera para pasarlo bien y hacerle comprender que había

demasiadas chicas en el mundo como para sufrir a causa de una sola.

Por fin el grupo entero se reunió alrededor de Dulce.

—Bien, prestadme atención. En primer lugar espero que no vuelva a repetirse una situación tan vergonzosa como la de la prueba del payaso. Saúl, eso va por ti.

También os agradecería que no salierais corriendo en plena prueba ni os abofetearais unos a otros ni nada similar, ¿de acuerdo?

—Tranquila, Dulce —intervino Alexander—, en esta prueba no tenemos nada que hacer.

Dulce lo miró con burla.

—Yo no estaría tan segura. Si ganáis el primer partido, lograréis un punto y pasaréis directamente a la final.

—No puedes hablar en serio.

—Jaime se ha vuelto loco organizando el torneo. ¡Sois veinte equipos para una prueba de una sola noche! Así que únicamente habrá un partido para cada equipo. Los diez equipos clasificados pasarán a la final y se premiará a los cinco finalistas con cuatro puntos para cada uno.

—Pero las chicas no han jugado al fútbol en su vida. ¿A quién podríamos ganar?

Dulce dirigió a Santiago una mirada divertida.

—A Las Diosas del Alba.

Hubo un revuelo enorme en el grupo.

—Jaime ha decidido alterar el orden de los equipos y ha sorteado los enfrentamientos. —Observó sus caras de profunda impresión y agradecimiento y

sonrió visiblemente satisfecha—. ¡Ah, por cierto! Sois los primeros en jugar.

En ese momento, como si se tratara de un tácito acuerdo, las rencillas y tensiones matinales se disolvieron inevitablemente y la cohesión grupal que les solía caracterizar renació con brillante fortaleza.

—No perdáis más el tiempo y empezad a estirar. Yo estaré en el banquillo.

Alexander vio cómo Dulce se alejaba y luego se volvió hacia el resto del grupo con una radiante sonrisa en el rostro.

—¡Contra Las Diosas del Alba...! —Y soltó una carcajada de júbilo.

—¡Vamos, vamos! ¡Despejad el campo! —gritó Saúl a la muchedumbre, haciendo aspavientos con las manos—. ¡Espacio para las estrellas de fútbol! ¡Venga,

que no tenemos toda la noche!

Los diversos grupos se alejaron lentamente, encaminándose a las gradas. Sin embargo, para consternación de Alexander y diversión de Santiago, Gorka se acercó en ese momento.

—¡Cris! ¡Me he enterado de que juegas la primera!

—Jugamos los primeros. Todos. Todos nosotros —aclaró Alexander, malhumorado.

El chico ni siquiera lo miró.

—Te animaré desde las gradas. Si marcas un gol, no olvides dedicármelo.

Cristina sonrió halagada.

—Claro que te lo dedicaré, Gorka.

—Bueno, hasta luego. —Se dio la vuelta y se marchó apresuradamente.

—¡A ver, atención, atención! —Alexander dio unas palmadas a modo de llamada—. Tenemos que hablar de las posiciones de cada uno.

—Mi hermano y yo seremos los delanteros —comentó Saúl en un tono que no daba lugar a réplica.

—¿Alguna de vosotras quiere ser portera?

Las tres chicas negaron rotundamente con la cabeza.

—Lo imaginaba... Yo seré el portero. Cris, tú serás defensa; y Claudia y Leo, centrocampistas.

—No quiero ser defensa, quiero marcar un gol.

—Pues no vas a marcar ningún gol.

—¿Por qué? ¿Qué clase de dictadura es esta?

—Porque lo digo yo y punto. Por cierto, alguien tiene que quedarse en el banquillo. ¿Algún voluntario?

Todos negaron con la cabeza.

—Pues tú, Cris, empiezas en el banquillo. ¡Todo el mundo a calentar!

—¿¡Disculpa!?! —La chica lo miraba con los ojos desorbitados—. ¿Por qué yo?

—Porque te fatigas con facilidad.

—¿Pero qué dices? ¡Vete tú al banquillo!

—Cris, estoy mirando por ti. ¿Quieres que me vaya yo al banquillo? ¿Quieres ser portera? Puedes ser portera, venga. —Le tendió los guantes.

—No.

—Pues entonces, al banquillo.

Ante la muda sorpresa colectiva, la chica se dio la vuelta y se encaminó al banquillo. Allí se sentó junto a Dulce con expresión enfurruñada y se cruzó de brazos.

Las Diosas del Alba se apresuraron a la cancha con grandes sonrisas pintadas en sus rostros y, entre risas y gritos, rodearon a los Sustain Souls.

—No os paséis con las entradas, ¿eh?

—Por favor, ¡dejadnos marcar un gol!

—Cuidado con nuestras piernas. ¡Son muy delicadas!

Los chicos sonreían visiblemente divertidos.

—No os preocupéis, chicas —replicó Saúl con la más encantadora de sus sonrisas—. Os trataremos como a diosas.

Las chicas rieron y se sonrojaron, y repartieron seductoras miradas tanto a Saúl como a Alexander, y luego se fueron corriendo a la otra zona del campo porque su monitor llevaba media hora llamándolas a voz en grito.

Los dos equipos recibieron sus respectivos monos de colores y varios balones para el calentamiento. Las Diosas del Alba vestían de blanco y Sustain Souls de azul

cielo. Y mientras en las gradas la afición crecía en número y expectación, los jugadores comenzaron sus correspondientes calentamientos.

—¿Qué haces ahí, Cris? —Alexander la miraba impaciente.

—¡Me has dicho que me viniera al banquillo!

—¡Cuando empiece el partido! ¡Ahora ven a calentar! ¡Venga!

La chica se levantó malhumorada y se unió al grupo.

—¡Por Dios, Leo! —explicaba Saúl completamente enervado—. No puedes lanzar con la punta del pie, ni los niños hacen eso. Tienes que golpear con el lateral, así, ¿lo ves?

—¿Cómo que así? ¿Cómo que así? ¡Yo nunca he visto a nadie que lance los balones con el lateral del pie!

—¿Cómo que no? ¿Cómo que nunca...? ¡Leo, todos los jugadores profesionales hacen eso!

—¡No es verdad! ¡Todo el mundo chuta con la punta porque es donde reside la fuerza! ¿Es que nunca has visto *Oliver y Benji*?

—¿Dónde qué?

—Pero Álex, no me queda claro. ¿Qué hago con el balón? ¿A dónde lo lanzo?

—Cristina lo miraba confusa.

—Me lo das a mí o lo desvías.

—¿Y cuando lo desvíe debo lanzarlo a lo loco?

—Sí, a donde sea lejos de la portería.

Santiago rompió a reír a carcajadas.

—¡Eh, Saúl! ¡Me pregunta Claudia si yo entiendo qué es el fuera de juego!

—Mira, Saúl —insistía Leo golpeando malamente la pelota—, ¿ves como así no tengo fuerza? ¿Lo has visto?

Saúl suspiró agotado.

—¡Bah, maldita sea! Jugad como os dé la gana.

El árbitro y el juez de línea bajaron a la cancha.

—¡Cinco minutos para que comience el primer partido de este torneo de

fútbol! —proclamó el coordinador a través de los altavoces del estadio—. ¡Y los equipos que rivalizan por la clasificación son Las Diosas del Alba y Sustain Souls!

Les recordamos que actualmente Cruce de Caminos va en cabeza, con seis puntos acumulados tras su victoria en el torneo de ajedrez y en la prueba del payaso, Sustain Souls les iguala tras su victoria en el torneo de natación y la prueba del payaso, les siguen Los Reyes de Queens con cinco puntos, y Las Águilas Rojas, Salto Mortal y Galope Salvaje con cuatro puntos respectivamente. No estaría de más que en este partido a punto de comenzar, los Sustain Souls se apiadasen de Las Diosas del Alba, las cuales andan escasas de victorias y van a necesitar un milagro

si realmente quieren conseguir esas entradas de U2.

—¡Mira, Cris! —Santiago señaló hacia las gradas—. ¡Ahí está tu abuela!



La chica divisó a su abuela en las gradas laterales, sentada entre doña Gregoria y doña Juana.

—¡ *Abu!* ¡ *Abu!* ¡Te dedicaré el segundo gol!

Doña Elisa sonrió escéptica, al tiempo que Alexander ponía los ojos en blanco. Luego Dulce mandó llamar al equipo y ellos se reunieron a su alrededor. La

monitora les mostró un brazalete blanco y, sin mediar palabra, se dirigió a Santiago

y lo pegó con velcro alrededor de su brazo.

—Buena suerte, chicos.

Santiago se encaminó al punto central, donde el árbitro aguardaba junto a Cárol. Rebeca, Irene y Jessica esperaban varios pasos atrás, y Marga se mantenía en

la portería, vestida con una camiseta de manga larga y pantalones largos de color

azul marino. La chica trataba de ajustarse los guantes y su expresión se tornó er pánico cuando vio a Saúl encaminarse junto al pequeño. Nadie había preguntado a

Marga si quería ser portera, y su torpeza con los balones hacía la situación doblemente insufrible.

—Cara —pidió Santiago.

El árbitro lanzó la moneda y cayó de cruz.

—¡Sacamos! ¡Sacamos! —gritó Cárol, con tanto entusiasmo que Saúl soltó

una carcajada.

De modo que el árbitro hizo sonar el silbato, y el partido por fin comenzó.

Lo que sucedió a continuación fue como un relámpago que nadie pudo ver.

Saúl robó el balón a Rebeca y en apenas unos segundos se halló solo ante la portería. Alzó la mirada para apuntar y descubrió sorprendido que Marga ya no se

encontraba en su posición. Lo miraba temerosa a cinco metros de la portería.

—Pero ¿qué haces ahí?

—¡Marga, vuelve! —Antes de que nadie pudiera darse cuenta, Jessica había

logrado alcanzar a Saúl. En ese momento, la chica extendió la pierna con todas sus

fuerzas, tratando de lanzar el balón hacia la banda, pero tropezó con la rodilla de Saúl y el muchacho aulló de dolor y perdió el equilibrio. Jessica comenzó a saltar a

la pata coja por todo el campo, lanzando aullidos lastimeros.

¿Y dónde estaba el balón?

Leo lo vio abandonado a tan solo cuatro metros de una portería vacía, ya que

Marga continuaba contemplando el juego desde una prudente distancia, como si aquello no fuera con ella, y ni corta ni perezosa, la pelirroja se lanzó a por el esférico.

La portera pareció reaccionar al fin, puesto que de pronto emprendió una

rápida carrera para llegar al balón antes que su contrincante. En un arrebato de coraje, se lanzó de cabeza hacia el balón, y sucedió que ambas coincidieron a la vez

y Leo chutó con la punta de su bota para estrellarse involuntariamente contra la cara

de Marga. La muchacha gimió de dolor y calló bocabajo en el suelo como si fuera

un fardo lleno de piedras. El balón se movió ligeramente hacia un lado y fue

Santiago quien, en un gesto de ética y deportividad, lo lanzó fuera del campo para dar un poco de tiempo a todos los lesionados.

Saúl cojeaba abochornado, Jessica continuaba saltando a la pata coja, Marga

no daba indicios de vida y Alexander bramaba descompuesto desde su portería.

—¡Pero ¿qué estáis haciendo!?

Mientras tanto, la afición gritaba divertida y exultante alrededor del terreno de juego. Se lo estaba pasando en grande.

—¿Quién puede entender este comienzo de partido? —La voz de Jaime sonó

entonces por los altavoces —. ¡No sabemos qué ha pasado exactamente en este primer minuto de juego, pero si las cosas van a seguir así, es posible que para el final del partido no quede ningún superviviente!

Dulce decidió intervenir, y en un autoritario gesto que no permitía réplica, ordenó a Saúl abandonar el terreno de juego. Carlos, el monitor de Las Diosas del

Alba, hizo lo mismo con Marga, quien ayudada por Leo, se había levantado y llevaba las manos cubriendo su rostro. Por su parte, Jessica se acercó tambaleante al

banquillo y, sin ni siquiera pedir permiso a su monitor, tomó asiento en silencio y

se dedicó a contemplar la cancha con expresión de agotamiento. Noelia salió en el

lugar de Marga.

Con respecto a los Sustain Souls, Cristina esperaba de pie en el banquillo. Saúl

se acercó cojeando.

—Sal.

—Pero si no has jugado nada.

—Vamos, este partido es para las chicas. —Tomó asiento ante la mirada divertida de Dulce—. Ten cuidado. ¡Están locas y son imprevisibles!

Ella lo besó en la mejilla y corrió hasta el punto central.

—Atención —intervino el coordinador—, hay un cambio de jugadores en Sustain Souls. Cristina sale al campo a cambio de Saúl y, a juzgar por el saludo, resulta evidente que la pareja ha solucionado sus malentendidos teatrales.

Hubo vítores y risas en las gradas, al tiempo que doña Elisa sentía el peso de la vergüenza cayendo sobre ella.

—¡Cris, baja a la defensa!

Pero Cristina desoyó por completo los gritos de Alexander. Si el chico creía que podía pasarse la noche entera dándole órdenes, lo llevaba claro.

El árbitro dio la señal y Cárol pasó el balón a Irene. Nadie pudo prever lo que sucedió a continuación. Cristina se lanzó a por la pelota y la llevó ágilmente al

área de defensa. A continuación hizo un pase apresurado a Santiago y este remató directamente a la portería. Noelia no pudo hacer nada por evitar el gol.

—¡Increíble comienzo de Sustain Souls! —gritaba Jaime en tono divertido a través del micrófono—. ¿Alguien esperaba piedad? ¡No hay piedad para Las Diosas

del Alba! ¡Sustain Souls quiere ir al concierto de U2 y eso es lo que está consiguiendo!

El público enloqueció y los Sustain Souls se abrazaron entusiasmados.

—¡Cris! ¡Cris! —gritaba Saúl desde el banquillo—. ¡Cris! ¡Lanza a portería!

Cristina se volvió hacia el muchacho. Se sentía exultante.

—¡Te dedicaré mi tercer gol, Saúl!

El rubio soltó una carcajada y Alexander suspiró resignado. Sabía que se lo había ganado a pulso.

—¡Sustain Souls, uno, Las Diosas del Alba, cero! ¡Y el partido acaba de empezar! —La voz de Jaime resonaba por todo el polideportivo—. ¿Hasta dónde subirá el marcador antes de que el árbitro toque el final del partido? ¡Hagan sus apuestas!

Tras aquel primer gol, Santiago se dedicó a pasear por el medio campo

mientras Cristina, Claudia y Leo saboreaban las mieles del protagonismo y del éxito frente a la portería contraria. La afición enloqueció con el elevado número de

faltas, zancadillas y agarrones que se sucedían entre las jugadoras de ambos equipos. Incluso Alexander y Saúl reían divertidos desde sus posiciones, jamás habían presenciado un juego tan evidentemente sucio y tramposo. El árbitro hacía sonar el silbato continuamente y los monitores vociferaban órdenes desde el

banquillo. Por fortuna para los Sustain Souls, todos los balones de Las Diosas del

Alba terminaban en las manos de Alexander. Por otro lado, Cristina pudo cumplir

una de sus promesas y, tras marcar su primer gol, corrió pletórica de alegría a lo

largo del campo, saltando y buscando a Gorka con la mirada.

—¡Gorka! ¡Gorka! ¡Este gol es para ti!

El muchacho vitoreaba desde las gradas.

—¡Otro gol a favor de Sustain Souls! ¡Y Cristina corre por la banda para

dedicarlo! ¡La afición lo celebra por todo lo alto! ¡Sustain Souls, dos, Las Diosas del Alba, cero!

Durante los treinta minutos restantes de partido, el marcador ascendió a siete

goles por parte de Sustain Souls sin que Santiago tuviera necesidad de intervenir en

absoluto. Cristina dedicó su segundo gol a doña Elisa mientras la anciana sonreía y

movía la cabeza en silencio. Leo y Claudia tampoco se quedaron atrás y Noelia no

respiró aliviada hasta que el árbitro tocó el final del partido.

—¡Sustain Souls pasa a la final! ¡El equipo lo celebra entusiasmado, y no es para menos! ¡Han logrado otro nuevo punto para sumar a su lista! ¡En el momento

presente, Sustain Souls se coloca a la cabeza de toda la *gymkhana*! ¡Enhorabuena para el equipo!

Estrecharon las manos a Las Diosas del Alba y los dos grupos abandonaron el terreno de juego. Cristina subió a las gradas, se precipitó hacia su abuela y la abrazó entusiasmada.

—¿Lo has visto, *abu*? ¡Te he dedicado el segundo gol! ¿Lo has visto bien?

—Sí, hija, sí, lo he visto. ¡Dios mío, estás sudando como un pavo!

—¿Me das dinero? Nos vamos a cenar unas *pizzas* a El Mirador.

—Espera que busque en el monedero... Abrígate un poco, no vaya a ser que ahora te quedes fría.

—¿Te vas a quedar a ver nuestro siguiente partido? Jugamos a la una de la noche.

—¡Dios bendito...!

Cristina advirtió las caras de asombro de doña Gregoria y doña Juana y soltó una carcajada.

—¡Cris! —Santiago la llamaba desde el banquillo—. ¡Nos vamos ya!

—¡Adiós, *abu*! —Le dio un beso apresurado en la mejilla y se marchó como un vendaval.

—¡Abrígate! —Doña Elisa suspiró. No hacía carrera de su nieta, pero también era cierto que jamás la había visto disfrutar tanto.

Las Diosas del Alba se habían unido al plan y los dos equipos caminaban a paso lento carretera arriba, en dirección a El Mirador. Cristina y Santiago marchaban algo rezagados, tratando de alcanzar al grupo, cuando de pronto un coche pasó en sentido contrario y al llegar a la altura de Saúl y Alexander, los

pasajeros bajaron la ventanilla trasera.

—¡Que os jodan, Sustain Souls!

Fue una voz áspera y cortante, y a continuación una lata de cerveza salió disparada en dirección a la cabeza de Saúl. El muchacho tuvo el tiempo justo para

apartarla de un manotazo, pero se golpeó en un dedo y bufó de dolor. Luego recogió la lata del suelo, corrió carretera abajo y la lanzó contra el coche, pero el

proyectil cayó al suelo antes de que pudiera alcanzar al vehículo. El golpe contra el

asfalto provocó un escape a presión y la cerveza brotó a propulsión, silbando patéticamente, empapando el asfalto de la carretera.

En silencioso estupor, los dos grupos contemplaron alejarse el coche en la distancia.

Alexander se acercó a Saúl. Este mantenía la mirada fija en la carretera con expresión de auténtica incredulidad.

—Mira quién ha vuelto.

Cuando regresaron al polideportivo, el reloj marcaba las doce y cuarto. Las Diosas del Alba habían prometido animarlos, de modo que se acomodaron en las gradas junto a los Silver Road. Los Sustain Souls atravesaron la pequeña plazoleta y se detuvieron en la puerta de la cancha. Allí Dulce charlaba y comía con el resto de

monitores. Olía a barbacoa por todo el estadio, Jaime estaba asando carne para todos ellos.

Nada más verlos, la monitora se dirigió a ellos.

—Jaime quiere hablar con vosotros.



—¿Por qué? ¿Qué pasa?

El coordinador se acercó en aparente estado de calma.

—Pasa que jugáis contra Los Legionarios del Sur. — Estudió sus reacciones con expresión de gravedad—. Y pasa que no quiero peleas ni problemas de ningún

tipo.

Saúl maldijo en voz baja.

—Debes estar de broma. ¿Tú nos has visto? Tres chicas y un niño pequeño.

¿Por qué nos sueltas ese rollo a nosotros?

—Porque tengo que decíroslo a todos. Ya he hablado con ellos.

—Bien —añadió Saúl malhumorado—, pues ya lo has hecho. —Y sin añadir ni

media palabra más, se encaminó a las gradas y se acomodó entre Las Diosas del Alba y los Silver Road. El resto del grupo le siguió en un tenso silencio.

En ese momento, Metal Riff jugaba contra Locos Fugados.

—¿Cómo va eso, tíos?

—Os habéis perdido nuestro partido... Ha sido épico —replicó Page.

—¿Por qué? ¿Contra quién jugabais?

—Contra Cadillac Rojo. Esos cerdos creen que están en un torneo de *kick boxing*... Casi llegamos a los puños.

Saúl y Alexander se miraron. Ahora entendían que Jaime se sintiera preocupado.

—Os digo una cosa —intervino Heavy—, una sola provocación más por su parte y aquí se arma la de Dios es Cristo. Os juro que solo estamos esperando una excusa.

—¿Y quién ha ganado? —preguntó Leo, cautelosa.

—Eso es lo más divertido. Han ganado ellos.

—No sufras, Ramirito. —Claudia se sentó junto a Heavy y estiró sus largas y bronceadas piernas hasta apoyar los pies en el respaldo del asiento delantero—. De

todas formas la victoria es para Sustain Souls, está escrito en las estrellas. ¿Quién

gana este partido?

El chico contempló sus piernas gratamente fascinado.

—Metal Riff gana dos a uno.

—Bien por ellos. —Sacó un paquete de tabaco de su bolsillo y se encendió un cigarro, fingiendo absoluto desinterés en la atención del muchacho.

Heavy tomó el cigarro de su mano.

—No fumes antes de jugar. ¿Estás loca o qué?

Ella le sonrió divertida.

—A lo mejor soy una loca fugada. ¿Vas a detenerme?

Heavy la contempló silencioso. Una media sonrisa se dibujó en su rostro.

—No me importaría hacerlo.

Santiago observaba la escena con gesto de absoluto estupor. Suspiró abatido.

Desde luego, la vida era un incesante cúmulo de decepciones.

En ese preciso instante el árbitro pitó el final del partido, dando la victoria a Metal Riff. Los Sustain Souls bajaron a la cancha y comenzaron el calentamiento.

Unos instantes después, Los Legionarios del Sur hicieron lo mismo. Ninguno de los

dos equipos parecía sentirse molesto por la presencia del otro, pero se trataba tan solo de una falsa tranquilidad, como el extraño silencio que precede a una tempestad en el mar.

Al poco rato, el árbitro bajó al terreno de juego y los equipos se reunieron alrededor de sus monitores. Leo se ofreció voluntaria para quedarse en el

banquillo, no sentía ningún entusiasmo por enfrentarse a Los Legionarios del Sur.

Alexander se dirigió entonces al resto del equipo, evitando que su mirada recayera en Cristina.

—Recordad vuestras posiciones.

Desde el primer minuto de partido el terreno de juego se convirtió en un

campo de batalla. Los Legionarios del Sur arremetían con tanta brutalidad que las chicas entraban en pánico y perdían los balones antes incluso de que los jugadores

hubieran llegado a ellas. Alexander voceaba órdenes desde la portería y Saúl redoblaba sus esfuerzos para compensar la carencia de destreza deportiva del equipo.

A los diez minutos de partido, Los Legionarios del Sur ganaban ocho a cero.

—¡Cris! ¡Baja a la defensa!

Pero la chica fingía no oírle.

—¡Baja a la defensa! ¡Baja a la defensa, joder!

Cristina no bajó a la defensa, pero afortunadamente en aquel preciso instante

tampoco fue necesario, porque Santiago cortó un pase entre los dos defensas del equipo contrario y lanzó el balón a la portería. Fue un gol tan inesperado para unos

como para otros.

—¡Gol de Sustain Souls! —Jaime gritaba por los altavoces— ¡Gol de

Santiago! ¡El niño marca el primer gol de Sustain Souls! ¡Y qué golazo!

¡Impresionante, por toda la escuadra! ¡Los Legionarios del Sur apenas han reaccionado todavía! ¡Los Legionarios, ocho; Sustain Souls, uno!

Santiago no corrió para celebrarlo. Sabía que sería necesario un milagro para ganar aquel partido, pero atravesó el campo a paso jactancioso y con la cabeza

erguida, saboreando los aplausos que le llegaban desde las gradas.

El partido se reanudó con nuevos ánimos. Beni Mariposas controlaba ahora el balón. Cristina intervino entonces y se encaró con este último, pero el chico respondió con una serie de burlones regateos, sin prisa aparente por deshacerse del

balón y provocando que Cristina bailara a su alrededor. Ella seguía sus pies y buscaba imparable el modo de arrebatarse la pelota.

La situación comenzó a molestar a la afición, la cual veía en semejante

despliegue de habilidades una evidente intención de humillar a la chica. Desde las gradas, un centenar de voces comenzó a corear el nombre de los Sustain Souls, pero antes de que Cristina tuviera una nueva oportunidad de robar la pelota, Saúl emergió por su derecha y se enzarzó en un confuso regateo. Finalmente, el árbitro

pitó el final de la primera parte y los muchachos se reunieron en el banquillo, alrededor de Dulce.

—Mierda de partido.

Cristina y Leo tomaron asiento en el banco, mientras el resto bebía agua de unas botellas que Dulce había comprado para la ocasión.

Alexander se dirigió entonces a Cristina y lo hizo en un tono visiblemente irritado y carente de paciencia.

—¿Por qué no bajas a defender? ¿Cuántas veces tengo que llamarte?

Ella lo miró furiosa.

—Bajaré cuando me apetezca.

—¿Qué? ¿A cuento de qué viene eso?

—Déjala tranquila. —Saúl se sentó junto a la chica.

—¡No le des la razón! ¡Habíamos acordado las posiciones!

—Déjala en paz, vamos a perder igualmente. —Tomó una botella de agua y la volcó sobre su cabeza.

Alexander ignoró a Saúl y se volvió de nuevo hacia ella.

—Si te digo que bajas a defender, tú bajas y punto. Saúl y Santiago se encargan

de marcar los goles. Si te digo...

Cristina se levantó como un perro rabioso.

—¿Por qué?! ¿Por qué tengo que hacer lo que tú digas!?

—¡Silencio! —intervino Dulce—. ¡No empecéis con vuestros dramas, por favor!

—¡Porque yo sé jugar al fútbol y tú no! ¡Lo único que están haciendo esos cabrones es vacilarte y reírse de ti!

—¡Vaya, exactamente igual que tú!

Alexander la miró boquiabierto.

—¿Qué?

—¡No pienso hacer siempre lo que tú me ordenes! ¡Estoy harta de tus órdenes!

¡Si quieres esclavas a tu servicio, grita a tu maldito prostíbulo de tierno corazón, degenerado asqueroso!

El chico enmudeció asombrado.

Cristina se sintió invadida por una rabia que había tratado de reprimir durante todo el día.

—¡Lo has estropeado todo! ¡Y encima me has mentado, mentiroso, que eres un mentiroso!

—¿Cuándo...? ¿Cuándo te he mentado...?

En aquel momento Cristina ya lo sabía con tanta certeza que no hubo ni un atisbo de duda en su acusación:

—Ayer por la noche no te quedaste dormido.

Saúl lo miró atónito.

—¿Qué dice de ayer por la noche, *mamonazo*?

Leo contempló a Cristina con expresión de desprecio.

—Lo sabía.

Santiago suspiró deprimido y Dulce intervino de nuevo:

—¡Callaos ya! ¡Estáis dando el espectáculo!

Cristina se dio la vuelta y salió corriendo en dirección a la salida. Guiado por un impulso, Alexander se apresuró a seguirla, pero se detuvo bruscamente al descubrir a Gorka bajando por las gradas, tratando de alcanzarla. Desbordado de una furia incontrolable, Alexander le señaló desafiante:

—¡Tranquilito, chaval! ¡Que corra el aire!

Gorka lo miró temeroso y regresó a su asiento.

—¡Álex! —La voz de Saúl se oyó amenazante a sus espaldas —¡No me jodas con esta mierda ahora! ¡Jugamos en cinco minutos!

De modo que el chico se dirigió de nuevo al banquillo, no sin que comprobara enervado que Gorka volvía a levantarse de su asiento para dirigirse a la salida.

Así mismo, Dulce contemplaba perpleja cómo Cristina se alejaba del polideportivo. De pronto fue Santiago quien se encaminó a la salida.

—Y tú, ¿a dónde vas?

El chico la miró malhumorado.

—A mear.

Abandonó la cancha y subió las escaleras en dirección a la pequeña plazoleta.

El tiempo apremiaba, de modo que buscó un coche o una pared donde poder orinar

discretamente. Caminó hacia las casas del pueblo, pero a varios metros de ellas encontró a Gorka y a Cristina ocultos en las sombras. El chico susurraba palabras

que Santiago no pudo ni quiso alcanzar a oír. Se dio la vuelta y se encaminó hacia el

viejo campo de fútbol. Descendió la calleja a paso rápido. Había mujeres y algunos

niños caminando por allí. Santiago se orientó de nuevo de cara a la pared.

—¡Oye, niño, ni se te ocurra! ¡Vete a tu casa a orinar! ¿Sabes quién vive en frente de esa fachada? ¡Adivínalo!

Santiago apenas miró a la señora y, ligeramente abochornado, descendió la

calle buscando un nuevo escondite. De pronto se le ocurrió entrar en el estadio del

viejo campo de fútbol. Sus altas paredes de cemento impedían la visibilidad, de modo que allí nadie podría verle.

Descendió hasta llegar a la gran portezuela azul y entró en el lugar. La noche

caía oscura sobre el terreno, apenas podía ver nada. Caminó algunos pasos y se orientó de cara a la pared.

—¡Pero si es Barrotes!



Se volvió sobresaltado. De entre las sombras vio surgir al Entumecido, Juanito Chupasangre y el resto de muchachos de la pandilla.

—No, Barrotes, no, llámale Héroe, porque ahora resulta que es el héroe de la función.

Los chicos rodearon al pequeño.

—¿Eres el héroe de la función? —Chupasangre le pegó una suave bofetada.

Santiago se hizo a un lado, no podía creer que aquello estuviera sucediendo, el partido estaba a punto de empezar y no podía perder el tiempo.

—Te estoy hablando, ¿estás sordo?

El Entumecido intervino.

—¿Dónde está tu novia? ¿No viene a defenderte?

Los muchachos rieron.

—Oh, mirad todos. —Chupasangre señaló el brazalete blanco en la manga de Santiago—. Pero si es el capitán del equipo —arrancó el brazalete y lo arrojó al suelo.

Santiago se dio la vuelta y salió corriendo.

Apenas había dado cinco pasos hacia la salida cuando sintió un brusco empujón y cayó al suelo de bruces. Antes de que pudiera intentar levantarse, tenía a

Chupasangre sentado a horcajadas sobre él. Sintió cómo le agarraba violentamente

del pelo y luego aquella repugnante voz en su oído:

—¿A dónde crees que vas...?

Alexander miró el reloj una vez más.

—¿Pero dónde está tu hermano?

Saúl tenía la mirada fija en la plaza, más allá de las gradas, pero no distinguía a Santiago entre la multitud. El árbitro se acercó de nuevo.

—Si no salís al campo en dos minutos, doy la victoria a Los Legionarios del Sur.

Los chicos se miraron. Había formas mucho más dignas de perder aquel partido.

Santiago estaba recibiendo la paliza de su vida. Encogido en el suelo, se había cubierto el rostro con los brazos para protegerse de las patadas de Chupasangre y el

resto de la pandilla. Una parte de sí mismo se había rendido hacía ya rato. No podía

hacer nada contra todos ellos ni por regresar al partido. Oyó el sonido de un violento carraspeo y luego alguien escupió sobre su brazo. Le embargó entonces un

odio que nacía de la más profunda impotencia y desesperación. Pataleó ciegamente

y rompió a llorar. A cambio recibió un nuevo torrente de patadas e insultos.

Y de pronto, nada.

Un silencio incomprensible sobrecogió la oscuridad del estadio.

Santiago abrió los ojos lentamente y apartó los brazos de su rostro. En la puerta, recortada al contraluz de las farolas de la calle, se encontraba la silueta de su hermano Saúl.

El adolescente se abrió camino a paso lento. La luz de los focos del estadio iluminaba su mirada, una mirada de absoluta conmoción.

Los muchachos retrocedieron lentamente, con sus ojos clavados en el recién llegado.

—¡Su hermano! ¡Es su hermano!

Reaccionaron todos al tiempo y se alejaron en desbandada hacia el interior del recinto. La oscuridad los envolvió enseguida. Solo uno de ellos se lanzó hacia la fachada de cemento y se encaramó a ella ágilmente para poder saltar a la calle. Saúl

fue más rápido y se abalanzó sobre él a tiempo de atraparlo por una de sus piernas y

obligarlo a bajar al suelo de nuevo.

El niño gritó asustado y trató de zafarse, pero Saúl le había agarrado

firmemente por los hombros. Fue entonces cuando descubrió que se trataba del primo pequeño de Beni Mariposas. Un odio visceral le hizo alzar el brazo, con la

firme intención de golpearle en la cara con el dorso. Entonces le vio cerrar los ojos

y desviar el rostro a un lado, preparado para recibir el impacto.

Saúl le contempló en silencio y, tras un breve instante de duda, supo que no era

capaz de pegar a un niño. Ni siquiera a un niño tan despreciable como aquel.

Furioso, le empujó violentamente hacia la salida.

—¡Lárgate!

Chupasangre cayó al suelo y gimió dolorido, se había desollado las rodillas.

Luego se levantó velozmente y salió corriendo del recinto sin mirar atrás.

El adolescente se volvió hacia su hermano. Santiago se había levantado y

trataba de limpiarse la sangre de la nariz, la tierra y las lágrimas. Se miraron en silencio y Santiago advirtió en Saúl una mirada de incredulidad y dolor, como si de

pronto le estuviera viendo por primera vez en la vida, como si no le hubiese conocido de verdad hasta entonces.

El pequeño sintió un dolor más insoportable que el causado por los golpes, era el dolor de la vergüenza. Incapaz de sostener aquella mirada, salió corriendo del recinto.

—¡Santi!

Y en su loca huida, Santiago tropezó con Cristina y Gorka.

—¿¿Santi??

Pero el niño no se detuvo hasta llegar de nuevo al banquillo. El partido

acababa de comenzar en aquel momento. Claudia y Leo trataban de mantener el tipo

frente a Los Legionarios del Sur mientras Alexander se mantenía en la portería.

Dulce se llevó las manos a la cabeza cuando lo vio llegar.

—¿Se puede saber dónde os habéis metido todos? —Pero enmudeció cuando

descubrió el lastimero aspecto del pequeño—. ¡Dios bendito! ¿Qué te ha pasado?

El pequeño tomó una toalla que descansaba sobre el banco y la usó para limpiarse la sangre de la nariz.

—Me he caído... ¿Puedo salir?

—¿Cómo que te has caído? ¿Dónde te has caído?

Pero Santiago se limitó a limpiar su rostro con la toalla. Luego la arrojó sobre el banco.

—¿Puedo salir o no?

—Sal ya. ¡Vamos, vamos!

Y salió al terreno de juego.

Cristina llegó en ese momento.

—¿Dónde está Santi?

—¿Qué le ha pasado en la cara?

La chica estaba a punto de contar lo poco que sabía sobre todo aquello cuando de pronto se le paralizó el corazón. Por el pasillo de la tribuna opuesta, a paso lento pero firme, caminaba Juanito Chupasangre.

La chica rastreó con la mirada el pasillo por donde avanzaba el pequeño, y a pocos pasos frente a él encontró al grupo de los Cadillac Rojo. Un chico que no había visto nunca se encontraba entre ellos. Le impresionó su aspecto, vestía una camiseta sin mangas que dejaba a la vista sus delgados brazos de piel cetrina.

Profundas ojeras surcaban sus ojos. Llevaba la cabeza rapada, un pendiente de

aro

en el lóbulo izquierdo y un tatuaje de una calavera en el brazo derecho. Lo miró a

los ojos y halló en ellos una mirada tan opaca y oscura que sintió un estremecimiento.

—¿Quién es ese, Dulce?

La monitora siguió su mirada y luego murmuró en un susurro:

—Es Roque Mariposas. Incluso en Talavera lo conocemos todos.

El único motivo por el que Roque Mariposas no estaba participando en el campeonato de fútbol era su falta de interés en el concierto de U2. Pero ahora, contemplando el espectáculo desde las gradas junto a los miembros de Cadillac Rojo, fumando y bebiendo cerveza, no podía dejar de sentir cierta envidia de su hermano. Le hubiera encantado tener la posibilidad de colaborar en semejante goleada contra Barrotes y el Alcadesito. Estaba disfrutando de lo lindo con la frustración de aquellos dos engreídos. Ahora que Saúl había desaparecido del terreno de juego, la situación se había vuelto mucho más humillante para

Alexander, quien contemplaba el desarrollo del partido con evidente expresión de derrota e impotencia. Se lo tenía bien merecido, llevaba ya varios años necesitando

semejante lección de humildad. Lo que Roque no podía comprender era el apoyo y

la simpatía que los Sustain Souls despertaban en las gradas.

Por otro lado, se sentía bastante satisfecho con su decisión de haber regresado a Vistaclara, incluso había podido suavizar algunas tiranteces con su hermano.

Aquella larga temporada alejado de todos le había servido para facilitarle una rápida reconciliación con su familia.

En aquel momento vio a Saúl caminar a paso lento en dirección a su banquillo.

Le dijo algo a su monitora y ella solicitó su entrada. A Roque le sorprendió la expresión hermética de su rostro. Para estar recibiendo semejante paliza, se mostraba mucho más indiferente y calmado que su amigo Alexander. De pronto le

vio alzar la mirada y durante un segundo se cruzó con la suya. Fue un brevísimo instante, apenas un centelleo en el que advirtió un odio contenido y certero. Luego

le vio retomar el partido y se dijo a sí mismo que la provocación de haberle arrojado una lata de cerveza desde el coche parecía haber dado resultado.

—¡Roque...!

La voz de un niño le sacó de sus pensamientos. Se volvió sobresaltado hacia su

derecha y contempló abrumado el rostro enrojecido y lloroso de su primo Juanito.

—¡Juan! ¿Qué te ha pasado?

Los chicos de Cadillac Rojo profirieron una oleada de exclamaciones cuando descubrieron al pequeño.

El niño se secó las lágrimas, pero a duras penas podía controlar su llanto.

—Me han pegado.

—¿Quién? ¿Quién te ha pegado?

—Barrotes.

—¿Qué? —Confundido, Roque Mariposas dirigió su mirada al campo de juego. Santiago corría tras el balón, regateando y haciendo pases a su hermano.

—¿Pero cuándo?

—En el descanso del partido.

—¿Ese niño mierda te ha pegado en el descanso de este partido?

Juanito Chupasangre levantó la cabeza lentamente y sus pequeños ojos brillaron oscuros y malévolos.

—No. No hablo de Barrotes Pequeño, hablo de Barrotes Grande.

Antes de que Roque hubiera tenido tiempo de reaccionar ante semejante revelación, la voz de Jaime resonó inesperadamente por todo el estadio.

—¡Gol de Santiago! ¡Gol de Sustain Souls! ¡El pequeño del grupo vuelve a marcar contra los Legionarios del Sur! ¡Ha sido un visto y no visto, algo completamente inesperado! Y aunque los Sustain Souls no tienen apenas posibilidades de remontar este partido, el marcador asciende de nuevo a su favor.

¡Legionarios del Sur, trece, Sustain Souls, dos!

Fue entonces cuando en medio de los vítores y aplausos, Saúl se dirigió decidido hacia su hermano, quien caminaba de regreso al medio campo y, sin mediar palabra, lo tomó del brazo y lo arrastró sin contemplaciones hacia la tribuna

de los Cadillac Rojo. Se detuvo ante ellos y alzó el brazo del pequeño en actitud triunfal.



—¡Mariposas!

Un centenar de testigos enmudeció al instante. No había mayor provocación para Roque y su hermano que el uso de aquel mote.

—¡Óyeme bien porque no pienso repetírtelo!

Roque Mariposas le miraba fijamente. El pálpito de una violencia contenida se

había dibujado en su semblante.

—¡Este es mi hermano y no le toca ni Dios! ¿¡Te has enterado, soplapollas de mierda!? ¡Chupasangre, esto también va por ti! ¡A mi hermano no le toca ni Dios!

¡Y te juro que a la próxima te reviento vivo esa cara de comemierda que tienes!

Cristina nunca olvidaría lo que sucedió a continuación. Primero fue el silencio. Un silencio producido por todas las personas que se encontraban aquella noche en las gradas. Un silencio de estupefacción y sorpresa. Ni siquiera Jaime parecía reaccionar a través del micrófono. Tampoco Dulce ni el resto de monitores,

quienes observaban el enfrentamiento completamente paralizados. Ni tampoco los familiares y amigos de los jugadores, ni el resto de los grupos de la *gymkhana*.

Pero aquel silencio duró tan solo un segundo.

Con el brazo rodeando los hombros de su hermano en actitud protectora, Saúl

hizo un amago de volverse hacia el campo, cuando de pronto un proyectil voló fulgurante desde la posición de Cadillac Rojo. El jugador apenas reaccionó cuando

sintió el impacto en la sien. Una exclamación general sacudió el estadio. Ante la mirada asustada de Santiago, Saúl se llevó la mano a la cabeza y sintió algo líquido

y caliente deslizándose entre sus dedos. Luego vio la lata de cerveza en el suelo y

solo pensó que en aquella ocasión no había podido apartarla de un manotazo.

Repentinamente mareado, se tambaleó y cayó de rodillas al suelo. Santiago profirió un grito mientras el resto del equipo contemplaba la escena completamente

sobrecogido.

—¡Saúl! —La voz de Leo sonó en un desgarró de miedo y sorpresa, y luego la muchacha corrió en su auxilio.

Y todo esto sucedió apenas unos segundos antes de que los Silver Road y los

Metal Riff invadieran el terreno de juego y lo cruzaran a la carrera en dirección a

las gradas enemigas. Galope Salvaje no quiso quedarse atrás. Los Cadillac Rojo saltaron también al terreno de juego y en pocos segundos la cancha de fútbol sala se

convirtió en un campo de batalla.

«Dios santo...».

Durante un instante el pánico ahogó la voz de Jaime.

Al mismo tiempo, Leo, Claudia, Cristina y Santiago gritaban aterrados

mientras trataban de evitar que Saúl quedara sepultado bajo semejante avalancha.

—¡Alto! ¡Alto o quedáis todos descalificados! —El coordinador reaccionó por

fin ante una situación que amenazaba con terminar siendo realmente peligrosa —.

¡Metal Riff y Silver Road, volved a las gradas! ¡Cadillac Rojo, estáis descalificados!

¡Estáis todos descalificados! ¡Volved a las gradas! ¡He dicho que volváis a las gradas!

Y mientras las chicas lograban levantar a Saúl y encaminarlo hacia el

banquillo, Alexander luchaba frenético por llegar hasta ellas. No solo se encontraba

angustiado por Saúl, la mera visión de más de sesenta chicos enzarzándose en una

pelea alrededor de Santiago y las chicas le había sobrecogido por completo. Pero su avance era lento y en ocasiones imposible, cada vez que trataba de avanzar, algún

miembro de Los Legionarios del Sur o de Cadillac Rojo intentaba agredirle desde

cualquier frente. Le sangraban la nariz y el labio cuando logró acercarse a la posición de Saúl, para descubrir asustado que ni el rubio ni las chicas se encontraban allí.

Paralizado, buscó con su mirada en derredor y atisbó al resto de la pandilla llegando por fin al banquillo. Las chicas habían logrado esquivar la pelea y proteger a Saúl. Sin embargo, su alivio no duró más de un parpadeo, porque en apenas un instante, sintió un fuerte agarrón por su hombro y luego vio el puño de

Beni Mariposas directo a su rostro.

Desde el banquillo, Dulce gritaba y maldecía nerviosa pero enmudeció cuando vio a las chicas y a Santiago salir de la pelea y arrastrar a Saúl en dirección al banquillo. El rubio iba dejando un reguero de sangre a su paso.

—¡Voy a mataros a todos! ¡Voy a mataros a todos! —gritaba con la mano en la ceja y mirando hacia atrás.

—¡Cállate, Saúl! ¡Por Dios, cállate! —Dulce tomó una toalla y la presionó contra la ceja del muchacho.

Para alivio del grupo, Alexander regresó por fin, todavía sangrando y sudando sofocado.

Un hombre de mediana edad descendió las gradas a paso rápido y se dirigió hacia Saúl. Se trataba de don Federico, el médico del ambulatorio del pueblo. Sin mediar palabra, apartó la toalla y examinó la brecha del chico.

—Subidle a mi coche. Hay que llevarle al ambulatorio.

Dulce y Alexander cargaron con el muchacho y le hicieron subir las gradas a paso lento. Entre tanto, Jaime continuaba vociferando y los monitores trataban de poner paz en aquella descomunal refriega.

Las Diosas del Alba y otra docena de grupos contemplaban el espectáculo en auténtico estado de *shock*. Incluso Los Reyes de Queens permanecían en sus asientos, incapaces de intervenir entre tanta violencia.

Los Sustain Souls subieron las gradas y llegaron a la pequeña plazoleta. Don

Federico se dirigió a su coche, lo arrancó y lo acercó a Saúl. El chico se sentó atolondradamente en el asiento de atrás, escoltado por Santiago y Leo. Dulce tomó

asiento junto al conductor y el coche partió velozmente en dirección al ambulatorio.

—Vamos andando —dijo Alexander, todavía secándose la sangre con el dorso del brazo.

Lo último que vio Cristina antes de abandonar la plaza y dejar el polideportivo

a sus espaldas, fue la marejada de peleas que se estaban sucediendo en el interior de

la cancha de fútbol sala.

Fue una noche muy larga. Don Federico cosió la brecha de Saúl en el

ambulatorio y luego lo llevó en coche al hospital de Talavera para hacerle una radiografía. Su madre fue avisada a tiempo para poder acompañarle, y Santiago y

Alexander fueron con ellos. Las chicas se despidieron en la plaza principal del pueblo, justo cuando el reloj marcaba una sonora campanada.

Mientras tanto, el polideportivo había quedado desierto y cubierto de latas vacías de refrescos y bolsas de patatas. Desde lo alto de las gradas, Jaime contemplaba la cancha de fútbol sala con el sabor del fracaso en los labios.

—Llevo diez años trabajando como animador sociocultural y jamás en mi vida he visto nada parecido a lo que ha sucedido aquí esta noche.

Dulce, Joaquín y Borja, el monitor de Cadillac Rojo, guardaron un pesaroso silencio. Jaime prosiguió.

—Habíamos planeado todo esto para mantener a los chavales alejados de las

peleas y las drogas, y al parecer estamos logrando justo lo contrario.

—Los grupos de la *gymkhana* son ahora bandas —corroboró Dulce con expresión de gravedad—. Hemos creado bandas callejeras. Hay que parar esto de alguna manera.

Borja hizo una mueca de disgusto. Lamentaba profundamente que todo aquello hubiera sucedido a causa de sus chicos, pero no podía evitar hablar en su defensa.

—No podemos castigar a todo el grupo por lo que ha hecho uno solo.

—¿Y quién ha sido, Borja? ¿Estabas tú ahí para verle? —Dulce suspiró agotada.

—No importa quién haya sido —intervino Jaime—. Incluso si el culpable lo reconociera y fuera expulsado, el resto conseguiría su entrada para el concierto.

¡Ellos quieren el premio y todo lo demás les da igual!

—Pues cancelemos la *gymkhana*. —Joaquín habló por primera vez—. Llevo todo el verano viendo venir este problema. Mi grupo es conflictivo, el de Borja también, el de Dulce también, y hay otros más como Los Reyes de Queens, Silver

Road o Galope Salvaje que...

—¡Los chicos de mi grupo no son conflictivos! ¡Están siendo agredidos por los vuestros!

—¡Por Dios, Dulce! ¡Los tuyos siempre crean problemas allá donde van!

—Os estáis desviando del tema —zanjó Jaime, haciendo un movimiento con la mano—. Lo que importa ahora es decidir qué vamos a hacer a continuación.

—¿Cómo vamos a controlar esto?

—Esto no se puede controlar, son unos salvajes y unos descerebrados.  
¿Habéis

visto bien lo que ha pasado? ¡Ha sido aterrador! —Joaquín se mesó el cabello —.

¡Qué pesadilla de verano...! ¡Llevo un mes en tensión tratando de mantener a Los Legionarios lejos de Sustain Souls, pero yo no soy un policía! Se supone que los monitores estamos aquí para orientar y divertir a los chicos, no para vigilar cada paso que dan.

—Vamos a reunir a todos los monitores para mañana a primera hora —  
sentenció Jaime—. Hay que tomar decisiones.

Llevaban casi una hora esperando en la sala de urgencias del hospital cuando

Alexander y Saúl, completamente aburridos, se levantaron y salieron a tomar el aire

a la calle. Santiago se había quedado dormido sobre el regazo de su madre y ella se

dejaba tranquilizar por las palabras de ánimo de don Federico.

Los chicos se sentaron en la acera. Estaban agotados y sudorosos.

—Tu madre no ha abierto la boca en toda la noche.

—Se está reservando para cuando lleguemos a casa.

—Saúl... —Alexander suspiró abatido. No encontraba la forma de sincerarse, el sentimiento de culpa se le estaba haciendo insoportable—. Tengo que contarte muchas cosas.

El rubio lo miró con curiosidad y en ese momento Alexander tomó aire y empezó a hablar. Habló de Santiago y de aquella mañana en la cabaña, cuando el niño le confesó quiénes eran los chicos que le pegaban. Se había mantenido alerta durante los primeros días, pero Santiago había permanecido siempre con ellos y no había vuelto a suceder nada más, de modo que había terminado por bajar la guardia.

Después habló de Cristina y de lo que sentía por ella y de todas las formas posibles en las que había tratado de evitarla.

Saúl se mostró sorprendido y furioso, especialmente con respecto a lo de su hermano. Se sentía engañado y burlado y no dejaba de sorprenderle que jamás hasta

entonces se le hubiera pasado por la cabeza la idea de que estuviera siendo agredido. Así que maldijo a Alexander una docena de veces y después se quedó en

silencio, bostezó y le ofreció un nuevo cigarrillo. Tenía un dolor de cabeza criminal pero se sentía más tranquilo, aunque no encontrase ni un solo motivo para

estarlo. Quizá porque de pronto las piezas perdidas del *puzzle* empezaban a encajar y le resultaba más fácil entenderlos a todos.

De pronto la voz de Alexander le sacó de sus pensamientos.



—Me ha pasado algo esta noche.

—¿Algo más? Pues no sé si estoy preparado para...

—Mientras intentaba encontraros, en medio de toda esa avalancha.

—¿Qué ha pasado?

—Estaba tratando de volver al banquillo cuando Beni se me echó encima y caímos los dos al suelo. Logré ponerme sobre él. Le tenía acorralado como a una

presa. Habría podido romperle todos los huesos de la cara, pero no lo hice.

—¿Por qué?

—Porque en ese momento pensé en el bajo.

—¿En el bajo?

—Pensé: «¿Cómo voy a tocar el bajo si me hago daño en los dedos?».

Saúl lo miró asombrado.

—Es cierto.

—Así que me levanté y lo dejé escapar.

—No importa, Álex, hiciste bien.

Alexander le dirigió una mirada de gravedad.

—¿Te das cuenta, Saúl? La música no es compatible con las peleas. No sé en qué posición nos deja eso frente a Los Legionarios y Cadillac Rojo.

Se quedaron los dos en silencio, reflexionando acerca de aquellas palabras.

Luego Alexander habló de nuevo.

—¿Qué crees que va a pasar ahora con la *gymkhana*?

—Esto ya no es una *gymkhana*, Álex, esto es una guerra.

—Pero no habría mejor forma de ganarles que ganando la *gymkhana*.

—¿Y si no la ganamos?

Alexander se mordió el labio.

—Si no la ganamos... Cuenta conmigo para lo que sea.

—¿Para lo que sea?

—Eso he dicho.

Eran las cuatro de la madrugada cuando Saúl recibió el alta médica. No había rastro de lesiones cerebrales en la radiografía. Su madre respiró aliviada por primera vez en aquella larga noche. Luego todos subieron al coche y regresaron a

Vistaclara.

Dejaron a Alexánder en la puerta de su casa y a don Federico frente a la suya.

Al llegar a casa, Saúl llevó a Santiago casi arrastras hasta su habitación. Le dejó sobre la cama y el niño volvió a dormirse casi al instante. Saúl le quitó las zapatillas y las espinilleras, se sentó en la cama y contempló los golpes en su rostro. Luego

vio a su madre entrar en el cuarto y sentarse junto a él.

—¿Cómo han podido hacerle algo así? ¡Es una vergüenza...! —había agotamiento y tristeza en su tono de voz.

A Saúl se le partió el corazón. Un odio visceral y profundo asomó a su mirada.

—Tranquila, voy a encargarme de esto.

—¡No vas a encargarte de nada! —Fue un susurro furioso y enérgico—. Te lo prohíbo, Saúl. ¿Te ha quedado claro? Te lo prohíbo.

—¿Qué estás diciendo?

—Óyeme bien, no puedo quedarme tranquila en casa ni ir a trabajar sabiendo que estás buscando pelea. Cuida de tu hermano y no le dejes solo, eso es suficiente.

No empeores las cosas.

—¡Mamá...! ¡No voy a dejar que se rían de nosotros! ¡No vamos a ser los tontos del pueblo!

Santiago frunció el ceño y murmuró algo entre dientes. Ambos le miraron expectantes, pero el niño no despertó.

—No se ríen de nosotros porque les parezcamos los tontos del pueblo, solo te provocan porque eres una presa fácil, ¡siempre caes en su juego!

—¡No es así! ¡No funciona así! ¡Solo intento proteger nuestra dignidad!

—¿Quieres proteger nuestra dignidad? ¿Quieres protegerla de verdad? Pues olvídate de las peleas y ayúdame a llegar a fin de mes. ¡Eso sí sería protegernos!

¡Eso sería comportarte como un hombre! Ya que tienes tantas ganas de serlo, trata

de ser uno ejemplar.

Saúl la miró sorprendido.

—Eres tú siempre quien me quita la idea de trabajar.

—Porque quiero que estudies y salgas de este pueblo, que seas alguien en la vida. Pero ya no se me ocurre qué hacer para que te alejes de los problemas...

—

Enmudeció de pronto y suspiró.

Saúl tomó aire antes de hablar. Apenas podía creer lo que estaba a punto de decir.

—Puedo trabajar durante las fiestas.

Ella le miró atónita. Conocía el enorme sacrificio de aquellas palabras, pero desgraciadamente, no podía permitirse el placer de rechazar su ofrecimiento.

—Eso nos vendría muy bien.

Saúl suspiró.

—Vale. —Luego levantó la mirada—. Pero no me pidas que estudie.

—Saúl...

—Mamá —La miró fijamente—, no quería que lo supieras hasta que nos vieras sobre el escenario, pero voy a decirte algo.

Ella le miró angustiada y Saúl esbozó una sonrisa de burla.

—No es algo malo, no pongas esa cara.

—A ver si ahora resulta que me vas a dar una alegría.

—Mira, sabes que papá enseñó a Santi a tocar la guitarra. Bueno, solo hacía algo de ruido, eso es todo.

—¿Qué pasa, Saúl?

El chico esbozó una preciosa sonrisa.

—Creo que tenemos un genio en casa.

Cuando Alexander entró en su casa, no esperaba encontrar a su padre al pie de la escalera. El muchacho lo miró a los ojos y supo que el suceso del polideportivo

había llegado a sus oídos.

—¿De dónde vienes?

—Del hospital.

—¿Cómo es posible que siempre estéis en boca de todo el mundo?

—Saúl está bien, gracias por tu interés. —Se dirigió a la escalera y subió los primeros escalones.

—Los amigos siempre por delante, ¿eh, Alexander?

El chico se detuvo en seco y lo observó con desprecio.

—¿Por delante de qué?

—¡Por delante de todo, desde luego! ¡Por delante incluso de la familia!

Alexander soltó una carcajada de burla.

—¿Qué familia? —Se volvió de nuevo y continuó subiendo los peldaños.

—¡Baja ahora mismo! ¡Estoy hablando contigo!

El chico se giró de nuevo. Esta vez su mirada relampagueaba de furia.

—¿¡Qué quieres!?

Su padre lo miró atónito durante un segundo y luego su semblante se enrojeció a causa de la indignación.

—¡Serás niño...! ¡Al final lo que te falta es un buen guantazo en esa boca de arrogante que tienes! ¡Baja ahora mismo!

—¿¡Para qué!? ¿¡Para hablar de la familia!? —Alexander bajó los peldaños hasta situarse a un metro de su padre—. ¡Define familia! ¡Vamos, define familia!

—¡Cuidado, Alexander! ¡No me faltes al respeto!

—¡No tienes ni la menor idea de lo que significa esa palabra! ¡Ni la menor idea!

—¡Ni se te ocurra hablarme en ese tono! ¡Te estás buscando problemas!

—¡No te soporto! ¡Déjame en paz! —Subió las escaleras y se encerró en su habitación. Desde el interior escuchó a su madre, que se había levantado y preguntaba consternada acerca de los gritos.

Su padre se mantenía alterado.

—¡No aprende! ¡No le da la maldita gana aprender! ¡Me dan ganas de mandarle a un internado militar!

Alexander soltó una amarga carcajada. Abrió el cajón de la mesilla y sacó un paquete de tabaco. Salió al balcón y comenzó a fumar.

Escuchó el canto de los grillos y su mirada se perdió en el agua de la piscina.

Trató de serenarse y pensó en Cristina. Aquello no le hizo sentir nada mejor. Se había portado como un idiota con ella durante todo el día. ¿Qué le había

llamado?

Degenerado asqueroso. Bueno, le habían llamado cosas peores, pero le dolía horrores que ahora Cristina pensara eso de él. Se acordó de Gorka y creyó morirse,

aquel crío le ponía enfermo.

De pronto una idea le sacudió por dentro. Imaginó al menor de los hermanos vascos visitando a Cristina en plena noche. Les imaginó juntos en la oscuridad de la

habitación, sentados en la cama, ella podría estar llorando por culpa suya, Gorka aprovecharía la ocasión para consolarla, se haría el amigo dulce y sensible y toda

esa parafernalia barata, pasarían la noche hablando, riendo, quizá abrazándose, quizá incluso... La sola idea le descompuso los nervios. Trató de apartar semejante

disparate de su cabeza, pero no fue capaz. La imagen de ellos dos juntos en la cama

de Cristina cobró dimensiones tan reales que en apenas diez minutos se encontró completamente desvelado.

Oyó a su padre caminar en la planta baja y luego las luces de la cocina iluminaron el jardín. Recordó la pelea de la tarta en el bordillo de la piscina y se sintió nostálgico y terriblemente solo. Escuchó el sonido del microondas y se puso

de mal humor. Se preguntó qué diablos andaría haciendo su padre a esas horas en la

cocina, por qué motivo no podría dormir del tirón como todo el mundo y dejar de

dar la lata.

Luego lanzó la colilla al jardín con el ferviente deseo de ver incendiarse el césped, pero para su propia decepción, la colilla se apagó lentamente bajo su escrutadora mirada. A continuación, buscó algún indicio de cansancio en su cuerpo

y no halló nada similar. Volvió a pensar en Gorka y sintió unas ganas enormes de

darle una paliza. Después pensó en Cristina otra vez, la estaba echando muchísimo

de menos, en realidad ya no podía soportarlo más. Decidió tomar una resolución.

Iría a verla. El reloj marcaba casi las cinco de la madrugada, pero no importaba, iría a verla y averiguaría qué diablos sentía por el vasco. Solo de pensar en ello se

puso nervioso. Pero antes necesitaba una ducha y lavarse los dientes. Esperó a que

su padre regresara a la cama, no quería cruzarse con él. Después salió

sigilosamente de su cuarto y se encerró en el servicio.

En menos de veinte minutos se aseó y se vistió. Cogió un juego de llaves del

recibidor y salió sigilosamente de la casa. Alzó la mirada y vio las estrellas y la luna creciente. Tomó el camino a casa de Cristina, adoraba aquel camino. Ya empezaba a sentirse mucho mejor.

Cuando por fin trepó al tejado y se encaramó a la ventana, se sintió

completamente perdido. En la penumbra de la habitación descubrió la cama vacía.

La imagen de Gorka le vino a la cabeza y un nudo de angustia le atenazó el estómago.



La puerta de la habitación se abrió de pronto y distinguió la figura de Cristina, quien caminaba con los brazos aferrados al vientre y la cabeza inclinada hacia el suelo. Ni siquiera lo vio. Se dirigió entonces a la cómoda situada frente a la cama,

abrió un cajón y revolvió apresurada en su interior. Se detuvo y resopló sofocada.

Al levantar la cabeza, descubrió a Alexander al otro lado de la ventana.

—Hola, Cris...

Durante un instante lo miró sorprendida. El mismo instante que tardó en reflejar un gesto de dolor y aferrarse de nuevo el vientre con las manos. Cuando alzó los ojos de nuevo, había una expresión de auténtica furia en su semblante.

—¡Vete! —Extrajo de la cómoda lo que andaba buscando y abandonó precipitadamente la habitación sin mirar atrás.

El chico no tuvo tiempo de reaccionar y se quedó paralizado, con las palmas de las manos sobre el alféizar. De todas las posibles respuestas, aquella era la última que había esperado. Pero enseguida se dijo que algo más sucedía aparte de un evidente rencor. A Cristina le pasaba algo. Inquieto y dolido, saltó al interior de la habitación, tratando de comprender todo aquello. Entonces se dijo que Cristina le odiaría más todavía si al regresar le encontraba allí. Pero no quería irse, necesitaba saber qué le sucedía. Desamparado y confuso, paseó su mirada en derredor sin

encontrar la evidencia que andaba buscando.

Entonces percibió ruido a su derecha y vio que Cristina había vuelto. Ahora caminaba más despacio y llevaba un vaso de agua en la mano. Al verle, volvió a reflejar aquella furia en su mirada.

—Que te vayas.

Alexander la miró consternado, tratando de excusarse a sí mismo.

—Solo quería decirte que Saúl está bien.

Por un segundo vio un suspiro de alivio en su expresión, pero pronto su rostro volvió a tensarse en un rictus de dolor.

—Vale, Álex. Ahora vete.

Alexander la vio tumbarse de nuevo en la cama y resoplar dolorida.

—¿Qué te pasa, Cris?

Tras un instante de silencio, oyó su voz en un susurro de ansiedad.

—Déjame en paz.

El muchacho bajó la mirada y se encaminó a la ventana. Saltó al otro lado y desapareció de su vista. Pero no anduvo más lejos. Agobiado por el sentimiento de

culpa y el hecho de verla padecer de ese modo, se sentó junto a la ventana y apoyó

la espalda en la pared. Se quedó allí quieto, incapaz de decidirse a marcharse, oyendo en ocasiones los resoplidos de dolor que escapaban de la habitación.

Cuando por fin se hizo el silencio en la oscuridad del cuarto, suspiró aliviado y cerró los ojos.

A Cristina se le partió el corazón cuando encontró a Alexander dormido sobre su tejado, apenas media hora después de haberle echado de su habitación.

Lamentaba haberle tratado así, pero la vergüenza de sentirse descubierta

sufriendo

un dolor infernal en los ovarios le había superado por completo.

Ahora se encontraba mucho mejor, la pastilla había hecho su efecto. Incluso ya era capaz de volver a caminar como una persona normal. Se había levantado para

cerrar la ventana y había descubierto al muchacho. Así que en esas se encontraba, contemplándole perpleja y conmovida. Enseguida saltó al tejado y se arrodilló frente a él. La luna bañaba su rostro en una fría luz plateada. Tomando su mano, se

inclinó y lo besó dulcemente en la mejilla.

—Álex...

Alexander abrió los ojos y la miró asombrado.

—¿Qué...?

—Estás helado.

—Lo siento, ya me iba.

Al tratar de incorporarse, Cristina lo abrazó compungida. El chico recobró su lucidez.

—¿Estás bien, Cris?

—Sí.

—¿No vas a decirme que te pasaba?

Cristina deshizo el abrazo.

—Creo que faltan pocos días para que me baje la regla.

La miró asombrado.

—¿Cómo puede doler tanto?

Ella se limitó a encogerse de hombros.

—Perdóname lo de la obra de teatro, soy un idiota.

Cristina lo miró fijamente, era evidente que hablaba en serio. Suspiró al fin.

—No importa, de todas formas sé que a veces no me soportas. No es como si yo también tuviera diecisiete años.

Durante un segundo la miró sin saber qué decir.

—¿...Qué?

—Que no es como... —Se calló de pronto porque Alexander acababa de abrazarla fuertemente.

—Oye, sabes que te necesito, ¿verdad?

Cristina irguió la cabeza y buscó sus labios con la mirada, pero Alexander mantuvo su rostro a una prudencial distancia. Decepcionada, dirigió su vista al suelo.

—¿Por qué no quisiste venir ayer?

Una expresión de dolor planeó sobre el rostro de Alexander.

—Quería venir. Solo... Tuve que evitarlo.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo.

Ella lo miró visiblemente preocupada.

—¿Miedo de qué? ¿Qué te pasa? Cuéntamelo.

Alexander esbozó una patética sonrisa.

—No sé qué me pasa. De verdad, no sé qué me está pasando contigo.

La chica contuvo la respiración mientras él apoyaba el rostro sobre su hombro.

—¿Ya no estás enfadada conmigo?

—No.

—¿Ya no piensas que soy un degenerado asqueroso?

Cristina sonrió y lo abrazó fuertemente.

—Solo a veces.

El reloj de la plaza dio una campanada. Las cinco y media. Alexander suspiró.

—Debería dejarte dormir. Me voy a casa.

—No, Alex —Y, poniéndose en pie, tiró de su mano y le hizo saltar a la habitación. Allí el aire era más cálido, Alexander sintió un escalofrío.

—¿No estás cansada?

Ella dudó.

—¿...Quieres dormir conmigo?

Alexander sintió una explosión de calor en el pecho. La miró fijamente, incapaz de tomar una decisión.

Aprovechando aquel instante de silencio, Cristina se dio la vuelta y se

apresuró a cerrar la puerta con pestillo, luego volvió sobre sus pasos, lo cogió de

la mano y tiró de él hacia la cama. Alexander se dejó llevar. La vio tumbarse bocarriba y mirarle en silencio. Comenzó a sudar. Se descalzó, se quitó los calcetines y la camiseta y dejó caer todo a los pies de la cama. Ella bajó la mirada,

pero no por mucho tiempo. A continuación le vio quitarse los pantalones vaqueros

y quedarse en calzoncillos.

Después Alexander se tumbó a su lado cuidadosamente. La rodeó con sus

brazos y la atrajo hacia él. Sintió su piel suave y el calor de su cuerpo latiendo silencioso contra su torso. Cristina sonrió e inclinó la cabeza sobre su pecho. Luego

levantó una mirada radiante y una enorme sonrisa asomó a su rostro.

—¿Lo ves? No es como para tener miedo.

Él sonrió. La vio cerrar los ojos y durante un largo rato se entretuvo en acariciar su brazo y el lóbulo de su oreja. La vio sonreír de nuevo.

—Todavía me quieres muchísimo, ¿verdad?

Ella abrió los ojos.

—Claro que sí.

Un inoportuno bostezo salió de la boca de Cristina.

—No te vayas cuando me duerma.

—No me voy a ninguna parte. —La besó en la frente y la vio acomodar su rostro bajo el suyo al tiempo que cerraba los ojos.

Continuó acariciando su piel durante un rato más. Luego sintió el peso de su propio cuerpo, como una tonelada de hormigón sobre el colchón, y a continuación

los párpados cayendo lentamente. Escuchó la respiración de Cristina, acompasada y

tranquila, notó el calor de su mano descansando sobre su cintura y, embargado por

un profundo sentimiento de amor, se quedó dormido.

Cuando Cristina abrió los ojos el reloj de la mesilla marcaba las nueve menos veinte. Tenía el brazo de Alexander sobre su pecho y el muchacho dormía profundamente. A la luz del sol, Cristina pudo recrearse en contemplar su rostro y

su corazón bailó maravillado. Lo quería como nunca había querido a nadie, lo deseaba de un modo con el que no había podido ni soñar antes de conocerle, amaba

todo de él, su mirada dulce y profunda, su sonrisa divertida y arrogante, su voz rasgada y suave, y su extraordinaria personalidad. Amaba su manera de liderar el grupo, su forma de tratarla y de tocarla e incluso sus bromas y comentarios típicamente masculinos. Le extasiaba su forma de pensar y de sentir, su vocación por el *rock* y sus sueños sobre el futuro de los Sustain Souls. Adoraba todo de Alexander. Incluso su nombre le parecía hermoso y varonil. Ahora podía ver con absoluta claridad, estaba completamente enamorada de él. Alexander era el centro de sus pensamientos, el único en su corazón, se lo había demostrado a sí misma dos

días atrás, no le importaba lanzarse al vacío si lo hacía con él.

Extendió su mano y le acarició el cabello castaño que caía sobre su rostro.

Dormir juntos era mucho más de lo que había podido desear hasta entonces. Se habían abrazado, acariciado, susurrado palabras de amor. Y sin embargo, para confusión suya, el chico había rehuido sus labios de manera sistemática. Podía sentir el amor que le profesaba y eso la obligaba a no dudar de su palabra, pero también palpaba con dolor aquella barrera invisible que todavía les mantenía físicamente alejados. Necesitaba saber la causa de aquel obstáculo, no dejaba de preguntarse acerca de los miedos de Alexander, pero no se atrevía a cuestionar de

un modo insistente, temía alejarle mediante una actitud demasiado impositiva y directa. A consecuencia, se encontraba perdida y expectante, a merced de sus vaivenes afectivos. Pero no le importaba demasiado, estaba tan enamorada y se sentía tan feliz de tenerle junto a ella que no podía preocuparse por su escaso control de la situación.

Se acercó a su rostro y lo besó en la mejilla.

Alexander abrió los ojos. Durante un instante se sintió perdido y confuso,

luego sus miradas se encontraron, cerró de nuevo los ojos y esbozó una sonrisa.

Estiró los brazos y rodeó su cintura, acercándola perezosamente hacia su cuerpo.

Cristina no opuso la menor resistencia y, con la mirada brillante de felicidad, se incorporó levemente y lo besó en la frente.

—Despierta, Álex.

—No...

Ella jugueteó con su pelo, al tiempo que se dejaba fascinar por el olor de su piel.

—Tenemos clase de inglés.

—Dios, no, por favor...



Continuó acariciándole los mechones del cabello.

—Vamos, Álex, arriba.

Alexander abrió los ojos y suspiró frustrado, tenía un indecoroso problema.

Se encontraba «tan arriba» que no se sentía capaz de levantarse delante de Cristina

sin llamar su atención, y para colmo, la chica no estaba contribuyendo precisamente

a facilitarle la situación.

—Cris..., si sigues haciendo eso no voy a poder levantarme nunca.

Ella soltó una carcajada y le dio un beso en la cabeza.

—A mí también me dan sueño las cosquillitas en el pelo. —Luego saltó de la cama—. No te gires, voy a vestirme.

Alexander hundió su cabeza en la almohada, aquello ya era demasiado. Uno no estaba hecho de piedra, incluso su poder sobrenatural de autocontrol presentaba sus

limitaciones. Sintió el salvaje impulso de hacerla regresar a la cama y hacerle todas

las cosas con las que llevaba fantaseando desde hacía semanas. Luego se recordó a

sí mismo que solo tenía catorce años.

—¡Cristina! —Era la voz de doña Elisa.

El picaporte de la puerta se giró insistentemente arriba y abajo, mientras que

Alexander se arrojaba por la ventana con el corazón en la boca.

—¡Cristina! ¡Abre la puerta!

—¡Ya voy, *abu*, ya voy! —Confusa, contempló al muchacho lanzándose al tejado en calzoncillos.

—¿Por qué has cerrado con pestillo? ¡No me gusta que cierres con pestillo!

—¡No me he dado cuenta! —Recogió rápidamente toda la ropa de su amigo y la echó por la ventana. Luego se dirigió a la puerta y giró el pestillo.

Doña Anatolia vivía exactamente enfrente de doña Elisa. Desde que falleciera su marido, casi diez años atrás, se había convertido en una mujer de costumbres fijas. Jamás se iba a dormir más tarde de las diez y media de la noche y solía levantarse a las seis y cuarto. Otra de sus costumbres era barrer el patio de su casa

todas las mañanas antes de que el calor comenzara a golpear con fuerza, de modo

que en esas se encontraba, barriendo diligentemente, cuando de pronto algo llamó

poderosamente su atención. Levantó la mirada y vio a un muchacho saliendo de una

de las ventanas superiores de la casa de doña Elisa. El chico no vestía más que unos

calzoncillos negros. Doña Anatolia abrió los ojos como platos y aguardó

paralizada, tratando de identificar al joven amante. De pronto atisbó la cabeza de una chica. ¿Podría ser esa la nieta de Elisa? Pues claro, ¿quién iba a ser si no? Y a continuación un ovillo de ropa rodó por el tejado. El muchacho se apresuró a recoger sus prendas antes de que cayeran a la calle y comenzó a

vestirse lo más rápido que pudo y lo más apartado posible de la ventana.

Doña Anatolia se santiguó.

El chico volvió la cabeza y la miró directamente. Un gesto de gravedad se apoderó de su expresión, pero al reconocer el rostro de la anciana, no pudo evitar

soltar una carcajada silenciosa. Con un divertido y arrogante descaro le dedicó un

saludo con la mano. Y es que Alexander sabía algo acerca de la anciana, algo que le

venía de perlas: doña Anatolia era muda.

—¿Y qué crees que me dijo tu profesora de inglés ayer por la noche al regresar del polideportivo?

—No sé, *abu*. —La chica miró de soslayo hacia la ventana.

—¡Claro que lo sabes! ¡Claro que lo sabes! ¡Y mírame, que te estoy hablando!

¿Qué pasó en el examen? ¡Ni siquiera me dijiste que tuvieras un examen!

—¡Solo era un examen de repaso! ¡No sirve!

—¡Claro que sirve! Sirve para que yo me entere de si te tomas esto en serio o me estás tomando por el pito del sereno.

Alexander suspiró aburrido, se sentó sobre las tejas y, con la espalda reclinada

en la pared, sacó un paquete de tabaco del bolsillo de sus vaqueros y se encendió un

cigarro.

—¿Y dónde está la nota que tu profesora escribió para mí? Dámela para que la

lea.

Cristina recordó la cara de felicidad con la que Saúl había arrojado la nota echa una bola sobre las verjas de El Mirador. Guardó un pesaroso silencio.

—Cristina, ¿dónde está la nota?

—La tiene Saúl.

—¡Por Dios bendito! ¡Ese muchacho te está llevando por el camino de la perdición!

Alexander soltó una carcajada y se apresuró a cubrirse la boca con la mano.

—¡No sé qué le ves! ¡No sé por qué motivo te gusta tanto! —Meneó la cabeza

y comenzó a recoger del suelo la ropa sucia de su nieta—. Podrías inclinarte un poco más por Alexander. Ese sí es un chico formal y responsable, un chico que se

ha ganado por completo mi confianza, un chico que no da problemas ni comete tantas imprudencias, un chico incapaz de infringir el decoro. ¡Ojalá fuera tu hermano...!

Alexander reprimió malamente otra carcajada. Doña Elisa le hacía sentir a uno

de maravilla, aunque deseaba ser cualquier cosa en la vida excepto el hermano de Cristina.

—Hija, no entiendo a cuento de qué pones esa cara de horror... —Su

expresión cambió en un instante—. ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué, *abu*...? —Cristina tragó saliva. Le constaba que Alexander se lo

estaba pasando bomba ahí afuera.

—Ese gemido, como el de una rata.

La chica vio a su abuela encaminarse decidida hacia la ventana y el pánico se apoderó de ella.

—¿¡Por qué vas a la ventana, abuela!?

Alexander tuvo el tiempo justo de arrojar el cigarro al suelo y levantarse.

Ante la perplejidad de doña Anatolia, doña Elisa asomó la cabeza por la ventana y encontró al mismísimo Alexander de pie sobre su tejado. La expresión del

chico era todo un poema.

—Buenos días..., doña Elisa... ¿Está Cristina?

—¡Por Dios bendito, Alexander! ¿Qué haces aquí arriba?

Cristina se asomó a la ventana.

—Hola, Cris.

Ella tragó saliva.

—¡Vaya! ¡Alexander...! ¿Qué haces aquí arriba?

—Bueno, yo... He llamado a la puerta, pero nadie me abría, así que...

La anciana lo miró sin entender.

—¿Por qué no has llamado al timbre?

—¿El timbre...? Sí, eh, no, eh... No quería molestar.

Doña Elisa lo miró fijamente y movió la cabeza.

—¡Hijo, eres demasiado comedido! Con semejante actitud solo puedes romperte una pierna o dar que hablar a los vecinos. Haz el favor de pasar ahora mismo. ¿Quieres desayunar?

—Me encantaría. —Hizo un amago de encaminarse a la ventana pero vio regresar la duda al semblante de la anciana, de modo que giró sobre sí mismo, se

deslizó ágilmente del tejado al olivo y saltó al suelo.

Doña Anatolia contempló con expresión catatónica cómo una sonriente doña

Elisa abría la puerta principal y hacía pasar a Romeo.

La anciana le condujo al patio, en donde le invitó a tomar asiento a la mesa.

Cristina bajó enseguida, ya aseada y vestida, con la mochila en la mano. Se dirigió a

la cocina, cogió las tazas de leche con Cola-Cao y dos porciones del bizcocho de chocolate que doña Elisa había cocinado la tarde anterior, y lo sacó todo al jardín.

Alexander la contempló con media sonrisa en el rostro.

—Necesito pasar al baño.

—Claro, Álex, la primera puerta a la derecha.

El muchacho se encerró en el servicio y aprovechó para orinar, refrescarse la cara y enjuagarse la boca con una pasta de dientes que encontró junto al grifo.

Detestaba el sabor del tabaco a primera hora de la mañana y a veces incluso se preguntaba por qué diablos fumaba. Después de realizar estas simples operaciones

se sintió bastante mejor consigo mismo. Cuando salió de nuevo al jardín encontró a

Cristina sentada a la mesa, absorta en sus ejercicios de inglés. La contempló cautivado, el sol de la mañana arrancaba destellos rojizos en sus rizos oscuros y proyectaba una pálida luz dorada sobre su piel. Mirándola en la distancia no podía

dejar de sentirse como el afortunado protector de una preciosidad extremadamente

frágil y valiosa. Caminó embelesado hasta sentarse junto a ella y Cristina levantó el

rostro y le dedicó la más dulce y feliz de sus sonrisas.

—¿Quieres que te ayude?

—Te lo agradecería mucho.

El chico tomó una porción de bizcocho y la mordió con ganas.

—Escribe una frase en futuro continuo.

Cristina obedeció diligentemente. Luego, sonriendo, le mostró el resultado.

—*I am going to meet Cibeles today*[\[27\]](#). —Alexander le dirigió una divertida sonrisa—. Eso ya lo veremos.

Terminaron los ejercicios y desayunaron. Luego se despidieron de doña Elisa

y emprendieron el camino al instituto. Fue entonces cuando Alexander recordó el estado en el que había dejado a Saúll la noche anterior.

—Quizá no vaya a clase, Cris.

Ella lo miró decepcionada.

—No pongas esa cara, anda. Apenas he dormido tres horas y me gustaría ver

cómo está Saúl.

Le dirigió una triste mirada de resignación.

—Ya lo sé.

Se detuvieron al llegar a la carretera.

—Nos veremos luego en la cabaña, ¿vale?

—Vale —Giró sobre sus pasos y se encaminó cuesta arriba en dirección al instituto.

Fue en ese momento cuando Alexander los vio llegar. Bajaron la carretera a paso ligero y le rodearon hasta sobrepasarlo. El muchacho les miró perplejo, era la

pandilla de los Cadillac Rojo al completo. Roque Mariposas se encontraba con ellos. Le miraron de arriba abajo y uno de ellos escupió a sus pies.

—¡Mierda Soul!

El chico les vio dirigirse hacia el centro escolar. Nervioso, trató de divisar a Cristina, quien caminaba distraídamente y a paso lento.

—¡Cris!

Ella se volvió hacia atrás y, petrificada, observó la escena.

Alexander echó a correr hacia ella. Al adelantar a los muchachos, sintió un empujón en su espalda y trastabilló varias zancadas hasta recuperar el equilibrio. Ni

siquiera se volvió a mirarles. Alcanzó a Cristina, le rodeó los hombros con su brazo y continuó caminando a paso rápido.

Ella lo miraba asustada.



—No pasa nada. Solo he cambiado de opinión.

Pero todavía no había terminado de hablar cuando una voz ronca sonó firme a sus espaldas.

—¡Alcaldesito, he oído que ayer tenías tanto miedo que ni siquiera fuiste capaz

de defenderte!

Alexander continuó caminando con la mirada fija en la puerta del instituto.

—¡Alcaldesito, te estoy hablando! ¿Estás sordo?

No hubo reacción por parte de Alexander.

—¡Anda, ven aquí a presentarnos esa cosita tan bonita!

—¡Cadillac Rojo!

Se volvieron sobresaltados y hallaron a Jaime en la puerta de la biblioteca.

Contemplaba la escena con expresión de gravedad.

—Llegáis tarde. ¿Cuánto tiempo vais a hacerme esperar?

La pandilla se alejó en dirección al coordinador, no sin antes regalar a la pareja una última mirada de amenaza. Luego ambos entraron en el instituto a paso

rápido.

Saúl no acudió a clase aquella mañana, y de tácito acuerdo, los chicos se sentaron juntos. Durante los primeros veinte minutos, Alexander no levantó la vista

del pupitre. Cristina lo observaba en silencio. Finalmente le cogió la mano y la besó

con dulzura.

—No te agobies, Álex, no van a hacerme nada.

El adolescente la miró sorprendido. Aquel beso le había cogido desprevenido.

—Claro que no, Catsi, claro que no van a hacerte nada.

Pero volvió a bajar la mirada y se mantuvo en silencio durante un rato más.

Poco a poco, el ritmo de la clase le ayudó a olvidar aquel incidente para comprobar

enseguida lo lejos que se encontraba su espíritu de su habitual calma interior. No podía concentrarse en las palabras de la profesora, solo mirar a Cristina. Sentía la

imperiosa necesidad de dirigirse a ella con cualquier pretexto. Advirtió angustiado

que el hecho de dormir juntos y de sentirla amenazada le había desestabilizado por

completo. Ya no sabía cómo proceder, ni lo que estaba bien o lo que no.

Comprendió que estaba empezando a perder el control de la situación, y descubrió

sorprendido que experimentaba en ello una mezcla de felicidad y miedo.

Abrió su cuaderno y comenzó a garabatear en una hoja en blanco. La chica lo miró interesada.

—¿Qué haces?

—Nada. Atiende, Cris, que luego te pierdes.

Ella suspiró aburrida y dirigió su mirada a la pizarra, pero no por mucho

tiempo. Lo observó de nuevo.

—¿Qué escribes?

—Nada.

—Dímelo.

Alexander sonrió de pronto. Se le acababa de ocurrir una idea genial. Cubrió su cuaderno con una mano y comenzó a escribir con la otra.

Cristina lo miró un instante, justo antes de intentar apartar su mano.

—Déjame ver, no seas así.

Alexander se mantuvo impassible y silencioso, pero su sonrisa se hizo más grande.

La chica lo contempló cautivada, presa de la más profunda y desesperada curiosidad.

—Álex...

El chico cedió por fin y le mostró el escrito.

— *Obra de teatro* —leyó Cristina en voz baja—. *La melodía del Rey Lagarto.*

— Le dirigió una luminosa sonrisa de entusiasmo—. ¿Vas a escribirla ahora?

—Sí.

—Déjame ayudarte.

Alexander sonrió feliz, lo estaba deseando.

—Bueno.

Durante quince minutos, se dedicaron a sugerir en susurros la presentación de

la historia y de los personajes.

—Y ahora el rey dice... —susurraba Cristina, embargada de lo que a ella le parecía una brillante inspiración dramática—. Dice: «Lágrimas de felicidad corren por mi rostro y mi corazón palpita emocionado. Confío en que uno de vosotros encontrará mi melodía».

—No, no, no, Catsi, es un rey *rockero*. No puede llorar de alegría ni decir esas cosas de los pálpitos. ¡Es un rey *rockero*!

—¿Entonces qué dice?

—Dice: «¡Bebed conmigo, hay mujeres para todos! ¡Y si mañana no tenéis mi melodía, yo mismo os arrancaré las tripas y adornaré mi trono con ellas!».

—¡Qué espanto, Álex...!

—Y ahora entra en escena el bufón leproso.

—¿Pero quién va a querer hacer de bufón leproso?

Alexander sopesó la cuestión, a Cristina no le faltaba sentido común.

—Está bien, yo haré de leproso.

—Pero ¿no prefieres ser el Valiente Guerrero? Estarías guapísimo disfrazado de guerrero.

Alexander sonrió halagado.

—Seré un guerrero disfrazado de leproso. Así será más divertido.

—¿Y quién voy a ser yo?

El chico se mordió el labio. Después su mirada brilló de entusiasmo.

—Tú serás la Hechicera.

—¡La Hechicera...!

—Sí. Conoces la magia blanca y puedes cambiarlo todo.

—¡Qué bonito! Pero quizás Leo se enfade... Ella quería ser el Hada Rosa.

¿Qué va a hacer el Hada Rosa frente a la Hechicera?

—¡Maldita sea, Catsi! No voy a consentir que haya ningún hada rosa en la función. Ella puede hacer de campesina o de tabernera alcohólica.

De pronto ambos se percataron del insólito silencio que reinaba en la clase.

Levantaron sus cabezas y contemplaron a una treintena de alumnos observándoles.

La profesora los miraba indignada, con la tiza en la mano y en un rotundo silencio.

—Alexander, coge a tu campesina y a tu tabernera alcohólica y vete fuera de clase.

El muchacho contuvo una sonrisa.

—Perdón, no quería molestar. —Cerró su cuaderno, lo guardó en la mochila y salió del aula.

—Cristina, acompáñalo.

Ella suspiró aliviada. Lo estaba deseando fervientemente.

—Gracias.

Hubo risitas en el aula. Ella se cubrió la boca con la mano, incapaz de creer lo

que acababa de decir.

—Digo, perdón.

—Es para hoy. Cierra la puerta al salir.

Obedeció silenciosa y se sintió maravillosamente libre al cerrar la puerta tras de sí. Luego corrió hasta alcanzar a Alexander y, saltando sobre su espalda, le rodeó el cuello con sus brazos.

—¡Qué alegría, Álex! ¡Creía que me iba a castigar dejándome allí sola!

Al salir del centro vieron a una docena de chiquillos jugando y comiendo chucherías en el parque infantil. No había ni rastro de los Cadillac Rojo.

Uno de los niños les gritó desde lo alto del tobogán:

—¡Eh, Sustain Souls! ¿Os habéis enterado?

—¿De qué?

—¡Han expulsado a Cadillac Rojo! ¡Cadillac Rojo ya no participa en la *gymkhana*! —A continuación se lanzó por el tobogán.

Cristina y Alexander se miraron asombrados. Apenas podían creerlo.

—¿Cómo lo sabes?

El chico señaló la puerta de la biblioteca.

—Los he visto salir de la reunión, iban hablando de ello. ¡Tenían un cabreo espantoso!

—¿A dónde han ido? —Alexander escuchaba con el ceño fruncido. Tenía un mal presentimiento.

—No lo sé, pero han dicho que iban a destrozarse la vida a los Sustain Souls.

—Eso han dicho, ¿eh? —Trató de aparentar normalidad delante de Cristina—.

¿Y han dicho por casualidad cómo piensan hacerlo?

El muchacho subió de nuevo al tobogán y antes de lanzarse, añadió despreocupadamente:

—De la peor forma posible porque ya no tienen nada que perder. Eso es lo que

han dicho.

22

*Though nothing*

*will drive them away*

*we can be heroes*

*just for one day.*

*We can be us*

*just for one day.*

«Heroes», David Bowie[\[28\]](#)

Claudia llegó a la cabaña aquella misma mañana acompañada de Elvis. No encontró ninguna bicicleta aparcada a la orilla del camino, aunque tampoco le importó demasiado. Esperaría a los chicos practicando con su armónica.

Abrió la cancela y emprendió el camino a paso lento. No hubiera podido apresurarse aunque hubiera querido, sentía un intenso dolor en la rodilla derecha desde que jugara el torneo de fútbol la noche anterior. Apenas podía doblar la pierna al caminar.

El cachorro se lanzó a la carrera, saboreando alegremente aquella luminosa mañana de libertad. Claudia lo observó trotar de un lado a otro y se preguntó con

asombro cómo podía estar creciendo tan deprisa. Apenas dos meses antes había sido una torpe criatura peluda y ahora se había convertido en un animal ágil e independiente que casi le llegaba a la altura de las rodillas.

De pronto lo vio detenerse. El cachorro irguió las orejas y olfateó el aire con la mirada y todo su ser concentrados en la encina. Repentinamente, un gruñido de advertencia brotó de su garganta. Claudia sintió un estremecimiento y aminoró el paso. Fijó la vista en la encina, pero se encontraba demasiado alejada como para poder divisar la cabaña, de modo que continuó caminando.

—¿Qué pasa, Elvis?

El perro gimió consternado y avanzó cauteloso.

Aquello era una novedad. Elvis nunca gruñía, nunca sentía miedo. Claudia recordó entonces que solo una vez había visto al perro realmente atemorizado: ante

la presencia de aquellos silenciosos extraños la noche del santo de Santiago. Un escalofrío recorrió su espalda.



—Elvis.

Ambos continuaron caminando. Claudia lamentó la cojera que le aquejaba, le hacía sentirse indefensa. Vio al perro avanzar a paso rápido, detenerse de nuevo, olfatear, gruñir y volver a avanzar una y otra vez. Algo iba realmente mal. Se preguntó inquieta si habría alguien en la cabaña. En ese caso, ya la habrían visto.

Sintió miedo. No se oía más que el canto de los pájaros y el zumbido de los insectos.

Tras cinco tediosos minutos logró alcanzar la encina. Elvis fue el primero en sobrepasar las ramas del árbol. Guiada por un instinto de protección, Claudia le siguió velozmente. Si había alguien en la cabaña, estaba dispuesta a proteger al animal. Agachó la cabeza, dejó las ramas atrás y se irguió de nuevo. Y al hacerlo, la

sangre se heló en sus venas. Un estremecedor aullido rasgó el cielo de verano.

Claudia apenas se dio cuenta porque, completamente paralizada bajo la copa del árbol, contemplaba sobrecogida la fachada de la cabaña. En grandísimas letras rojas

alguien había escrito: *SUSTAIN SOULS?*

—Dios mío.

Durante un largo instante no se sintió capaz de reaccionar. La sorpresa y el miedo la habían dejado bloqueada. Luego miró en derredor y aguzó la vista.

Imaginó a Los Legionarios del Sur o a Cadillac Rojo parapetados tras algún muro

de piedra, observando sus movimientos y dispuestos a saltar sobre ella de un momento a otro, pero no vio a nadie. De pronto comprendió que podían

encontrarse en el interior de la cabaña, esperando a que entrara. Aquello le

asustó

todavía más y sintió la imperiosa necesidad de huir, pero luego advirtió que la puerta no parecía haber sido forzada. Se preguntó si habrían encontrado la llave.

Rápidamente se acuclilló y levantó la piedra. Suspiró aliviada, la llave estaba allí. La tomó consigo y cogió a Elvis en brazos, y así subió a la cabaña.

Al llegar a la terraza, dejó al animal en el suelo y lo observó olfatear la madera hasta detenerse en la puerta. Lo vio gruñir de nuevo y sacudir la cabeza.

Con el corazón acelerado, encajó la llave en el candado y luego empujó la puerta

hacia dentro.

Reconoció la batería, la guitarra, el bajo, el violín de Leo, los micrófonos y los amplificadores. Reconoció los ceniceros, la neverita portátil de Santiago, algunas latas de refresco ya vacías, folios en sucio con notas musicales, las hojas con las anotaciones de la obra de teatro esparcidas por el suelo, el espejo tumbado

bocabajo para evitar su destello a la luz del sol, las banderas de U2, los Doors, Guns N' Roses y Led Zeppelin colgadas en las paredes... Un alivio inmediato se apoderó de ella. Dentro del caos, todo se mantenía en orden.

Salió de nuevo a la terraza y contempló la pintada en la pared. Era un grafiti

espantoso, escrito con espray y sin vacilaciones, directo al mensaje, sin ningún tipo

de recreación artística. El color rojo lo hacía resultar aún más violento e incómodo.

A los chicos les iba a dar algo cuando se enterasen.

De pronto oyó el crujido de las ramas del árbol bajo la cabaña, se volvió

sobresaltada hacia la terraza y se inclinó por la barandilla. Halló la figura de una persona mirándola desde el suelo. Un grito escapó de su garganta. Luego se contuvo. Era Leo.

La pelirroja observaba la pared con expresión de auténtico estupor.

—¿Pero qué has hecho?

—Leo... —Claudia tomó aire, sentía el corazón completamente descontrolado

—. No he sido yo.

Una hora después, todos los Sustain Souls estaban reunidos en la cabaña.

Sentados en el suelo, se dedicaban a elucubrar sobre los posibles autores del suceso.

—¿Cadillac Rojo, quizás? —sugirió Santiago.

—¿Pero cuándo? —intervino Alexander—. Además, no se hubieran conformado con una pintada. Habrían echado la puerta abajo.

—Los extraños de aquella noche, no puede tratarse de nadie más —murmuraba Saúl.

—¿Y quiénes son los tipos de aquella noche?

—Si se trata de ellos... ellos nos conocen —Alexander dejó su mirada perdida, completamente absorto en sus propias cavilaciones.

—Sean quienes sean los artistas, está claro que quieren jugar con nosotros.

Nos conocen y nos quieren poner nerviosos —añadió Claudia.

Alexander levantó la mirada.

—Vamos a empezar a hacer las cosas bien. —Se puso en pie y recogió su mochila.

—¿Qué vas a hacer? —Cristina lo miraba expectante.

—Lo que tendríamos que haber hecho desde el primer día: averiguar de quién es esta cerca.

—Eso no servirá de nada. El campo está lleno de propiedades olvidadas —terció Leo.

—Pero es un primer paso para saber lo que está pasando aquí.

—Voy contigo, Álex. —Cristina se puso en pie.

—Es mejor que te quedes, voy al ayuntamiento. No dejéis la cabaña sola, vuelvo enseguida. —Se dirigió a la terraza y bajó las escaleras. Salió a campo abierto. No había caminado ni veinte metros cuando sintió un abrazo a su espalda.

—¡He dicho que voy contigo!

El ayuntamiento estaba situado en la plaza principal de Vistaclara. Cristina nunca había visitado el interior del edificio. Al entrar encontraron un estrecho pasillo que conducía a un área similar a un recibidor, el cual presentaba varias puertas cerradas y una escalera que ascendía a la planta superior. Alexander se dirigió directamente a las escaleras y, seguido por la chica, subió los peldaños de dos en dos hasta llegar a la segunda planta. Allí se encaminó hacia una puerta cerrada y la abrió sin titubeos.

—¡Hola, Amelia!

La mujer, que estaba sentada tras el escritorio, levantó la cabeza bruscamente y

soltó un bufido.

—¡Alexander! ¿Cuándo vas a aprender a llamar a la puerta?

Cristina entró tras el muchacho y cerró la puerta tras de sí. Tímidamente, observó a la secretaria. Se trataba de una mujer madura, de unos cuarenta y cinco años aproximadamente, de cabello cobrizo y media melena, ojos grandes y cara redonda. Vestía un apretado vestido de licra que remarcaba sus quilos de más y un

pronunciado escote que mostraba el vertiginoso y estrecho cauce de sus grandes pechos. Al momento experimentó un extraño e inmediato rechazo que la obligó a desviar la mirada.

Alexander se sentó cómodamente en una de las sillas colocadas al otro lado de la mesa, y lo hizo con desparpajo y una chula sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Te da miedo que te pille con mi padre?

—Eres un auténtico ordinario. —Dirigió una rápida mirada a Cristina—.

¿Quién es tu nueva víctima?

La sonrisa de Alexander se hizo más divertida.

—Es Cristina. —Miró a la chica con ternura—. Ven, Cris, no te quedes ahí.

—Eso debería decírselo yo y resulta que tengo mucho trabajo.

Alexander giró sobre sí mismo y echó un vistazo a una puerta cerrada que se hallaba a su espalda.

—¿Está mi padre?

—Está abajo, reunido con la junta.

—Mierda.

—¿Qué quieres, si se puede saber?

La sonrisa del chico afloró de nuevo.

—No se puede saber.

—Entonces me alegro de haberte visto. Adiós y buenos días.

—Bueno, vale, quizá puedas ayudarme.

La secretaria soltó una carcajada.

—A ver, pequeño, sorpréndeme.

—No me llames pequeño. No me pega nada.

—Dejará de pegarte cuando dejes de ser menor de edad.

—Pero aparento mayor y eso te pone nerviosa.

Amelia rio con ganas.

—Ve al grano, por favor.

—Estoy interesado en un terreno.

La mujer enarcó una ceja y sonrió divertida. Había algo en su forma de mirar a Alexander que a Cristina le descompuso los nervios.

—Supongo que quieres comprarlo.

Alexander rio.

—Es posible, sí.

—Y quieres saber si está en venta.

—Quiero saber quién es el propietario. Eso para empezar. —Le guiñó un ojo

de forma divertida y Cristina lo miró estupefacta. Apenas podía creer lo que estaba

presenciando. Desde la perspectiva de sus inocentes catorce años, aquello era un flirteo en toda regla. Una oleada de celos se apoderó de ella.

—¿Qué terreno es? Quizá pueda ayudarte haciendo memoria.

El chico negó rotundamente con la cabeza.

—Enséñame los libros de registro de la propiedad.

—Para eso tienes que ir a Talavera.

—¡Venga ya! ¿Crees que me chupo el dedo? Vosotros hacéis el mismo seguimiento todos los años de manera extraoficial. Ahora que lo pienso, parecéis psicóticos comunistas.

—Tengo demasiado trabajo como para aguantar tantas tonterías.

—Pero me quieres, harías cualquier cosa por mí —Sonrió de nuevo.

Amelia se volvió bruscamente hacia Cristina.

—Llévate a este capullo engreído fuera de mi despacho, por favor.

La chica la contempló en silencio. Ni siquiera quiso esbozar una forzada sonrisa.

—Mírala, Alexander, te estás buscando problemas.

Alexander se volvió hacia Cristina y leyó en su mirada transparente la marejada de una furia contenida. Contuvo una sonrisa y se enderezó en la silla.

—Por favor, Amelia, ¿serías tan amable de enseñarme los planos de Vistaclara

y vuestro seguimiento ilegal sobre el registro de la propiedad?

—Ilegal, no, extraoficial.

—Lo que sea, vamos, no tengo todo el día.

—¡Por Dios! Estás hablando como tu padre.

Alexander rompió a reír.

—Hieres mis sentimientos.

La secretaria sonrió con visible satisfacción. Se levantó y, recogiendo un juego de llaves de la mesa, hizo un gesto a los chicos para que la siguieran.

Abandonaron el despacho y atravesaron el rellano en dirección a otra puerta cerrada. Amelia introdujo una de las llaves en la cerradura y, al abrir la puerta,

palpó la pared interior con la mano y encendió el interruptor de la luz. Los fluorescentes lucieron intermitentemente en el techo del pequeño habitáculo. Una serie de estanterías de metal cubría las cuatro paredes y una pequeña ventana, dificultando el acceso de la luz del sol. Un centenar de libros y carpetas se alzaban

polvorientos en los estantes. Había una pequeña mesa en el centro de la sala.

Amelia dejó las llaves sobre la mesa y se dirigió decidida hacia una hilera de gruesas carpetas archivadoras. En el dorso de todas ellas se había indicado a mano

el año de referencia. Extrajo la carpeta de 1997 y se la tendió a Alexander.

—Está todo aquí. Avisadme cuando hayáis terminado. —Seguidamente, tomó las llaves de nuevo, y cerrando la puerta tras de sí, se marchó en silencio.



El chico abrió la carpeta y pasó algunas páginas.

—¿Qué es esto? Así no me aclaro, necesito un plano.

Cristina tomó la carpeta en silencio, buscó la primera página archivada y la desplegó ante la mirada sorprendida del muchacho.

—Los mapas siempre están en las primeras páginas o en las últimas.

El plano mostraba todas las casas, terrenos, solares y fincas de Vistaclara, y había un número asignado para los diferentes territorios del pueblo.

Alexander se sintió como un idiota, pero se recompuso enseguida.

—A ver, ayúdame. ¿Dónde está nuestra cabaña?

Buscaron la zona norte y siguieron el camino que conducía a las afueras.

—Por aquí se va al pilón.

—Más a la izquierda.

—Es esto.

—No, no, no. Más atrás, mira la carretera.

—¡Es eso de ahí!

—Sí, eso es. ¿Qué letra?

—Letra *S*, número veintidós.

A la luz de los fluorescentes parpadeantes, Alexander buscó entre las pestañas que sobresalían de los centenares de hojas archivadas. Encontró la que marcaba la

letra *S* y volcó las hojas previas a su izquierda.

Contemplaron una serie de pequeños planos y la confusión volvió a reinar en ellos.

—¿Número veintidós?

—Sí.

—¿Quién habrá inventado esta mierda de sistema? Apuesto a que en Talavera no está registrado de este modo —Señaló con el dedo índice—. Aquí. — Deslizó su

dedo por el papel y halló una tabla donde figuraba el número de registro, la fecha

de adquisición de la propiedad, la dirección de la finca y el nombre y los apellidos

del propietario—. Dionisio Guerrero González. —La expresión de Alexander se

transfiguró en una mirada de asombro—. Guerrero.

—¿Qué?

—¡Dios mío, Cris!

—¿Qué?

Alexander se volvió bruscamente hacia la estantería.

—No puede ser... —Levantó la cabeza y señaló un grueso y deteriorado libro que descansaba en el estante superior—. Ese libro abarca todos los árboles genealógicos de los últimos cincuenta años. Mi padre me lo enseñaba de niño cuando venía a darle la lata.

—¿Los árboles genealógicos de Vistaclara? No sabía que existiera un libro oficial de árboles genealógicos.

—Y no existe. Es algo extraoficial, escrito por amor al arte, igual que los registros de la propiedad. Y adivina quién es el *pirado* que mata su tiempo libre actualizando todo esto.

—¿Quién?

—Roberto, el bibliotecario.

—¿El de Cruce de Caminos?

—El mismo. Imagina entonces lo divertido que debe ser trabajar en la biblioteca de Vistaclara.

El muchacho comprobó frustrado que no había ninguna escalera plegable en la sala, tampoco taburetes. Su mirada tropezó con la mesa. Sin vacilaciones, la arrastró hasta la estantería.

—Tengo una hipótesis, pero no quiero hablar todavía. —Subió a la mesa y advirtió frustrado que las patas se tambaleaban bajo sus pies. Asustado, se sujetó fuertemente a la barra de la estantería y saltó al suelo.

—Déjame subir a mí. Peso menos que tú. —La chica se incorporó a la mesa y las patas bailaron de nuevo.

—Cris...

—No pasa nada. —Estiró el brazo y trató de alcanzar el libro, pero no pudo salvar toda la distancia. Con cuidado, colocó un pie sobre el saliente de un estante

inferior y se sujetó a la estantería con fuerza.

La luz de los fluorescentes se apagó súbitamente. Cristina perdió el equilibrio y la mesa se desplomó bajo sus pies. Un instante después caía en los brazos de Alexander. Posteriormente ambos se precipitaron al suelo.

La chica gimió de dolor. Advirtió que se encontraba sobre el muchacho y al momento notó en su rostro las manos del chico.

—Cris, ¿estás bien?

Hubo un insólito silencio. La ventana cubierta con la estantería proyectaba una dosis de luz que mantenía la sala en penumbra y le permitía comenzar a distinguir el

rostro de la chica. La tenía a medio metro de su cara, pero ella permanecía con la cabeza levemente ladeada y la mirada fija en el suelo.

—¿Qué te duele?

Ella tragó saliva.

—No es nada.

—Dímelo.

—Es una tontería...

—No importa, dime dónde te duele.

Cristina alzó el brazo por encima del rostro de Alexander.

—En la muñeca.

En realidad le dolía tanto que por un instante había llegado a creer que se la había roto, pero no quería quejarse delante de él. Alexander tomó su brazo con tanta

suavidad que Cristina no pudo evitar sentir un estremecimiento.

—¿Puedes doblar la mano?

—Sí. —Ella ladeó el rostro de nuevo y trató de levantarse, pero Alexander fue más rápido y besó dulcemente su muñeca.

Cristina lo miró consternada y se sintió embargada por una irremediable debilidad, pero ladeó la cabeza de nuevo.

—Mírame, Cris. Dime por qué estás enfadada.

Ella lo miró.

La puerta se abrió en ese momento y una oleada de luz les deslumbró inesperadamente, al tiempo que la figura de un hombre aparecía recortada al contraluz.

—¿Alexander...? —Hubo un instante de silencio, hasta que los ojos del recién llegado se habituaron a la penumbra y pudo reconocer al muchacho bajo una chica

de su edad—. Joder, Alexander... ¡No puedo creerlo!

Cristina se levantó rápidamente y el chico se precipitó hacia la puerta y la cerró bruscamente. Luego pulsó repetidas veces el interruptor de la luz, hasta que los fluorescentes comenzaron a funcionar de nuevo.

Cristina lo miraba atónita.

—Solo era mi tío..., el concejal.

Ella se mordió el labio.

Alexander dirigió su atención a la estantería.

—Bien, ¿por dónde íbamos?

De pronto ambos estallaron en una carcajada nerviosa y Cristina, presa de una incontenible vergüenza, se cubrió el rostro con las manos. El muchacho se acercó a

ella y la abrazó cariñosamente mientras trataba de sofocar sus propias carcajadas.

—No pasa nada, Cris.

Ella sentía aún el rubor en sus mejillas. Una nueva carcajada brotó de su garganta.

—¡Dios mío, Álex...! ¡Qué vergüenza...!

Levantaron la mesa del suelo y colocaron la carpeta sobre ella. Luego

Alexander se encaramó a un saliente del estante, trepó dos baldas superiores y logró

alcanzar el libro. Lo depositó sobre la mesa y ambos buscaron en el índice el apellido Guerrero. Abrieron el libro por la página indicada y comenzaron una búsqueda exhaustiva de los últimos descendientes.

—¿Qué buscamos exactamente?

Alexander señaló un nombre con el dedo índice.

—Dionisio Guerrero... ¡Lo sabía!

—Álex, ¿qué pasa? —Cristina ya empezaba a impacientarse.

—¡Es lo que pensaba! ¡No está emparentado con nadie!

—¿Y qué?

Alexander continuó buscando ávidamente en la página.

—Tenía un hermano, un hermano mayor. ¿Dónde? ¿Dónde está? Sí. ¡Lo sabía!

—Señaló un nuevo nombre—. Jairo Guerrero.

—¿Quién es ese?

—Sigue leyendo, Cris.

La chica obedeció al instante, dominada por una insoportable curiosidad.

—Jairo Guerrero, casado con Clemencia Arévalo, con un descendiente, Timoteo Guerrero, casado con Blanca Jiménez, con dos descendientes, Saúl Guerrero... —La voz de Cristina se entrecortó—. ¡...Y Santiago Guerrero...!

Levantó la mirada, completamente perpleja.

—¿Lo ves, Catsi? ¡Esa cerca es del tío abuelo de Saúl y Santiago, pero no tiene

hijos! ¡Cuando muera, ellos heredarán la tierra!

—¡Saúl y Santiago son los herederos legítimos de la cerca!

—¡Exacto! ¿Te das cuenta? ¡Santiago encontró la cabaña en una finca que está destinada a ser suya!

—¿Cómo es posible que no lo sepan?

—Yo tampoco estaba muy seguro de quién era ese tal Dionisio, no vive en Vistaclara. Ahora puedo atar cabos. Saúl me contó una vez que tiene un tío abuelo

que vive en una residencia de Ávila. Seguramente sabe que ese hombre es

propietario de algunas tierras, pero es lógico que no sepa de cuáles se trata.

—Álex, ¿quién ha construido la cabaña?

—No lo sé, pero quizá la cuestión no sea quién, sino dónde está construida.

Esa cabaña pertenece a Saúl y a Santiago por derecho propio.

Saúl no se había quedado en la cabaña esperando a Alexander y a Cristina. En su lugar, se había dirigido al pueblo en busca de trabajo.

Había ofrecido sus servicios en bares y restaurantes, pero le habían rechazado en todos ellos de manera sistemática. Deprimido y cansado, se encaminó a La Posada del Pirata, se sentó a la barra del bar y se encendió un cigarro.

Un camarero de veinte años se acercó a él con expresión de hastío. Se llamaba

David, aunque le apodaban el Greñas a causa de su pelo largo y revuelto. El chico

advirtió el corte en la ceja de Saúl, recordó la pelea de la noche anterior y su expresión cambió por completo.

—Saúl, ¿cómo va eso?

—Hola, Greñas. ¿Por casualidad no os harán falta camareros?

El chico negó con la cabeza.

—Estamos cubiertos.

—Ponme una Coca-Cola cuando puedas.

David lo observó atentamente. Conocía a Saúl desde que era un crío y a pesar de sus famosas hazañas, o quizá precisamente por ellas, le caía endiabladamente bien. Se giró sobre sí mismo y buscó un vaso y una botella de Coca-Cola.



—Con mucho hielo, por favor.

Le sirvió diligentemente y, aprovechando la escasez de clientes, se acomodó frente al muchacho.

—¿Cuántos puntos te han dado en la ceja? ¿Sabes que no se habla de otra cosa?

—Cinco.

—¿Buscas curro para las fiestas?

—Sí, pero veo que ya da igual.

—¿Por qué?

—Supongo que se debe a mi maravillosa reputación. —Dio una calada al cigarro—. No importa, que les jodan a todos.

—Quizá pueda hablar con Vladimir.

—¿No has dicho que estáis cubiertos?

—Con ese ruso trastornado nunca se sabe.

—Me harías un favor.

David fijó la mirada tras la espalda de Saúl.

—Hablando del rey de Roma... —Se levantó de un salto y comenzó a sacar vasos del lavavajillas y a secarlos con un paño.

Vladimir entró en el bar a paso lento. Era extremadamente grande y rechoncho y el sudor le caía por la frente y le humedecía la sucia camisa, cubierta de manchas

de grasa. Llevaba un puro en la boca.

—¿Dónde está mi gato, David? —Tenía un marcado acento ruso.

—Hoy no lo he visto.

Vladimir maldijo en voz baja.

—¿Le has puesto su comida?

—Sí.

—¿Y no se la ha comido?

—No, no ha aparecido.

Vladimir suspiró.

—¡ *Bliat...*! —Dio una calada al puro y se adentró en la cocina.

Saúl observó divertido al camarero.

—No te rías. No te imaginas qué tortura tengo con ese animal.

—¿Por qué?

—Era un gato callejero, Vladimir lo acogió y le llamó Dostoievski. Lo

empezó a cebar y ahora es una mole de grasa que se pasea por el bar  
molestando a

todo el mundo, pero nadie puede quejarse, no te imaginas cuánto quiere  
Vladimir a

su gato. A mí me obliga a darle de comer a diario. El caso es que el maldito  
gato

lleva cuatro días desaparecido... Digo yo que andará de picos pardos. —  
Soltó una

carcajada—. Pero Vladimir cree que se ha perdido o algo peor, y no deja de darme

la lata.

—¿De qué color es el gato?

—Gris oscuro. Tiene un ojo azul y otro marrón.

—Si lo veo se lo traeré.

—Yo preferiría que no lo hicieras.

Ambos rieron.

Saúl dio un último sorbo a la Coca-Cola y dejó unas monedas sobre la barra.

—Tengo que irme.

—Espera. —David cerró el lavavajillas—. A lo mejor puedo ayudarte.

Dicho esto, se dirigió a la cocina. Un par de minutos después, regresó seguido de Vladimir. El rubio se levantó del taburete y aguardó en silencio. Vladimir lo inspeccionó de arriba abajo.

—Quieres trabajar, ¿eh?

—Sí.

—Mañana empieza el jaleo.

—Ya lo sé.

—No pensaba contratar a nadie más.

Saúl se encogió de hombros. No sabía lo que significaba eso exactamente.

—No puedo pagarte mucho, ¿sabes?

—¿Cuánto es mucho para usted?

Vladimir soltó una carcajada.

—Bueno..., ya veremos. Empiezas mañana.

El chico no pestañeó.

—¿Cuánto es mucho para usted?

Vladimir frunció el ceño.

—Eso depende de cómo te comportes.

Saúl sonrió con fiado.

—Entonces, trato hecho.

—Ven después de los fuegos artificiales. —Y desapareció por la puerta de la cocina.

David movió la cabeza.

—Mucho cuidado, Saúl.

—Te lo agradezco de todas formas. Si trata de engañarme, me haré un sombrero con el pelo de Dostoievski. —Dejó una propina sobre la barra y se alejó a paso ligero.

Salió a la plaza. El sol del mediodía bullía implacable en el cielo azul y no había un alma en la calle. Dirigió su mirada al ayuntamiento y se preguntó si Alexander y Cristina todavía estarían allí. Se oyeron dos campanadas, casi era la hora de comer, el ayuntamiento debía estar cerrado. Atravesó la plaza. Iría a la cabaña a recoger a Santiago y lo llevaría de vuelta a casa.

En ese momento un coche plateado subió la calle Real y giró hacia la plaza en dirección al muchacho. Saúl aguardó paralizado, con la mirada fija en el vehículo y

la adrenalina disparándose vertiginosamente en su interior. La luz del sol descendía

oblicua sobre el capó plateado, provocando un destello que le impedía reconocer al

conductor. El coche se posicionó junto a él a ralentí. Entonces Saúl inclinó la cabeza y vio a Dulce en el interior del vehículo. Su pulso se tranquilizó inmediatamente.

La chica bajó la ventanilla.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien. ¿A dónde vas?

—Sube, quiero hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Sube, por favor.

El chico rodeó el coche y tomó asiento junto a la monitora. Cerró la puerta.

—¿Cómo fue ayer en el hospital?

—Todo bien, sin problemas.

—¿Cómo está Santi?

—Está mejor.

—Han eliminado a Cadillac Rojo.

—Ya lo sé, me lo ha dicho Alexander. ¿Has tenido algo que ver?

—Hice todo lo que pude para que terminara pasando.

—Gracias.

—Saúl... —le dirigió una expresión de preocupación—, dime que todo esto ha terminado.

El chico la miró sorprendido. Jamás había visto a Dulce hablar de aquella manera. Por primera vez tomó conciencia de que, a pesar de su aparente actitud de burla e indiferencia, la pandilla le importaba de verdad.

—No puedo decirte eso. No sé lo que va a pasar. No se trata solo de Cadillac Rojo, también de Los Legionarios, Los Reyes de Queens... Hay mucha gente que nos quiere ver fuera de combate.

Ella suspiró.

—Ya... Precisamente por eso la *gymkhana* podría suspenderse.

—¿¡Qué!?

—Vamos a tener una reunión esta tarde en el salón cultural, Jaime y todos los monitores. A las ocho os citaremos a todos para anunciaros la resolución final. No

voy a engañarte, hay muchas posibilidades de que la *gymkhana* se suspenda.

—¿De qué estás hablando? ¡Ya habéis expulsado a Cadillac Rojo! ¿Qué más queréis?

—Llevamos toda la mañana reunidos, nadie se siente aliviado con esta

solución. En el fondo sabemos que no ha servido para nada.

—Dulce, no puedes dejar que pase eso. ¡Esas entradas son de Alexander!

¡Tenemos derecho a ganarlas! ¡Hemos trabajado durísimo para conseguir estar donde estamos! ¡Nos estamos dedicando en cuerpo y alma, no sabes hasta qué punto...!

—¡Saúl...! —Dulce lo miró estupefacta. Jamás había visto al chico perder los nervios de aquella manera—. Tengo miedo por vosotros. No quiero que os pas nada.

—¿Entonces qué? ¿Vas a ir a esa reunión y vas a votar en contra de todo esto?

¿Es eso lo que vas a hacer? ¿Nos vas a traicionar así?

—Yo no quiero traicionar a nadie, quiero protegeros.

—Eso es imposible. Todo esto va más allá de la *gymkhana*.

—Entonces tienes que darme algo en lo que pueda apoyarme, algo real.

—¿Cómo qué?

—Un compromiso.

Santo cielo. Había hecho más promesas en las últimas diez horas que en toda su vida anterior. Resopló impotente y la miró a los ojos.

—¿Qué vas a pedirme?

Cuando Saúl regresó a la cabaña, Alexander y Cristina ya estaban allí,

esperándole junto al resto del grupo. Lo que sucedió entonces fue un asombroso intercambio de informaciones que no dejó indiferente a nadie. Por motivos de los

que Saúl prefirió no hablar, el chico omitió los últimos detalles de la conversación

con Dulce. Tras sus palabras, el grupo cayó en un melancólico silencio. Luego abandonaron la cabaña. Saúl y Santiago fueron los últimos en hacerlo y el mayor

cerró la cancela, sintiendo, en una mezcla de alivio, alegría y asombro, la pertenencia de aquel pedazo de tierra. Por muy mal que terminasen las cosas con respecto a la *gymkhana*, había un hecho que ya nadie podía contradecir: aquella cabaña era de los Sustain Souls.

—¿No os parece increíble que esta cerca esté destinada a ser nuestra? —dijo entonces Santiago, apoyando su barbilla sobre el borde superior de la cancela —.

Demasiado increíble... —Ahora su voz era un susurro y su mirada se había perdido

en la encina—. Como si alguien hubiera construido la cabaña solo para nosotros.

Nadie supo qué añadir, de modo que emprendieron el camino al pueblo.

Una vez en las afueras, cada cual tomó su propio camino. Solo Alexander continuó caminando junto a los dos hermanos. A Santiago le extrañó que el adolescente se mantuviera junto a ellos. Tendría que dar un rodeo enorme para llegar a su casa.

Continuaron caminando por la vereda en un silencio que logró despertar todavía más su curiosidad.

—No andes tan rápido, Santi.

—Tengo hambre. ¿Sabes qué hay de comer hoy?



—No.

—Podría haber macarrones con tomate. ¡Ojalá hubiera macarrones!

—Quizá haya lentejas.

—¡Qué gracioso...!

—Si hay lentejas tendrás que comértelas igualmente.

—Ya lo sé, no seas pesado.

—No andes tan rápido.

—¿Por qué me miras con esa cara rara?

—¿Por qué no me lo dijiste?

Por primera vez Santiago detuvo su andadura y observó a su hermano.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué.

Los dos adolescentes se desviaron hacia la orilla del camino y se apoyaron en el tronco de un árbol, bien guarnecidos del sol bajo su frondosa copa. Santiago les

miró en silencio. Por fin comprendía de qué lado soplaba el viento. Para su propio

asombro, Alexander sacó su paquete de tabaco, ofreció a Saúl y luego le ofreció a

él. Contempló a su hermano, incapaz de saber si había alguna trampa en aquella jugada, pero Saúl le hizo un gesto con la cabeza para que tomara un cigarro.

—Ni una palabra a mamá.

Santiago sonrió.

—Claro que no. —Cogió el cigarro y lo encendió hábilmente.

—Bien, ahora empieza a *largar*.

—¿A *largar* el qué?

—¿Quiénes? ¿Desde cuándo? Todo.

—No quiero hablar de eso.

Por primera vez en la conversación, Alexander intervino.

—No es culpa tuya, Santi, no te avergüences.

—No me avergüenzo.

—¿Cuándo empezaron a pegarte?

Santiago bajó la mirada al suelo.

—Santi. —La voz de su hermano sonó tensa y amenazadora, pero el pequeño no reaccionó—. Santi, no me cabrees. Dime desde cuándo.

Santiago mantenía la cabeza agachada.

—¡Joder, Santi! ¿Estás sordo o eres tonto? ¡Solo tienes que responder!

No hubo ninguna reacción.

Furioso, Saúl se precipitó sobre su hermano.

—¡Pues dame ese cigarro ahora mismo!

El niño fue más rápido que su hermano y, para asombro de los dos

adolescentes, lanzó el cigarrillo al suelo y lo pisoteó con rabia, al tiempo que hacía un lento y silencioso puchero mientras dos enormes lágrimas resbalaban

por sus mejillas. Luego rompió a llorar.

Los adolescentes lo contemplaron paralizados. Se miraron entre ellos sin saber qué hacer ni qué decir. Las chicas habrían sabido cómo tratarlo en semejante

situación, pero ellos eran demasiado torpes e impacientes.

—Perdona. —Saúl abrazó al niño con sumo cuidado—. No quería hacerte llorar.

Santiago sollozó incontenible mientras se sorbía los mocos.

Alexander se acercó a ellos y acarició la cabeza del niño.

—No pasa nada, Santi, no pasa nada. Olvídalo, no tienes que decir nada si no quieres. No te enfades con Saúl, solo estamos preocupados por ti.

Santiago continuó sollozando.

—Mira... —Saúl le condujo dulcemente hacia la sombra del árbol—. A

nosotros también nos están currando de lo lindo, mira la cara de Alexander y mira

la mía. Llevamos todo el verano hechos un par de cristros, ¿lo ves? ¡Es el distintivo

de Sustain Souls!

Santiago los observó entre lágrimas y rompió a reír. Aquella reacción terminó de animar a los chicos.

—Vamos a ser prácticos, Santi. —Alexander dio una nueva calada al cigarro

—. Vamos a hablar solo del futuro, ¿vale?

El niño afirmó con la cabeza.

Saúl retomó la palabra.

—Sabes que voy a trabajar durante las fiestas en La Posada del Pirata.

—Sí.

—No voy a poder cuidar de ti.

—Ya.

—Pero no pasa nada, porque a cambio, te vas a pegar al culo de Alexander durante toda la semana, día y noche, ¿de acuerdo?

Alexander sonrió divertido.

—Voy a ser como tu guardaespaldas particular.

Santiago se mordió el labio y bajó la mirada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Es que no te caigo bien o qué?

Santiago rompió a llorar de nuevo.

Saúl y Alexander se miraron confusos.

—Oye... —Saúl trató de reprimir una sonrisa—. Si Álex no te cae bien es mejor que lo digas ahora.

—No es eso.

—Bueno, ¿pues qué es?

—...Otra cosa...

—¿Qué?

—...Nada...

—Habla alto, Santi, venga, no te pongas en este plan.

—Nada...

—Santi... —Alexander intervino de nuevo—. Si te he hecho algo alguna vez, es mejor que me lo digas para poder solu...

—¡Me has levantado a Cristina!

Durante un impactante segundo, los dos adolescentes contemplaron la furia del niño relampagueando en sus ojos. Luego Saúl rompió a reír a carcajadas mientras

Alexander se cubría el rostro con las manos, tratando de esconder una agrídulce sonrisa.

—No puedo... —Saúl se dejó caer al pie del árbol al tiempo que trataba de controlar sus carcajadas—. Esto ya es demasiado.

Incómodo, Santiago ladeó la cabeza y fijó su mirada en algún punto perdido del camino. Ya se estaba arrepintiendo de haberlo dicho.

Alexander se sentó junto a Saúl.

—Ven aquí, Santi. Vamos a hablar de hombre a hombre. —Luego se dijo a sí mismo que no tenía ni idea de cómo proceder, pero aquella frase le había quedado muy bien.

Santiago se sentó frente a los dos. Pensó en los macarrones con tomate. Podría

estar comiendo macarrones en aquel momento, pero se había liado todo de tal forma que ahora tenía que comparecer ante semejante humillación.

—Ya sé que Cris te gusta mucho...

Saúl dirigió una mirada de asombro a Alexander.

—¿En serio?

—Pero... ella es más mayor que tú.

—Me da igual.

—Yo solo te digo que es un poco difícil que podáis ser novios y esas cosas.

—Solo me dices eso para dejarte el campo libre. ¿Crees que soy tonto o qué?

Saúl rompió a reír mientras Alexander trataba de mantener la calma.

—A ver... —Alexander se mesó el cabello, no se le ocurría nada en absoluto que decir.

El pequeño le dedicó una mirada de burla y los dos adolescentes se miraron de

nuevo.

—Vale, vale. —Saúl se puso en pie—. Vámonos a comer y ya solucionaremos este inconveniente.

A los dos les pareció una idea estupenda y ambos lo imitaron rápidamente.

Emprendieron el camino de regreso al pueblo.

Saúl pasó el brazo sobre los hombros del niño.

—No sufras, Santi. Encontraremos una chica para ti, una chica que sea

perfecta

para ti.

Santiago suspiró.

—Anímate, venga. Vamos a fichar a todas las niñas de tu edad y vamos a elegir

a la más guapa, ¿eh?

Santiago suspiró de nuevo.

—Será como Cristina pero en versión infantil. Una *mini-Cristina* especialmente para ti.

—¡Como por ejemplo, Silvia! —intervino Alexander.

—¿Quién es Silvia...? —Santiago se mostraba todavía pesaroso y apático.

—¿No conoces a Silvia? Es la prima pequeña de Page. Tiene once años, igual que tú.

—Yo la conozco —intervino Saúl—. ¡Es una niña guapísima, Santi! ¡Te presentaremos a Silvia!

—Bueno...

Los tres se alejaron a paso ligero, ansiosos por llegar a sus casas, porque no existía disgusto ni tribulación en el mundo que pudiera quitarles el hambre.

Pasaron el resto de la tarde en la cabaña, improvisando solos de guitarra y bajo y componiendo melodías. Alexander permanecía atento a los arranques

creativos de Santiago y comprobó impresionado que el niño era capaz de

repetir solos improvisados de casi cinco minutos de duración. Trató de acompañarle con el

bajo y lograron efectos mucho más interesantes que los escasos resultados conseguidos hasta el momento con «Break on through».

Claudia grababa con la videocámara, le fascinaba la idea de documentar los ensayos, algo en su interior le sugería que aquellas grabaciones iban a resultar extremadamente valiosas en el futuro.

A las ocho se dirigieron al salón cultural. No hablaron mucho durante el trayecto, llevaban toda la tarde temiendo aquel encuentro.

Descendieron la calle y a la puerta del salón vieron a todos los grupos concentrados, ansiosos por recibir noticias.

Alexander escrutó con la mirada a Los Legionarios del Sur, pero no halló en sus rostros ni una sola expresión de burla o expectación. Si ellos habían pintado la

cabaña, lo disimulaban muy bien. Algunos monitores les hicieron pasar y tomar asiento frente al escenario. En el mismo había una tribuna tras la cual Jaime aguardaba en silencio.

Los chicos pasaron cerca de Los Legionarios del Sur. Hubo cruces de miradas e insultos a media voz, pero nadie se sintió lo suficientemente provocado como para caer en la trampa.

Tras diez minutos de caos y desconcierto, todos los grupos se acomodaron y guardaron silencio.

—Buenas tardes. —La voz de Jaime sonó extremadamente seria a través del



micrófono.

Saúl buscó a Dulce con la mirada y la encontró de pie, apoyada en la pared lateral de la sala. Trató de leer algo en su mirada, pero no fue capaz.

—No me voy a andar con rodeos. —El coordinador paseó su mirada sobre los jóvenes—. Todos sabéis lo que pasó ayer porque todos estabais delante y os encantó

participar.

Hizo una pausa. Varias cabezas de entre la congregación se volvieron hacia Saúl.

—Y todos sabéis que semejante acto de violencia y vandalismo es completamente inadmisibile. Por ello, esta mañana decidimos reunirnos para tomar

una decisión al respecto. Supongo que a estas alturas ya sabéis que Cadillac Rojo ha

quedado fuera de la *gymkhana*.

Se oyeron algunos murmullos y el coordinador pidió silencio.

—A pesar de todo, algunos monitores y yo mismo no nos sentíamos satisfechos con la solución y hemos tenido que volver a reunirnos.

Los rostros de los muchachos reflejaban tal grado de tensión e impaciencia que Jaime se vio obligado a continuar.

—Nos hemos planteado muy seriamente la cancelación de la *gymkhana*.

Una protesta general sacudió el auditorio.

—¡Silencio!

A Jaime todavía le llevó un tiempo calmar los ánimos de los adolescentes.

—¡Silencio, he dicho! Hemos llevado a cabo una votación en la que hemos participado todos los organizadores de la *gymkhana*.

El silencio cayó como una losa sobre la sala.

—En conclusión: con una mayoría de doce votos a favor y nueve en contra, la *gymkhana* prosigue.

Una algarabía de alivio incontenible brotó del público.

—¡Silencio! Va a haber consecuencias.

Los chicos callaron de nuevo.

—A pesar de continuar con la *gymkhana*, hemos eliminado pruebas y hemos cambiado otras. De modo que me dispongo a informaros del resultado final. —

Tomó una hoja que descansaba sobre la tribuna—. Quedan eliminadas todas las pruebas de enfrentamiento directo entre los grupos a competir y todas las pruebas

que puedan provocar conductas agresivas a través de instrumentos potencialmente peligrosos. Estas pruebas son las siguientes: torneo de baloncesto, tiro con arco, coreografía de esgrima y campeonato de golf.

Se hizo un incómodo silencio en la sala.

—Se mantienen en su estado original las siguientes dos pruebas: triatlón y obra de teatro. A pesar de ello, el elevado número de grupos a competir este verano

nos ha hecho cambiar la fecha de las representaciones. A partir del día quince

de agosto darán comienzo una o dos representaciones por noche. Esta noche publicaremos el orden de participación.

Hubo algunas protestas, aquello era demasiado precipitado, pero Jaime continuó hablando impasible.

—Se producen cambios en la prueba de la búsqueda del tesoro. En esta prueba,

los territorios donde vais a jugar se van a dividir para evitar conflictos entre ciertos grupos. Ya os informaremos al respecto.

Hubo nuevos murmullos de decepción, los cuales nada tuvieron que ver con el inmenso alivio que experimentaron los componentes de Sustain Souls.

—Y se añade una nueva prueba en compensación por todas las eliminadas. Es una prueba de pintura y se llevará a cabo a primera hora de la mañana. El lugar os

lo indicaremos con antelación.

Las protestas se hicieron más estridentes.

—¡Silencio! ¡Todos estos cambios se deben a vuestra actitud! Voy a deciros

una cosa y no os la pienso repetir. Debéis saber que jamás en mi vida había organizado una *gymkhana* tan extraordinaria como la que estamos llevando a cabo este verano, pero tampoco he vivido nunca una situación tan problemática con chicos de vuestra edad. Estas soluciones han sido tomadas porque sois una banda de

salvajes incapaces de medir las consecuencias de vuestros impulsos.

Se oyeron algunos comentarios divertidos.

—¡A mí no me hace ninguna gracia! ¡Todo esto es una vergüenza, una auténtica vergüenza! Tenéis un problema de violencia y todavía no os habéis dado cuenta.

Los muchachos lo miraron con expresiones escépticas.

—También voy a deciros algo que os atañe personalmente. Cualquier nuevo comportamiento impropio durante una prueba supondrá la descalificación definitiva del grupo entero en la *gymkhana*. Vosotros sabréis lo que queréis conseguir. —Dicho esto, atravesó el escenario y bajó las escaleras sin volver a mirar a los chicos.

Más de cien jóvenes se levantaron al mismo tiempo, provocando de nuevo el caos en la sala. Los Sustain Souls se dirigieron a Dulce inmediatamente, pero ella

les hizo un gesto para que salieran a la calle. Una vez allí, la monitora les llevó aparte y les explicó cómo había sido el desarrollo de la reunión.

—¿Y cuándo es esa prueba de pintura y cuántos puntos vale?

—En el cuarto día de fiestas, y vale cinco puntos. Tendréis que hacer un mural con pinturas acrílicas entre los seis acerca de una temática relacionada con el pueblo.

—Pues vaya cosa.

—Saúl, no protestes. Ya sabes que esto sigue en pie de puro milagro.

En ese momento, la pandilla recibió la visita de Gorka.

—¡Hola, chicos!

Alexander sonrió amablemente. Sabía que no tenía ningún motivo para ser desconsiderado con él, incluso se había mostrado admirablemente desinteresado y

valiente al participar en la pelea de la noche anterior, pero aquel chico había logrado caerle mal incluso sin motivos de peso.

—Venía a decirnos que nos vamos mañana. Esta noche organizaremos una fiesta de despedida y estáis todos invitados.

—¿Os vais mañana? —Alexander sintió una súbita lástima por él. A lo mejor no le caía tan mal. Y encima les invitaba a su fiesta. Lo mismo incluso le echaba de

menos—. Vaya, tío..., no lo sabía.

Gorka se encogió de hombros y clavó sus ojos azules en Cristina.

—No queremos irnos, y menos ahora que empiezan las fiestas, pero así son las cosas.

—Gorka... —Cristina le dirigió una expresión de auténtico pesar—. Vamos a echaros muchísimo de menos.

—Yo también a ti.

Ella sonrió y ambos se sonrojaron. Alexander puso los ojos en blanco. Ya no sentía la menor lástima por él.

—¿Cómo está tu ojo?

Gorka se llevó la mano a su ojo izquierdo. Tenía un cerco morado alrededor.

—Está bien, no es nada, Cris, valió la pena.

Alexander volvió a poner los ojos en blanco, en tanto que Saúl miraba al vasco sin entender media palabra.

—¿Por mí, dices?

—Os esperamos esta noche a las diez en nuestra casa. Tenemos un jardín enorme y hemos preparado algo de cenar. Las Diosas del Alba también vienen y quizá los Silver Road se pasen más tarde.

Claudia enarcó una ceja y trató de reprimir una sonrisa.

—Bien. —El muchacho sonrió a Cristina como si no existiera nadie más alrededor—. Hasta entonces. —Y desapareció por donde había venido.

—Bueno, después de este breve intento de flirteo... —Dulce dirigió una divertida sonrisa a Cristina— os sigo informando. Jaime está dudando si invalidar

la primera ronda del torneo de fútbol o mantenerla en la puntuación global. Está preparando unos panfletos y los pegaremos esta noche por algunas farolas a modo

informativo.

—Dios mío —Alexander dejó escapar una carcajada.

—Ya veremos, Álex. Ya veremos. —Dulce sonrió y se alejó a paso lento en dirección a su coche.

Leo la contempló confusa.

—Te ha llamado Álex.

—Así es como me llamo.

—Ella nunca te llama Álex, siempre te llama Alexander.

Alexander sonrió halagado.

—Eso es porque ya me está empezando a querer. —Ya iba a soltar una carcajada cuando una mirada de soslayo a Cristina le hizo enmudecer precavidamente.

Enfilaron la calle hacia arriba a paso lento.

—¿Qué vamos a hacer? —Leo se mordió el labio—. Nos estamos comportando como si hoy no hubiera pasado nada en la cabaña y os recuerdo que

alguien lo sabe.

La pandilla se detuvo de nuevo.

—No han sido Los Legionarios del Sur.

—¿Cómo lo sabes, Álex?

—No he visto nada raro en sus caras. Simplemente nos odian. Lo de siempre.

—Pues tampoco han sido Los Reyes de Queens —replicó la pelirroja.

—Esos me dan mala espina. Últimamente están muy callados. —Saúl los observó en la distancia.

—No, no han sido ellos. —Leo negó de nuevo con la cabeza—. Son demasiado estúpidos como para disimular así de bien.

—Volvemos otra vez a lo mismo. Alguien lo sabe y no sabemos de quién se

trata.

Alexander contempló el cielo de verano. Los días estaban empezando a hacerse más cortos.

—Sea quien sea, no se ha llevado nada... —Claudia recordó el impacto que sintió al encontrar cada cosa en su lugar.

—¿Y si fuese alguien a quien caemos bien?

Todos miraron a Cristina.

—No. —Saúl negó con la cabeza—. ¡Esas cosas no nos pasan a nosotros!

Rompieron a reír.

—¿Y si estuviesen esperando una respuesta? —intervino Santiago—. Nos han hecho una pregunta, ¿no?

—Bufff... —Alexander meneó la cabeza—. ¿Pero quién sabe cuál es la respuesta apropiada...?

A las diez y veinte entraron todos juntos en la parcela de los hermanos vascos.

Las Diosas del Alba ya estaban allí, colocando la comida sobre una gran mesa de hierro forjado. Íñigo y Unai se acercaron a recibirles y les hicieron pasar. Los chicos dejaron su comida sobre la mesa y entablaron conversación inmediatamente

con todos los presentes.

La velada transcurrió de un modo tan pacífico y entretenido que a los Sustain

Souls casi les costó trabajo creerlo. Estaban demasiado acostumbrados a sucesos imprevisibles. Cuando terminaron de cenar, pusieron música y las



cervezas

comenzaron a pasar de mano en mano.

En cierto momento de la noche el padre de los vascos salió de la casa, les pidió que bajaran la música y echó un vistazo a los vasos y a las botellas que había

sobre la mesa.

—Podría haber sido mejor. —Se lamentó Íñigo.

—No importa. —Alexander agitó la cabeza, bebía una cerveza sentado en una silla, mientras observaba bailar a las chicas. No tenía intención de beber nada más

fuerte aquella noche. Llevaba todo el día pensando en Cristina y no quería hacer algo que pudiera complicar las cosas.

En ese momento la vio dirigirse a la mesa con su vestido rojo ondeando

graciosamente a su alrededor, coger un bote de melocotón en almíbar, llevarse a la

boca el último pedazo de fruta y beber el jugo hasta saciarse. Luego se volvió hacia

él y le dedicó una preciosa sonrisa.

Alexander contuvo la respiración. Después la chica se encaminó a grandes saltos hacia la improvisada pista de baile y comenzó a bailar con Gorka. El chico le

daba vueltas mientras ella reía a carcajadas.

Alexander desvió la mirada y se levantó lentamente.

No se sentía celoso. Desde la noche anterior no encontraba ningún motivo por

el que tener celos de nadie. Simplemente se sentía agobiado consigo mismo, perdido y triste. Sabía que solo tenía que extender su mano y pronunciar el nombre

de Cristina para terminar con todo aquello, pero no sabía si debía hacerlo. No tenía

constancia de hasta qué punto la quería realmente, temía estar sintiendo el efecto pasajero de un espejismo romántico construido en una burbuja veraniega de

diversión y emoción. Y sabía que todas las burbujas terminaban rompiéndose tarde

o temprano.

Saúl lo observó alejarse hacia la puerta.

—¡Eh! ¿A dónde vas?

—Voy a echar un vistazo a la cabaña. Enseguida vuelvo.

—¿Ahora?

—Sí. —Se encogió de hombros, como si aquella pregunta no viniera a cuento.

Saúl lo vio partir y luego se sumó a la fiesta.

Caminó por las calles concurridas del pueblo hasta llegar a las más solitarias

y oscuras para, a continuación, tomar rumbo a la dehesa. Anduvo a paso lento, atento a cuanto llegaba a sus oídos, pero el canto de los grillos y de algunas aves

nocturnas fue su único acompañante. Atravesó la cerca, cogió la llave y subió sigilosamente a la cabaña. No había nadie allí y todo estaba en orden. Se sentó en la

terraza y se encendió un cigarro. Cristina acudió de nuevo a su mente. Trató de ignorarla pero no fue capaz, así que se dejó llevar por aquellas fantasías que le hacían la vida imposible. Luego se recriminó a sí mismo y se censuró tajantemente,

como lo venía haciendo desde hacía semanas. Cristina no tenía edad para hacer el amor.

Completamente frustrado y deprimido, aspiró la última calada del Marlboro y apagó la colilla en el cenicero. Luego conectó el bajo a uno de los amplificadores y

se entretuvo improvisando melodías. Cuando se sintió más calmado, se levantó y emprendió el camino de regreso.

Le quedaban tan solo un par de calles para llegar a la casa de los vascos cuando de pronto distinguió una oscura figura bajo la luz de una farola.

—¿Dulce?

La monitora se volvió hacia él.

—¡Álex! ¿De dónde vienes?

El chico se sintió más animado. Una alegre sonrisa asomó a sus labios.

—De dar una vuelta. —Señaló los panfletos que la monitora sostenía en sus manos—. Vaya día, ¿eh?

—No se acaba nunca. —Le dirigió una mirada brillante—. ¿No me vas a preguntar?

Alexander soltó una risa nerviosa.

—Estoy esperando a que me lo digas tú.

—Vuestra representación se mantiene fijada para finales de mes. Sois unos

afortunados.

—¿Solo por eso?

Dulce sonrió.

—Echa un vistazo.

El chico se acercó al poste de la farola, donde Dulce acababa de pegar una de las octavillas. Leyó fugazmente la información que ya conocía y su mirada se centró en la lista final donde figuraba la puntuación. Jaime había respetado la primera ronda del torneo de fútbol. Aquello significaba que su victoria sobre Las Diosas del Alba les otorgaba un nuevo punto. Una expresión de inmensa alegría se

apoderó de su rostro.

—¡Vamos los primeros!

Dulce rompió a reír.

—¡Increíble! ¡Increíble, Dulce! ¡Vamos los primeros! ¡No puedo creerlo! —

Abrazó entusiasmado a la monitora, sintió su risa en el oído y, sin pensarlo ni por

un momento, giró el rostro y la besó en los labios.

—¿¡Pero qué haces, Alexander!?

El chico contempló confuso su expresión de absoluta perplejidad. En realidad no podía explicarse por qué había hecho eso, ni siquiera lo había pensado. Un ataque de vergüenza se apoderó de él.

—Dios... Lo siento.

—¿Qué?

—Lo siento, olvídalo, lo siento —Se dio la vuelta y se alejó a paso rápido.

Llegó a casa de los vascos y se detuvo en la puerta. Pero no fue capaz de serenarse. Temía que Dulce le siguiera para recriminarle su actitud, así que tomó aire y entró precipitadamente. Advirtió que los Silver Road ya se habían unido a la

fiesta, pero ni siquiera le importó. Se sentía patético y ridículo. Se preguntó agobiado de qué forma iba a mirar a Dulce a partir de aquel momento y lo que debía estar pensando ella de él.

—¡Hermano! ¡Te quiero, *joputa!* ¡Dame un abrazo! —Saúl lo abrazó divertido.

Resultaba evidente que se le estaba yendo la mano con las cervezas.

—Vamos los primeros.

—¿Qué?

—En la *gymkhana*. Acabo de ver a Dulce. Vamos los primeros.

Saúl abrió sus grandes ojos verdes tratando de comprender si aquel gesto de gravedad con el que lo miraba su amigo indicaba que solo se trataba de una broma.

—¿Pero hablas en serio?

—Que sí, hablo en serio, vamos los primeros.

—¡Los primeros! —El rubio lanzó un grito de júbilo y luego corrió

velozmente hacia la mesa, se subió a ella de un salto y extendió los brazos hacia el

cielo—. ¡Noticia de última hora! ¡Noticia de última hora! ¡Sustain Souls ocupa el primer puesto de la *gymkhana!* ¡Sustain Souls va ganando la *gymkhana!* ¡Somos los mejores!

Aunque los presentes tardaron unos segundos en reaccionar, lo hicieron por todo lo alto. Saúl bajó de la mesa y se dejó abrazar felizmente por Cristina, Leo, Claudia y Santiago. Las felicitaciones de Las Diosas del Alba, Silver Road y Galope

Salvaje no se hicieron esperar.

Luego Cristina distinguió a Alexander. El chico permanecía en la entrada del jardín como un mero observador de la celebración. Su corazón se disparó emocionado. Se había dado cuenta demasiado tarde de su partida y por eso no había

podido acompañarle a la cabaña, pero ya estaba de nuevo allí. Corrió a su encuentro

y se arrojó a sus brazos. Él la recibió con los brazos abiertos y no opuso la menor

resistencia a todos los besos que le prodigó en la mejilla, pero advirtió contrariada

que se mostraba incapaz de sonreír.

—¿No estás contento, Álex?

—Sí, claro que lo estoy.

Ella lo miró angustiada.

—¿Qué te pasa?

—Nada, de verdad. —Sonrió ampliamente, pero vio la duda creciendo en los ojos de Cristina—. Estoy cansado, solo eso.

—Ah... —Ella bajó la mirada y se mordió el labio. A continuación alzó su

rostro de nuevo y, deslizando la mano lentamente por su espalda, le dirigió una expresión que provocó taquicardias en su alma torturada—. ¿...Quieres venir a dormir conmigo? Podemos escabullirnos ahora mismo.

Alexander trató de mantener el ritmo natural de su respiración.

—No creo que deba.

Ella sonrió pícaramente.

—Yo creo que sí.

Haciendo un esfuerzo supremo, Alexander desvió la mirada y la fijó en el fondo de la parcela.

—Esta noche necesito una cama para mí solo... Estoy demasiado cansado.

—Álex... —La sonrisa había dejado paso a una profunda expresión de decepción—. No te molestaré. Apenas ocupo sitio y no me muevo nada cuando duermo. Por favor...

—Cris...

—¡Cris!

La pareja dirigió su atención a Gorka, el cual los observaba impaciente a una distancia prudencial.

—Siento interrumpir... —Por su tono de voz resultaba evidente que no lo sentía en absoluto—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Ella afirmó con resignación, al tiempo que Alexander aprovechaba la ocasión para unirse a los demás. Se acercó a la mesa y abrió una lata de cerveza. Entre

trago

y trago, observó cómo el chico entregaba un papel a Cristina. Luego ella extrajo una pequeña libreta de su bolsito de tela, escribió algo en una hoja, la arrancó y se

la entregó a Gorka.

Ambos regresaron al grupo hablando alegremente.

Una hora más tarde, Alexander estaba completamente borracho y eufórico, y se dedicaba a corretear con Saúl a lo largo y ancho del jardín, gritando a pleno pulmón: «We are the champions».

Al poco tiempo, el padre de los vascos salió de la casa otra vez y les pidió de nuevo que bajaran el tono de voz. Los chicos comprendieron que había llegado el

momento de la despedida. Estrecharon la mano a los vascos deseándoles un buen viaje, mientras las chicas los besaban en las mejillas.

—Cuídate, Gorka. —Le abrazó con cariño.

—Voy a echarte de menos.

—Yo también a ti. Nos veremos en Navidades, ¿verdad?

Una sombra de tristeza se apoderó del muchacho.

—No volveremos hasta el verano que viene.

—¿¡Hasta el verano que viene!?

Gorka bajó la mirada. Solo quería morir.

—No importa, Gorka, te escribiré.



El chico suspiró y la abrazó de nuevo.

—No olvides informarme acerca del final de la *gymkhana*.

—Claro que te informaré. Te lo contaré todo con pelos y señales.

—Cuídate, Cris. —Tragó saliva, tenía un nudo en la garganta.

—Tú también. —Descubrió con asombro que se encontraba terriblemente

deprimida—. Buen viaje. —Lo besó en la mejilla y se alejó hacia la puerta del jardín, donde los Sustain Souls esperaban pacientemente. Allí se volvió de nuevo y

le despidió con la mano—. ¡Hasta el verano que viene!

Gorka correspondió con un gesto de su mano, pero no replicó. No hubiera podido hablar aunque lo hubiera intentado.

Tanto Las Diosas del Alba como Silver Road y Sustain Souls salieron de la parcela y caminaron a paso lento, hablando y riendo, despertando con sus voces a

los lugareños dormidos.

Alexander se quedó rezagado, estrechó a Cristina entre sus brazos y la besó dulcemente sobre sus rizos oscuros. Le habló cariñosamente de todo cuanto se le pasó por la cabeza y no se dio por vencido hasta que la vio reír a carcajadas.

—¡Grita conmigo, Cris! —Puso las manos alrededor de su boca, a modo de bocina—. ¡Dame una S!

—¡ S!

—¡Dame una U!

—¡ U!

El resto de los Sustain Souls se volvió hacia ellos con expresión divertida.

—¡Dame una S!

—¡ S!

Todos los componentes se unieron felizmente al canto de Alexander y, para desconcierto de los Silver Road y de Las Diosas del Alba, se dedicaron a recorrer

las calles del pueblo gritando a viva voz todo el repertorio motivacional que conocían. Aquello acabó definitivamente con la paciencia de los dos grupos camaradas y ambos se retiraron al polideportivo.

—¿¡Y si somos los mejores, bueno y qué!? —voceaba Alexander.

—¡Bueno y qué!

—¿¡Y si somos los mejores, bueno y qué!?

—¡Bueno y qué!

—¡Y si somos los mejores, y si somos los mejores y si somos los mejores bueno y qué!

—¡Bueno, y qué!

—¡Viva Sustain Souls!

—¡Viva!

—¡Callaos! ¡A vuestra casa a molestar! —Un anciano en pijama les reprendía desde su balcón.

—¡Cállese usted!

—¡Voy a llamar a la Guardia Civil, sinvergüenzas!

—¡Aquí estaremos esperándoles!

Echaron a correr entre gritos y risas, provocando un escándalo más estridente todavía. Luego Saúl hizo una escapada hasta su casa y regresó con varios botes de

espray. Los chicos se recrearon en pintar el nombre del grupo en las fachadas de casas abandonadas, puertas de garajes y edificios públicos. Después se dirigieron a

la cabaña, subieron a la terraza y transformaron el gran interrogante de la fachada

en una exclamación. Rellenaron las letras con espray de color amarillo y las perfilaron con color dorado, y luego envolvieron el grafiti en una nube azul celeste que también fue contorneada en dorado. Cuando terminaron su obra artística, se sintieron tan profundamente satisfechos que decidieron decorar también el interior

de la cabaña con sus propios nombres junto al de míticas estrellas de *rock*.

A las dos de la madrugada, dieron por concluida la sesión pictórica y, felices y

agotados, regresaron al pueblo.

Primero se despidieron de Cristina. La chica dirigió una última mirada de resignación a Alexander antes de entrar en casa. El chico bajó la mirada y retomó el

camino junto a Claudia.

Saúl, Santiago y Leo se encaminaron por otra de las estrechas callejas, en dirección al este. Llegaron al arroyo, donde los grillos cantaban admirables y las estrellas resplandecían soñadoras y cercanas, ajenas a las farolas de las vías principales del poblado.

—Todavía no tengo sueño. Quédate a fumar un cigarro, Leo.

La chica aceptó el ofrecimiento de Saúl, de modo que ambos cruzaron el viejo puente de piedra, descendieron al cauce encharcado y se sentaron sobre una de las

rocas. Santiago los miraba desde lo alto del puente.

—Tú vete a dormir —ordenó Saúl.

—Pero yo también quiero un cigarro.

—¡Cállate, idiota! ¿No ves que mamá está durmiendo justo ahí? —Saúl señaló tras la espalda del pequeño, donde se alzaba su pequeña casa de piedra guarnecida

por el viejo corral.

— *Por fa*, Saúl.

—Entra en casa inmediatamente o te muelo el culo.

El niño giró sobre sí mismo, protestando entre dientes, atravesó el pequeño corral y abrió la puerta de la casa.

—¡Buenas noches, Santi! —Leo le sonrió con dulzura.

—¡Buenas noches, pecadores egoístas!

La pelirroja rompió a reír. Luego se sentó al modo de los indios, cogió una pequeña piedra y la lanzó a sus pies, en dirección al charco donde se reflejaba la luna creciente.

Saúl admiró las estrellas tumbado sobre la roca y aspiró lentamente una nueva calada del cigarro.

—Ayer le dije a mi madre que Santi es el dios de la guitarra eléctrica.

—¿Qué respondió?

—Nada, pero ahora le mira raro... —sonrió divertido—. Le mira con curiosidad.

Ambos rieron.

—Tengo un plan, Leo. Y va a salir bien.

—Cuéntamelo.

—No.

—Venga ya. ¡Ahora no me dejes así!

Saúl la miró con burla.

—¿Así? ¿Cómo?

—Así. ¡A medias!

El muchacho le dirigió una brillante sonrisa.

—No te confundas, preciosa. Yo nunca dejo a las chicas a medias. Siempre se van a dormir felices y satisfechas.

Leo soltó una carcajada.

—¡Cállate, que te va a oír tu madre!

Ambos rieron todavía un rato más.

—¿Entonces no me lo vas a contar?

Saúl se incorporó.

—El plan consiste en... —Su expresión se transformó de pronto en un gesto de gravedad.

Leo siguió su mirada y volvió la cabeza. En la fachada frente a la casa de Saúl,

descubrió la proyección de unas sombras deslizándose a paso rápido en dirección

al arroyo.

Saúl se levantó inmediatamente, agarró a la chica de la mano y la arrastró sin

contemplaciones bajo el arco del puente. Leo sintió una de sus zapatillas

hundiéndose en el agua estancada y profirió una queja de repulsa. Saúl la colocó de

espaldas a la pared y cubrió su boca con la mano.

—Chsssss...

Se oyeron rumores de voces llegando a la orilla.

La chica miró asustada al muchacho y leyó en sus grandes ojos verdes la expresión de una tensión contenida.

—Es el grupo de Beni.

Ella le dedicó una mirada de pánico. Saúl se llevó el dedo índice a los labios y

descubrió lentamente la boca de su amiga.

—¡Despierta, Barrotes!

Leo se aferró a Saúl. Sentía el corazón palpar desbocado en el pecho.

—¡Vaya mierda de casa que tienes!

Se oyeron algunas carcajadas y luego un sonoro golpetazo.

El chico alzó la cabeza y Leo advirtió sobrecoyida el inmenso odio que embargaba sus ojos. Lentamente asomó el rostro bajo el arco del puente y divisó a

los muchachos en lo alto de la ribera, detenidos frente a su casa. Uno de ellos golpeó de una patada la pequeña cancela del corral.

Leo sintió el miedo debilitando sus músculos, al tiempo que contemplaba perpleja cómo Saúl se agachaba silenciosamente y asía una piedra del tamaño de un puño.

—¡Dios mío! ¿Qué vas a hacer?

El chico la ignoró y se apostó sigiloso contra el estribo del puente. Leo lo aferró del brazo y trató de arrebatarse la piedra. Ambos comenzaron a forcejear.

—No, por favor, Saúl. Por favor...

—Aparta.

—¡Por favor, Saúl...!

—¡Cállate!

Repentinamente se oyeron pasos sobre el pretil del puente y ambos detuvieron la lucha y alzaron sus miradas.

—No está en casa.

—¿¡No estás en casa, Saúl, o es que no quieres salir!?

Alguien lanzó una piedra a uno de los charcos.

—Vamos a esperarle.

Para conmoción de la chica, los pasos se detuvieron sobre sus cabezas.

—Tú, saca el tabaco.

—No tengo mechero.

—¿Dónde coño se esconden siempre esos gilipollas?

Empezaron a reír y a montar jaleo mientras Leo y Saúl aguardaban en silencio.

El chico aferró la piedra con fuerza. Sentía toda la furia a punto de estallar en su interior. De pronto miró a Leo y vio lágrimas resbalando por su rostro. Aquello

lo desarmó por completo.

—¿Qué te pasa...? —Lo dijo en un tono tan bajo que casi le costó oírse a sí mismo.

Ella tragó saliva y atenazó los brazos del muchacho con sus manos.

—No salgas.

—No llores.

—No salgas... Son más que tú. Por favor, Saúl, no salgas...

Saúl secó sus lágrimas con la mano.



—Tranquila... —Contempló su rostro y vio aquella expresión de miedo y de absoluta inocencia con la que lo estaba mirando y una oleada de confusión se apoderó de su alma—. ...No llores... No llores.

Pero enseguida vio nuevas lágrimas brotando de sus ojos y los labios

temblando incontrolables y no pudo soportarlo más. Despacio, dejó caer la piedra

sobre la hierba y besó su mejilla, luego arrastró los labios sobre su piel en una lenta caricia que sacudió el corazón de la chica. Leo sintió entonces el cálido aliento de

su boca aproximándose a la suya. Se preguntó maravillada si aquello estaba

sucediendo de verdad. Un instante después advirtió los labios de Saúl posándose en los suyos. Apenas había entreabierto su boca cuando el chico se separó de pronto y

alzó la cabeza. Se oyeron pisadas de nuevo, esta vez dirigiéndose a la ribera.

—¡Adiós, Saúl!

—¡Disfruta de tus últimas noches de vida!

Las voces se perdieron en la distancia. Luego los dos amigos se miraron en silencio. Un ataque de vergüenza devoró sus rostros.

El chico fijó la mirada en sus zapatillas.

—Será mejor que te acompañe a casa.

Caminaron en absoluto silencio, mirándose con disimulo y tratando de intuir

los pensamientos del otro. Cuando por fin llegaron a la puerta de la casa de Leo, se

dirigieron una tímida correspondencia de miradas.

—Hasta mañana. —Saúl giró sobre sí mismo y emprendió el camino de regreso.

Leo lo observó alejarse con el corazón temblando en su pecho, aturrida y fascinada como jamás se había sentido hasta entonces.

23

*It's a fool's game,  
standing in the cold rain,  
feeling like a clown.*

«It's a heartache», Bonnie Tyler[[29](#)]

El pueblo entero había sido especialmente engalanado para dar la bienvenida a

sus fiestas patronales. La plaza y las calles principales lucían coloridos banderines

de plástico, farolillos y guirnaldas que cubrían las distancias entre las diferentes fachadas. La carretera principal ostentaba una luminosa bienvenida y felicitaba las fiestas a turistas y automóviles.

A mediodía llegaron los feriantes con sus caravanas y furgones, y pasaron el día entero descargando las atracciones y construyéndolas de nuevo para regocijo y

expectación de niños y adolescentes. La plaza principal y sus calles adyacentes se llenaron de casetas de feria, puestos de comida y tenderetes de ropa y bisutería. Las

grandes atracciones fueron llevadas a un terreno público situado en el norte, a las

afueras del pueblo. Allí se alzó una noria de brillantes luces verdes y amarillas, un

pulpo gigante de amenazadores brazos, coches de choque, un tiovivo, una olla gigante, una montaña rusa y un castillo hinchable.

A la vista de todo aquello, se dejaba sentir algo especial en el aire de Vistaclara, una alegría contenida y gentil, alguna sonrisa sin motivo aparente, el ligero caminar despreocupado al ritmo de una disimulada melodía en la garganta.

El calor de aquellos días llegaba en una densa oleada desde el continente africano,

pero el mundo era de colores y brillaba espléndido a la luz del sol. Ni los cuarenta

grados a la sombra pudieron romper el espíritu estival ni las expectativas de los

centenares de jóvenes corazones que, como el de Cristina, ansiaban impacientes la

llegada de la noche y la inauguración de las fiestas.

Sin embargo, para consternación de la chica, su día prometía ser largo.

Llevaba casi tres horas en la iglesia ensayando y ultimando los detalles de la procesión del día siguiente junto a la banda municipal y bajo las estrictas órdenes de don Saturnino, el director de la orquesta. En realidad, las coristas llevaban dos semanas ensayando en colaboración con la orquesta municipal. De este modo

habían logrado crear un ritmo de acompañamiento basado en cornetas y tambores

para la procesión del Santísimo Cristo del Olvido.

Por fin aparecieron los cofrades y sacaron el paso del Cristo afuera de la

sacristía, dejándolo en un lateral del templo. La iglesia era un ir y venir de gente que Cristina no había visto jamás, y una bulliciosa algarabía resonaba en eco por cada rincón. Doña Gregoria y doña Juana repasaban inagotables el orden de la procesión y el lugar que debía ocupar cada corista. De este modo colocaron a Cristina a la cabeza del coro, exactamente tras la banda de música.

—Tú marcarás el paso. Sigue el ritmo de la banda y el resto de coristas se desplegará en parejas a tu espalda.

Cristina decía que sí a todo, pero su mente estaba muy lejos de todas aquellas órdenes e indicaciones de última hora. Su mente y su corazón volaban incontenibles

hacia las atracciones de la feria y la cabaña del árbol, donde sus amigos ensayaban a

un ritmo mucho más divertido y excitante.

Al llegar la hora de comer, las coristas no estaban satisfechas del todo con el resultado final, de modo que se vieron obligadas a citar al grupo a eso de la media

tarde. Cristina no fue libre hasta las siete de la tarde. El sol brillaba todavía sobre el llano y el calor devastaba cualquier buen intento de caminar lejos de la sombra. La

chica recibió de labios de su abuela un mensaje del grupo. La esperarían en la piscina. Así que allí se reunió con ellos.

—¡Ya era hora, sor Cristina! —gritaba Saúl desde el azul del agua—. ¡Se te está poniendo cara de monja!

Alexander soltó una carcajada. Luego agarró a Cristina de los brazos y la lanzó a la piscina. Allí jugaron durante un rato a hacerse ahogadillas.

—¿Me has echado de menos, Álex? —preguntó la chica tras varios infructuosos intentos de sumergir al muchacho.

Alexander rompió a reír de nuevo. Había pasado cada minuto del maldito día preguntándose cuánto tiempo tardaría Cristina en regresar del ensayo, pero jamás confesaría semejante debilidad.

—¿Echarte de menos, dices? ¡No te imaginas lo bien que nos lo hemos pasado sin ti!

—¡Ah! —La chica lo miró divertida y ofendida a partes iguales—. ¡Qué mentiroso! ¡Vas a morir ahogado por decir eso!

Se sumergieron de nuevo el uno al otro y enseguida se unieron al resto del grupo y jugaron despreocupadamente hasta que el socorrista les ordenó salir del agua para que aprendiesen a comportarse civilizadamente. Así que fueron al césped,

y en lugar de secarse al sol, cogieron dinero y se dirigieron a la barra del chiringuito. Compraron un arsenal de chucherías, helados y Pepsis y regresaron a

la sombra de un árbol.

—¿Quién quiere jugar a las cartas? —Claudia sacó su baraja española.

—Un mus. ¿Quién se apunta?

—¿Quién no se apunta?

—Yo no me apunto. —Cristina saboreó su Calipo de fresa.

—Yo tampoco. —Alexander se recostó sobre el regazo de Cristina—. Hazme cosquillitas, Catsi.

—¡Bien! ¡Voy con Claudia! —Santiago sonrió satisfecho—. ¡Contra los pecadores egoístas!

La rubia soltó una carcajada.

—¿Contra los qué?

Saúl y Leo se miraron tímidamente. Apenas se habían dirigido la palabra en todo el día.

—Los pecadores egoístas. Ayer se quedaron fumando en el arroyo y no me dejaron quedarme.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Qué hacíais en el arroyo los dos solos?

Claudia buscó información en los ojos de Leo y encontró tal expresión de vergüenza y añoranza que no pudo evitar abrir unos ojos como platos.

Saúl levantó la mirada en ese momento.

—Vale ya, reparte, enano. Es para hoy.

Enseguida se vieron envueltos por el ritmo del juego y dejaron a un lado a Cristina y a Alexander. El chico abrió los ojos y volvió su rostro hacia ella con una

amplia sonrisa.

—Cuéntame qué tal el ensayo, Catsi.

Cristina sonrió emocionada. Sentía auténtica debilidad por aquel apodo y adoraba los momentos en los que Alexander le dedicaba toda su atención.

—¡Ha sido horrible!

El chico soltó una carcajada.

—¿Por qué?

—No se terminaba nunca, hacía un calor terrible y doña Gregoria y doña Justa no paraban de contradecirse. ¡Alguien debería regalarles unos guantes de boxeo! Y

encima ha llegado don Saturnino y no les ha dado la razón a ninguna y ha cambiado

todo a su manera.

Alexander volvió a reír.

—Me han colocado a la cabeza del coro.

—¿En serio?

—Claro, por lo del solo.

—Mañana te veré cantar ese solo.

El corazón de Cristina vibró emocionado.

—¿Qué te pasa?

La chica se mordió el labio.

—Nada.

Una divertida sonrisa se apoderó del rostro del muchacho.

—Dímelo.

—No se me había ocurrido que fueras a verme cantar mañana.

—Mi padre me obliga a ir a las procesiones.

—Ah...

—Pero a la de mañana quiero ir de verdad, para verte.

Alexander advirtió con deleite cómo Cristina se sonrojaba visiblemente.

—¿Cómo es la canción?

—Bufff... Es una canción de misa, imagínatela.

El chico rio con ganas.

—Venga, al menos dime qué dice la letra.

—No... Es una bobada.

—Solo la primera estrofa.

—Qué pesado eres, Álex. ¿Quieres saber qué dice la canción? —Cristina hizo memoria—. Dice: «Te quiero, tú sabes que te quiero. Tú sabes que yo vuelo con tu

vuelo y quiero que me apartes de lo gris»[\[30\]](#). —Apenas había comenzado a recitar cuando su respiración se entrecortó. Teniendo a Alexander frente a sí, la canción acababa de adquirir un nuevo significado, mucho más real y profundo del que ella

jamás había sentido. Ambos se miraron a los ojos en un extraño silencio. Ya no había burla en la sonrisa de Alexander. Tomó la mano de la chica y la puso de nuevo sobre su cabeza.

—Anda, sigue haciéndome cosquillas.

Ella obedeció silenciosa, con el rubor todavía quemándole las mejillas. Luego se inclinó y lo besó dulcemente en la frente.



Regresaron a la piscina tras terminar la partida de mus. Y allí las chicas se sentaron en el bordillo del extremo más profundo y sumergieron sus piernas en el

agua. Saúl y Alexander se unieron a otros muchachos en el extremo opuesto.

—Empieza a hablar ahora mismo. —El tono de voz de Claudia no daba lugar a excusas, pero la pelirroja no las tenía todas consigo.

—No tengo nada que decir.

Cristina inclinó su cabeza para oírlas mejor.

—¿De qué habláis?

—Tú, como siempre, sin enterarte de nada. ¿No lo has oído?

—¿El qué?

—Ayer pasó algo entre Leo y Saúl.

Cristina dirigió una mirada de asombro a Leo.

—No me mires así, no pasó nada... Casi nada.

—¡Lo sabía! Cuéntalo ahora mismo. ¿No crees que tengo derecho a saberlo?

—Chicas, Álex nos está mirando.

Claudia se volvió hacia los muchachos.

—Es verdad.

Rompieron a reír.

Alexander se sentó en el bordillo.

—Tú... ¿Qué les pasa a las chicas?

Saúl se sacudió el agua del pelo.

—¿Qué les pasa de qué?

—Nos están mirando y se están riendo.

Saúl se sentó junto a su amigo.

—Es verdad. ¡Qué ridículas son!

Alexander dirigió una mirada a Cristina y la chica bajó el rostro rápidamente.

—Mierda. Creo que están hablando de mí.

Leo suspiró y contuvo una sonrisa.

—No debería hacerme ilusiones... Ni siquiera me ha dirigido la palabra en todo el día.

—Joder, Leo. Llevo tres meses detrás de Saúl y tengo mucho menos que contar, así que empieza con los detalles.

—Un momento, por favor —intervino Cristina—. Álex me está asesinando con la mirada. Deberíamos hablar en otro sitio.

—Ese payaso... —Claudia resopló molesta—. ¿Todavía no te ha besado? Mira

que le gusta hacerse de rogar.

—¿De verdad crees que quiere besarme?

—¡Claro que quiere besarte!

—¿Entonces por qué no lo hace?

—¿De qué vais? ¡Estábamos hablando de mí!

—Perdona, Leo, perdona. ¿Qué pasó ayer?

Saúl se mordió el labio.

—Están hablando de mí, no de ti.

—¿De qué hablas?

—Ayer me pasó una cosa muy rara con Leo.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Te refieres al sacrificio de generosidad?

—No fue así exactamente... —El chico advirtió nuevas carcajadas en el grupo de las chicas—. ¿Y por qué se ríen tanto? ¡Parecen brujas! ¡Santi! ¡Santi, ven aquí!

El niño jugaba en la zona media de la piscina con otro niño de su edad.

—¿Qué?

—¡Ven aquí ahora mismo!

Santiago obedeció molesto.

—¿Qué pasa?

—Ve a donde las chicas y averigua qué están diciendo de nosotros. Y luego vienes y nos lo cuentas.

—¿Y qué gano yo a cambio?

Los dos adolescentes se miraron confusos.

—Un helado —cedió Saúl, finalmente.

—¿Cuál?

—¡Y yo qué sé! ¡El que tú quieras! ¡Pero date prisa! ¡Corre!

—El helado más caro y un cigarrillo. Si no, no hay trato.

—¡Mafioso *pirado*! ¡Corre con las chicas ahora mismo o te juro que te vas a arrepentir!

El niño suspiró. Un helado era mejor que nada, así que saltó al bordillo y se encaminó a paso ligero al bordillo opuesto.

—¿Pero qué haces, *atontao*? ¡Disimula, al menos!

Santiago protestó algo en voz baja, se lanzó de cabeza al agua y se aproximó nadando lentamente al trío de chicas.

—¿Y entonces, qué? —insistía Cristina.

—Espera. ¿A dónde viene ese?

—No nos oye desde ahí. Venga, sigue.

—...Entonces me dijo... que no me asustara, y luego me besó.

—¿En la boca?

—No, en la mejilla.

—Ah, bueno... —Claudia ya no sabía si sentirse más tranquila o verdaderamente defraudada.

—Pero luego hizo algo raro.

—¿Qué hizo?

Alexander contemplaba asombrado a Saúl.

—¿Y la besaste voluntariamente?

—No la besé, solo la rocé. No es lo mismo.

Cristina escuchaba a Leo con expresión embelesada.

—¿Y te besó en los labios?

—Sí, me besó en los labios.

Alexander meneó la cabeza.

—¿Pero entonces querías besarla o no?

—Claro que no quería. Estuve a punto de hacerlo, pero no quería y no lo hice.

Y ya está.

Cristina contuvo una sonrisa.

—¡Está loco por ti, Leo!

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! ¡Ahora todo encaja! Siempre burlándose de ti, pero tratando de protegerte al mismo tiempo... ¿No lo ves? ¡Le gustas muchísimo!

La pelirroja dirigió a Cristina una mirada rebosante de luz y felicidad.

—Ay, Cris... No he pegado ojo esta noche pensando en todo esto. Necesitaba una opinión objetiva y ahora que tengo la tuya apenas puedo creerlo.

Las chicas se abrazaron entusiasmadas.

Saúl sintió un nudo en el estómago.

—¿Y ahora por qué se abrazan como si les hubiera tocado la lotería?

Alexander rompió a reír.

—Y el cretino de tu hermano está buceando... ¡Menudo espía has contratado!

—Me dan ganas de pegarle una paliza.

—Un momento —intervino Claudia—. Siento ser aguafiestas, pero esto no tiene sentido. ¿Por qué Saúl no te habla?

Cristina fue más rápida.

—Porque está intimidado.

Leo afirmó con la cabeza. Aquello sonaba de maravilla.

—Piensa que Leo y Saúl son amigos desde hace mucho. De pronto Saúl está empezando a ver a Leo como su futura novia y eso le asusta.

Leo suspiró al tiempo que Claudia fruncía el ceño.

—¿Y por qué le va a asustar?

—No sé, pero mira a Alex. Dice que tiene miedo de mí.

Claudia y Leo contemplaron a la chica con los ojos desorbitados.

—¿Eso te dice Alexander?

—Sí, cada vez que viene a verme por las noches.

Claudia la miró estupefacta.

—¿Alexander asalta tu habitación de madrugada para decirte que tiene miedo de ti? —Frunció el ceño de nuevo y movió la cabeza. Definitivamente los hombres

eran unos majaderos—. Entonces es obvio que está esperando a que tú tomes la

iniciativa.

—¿Hablas en serio?

—¡Pues claro! ¿En qué planeta vives? ¡Tienes que besarle esta noche, Cris!

Cristina sintió su corazón dispararse frenéticamente.

—¿Esta noche? ¿Cuándo? ¿Cómo lo hago?

—Muy fácil —replicó Claudia—. En la noria.

—¿En la noria?

—Como en las películas románticas. Un beso en lo alto de la noria. ¡Lo recordarás toda tu vida!

Una sonrisa de ensoñación se apoderó de Cristina.

—¿Y qué hay de ti, Claudia? —preguntó Leo.

—¿De mí? —Claudia se encogió de hombros—. Saúl es un tarado mental —sonrió con picardía—. Además, tengo a Heavy en la palma de mi mano. Quizás ha

sido demasiado fácil... Me gustan las conquistas complicadas, pero lo de Saúl ya es

excesivo.

Lentamente, Santiago retomó el camino hacia Saúl y Alexander. Los muchachos lo miraron expectantes.

—¿Y bien? —preguntó Saúl.

Santiago trató de recordar toda la información.

—Han dicho —señaló a su hermano— que Leo es tu futura novia porque —  
señaló a Alexander— tú tienes miedo de Cristina.

Los adolescentes se miraron estupefactos.

—¿Que qué?

—Y que Cristina va a tomar la iniciativa de Heavy.

Alexander lo miró perplejo.

—¿La iniciativa de qué?

—Un momento. ¡Ay, qué agobio! ¿Quién ha dicho que Leo es mi futura novia?

—La iniciativa de Heavy. Cris lo ha dicho.

—¿La iniciativa de Heavy?

—En la noria. Esta noche.

Alexander se llevó las manos a la cabeza. Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

Apenas acababa de librarse de Gorka y recibía semejante chaparrón. Pero era imposible. Trató de recordar cuántas veces había visto a Cristina tonteando con Heavy. Ninguna. Furioso, levantó la cabeza y señaló a Santiago.

—¡Vamos a ver, chaval! ¡Límpiate la cera de los oídos y vuelve por donde has venido! ¡Y ni se te ocurra dirigirnos la palabra hasta que no tengas las cosas claras!

—¡Serás capullo, Alexander! ¿Dónde está mi helado?

—¡Un momento! ¡Por Dios, no te vayas, Santi! ¿Quién dice que Leo es mi futura novia? ¿Quién es la enferma mental que ha dicho eso?



—Cristina.

Alexander rompió a reír.

—A mí no me hace gracia, *mamonazo*.

—Y Claudia ha dicho de ti, Saúl, que te tiene en la palma de su mano y que eres un tarado mental.

Alexander soltó otra estridente carcajada.

—Eso sí me cuadra.

Saúl se llevó las manos al estómago. Estaba palideciendo por segundos.

—Menos mal que esta noche tengo que trabajar.

Alexander se mordió el labio.

—Yo pensaba mezclar a las chicas con los Silver Road.

Saúl rio divertido.

—Pues no hacía falta que lo pensaras tanto. Ya lo están planeando ellas por su cuenta.

Alexander atravesó de nuevo a Santiago con la mirada.

—¡Tú! ¡Desaparece de mi vista! ¡En mi vida he oído tantas gilipolleces juntas!

¡No me creo ni una palabra!

—¿Y dónde está mi helado? ¡Quiero mi helado!

—¡Una paliza es lo que te vas a llevar como no te largues con viento fresco!

El pequeño saltó al bordillo y se alejó furioso en dirección al césped, pero al pasar cerca de las chicas, Claudia le llamó.

—¿Y vosotras qué queréis?

—¿A qué viene ese mal genio?

Santiago se encogió de hombros.

—A nada.

—¿Qué hablabas con los chicos?

Santiago vio sus rostros expectantes y poseídos por la más profunda curiosidad. Después se volvió hacia los chicos y les descubrió conversando en voz

baja con tal expresión de gravedad como si un asunto de seguridad nacional dependiera de ellos. Una sonrisa de picardía hizo brillar sus ojos verdes.

—Hablaban de vosotras.

—¿De nosotras?

—Sí.

—¿Y qué decían?

—No, nada... No debo decirlo. —Hizo un amago de irse hacia el césped.

—¡Espera! ¿A dónde vas? Nosotras no vamos a decir nada a nadie.

Santiago las miró dudoso, pero finalmente negó con la cabeza e hizo otro nuevo amago de marcharse.

—¡Espera, espera, espera! Venga, Santi, si nos lo dices te invitamos a un helado.

—¿De verdad?

Ellas afirmaron con la cabeza.

—El helado más caro y un cigarrillo.

Las chicas sopesaron la propuesta en un rápido intercambio de miradas.

—El helado más caro y una calada.

—Tres caladas.

—Dos.

—Tres o no hay trato.

—¡Maldita sea! Vale.

—Bueno, pues... Saúl ha dicho que le encantaría que Leo y Claudia fuerais a verle esta noche a La Posada del Pirata porque no cree poder soportar una noche entera sin veros.

Las chicas lo observaron estupefactas.

—Y Alexander ha dicho... que le vuelven loco las chicas que se fijan en chicos

mayores que él, como los Silver Road, porque eso le supone un reto.

Cristina lo miró perpleja.

—¿Eso ha dicho?

Santiago trató de controlar una carcajada.

—Eso mismo. ¡Ah, por cierto! El helado... lo quiero de cucurucho, de chocolate y nata. Os espero a la sombra.

Acto seguido, para desconcierto de las chicas, el pequeño dio media vuelta y

se dirigió al césped.

Doña Elisa y doña Juana tomaban un refresco sentadas a la mesa del jardín, mientras las estrellas aparecían lentamente en el cielo de verano y las risas de Cristina, Leo y Claudia brotaban de la planta superior de un modo tan escandaloso

que las dos ancianas no podían dejar de mirarse con el ceño fruncido.

—Las fiestas siempre suponen una revolución para los jóvenes, Elisa.

—No. Aquí se está cociendo algo, te lo digo yo, Juana.

En ese momento se oyeron apresurados pasos al bajar las escaleras y a

continuación Cristina apareció en la puerta del jardín. Vestía un vestido blanco de tirantes y se había maquillado los ojos y los labios.

—¿Qué te parece, *abu*?

—¿Qué te has hecho en la cara?

—Claudia me ha maquillado. —Pataleó nerviosa contra el suelo—. ¡Dime ya qué te parece!

—Pareces una puerta, hija mía, y ese vestido es para la procesión de mañana.

—¿Por qué?

—Porque es blanco. Es el más apropiado.

—Pero yo quería llevar el rojo en la procesión.

—El rojo es demasiado corto para la procesión. ¡Y esa pintura te hace parecer mucho mayor!

Cristina sonrió radiante.

—¿De verdad? —Se dio la vuelta y subió de nuevo las escaleras—. ¡Claudia!

¡Parezco mucho mayor!

Doña Elisa movió la cabeza.

—No puedo con esto... Yo ya no tengo paciencia para estas cosas. ¡Y esto es solo el principio, Juana!

Doña Juana guardó un delicado silencio, al tiempo que la abuela dirigía su mirada a la planta superior.

—¡Quítate ese vestido y cuélgalo en el armario! ¡Es para mañana!

—¡Que sí, pesada!

—¡No me respondas así!

—¡Que no!

—¡Cristina...! —Su voz sonó amenazadora.

—¡Que sí!

Se oyeron ruidosas carcajadas juveniles.

—¡Estas cosas no las hacía antes de juntarse con este grupo!

Doña Juana apuró el último trago de Tónica.

—Venga, mujer, dale un poco de margen, no seas tan estricta. Los tiempos han cambiado mucho.

Se levantaron perezosamente, llevaron los vasos al fregadero de la cocina y cogieron sus bolsos.

—¡Coge las llaves, Cristina! Nosotras nos vamos ya. ¡Y quítate ese vestido!

—¡Por Dios, abuela, ya me lo has dicho veinte veces!

—¡Nos vemos en el campo de fútbol a la hora de los fuegos artificiales!

—¡Sí, *abu!* ¡Hasta entonces!

Se oyó el ruido de la puerta principal al cerrarse y por fin las chicas respiraron aliviadas desde el cuarto de Cristina.

—Saca el tabaco y sube la música. Hoy Heavy va a saber lo que es un beso.

—No pienso besar a Álex después de haber fumado. ¡Qué asco!

—Aquí tienes chicles de menta.

—Claudia, ¿dónde has puesto mi colonia?

—¿Qué se supone que debo decirle a Saúl?

—No le digas nada. Espera a que te lo diga él.

—Abre la ventana, Leo, esto apesta. ¿Qué vestido me pongo?

—El rojo.

—Ese me lo puse ayer.

—¿El amarillo?

—Imposible, está sucio.

Claudia sacó un vestido negro de su mochila.

—Ponte este.

—¡Dios mío! ¡Qué pasada!

—Me lo compré para la boda de mi prima. Pensaba usarlo hoy pero me queda

justo de pecho, así que al final voy con el malva. Póntelo tú.

Cristina advirtió la sugerente silueta del vestido y su palabra de honor.

—Es increíble, es... —meneó la cabeza—. Mi abuela me va a matar.

—¿Por qué? Solo te ha dicho que no te pongas el blanco.

Aquello fue más que suficiente para convencer a Cristina. Se desvistió, dejó el vestido blanco sobre la cama y se enfundó el negro.

Leo soltó un silbido.

—Te queda increíble, pero escóndete las tiras del sujetador.

—¿No tienes sujetadores de tiras transparentes?

—Solo uno y está sucio.

—Escóndete las tiras.

—Dame la última calada.

—Estás increíble.

—Parece que tengas dieciséis o diecisiete años.

Cristina se miró al espejo, apenas se reconoció. De la niña que había llegado a

Vistaclara solo quedaba el resquicio de su mirada brillante y feliz. En el fondo sabía que aquello era solo un juego, pero se trataba del juego más emocionante que había

conocido jamás y no quería que durase tan solo una noche.

—¡Vámonos! ¡Llegamos tarde!

Cogieron sus bolsos y salieron a la calle, sin poder dejar de reír y gritar.

Ya era noche cerrada cuando entraron en el estadio del viejo campo de fútbol.

Centenares de personas se agolpaban en el interior, hablando y riendo sin cesar.

Las chicas caminaron entre el gentío tratando de divisar a sus amigos.

—¡Por los clavos de Cristo, Cristina!

Cristina se volvió hacia su derecha. Su abuela la observaba estupefacta. Las caras de doña Juana, doña Gregoria y doña Justa no reflejaban mayor aprobación.

—¡Apenas he podido reconocerte! ¿De dónde has sacado ese vestido?

— *Abu...* Me he quitado el vestido blanco.

—¡Y a cambio te has puesto el de una *pilingui*!

—¡Es de Claudia! ¡Se lo compró para la boda de su prima!

—Claudia tiene dieciséis años y tú solo tienes catorce... —Doña Elisa se dirigió al resto de ancianas—. ¿Pero habéis visto cómo va vestida? ¿Lo habéis visto

bien?

Las ancianas murmuraron entre ellas.

—Cariño, pareces demasiado mayor... —intervino doña Juana en un delicado tono de voz.

Cristina frunció el ceño.

—Bien.



—Escúchame, hija —habló de nuevo la abuela—, don Ignacio me ha dicho que

quería comentarte algo, pero ni se te ocurra acercarte a él con este aspecto. Corre a

casa a cambiarte primero.

—¿Qué? ¡No pienso cambiarme!

—¿Qué estás diciendo? No vas a pasearte así por todo el pueblo.

—¡Claro que voy a hacerlo! ¡Claudia y Leo me han dicho que voy increíble!

—Claudia y Leo no tienen ni idea de...

Cristina dio media vuelta y salió corriendo.

—¡Cristina!

—¿Pero a dónde va?

—¿Ves lo que sucede si respiro hondo y le doy un poco de margen? ¡Qué

vergüenza, Juana! ¡Parece una prostituta de trece años, de esas que andan por las calles de Brasil! ¡Y todo el pueblo va a creer que yo le he comprado ese vestido!

—Tranquila, Elisa, tranquila. Vamos a intentar encontrarla.

—Sí, por favor. Acompáñame.

Las dos ancianas se perdieron entre el tumulto, dejando al resto de sus amigas

en absoluta libertad y confianza para hacer todo tipo de comentarios maliciosos al

respecto.

Cristina había salido corriendo en dirección a Claudia y Leo, y no fue necesario que mediaran palabra alguna entre ellas. Simplemente se adentraron en la

multitud a paso rápido y atravesaron el campo en una huida silenciosa. Cincuenta metros más adelante tropezaron con los Silver Road. Saúl y Alexander se

encontraban con ellos. Por una vez los chicos habían dejado a un lado su habitual vestuario. Aquella noche Saúl vestía una camisa negra y vaqueros grises y

Alexander lucía una camisa roja y Dockers de color azul marino. En aquel momento vieron a las chicas aproximarse a ellos y detuvieron su charla.

Cristina se giró rápidamente hacia Leo y Claudia.

—¡Dios mío, qué guapo está Álex! ¡Está guapísimo!

Claudia reprimió una carcajada.

—Date la vuelta. ¡Te está mirando con la boca abierta!

Cristina se volvió de nuevo hacia los chicos y tropezó con la mirada fija y profunda de Alexander. El chico la contemplaba en absoluto silencio. Ni en sus mejores fantasías había imaginado a Cristina vistiendo de aquella manera.

Pero no

era solo el vestido ceñido a cada curva de su cuerpo, había algo más... ¿Se había maquillado? Claro que sí. Estaba impresionante. Parecía que hubiera crecido dos años en menos de dos horas. Con el corazón descontrolado, bajó la mirada.

A Saúl tampoco le pasó desapercibido el aspecto de Cristina, pero tenía

asuntos más graves entre manos, porque a paso lento pero sugerente, y con una dulce sonrisa en los labios, Leo caminaba hacia él. Vestía un precioso vestido

de color azul turquesa que contrastaba con su larga cabellera pelirroja. El muchacho sintió regresar la extraña sensación que le había poseído la noche anterior bajo el

puente, pero enseguida recordó las palabras de Santiago en la piscina y sintió un súbito agobio. Confuso, trató de aparentar naturalidad.

—¡Qué guapas estáis, chicas!

Leo sonrió satisfecha.

—Vosotros también.

Cristina advirtió las miradas silenciosas de Heavy, Page y el resto de los Silver Road. Recordando las palabras de Santiago, les dirigió una deliciosa sonrisa.

Heavy dijo algo a Claudia mientras que Page se aproximaba a Cristina.

—Por favor... —Había una sonrisa de burla en su rostro—. Dime que no tienes catorce años.

Ella soltó una carcajada.

—¿Cuántos quieres que tenga?

—Dieciséis sería perfecto. Aunque me vale con quince, apenas tengo principios.

Ella miró de soslayo a Alexander, el cual les observaba con media sonrisa, aunque no había ninguna expresión divertida en su mirada.

—Puedo tener dieciséis. —Volvió a reír.

Alexander dio media vuelta y se alejó en dirección a Saúl al tiempo que el estridente silbido de la pólvora anunciaba la primera explosión de la noche.

Centenares de cabezas se alzaron al cielo y contemplaron cautivadas las serpenteantes luces de colores.

Cristina observó el espectáculo y notó cómo una verdadera sonrisa afloraba a su rostro. Desoyendo los comentarios de Page, se alejó en dirección a su grupo hasta situarse junto a Alexander. El chico la vio llegar, pero mantuvo la mirada fija

en lo alto. Ahora el cielo era un sinfín de explosiones y luces, y las exclamaciones

de asombro se oían por doquier. Súbitamente, percibió la mano de Cristina tomando

su brazo y pasándolo sobre sus hombros. Alexander no pudo evitar una sonrisa. La

contempló divertido.

—¿Ya te has cansado de tener dieciséis años?

Ella bajó la mirada, no quería recordar los fuegos artificiales junto a alguien que no fuera él.

El chico la atrajo hacia sí con dulzura.

—Ya te vale... —Pero no podía dejar de sonreír.

Santiago llegó en ese momento.

—¡Cris! ¡Cris! —Cogió su mano—. ¿Dónde estabas?

—Santi, ¡qué guapo estás!

El pequeño vestía pantalones vaqueros largos y una camisa naranja. Sonrió

con orgullo.

—Ya lo sé, me lo han dicho todas las viejas del pueblo.

Cristina y Alexander rompieron a reír.

El adolescente lo miró con picardía.

—¿Dónde has dejado a Silvia?

Santiago miró a Cristina.

—Tengo novia, ¿lo sabías? —Sintió un regocijo absoluto al comprobar el asombro de Cristina.

Claudia se posicionó junto a ellos.

—¿Tienes novia?

—Desde hace cinco minutos.

Incluso Saúl y Leo estallaron en carcajadas.

Claudia acarició el rostro del pequeño.

—No me extraña, Casanova, pero no te comprometas por mucho tiempo, dentro de cinco años yo querré ser tu novia.

Santiago sonrió embelesado, ajeno por completo a la carcajada general.

—Te tomo la palabra.

Claudia le dio un sonoro beso en la frente.

Los fuegos artificiales duraron todavía diez minutos más. Los chicos se

mantuvieron en silencio hasta la traca final y luego abandonaron el campo de fútbol, lentamente y engullidos por la multitud.

—¡Cristina!

La chica tuvo el tiempo justo de ver a su abuela avanzando a empujones en dirección a ella, antes de salir corriendo fuera del campo. Rodeó el edificio y ascendió por el camino de tierra en dirección a las afueras.

—¡Cris! —Alexander corrió tras ella y la alcanzó en las primeras sombras de la dehesa—. ¿Pero a dónde vas?

Ella guardó silencio. La verdad era que no lo sabía.

—¿Huyes de tu abuela?

Cristina creyó percibir un matiz de diversión en su tono de voz.

—Sí...

—¿Por qué?

Se mordió el labio y luego lo miró a los ojos.

—¿Crees que estoy guapa?

Alexander tardó un instante en responder. En realidad no se le ocurría ninguna forma de expresar con palabras lo que había sentido al verla y en el fondo sabía que

tampoco debía hacerlo.

—Estás... estás... te queda muy bien.

Ella desvió la mirada. No eran las palabras con las que había soñado ni mucho

menos el tono de voz.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfadada con tu abuela?

Ella negó con la cabeza. De pronto tenía ganas de llorar. Estando frente a Alexander comprendía que era imposible que él esperase un beso de ella. Había

sido una estupidez por parte de Claudia pensar una cosa semejante.

El chico la rodeó en busca de su mirada.

—¿Estás llorando?

—No.

—¿Estás...? ¿Te pasa algo conmigo?

Hubo un tenso silencio, tras el cual Cristina buscó refugio en los brazos del chico y hundió la cabeza en su pecho. Alexander la abrazó confuso.

—No llores... Estás demasiado guapa esta noche como para llorar.

Ella alzó el rostro, lo miró a los labios y luego le dirigió una delicada expresión de anhelo. Alexander creyó morir, ya no podía soportarlo más.

Lentamente tomó su rostro con las manos y comprendió que lo que sucediese

aquella noche estaba fuera de su control. Se miraron fijamente a los ojos. Ya no quería evitar ese beso. Entreabrió los labios y acercó su rostro al de ella.

—¡Cristina!

La voz de doña Elisa le hizo apartarse bruscamente de la chica. Distinguió la silueta de la anciana entre las sombras y, sin pensarlo dos veces, tomó la mano de

Cristina y la llevó corriendo cuesta arriba hasta un recodo del camino. Allí se detuvieron jadeantes.

—¿Por qué has hecho eso? —La chica lo miraba atónita.

—No lo sé.

Ella siguió observándolo asombrada y en silencio. Dio un paso hacia él.

—Álex...

El muchacho retrocedió levemente. Ella se detuvo y bajó la mirada.

—Gracias... Eres mi mejor amigo.

Alexander la contempló silencioso. Ella lo miró de nuevo, pero en la oscuridad de la noche no pudo percatarse del gesto de dolor que embargaba su rostro, de modo que bajó la cabeza, abrumada por no recibir ninguna respuesta.

Estaba a punto de sentirse completamente confundida cuando la voz de Alexander cortó el silencio.

—¿Te apetece ir a ver a Cibeles?

Lo miró asombrada, no solo por lo fortuito de la proposición, sino por aquel nuevo tono de voz, jovial y despreocupado. Sin embargo, creyó percibir también un destello de desesperación en la pregunta.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿En medio de las fiestas?

—Sí.

—¿Vamos a dejar solo a Santi?

—Claudia y Leo pueden cuidarle. Solo será un rato.



Cristina sonrió emocionada, acababa de olvidar todas sus penas y frustraciones.

—¡Claro que sí!

Saúl llegó a La Posada del Pirata a tiempo de ver a los Cadillac Rojo

atravesando la plaza entre un mar de ancianos bailando pasodobles al ritmo de una

banda que tocaba en directo desde el escenario. El chico apretó los puños y maldijo

a Alexander por enésima vez. Apenas podía creer que hubiese desaparecido con Cristina a semejante velocidad. Se suponía que debía cuidar de su hermano mientras

él no pudiera hacerlo. Por suerte, Heavy se había prestado voluntario para la tarea,

aunque a Saúl le constaba que solo lo había hecho para mantenerse lo más cerca posible de Claudia. Las chicas podían volverles locos a todos. Claro que en realidad, no se consideraba a sí mismo el más apropiado para juzgar de ese modo.

Dejó atrás la terraza y entró en el bar. A través de un océano de gente distinguió a Vladimir detrás de la barra. Tenía la cara colorada y un puro en la boca.

—¡Vamos, Saúl! ¡Vamos! ¿Has visto la terraza? ¡Esto está a reventar!

Dos chicos que solo conocía de vista trabajaban a destajo tras la barra, y otros

dos subían y bajaban de la planta superior con bandejas repletas de vasos y botellas.

David el Greñas sudaba copiosamente en la terraza, portando la bandeja de un lado

a otro, recogiendo vasos vacíos, anotando nuevas consumiciones, llevando *tickets* y trayendo propinas.

—¿Qué hago?

Vladimir se repantingó en el taburete y echó un largo trago a su botella de vodka.

—Terraza.

Saúl lo observó contrariado. No hacía falta ser un lince para comprender que Vladimir estaba borracho como una cuba. El muchacho miró a su alrededor.

—¿Ha encontrado a Dostoievski?

Vladimir lo miró con los ojos inyectados en sangre.

—¿¡Qué te importa mi gato!? ¡Coge una bandeja y sal a la terraza!

Obedeció confuso. Salió a la terraza y vio a su compañero anotando pedidos.

El muchacho se volvió hacia él y se acercó al momento.

—Toma esto. —Le tendió el bloc de notas, un boli y la bandeja. Luego le dio una cariñosa palmada en el brazo—. Bienvenido. —Y desapareció en el interior del

bar.

Saúl contempló la veintena de mesas a rebosar. Su nombre comenzó a resonar por doquier. Se acercó a la mesa que tenía más cerca con la mejor de sus sonrisas,

donde una familia numerosa lo miraba expectante.

—Buenas noches.

—Saúl, llevamos media hora esperando un hielo y un limón.

Saúl apuntó en su libreta.

—Un hielo y un...

—¡Saúl!

—¡Saúl, cuando puedas...!

—¡Saúl, aquí!

—¡Saúl!

Completamente aturdido, Saúl levantó la mirada. Se preguntó consternado cómo era posible que todo el mundo necesitara algo al mismo tiempo. En ese momento comprendió que la noche iba a resultarle terriblemente larga.

Entre tanto, Leo y Claudia bebían y charlaban animadamente con los Silver Road, los cuales habían organizado un botellón en el descampado donde se alzaban

las atracciones. Claudia echó un vistazo al castillo hinchable, Santiago saltaba felizmente junto a Silvia en su interior.

Heavy hizo un gesto con la cabeza.

—Qué bien se lo pasan los niños de once años.

Claudia lo miró con media sonrisa y le tendió el cubata.

—Sujétalo un momento.

El chico tomó el vaso y vio a la rubia dirigirse decidida al castillo. Para su sorpresa, se descalzó y subió a la colchoneta. Desde allí le hizo un gesto para que la siguiera y comenzó a saltar y a reír a carcajadas. El joven sintió los nervios atenzándole el estómago y una sonrisa afloró a sus labios.

El establo donde se encontraba Cibeles estaba construido en una finca situada al sur de Vistaclara. Tras veinte minutos andando a paso ligero, Alexander y Cristina llegaron al terreno. Atravesaron el prado y se dirigieron a la cuadra. Se trataba de una amplia construcción de madera con numerosas ventanas en su fachada y un clásico portón rústico en uno de sus laterales. Alexander describió el pesado cerrojo de hierro y abrió la puerta. Enseguida llegó hasta Cristina un intenso olor a estiércol, sudor de caballo y madera vieja. Luego se oyó el resoplido de los animales y el singular sonido de los cascos sobre la paja.

Alexander pulsó un interruptor en la pared interior del establo y varias bombillas se iluminaron bajo el tejado a dos aguas. Cristina distinguió una hilera de caballerizas a su derecha. Se acercó lentamente y descubrió un caballo negro en el interior de la primera. El animal alzó la cabeza y con las orejas hacia delante contempló a Cristina. Ella extendió el brazo y le habló cariñosamente.

—Ese se llama Salvaje. Es muy nervioso.

—Es precioso.

—Sí, es el favorito de mi hermano. Mi padre lo compró hace un par de años, es muy joven.

Cristina acarició el pelaje del equino y sintió su aliento en la mano.

Alexander anduvo hasta la siguiente caballeriza y se volvió radiante hacia la

chica.

—Aquí está Cibeles.

Un caballo blanco asomó su cabeza sobre la puerta y olfateó el hombro del muchacho. Relinchó varias veces.

Cristina se acercó sonriente y acarició el cuello del animal mientras le

agasajaba con todo tipo de comentarios cariñosos. Alexander la contempló con media sonrisa en los labios. En aquel momento lamentó haber tardado tanto en haberla llevado allí.

—Yo aprendí a montar con Cibeles. Ahora ya está un poco vieja.

—Oh, pobrecita... —Se puso de puntillas y besó la cara del animal—. Qué maleducado es Alexander, ¿verdad?

El chico la miró divertido y se dirigió a la siguiente caballeriza.

—Vamos a sacarla de fiesta. —Descorrió el cerrojo y entró. Cristina lo siguió con curiosidad. En el pequeño habitáculo halló varias sillas de montar y todo tipo

de artilugios equinos. Alexander tomó unas riendas, un ronzal y un sudadero granate. Luego se dirigió a la caballeriza donde aguardaba Cibeles, abrió la puerta

y se metió dentro. El animal retrocedió y se dejó preparar dócilmente. Cristina contempló embelesada cómo Alexander cambiaba la cabezada a la yegua,

enganchaba las riendas y colocaba el sudadero sobre el lomo.

Se volvió hacia la chica.

—No va a ser muy cómodo... No puedo poner una silla para los dos.

Ella sonrió feliz.

—No me importa. —De pronto se observó el vestido—. No puedo montar con este vestido, es demasiado estrecho.

Alexander se mordió el labio.

—Pues tendrás que subírtelo hasta la cintura.

—¿¡Qué!? ¡Ni hablar!

—Venga ya, Cris. ¡Te he visto mil veces en bikini!

Ella se sintió sonrojar.

—Pero no es lo mismo.

—Claro que lo es.

Alexander tiró de las riendas y sacó a Cibeles al pasillo.

—Primero subiré yo y luego te ayudaré a ti.

De modo que condujo a Cibeles al prado, apagó la luz del establo y cerró la puerta. Cristina aguardaba junto a él. Luego los tres atravesaron el prado hasta llegar a la salida. El chico dejó a Cibeles en la vereda y cerró la puerta de la finca. A continuación subió a la pared de piedra que delimitaba el cercado y desde ahí se encaramó al lomo del animal. Cristina lo observaba en silencio. La sonrisa de Alexander se hizo más pícara.

—¿Y bien?

Ella se remangó el vestido hasta la cintura.

—No mires mis bragas.

—No las estoy mirando. —Pero le tendió la mano sin poder evitar que sus

ojos volaran fugaces hacia sus braguitas color malva.

—¿Entonces de qué te ríes?

—De tu cara. Solo miro tu cara. Venga, súbete ahí.

Cristina subió a la pequeña pared, tomó la mano del muchacho y apoyó la otra mano sobre el sudadero. Luego dio un salto. El chico sujetó a Cristina a tiempo de

evitar que se cayera de cabeza contra el suelo. Luego Cristina dobló una pierna y la

pasó al otro costado del caballo.

Alexander rodeó a Cristina con sus brazos para poder llevar las riendas.

—¿Estás cómoda? ¿Todo bien?

—Todo bien.

—Pues vamos.

Con un suave toque de talón, provocó a la yegua y esta comenzó a andar a paso lento.

Cristina sonrió maravillada. La noche cobraba un aspecto mucho más emocionante desde lo alto de Cibeles.

—Qué pasada, Álex.

—No te da miedo, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza al tiempo que extendía el brazo para acariciar las ramas de una encina que asomaba al camino.

Continuaron avanzando por la estrecha vereda hasta llegar a un ancho camino

de tierra. Desde allí se veía el pueblo con sus llamativas luces de feria en la distancia, y llegaba hasta los muchachos el rítmico sonido del baile de la plaza. Más

atrás se alzaba, lejana y mágica como en un sueño, la noria de luces verdes y amarillas. También podían distinguirse el pulpo gigante y la montaña rusa.

Cristina contempló todo extasiada. Después alzó la cabeza y vio las estrellas, espléndidas y hermosas sobre las montañas de la sierra. Se oyó el graznido de un

ave nocturna y el canto de los grillos, y de pronto una sonrisa de auténtica felicidad se apoderó de su rostro. Se volvió hacia el muchacho.

—Este momento es el más bonito de toda mi vida. —Inclinó la cabeza sobre su

pecho y lo abrazó de costado.

Asombrado, Alexander la estrechó dulcemente entre sus brazos. Hubiera querido responder algo, pero no encontró las palabras. Ella alzó la cabeza, buscando por segunda vez en aquella noche el beso que tanto deseaba. El chico admiró sus labios carnosos y pintados de fresa, la boca entreabierta y aquella mirada brillante y temblorosa capaz de bloquear su pensamiento.

—Cris... —Sintió su voz ahogarse en la garganta. Alzó la mano y acarició su mejilla. Trató de pensar—. ¿A dónde quieres que vayamos?

Ella frunció el ceño. Desde luego, aquella pregunta era lo último que esperaba.

—Me da igual.

Alexander se irguió y fijó la mirada en el camino.

—Si quieres podemos pasar cerca del pueblo.



Ella miró hacia delante.

—Vale.

El muchacho advirtió el cambio en su tono de voz. Rápidamente inclinó la cabeza y le dio un furtivo beso en el cuello. Ella lo miró de soslayo y le vio sonreír con picardía.

—Venga, Catsi, cuéntame algo divertido.

—¿Algo cómo qué?

—No sé... ¿Qué es lo peor que has hecho en tu vida?

—¿Lo más horrible?

—Sí. Lo más indebido.

Ella soltó una carcajada.

—Ser vuestra amiga.

Alexander rio con ganas.

—No está mal para tu edad.

—¿Y tú?

El chico volvió a reír.

—Yo... tengo una lista demasiado larga. En el internado hago muchísimas perrerías.

—Pensaba que no te gustaba el internado.

—No... —Recordó de pronto la conversación que había tenido con Cristina en

su cuarto la noche de la tormenta—. Es decir, a veces me puedo sentir solo, eso ya

lo sabes... Pero otras veces hacemos auténticas cabronadas y nos lo pasamos de lujo.

—¿Tú y tus amigos?

—Sí.

—Cuéntame algo de eso.

—A ver... —Alexander miró el cielo estrellado, tratando de recordar alguna hazaña divertida—. Por ejemplo, un día estábamos en la lavandería haciendo la

colada cuando apareció la conserje para recoger algo. El caso es que se dejó las llaves olvidadas encima de una lavadora. Imagínate, Cris, ¡las llaves de todo el internado! ¡Y encima estaban marcadas con una etiqueta para saber de dónde era cada una! Además era fin de semana, teníamos permiso para salir, de modo que las

cogimos y fuimos a una tienda a hacer una copia de las más importantes. Cuando regresamos a la lavandería, la conserje estaba buscándolas por todas partes, completamente histérica. Hicimos como que las encontrábamos en el suelo, junto a

la secadora que había utilizado. Ella las recogió y se fue sin decir nada. Nosotros tardamos casi una semana en utilizar las copias por primera vez. Lo primero que hicimos fue encerrar a todos los profesores en su sala de reuniones.

Cristina soltó una carcajada.

—Como no pudieron explicarse lo sucedido, lo dejaron pasar —prosiguió en el mismo tono divertido—, así que una semana después entramos en el despacho de

la directora y robamos los exámenes trimestrales de física y matemáticas. Hicimos

una copia de cada uno y los repartimos entre toda la clase.

—¡Dios mío, qué guay!

Alexander rompió a reír.

—Nos pusieron sobresaliente a todos. Y claro, eso había que celebrarlo, de modo que tres noches después, entramos en la cocina y robamos todas las botellas

de vino y de ron que encontramos. También nos comimos tres tartas, dos cajas congeladas de profiteroles con nata, catorce zumos de naranja y treinta y seis palmeras de chocolate.

Cristina se volvió hacia el chico con el asombro pintado en el rostro. Una sonrisa de admiración iluminó su mirada.

—¡Ojalá estuvieras en mi colegio!

—Espera, la historia no termina demasiado bien. Una semana después, varios de mis amigos repitieron la misma operación. Entraron en la cocina y comieron todo lo que quisieron. Yo no participé aquella vez, estaba malo con fiebre y solo quería dormir. A la mañana siguiente les mandaron llamar a dirección. Habían puesto cámaras de vigilancia en la cocina. Les expulsaron a todos.

Cristina se llevó las manos al rostro.

—Menos mal que no participaste.

Alexander se mordió el labio.

—Ojalá lo hubiera hecho, así podría continuar en el instituto de Vistaclara.

—Es verdad. —Ella se volvió risueña hacia él—. ¿Te imaginas que

viviésemos

todos aquí durante todo el año y fuésemos juntos al instituto?

Alexander se sintió morir.

—Sí que me lo imagino.

Aprovechando un periodo de relativa calma, Saúl y David el Greñas se habían sentado en una mesa de la terraza. Allí se dedicaron a contemplar el panorama con

expresión de cansancio, al tiempo que fumaban y bebían dos cubatas de ron con Coca-Cola. Aunque a Saúl todavía le quedaban dos años para poder consumir

alcohol, no le preocupaba en absoluto la idea de que Vladimir pudiere entrometerse

y olisquear su vaso. El ruso estaba tan borracho que se había metido en la cocina y

allí se había acomodado en el suelo con una botella de vodka. Llevaba casi una hora

apaleando una sartén y cantando la polka. En un dudoso intento de proteger el decoro, David el Greñas había subido el volumen de la música y, para desconcierto

de padres y abuelos, Extremoduro vociferaba salvajemente por todo el edificio.

Entre tanto, una docena de quinceañeros alborotaba en el extremo opuesta de la terraza.

—Pandilla de payasos... —protestó el Greñas en voz baja—. Son los Consumidores Mínimos.

—¿Los qué?

—Fíjate bien. Son doce en total, ocupan tres mesas pero solo piden dos Coca-Colas. Y encima se ponen morados a pipas y patatas. Y nada de propina, claro.

En aquel momento aparecieron Los Legionarios del Sur. Atravesaron la plaza a paso lento, al tiempo que Saúl se erguía en su silla. Mantuvo la mirada fija en Beni Mariposas mientras que el chico lo contemplaba con expresión de burla. Luego Beni se volvió hacia el Moro, le susurró algo y ambos miraron de nuevo a Saúl.

Para consternación del rubio, la pandilla entera cambió de rumbo y se encaminó a

La Posada del Pirata.

Pasaron junto a Saúl y el Greñas en absoluto silencio y tomaron asiento en una de las mesas de la terraza.

—Tranquilo, Saúl, yo me ocupo.

David se levantó rápidamente y se acercó a los muchachos. Saúl observó

cómo anotaba las consumiciones y se dirigía al interior del bar. Beni Mariposas se

volvió hacia él y ambos mantuvieron un tenso cruce de miradas.

En ese momento doña Elisa hizo su aparición junto a doña Juana, doña Gregoria y doña Justa. Las cuatro ancianas caminaban por los soportales en dirección a la terraza de La Posada. Saúl las vio sentarse en una mesa situada entre

los Consumidores Mínimos y Los Legionarios del Sur.

El chico se levantó y se acercó al grupo de ancianas con una sonrisa en los labios.

—Hijo, ¿cómo tienes la ceja? Me he enterado hace un rato, mi nieta ya no me cuenta nada.

—Estoy bien, gracias. ¿Qué van a tomar?

—¿No habrás visto a Cristina por casualidad? ¡Llevo una hora buscándola!

Saúl rio con picardía.

—¡Ya te digo...! —Calló de pronto.

Las mujeres lo miraron atónitas.

—Quiero decir que... estará con Alexander, Leo, Claudia, Santi...

Se miraron silenciosas.

—No se preocupe, doña Elisa. Alexander sabe cuidar muy bien de ella.

Se mordió el labio y bajó la mirada. Confuso, advirtió que el Moro y Beni Mariposas le escuchaban con creciente interés.

—Lo sé, Saúl, eso lo sé... Pero no gano para disgustos.

Saúl la miró sin saber qué responder.

—Bueno, ¿qué quieren tomar?

Las ancianas dieron cuenta de sus peticiones.

—Enseguida estoy de vuelta.

—Y, por Dios, Saúl, ¿no podéis bajar un poco esa música? ¡Se oye más que la orquesta!

—Claro.

El chico dio media vuelta y se encaminó al interior del bar. Al pasar junto a Los Legionarios del Sur se volvió de nuevo hacia ellos. Advirtió inquieto que los

muchachos se mantenían en un imperturbable estado de calma y observación.

—¡Saúl! ¡Saúl!

Se giró de nuevo en dirección a la plaza. A paso ligero y alegre se acercaban

Las Diosas del Alba. Vestían faldas y vestiditos de tirantes, iban maquilladas y tenían ese algo diferente en el andar que suele caracterizar a las chicas cuando se sienten

admiradas.

—¡Venimos a verte, Saúl!

Al chico le cambió la expresión de la cara. Con una seductora sonrisa les hizo

un gesto para que tomaran asiento en la terraza. Advirtió que Cárol vestía una estrecha minifalda roja, una camiseta negra de tirantes y sandalias de tacón. Al momento se olvidó de todas sus penas y su corazón brincó emocionado en su

pecho.

Las chicas lo miraron encandiladas de arriba abajo al tiempo que tomaban asiento junto a Los Legionarios del Sur .

—¡Qué camarero tan guapo!

—Es de nacimiento... —les guiñó un ojo.

—¡No lo dudamos!

Rompieron a reír al tiempo que doña Elisa y sus acompañantes giraban sus cabezas hacia ellas, llena de curiosidad.

—¿Qué vais a querer, preciosas?

Ellas dieron cuenta de sus refrescos. Saúl apuntó diligentemente y les dedicó otra nueva sonrisa.

—Vuestros deseos son órdenes.

Y desapareció felizmente en el interior del bar.

—¡Por Dios, qué bueno está! —suspiró Noelia.

—Incluso con esa brecha en la frente... —añadió Jessica.

—Esa brecha le hace parecer un tío duro.

—¡Es un tío duro! —sentenció Cárol.

—¡Callaos, que han sido estos de aquí!

Frantolai se volvió hacia ellas con expresión de hastío.

—No han sido estos, fueron los Cadillac Rojo...



—¿Qué importa si fueron estos o los otros? ¡Las dos pandillas dan asco!

—Schhhssst, que nos están oyendo.

Seguidamente rompieron a reír, al tiempo que Beni Mariposas meneaba la cabeza con gesto de aburrimiento.

—¿Y alguna ha visto a Alexander?

—Alexander está con Cristina.

Doña Elisa aguzó el oído.

—¿Pero están liados?

—¡Pues claro! ¡Es superevidente!

Doña Gregoria enarcó una ceja.

—¿Les has visto besarse?

—No, pero están todo el santo día abrazaditos y toqueteándose. ¿No te has dado cuenta?

La expresión de doña Elisa se transformó por completo.

—A la mierda... —Rebeca se encendió un cigarro—. Que le vaya bien con su Lolita. ¿A mí qué me importa?

—¡Qué suerte tiene esa chica! ¡Primero con Saúl y ahora con Alexander! ¡Y parecía una mosquita muerta cuando la conocimos!

Doña Elisa contempló a sus compañeras en un grave silencio. Jamás había pasado tanta vergüenza como en ese momento. Bajó la mirada.

—Por Dios bendito...

Doña Justa y doña Gregoria escuchaban tan ávidamente que ni siquiera se molestaron en consolar a la anciana.

—Pero con Saúl apenas estuvo unas cuantas noches.

—¡Bah! Con Saúl no hizo nada de nada. Me lo dijo Saúl.

—¿Qué dijo de ella?

—Que la chica tenía un *polvazo*, pero que estaba claro que ella no pensaba todavía en esas cosas.

—¿Te lo dijo a ti?

—La noche que nos liamos en casa de Alexander.

Doña Juana carraspeó incómoda.

—¿Y tú qué hiciste con él? ¡Nunca nos lo has contado!

—Yo le di un repaso de la cabeza a los pies, y ojalá pueda repetir esta noche.

Las ancianas se miraron alucinadas.

—Pues yo sigo pensando que Cristina se lo monta de maravilla para la edad que tiene.

—Desde luego tiene que haber aprendido algo con Saúl. De lo contrario, vaya desperdicio, ¿no?

Rompieron a reír de nuevo.

En ese momento, Saúl salió del bar con la bandeja a rebosar de vasos y botellas y se dirigió ágilmente a la mesa de las ancianas con una amplia

sonrisa en

el rostro.

—Aquí estoy de nuevo, para mis clientas preferidas. —Depositó cuidadosamente los vasos y las botellas sobre la mesa.

Las ancianas lo miraban en un inescrutable silencio. Saúl frunció el ceño, algo sucedía. Miró de nuevo a Los Legionarios del Sur. ¿Por qué le sonreían con aquellas expresiones de burla?

—Les he traído patatas y aceitunas. Las pipas son un engañabobos. ¿Y ya les he

dicho que ustedes son mis clientas preferidas? —Guiñó un ojo a doña Elisa, esperando al menos una sonrisa que le correspondiera, pero, por el contrario, la anciana lo miraba fijamente, la furia relampagueaba en sus ojos. Saúl la observó sin

entender.

—¿...Prefiere pipas?

—Saúl —su voz sonó gélida como el hielo—, ¿qué cosas has estado haciendo con mi nieta?

El chico tragó saliva y alzó la mirada. En ese momento algo llamó

poderosamente su atención desde la calle Real. Se trataba de las tres chicas más espectaculares que había visto jamás. Eran altísimas, delgadas y de melenas tan rubias como el sol. Sus ojos eran claros y su piel blanca y rebotante de pecas.

Vestían ajustados pantalones cortos, sandalias de plataforma y escotadas camisetas de tirantes. Una de ellas señaló el bar y las tres aligeraron el paso.

En absoluto estado de trance, Saúl las observó llegar. Las chicas hablaron entre ellas antes de dirigirse a él, le dedicaron una sonrisa que le paralizó el corazón, dijeron algo ininteligible, rieron y entraron en el bar. Desoyendo la llamada de doña Elisa, el muchacho fue tras ellas.

Apenas advirtió que la música había cambiado y ahora una pandilla de jóvenes

cantaba en el karaoke. Tampoco se percató de las expresiones de asombro del resto

de los camareros. Simplemente vio a Vladimir en el centro del salón todavía borracho y sudoroso, con la botella de vodka en la mano, abrazando a las tres chicas mientras ellas reían y lloraban de alegría.

David el Greñas se acercó a él.

—¡Han vuelto!

Saúl lo miró sin entender.

—Son sus hijas. ¡Han vuelto después de tres años!

Saúl las contempló cautivado. No podía creer que los espermatozoides de semejante individuo hubieran colaborado en la creación de aquellas tres maravillas

de la naturaleza.

—Se te pasará enseguida, en cuanto empieces a sentirte asquerosamente

invisible en su presencia. —El Greñas le dio una palmada en el brazo y salió a la terraza. Pero Saúl no se movió del sitio, ni siquiera podía pestañear.

Cibeles continuó descendiendo en dirección al pueblo, pero al llegar a las

afueras Alexander la obligó a virar a la derecha y comenzó un lento rodeo a través

de nuevas veredas campestres.

—Álex...

El chico se inclinó sobre la nuca de Cristina. Le fascinaba el olor de su cabello.

—¿Qué...?

—Tengo que hacer pis.

Alexander frunció el ceño y controló una sonrisa de decepción.

—Vale.

A pocos metros ante sí, en un recodo del camino, distinguió un brocal de piedra cubierto con una lámina de hierro. Tiró de las riendas y aproximó al caballo

hasta detenerlo junto al pozo.

—Baja.

Ella lo miró dudosa.

—Vale, espera. —Se dejó caer de un salto sobre la cubierta y tendió los brazos

a Cristina.

—No me mires las bragas.

Alexander sonrió.

—Tranquila, ya me he hartado de mirarlas.

Ella se dejó caer en sus brazos y el corazón le palpitó enloquecido, Alexander tenía la sonrisa más bonita del mundo. Bajó la mirada y saltó al suelo.

—Espérame aquí y no me espíes.

—Sí...

Cristina se adentró en la dehesa con el vestido todavía arremangado.

—¡No me espíes!

—Que no...

—¡Te estoy vigilando!

Alexander la contempló caminar en ropa interior y una sonrisa asomó a su rostro. La chica desapareció entre las encinas y en ese momento el muchacho recordó a los intrusos silenciosos que habían invadido la cerca de la cabaña un par

de semanas atrás. La silueta del tipo de la luz blanca arrodillándose ante Cristina le hizo sentirse inseguro.

—¡No te vayas tan lejos!

Cristina no respondió.

—¡Cris! ¡Donde yo pueda verte!

—¡Pervertido! ¿Estás mal de la cabeza?

Su voz sonó a apenas quince metros. Alexander suspiró aliviado, se apoyó en el brocal de piedra, sacó su paquete de Marlboro del bolsillo del pantalón y se encendió un cigarro.

En ese momento se preguntó de qué modo iba a afrontar el final del verano y

el hecho de separarse de ella. Había dedicado tanto tiempo a imaginar cómo se iba a

sentir Cristina lejos de él que ni por un momento se había cuestionado a sí mismo.

No sabía cuánto tiempo tardaría en habituarse a una rutina de la que ella no formase

parte. Tampoco sabía en qué momento dejaría de añorarla. Se preguntó si pasarían

días o semanas. Quizá un mes. Luego se acostumbraría a su antigua vida, se emborracharía siempre que pudiera y ligaría con chicas de su edad. Y Cristina regresaría por Navidad. Se alegraría mucho de volver a verla.

Después observó el fuego del cigarro. Volvió el rostro hacia la dehesa y se sintió como un desalmado. Lamentó estar pensando todo aquello a quince metros de

ella, pero en el fondo sabía que las cosas eran de ese modo. No era culpa suya tener

ventaja sobre sus sentimientos.

Oyó pasos y luego vio a Cristina caminando alegremente hacia él. Alexander olvidó de inmediato aquella nueva reflexión. Cristina estaba demasiado guapa aquella noche como para malgastar el tiempo tratando de adivinar el futuro.

La chica llegó hasta él y se apoyó en la cubierta de hierro.

—Álex, ¿crees que el pozo tiene agua?

—Pues claro que tiene agua.

—¿Cómo lo sabes?

—Todos los pozos de Vistaclara tienen agua, incluso en verano. ¿Nunca te has asomado a un pozo?

Ella negó con la cabeza.

—¿Quieres verlo?

—Claro que sí.

Alexander le hizo un gesto para que se apartara. No sin esfuerzo, logró retirar la cubierta de hierro y la depositó en el suelo, apoyándola contra el brocal. Luego ambos se inclinaron sobre el mismo y contemplaron la oscura fosa de piedra.

Cristina dejó escapar una expresión de asombro. Podía ver sus siluetas reflejadas en

el agua al contraluz de la luna.

—Qué bonito.

De pronto abrió su bolsito de tela y sacó su monedero. Alexander la observó escéptico.

—¿Qué haces?

—Voy a pedir un deseo.

El chico puso los ojos en blanco.

—Lástima de dinero... —Pero no podía dejar de mirarla con profunda curiosidad.

Ella sacó una moneda, guardó de nuevo el monedero, cerró el bolso y se



colocó de espaldas al pozo.

—¿Qué vas a pedir?

—Si te lo dijera no se cumpliría.

—Venga ya, Catsi. Seguro que no se cumple de todas formas. Dímelo.

Cristina lo miró furiosa.

—¡Y tú qué sabrás...!

El chico retuvo una carcajada y guardó silencio. Luego vio cómo Cristina lanzaba la moneda sobre su hombro, con tan fina puntería que sintió el impacto del

proyectil en su frente.

La moneda cayó al suelo.

—¡Catsi!

Cristina se volvió y lo miró sin entender. Alexander se agachó malhumorado y recogió la moneda del suelo.

—¿Has deseado matarme o algo así? ¡Casi me abres la frente!

Cristina abrió sus ojos de par en par y luego rompió a reír con todas sus ganas. El muchacho la contemplaba ceñudo, pero el escándalo de sus carcajadas le hizo asomar una sonrisa a los labios.

—Vale... —Le entregó la moneda con expresión divertida—. Por favor, arrójala de frente.

Cristina se dobló sobre sí misma, estaba riendo hasta las lágrimas. Alexander

movió la cabeza y finalmente rompió a reír. Ella se irguió y trató de serenarse, pero

todavía era víctima de espontáneas carcajadas. Alexander la contemplaba

pacientemente. Se miraron divertidos. Luego Cristina se inclinó sobre el brocal y dejó caer la moneda al pozo. A continuación oyó el sonido del agua al recibirla.

—No has cerrado los ojos.

—¿Y qué?

—El deseo no puede cumplirse, no está bien hecho. —La estaba mirando fijamente, de un modo tan dulce que Cristina evitó volver a mirarlo.

—Va a cumplirse, lo sé, está escrito en las estrellas.

Alexander se sintió morir de curiosidad. Deseaba fervientemente ser su objeto de deseo.

Ella sonrió pícaramente.

—Te avisaré cuando se cumpla.

Dejaron el brocal al descubierto, subieron de nuevo a Cibeles y reanudaron el camino.

—Álex, si quisieras pedir un deseo, ¿cuál sería?

—No lo sé. Nunca me he planteado semejante mariconada infantiloides.

Cristina se volvió hacia él y le golpeó en el brazo. Alexander estalló en carcajadas.

—Vale, vale. A ver... —Suspiró dramáticamente, tal como si se estuviera

enfrentado a la deliberación más tediosa de su vida—. ¡Ah, sí! Pediría que mis viejos *la guiñaran* para quedarme con la herencia.

Cristina lo miró atónita.

—¡Qué bruto eres!

Alexander volvió a reír.

—Ya sabes lo que pediría... Ser una estrella de *rock*.

—Es verdad.

—Pero no me hace falta pedirlo. Voy a serlo de igual modo. Está escrito, como dices tú.

—Tus padres son muy ricos, ¿verdad?

—Sí.

—Pero tú no pareces un niño rico.

—Vaya, gracias. —Soltó una carcajada—. Adoro tu sinceridad.

—¿Tu padre es rico porque es el alcalde?

Esta vez el chico rompió a reír con toda su alma.

—¿Tú te crees que mi padre se queda con el dinero de los contribuyentes o qué?

Ella no respondió. No estaba segura de lo que significaba esa palabra.

—Verás, mi padre es rico porque lo era mi abuelo, fue una cuestión de

herencia. Mi bisabuelo tenía muchas tierras que pasaron a manos de mi abuelo. Mi

abuelo era muy listo para hacer negocios, vendió y compró, montó negocios y todo

le fue como la seda. Para cuando mi padre tenía veinte años, mi abuelo ya era rico.

Pero además de eso, mi padre trabajó dieciocho años como ingeniero de obras públicas antes de presentarse a la alcaldía de Vistaclara.

—Tu padre parece muy listo.

—Mírale, viviendo de la política. Dime si eso no es ser «un listo».

Cristina se volvió hacia el chico.

—¿No es un buen alcalde?

—Es el mejor.

Cristina lo contempló impresionada. Alexander mantenía la mirada fija en el camino y una expresión inescrutable. Parecía querer evitar cualquier tipo de demostración afectiva ante semejante confesión.

—En el fondo me da lástima... —La miró a los ojos. Ahora reflejaba la verdad de sus palabras—. Sus prioridades en la vida son el dinero, los negocios y la

buen reputación. Es tan superficial y políticamente correcto que me produce ganas

de vomitar. Nada de lo que hace tiene fondo, ¿entiendes lo que te digo? Ni siquiera

recuerdo la última vez que le vi reír a carcajadas. Yo no podría soportar ese estilo

de vida. A mí me gusta divertirme, me gusta la gente transparente, la gente que

va de

frente y es leal, como Saúl o como tú.

Cristina contuvo una agridulce sonrisa.

El chico apoyó la cabeza en su hombro.

—Te voy a decir una cosa. Mi padre representa todo lo que yo no quiero llegar a ser.

La chica guardó un patético silencio. Alexander la observó arrepentido. No quería entristecerla con sus asuntos familiares.

—¿Quieres que haga trotar a Cibeles?

—No.

—¿No?

—No me gustaría que nadie me hiciera trotar a la una de la madrugada.

El muchacho rompió a reír, tomó su rostro entre las manos y lo besó con dulzura.

En ese momento llegaron a la carretera, de modo que se irguió de nuevo y salvó la distancia a la orilla opuesta con la mayor premura posible. Luego continuaron avanzando por una estrecha vereda. La música de la orquesta se oía ahora con absoluta claridad y las luces del pueblo brillaban a la izquierda del camino.

—Bueno, Cris, ya ha llegado el momento.

Ella lo miró sin entender.

—Dime por qué huías de tu abuela. —Su voz sonaba divertida otra vez.

—Ah, eso... Bueno, ella quería obligarme a cambiarme de vestido.

Alexander creyó haber oído mal.

—¿Qué?

—Quería que hablase con don Ignacio y que me cambiase de vestido. Piensa que este vestido no es apropiado para mi edad.

—¿Entonces por qué te lo ha comprado?

—No es mío. La verdad es que es de Claudia.

—¡Ahí va...! —Alexander se mordió el labio—. ¿Pues sabes qué? Si por mí fuera, tendrías el armario lleno de vestidos como este.

Cristina soltó una carcajada.

—¿Y por qué quería que hablaras con don Ignacio?

—Pues no lo sé... Al parecer tiene algo que decirme.

Alexander contuvo una carcajada. Acababa de recordar una cosa digna de mención.

—Hablando de don Ignacio...

—¿Si?

—Verás. No es un tipo que se moleste en hablar conmigo, será porque ya da mi alma por perdida de manera definitiva. El caso es que hace un par de semanas me lo encontré en la calle y se me acercó muy serio, pero muy, muy serio, ¿sabes?

—Qué raro, ¿por qué?

—Eso mismo me pregunté yo. Y va *el nota* y me dice: «Alexander, debería darte vergüenza de hacer las cosas que estás haciendo últimamente».

Cristina se giró hacia el chico, muda de sorpresa y confusión.

—Y me dice: «¿Cómo te atreves a quedarte en calzoncillos delante de Cristina?»

¡Deja de pervertir sexualmente a niñas de catorce años!».

La chica creyó morir. Al instante sintió un hirviente rubor en sus mejillas y se apresuró a mirar al frente.

—Catsi, —su voz sonaba al borde de la carcajada—, ¿tú sabes, por algún casual, a qué se refería?

—Para nada.

—Eso mismo le dije yo. Y él me respondió que... que bueno —ahogó una carcajada—, que tú presentabas una fuerte conmoción a causa de... mi cuerpo desnudo.

Cristina se llevó las manos al rostro. Iba a odiar a don Ignacio el resto de su vida.

—¡Eso no es verdad! ¡No es verdad! ¡Te juro que no es verdad!

Alexander rompió a reír con toda su alma.

—¡Exacto! Eso mismo le dije yo. Le expliqué la verdad.

—¿Qué verdad...?

—Pues la verdad de lo ocurrido, Catsi. Le expliqué que yo estaba dormido e

indefenso en mi cama cuando tú y tu novio vasco decidisteis desvestirme. Y que os

quedasteis mirándome mientras yo trataba de dormir y que tu novio vasco dijo que

yo me parecía a Jesucristo.

Cristina se giró de nuevo hacia el muchacho.

—¡Alexander!

Alexander rompió a reír de nuevo.

—¿¡Cómo pudiste decirle algo así!?

—¡Porque algo así fue lo que pasó!

—¿Mi novio vasco? ¿Jesucristo? ¿¡Eres tonto o qué te pasa!?! ¿Para empezar, Gorka no es mi novio!

—Bueno, ¿y yo qué sabía...? Parecíais novios. —La miró con burla.

Cristina recordó haberle contado a don Ignacio sus sentimientos por Saúl y Alexander. Se llevó las manos al rostro. Ahora don Ignacio podía añadir a Gorka a

la lista de sus perversos sexuales favoritos.

—Dios mío... ¡Se va a creer que soy un putón!

Aquello ya fue demasiado para el chico. Su carcajada fue tan intensa que sintió

un insoportable dolor de estómago y tuvo que doblarse de nuevo.

Entre tanto, Cibeles caminaba a paso lento en dirección a las primeras calles



del pueblo.

Las tres hermanas rusas se llamaban Irina, Raisa y Annushka. Irina era la mayor, tenía veintiún años, Raisa tenía dieciocho y Annushka acababa de cumplir diecisiete. Habían llegado de Rusia aquel mismo día por la tarde y un antiguo amigo

las había recogido en el aeropuerto y las había conducido a Vistaclara. A pesar del

cansancio y todas las emociones que suponía reencontrarse con su padre viudo después de tres años separados, las chicas no dudaron en arrimar el hombro y colaborar en el bar. De modo que tras charlar con su padre durante una hora, tomaron tres bandejas y se repartieron entre las dos plantas interiores y la terraza.

Por su parte, Saúl no se había sentido jamás tan confundido y nervioso a causa de una chica, y mucho menos a causa de tres a la vez. Trataba de atender con la mejor de sus disposiciones, pero no daba ni pie con bola. Sus ojos volaban irremediabilmente a las piernas y la cara de Annushka. Cada vez que la oía hablar

con los clientes de aquella forma tan peculiar, con su acento ruso y su divertida forma de entonar, se desconcentraba por completo y perdía el hilo de las

conversaciones. Más de una vez equivocó la entrega de las bebidas o incluso se olvidó por completo de pedir las en la barra. Sin embargo, todavía guardaba la suficiente lucidez como para mantenerse alejado de la mesa de doña Elisa y sus acompañantes. La anciana lo observaba silenciosa y fijamente, bebiendo su refresco

de limón a pequeños sorbos. Saúl estaba deseando que se lo terminara de una vez y

se largara cuanto antes.

Lo mismo le sucedía con Las Diosas del Alba. Coincidiendo con la llegada de las tres hermanas rusas, las chicas habían percibido un inesperado cambio en su actitud y se dedicaban a observar con desconfianza cada uno de sus movimientos.

Por otro lado, Los Legionarios del Sur le estaban empezando a poner de los nervios, llevaban casi media hora con sus cervezas vacías sobre la mesa, contemplando en aparente actitud relajada sus apresuradas idas y venidas. Eso por no hablar de los Consumidores Mínimos, los cuales, a pesar de no haber incrementado su consumo de dos Coca-Colas, ya le habían pedido rellenar su cestillo de pipas por tercera vez.

La orquesta anunció en ese momento el cercano final de los pasodobles. Las parejas de ancianos se apresuraron a disfrutar de los últimos bailes antes de que la banda diera paso a la música de los jóvenes.

Sucedió entonces que llegó una nueva familia a la terraza y se sentó más allá de la mesa de doña Elisa. Eran seis en total, los padres, los abuelos y dos niños pequeños. Saúl pasó fulgurante junto a la anciana, desoyendo por séptima vez su airado reclamo. Tomó nota a los recién llegados y se adentró en el bar.

Cibeles llegó a paso jactancioso y digno a una oscura calle solitaria.

—Fin del trayecto. ¿De verdad no quieres regresar al trote?

Apenas había terminado la pregunta cuando un grupo de niños apareció al final de la calle. Durante un instante, se detuvieron asustados.

—¡Un caballo!

La chiquillería al completo echó a correr en dirección a Cibeles. Alexander apenas pudo reaccionar, los niños rodearon al animal en un visto y no visto y lo colmaron de caricias y halagos.

Cristina los miraba con una sonrisa en los labios. Uno de los niños observó el rostro de Alexander, confuso a causa de la penumbra de la calle.

—¿Tú eres el Alcadesito?

Cristina rompió a reír con todas sus ganas.

—¡Y tú eres la chica que casi muere ahogada!

Cristina les miró sonrojada.

—¿Ese es mi mote?

Incluso Alexander les dirigió una mirada curiosa. Los niños sonrieron y esquivaron la mirada interrogante de Cristina.

—Venga, chavales. —Alexander les apremió divertido—. ¿Cuál es el mote de Cristina?

—Cuando se ahogó alguien en la piscina dijo: «Es una Sustain Soul y se ha quedado casi morada, así que...».

Cristina y Alexander se miraron atónitos.

—¿Así que qué?

Los niños se miraron entre ellos una vez más. Finalmente uno de ellos se volvió hacia Cristina.

—Deep Purple. Te llaman Cristina Deep Purple.

Cristina les contempló fascinada. Lentamente, una orgullosa sonrisa asomó a sus labios.

—Es el mejor mote que...

—¡No puedo creerlo! —Alexander hablaba indignado—. Tú apareces de la noche a la mañana sin tener ni idea de *rock* y te ponen ese mote, y yo llevo toda mi vida intentando culturizar a este pueblo en la música *rock* y me llaman el Alcadesito.

Cristina y los niños rompieron a reír.

—En fin... —Se recompuso irguiéndose graciosamente sobre Cibeles—.

¿Qué hacéis por estas calles?

—Vamos a las atracciones. Por aquí se tarda menos.

—¡El dinero! —Otro muchacho del grupo se llevó la mano a los bolsillos de su pantalón—. ¡He olvidado pedir el dinero a mis padres!

—Todavía estarán en la plaza. Corre, date prisa.

—Al final siempre tenemos que andar esperándote, Edu.

Edu no respondió. Simplemente echó a correr por donde había venido con la mayor premura posible.

—Bueno, podemos esperar a que Edu regrese, ¿verdad? —Cristina dirigió una adorable sonrisa a Alexander.

Los niños respaldaron a la chica con palabras de súplica.

Alexander se encogió de hombros con gesto de aburrimento.

—Está bien... No voy a dejar a los críos aquí solos. —Y sacó su paquete de tabaco.

De pronto, uno de los pequeños señaló a Cristina y rompió a reír.

—¡Deep Purple, se te ven las bragas!

Don Fortunato, el alcalde de Vistaclara, había dedicado más de dos horas a preparar el discurso de inauguración de las fiestas. El hombre tenía por costumbre

mostrarse junto al concejal de festejos en el palco del ayuntamiento al finalizar los

pasodobles, aprovechando que la ciudadanía adulta todavía se encontraba reunida a

aquellas horas en la plaza principal.

A pesar de la ola de calor que asolaba Vistaclara desde hacía un par de días, no

había dudado en vestirse adecuadamente para la ocasión. Se reajustó el nudo de la

corbata y se enfundó su chaqueta de Armani.

Aguardó expectante. El concejal de festejos deseaba felices fiestas desde el balcón y anunciaba con voz firme y clara su inmediata intervención. Oyó después una fuerte oleada de aplausos. A continuación, cruzó el pasillo de la planta superior

del ayuntamiento y salió al palco. Más de trescientas personas lo contemplaban expectantes.

—¡Buenas noches, queridos y queridas vistaclareses!

A Saúl le llevó un tiempo tener las seis consumiciones preparadas en la barra.

Las colocó sobre la bandeja cuidadosamente y salió a la terraza. Oyó distraídamente

la fútil cháchara del alcalde, tan previsible y aburrida como todos los años. Evitó mirar a Annushka, a Las Diosas del Alba, a Los Legionarios del Sur y a doña Elisa.

Fijó su mirada en la familia que le esperaba pacientemente y emprendió el camino.

Repentinamente, al pasar junto a Los Legionarios del Sur, tropezó y cayó de bruces

al suelo. Las seis botellas y los seis vasos cayeron de forma estrepitosa sobre los adoquines, haciéndose añicos y produciendo un inesperado escándalo. Saúl se

incorporó avergonzado y dolorido, al tiempo que veintenas de cabezas se giraban

hacia él.

El chico miró en derredor y vio la zapatilla de Beni retirándose prudentemente

bajo la mesa. Oyó la voz de Annushka a su espalda llamándole a gritos. Advirtió también que doña Elisa se había levantado y que Cárol y Noelia trataban de socorrerle. Pero Saúl solo podía sentir el peso de la vergüenza y el deseo de venganza. Furioso, se volvió hacia Beni Mariposas.

—¡Te he visto, cabrón de mierda!

—¿Qué has visto?

Se miraron fijamente y Saúl reconoció la burla en su rostro. De pronto

recordó las palabras de Alexander: «La música no es compatible con las peleas».

Comprendió de inmediato que si golpeaba a Beni Mariposas podría romperse

los dedos. Entonces su mirada se detuvo en la bandeja de metal, todavía en el suelo. A la

velocidad del rayo la recogió y la estampó violentamente contra la cabeza del muchacho. Beni se cubrió con ambos brazos mientras se reclinaba en la silla y caía

de espaldas al suelo. Saúl no se dio por satisfecho y, todavía con la bandeja en las

manos, se lanzó sobre el chico. Y no se detuvo cuando oyó los gritos de las chicas y

de las ancianas, ni tampoco cuando el Greñas le vociferó amenazante desde la entrada del bar.

Edu contemplaba con asombro el llamativo espectáculo que se estaba

produciendo bajo los soportales de La Posada del Pirata. Aquello era una locura, todo el mundo alrededor estaba gritando y se estaba levantando de sus respectivas

sillas. Se oían salvajes improperios, una pandilla de muchachos peleaba a destajo bajo una mesa, una bandeja de metal era blandida violentamente arriba y abajo y las

trescientas cabezas que se mantenían en la plaza habían dado la espalda al alcalde para averiguar qué diablos estaba sucediendo tras ellos. Don Fortunato había detenido su discurso. El nombre de Saúl resonaba por toda la plaza. ¿No era Saúl el

amigo inseparable del Alcadesito? Con la boca abierta y el corazón acelerado, Edu

dio media vuelta y marchó a la carrera en busca del hijo del alcalde.

Alexander y Cristina bromeaban con los niños cuando vieron a Edu regresar atropelladamente.

—¡Pelea! —gritó antes siquiera de haber llegado hasta ellos—. ¡Pelea!  
¡Pelea!

¡Pelea!

Los adolescentes lo contemplaron estupefactos.

—Pelea... —Llegó jadeante y se dobló sobre sí mismo, sin resuello y completamente agotado—. En La Posada del Pirata.

Alexander ni siquiera respondió. Antes de que Cristina pudiera darse cuenta, estaba tratando de bajarla del caballo. Ella reaccionó en ese momento y se aferró a

él con todas sus fuerzas.

—¡Baja, Cris!

—¡No!

—¡Baja ahora mismo!

—¡No pienso dejar que vayas! ¡No pienso dejar que vayas!

—¡Mierda, Cris! ¡Baja ahora mismo o te llevo a la plaza!

La chica se mantenía de costado, abrazada al torso del muchacho.

—¡Te quiero, Álex! ¡No voy a dejar que peles!

Alexander forcejeó furioso, pero Cristina se había adherido a él con todas sus fuerzas.

—¡Será posible...! —El chico bufó histérico y, abrazando a Cristina para evitar que se cayera, puso a Cibeles al galope.



Don Fortunato no estaba en absoluto preparado para lo que estaba sucediendo en pleno acto público. Los gritos e insultos se oían por toda la plaza y trescientos

lugareños contemplaban estupefactos la imprevisible pelea bajo los soportales.

Varios muchachos habían sido inmovilizados por adultos mientras otros dos todavía luchaban con una bandeja de metal de por medio. El hombre distinguió malhumorado a uno de ellos, su cabellera rubia le resultaba insoportablemente familiar. Vladimir, aquel ruso loco que siempre andaba borracho, había salido a la

terraza del bar con una botella de vodka en la mano y ahora vociferaba descompuesto desde el umbral de la puerta.

Don Fortunato aguardó en silencio, completamente furioso y abochornado.

Pero el alcalde ignoraba que la escena estaba lejos de perder su emoción.

Repentinamente, y para sorpresa y desconcierto de todos los presentes, un caballo

blanco emergió al galope por la calle Real. Una veintena de ancianos gritó aterrada

y corrió al refugio de los soportales, dejando libre el camino para la carrera del animal. Don Fortunato fulminó al jinete con la mirada, incapaz de comprender quién osaba provocar semejante acto vandálico. ¿O eran dos jinetes? Escudriñó con

la mirada. No comprendía lo que estaba viendo. Una chica semidesnuda y un muchacho de pelo largo y camisa roja. De pronto el alcalde creyó morir. Fue como recibir una estocada que le atravesara de parte a parte, la experiencia de la humillación más absoluta.

Una furia incontenible nació monstruosamente en su interior, preparada para despedazar al menor de su congener. En el colmo del surrealismo, advirtió que los

jinetes galopaban abrazados. De pronto vio cómo su hijo menor tiraba de las riendas violentamente, provocando un brusco freno en el animal. Cibeles, su

anciana yegua, se izó ligeramente de manos y relinchó asustada. La chica sin pantalones gritó aterrada, al tiempo que Alexander hacía fuerza para no caer del caballo. Cibeles tomó tierra de nuevo y el chico saltó al suelo con la muchacha en

brazos.

Don Fortunato contempló con la mirada desorbitada la velocidad a la que

Alexander dejaba a la chica en tierra firme, abordaba la terraza y se abalanzaba fieramente sobre el contrincante de Saúl. Sin mediar palabra, se lanzó de cabeza contra su estómago hasta que el chico cayó al suelo. Un hombre de unos cuarenta

años aprovechó aquel momento de desconcierto para arrebatar la bandeja a Saúl y

tratar de inmovilizarle. El rubio intentó deshacerse de su opresor profiriendo una larga lista de palabras malsonantes y Alexander aprovechó la caída del contrincante

para dedicar unas palabras de camaradería a Saúl y retirarle al interior del bar. Saúl se dejó llevar de mala gana. Y don Fortunato ya no quiso ver más. Congestionado

de ira y vergüenza, abandonó el palco en un rotundo silencio. De todas formas, hacía ya un largo rato que nadie en absoluto le prestaba la menor atención.

Doña Elisa se sentía al borde de sufrir un ataque al corazón. La mujer gritaba el nombre de su nieta completamente escandalizada, mientras veía a Cristina

proferir entre lágrimas los nombres de Alexander y Saúl. Hasta que el hijo del alcalde no logró arrastrar a Saúl al interior de La Posada del Pirata, la chica no pareció advertir que se encontraba en bragas delante de más de trescientas personas.

De pronto reaccionó y se bajó el vestido. Luego escuchó el reclamo de doña Elisa y

cuando sus ojos por fin se encontraron, la expresión de la joven se tornó en pánico.

Para mayor desconcierto y enfado de la anciana, Cristina dio media vuelta y se alejó

corriendo en dirección al arroyo.

Doña Juana tomó el brazo de la anciana.

—¡Por los clavos de Cristo, Elisa! ¡Por los clavos de Cristo...!

Doña Elisa no respondió. Temblaba de pies a cabeza.

Pocos minutos después, Alexander salió del bar. Miró en derredor, pero no pareció encontrar lo que estaba buscando.

Edu emergió de entre la gente y se dirigió al muchacho.

—Por allí. —Y señaló la calle que conducía al arroyo.

Alexander le dio las gracias en voz baja y subió ágilmente sobre Cibeles. Hizo dar la vuelta a la yegua y, ante la mirada asombrada de todos, desapareció al galope

en la dirección indicada.

Cristina lloraba incontroladamente y caminaba temblorosa y sin rumbo fijo.

Además del miedo sufrido durante la pelea, se encontraba completamente

afectada

por el hecho de que su abuela la hubiera visto en semejante situación. No podía quitarse de la cabeza la dura expresión de su mirada. Sabía con certeza que las consecuencias iban a ser terribles.

Se encontraba a mitad de una calleja oscura y solitaria cuando oyó el ruido de los cascos de un caballo a su espalda. Con el corazón acelerado, se volvió hacia atrás y distinguió la silueta de Alexander sobre Cibeles.

Al muchacho se le rompió el corazón cuando la encontró llorando en aquella oscuridad. La vio detenerse y esperarle al tiempo que se limpiaba las lágrimas con

el dorso de la mano.

Detuvo el caballo, bajó al suelo y ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

Luego la besó dulcemente en la mejilla.

—Perdona, Cris, perdóname, tenía que hacerlo.

Cristina sollozaba imparable y temblaba todavía a causa de la tensión contenida. Alexander tomó su rostro entre las manos, la besó de nuevo y secó sus

lágrimas con las manos. Permanecieron abrazados durante un minuto.

—¡Mierda! ¿Ves como no soy bueno para ti? ¿Lo ves de una vez?

Sin embargo, Cristina se sentía tan desorientada que no fue capaz de comprender el alcance de aquellas palabras y se limitó a guardar silencio. El chico

hundió el rostro entre sus rizos castaños.

—Voy a llevarte a casa.

—¡No! No pienso ir a casa.

—¿Por qué?

Ella se apresuró a secarse las lágrimas.

—Porque... —comprendió que si le hablaba de su abuela, el chico no querría negociar— quiero ir a las atracciones.

Alexander la miró con ojos como platos.

—¿Ahora?

—Sí. —Cristina le dirigió una triste mirada de decepción—. Hoy mi abuela me

había dado permiso hasta las cuatro. Son casi las dos y todavía no he ido a las atracciones, ni he comprado pulseras en los puestos, ni he comido gofres con chocolate, ni... —bajó la mirada y su voz se convirtió en un tímido susurro— ... ni

siquiera he subido a la noria.

Alexander se apresuró a abrazarla de nuevo.

—Vale, vamos a donde tú quieras. —Se sintió sorprendido y culpable. A veces se le olvidaba lo distintas que podían ser las chicas de los chicos. A él ni siquiera se le habían pasado por la cabeza aquellas tonterías de los gofres y la noria—. Pero primero tengo que dejar a Cibeles en la cuadra.

—Voy contigo.

—Puedo dejarte en las atracciones con Claudia y Leo. Yo iré después.

—No, Álex, voy contigo.

El chico se ayudó de un banco de piedra para subir a Cristina a la yegua.

Aquella vez la hizo montar tras él para poder llevar al animal con mayor desenvoltura. Advirtió a Cristina para que se abrazase fuertemente a su cintura y con

un toque de talón, hizo galopar a Cibeles.

La chica apoyó el rostro sobre su espalda y cerró los ojos. Durante aquel trayecto no se preocupó de ver el paisaje, ni de pensar en su abuela, ni se impacientó por volver a reunirse con el resto de sus amigos. Simplemente sintió los

cascos de la yegua deslizándose imparables bajo ella, el viento de aquella noche de

verano acariciando su rostro y revolviendo sus rizos, el olor de la colonia de Alexander y su piel cálida, latiendo salvaje y libre bajo aquella camisa roja. E tiempo se detuvo en aquel instante de perfección absoluta y ella suspiró. No había nada más en el mundo que le importase realmente, solo quería estar con él.

Cuando llegaron al descampado donde se encontraban las atracciones, el reloj marcaba las dos y media. Cristina se dejó contagiar al momento por el espíritu festivo que la rodeaba y, tomando a Alexander de la mano, se dedicó a corretear de

un puesto a otro. El muchacho advirtió divertido cómo Cristina fulminaba sin contemplaciones su presupuesto económico de la noche en la adquisición de

pulseras de tela, colgantes de *rock*, pendientes y chucherías. Animado por su desbordante alegría, compró una pulsera para ella y Cristina la intercambió por una

de las suyas.

—Cada vez que la mire en mi muñeca me acordaré de ti.

El muchacho sonrió arrogante.

—Eso pretendía.

—¡Mira, Álex! ¡Camisetas de *rock*!

Alexander hizo gala de toda su santa paciencia mientras Cristina se decidía entre varias. Finalmente, se decantó por una de U2 y otra de los Doors. Con la bolsa

de las compras en la mano, corrió hasta una caseta de tiro al blanco y pidió un turno

de juego. El muchacho se lo pasó de maravilla contemplando cómo Cristina hacía

uso de una escopeta de feria.

—¿Qué ha pasado? ¡No lo entiendo! ¡He apuntado tal y como me has dicho! —

La chica miraba el palillo que había elegido como blanco. Para su consternación, se

mantenía ofensivamente entero y sin rasguños.

—No tienes ni idea, Catsi. Déjame a mí.

Alexander necesitó siete fichas para lograr derribar el palillo. Mientras tanto,

Cristina reía con burla. Cuando finalmente lo hizo, eligió un enorme perro de peluche de color marrón y se lo regaló a la chica. Ella lo aceptó pletórica de felicidad. A aquellas alturas de la noche, ya no recordaba en absoluto el incidente de la plaza.

Continuaron su divertida andadura, y como ambos comenzaban a sentir

hambre, se dirigieron a un pequeño puesto de comida rápida, donde Alexander invitó a Cristina a un gofre con nata y chocolate, mientras que él se decantaba por

un perrito caliente.

—¿Dónde se habrán metido Santi, Leo y Claudia? —murmuraba el muchacho distraídamente, al tiempo que masticaba un bocado del perrito.

Cristina se encogió de hombros, con el corazón exultante y la mirada fija en la noria. Le daba exactamente lo mismo donde se hubieran metido.

Caminaron un rato más y terminaron sentándose junto a los coches de choque.

Estaban dando cuenta de los últimos bocados de su comida, cuando vieron a

Santiago acercarse a la carrera. Llevaba anudada al cuello de su camisa blanca una

enorme bandera de Led Zeppelin que ondeaba a su espalda a modo de capa. En su

mano sostenía una bolsa de chucherías y reflejaba en su rostro una sonrisa de auténtico entusiasmo.

—¿¡Dónde estabais!?! —Se sentó junto a Cristina y olisqueó su gofre con chocolate—. ¿Me das un poco?

Ella le tendió cuanto le quedaba.

—¿Dónde están los demás? Llevamos un buen rato buscándoles.

—O algo parecido... —añadió Alexander en voz baja.

—¡Están justo ahí enfrente! —El niño les indicó con la mano y luego dio paso a una pormenorizada inspección de todas las adquisiciones de Cristina.

Los adolescentes siguieron su dedo índice y distinguieron a Claudia, Leo y a



los Silver Road alrededor de un banco repleto de botellas y vasos de plástico. La pelirroja les hizo un gesto para que se acercaran.

Se levantaron y se dirigieron hacia el grupo. Alexander fue recibido con la oferta de un cubata y una lluvia de preguntas y de sugerentes comentarios sobre su

paradero. Entre tanto, Leo y Claudia tomaron a Cristina de la mano y se la llevaron

aparte.

La rubia dirigió a la chica una divertida expresión de impaciencia.

—¿Qué ha pasado? —Resultaba evidente que estaba borracha.

—Saúl se ha pegado con Beni Mariposas en la terraza del bar.

—¡Dios mío! ¿Saúl está bien? —Leo tenía la lengua de trapo.

—Sí, sí. Álex también se ha metido por medio. Ha sido un caos, pero los dos están bien.

—¿Y Saúl se ha quedado a trabajar?

—Supongo.

—Debería ir a verle.

—Hay muchísima gente en la terraza. Espera un poco.

Leo suspiró nostálgica.

—No importa. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida del descampado.

—Bueno, ¿y tú, qué? —Claudia se dirigió a Cristina—. No me digas que has

dedicado las dos horas a ver cómo pelean.

Cristina se mordió el labio y controló una sonrisa de felicidad.

—Hemos dado un paseo a caballo.

La rubia la miró estupefacta.

—¿Le has besado ya?

—No... Creo que...

—¿¡Cómo que no!?! —Claudia se llevó las manos a la cabeza—. ¡Parecéis imbéciles, de verdad! ¿¡A qué estáis esperando!?

Cristina la miró asustada.

—¡Mierda, Claudia! ¿Qué haces? ¡Te va a oír!

—¡Pues que me oiga! —Se volvió hacia el grupo de muchachos—. ¡Alexander,

eres un maric...!

Roja de vergüenza, la chica se apresuró a cubrir la boca de Claudia al tiempo que Alexander y todos los Silver Road se volvían hacia ellas.

—¡Cállate, Claudia! ¡Por favor...!

Claudia apartó la mano de Cristina y alzó la cabeza.

—¡Cristina quiere un beso de...!

Cristina se abalanzó sobre la chica y ambas cayeron al suelo.

Los Silver Road rieron a carcajadas mientras que Alexander las observaba asombrado.

—¡Así! ¡Así! ¡Ahora bésala, Cristina! —Se burlaba Page, para deleite de todos

sus camaradas.

Las chicas estallaron en carcajadas.

—¡Cristina quiere un be...!

—¡No! —Cristina cubrió de nuevo la boca de Claudia—. Cállate... ¡Vas a estropearlo todo!

Rompieron a reír de nuevo y Claudia esquivó la mano de la chica.

—¡Cris quiere un beso de un Silver Road!

Cristina la miró perpleja mientras que los muchachos lanzaban silbidos de diversión.

—No me mires con esa cara, idiota, te estoy haciendo un favor... —susurró Claudia—. ¡Recuerda lo que dijo Santi!

—Pero Álex no quiere besarme.

—¡Bobadas!

En ese momento, Claudia fijó la mirada tras la espalda de Cristina y rompió a reír de nuevo. Entre tanto, se dejaba oír un estallido de carcajadas en el grupo de los chicos. Cristina se volvió hacia atrás y vio a Page inclinándose sobre ella. De pronto sintió cómo sus manos la levantaban del suelo y la obligaban a girarse hacia

él. Incapaz de reaccionar, vio el rostro del chico acercándose al suyo y al instante

sintió sus labios en la boca.

Un coro de silbidos y vítores acompañó el beso. Para cuando Page se distanció

de Cristina, ella estaba roja como la grana. Él la miró divertido.

—Te dije que apenas tengo principios.

Ella desvió la cabeza en busca de Alexander. El chico tenía la mirada fija en el

suelo. Cristina sintió cómo se le partía el corazón. A punto estuvo de correr a sus

brazos, pero se contuvo por vergüenza. Volvió su rostro hacia Page. Él le guiñó un

ojo y se alejó hacia el grupo de los Silver Road. Claudia no podía dejar de reír.

Cristina la miró en silencio. De repente lamentó haber encontrado al grupo. Ojalá Alexander y ella hubieran pasado el resto de la noche a solas.

—¡Vámonos con Santi a los coches de choque! —propuso Víctor.

El resto de muchachos rompió a reír y respaldó la propuesta. Una vez

borrachos ya no presentaban trabas de madurez hacia la diversión.

Las dos chicas quedaron por fin a solas. Claudia sonrió entusiasmada.

—¿Has visto la cara de dolor que ha puesto Alexander? ¿Y dices que no quiere

besarte? ¡Cris, despierta! ¡Vamos a solucionar este problema de timidez lo antes posible! —Tendió su cubata a Cristina.

—No.

—Bebe.

—No.

—¡Bebe!

—No puedo, tengo cator...

—Si quieres que Alexander se muera por ti, compórtate como si tuvieras dieciséis.

Cristina suspiró abatida y tomó el cubata.

—Y luego... —añadió la rubia con picardía— lo coges de la mano, lo subes a la noria y lo besas de una santa vez.

Cristina echó un trago. Aquello sabía a rayos. Ladeó la cabeza y lo escupió en el suelo.

—¡Cristina!

—Sabe fatal...

—¡Por favor! ¡Deja de comportarte como una cría!

Las palabras de Claudia lograron afectarle realmente. Miró el cubata, indecisa.

Su abuela la mataría si lo bebía. Luego se dijo que la iba a matar de todas formas en

cuanto llegase a casa. Bebió de nuevo y tragó mecánicamente. Y lo hizo una vez más, y otra y otra más. Sintió el escozor del alcohol en la garganta y en el pecho, al tiempo que oía las carcajadas de Claudia.

—¡No tan deprisa! ¡Más despacio!

Saúl continuaba trabajando en la terraza tras haber aguantado la cólera

alcoholizada de Vladimir. El muchacho había tratado de explicarle lo ocurrido, pero a cambio solo había recibido una lluvia de gritos, amenazas e improperios, mientras que su rostro sufría el bombardeo de salivazos incontrolados. Muerto del

asco y la rabia, había terminado bajando la cabeza y guardando silencio. Vladimir

le dijo entonces que debido a la numerosa concurrencia de clientes, le ofrecía una

última oportunidad para trabajar en el bar. El muchacho se limpió la sangre de la cara y retomó la bandeja.

El Greñas fue el único que lo escuchó pacientemente una vez que ambos se reunieron de nuevo en la terraza. Contrariado, movió la cabeza.

—No importa quién empezara. El problema de este curro de mierda es que el cliente siempre lleva la razón. ¡Y mucho más si el asunto termina a puñetazos!

Saúl suspiró y contempló la terraza medio vacía. El grupo de doña Elisa se había marchado, así como Las Diosas del Alba, la familia numerosa que nunca recibió sus refrescos y, por supuesto, Los Legionarios del Sur. Para su asombro, los Consumidores Mínimos se mantenían imperturbables, lanzándose pipas unos a

otros, con las dos Coca-Colas ya vacías en la mesa.

—¿De qué están hechos esos gilipollas?

David el Greñas se echó a reír, pero su sonrisa se borró de un plumazo cuando vio a Annushka salir del bar y dirigirse hacia ellos.

—¿Saúl?

Saúl se quedó sin respiración. Adoraba cómo sonaba su nombre en boca de la rusa. Ella le tendió la mano mientras que le dedicaba una preciosa sonrisa.

—Ven conmigo.

Saúl la siguió en absoluto silencio, con el corazón latiendo desbocado.

Entraron en el bar y ella se volvió hacia él.

—Voy a curarte.

Sonrió embelesado y la siguió hasta llegar a la cocina. Atravesaron la sala y salieron a una pequeña trastienda repleta de vidrios vacíos y bebidas sin abrir. Saúl

vio entonces una puerta en el ala izquierda de la pequeña habitación. Annushka la abrió y encendió la luz. Se trataba de un pequeño servicio para el personal. Con un

gesto hizo pasar al muchacho. Luego abrió un pequeño armarito blanco colgado en

la pared y extrajo un botiquín. Lo colocó sobre el lavabo y lo abrió. Sacó algodón y

Betadine. Derramó el líquido sobre un pedazo de algodón y lo pasó cuidadosamente

sobre el labio del muchacho.

Saúl la contemplaba tembloroso.

—Gracias...

Ella sonrió dulcemente. Continuó la limpieza y luego derramó más líquido sobre otro pedazo de algodón y lo pasó sobre su ceja. Saúl gimió de dolor. El

moro

le había golpeado en la brecha y ahora uno de los puntos se mostraba ligeramente

desprendido de la carne.

—¿Duele?

Él negó con la cabeza.

—Es... un placer.

Ella soltó una divertida risita.

—Me gusta tu pendiente.

Saúl tragó saliva.

—Y a mí los tuyos.

Annushka sonrió halagada y derramó más Betadine sobre el algodón. Tomó las manos del chico y contempló asombrada que no estaban afectadas. De pronto pareció recordar.

—¡La bandeja!

Saúl la contemplaba paralizado.

—Sí...

Al terminar, ella lanzó el algodón al retrete y guardó el Betadine en el botiquín. De pronto dirigió su rostro a Saúl y le traspasó con sus intensos ojos azules.

—Bonito chico.



Saúl creyó morirse.

—Tú más.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Yo, bonito chico?

Él afirmó con la cabeza y, para su sorpresa, Annushka acercó su rostro al suyo y le besó en los labios. Saúl sintió la lengua de la chica entrando en la boca y luego ella se retiró brevemente.

—Sabe a Betadine...

El muchacho la observó sonreír y, acariciando sus caderas, la atrajo hacia él.

Aquel nuevo beso fue mucho más largo y apasionado, y Saúl no se detuvo ni cuando Annushka estiró una pierna y cerró la puerta del baño con el pie.

Vladimir se sentía completamente agotado. El nuevo camarero le había arruinado la noche con la pelea en la terraza. Había sido un terrible error contratarle, aunque por otro lado, se había mostrado rápido y eficaz en la atención a

los clientes antes de intentar matar con la bandeja a seis de ellos. Podría ser de los mejores en pocos días si fuera capaz de controlar sus arrebatos de violencia. Mucho

antes de presenciar la pelea, Vladimir había llegado incluso a plantearse contratarle

para todos los fines de semana. Ahora le bastaba con que fuera capaz de cumplir el

resto de noches previamente acordadas. En el fondo había algo en aquel muchacho

que le producía una inevitable simpatía, y esto era sencillamente que le recordaba a

sí mismo cuando tenía su edad, pero estaba muy lejos de sentirse nostálgico por ello.

Menos mal que podía compensar el desastre con la visita sorpresa de sus hijas.

Vladimir había llorado de pura alegría. No recordaba haber llorado de alegría con

anterioridad. Sus hijas eran su vida entera, el motivo por el que encontraba sentido a levantarse cada mañana. Al verlas aparecer por la puerta, las había encontrado muy

cambiadas. Siempre habían sido preciosas, pero ahora parecían más adultas. Eso le

emocionaba y le entristecía al mismo tiempo; los años pasaban demasiado deprisa.

Él no podía dejar de verlas como a sus pequeñas.

Suspiró y se encendió un puro. A paso lento salió de la barra, atravesó el salón

y salió a la terraza. David el Greñas atendía diligentemente a una pareja de novios.

Vladimir miró en derredor. ¿Dónde estaba Saúl?

Saúl estaba tan excitado que no lograba ni pensar. Mientras pasaba la lengua por el cuello de la chica podía sentir su respiración agitada, sus labios pintados de

rojo buscando los de él y sus delicadas manos deslizándose por su torso hasta llegar a la cintura. Annushka se centró entonces en sacarle la camisa por fuera para

deslizar las manos por su espalda. Saúl se dejó hacer mientras acariciaba sus pechos

bajo el sujetador.

La puerta del baño se abrió en ese momento, golpeándole la espalda.

Ambos se distanciaron rápidamente, al tiempo que Vladimir asomaba su

rostro por la rendija de la puerta. Saúl se sintió presa del pánico. Dirigió su mirada a la chica y comprendió que no se encontraba mejor que él. Advirtió consternado que ambos tenían las camisas por fuera, aunque en su caso no le venía mal del todo.

Vladimir empujó la puerta violentamente y los vio con el rostro enrojecido.

Lentamente sus ojos pasearon por sus ropas, por el botiquín abierto sobre el lavabo

y por sus rostros de absoluta culpabilidad.

Dominado por la cólera, centró su atención en la menor de sus hijas y profirió

una exclamación en ruso. Saúl tragó saliva y observó a la chica reaccionar con un

gesto de fingida incompreensión. Respondió algo ininteligible, lo señaló levemente con el dorso de la mano y negó rotundamente con la cabeza.

Vladimir atravesó a Saúl con la mirada. Luego se dirigió de nuevo a la chica y

preguntó algo más. Ella respondió cándidamente, señaló de nuevo a Saúl, señaló el

botiquín, señaló a Saúl por segunda vez y finalmente señaló la puerta.

Saúl no estaba preparado para lo que estaba a punto de suceder. La furia

resurgió en los ojos del ruso, clavó la mirada en él, lo agarró de la nuca con

una

sola mano y lo lanzó a la trastienda.

El chico se estrelló contra un estante de botellas de *whisky*. Dos de ellas cayeron al suelo, haciéndose añicos. Se llevó la mano a la ceja, había vuelto a golpearse en la brecha.

—¿¡Cómo te atreves a encerrarte en el baño con mi hija!?

El muchacho se volvió hacia el ruso.

—¡Yo no me he encerrado! ¡Ella ha cerrado la puerta!

Vio a Vladimir mirarle con gesto de absoluta locura, pero no se movió del sitio.

—¡Mentira! —vociferó este, lanzando un salivazo sobre el rostro de Saúl.

Saúl dirigió sus ojos verdes hacia el interior del baño y vio a Annushka desviar la mirada. La indignación se apoderó de él.

—¿¡Qué le has dicho...!?

Annushka no respondió, pero Vladimir se abalanzó sobre el muchacho. El adolescente fue más rápido y escapó en dirección a la cocina. La atravesó corriendo

y llegó a la barra del bar. Vladimir le seguía a paso firme, gritando improperios en

ruso.

David el Greñas, el resto de camareros y los escasos clientes que quedaban, contemplaban boquiabiertos la persecución.

Saúl se agachó, salió de la barra y dirigió una furiosa expresión de coraje al

dueño del bar.

—¡Yo no miento! ¿Entiendes, Vladimir? ¡Yo no miento!

El ruso lo contempló perplejo desde el otro lado de la barra. Se miraron fijamente y en silencio durante un largo instante. Lentamente, Vladimir tomó una bandeja vacía que alguien había dejado sobre la barra y la empujó hacia Saúl.

—Sal a la terraza. Hoy es tu último día en este bar.

Saúl sintió un nudo en la garganta y una rabia casi incontenible. Cogió la bandeja y obedeció en silencio, pero se detuvo petrificado justo en el umbral de la

puerta. Con una dulce sonrisa, solitaria y paciente, Leo lo esperaba sentada a una de

las mesas. Saúl sintió un agobio asfixiante en su interior, aquello ya era lo último

que le faltaba. Se acercó a ella y Leo le dirigió una desvergonzada sonrisa de adoración.

—¡Qué camarero tan guapo...!

El muchacho comprendió que estaba borracha.

—Eso ya lo he oído. ¿Qué haces aquí sola, Leo?

Ella sonrió de nuevo.

—He venido a verte.

Saúl suspiró agotado.

—Tengo que trabajar. Yo...

Leo afirmó con la cabeza.

—Exacto. Tráeme un Martini con limón.

—No puedo, eres menor.

—¿Quién lo dice? —Rompió a reír.

Saúl se mordió el labio y miró a otro lado.

—Está bien, no pongas esa cara, ¡solo era una broma! Quiero... quiero... —

Leo se rascó la cabeza—. Quiero...

—Una Fanta de limón, ¿vale?

—¡Sí, me parece bien!

Saúl se alejó a paso rápido y entró en el bar. Allí se detuvo un momento y tomó aire. Se imaginó dejando la bandeja sobre una mesa y escapando del bar a la

carrera, a cualquier parte donde pudiera estar solo y fumar un cigarro sin pensar en

nada. Luego se dijo que si lo hacía, Vladimir nunca le pagaría por aquella noche de

trabajo, y necesitaba el dinero por poco que este fuera.

Miró hacia la barra, hizo de tripas corazón y se encaminó a paso rápido.

Realizó el pedido del refresco a uno de los camareros y esperó abatido. Entre tanto,

se dedicó a pensar en todas las posibles formas de demostrar a Leo que se sentía profundamente arrepentido de aquel medio beso bajo el puente del arroyo. Sabía que era culpable de que las cosas estuvieran ahora de ese modo, pero no estaba dispuesto a tolerar que Leo se comportase como una fanática trastornada. A fin de

cuentas, solo había sido un beso. Bueno, él ni siquiera lo consideraba un beso, aunque en cierto modo entendía que la chica se hubiera hecho tantas ilusiones.

Estaba bastante seguro de que nunca se había besado con un chico, a excepción de

los juegos de la botella y chorradas por el estilo. En cualquier caso, se mostraría claro y contundente. No soportaba aquella sensación de ansiedad, era de lo más incómoda.

Recibió la Fanta y el vaso con hielo, los colocó sobre la bandeja y marchó veloz hacia la terraza. Al salir y dirigir su mirada a la mesa donde se hallaba Leo, el chico creyó morir. En absoluto estado de *shock*, contempló a Mateo Cuatropajas sentado junto a ella. El muchacho se dirigía a su amiga de un modo tan decoroso y

confiado como si llevarsen toda la vida saliendo juntos. Pero lo peor no era eso. Lo

peor era que Leo le estaba prestando auténtica atención y escuchaba todo cuanto

decía con absoluto interés. Saúl hubiera deseado ver una espontánea expresión de burla en el rostro de la pelirroja, pero nada más lejos de la realidad. Atónito, la vio sonreír al rechazar educadamente uno de los cigarrillos que Mateo le ofrecía a la vista

de todo el mundo.

Poseído por la cólera, se encaminó hacia ellos y, sin mediar palabra, dejó la bandeja bruscamente sobre la mesa. Leo lo miró temerosa y Mateo tragó saliva.

—Levántate.

—No quiero pelear, solo estoy hablando con Leo.

El modo de nombrarla le provocó una nueva oleada de odio.

—He dicho que te levantes.

Mateo se levantó lentamente.

—¿Vas a pegarme?

Saúl lo agarró de un hombro y lo sacó de la mesa. Con el puño cerrado en el cuello de su camisa azul, lo arrastró afuera de los soportales y habló quedamente.

—Escúchame bien, cabrón pusilánime. Estás en peligro de muerte. Si te vuelvo

a ver hablando con Leo, juro por Dios que no vas a vivir para contarlo.

—Saúl... Ya estamos en paz, olvídale todo.

Saúl soltó una carcajada irónica.

—No, Mateo, tú y yo no estamos en paz ni lo vamos a estar nunca. Te recuerdo que pegaste una paliza brutal a mi mejor amigo cuando no podía defenderse, por no

hablar de cómo golpeaste a Cristina en la discoteca. ¡Cristina! ¡Una chica!

—De eso precisamente estaba hablan...

—¡Cállate, que te estoy hablando! Lo de Cristina quedó más o menos

solventado en el acto. Lo de Alexander... Dale las gracias, Mateo. Dale las gracias

porque Alexander es infinitamente generoso y te lo ha dejado pasar. Pero yo no soy

así, de modo que mucho cuidado conmigo. Mírame, cabrón. Mucho cuidado, te



estoy diciendo. Si te vuelvo a ver hablando con Leo te vas a arrepentir el resto de tu vida. Por una vez, te perdono. ¿Me estás entendiendo? Te perdono. —Lo dijo lentamente y luego lo empujó hacia la plaza—. ¡Vete ya, que hasta me das pena!

Mateo dirigió un rápido vistazo a la chica.

—Hasta la vista, Leo.

Saúl hizo un amago de abalanzarse sobre él, y este último se encaminó

apresurado en dirección a la orquesta. El rubio le vio perderse entre el tumulto de

jóvenes que bailaban y coreaban «Vals del obrero» al pie del escenario. Luego se volvió hacia la chica. Ella lo miraba de un modo tan inexpresivo que por un momento sintió que no la conocía.

Se acercó a ella a paso lento.

—¿Cómo puedes...? —El más profundo sentimiento de impotencia y rabia afloró de su interior—. Me das asco.

Vio las lágrimas inundar sus grandes ojos marrones.

—Y tú a mí también. —Leo se levantó precipitadamente y salió corriendo en dirección al arroyo.

Por primera vez desde que arrestaran a su padre, Saúl se sintió roto por dentro. Un nudo atenazó su garganta.

—¡Saúl!

El chico se volvió mecánicamente y encontró a los Consumidores Mínimos sentados a la mesa.

—¿Puedes traernos una baraja de cartas?

—¡Idos a tomar por culo de aquí!

Los chicos lo contemplaron estupefactos.

—¡Vamos! ¡A tomar por culo, he dicho!

David el Greñas lo agarró del brazo y lo arrastró hacia la otra punta de la terraza.

—¿¡Qué cojones estás haciendo, Saúl!? ¡No puedes tratar así a los clientes!

Saúl se desembarazó de su mano y salió corriendo en busca de Leo. Atravesó las calles oscuras y solitarias, la música de la orquesta se perdía en la distancia.

Llegó hasta la orilla del arroyo, miró en derredor y no la encontró.

—¡Leo!

Caminó en dirección al puente de piedra y lo cruzó lentamente, llamándola a gritos. Ascendió la orilla opuesta y gritó de nuevo. Aguardó silencioso y expectante, pero no sucedió nada. Moralmente derrumbado, se sentó en la orilla y apoyó la cabeza entre las manos. Estaba viviendo una de las noches más horribles

de toda su vida. Con el orgullo hecho pedazos vio caer sus lágrimas entre la hierba.

Se sintió furioso consigo mismo, no había vuelto a llorar desde los doce años.

Luego cerró los ojos y prorrumpió en un sordo sollozo.

Apenas llevaba sollozando un par de minutos cuando advirtió pasos en la

hierba. Levantó la mirada rápidamente y encontró a Leo de pie junto a él. Una lágrima resbalaba en su mejilla. Saúl sintió su corazón acelerarse y la miró sin saber qué decir. Leo se arrodilló entonces y ambos se abrazaron fuertemente.

—Perdóname, Leo, lo siento mucho, estoy hecho un lío... Perdóname.

Leo sollozó y lo besó en la mejilla.

Continuaron abrazados un rato más hasta que ambos se calmaron del todo.

Saúl sintió entonces como si todas sus penas y tribulaciones fueran arrojadas al viento. Sonrió feliz por primera vez en aquella noche y sintió de nuevo el extraño

impulso de besarla, pero se contuvo por miedo a volver a arrepentirse. Sin embargo, no dudó en colmarla de abrazos y de inocentes besos en la mejilla. La pelirroja se dejó querer felizmente, sin poder evitar un nudo de decepción en el alma. Pero no podía dejar de sonreír, los diez minutos que había pasado enfadada

con Saúl habían sido los peores de todo el verano, por no hablar de la angustia que había sentido al oírle sollozar. Lo abrazó de nuevo y cerró los ojos.

—Leo...

La chica levantó la mirada y vio a Saúl señalando con el dedo hacia la orilla opuesta.

—Vas a tener que ayudarme a atraparlo. —El muchacho habló muy despacio y en voz baja, pero con la suficiente claridad como para denotar un rayo de esperanza

en su voz, porque sentado bajo la luz de una tenue farola y mirándoles fijamente con un ojo de cada color, se encontraba Dostoievski.

Los coches de choque resultaron tan divertidos que tanto Alexander y Santiago

como los Silver Road se decidieron a probar otras atracciones como el pulpo gigante o la montaña rusa. A las tres y media regresaron junto a las chicas, y Alexander y Santiago advirtieron con asombro que ambas estaban riendo escandalosamente y hasta las lágrimas.

El adolescente esbozó una sonrisa.

—¿Qué pasa aquí?

Cristina se levantó del banco, tropezó con su propio pie y le rodeó el cuello con sus brazos.

—¡Álex...!

El chico la sostuvo y la miró a los ojos. Cristina estalló en otra carcajada.

—¿Qué te pasa?

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en su pecho.

—Tengo sueño... —Volvió a reír.

—¿Estás... borracha?

Ella le dirigió una divertida sonrisa.

—¡ *Catsi* borracha!

Alexander la observó atónito.

—¡ *Catsi* borracha! ¡ *Catsi* borracha pero no lo suficiente...! ¡Rubia, dame ron!

—Su lengua tropezaba en cada consonante.

Claudia rompió a reír.

—Vas sobrada.

Alexander pensó en doña Elisa.

—Cris... ¿Qué has hecho? ¿Te das cuenta de cómo puedes complicar las cosas? Vamos a andar un poco y luego te llevo a casa.

—¡Ni hablar! ¡Yo no quiero ir a casa! ¡Quiero subir a la noria!

—Vamos, Cris, tienes que andar un poco, te estás cayendo al suelo... ¡Cris!

Ella se aferró débilmente al cuello de Alexander.

—Yo no me estoy cayendo. ¿Quién dice que me estoy cayendo?

—¡Claudia! ¿Por qué has dejado que beba?

—¿Estás de coña, Álex? ¡Es mil veces más divertida así! ¡Sube con ella a la noria!

Los Silver Road contemplaban la escena entre comentarios de diversión, al tiempo que Santiago escuchaba estupefacto.

—No vas a subir a la noria. Nos vamos a casa, venga.

—¿Qué dices? ¡Quiero subir a la noria! ¡Todavía no son las cuatro! ¡Quiero subir a la noria!

—Vámonos a casa.

—¡No! ¡Page! —Cristina miró en derredor—. ¡Page! ¿Dónde estás? ¡Sube conmigo a la noria!

Page enarcó una ceja y rompió a reír.

—Te ha gustado mi beso, ¿eh, niña?

—¿Quién dice que soy una niña? ¡Tengo dieciséis años!

Alexander la agarró del brazo.

—¡Para! ¿Quieres subir a la noria? Pues vale, pero deja de hacer el numerito.

Cristina sonrió satisfecha mientras que el chico dirigía una severa mirada a Claudia.

—Ahora vuelvo. No dejes que Santi se emborrache.

La rubia lo miró ofendida.

—Llevo toda la noche cuidando de él.

—Que estoy delante, ¿eh? —Santiago suspiró molesto.

Page contempló a la pareja alejarse en dirección a la noria. Se volvió hacia Santiago.

—¿Y tú no quieres subir a la noria?

—¡Claro que sí!

—Muy bien, pues vamos.

Molesto, Alexander advirtió que Page y Santiago les seguían a varios metros de distancia. Arrastrando a Cristina, se dirigió a la caseta de la noria y compró dos

fichas. De pronto descubrió que Cristina ya no sonreía, por el contrario, tenía la mirada fija en el suelo. Alexander la tomó del brazo y ambos subieron a una cabina.

Se acomodaron en el asiento.

—¿Estás bien?

La chica afirmó con la cabeza, pero evitó mirarle.

—¿Quieres vomitar?

—¡Claro que no! —Soltó una carcajada, asomó la cabeza por la ventana del vagón y vio a Page y a Santiago comprando sus fichas en la caseta—. ¡Mira! ¡Page

también viene!

Alexander comenzó a perder la paciencia.

—Contrólate un poco.

Cristina estalló en otra carcajada.

—¡Eh, Page! ¡Page!

Page cogió las fichas y se volvió hacia ella. Sonrió divertido y le guiñó un ojo. Luego se encaminó hacia la noria con Santiago caminando a su lado, y ambos

subieron a la cabina siguiente. Cristina y Page se miraron divertidos. Las cabinas estaban frente a frente.

—¿Y si cambiamos las parejas? —preguntó Page con aparente desinterés.

Alexander le dirigió una mirada de estupor.

—¿Qué has dicho?

Page soltó una risotada.

—Tranquilo, era una broma.

—¿Por qué dices eso? —Cristina lo miró ofendida—. ¿Por qué va a ser solo una broma? ¡Tú me has besado!

—Porque tú querías que lo hiciera —Page la miró con burla.

—A lo mejor quiero que alguien me bese otra vez.

Santiago y Alexander la miraron perplejos. De pronto Page estalló en una ruidosa carcajada, dijo algo en voz baja y se mesó el cabello.

—¿Qué pasa? ¿Es que te doy miedo? —Cristina rompió a reír.

—¿Miedo, tú? —Page soltó una risotada—. Tienes un concepto muy elevado de ti misma, ¿no?

Cristina trató de levantarse en la pequeña cabina, para lo cual tuvo que aferrarse al brazo de Alexander.

—Por supuesto, esta noche voy impre...—Su cabeza chocó contra el techo y aulló de dolor. Luego rompió a reír otra vez.

Page la contempló en silencio y con media sonrisa de burla.

—¡Para ya! —Alexander la miró furioso, al tiempo que la obligaba a sentarse de nuevo. Un gesto de absoluto desprecio se dibujó en su rostro—. ¿A quién pretendes impresionar? Estás haciendo el ridículo.

Cristina enmudeció. Lo miró a los ojos y solo vio desdén y repulsa. Sintió un nudo en la garganta. Demasiado borracha como para entender el llano significado

de sus palabras, bajó la mirada al suelo, sintiéndose víctima del rechazo más cruel

imaginable. Las lágrimas asomaron a sus ojos.



—No hacía falta que me lo dijeras de ese modo.

Alexander frunció el ceño, no entendía la respuesta de Cristina. De pronto la vio levantarse y salir de la cabina.

Cristina saltó a la plataforma, bajó las escaleras y echó a correr como malamente pudo. Alexander la siguió. La alcanzó a mitad de camino y la tomó del

brazo, pero ella se deshizo bruscamente de su mano y le dirigió una expresión de

rencor. Tenía el rostro arrasado en lágrimas.

—¿Qué te pasa? ¿Estás loca o qué?

Ella lo miró desairada.

—¿Quién te crees que eres? ¡Eres lo peor!

Alexander la observó perplejo, apenas daba crédito a su comportamiento.

Cristina se dio la vuelta y echó a correr. Desde su posición, el chico advirtió cómo

Cristina se encontraba con Claudia y hablaban entre ellas. Luego la vio recoger el

perro de peluche y el resto de sus compras y ambas se alejaron en dirección a la salida del descampado. Apenas habían andado diez metros cuando Cristina arrojó el

perro al suelo y continuó caminando. Alexander caminó lentamente tras ellas hasta

que las vio desaparecer. Se detuvo. Reanudó el camino hasta llegar al perro. Lo miró en silencio. Una oleada de rabia y frustración se apoderó de él. Pegó una patada al peluche y lo vio caer entre los secos zarzales. Luego se encaminó

malhumorado a La Posada del Pirata.

David el Greñas entró apresuradamente en el bar y se dirigió a la barra.

Temeroso, observó a Vladimir, el cual fumaba un puro al tiempo que contaba el dinero de la caja registradora. Eran las cuatro menos diez y la orquesta había terminado hacía ya media hora. La plaza había quedado desierta y el bar estaba vacío. Los distintos camareros se dedicaban a barrer y ordenar sillas y mesas.

—Vladimir...

El ruso dejó algunos billetes en el interior de la caja y lo miró malhumorado.

David tragó saliva.

—Saúl ha vuelto.

Los ojos de Vladimir se inyectaron en sangre.

—¿¡Dónde está!?

David el Greñas señaló hacia la puerta.

—Pero... Vladimir, hay una cosa que...

Vladimir se agachó y salió fuera de la barra. A paso rápido y dominado por la cólera, venció la distancia hasta la puerta y salió a la terraza. Allí, bajo los soportales y a una distancia prudencial, aguardaba el dichoso muchacho. Vladimir

dio un paso hacia él, pero luego se detuvo boquiabierto, presa de la más

incontenible emoción. El adolescente sostenía a Dostoievski en sus brazos. El gato

fijó sus ojos en el ruso y maulló cándidamente. Vladimir sintió una explosión de felicidad en su pecho. Se acercó rápidamente al muchacho y tomó al

animal.

—¡Dostoievski! ¡Dostoievski! —Lo agasajó a caricias y besos mientras el animal maullaba incansable—. ¿Dónde has estado? ¿Cómo se te ocurre, gatito? ¿Cómo se te ocurre irte lejos de tu papá?

David el Greñas observaba la escena con la boca abierta mientras que Leo se mantenía silenciosa a varios metros de distancia, expectante ahora ante el destino de Saúl.

Vladimir dirigió sus ojos llorosos al muchacho.

—*¡Ebat tvoiu mat! ¡Ebat tvoiu mat!*

Saúl tomó aire. No sabía si el ruso quería matarle o abrazarle.

—*¡Ebat tvoi mat...!* —Lo miró fijamente. De pronto soltó una carcajada y besó al gato de nuevo—. Coge una escoba y ayuda a David. ¡Espabila si quieres seguir trabajando en este bar!

Saúl sonrió aliviado, al tiempo que Vladimir se dirigía al interior del bar, dedicando al animal todo tipo de comentarios cariñosos.

El Greñas lanzó un silbido de asombro. En menos de cuatro horas, Saúl se había peleado con la mitad de los clientes, se había liado con una de las hijas del ruso, había perdido su trabajo dos veces, había encontrado al gato desaparecido y había vuelto a recuperar el trabajo. Lo miró con absoluta admiración.

Definitivamente, aquel chaval era su ídolo.

Leo sonrió aliviada. Apenas podía creer que finalmente las cosas se hubieran arreglado para su amigo. Lo vio dirigirse al interior del bar y ella hizo un amago

de marcharse, pero el chico se volvió rápidamente hacia ella.

—¡Leo, espera! No te vayas, espera un momento. —Sonrió pícaramente al tiempo que le guiñaba un ojo. Luego entró en el bar.

Leo aguardó pacientemente, observando cómo el Greñas amontonaba las sillas y las mesas contra la fachada del bar. Después vio a Saúl salir de nuevo a la

terrazza, llevaba un vaso de Fanta en la mano. Leo se echó a reír mientras que lo cogía.

—¡Mi Fanta de limón!

Saúl sonrió divertido.

—Tu Martini con limón, mejor dicho. Invita la casa.

Ella lo miró asombrada, al tiempo que Saúl la besaba en la mejilla. Después el

chico continuó trabajando y ella tomó asiento en una de las sillas de plástico.

—Cuando termine de barrer nos vamos a las atracciones, ¿vale?

Leo sonrió radiante.

—Claro.

David el Greñas los observaba disimuladamente. Saúl ya tenía a otra chica en la palma de su mano. Meneó la cabeza. «Mi puto ídolo —se dijo, al tiempo que retomaba la limpieza—. Sin duda alguna».

En ese momento Alexander apareció de entre las sombras, cruzó los soportales y se dirigió a la terraza. Saúl dejó de barrer.

—¡Eh, tío! ¿Cómo va eso?

Alexander emitió un gruñido como respuesta y se sentó en el suelo junto a Leo.

—Ponme un cubata, Saúl, solo te pido eso. —Sacó su paquete de Marlboro y se encendió un cigarro.

Saúl y Leo lo miraron inseguros.

—¿Dónde está mi hermano?

—Viene por ahí detrás con Page y el resto de los Silver Road.

—¿Con Page? No lo dejes con Page, es el más capullo de todo ese grupo.

Alexander emitió un nuevo gruñido.

—¿Dónde está Cris? —intervino la pelirroja.

—No lo sé. No soy su padre, ni su novio, ni su hermano mayor, ¿vale?

Leo lo miró atónita. Se mordió el labio y dirigió una prudente mirada a Saúl.

El rubio le hizo un gesto para que no insistiera. Luego ofreció su Martini a Alexander. El chico dio las gracias en voz baja y echó un largo trago al cubata.

Cristina era un mar de lágrimas. Con el corazón roto, se había desviado del camino que conducía a la plaza para poder llorar a sus anchas en los escalones de

entrada de una casa cualquiera. La calleja era estrecha y a Claudia le constaba que

los vecinos que intentaban dormir en el interior de sus viviendas se estaban enterando de todo el percance romántico de su amiga, pero tuvo la delicadeza de pasarlo por alto y centrarse en calmar su dolor. Aun así, no sabía qué decir.

Estaba

completamente borracha, más borracha incluso que Cristina. La decepción sufrida en la noria le había bajado a esta última los efectos del alcohol de forma considerable.

—Estábamos tan bien... —sollozaba Cristina—. Paseando con Cibeles y luego

juntos en la feria, ¡comprando pulseras y comiendo gofres...! —rompió a llorar otra vez.

Claudia se sintió mareada, la chica era un altavoz de pensamientos circulares, había dicho aquella frase una docena de veces; sin embargo, a pesar de ello, le costaba un imperio imaginar a Alexander comprando pulseras y comiendo gofres.

—Pero luego... no sé qué ha pasado... Ay, Claudia, me encuentro muy mal, tengo el estómago revuelto.

Claudia apoyó la cabeza contra el escalón superior de la entrada de una de las viviendas.

—Y yo.

—Me ha dicho... Me ha dicho... —Trató de vocalizar a través de imparables sollozos—. Me ha dicho: «¿A quién intentas impresionar? ¡Estás haciendo el ridículo...!»». Eso... Eso... Eso... —Tragó saliva para evitar ahogarse entre sollozo

y sollozo—. ¡Eso me ha dicho...!

—Pasa de él.

Cristina prorrumpió en otro desgarrador sollozo.

—¡No! ¡No puedo! ¡Quiero morirme!

Por toda respuesta, Claudia cerró los ojos.

—Álex siempre se porta bien conmigo. No puede ser tan cruel. Creo que se ha enfadado porque estoy un poco borracha...

—Sí...

Cristina rompió a llorar.

—Álex me quiere mucho, ¿verdad?

—Que sí...

—¡Dios mío! Le he dicho que es lo peor. ¿Cómo he podido decirle eso? Es el mejor de todos y le he dicho justo lo contrario.

—Vaya...

—¡Debe estar odiándome! —prorrumpió en amargos sollozos.

—Pues sí...

—¡Claudia!

—¿Qué?

—¿Por qué me dices esas cosas?

—¿Qué cosas?

Cristina trató de pensar.

—No sé... —Se dobló sobre sí misma—. Me encuentro muy mal...

—Y yo.

—¿Por qué he tirado el perro de peluche? Era muy bonito, era un regalo de Álex... —Un nuevo torrente de lágrimas resbaló por sus mejillas—. ¿Crees que me

ha visto tirarlo?

—Claro que no. Qué bobada...

Tambaleándose, Cristina se puso en pie.

—Quiero mi perrito de peluche.

Claudia enarcó una ceja y la miró desganada.

—Eh... ¿qué dices?

—Levántate, tenemos que encontrar mi perrito de peluche.

—No jodas, tía...

Cristina rompió a llorar otra vez.

—Quiero a Álex, le quiero tanto... ¿Dónde está? Necesito saber si está enfadado conmigo. Por favor, Claudia, vamos a buscar a Álex, necesito verle.

—No, Cris... Mañana...

—No puedo esperar a mañana. Tiene que ser ahora.

—Pero ya deberías estar en casa.

—No me importa, necesito ver a Álex.

Claudia se levantó pesadamente.

—Vamos a La Posada... Leo está en La Posada...



—No, quiero buscar a Álex.

—Vamos a La Posada y cuando me encuentre mejor te acompaño.

Cristina afirmó con la cabeza, aunque no podía soportar su impaciencia.

Santiago y los Silver Road llegaron en ese momento a la terraza de La Posada del Pirata. El pequeño se dirigió a Alexander.

—¿Dónde está Cris?

—No lo sé. —Su tono de voz no propició que Santiago lo intentara de nuevo, de modo que se acomodó en las faldas de Leo y dejó que esta le colmara de abrazos

y besos.

Saúl y David ya estaban terminando de barrer y enseguida entraron en la charla de los Silver Road. Entre tanto, un coche ascendía la calle Real y aparcaba junto a los soportales. Saúl lo reconoció al momento.

—¡Ahí viene Dulce!

Alexander levantó la mirada, aquello ya era lo último que le faltaba. Aguardó sentado en el suelo, con la esperanza de pasar desapercibido.

Dulce apagó el motor, bajó del coche y se dirigió a la terraza. Contempló la numerosa reunión y distinguió a Saúl entre la concurrencia.

—¡Saúl! ¡Menos mal...! Creía que habíais cerrado ya.

—Estamos en ello, no servimos nada más, en serio, estoy hart...

—No, no, tranquilo, tengo un problema.

Los Silver Road y el resto de los presentes dedicaron toda su atención a la monitora.

—Necesito que alguien me ayude. Se me han colado las llaves de casa en la piscina pública.

Saúl soltó una carcajada.

—Estás de coña...

—Por favor, Saúl, he intentado trepar la verja pero es imposible. Mírame, parezco una liliputiense. ¡Necesito de alguien más alto que yo!

Los muchachos prorrumpieron en carcajadas.

—No os riáis, capullos. —Saúl pasó el brazo sobre los hombros de la chica—. —.

Es mi monitora y es guay, ¿vale?

Ella rio satisfecha.

—Échame una mano y deja de hacerme la pelota.

Alexander observaba silencioso. Lamentaba haberla besado la noche anterior.

Si no lo hubiera hecho, no le habría importado prestarse voluntario para ayudarla.

—¿Cómo han ido a parar tus llaves a la piscina?

—Bufff... —Dulce se llevó las manos a la cabeza—. Es una historia muy ridícula...

—Venga ya, cuéntalo si quieres que te ayudemos.

—¿Por qué eres así...? Llevo un pedo bestial, lo reconozco. Estábamos

haciendo payasadas y lanzando cosas al aire...

Los chicos rieron de nuevo.

—¿Por qué lanzabais cosas al aire?

—¡Yo qué sé, Saúl! ¡Porque íbamos borrachísimos!

—Qué cosas tan raras hacéis los monitores cuando vais borrachos...

¡Nosotros cuando bebemos intentamos liarnos con alguien!

El auditorio entero estalló en carcajadas. Incluso Dulce rompió a reír.

—¡Saúl, por favor! ¿Me ayudas o no?

—No puedo, el ruso me cortaría las pelotas si me viera largarme otra vez...

—De pronto se volvió hacia Alexander —¡Pero Álex puede ayudarte!

Alexander lo miró consternado y luego vio a Dulce mirándole fijamente. Un ligero rubor se apoderó de su rostro. La chica se acercó lentamente hasta él.

Alexander sintió cómo se iba poniendo nervioso a medida que se acercaba.

Finalmente, ella se agachó de cuclillas ante él y le dirigió una divertida sonrisa.

—Álex...

Él la miró con fingido desinterés.

—¿Qué?

—No seas rencoroso, anda, échame una mano.

—¿Rencoroso de qué?

Dulce rompió a reír.

—Ya sabes de qué.

Leo frunció el ceño mientras los chicos prorrumpían en divertidos silbidos.

—No, no lo sé.

Dulce le cogió de la mano y tiró de él.

—Muy bien. Tú y yo necesitamos una conversación urgentemente.

La oleada de carcajadas no se hizo esperar.

—Vamos, Álex. ¡Vete a conversar con ella!

—¡Déjate conversar por ella!

Alexander la miró a los ojos, tratando de adivinar si había alguna intención oculta en sus palabras. Le sirvió un instante para sentir un nudo nervioso en el estómago. Una fanfarrona sonrisa asomó a su rostro. Dejó que Dulce insistiera un

poco más y luego se levantó y la siguió hasta el coche.

Animado por las risas y los comentarios divertidos de los chicos, tomó asiento junto a ella y el automóvil abandonó la plaza en dirección a la piscina.

Santiago miró a Leo, no entendía nada. La pelirroja suspiró abatida. No quería ser ella quien se lo contara a Cristina.

El coche aparcó a la entrada del polideportivo y Dulce y Alexander se apearon

y se dirigieron a la piscina.

—Ha sido por aquí. —Señaló hacia el lateral izquierdo del recinto. Las verjas estaban recubiertas de espesos matorrales y luego ascendían hasta cinco

metros de

altura.

—Ni lo intentes, es imposible.

—Por Dios, Álex, muchas gracias.

El chico esbozó una sonrisa y se dirigió silencioso a la parte trasera del recinto.

—¿A dónde vas?

—Cómo se nota que no eres de Vistaclara.

—¿Y eso qué significa?

Alexander no respondió. Le encantaba hacerse el interesante con las chicas.

Dejó que le siguiera entre protestas y preguntas, y rodeó la piscina. Se agachó al llegar a la esquina izquierda y abrió los matorrales con las manos. Dulce se acuclilló junto a él y descubrió un agujero en la alambrada.

—¡Venga ya!

Alexander rio divertido.

—Así de sencillo, pequeña liliputiense.

—¿Quién ha hecho el agujero?

—No sé, pero es un secreto a voces.

—¿La gente se cuele por aquí para bañarse por la noche?

La mirada de Alexander brilló divertida.

—La gente se cuele por aquí para hacer de todo por la noche. —A

continuación le hizo un gesto para que se adentrara en la piscina.

—Tú primero —replicó ella.

Él sonrió con arrogancia. Todavía no había olvidado el desplante de la noche anterior.

—Yo no tengo por qué pasar.

Dulce lo miró con furia contenida. Sabía que se estaba haciendo el difícil por pura cuestión de orgullo.

—¿Te importaría pasar, Alexander?

La miró fijamente.

—No quiero que me sermonees.

—No pensaba hacerlo.

Alexander le hizo un gesto con la cabeza.

—Vale, detrás de ti.

Dulce pasó por el agujero y Alexander la siguió después. La vio dirigirse

hacia el lateral izquierdo y buscar las llaves entre la hierba. Fue entonces cuando el recuerdo de Cristina atravesó dolorosamente su conciencia. Trató de ignorarlo, aquello resultaba lo más inoportuno del mundo. Recordó su sonrisa al contemplar

el pueblo en la distancia a lomos de Cibeles. ¿Qué había dicho? ¡Ah, sí! Que era el

momento más bonito de su vida. Alexander se sintió morir. Añoró sus labios entreabiertos y su expresión buscando un beso, suplicándolo con la mirada. Pero luego recordó el desastre de la noria. ¿Qué coño se había bebido para

hacer tantas

tonterías? Y todo aquel tonto con Page, ¿a cuento de qué? Y encima le había dicho

que era lo peor, había tirado el peluche al suelo y se había ido con Claudia. Cristina era demasiado cría, estaba cansado de cuidar de ella. Trató de apartarla de su mente.

Dulce se agachó en ese momento y se volvió sonriente hacia él.

—¡Aquí están!

Alexander sintió cómo su corazón se aceleraba nervioso. Dulce le sacaba cuatro años, se preguntó si notaría su escasa experiencia. Trató de no pensar en eso.

Cristina invadió su cabeza otra vez. Ella tenía tres años menos que él, era virgen, estaba deseando acostarse con él, aunque ni siquiera ella misma se hubiera dado cuenta todavía. Él lo sabía. Él estaba deseando acostarse con Cristina. Trató de no pensar tampoco en eso. Vio a Dulce acercándose a él, lentamente, sonriente, sugerente. Imaginó a Cristina haciendo exactamente lo mismo. Apartó la fantasía de

un manotazo. Suspiró agobiado. Estaba a punto de volverse loco.

Dulce pareció advertir su tensión.

—¿Qué te pasa, Álex?

El chico no respondió.

—¿Estás nervioso? —Su voz sonaba divertida y dulce al mismo tiempo.

—No...

—No estés nervioso.

Alexander vio su rostro acercándose al suyo y aquella mirada provocativa.

Agotado, se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Sintió las manos de Dulce tomando su rostro.

—Déjate llevar.

Alexander cerró los ojos. La sonrisa de Cristina emergió en su cabeza de nuevo. Se estaba muriendo por besar a Cristina. Sintió los labios de Dulce acariciando su cuello. Recordó a Cristina con el rostro bañado en lágrimas, gritándole que era lo peor. Lo peor... Él había hecho las cosas lo mejor posible, sabía que ningún chico de su edad habría sido capaz de tener semejante control de la

situación, él no era lo peor. La imagen de la chica perdió fuerza en su imaginación.

Alexander suspiró aliviado y se dejó llevar.

Cristina y Claudia contemplaban con asombro la reunión formada a la puerta de La Posada del Pirata.

Nerviosa, Cristina buscó a Alexander con la mirada. No le vio entre los Silver

Road, pero vio a Santiago y a Leo conversando ligeramente apartados. Se acercó a

ellos.

—¿Dónde está Álex?

Leo advirtió que su amiga había llorado. Bajó la mirada.

—No lo sé.

—¿No está aquí?



Santiago negó con la cabeza.

Cristina se dirigió entonces a los Silver Road.

—¿Habéis visto a Álex?

Ninguno pareció prestarle atención. Reían y bromeaban tan alto que ni siquiera oyeron su pregunta. Cristina se sintió mareada de nuevo. Distinguió a Saúl

hablando en el grupo.

—Saúl, ¿dónde está Álex?

El chico la miró fijamente.

—No sé, creo que se ha ido a casa.

Page advirtió entonces su presencia.

—¡Eh, chica de dieciséis años! ¿De dónde sales?

Ella lo miró molesta. Ya estaba harta de aquella tontería de broma.

—¿Has visto a Álex?

Page rio divertido.

—Vaya si le he visto...

—¿Dónde?

—Ven conmigo y te lo enseño.

Cristina lo miró molesta.

—No. Solo dime dónde está.

—No quieres saberlo.

—¿Por qué?

Page contempló sus labios. Aquella cría era sencillamente preciosa.

—Puedo acompañarte si quieres.

—No quiero ir contigo. ¿Dónde está Álex?

—¿Has llorado?

—No. ¿Dónde está Álex?

Saúl observaba la jugada a una distancia prudencial. No sabía si intervenir o mantenerse en silencio. Lo que sí tenía claro era que no iba a permitir que Page acompañara a Cristina a ningún sitio.

—¿Por qué ahora eres tan borde conmigo? —El chico le dirigió una mirada de desprecio—. Ah, ya... Porque Álex no está delante. Es eso, ¿verdad?

Cristina lo miró avergonzada. No sabía qué decir.

—¿Quieres saber dónde está Álex? En la piscina pública, tirándose a vuestra monitora.

Saúl lo miró estupefacto. Jamás hubiera imaginado que Page pudiera caer tan bajo.

Cristina sintió un dolor insoportable en el pecho.

—Eso no es verdad...

—¿Ah, no?

—Es mentira... —Las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿En serio?

—¡Page! —Saúl le hizo un gesto con la mano—. ¿De qué vas?

Page dio la espalda a Cristina y regresó al grupo.

La chica dirigió a Leo una mirada rebotante de dolor.

—¿Es verdad...?

La pelirroja se encogió de hombros.

—No creo...

Cristina tragó saliva. Una angustia insoportable creció vertiginosamente en su interior. Dirigió su mirada al reloj de la plaza: las cuatro y cinco. Dejó la bolsa de sus compras en el suelo y salió corriendo.

—¡Cris!

Leo la siguió a la carrera. Cristina iba directa a la piscina.

Perplejo, Saúl observó a las chicas alejarse calle abajo. Desde luego no le cabía ninguna duda de que Cristina estaba loca por Alexander, loca de remate.

Cuando llegaron al polideportivo, Leo trató de detenerla.

—Cris... —Intentó hablar lo más bajo posible—. ¡Para! ¡No puedes hacer esto!

Jadeando y sin aliento, Cristina caminaba a paso rápido varios metros por delante de Leo.

—Chsssss... —De pronto se detuvo—. ¿Oyes algo?

Leo se detuvo también. Trató de escuchar, pero solo oyó el canto de los grillos.

—No.

La pelirroja advirtió el coche aparcado a la entrada.

—Es su coche.

Cristina lo miró en silencio y retomó el camino. Leo la siguió angustiada.

Llegaron a la piscina y Cristina contempló las imponentes verjas que delimitaban el

recinto. Una expresión de impotencia se apoderó de ella.

—Cris... Vámonos.

—No.

—¿Qué puedes hacer ahora? Ya no puedes evitarlo, no puedes hacer nada.

Cristina le dirigió una mirada de dolor.

—Pero tengo que saberlo.

Leo suspiró abatida. Por un momento imaginó que todo aquello le estuviera ocurriendo a ella.

—Vale... Hay una forma de saberlo.

La pelirroja rodeó el recinto hasta llegar a la parte trasera. Cristina la seguía con el corazón disparado. En realidad no podía creer que todo aquello estuviera sucediendo realmente. Vio a Leo agacharse y apartar los arbustos de la manera más

silenciosa posible. Luego le hizo un gesto para que se agachara. Cristina obedeció y

descubrió un agujero en la alambrada. Con el mayor cuidado posible, se

arrastró entre la maleza y asomó la cabeza por el interior de la piscina. Enseguida percibió

algo a su izquierda. Giró la cabeza en aquella dirección y descubrió un montón de

ropa sobre la hierba, y un poco más allá, a Alexander tumbado con los pies en dirección a ella. Dulce estaba sentada a horcajadas sobre él, completamente

desnuda, moviéndose lenta y apasionadamente sobre el muchacho. Cristina

palideció al contemplar la espalda de la chica, su cabeza inclinada hacia atrás y las

manos de Alexander acariciando sus pechos. Luego este la tomó de la cintura, la volcó hacia el césped y se situó sobre ella. Cristina advirtió su cuerpo desnudo, delgado y tenso. Había ocultado la cabeza sobre el cuello de Dulce, de modo que no

podía verlo con claridad.

Al principio incluso se negó lo que estaba viendo. No podía tratarse de ellos,

no podía tratarse de Álex, de su Álex, porque lo que estaban haciendo parecía realmente asqueroso desde fuera, porque los movimientos del cuerpo de aquel

chico eran, a ojos de Cristina, lo más prosaico, obsceno, vulgar y ridículo que había visto jamás.

De pronto el muchacho se arqueó y levantó la cabeza. Cristina vio el cabello

castaño y largo de Alexander cayendo sobre su nuca. Le oyó gemir y ya no quiso

ver más. Retrocedió lentamente y salió de entre la maleza.

Leo la miraba expectante. Cristina se sintió incapaz de hablar. Tampoco tenía

ganas de llorar, no sabía qué sentir, no podía sentir nada.

Leo gateó silenciosa y atravesó la alambrada. Cristina se levantó y se encaminó de nuevo hacia la parte delantera de la piscina. Allí esperó a su amiga, con la mirada fija en sus sandalias y en los dedos de los pies manchados de arena.

Leo llegó corriendo. Tenía tal expresión de asombro y de asco que no hizo falta que

ninguna dijera nada. De pronto Cristina dio la vuelta y se encaminó de nuevo hacia

el agujero de la alambrada. Leo entró en pánico.

—¡No...! ¡Cris...! ¿Qué vas a hacer?

Cristina no respondió, se agachó entre los arbustos y atravesó la alambrada.

Los observó de nuevo, seguían exactamente en la misma posición. Con muchísimo cuidado, emergió de entre los matorrales y caminó de puntillas hasta llegar a sus ropas. Cogió todas las prendas, dos manojos de llaves, las cuatro zapatillas, un bolso de chica y la cartera de Alexander. Con increíble sigilo y rapidez se dirigió de nuevo hacia el agujero de la alambrada y se escabulló en silencio.

Leo la esperaba muda de espanto. Al ver todo cuanto llevaba en las manos abrió los ojos como platos, pero no dijo nada por miedo a ser descubierta. Luego

vio a Cristina echar a correr hacia la dehesa y la siguió silenciosamente.

Atravesaron el camino de tierra por el que Cristina había paseado con Cibeles apenas cuatro horas antes y luego giraron a la izquierda. Tomaron una estrecha vereda y no se detuvieron hasta llegar al pozo de piedra donde la chica había pedido

su deseo. Leo llegó jadeando tras ella y ambas se apoyaron en el brocal.

Cristina dejó todas las prendas y objetos sobre el borde del brocal.

—¡Dios mío, Cris...! —Leo comprendió por fin lo que iba a suceder.

Cristina tomó la ropa de Dulce y la arrojó al pozo sin contemplaciones. Luego hizo lo mismo con la camisa roja y los Dockers azules de Alexander. Sintió un dolor insoportable en el pecho, se había enamorado de aquellas prendas nada más

verle con ellas. Arrojó también sus calzoncillos azules y los calcetines.

Seguidamente, tiró los dos pares de zapatillas, no sin cierto cargo de conciencia, adoraba las deportivas negras de Alexander. Luego lanzó los dos pares de llaves, el

bolso de Dulce y la cartera de Alexander.

Leo contemplaba la peripecia con los ojos desorbitados, pero no dijo nada

porque al terminar su particular venganza, Cristina rompió a llorar. Y su llanto nacía del dolor más intenso y devastador que hubiera experimentado jamás, de la decepción más amarga, de la incomprensión más absoluta, del odio más inesperado

y certero. Cristina se sorprendió a sí misma al oírse sollozar de una forma tan profunda y vehemente. Era como si aquello le estuviera pasando a otra persona.

Sintió la mano de Leo en su hombro. Y luego su abrazo silencioso. Lloró

largo rato abrazada a ella. Después ambas emprendieron la bajada al pueblo.

A las cinco menos cuarto llegó a su casa. Atravesó el vestíbulo, abrió la puerta

del salón y encontró a su abuela sentada en la mecedora.

La anciana levantó el rostro al verla. Le resultaba evidente que su nieta había

llorado, pero decidió pasarlo por alto. La hizo sentar en el sofá. Para su confusión,

Cristina obedeció dócilmente. Había tenido tiempo de sobra para sopesar cuál debía

ser su modo de actuar con la chica y había llegado a una decisión que no admitía lágrimas ni negociaciones.

—Cristina, las dos sabemos que has rebasado el límite. Y esto es lo que he decidido.

Cristina la miró confusa. Había esperado gritos, amenazas, castigos de todo tipo. Pero, por el contrario, su abuela habló calmadamente. Ella escuchó sin esperanza, sin ánimo, sin fuerzas, sin que nada le importara lo más mínimo. Con la

mirada fija en la pulsera que le había regalado Alexander, afirmó lentamente.

Aceptó sin excusas ni protestas, asumió sin lágrimas. Después se levantó y subió a

su habitación. Se desvistió, se puso el pijama, bajó la persiana y cerró la ventana; no esperaba a nadie. Se metió en la cama. La almohada y las sábanas todavía guardaban

el olor de Alexander. Fue entonces cuando Cristina rompió a llorar otra vez. Lloró

durante casi dos horas hasta quedarse dormida de puro agotamiento.

24

*A lovestruck Romeo sings the streets a serenade*

*laying everybody low with a lovesong that he made [...]*

*Juliet, the dice were loaded from the start,*



*and I bet, and you exploded in my heart.*

«Romeo and Juliet», Dire Straits[\[31\]](#)

Eran las siete de la tarde del Día del Santísimo Cristo del Olvido.

Vestida de blanco, con una botella de agua en la mano y el alma en otra parte,

Cristina aguardaba silenciosa entre el bullicio de las coristas y los cofrades. Se había sentado en uno de los bancos de la iglesia a causa del cansancio. Tenía un dolor de cabeza terrible, se sentía sedienta y le dolían los ojos hinchados a causa de las lágrimas de la noche anterior.

Doña Gregoria y doña Justa apenas le habían dirigido la palabra al verla

llegar, y ahora que la misa había terminado y todos los participantes de la procesión

se estaban ordenando precipitadamente para salir a la calle, tampoco parecían tenerla en mucha consideración, pero a Cristina le daba exactamente igual todo aquello. Solo quería terminar cuanto antes.

—¿Dónde está la chica del solo? ¿Dónde?

Cristina se puso en pie y alzó la mano. Don Saturnino resopló nervioso y aliviado a partes iguales.

—¡Vamos, hija! ¡Detrás de la orquesta!

Cristina se incorporó al pasillo central de la iglesia tras la cruz de guía, el estandarte, el paso del Cristo, el cual era transportado a hombros de los

mayordomos, y don Ignacio. Al salir a los jardines tuvo que cerrar los ojos. Un relámpago de dolor atravesó su cabeza de parte a parte cuando sintió la luz del sol y

el bullicio de una gran aglomeración de gente frente a ella. Centenares de vistaclareses bien vestidos aguardaban a las puertas del jardín para

incorporarse a

la procesión.

Descendieron las escalinatas del templo y atravesaron los jardines. Al llegar a la calle, Cristina se detuvo a la espera de que la orquesta se posicionara delante de

ella. Miró a su espalda y vio al resto del coro siguiéndola en fila de a dos. Todo marchaba según lo previsto, de modo que dirigió su mirada al frente, evitando posar sus ojos en los feligreses que hacían pasillo a la procesión por miedo a encontrar entre ellos el rostro de Alexander. Y a continuación, la cruz de guía emprendió el recorrido. La banda municipal hizo sonar sus clarinetes y tambores.

Todos siguieron al cofrade.

Alexander escuchaba la música de la procesión bajo los soportales de La

Posada del Pirata. Aspiró la calada del cigarro y apuró el último trago de una cerveza sin alcohol. Luego se recolocó el cuello de la camisa blanca, pero no se levantó de la silla. Desde su solitaria mesa contempló el ir y venir de los clientes del bar. Saúl no estaba allí, tampoco David el Greñas. En realidad no esperaba a nadie

ni tenía el menor motivo por el que quedarse en la terraza. Solo lo hacía para postergar el momento inevitable en el que tuviera que encontrarse con la mirada de

Cristina.

Suspiró abatido y se encendió otro cigarro. No quería ni recordar la noche pasada, aunque era lo único que tenía en su cabeza. No podía dejar de preguntarse

cómo las cosas se habían precipitado a semejante final. Ni siquiera se lo había pasado demasiado bien con Dulce, había vivido experiencias mejores. Claro

que eso no era culpa de la chica. Lamentablemente, eso era culpa suya. Había tenido la

imagen de Cristina en su cabeza durante todo el tiempo. Ni siquiera se planteó la idea de repetir. Una vez hubo complacido a Dulce, evitó su mirada de deseo y se excusó alegando que se encontraba demasiado borracho y cansado, lo cual no era

cierto en absoluto. Hasta esa noche nunca había creído que pudiera vivir una experiencia sexual tan patética. Y para colmo, el final. A Alexander todavía le llevaban los demonios al recordar las caras de imbéciles que se les había quedado a

los dos cuando decidieron vestirse y marcharse. «¿Pero dónde está mi ropa?», había

dicho él. Y había sido como si la ropa hubiera echado patas y se hubiera ido corriendo. La ropa, las zapatillas, la cartera, ¡incluso las llaves de casa!

Lo mismo le había pasado a Dulce. Y luego, cuando él había dicho: «Pues

menos mal que tenemos el coche para no bajar andando en pelotas», y ella había respondido: «¿Y cómo quieres que abra mi coche? ¿Con una piedra?». Y entonces

ella se había puesto a llorar y a maldecir y había dicho que no tenía la menor intención de bajar al pueblo completamente desnuda. Así que le había tocado a él hacer el gilipollas y bajar a la suya escondiéndose entre las sombras, cruzando los

dedos para no tropezar con Los Legionarios del Sur ni con los Cadillac Rojo. Y

había tenido que saltar la verja negra de su casa, de dos metros de altura y puntas

afiladas en el extremo, sudando la gota gorda y con los huevos colgando, para descubrir, en el colmo del ridículo, que había luz en el salón. Así que había

cruzado

el jardín y llamado al timbre.

Alexander recordaba la humillación de ser abierto por su madre, el interrogatorio, la bronca de su padre por culpa del numerito de Cibeles en la plaza,

la búsqueda de ropa que ponerse y ropa para Dulce, el regreso a la piscina, acompañar a Dulce a su casa y ayudarla a trepar a su balcón tras tener que consolarla de la llorera cuando lo único que deseaba era emborracharse hasta perder el conocimiento.

Para colmo, tendría que ir a Talavera a denunciar la pérdida del carné de identidad y la tarjeta de la Seguridad Social. Por lo menos había dejado en casa la

tarjeta de crédito.

Dio otra calada al Marlboro. Una cosa sí tenía muy clara: como pillase al hijo

de puta que se había colado en la piscina para llevarse su ropa, lo iba a despellejar

vivo.

Los tambores de la banda municipal le hicieron regresar a la realidad.

Abrumado ante la inminencia de su encuentro con Cristina, se levantó y caminó con

desánimo en busca de la procesión. Se preguntó si ella seguiría enfadada por su forma de tratarla en la noria. Se sentía brutalmente arrepentido de cuanto le había dicho. A la luz del sol y con la calma que ofrecía la perspectiva, comprendía que la

chica se hubiera enfadado con él. A fin de cuentas ella le había soportado todas sus

borracheras y jamás lo había tratado con semejante desprecio. Más bien al contrario, Alexander recordaba perfectamente la noche de la tormenta. Había acudido a su ventana a las tres de la mañana, completamente borracho y empapado.

Se había echado a llorar y, al margen de lo humillante que ahora le suponía recordar esto, ella le había dado una toalla, le había ofrecido agua, comida y ropa, y le había abrazado y consolado.

Algo similar había sucedido la noche en que Mateo Cuatropajas le había pegado

la paliza de su vida y le había amenazado con una navaja. Cristina se había metido

de por medio, había cargado con él hasta llevarle a su cuarto, le había cuidado, curado las heridas, le había abrazado, le había hecho sentirse valorado, digno, necesario para ella. Cristina también había soportado pacientemente su enfado tras

la partida de ajedrez, su traición cuando todos fueron a visitarla tras casi morir ahogada y él se quedó fumando porros con Dulce, sus arrebatos infantiles cada vez

que Gorka le ponía nervioso... Cristina siempre se lo había perdonado todo de manera incondicional. Incluso la pelea de la noche anterior, haberla llevado en bragas a la plaza y dejarla en medio de toda la gente. A cambio de su perdón, ella

solo le había pedido comer gofres y subir a la noria. ¿Qué le había gritado cuando

trató de bajarla del caballo? Alexander hizo memoria. «Te quiero, Álex, no voy a dejar que pelees». Dios santo. ¿Cómo podía haberse enfadado con ella de semejante

manera? Se sintió como un miserable sin corazón. Ella solo había hecho el

idiota con Page y, al margen de los celos que le había provocado semejante situación,

sabía que no tenía ninguna importancia. Ella había pedido un beso en la noria, pero no se lo había pedido a Page, solo había pedido un beso. Y en retrospectiva, Alexander comprendía que se lo había pedido a él mismo. Recordó su rostro

arrasado en lágrimas. Deseaba abrazarla con todas sus fuerzas, la quería demasiado.

Con el corazón acelerado, se apresuró al encuentro de la procesión. De pronto se estaba muriendo por verla cantar.

Atajó por una estrecha calleja y desembocó en la plaza del Pocillo. Sabía que la procesión debía pasar por allí, así que aguardó impaciente. La música de la banda

y las voces de las coristas se hacían cada vez más próximas. Alexander sintió cómo

le sudaban las manos, las limpió en las perneras de sus vaqueros y se las metió en

los bolsillos. Más de cincuenta personas habían salido a la puerta de sus casas para

ver el paso del Cristo, dificultando la visibilidad. Por fin, entre un mar de cabezas, vio llegar hasta la plazoleta al cofrade que alzaba en sus manos la cruz de guía. Le

seguía el estandarte, luego el paso, don Ignacio y la banda municipal. Tras ella, Cristina.

El chico sintió cómo se le desbocaba el corazón. No esperaba una reacción tan intensa por su parte, se sintió confuso, pero lo pasó por alto rápidamente.

Clavó su

mirada en ella. Lucía un vestido blanco de tirantes que contrastaba con sus rizos oscuros y con su piel, ya morena tras tantos días de sol. Llevaba una botella de agua

en la mano. Alexander se mordió el labio, la chica debía estar sufriendo una resaca

espantosa. Advirtió que caminaba con la cabeza erguida y la mirada fija en el frente,

como si de un militar se tratara. No, no parecía un militar, había algo en su semblante que la desmarcaba de toda la parafernalia que había a su alrededor, se trataba de una expresión de cansancio, resignación, indiferencia quizás. Tristeza.

Deseó fervientemente que lo mirara, pero la concurrencia era demasiado numerosa

y ella parecía absolutamente ajena a la presencia de los curiosos, de modo que avanzó atropelladamente entre la gente hasta llegar a una farola erigida sobre un soporte circular de piedra. Se encaramó a ella justo cuando a Cristina le restaban apenas diez pasos para pasar por allí. La chica alzó el rostro y lo miró a los ojos.

Solo duró un segundo. Para asombro de Alexander, Cristina desvió la mirada rápidamente y de nuevo la fijó en el frente. El chico sintió un nudo de dolor en el

pecho, pero se mantuvo allí de pie, firme y obstinado, a la espera de verla mirarle

de nuevo. Desazonado, vio dibujarse en su rostro una disimulada expresión de aflicción y en ese momento el coro guardó silencio y ella alzó la voz.

*Tú sabes que tu nombre tiene en mí*

*un poco de tristeza y alegría.*

*Tú sabes que no puedo pronunciarlo*

*sin que se turbe un poco el alma mía.*

Alexander la contempló cautivado. A pesar de que la melodía se alejaba por completo de su estilo de música favorito, la voz de Cristina vibraba liviana y flexible, rasgando el aire en una suave caricia. Conmovido, prestó atención al resto

de la letra.

*Tú sabes que mis ojos te descubren*

*y empieza mi interior a tener vida.*

En este punto, Cristina no pudo evitar buscarlo de nuevo con la mirada. Sus ojos se encontraron y su corazón, ya de por sí suficientemente torturado, sucumbió

a una carrera desenfrenada. Alexander estaba guapísimo con aquella camisa blanca

y, para su consternación, la estaba mirando de aquel modo que no lograba

comprender, fijamente y en silencio. Pero enseguida recordó la escena de la piscina

y desvió la mirada de nuevo. Un nudo presionó su garganta. Trató de serenarse, todavía no había terminado su solo.

*Tú sabes que la noche ya se agita,*

*si no escucho tu voz o tu silencio.*

*Tú sabes que la vida no palpita*

*si no puedo quemarme con tu fuego.*



*Tú sabes que tu cielo me acaricia*

*y empiezo a tener alas para el vuelo. [32]*

El resto de coristas reanudó el canto y la procesión dejó atrás la plazoleta.

Cristina sintió que atrás también quedaba todo cuanto tenía sentido para ella.

Todavía tardaron veinte minutos más en terminar el recorrido y regresar a la

iglesia. Esquivando las felicitaciones de algunas coristas y de conocidas de su abuela, Cristina salió rápidamente a los jardines y se encaminó a la plaza. Una docena de cofrades repartía sangría y cortezas entre la concurrencia, las terrazas volvían a llenarse con la clientela, los camareros iban y venían, varios grupos de niños jugaban en el centro de la plaza y algunos otros se habían subido al escenario.

De pronto, a paso alegre y ligero, Saúl apareció en el otro extremo de la plaza.

Llevaba el pelo despeinado y cara de sueño. Cristina sintió una punzada de nostalgia

al verle. Tenía el mismo aspecto desaliñado que la primera vez que le vio entrar en

clase de inglés.

El muchacho atravesó la plaza sin reparar en su presencia y un grito desde los soportales le hizo volverse hacia ellos. Leo le llamaba desde una de las terrazas.

Claudia estaba con ella. El chico se acercó con una amplia sonrisa en los labios.

Santiago salió del mismo bar en ese momento con un helado de cucurucho en una mano y una correa de perro en la otra. Elvis correteaba a su alrededor.

Cristina esbozó una agrisulce sonrisa, adoraba a los Sustain Souls. Dirigió su

mirada al reloj de la plaza, marcaba las ocho en punto, no le quedaba mucho tiempo. Se acercó lentamente a ellos. De pronto divisó a Alexander ascendiendo la

calle Real. Su corazón se desató descontrolado. Se detuvo, él iba directo hacia el grupo. Saúl levantó la mirada y la vio. Cristina no había planeado que las cosas surgieran así de mal, pero al parecer así debían ser. Le hizo un gesto para que se acercara a ella. El rubio obedeció gentilmente. Alexander pasó a pocos metros de ellos, les miró y se dirigió a la mesa. Allí se sentó con el resto del grupo y se encendió un cigarro. Enseguida comenzó a reír y a charlar con todos ellos. Cristina

evitó mirarle.

—¿Cómo estás? —Había ternura y lástima en la voz de Saúl.

Cristina tragó saliva y comenzó a hablar.

Al principio Saúl frunció el ceño, no entendía lo que le estaba diciendo. Luego bajó la mirada, apesadumbrado. La contempló con ternura e impotencia.

—¿Puedo pedirte un favor? No es exactamente para mí.

Cristina escuchó al muchacho y afirmó sin dudarle. Ambos se abrazaron con cariño. Saúl la besó en la mejilla y luego la vio marcharse en dirección a su casa.

El muchacho miró el reloj, se acercó a la mesa donde estaba el resto del grupo y se dirigió a su hermano.

—Nos vamos a casa, Santi.

Una hora y media después, Alexander estaba borracho como una cuba. El muchacho había empezado a beber sangría compulsivamente cuando vio partir a

Cristina. Llevaba toda la santa tarde deseando verla aparecer de nuevo. En aquel preciso instante se encontraba con Leo y Claudia en el centro de la plaza junto a los

Silver Road y a los Metal Riff.

De pronto vio regresar a Saúl. Volvía solo. El rubio levantó la mirada, buscó la hora en el reloj del ayuntamiento y suspiró aliviado. Luego se dirigió a uno de

los cofrades que portaban bandejas y vasos, tomó un vaso de sangría y se apostó contra el tablero del escenario. Alexander se acercó a él, no soportaba a los Silver

Road, estaba seguro de que el «graciosillo» que les había robado la ropa y todas sus

cosas a Dulce y a él era uno de ellos. No podía ser de otro modo.

—Eh, hermano. —Su lengua se trabó, al tiempo que le golpeaba el brazo cariñosamente.

—Hermano. —Saúl bajó la mirada.

—¿A dónde has ido?

—Dame un cigarro, anda.

Alexander le ofreció torpemente su paquete de tabaco.

Saúl sacó un mechero de su bolsillo.

—¿Qué tal ayer?

—Ni me preguntes.

El rubio enarcó una ceja. Aquello acababa de despertar su curiosidad.

—No, en serio... —Alexander movió la cabeza y luego dirigió al muchacho una expresión de derrota absoluta—. No sabes qué mierda...

—Joder... —Saúl soltó un silbido de asombro.

—¿Sabes dónde está Cris?

Saúl bajó la vista al suelo.

—¿Sabes si sigue enfadada conmigo?

Esta vez la mirada del rubio traspasó al chico con una involuntaria firmeza.

—¿Enfadada, dices?

—Discutimos en la noria... ¡Joder, tío! Te juro que me está volviendo loco.

—Álex..., ella lo sabe todo.

Alexander necesitó un instante para poder asimilar sus palabras. Miró la plaza y se sintió mareado.

—¿Qué es todo? —Pero ya lo sabía.

—Cuando te fuiste con Dulce volvió llorando a La Posada preguntando por ti.

Page le dijo dónde estabas y... lo que seguramente estabas haciendo.

Alexander lo miró petrificado.

—¿Volvió llorando...? ¿Preguntando por mí? —Un manojito de dolor se apoderó de su estómago.

Saúl afirmó con la cabeza.

Lentamente, Alexander volvió el rostro hacia Page y lo observó atónito. Sus ojos regresaron a su amigo.

—Joder... —Completamente mareado se encaminó hacia la casa de Cristina.

—¡Álex...! ¡Espera, hay una cosa que aún no te he dicho!

Alexander cruzó la plaza apresuradamente, ignorando las palabras de Saúl.

—¡Vuelve, tengo que hablar contigo!

Por toda respuesta, Alexander aligeró el paso. Cuando por fin hubo dejado atrás la plaza, echó a correr.

Llegó a la casa de Cristina y advirtió que su ventana tenía la persiana bajada.

Estaba empezando a anochecer y las primeras estrellas ya visitaban el firmamento.

Se planteó llamar al timbre, pero era muy probable que su abuela supiera del incidente de Cibeles en la plaza y para colmo, estaba completamente borracho, de modo que, tras asegurarse de que nadie pasaba por la calle, trepó torpemente al olivo y subió al tejado. Luego tocó la persiana con los nudillos y aguardó con el corazón acelerado.

No hubo respuesta.

Probó otra vez.

Tampoco.

—Catsi..., ábreme, por favor. Sé que estás ahí.

El chico aguardó pacientemente.

—Lo siento mucho, siento lo que te dije ayer. Ábreme, por favor.

Aguzó el oído pero no oyó nada. Sin embargo, no se dio por vencido.

—¡Cris! ¡Ábreme! ¡Vamos, Cris! —Aporreó la persiana insistentemente—.  
¡No

pienso irme hasta que me abras! ¡Voy a estar aquí, dándote la lata hasta que me abras...!

Nadie respondió.

Frustrado, Alexander emprendió un afanado e inagotable golpeteo contra la persiana, mientras que salmodiaba obstinadamente el nombre de la chica. Tras un largo rato de estériles resultados, la impaciencia comenzó a crecer en su interior.

—¡He venido a pedirte perdón! ¡Abre de una vez! ¡Solo quiero disculparme!

Fue como hablar con una pared.

—¡No me lo trago! ¡No pienso moverme de aquí, no me creo nada de esto!

¿Te ha dicho tu abuela que no me abras? Es eso, ¿verdad? Cris..., sé que tú no me

harías esto, lo sé. Solo tienes que toser o lo que sea...

Aguardó expectante. A medida que transcurría el tiempo, una demoledora angustia crecía en su interior. Luego se dijo que Cristina lo sabía, lo sabía todo.

¿Cómo iba a querer abrirle? ¿Cómo iba a querer hablar con él?

—Por favor... —Acercó el rostro a la persiana—. Por favor, no quiero que estemos así...

Esta vez Cristina tampoco dio señales de vida. Deprimido y todavía mareado, descendió al olivo y saltó al suelo. Se dirigió a la puerta y llamó al timbre. Quizás

doña Elisa aún le guardara un mínimo de aprecio. Pero nadie le abrió, así que

se dedicó a aporrear el timbre durante diez minutos. Luego rodeó la casa a paso torpe

y agotado. Miró la fachada de piedra que protegía el patio interior de la vivienda y

se preguntó si podría saltarlo. Trató de encaramarse a la pared y sintió que todo le

daba vueltas. Cayó al suelo y maldijo en voz alta.

Se quedó allí un rato, sintiendo que ya no podía hacer nada por evitar que las

cosas cambiaran entre ellos. Y había sido culpa suya. Todo, sin excepción.

Recordó

la mirada de Cristina en la procesión. Se dijo que en aquel momento ella ya lo sabía

todo y había evitado mirarle. Se preguntó arrepentido por qué no la había besado la

noche anterior, ni la anterior, ni la anterior. Se preguntó angustiado qué le había movido a esquivarla constantemente, fingiendo que eso era lo que debía hacer.

Se preguntó derrotado dónde estaban todos aquellos obstáculos y trabas que había utilizado contra sí mismo y contra ella para mantenerse a distancia. Y presa de

asombro, comprendió que no había tales obstáculos, nunca habían existido, no eran reales. Se preguntó, entonces, por qué de pronto veía con claridad la sencillez de lo

que habían creado entre los dos cuando antes solo detectaba complicaciones. Y en ese momento supo la respuesta. Fue como ver caer una venda de sus ojos. Había traspasado la línea. Quizá la había cruzado hacía ya días o semanas, quizá acababa

de cruzarla en ese mismo instante. En cualquier caso, por primera vez en aquel verano, Alexander lo vio con claridad: estaba completamente enamorado de

Cristina.

Lleno de dolor, se levantó torpemente, el corazón le latía desbocado. Se agachó, recogió una pequeña piedra del suelo y la lanzó hacia su ventana.

—¡Catsi! ¡Catsi!

Su voz se perdió en la oscuridad de la noche recién llegada.

—¡Catsi, te quiero! ¡Te quiero!

Doña Anatolia era muda pero no sorda, de modo que se asomó a su ventana.

Allí estaba otra vez el hijo del alcalde. La mujer lo contempló estupefacta.

—¡Te quiero, Catsi! ¡Por favor, perdóname! ¡Es a ti a quien quiero!

¡Perdóname, por favor, Cris, por favor...!

Completamente desesperado, Alexander la llamó todavía un rato más, inútilmente.

—¡Muchacho...!

Se volvió asustado. Un anciano rechoncho y de pelo blanco lo miraba con desconfianza. A Alexander le sonaba su cara, aunque no sabía exactamente quién era.

—¿Pero qué haces?

—Estoy... ¿A usted qué más le da?

El anciano lo escudriñó con la mirada.

—Eres el Alcaldesito, ¿verdad?



Alexander gruñó malhumorado.

—Ese es mi padre, ¿vale?

—Hijo, no hay nadie ahí. Se han marchado.

Lo miró sin comprender. Tenía miedo de entenderlo.

—¿A... dar una vuelta?

—Se han ido de Vistaclara hace un rato.

El chico se sintió caer al vacío.

—No...

—Yo vivo al final de la calle. Las he visto salir con las maletas.

Fue como si un hierro helado lo atravesara por dentro.

—¿...Han vuelto a Madrid?

El anciano se encogió de hombros.

—No lo sé, hijo, yo estaba hablando por teléfono, las he visto por la ventana, no he podido preguntarles.

Alexander sintió un nudo en la garganta, aquello no podía estar pasando. Hacía apenas un rato que la había visto en la plaza y ella no le había dicho nada, no se había despedido de él. Ella lo había decidido de ese modo.

Completamente conmocionado, se dejó caer junto a la puerta de la casa. El

anciano se despidió y se alejó calle abajo. Alexander apenas le prestó atención. De

pronto se dio cuenta de que no volvería a saber nada de ella hasta Navidades. Creyó

morirse. La noche anterior había pensado en ello y había creído poder superarlo sin

problemas, había creído tener ventaja sobre la chica. ¡Qué estúpido y presuntuoso podía llegar a ser...! Jamás había tenido ninguna ventaja sobre sus sentimientos.

Temblando por dentro, se levantó de nuevo y observó la vivienda; las luces del interior de la casa no se habían encendido con la llegada de la noche. Una aflicción más profunda que ninguna que hubiera experimentado jamás se apoderó de su alma.

Sin esperanza alguna, dio la vuelta y caminó hacia la plaza. Allí vio a Saúl, Leo y Claudia, quienes todavía charlaban con los Silver Road y los Meta Riff.

Distinguió a Page entre el tumulto y aceleró el paso.

El miembro de los Silver Road apenas tuvo tiempo de adivinar las intenciones de Alexander. En un segundo lo vio emerger de la nada y abalanzarse sobre él. No

pudo esquivar el puñetazo en la cara. Luego recibió otro más y cayó al suelo.

Después todo fueron gritos. Los chicos inmovilizaron a Alexander casi de inmediato mientras este lanzaba una oleada de insultos hacia Page y luchaba por zafarse con la única intención de acometer de nuevo contra él.

Saúl logro finalmente sacar a su amigo del corro y arrastrarlo hasta un extremo del mismo. Alexander se volvió contra él como si fuera un perro rabioso.

—¡Tú, ni me toques! ¡Sabías que se iba y no me has dicho nada! ¡Te has despedido de ella y no has dicho nada a nadie! ¡Te he preguntado si sabías donde estaba y ni siquiera me has respondido!

—He intentado explicártelo, estoy intentando...

—¡Cállate, Saúl! ¡Que te jodan!

—¡Álex! ¡No sabes nada y no me quieres escuchar!

Alexander se encaminó hacia la calle Real.

—¡Que te jodan, Saúl!

—¡Que te jodan a ti, gilipollas!

Más de cien vistaclareses, entre los que se encontraban Leo y Claudia, observaban la escena en muda consternación y sin comprender nada en absoluto.

Cristina contemplaba la caída de la noche a través de la ventanilla del autobús.

Llevaba la imagen de Alexander grabada en el recuerdo, con su camisa blanca y mirándola desde aquella farola. De todas formas eso no significaba nada, él nunca

la había querido de aquella manera. Dejó escapar un suspiro de dolor. En ese momento Santiago apoyó la cabeza en su hombro. Cristina contempló al pequeño,

el cual dormitaba abrazado a una holgada bolsa deportiva. De pronto, para su asombro, creyó percibir movimiento en el interior de la bolsa.

—¿Qué...? ¡Santi! ¡Santi!

El niño abrió los ojos.

—¿Qué pasa?

—¿Qué llevas en la bolsa?

Santiago le hizo un gesto para que guardara silencio y deslizó levemente la cremallera. Un hocico canino emergió bruscamente del interior. Cristina se llevó las manos a la boca.

—¡Elvis!

Santiago sonrió.

—¿Pero cómo se te ocurre?

—He pensado que si de verdad tenemos que pasar veinte días en ese campamento para cristianos en lo alto de una montaña, tengo derecho a traerme a

Elvis. A fin de cuentas, esta semana es mi turno. Si hubiera tenido tiempo habría ido

a la cabaña y habría cogido un *ampli* y la guitarra eléctrica, pero mi hermano me avisó muy tarde, así que tendremos que conformarnos con la acústica.

—¡Madre mía! ¡Sácalo de ahí para que pueda respirar!

El niño abrió la mochila y dejó que el perro asomara su cabeza. Elvis olfateó el aire y contempló cuanto le rodeaba.

—¿Sabe Saúl que te has traído a Elvis?

—Le he dejado una nota.

Cristina soltó una carcajada.

—¡Doña Gregoria te va a cortar la cabeza!

Santiago alzó la mirada y distinguió a la anciana varios asientos más adelante, sentada junto a la abuela de Cristina. Sonrió pícaramente.

—Para cuando se quiera enterar ya será demasiado tarde.

Cristina se dio cuenta de que acababa de reír por primera vez desde que discutiera con Alexander. Abrazó al pequeño y le atrajo hacia sí.

—Cuánto me alegro de que hayas venido.

El niño se encogió de hombros.

—Si te soy sincero, mi hermano me ha obligado porque es gratis y así no tiene que andar pendiente de mí durante las ferias, pero ¡Dios mío! Veinte días es excesivo, no sé si podré soportarlo... ¿Cómo se le ocurre a tu abuela castigarte veinte días seguidos?

—Cree que me estoy echando a perder.

—¡Qué horror, Cris! Todavía no hemos llegado y ya tengo unas ganas locas de volver a casa.

Cristina se mordió el labio. Un encuentro de emociones colisionó en su interior.

—Yo también.

Contempló la oscura silueta de la sierra creciendo en la noche bajo un manto de brillantes estrellas y se preguntó qué le deparaba el destino.

Aquel campamento cristiano era lo que don Ignacio había querido comentar a

Cristina desde la tarde anterior y era también, para asombro de la chica, la solución

de doña Elisa a su imperdonable comportamiento. La anciana no dudaba del poder

de la reflexión para calmar tanto desenfreno. Por su parte, Cristina había tenido que

suplicarle a Saúl para que prometiera guardar el secreto discretamente hasta que ya

hubiera abandonado Vistaclara. No deseaba vivir una dramática despedida en la que

todo el grupo la acribillara a preguntas ante la presencia de Alexander. Además, en

el fondo también había sentido miedo de que este último le dirigiera la palabra. Tras

verle en la plazoleta durante la procesión, intuía que para el chico todavía existía un vínculo de amistad entre ambos. No hubiera podido soportar que se despidiera de ella con una simpática sonrisa de amigo.

Suspiró abatida.

Tras aquellos veinte días regresaría a Vistaclara, y los últimos cinco días de verano quedarían en sus manos y en su capacidad para responsabilizarse de sí misma. Al menos, así se lo había expresado su abuela.

## 25

*If the sky that we look upon  
should tumble and fall  
and the mountains should crumble to the sea,  
I won't cry, I won't cry, no, I won't shed a tear  
just as long as you stand, stand by me.*

«Stand by me», Ben E. King [\[33\]](#)

El campamento cristiano era un conjunto de pequeñas cabañas de madera  
construidas en el interior de un espacioso terreno, en lo alto de la sierra de  
Gredos.

Al bajar del autobús, doña Gregoria y doña Elisa pusieron el grito en el cielo,  
jamás hubieran adivinado que Santiago hubiera subido a Elvis consigo. Sin  
embargo, el padre Lemuel, el encargado de dirigir y organizar el retiro, les dio  
la  
bienvenida y aceptó sin reparos la presencia del animal.

El padre Lemuel tenía setenta años, una gran calva en su cabeza, silueta  
rechoncha y expresión afable. Don Ignacio le había advertido a última hora de  
aquella tarde sobre la participación del pequeño del grupo. «Su padre está en  
la cárcel, no lo tiene muy fácil». El padre Lemuel sabía que Cristina era  
huérfana antes

incluso de conocerla. Ahora, estando por fin ante los dos jóvenes, se sentía  
invadido

por un apremiante deseo de ayudarles.

—Coged vuestras maletas. Voy a enseñaros las habitaciones.

El pequeño grupo obedeció educadamente y le siguieron hasta una de las cabañas. Se adentraron en ella. Era más grande de lo que aparentaba desde fuera, de

dos plantas. Subieron las escaleras y encontraron cuatro puertas abiertas.

—Hay dos literas en cada habitación. Esa puerta de la derecha es el servicio.

Podéis acomodaros donde prefiráis, las comidas se sirven en la cabaña del sur. La

cena estará en un momento.

Cristina y Santiago se dirigieron silenciosamente a la puerta del ala izquierda.

El niño se abalanzó sobre una litera.

—¡Yo, arriba! —Y dejó su equipaje sobre la cama superior.

Elvis entró en la habitación, olfateó cada rincón y meneó el rabo. Cristina cruzó la habitación en silencio y se dirigió a la ventana. Contempló la oscuridad de

la sierra y la luna brillando en lo alto del cielo. No podía creer que hubiera ido a

parar a un sitio como aquel mientras sus amigos todavía disfrutaban de la feria de Vistaclara. Se preguntó qué estaría haciendo Alexander en ese momento, quizás estuviera con Dulce. Sintió los ojos inundados de lágrimas, se los secó con el dorso

de la mano. Bostezó, estaba agotada, necesitaba dormir muchas horas. Se giró hacia



Santiago, el niño la observaba silencioso desde la cama superior.

—Anímate, Cris.

Ella tragó saliva y ocultó sus lágrimas.

—Vamos a ver qué hay de cena.

Tuvieron suerte con la cena. Al menos eso le pareció a Santiago. En el

comedor conocieron a otros adolescentes que habían ido allí con sus padres y a algún que otro adulto solitario. Santiago devoró ávidamente la lasaña y repitió su porción de flan. Cristina, sentada junto a él, no habló absolutamente nada y apenas

probó bocado. Enfrente tenían a doña Elisa, la cual la escrutaba con la mirada, al tiempo que charlaba amenamente con el padre Lemuel y con doña Gregoria.

Cristina y Santiago se retiraron pronto a su habitación. El padre Lemuel les despidió con una sonrisa. Intuía que los chicos necesitaban estar a su aire.

Salieron de la cabaña que servía de comedor y llamaron a Elvis. El perro

emergió de entre las sombras, corriendo alegremente. Santiago aspiró el aire de la

noche, hacía frío en la sierra. Caminaron sin rumbo, dejando atrás las cabañas con

sus luces naranjas y amarillas, y llegaron al borde de un despeñadero, se oía el bullir del río desde allí.

—Mierda... —Santiago suspiró malhumorado.

—¿Qué pasa?

—Me muero por un cigarro.

—Ahora que lo dices, yo también.

Se sentaron sobre unas rocas y contemplaron la garganta a sus pies. La negrura de la noche le hacía parecer una fosa sin fondo.

—Cris, ¿crees que deberíamos ir a la hoguera esta noche?

—¿Qué hoguera?

—¿No has escuchado en la cena?

—¿El qué?

—Por las noches hacen una hoguera, se sientan todos juntos y hablan de Jesús.

Cristina reflexionó un momento.

—¿Crees que Jesús estuvo alguna vez enamorado?

Santiago la miró con los ojos desorbitados.

—¡Claro que no!

—¿Por qué?

—Porque... porque... ¡era Dios!

—Mayor motivo para enamorarse.

Santiago suspiró.

—Será mejor que dejemos la hoguera para otro día.

Repentinamente, una bola naranja cruzó el cielo nocturno de parte a parte,

dejando una estela luminosa tras de sí. Los muchachos se levantaron impresionados

y entre exclamaciones de asombro.

—¡Es el meteorito más grande que he visto en mi vida!

—¡Increíble, Santi! ¡Qué preciosidad!

—¿Crees que se habrá visto también en Vistaclara?

La chica enmudeció de pronto.

—¿Cómo voy a saberlo...?

Alexander estaba más borracho todavía que durante la tarde. Tumbado en la terraza de la cabaña, contemplaba fijamente el cenicero. Llevaba un largo rato en absoluta concentración, tratando de moverlo con su mente. Una parte de sí mismo

sabía que podía mover el maldito cenicero sin necesidad de tocarlo, pero le estaba

llevando más esfuerzo de lo esperado. Exhausto, alzó la mirada hacia las ramas de

la encina que culebreaban bajo la luz de las estrellas y advirtió sobresaltado una bola de fuego sobrevolando la inmensidad del cielo. Completamente alucinado, se

incorporó lentamente, apoyándose en la barandilla de la terraza. Se preguntó cuál sería el tamaño de semejante meteorito; a Cristina le hubiera encantado verlo. Un ataque de añoranza le sacudió hasta lo más profundo del alma.

—Cristina va a volver, *mamonazo*.

Se volvió sobresaltado y encontró a Saúl en el borde de la plataforma, acababa

de subir las escaleras. Alexander bajó la mirada. Pensó. De pronto se dio cuenta de

lo que Saúl acababa de decir. Lo miró tembloroso.

—¿Qué...?

Saúl caminó hasta él.

—Se ha ido a un campamento sectario, pero vuelve a finales de mes.

—¿Cristina vuelve a finales de este mes...? —El corazón de Alexander galopaba enloquecido—. ¿De verdad?

—¡Intenté decírtelo, pero no me escuchaste! Y, por cierto, llevo dos horas buscándote para recomponer tu lindo, florido y deprimido corazón. Espero tu agradecimiento en forma de cubatas y tabaco.

Alexander le contemplaba en estado de *shock*.

—¿¡Va a volver!?! ¿¡Este mes...!?!

—Sí, en veinte días justos. Tranquilo, tendrás todavía varias noches para meterle tu lengua hasta la campanilla... o donde diablos te deje. Dame un cigarro,  
anda.

Alexander sintió una explosión de felicidad en el pecho.

—¿A dónde...? ¿A dónde has dicho que se ha ido?

Saúl cogió el paquete de tabaco de su amigo y se sirvió por sí solo. Se apoyó en la barandilla de la terraza.

—A un campamento religioso o no sé qué leches me ha contado. He enviado a mi hermano con ella.

Alexander frunció el ceño.

—¿Has enviado a tu hermano con Cris?

—Por lo del campamento, no sabía qué hacer con él durante las ferias, me pareció la mejor solución.

—¿De qué dices que es ese campamento...?

—Joder, sí que vas mal, ¡no te estás enterando de nada! Seguramente mañana tendré que contarte todo otra vez... Ella me ha dicho que es un retiro espiritual.

—Un retiro espiritual... —Aquello no sonaba como si allí pudiera conocer a algún chico interesante. Alexander sintió recuperar su habitual fortaleza. Miró a su amigo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Me hizo prometer que no te dijera nada hasta que se hubiera ido.

—¿Por qué?

—Yo qué sé. ¡Es una *piva*! ¡Lo habrá visto en alguna película o algo así...! —

Se encogió de hombros como si tal cosa—. Tengo que contarte lo que me pasó ayer

con la rusa. Su padre no me cortó las pelotas de puro mila...

Saúl fue interrumpido por un tosco abrazo de Alexander.

—¡Te quiero, *cabronazo*!

El rubio rompió a reír.

—Y yo a ti. Y no vuelvas a dudar de mí.

De pronto se apoderó de Saúl una expresión de verdadera gravedad y en silencio cogió las manos de Alexander y las alzó a la luz de la linterna que colgaba

del techo de la cabaña.

—Le has dado fuerte a Page.

—No me he roto nada.

—¿Has intentado tocar el bajo?

—Te he dicho que no me he roto nada. —Y dobló los dedos de ambas manos en una demostración de sus palabras.

Saúl suspiró aliviado.

—¿Qué pasó entonces con Dulce?

El chico meneó la cabeza con expresión de cansancio.

—Algún cabrón nos robó toda la ropa mientras estábamos dándole al tema, las llaves, la cartera... ¡Todo! ¡Hasta las zapatillas!

Saúl recordó la escapada de Cristina y Leo a la piscina, abrió unos ojos como platos y rompió a reír con toda su alma.

—Ni puta gracia, tío. Tuve que bajar desnudo hasta mi casa, me abrió mi *vieja*.

¡Jamás he pasado tanta vergüenza!

El chico se dobló sobre sí mismo, estaba riendo hasta las lágrimas. Se arrodilló sobre la madera.

—¿De qué vas? ¡No te rías así!

Saúl apoyó la cabeza contra el suelo, le dolía el estómago de tanto reír y aun así no podía parar.

—¡Serás payaso...! —Alexander no pudo evitar sonreír, y al girar la cabeza descubrió el cenicero en el suelo, esperando desafiante y con insolencia. Veinte días, veinte larguísimos días, pero después ella estaría de vuelta. ¿De verdad pensaba el cenicero que no podía moverlo? Corrió hasta él y lo lanzó de una patada

contra las ramas de la encina. El cenicero sobrepasó el árbol y voló fulgurante hacia el cielo estrellado. Claro que podía moverlo; sonrió entusiasmado, dominado

por una incontenible felicidad. Él podía mover montañas.

Cristina y Santiago pasaron los dos siguientes días en una continua sucesión de oficios religiosos y charlas espirituales. Santiago aprendió incluso a bendecir la

mesa.

A la tarde del segundo día, el niño llevó a Cristina de nuevo al despeñadero y allí le suplicó que se fugasen sin tiempo que perder. Él ya no podía soportar tanto

oficio y tanta religión, tenía la cabeza a punto de explotar. Cristina trató de calmarle, debían cumplir con lo prometido si querían que su abuela le permitiera regresar a Vistaclara. Para suavizar la tensión del pequeño, la chica decidió que podían saltarse la misa previa a la cena y de ese modo ambos se fueron al río a nadar. Se llevaron a Elvis con ellos. Al atardecer se sentaron en las rocas de la orilla y contemplaron el sol ocultándose entre las cumbres. Cristina añoró el día en

el que Alexander y ella saltaron desde lo alto del acantilado. La nostalgia que le acompañaba a cada minuto se intensificó mortificantemente con la llegada del ocaso. Santiago la consoló con un cálido abrazo. No se le ocurría qué

decir.

En la mañana del cuarto día de ferias se celebró la siguiente prueba de la *gymkhana*. Jaime y los monitores fueron contundentes en cuanto al horario y la ambientación. Reunieron a los participantes a las diez de la mañana en un área de recreo al aire libre situado a las afueras del pueblo. Casi cien muchachos se presentaron completamente borrachos o con caras de sueño, la mayoría de ellos habían empalmado la noche con el día o habían dormido pocas horas. En consecuencia, el ambiente estaba aletargado y sin fuerzas.

Les hicieron sentar en las mesas de piedra y les dieron tablas de madera y todo tipo de pinturas y herramientas para decorar un mural. Sustituyeron la música *rock* por música clásica y les dieron dos horas para llevar a cabo la obra artística.

Alexander y Saúl aparecieron completamente ebrios y felices en el área de reunión. Alexander no dirigió la palabra a Dulce más que para lo estrictamente necesario. Sabía que ella no tenía la culpa, pero solo el recuerdo de la noche en la

piscina le ponía completamente enfermo. Ella se dedicó a dirigir al grupo del modo

en que lo había hecho siempre.

Por su parte, Leo y Claudia se mostraron bastante más despiertas y centradas que sus compañeros. Como el mural debía representar algo típico de Vistaclara, sugirieron pintar con pinturas acrílicas a una pareja bailando la jota vistaclaresa.

Saúl y Alexander pusieron el grito en el cielo y, con la lengua trabada y los ojos extraviados, amenazaron diciendo que aquello solo podría suceder por encima de sus cadáveres.

—Muy bien, ya tenemos el mismo problema que con la obra de teatro, lo



criticáis todo pero luego no se os ocurre nada. ¡Si Cristina estuviera aquí se tiraría de los pelos!

Alexander miró a Claudia con expresión de dolor. Agitó su brazo en señal de protesta y se tambaleó hacia un lado.

—Serás pécora...

La rubia abrió unos ojos como platos.

—¡A ver si no es verdad que te reíste a carcajadas de su obra de teatro!

—¡No es verdad...! —Había una expresión genuinamente infantil en su modo de protestar—. ¡Yo soy el Caballero Valiente! ¡Me gusta ser el Caballero Valiente!

¿A que sí, Saúl? A que yo...

Saúl lo abrazó fraternalmente. Estaba tan borracho y cansado que apenas podía

abrir los ojos.

—Ni puto caso, tío, no la escuches, ni puto caso...

—¡Qué sinvergüenza eres, Alexander! —Leo lo taladró con la mirada, pero se contuvo de gritar todo cuanto pensaba porque Dulce contemplaba la escena a menos

de diez metros.

—¡Dais asco! —Bufó Claudia—. ¿Pero os habéis visto? ¡Dais asco! ¡Sois la degeneración personificada! ¡Idos a casa, daos una ducha y meteos en la cama porque da asco veros!

—¡No, no, no! —Alexander se subió a la mesa al tiempo que Saúl soltaba una carcajada—. Lo tengo, ¡lo tengo! —Alzó los brazos al cielo—. ¡Vamos a dibujar el

pueblo entero! El pueblo entero visto desde las afueras por un caballo blanco, con

la noria al fondo y las estrellas en el cielo y... —Se tambaleó y cayó al suelo.

Saúl explotó en otra ruidosa carcajada.

Dulce observó malhumorada cómo los muchachos entraban en una discusión en la que nadie escuchaba a nadie. Después de diez minutos de absoluta pérdida de

tiempo, se acercó de brazos cruzados.

—¿Sabéis que lleváis treinta minutos sin hacer nada? ¿Habéis visto al resto de grupos? ¡Todos están pintando menos vosotros!

—Me largo, no los soporto. —Leo dio media vuelta y se alejó en dirección al camino que conducía al pueblo.

—¡Muy bonito, Leo! ¡Estás rompiendo la cohesión grupal! —Alexander apoyó la cabeza en el suelo pero la tuvo que levantar inmediatamente, pues todo le daba vueltas.

—¡Leo! ¡Leo! —Saúl corrió tras ella a tiempo de alcanzarla a pocos metros de distancia—. Anda, guapa, no te enfades...

Los ojos de la chica centellearon de rabia.

—¡Como me vuelvas a llamar *guapa* te parto la cara!

Alexander rompió a reír con toda su alma.

Saúl bizqueó borracho al tiempo que sonreía estúpidamente.

—¿Pero por qué eres así, Leonor? ¡Me partes el corazón!

La bofetada cruzó volando el aire hasta estrellarse en la mejilla del muchacho.

Alexander rio más fuerte todavía.

Saúl la miró estupefacto.

—¡Desde luego pasas demasiado tiempo con la loca de Claudia!

—¿¡Disculpa!?! —La rubia lo asesinó con la mirada.

—Y tú pasas demasiado tiempo bebiendo con Alexander. ¿Os habéis visto?

¡Si

ni siquiera puedes hablar!

—Pues te estoy hablando... —Se tambaleó y se inclinó hacia ella. Apoyó las

manos en sus hombros y aspiró el olor de su colonia—. Qué bien hueles,

pelirroja...

Leo lo empujó bruscamente.

—¡Serás baboso!

Saúl entrecerró los ojos.

—Reconozco que me estoy poniendo bastante cachondo ahora mismo, pero

eso no signi...

Una nueva bofetada se estrelló en su rostro mientras que Alexander se

revolvaba en el suelo de la risa.

—¡Jova, Leo! —Saúl la miró furioso—. ¡Yo te muestro mi lado más vulnerable, ¿y así es como me correspondes...?!

—¿Tu lado más qué...? —A Leo le centelleaban los ojos—. ¡Si te pica la entrepierna, frótate con un ladrillo, salido asqueroso!

—¡Con un ladrillo...! —Saúl abrió unos ojos como platos—. ¡Qué cosa tan desagradable..!

Pero la chica no esperó a escuchar ninguna respuesta. Dio media vuelta y se marchó a paso ligero en dirección a la salida del recinto mientras Alexander estallaba en nuevas carcajadas.

Claudia lanzó un suspiro de agotamiento y siguió a la pelirroja.

Saúl se tambaleó.

—¡Pues tú te lo pierdes!

—Sois patéticos. —Dulce los contemplaba con expresión airada.

Alexander se levantó torpemente.

—Espera a ver nuestro mural, ¿eh, Saúl?

—Por supuesto que sí, tío. Coge los pinceles. ¡Hoy vamos a eclipsar a Goya!

Alexander y Saúl dedicaron una hora y cuarto de reloj a pintar el pueblo visto

desde las afueras en una noche de ferias. A pesar de su estado de embriaguez, quizá por ello, hicieron gala de un extraordinario entusiasmo y una inesperada dedicación.

Cuando ya estaban terminando, Leo y Claudia aparecieron de nuevo,

dispuestas a examinar el mural que iba a representar a los Sustain Souls.

Claudia contempló la pintura y frunció el ceño. Al fondo de un camino de tierra se levantaba Vistaclara. A pesar de la supuesta oscuridad de la noche, había tejados de color rojo sangre cuyas dimensiones parecían competir con las de una catedral. Otras casas, sin embargo, apenas resultaban habitables para un pequeño gnomo. La torre del reloj del ayuntamiento se alzaba amenazadora e imparable, de

un insólito color naranja y tan alta como las montañas dibujadas al fondo, mientras

que los árboles más lejanos eran tan impresionantemente grandes como los más cercanos.

—¿Qué es esa cosa verde? Parece un ovni gigante.

Saúl la miró ofendido.

—¡Es la noria, ignorante!

—¿Pero por qué habéis pintado un dinosaurio en el camino? —intervino Leo.

—¡Es un caballo! ¿Dónde has visto un dinosaurio blanco? ¡Resulta evidente que es un caballo!

—¿Y esa cosa es la luna? —insistió Claudia, señalando una pelota naranja en el cielo.

Alexander meneó la cabeza.

—¿Cómo va a ser la luna? ¿Dónde has visto una luna naranja? ¡Es un meteorito!

Las chicas lo miraron perplejas.

—¿Por qué habéis pintado un meteorito?

El muchacho puso los ojos en blanco.

—Porque resulta que por aquí también pasan meteoritos, ¿vale?

Leo rompió a reír con toda su alma.

—¡Pues parece la extinción de los dinosaurios!

Claudia la secundó en las carcajadas.

—¡Con invasión extraterrestre incluida!

Sus risas se hicieron tan estridentes que los muchachos no tardaron en hacerles burla.

—Sois unas ignorantes.

—Déjalas, se creen perfectas...

—Sí, sí, vienen aquí a criticarlo todo y no tienen ni puta idea de la vida.

A continuación todos los grupos se dirigieron al salón cultural, en donde expusieron sus trabajos. Jaime y los monitores los examinaron detenidamente y les

dijeron que por la tarde harían pública la noticia del equipo ganador.

Las Diosas del Alba se acercaron al mural de los Sustain Souls, presas de una profunda curiosidad y embargadas por su habitual simpatía.

—¡Vaya! ¡Qué...! —Cárol se mordió el labio—...bonito... —Quizá se había precipitado en su entusiasmo.

Saúl sonrió con orgullo.

—¿Verdad que sí?

Rebeca se acercó en ese momento.

—Guau, ¡qué luna tan grande!

Claudia y Leo rompieron a reír al tiempo que aguardaban la reacción de

Alexander. El muchacho suspiró molesto. Él no tenía la culpa de que nadie más hubiera visto el dichoso meteorito. Se sintió como un incomprendido.

Después ellos visitaron los trabajos de Las Diosas del Alba, Silver Road y Metal Riff. Alexander y Saúl fruncieron el ceño ante todos ellos, ninguno les parecía tan extraordinario como el propio. Media hora más tarde y completamente

agotados, se marcharon a sus respectivos hogares a dormir la mona.

Cuando Saúl llegó a casa, su madre estaba limpiando el salón, era sábado y no

tenía que ir a trabajar. El muchacho sintió un nudo de nostalgia al ver el sofá vacío

y la televisión apagada, estaba demasiado acostumbrado a ver a su hermano

desayunando en el salón mientras veía los dibujos animados. Se arrastró mareado hasta su habitación y se dejó caer sobre la cama. De pronto recordó las bofetadas de

Leo y no pudo evitar sonreír. Tenía que preguntarle qué colonia usaba, olía realmente bien. Luego se preguntó consternado por qué diablos le habría pegado. Si

de verdad se sentía tan atraída por él, debería ponerse contenta cada vez que le dijera un piropo, al menos así lo entendía él. Pero las chicas estaban locas, funcionaban en contra de toda lógica. Luego se preguntó, muerto de curiosidad, cómo sería montárselo con ella. Sintió un cosquilleo de entusiasmo en la

entrepierna, pero quizás estaba demasiado borracho. Se puso a dar vueltas en la cama, le estaba costando dormir. Se preguntó también si ella tendría fantasías de ese

tipo pensando en él. La idea le pareció de lo más excitante. Pero de pronto recordó

que le había dicho algo de que se frotara con un ladrillo. ¡Qué desagradable podía

llegar a ser a veces! Aquello le puso de mal humor y dejó de pensar en ella. Dio cuatro vueltas en la cama y finalmente se quedó dormido.

Alexander entró en su habitación con una jarra de agua en la mano, la dejó sobre la mesilla, se descalzó y se desvistió. Luego se dejó caer sobre la cama. Pensó

en Cristina y su corazón bailó impaciente y pesaroso. Había imaginado de mil maneras diferentes cómo sería su reencuentro, las cosas que le diría y de qué modo

se las diría, y todavía no se cansaba de imaginar nuevas posibilidades. Evocó sus grandes ojos oscuros, el pelo rizado alrededor de su rostro y sus labios carnosos.

Anheló profundamente tenerla en sus brazos y besarla. Se preguntó de qué modo iba a lograr solucionar las cosas. No lo sabía, pero no iba a parar hasta conseguirlo.

Óscar tenía dieciséis años y había ido a pasar diez días con sus padres al campamento cristiano. Llevaba cinco días allí y ya no podía soportarlo más.

Cuando le embargaban los ataques de desesperación, se imaginaba a sí mismo arrojándose por el despeñadero. Y lo peor de todo era que todavía le quedaban cuatro días más. Para colmo, su único amigo en semejante encarcelamiento era un

pelele de quince años que se llamaba Martín y decía haber escuchado la llamada para meterse a cura. Mudo de espanto, Óscar había escuchado todas sus entusiastas

majaderías y luego se había apoderado de él un pánico irracional ante la



posibilidad

de terminar hablando igual. Dedicó el resto del día a rezar a Dios para que no le llamase bajo ningún concepto, porque él no tenía la menor intención de

responderle. Y Dios pareció aceptarlo porque justo aquella noche llegó al campamento una chica guapísima que le había revolucionado el alma en cuestión de

segundos. Había tenido tiempo de sobra para observarla en la distancia, y la verdad

era que parecía un poco rara, nunca hablaba ni se reía y tampoco se despegaba de su

hermano pequeño ni de un perro terriblemente feo que les seguía a todas partes. Sin

embargo, no podía ser peor que Martín, eso seguro.

Óscar caminó entre la arboleda y, dejando atrás las cabañas de madera, se

encaminó colina arriba hacia el despeñadero. Allí se sentó a la sombra, sacó su paquete de Lucky y se encendió un cigarro. Contempló las cumbres de la sierra, las

frondosas laderas cubiertas de árboles, el río intrépido y transparente corriendo por

la garganta, y el sol en lo alto del cielo. Suspiró deprimido. Aquel lugar era aburridísimo. Imaginó un misil cayendo sobre las montañas y devastando todo a su

paso. Se sintió reconfortado.

De pronto oyó ruido a su izquierda. Se volvió sobresaltado y descubrió a la chica y a su hermano pequeño guarnecidos bajo los árboles, a veinte metros de distancia. Los muchachos lo miraban tímidamente al tiempo que susurraban en

VOZ

baja.

Óscar sintió cómo se le disparaba el corazón. Sin pensárselo dos veces, les hizo un gesto para que se acercaran. El chucho se acercó trotando a sus pies, meneando el rabo. Óscar sintió el impulso de apartarlo de una patada pero se contuvo, quería caer bien a la chica.

—Hola... —Ella sonrió tímidamente.

—Hola, ¿qué tal?

Cristina y Santiago se miraron mutuamente. Después ella le dirigió una provocativa sonrisa.

—¿Me das un cigarro?

Óscar se encogió de hombros.

—Claro que sí.

Cristina lo cogió. Santiago le dio un codazo y le pisó un pie.

—¿Y otro más, *por fi*?

Óscar sacó otro y se lo dio también. Esperaba que la pérdida pudiera ser compensada de algún modo. Lleno de asombro, vio cómo la chica le daba el segundo cigarro a su hermano.

—Si os vieran vuestros padres...

La chica esbozó una sonrisa arrogante.

—¿Tú los ves por alguna parte?

Óscar negó con la cabeza. Le gustaba muchísimo su chulería, quizá fuera más divertida de lo que aparentaba desde lejos.

—¿Cómo te llamas?

—Yo soy Cris y este es Santi.

—Yo me llamo Óscar.

—¡Ah, y ese de ahí es Elvis! —Cristina mostró una preciosa sonrisa.

Óscar llamó al perro y le acarició la cabeza.

—¡Qué perro tan bonito!

Les pasó su mechero y enseguida entablaron conversación. Óscar era de

Madrid y acudía a un colegio del Opus. No lo soportaba en absoluto y tampoco soportaba la obsesión religiosa de sus padres. Él quería ser militar y combatir en la

guerra.

—¿Qué guerra? —El pequeño lo observaba con escepticismo—. No hay ninguna guerra.

—Claro que las hay. Hay muchas guerras por todo el mundo, solo tienes que ver los telediarios. Bueno, ¿y vosotros de dónde habéis salido?

Santiago tomó la palabra en ese momento y le explicó que Cris y él eran hermanos, que sus padres estaban de vacaciones en Palma de Mallorca y que habían

ido allí a acompañar a su abuela para ayudarla a superar la reciente muerte de su marido.

Cristina le escuchaba con los ojos desorbitados, pero por lealtad al niño, guardó un cómplice silencio.

Y sucedió que mientras Santiago daba todos estos detalles, el padre Lemuel emergió de entre la espesura y los sorprendió con un cigarro a cada uno. Miró severamente a los tres muchachos. Cristina y Santiago lo contemplaban paralizados.

Óscar ni siquiera se inmutó.

—Santiago, ¿cuántos años tienes? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—...Once.

—Apagad esos cigarros inmediatamente.

—Yo tengo edad suficiente. —Óscar aspiró una nueva calada.

Cristina suspiró enervada y arrojó su cigarrillo al suelo. Santiago la imitó en silencio.

El padre Lemuel sopesó indeciso su modo de actuar.

—Santiago, ven conmigo.

El niño lo siguió de mala gana en dirección a las cabañas.

—¿Y a ti y a mí nos deja aquí solos?

Cristina se encogió de hombros.

—Pues recoge los cigarros y guárdalos para después.

Ella bajó la cabeza y miró los cigarrillos. No se atrevía a cogerlos de nuevo, el padre Lemuel iba a contárselo todo a su abuela y quizás ella no la dejase

volver a

Vistaclara. Las lágrimas asomaron a sus ojos, aunque no entendía por qué.

Alexander ni siquiera la quería, no debería llorar por no volver a verle.

—¿Vas a ir esta noche a la hoguera?

Ella mantuvo la mirada en el suelo y negó con la cabeza.

—Yo tampoco. ¿Sabes qué es lo que hago yo por las noches? Les digo que prefiero dormir y luego me vengo aquí sin que se enteren, para fumar a mis anchas.

Ella lo miró interesada. Por un instante había sentido como si Alexander le estuviera contando alguna de sus hazañas. Sintió una incontenible nostalgia.

—¿Vas a venir también esta noche?

Él afirmó con la cabeza, una chula sonrisa asomó a su rostro. Para

consternación de Cristina, su sensación de estar hablando con Alexander se hizo todavía más intensa.

—Entonces aquí nos vemos. —Se dio la vuelta, llamó a Elvis y se marchó en busca de Santiago.

Pero Santiago se mantuvo reunido con el padre Lemuel durante el resto de la tarde, así que Cristina pasó las horas con su abuela y doña Gregoria.

Cuando llegó la hora de la cena encontró a Santiago en el comedor, sentado junto al sacerdote. El niño pasó toda la cena charlando animadamente con él.

Cristina lo observaba con ojos como platos.

A la salida de la cabaña los dos se reunieron a solas.

—¿Cómo ha ido?

—No te preocupes por nada, Cris. Me ha prometido no decir nada a tu abuela a

cambio de que no volvamos a hacerlo.

La chica sintió un alivio inmediato.

—Bueno, ¿y qué habéis hecho toda la tarde?

—Hemos hablado sin parar.

—¿De qué?

—De mis padres, mi hermano, los chicos que me pegaban..., de todo.

—Bueno, parece un tío majo, entonces. Vámonos, hemos quedado con Óscar en el barranco.

—No puedo... Tengo que ir a la hoguera.

—No digas bobadas, no tienes que ir si no quieres.

Santiago bajó la mirada.

—A lo mejor sí quiero.

Cristina lo miró atónita.

—Pues bueno... Que te lo pases bien. —Y se encaminó malhumorada hacia los

dormitorios.

Se duchó y se lavó los dientes, luego se tumbó en su litera con el pijama puesto. Molesta, doña Elisa la dejó en su habitación. Sabía de sobra que la chica evitaba las reuniones voluntarias porque no le importaba lo más mínimo

nada de lo

que sucedía a su alrededor. Muy a su pesar, comprendía que aquellas semanas de supuesta reflexión y examen de conciencia no estaban sirviendo para nada. Cerró la

puerta del dormitorio y marchó a la hoguera acompañada de doña Gregoria y Santiago.

Cristina esperó pacientemente cinco minutos más, luego se vistió y escapó a hurtadillas en dirección al despeñadero.

La noche era oscura y sin luna, más fría que las anteriores. Se había levantado un viento suave que mecía las ramas de los robles y los álamos, y algunas nubes cubrían las estrellas.

Caminó casi a tientas colina arriba y llegó al extremo del barranco. Allí encontró a Óscar, en el mismo sitio donde lo había dejado aquella misma tarde. El

chico le hizo un gesto para que se acercara.

—Ya era hora, chica.

Ella se acercó tímidamente.

—¿Me das otro cigarro?

—Recogí el tuyo y el de tu hermano cuando os fuisteis. —Sacó dos cigarros consumidos y llenos de tierra.

Cristina cogió uno y lo limpió con los dedos.

—Dame fuego.

Óscar obedeció y durante un rato los dos fumaron en silencio.

—Ven aquí, ¿por qué estás ahí de pie?

Caminó hasta el muchacho y se sentó junto a él.

—Puedes sentarte en mis piernas si quieres.

Lo miró asombrada. No esperaba semejante proposición.

—¿Qué más te da? No hay nadie mirando.

—Prefiero quedarme aquí.

—¿Por qué?

—Pues... porque sí.

—Pero la hierba está mojada. Te vas a empapar el pantalón.

Cristina se levantó ligeramente y se llevó la mano al trasero. La tela estaba ya húmeda y fría.

—¿Lo ves? Ven aquí, nadie se va a enterar.

Ella se levantó tímidamente y se sentó sobre las piernas del muchacho.

De pronto Óscar empezó a reír.

—¿Pero qué te crees? ¿Que soy un viejo verde o qué? No te sientes así, como si fuera tu abuelo. Siéntate mirando hacia mí.

Cristina se levantó y lo miró estupefacta.

—¿Qué pasa?

La chica guardó silencio. No podía imaginar a Alexander ni a Saúl hablándole de ese modo. También concluyó que ninguno de sus amigos le habría dado jamás un cigarro del suelo.



—¿Qué? ¿Qué pasa?

—El cigarro sabe a tierra. Dame otro.

—Cuando termines ese te doy otro, te lo prometo. Venga, ven aquí.

Cristina bajó la mirada. Deseó fervientemente ver aparecer a Alexander, montado en Cibeles y dispuesto a partir la cara a semejante trastornado, tal y como

le había visto hacer para ayudar a Saúl.

—¿Vienes o qué?

—No... —Sintió un nudo en la garganta.

—¿Quieres meterte a monja?

—No...

—¿Qué te pasa? No pensaba hacerte nada. ¿Quieres que te de un cigarro nuevo?— Óscar sacó otro cigarro de la cajetilla—. Anda, toma, cógelo.

Cristina contempló el cigarro.

—No, ya no lo quiero, es igual.

Molesto, Óscar dio otra calada a su cigarro.

—Bueno, me da igual si fumas o no fumas y me da igual donde te sientes.

Lentamente, Cristina dio media vuelta y se alejó en dirección al campamento.

Una vez hubo dejado atrás el barranco echó a correr con todas sus ganas y no se detuvo hasta llegar a la parte trasera de su cabaña. Allí se dejó caer sobre la hierba y rompió a llorar. En un desgarrador sollozo, evocó el rostro de Alexander, su voz,

su sonrisa, su olor, su forma de abrazarla... Lo evocó con todas sus fuerzas y con

absoluta desesperación. Sentía como si con cada minuto que pasaba sin él, su alma

se despedazara en jirones. Ya no podía soportarlo más, el dolor era tan mortificante

que le resultaba imposible echarlo a un lado. Se abrazó el estómago, sentía un vacío

insondable en su interior, como el vértigo de estar cayendo en un abismo sin final.

Escondió la cabeza entre las piernas y prorrumpió en nuevos sollozos.

Pasado un rato largo, levantó de nuevo la mirada y en un llanto sereno y silencioso contempló las estrellas. Un poco más calmada, se levantó, se dirigió al servicio y se lavó la cara. Luego pensó en Santiago, le apetecía muchísimo estar con Santiago. Ojalá hubiera ido con él a la hoguera.

Salió de la cabaña y caminó hasta el cerro donde solían reunirse por las noches. La luz de la hoguera iluminaba a los reunidos. El padre Lemuel la vio llegar y no se molestó en ocultar su sonrisa.

—Hola, Cris. ¿Vienes a reunirte con nosotros?

—Sí... —Miró de soslayo a su abuela. La anciana la contemplaba atónita.

—Siéntate donde quieras.

Cristina observó el corrillo. Los adultos estaban sentados en sillas plegables, pero los adolescentes y los niños se habían acomodado sobre troncos caídos.

La chica buscó a Santiago con la mirada y lo encontró sentado sobre una

gruesa rama. Se acomodó junto a él y lo abrazó en silencio. Santiago sonrió feliz.

Elvis se levantó perezosamente y olfateó las zapatillas de Cristina, meneó el rabo y

se tumbó a sus pies. Por primera vez desde que llegara al campamento, Cristina sintió paz.

Pasaron diez días más en el campamento cristiano. Los chicos se habituaron a ver llegar y partir a numerosos visitantes. Cristina sintió un gran alivio cuando tres días después del incidente en el despenadero vio marchar a Óscar y a sus padres en

el autobús. Después de aquello, tanto ella como Santiago tomaron por costumbre escaparse a nadar al río al atardecer, a cambio de participar en la hoguera todas las

noches. Allí Santiago enseñaba a Cristina a tocar la guitarra. Ella aprendía

obedientemente, nostálgica y silenciosa, mientras Elvis correteaba a su alrededor persiguiendo todo tipo de insectos.

Por su parte, todas las noches a la hora de la cena, Santiago recibía una llamada de su madre. La echaba muchísimo de menos, jamás había salido de casa hasta entonces y le costaba conciliar el sueño por las noches. Añoraba su cama, su

habitación, el olor del aire que entraba por la ventana en plena noche... Allí en la

sierra olía extraordinariamente bien, pero añoraba el aire cálido y seco de Vista Clara y el canto de sus grillos.

En la noche del decimoquinto día, mientras cenaban reunidos en el comedor,

Santiago recibió de nuevo el aviso de una llamada telefónica. Se levantó sonriente,

atravesó el comedor y, en una pequeña salita contigua a la salida, descolgó el auricular de un teléfono colgado en la pared.

—¡Hola, mamá!

—¡Enano!

Santiago sintió una explosión de alegría en el pecho.

—¡Saúl!

Oyó una carcajada al otro lado de la línea.

—¡Serás capullo, Saúl! ¿Por qué no me has llamado hasta ahora?

—Perdona, es verdad, soy lo peor... Joder, Santi, hemos estado ocupadísimos con los ensayos. ¡No te puedes imaginar cuánto hemos avanzado!

—¿Hablas en serio? Cuéntamelo todo.

—No, espera, te llamo para saber qué tal estáis Cris y tú. ¿Cómo os va por allí?

—Nos morimos del aburrimiento. ¿Cómo pudiste enviarme a este sitio?

—Te envié a gastos pagados con tu amada, ¿y así me lo agradeces?

—¡Menudo «listo» estás hecho! Pero cuéntame qué tal todo. ¿Qué es eso de los

progresos?

—Hoy hemos sido capaces de tocar la canción del tirón.

—¿¡De verdad!? ¡Dios mío, Cris va a flipar!

—Sí, no me extraña. ¡Nosotros aún no nos lo creemos!

—¿Cómo están las cosas con Los Legionarios y Cadillac Rojo? ¿Alguna novedad?

—Ninguna en absoluto. Están muy tranquilos. No sé, en fin, no me lo termino de creer, pero de momento así es.

—¿Y la obra de teatro?

—Tenemos unas ideas geniales, seguimos ensayando y perfeccionando. Necesitamos que no os quedéis atrás. Vamos a mandaros algunos deberes.

—¿Deberes?

—Tendréis que echarle mucha imaginación y, mientras estéis allí, tendrás que tocar con la guitarra acústica, pero aun así os servirá para manteneros al día.

—¿Qué quieres que hagamos, Saúl?

—Lo que tenéis que hacer es...

El adolescente lo explicó con la mayor claridad posible mientras Santiago tomaba nota mental de todo ello. De vez en cuando, el pequeño soltaba alguna que

otra carcajada y su hermano le secundaba divertido. Sin duda alguna, a Cristina le

encantaría pasar los últimos cinco días del campamento ensayando las nuevas ideas

del grupo. Tras aquel paréntesis, el niño retomó los asuntos que pudieran estar sucediéndose en Vistaclara.

—¿Han comenzado ya las primeras representaciones?

—Claro que sí. No te imaginas lo que nos estamos riendo viendo las funciones del resto de los grupos. Los Silver Road representaron ayer. No fue como para sentirnos nerviosos, inventaron una comedia sobre unos guerreros escoceses que se

pasan la vida borrachos. ¡Dios mío, Santi! Si los hubieras visto con esas faldas de

cuadros, tambaleándose de un lado a otro y hablando majaderías todo el tiempo.

Santiago rompió a reír a carcajadas.

—Las Diosas del Alba actuaron la semana pasada, hicieron un drama

superaburrido acerca de una mujer que está enamorada del mejor amigo de su esposo y escribe un diario para desahogar su pena. Fue deprimente y todo el mundo

se quedó dormido. Y Los Reyes de Queens inventaron una historia aburridísima sobre unos pijos que no saben si irse de vacaciones a la playa o a la montaña.

Santiago rompió a reír de nuevo.

—¿Y Los Legionarios del Sur?

—¡Madre mía! ¡Eso fue épico! —Y Saúl estalló en una contagiosa carcajada

—. Su obra se llamaba *La noche de los tiempos* y trataba sobre un clan de hombres primitivos que viven en una caverna y de pronto descubren el fuego. ¡Se pasaron una hora entera dando gritos y saltando como monos! ¡No había nada de diálogo!

Jaime y el jurado se miraban como si fueran a enloquecer de un momento a otro.

Lo mejor fue cuando Toro y Beni comenzaron a luchar porque uno se había

apoderado del hueso de venado que estaba comiendo el otro. ¡No te imaginas la que

liaron en el escenario! ¡Si los hubieras visto persiguiéndose con taparrabos y botas

de montaña!

Santiago reía hasta las lágrimas.

—Así que no sufras por las obras de la competencia. No valen mucho la pena.

—¿Cuándo tendremos que actuar nosotros?

—Le hemos pedido a Jaime que nos deje para los últimos. En la noche del último sábado. Le dijimos que no podíamos estar listos antes de esa fecha, teniendo

en cuenta que Cristina y tú os habéis fugado a lo alto de una montaña.

Santiago sintió un ronroneo nervioso naciendo en la boca de su estómago, al tiempo que una sonrisa de entusiasmo florecía en su rostro.

—¡Dios mío, Saúl, me muero por volver!

—Santi... —Su voz sonó apenada de repente—. Sé que te he estropeado las vacaciones, lo siento muchísimo, pero no sabía qué hacer contigo, no podía cuidar

de ti y...

—Vale, Saúl, no pasa nada.

—Lo siento un montón, enano. Sabes que te quiero muchísimo, ¿verdad?

Santiago sonrió emocionado. Su hermano sonaba irreconocible.

—Claro que sí. Y yo a ti.

—Oye, tengo que dejarte, la factura corre de lo lindo, pero alguien te quiere saludar antes de que cuelgues.

—¿Quién es?

—Un beso enorme. ¡Y no dejes que te laven el cerebro!

—¿Saúl?

—Hola, Santi.

Santiago enmudeció de pronto.

—Hola, Alexander.

—¿Cómo va todo por allí?

El niño se sintió molesto, aunque la voz del muchacho sonaba verdaderamente cariñosa.

—Va bien.

—Estoy jugando a los videojuegos con tu hermano.

—Ajá...

—El grupo es un desastre sin vosotros, pero nos vamos superando.

—Eso espero.

—Os echamos mucho de menos.

Santiago se mordió el labio.

—Santi... ¿Está Cris por ahí?



Santiago notó un nudo de impotencia en el pecho. Se volvió hacia el comedor y la divisó a lo lejos, cenando a la mesa con su abuela, doña Gregoria y el padre Lemuel.

—Sí.

—¿Puedes decirle que se ponga?

Clavó la mirada en el suelo. Llevaba cuatro noches consecutivas sin oír sollozar a Cristina desde su cama.

—No sé si es buena idea.

—Por favor, Santi, necesito hablar con ella.

Santiago se sintió furioso.

—¡Mierda! ¿Y por qué, si se puede saber?

Hubo un segundo de silencio.

—Porque la quiero.

—¡Eres un capullo, Alexander!

Santiago colgó el teléfono. Tembloroso, salió apresuradamente de la cabaña y no dejó de correr hasta llegar al despeñadero.

La última noche en el campamento cristiano, el viento ululó en los cristales de las ventanas con tanta fuerza que logró despertar a Cristina. Soñolienta, contempló

el somier de la litera superior sobre su cabeza, la tenue luz de emergencia brillando

bajo el alero del tejado y penetrando en la habitación, y la litera vacía al otro lado de la sala. Elvis dormía junto a ella, podía sentir su respiración, cálida y acompasada, cerca de su rostro.

De pronto oyó un breve gemido. Escuchó con renovada atención. Al momento oyó algo similar. Comprendió que Santiago estaba despierto. Se incorporó y saltó

de la cama. Alzó la vista y encontró al niño incorporado en su cama, con un cuaderno y un bolígrafo sobre sus piernas. Sorprendida, descubrió que estaba llorando.

—¡Santi! ¿Qué te pasa? ¿Qué haces?

El niño se sobresaltó y luego se apresuró a secarse las lágrimas.

—Nada.

—¿Cómo que nada? Dímelo.

—No es nada.

Cristina subió la escalera y se sentó frente a él.

—Dime qué haces, ¿por qué lloras?

—Estoy... —Tragó saliva—. Estoy intentando escribir a mi padre.

La chica lo miró confusa.

—No sé qué decir, ni cómo empezar. No sé qué escribir.

Ella tragó saliva. Aquello le quedaba muy grande.

—¿Hace cuánto que no lo ves?

—Hace dos años.

—¿Le echas de menos?

—No, pero... es mi padre. Nunca hablamos de él, hacemos como si no existiera, pero eso no es real.

La chica afirmó con la cabeza, aunque todavía se sentía demasiado adormilada como para pensar con claridad.

—Puedes decirle que ya sabes tocar la guitarra a la perfección.

Santiago asintió.

—Y que vamos los primeros en la *gymkhana*.

—No creo que eso le importe mucho.

—Si a ti te importa, a él también le importará.

—No es de esa clase de padres.

Cristina suspiró agotada.

—¿Entonces por qué quieres escribirle?

—El padre Lemuel me ha dicho que no debo odiar a nadie.

Cristina frunció el ceño.

—Puedes ignorarle.

—Eso es peor que odiar. Quizá se alegre de recibir mi carta.

Cristina se mordió el labio. Entendía la frustración del pequeño, pero también le irritaba su congoja. No soportaba verle sufrir a causa de una persona que no parecía mostrar ningún interés en él.

—Vale, Santi, voy a decirte lo que yo haría en tu lugar.

El chico la miró con interés.

—Escríbele como escribirías una carta a tu madre.

—No tiene nada que ver con mi madre.

—No importa, imagina que por una vez va a dedicarte el mismo grado de atención que tu madre. Si no te responde, al menos lo habrás intentado.

—Vale.

—¿Quieres que te ayude a escribir la carta?

—Claro que sí.

De modo que se acomodó junto a él y dedicaron un cuarto de hora a sugerir qué escribir. Luego escucharon en silencio el sonido del viento más allá de los cristales.

—Me alegro de que mañana volvamos a casa. Me muero por ver de nuevo al resto del grupo.

Cristina sonrió.

—Yo también los echo de menos.

—No es solo eso. No sabes cómo se os ve desde fuera. No sabes...

—¿Qué has dicho? —Cristina lo miraba paralizada.

—Da igual, porque no sé cómo explicarlo.

—Inténtalo.

Santiago la contempló abrumado.

—No sé cómo.

—Es una sensación... ¿como si todos ellos tuvieran un imán, como si fuera imposible mirar a otro lado cuando están delante?

—¡Eso es, Cris! Como si..., como si...

—¡Como si pudieras reconocerlos de entre una multitud incluso si tuvieran nombres y rostros diferentes!

—¡Exacto!

Se miraron en silencio, acompañados por el incesante sonido del viento.

—Igual que la cabaña —susurró Santiago finalmente—. ¿Alguna vez te has preguntado por qué Alexander decidió permanecer en la cabaña después de que nos

visitaran aquellos extraños?

—Dijo que nunca se perdonaría a sí mismo renunciar a esta oportunidad.

—Podríamos haber encontrado algún otro lugar donde escondernos.

—Hubiera sido complicado.

—Pero no imposible. Incluso podríamos haber construido nuestra propia cabaña en algún otro sitio.

—¿Qué estás intentando decirme?

—Alexander no quería abandonar la cabaña. Tenía que ser esa cabaña. Tenía que ser así. Como si todo hubiera sido planificado para que suceda de este modo.

—¿De qué estás hablando?

El pequeño negó con la cabeza y murmuró en un susurro:

—Todavía no lo sé.

26

*Take another little piece of my heart now, baby,*

*break it,*

*break another little bit of my heart now, darling, yeah.*

«Piece of my heart», Janis Joplin [\[34\]](#)

Alexander llevaba cinco interminables minutos sentado ante su pupitre habitual

cuando vio aparecer a Saúl por la puerta. El rubio caminó somnoliento hacia él, pero al verle la cara esbozó una socarrona sonrisa.

—¡Hey! ¡Ha llegado el gran día!

El muchacho lo taladró con la mirada y Saúl rompió a reír, al tiempo que dejaba su mochila sobre el pupitre de delante.

—Bueno, ¿y dónde está?

—Y yo qué sé dónde está.

—¿No ha venido todavía?

—¿La ves por alguna parte?

Saúl rompió a reír.

—Te noto tenso, Alexander... —De pronto su expresión cambió—. Hoy es el último día de clase. Quizás ha decidido quedarse durmiendo.

—Ese es tu estilo, no el suyo.

El rubio se apoyó contra el borde de la mesa y se encogió de hombros.

—A lo mejor no quiere verte.

Alexander abrió la boca para responder algo, pero descubrió entonces a la profesora encaminándose por el pasillo en dirección al aula. Suspiró, después de todo, quizá Saúl no estuviera exento de razón. Pero Matilde no llegó a cruzar el umbral de la puerta, clavó en él sus oscuros ojos negros y le hizo un gesto con la

mano para que se apresurase hacia ella. Ante la curiosa mirada de Saúl, el chico se

levantó y se dirigió a la puerta.

Matilde comenzó a hablar precipitadamente y, poco a poco, el muchacho comprendió apesadumbrado hasta qué punto aquella situación difería

estrepitosamente con la que él había imaginado docenas de veces durante los últimos veinte días. Un par de minutos después regresó al aula y cerró la puerta tras

de sí.

Cristina se había dormido porque se había olvidado por completo de programar el despertador, de modo que en aquel momento pedaleaba nerviosa calle

arriba.

Habían regresado a Vistaclara la noche anterior y, a pesar de las insistencias de Santiago y de su propia impaciencia, no había acudido a la cabaña para reunirse

con el resto de la pandilla. Un sentimiento de miedo y vergüenza le obligaba a

postergar aquel inevitable encuentro con Alexander, a pesar de que estaba muriéndose de deseo por volver a verle y por volver a verlos a todos. Sin embargo,

por mucho que quisiera evitarlo, aquella mañana debía acudir a clase de inglés y no

podía continuar escondiéndose por más tiempo.

Llegó por fin al parque infantil, frenó junto a las bicis de Saúl y Alexander y su corazón se precipitó angustiada contra su pecho. Se apeó rápidamente, dejó caer

la bici en la acera y se adentró en el instituto. Se detuvo en el vestíbulo, se recolocó la camiseta rosa de tirantes, estiró hacia abajo la falda y trató de reordenar los caóticos rizados que caían sobre su frente. Luego suspiró temblorosa y su corazón acusó el dolor del rechazo como si estuviera reviviendo la noche de la feria en aquel preciso momento. Aquello le dio fortaleza suficiente para alzar dignamente la

cabeza y apartar de su corazón el ansioso deseo de contemplarle de nuevo.

Se dirigió al pasillo de la izquierda y un nudo nervioso arremetió contra su estómago cuando abrió la puerta del aula y sus ojos evitaron tropezar con las últimas filas frente a ella. Rápidamente, centró su atención en la búsqueda de la profesora.

Y la situación que encontró la dejó paralizada en el umbral.

Allí de pie, ante la pizarra, con una tiza en la mano y contemplándola

boquiabierto, se hallaba el mismísimo Alexander. Cristina sintió que todo aquello debía ser una broma, pero en realidad tampoco podía razonar demasiado lo que estaba viendo porque la mirada silenciosa e impresionada del muchacho le había bloqueado cualquier atisbo de lucidez mental.

En efecto, Alexander era el vivo reflejo de la conmoción y la muda sorpresa.



Contempló cautivado sus almendrados ojos oscuros y aquella mirada dulce y transparente que parecía luchar contra un torrente de sentimientos opuestos. Al instante notó una terrible opresión en el pecho y se preguntó sorprendido cómo había sobrevivido aquellos veinte días sin ella.

—Hola, Cris... —Su voz fue un suave y tímido susurro.

Cristina sintió una oleada de sangre arremetiendo contra sus mejillas y bajó la vista durante un breve instante.

Ante el inesperado silencio de la clase, el muchacho por fin reaccionó.

—La profesora no puede dar clase, me ha pedido... —Advirtió que su voz sonaba lejana y diferente, estaba tan nervioso que apenas podía reconocerse —. Me

ha pedido que dé la clase por ella porque su padre está enfermo y...

—Se está poniendo rojo.

El adolescente maldijo la indiscreción de aquel estudiante de la primera fila.

—Puedes... —percibió que Cristina apenas podía levantar la mirada del suelo —. Puedes sentarte donde quieras.

La chica afirmó levemente con la cabeza, giró sobre sí misma y se encaminó a la penúltima fila, donde Saúl contemplaba la escena visiblemente divertido.

—¡Pequeña Janis...! —Se levantó y la abrazó dulcemente.

Alexander les contempló durante un instante de pesarosa envidia al tiempo que advertía disimuladamente las bonitas piernas de Cristina asomando bajo su faldita de flores. Su corazón llevaba más de un minuto cabalgando enloquecido

y ya no sabía cómo ocultar sus sentimientos de la indiscreción del resto de alumnos. Se volvió hacia la pizarra y continuó escribiendo.

—Por eso... el genitivo sajón se utiliza para indicar que alguien posee algo, como por ejemplo... —Trató de pensar, pero no podía razonar de forma coherente.

Lo único que quería era estar a solas con ella y abrazarla con todas sus fuerzas —.

Por ejemplo... —Cerró los ojos un instante—. El libro de María... El libro de María se escribiría de la siguiente forma... —Se volvió de pronto hacia la clase y

sus ojos no pudieron evitar lanzar un rápido vistazo a Cristina. La chica se había acomodado junto a Saúl y ahora estaba sacando su cuaderno de la mochila.

Alexander trató de recobrar el hilo de la explicación.

—¿Alguien sabe cómo se diría «El libro de María»?

—¡Marihuana *book*! —La voz de Saúl resonó guasona y divertida por toda el aula y un coro de risas la secundó.

—Muy gracioso... —Alexander esbozó una sonrisa y buscó nuevas sugerencias con la mirada.

—¡No lo entiendo, profe!

—Cállate ya, Saúl.

—¡Explicas fatal!

—Paso de ti. ¿Alguien sabe...?

—¡Vaya mierda de profesor! ¡Vete a tu casa!

La clase entera estalló en carcajadas excepto Cristina, quien se mantenía con la

mirada fija en su cuaderno.

Alexander rio divertido, esperanzado ante la idea de que tarde o temprano

Cristina le dirigiera una mirada.

—Fuera de clase, Saúl.

La carcajada de Saúl se oyó por toda el aula y Alexander aprovechó para

lanzarle una tiza a la cabeza. Después de varios minutos de caos, la serenidad retornó y el profesor en funciones les mandó hacer ejercicios.

Durante quince minutos se dedicó a contemplar en silencio aquella larga conversación entre Saúl y Cristina. Parecían estar poniéndose al día acerca de sus respectivas vivencias. La observó sonreír, morderse el labio inferior cuando trataba

de explicarse y las palabras exactas no parecían acudir a su mente, jugar con sus

rizos cuando escuchaba las anécdotas de Saúl, inclinar la cabeza hacia atrás al estallar en carcajadas, cubrirse el rostro con las manos cuando escuchaba algo realmente divertido y emocionante, y pasear sus ojos oscuros por el techo de la clase cuando divagaba alguna respuesta.

Finalmente, Alexander desvió la mirada y contempló afligido la mesa de la

profesora, sintiéndose más enamorado si cabe de lo que se había sentido en las últimas semanas, y también el chico más desdichado y estúpido de la faz del planeta.

La mano alzada de una alumna de tercer curso le sacó de sus pensamientos, y

durante otros quince minutos se dedicó a pasear por el aula atendiendo las dudas de

los estudiantes. Fue entonces cuando vio a Saúl levantarse e indicarle entre señas que necesitaba ir al baño. Lo vio salir del aula y luego sus ojos tropezaron con los

de Cristina. La chica bajó la mirada rápidamente y se dedicó a garabatear en su cuaderno.

Alexander ya no pudo soportarlo más, había pasado la noche anterior con el corazón en un puño, a la espera de verla aparecer en la cabaña de un momento a otro. A las doce había comprendido que no la vería hasta el día siguiente. Incapaz de

esperar tantas horas, había acudido a su ventana, pero la persiana estaba bajada, así

que se había dedicado a deambular por su calle, deprimido y ansioso. Y ahora que

la tenía delante, ni siquiera podía saludarla. Hastiado de semejante situación, se levantó, cruzó el aula y se acuclilló ante ella.

—Hola, Catsi.

Cristina tembló desolada al escuchar su voz rasgada y dulce. Alzó la mirada y encontró su sonrisa, el brillo de sus ojos rasgados y aquella ternura contenida en su

mirada. Al momento sintió que todos sus firmes propósitos morían sepultados al calor de su presencia.

—Hola, Alexander.

No le pasó desapercibido el uso de su nombre completo, como tampoco el dolor que rebosaban sus ojos castaños.

—¿Por qué no...? ¿Por qué no haces los ejercicios?

—No sé cómo hacerlos...

—¿Quieres que te ayude?

Ella no respondió. Mantenía la mirada en su cuaderno.

—¿Cómo ha ido todo en el campamento?

—Ha ido bien. —Trató de mantener la calma. Tenía el corazón acelerado hasta

hacerle daño.

Alexander se mordió el labio.

—Cris... —Levantó la mano y la posó en su brazo—. Quiero hablar contigo de muchas cosas.

Cristina notó un nudo en la garganta. Le daba muchísima vergüenza tener que hablar con él acerca de aquella noche.

—Yo no debería haber bebido, eso es todo.

—¿Qué? —La observó perplejo—. No, eso no es todo y lo sabes. Quiero hablar contigo después de clase.

Cristina evitó su mirada. Podía imaginar fácilmente lo que Alexander le diría

en aquella charla: por su parte seguían siendo amigos, deseaba que las cosas no cambiaran entre ellos, lo mejor era olvidarlo todo... Solo de pensarlo se vio incapaz de afrontar semejante conversación sin romper a llorar y querer salir corriendo. Pero se encogió de hombros, fingiendo una indiferencia que no sentía en

absoluto.

—Vale.

Saúl regresó en ese momento, de modo que Alexander se levantó y se dirigió de nuevo a la mesa de la profesora. Pasaron el resto de la clase viendo una película

en inglés. Alexander apagó las luces y tomó asiento a una prudencial distancia de sus amigos.

Trató de prestar atención al video, pero sus ojos regresaban a la chica una y otra vez. Amparado por la oscuridad, se recreó calmadamente en contemplar sus labios entreabiertos, la bonita forma de su nariz y los tirantes del sujetador insinuándose bajo los de la camiseta. De pronto, en la penumbra que producía la pantalla, advirtió una lágrima resbalando en su mejilla; ella se apresuró a secarla.

Alexander suspiró, se estaba muriendo por tenerla en sus brazos.

A la salida de clase los tres amigos descendieron las escaleras de piedra y recogieron sus bicicletas.

Para distender el ambiente, Saúl no dudó en hacer preguntas de todo tipo acerca del campamento, aunque en realidad ya habían hablado de ello durante la clase. Entre tanto, Alexander escuchaba silencioso, esperando el momento adecuado. Pedalearon en dirección a la cabaña y allí encontraron a Claudia, Leo y

Santiago. Las chicas se abalanzaron sobre Cristina al verla entrar en la cabaña.

—¡Te hemos echado muchísimo de menos!

—¿Cómo estás, Cris? ¿Por qué no viniste anoche a vernos?

—Estaba cansada. —Paseó la mirada por la sala y descubrió asombrada que,

entre las banderas de grupos de *rock*, en lo alto de la pared frontal a la puerta, se alzaba una pintada en espray. Era el símbolo del infinito en un amarillo fuego dentro de un círculo azul celeste. Los bordes del círculo también eran dorados y las

palabras *Sustain* y *Souls* habían sido escritas en el interior del mismo, siguiendo su curvatura superior e inferior respectivamente.

—Vaya... —Cristina escuchó algunas risas expectantes a su espalda—. ¿Quién ha inventado esto?

—¡He sido yo!

Leo sonrió.

—Qué modesto, Saúl. Saúl lo ha inventado. Dibujó una *S* de *Sustain* y luego otra *S* de *Souls* y luego las unió y salió un ocho, justo el número que nos corresponde en la *gymkhana*. Pero no era exactamente un buen logo para el grupo de música, así que lo giró y ahora es el símbolo del infinito y nos representa a nosotros.

—Me encanta. —Cristina no pudo evitar sonreír. Un sentimiento agridulce se fue apoderando de su alma. De pronto no podía comprender cómo había sobrevivido veinte días sin todos ellos.

—Y hay más sorpresas —añadió Claudia.

Cristina miró en derredor y encontró una pintura de un metro de largo y medio de alto colgada en la pared sur. Se acercó asombrada.

—¿Qué es esto?

—Es el mural que hicimos para la prueba de la *gymkhana*. Perdimos estrepitosamente...

—¿Que hicimos? ¿Por qué te incluyes, Leo? ¡Tú no hiciste nada!

—Disculpa, Saúl, ¿pero quiénes pusimos orden en el grupo cuando llegasteis borrachos?

—¿Poner orden? ¿Pero tú has oído, Álex? ¡Álex y yo hicimos todo el trabajo!  
¡Álex y yo...!

—¡Por eso perdimos! ¿Has visto bien lo horrible que es?

Las voces de los chicos se perdieron a las espaldas de Cristina, porque

conmovida hasta lo más hondo, la chica contemplaba la vista del pueblo en una noche de feria. Su corazón se desbocó incontroladamente cuando identificó a

Cibeles, la noria brillando bajo las montañas y las estrellas en el cielo.

Alexander se situó a su lado.

—Lo pinté pensando en ti.

Cristina lo miró desbordada. Trató de serenarse. Alzó la mano y señaló la bola

naranja que surcaba el cielo estrellado.

—El meteorito...

A punto estuvo Alexander de arrodillarse ante ella y adorarla.

—¡Sí, es un meteorito!

—¡Vi uno igual en la sierra, la noche de la llegada al campamento! ¡Surcó todo el cielo como una bola de fuego!

—¡Yo también lo vi! ¡Yo...! —Alexander enmudeció de pronto, las palabras



ya no tenían sentido. Tomó a Cristina del brazo y, sin mediar palabra y ante el asombro

de todos los presentes, la llevó a la terraza. Allí la estrechó entre sus brazos y, completamente arrebatado, colmó su rostro de besos.

—¡Cris...! ¡No puedo creer que estés aquí, no puedo creerlo...! ¡Creí que iba a

volverme loco! ¡Me estaba volviendo loco...!

—No, Alex... —Cristina sollozaba tratando de deshacerse débilmente de sus abrazos—. ¿Por qué haces esto? No tiene sentido.

Incapaz de reprimir sus sentimientos por más tiempo, la abrazó todavía más fuerte y la sintió temblar entre sus brazos. Percibió su cálida respiración en el pecho.

—Cris... —Su corazón latía desenfrenado. Tenía las dos palabras en la punta de la lengua, las dos palabras que jamás había dicho a nadie excepto a una casa vacía y que estaban destinadas únicamente a Cristina. De pronto la vio levantar el rostro bañado en lágrimas y dirigirle una muda expresión de dolor. Alexander contuvo la respiración, enseguida supo que aunque Cristina deseaba oírsele decir, a

la luz de todo lo acaecido le iba a resultar dolorosamente imposible de creer. No dudaba que podía tomarla de la mano en ese momento y llevarla a un sitio donde nadie les viera, un sitio donde pudiera besarla hasta el agotamiento, pero también sabía que tarde o temprano llegarían las preguntas, las dudas y las acusaciones.

El muchacho se mordió el labio. Había decidido hacer las cosas de modo distinto. Acarició con absoluta veneración el rostro de la chica, inclinó la cabeza lentamente y besó su frente. Dejó sus labios allí largo rato.

—Te he echado muchísimo de menos, he pensado en ti cada segundo desde que te fuiste.

Derrotada por completo, Cristina se volvió bruscamente hacia la barandilla y rompió a llorar en un sollozo lento y silencioso.

Alexander la abrazó de nuevo. Esta vez Cristina no trató de apartarle, ni siquiera se movió. Luego el chico tomó aire.

—Escúchame, por favor. Déjame hablar y luego eres libre de hacer lo que quieras. Después, tú decides. Esto es lo último que te pido.

Cristina contuvo el llanto, una oleada de pánico la hizo temblar, aquellas palabras sonaban a despedida. Levantó el rostro.

—Tengo algo que decirte, pero sé que ahora no es el momento.

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Es algo que no quiero que cuestiones nunca, algo que necesito que creas. Es...

Dominada por el miedo, Cristina sucumbió a su rendición.

—Yo creo en ti, Álex, creo en ti, yo...

Alexander se sintió deshacer por dentro.

—Ya lo sé, pero esto va a ser diferente.

—¿Diferente a qué?

La mirada de Alexander brilló anhelante.

—Diferente a todo, te lo prometo.

Cristina vio aquella expresión de ternura y de esperanza en sus ojos, y supo que nunca podría darle la espalda. Lo necesitaba con absoluta desesperación, prefería morir antes que vivir sin él.

—Álex... —Sin fuerzas ni siquiera para cuestionarle, hundió el rostro en su pecho y cerró los ojos.

—No te preocupes por nada, no importa que el verano se acabe, solo espera y verás.

Se oyeron cuchicheos en el interior de la cabaña, al tiempo que Santiago asomaba su cabeza por el umbral de la puerta con una sonrisa de burla.

—Alexander, yo también vi el meteorito y a mí no me abrazas así, ¿eh?

Un coro de carcajadas estalló en el interior para dar paso a la voz de Saúl.

—¡*Pastelosos!*, ¿podemos empezar el ensayo o qué?

Aflorar al rostro de Cristina una enorme sonrisa, y durante aquel instante sintió como si el incidente de la piscina jamás hubiera sucedido. Deseó creerlo con

toda su alma y dirigió una radiante mirada a Alexander.

—¿Es verdad que podéis tocar la canción del tirón?

—No solo eso, ahora contamos con... ¿cómo decirlo? Un grupo de pequeños ayudantes.

Ella frunció el ceño ante la mirada divertida de Alexander. Luego la sonrisa del chico se hizo más grande y señaló hacia la entrada de la cerca.

—¡Por ahí vienen!

Cristina se volvió entonces hacia la cancela y descubrió a un grupo de niños avanzando a la carrera en dirección a la cabaña. Luego miró al adolescente como si

se hubiera vuelto loco.

—¿A quién se lo habéis contado?

—No te asustes, Cris. La verdad es que nos costó mucho tomar la decisión, pero la idea era demasiado buena. ¡Era estupenda! La obra de teatro cambia por completo gracias a estos críos.

—¿Van a participar en nuestra obra de teatro?

—Eso es.

—Pero Álex... —Mientras los veía aproximarse a la cabaña, Cristina todavía no daba crédito—. Nos ha costado muchísimo mantener este sitio en secreto. ¡Ahora

esos niños podrían contárselo a cualquiera! Los instrumentos están siempre aquí, ya

no podremos estar seguros de que...

—Escúchame, Cris. Es una decisión que hemos tomado entre todos, mientras Santi y tú estabais en el campamento. Sabemos que es un riesgo para la cabaña, pero

les hemos obligado a jurar silencio. A cambio, les dejamos venir a ensayar. Se lo pasan en grande con nosotros. Te aseguro que de momento no tienen la menor intención de contárselo a nadie.

Cristina se inclinó sobre la barandilla. Los niños habían llegado por fin al pie

de la encina y ahora se dirigían a la escalera, riendo y gritando escandalosamente.

—Una cosa más, Cris. —Alexander se acercó más a ella y susurró en su oído

—. Nunca menciones a los extraños delante de ellos. Ni tampoco el grafiti de la fachada. Les hemos hecho creer que están participando en el secreto mejor guardado de la historia del mundo.

Cristina afirmó en silencio y los vio subir a la terraza. Para sorpresa suya, enseguida reconoció al tercero de los niños.

—¿Edu?

El pequeño la miró con asombro y luego soltó una risotada.

—¡Cristina Deep Purple ha vuelto!

Tras él subieron siete niños más. Diez en total y ninguno parecía superar los nueve años. La mayoría de ellos pertenecía al grupo que había rodeado a Cibeles cuando Alexander la acercó a las primeras calles del pueblo en la noche de las fiestas. Cristina recordaba bien sus rostros, aunque en aquella ocasión solo los hubiera visto en la penumbra.

Uno de los niños se detuvo ante Alexander y alzó su mano derecha.

—Ya he aprendido el juramento, Álex.

—Muy bien, Sebas. ¿Quieres repetírmelo?

El pequeño carraspeó y luego habló con voz grave:

—No traicionaré nunca a un Sustain Soul ni abandonaré sus sueños. No revelaré jamás el secreto de este lugar.

Luego, ante la mirada boquiabierta de Cristina, el grupo al completo se

adentró en la cabaña con firme decisión, como si les perteneciera tanto como a los

propios Sustain Souls. A cambio, Santiago salió a la terraza con expresión airada y

se dirigió directamente a Alexander.

—¿Se puede saber qué hace aquí toda la guardería de Vistaclara?

El adolescente contuvo una divertida sonrisa. Le resultaba gracioso que un niño de once años hablara en aquellos términos de muchachos a los que apenas sacaba dos o tres años.

—No te sulfures, Santi. Vamos adentro, sentaos en el suelo, poneos cómodos.

Dos de los niños van a interpretar vuestros personajes para que podáis ver la obra

como público. Hemos ensayado muy duro para que esto salga bien.

Así que tanto Cristina como Santiago siguieron al chico al interior de la cabaña. Tomaron asiento en el suelo y aguardaron con desconfianza.

Tres cuartos de hora después, ambos aplaudían exultantes.

Pasaron el resto del día ensayando la función. A los chicos les fascinaron las ideas que Santiago y Cristina habían trabajado por su cuenta en el campamento, y comprobaron aliviados que las indicaciones telefónicas de Saúl habían sido

verdaderamente útiles para poder encajar aquellas ideas en el resto de la obra.

Al atardecer decidieron tomarse un descanso y se dirigieron al campo de

fútbol. En aquella ocasión las chicas no se sentaron cerca de Las Diosas del

Alba.

Les apetecía hablar a sus anchas mientras Alexander, Saúl y Santiago jugaban al fútbol con chicos de otras pandillas. Claudia y Leo no dudaron en informar a Cristina de los pormenores de la pelea entre Alexander y Page la tarde del Día del

Cristo. La chica escuchaba muda de asombro, con la mirada fija en el muchacho, así

que no pudo evitar contagiarse del entusiasmo de sus dos amigas, pero el recuerdo

de Dulce nubló sus pensamientos.

—Alexander no se ha separado del grupo en estos veinte días —aseguró

Claudia.

—Quizá sigan viéndose a escondidas.

—Imposible. Hemos pasado los días y las noches ensayando sin descanso. ¡Ni siquiera íbamos a la piscina! ¿O cómo crees que hemos conseguido lo que has visto

hoy en la cabaña?

—La verdad es que ha sido muy estresante, Cris —continuó la pelirroja —.

Cuando terminaron las fiestas, a Alexander le dio como un ataque de locura con el

tema de la función. Estuvo tres días metido en la cabaña escribiendo todo lo que se

le ocurría.

—Sí, y cuando por fin comenzamos a memorizar nuestras líneas, decidió

darle un giro radical a la historia. Una mañana apareció por la puerta de la cabaña

completamente despeinado, mal vestido y sin afeitarse. ¡Parecía un pordiosero!

Llevaba *La vida es sueño* en la mano. Y empezó a decir: «Calderón era un genio... ¡y escribía en verso! ¡Escribiremos nuestra obra en verso!». Y tuvimos que

reescribirla desde el principio.

—No te imaginas qué locura, Cris. Nos pasábamos los días y las noches

buscando palabras que rimaran. ¡Yo hasta soñaba en verso!

—Y luego se les metió en la cabeza hacer esa escena del duelo entre Saúl y Alexander. Y entonces a Saúl también le dio un ataque de locura, se pasaba los días

enteros mejorando sus solos. Una mañana que fuimos a ensayar a la cabaña nos lo

encontramos dormido sobre la batería. ¡Se había quedado ensayando toda la noche!

Cristina escuchaba tan impresionada que incluso había olvidado los motivos por los que había surgido aquella conversación. Luego su expresión se tornó de nuevo en una sombra de inquietud.

—¿De verdad pensáis que no ha vuelto a verse con ella?

Leo meneó la cabeza.

—Qué espectáculo tan asqueroso.

Claudia se mordió el labio. No quería reír delante de Cristina.



—Lo digo en serio, no imagináis el trauma que tengo. ¡Después de ver aquello creo que voy a ser virgen hasta los cuarenta años!

—¡Leo! —Claudia rompió a reír.

—¿Qué? Cristina también estaba allí, sabe de lo que hablo, ¿verdad, Cris? No me digas que quieres hacer eso con Alexander...

—¿¡Quieres bajar la voz!?

—Todavía recuerdo a Dulce espatarrada bocarriba como una rana de laboratorio y el culo de Alexander moviéndose encima y...

Claudia rompió a reír de nuevo mientras Cristina se llevaba las manos al rostro.

—¡Que te calles, Leo!

—¡Vaya! ¡Pero no dices que no! ¡No dices que no querrías hacerlo! ¡Así que te gustaría hacerlo! ¡Te gustaría hacer esas marranadas con Alexander!

—¡Que te calles! —Cristina se abalanzó sobre la pelirroja y ambas cayeron al suelo entre estridentes carcajadas, al tiempo que Claudia rompía a reír con toda su alma.

A la hora de la cena Cristina estaba puntualmente duchada, vestida y lista para poner la mesa en el jardín. Su abuela no dijo nada al respecto, no hablaba mucho últimamente.

—Saca el agua de la nevera y lleva el pan que ha sobrado esta mañana.

Cristina obedeció diligentemente. Se sentaron a comer a la luz de los farolillos. Se acusaba una notable diferencia de temperatura con respecto a los días pasados en la sierra. El calor era denso y seco.

La cena comenzó en silencio. Cristina suspiró pesarosa. Estaba haciendo las cosas lo mejor que podía, pero su abuela no parecía entenderlo de ese modo.

—¿Hasta cuándo vas a estar sin hablarme?

—No estoy sin hablarte.

—Me estás castigando y ya han pasado más de veinte días.

—Tú me castigas a mí, Cristina.

—Eso no es justo.

—No hablemos de lo que no es justo porque sales perdiendo.

Se oyó el timbre de la puerta.

—¿Quién es a estas horas? Mira a ver.

Cristina se levantó y abrió la puerta del patio. Para su asombro, Alexander aguardaba ante la puerta principal. La chica se sintió presa del pánico; aquello era

lo último que necesitaba su abuela.

—¿Quién es?

Cristina desoyó la pregunta y salió a la calle. Se dirigió apresuradamente hacia

el muchacho.

—¿Qué haces aquí?

El chico sonrió divertido.

—Vengo a ver a tu abuelita.

—Álex... Mi abuela te odia.

—Por eso he venido. No puedo vivir sin sus acelgas con jamón. —Hizo un intento por pasar al jardín, pero Cristina le franqueó el paso.

Alexander soltó una carcajada.

—¿Pero qué haces?

—¿¡Quién es...!?

—¡Nadie!

El muchacho la miró con burla.

—¿Veinte días sin mí y ya no soy nadie? —La apartó suavemente y pasó al jardín.

—Hola, doña Elisa.

Una furia incontrolada centelleó en la mirada de la anciana.

—Alexander.

—Buen provecho.

Doña Elisa contempló al muchacho con expresión escéptica. Todavía le costaba esfuerzo creer todos los comentarios maliciosos que había oído acerca de

él y su nieta, pero el recuerdo del chico asaltando la plaza a caballo y

mostrando a

su nieta en ropa interior le sacudió por dentro en una oleada de indignación.

—¿Crees que me apetece verte, Alexander?

El chico guardó un respetuoso silencio desde la entrada del jardín. Cristina pasó junto a él, cerró la puerta y caminó indecisa hacia su abuela, pero se detuvo a

mitad de camino. No sabía qué hacer.

—No —respondió él, finalmente.

—Tenía una confianza ciega en ti.

—He venido a pedirle perdón.

—No hay perdón posible para semejante vergüenza.

—Abuela...

—Tú, cállate.

—Fue todo culpa mía, no de Cristina.

—Ese ha sido mi error todo el verano, responsabilizarte de lo que ella hacía o

dejaba de hacer. Pero eso se acabó, no voy a consentir que crezca como una consentida incapaz de cuidar de sí misma. No espero nada de ti, Alexander. Nada de

nada.

—Abuela, eso no es justo.

—Calla, Cris... —susurró el muchacho.

—No, no me callo, ¡eso no es justo! Abuela, ¡tú no sabes todas las cosas que

Álex ha hecho por mí! ¡No sabes cuántas veces me ha cuidado y protegido! ¡Si no

fuera por él, ahora mismo estaría muerta!

—¡Calla, Cris!

—¿Muerta? ¡La que está muerta de la vergüenza soy yo! ¡La que está muerta de decepción y de vergüenza soy...!

—¡Yo abría muerto con la cabeza abierta contra una piedra si no fuese por...!

—¡El único de ese grupo en el que sentía que podía confiar y al final ha resultado ser igual o peor que...!

—¡Mírate! ¡Ni siquiera me escuchas cuando hablo! ¡Qué poco te importan las cosas importantes, solo piensas en lo que diga la gente!

—¡Se me rompe el alma cuando les oigo cuchichear sobre ti! ¡¿Cómo quieres que me sienta cuando todo el pueblo te vio aparecer en bragas en la plaza?!

—¡Solo estaba montando a caballo! ¿¿Por qué te importa tanto lo políticamente correcto!?

—¡Porque así es la vida, Cristina! ¡La gente te va a tratar en el futuro con base en la imagen que tú les des ahora!

—¡Me da igual la gente!

Alexander escuchaba embargado de una insoportable ansiedad. No había previsto semejante discusión.

—¡Pues a mí no me da igual y mientras vivas bajo mi techo vas a comportarte

según lo que a mí me importa!

Cristina contuvo su rabia.

—Muy bien... Pero perdona a Alexander.

—Alexander está perdonado, no tengo nada en contra de él.

—¡Serás falsa!

—¡A mí no me hables así o te pego un bofetón! ¡Estoy muy harta de tus atrevimientos, Cristina!

—¡Solo te estoy pidiendo que le perdones!

—Ya está perdonado.

Cristina se volvió hacia el muchacho.

—Muy bien, Álex, estás invitado a cenar.

—La verdad es que no...

—¿Verdad, abuela, que está invitado a cenar?

—Que haga lo que quiera.

—¡Abuela, no le estás perdonando de verdad! ¿Para qué vas a un campamento cristiano si luego ni siquiera sabes perdonar de corazón?

—¡Siéntate ahora mismo y deja de cuestionarme! ¡La única que tiene que ganarse mi perdón eres tú y de momento vas muy mal encaminada!

Cristina se dirigió a Alexander.

—Si él no se queda, no quiero cenar.

Doña Elisa sintió taquicardia en el pecho.

—Yo no creo que sea buena idea, Cris... Me marcho. —Alexander se giró hacia la puerta, pero Cristina se interpuso en su camino.

—Tú te quedas a cenar porque lo digo yo.

Alexander la miró rotundo.

—Déjame salir ahora mismo.

Cristina sintió un nudo en la garganta.

—Abuela... Ha venido a pedirte perdón. Es el chico más valiente del mundo y tú ni siquiera te das cuenta.

Doña Elisa contuvo la respiración, miró a su nieta a los ojos y comprendió que se había equivocado durante todo el verano, que la protección tan filial que Alexander había prodigado a Cristina no tenía nada de filial, entendió que los comentarios de aquel grupo de chicas en La Posada del Pirata eran más reales de lo

que a ella le gustaría. Se sintió engañada y ridícula.

—Alexander —le taladró con la mirada—, ¿eres consciente de que Cristina solo tiene catorce años?

El chico la miró desconcertado.

—Claro que lo soy.

—Entonces, ¿qué haces con ella?

—¡Abuela, ¿qué dices ahora?! ¡¿Estás loca o qué!?

Alexander hizo un gesto a Cristina para que se callase.

—Voy a decirle una cosa. No he tocado a su nieta ni una sola vez en todo el verano. No tengo nada que ocultar ni de lo que avergonzarme. ¡Nada en absoluto!

He venido a pedirle perdón porque no debí llevarla conmigo cuando fui a la plaza.

Eso es todo.

Doña Elisa lo contempló abatida.

—Déjalo, Alexander, simplemente me he equivocado contigo. ¡Qué bien me has engañado durante todo el verano!

—Abuela...

—Siento que piense así porque soy de lo mejor que va a encontrar por aquí.

—Por eso no tengo la intención de volver.

Alexander la miró inescrutable, giró sobre sí mismo y salió a la calle, cerrando la puerta tras de sí.

Cristina contempló a su abuela con verdadero rencor.

—No puedo creer lo que le has dicho.

—Siéntate a cenar. Esta conversación ha terminado.

—¿Qué es eso de que no piensas volver a Vistaclara? ¡Yo sí pienso hacerlo!

—¡Tú harás lo que yo te diga! ¡Siéntate ahora mismo!

—¡Prefiero suicidarme antes que no volver a Vistaclara! ¡Prefiero suicidarme!

¡Prefiero suicidarme!



—¡Cristina! —Doña Elisa la miró aterrada—. ¡¿Qué estás diciendo?! ¡¿Qué estás diciendo?!

Cristina rompió a llorar.

—¡Prefiero suicidarme! ¡Prefiero suicidarme a no volver a Vistaclara!

—¡Te están oyendo los vecinos!

—¡Me da igual! ¡Prefiero suicidarme! —Salió a la calle con la intención de correr tras Alexander y lo encontró paralizado ante la puerta. Al instante se arrojó a sus brazos y sintió sus cálidos labios en la mejilla.

—Entra en casa.

Ella lo abrazó con más fuerza todavía.

—Entra en casa y no salgas esta noche.

—No, Álex...

—Confía en mí, haz lo que te digo. —Le hizo un gesto de apremio—. Vamos.

Cristina dudó, luego se puso de puntillas y lo besó dulcemente en la mejilla.

Alexander cerró los ojos un instante y trató de atrapar en su mente el tacto de sus

labios en la piel. Después ella entró de nuevo en el patio y cerró la puerta tras de sí.

Se dirigió a la mesa y se sentó temblorosa. Cogió el tenedor y lo llevó al plato de

ensalada, pero al momento sus ojos se llenaron de lágrimas. Ante la mirada angustiada de su abuela, soltó el cubierto y subió a su habitación.

Alexander se encaminó a la cabaña. Con el corazón desbordado de emociones,

se detuvo en una calle solitaria, frente a una vieja casa en ruinas. Un ataque de furia le sacudió por dentro y en un segundo la emprendió a patadas contra la puerta de la

casa. No se detuvo hasta hacerla caer.

Santiago acababa de salir de la ducha y, todavía con la toalla alrededor de su cintura, se afanaba en lavarse los dientes frente al espejo del cuarto de baño. El picaporte de la puerta se giró bruscamente.

—¡Aún no he terminado!

—¡Abre la puerta!

—¡Serás pesado! ¡He dicho que aún no he terminado! —Hizo una mueca frente al espejo. Detestaba que su hermano abusara de su autoridad cada vez que su madre se ausentaba de casa.

—¡Te juro que como no abras la puerta, la voy a echar abajo!

Molesto, descorrió el cerrojo. Al momento vio a Saúl al otro lado de la misma con una expresión de cólera en su rostro.

—¿Qué mierda es esta, Santi? —Alzó la mano y mostró una hoja arrancada de un cuaderno.

Santiago palideció en el acto. Era la carta para su padre.

—¿¡Qué es esto!?

—Una carta.

—Ya veo que es una carta. La he leído y casi muero del horror.

—No es asunto tuyo.

—¿Eres consciente de la cantidad de gilipolleces que has escrito aquí? ¿Eres consciente de la clase de individuo al que diriges esta carta? ¿Eres consciente...?

—¡Dámela, es mía! —Trató de arrebatársela la hoja, pero Saúl alzó la mano por encima de su cabeza.

—¡Eres patético! ¡Eres un completo retrasado mental! De verdad, creía que habías salido listo, pero ya veo...

—¡Dame la carta! —Intentó arrebatársela de nuevo, pero Saúl lo empujó hacia el interior del baño.

—¡No te vale toda la vergüenza que nos ha hecho pasar, no te vale su incompetencia como padre, no, claro que no, no te vale nada de eso! ¡Al parecer tienes amnesia y todavía quieres más!

—¡A ti qué más te da! ¡Déjame en paz! ¡Dame la carta!

—¿Por qué? —La rabia del adolescente se tornó en dolor—. ¿Por qué, Santi?

¿A cuento de qué esta mierda ahora? Qué mal debemos estar haciéndolo mamá y yo

para que le echas de menos.

Santiago lo observó paralizado. Dividido entre dos frentes, sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Claro que no, ¿por qué dices eso...? ¿Por qué...?

—¡Porque esto es una bajeza! —Tomó la carta con las dos manos y la rompió en pedazos.

—¡Saúl!

El pequeño trató de arrebatarse el papel, pero Saúl le empujó de nuevo. Esta vez cayó al suelo y perdió su toalla. Desnudo y humillado, la recogió

apresuradamente y se cubrió como pudo. Un llanto lento y doloroso corrió por sus

mejillas.

Saúl lo miró con desprecio.

—¡Vete y púdrete con él en la cárcel! —Dejó caer los papeles en el suelo y se marchó a la cabaña.

Santiago se levantó y se vistió entre sollozos. Desamparado y afligido, apagó

las luces de la casa, cogió las llaves y salió corriendo. No se detuvo hasta llegar a

casa de Cristina. Vio la luz de su habitación encendida, de modo que trepó al olivo,

pisó el canalón y saltó al tejado. Se acercó al alféizar y la vio llorando en silencio, tendida en la cama. La chica lo descubrió paralizado en la ventana, con el rostro bañado en lágrimas.

—¡Santi! —Se levantó apresuradamente, al tiempo que Santiago saltaba al interior de la habitación y ambos se fundieron en un fuerte abrazo.

Pasada la media noche, el pueblo yacía en el más absoluto silencio. Tras

finalizar la obra de teatro de Cruce de Caminos, el bullicio de la plaza se había disipado lentamente y a aquellas horas la mayoría de los lugareños habían

regresado a sus casas. Los Sustain Souls tampoco quisieron demorar su hora de

dormir. La función de aquella noche les había sorprendido demasiado y querían aprovechar la mañana del día siguiente para ensayar otra vez. Ni siquiera Alexander

había podido prever aquella inteligente parodia de *Hamlet* que había despertado las carcajadas de todo el público.

Sin embargo, al margen de aquel golpe inesperado que amenazaba sus posibilidades de victoria, había decidido regresar a casa de Cristina y ahora sus pasos resonaban inquietantes en el cemento de las calles oscuras.

El muchacho había tenido tiempo de reflexionar calmadamente y deseaba verla de nuevo. Confiaba en que estuviera despierta para poder explicarle todo cuanto había estado pensando desde que se habían despedido en la puerta de su casa.

Aquello implicaba hablar por fin de sus sentimientos.

Nervioso, apuró el paso. No lo había previsto de ese modo, pero el tiempo apremiaba y debía aceptar las situaciones tal y como venían. Más allá del temor a no

ser creído, el chico temblaba de impaciencia. Emocionado, llegó a la vivienda y comprobó que su ventana estaba abierta. Trepó al olivo y saltó al tejado. Caminó despacio sobre las tejas hasta llegar al alféizar y buscó en la penumbra de la habitación. Consternado, descubrió a Cristina abrazada a Santiago. Los dos dormían

plácidamente. El adolescente permaneció varios minutos allí de pie, profundamente

decepcionado ante la imposibilidad de sincerarse con ella en aquel momento. Se preguntó irritado qué diablos habría llevado a Santiago a buscar los brazos de Cristina.

En aquel momento la vio abrir los ojos. La chica tardó unos instantes en

descubrirlo y, para su propio regocijo, al momento saltó al suelo y se arrojó a sus

brazos.

—¡Sabía que vendrías...! ¡Sabía que vendrías...!

—¿Cómo no iba a venir? —La abrazó dulcemente, aspiró extasiado el olor de sus rizos y cerró los ojos—. Ven aquí. —La cogió de la cintura y la levantó sobre el

alféizar hasta pasarla al tejado. Ella sonrió y lo abrazó de nuevo.

—¿Qué pinta Santiago ocupando mi sitio?

Cristina sonrió ruborizada, pero al poco su expresión se tornó en lástima.

—Saúl es un bruto insensible, le ha hecho llorar.

El muchacho hizo un gesto de resignación.

—Santi es demasiado sensible y Saúl, demasiado bestia. —Fijó su mirada en

Cristina y acarició su mejilla—. ¿Cómo estás tú? ¿Qué ha pasado después de que me

fuera?

La chica negó con la cabeza.

—No sé si voy a poder arreglar esto. —Lo miró completamente angustiada—.

Tengo miedo de no volver, tengo miedo de...

—No lo tengas, no te preocupes por nada, he estado pensando y, aunque eso sucediera, yo... —Alexander tomó aire, tenía el corazón disparado, había llegado el

momento—. Yo... —Se preguntó por qué estaba tan nervioso, al fin y al cabo

aquello iba a ser pan comido, los dos lo estaban deseando—. ¿De verdad crees que

hay algo que me impida verte?

Cristina tembló por dentro.

—Pero estás interno en un colegio.

—Tengo permiso para ir a donde quiera los fines de semana y Heavy vive solo en un piso en Madrid. —Vio aquella expresión de absoluta felicidad inundando

sus ojos y no pudo evitar sonreír—. Podríamos vernos todos los fines de semana,

podríamos...

—¿Lo dices de verdad? Por favor, no me digas esto si no vas a hacerlo.

—¡Claro que voy a hacerlo, Cris! ¡Te lo juro!

Santiago balbuceó en sueños.

—Chsssss... —Cristina se llevó el dedo a los labios—. Se está despertando...

Alexander suspiró frustrado. No deseaba besarla delante de Santiago, no había ningún motivo por el que hacer daño al niño de semejante manera. Habló en un susurro:

—Cuéntame qué te ha dicho tu abuela.

Y dicho esto, tiró de su mano al tiempo que se sentaba sobre las tejas. Hizo sentar a Cristina entre sus piernas y la rodeó cariñosamente con sus brazos. En ese

momento, la chica enmudeció y le dirigió una mirada que denotaba alivio y dolor al

mismo tiempo.

—¿Qué...? ¿Qué te pasa...?

—Álex... No hay nadie como tú.

Alexander sonrió con fingida arrogancia.

—Por supuesto que no, pero ¿qué te pasa?

—Me pasó una cosa en el campamento cristiano y yo... Yo solo... No puedes ni imaginar lo perfecto que eres.

Alexander recibió aquellas palabras de un modo tan desprevenido que se sintió

embargado de ternura.

—Seré perfecto si eso es lo que necesitas. Seré todo lo que tú quieras que sea.

La mirada de Cristina palpitó anhelante.

—¿...Todo?

—¿Qué hacéis?

Levantaron sus cabezas y encontraron a Santiago asomado a la ventana. El niño contemplaba la situación adormilado y visiblemente irritado.

—Me habéis despertado, imbéciles.

—Lo siento... —Alexander lo traspasó con su mirada.

El pequeño leyó aquella doble disculpa en su expresión. Desvió la cabeza y



tragó saliva.

—Ya veo.

—De todas formas es muy tarde. —El adolescente se levantó perezosamente

—. Te acompaño a casa. Tu madre debe estar al borde de un ataque de nervios.

—No necesito que me acompañes. —Saltó al tejado y se encaminó al olivo.

—¡Santi...! —Cristina se puso en pie—. ¿Ni siquiera me dices adiós?

Santiago la abrazó pesaroso.

—Buenas noches.

—Deja que Álex te acompañe, ¿vale?

Santiago afirmó lentamente con la cabeza.

—Y ven mañana al triatlón.

Hizo una mueca de burla.

—¿Para animar a mi hermano?

—Para apoyar a tu grupo.

Bajó la mirada.

—Ya veré.

27

*Hey now, hey now*

*When the world comes in*

*They come, they come*

*To build a wall between us*

*We know they won't win.*

«Don't dream it's over», Crowded House[\[35\]](#)

La mañana amaneció nublada y caliente, provocando una humedad pesada y densa en el aire. A las diez en punto, los dieciocho equipos se reunieron en la plaza

con sus respectivos monitores mientras Jaime los organizaba desde el escenario.

Al igual que el resto de los participantes, Saúl apareció vestido con una camiseta blanca. Caminó entre la aglomeración, tratando de distinguir a Dulce.

Alexander le llamó a su espalda, empujaba su *mountain bike* y estaba intentado hacerla pasar entre la multitud.

—¿Preparado?

—¡Qué pereza, tío...!

—Mira, ahí está Dulce.

—¡Sustain Souls! ¡Sustain Souls! ¿¿Dónde están los Sustain Souls!?

Los muchachos se miraron divertidos.

—Voy a echar de menos estos momentos.

—¡Sustain Souls, conmigo!

Se acercaron sonrientes.

—¿Dónde están los demás? ¡Ah, ahí viene tu hermano!

Saúl se volvió sorprendido y lo vio caminar entre la concurrencia. Una renovada sonrisa afloró a su mirada.

—Bueno, Dulce, ¿estás lista para ver cómo deslumbro al mundo con mi velocidad?

—Me conformo con que no te deslumbres a ti mismo y te tropieces... —La joven se dirigió al escenario y tomó una serie de fieltros agrupados en el borde del

mismo. Extrajo el número ocho y se lo tendió a Saúl—. No puedes participar sin el

número de grupo.

—¡Colócalo en horizontal, Saúl! —Era Santiago caminando hacia ellos.

Claudia, Leo y Cristina acompañaban al pequeño.

—Claro que sí. —Leo se apresuró a coger el número y colocarlo a la espalda de Saúl.

El rubio aguardó pacientemente.

—¿Vas a animarme, pelirroja?

—Estate quieto. Esto lleva un imperdible y no quiero pincharte.

—¿Vas a gritar por mí?

—...Supongo.

—¿Con todo tu corazón?

Saúl sintió un pinchazo en su espalda.

—¡Ay! —Ocultó una sonrisa—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Tú sabrás, tengo un arma en la mano.

Saúl rio de nuevo.

—¿Qué colonia usas?

—¿Qué?

—Es que llevas una colonia que huele de maravilla.

Leo se sintió sonrojar.

—Gracias.

—¿Cuál es?

—¿Para qué quieres saberlo? ¿No es mejor la intriga?

—Claro que no. Es conveniente saberlo por si algún día tengo que hacer un regalo a alguna novia y no se me ocurr...

Leo le clavó el alfiler con todas sus ganas.

—¡Ah! ¡¿Pero qué haces?!

—¡Estate quieto y cállate ya!

—¡Bienvenidos a la prueba de triatlón de la *gymkhana* de verano! —Jaime ya tenía el micrófono en la mano—. ¡Pongamos un poco de música para animar la fiesta! —Hizo un gesto con la mano a uno de los monitores y este se escurrió tras el

escenario. Al momento, T-Rex comenzó a sonar por los altavoces con su «Get it on».

—Recordemos al público y a los propios equipos que esta prueba es la

antepenúltima de esta *gymkhana* y Sustain Souls va en cabeza, pero todavía quedan tres pruebas y pueden pasar muchas cosas.

El grupo silbó y vitoreó alegremente.

—El triatlón consta de una carrera en bicicleta alrededor del pueblo. Después los participantes deben dirigirse directamente a la piscina y nadar un largo de ida y

un largo de vuelta y, como etapa final, deben correr una maratón de tres kilómetros,

también alrededor del pueblo.

La concurrencia silbó entusiasmada. La plaza se encontraba a rebosar de espectadores y curiosos.

Jaime prosiguió.

—El recorrido está indicado a lo largo del camino y varios monitores controlarán el desarrollo de la prueba en las áreas más alejadas del pueblo. — Su tono de voz cambió dramáticamente—. Sabemos que no va a producirse ningún

enfrentamiento entre grupos porque eso significaría la anulación definitiva de la *gymkhana*.

Un centenar de muchachos contuvo la respiración. Los Legionarios del Sur y Sustain Souls intercambiaron un breve cruce de miradas.

—Bien, atiende, Saúl, esto es importante. —Dulce desplegó un folio fotocopiado que mostraba el recorrido en bicicleta y el recorrido a pie.

—Ya lo conozco, sé por dónde es.

—Escúchame bien. Tienes que tocar el bordillo al final de cada largo, no te olvides o te descalificarán.

—Ya lo sé, Dulce, ya lo sé.

—No puedes reanudar la maratón después de nadar sin ponerte la camiseta, la tendré yo, te estaré esperando en el césped, ¿de acuerdo?

Saúl miró inquieto al Moro. El chico vestía el número siete en la espalda.

—Lo sé, Dulce, ya lo sé...

—¡Y deja de preocuparte por Los Legionarios!

—¿Quién se preocupa? ¡Yo no me preocupo!

—Saúl, estaremos animándote en la piscina para cuando termines con la bici

—intervino Cristina.

—Ya lo sé, ya lo sé... —Eché un nuevo vistazo a Los Legionarios del Sur,

pero los chicos parecían concentrados únicamente en sí mismos. Algo más

relajado, se volvió hacia su grupo—. ¡Eh, Leonor! Ya lo sabes, espero tus grito fervientemente.

Ella lo miró con burla mientras el chico se encaminaba con la bicicleta al punto de salida. Se había trazado una línea blanca en el suelo al comienzo de la calle Real, la cual había sido cortada al tráfico para la ocasión.

La pandilla entera advirtió que Noelia concursaba para Las Diosas del Alba y

el Quinqui a favor de Silver Road. El bibliotecario había sido elegido para representar a Cruce de Caminos y Mateo Cuatropajas para Los Reyes de Queens.

—¡Por favor! ¡Los dieciocho concursantes aproxímense a la línea de salida!

Los chicos obedecieron, al tiempo que docenas de curiosos y animadores asaltaban las aceras de la calle.

—Quienes no vayan a competir deben retirarse de la calle, apártense por favor, gracias, eso es. Esos niños de ahí, apartaos, por favor. Hay que dejar sitio a

los ciclistas.

Todavía llevó un tiempo que los dieciocho concursantes se acomodaran sobre sus bicicletas. A continuación, un monitor se situó junto a la línea de salida con un banderín en la mano.

Saúl levantó el pedal derecho y mantuvo la posición. Echó un vistazo a su izquierda y vio a todos los ciclistas con la mirada fija al frente, excepto Mateo Cuatropajas. El chico tenía el rostro vuelto hacia su derecha. Presa de curiosidad, siguió su mirada y descubrió a Leo hablando y riendo con Santiago. Atónito, dirigió su atención al muchacho. Este lo descubrió y bajó la mirada tímidamente.

El rubio resopló encolerizado. Luego dirigió su mirada al frente y aguardó expectante.

El monitor alzó el banderín y lo bajó velozmente. Las dieciocho bicicletas salieron en estampida, respaldadas por un coro de vítores y aplausos.

El resto de Sustain Souls no quiso demorar la marcha a la piscina, así que atravesaron la plaza y se encaminaron al polideportivo a paso rápido, acompañados

por los otros diecisiete grupos y un centenar de curiosos.

Entre tanto Saúl pedaleaba desaforado, jadeando y sudando copiosamente por

la ancha vereda que rodeaba el extremo sur del pueblo. Para su propia sorpresa, había logrado ponerse en cabeza tras dejar atrás al Quinqui, dos chicos que apenas

conocía y al Moro. Si consiguiese mantener el ritmo ganaría la prueba con absoluta

seguridad.

En ese momento vio cómo el terreno pedregoso se transformaba en una

pendiente, y cambió de marcha para hacer frente a la subida. En un segundo perdió

el control de la bicicleta, las ruedas bailaron caóticas y frágiles bajo sus pies y cayó violentamente al suelo. Acusó, dolorido, una docena de raspaduras en las rodillas y

los brazos, y advirtió cómo varios concursantes le sobrepasaban a la carrera. Se levantó y descubrió la cadena de hierro colgando inservible bajo los pedales.

Aquello tenía fácil solución, pero necesitaba unos segundos. Se apartó para no ser

atropellado y trató de recolocar la cadena en su sitio. Una vez lo hubo logrado, retomó la competición a tiempo para advertir humillado cómo Mateo Cuatropajas

le adelantaba exultante. El chico estaba tan sofocado que parecía que le fuese a explotar la cabeza. Saúl pedaleó rabiosamente, recordando la cara de pánfilo de Mateo mientras observaba a Leo, y sabiendo en lo más profundo de su alma que jamás se perdonaría el hecho de que semejante individuo le ganase.

En el polideportivo los muchachos esperaban ansiosos las llegadas de los

primeros ciclistas. Hasta allí se había desplazado Jaime junto con el resto de animadores y curiosos que se habían reunido previamente en la plaza. La banda blanca que indicaba el final de la prueba aguardaba tensa a lo ancho de la



calle que

conducía a la piscina, y docenas de niños corrían y jugaban de un lado a otro de la

calle, intentando emular a los concursantes.

—¡Ahí vienen los primeros ciclistas! ¡Ya están aquí! —voceó Jaime, señalando

la estrecha vereda que abrazaba el lado oeste de la piscina.

Extenuados, aparecieron sobre sus bicis varios de los concursantes. El Moro

iba en cabeza, dos chicos de otros grupos corrían detrás, Mateo Cuatropajas los seguía a buen ritmo y, pedaleando como un energúmeno, continuaba Saúl.

Los Sustain Souls prorrumpieron en gritos de ánimo y apoyo cuando lo

descubrieron en tan precaria posición. El muchacho pasó junto a ellos sin poder mirarlos si quiera. Los chicos se desgañitaron incansables coreando su nombre y luego, ante la mirada atónita de los presentes, Leo echó a correr tras el muchacho.

—¡Saúl, si no ganas te daré una paliza! ¿Me has oído?

El rubio esbozó una sonrisa. Si no fuera por la tensión y el agotamiento, hubiese roto a reír.

—¡Vamos, Saúl! ¡Más te vale que ganes! ¡Más te vale!

El chico venció la distancia hasta la piscina, dejó caer la bici en la puerta, se quitó la camiseta, los calcetines y las zapatillas y se lanzó al agua.

El grupo entero lo siguió fervorosamente.

Dulce reunió toda su ropa y se situó en la entrada del recinto.

—¡Toca el bordillo!

Saúl nadaba sin ver ni pensar, nadaba mecánicamente como lo haría un juguete al que le hubieran dado cuerda, tratando de no sentir el agotamiento que debilitaba

cada músculo de su cuerpo. Oyó en la distancia los gritos de Claudia, Leo y Cristina. Su ego masculino recuperó el aliento y el orgullo de vencer a Los Legionarios del Sur resucitó exultante. Tocó el bordillo y se lanzó a por el segundo

largo de piscina. Los gritos de apoyo lo acompañaron ininterrumpidamente hasta la

última brazada, tocó el bordillo, saltó sobre él y corrió jadeante en dirección a la salida. Dulce le arrojó toda la ropa a sus pies. Roberto, el bibliotecario, entró en ese momento en el recinto y se llevó la camiseta de Saúl enredada a un pie hasta el plato

de ducha.

—¡Eh!!

—¿¡Pero qué haces, desgraciado!?

Los gritos de furia y de pánico de los Sustain Souls no lo dejaron indiferente.

—¡Ha sido sin querer! —Arrojó la camiseta hacia las ropas de Mateo

Cuatropajas y se lanzó al agua.

Leo se acercó a Mateo para recuperar la prenda. El muchacho jadeaba y se vestía apresuradamente. La pelirroja tomó la camiseta y regresó a su grupo, allí se

la devolvió a Saúl mientras este se calzaba los calcetines y las zapatillas.

—¡Agua! ¡Dadme agua!

Alexander regresó al momento con una botella abierta de agua y se la tendió a su amigo mientras Mateo pasaba ante ellos y salía velozmente del recinto.

—¿¡Pero qué es esto!?! —Saúl se había puesto la camiseta y le quedaba tan estrecha de torso que apenas podía respirar—. ¿¡Qué coño es esto!?!

—¡Dios mío! —Santiago señaló a Mateo. El muchacho se alejaba con el número ocho a su espalda—. ¡Cuatropajas lleva tu camiseta!

Saúl abrió unos ojos como platos. Aquello ya era lo último que le faltaba.

Dulce ladeó al chico y descubrió en su espalda el número cuatro.

—¡Corre, Saúl! ¡Corre!

El rubio tomó la botella y, rojo de cólera, se lanzó a una frenética persecución.

Atravesó el polideportivo como una centella y salió a la vereda tras el muchacho.

Centenares de personas aguardaban a ambos lados del camino, apoyando calurosamente a los corredores con gritos y aplausos.

—¡Cuatropajas! ¡Cuatropajas!

Mateo se volvió hacia atrás y halló a Saúl con expresión enloquecida y corriendo hacia él como poseído por el diablo. Presa del pánico, aceleró la velocidad.

—¡Cuatropajas! ¡Dame mi camiseta, imbécil!

La muchedumbre contempló atónita la persecución. Algunos rompieron a reír

y aplaudieron divertidos mientras Mateo corría imparable. El fervor despertado en

el público le impedía entender los gritos de Saúl.

—¡Mierda! ¡Cuatropajas! ¡Llevas mi camiseta!

Pero Mateo corría aterrado sin entender nada en absoluto. No podía

comprender que Saúl estuviera dispuesto a pegarle en público, ni siquiera había mirado a la pelirroja cuando se había acercado a él, pero Barrotes era un tarado esquizofrénico de reacciones imprevisibles. Asombrado de sí mismo advirtió

cómo rebasaba al Quinqui y a los dos muchachos de Talavera. La locura de

Barrotes le estaba ayudando a lograr el primer puesto. Miró hacia atrás y le vio corriendo a unos escasos diez metros de distancia. Apuró el ritmo y advirtió que estaban llegando al último tramo de la vereda. El polideportivo se divisaba de nuevo al fondo, en la lejanía.

—¡Vamos, Mateo! ¡Tú puedes!

Pasó junto a Jacobo, Fernando y Lorenzo, quienes habían caminado hasta el lugar para animarle en su trayecto.

—¿Mateo?

—¿Por qué lleva la camiseta de Sustain Souls?

Saúl los rebasó al instante.

—¡Payaso, dame mi camiseta!

Los compañeros del muchacho se miraron estupefactos mientras Saúl corría y se desgañitaba gritando al mismo tiempo. Sin mediar palabra, emprendieron la carrera detrás de su amigo. A fin de cuentas, una cosa sí sabían con certeza: de

nada

serviría que Mateo llegase el primero a la meta si lo hacía con el número de otro

equipo.

Mateo logró sobrepasar al Moro, el cual lo miraba pasmado mientras trataba

de recuperar su puesto. Un instante después este se vio adelantado también por Saúl,

quien se limitaba a soltar por su boca todos los improperios imaginables en contra

de Mateo Cuatropajas, y a cierta distancia, para asombro de la concurrencia, desfilaban como exhalaciones otros tres integrantes de Los Reyes de Queens.

Para cuando llegaron al polideportivo la carrera era, a ojos de la multitud, un absoluto desconcierto.

Estaban dejando atrás la vereda cuando por fin Saúl logró alcanzar al

muchacho. Primero le lanzó la botella de agua a la cabeza y a continuación saltó sobre él y ambos cayeron al suelo. Un griterío de histerismo se apoderó del público, mientras Mateo se cubría el rostro con las manos.

—¡Déjame en paz! ¡No te he hecho nada!

—¡Dame mi camiseta, payaso!

—¿De qué hablas?

Alguien agarró a Saúl por detrás y le inmovilizó los brazos.

—¡Siempre buscando pelea, Saúl!

—¡Solo quiero mi camiseta!

Los tres compañeros de Mateo llegaron en ese momento, sudorosos y jadeantes.

—¡Mateo, quítate esa camiseta!

El chico pareció comprender finalmente. Se levantó del suelo y se quitó la camiseta. Atónito, descubrió el número ocho en su espalda.

Saúl se deshizo de su ofensor y se quitó la suya.

—¡Vamos, dámela!

El Moro les rebasó en ese momento como una exhalación. Saúl agarró por fin su camiseta y salió disparado detrás del muchacho. Logró meterse la prenda por la

cabeza y, a falta de encontrar los agujeros de las mangas, continuó corriendo con los brazos desnudos. Oyó los gritos de sus amigos y trató de hacer un último esfuerzo. Ya veía la banda blanca aguardando en la distancia entre un corro de gente, aplausos y vítores. Cien metros más y llegarían al polideportivo. Continuó corriendo con todas sus fuerzas, apenas podía respirar. El Moro perdió ventaja.

Cincuenta metros. Saúl advirtió que volvía a quedarse atrás. Veinte metros. Estaba a

punto de lograrlo. El Moro recuperó nueva ventaja. Diez metros. Era su última oportunidad. Oyó los gritos de Alexander y de Dulce, trató de responder ante ellos.

Hizo un esfuerzo sobrehumano y al fin cruzó la línea de meta.

Pero la banda ya estaba rota.

Completamente exhausto, vio a Los Legionarios del Sur celebrando la victoria del Moro. Saúl oyó las voces de sus amigos animándole cariñosamente a sus

espaldas. Furioso, se desvió ciegamente hacia una calle cualquiera y se dejó caer en el suelo. Tenía el corazón a punto de estallarle y encima nada de aquello había servido para nada.

—¡Saúl!

Alexander llegó corriendo.

—No pasa nada, tío, yo no lo hubiera hecho ni la mitad de bien, ¿vale? —Se sentó y le revolvió el cabello empapado.

Saúl jadeaba incontenible. Pasó las manos por la frente y se sacudió un reguero de sudor y agua de piscina. Después se levantó poseído por una furiosa impotencia.

—¡Cabrón pusilánime...! ¿Dónde está ese payaso...? ¿Cómo puede...? —

Tragó una bocanada de aire, apenas podía respirar—. ¿Cómo puede ser tan inútil...? —Caminó en dirección a la concurrencia—. ¡¿Dónde está!?! ¡Le voy a partir la cara!

—¡No, Saúl! —Alexander lo detuvo—. ¡No, tío, no! ¡Podrían anular la *gymkhana* por esto! —Trató de llevarle hacia atrás—. Vámonos, venga, ya está vámonos...

—¡Qué cosa tan inútil de persona! —Tragó otra bocanada de aire.

—Vámonos, anda, vamos a emborracharnos... —Alexander explotó en una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Dios... ¡Si te hubieras visto corriendo detrás de él, gritando como un

psicópata! ¡Solo te faltaba la sierra eléctrica! —Rompió a reír de nuevo.

—¡No tiene gracia, ninguna gracia! —Dio una patada contra la fachada de una casa y se dejó caer en el suelo.

Dulce llegó en ese momento.

—Bien, Saúl, has estado increíble, en serio.

—¡Saúl! ¡Saúl! —Leo corría hacia él—. ¡Te dije que te daría una paliza si perdías! —Pero se arrodilló junto a él y lo abrazó afectuosamente.

—Leo... —El muchacho la miró extenuado—. Estoy sudando y doy bastante asco.

Leo se encogió de hombros y le besó en la mejilla.

—En el fondo sé que has perdido por mi culpa.

Saúl apoyó la cabeza contra la fachada y la miró con ternura.

—Yo no creo eso.

—Pero eso es lo que ha pasado, me siento fatal... Ojalá pudiera hacer algo para compensarlo.

—Ven aquí, vamos a hacer cosas de mayores.

Ella rompió a reír.

—¡Saúl!

Santiago, Cristina y Claudia llegaron en ese momento.

—Podría haber sido peor —murmuró Santiago.

Saúl le contempló escéptico. Se levantó pesadamente y se quitó la camiseta.



—Me voy a casa. —De pronto se volvió hacia Leo—. ¿Quieres compensarme?

Ven a buscarme dentro de media hora.

—Saúl...

—Hablo en serio, de verdad, ven a buscarme.

—¿Para qué?

—No puedo decírtelo en público. —Sonrió con picardía y se alejó calle abajo.

Doña Elisa no solía recibir visitas a mediodía, por eso sintió extrañeza y curiosidad cuando oyó el timbre de la puerta. Apoyó la escoba contra la pared del

salón y se encaminó al recibidor. Al abrir la puerta descubrió sorprendida a la madre de Saúl y Santiago. Sonrió con agrado. La presencia de Santiago en el campamento había servido para que las mujeres hablaran por teléfono numerosas veces durante aquellos veinte días. Blanca se había mostrado constantemente

agradecida ante el cuidado que el niño había recibido de la anciana.

—Buenos días, Elisa, espero no interrumpirla, no sé si es un buen momento.

—¡Claro que es un buen momento! Pasa, pasa al salón.

—Muchas gracias.

—¿Cómo estás? ¿Cómo están los chicos?

—De eso quería hablarle. —Admiró disimuladamente la pulcritud del salón y su clásica decoración. Luego buscó de nuevo la mirada de la anciana—. No sabe lo

agradecida que me siento con usted por haberse llevado a Santiago al campamento.

Doña Elisa sonrió y negó con la cabeza. No le pasó desapercibida la dulce expresión de la mujer y su rostro cansado y sin maquillar.

—No te preocupes por eso, no fue nada. Santiago es un niño encantador.

—Ya... Ojalá me dijeran lo mismo del mayor. —Sonrió con resignación.

—Bueno, cada uno tiene su carácter, supongo.

—Sí, por suerte el ruso quiere contratarle para trabajar los fines de semana durante la temporada baja. Espero que así se mantenga alejado de los líos.

—Vaya, eso es una buena noticia.

—Quién lo diría, ¿eh? Sé que hubo una buena pelea en la plaza a causa de Saúl

y otros chicos.

—Sí... ¿Quieres tomar algo? ¿Un café o una cerveza?

—Una cerveza, sí, muchas gracias.

—Hace un calor horrible con este bochorno, ¿verdad? Ven conmigo a la cocina, se está mejor allí.

Entraron en la cocina y la anciana sirvió una cerveza fría en un vaso de cristal.

Lo dejó sobre la mesa y se acomodó frente a Blanca. Fue entonces cuando descubrió un paquete envuelto en papel de regalo en las manos de la joven.

—Quería comprarle algo como agradecimiento, pero no sabía qué. Al final le he traído bombones. Espero que pueda comerlos.

Doña Elisa se sintió sonrojar.

—¡Dios mío, Blanca, no era necesario...! Y claro que puedo comerlos... —

Desenvolvió la caja al tiempo que mostraba una afectuosa sonrisa—. Y aunque no

podiera, mi nieta se haría cargo de ellos en cuanto los viera.

Ambas rieron, al tiempo que la anciana invitaba a la joven a probar uno de los dulces.

—Santiago se portó muy bien durante los veinte días.

—Es muy fácil llevarle. Además, idolatra a su nieta, siempre me habla de ella.

Doña Elisa sonrió conmovida mientras que experimentaba un pálpito de orgullo en su interior.

—Se parecen mucho. Los dos son muy tranquilos.

—Sí... Los hay que no lo dejan en paz, pero él solo quiere vivir tranquilo. Es un niño muy bueno.

Doña Elisa frunció el ceño.

—Es cierto que me fijé en las marcas que tiene en la cara.

—Algunos chicos le hacen la vida imposible, son más que él. Le acosan y le pegan en cuanto tienen ocasión.

—¡Dios mío! No lo sabía.

—He intentado hablar con sus padres, pero ellos defienden a sus hijos, ni siquiera me escuchan.

La anciana apenas daba crédito. No estaba al corriente de todo aquello.

—¿Cómo es posible?

—Porque siempre es más fácil acusar a los hijos ajenos que a los propios.

En ese momento Cristina apareció en la cocina con un polo de limón en la mano. Su expresión se transformó en una radiante sonrisa cuando descubrió a la madre de Saúl y Santiago sentada a la mesa.

—¡Hola, Blanca!

—Hola, preciosa. —Se levantó y la besó—. He venido a ver a tu abuela.

¿Habéis ganado el triatlón?

Ella negó con la cabeza.

—Hemos perdido por los pelos, pero Saúl lo ha hecho muy bien, en serio, ninguno hubiéramos podido hacerlo mejor. Verás lo que ha pasado. —Se sentó a la

mesa y, llevándose un bombón a la boca, comenzó a relatar en tono divertido el altercado con la camiseta de Mateo Cuatropajas. En un instante las dos reían a

carcajadas.

Abrumada, doña Elisa contemplaba el entusiasmo de su nieta a través de una dolorosa mezcla de sentimientos encontrados.

—¿Saúl? —La puerta principal estaba abierta, así que Leo entró en la casa, cerró tras de sí y atravesó el estrecho pasillo. Llegó al luminoso salón y lo encontró desierto.

—¡Saúl!

—¡Sí, ya voy!

Leo tomó asiento en el sofá y al poco rato Saúl apareció vestido con ropa limpia, envuelto en una nube de desodorante y con el cabello mojado y revuelto.

Llevaba un sobre blanco en la mano. Con una gran sonrisa, se sentó junto a la chica

y se lo tendió.

—¿Qué es esto? —Lo ojeó y lo miró asombrada.

—Es mi sueldo.

—¿Por fin te ha pagado?

—Ayer por la tarde. Pero no fue Vladimir, él no estaba, fue su hija Annushka.

Me pagó el doble de lo que esperaba.

—Pero Saúl, podrías meterte en un lío.

—No te preocupes por eso. El Greñas estaba delante, y también una docena de clientes. La chica me pagó generosamente, eso es todo.

Leo lo miró confusa.

—¿Y a qué se debería ese acto de generosidad?

Saúl hizo una mueca de burla.

—Quizá sentía mala conciencia y quería equilibrar su mal karma. —Se levantó

con impaciencia—. ¿Te acuerdas que te dije que tenía un plan? ¿Querías acompañarme a un sitio?

—Pero creía que este dinero era para tu madre.

El chico sonrió entusiasmado.

—¡Leo, si quieres llegar a ser grande tienes que pensar a lo grande!

La pelirroja abrió unos ojos como platos.

—¿En qué vas a gastarte el dinero?

—Algún día mi madre me lo agradecerá. —Recogió el sobre y tiró del brazo de la chica—. Venga, has tardado una eternidad en venir y no tenemos toda la mañana.

Dejaron atrás el arroyo y enfilaron la cuesta que conducía al cine de verano.

Se desviaron a la izquierda, pasaron por el salón cultural, dejaron atrás una papelería y la tienda de ultramarinos. Saúl se detuvo frente al siguiente escaparate, se trataba de la ferretería. Leo siguió su mirada y vio una guitarra eléctrica de

cuerpo rojo y golpeador blanco, con pastillas blancas y puente del color del metal.

—Una Fender Stratocaster japonesa.

—¿Una qué?

—Leo, mi hermano lleva todo el maldito verano enamorado de esta guitarra.

Él cree que no lo sé, pero es capaz de pasar horas aquí de pie, contemplándola.

Necesita su propia guitarra para seguir practicando.

—¿Es cara?

—Mucho. —Lo dijo en un tono resignado—. Tendría que trabajar cuarenta horas a la semana durante un año para poder comprarla, pero puede haber más

adentro.

Entraron en la tienda, de espacio alargado y estrecho, y descubrieron expositores de bajos, guitarras españolas y acústicas y algunas eléctricas.

—Buenos días. —Un cincuentón de pelo largo y gruesa barriga les dirigió una fugaz mirada desde el fondo de la sala, al otro lado del mostrador.

—Estamos mirando.

—Bien.

El dependiente retomó el crucigrama del periódico mientras los chicos se dirigían a la guitarra del escaparate. Saúl suspiró al descubrir el precio.

—No te desanimes, mira esa de allí.

Se dirigieron a un expositor que mostraba diferentes instrumentos, entre ellos otra guitarra eléctrica. Saúl la contempló cautivado, se trataba de una Ibanez Jem blanca con las pastillas doradas. Miró el precio y se vino abajo.

—También es demasiado cara.

—¿Y esa de ahí?

Se acercaron a una flamante Gibson Studio de color negro.

—¡Qué cara! ¿Cómo puede ser tan cara? —Leo se volvió hacia el dependiente

—. Oiga, ¿no tiene guitarras más baratas?

El dependiente la observó y esbozó media sonrisa.

—Claro, te puedo vender una de plástico.

La pelirroja hizo una mueca de enfado y se encaminó hacia el mostrador.

—Mire, necesitamos una guitarra eléctrica por la mitad de precio, no podemos pagarle más de la mitad. ¿No tiene nada asequible?

—¿Por la mitad de precio? —Hizo una mueca de burla—. Te la puedo pintar en un papel.

—¿Se supone que vende guitarras de segunda mano!

—¡Leo!

—Vamos a ver, chica, es evidente que no sabes nada de guitarras. Lo que yo no

puedo hacer es venderte una Les Paul a cambio de tu paga dominguera, ¿vale?

La chica abrió unos ojos como platos. Aquel individuo era la persona más maleducada que había conocido en su vida.

—¡No es una paga dominguera! ¡Es un sueldo entero!

—¿Un sueldo entero? ¿Y dónde trabajas? ¿En un campo de concentración?

—Vale, Leo, vale, olvídale, ya se me ocurrirá algo.

El dependiente agitó la cabeza con impaciencia, pero al mirar a Saúl su expresión se transformó por completo.

—Yo a ti te conozco.

Saúl lo miró con recelo, aquello no podía significar nada bueno. Leo se retiró prudentemente, preparada para salir a la carrera en cualquier momento.

—¡Tú eres Saúl, el hijo del Rubio!

Saúl guardó silencio. Así llamaban a su padre antes de entrar en la cárcel.



—Eres su hijo, ¿verdad?

—Bueno, ¿y qué si lo soy?

—¿Cómo que y qué? —Una genuina sonrisa se apoderó de su rostro—. ¡Soy amigo de tu padre! Solíamos quedar algunos fines de semana para tocar la guitarra.

Luego me fui a trabajar a Tenerife, volví hace apenas dos años, al poco de que él...

No me dio tiempo a verle.

Saúl lo miró escéptico, aunque todo podía ser tratándose de su padre, el cual siempre había tenido amistades de lo más peculiares.

—¡Era un genio con la guitarra! ¡Tenía una mano increíble! —Calló de pronto

—. Quiero decir, la tiene. Chaval, eres su vivo retrato. —Se acercó y le palmeó la

espalda—. ¿Cómo le va?

—Normal.

—Claro. Ya imagino. —Su rostro se ensombreció un instante y luego sonrió de nuevo—. ¿Buscabas una guitarra para ti? ¿Has heredado el talento de tu padre?

—Mi hermano, mi hermano Santiago lo ha heredado. Buscaba una guitarra para mi hermano, pero...

—Vamos a ver... ¿Qué presupuesto tienes?

Saúl le dio el sobre.

El dependiente lo miró resignado.

—Pues vaya... —Se mesó la barbilla. Se le veía realmente frustrado—. No

puedo venderte la Gibson a menos de la mitad de precio, tienes que entenderlo, no

me compensa hacer algo así.

—Lo entiendo.

—Pero espera que piense... Espera... Tengo una Washburn BT8... ¿Te gustaría una Washburn?

—¿Habla en serio?

—Vale más de lo que tienes, pero puedo hacerte un descuento, un gran descuento. —Caminó hacia el mostrador, y de la pared izquierda descolgó una guitarra de color miel. Saúl la cogió y la contempló despacio. Una sonrisa enorme se fue apoderando lentamente de su rostro.

—¡Es preciosa, Saúl! —Leo miraba embelesada. No podía dejar de imaginar la reacción de Santiago cuando la viera.

—Ya lo sé.

—A todo esto, ¿tenéis algún amplificador?

Saúl se mordió el labio.

—Tenemos de treinta vatios.

—Bueno, no está mal para empezar. A fin de cuentas, dudo que tu hermano sueñe con hacer un *sustain*... —Rompió a reír, sin percatarse de la expresión de impotencia que acababa de apoderarse del rostro del muchacho.

Saúl trató de pensar. Con el dinero que ganase en el bar los fines de semana podría comprar pedales y amplificadores de mayor potencia. Lo conseguiría poco a

poco.

—¿Quieres probarla?

Saúl se mordió el labio.

—No sé tocar la guitarra.

—¿Te fías de mí o quieres que la toque por ti?

Saúl se encogió de hombros.

—Me fio de usted.

De pronto al dependiente le cambió la expresión. Lo miró fijamente y en silencio.

—Tu padre siempre se portó muy bien conmigo. Saúl, ¿cuál es la guitarra que querías comprar?

Saúl le miraba desconcertado.

—La Fender.

—Pues llévate la Fender.

Tragó saliva.

—No habla en serio.

—Claro que sí. ¡A la mierda! Llévate la Fender, no hay más que hablar. Vamos,

cógela, es tuya. De todas formas lleva varios meses muerta de risa en el escaparate.

—¿Me vende la Fender a cambio de esto...? —Señaló el sobre con el dinero, tenía el corazón al borde de un infarto.

—Es lo único que puedo hacer por tu padre. Llévate la Fender, de verdad.

Leo escuchaba petrificada. Apenas daba crédito al giro de los acontecimientos.

Casi en estado de *shock*, Saúl se dirigió al escaparate y cogió la guitarra. La llevó de nuevo hacia el mostrador.

—¿De verdad...? ¿Está seguro...?

—Decidido. ¿Quieres oír cómo suena? Vas a alucinar. —Se dirigió a la trastienda y regresó con un alimentador de corriente y un amplificador Marshall.

Conectó la guitarra y encendió el amplificador. Tanteó el volumen y la potencia y

afinó la guitarra. Saúl y Leo lo observaban expectantes. A continuación se dejó oír

por toda la tienda una melodía de Metallica.

—¿A qué suena? ¿A qué crees que suena?

El chico le dirigió una mirada llena de luz.

—A puro *rock*.

—Exacto.

Saúl sonrió maravillado. La potencia del amplificador y la vibración de la guitarra producían un sonido que no tenía ni punto de comparación con el que Santiago lograba en los ensayos.

—¡Es increíble!

—Pues es tuya. —La desconectó y se la cedió por el mástil—. Una Fender del

setenta y uno.

—¡Dios mío...! —La cogió tembloroso.

—Bien, voy a por una funda. No es de las duras, pero no puedo regalarte nada mejor. —Dicho esto, se perdió en la trastienda.

Leo no pudo evitar soltar una carcajada. El rostro de Saúl era el vivo reflejo del estupor.

—Leo, ¡creí que tendría que ahorrar durante años para poder comprar una guitarra mil veces peor que esta! ¡Imagina la cara que va a poner mi hermano! ¡Se

la daremos esta noche por sorpresa!

El dependiente regresó de nuevo con una funda negra acolchada. La abrió y Saúl guardó la guitarra y el cable de alimentación en su interior.

—Dale recuerdos a tu padre de mi parte.

Saúl bajó la mirada.

—Lo haré.

—¿Vas a verle muy a menudo? Espero que lo lleve bien. ¿Le queda mucho?

—Un par de años, en principio.

—Todavía lo recuerdo llevándote a hombros, eras un canijo insufrible. —

Soltó una carcajada—. En fin, dale recuerdos, no sabe que he puesto esta tienda, así

que dile que Fran le manda un fuerte abrazo y que aquí le espero para tocar un

poco

de *rock*.

—Se lo diré. Muchísimas gracias por todo. —Le tendió su mano con la mirada baja.

—Cuídate, chaval.

—Venga a vernos al salón cultural en la última prueba de la *gymkhana*. —Leo señaló la guitarra con la cabeza.

—Ya veo. —Sonrió divertido—. Allí estaré.

Salieron de la tienda en silencio, caminaron un par de calles hasta dejarla atrás y luego Saúl se detuvo y apoyó la guitarra contra una fachada. Deseaba golpear algo con todas sus fuerzas, pero solo estaba aquella casa de piedra y no quería romperse los dedos. Ansioso, sacó su cajetilla de Marlboro y se encendió un cigarro. Trató de aspirar el humo, pero tenía un nudo en la garganta.

Leo lo miraba en silencio. Se acercó a él y trató de abrazarle. Saúl la rechazó de inmediato, no quería caer en ningún tipo de sentimentalismo a causa de su padre.

—No pasa nada, Saúl. —La pelirroja insistió de nuevo.

Saúl la apartó con la mano y miró a otro lado, pero Leo lo intentó una vez más.

—No pasa nada. —Lo abrazó dulcemente y sintió cómo el chico suspiraba sobre su hombro. Le dejó estar de ese modo durante un largo rato, acariciando, entre tanto, su pelo revuelto y rizado.

El grupo pasó la tarde entera ensayando la obra de teatro. Aquella noche

debían transportar los instrumentos y el atrezo hasta el salón cultural, donde Jaime

y los técnicos de luces y sonido les estarían esperando. Para ello se habían visto en

la necesidad de contarle también a Dulce la existencia de la cabaña. La monitora se

mostró escéptica y burlona cuando los oyó hablar, pero enmudeció impresionada al

ver por fin la cabaña en persona. Luego les prometió firmemente mantener aquello

en secreto y añadió, resuelta, que ella misma se encargaría de conseguir una furgoneta para transportar los instrumentos antes de la hora de la cena.

Finalmente fue Jaime quien les prestó su propia furgoneta, la cual había

utilizado para numerosas pruebas de la *gymkhana* a lo largo de aquel verano. Los chicos montaron de nuevo los instrumentos en el escenario del salón cultural y pidieron a Jaime los altavoces y amplificadores utilizados en los eventos. Les llevó

más de una hora tenerlo todo a punto. Luego regresaron a la cabaña y repasaror todo el atrezo que aún no habían conseguido.

—Recordad que antes de ir al salón cultural hemos quedado con Dulce en El Mirador. ¿Tenéis la lista de las cosas que necesitamos?

—Sí, la tengo yo. —Leo extrajo una nota del bolsillo de sus vaqueros.

Alexander se sentó junto a Cristina.

—Creo que los monitores de Silver Road y Las Diosas del Alba también han quedado con sus grupos en El Mirador. Va a ser una noche entretenida.



Las nubes no se desvanecieron a la llegada de la noche, sino que, por el contrario, se condensaron hasta el punto de arrojar sobre el pueblo una lluvia tosca,

al tiempo que bajaba de la sierra un viento templado e impetuoso.

Pasadas las diez, Alexander partió a casa de Cristina. Caminaba alegremente por las calles silenciosas y húmedas. Se había levantado del suelo un agradable aroma a tierra mojada y los árboles se mecían susurrantes sobre su cabeza.

El muchacho repasó una vez más su manera de proceder, no tenía intención de andarse con mucha charlatanería. Simplemente llevaría a Cristina de la mano a una

calle oscura, le diría que había pasado los peores veinte días de su vida mientras ella estaba en aquel campamento y luego la besaría. Y después volvería a besarla.

Sonrió confiado y fantaseó apasionadamente sobre el desarrollo de la situación.

Luego se tensó y trató de enfriarse un poco, porque antes de aquello debía hacer acto de presencia ante doña Elisa. Tenía que volver a ganarse su confianza, de lo contrario no habría forma de ver a Cristina los fines de semana en Madrid, no quería que ella mintiera a su abuela por su culpa.

Por fin vio la casa en la distancia. Había luz en el jardín, escuchó la risa de la chica y un alegre manojito de nervios se apoderó de su estómago. Se dirigió a la puerta del patio y tocó con los nudillos. Oyó pasos y luego la puerta se abrió. Ante

sí tenía a doña Elisa. La anciana lo miró asombrada, pero en esta ocasión el muchacho no percibió ninguna furia contenida en sus ojos.

—Buenas noches.

—Hola, Alexander, pasa.

La anciana se hizo a un lado y, para su decepción, Alexander halló a Cristina sentada a la mesa junto a Santiago. Los dos cenaban entre risas y bromas. Volvieron

sus cabezas y le descubrieron en la puerta. La expresión de Cristina se inundó de alegría.

—¡Álex! —Se levantó y se acercó corriendo. Miró a su abuela de reojo, al tiempo que le tomaba la mano y tiraba de él hacia el jardín.

Doña Elisa les dejó pasar.

—Siéntate, Alexander, ¿quieres cenar? Ellos aún no han terminado.

—No, gracias, ya he cenado. —Se dirigió a la mesa y tomó asiento frente a ambos.

—¿Ya has cenado, Álex? —Santiago se llevó un pedazo de San Jacobo a la boca—. ¿Y qué has cenado?

El adolescente lo miró a los ojos y advirtió una contenida irritación, como si su inesperada visita le supusiera una auténtica molestia.

—He cenado *pizza*.

—¿Pero no es eso lo que cenaste ayer?

—Sí. —Alexander hizo un gesto de resignación y sonrió cordial. Podía percibir los terribles celos del pequeño creciendo desmesuradamente.

—¿Es que tu madre siempre cocina lo mismo?

Cristina miró a Santiago con expresión divertida, tratando de entender a dónde quería ir a parar.

—Mi madre no cocina mucho... —Miró de soslayo a doña Elisa y esbozó una sonrisa divertida—. Y es mejor así, en serio. Podría quemar la cocina.

La chica frunció el ceño. Algo extraño sucedía.

—¿Entonces siempre comes *pizzas* encargadas por teléfono?

Alexander taladró a Santiago con la mirada.

—No siempre.

—¿A tu madre no le importa que te alimentes tan mal? A mi madre le daría algo si yo cenase *pizza* todas las noches.

Cristina miró aturdida a su abuela. La anciana contemplaba el desarrollo de la jugada en un prudente silencio.

—A mi madre no le importa. De hecho creo que ni siquiera se entera.

—¿Ah, no? ¿Es que nunca cenáis juntos?

—Se te está enfriando el San Jacobo.

Santiago soltó una carcajada.

—Perdona, no quería hacerte sentir mal.

El adolescente le dirigió una mirada inescrutable.

—Tranquilo, no puedes hacer eso.

—¿Es verdad que tu madre se olvidó de tu cumpleaños el año pasado?

Durante un instante, Alexander sintió el impulso de abofetear al pequeño, pero

no reflejó en su rostro más que media sonrisa.

—Sí, es verdad.

Santiago buscó la complicidad de Cristina y de doña Elisa con expresión divertida.

—¿Cómo puede una madre olvidarse del cumpleaños de su hijo? ¿Cómo puede, eh?

—Santiago, termina la cena y no hables de lo que no te incumbe.

Cristina miró a su abuela al tiempo que se apoderaba del ambiente una tensión que hubiera podido cortarse con un cuchillo. Santiago buscó todavía la complicidad

de Cristina, pero solo halló en sus ojos un silencioso reproche y, embargado por un repentino sentimiento de soledad, bajó la mirada al plato y trató de contener las

lágrimas. Alexander se levantó en ese momento.

—Os espero en El Mirador.

Doña Elisa le siguió hasta la puerta. Antes de abandonar el patio, Alexander se

volvió hacia ella y leyó en su mirada una expresión de connivencia. Aliviado, le dedicó una dulce sonrisa.

—No pasa nada.

Luego salió a la noche húmeda y se alejó de allí a paso rápido.

El Mirador rebosaba vida y bullicio al tiempo que la voz de Axl Rose brotaba

de los altavoces con «Sweet child of mine». A la espera de Cristina y Santiago, los Sustain Souls se habían repartido entre la terraza y el interior del bar, en animada

charla con los Silver Road y Las Diosas del Alba.

Heavy sacó un par de botellines y se dirigió a la puerta del bar, donde

Alexander aguardaba sentado en el escalón de la entrada con un cigarro en los labios.

—Sin alcohol. —Se sentó junto a él y le tendió uno de los botellines.

—Venga ya... —Lo cogió malhumorado.

—Lo he intentado, pero enseguida te han echado el ojo desde la barra.

Alexander le ofreció un cigarro y Heavy paseó su mirada sobre los clientes sentados a las mesas de la terraza.

—Bueno, ¿cómo va lo tuyo con la niña?

—No la llames la niña.

—¡Es una niña!

—En tu boca suena horrible.

Heavy soltó una carcajada.

—A cambio de partir la cara a Page, algo habrás sacado, ¿no?

—Ese cabrón de Page... —Meneó la cabeza y echó otro trago al botellín—.

Vas a tener que dejarme ocupar tu casa los fines de semana.

Heavy soltó un silbido.

—Vaya.

—Sí, pero todavía no he podido ni intentarlo. Santiago la sigue a todas partes, y cuando no es Santi es su abuela o qué se yo...

—Llévala en moto al embalse para que nadie os moleste.

Alexander sintió cómo su corazón se aceleraba bruscamente. Acababa de divisar a Cristina subiendo la rampa del recinto. Santiago caminaba junto a ella.

—No seas tan *peliculero*... Lo voy a resolver esta misma noche en cuanto tenga la menor ocasión.

—¡Ya estamos todos! —Dulce agitó los brazos desde una de las mesas de la terraza. Leo y Claudia estaban con ella.

Alexander se levantó perezosamente. Cristina le descubrió entonces en el umbral de la puerta y se acercó a paso rápido.

—Álex... Yo no sé qué le ha pasado a Santi, no lo entiendo, no...

—Da igual, no importa. —Se deleitó en contemplar su expresión de afecto—.

Escucha, tengo una conversación pendiente contigo.

Cristina vio aquella tierna sonrisa asomando a su rostro y su corazón se desbocó en el acto.

—¿Qué es?

Saúl salió a la terraza y pasó junto a ellos.

—Vamos, *pastelosos*.

Alexander sonrió molesto.

—Luego hablamos.

Dulce aguardaba impaciente, y cuando por fin todos estuvieron sentados a la mesa, desdobló el papel que le había pasado Leo.

—Veamos qué me habéis encargado comprar. —Comenzó a leer en silencio y frunció el ceño—. ¿Un alfanje? —Les miró de hito en hito—. ¿Estáis locos?

—Venga, Dulce, tírate el rollo, lo necesitamos —replicó Saúl.

—¿Y de dónde creéis que puedo sacarlo? —continuó leyendo—. Un colgante de marfil, una peluca morada, una corona de rey, a ser posible que no parezca de plástico, botas de cuero de la talla cuarenta y tres, un chaleco de ante, un escudo medieval, seis revólveres... —Levantó el rostro de nuevo—. Tenéis que estar de coña. ¿Os pensáis que soy el genio de la lámpara? —Miró su reloj—. ¿Y por qué habremos quedado tan tarde con Jaime? Voy a llegar tarde.

—¿A dónde?

—Un grupo de amigos toca en un pub de Talavera. Se juegan un contrato con una discográfica.

Los muchachos enmudecieron al unísono, poseídos de pronto por un profundo sentimiento de estupor y envidia.

—Vaya —murmuró al fin Santiago.

—Llevan casi diez años intentándolo. Se lo han ganado a pulso y quiero estar ahí para cuando eso suceda.

Alexander la miraba visiblemente interesado.

—¿Cómo han conseguido quedar con ese tipo?

—Moviéndose mucho, peleando mucho, tocando mucho.

Los chicos guardaron silencio de nuevo. Un silencio tenso que amenazaba con precipitarse a una marejada de preguntas y exclamaciones en voz alta.

—No me miréis con esas caras, ya sé lo que estáis pensando, me ha alucinado que vayáis a tocar instrumentos en la función, estoy deseando oíros. Pero para firmar un contrato necesitáis muchos años de trabajo, mucho esfuerzo, mucha experiencia y, sobre todo, canciones que sean vuestras, originales. Para hacer buenas canciones se necesitan años de práctica. Estáis empezando y os animo a seguir. Lo mismo vosotros también algún día...

—No importa —terció Alexander con un brusco ademán de la mano

—.Volviendo a lo del atrezo, al menos consigue el alfanje.

A ninguno de los Sustain Souls le pasó inadvertido que, tras su aparente actitud

de humildad, Alexander escondía una mirada retadora, divertida y anhelante. Los cinco guardaron silencio, sabiendo que podrían retomar aquel tema de conversación cuando lo vieran oportuno.

—Consigue también las monedas de oro —añadió Saúl.

—Y el vestido de viuda medieval.

—¿Para qué diablos necesitáis un alfanje?

—Para el duelo.

—¿Qué duelo? ¡Dios bendito...! ¿Estáis seguros de que esto se puede representar en el salón cultural?



—Lo veremos enseguida. ¿Estarán ya esperándonos allí Jaime y los técnicos?

—Quizá en media hora o... —Dulce apenas pudo terminar la frase porque de pronto estalló sobre sus cabezas una inesperada granizada.

Entre risas y gritos, el grupo entero se levantó apresuradamente y junto con otra veintena de personas, corrió al resguardo del bar. Cobijados bajo el alero del

umbral, contemplaron la lluvia de granizos al contraluz de la iluminación del establecimiento. Un relámpago cruzó fulgurante el cielo en las lejanas montañas de

la sierra y, tras varios segundos de silencio, se dejó oír en el llano el profundo estertor del relámpago.

La tormenta parecía querer continuar al ritmo de Guns N' Roses, así que tras unos minutos en la puerta, la clientela se dispersó en el interior del bar. A partir de ese momento, y gracias a la discreta colaboración de los Silver Road, comenzó una

serie de pedidos clandestinos en la barra destinados a las gargantas de Alexander, Saúl y Claudia. Había tal bullicio y aglomeración en la sala que apenas lograban verse y oírse unos a otros. En un momento dado, Saúl y Alexander se hicieron con

un megáfono que adornaba una de las paredes del bar y, subiéndose al futbolín, comenzaron a cantar «Paradise City» con todas sus fuerzas.

Las Diosas del Alba no tardaron en rodearlos, fieles a la idolatría que les profesaban, al tiempo que uno de los camareros les amenazaba desde la barra.

—¡Atención, por favor! —vociferó Saúl cuando la canción hubo acabado—.

¡Tengo algo que anunciar!

El megáfono se acopló y se oyó un coro de carcajadas.

—¡Tengo que decirles que...!

El camarero se abrió paso entre la multitud.

—¡Bajaos de ahí ahora mismo!

—¡Un momento! ¡Tengo que anunciar una cosa muy importante!

—¡Dame el megáfono y bájate de ahí!

—¡Solo pido un momento de atención y luego te lo devuelvo!

El megáfono se acopló de nuevo. A aquellas alturas no quedaba un alma en el bar sin tener su atención sobre los muchachos.

—Esta noche tengo algo muy importante que decir a mi hermano —continuó Saúl—. ¿Dónde está?

Santiago lo escuchaba paralizado desde la máquina del *pinball*. Aturdido, buscó ayuda en Cristina, pero la chica se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¡Ven aquí, hermano! —Alexander le señaló y le hizo un gesto con la mano para que subiera al futbolín.

Santiago lo miró atónito. Resultaba evidente que el alcohol le había hecho olvidar el incidente de la cena.

—¡Venga, ven aquí! ¡Saúl quiere decirte una cosa!

La clientela dejó espacio para que el pequeño pudiera acercarse a ellos.

—Santi... —Saúl tocó algo en el megáfono que hizo sonar una estridente sirena. Alexander rompió a reír.

—No, no era eso lo que quería decir... —Saúl se tambaleó divertido.

Comprobó satisfecho que todo el mundo lo miraba y prosiguió su declaración —.

Quiero decirte que eres el futuro de los Sustain Souls, y la prueba de mi fe está detrás de la barra.

Docenas de cabezas se volvieron entonces hacia la barra. El camarero resopló molesto al tiempo que veía a Leo pedir algo en el lugar. Una de las camareras se dirigió a la cocina y regresó con una funda de guitarra. Leo la tomó y atravesó la

sala con una radiante sonrisa hasta llegar al futbolín. Santiago contempló estupefacto cómo la funda pasaba a las manos de su hermano mayor.

—Qué será, será... —bromeaba este a través del megáfono.

Cristina y Claudia se llevaron las manos al rostro. Apenas podían dar crédito.

—¡Sube aquí, chaval! —Alexander tomó a Santiago de la mano y le hizo subir al futbolín.

—¡No! —El camarero contempló enervado cómo el pequeño se sumaba al dúo.

—Santi, sé que te mereces esto y mucho más, ¡así que deja de mirarme y ábrela de una vez!

Se oyeron algunas risas mientras que el pequeño descorría la cremallera de la funda. Sucedió entonces que su mirada tropezó con el clavijero de la guitarra. En apenas un segundo vio la marca escrita y un grito de radiante alborozo brotó salvaje de su garganta.

—¡Sí, señores! —Alexander tomó el megáfono—. ¡Es una Fender Stratocaster japonesa! —Vio las caras de los Silver Road y rompió a reír con toda su alma.

—¿La Fender de la ferretería? No puede ser.

Los comentarios de escepticismo murieron cuando Santiago desenfundó la guitarra. Un coro de sorpresa y admiración hizo eco por toda la sala.

Por su parte, desbordado por el impacto, el niño contemplaba cautivado el color rojo del cuerpo y el blanco del golpeador.

—¡Mi guitarra...! ¡Mi guitarra...! ¡Mi guitarra...!

—Eso es, Santi. Por fin es tuya.

Dulce se llevó las manos al rostro. Definitivamente, Saúl era una caja de sorpresas.

—Pero, ¿cómo...? ¿Cómo has podido...? ¿Cómo...? —La voz de Santiago se quebró de pronto, ahogada por la emoción.

—Ya tienes tu propia guitarra para tocarla todos los días del año.

—¿Cómo vas a llamarla? Tendrás que ponerle un nombre, ¿no?

Aturdido, Santiago miró a Alexander y luego contempló la guitarra de nuevo.

—Dios mío... Es mi Fender. ¡Es mi Fender! ¡Sabía que la conseguiría! ¡Sabía que algún día la conseguiría! ¡Es el mejor regalo que me han hecho en mi vida!

¡Es...! —Se mordió el labio y rompió a llorar. Sin soltar la guitarra ni por un momento, abrazó fuertemente a Saúl.

El público rompió a reír al tiempo que el hermano le palmeaba en la espalda

cariñosamente.

—Venga, Santi... Que hay chicas delante. —Soltó una carcajada.

Santiago sonrió entre lágrimas. Después dirigió una profunda mirada de arrepentimiento a Alexander.

—Dama, se va a llamar Dama.

—Dama es un buen nombre.

—Vale, vale, abajo los tres, que me vais a romper el fútbolín.

Los muchachos obedecieron y enseguida se vieron rodeados por los monitores y los Silver Road. Alegrementemente, Saúl relató su forma de conseguir la guitarra eléctrica. Una oleada de envidia recorrió las miradas de la mayor parte de

los jóvenes, al tiempo que Santiago permitía que Claudia y Cristina examinaran su

reciente adquisición. Guns N' Roses sonó de nuevo con su versión de «Since I don't

have you» y, poco a poco, la curiosidad se fue disolviendo entre la clientela.

—¡Por Dios! ¿Para qué necesita tu hermano una Stratocaster japonesa? ¡Me la podrías haber regalado a mí!

Claudia soltó una carcajada.

—Hablas desde la más profunda ignorancia, Ramirito.

—Oye, deja ya de llamarme así, me tienes hartito.

—Deberías tratar este problema con tu madre.

—¿Perdona?

—Ella te puso ese nombre, ¿no?

Alexander sonrió divertido y descubrió a Cristina mirándole a pocos metros.

Se acercó a ella y le ofreció su cubata.

—No, gracias, ni siquiera me gusta el ron.

El chico olisqueó su vaso.

—¿Qué bebes?

—Licor de melocotón sin alcohol. —Sonrió coqueta—. Me ha invitado un chico.

Frunció el ceño.

—¿Quién?

—Uno que está en la barra. —Comprobó satisfecha cómo Alexander buscaba la posible amenaza entre los reunidos en la barra.

—¿Pero quién?

Cristina rompió a reír.

—Ha sido Beee.

Alexander enarcó una ceja y ambos estallaron en carcajadas.

—¡Venga ya!

—Le he preguntado si es verdad lo de la oveja.

El chico la miró estupefacto.

—¡Oh, Dios, Cris! ¿Cómo se te ocurre?

—¡Es broma, es broma! ¡Qué cara has puesto! —Rompió a reír de nuevo.

—Me acuerdo de esa noche...

—Yo también. —Cristina hizo un mohín con la nariz—. Me dijiste que bailaba fatal.

—¡Madre mía! Nos pegaron una paliza. ¿Y tú solo recuerdas que te dije que bailabas fatal? —Alexander comenzó a reír—. Pero todavía tengo el coraje de intentar bailar contigo.

La tomó de la cintura y comenzaron un vaivén lento y relajado.

—Por cierto, me contaste muchas mentiras esa noche.

—¿Yo?

Sonrió divertido.

—Todo eso de que querías cantar como Joan Jett y tus conocimientos sobre *rock*.

Cristina soltó una carcajada.

—Ese tema ya lo aclaramos en el precipicio, antes de jugarnos la vida.

Luego sonrió y bajó la mirada.

—Aquella noche hiciste de casamentero para Saúl y para mí... —Lo miró divertida—. ¿Te acuerdas?

—No... —Gruñó malhumorado, pero luego se apoderó de su rostro una conmovedora expresión de afecto—. O quizá sí. ¿Qué fue lo que te dije?

Cristina se mordió el labio. Una sacudida de vergüenza sonrojó sus mejillas.

—Vamos, dímelo, a lo mejor quiero acordarme.

Le vio sonreír con dulzura y su corazón palpitó abrumado.

—Me dijiste que actuara como si me estuviera enamorando de ti.

Alexander ni siquiera pestañeó.

—¿Qué más te dije?

Cristina se sintió traspasada por sus ojos castaños.

—Que no me enamorase de verdad...

De repente descubrió una silenciosa expresión en Alexander que le hizo enmudecer al momento.

—Cris, esa noche fue la primera en la que deseé...

—¿Qué? —Lo miró a los ojos, anhelante y escéptica al mismo tiempo.

—Yo...

La chica notó sus manos tomando su rostro. Su corazón se aceleró enloquecido.

Lentamente Alexander inclinó el rostro sobre su oído.

—Vámonos afuera.

Ella se estremeció ante el susurro de su voz. Una parte de sí misma se resistía a creer que aquello fuera posible.

—Pero está lloviendo a cántaros.



—Da igual. Vamos a donde nadie nos vea. —De nuevo buscó su oído con los labios—. Vámonos ahora, por favor, vámonos los dos solos, ya no puedo sopor...

—¡Alexander! —Saúl apoyó sus brazos sobre los hombros del muchacho.

—¿¡Qué!?

El rubio lo contempló divertido y soltó una carcajada.

—Perdón, perdón, siento interrumpir, pero el deber te llama. Bueno, de hecho, os llama a los dos.

—¿Qué coño pasa, Saúl? ¿Qué coño quieres ahora?

El chico serenó su burla. Si no le hubiera visto como un alma en pena durante los últimos veinte días, habría estallado en carcajadas.

—Dulce nos está esperando en la puerta. Es la hora de ir al salón cultural.

Todavía diluviaba cuando se reunieron en la entrada, de modo que Heavy se ofreció para llevar en su coche a los muchachos que no cupieran en el coche de Dulce. Cristina evitó deliberadamente ocupar una plaza en este último. A aquellas alturas del verano, lo único que sentía por la monitora era un angustioso rechazo provocado por los celos y la inseguridad. Observó los movimientos de Alexander y

suspiró aliviada cuando lo vio elegir sin dilaciones el coche de Heavy. Claudia subió con ellos, ocupando el asiento del copiloto. El resto se dirigió al otro coche.

Cuando ya habían descendido a la carretera, Alexander pidió detener el vehículo ante la puerta de su casa. Bajó y se adentró en ella a paso rápido. Al poco tiempo regresó con la videocámara en sus manos.

—¿Para qué quieres eso? —preguntó Heavy mientras arrancaba el coche.

—Hay cosas que solo suceden una vez en la vida.

—¿De qué hablas?

—Ya te enterarás si logro que nos salga bien.

Cristina lo miraba presa de curiosidad, pero no dijo nada. Ya tendría tiempo de preguntarle cuando estuvieran a solas.

El salón cultural parecía mucho más grande de lo habitual al encontrarse

vacío. Solo Jaime y los técnicos de luces y sonidos se encontraban dentro cuando llegaron los Sustain Souls. Pero a los pocos minutos apareció la pandilla de Edu al

completo. Entraron en la sala riendo y gritando escandalosamente, con docenas de

bolsas de plástico en las manos rebosantes de disfraces y artículos de atrezzo.

—¿Dónde estabais? ¡Llegáis tarde! —protestó Saúl acaloradamente.

Jaime y Dulce observaban desconcertados.

—¿Quiénes son estos niños?

—Nuestros ayudantes.

De modo que los dos supervisores guardaron silencio.

A partir de aquel momento comenzó la complicada tarea de ajustar el sonido.

Los muchachos pasaron largo rato intercambiando ideas con los técnicos, ansiosos

por saber si ciertas sugerencias podrían o no llevarse a cabo.

Los técnicos leyeron el guion, se miraron abrumados y prometieron hacer

todo lo posible para representar aquella historia. Jaime se despidió entonces de todos ellos. Formaba parte del jurado y no debía ver la función antes de su representación oficial. Allí quedó Dulce, quien se había sentado en una butaca de la

segunda fila. Tenía la videocámara de Alexander en sus manos, el muchacho le había pedido grabar el último ensayo. Pero todavía tuvo que esperar media hora más oyéndoles hablar, gritar y reír entre bastidores, hasta que por fin anunciaron que ya estaban preparados y que las luces podían apagarse.

Entonces la sala quedó a oscuras y el telón se descorrió lentamente.

28

*I would fight for you, I'd lie for you*

*Walk the wire for you, yeah, I'd die for you.*

«(Everything I do) I do it for you», Brian Adams[\[36\]](#)

—¡Cris! ¡Cristina!

Abrió los ojos y la luz del sol le golpeó de lleno en el rostro. Adormilada, creyó haber oído algo, pero estaba demasiado cansada, de modo que cerró los ojos

de nuevo y se cubrió la cabeza con la almohada.

—¡Cristina!

Esta vez la voz sonó extraordinariamente cerca, al tiempo que un golpeteo

resonaba en el cristal de la ventana. Abrió los ojos de nuevo, se descubrió el rostro

y vio a Santiago en su tejado. En ese momento recordó todo lo sucedido tras el ensayo de la noche anterior en el salón cultural. Se levantó precipitadamente y

abrió

la ventana.

—¿Qué...?

—¡Lo ha hecho! —Santiago sonrió dichoso—. ¡Alexander lo ha conseguido!

Cristina lo miró estupefacta. Lo había conseguido. Alexander lo había

conseguido. Recordó la conmoción inicial de Dulce tras la representación. Y luego

el empeño de Alexander, tratando de convencerla para que hablara con el

representante de la compañía discográfica que iba a conocer a sus amigos aquella

misma noche.

Dulce se había negado en redondo. «¿Estás loco, Alexander?», había dicho.

Pero únicamente porque se sentía avergonzada de presentarse ante sus amigos y tratar de vender otro grupo al representante.

El muchacho había insistido tanto que finalmente Dulce había cedido. «Pero no

seré yo quien lo haga. Lo harás tú. Tú vendrás conmigo y hablarás directamente con

él. Así que piensa despacio qué vas a decir y cómo lo vas a decir».

Los Sustain Souls habían gritado de la emoción y Alexander se había

entusiasmado tanto que no había podido evitar abrazar tan fuertemente a Dulce que

incluso la levantó del suelo. Luego ambos tomaron asiento en el coche y

partieron a

Talavera.

Cristina había vuelto a casa sin despedirse de nadie, con el corazón roto y las lágrimas resbalando por sus mejillas. Claro que le fascinaba la idea de cantar frente

a un representante, compartía con el resto del grupo el sueño de llegar a ser grandes. Pero no a costa de ver de nuevo a Alexander con Dulce. Alexander era todo cuanto quería, todo cuanto necesitaba para ser feliz. Y por azares del destino,

ahora Dulce volvía a quitárselo de las manos.

Cristina sintió un súbito arrebató de impotencia y trató de serenarse. Se hizo a un lado y dejó pasar al pequeño.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Álex está ahora en mi casa. Nos lo ha contado con pelos y señales. Le llevó

la noche entera ganarse la atención del representante. ¿Y sabes una cosa? No lo consiguió. No le hizo ni caso.

—Entonces ¿por qué dices...?

Santiago le dirigió una sonrisa traviesa.

—¿Te acuerdas que Álex pidió a Dulce grabar el ensayo? ¡Pues era

exactamente para eso, para que Dulce entregara la cinta al representante! —  
Santiago

hablaba tan entusiasmado que las palabras salían atropelladamente de su boca  
—. La

cosa cambió cuando ella le dijo que debía ir él mismo en persona. Así que

Álex intentó convencer al representante de que viniera a vernos tocar la noche de la función, pero el tipo estaba de mal humor y no quería escucharle. Cuando ya se iba

del local, Alexander se acercó de nuevo, supuestamente para disculparse por haber

sido tan pesado —en este punto Santiago rompió a reír— y mientras le pedía perdón, logró colarle en el bolsillo de la chaqueta la cinta con la grabación.

Cristina lo miró atónita. Alexander era tan perseverante y tenaz que parecía no haber obstáculo suficientemente grande en este mundo para él. Una emocionada sonrisa asomó a sus labios.

—Álex es increíble.

El pequeño ni siquiera pareció disgustarse ante semejante comentario. La miraba todavía dominado por la más absoluta emoción.

—¿Te das cuenta, Cris? ¡Un representante va a vernos tocar! —Luego torció el gesto—. Aunque sea en video.

—¿Cómo podemos estar seguros de que querrá verlo?

—¡No podemos! Pero Álex ha dicho: «Hay que tener fe. Tengamos fe». —

Santiago mostró una sonrisa adorable—. Y en eso estamos.

—Dios mío, Santi... —Cristina pareció despertar completamente y su corazón se precipitó nervioso contra su pecho.

Santiago la sacó de sus pensamientos.

—Tenemos reunión en el salón cultural dentro de una hora. Me toca ir casa por casa.

Cristina afirmó con la cabeza.

—Vale. Así Álex podrá contarnos a todos cómo fue.

—No, Cris, Álex ha ido de nuevo a Talavera con Dulce.

Cristina lo miró sorprendida, y esta vez Santiago sí fue capaz de percibir el dolor que embargaba su mirada.

—Para comprar el atrezo.

Ella afirmó en silencio.

—No te agobies, volverán enseguida. —Dicho esto, saltó de nuevo al tejado.

De pronto se agachó y, al levantarse de nuevo, tenía una rosa roja en la mano. Se acercó otra vez al alféizar y sonrió con dulzura—. Por cierto... Mira qué bonita.

Cristina lo miró con ternura.

—Gracias, Santi, es preciosa. —Tomó la rosa y, para regocijo del pequeño, la olió y la contempló con agrado.

—Bueno... —Ligeramente sonrojado, Santiago se rascó la cabeza—, hasta luego —Y desapareció por el tejado.

La mañana se les fue en una interminable sucesión de ensayos y rectificaciones de luces y sonidos. Alexander y Dulce regresaron a la una del mediodía, cargados

con grandes bolsas de compra, culminando así la búsqueda de todo lo necesario para representar la función.

—¿Qué habéis traído? —Santiago se acercó a ellos con viva curiosidad.

Abundaban los trajes de ángeles y demonios, capas de caballeros medievales, pistolas y sombreros de vaqueros.

El resto de los muchachos lo imitó al instante y pronto se volcaron en una entusiasta inspección de todas las bolsas. Solo Cristina se mantenía ligeramente apartada, apoyada contra la tarima del escenario y observando la situación en un hermético silencio. Alexander no tardó en buscar su mirada y, lentamente, casi temeroso, se acercó a ella con expresión de pesar.

—Te he traído una cosa.

Cristina lo vio sacar un colgante del bolsillo de los vaqueros. Se trataba de una

triqueta celta de acero anudada a un cordón negro.

—Es para tu personaje —añadió.

Lo cogió con absoluto desinterés y lo guardó en su bolsillo sin apenas mirarlo.

—Gracias.

Alexander la contempló afligido y se mordió el labio. Sabía que las cosas ya no podían empeorar más.

—Cris...

Cristina fijó la vista al frente y su voz sonó fría y distante.

—Los técnicos están esperando a que retomemos el ensayo.

Dulce no se presentó a los ensayos de la tarde, pero igualmente Alexander contempló decepcionado que Cristina no llevaba su colgante al cuello. A pesar de todo, trató de hacerla hablar y reír, de hacerla regresar al punto donde se



habían despedido la noche anterior, pero descubrió enseguida que había perdido aquel privilegio. Utilizó el descanso para aclarar sus ideas y luego atravesó el salón cultural en dirección a la salida.

—Os veo a la noche.

—No hemos terminado el ensayo.

—Lo estamos viciando.

—¿Pero a dónde vas? —Saúl le contemplaba molesto desde el centro del escenario.

—Lo siento, no es asunto vuestro.

Alexander desapareció de la sala, al tiempo que una disimulada lluvia de miradas recaía sobre Cristina. Ella no dijo nada. A aquellas alturas solo podía sentir que odiaba a Alexander con toda su alma.

Llegó la última hora de la tarde y, con ella, nuevas y amenazadoras nubes de tormenta. Se había levantado un viento cálido y violento, y los árboles de la plaza

mecían sus ramas de un lado a otro.

Jaime aguardaba sobre el escenario, junto a varios monitores y bajo el calor de los focos. Mantenía el micrófono en la mano mientras contemplaba la llegada de

algún que otro curioso. Sin embargo, aparte de los concursantes y sus monitores, el

lugar se hallaba prácticamente desierto. Se trataba de una de las pruebas más populares de la *gymkhana* de verano: la búsqueda del tesoro. Pero precisamente debido a su forma de desarrollarse —los grupos debían

disgregarse por todo el pueblo—, casi ningún lugareño consideraba apetecible aguardar durante una o dos

horas la llegada de los muchachos en la plaza.

Por otro lado, Jaime estaba tranquilo. Había organizado la prueba de modo

que los equipos particularmente conflictivos no tuvieran que cruzarse por

territorios comunes en la búsqueda de sus respectivos tesoros. Observó a los dieciocho grupos charlar y reír con sus monitores, esperando con impaciencia sus

instrucciones desde el centro de la plaza.

—Va a llover. —Habló, por fin—. Sé que a muchos no os importa, pero os

aseguro que es bastante desagradable pasar una hora o dos siguiendo pistas bajo la

lluvia. Si queréis, podemos posponerlo para mañana por la mañana.

Tal y como había imaginado, se oyeron rotundas voces de protesta, así que se

sentó en el borde de la tarima y comenzó su explicación.

—Aunque muchos ya sabéis de qué trata, voy a explicarlo para quienes nunca han participado. Cada equipo recibirá una pista que solo podrá leer cuando yo lo indique. Esa pista les guiará a otra, y así sucesivamente hasta un total de siete. La séptima pista os indicará el lugar exacto donde se encuentra vuestro tesoro.

Deberéis traerlo al escenario. El primer equipo que logre traerlo será el ganador.

Los muchachos se palmearon unos a otros, sonrieron, comentaron sus

impresiones y se movieron inquietos e impacientes, listos para echar a correr en cuanto Jaime les entregara la primera pista. Pero el monitor no había

terminado todavía.

—Queda terminantemente prohibido hacer los recorridos en bicicleta, moto o coche, o cualquier cosa que no sean vuestros pies.

Ellos rieron.

—Queda también prohibido dificultar el camino a otros equipos, cada uno debe ocuparse de su propio objetivo. Y nada de recurrir a personas que no formen

parte de vuestro equipo para que os resuelvan las pistas. ¡Tendréis que pensar por vosotros mismos!

Los chicos rieron y bromearon en voz tan alta que Jaime pidió silencio de nuevo. A continuación, hizo un gesto a uno de los monitores que permanecían sobre

el escenario y este se dirigió a la mesa y tomó una serie de papeles.

Los chicos aguardaron expectantes.

Jaime recibió los papeles y leyó con voz alta y firme.

—Equipo número uno.

El monitor de Las Águilas Rojas recibió uno de aquellos papeles y lo llevó consigo a una parte alejada de la plaza. Los niños le siguieron entusiasmados.

Se sucedió así la lista de los equipos hasta que por fin tocó el turno de los Sustain Souls. Dulce cogió el papel e hizo un gesto a los muchachos para que la siguieran a un extremo de la plaza. Los muchachos se reunieron con ella y aguardaron impacientes.

—¡Eh, Álex!

Se volvieron hacia el centro de la plaza. Heavy señaló a Alexander y le hizo

un

gesto para que se acercara. El chico corrió a su encuentro.

—Oye, ¿sigue en pie lo que hemos hablado esta tarde?

—Eso te lo debería preguntar yo a ti.

—¿Pero ella quiere?

Alexander se volvió hacia Cristina. La chica le miraba de soslayo.

—Supongo que sí.

—¿Cómo que supones? ¿Todavía no se lo has preguntado?

—Está que muerde. Si te soy sincero, hasta me da miedo acercarme.

Unas gotas de lluvia chispearon sobre sus cabezas. Heavy miró al cielo.

—Va a caer una buena.

—Ya lo sé.

—Deberías dejarlo para mañana.

—No fastidies, tío. El verano se acaba. Incluso ya he comprado el maldito licor de melocotón.

—Vale, tú sabrás. La moto está en el patio de mi casa, la puerta del patio no está cerrada con llave. Cógela cuando la necesites. Te lo digo por si alguno de los

dos tarda demasiado en encontrar su tesoro. —Sonrió con burla.

Alexander le dio un golpe cariñoso en el brazo.

—Gracias, tío, te debo una.

—¡Alexander, te estamos esperando!

—¡Que ya va!

—Buena suerte, *asaltacunas*.

Alexander sonrió al muchacho al tiempo que le hacía un gesto con el dedo corazón y luego se apresuró al encuentro de su grupo.

Cuando por fin todos los monitores tuvieron la primera pista en sus manos, Jaime hizo sonar a Carl Perkins con su «Matchbox».

—¡Podéis leer la primera pista!

Y más de cien muchachos prorrumpieron en gritos de impaciencia.

—¡Vamos, Dulce, vamos!

—¡Ábrelo, rápido!

—¡No me agobiéis! —gritaba la monitora mientras trataba de desdoblar el pequeño papel.

—¿¡Qué pone!? ¿¡Qué es lo que pone!?

Hubo un insoportable segundo de silencio, el segundo que Dulce necesitó para orientar el papel de modo que pudiera leerlo correctamente. Luego leyó en voz alta:

«Según por donde comience, te llevará a un lado u otro. Deberás contar once pasos

o quizá solo tres. Billi Bones sabe de lo que hablamos».

Los muchachos se miraron confusos.

—¿Billi... qué?

—¡Dame eso! —Saúl arrebató el papel a Dulce y lo leyó de nuevo—. ¿Quién es Billi Bones?

La impaciencia y los nervios les devoraban a todos. Sin embargo, Dulce contenía malamente una divertida sonrisa.

—Es tan evidente...

—Dínoslo, Dulce, por favor.

—Ni hablar. Debéis ganar con deportividad.

Los muchachos protestaron enojados, al tiempo que Alexander arrebataba el papel a Saúl.

—«Según por donde comience, te llevará a un lado u otro. Deberás contar once pasos o quizá solo tres. Billi Bones sabe de lo que hablamos». —Agobiado, alzó el rostro y paseó la mirada sobre el resto de Sustain Souls —. ¿¿Quién cojones

es Billi Bones??

—¿Ese no es un actor?

—A mí me suena a cantante.

—¿Nadie sabe quién es ese tipo?

—Billi Bones... —Cristina se llevó las manos al rostro y cerró los ojos. Le sonaba muchísimo aquel nombre, pero no podía recordar de qué.

—«Deberás contar once pasos o quizá solo tres...». —Claudia se mordió el labio, confusa ante lo ilógico de la frase.

—Según por donde comience...

—¡Un camino! —intervino Saúl—. Depende de por donde lo comiences, te puede llevar a un sitio o al contrario.

—¡Eso es! Por eso dice que debemos dar once pasos o quizá solo tres.

—¿Pero qué camino? ¿Cuál de todos?

—¡Lo tengo! —A Cristina le brillaban los ojos. Acababa de recordar—. ¡Es un

pirata! ¡Billi Bones es uno de los piratas de *La isla del tesoro*!

Los muchachos la miraron asombrados.

—Vaya... Muy bien, Catsi.

Cristina fingió una absoluta indiferencia por aquella mirada impresionada de Alexander.

—¡Entonces debe ser en La Posada del Pirata! —exclamó Santiago.

Y ante la sonrisa divertida de Dulce, los muchachos se lanzaron a la carrera en dirección al bar.

Vladimir los vio llegar desde la barra mientras servía cervezas a la escasa clientela que había en ese momento. Torció un gesto de disgusto y resignación, pero no dijo nada. A fin de cuentas, él mismo había ayudado a Jaime y a Dulce a escoger un buen lugar donde esconder la segunda pista de los Sustain Souls durante

aquella misma mañana.

Los muchachos irrumpieron por la puerta y se detuvieron en el centro del

salón como paralizados. Miraban todo ansiosos y confusos, murmurando en voz baja diferentes posibilidades.

—¡Moveos de ahí, *bliatz!* ¡Estáis obstaculizando la entrada!

—Pueden ser once pasos o quizá solo tres... —repetía Alexander para sí mismo, mientras trataba de localizar el lugar exacto por dónde empezar a contar.

—¡Moveos de ahí!

El muchacho ignoró aquella orden y se dirigió de nuevo al umbral de la puerta. A partir de allí dio tres pasos y luego ocho más. Aquello le dejaba situado en

medio de la sala.

—No puede ser...

—¡Quizá en la planta de arriba! —Leo se precipitó escaleras arriba, seguida de

Santiago. Los testigos que bebían en la barra les miraban con alguna que otra sonrisa torcida.

—¿Queréis moveros de ahí, maldita sea?

—¡Oh, Vladimir, cállate de una vez! —Saúl se dirigió a la puerta del cuarto de

baño y comenzó a dar pasos desde allí. Acto seguido, Cristina y Claudia tomaron la

iniciativa de hacer exactamente lo mismo desde diferentes ángulos de la sala. Los resultados de todos aquellos intentos les llevaron a detenerse en los lugares más inverosímiles, frente a un taburete o bajo una mesa, ante una ventana o delante de la



barra. Lo examinaron todo, lo recorrieron todo y lo miraron todo con ojo crítico

hasta que finalmente se dieron por vencidos y se reunieron de nuevo en medio de la

sala.

—Nos hemos equivocado.

—¿Estás segura de que Billi Bones era un pirata?

—Completamente segura.

—¿Y vivía en una posada?

—Es el único pirata en esa historia que se hospeda en una posada.

Alexander suspiró frustrado. Estaban perdiendo demasiado tiempo en buscar la segunda pista. Necesitaban ser más rápidos o de ninguna manera lograrían ganar.

—Salgamos afuera, chicos. Aquí no puedo ni pensar. —Era Saúl quien hablaba, pero antes de que nadie se decidiera a seguirlo, vio a Alexander encaminándose decidido a la barra.

—Vladimir, sabes dónde está la pista, ¿verdad?

El ruso rompió a reír y negó con la cabeza. Aquello enfureció al muchacho, pero mostró tan solo la mejor de sus sonrisas mientras le miraba fijamente.

—¿Dónde está la pista, Vladimir?

Saúl lo agarró por los hombros y lo echó hacia atrás.

—¿Quieres que nos descalifiquen?

—Vladimir, dime dónde está la maldita pista.

Vladimir sonreía arrogante. Estaba disfrutando aquel momento.

—Yo no sé nada.

Alexander había congelado aquella falsa sonrisa en sus labios.

—Lo sabes.

—No lo sé.

—Claro que lo sabes, ruso psicótico.

—¡Álex!

Saúl volvió a tirar de sus hombros hacia atrás mientras Vladimir le devolvía una sonrisa más falsa todavía.

—No, no lo sé, Alcadesito.

Alexander sacó su cartera del bolsillo trasero de sus vaqueros y dejó un fajo de billetes sobre la barra.

—Te daré dinero si...

—¡Alexander!

El muchacho se volvió sobrecogido. Era la voz de la monitora.

—¿¡Será posible, Alexander!?! ¿¡Estás intentando sobornar a Vladimir!?!

¡Guarda ese dinero inmediatamente!

—Solo estaba bromeando.

—¡Se trata de jugar con deportividad! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

La pandilla entera obedeció a regañadientes, mientras Alexander y Vladimir todavía se dedicaban algún que otro juramento en voz alta.

Una vez en la plaza, volvieron a leer la pequeña nota.

—Estamos haciendo algo mal.

—¿Pero qué puede ser?

—Hemos deducido que si el tal Billi era un pirata, debíamos buscar en La

Posada del Pirata, pero tal vez nos hayamos equivocado, tal vez... —Alexander enmudeció de pronto. Acababa de ver a uno de aquellos clientes salir del bar y bajar

los tres escalones de la entrada. Acto seguido le vio emprender el camino en dirección a la calle Real.

—¿Tal vez qué?

Pero el adolescente no respondió. Todavía mantenía la mirada fija en los escalones.

—¡Dios mío!

—¿Qué?

—¿Cómo podemos ser tan torpes? —Les miró ansioso y exultante—. ¡Las escaleras!

Y de nuevo se precipitó al interior del bar, seguido por el resto de la pandilla.

Se detuvo ante las escaleras que conducían a la planta de arriba y alzó la nota donde

figuraba la pista.

—¡Según por donde comience, te llevará a un lado u otro! —Y señaló el primer peldaño y el último de todos —. ¡Deberás contar once pasos o quizá solo tres!

Y antes de que hubiera tenido tiempo de terminar de hablar, Santiago se lanzó escaleras arriba.

—¡Claro que sí! ¡Claro que sí! —El niño se detuvo en la planta de arriba y luego descendió tres peldaños.

Alexander subió once mientras los iba contando en voz alta apresuradamente para detenerse finalmente en el mismo peldaño en el que se encontraba Santiago.

—¡Bingo!

El resto de los muchachos subió hasta detenerse tras Alexander. El chico se había arrodillado sobre el escalón y lo estaba palpando con la mano.

—No hay nada aquí.

—Un momento. —Santiago se arrodilló también. Los escalones eran huecos y resultaba relativamente fácil escurrir una mano bajo la madera y tantear su parte trasera —. ¡Noto algo! ¡Es un papel!

Los chicos gritaron de alegría.

—Está pegado con celo... —Santiago hizo una mueca mientras trataba de orientar sus dedos de la mejor manera posible para arrancar la nota de la madera.

Al poco, sacó la mano cuidadosamente y les mostró un pequeño papel blanco.

—¡Lo tenemos!

Bajaron de nuevo las escaleras y se reunieron en el centro del salón.

—¡Apartaos de la entrada!

Pero nadie hizo caso al ruso.

—¿Qué pone? ¡Rápido, Santi!

—¡Rápido, rápido!

—¡Me estáis poniendo histérico! —Al fin logró desdoblar la nota—. «Nadie debería bromear sobre ver por encima de las demás cabezas tras haber robado, matado o bailado con la luna llena. En cualquier caso, ver por debajo de los pies tampoco es divertido».

—¿¿Qué??

La nota fue pasando de mano en mano, mientras los chicos se limitaban a leer en voz alta y repetir mecánicamente, incapaces de dar sentido al texto.

—A ver... a ver... —Claudia tomó la nota—. Vayamos por partes, paso a paso.

¿Qué es eso de no bromear acerca de ver por encima de las demás cabezas?

—Vale, se trata de algo serio.

—Quizá algo que asusta.

—Tu cara sí que asusta.

—Cállate, Saúl, estamos haciendo una lluvia de ideas.

—Ver por encima de las demás cabezas...

—Tras haber hecho algo malo.

Cristina frunció el ceño.

—¿Bailar con la luna llena es algo malo?

—¿Quién baila con la luna llena?

—Los locos.

—Jaime se pincha, os lo digo en serio. Hay que estar fatal de la cabeza para...

—¿Brujería! —Leo les miraba exultante—. Están hablando de brujería. Robar, matar o hacer brujería. ¡Podríamos incluir esta metáfora en nuestra función!

—¡Es cierto! ¡Están hablando de un castigo medieval!

—¡La picota! —gritó entonces Claudia.

—¡Claro! ¡Mirar por encima de las demás cabezas se refiere a colocar la cabeza del reo en lo alto de la picota!

—¡Y ver por debajo de los pies se refiere a estar muerto y enterrado!

—¡Más fácil que la primera pista!

Y salieron en desbandada al aire del crepúsculo. Las primeras gotas de lluvia

ya habían humedecido el empedrado de la plaza y este brillaba ahora bajo la luz de

las farolas.

Desde los soportales, Dulce los vio alejarse a la carrera. Pronto dejaron atrás calles y plazuelas para avanzar en dirección sur hacia las afueras del pueblo.

Más allá del polideportivo y la piscina pública, en lo alto de una pequeña colina, se exhibía una columna de piedra ornamentada en su parte superior con

cuatro gruesos salientes. Medía más de dos metros y se alzaba sobre una tosca base

de piedra. Los chicos la rodearon enseguida. Resultaba difícil buscar algo tan pequeño como una nota en aquella inminente oscuridad. Palparon con sus manos en

la columna y tantearon su base, esperanzados ante la idea de encontrar otro pequeño

papel pegado con celo en algún lugar. Pero no sucedió de ese modo.

—No lo entiendo. ¿Dónde puede estar?

Los muchachos alzaron sus rostros y clavaron sus miradas en lo alto de la picota.

—¿Jaime pretende que lleguemos hasta ahí arriba?

—Jaime va a terminar en la cárcel.

Rompieron a reír, pero Saúl no quiso perder más tiempo y se encaramó a la

picota de un salto, tratando de escalar la columna con los pies apoyados en las clavijas de hierro que sobresalían de la piedra. Con las manos, intentó aferrarse a uno de los salientes de su parte superior, pero estaba demasiado alto y el muchacho

perdió impulso y cayó al suelo, lanzando una serie de palabrotas y cubriéndose entero de polvo.

—Imposible —dijo finalmente, mientras se levantaba dolorido.

Se miraron abrumados. De nuevo volvían a sentirse bloqueados. Y en ese

momento oyeron las voces de un grupo de niños. Luego descubrieron sus siluetas

recortadas en el horizonte a la tenue luz crepuscular. Regresaban del campo en

dirección al pueblo, corriendo y gritando entusiasmados. Al pasar cerca de la picota

descubrieron a los Sustain Souls y enmudecieron asustados. Tras un instante de silencio, algunos de ellos les saludaron con las manos.

—¡Son los Sustain Souls!

—¡Eh, Sustain Souls!

—¿Quién va? —preguntó Saúl.

—¡Aquí Las Águilas Rojas!

—¿Y cómo vais? ¿Cuántas pistas os quedan?

Los niños sonrieron entusiasmados, aunque en aquella semioscuridad sus rostros parecían muecas de burla.

—¡Vamos a por la sexta pista! ¿Cómo vais vosotros?

Los chicos se miraron asombrados.

—¡Pues nosotros vamos por la octava, *listillos* de mierda!

—¡Cállate, Saúl! ¿Eres tonto? ¡Solo hay siete pistas!

Los Sustain Souls contemplaron humillados cómo el grupo de niños rompía a reír a carcajadas y se alejaba de allí a paso ligero. Luego volvieron a centrarse en

sus propios asuntos.

—Se nos está escapando algo, chicos. —Claudia tomó de nuevo la nota—. «En

cualquier caso, ver por debajo de los pies tampoco es divertido...».



Se miraron los pies. Contemplaron el suelo bajo sus zapatillas polvorientas y sucias y entonces Santiago se arrojó de rodillas sobre la tierra y palpó la arena húmeda con las manos. La lluvia estaba comenzando a caer de forma constante, dibujando gruesos círculos en la arena.

—¡Está enterrada! ¡Jaime ha enterrado la nota!

Los muchachos lo imitaron al momento y palparon toda la tierra alrededor de la picota. Fue Leo quien encontró una pequeña cruz de plástico clavada en el suelo.

—¡Mirad esto! ¡Tiene que ser aquí! ¡Este es el sitio! —La pelirroja escarbó con los dedos y pronto su rostro se iluminó divertido—. ¡Aquí está!

—¡Bien hecho, Leo! Léela.

La muchacha se puso en pie y desplegó la nota mientras el resto la rodeaba impaciente. Seguidamente leyó en voz alta.

—«No hay mejor ventana para un fiel que aquella que le muestra su pequeño lugar de oración».

Los chicos no dudaron ni un instante.

—¡La iglesia! ¡Se refiere a una de las ventanas de la iglesia!

Echaron a correr en dirección al pueblo, siguiendo los pasos de Las Águilas Rojas, cuando los gritos de Cristina los detuvieron.

—¡Un momento! ¡Parad un momento! ¡No es la iglesia!

Se volvieron hacia ella, molestos por lo que suponían una pérdida de tiempo.

—Claro que lo es.

—Pero la nota dice... dice... —Hizo memoria —. Dámela, Leo.

La pelirroja le tendió la nota.

—Aquí dice: «... su pequeño lugar de oración». —Los miró de uno en uno—.

La iglesia no es pequeña. ¡De hecho, la iglesia es enorme!

Saúl se encogió de hombros.

—Solo es una forma de hablar.

—No, un momento —intervino Alexander —, Cris tiene razón. No creo que

Jaime haya escrito eso sin motivo alguno. Es una pista y tiene que ser lo más fiel posible a la verdad.

—¡La ermita! —exclamó Leo.

—¡Dios mío! Está demasiado lejos.

—¿Y si no fuera la ermita? ¿Y si Saúl tuviera razón? La iglesia puede considerarse pequeña en comparación con el resto del mundo.

—Perderíamos demasiado tiempo yendo a la ermita y luego a la iglesia.

—¿Pero no entendéis el significado de la palabra *pequeño*? —Alexander los miraba casi molesto—. Cris tiene razón, la iglesia no es pequeña. ¿De verdad queréis dar el paseo hasta la iglesia para luego tener que ir corriendo a la ermita?

—Mejor eso que hacerlo a la inversa —sentenció Saúl.

—Estoy convencido de que Cris lleva razón —insistió Alexander —, así que si

queréis ir a la iglesia tendremos que dividirnos.

Cristina lo observó sorprendida, pero luego bajó la mirada en una expresión de evidente molestia que no pasó desapercibida al adolescente.

—¿Alguien más apuesta por la ermita?

Leo se encogió de hombros.

—Yo misma.

—Yo también —afirmó Santiago.

—Venga ya... —Saúl los miraba decepcionado.

—Estáis perdiendo el tiempo. —Claudia negó con la cabeza y se limitó a fijar su mirada en el lejano tejado de la iglesia.

—El grupo que antes termine que continúe con el juego.

Y dicho aquello, los dos pequeños grupos se alejaron de allí a la carrera y en direcciones completamente distintas. Fue entonces cuando un relámpago se dibujó serpenteante sobre los Montes de Toledo, y llegó del sur un viento cálido, denso y

húmedo. Luego brotó de la oscuridad del cielo el estertor del trueno.

Cristina no sabía dónde se encontraba la ermita y descubrió con asombro que sus amigos la guiaban a buen ritmo en dirección a la vereda que conducía a la cabaña. Para llegar hasta allí bordearon la zona este del pueblo. Y lo hicieron a la

carrera, de modo que al llegar a la vereda se encontraban extenuados y jadeantes. La

humedad de la tormenta había provocado un calor sofocante en el ambiente, así que

los cuatro agradecieron aquel estallido de lluvia sobre ellos. Alzaron sus rostros al

cielo mientras continuaban caminando por la vereda a paso rápido y el agua de la

lluvia resbalaba por sus rostros. Pero pronto tuvieron que bajar las miradas al

suelo. El fin del crepúsculo había dado paso a la llegada de la noche y resultaba difícil ver bien por dónde pisaban.

Cristina caminaba rezagada.

—¿Dónde está la ermita?

Alexander se volvió rápidamente hacia ella, como si hubiera estado esperando una oportunidad como aquella para rezagarse y caminar a su lado.

—Todavía queda un rato. Hay que seguir este camino y luego el desvío de la izquierda. Después hay que subir un cerro. La ermita está en lo alto.

Santiago se volvió hacia ellos en ese momento.

—Será mejor que nos demos prisa, cada vez llueve más fuerte.

Y era cierto, estaban empapándose por momentos. De modo que el grupo

entero reanudó la carrera y así avanzaron durante varios minutos más, mientras la

lluvia les resbalaba por el pelo, el rostro y la ropa empapada. Por fin llegaron al desvío del que había hablado Alexander, tomaron el camino de la izquierda,

angosto y poblado de zarzales, y comenzaron un penoso ascenso en dirección a lo

alto del cerro. Cristina alzó la mirada y descubrió una pequeña construcción

blanca

camuflada tras el follaje de los árboles del camino. A medida que ascendían, la cruz

de su tejado se dibujaba cada vez más claramente al contraluz del cielo tenebroso.

Fue entonces cuando Alexander tomó a Cristina del brazo y, bajo el aguacero, la arrastró a un recodo del camino. Allí la hizo agacharse y se acuclilló frente a ella.

—Tengo que hablar contigo.

Cristina le miró inquieta. Su mirada volaba alternativamente al rostro del muchacho y a las figuras de Leo y Santiago, quienes parecían alejarse cada vez más.

—Vamos a perderlos.

—Solo van a la ermita. Escúchame, Cris, por favor.

Cristina enmudeció confusa. La luz de un relámpago había iluminado

bruscamente los ojos de Alexander el tiempo suficiente como para que pudiera descubrir en ellos una extraña mezcla de impaciencia y tristeza. Tras el ruido del trueno el chico se inclinó sobre ella. De pronto su voz era un susurro tan claro y transparente que logró estremecerla.

—¿Qué vas a hacer esta noche?

Ella continuó mirándole confusa.

—Quiero decir... —Bajó el rostro un instante, como buscando las palabras apropiadas —. ¿Qué vas a hacer después de cenar?

Cristina recordó su marcha a Talavera con Dulce la noche anterior y le dirigió una mirada lejana y superficial.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque quiero quedar contigo. Los dos solos.

Ella lo miró sombrada, con el corazón acelerado, buscando en su semblante una pista que pudiera orientarla, pero tan solo encontró el afecto de siempre.

Incapaz de sostener su mirada, bajó la vista al suelo.

—Por favor... —Su voz sonó tierna y suplicante.

Hubo un instante de silencio. Cuando por fin Cristina levantó el rostro, tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Alexander, debe ser muy entretenido jugar con dos chicas a la vez.

Perplejo, vio cómo Cristina se levantaba precipitadamente y se alejaba corriendo por la vereda, desandando el camino recorrido. La oscuridad de la noche

y la lluvia envolvieron su silueta hasta hacerla desaparecer.

—¡Cris!

Alexander se levantó y corrió tras ella, y estaba cada vez más cerca de alcanzarla cuando un brusco empujón le hizo caer de rodillas en el barro. Se volvió

asombrado y encontró la figura de Santiago recortada al contraluz de los relámpagos. En sus ojos brillaba una furia desbordada.

—Déjala en paz.

—¿Qué? —Se levantó del suelo y Santiago lo empujó de nuevo.

—¡Déjala en paz! ¡He dicho que la dejes en paz! ¡Déjala en paz!

Esta vez el pequeño arremetió de cabeza contra su estómago y Alexander tuvo el tiempo justo para retroceder un paso y evitar caer al suelo. Aun así notó el dolor

del impacto en el estómago.

—¡Estate quieto! —Lo agarró por los hombros y trató de echarle hacia atrás, pero Santiago se resistía furioso.

—¡Y tú déjala en paz!

—¡No tienes ni idea, Santi! ¡Vuelve por donde has venido y déjame tranquilo!

—Lo empujó hacia atrás y Santiago trastabilló hasta caer de espaldas en el suelo.

—¿Pero qué está pasando aquí? —Leo acababa de aparecer ante ellos completamente empapada y mirándolos con auténtica expresión de estupor—.

¿Dónde está Cris?

—¡La ha hecho llorar! —Todavía desde el suelo, Santiago señalaba a Alexander con el dedo—. ¡Se ha marchado porque la ha hecho llorar! ¡Yo lo he visto!

—¿Alexander?

—¡No ha sido así, niñato bocazas!

Santiago se levantó como un perro rabioso.

—¡Repítame eso a la cara!

Alexander hizo una mueca de burla.

—¿Quieres pelear conmigo? —Su rostro se transformó en un gesto de auténtica exasperación —. ¡Estoy harto de ti, Santiago! ¡Siempre estás donde no te

llaman! ¡No te soporto!

—¡Eres un cabronazo, Alexander!

—¡Callaos ya! ¿¿Dónde está Cristina!?! ¡Tenemos...! —Leo enmudeció

bruscamente. Por el camino de la vereda se acercaba un grupo de esbeltas siluetas

todavía camufladas en la negrura de la noche, proyectando un aspecto tan siniestro

y amenazador que provocó un grito ahogado en la pelirroja.

Alexander y Santiago se volvieron rápidamente hacia atrás y descubrieron

sobrecogidos aquellas misteriosas figuras. Caminaban a paso rápido y en silencio,

pero todavía era imposible discernir sus rostros.

—¿¿Quién viene!?! —La voz de Alexander rasgó el cielo por encima del rugido de la lluvia, en un tono que sonaba más como una amenaza que como una pregunta.

Hubo un largo instante de silencio, tan inquietante y prolongado que el

muchacho sintió el impulso de asir una piedra o cualquier cosa que pudiera servirle



de defensa.

—¡Aquí Silver Road! ¿¡Quiénes sois!?

Alexander oyó los suspiros de alivio a su espalda. Tanto Leo como Santiago acababan de quitarse un buen peso de encima.

—¡Somos Sustain Souls!

—¿Qué pasa, chavales? —Era la voz de Flavio.

—¿Habéis visto a Cristina por ahí?

—¿A Cristina? ¡No! ¿Habéis visto vosotros a Víctor y Heavy?

—Maldita sea... —Alexander sintió un nudo de preocupación en el estómago y emprendió el camino hacia ellos—. ¿Seguro que no habéis visto a Cris?

Al llegar hasta ellos oteó más allá de sus cabezas.

—Voy a buscarla, no puede andar muy lejos.

—Nosotros vamos a la fábrica de pimentón. Ese cabrón de Jaime nos está haciendo sudar... y para colmo Víctor y Heavy han tomado otro camino y ahora estamos desperdigados. ¡Aunque ya veo que no somos los únicos!

Alexander se volvió un instante hacia atrás. Leo y Santiago todavía aguardaban

en el camino.

—¿Os importaría echarles un ojo? Hace una noche de perros y no quiero

dejarles solos, pero Cris anda sola por algún lado y... —Evitó la mirada de Page.

—Podemos recogerles de allí cuando volvamos.

—Gracias, ¡os debo una! —Se volvió de nuevo hacia Leo y Santiago—. ¡Id a la ermita y esperad a los Silver Road! ¡Voy a buscar a Cris! —Los oyó protestar en

voz baja, pero no pudo reprochárselo. Las cosas se estaban complicando mucho por

su propia culpa. Se apartó el pelo empapado de la cara y golpeó cariñosamente el

brazo de Flavio antes de pasar a su lado.

—Nos vemos en el pueblo. —Dicho aquello, echó a correr tras los pasos de Cristina.

Para entonces Saúl y Claudia habían inspeccionado todas y cada una de las ventanas de la iglesia, sus anchos alféizares, sus barras de hierro forjado, sus vidrieras de colores y sus mecanismos de apertura. Ahora se miraban frustrados y

de mal humor, empapados bajo la lluvia y sin saber qué decisión tomar.

—Vayamos a la ermita —insistía Claudia.

—¿Y si la pista estuviera en la parte interior de una de las ventanas? —Saúl se

dirigió a la puerta principal y se adentró en el templo. Solo algunos solitarios feligreses oraban silenciosamente en los bancos. Había un olor a incienso y a velas

encendidas por toda la sala. Los pasos del adolescente resonaron en un eco brusco e

inesperado cuando tropezó con el extremo del último banco. Los testigos

alzaron sus cabezas y, asombrados, le vieron escrutar todas y cada una de las ventanas de la

iglesia. Y como no parecía encontrar lo que andaba buscando, se detuvo impaciente

junto al altar y allí se quedó pensativo y hecho una sopa, mientras el agua resbalaba

por su cabellera rubia y sus pantalones vaqueros hasta formar un enorme charco a

sus pies. Para entonces ya no había concentración, ni silencio, ni misticismo suficiente en el templo que pudiera devolver a los devotos a sus rezos, de modo que

se dedicaron a aguardar sus próximos movimientos en una mezcla de rechazo y curiosidad.

Y fue entonces cuando Saúl advirtió cómo un feligrés se levantaba desde un lateral de uno de los confesionarios y emprendía la retirada hacia los bancos traseros. Al muchacho se le iluminó la mirada de entusiasmo y, ni corto ni perezoso, se dirigió al confesionario y se arrodilló en el lateral del mismo.

La voz sonó grave y serena desde el interior del habitáculo.

—Ave María Purísima.

—Padre, ¿es posible que esto sea una ventana?

Hubo un instante de silencio.

—¿Qué?

—Soy Saúl, padre. ¿Está aquí la pista de la *gymkhana*?

La ventana corredera que los mantenía ocultos a ojos del otro se descorrió bruscamente y ante Saúl apareció una mirada furibunda en unos ojos inyectados en

sangre.

—¡Saúl! Contigo quería yo hablar.

El muchacho lo miró confuso, casi asustado. Volvió entonces la cabeza hacia la puerta, preguntándose si debería salir corriendo, y en el umbral halló a Claudia

haciéndole gestos de impaciencia con una expresión que parecía decir: «¿Qué diablos estás haciendo ahí?».

—¿Hace cuánto que no te confiesas, Saúl?

—¿Eh?

—Ya me has oído, ¿hace cuánto que no te confiesas?

—...Desde la Comunión.

—¡Pues ya era hora, hijo, ya era hora!

—A ver, que no tengo tiempo para esto, padre. Estamos en mitad de una prueba, necesito saber si...

—¡Por Dios bendito, Saúl! ¡Escúchame un momento! ¡Hazlo por tu madre!

¿Eres consciente de cuánto está sufriendo tu madre? ¿Eres consciente de...?

Pero antes de que terminase de hablar, Saúl ya había desaparecido a la carrera y sin querer mirar atrás.

Al salir a la calle tomó a Claudia del brazo y la arrastró en dirección a la plaza. Los adoquines resbalaban mojados bajo el aguacero.

—¿¡Qué te ha dicho!?

—¡Que no tiene ni idea de dónde está la pista! ¡Vamos a la ermita!

Bajo el porche de la ermita se habían resguardado Leo y Santiago mientras observaban alejarse a los Silver Road en dirección a la fábrica de pimentón, atravesando un altozano situado a la izquierda de la ermita. Aunque los relámpagos

ya se habían alejado en dirección norte, todavía llovía abundantemente y las nubes

oscurecían el paisaje. Ahora la dehesa se extendía bajo el cerro, ante los ojos de los dos amigos, tan misteriosa e inquietante que ambos decidieron darle la espalda y no

pensar en lo solos que se hallaban en aquel momento.

—Saca el mechero, Santi. Esto está tan oscuro que no veo nada.

El niño obedeció al momento y la tenue luz de su mechero iluminó sus manos.

—Empecemos por las de esta fachada.

Así que ambos se acercaron a la fachada principal y alumbraron los barrotes de una de las ventanas.

Leo palpó el alféizar y los barrotes, el cristal de la ventana y las paredes a ambos lados de la misma.

—Aquí no hay nada... Quizá por arriba. Dame el mechero.

—Aquí tienes. Yo voy a mirar en la parte de atrás.

Santiago rodeó la ermita y se puso de puntillas ante una de las ventanas

traseras. No encontró nada. Suspiró abrumado y echó un vistazo en derredor, estremecido ante la negrura de la noche. Fue entonces cuando descubrió las

sombras de dos personas detenidas sobre el altozano, como aparición fantasmal entre las encinas y los matorrales.

—¡Ah! —Santiago dejó escapar un grito ahogado y retrocedió asustado.

Luego frunció el ceño y aguzó la vista, tratando de reconocerlos. Se dijo entonces

que los Silver Road se hallaban divididos y suspiró aliviado.

—¡Heavy! ¡Victor!

Su voz murió sepultada bajo el estruendo de la lluvia, mientras las figuras permanecían paralizadas en inquietante observación.

—¿Heavy...?

A continuación, las dos siluetas dieron la espalda a Santiago y se alejaron por el interior del altozano.

—¡La encontré! —Leo apareció junto a él. Llevaba una nota en la mano—. ¡La tenemos, Santi! ¡Ya es nuestra!

—¡Vámonos de aquí, Leo!

—¿Qué?

—¡Vámonos de aquí enseguida!

—Pero tenemos que esperar a los Silver Road. Hemos quedado en que...

—¡Vámonos enseguida! —Santiago tiraba del brazo de la chica con tanta

fuerza que Leo solo pudo seguirlo dando traspiés hasta llegar a la vereda que descendía hacia el llano.

—¿No quieres leerla?

—Luego, cuando estemos en el pueblo.

—¿¡Pero qué te pasa, Santi!?

Y en ese momento Santiago tiró de ella hacia el suelo y ambos quedaron guarnecidos entre los zarzales de la orilla del camino.

—Hay alguien ahí. —Y señaló el cerro.

La pelirroja observó petrificada. Dos oscuras figuras se hallaban de pie ante el

porche de la ermita. Una de ellas rodeó el edificio mientras la otra oteaba el llano.

—¿Quiénes son...?

—No lo sé, pero no son los Silver Road.

—Ay, Santi, tengo mucho miedo. Vámonos de aquí.

—Espera. Si nos movemos ahora nos verán.

—Mierda, me están entrando muchas ganas de hacer pis.

—No fastidies, tía. Este no es el momento de... ¡Dios mío! ¿Qué diablos llevan en las manos?

—¿Qué? —Leo aguzó la vista y detectó algo que brillaba metálico en las manos de las figuras. Su corazón se aceleró asustado hasta alcanzar una velocidad

imposible. Y cuando creía que ya no podía asustarse más, sintió el peso de una mano fría en su espalda. Gritó aterrada, al tiempo que se volvía bruscamente hacia

atrás. Santiago rompió a gritar también, llevado por la inercia del miedo. Al mirar a

sus espaldas, hallaron la oscura silueta de una persona cerniéndose sobre ellos.

—¡Soy Heavy! ¡Soy Heavy, tranquilos!

De repente los muchachos callaron, todavía aterrados y con sus miradas desencajadas por el susto.

Había alguien detrás de Heavy, todavía de pie y en silencio.

—Soy Víctor.

De modo que los chicos se relajaron por fin y los dos jóvenes se agacharon hasta quedar a su altura.

—Silencio los dos. Tenemos una visita no deseada. —Heavy señaló al porche de la ermita.

—¿Quiénes son? —La voz de Leo sonaba todavía temblorosa.

—Cadillac Rojo.

—¿Qué hacen aquí? Están fuera de la *gymkhana*. ¡No pueden participar en la prueba!

—No han venido a participar en ninguna *gymkhana*, Santi. ¿Puedes ver lo que llevan en las manos? Son cadenas.

Leo y Santiago los miraron de nuevo, y el lejano sonido del hierro al

entrechocar mientras caminaban alrededor de la ermita confirmó las palabras de Heavy.



—Os están buscando. —Habló entonces Víctor—. Y parece que se han dividido, y no sabemos dónde pueden estar los demás.

—¿¡Qué!?! —Leo les miraba aterrada—. No vais a dejarnos solos, ¿verdad?

—Vamos a llevaros al pueblo. —Víctor alzó la mirada y esperó hasta ver desaparecer las dos figuras tras la ermita—. Ahora, en silencio, vamos.

Los cuatro descendieron el estrecho camino a la carrera y luego tomaron el desvío que conducía al pueblo. A los pocos metros contemplaron con asombro dos

bicicletas de montaña a la orilla del camino.

—Sí, lo reconozco —dijo Heavy alzando una de ellas—. Somos unos tramposos. ¿Quién sube conmigo?

—Yo misma. —Y Leo subió tras Heavy y se agarró fuertemente a él, sin ánimo de criticar la escasa ética de los muchachos. Santiago se acomodó entonces

tras Víctor y los dos Silver Road emprendieron el camino en rápidos pedaleos en

dirección al pueblo. Pero la noche era cada vez más oscura y el terreno estaba lleno

de baches y piedras. Los árboles se alzaban como siniestros centinelas en la distancia y cualquier sonido por encima de la lluvia les hacía recordar el entrecocar de las cadenas de hierro. Pasados unos largos minutos lograron atisbar,

por fin, las primeras luces del pueblo, las ventanas iluminadas de las casas y las calles alumbradas por la luz de las farolas.

Pero sucedió entonces, para sorpresa de los cuatro, que de pronto la oscuridad más absoluta engulló aquella visión de Vistaclara y el final del camino desapareció

ante sus ojos. El alumbrado público del pueblo acababa de fundirse a causa de la tormenta.

Los chicos continuaron pedaleando en una penumbra fantasmal. Así lograron entrar en las primeras calles del pueblo, pero no pudieron avanzar mucho más, pues

ante ellos emergieron varias sombras que parecían haber estado ocultándose entre

los árboles del camino.

—¡Ah! —Fue la voz temblorosa de Leo.

—¿¡Quién hay ahí!?

La bicicleta de Heavy chocó contra algo y luego la de Víctor colisionó contra la de Heavy y todos cayeron al suelo. Se oyeron palabrotas y maldiciones y algún

que otro gemido de dolor. Cuando Santiago abrió los ojos y logró levantarse, vio

una serie de oscuras siluetas incorporándose tras la caída.

—¿¡Quiénes sois!?

—¡Es Saúl! —Era la voz de Santiago, quien acababa de reconocer a su hermano.

—¿Santi? ¿¡Qué coño hacéis en bici!?

—¿¡Cuántas personas hay aquí!?

—¡Mi pierna...! —Leo rompió a llorar.

—¿¡Leo!?! —Ahora Saúl se había agachado ante la chica y estaba levantando la

bicicleta que había caído sobre ella.

—¿¡Pero qué está pasando aquí!?! —Aquel era Alexander—. ¿¡Está Cris con vosotros!?

—¿Cris...? —Santiago enmudeció y sintió el miedo paralizando cada músculo de su cuerpo—. ¡Alexander! ¿¡De verdad no has encontrado a Cris!?

—¡Los Cadillac Rojo os buscan por la ermita! ¡Llevan cadenas, Álex!

Alexander fijó su mirada en Víctor, aunque apenas pudiera ver una oscura silueta ante él, mientras la gravedad de sus palabras se iba abriendo paso en su mente.

—¿...Qué? ¿Dónde...? ¿Dónde está Cris...?

—¡Hay que avisar a Jaime! ¡Vamos a avisar a Jaime! —Aquella era Claudia.

Pero Alexander ya no podía prestar atención a sus palabras ni a nada de lo que sucedía a su alrededor. No había logrado encontrar a Cristina en todo el camino de

vuelta, incluso le había resultado más fácil tropezar con Saúl y Claudia, de modo que había llegado a creer que Cristina habría vuelto con Leo y Santiago tomando algún camino paralelo, pero ahora veía que ellos no sabían nada al respecto. Y los

Cadillac Rojo estaban allí mismo, en algún lugar cerca de donde se encontrara

Cristina. De pronto recordó algo que logró angustiarse más todavía: la manera en la

que Roque Mariposas se había dirigido a ella en la puerta del instituto. Si los Cadillac Rojo intentaran tocarla un solo pelo de su cabeza, los mataría a todos.

De repente vio al Quinqui y a Saúl marcharse corriendo hacia el arroyo. Ni siquiera se cuestionó los motivos. Aturdido, retrocedió lentamente, dio media vuelta

y, desoyendo las llamadas de Heavy y Claudia, se lanzó a la carrera en dirección a la vereda.

Cristina lloraba bajo la lluvia. Acurrucada entre arbustos, en el interior de una cerca, al pie del pequeño muro de piedras que lo delimitaba con el camino, deseaba

pasar desapercibida para el resto de jugadores. Ahora todo era un desastre. Le había

dicho a Alexander lo último que deseaba decirle en sus patéticas circunstancias, y resultaba evidente que el muchacho no sentía ni algo remotamente parecido, pues ni

siquiera se había molestado en ir tras ella para consolarla.

Cristina se limpió el llanto de la cara, a pesar de que estaba calada de agua hasta los huesos. Y tan enfrascada se sentía en su propia desgracia que ni siquiera los oyó llegar. De un momento a otro estaban allí. Figuras negras rodeándola lentamente. Durante un segundo se consideró descubierta por el resto de Sustain Souls, el mismo segundo que le llevó levantar la mirada y descubrir las cadenas de

hierro y aquellos ojos hundidos y oscuros inclinándose sobre ella.

—Hola, cosita.

A cien metros de la vereda, Alexander se detuvo. En esos momentos recordó

algo, giró a la derecha, corrió calle abajo y entró en la casa de Heavy. La puerta del jardín estaba abierta, tal como él había dicho. Entró y contempló sofocado la oscuridad que lo envolvía todo. Poco a poco sus ojos hallaron la moto aparcada en

un extremo del recinto. Una Derbi Senda R con el carenado granate, blanco y violeta. Heavy había trucado el motor a 80 centímetros cúbicos y le había puesto un

tubo de escape artesanal. Alexander adoraba aquella moto, aunque en aquel

momento apenas tuviera tiempo de pensar en ello. Estaba a punto de cogerla cuando

se detuvo en seco. En los arriates crecía una pequeña parra anudada con un cordel a

una fina barra de hierro. Se dirigió hacia la planta y forcejeó hasta apoderarse del

hierro. Con la barra en la mano, tomó la moto por el manillar y la arrastró en dirección a la salida.

Una luz osciló en el interior de la vivienda y la puerta principal se abrió bruscamente.

—¿Quién hay ahí? —Era la madre de Heavy, quien sostenía una linterna en la mano.

Alexander continuó arrastrando la moto hacia la salida.

—Soy Alexander.

—¿Quién?

—¡Alexander! ¡Soy Alexander! ¡Llame a la Guardia Civil! ¡Dícales que vayan

a la ermita!

—¿Alexander? ¿Qué es lo que pasa? ¿Dónde está mi hijo?

—¡Hay una pelea en la ermita! ¡Llame a la Guardia Civil!

Seguidamente oyó cómo la mujer entraba asustada en la vivienda y llamaba a su marido. Luego empujó la moto hasta la carretera y allí se montó en ella y la encendió de una patada. Pulsó el botón del faro y aceleró en dirección a la vereda.

A Cristina le temblaban las piernas y apenas podía mantenerse en pie. Ante ella

se encontraban todos los Cadillac Rojo y la gran mayoría de Los Legionarios del

Sur. En un primer momento había tratado de gritar el nombre de Alexander, pero Roque Mariposas le había tapado la boca bruscamente.

—Si gritas, te mato.

Y ahora Cristina hipaba aterrorizada, preguntándose qué iba a pasar a continuación.

—¿Qué hacemos contigo? —Roque se inclinó de nuevo, su voz sonaba burlona, impaciente, casi molesta—. Yo hubiera preferido encontrar al Alcaldesito

o a Barrotes. En el fondo no sería mala idea dejarte chillar.

Cristina lo miraba en mudo silencio. De pronto sentía que no tenía voz suficiente para volver a intentarlo.

—¿Dónde están?

Cristina negó con la cabeza.

—No... No... —Los sollozos le impedían hablar—. No lo sé...

—¿¡Me vacilas o qué!?

—No.

—Pues yo diría que sí. —Agarro su rostro con la mano y la miró furioso. Y

en ese momento Cristina vio algo en sus ojos naciendo tras aquella furia contenida.

Era algo parecido al deseo, pero de un modo tan oscuro que logro hacerle sentir asco. Incómoda, trató de desviar el rostro, pero Roque se lo sujetaba fuertemente por la mandíbula.

—Dime dónde están.

—No lo sé... —Sollozó de nuevo.

—¡Que me digas dónde están!

—No lo sé.

Roque se incorporó.

—Pues vamos a darte un paseo por el campo a ver si te viene la inspiración.

La cogió del brazo y la empujó hacia la salida. Los muchachos la rodearon rápidamente y Cristina quedó a merced de sus pasos. Comenzaron entonces una rápida andadura en dirección a la ermita. Cristina no supo si sentirse aliviada o decepcionada cuando comprobó que no había nadie allí. Saúl y Alexander estarían a

salvo mientras no les encontraran, pero aquella situación la dejaba en un estado de

desamparo absoluto. Jamás había tenido tanto miedo ni se había sentido tan

sola. En

su mente la imagen de Alexander emergía una y otra vez, con la mirada grave y los puños cerrados, dispuesto a defenderla a toda costa. Pero la dehesa se mostraba desierta, oscura, agitada por aquella tormenta que no parecía terminar nunca. No había ni rastro del muchacho.

Llegaron a la ermita y dedicaron unos cuantos minutos a otear el llano.

Descubrieron entonces a los Silver Road, quienes regresaban de la fábrica de pimentón y caminaban en la distancia a paso rápido. Sus voces despreocupadas se dejaban oír malamente por encima de la lluvia. Los muchachos se ocultaron tras la

ermita y los observaron alejarse. Cristina quiso llamarles, pero Roque cubrió su boca con la mano y la amenazó de nuevo, y los Silver Road tomaron el camino de

la carretera. Cristina los vio alejarse y desaparecer lentamente, consciente de que quizá no volviera a tener otra oportunidad igual.

Roque continuó esperando todavía un rato más. Finalmente resopló

decepcionado y volvió a retomar su atención en Cristina.

—Vamos a jugar a un juego —dijo entonces.

Cristina lo miró aterrada, más por el tono divertido de su voz que por las palabras en sí.

—Se llama el gato y el ratón. Tú eres el ratón, ¿vale? Yo soy el gato. Te doy veinte segundos para que escapes corriendo. Si te alcanzo, te llevo conmigo.

Cristina se sintió tambalear de nuevo.

—¿A dónde?

—A casa.



—¿A tu casa?

Los muchachos rieron.

—Puedes llamarla así... —De pronto escondió aquella falsa sonrisa y la misma

furia impaciente que ya había visto antes reapareció de nuevo, al tiempo que extendía las manos y daba fuertes palmadas ante su rostro—. ¡Vamos! ¡A correr!

Cristina lo miró asustada. Aquel chico estaba completamente loco. Observó después al resto de los muchachos y no encontró ni una sola mirada entre todos aquellos rostros que se pareciera lo más mínimo a las de Saúl y Alexander.

—¡El juego acaba de empezar, Deep Purple! —bramó entonces Roque

Mariposas—. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

Cristina no quiso oír nada más. Giró sobre sí misma y tomó el camino que bajaba del cerro a la mayor velocidad posible. Cuando ya estaba llegando al desvío

que bifurcaba hacia la vereda de la cabaña, tropezó con una piedra y cayó de bruces

en el barro. Gimió de dolor y al levantarse oyó la voz de aquel loco clamando cada

vez más cerca.

—¡Quince! ¡Dieciséis! ¡Diecisiete!

Su corazón se precipitó aterrado contra su pecho. Roque estaba haciendo trampas y no iba a tardar en alcanzarla. Entre sollozos retomó la carrera.

—¡Dieciocho! ¡Diecinueve! ¡Y veinte! —Ahora estaba a su espalda.

—¡Alex! —Al momento sintió un empujón y luego Roque cayó sobre ella.

Bajo la lluvia, Alexander conducía lo más rápido posible al tiempo que buscaba ansioso con la mirada. Pero la noche era tan oscura que solo podía distinguir el camino que se presentaba ante la luz del faro. La moto vibraba potente

sobre las piedras y los baches. Estaba conduciendo tan rápido que en ocasiones sentía perder el control del manillar.

—¡Cris! ¡Cristina!

Pero por más que se esforzaba no veía a nadie en el camino ni en las cercas adyacentes. Alexander frenó al llegar al pie del cerro y contempló la ermita.

—¡Cris!

El lugar al que Roque había llamado su casa era tan solo un recinto similar a un pequeño ruedo cercado por una alambrada. Se encontraba más allá de la ermita,

continuando el camino en dirección norte. Tenía dos entradas opuestas entre sí y en

un extremo del ruedo se hallaba una tosca construcción de cemento parecida a un establo. Allí los Cadillac Rojo tenían algunos sofás, una vieja mesa y bebidas suficientes para abastecer un bar. Todo ello iluminado por unas cuantas bombillas

desnudas que colgaban del techo, alimentadas mediante un generador eléctrico.

Nada más verlo, Cristina había comprendido de inmediato que aquel refugio era para los Cadillac Rojo como la cabaña del árbol para su propio grupo.

Había, además, algunos coches viejos aparcados en el terreno y un poste de madera en el centro del mismo, pero no tuvo tiempo de observar con detenimiento,

pues Roque había dicho entonces algo de jugar a otro juego más divertido que el anterior. Al oír aquello, Cristina había intentado escapar por la puerta contraria a la de salida, pero el chico la había retenido enseguida.

—Te vas a colocar ahí.

Ahora Roque hablaba entusiasmado. Pero su voz sonaba forzada, endurecida

por un autocontrol que amenazaba con romperse de un momento a otro. La realidad

era que se encontraba, a todas luces, completamente frustrado por no haber

encontrado a Saúl y Alexander. Lo único que podía hacer por el momento era alimentar el deseo de venganza de los dos muchachos. Y, desde luego, sabía muy bien cómo hacerlo.

—Justo ahí. —Y señaló el grueso poste alzado en medio del ruedo.

Cristina lo contempló paralizada.

—¿...Para qué? —Su voz era tan solo un tembloroso susurro.

El chico la agarró bruscamente del brazo y la llevó hasta el poste.

—¿Alguna vez has jugado a los dardos?

Ella lo miró sin entender.

—¡Pasadme una cuerda!

Los muchachos se adentraron en el establo y regresaron con un cordel negro.

Entre tanto, bromeaban y reían expectantes, indiferentes a la mirada suplicante de Cristina.

Y fue entonces cuando comprendió lo que iba a suceder. De un empujón,

Roque la colocó de espaldas al poste y pasó sus brazos alrededor del mismo.

Cristina gritó y trató de zafarse, pero fue en vano. Roque le había sujetado sus muñecas fuertemente y las estaba atando con el cordel.

—Que alguien me pase los dardos.

Cristina lo miró aterrada bajo la lluvia.

—¿Qué...?

Fue su hermano Beni quien le tendió unos cuantos dardos de plástico.

—¡Empieza el juego! Cierra los ojos, Deep Purple, no querrás quedarte tuerta, ¿verdad?

Cristina le insultó y gritó y retorció sus muñecas tratando de liberarse, y en esas estaba cuando el sonido de un dardo pasó fulgurante junto a su oído derecho.

El dardo rebotó contra el poste y cayó al suelo. Se quedó paralizada por la impresión, mientras veía a los chicos aplaudir entusiasmados.

La indignación le provocó nuevas lágrimas en los ojos.

Beni tomó la iniciativa en ese momento y se situó a diez pasos de Cristina.

Apuntó con el dardo y lo lanzó sin titubeos. Con los ojos cerrados ella lo oyó silbar

junto a su oído izquierdo.

Los chicos aplaudieron de nuevo.

—Esto es demasiado fácil —dijo entonces Roque Mariposas—. Vamos a subir

el nivel de dificultad.

Cristina abrió los ojos.

—Pasadme un cuchillo.

El grupo de chicos enmudeció al instante.

—Vamos, pasadme un cuchillo.

—Roque... —La voz de Beni Mariposas sonaba tensa.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Tan difícil es que alguien me pase un cuchillo?

—Eso es demasiado.

Roque clavó una mirada afilada en su hermano.

—¿Demasiado? ¿Tan demasiado como que Barrotes pegara a Juan a cien metros de nosotros? Tráeme un cuchillo.

Cristina rompió a llorar. Beni, lentamente, se dirigió al establo y regresó con un cuchillo en la mano. Ahora había un silencio sepulcral entre los reunidos y una

tensión sangrante y temerosa. Bajo el sonido de la lluvia solo se oían los sollozos de Cristina. Finalmente, Beni tendió el cuchillo a su hermano.

—Roque, si te equivocas...

—¿Quién ha dicho que me vaya a equivocar? —Se volvió de nuevo hacia

Cristina con una sonrisa rebotante de odio—. ¿O quién ha dicho que no me quiera

equivocar...?

Cristina sintió el corazón golpeando su pecho frenéticamente.

—No, por favor, por favor, te diré donde están Saúl y Álex, te lo diré... —

Entre sollozos trataba desesperadamente de encontrar una forma de engañar al chico, pero Roque ya tenía el cuchillo alzado y estaba preparado para lanzarlo.

—Lo siento, Deep Purple. Prefiero jugar contigo.

Y en ese momento sucedieron varias cosas al mismo tiempo. Cristina gritó

aterrada, al tiempo que una moto emergía salvaje tras los muchachos, llevándose parte de la alambrada por delante, mientras que Roque Mariposas se apartaba bruscamente del centro del terreno para evitar ser atropellado.

La moto se abalanzó sobre varios de los presentes.

La mayoría de ellos ni siquiera pudieron reaccionar. Los chicos cayeron al

suelo entre un caos de voces y gritos. Luego la moto se descontroló por completo y

Alexander apenas tuvo tiempo de esquivar el poste cuando descubrió a Cristina ante

él. A continuación, tanto el muchacho como la moto cayeron al suelo, la cual, todavía encendida y con las ruedas girando violentamente en el aire, salpicaba una

oleada de barro sobre su rostro.

Antes de que pudiera abrir los ojos había recibido una patada en la cara.

—¡Alcaldesito! ¡Qué sentido del oportunismo! ¡En eso te pareces a tu padre!

Otra patada en el rostro. Alexander notó sangre en la boca y oyó la voz de Cristina desgarrada por el miedo y el llanto.

Advirtió que todavía sujetaba la barra de hierro en la mano. Se incorporó y la blandió ciegamente en el aire. Golpeó algo y oyó un grito de dolor y una blasfemia

y luego el tintinear de algo metálico a su espalda. Apenas había logrado ponerse en

pie cuando un golpe brutal e inhumano impactó sobre su espalda. El dolor le dejó

paralizado y cayó de rodillas en el suelo.

Ahora Beni Mariposas estaba ante él y balanceaba un bate de béisbol en la mano. Alexander trató de recuperar el aliento; no podía moverse.

Cristina comenzó a gritar.

El muchacho alzó la mirada y vio el bate de béisbol blandiendo el aire

violentamente, apenas un instante antes de poder reclinar la cabeza hacia atrás y sentir el impacto en el pómulo izquierdo. Un dolor salvaje atravesó su cabeza y dio

con el rostro en el barro.

A continuación oyó el ruido metálico de una cadena y comprendió que de no

levantarse lo antes posible, lo matarían. Sin embargo apenas podía respirar y se sentía mareado por el dolor. Alzó la mirada y buscó la cadena, pero quien fuera que

la tuviese se hallaba situado a su espalda. Encontró entonces la mirada de Cristina,

rebosante de miedo y dolor. Roque Mariposas se encontraba junto a ella.

—Ya no sé qué hacer con tu novia, Alcaldesito, ya no sé si matarla o besarla.

Cristina no lo vio venir, y aunque lo hubiera presentado, no hubiera podido hacer nada por evitarlo.

Ante los ojos de Alexander, Roque tomó rápidamente el rostro de Cristina y la besó en los labios.

Ella desvió el rostro y le propinó una patada en la pierna. Roque soltó una divertida carcajada y aguardó la reacción de Alexander.

El chico lo había observado desde la más absoluta impotencia. A pesar del dolor, todavía logró levantarse y abalanzarse sobre él. Roque no esperaba una reacción tan rápida y no tuvo tiempo de esquivar la barra de hierro, la cual cayó violentamente sobre su brazo izquierdo.

El chico gritó y Alexander aprovechó aquel momento para incorporarse de nuevo. Aquel segundo fue como si sucediera a cámara lenta, Alexander fijó la mirada en la cabeza de Roque Mariposas y levantó la barra de hierro. Iba a matarlo.

Lo sabía y quería hacerlo. Seguidamente descargó el golpe con todas sus fuerzas, pero no antes de sentir una cadena de hierro enroscándose a su cuello y

arrastrándole brutalmente hacia atrás. La barra blandió el aire al ras de la cabeza de Roque, y Alexander sintió cómo lanzaban los extremos de la cadena alrededor de su

cuello.

Se asfixiaba.

Soltó la barra y trató de aflojar la cadena, aunque no lo logró. Tensó los músculos del cuello y abrió la boca, pero el aire no entró en sus pulmones.

Mareado y sintiendo una dolorosa presión en el pecho, dio de bruces en el fango.



Sonó un disparo.

Alexander apenas pudo alzar la cabeza y distinguir en la entrada las siluetas del Quinqui y Saúl. El primero tenía una escopeta de caza en la mano.

—¿¡Qué cojones está pasando aquí!?! —Luego profirió una interminable cadena de blasfemias y palabrotas.

En un visto y no visto, los Cadillac Rojo y Los Legionarios del Sur sobrepasaron a Alexander y a Cristina y abandonaron su territorio por la puerta trasera.

Alexander bajó la cabeza de nuevo y un pitido comenzó a sonar en su cabeza.

De repente ya no podía ver. A continuación sintió cómo alguien le desenroscaba la

cadena del cuello y se oyó a sí mismo jadear imparable en busca de oxígeno.

Por fin comenzó a distinguir luces y sombras. Los faros de un coche

emergieron frente a él. Todavía confuso, comenzó a oír de nuevo lo que sucedía a su alrededor. Alguien gritaba al Quinqui que bajase el arma y colocara las manos detrás de la cabeza. Advirtió a Saúl arrodillado junto a él, con la cadena de hierro

en la mano.

—Respira, Álex, respira, respira hondo.

Vio a dos guardias civiles, a Jaime, Mario y todos los Silver Road. Buscó a Cristina con la mirada y la vio salvar la distancia entre ambos, arrodillarse y abrazarle. Y luego notó que volvía a marearse y cerró los ojos de nuevo.

Media hora después había dejado de llover y el grupo al completo permanecía a la entrada del recinto mientras los guardias trataban todavía de entender algo

de lo ocurrido. Anotaban y preguntaban uno a uno. Los chicos hablaban precipitadamente

y se pisaban los turnos unos a otros.

Uno de los guardias confiscó gran parte de las cosas que encontró en el establo: marihuana, cocaína, las cadenas de hierro, los bates de béisbol, pistolas de

perdigones y algunas navajas.

El Quinqui aguardaba esposado en el asiento de atrás del coche patrulla.

Alexander estaba furioso, el miembro de Silver Road le había salvado la vida, pero

los guardias querían llevarle al cuartel en lugar de rastrear el campo en busca de las dos pandillas. Finalmente, incapaz de mantenerse en pie, se había dejado caer al suelo y los guardias le habían ordenado acudir cuanto antes al hospital. Jaime habló

entonces como su representante legal, él mismo le llevaría a Talavera en cuanto terminasen de tomar declaración a los chicos.

Alexander guardó silencio. Prefería callar la idea de que no tenía la menor intención de ir a ningún sitio. A pesar de sentir un dolor inmenso en cada centímetro

de su cuerpo, no estaba dispuesto a separarse de Cristina para malgastar varias horas en la sala de espera de un hospital. Si algo bueno había salido de todo aquello

era que por fin la tenía entre sus brazos, sentada junto a él y sin aparente intención de querer buscar consuelo en otro lugar.

Todavía les llevó un rato dar los datos de sus documentos de identidad. Luego

los guardias subieron al coche y se alejaron en dirección al pueblo.

Alexander buscó a Heavy con la mirada. El chico había levantado su moto del suelo.

—Llévame al cuartel. Tenemos que sacar al Quinqui de ahí.

—Sube a la moto.

—¿Qué? —Jaime contemplaba estupefacto cómo Alexander lograba malamente ponerse en pie.

Cristina le imitó al momento.

—Yo también debería ir.

—No, Cris, vete a casa. Iré después a verte.

—Alexander, estás loco si crees de verdad que voy a permitir que vayas en ese estado a ninguna parte. —El coordinador le miraba severamente.

—Lo siento, pero no pienso ir al hospital.

—¿Te das cuenta de la posición en la que me dejas frente a tus padres?

El adolescente trató de controlar su impaciencia.

—Luego iré a verte, Jaime. Pero olvídate del hospital.

Saúl tomó a Cristina por los hombros y se la llevó suavemente hacia el coche de Dulce. La monitora miraba todo como si todavía no pudiera creerlo.

El rubio abrió la puerta del asiento del copiloto y Cristina subió en silencio.

—Llévate a las chicas y a mi hermano, Dulce. Yo puedo bajar andando con los Silver Road.

Jaime intervino en ese momento.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Ya sabes qué.

—¡No! —Dulce se sintió presa del pánico—. No, Saúl, no, por favor.

—Vamos a ver, tranquilizaos, vamos a hacer una reunión de emergencia en mi casa, ¿de acuerdo? Os pido por favor que vengáis todos, no solo Alexander. —

Jaime los contempló de uno en uno—. Os lo pido por favor. Id a casa a cambiaros

de ropa y venid inmediatamente a la mía.

Los chicos guardaron silencio.

—Os juro que si no estáis en mi casa dentro de media hora, llamo otra vez a la Guardia Civil.

Se miraron escépticos.

—Lo digo totalmente en serio.

—Vale. —Flavio asintió con la cabeza.

Dulce pareció tranquilizarse y subió al coche. Claudia, Leo y Santiago se acomodaron en los asientos de atrás y el vehículo se alejó en dirección al pueblo.

Cuando doña Elisa abrió la puerta principal, se quedó completamente perpleja porque allí mismo, con un aspecto similar al que podría tener un soldado que hubiera regresado de Vietnam, se encontraba su nieta. Pero no se trataba solo de su

ropa empapada y llena de barro, ni del charco de agua que se estaba formando

en el

suelo a su alrededor. Por encima de todo aquello estaba su mirada de miedo y la palidez de su rostro.

—Cristina...

La chica se arrojó a sus brazos.

—¿Qué te ha pasado? Dios mío, estás helada.

Dulce apareció en ese momento. Su coche aguardaba tras ella.

—Doña Elisa, hemos tenido un percance muy desagradable... Pero los chicos están bien.

Doña Juana llegó del salón y contempló atónita el espectáculo.

Las ancianas apenas daban crédito a las explicaciones de la monitora. Cristina temblaba en el recibidor.

—Cariño, sube a darte una ducha caliente, enseguida iré a verte. Te llevaré un caldo.

Despidiéndose de Dulce, Cristina subió las escaleras y corrió al cuarto de

baño. Todavía temblaba, aunque en aquel momento se debía más al frío que al trauma de todo lo sucedido. Tuvo que ducharse con agua ardiendo para poder entrar

en calor. Al cerrar los ojos vio de nuevo el rostro de Roque Mariposas y el cuchillo

en su mano, listo para ser lanzado contra ella. Lo vio con tanta nitidez que su corazón se aceleró nervioso y tuvo que abrir los ojos rápidamente. Cerró el grifo.

Luego se envolvió en la toalla y se encaminó a su habitación. Para entonces doña Juana conversaba con su abuela en el salón. Cristina podía oírlas hablar en voz alta

acerca de todo lo sucedido. Se vistió el pijama y comenzó a desenredarse el pelo.

Fue entonces cuando oyó el rugido de una moto acercándose.

Alexander iba sentado detrás de Heavy. Al pasar junto a la casa de Cristina no pudo evitar volver la cabeza y su corazón se aceleró cuando la distinguió asomada

a la ventana.

—¡Para! ¡Para!

Heavy frenó.

—Solo es un momento.

El chico bajó de la moto y corrió hacia la vivienda.

Temblando por dentro, Cristina le vio acercarse y trepar al olivo. Su corazón se desbocó en el acto. Alexander alcanzó el tejado al tiempo que Cristina saltaba por

encima del alféizar. Apenas había tenido tiempo de tocar las tejas cuando el muchacho se acercó rápidamente y, tomando su rostro entre las manos, se inclinó hasta besar sus labios. Luego hundió la lengua en su boca y, cerrando los ojos, la

estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas. Se besaron largo rato, de la voracidad del comienzo pasaron a una suave y lenta caricia. Alexander retiró sus labios poco a poco. Su suspiro estremeció a Cristina en un dulce escalofrío.

—Te quiero, Cris. —Acarició su rostro tiernamente y luego la besó de nuevo.

Su voz sonó suave y apasionada—. Te quiero, amor mío. Te quiero.

Ella lo miraba muda de sorpresa y felicidad, todavía respirando agitadamente y con el sabor de su saliva en los labios. Lo vio alejarse lentamente.

—Álex...

El chico sonrió.

—Deja tu ventana abierta esta noche. —Después dio media vuelta y descendió al suelo.

Cristina vio cómo subía a la moto y se alejaba calle abajo. Sintió una sonrisa apoderándose de su rostro y el corazón galopar enloquecido. Un suspiro de éxtasis

zarandeó su alma. Y así saltó de nuevo a su habitación y se dejó caer lentamente sobre la cama. Llevó sus manos al pecho y fijó la mirada en el techo. Pero su mente

estaba muy lejos del techo de su habitación, su mente y su corazón volaban lejanos

como en un sueño, directos a la luz de las estrellas.

29

*I heard there was a secret chord*

*That David played and it pleased the Lord*

«Hallelujah», Jeff Buckley[\[37\]](#)

A pesar de su infructuoso intento por ayudar al Quinqui y del inmenso dolor

que sentía por todo su cuerpo, Alexander flotaba cuando regresó de la comisaría y

se sumergió bajo la ducha. Y lo hacía a través del recuerdo de aquel primer beso,

desde la más ardiente impaciencia, desde el más absoluto regocijo, desde la alegría

más pura y liberada. Y con todo aquello, su corazón era una intrincada selva de emociones y sentimientos, en su cabeza se entremezclaban las cadenas y los

béisbol con los labios de Cristina. Por su sangre corría tan veloz el ánimo de una

venganza inmediata como el arrebatado deseo de volver a tener a la chica en sus brazos.

Salió de la ducha y con la toalla anudada alrededor de la cintura, se dirigió a su habitación. Allí se volvió hacia el espejo y contempló abrumado el reflejo de su

espalda. Tenía la zona media completamente amoratada y ligeramente inflamada.

Era cuestión de tiempo que aquella inflamación aumentara. El dolor que sentía todavía le resultaba insoportable, pero sin ánimo de contemplar aquel espectáculo por más tiempo se vistió apresuradamente y se envolvió en una nube de

desodorante.

Entre tanto su cabeza volvió de nuevo a Cristina. Una insoportable tentación le acometió desde lo más hondo de su alma. Con el corazón precipitándose a un océano de fantasía abrió el cajón de la mesilla y contempló la caja de preservativos.



Una parte de él le recriminó al instante, le gritó sordamente en su cabeza y le ordenó sin miramientos que cerrase el cajón de inmediato. Otra parte se regocijó solo de imaginar cómo podría ser, cómo se sentiría, cómo haría sentir a Cristina,

cómo sería yacer juntos después, cómo...

«¡Solo tiene catorce años!».

Alexander cerró el cajón bruscamente y se prometió no volver a tocarlo.

Luego se detuvo en medio de su habitación y pensó despacio. Se dirigió de

nuevo a la mesilla, abrió el segundo cajón y cogió una navaja. Detestaba las navajas y cualquier cosa que se alejara de una pelea con los puños, pero la situación había

llegado a un extremo de excesivo peligro. Se guardó la navaja en el bolsillo del pantalón y después contempló en el espejo el hematoma en el pómulo. Lo tenía bastante inflamado, pero lo extraño era que el golpe no le hubiera roto el hueso.

Quizá el bate solo le había rozado. Aun así le dolía horrores. También le dolía el cuello, la cadena le había desollado y amoratado la piel. Dios santo. Había estado a

punto de perder el conocimiento. Se preguntó qué habría pasado si el Quinqui no hubiera aparecido con la escopeta de su padre y Saúl no le hubiera quitado la cadena

del cuello. Le habrían matado. O quizá le hubieran quitado la cadena para pegarle con ella después. Se preguntó aterrado qué le habrían hecho a Cristina si él no hubiera aparecido con la moto. El juego del cuchillo dejaba el asunto bastante claro.

Solo de imaginarlo se estremeció horrorizado. Si Roque hubiera herido a Cristina,

si la hubiera llegado a matar, habría dedicado el resto de su vida a intentar

matarlos a todos. No tenían derecho a tocar a una chica, no había nada tan despreciable en el

mundo como asustar y herir a una chica.

Oyó ruido en la planta baja y regresó a la realidad. A sus padres les iba a dar un infarto cuando se enteraran de todo lo que había sucedido aquella noche. No se

había vuelto a producir en Vistaclara un escándalo semejante desde que Roque Mariposas se vengara de aquel rumano cuatro años atrás. Bueno, no sería él quien

se lo contara, no al menos en ese preciso instante. Tenía demasiadas ganas de ver a

Cristina, aunque antes debería hacer acto de presencia en casa de Jaime.

Cogió la cartera y las llaves de casa y bajó las escaleras en dirección a la cocina. Vio escapar la luz bajo la puerta del despacho de su padre y oyó la voz de su

madre en el salón. Hablaba por teléfono. A continuación entró en la cocina, revolvió en un cajón donde su madre solía guardar medicinas y sacó una caja de ibuprofeno. Se tomó uno con un vaso de agua y, llevado por un estado de

impaciencia casi insoportable, abandonó la vivienda y salió a la fría noche estrellada.

Cuando entró en casa de Jaime, encontró a Saúl y a todos los miembros de Silver Road excepto al Quinqui. Mario y Dulce también estaban allí. Alexandre se detuvo en el umbral del salón porque el ambiente que se respiraba entre los reunidos parecía terriblemente caldeado.

—¡No podéis rebajaros a su altura! ¿No os dais cuenta de a dónde os están llevando? ¡Esto es precisamente lo que ellos quieren! —Dulce los miraba con impotencia.

Saúl se había levantado y tenía el rostro enrojecido por la furia. Al ver aparecer a Alexander, levantó el brazo y lo señaló directamente.

—¡Casi le matan! ¡A él y a Cristina! ¡No me cuentes basura sobre la no violencia! ¡Hemos tratado de ignorarles y este es el resultado!

—¿Qué esperáis que hagamos ahora? —Era Page y estaba fuera de sí—. ¿Nos quedamos escondidos en casa el resto de nuestras vidas? Porque, seamos honestos,

esto no va a terminar el sábado por la noche cuando termine la *gymkhana*. Esto va a seguir así cuando vosotros os marchéis a Madrid o a Talavera. Quienes nos

quedamos en el pueblo vamos a tener que cruzarnos con ellos cada día y cada noche. Y no sabemos cuándo van a querer chulearnos otra vez. ¡No podemos permitirlo!

—¡En verdad deberíamos salir ahí afuera y matarlos a todos!

—¡Ni se os ocurra decir una cosa así! —Jaime los miraba angustiado.

—¿¡Por qué no!?! —bramó Heavy—. ¿¡Dónde está la Guardia Civil!? ¿¡Qué cojones está haciendo ahora la Guardia Civil!? ¡Multando al Quinqui por salvar la

vida a Alexander! ¡Esto tenemos que solucionarlo nosotros porque estamos solos!

—¡Cálmate, Heavy! Las cosas no se hacen así —intervino Mario.

—¡Es cierto lo que dice! —Flavio también se puso en pie—. Ya no podemos

mantenernos en el límite de lo legal porque entonces harán con nosotros lo que les

apetezca. ¡Esto es una guerra y yo al menos no voy a dejar que ningún cabrón me

deje tetrapléjico con una cadena!

—¡Necesitáis calmaros y pensar con claridad!

—Jaime, yo estoy harto de pensar con claridad. —Era Alexander y durante un instante logró que todo el mundo enmudeciera porque, para el asombro colectivo,

tenía una navaja en la mano. Pulsó el automático y la hoja salió disparada—. A partir de ahora todo el mundo con una navaja en el bolsillo.

—¿¡Qué estás diciendo, Alexander!?! —Dulce lo observaba como si no le conociera.

—Por nuestra propia seguridad.

—Me parece correcto —intervino Saúl—. Si vienen a por nosotros de nuevo, estaremos preparados.

—Y si se les ocurre acercarse a una chica de nuevo... —Heavy dirigió una mirada de odio a Jaime—. Van a morir abiertos en canal.

—¡Lástima que las chicas no estén aquí! Ellas deberían ser las primeras en meterse una navaja en el bolsillo.

—¡Pandilla de imbéciles! —Jaime les dirigió una severa expresión de amenaza—. Las chicas no están aquí ahora mismo porque son mil veces más inteligentes y maduras que vosotros. ¡Por eso no están aquí! —Dirigió su mirada a

Alexander—. ¡Guarda esa navaja inmediatamente! Y vosotros escuchadme atentamente. Jamás en mi vida he oído tantas locuras juntas. ¿Sabéis dónde terminaríais si mataseis a alguien o simplemente lo intentarais? ¡En cárceles o reformatorios! ¡Eso es lo que os estáis buscando! ¡Terminar en una cárcel o en un reformatorio!

—¡Pues prefiero ir a la cárcel que terminar en una silla de ruedas!

—¡Callaos! ¡Ahora estoy hablando yo y el que no quiera escucharme ya puede irse por esa puerta!

Se hizo un tenso silencio.

—Voy a deciros todo lo que pienso —continuó Jaime—. Aquí hay un problema muy gordo y si no os tranquilizáis vais a acabar muertos o en la cárcel.

¿Es eso lo que queréis?

Dulce tomó aire. Estaba al borde de un ataque de nervios.

—Vais a tener que ser más listos y más fuertes que ellos. Y no estoy hablando de fuerza física, precisamente. Tenéis un reto enorme delante de vosotros, pero no

vais a vencerlo peleando. La situación es la siguiente: quedan tres días para el final del verano. ¿Cuántos Cadillac y cuántos Legionarios viven aquí durante el invierno?

Los chicos se miraron entre ellos.

—Quizá tres o cuatro en total —respondió Saúl.

—Dos ya son más que suficientes para pegar con bates de béisbol —intervino Víctor.

—Pero no van a hacerlo, se refugian en grupos. Y en realidad solo quieren estropearos la *gymkhana* para vengar su expulsión.

—No sé... —Alexander meneó la cabeza—. Estamos suponiendo mucho. En realidad no sabemos qué quieren.

—De momento tenéis que calmaros.

—¿Y cómo quieres que hagamos eso? ¡Ellos campan a sus anchas por el pueblo!

—Pues fuera del pueblo —comentó Dulce.

—No te entiendo.

—Muy sencillo, Álex. Si la sangre va a correr inevitablemente, mejor será que os vayáis a otro sitio.

El muchacho la miró escéptico y rompió a reír.

—¿Nos estás diciendo que tenemos que huir?

—No. Tomároslo como unas vacaciones. Salid del pueblo un par de días, olvidaos de todo, relajaos, dedicaos a divertirlos, volved el sábado para la representación y el domingo, cada uno a su casa.

—Es una buena idea —corroboró Jaime.

—¿Y a dónde nos vamos?

—A la sierra, por ejemplo. Podemos irnos todos de acampada a la sierra. Las

chicas también, por supuesto.

Los muchachos miraron a Dulce en silencio. Era una oferta tentadora, pero chocaba irremediabilmente contra su orgullo masculino.

—¡Yo no pienso exiliarme a ninguna puta montaña!

—¡Saúl! —Dulce se levantó y lo miró furiosa—. ¡Tú más que nadie me debes esto! ¡Tú me diste tu palabra! ¡Salvé la *gymkhana* porque te pedí un compromiso y me diste tu palabra!

Alexander los miró asombrado.

—¿De qué estáis hablando?

—¿Es que no se lo dijiste a Alexander? —La monitora apenas podía creerlo.

—¿Decirme qué?

Saúl suspiró molesto.

—Me hizo prometer que a cambio de salvar la *gymkhana* nosotros no volveríamos a pelear.

Alexander enarcó una ceja. De todas formas, el destino se las había ingeniado todo el tiempo para que sucediera exactamente lo contrario.

—Pensad en las chicas, pensad en lo asustadas que están ahora mismo y lo bien que os vendría a todos una escapada a Gredos —insistió Jaime.

Aquellas palabras produjeron un efecto inmediato en Alexander, quien enseguida revivió nítidamente el recuerdo de Cristina temblando entre sus brazos.

Saúl advirtió aquella mirada en su amigo, casi una súplica silenciosa, a la espera de que fuera él quien se pronunciara en voz alta.

—¿Y cuándo nos vamos? —preguntó, al fin.

Con los ánimos mucho más calmados, conversaron todavía durante una hora larga. Jaime incluso les ofreció refrescos, cervezas y algo de comer, con la firme

intención de retenerlos en su casa el mayor tiempo posible para recuperar poco a poco el control de la situación. Paulatinamente, la conversación fue dejando atrás a

los Cadillac Rojo y a Los Legionarios del Sur, para centrarse en los detalles de la

acampada y en las representaciones del sábado por la noche. Al final de la velada ya

se oían bromas y risas y el ambiente se había distendido lo suficiente como para que

el cansancio incitara a bostezar de vez en cuando.

Finalmente, los chicos se levantaron y se despidieron de Jaime.

—Mucho cuidado ahí afuera, ¿vale?

Mario y Dulce salieron con el grupo y todos se encaminaron hacia sus

respectivas casas, todos excepto Alexander, el cual se desvió en dirección a la casa

de Cristina.

Caminó por las calles solitarias, atento a cualquier posible ruido o

movimiento inesperado, pero la noche era calmada y templada, silenciosa y



pacífica. Lentamente, su corazón regresó a su último encuentro con ella. Un nerviosismo muy diferente al vivido en la reunión de aquella noche le sacudió por

dentro. Recordó el beso en la ventana, aspiró el aire puro de la madrugada y aceleró

el paso, al tiempo que sentía cómo todo su ser despertaba a la demoledora urgencia del deseo.

Las luces de la vivienda ya estaban apagadas y el reloj de la plaza marcaba las

dos de la madrugada.

Con el corazón acelerado trepó al olivo, pisó el canalón y saltó al tejado. Al

asomarse a la ventana la halló durmiendo apaciblemente en la cama, y al momento

se sintió poseído por la felicidad más extraordinaria. Se encaramó al alféizar y saltó al interior, con tan mala suerte que golpeó la silla de madera con el pie.

Cristina abrió los ojos asustada. Luego le vio allí y su corazón se desbocó al

instante. Alexander la estaba mirando de aquella manera que no requería palabras,

tal y como llevaba haciendo desde el comienzo del verano, fijamente y en silencio.

Sintió el impulso habitual de arrojarle a sus brazos, pero en aquel momento experimentó un inesperado ataque de vergüenza. Se incorporó lentamente y lo miró

silenciosa y expectante, con el rubor quemando sus mejillas.

Alexander caminó lentamente hacia ella.

Se detuvo al pie de la cama y, para sorpresa de Cristina, se quitó la camiseta y la dejó caer al suelo. A continuación se descalzó las zapatillas y se quitó los pantalones.

Ella lo miraba nerviosa y maravillada, con el corazón martilleándole el pecho.

El chico se inclinó sobre la cama y se apoyó en las rodillas para llegar hasta

Cristina. Cuando por fin estuvo sobre ella, acarició dulcemente su rostro con los dedos y la besó despacio en los labios.

Cristina creyó morir de amor. Llevada por el deseo, tomó el rostro de

Alexander con las dos manos y buscó su lengua con la suya. La encontró al momento, suave y húmeda, moviéndose lenta pero ágil, entrelazándose en la de ella,

recorriendo su boca, sus labios, de nuevo su boca. Sintió su mano deslizándose suavemente por su garganta, bajando en una tierna caricia hasta su pecho. Se detuvo

allí, recreándose lentamente sobre la camiseta. Cristina sintió vergüenza y placer al

mismo tiempo. Luego la mano de Alexander voló audaz hasta el extremo de la camiseta y, escurriéndose bajo la prenda, buscó su cuerpo desnudo, deleitándose en

la piel suave y tersa de su estómago.

Alexander retiró los labios de su boca y la miró pesaroso.

—¿Cómo estás?

A Cristina no le pasó inadvertido aquel nuevo tono de voz, soterrado a causa del deseo.

—Estoy bien. —Rodeó su cuello con las manos y le instó a besarla de nuevo, pero a cambio, el chico bajó la cabeza y no se detuvo hasta llegar a su estómago.

Retiró la camiseta y lo besó delicadamente, arrastrando los labios hasta su ombligo.

Allí dejó asomar su lengua de nuevo y la paseó curiosa al rededor.

Cristina sintió placer y cosquillas.

—Álex... —Trató de decir algo coherente, pero no pudo resistirse a la nueva experiencia del deseo y cerró los ojos en silencio.

El chico descendió con los labios hasta su vientre. Cristina se estremeció, maravillada ante la intensidad de emociones que estaba sintiendo en todo su cuerpo.

Luego Alexander continuó su descenso con la lengua al tiempo que retiraba los pantaloncitos y las bragas con las manos. Fue entonces cuando ella se incorporó rápidamente.

—¿¡Álex...!?

Había tal grado de pánico e histerismo en su tono de voz que el muchacho contuvo una sonrisa y regresó dócil y sumiso en un rápido ascenso hasta su rostro.

Ella lo miraba todavía, presa del asombro más inocente y genuino. Alexander la estrechó entre sus brazos y besó su cuello.

—Te quiero, Catsi...

Paseó los labios en su oído y Cristina lo abrazó fuera de sí.

—Te quiero con toda mi alma... Te quiero más que a mi vida... —Su voz

sonaba desgarrada sobre su piel.

Cristina hundió el rostro en su cuello y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Yo también te quiero, Álex. ¡Te quiero tanto! ¡Tantísimo!

Se quedaron abrazados y quietos, ambos respirando agitadamente, oliéndose, tocándose, sintiéndose... Hasta que, contra todo pronóstico, el fuego amainó levemente y llegó una suave calma; abrieron los ojos y se miraron el uno al otro.

Alexander acarició los rizos de Cristina, ella lo miraba con expresión de absoluta

veneración, cautivada y todavía expectante.

—Se ha cumplido, Álex.

—¿El qué?

—Mi deseo. Por fin se ha cumplido. —Sonrió y el muchacho la besó de nuevo. Pero después, lentamente, se fue dibujando un gesto de dolor en el rostro de

Alexander, tomó sus manos y se las llevó a los labios.

—Cuánto lo siento, Cris... Lo tenía planeado de otra manera, pero todo ha salido mal esta noche y ojalá... —Se incorporó, su corazón cabalgaba por fin libre

—. Ojalá hubiera sido capaz de decirte antes cuánto te quiero, cuánto te necesito.

Ojalá nunca te hubiera hecho dudar de mí, porque te he querido siempre, te he querido desde el primer momento en que te oí cantar, desde el primer día en

que apareciste por clase, desde la primera vez que me abrazaste. Te he querido desde el

primer segundo y te querré hasta el último de mi vida.

Cristina lo abrazó al tiempo que rompía a llorar.

—¡Álex...! —Le bañó el rostro de besos mientras reía y sollozaba a partes iguales. Jamás había experimentado tanta felicidad.

Alexander la estrechó entre sus brazos y cerró los ojos.

—Deja que te lo diga todo. Necesito decírtelo todo. Creí morirme cuando te saqué de la piscina y vi que no respirabas. Sentí que si habías muerto yo también quería morir y... —La oyó sollozar sobre su hombro—. Y aun así no pude... No quise darme cuenta, tenía demasiado miedo, no estaba acostumbrado. Nadie me

había querido nunca tanto como tú, nadie me había hecho sentir tan... Único. Yo no

sabía... —Su voz se entrecortó de pronto—. Yo no sabía lo que es sentirse querido

hasta que llegaste tú. Tú, con tus mundos de Yupi y...

Ambos rompieron a reír, pero permanecieron abrazados.

—Y solo verte reír me hacía sentir tan bien... Y hablar contigo de cualquier cosa... Empecé a necesitar hablar contigo de cualquier cosa porque todo lo haces fácil y bonito, no sabes lo difícil que es eso para la mayoría de la gente, no sabes lo preciosa que eres.

—Álex... —Cristina era un manantial de lágrimas.

—Por eso cuando me dijiste que sabías que a veces no te soportaba... Dios mío, casi me volviste loco con ese disparate porque ya no podía pensar en

nada que

no fueras tú. —La separó para poder mirarla a los ojos—. ¿Te acuerdas del día de

la partida de ajedrez? ¿Te acuerdas cuánto me enfadé contigo? Bueno, eso es porque a veces me comporto como un anormal, pero al margen de eso, yo estaba

cabreado, estaba cabreadísimo con Íñigo por lo que te hizo en el armario. No podía

soportar ni pensar en ello, y de pronto vi mi oportunidad de ganarle, de poder humillarle de alguna manera, eso era lo que quería. Y tú estropeaste la partida sin

querer. Perdóname, Cris, lo pagué contigo, pero solo estaba frustrado por no poder

vengarme a mi manera. Yo estaba celoso sin querer admitirlo... Gorka tampoco me

cae mucho mejor.

—Dios mío, Álex... —Completamente seducida, Cristina lo besó en los labios.

Alexander apoyó su frente contra la de ella y exhaló un suspiro.

—Los veinte días que has pasado en el campamento han sido los más deprimentes de mi vida, aunque sé que me lo merecía.

—No digas eso, no digas eso... —Cristina lo besó y lo abrazó de nuevo.

El chico buscó de nuevo su mirada.

—Y aquí viene lo mejor de todo; aunque me has visto con varias chicas este

verano siempre pensaba en ti. Ya sé que no es muy romántico, pero es la verdad, necesito que sepas toda la verdad. Pensaba en ti todo el tiempo y cuanto más insistía

en olvidarte, más pensaba en ti. Incluso cuando me fui a la piscina con Dulce.

Cristina se apartó de él y, sollozando de nuevo, cubrió su rostro con las manos.

—No quiero hablar de eso. No quiero.

Alexander la estrechó entre sus brazos de nuevo y la besó dulcemente en el hombro y en el cuello.

—Perdóname... Perdóname, eres la única. —Trató de apartar las manos de su rostro—. Eres la única, Cris. —Su voz sonó tan suave que la chica dejó de sollozar

—. Nunca he querido tanto a nadie como te quiero a ti, jamás en toda mi vida... —

Besó sus manos y luego hundió los labios entre sus rizos, al tiempo que la estrechaba entre sus brazos.

Finalmente Cristina descubrió su rostro y cuando lo miró a los ojos vio que los tenía llenos de lágrimas. Al momento lo abrazó fuertemente.

—...Me arrepiento de tantas cosas... De todas las veces que he mirado a otro lado, de todas las veces que he deseado besarte y no lo he hecho, de cada noche que

quise venir a verte y no me atreví... Yo me arrepiento, me arrepiento muchísimo...

—No importa, eso ya no importa.

—A partir de ahora voy a cuidar de ti y no voy a dejar que nadie te haga daño nunca más. Cris, yo mataría y moriría por ti.

Cristina tomó su rostro entre las manos y, completamente arrebatada, lo colmó de besos.

—Te quiero, Álex. ¡Te quiero con toda mi alma! ¡Te quiero más que a mi vida!

Lo besó y lo abrazó apasionadamente. Quería decir muchas cosas, pero no había palabras suficientes en el mundo para ninguna de ellas, así que cerró los ojos

y, exhalando un cálido suspiro, inclinó la cabeza sobre su pecho y allí ocultó su rostro.

Continuaron besándose durante horas, deteniéndose cuando se sentían al rojo vivo para calmarse poco a poco y empezar de nuevo. Después les venció el sueño y



se durmieron abrazados. Alexander oyó a Cristina sollozar y cuando la despertó, ella murmuró algo de un cuchillo. La besó con dulzura y le habló quedamente y en

susurros hasta que ella se durmió de nuevo. Durante un rato recordó furioso y atormentado la declaración de Cristina a la Guardia Civil, pero al contemplarla dormir en sus brazos se calmó y cayó rendido en un sueño profundo.

30

*I'll show you how to take me*

*go down, go down, go down*

*And I'll show you how to love me*

*right on, right on, right on*

*And I'll show you how to touch me*

*right on, right on, right on.*

«Independent love song», Scarlet[\[38\]](#)

Cristina abrió los ojos. La luz del sol entraba a raudales por su ventana abierta y el cielo azul brillaba pulcro y diáfano entre algodonosas nubes blancas. Las golondrinas cantaban sobre su tejado, al tiempo que se oía el bullir de la gente, sus

saludos y preguntas en voz alta, el ir y venir de algún coche y el balar de las ovejas en los prados cercanos.

Se incorporó y contempló la cama vacía. Recordó torpemente haber visto a

Alexander vestirse a la luz del amanecer y lanzarle un beso desde el alféizar de la

ventana. El más puro sentimiento de éxtasis se apoderó de su alma cuando aspiró su

olor en las sábanas. Cerró los ojos de nuevo y su rostro se transfiguró en una maravillosa sonrisa mientras que todo su ser añoraba la calidez de su cuerpo.

Se estiró perezosamente y suspiró embelesada. De pronto advirtió que en dos

días regresaría a Madrid, en dos días el verano se habría acabado. Permaneció largo rato sobre la cama en una confusa mezcla de emociones, embargada por el dolor de una inminente separación y sintiéndose poseída por la felicidad más extraordinaria, amando el recuerdo de Alexander como jamás había amado nada en

toda su vida.

Luego se levantó, abrió el cajón de su mesilla y extrajo el colgante que él le

había regalado el día anterior. Se dirigió al espejo del armario y se lo anudó al cuello. Lo contempló colgando sobre su pecho y sonrió de nuevo. Después lo tomó

delicadamente con las manos y lo besó con la misma adoración con la que había besado a Alexander la noche anterior. Tras casi treinta minutos de auténtica ensoñación y absoluta pérdida de tiempo, se vistió y bajó a la cocina en un fantasioso estado de trance. Se preparó el desayuno y lo llevó a la mesa del jardín.

Su abuela andaba atareada en sus labores de jardinería cuando la vio tomar asiento.

—Hola, *abu*.

—Hija... —Dejó los guantes y las tijeras sobre el poyete del arriate y se acercó a su nieta—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Trató de ocultar la radiante felicidad que le embargaba.

—Alexander ha venido a buscarte.

Su corazón se disparó enloquecido.

—¿Cuándo?

—Hace una hora y media o así.

—¿Y por qué no me has despertado?

—Me dijo que te dejara descansar. En realidad quería hablar conmigo. —La anciana se apoyó en la mesa.

Cristina frunció el ceño y la observó temerosa.

—Hemos hablado de lo que sucedió ayer en la prueba de la *gymkhana*.

—Álex fue muy valiente. Si no fuera por él...

—Ya he visto cómo tiene el cuello y la cara. Cristina, escúchame. Alexander ha

venido a decirme que vuestro grupo se va de acampada a la sierra.

Cristina enmudeció. No sabía nada al respecto.

—Me ha dicho que estarías mucho más segura en la sierra que aquí en

Vistaclara.

Cristina le dirigió una expresión anhelante.

—Y es verdad, abuela, eso tiene toda la lógica del mundo.

—Cristina, —la anciana le dirigió una severa mirada— ¿realmente puedo

confiar en ti? ¿Puedo confiar en que no vas a fumar ni a beber ni a exponerte a ningún peligro si dejas que te vayas con ellos?

—¡Claro que sí, abuela! ¡Claro que sí!

—Vas a pasar dos noches en la montaña. Piensa despacio el grado de responsabilidad que conlleva esto.

—¡Abuela, puedes fiarte de mí, de verdad!

—No espero que Alexander cuide de ti, espero que tú cuides de ti misma, ¿lo tienes claro?

—Como el agua.

—Hija... ¿Hay algún tipo de reflexión o de arrepentimiento en esa cabeza que tienes, tras haber pasado veinte días en el campamento cristiano?

—¡Claro que sí, abuela, un montón!

—Tienes que madurar.

Cristina afirmó con la cabeza, a pesar de la repulsión instintiva que sentía por aquella palabra.

—Quiero que entiendas una cosa: consiento que vayas a esa acampada porque habrá dos monitores supervisando y me parece más peligroso que te quedes aquí, solo por eso. ¡Y no sabes lo harta que estoy de este pueblo de vándalos y salvajes!

Una expresión de verdadera gravedad se apoderó del rostro de la chica.

—Muy bien.

Alguien llamó a la puerta.

—Debe ser Alexander, me dijo que volvería. Ve a abrir. —La anciana se

incorporó y se dirigió de nuevo a los arriates.

Pero Cristina se mantenía paralizada en la silla. Una oleada de nervios había atenazado su estómago, haciéndole perder su escaso apetito.

—¡Cristina...! —Doña Elisa la miraba impaciente.

—Voy. —Se levantó, al tiempo que una emocionada sonrisa se dibujaba en su rostro. Atravesó el jardín y abrió la puerta. Un inesperado rubor afloró a sus mejillas, Alexander esperaba al otro lado de la puerta. Durante un segundo advirtió

un débil temblor en sus ojos rasgados, luego una chula sonrisa se apoderó de su rostro.

—Hola, Bella Durmiente.

—Hola... —Lo contempló paralizada.

Alexander aguardó silencioso mientras que reparaba satisfecho en la triqueta celta, pero Cristina no parecía reaccionar.

—Sé de uno que murió esperando a que le invitaran a entrar.

Cristina se sintió sonrojar más todavía y finalmente ambos estallaron en carcajadas.

Molesta, doña Elisa frunció el ceño desde la otra punta del jardín.

—¿Pero quién es?

La miró radiante.

—Es Álex. —Por fin se hizo a un lado.

Alexander entró en el jardín y sonrió educadamente.

—Hijo, ¿quieres desayunar?

—No, gracias, tenemos prisa, nos están esperando en la cabaña.

Cristina observó el hematoma en el pómulo izquierdo. Lo tenía terriblemente inflamado.

—Cris...

—¿Qué?

—Que tenemos prisa.

—Ah, sí. —Se dirigió a la mesa, engulló el zumo de naranja y subió las escaleras en dirección al cuarto de baño.

Doña Elisa contempló al muchacho desde los arriates.

—¿Has hablado con tu padre de lo que sucedió ayer?

—Sí...

—Hijo, tu padre es el alcalde. Algo tendrá que hacer o decir.

—La Guardia Civil ha detenido a Roque Mariposas y lo ha llevado al cuartel.

Y Jaime ha publicado la descalificación de Los Legionarios del Sur.

—Tu padre debe estar preocupado por ti.

—Me ha regalado esto. —Sacó un teléfono móvil de su bolsillo—. No sirve para disparar, pero algo es algo.

—No digas eso ni en broma. —Meneó la cabeza y se acercó al muchacho—.

Me gustaría saber si se trató de algo personal contra vosotros o solo se

aprovecharon de encontraros desprotegidos en ese momento.

Alexander se mordió el labio. Decir su opinión en voz alta supondría añadir motivos a la gran lista que la anciana había acumulado para no querer regresar a Vistaclara.

—Eso no importa. Nosotros no queremos pelear.

—Más te vale que sea cierto.

Cristina regresó al jardín en ese momento y ambos se despidieron

educadamente de la anciana y salieron a la calle a paso calmado. Doña Elisa regresó

a su tarea.

Anduvieron diez pasos más y luego el muchacho la tomó de la mano con una radiante sonrisa y la llevó apresuradamente a una estrecha calleja. Allí la besó con

pasión.

Ansiosa, Cristina buscó su lengua, su cuello, su rostro, acarició su pelo y lo abrazó encendida.

—Buenos días... —Fue un ardiente susurro bajo su mandíbula.

Ella suspiró hechizada.

—Te quiero, Álex. —Acarició el hematoma y besó su cuello de nuevo—. ¿Te duele mucho?

—Solo un poco. —Acarició su rostro y la miró en silencio. Luego la besó dulcemente en los labios—. Por cierto, bonito colgante.

Ella sonrió dichosa.

—¿Cuándo nos vamos de acampada?

—Esta tarde, con todos los Silver Road, Dulce y Mario.

—Pero yo no tengo saco de dormir ni nada de eso.

—Puedes usar el mío, yo cogeré el de mi hermano, no te preocupes por eso.

La mirada de Cristina brilló de felicidad.

—¿Te das cuenta, Álex? Dos noches juntos en la montaña, con todo el tiempo del mundo para estar solos.

—Dios mío, no me lo recuerdes —la besó fervoroso—. No imaginas cómo

me pongo solo de pensarlo... —Deslizó sus manos en una tórrida caricia por la cintura y las caderas de Cristina, luego las condujo bajo su espalda y estrechó a la

chica contra su cintura.

Cristina advirtió la excitación del muchacho, lo abrazó impetuosa y buscó su boca de nuevo. De pronto se separaron bruscamente. Al final de la calleja había surgido un anciano que caminaba cojeando con un bastón en la mano.

Se miraron y rieron. Luego Alexander la tomó de la mano.

—Vamos, no imaginas la revolución que hay ahora mismo en el salón

cultural. Jaime ha dicho que no podemos representar la función en el salón el sábado por la noche, porque coincidiría con la cena en la plaza y los bailes regionales y...

—¿Qué cena? ¿Qué bailes?



—¡Ahí va! —Alexander hizo un gesto de sorpresa. Acababa de recordar que aquel verano era el primero que Cristina pasaba en Vistaclara—. Todos los años mi

padre organiza una cena en la plaza para todo el pueblo con platos típicos de la región. Además vienen grupos profesionales de bailes regionales, por eso el

escenario no se ha desmontado todavía. Es la forma habitual en la que Vistaclara se

despide del verano.

—¿Pero qué va a pasar si no podemos representar nuestra función?

Alexander sonrió y un brillo de entusiasmo asomó a sus ojos rasgados.

—Jaime ha dicho que actuaremos en la plaza, en la sobremesa, tras el final de los bailes regionales.

Cristina lo miró perpleja.

—¿Vamos a actuar en la plaza...?

—Eso es.

—¡Dios mío, Álex, Dios mío! —Llena de emoción, Cristina se lanzó a sus brazos de nuevo y comenzó a reír y a dar saltos. Alexander la secundó en sus carcajadas—. ¡Es la mejor noticia del mundo! ¡Va a ser inolvidable! ¡Inolvidable!

A las cuatro y media, Alexander todavía andaba atareado en su habitación, guardando en la mochila de viaje todo lo necesario para la acampada. Saúl irrumpió en su cuarto bruscamente.

—¡Hey! —Dejó caer su mochila al suelo y se tumbó sobre la cama—. Necesito

que me prestes una toalla de piscina y una esterilla.

—¿Todavía no has aprendido a llamar a mi puerta?

El rubio estalló en una sonora carcajada.

—¡Es verdad! ¡Me acuerdo del día en el que te pillé *cascándote* una paja!

Molesto, Alexander sacó su paquete de tabaco y se encendió un cigarro.

—Venga, ahora dime qué tal con Cris.

—Tranquilito, chaval.

—Hay algo que contar, ¿verdad?

El muchacho revolvió en los cajones de su armario.

—Toma, la toalla. —Luego lo miró burlón—. ¿Para qué quieres una toalla?

—Para secarme después de bañarme, evidentemente.

—Sé un hombre, sécate al sol.

Saúl rompió a reír.

—Sé un hombre, dame todo tipo de detalles.

—¿Por qué crees que tengo algo nuevo que contar?

—Porque lo huelo. —Rio divertido—. Huelo tus apestosas endorfinas a un kilómetro de distancia y porque tu sonrisa de vicioso brilla más que de costumbre.

—Enarcó las cejas y le sonrió expectante—. ¿Me equivoco o no me equivoco?

—  
Olfateó la toalla—. ¿A qué huele esto, sucio pervertido?

Alexander se la arrebató de las manos.

—Serás payaso. Ahora te vas sin toalla.

—Venga, dime qué ha pasado.

Alexander sonrió con arrogancia.

—Hoy he dormido con ella.

Saúl abrió la boca y enmudeció de sorpresa.

—Me estás vacilando.

—No, no ha pasado nada de eso pero...

—Pero ¿qué?

—Joder, Saúl... —Suspiró y se sentó junto a él—. Para tener catorce años...

—¿Qué cabrón! ¿No me estás vacilando?

—No, ya te lo dije en el hospital. Conmigo es así, es...

—Joder... ¿Y por qué a mí no me pasan esas cosas?

—¿Pero qué dices? ¡Tienes a todas las chicas detrás de ti!

—Pero me agobian, me aman demasiado, yo solo quiero que utilicen mi cuerpo, eso es todo, tampoco les pido tanto... ¿Por qué son tan profundas?

Rompieron a reír.

—Oye... —Saúl se incorporó y lo miró—. ¿Qué va a pasar entonces en la

montaña? —Sonrió con picardía—. Los dos solitos..., ejem, ejem...

—Eso me ha dicho ella.

Saúl lo miró estupefacto.

—¿Eso te ha dicho ella? —Abrió el cajón de la mesilla y cogió la caja de preservativos—. ¡Tienes que llevarte todos los condones!

—¡Espera, espera! ¿Qué haces? ¡Guarda eso ahí!

—¡Pero si te lo está pidiendo a gritos!

—¡No hemos hablado de esto todavía! ¡Solo tiene catorce años!

—El amor no tiene edad y, además, esto no se habla, esto se hace y punto. —

Saúl guardó la caja en la mochila de Alexander.

—¿Qué haces? ¡Guarda los condones en su sitio ahora mismo!

—Ya lo he hecho.

—¡En la mesilla, Saúl!

—¿Por qué gritas? Estás histérico.

—Porque no quiero... —Alexander lo miró derrotado—. Estoy haciendo el sacrificio más grande de mi existencia. —Cerró los ojos—. Guarda los condones en

la mesilla. No quiero volver a verlos.

Saúl rompió a reír.

—¿Qué te pasa? ¡Te estás afeminando!

—¿De qué vas? —Lo miró furioso—. No puedo desvirgar a una chica de

catorce años dos noches antes de perderla de vista.

—No vas a perderla de vista. —Puso los ojos en blanco y habló en una burda imitación de voz femenina—. ¡Estás enamorado...!

—Eres un gilipollas.

—¡Reacciona, Álex!

—Oye, ponte en su lugar, ya sabes de qué hablo, no podré verla todos los días, va a ser duro, no puedo hacerle esto, no...

—Por Dios, Alexander, me decepcionas... —Saúl guardó la caja en el bolsillo

de sus pantalones del chándal.

—¿Qué haces?

—A lo mejor los uso yo.

—¿Con quién? ¿Con quién los vas a usar tú?

—Con... Leo, Claudia, Dulce, los peces del río...

—Ni puta gracia. Deja eso en la mesilla.

—Tronco, te estoy haciendo un favor. Me los llevo. —Saúl abrió su mochila y guardó en su interior la caja de preservativos—. Dame la esterilla. ¡Y vámonos ya,

que llegamos tarde!

A las cinco en punto el claxon del coche de Heavy hizo bajar a Cristina precipitadamente por las escaleras de su casa. Cargó la pesada mochila al

hombro y

con una preciosa sonrisa, besó a su abuela en la mejilla. Luego abrió la puerta y se

lanzó emocionada al interior del coche. Doña Elisa la vio acomodarse junto a Alexander. El chico se despidió con la mano.

—¡Adiós, *abu*!

—¡Pásalo bien y ten cuidado!

—Que sí, *abu*, ¡adiós! ¡Hasta el sábado!

La anciana distinguió a Saúl sentado al otro lado de Alexander, con Elvis en brazos, y a Dulce en el asiento del copiloto. Alzó la mano a modo de despedida y

vio el coche alejarse calle abajo. Luego suspiró y entró en casa de nuevo. En el fondo no podía dejar de sentirse aliviada ante la idea de que Alexander fuera con ella.

A la salida de Vistaclara se unieron a los coches de Flavio y Mario y tomaron dirección a Candeleda. Acompañados por la música de los Eagles, cubrieron la distancia hasta alcanzar el Valle del Tiétar. Cristina recordó entonces haber recorrido aquel mismo trayecto en autobús veintitrés días antes y lo había hecho en

circunstancias tan diferentes que apenas podía creer en el giro milagroso de los acontecimientos. Volvió su rostro hacia Alexander y le dedicó una enamorada

sonrisa. El chico pasó el brazo alrededor de sus hombros, la miró sonriente y la besó en la frente.

Entre tanto, para consternación de Dulce y Heavy, Saúl canturreaba

emocionado una de sus canciones predilectas: «Take it easy».

—¡No te lo voy a repetir más veces, Saúl! —bramaba Heavy, descompuesto —.

O te callas un rato o te cambias de coche.

Saúl lo miró con burla y se echó el pelo hacia atrás.

—Sosiega, Ramirito —replicó con voz afeminada—. Te veo nervioso sin motivo... —Luego le lanzó un beso.

Heavy enarcó una ceja a través del retrovisor.

—No lo pillo. Eres un imbécil, no lo pillo.

Alexander y Cristina estallaron en carcajadas.

Saúl continuó con su mala imitación.

—¡Oh, Ramirito Polainas, dame un besito! ¡Dame un besito! ¡*Mua, mua, mua!*

—Saúl, no te soporto, tronco, madura de una vez.

Acto seguido, el muchacho retomó su vitalista canturreo en un inglés completamente inventado. Las carcajadas de Dulce, Alexander y Cristina continuaron todavía un largo rato.

Comenzaron el ascenso de la ladera sur de la sierra, las cumbres graníticas sobresalían grandiosas a la luz de la tarde. Luego, poco a poco, el paisaje se encerró en un despliegue de robles, melojos, castaños y fresnos. Dejaron El Raso a

su izquierda para continuar en una intrincada subida de caminos arenosos y majestuosas vistas. Los muchachos contemplaron el valle que ya quedaba atrás y las

lejanas dehesas próximas al embalse de Rosarito y a los pequeños pueblos que lo rodeaban.

La subida en coche les llevó todavía un rato. Finalmente llegaron a un paraje abierto, a cuyos pies discurría una garganta de charcas angostas y profundas.

Aparcaron allí los coches y cargaron con sus mochilas y esterillas para recorrer a

pie una ruta de intrincadas pendientes y sinuosos riscos. Se oía el bullir del agua al fondo de la garganta y una suave brisa acariciaba el paso mientras el grupo avanzaba vivaracho y charlatán a un ritmo ligero y alegre.

El sol de la media tarde se despedía lentamente tras las montañas cuando, por fin, llegaron sudorosos y extenuados a una zona holgada y amplia donde el río se deslizaba intrépido por un tobogán de granito, para caer posteriormente en ruidosa

cascada a una espaciosa poza verde cristalina. En este lugar las montañas se abrían

en una amplia meseta, la pendiente serenaba su ascensión y los helechos crecían verdes y salvajes entre las grandes peñas de la orilla. Los montes se abrazaban accesibles y en suave elevación, salpicados de robles y frondosa vegetación, y el terreno alrededor del río se mostraba despejado y luminoso.

Se asentaron en la orilla, sobre un pasto de hierba verde, y allí acomodaron las esterillas y los sacos de dormir, mientras Elvis se lanzaba felizmente al agua de

la charca e inspeccionaba los alrededores.

—Pongamos la comida en común —sugirió Mario.

Enseguida descubrieron que los Silver Road se habían aprovisionado casi exclusivamente con neveras repletas de cervezas.



—Muy listos, sois brillantes —intervino Dulce en tono irónico—. Ya podéis aprender a pescar o...

—Es broma, hemos traído bocadillos. De lomo con pimientos, panceta, chorizo...

—Y fiambre, queso manchego y embutido ibérico —añadió Alexander.

—Batidos de chocolate y huesitos.

—¡Santi, qué poco práctico eres!

—Santi podría vivir de eso.

—Zumos de naranja, fruta fresca, agua y tortilla de patata.

—¡Tortilla de patata! Gracias, Cris.

—¿Y las acelgas?

—Qué gracioso estás hoy, Saúl.

—Mega ensalada de arroz. —Claudia dejó tres grandes fiambreras en la hierba.

—Genial, esto para mañana.

—Y ensalada de pasta. —Era Leo.

—¿Y los monitores? ¿Qué habéis traído vosotros?

—Gazpacho, bocadillos, pan y agua.

—¿Nadie más ha traído agua?

—¿Agua? ¿Quién necesita agua?

—Yo he traído croquetas, empanadillas y pan de molde.

—Perfecto.

Se quedaron mirando en silencio todas sus provisiones.

—¿Y la música?

—¿No os parece bonito escuchar el sonido de la cascada?

Desoyendo la sugerencia de Dulce, Flavio sacó de su mochila su *discman* y sus

pequeños altavoces e hizo sonar a Deep Purple con su «Smoke in the water». El grupo disfrutó del agua fría del río durante el resto de la tarde. Santiago descubrió

entusiasmado las divertidas posibilidades de lanzarse por el tobogán y caer por la

catarata de un metro de altura hasta sumergirse en la parte más profunda de la poza.

El resto de los Sustain Souls no dudó en imitar al niño. Sin embargo, para los Silver

Road resultaba más atractiva la idea de permanecer aletargados en la orilla, con una

cerveza en una mano y un cigarro en la otra. Dulce y Mario se refrescaron un rato y

salieron enseguida a tomar el sol, abrumados y molestos por el escándalo y revuelo

que estaban originando los Sustain Souls en el agua.

—¡Pásame una birra, Quinqui! —gritaba Alexander desde lo alto de una

pedra, mientras permanecía con las piernas sumergidas en el río.

Dulce se incorporó molesta.

—¡Ni hablar, Alexander! ¡Eres menor!

La mitad de la concurrencia rompió a reír estrepitosamente.

—¿Qué le ha llamado...?

El Quinqui lanzó una lata de cerveza al muchacho y este la atrapó al vuelo.

—¡Alexander, deja esa cerveza!

—Es sin alcohol.

—¿Tú te crees que yo soy tonta?

La discusión se prolongó hasta que Alexander terminó de beberse la cerveza.

Para entonces, Saúl ya tenía la suya en la mano y se la estaba bebiendo tras una peña, alejado de la vista de todos.

Dulce reparó entonces en Claudia y Leo, las cuales fumaban sobre una roca cercana a la de Alexander.

—¿Cuántos años tienes, Leo?

—Quince.

—¿Desde cuándo fumas?

—Desde los trece.

Dulce miró estupefacta a Mario.

—Esto es aterrador.

—Menos mal que los míos son todos mayores de edad.

—¡Mario, no podemos dejar que se droguen delante de nuestras narices!

El monitor se quitó sus gafas de sol y habló en un susurro.

—Estamos aquí para evitar que se maten a navajazos. ¿Ahora también quieres pasarte los dos días intentado desintoxicarlos? Esto es algo que no se puede hacer en dos días.

—¡Mario...!

—Esto es un problema educativo y social. Nos llevaría meses hacerles entrar en razón. Yo me conformo con que sobrevivan.

La pelirroja les miraba con expresión irritada.

—¿Qué cuchicheáis?

—¡Apaga ese cigarro ahora mismo!

Leo se encogió de hombros y continuó conversando con Claudia. Entre tanto, Santiago y Cristina disfrutaban del baño.

—¿Te gustaría bucear, Cris? He traído las gafas y el tubo para respirar.

—Claro que sí. ¿Por qué no lo has dicho antes?

—Voy a por ello. Lo guardé todo en la mochila de mi hermano, espera.

El niño cruzó a nado hasta la orilla y, tiritando, caminó de puntillas entre la maleza, saltó por encima de los monitores y se acercó al grupo de los Silver Road.

—¡Por Dios, Santiago! —Dulce se incorporó de nuevo—. ¡Me has empapado!

Mario suspiró y se tumbó bocabajo.

Santiago se inclinó sobre la mochila de su hermano, la abrió y rebuscó en su interior. Enseguida tropezó con una caja de cartón, la sacó pero no la reconoció.

—Con...trol... —Leyó en voz alta. Recordó haber visto el anuncio en

televisión, un anuncio donde no se mostraba nada más que una pareja retozando felizmente en una cama, y luego un globito amarillo sobre fondo blanco. En una ocasión le había preguntado a Saúl por el significado del anuncio, pero él solo le

había dicho que aquello era necesario para no tener hijos tan insoportables y preguntones como él. A pesar de intuir el asunto con bastante claridad, no terminaba

de comprender su forma de uso.

—¿Cómo se utiliza esto?

Como nadie le estaba prestando la menor atención, guardó la caja en la mochila y continuó buscando las gafas. Las encontró tras una ardua búsqueda a tientas y regresó con ellas junto a Cristina.

El resto de la tarde transcurrió sin nuevos percances, y con la llegada del anochecer los muchachos comenzaron a preparar la comida sobre una manta

pinguera, mientras las chicas buscaban intimidad en la orilla opuesta para

cambiarse los bañadores detrás de una roca. Fue allí donde Cristina puso al corriente a Leo y a Claudia sobre lo sucedido la noche anterior en su habitación.

Las chicas la escucharon con absoluta atención, fascinadas ante el candor que desprendían sus palabras.

—Es increíble que vaya a ir a verte a Madrid todos los fines de semana... —

Claudia no salía de su asombro—. Conmigo jamás hizo eso.

Cristina la miró en silencio. No sabía qué responder.

Leo inclinó la cabeza y habló en un susurro.

—¿Te tocó las tetas, Cris?

Cristina se mordió el labio.

—Sí...

—¿Te tocó la vulva?

—¡Leo! ¿Te pregunto yo a ti si alguien te toca la tuya?

Claudia estalló en una carcajada.

—No seas así. A mí nunca me pasa nada emocionante.

—¿Qué te gustaría hacer con él? —preguntó la rubia.

Cristina sintió un nudo en el estómago.

—No lo sé.

—¿Cómo no vas a saberlo?

—¿Te gustaría hacer el amor? —intervino Leo.

Cristina guardó silencio de nuevo.

—No lo sé.

—¿Pero cómo no vas a saberlo? —insistía Leo.

—Mi abuela me mataría.

—No se lo estoy preguntando a tu abuela, te lo estoy preguntando a ti.

—Pues no... No me gustaría.

—¿Por qué?

Cristina recordó todavía con dolor la escena que había presenciado en la piscina. Durante los veinte días que había pasado en el campamento había tenido muchas ocasiones para reflexionar acerca de aquello. Lo que había visto no se parecía en nada a los románticos encuentros que protagonizaban las parejas en las

películas de amor. La realidad le había resultado demasiado prosaica y fea y, sin embargo, al mismo tiempo había sentido unos celos mortales de Dulce al ver aquella apasionada entrega en la que había descubierto a Alexander. Y la noche anterior él había confesado que no había podido dejar de pensar en ella mientras sucedía todo aquello, al tiempo que Cristina descubría la sensación de apremio que

provocaba el deseo por el cuerpo de otra persona. Eso cambiaba mucho las cosas.

Sintió un nudo nervioso en el estómago y miró a otro lado. No quería delatar con su mirada que en realidad solo estaba mintiendo.

—Porque aún soy muy pequeña para eso.

—Vaya, eso es muy contundente.

—Leo, cállate, tú ni siquiera te has dado un beso con nadie.

—Gracias por restregármelo, Claudia. Bastante baja tengo ya la autoestima como para que encima...

—¡Eh, señoritas! —Era la voz de Alexander.

Las chicas se levantaron y asomaron sus cabezas por encima del risco.

Alexander sonreía con un bocadillo en la mano.

—¡A cenar!

Cristina no pudo evitar una gran sonrisa en su rostro. Después las tres se levantaron y regresaron al encuentro del grupo.

Con la llegada de la noche se levantó un aire templado y la luna emergió oronda y brillante en el cielo estrellado, bañando de un blanco plateado las montañas y el agua del río. Para entonces el grupo se había acomodado en círculo y

conversaba animadamente alrededor de los restos de la cena.

Alexander escuchaba divertido la experiencia del Quinqui en el calabozo de la

Guardia Civil, pero su mirada volaba incontrolada hacia Cristina. En lo más profundo de su ser, solo deseaba volver a estar a solas con ella.

La chica se había vestido pantalones largos y una sudadera, pero aun así se estaba frotando los brazos. Finalmente Alexander se levantó y, tomando su manta, rodeó el círculo y se sentó tras ella, abrazándola con sus piernas. Sintió alivio al advertir que nadie parecía prestar especial atención a sus movimientos, de modo que desplegó la manta y la pasó sobre Cristina.

Ella le dedicó una extasiada sonrisa.

—Gracias.

El muchacho se cubrió también y bajo la manta la estrechó cariñosamente

entre sus brazos. Luego ella apoyó la cabeza contra su pecho y retomó la atención

en la conversación. Pero Alexander estaba mucho de atender a las palabras de los

chicos, porque una parte de él estaba tomando conciencia de la perfección de aquel



momento presente. Por primera vez en su vida, se sentía profundamente agradecido

por todo cuanto tenía, por todo cuanto estaba recibiendo. Por primera vez en su vida

se sentía pleno.

—Y entonces vi a Alexander en el suelo... —relataba el Quinqui, señalando al

chico—. Y por eso disparé y dije...

—¡Me acuerdo! —intervino Alexander riendo divertido—. Fue como ver aparecer a Dios.

Hubo un coro de carcajadas y Alexander continuó.

—Y va el Quinqui y dispara al cielo y dice: «¿¡Qué cojones está pasando aquí!?!».

Los muchachos rompieron a reír y la conversación se mantuvo en la misma

línea humorística. Entre tanto, sutilmente y bajo la manta, Alexander buscó la piel de Cristina bajo su sudadera y comenzó una distraída caricia por su abdomen. La chica se estremeció y contuvo una sonrisa.

—¿Qué fue lo que te dijo entonces el guardia?

Heavy hablaba en ese momento y ahora era el centro de atención.

—Entonces Álex y yo llegamos empapados, los *picoletos* nos vieron llenar el suelo de agua y de barro y van y dicen: «De aquí no salís hasta que lo hayáis limpiado con una fregona».

La mano de Alexander continuó deslizándose juguetona bajo la goma del

pantalón y al momento sintió la mano de Cristina buscando corresponderle por su

espalda.

—...Y llega entonces el padre del Quinqui, que ya sabéis las malas pulgas que tiene...

Las risas y los comentarios se sucedían sin interrupción.

—Y va y dice: «Pero si esta escopeta es igual que la mía».

Los muchachos estallaron en carcajadas.

Sucedió entonces algo que logró despertar a Cristina de la relajada

somnolencia en la que se estaba adentrando: la mano de Alexander parecía aspirar a

los mismos horizontes que la de Íñigo en el armario. Alarmada, notó cómo se deslizaba bajo el pantalón del chándal y la ropa interior y se adentraba sin titubeos

en territorio prohibido. La chica se tensó al momento y detuvo la caricia en su espalda. Volvió el rostro hacia Alexander y lo miró perpleja. Apenas podía creer que estuviera haciendo aquello como si tal cosa. El muchacho parecía tar

concentrado en la conversación que ni siquiera pareció advertir el reclamo

silencioso de Cristina, de modo que, abrumada y confusa, apoyó de nuevo la cabeza

en su pecho.

—Pero lo mejor de todo no es eso, lo mejor fue cuando dijo: «Me llevo mi escopeta. A este imbécil le podéis dejar toda la noche en el calabozo. ¡A ver si aprende!».

Se oyeron nuevas carcajadas y durante un rato Heavy continuó su cháchara al tiempo que, lentamente y lejos de todo cuanto le rodeaba, Cristina comenzaba a experimentar un placer dulce y sosegado. En un abrasado silencio, buscó de nuevo

la espalda de Alexander.

Y no es que Alexander no hubiera advertido la mirada de la chica.

Simplemente la había ignorado con la intención de averiguar por sí mismo dónde

estaban los límites. Tenía muy claro que en el momento en el que Cristina no quisiera nada de aquello, apartaría su mano sin contemplaciones.

Dispuesto a arriesgarse hasta el final, hundió los dedos lentamente y al instante

los sintió arribar a un cálido oasis. Advirtió la mano de Cristina crispándose en su

espalda, y un ataque de deseo lo calcinó violentamente. Retiró la mano, se sentía demasiado excitado como para continuar disimulando. Con el alma en llamas, trató

de pensar en alguna forma de llevarse a Cristina de allí, pero cualquier pretexto resultaría demasiado evidente. Y en aquel momento, cuando ya sentía que el deseo

le estaba mortificando sin piedad, Cristina retiró la manta, se levantó y se alejó silenciosa.

—¿A dónde vas? —Santiago la observaba con curiosidad.

—Al baño. —La chica dirigió una rápida mirada a Alexander y se alejó orilla arriba.

Alexander fingió de nuevo prestar atención a la conversación. Se contuvo

durante un eterno minuto y luego, con el corazón acelerado, se levantó lentamente y se encaminó hacia la arboleda de la montaña, en perpendicular a la dirección que había tomado Cristina.

—Y tú, ¿a dónde vas?

Irritado, Alexander ni siquiera se volvió hacia Santiago.

—Al baño.

El pequeño lo miró furioso. Alexander era un maldito mentiroso. Percibió entonces alguna que otra mirada divertida y luego vio cómo el muchacho se adentraba en la arboleda a paso distraído.

Una vez perdió de vista al grupo, Alexander cambió bruscamente de dirección y se apresuró río arriba. La luz de la luna iluminaba con tanta claridad que los árboles proyectaban oscuras sombras en la hierba.

Nervioso y excitado, caminó entre los castaños y los fresnos, siempre con la mirada atenta, hasta que en apenas un minuto llegó de nuevo a la orilla. Desde allí

las voces del grupo latían lejanas como un eco y el bullir del río salmodiaba apacible entre los riscos. El chico salió de la espesura y se acercó a la ribera.

—¿Cris...?

Oyó un ruido a su espalda. Se volvió rápidamente y encontró a Cristina

detenida a veinte metros de distancia. Su corazón se precipitó salvaje contra su pecho. La miró a los ojos y leyó en ellos una expresión que jamás había encontrado

en Cristina con anterioridad. Fue como recibir una descarga eléctrica. Paralizado y

ansioso, descubrió que no sabía qué decir.

—Hey...

Cristina caminó lentamente hacia él hasta que, instigada por la impaciencia, se precipitó en una carrera y se arrojó a sus brazos.

Se besaron apasionadamente.

Cristina sintió la lengua de Alexander entrando en su boca y en aquella

oportunidad creyó que iba a enloquecer. Al instante cogió su mano y la condujo de nuevo bajo su ropa interior. El muchacho respiró agitado, al tiempo que la besaba

ardiente y la instaba a tumbarse en el suelo. Allí retiró sus pantalones y besó sus muslos. Cristina apenas podía pensar. Hubiera perdido hasta la noción del tiempo si

no fuera porque advirtió cómo Alexander trataba de bajarle las bragas. Se incorporó rápidamente.

—¡No, Alex!

Él la miró confuso.

—Me da mucha vergüenza que me veas desnuda.

—Pero Catsi, si ya lo he tocado todo...

—No.

Alexander suspiró resignado. Luego ascendió lentamente y ocultó la cabeza

bajo la sudadera de Cristina hasta besar sus pechos. Cristina recondujo de nuevo su mano bajo la ropa interior y esta vez Alexander se deleitó largo rato en escuchar aquella respiración sofocada y ardiente, aquel jadeo sordo y

profundo y aquella forma de pronunciar su nombre en un arrebatado suspiro.

—...Más arriba, Álex... Más rápido... Más suave... Más abajo... Más arriba...

Alexander era todo oídos y no se detuvo hasta que sintió, por fin, las manos de Cristina aferrándose a su camiseta y luego cayendo frágiles y sin fuerzas alrededor

de su cuello. Fue entonces cuando asomó sudoroso por encima de la ropa y encontró su rostro calmado y sonrojado.

Todavía fatigada, Cristina lo miraba con aquella expresión de veneración que tanto enardecía al muchacho.

—Dios mío, Álex...

Alexander sonrió, profundamente orgulloso de si mismo.

—Ese soy yo.

Ambos rieron.

Luego acercó su rostro al de ella y la contempló cautivado y silencioso.

Cristina rodeó su cuello con los brazos y lo besó conmovida.

Permanecieron tumbados y abrazados largo rato, besándose y mirando las estrellas.

—...Y se nos pasará como un soplido, ya verás, Cris, antes de que te des cuenta llegará el puente de noviembre. El día uno celebramos la Moragá en Vistaclara y la gente se va a comer al campo. Nosotros nos iremos a comer con los

Silver Road. Luego, por la noche, ensayaremos nuestras propias canciones.

Santiago es capaz de crear unos solos increíbles. ¡Si tan solo ese representante nos

diera una oportunidad...!

Cristina sonrió embelesada y acarició su rostro.

—Te quiero muchísimo, Álex.

—Y yo a ti... —La besó encendido de nuevo y luego mostró una arrebatadora sonrisa—. ¿Cuándo vas a dejar que te vea desnuda?

Ella sonrió con timidez.

—No sé... Me da vergüenza solo de pensarlo.

—¿Te da vergüenza de mí?

—De ti más que de nadie.

—Cris... Para mí eres perfecta.

Cristina se cubrió el rostro con las manos y rompió a reír.

—¡Venga ya...!

—Lo digo en serio.

La chica movió la cabeza con una sonrojada sonrisa.

Divertido, Alexander se sentó a ahorcajadas sobre ella y sujetó sus muñecas.

—¿Quieres que te lo demuestre otra vez...? —Inclinó el rostro y besó sus labios suavemente.

Cristina advirtió asombrada una nueva acometida de pasión despertando en su

interior. Luego Alexander emitió un gruñido y, levantando la cabeza, sacó del bolsillo de su chándal un teléfono móvil.

—Me está molestando... Mira qué juguete.

Cristina lo tomó con una viva sorpresa pintada en el rostro. Admiró la pantalla brillante y la pequeña antena sobresaliendo del extremo superior del aparato.

—¡Qué bonito! ¡Parece un juguete!

—Me lo ha regalado mi padre. Está asustado de verdad.

—¿Pero de qué te serviría un teléfono?

—No lo sé. En Vistaclara apenas hay cobertura, pero en Talavera debe funcionar mejor.

—¿Me llamarás con él?

—Todas las noches. —Se inclinó sobre ella y la besó de nuevo.

Cristina sonrió satisfecha.

—Te regalaré uno por tu cumpleaños y así podremos enviarnos mensajes.

—Solo si no es muy caro.

—¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El veinte de enero.

—¿Tan pronto? —Alexander acarició su torso bajo la sudadera—. Y cumplirás quince años. —La besó de nuevo—. Catsi... —De pronto levantó el rostro y la miró apenado—. Ya no podré llamarte Catsi.

—¿Qué dices, Álex? No dejes nunca de llamarme así.



Rieron y se besaron de nuevo.

—También te regalaré un ramo enorme de rosas.

De nuevo paseó su rostro sobre el estómago de Cristina y ella soltó una carcajada cuando su aliento le hizo cosquillas en la tripa.

—Me gustan las rosas.

—¿Te gustó la que te regalé?

Cristina lo miró confusa.

—¿Cuál?

—¿Cómo que cuál? —La miró divertido—. La vi ayer por la noche en tu estantería. La has metido en un vaso con agua.

Cristina frunció el ceño.

—Santiago me regaló esa rosa.

—No. Yo dejé esa rosa para ti. La dejé en el alféizar de tu ventana cuando volví de Talavera con Dulce.

La chica enarcó una ceja y sonrió asombrada.

—Pero Álex... Santiago apareció en mi ventana ayer por la mañana con esa rosa en la mano.

En ese momento Alexander rompió a reír.

—¡Cabrón de niño...!

Cristina estalló en una carcajada.

—No le digas nada, por favor. Pobrecito, no le digas nada.

—Descuida.

Todavía divertidos, continuaron besándose durante un largo rato.

Entre tanto, el corrillo formado durante la cena se había dispersado. Leo, Santiago, Claudia, Heavy y Saúl caminaban ahora ribera abajo en un tranquilo paseo nocturno. Elvis trotaba felizmente, recogiendo ramas con la boca y llevándose las a Santiago. El muchacho las cogía y las lanzaba a lo lejos, distraídamente y malhumorado, de tal manera que su hermano no tardó en advertir

aquel nuevo estado de ánimo.

—¿Y a ti qué te pasa?

—Nada.

El niño lanzó una nueva rama entre los helechos. Elvis se precipitó entusiasmado y regresó con el palo en la boca. Saúl se cercioró de que el resto del

grupo no pudiera oírle. Claudia, Heavy y Leo caminaban varios metros por delante.

Luego se dirigió a su hermano en un susurro.

—¡Venga ya, Santi! ¡Siempre has sabido que no tenías ninguna posibilidad!

Durante un segundo, el rostro de Santiago se llenó de estupor. Después una furia enervada se apoderó de él.

—¿Y tú qué sabes, Saúl!? ¡Tú no sabes nada! ¡Yo cuidé de ella durante veinte días! ¡Cuidé de ella cuando se pasaba los días y las noches llorando por culpa de Alexander! —De aquel arrebató de furia pasó a un melancólico suspiro—.

Ya sé que

soy muy pequeño, pero...

Saúl escuchaba abrumado, miró de soslayo al grupo y vio que se habían detenido y los observaban sorprendidos. Santiago se sintió descubierto.

—¿Y vosotros qué estáis mirando!? —Dio media vuelta y se alejó corriendo.

Hubo un tenso silencio, tras el cual Leo se acercó a Saúl.

—¿Quieres que vaya a hablar con él?

—No dejes que te saque los ojos.

La pelirroja se alejó a paso rápido. Saúl la vio alcanzar al pequeño y conducirlo bajo los robles y allí comenzaron a hablar en susurros.

Entre tanto, Claudia y Heavy aguardaban a una prudencial distancia.

—¿Qué le pasa a ese niño? ¿Está mal de la cabeza?

—No seas cruel, solo está enamorado.

—Los niños no se enamoran.

—Pues este sí.

Heavy soltó una carcajada de incredulidad.

—De todas formas —añadió Claudia—, yo no sé qué tiene Cristina que a todos

os vuelve locos perdidos.

El muchacho contempló a la rubia con expresión de burla.

—A mí, no. Además, ¿has visto cómo la mira Alexander? Solo por eso no se

me ocurriría tocarla ni con un palo.

—¿Solo por eso?

—No, o sea, aunque me gustase, ya sabes... No me apetecería nada terminar como Page.

Leo escuchaba encandilada la confesión del pequeño. Después ambos se quedaron en silencio, sintiendo la caricia del viento bajo las hojas de los robles.

Sabían que el grupo aguardaba su regreso a la orilla del río, pero ninguno de los

dos parecía preocupado al respecto.

—Ahora lo sabe todo el mundo... —Santiago acarició a Elvis.

—Yo no se lo voy a decir a Cris.

El niño afirmó lentamente con la cabeza.

—De todas formas, es algo muy bonito.

Santiago hizo una mueca de espanto.

—¡Venga ya!

—Bueno... —Leo bajó la mirada—. A mí no me quiere nadie. Me gustaría que

alguien me quisiera.

—Mi hermano te quiere.

—Me refiero a esta forma de querer.

Santiago permaneció con su mirada clavada en los ojos de la chica.

—Mi hermano te quiere.

Leo notó cómo su corazón se aceleraba emocionado, pero negó firmemente con la cabeza.

—Qué idiotez.

—No, es verdad, lo sé con seguridad.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque lo conozco.

Leo resopló decepcionada.

—Qué idiotez.

—Además, si no le gustases, ¿para qué habría traído a la acampada los globitos amarillos? ¿Con quién los querría utilizar?

La pelirroja frunció el ceño.

—¿Qué globitos amarillos?

El tono de Santiago sonó simpático y evidente.

—¡Los preservativos Control!

Saúl aguardaba sentado en una de las grandes peñas, pulidas por las crecidas del río durante el invierno. Y lo hacía aburrido e irritado, pues llevaba ya más de veinte minutos esperando. Incluso Heavy y Claudia habían reanudado el paseo, cansados del ritmo pausado de la sesión psicológica de Leo. Desde luego, esperaba

al menos grandes resultados en el ánimo del pequeño. Pero sucedió entonces que vio emerger a la chica de entre la espesura. Santiago parecía aguardar tímidamente

entre los árboles. El adolescente se levantó perezosamente y la observó llegar.

Leo caminó a paso rápido y cuando le tuvo enfrente, le cruzó la cara con una sonora bofetada.

—¿Pero qué haces!?

—¡Serás cerdo, Saúl! ¡Cerdo, degenerado! ¡Salido asqueroso! —La mano de

Leo volvió a rasgar el aire violentamente, pero esta vez el muchacho tuvo reflejos

suficientes para echarse hacia atrás.

—¿Pero qué dices!?

—¡Mírame a los ojos y dime que no has traído una caja de condones a la acampada!

Saúl enmudeció de pronto. Si reconociese los verdaderos motivos, Leo se lo contaría a Cristina, y Alexander podría tener problemas al respecto. Por lealtad a su

amigo, era preferible guardar silencio.

—¿Lo ves? ¡Cerdo, que eres un cerdo!

—¡Oye! ¡Un momento! ¿A ti qué te importa? ¡No es asunto tuyo!

—¿Con quién piensas acostarte? ¿Con Claudia? ¿Con Dulce? ¿No será conmigo, verdad? ¡Porque como sea conmigo, juro por mi vida que te rompo

las

piernas! —Blandió de nuevo el aire con la mano abierta y Saúl se vio obligado a encaramarse a otra gran peña cubierta parcialmente por el agua.

—¿¡Pero te has visto, loca!? ¡Y luego te extraña que nadie te quiera! ¡Eres la cosa más desagradable del mun...!

—¡Asqueroso!

Leo subió a la piedra y le golpeó furiosa con los puños. Saúl trataba de mantener el equilibrio y agarrar a la chica por las muñecas al mismo tiempo.

—¡Eres una *pirada*!

—¡Te odio, Saúl! ¡Te odio! ¡Te odio! —Como veía que sus puñetazos no le hacían daño, lo agarró del cabello y tiró de él.

Saúl profirió un grito de dolor y se ladeó bruscamente, perdiendo el equilibrio. De pronto se sintió caer y trató de aferrarse a los brazos de la chica para mantenerse sobre la piedra, pero lo único que consiguió fue hacer caer a Leo con él

en las frías aguas del río. Tras el estrépito de la caída, ambos emergieron impetuosos y sofocados por la baja temperatura del agua. Se pusieron de pie casi al

mismo tiempo, el agua apenas les llegaba por el pecho.

—¡Dios santo! —La chica se llevó las manos a los brazos, estremecida por el susto y el frío. El agua le goteaba por su largo cabello y el rostro. Saúl dejó escapar una letanía de palabrotas y maldiciones y, helado hasta los huesos, contempló el dramático aspecto de su amiga. Fue su expresión de irritación y espanto lo que logró provocarle una sonora carcajada de burla. Leo lo miró escéptica. Apenas podía creer que el muchacho tuviera ánimo todavía para

reírse de ella. A pesar de

todo ni siquiera fue capaz de permanecer enojada. A cambio, comenzó a sentirse dolorosamente ridícula y patética y las lágrimas asomaron a sus ojos.

Un repentino sentimiento de ternura sacudió a Saúl cuando descubrió el llanto.

—Oh, Leo... —Todavía con una enorme sonrisa, se acercó a ella y tomó su rostro con las manos. Secó sus lágrimas con los dedos pulgares y para sorpresa de

la chica, quizá incluso para sorpresa de sí mismo, inclinó el rostro y la besó dulcemente en la frente.

—¿Si te digo la verdad prometes no decir nada a nadie?

Ella afirmó con la cabeza. Saúl la sintió temblar de frío entre sus manos.

—Vamos a cambiarnos primero.

—No. —Se apresuró a aferrarle de un brazo—. Cuéntamelo primero.

Santiago los observó hablar en susurros, hechos una sopa y todavía metidos en el río. Meneó la cabeza y, haciendo un gesto a Elvis para que le siguiera, retomó

el camino al campamento.

Alexander acariciaba los rizos de Cristina, extasiado en la contemplación de sus ojos oscuros.

—Deberíamos volver.

—¿Quieres volver?

—Qué cosas tienes, Cris. Claro que no, pero deberíamos. Además, tienes las



manos heladas, tienes frío, ¿verdad?

—A estas alturas ya estarán dando por hecho muchas cosas.

—Bueno —Alexander sonrió encantador—, ahora ya es oficial. —Besó sus manos y sus labios.

Cristina llevaba un largo rato batallando entre la vergüenza y la necesidad de exponer a Alexander algo que bullía en su mente con mayor fuerza cada vez.

Finalmente, tragó saliva y acercó a sus labios las manos del muchacho.

—Álex... —Su voz sonó como un suave ronroneo que enseguida logró despertar la vulnerabilidad del chico—. Lo que ha pasado hoy ha sido genial...

Le vio sonreír e inclinarse para besarla.

—Pero...

El muchacho frunció el ceño y aguardó expectante. Cristina bajó la mirada.

—Pero...

—¿Pero qué?

Le dirigió una expresión tan profunda y su voz sonó tan extremadamente dulce que Alexander apenas pudo reaccionar cuando la oyó hablar.

—Pero quiero hacer el amor.

El chico mantuvo la mirada fija en sus ojos y su corazón se desbocó

enloquecido. En el fondo ya lo sabía; de algún modo siempre lo había sabido.  
No

debería sorprenderse, pero no podía evitar hacerlo al oírse lo decir en voz alta.

Conmovido, acarició su rostro y la besó en los labios.

—Cris... —Sintió cómo todo su cuerpo estallaba de deseo abruptamente.

Deslizó las manos bajo su sudadera y ascendió en una lenta caricia, al tiempo que

inclinaba el rostro sobre su cuello y lo besaba repetidas veces.

Cristina cerró los ojos.

—Pero Alex...

—Dime... —Ni siquiera se detuvo.

—Despacio... Quiero que lo hagas despacio... —Su cuerpo se estremeció bajo los labios y las caricias de Alexander.

El chico levantó la cabeza, poseído por un apetito que casi le hacía temblar.

—¿Estás hablando de hacerlo ahora, aquí mismo?

Ella se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

La miró atónito mientras recordaba la caja de preservativos.

—Porque aquí no tengo... —Trató de pensar con claridad—. Podría dejarte embarazada.

Ella lo miró asustada y se mordió el labio.

—De todas formas... —se incorporó y la observó a una prudencial distancia,

tratando de refrenar su excitación— tenemos que hablar de esto.

—Ya estamos hablando de esto.

—No, digo que...

Cristina le rodeó el cuello con sus brazos y le instó a besarla de nuevo.

—Puedo esperar a volver al pueblo.

Alexander se deshizo de sus manos.

—No podemos hacer esto cuando estamos a punto de terminar las vacaciones.

—¿Por qué?

—¿Y con qué cara miraría a tu abuela?

—¿Qué tiene que ver mi abuela en todo esto?

—Y solo tienes catorce años.

Una dolorosa expresión de decepción se apoderó de Cristina.

—Si no quieres hacerlo, solo tienes que decirlo. No hace falta que inventes una

docena de excusas.

—¡No invento nada! ¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes...?

Cristina se cubrió el rostro con las manos y, girando sobre sí misma, trató de apartarse de Alexander.

—¡Déjame en paz!

—Cris... —Alexander hundió el rostro entre las manos de la chica, buscando sus labios—. No hagas esto... —Trató de apartar sus manos del rostro—. No

hagas

esto, por favor... Solo quiero hablarlo primero. Cris... —La abrazó con ternura y

susurró entre sus dedos—. Sabes que estoy loco por ti, me muero por hacerlo contigo, ¿cómo puedes dudar de mí...? —Exhaló un agrisulce suspiro y un instante

después la vio descubrirse el rostro. Descubrió aliviado que no había rastro de lágrimas, solo una mirada rebotante de vergüenza.

—Entonces ¿qué es?

—Te vas a Madrid dentro de tres días. No voy a poder soportarlo... Y estoy seguro de que tú tampoco.

Cristina lo miró en silencio durante un instante. Luego la expresión de su rostro se suavizó paulatinamente.

—Puede que tengas razón.

Alexander sonrió arrogante.

—Cariño, yo siempre tengo razón. —Y se deleitó en besarla durante un largo rato.

Cuando regresaron al campamento, gran parte del grupo ya estaba en sus respectivos sacos de dormir, conversando y riendo a media voz. Un coro de

guasones silbidos les dio la bienvenida y Cristina advirtió cómo Leo, Claudia y Saúl les observaban con media sonrisa.

—Leo, ¿qué tienes en la cabeza?

La pelirroja se llevó la mano a una toalla envuelta alrededor de su larga melena.

—Es una larga historia.

La pareja colocó sus esterillas juntas y sobre ellas, los sacos de dormir. Luego se descalzaron y se metieron dentro.

—Eh, Álex —Saúl señaló a su hermano con un gesto de cabeza—, Santiago ha puesto letra a su nueva canción, pero no nos la quiere cantar.

El niño sintió las miradas de todo el grupo sobre él y ocultó el rostro bajo el saco.

—¿Hablas en serio? ¡Eh, Santi, recítala!

—No quiere porque le da vergüenza —intervino Heavy.

—¡No me da vergüenza! —Asomó su rostro de nuevo y dirigió una cándida mirada a Cristina—. Solo estaba esperando a que llegara Cris.

Cristina le sonrió entusiasmada, al tiempo que abría sus brazos para él.

Santiago salió de su saco y corrió a su encuentro. Se oyeron algunas risas.

—¡Alexander, vas a tener que compartirla!

El adolescente esbozó una paciente sonrisa.

—Eso ya lo sé.

Tras un instante de risas y comentarios, el grupo entero centró su atención en el niño. Sentado al refugio de Cristina, este carraspeó y comenzó a recitar:

*Es viernes por la noche y no necesito planes.*

*La luna me ilumina, pero no voy a los bares.*

*He usado mi colonia, voy camino de una cita.*

*Vestida de madera, ella me espera en una encina.*

*Oh, sí, sí.*

*Ella me espera en una encina.*

*Oh sí, sí,*

*Ella me espera...*

*Con mis vaqueros rotos hoy la voy a impresionar.*

*Lo tengo controlado, he calculado cada paso.*

*Podría estropearlo pero no voy a dudar,*

*Porque ella no imagina, llevo días practicando.*

*Oh, sí, sí,*

*Llevo días practicando.*

*Oh sí, sí,*

*Llevo días...*

*Practicando su nombre, su color y su forma de sonar.*

*Porque acierta si la sabes conquistar.*

*Y se queja y lo estropea si no piensas o comprendes.*

*La Dama que me espera brilla toda de metal.*

*Y su risa es como el viento, como el rock, como una Fender,*

*¡Sí, sí!*

*¡Es una Fender!*

*¡Sí, sí!*

*¡Es una Fender!*

*Porque acierta si la sabes conquistar,*

*Y se queja y lo estropea si no piensas o comprendes.*

*La Dama que me espera brilla toda de metal,*

*Y su risa es como el viento, como el rock, como una Fender,*

*¡Sí, sí!*

*¡Es una Fender!*

*¡Sí, sí!*

*¡Es una Fender!*

El niño se rascó la nariz y les miró tímidamente.

—Aún no la he terminado.

Tras un segundo de estupor inicial, el público prorrumpió en aplausos y carcajadas de sorpresa. Nadie hubiera imaginado el talento de Santiago para escribir semejante canción. Saúl sonreía con orgullo mientras Alexander exigía a gritos a Santiago que le transcribiera la letra antes de que se le olvidara. Y aunque

ninguno de los Silver Road comprendió por qué la guitarra esperaba en una encina,

tardaron un largo rato en dejar de agasajar el mérito del pequeño. Luego el Quinqui

y Flavio se lanzaron a una inspirada carrera de sugerencias acerca de cómo continuar la canción. Santiago los miraba sonriente, obsequiado con los mimos de

Cristina, mientras rechazaba cada sugerencia con el mayor tacto posible.

La velada no se alargó mucho más. Una hora después todos descansaban en sus respectivos sacos y solo se oía el aletargado tarareo de la catarata y el canto de los grillos.

Cristina sintió la mano de Alexander buscando la suya. Las entrelazaron en silencio.

Sobre las cabezas de todos ellos bailaba una brisa fresca a merced de un cielo cuajado de estrellas.

31

*Some things are meant to be.*

«Can't help falling in love», Elvis Presley[\[39\]](#)

El amanecer logró despertar a muchos de ellos, pero nadie tuvo el ánimo suficiente para salir de su saco hasta que el brillante sol de la mañana no hubo ascendido lo suficiente como para deslumbrar su duermevela.

Cuando Saúl se decidió a incorporarse, Leo y Santiago todavía dormían

plácidamente junto a él. Paseó la mirada alrededor y encontró a Elvis bebiendo agua

a la orilla del río. Heavy fumaba tranquilo, recostado en su saco y en actitud reflexiva. Dulce daba vueltas y vueltas dentro del suyo, con una camiseta cubriendo



su rostro para evitar la luz del sol. El Quinqui se levantó en ese momento y se encaminó silencioso a la arboleda. Claudia bostezó, se incorporó y les miró en silencio para, a continuación, dejarse caer de nuevo sobre el saco. El resto parecía

dormir.

Saúl abrió la cremallera de su saco y salió sigilosamente. Se calzó y se dirigió

a la orilla del río, en donde se arrodilló y se lavó la cara y el cuello. Recordó la caída al agua de la noche anterior y esbozó una sonrisa. Los esporádicos trastornos

de Leo le resultaban de lo más divertidos.

De pronto una mano le empujó por la espalda. Saúl se aferró a la piedra sobre

la que se encontraba y se volvió hacia atrás, furioso y sorprendido. Alexander lo miraba con burla. Luego se situó a su lado y hundió el rostro en el agua.

—Tú, capullo —protestó Saúl.

Alexander resopló empapado.

—Aléjate de mí —añadió el rubio—, tu felicidad me da asco.

—Necesito pasta de dientes.

Saúl soltó una carcajada.

—¿Se te ha olvidado la pasta de dientes en un momento como este? Te la vendo por dos lingotes de oro.

—Tener amigos para esto...

—¿Qué tal ayer?

—Bien.

—¿De verdad no necesitaste los condones?

—Qué cansino eres, Saúl. Dame la pasta de dientes y déjame tranquilo.

—Ni hablar, quiero detalles.

—¡Maldito enfermo...! —Le salpicó una oleada de agua.

Diez segundos después, ambos estaban calados hasta los huesos.

A medida que el grupo fue despertando, muchos tuvieron el atrevimiento de lanzarse a la poza para darse un buen baño antes de desayunar. Luego pusieron en

común parte de la comida. El zumo de naranja de Cristina y los Huesitos y batidos

de Santiago volaron en un visto y no visto. Lo mismo sucedió con la fruta, el pan de

molde y parte del fiambre de Alexander. Solo Elvis prefirió un par de montados de

lomo.

—Mario y yo hemos pensado en hacer una ruta de senderismo al atardecer para explorar un poco la zona —intervino Dulce.

—Ni hablar. —Saúl encendió un cigarro y aspiró una larga calada—. Todos los *freakies* de montaña habláis igual. Empezáis diciendo que se trata de una ruta suave, ligera y sin complicaciones, y termináis subiendo al Almanzor. Buen viaje,

yo os espero aquí.

—Nadie ha hablado del Almanzor, ni de los Galayos, ni nada parecido. De

todas formas eres un vago, Saúl. Todavía no entiendo cómo estuviste a punto de ganar el triatlón.

Se oyeron algunas risas y luego se entabló un debate acerca de la decisión a tomar. Finalmente, los chicos aceptaron hacer una ruta sencilla en dirección a un refugio de piedra, a cambio de disfrutar del sol y el agua durante la primera parte

del día.

Aunque Cristina y Alexander no escatimaban en escondidas carantoñas, la

chica prestó gran parte de su atención a Santiago. Desde que regresaran junto al grupo la noche anterior, era capaz de comprender hasta qué punto el niño necesitaba

su amistad. Tras pasar aquellos largos veinte días juntos en el campamento

cristiano, no estaba dispuesta a darle la espalda como si no le debiera nada. Y

Santiago pareció advertir aquel cambio de actitud porque, a pesar de seguir embargado por un triste sentimiento de derrota, no dudó en recobrar su habitual alegría en el trato con los demás.

A las siete de la tarde, cuando el sol ya declinaba tras las montañas y la intensidad del calor resultaba moderada, el grupo entero se reorganizó para emprender la caminata.

Cristina batallaba irritada con su saco de dormir, tratando de guardarlo en la funda de tela, cuando Alexander se arrodilló junto a ella y tomó el relevo.

La chica hizo un mohín con la nariz, sin dejar de estudiar con profunda consternación cómo Alexander guardaba el saco en su funda con absoluta facilidad.

—Lo estaba haciendo exactamente igual.

—Seguro que sí... —Se levantó sonriente y la besó en la punta de la nariz—.

Guarda la esterilla, Catsi.

Mario era aficionado al senderismo y conocía bien la zona sur de Gredos. El

monitor no dudó en elegir una ruta agradable para todos los caminantes. La andadura comenzó siendo lenta y relajada, discurriendo entre anchos desfiladeros y

suaves pendientes, y durante los primeros veinte minutos, los muchachos siguieron

los pasos del monitor en una animada charla.

—¿Qué son esas chozas de piedras?

Ahora que caminaban bajo un frondoso bosque de castaños, Cristina descubría refugios contruidos al pie de los árboles.

Mario se deleitó en explicar a la chica la vida de los antiguos pastores.

Una vez abandonaron el bosque, el grupo tropezó con una serie de enzarzadas

bifurcaciones. El monitor les llevó por un camino que ascendía bruscamente en dirección a la ladera de una montaña próxima. Durante media hora más, anduvieron

por escarpadas colinas salpicadas de helechos y riscos.

Alcanzaron la cima de la montaña y contemplaron el paisaje. La sierra se

disgregaba en todas direcciones bajo un atardecer incendiado por los últimos vestigios del sol. Muy al sur, se divisaban el Valle del Tiétar y las dehesas de los llanos. El agua del lejano embalse de Rosarito rielaba en un horizonte diluido de añil y malva, y el viento soplaba templado y molesto desde la cima.

El grupo entero se sentó en el suelo y contempló el paisaje con honda

fascinación.

—Qué bien voy a dormir esta noche. —Leo se dejó caer sobre la tierra.

—Yo también. —Cristina buscó el hombro de Alexander y apoyó en él su cabeza—. Dame el saco de dormir en cuanto lleguemos a donde sea que vayamos.

—¿A dónde vamos, Mario? —Santiago bebía agua completamente acalorado.

Incluso Elvis se había tumbado cuan largo era a los pies del pequeño.

—Queda todavía un paseo, pero es un tramo casi recto. —Mario señaló con el dedo índice hacia una pequeña casa de piedra edificada sobre la ladera de una montaña próxima—. ¿Podéis ver el refugio? —Se levantó y se colgó la mochila al

hombro—. Voy a ver si está ocupado. No vale la pena caminar hasta allí si no podemos dormir dentro. ¿Queréis esperar aquí?

El grupo entero afirmó sin dudar.

—Voy contigo. —Dulce se puso en pie.

—No tardaremos más de media hora o cuarenta minutos. ¿Seréis capaces de sobrevivir?

Los muchachos les despidieron entre comentarios de burla y ambos monitores desaparecieron pendiente abajo.

Alexander sacó su paquete de Marlboro y se encendió un cigarro. De pronto frunció el ceño.

—Cris, ¿qué has dicho antes del saco de dormir?

—Que me lo des en cuanto lleguemos.

—Pero yo no tengo tu saco.

Cristina esbozó una sonrisa.

—Qué gracioso.

El muchacho la miró consternado.

—¿Por qué crees que lo tengo yo?

—Porque me dijiste... ¿Qué me dijiste? —Lo miró con sus grandes ojos castaños—. Que guardara la esterilla.

—Claro, y el saco.

—¡Ay, no, Alex! ¡No me dijiste nada del saco!

—¡Porque era algo evidente!

—¡Para mí era evidente que lo guardarías tú!

—¡No, Cris...!

Un coro de carcajadas respaldó sus expresiones de confusión.

—Alguien va a dormir en el suelo esta noche.

—Primer sacrificio de amor, Alexander.

Nuevas carcajadas resonaron por doquier, pero Claudia les contempló irritada.

—No tiene gracia. Nadie puede dormir sin saco esta noche. Hace demasiado frío.

—Dios... —Alexander suspiró abochornado—. Tengo que volver a por él.

Cristina lo miraba con expresión de culpa.

—Voy contigo.

—No hace falta. —Se puso en pie y recogió su mochila del suelo—. Voy a volver enseguida.

—¿Pero qué dices? ¡Quiero ir contigo! —Se levantó y se colgó su mochila a la espalda.

—Llévate mi linterna, Álex. Alumbra mejor que la tuya. —Saúl cogió su mochila y se dirigió hacia su amigo.

Alexander le dio la espalda.

—Abre mi mochila y guárdala dentro.

Una vez hecha la operación, el grupo les dedicó divertidos comentarios de burla antes de verles retomar el camino cubierto.

Dulce y Mario regresaron a la cima cuarenta minutos después. Encontraron al grupo comiendo y bebiendo animadamente, y de la forma más despreocupada del mundo, los adolescentes les relataron el incidente del saco de dormir.

Los monitores se miraron consternados.

—¿Sois idiotas? ¿Por qué habéis dejado que se vayan solos?

Los chicos se encogieron de hombros.

—¿Qué podría pasarles, de todas formas?

Mario alzó la cabeza al cielo y señaló las cumbres de la sierra, cubiertas ahora

por un cielo azul oscuro. Desde el norte llegaban perezosas nubes de tormenta.

—Creo que va a llover.

Cristina y Alexander caminaban despacio, besándose a cada paso y recreándose en aquella inesperada privacidad. Por fin dejaron atrás el bosque de castaños y ante ellos se presentó una confusa bifurcación de caminos de tierra.

Contemplaron el paisaje, desdibujado ante la oscuridad del crepúsculo.

—Es por allí. —Alexander tomó la mano de Cristina y ambos comenzaron un lento descenso pendiente abajo.

Al poco tiempo ya se oía el bullir del río. La luna iluminaba con tanta claridad que las linternas resultaban innecesarias. Casi media hora más tarde los chicos encontraron por fin la poza de la catarata. Se había levantado viento y el aire olía a humedad.

—¿Puedes verlo?

—Debí dejarlo por aquí... —Cristina tanteó entre la hierba. De pronto lanzó un grito de entusiasmo, se agachó y alzó el brazo con el saco en la mano.

—¡Lo tengo! Lo habría visto antes si no fuera verde.

Alexander sintió una gota de lluvia en la mejilla. Alzó la mirada y advirtió confuso que apenas podía ver las estrellas. El cielo se había encapotado y la luna mostraba solitaria sus últimos minutos de esplendor.

—Cris, vamos, hay que darse prisa.

—Me gustaría descansar un rato. —Ató el saco a la mochila y se sentó sobre una peña. De pronto su expresión cambió, levantó la cabeza y dirigió una



mirada de

estupor al muchacho.

—Creo que está lloviendo.

—Sí.

—¡Dios mío, Álex!

—No pasa nada, solo es un poco de llu...

Repentinamente, las montañas se estremecieron en un estertor sordo y profundo. La pareja se miró asustada, acababan de oír el eco lejano de un trueno.

Una expresión de pánico se apoderó de Cristina.

—¿Qué hemos hecho? ¡Deberíamos habernos quedado con ellos!

Alexander tomó su mano y la instó a levantarse y caminar con él.

—Tranquila, no pasa nada.

Caminaron garganta arriba, a paso rápido y ayudados por la luz de la linterna.

A medida que el rugir de los truenos se cernía sobre ellos, Cristina podía sentir cómo el miedo la debilitaba por dentro.

Tras ascender la ladera y dejar el río al pie de la montaña, encontraron de nuevo las bifurcaciones del camino y tomaron el sendero que conducía al bosque de

castaños. Para entonces la lluvia caía molesta e ininterrumpidamente. Les llevó casi

veinte minutos atravesar la arboleda y encontrar las siguientes bifurcaciones.

Alexander trató de recordar, pero ante la oscuridad de la noche sin luna, el paisaje

se tornaba misterioso y confuso. Lástima que hubiera ido y hubiera regresado de un

modo tan distraído. Por intuición, contempló el sendero de la izquierda y llevó a Cristina hacia allá. Emprendieron el camino, y cuando ya habían cubierto casi cien

metros, llegaron a la cima de un monte que descendía de nuevo en dirección al río.

—No es por aquí. ¿Puedes recordar el camino, Cris?

—¿Por allí, quizás? No, no era por allí. ¿Y ese otro camino? No, no sé, tengo miedo, no sé dónde estamos.

—Tranquila, no pasa nada. —Tomó su mano de nuevo y trató de aparentar una calma que no sentía en absoluto.

Dieron media vuelta y tomaron el siguiente sendero. Ascendieron montaña

arriba y encontraron un nuevo desvío que les obligaba a continuar ascendiendo o caminar cuesta abajo por un desfiladero. Comprendieron que se habían vuelto a equivocarse y desanduvieron el camino.

Asustada, Cristina observaba a Alexander, todavía con la esperanza de que recordara el camino correcto, pero el muchacho se mostraba silencioso y tenso. De

pronto se detuvo y la dirigió una expresión de derrota.

—No sé cómo ir al refugio.

Se quedaron mirándose bajo la lluvia. Un relámpago iluminó las montañas

con absoluta claridad y el redoble del trueno sacudió la sierra como si se tratase del anuncio del fin del mundo.

Cristina gritó aterrada. Antes de que pudiera darse cuenta, Alexander tiraba de ella en dirección al bosque. Lo atravesaron de nuevo y, a mitad de camino, el chico

se desvió y la condujo a una de las chozas de pastores.

—¡Entra!

Para entonces, la lluvia sacudía frenéticamente las ramas de los árboles y el viento aullaba salvaje sobre sus cabezas.

Cristina obedeció mecánicamente, se agachó y penetró en el pequeño refugio.

La sala estaba oscura como boca de lobo y olía a humedad. Se preguntó asustada si

habría culebras o arañas por el suelo. Oyó a Alexander entrar detrás de ella y luego la luz de la linterna iluminó la estancia.

Se trataba de un refugio redondo y pequeño, con apenas espacio para cinco personas. Las paredes eran piedras superpuestas unas sobre otras y el techo estaba

construido a base de paja seca y tierra prensada. Tres piedras alargadas enmarcaban

el dintel de la choza, por donde ahora se podía contemplar la fiereza de la lluvia golpeando el suelo y la hojarasca desprendida de los árboles.

Cristina paseó su mirada por el suelo y solo halló tierra y maleza húmeda.

Insegura, se sentó en la tierra. Alexander lo hizo junto a ella. Un nuevo relámpago

iluminó el bosque, y el sonido del trueno varios segundos después pareció querer

derrumbar cada piedra de la casa.

—Tengo miedo, Álex. —Cristina temblaba asustada. La posibilidad de que un rayo partiese la choza en pedazos no le resultaba nada descabellada.

Alexander la estrechó entre sus brazos.

—No pasa nada, estoy aquí contigo, no pasa nada.

Permanecieron abrazados en aquella penumbra durante treinta minutos más, mientras las luces de los relámpagos iluminaban la choza en fugaces intervalos. El

frío les hacía tiritar en los brazos del otro, pero el miedo les tenía demasiado paralizados como para tomar sus mochilas y buscar ropa de abrigo.

Un rayo golpeó el terreno a apenas diez metros de la puerta de la choza.

Durante un breve instante, iluminó el paraje y deslumbró a los muchachos. El ruido

estalló en sus cabezas como el atronador bramido de un cañón de guerra.

—¡Dios! —Alexander abrazó con más fuerza a Cristina y ella gritó aterrada.

Los relámpagos todavía les asustaron durante un largo rato. Después, poco a poco, comenzaron a oírse más lejos y sus luces se volvieron distantes. Fue entonces

cuando por fin respiraron de nuevo y, ateridos de frío, extendieron las esterillas y

los sacos de dormir.

Se sentaron sobre los sacos.

—Quítate la ropa mojada.

—Creo que toda la ropa que llevo en la mochila está mojada. —Cristina tanteó

el interior de su mochila y sacó una sudadera húmeda—. Debí colocar los bocadoillos arriba del todo.

—Ya no hay truenos.

Se miraron en silencio durante unos segundos. Solo se oía la lluvia, algo más suave y calmada.

—La tormenta se ha ido. —Cristina suspiró aliviada.

—Eso parece. A lo mejor yo tenga ropa seca en la mochila. —Se inclinó sobre

la misma y sacó bolsas de comida y algo de ropa. De pronto alzó la mano y ambos

miraron la caja de preservativos.

Alexander la guardó apresuradamente en el interior de la mochila y continuó buscando en silencio. Cristina no dijo nada, no sabía qué decir.

—Mi sudadera está seca. —La extrajo del interior de la mochila y se la tendió a Cristina.

La chica la tomó en silencio y se quitó la camiseta empapada. Levantó tímidamente la mirada, Alexander contemplaba fijamente el sujetador húmedo, sugerentemente adherido sobre su piel. Cristina sintió una acometida de

vergüenza,

bajó la cabeza rápidamente y se vistió la sudadera.

—Llueve menos. Voy a ver si logro encontrar el camino.

—¿Ahora?

—Solo es un momento. Estamos a cien metros del desvío y tenemos que encontrar el camino de vuelta.

—No, Alex. —Agarró su mano—. Espera aquí conmigo, espera a que deje de llover, podemos intentarlo después.

—No tardo nada, Cris. —Se inclinó y la besó en la cabeza—. Enseguida estoy de vuelta.

La chica lo vio salir a la espesura con otra linterna en la mano. Durante un instante observó el reflejo de la luz bailando entre los troncos de los árboles, luego se hizo la oscuridad de nuevo. Atemorizada, se acurrucó sobre su saco y aguardó temerosa.

Apenas habían pasado cinco minutos cuando, agobiada por tan larga espera, consultó su reloj. Le resultaba imposible que el tiempo estuviera sucediendo tan despacio. De pronto recordó la caja de preservativos. Cogió la mochila de

Alexander y tanteó con la mano en su interior. La encontró enseguida. La sacó y la

contempló a la luz de la linterna. Desde luego, no había duda al respecto. Se preguntó consternada por qué Alexander le había hablado la noche anterior de modo contrario a su verdadera intención. Guardó la caja de nuevo y encontró e teléfono móvil. Lo sacó con la esperanza de que pudiese resultar útil. Pero Cristina

nunca había usado un móvil con anterioridad y no tenía ni idea de cómo hacerlo.

Presa de curiosidad, presionó los botones y la pantalla fue cambiando su escenario

ininterrumpidamente. Un instante después apenas podía creer lo que tenía ante sus ojos. Lo leyó tantas veces como fue capaz antes de sentir cómo las lágrimas le nublaban la vista. Luego guardó el teléfono en la mochila y dejó todo en su sitio.

Alexander regresó un rato después, empapado y visiblemente agobiado.

—Hay un árbol caído en mitad del camino. Creo que lo ha alcanzado un rayo

—. Suspiró abatido y se sentó junto a Cristina—. He intentado orientarme, pero no

he podido. Lo siento, Cris, ojalá pudiera llevarte al refugio.

Ella lo miraba silenciosa. Alexander se desvistió hasta quedarse en calzoncillos y se sacudió el pelo mojado. Luego la miró con dulzura.

—Ven aquí.

Cristina no reaccionó.

—¿Qué te pasa? —Se acercó a ella y la abrazó suavemente.

Cristina lo apartó con la mano.

—Estás helado.

—Sí... —Se alejó confundido. Tomó su mochila y buscó una camiseta seca en su interior. Palpó el móvil. Frunció el ceño. No recordaba haber dejado el móvil tan

arriba. Se preguntó angustiado si ella lo habría cogido. La miró de nuevo y la vio

observarle con aquella expresión de incredulidad y dolor y ya no le cupo la menor

duda. Exhausto y vencido, bajó la mirada y guardó silencio.

La lluvia cesó unos minutos después.

Mientras Alexander se vestía de nuevo, vio a Cristina levantarse y recoger su mochila.

—¿A dónde vas?

—Quiero ir con los demás.

—No sabes cómo volver.

Cristina salió al exterior sin añadir nada más. Alexander salió apresuradamente de la choza y la tomó de un brazo.

—Podrías perderte.

—No me digas. —Se deshizo de su mano y continuó caminando.

El chico la siguió tímidamente. Por primera vez en mucho tiempo, no sabía cómo proceder. De pronto la vio tropezar y caer sobre el barro. Se acercó rápidamente y la ayudó a levantarse. Ella evitó su mano y su mirada.

—¿Estás bien?

Afirmó con la cabeza. Tenía barro incluso en el pelo. Se lo apartó toscamente de la frente y girando sus pasos, reanudó el camino en dirección a la choza. La sobrepasó y descendió la pendiente hasta llegar al río. Alexander la seguía



afligido.

La vio descalzarse y sacar su toalla. Luego la chica se desvistió los pantalones y la

sudadera y, en ropa interior, se sumergió lentamente y por completo en el agua del

río.

Alexander la contemplaba atónito desde la ladera.

Después la figura de Cristina se deslizó nadando entre las peñas, brillantes ahora bajo el regreso de la luna llena, hasta desaparecer de la vista del muchacho.

Alexander descendió hasta la orilla y se sentó abrumado en una de las piedras.

Fijó su mirada en la roca tras la que había desaparecido Cristina, a la espera de verla regresar. Un instante después la oyó sollozar quedamente. Con el corazón destrozado, miró el agua y finalmente se desvistió hasta quedar de nuevo en calzoncillos. Al introducir un pie en la orilla descubrió con agrado que no estaba tan fría como había supuesto. Quizás la temperatura del ambiente contribuyera a

sentirla templada. Caminó hasta que el agua le cubrió el pecho y los hombros, sumergió la cabeza y nadó hasta rodear la peña. Al regresar a la superficie, encontró a Cristina de espaldas, con la cabeza inclinada sobre la roca y las manos

cubriendo su rostro. Su cuerpo delgado se convulsionaba con el llanto.

Completamente devastado, se acercó lentamente, la abrazó por la espalda y acercó el rostro al de ella.

—Cris... Por favor... —Su voz era un tierno susurro—. Ni siquiera es lo que parece. —La besó en la mejilla y, tomándola por la cintura, trató de hacer que

se volviera hacia él.

Cristina se resistió en silencio. Alexander insistió dulcemente.

—Te quiero tantísimo, Cris. Eres mi vida entera, jamás te haría algo así.

La chica prorrumpió en un desgarrador sollozo y luego lo miró entre lágrimas.

—Pero lo has hecho.

—No. —Le dirigió una expresión de dolor—. Deja que te lo explique, yo no hice nada, te lo aseguro.

—¿Cómo esperas que te crea? —Ella balbuceaba a través de un llanto incontenible—. La has besado, tú la has besado, la has besado y os escribís a escondidas... —Lo apartó bruscamente y volvió el rostro hacia otro lado.

Alexander sintió unas ganas horribles de golpearse a sí mismo.

—No... —Advirtió que tenía un nudo en el pecho—. Ella me besó cuando salimos de aquel *pub* en el que tocaban sus amigos, tras hablar con el representante, y yo la aparté enseguida. —De nuevo la tomó por la cintura y trató de hacerle volver el rostro—. Te lo juro por lo que más quieras, te estoy diciendo la verdad.

—Se inclinó para besarla, pero ella se apartó furiosa.

—¿Y ese mensaje!? —Rompió a llorar de nuevo—. ¿De dónde has sacado su número? ¿En qué momento los habéis intercambiado? ¡Dios mío! ¿Cómo puedo ser tan tonta...?

—No digas eso, por favor. Ella vio mi móvil ayer cuando fuimos a recogerla en el coche de Heavy y me dijo que también tenía uno. Me pidió que apuntara su número y me pidió el mío. ¿Qué iba a hacer?

—¡Decirle que no! ¿O es que no querías decirle que no? ¡No, claro que no querías!

—¿Cómo iba a decirle eso? Heavy y Saúl estaban delante. ¡No podía tratarla así! —Se acercó de nuevo a ella—. Por favor, Cris, entiéndelo.

Cristina lo miró fijamente a los ojos.

—¿Y qué le has respondido al mensaje?

—No le he respondido nada. ¡Nada de nada...!

—¡Pues dímelo a mí! ¿Tú tampoco puedes olvidarte de ese beso?

—¡Ya ni me acuerdo! ¡Ya te he dicho que la aparté! No quiero saber nada de eso.

—No quieres saber nada, pero no borras su mensaje ni le dices que te olvide.

¡Eres un mentiroso!

—¡No lo soy! —Alexander tomó aire—. Supuse que no sería necesario humillarla de ese modo, que lo entendería todo cuando nos viera juntos, que...

Cristina rompió a llorar de nuevo.

—¿Por qué guardas su mensaje? ¿Es que no se puede borrar? Dime la verdad, dime que te gusta, ¡dímelo de una vez!

—¡Si te dijera eso te mentiría! —Alexander trató de acercarse a ella de nuevo y en aquella ocasión advirtió que la chica ya no luchaba por mantenerse

alejada. La

tomó por los hombros y la estrechó entre sus brazos—. Me daba exactamente igual

ese mensaje, por eso olvidé borrarlo... —La sintió sollozar violentamente entre sus

brazos—. Cris, por favor, no llores, se me parte el alma de verte llorar, por favor,

te quiero muchísimo... —Inclinó el rostro y buscó sus labios. Al no poder encontrarlos, la besó dulce y repetidas veces en las mejillas—. Por favor, perdóname, ojalá supiera hacer las cosas mejor, no soporto hacerte daño, perdóname, por favor...

Cristina dejó de sollozar. Podía sentir la cálida respiración de Alexander sobre

su piel. Abrió los ojos y alzó la mirada. Descubrió que el chico tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, Cris... —La besó de nuevo por todo su rostro.

—¿Me quieres de verdad?

Alexander la contempló esperanzado.

—Más que a mi vida, más que a nada en el mundo.

Lo miró en silencio y, al instante, Alexander la correspondió con un apasionado beso en los labios.

Cristina sintió sus brazos rodeándola, y embargada de nuevo por un

sentimiento de protección y cuidado, le abrazó fuertemente y cerró los ojos.

—¡Te quiero tanto, Álex...! Y tengo miedo porque sé que seguiría queriéndote con locura aunque tú dejaras de quererme... —Al momento sintió los brazos de Alexander estrechándola con más fuerza.

—No digas eso. No necesito nada ni a nadie más que a ti.

Cristina suspiró aliviada.

—Ah, y por cierto —el chico sonrió arrogante—, algún día me casaré contigo.

Rompieron a reír y se besaron de nuevo.

—Y también tengo que decirte que me estoy helando.

—Es que no sabía dónde meterme para perderte de vista.

Volvieron a reír y a besarse.

De pronto a Cristina le cambió la expresión.

—Álex...

—Dime, amor mío. —Sonrió y la besó en los labios.

—Si no quieres que hagamos el amor, ¿por qué has traído preservativos?

—¿Quién ha dicho que no quiero? ¡Es lo único que quiero! ¡No puedo pensar en otra cosa! Pero no los he traído yo. Ese cabrón de Saúl... No sé en qué momento

los ha guardado en mi mochila. Quizás al pasarme su linterna.

—¿Los ha guardado para nosotros?

—Es un enfermo mental... —La besó delicadamente en el cuello.

Cristina cerró los ojos y esbozó una sonrisa. Su respiración le hacía cosquillas.

—Pero Álex... ¿Qué tiene de malo el sexo?

El chico apenas se detuvo.

—Conmigo, nada de nada.

—¿Es peligroso?

—Conmigo no.

—¿Pero entonces es algo sucio o vergonzoso?

—Claro que no, Catsi. Ya verás nuestra primera vez. Será lo más increíble del mundo.

—Porque me quieres, ¿verdad, amor mío?

—Eso es... —Continuó besándola en el oído.

—Y yo a ti...

—Sí...

—Y lo harás despacio, ¿verdad, Álex?

—Todo lo despacio que quieras...

—Álex... —Cristina cerró los ojos y enredó las manos en su cabello empapado—. ¿Solo me quieres a mí?

—Solo a ti. —La levantó por la cintura y hundió el rostro en su abdomen.

—Y me vas a querer siempre, ¿verdad?

—Toda mi vida.

—Y harías cualquier cosa por mí, ¿verdad?

Alexander alzó el rostro y buscó su boca.

—Lo que tú quieras, lo que tú me pidas, lo que sea, Catsi, amor mío...

Cristina suspiró arrebatada.

—Quiero hacer el amor ahora. Quiero que hagamos el amor ahora.

La choza estaba todavía iluminada a la luz de la linterna. Alexander había abierto los dos sacos de dormir y había dejado uno sobre las esterillas a modo de

colchón, mientras que el otro permanecía sobre su espalda como si fuera una manta.

Bajo él, Cristina yacía tumbada, aguardando silenciosa y expectante.

El muchacho la besó dulcemente y, deslizando las manos debajo de ella, acarició suavemente su espalda y palpó el sujetador empapado.

—Desnúdate. —Lo dijo en un susurro ahogado por el deseo.

Cristina lo miró con una expresión rebosante de vergüenza.

—¿Quieres que me desnude yo primero?

Ella afirmó en silencio, con el corazón martilleándole el pecho.

Alexander se incorporó y se bajó los calzoncillos. Los dejó caer al suelo y dejó que Cristina lo contemplara despacio.

Ella lo observaba en un mutismo absoluto.

Se inclinó sobre ella y la besó de nuevo.

—Puedes tocar, no pasa nada. —Tomó su mano y la condujo hasta su miembro, ahora duro y erecto.

Cristina lo miró a los ojos.

—¿...Te gusta?

—Claro. —La besó despacio, conteniendo el impulso de deseo que estaba sintiendo en aquel momento.

Cristina continuó acariciándole durante un rato y cuando por fin hubo reunido el coraje suficiente, se bajó los tirantes del sujetador hasta hacerlos caer por sus brazos, buscó el enganche en su espalda y apartó la prenda hacia un lado.

Alexander la contempló cautivado. Inclinó el rostro y tomando sus pequeños pechos con las manos, los besó despacio.

—Dios... Qué bonita eres, Cris...

Cristina le escuchó perpleja y esbozó una sonrisa. Luego su cuerpo se estremeció al contacto con su saliva.

Alexander descendió en una lenta caricia con sus labios hasta llegar a su estómago. Cristina cerró los ojos y suspiró aliviada. La tensión producida por la vergüenza estaba comenzando a mitigarse, pero no por mucho tiempo, pues al

momento advirtió las manos de Alexander arrastrando las braguitas hasta desnudarla por completo.



Abrasada de vergüenza por segunda vez, levantó la cabeza y le vio mirarla.

Luego el chico suspiró, al tiempo que acariciaba y besaba sus piernas.

Después

levantó el rostro y la miró a los ojos.

—Déjame hacer esto.

Cristina lo vio hundir el rostro entre sus piernas, pero no tuvo tiempo de protestar. Un estallido de placer le obligó a cerrar los ojos y dejarse caer de nuevo

sobre el saco de dormir.

A partir de aquel momento el deseo logró superar los últimos atisbos de

miedo y vergüenza. Una excitación imposible de describir la sacudía por completo, al tiempo que sentía la lengua de Alexander, húmeda y caliente, acariciándola suavemente.

Cristina se arqueó, gimió y jadeó abrasada de puro placer, y cuando creía que

aquella sensación no podía llegar a más, una enloquecida corriente de éxtasis la catapultó a una culminación asombrosa. Se oyó gritar a sí misma, un grito

embebido de fruición y deleite. Luego respiró agotada, buscó la boca de Alexander

y lo besó fascinada.

A continuación el chico abrió uno de los preservativos.

—¿Quieres ponerlo tú?

Le enseñó cómo hacerlo. Después la besó durante tanto tiempo que Cristina

llegó a olvidar lo que estaba a punto de suceder. Y fue entonces cuando Alexander la

penetró lentamente.

Cristina apretó los dientes y volvió el rostro hacia otro lado.

—¿...Te duele?

—Sí...

—¿Quieres que pare?

Ella lo miró a los ojos.

—No. —Rodeó su cuello con los brazos—. Pero bésame.

Alexander buscó su boca y tras un beso largo y profundo, se deleitó en susurrar en su oído las palabras más dulces y románticas que jamás había dicho a nadie.

Cristina lo besó y lo abrazó, al tiempo que sentía cómo el dolor comenzaba a moderarse poco a poco. Luego percibió el deseo del muchacho cobrando tanta fuerza que casi sintió miedo, pero también una maravillosa sensación de satisfacción. Le oyó jadear durante un largo rato, después lo sintió tensarse violentamente y luego gemir y exhalar un profundo suspiro. La parte de ella que todavía sentía inseguridad y celos de Dulce murió en aquel momento.

—Cris... —Apoyó la cabeza en su vientre y lo besó dulcemente.

Cristina lo miraba maravillada, rebosando un sentimiento de amor tan íntimo y profundo como no había experimentado jamás. Cuando Alexander alzó el rostro,

descubrió alarmado que lloraba en silencio.

—¿Qué...? ¿Qué te pasa?

—Dios, Álex... —Lo abrazó y lo besó en los labios—. Ha sido tan bonito...

Lo más sagrado que he hecho en toda mi vida.

En el refugio, los ánimos ya estaban algo más calmados. Mario, Flavio y el Quinqui habían salido, linterna en mano, en busca de Cristina y Alexander. De esto

hacía apenas quince minutos, lo que significaba que, con mucha suerte, debían encontrarse a medio camino de la cima en donde se habían despedido de la pareja.

Mario había reprendido a Saúl al advertir su falta de interés en salir a buscar a

los muchachos.

—¿No eres tú el mejor amigo de Alexander?

—Precisamente por eso —dijo Saúl en tono de burla.

Nadie le había entendido y ahora sentía las miradas de algunos del grupo cayendo en crítico silencio sobre él.

Hastiado, salió a la noche fresca y calmada para fumar un cigarro. La luz de la luna volvía a iluminar las montañas y sus escarpadas laderas. Paseó su mirada por

la pendiente y encontró a Heavy sentado en una piedra, con la espalda apoyada en la

fachada del refugio y bebiendo una lata de cerveza.

—¡Hey!

Heavy le hizo un gesto con la cabeza.

Caminó hasta él y se sentó a su lado.

—¿Hay más?

—Es la última. —Se la tendió a modo de ofrecimiento—. De todas formas, está caliente como el caldo del cocido.

Una serie de susurros llegó desde la fachada trasera de la casa.

—¿Quién hay ahí?

—Son Claudia y Leo.

Saúl enarcó una ceja.

—¿Qué están haciendo?

—No sé. Llevan ya un rato cuchicheando y riendo.

—No será acerca de la tormenta... ¡Dios santo! ¡En mi vida he visto chicas más histéricas!

Heavy contuvo una carcajada.

—Ya te digo.

—¿Cómo vas con Claudia?

—Tío, yo qué sé...

—Lánzate de una vez. El verano se acaba.

—No estoy seguro de que ella quiera.

—Por eso tienes que lanzarte, para saberlo de una vez.

Heavy meneó la cabeza, como si el miedo al rechazo y al consecuente ridículo fuera más intenso que su curiosidad.

—Venga, tío, échale morro. Eso es lo que a ellas les gusta.

El chico suspiró atormentado.

—No sé...

—Mira, te voy a decir lo que haría yo si estuviera en tu lugar. Me levantaré ahora mismo e iría directamente a la parte de atrás y la besaría.

—¿Con Leo delante?

—De Leo me encargo yo. —Alzó la cabeza—. ¡Leo, ven un momento!

—¿Pero qué estás haciendo...!?! —Heavy lo miraba aterrado. Apenas había tenido tiempo de mentalizarse para llevar a cabo la hazaña.

—¡Vamos, no seas pusilánime! —Saúl lo empujó hasta lograr hacerle levantar.

Una oscura silueta encapuchada emergió a la vuelta de la esquina y, con la cabeza inclinada a causa del frío, se encaminó lentamente hacia ellos. Heavy la rebasó sin apenas mirar, con el corazón desbocado y las manos heladas.

—Leo, ¿cómo va eso?

Heavy oyó la simpática voz de Saúl perderse tras su espalda y luego dio la vuelta a la fachada del refugio. Encontró a Claudia cubierta hasta la cabeza con un

chubasquero azul. La muchacha aguardaba solitaria, de espaldas a él y

contemplando el paisaje bajo la luna llena.

Heavy se detuvo un instante, temblando por dentro. Luego, sacando fuerzas de

flaqueza, caminó hasta situarse a pocos metros de ella.

—Por favor, no te vuelvas. Voy a decirte algo muy importante y si me miras no seré capaz de hacerlo.

La muchacha irguió la cabeza ligeramente sobresaltada.

—Verás... —Heavy miró en derredor, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No sé cómo decirte esto... No puedo dejar de pensar en ti... Y ya sé

que apenas nos conocemos, pero... —Heavy tragó saliva—. Creo que eres preciosa,

inteligente, madura... Me gustas muchísimo.

Al momento, la muchacha se volvió hacia él y clavó en su mirada sus grandes ojos color miel. Heavy retrocedió espantado porque ante él, Leo lo observaba con

expresión embelesada.

—¿Lo dices en serio...?

Una socarrona carcajada brotó de la garganta de Saúl al descubrir a Claudia y comprender el malentendido que debía estar produciéndose a la vuelta de la esquina.

A paso torpe y divertido, corrió junto a la rubia en busca de Heavy y Leo. Los encontraron mirándose mutuamente y en silencio.

Leo expresaba tanto asombro en sus ojos castaños y el muchacho parecía tan profundamente avergonzado que Saúl se sintió morir de un ataque de risa.

—¡No! ¡Claro que no! ¡Claro que no! —Heavy los miraba a todos tan avergonzado como si le hubieran sorprendido en cueros.

—¿Qué está pasando aquí, Ramiro?

Saúl estalló en nuevas carcajadas y cayó de rodillas en la hierba.

—¡Leonor, ahí tienes por fin el novio que tanto esperabas!

Heavy advirtió la mirada de Claudia destilando una expresión de burla e incredulidad y, sin ánimo para entrar en explicaciones, dio media vuelta y se marchó a paso ligero.

A Saúl todavía le llevó un tiempo recuperar el aliento.

—¡El noviazgo más breve de la historia!

La pelirroja se acercó furiosa con la mano levantada y el rubio retrocedió velozmente. De pronto Leo se detuvo y lo miró consternada. Saúl aguardó silencioso, todavía preparado para retroceder de nuevo ante la posibilidad de una inminente bofetada, pero para su sorpresa, la chica giró sobre sí misma y se alejó sin mediar palabra.

Heavy no se había sentido tan estúpido en toda su vida. Claro que la culpa era suya por seguir los consejos de Saúl. Recordó sus carcajadas y sintió la cólera hirviendo en su interior. Caminó pendiente abajo hasta cobijarse bajo las frondosas

ramas de un roble, sacó su paquete de tabaco y se encendió un cigarro. Cerró los ojos, exhaló el humo del cigarrillo y se sintió reconfortado. Luego oyó pasos a su

espalda y se volvió sobresaltado.

Descubrió a Claudia mirándole fijamente, detenida a tan solo cinco metros de él.

—¿Qué quieres?

La chica ni siquiera respondió.

—Muy bien, ahora vienes aquí a regodearte en mi estupidez mental. Pues me da igual, me das igual, sinceramente, ya estoy harto de todo el cachondeo que os traéis conmigo. ¿Crees que eres graciosa cuando me llamas Ramirito? Pues que sepas que no lo soporto. Ya ni siquiera me caes bien, ya ni siquie...

Antes de que terminase de hablar, la rubia se acercó decidida, se puso de puntillas y lo besó en los labios. Heavy la contempló estupefacto. Su corazón latía

enloquecido mientras sentía las manos de la chica rodeando su cintura. La vio sonreír con picardía y se sintió desfallecer.

—Cállate ya, Ramirito, eres muy pesado.

—Por Dios, Claudia... —Acarició sus caderas y la besó en la boca, completamente seducido y con el alma en llamas.

Cristina había cerrado los ojos y, abrazada a Alexander, sentía sus manos acariciando su espalda.

—Te quiero.

Ella sonrió extasiada ante la dulzura de su voz. Ya no sentía vergüenza de mostrarse desnuda ante él, no le importaba que el muchacho la contemplara y la acariciara de aquella forma sin ropa de por medio. Abrió los ojos y lo miró con absoluta idolatría.

—Cuéntame cómo lo tenías planeado.



Alexander sonrió y acarició su mejilla.

—No había pensado llegar tan lejos. Tenía planeado llevarte al embalse en la moto de Heavy después de la búsqueda del tesoro.

Cristina sonrió entusiasmada.

—Incluso había comprado licor de melocotón.

—¡Qué pena que no podamos beberlo ahora!

—Podremos beberlo mañana. —Sonrió radiante—. Para celebrar nuestra victoria.

La mirada de Cristina brilló de felicidad.

—Sí. —Luego una sombra cruzó su rostro—. Mañana será nuestra última noche juntos.

—Cris... —La besó en los labios—. Te prometo mil noches como esta.

Mejores que esta.

—¿Solo mil?

—Mil millones, entonces.

Rieron y se besaron repetidas veces, entregados a un océano de suspiros y caricias.

—Álex...

El chico jadeó sobre su pecho.

—La tarde de la procesión canté aquella canción pensando en ti, la estaba

cantando para ti.

Alexander se detuvo y la miró fijamente.

—Nunca comprenderé cómo una canción de misa puede reflejar con tanta exactitud lo que me haces sentir.

Cristina sonrió conmovida.

—¿Hay más canciones que te hagan pensar en mí?

—Oh, Cris... —Le dirigió una expresión que no dejaba lugar a dudas—.

Todas las canciones de *rock*.

Cuando Saúl entró en el refugio, encontró a Dulce, Santiago, Víctor, Rodri y Page sentados en sus respectivos sacos y conversando en una animada charla.

Habían encendido las linternas y jugaban con las luces, proyectándolas en el techo y

las paredes de piedra, como si se tratase de los neones de una discoteca.

Elvis se acercó alegremente al muchacho y le olfateó las zapatillas.

—Hola, chico... —Lo acarició, al tiempo que paseaba su mirada por la espaciosa sala en busca de la pelirroja. La encontró al fondo de la estancia, recluida en su litera inferior, acurrucada en su saco de dormir y de cara a la pared.

Caminó silencioso hasta situarse ante ella, se agachó y se inclinó sobre su rostro.

—¿Leo?

La muchacha tenía los ojos abiertos, pero ni siquiera se inmutó al oír su voz.

—¿Estás enfadada o algo así?

Tampoco replicó en aquel momento.

Saúl posó la mano en su brazo y la zarandeó suavemente.

—Leo...

La chica volvió el rostro y clavó sus grandes ojos marrones en los de él.

—Ha sido humillante lo que has dicho delante de Heavy y de Claudia.

Saúl la miró escéptico.

—Venga ya...

Leo se volvió de nuevo hacia la pared.

—Solo era una broma.

—Para ti todo es una broma, Saúl.

—¿Por qué las mujeres sois tan hipersensibles?

No hubo respuesta.

—¡Eh, chicos! Nos vamos a pasear a Elvis, ¿os venís?

Saúl se volvió hacia el grupo y les vio levantarse y enfundarse en sudaderas y chubasqueros.

—¿Quieres ir con ellos?

—No.

El rubio se levantó pesaroso y se unió al resto del grupo.

Salieron a la noche húmeda y despejada. Elvis se lanzó a una entusiasta carrera

entre rocas y helechos, mientras que los muchachos continuaban una conversación

ya empezada en el interior del refugio. Saúl caminaba junto a ellos sin escuchar si

quiera, ajeno por completo a sus risas y chistes. Tras diez minutos de cháchara intrascendente, sintió que ya no podía soportarlo más y regresó sobre sus pasos.

Abrió la puerta del refugio y la cerró tras de sí. En la penumbra provocada por la

claridad que entraba a través de las ventanas, distinguió la figura de Leo en el mismo lugar y en idéntica posición a como la había dejado.

Atravesó la sala y volvió a arrodillarse junto a ella.

—Leo...

La vio abrir los ojos.

—Lo siento, ¿me perdonas?

La chica lo miró fijamente.

—Anda, di algo, por favor. No me gusta que estemos enfadados.

Ella no abrió la boca.

—Insúltame o lo que sea, pero no me mires con esa cara.

De pronto, Leo se incorporó y se calzó las zapatillas.

—Estás perdonado, como siempre. —Se levantó, cogió su chubasquero y salió del refugio ante la atónita mirada de Saúl. Luego el chico se apresuró a

alcanzarla y

lo hizo a pocos pasos del refugio.

— *Jova*, Leo, lo siento, soy un capullo de mierda, ¿vale?

—Claro que lo eres.

—Vale, pero dame un abrazo.

Lo observó con frialdad.

— *Jova*, dame un abrazo, no sabes qué angustia tengo.

La chica lo miró en silencio, pero una divertida chispa de burla iluminó sus ojos marrones y el muchacho no necesitó más palabras, la abrazó fuertemente.

—Cada vez te haces más la difícil.

Ella soltó una carcajada y Saúl sintió regresar su habitual alegría interior.

—¿Te apetece ir a la cima donde hemos visto el atardecer?

—Claro.

Caminaron y charlaron de todo un poco durante los veinte minutos de paseo.

Luego llegaron a la cima de la montaña y contemplaron fascinados las cumbres de

la sierra y el valle a la luz de la luna. Se sentaron sobre una piedra y durante un rato no dijeron nada.

Leo dejó caer la capucha a su espalda y Saúl la observó en silencio. El pelo se

le había ondulado con la humedad de la lluvia y ahora le caía en tirabuzones sobre

su espalda. La vio inclinarse sobre la hierba y recoger una pequeña ramita que lanzó distraídamente frente a sí.

—Qué pena que ya se acabe el verano.

Saúl apartó la mirada.

—Ha sido un verano perfecto.

—El mejor verano de mi vida.

—Podría besarte ahora mismo.

Se miraron asombrados. Saúl apenas podía creer lo que acababa de decir mientras que Leo ni siquiera estaba segura de haber oído correctamente.

—¿Qué?

—No sé... No sé por qué he dicho eso. —El chico notó algo tan insólito en él como el calor de la sangre hirviendo en sus mejillas.

Leo continuaba mirándole con auténtico estupor. Luego se sintió ruborizar y bajó la mirada al suelo. Permanecieron unos segundos en tenso silencio.

—¿Quieres besarme...? —Alzó sus ojos color miel y los clavó en el muchacho.

—Es que como siempre estás con ese rollo de que nadie quiere besarte...

La expresión de la chica se tornó en indignación.

—¿Me estás diciendo que me besarías para hacerme un favor?

—¡No! No, no, no he dicho eso.

—¡Sí lo has dicho, Saúl! ¡¿De verdad crees que estoy tan desesperada como

para mendigarte un beso?! ¿¡Y qué esperas que haga después!? ¿¡Que te ofrezca mi

virginidad en agradecimiento!?

Saúl retrocedía asustado y negaba mecánicamente con la cabeza.

—¡Claro que no! ¡Claro que no!

—¡Eres horrible, Saúl! ¡Horrible!

El chico la contempló asombrado y luego una inesperada cólera relampagueó en su mirada.

—¡Solo quería besarte! ¡Me apetecía besarte de verdad, pero lo has estropeado

todo!

Leo enmudeció de pronto y lo observó confusa. Una sombra de

arrepentimiento sobrevoló su mirada. A continuación vio cómo Saúl daba media vuelta y emprendía el camino al refugio sin despedirse siquiera. Quiso llamarle, pero no supo qué decir. A cambio notó un nudo en la garganta y sus ojos se llenaron de lágrimas. Le vio alejarse y, sintiéndose más sola y desdichada que nunca, rompió a llorar en un sollozo quedo y sosegado.

Casi un cuarto de hora más tarde empezó a sentir frío, se levantó y emprendió el camino de regreso a paso lento. Descendió el desnivel por el camino de tierra y

cuando ya había recorrido doscientos metros vio levantarse una oscura silueta a la

orilla del camino. Asustada, se detuvo en seco. Luego le reconoció por su forma de

caminar hacia ella y su corazón se desbocó bruscamente. Lo vio acercarse con sus

preciosos ojos verdes fijos en ella y, sin mediar palabra, Saúl tomó su rostro entre

las manos y la besó dulcemente en los labios.

Maravillada y temblando por dentro, acarició sus grandes rizos rubios, al tiempo que sentía su lengua buscando la suya. Al momento le correspondió de idéntica manera y durante un rato jugaron y se acariciaron con sus bocas.

Una risa divertida se apoderó de Saúl.

—Ya veo cómo me partes las piernas, Leonor...

Leo dejó escapar una carcajada, mientras que sentía la sangre subiendo a sus mejillas.

—Ven aquí, pelirroja, vamos a pasarlo bien. —La tomó de la mano y ambos corrieron ladera arriba, perdiéndose entre los riscos y los helechos de la montaña.

Arropados con los sacos de dormir, Alexander y Cristina compartieron sus bocadillos y comieron hasta saciarse. Luego apagaron las linternas, se tumbaron de

nuevo y, entre besos y abrazos, Cristina se quedó profundamente dormida.

Alexander la contempló dormir en un doloroso silencio, incapaz de asumir que se

encontraba a menos de cuarenta y ocho horas de separarse de ella. Cuando el sueño



amenazó con vencerle, se incorporó ligeramente y aguzó el oído. Sabía que Mario y Dulce no tardarían en hacer su aparición estelar y ellos deberían fingir agradecimiento al sentirse rescatados.

Sin embargo, a pesar de sus intentos por mantenerse despierto, el cansancio le sumió en un agotado duermevela. Cuando volvió a abrir los ojos, las voces de Mario y el Quinqui resonaban dramáticamente por todo el bosque. Suspiró abatido.

Durante un instante sintió la tentación de hacer oídos sordos y cerrar los ojos de nuevo porque sabía que tardaría al menos un día entero en volver a tener a Cristina

desnuda en sus brazos. Pero el sentido común se impuso forzosamente. No podía revolucionar al grupo durante toda la noche a causa de un deseo romántico. Se incorporó y cogió la linterna, pero antes de encenderla, inclinó el rostro sobre Cristina y la besó en los labios.

—Cris... Despierta..., despierta... —La besó de nuevo.

Ella abrió los ojos.

—Vístete, ya están aquí.

Cristina suspiró decepcionada. Luego se incorporó y se restregó los ojos. Oyó las voces de los chicos y vio a Alexander vestirse apresuradamente. De pronto se levantó y se arrojó a sus brazos.

—Bésame, Álex, antes de que nos encuentren.

Y Alexander la besó con todas sus ganas, ávido de deseo y rebosante de frustración.

A las tres y media de la madrugada, Saúl y Leo regresaron por fin al refugio.

Claudia y Heavy ya estaban allí, arrinconados y al abrigo de sus sacos,

hablando y

besándose en susurros.

Dulce, Víctor, Rodri y Page conversaban a media voz desde sus respectivos sacos en el centro de la sala y Santiago dormía profundamente al fondo de la estancia, con Elvis a sus pies y en una litera contigua a la de Leo.

Leo se dirigió a su saco y advirtió entusiasmada cómo Saúl arrastraba el suyo hasta colocarlo en la cama próxima. Luego lo vio arrodillarse junto a Santiago y zarandearle suavemente.

Santiago abrió los ojos y lo miró somnoliento.

—¿Han vuelto ya Cris y Álex?

—Deben estar al caer. Quería decirte otra cosa.

—¿Qué?

El adolescente se encogió de hombros como si se tratara de algo que no mereciera tanta atención.

—Puedes escribir a papá si todavía quieres.

—¿Quieres que le escriba?

—Te digo que puedes escribirle, no me importa.

—¿Ya no te importa?

—No.

—¿Quieres que le dé recuerdos de tu parte?

Saúl desvió la mirada. De pronto sentía un nudo en el pecho.

—Haz lo que quieras. —Se levantó y se descalzó antes de entrar en su saco.

Apenas media hora más tarde, vieron entrar por la puerta a Alexander y

Cristina, seguidos de los tres buscadores. Se armó una pequeña revolución y las preguntas llovieron en oleadas. Después de una explicación más o menos escueta, la

pareja se acomodó en las dos literas contiguas a la de Santiago. Cristina se inclinó

sobre el pequeño y lo besó dulcemente, prodigándole una lluvia de cariñosos arrumacos.

El niño la miró sonriente.

—Te he echado de menos.

—Ya estoy aquí.

—Todavía eres mi mejor amiga.

—Y tú, el mío.

—He soñado que volaba.

—¿En serio?

—Volaba hacia el cielo y llegaba hasta las estrellas, y mi hermano, Alexander y tú me mirabais desde la cabaña.

—Qué sueño tan bonito.

—Ha sido genial.

—Vuelve a dormirte, Santi. Mañana tú serás la estrella.

—Todos nosotros, lo seremos todos.

Cristina lo besó en la frente y lo abrazó con dulzura.

—Buenas noches, Santi, te quiero mucho.

—Y yo a ti.

Mientras tanto, Alexander y Saúl se dirigieron una sonriente mirada de complicidad.

Media hora después, el refugio quedó en completo silencio, sobrevolado por el dulce rumor del viento y los apasionados sueños de sus habitantes.

32

*I don't need to fight,*

*To prove I'm right,*

*I don't need to be forgiven,*

*Yeah, yeah, yeah, yeah, yeah.*

*Don't cry,*

*Don't raise your eye, It's only teenage wasteland.*

«Baba O' Riley», The Who[\[40\]](#)

A la mañana siguiente la pandilla regresó a Vistaclara.

Doña Elisa recibió a su nieta con una angustia contenida. La tormenta de la noche anterior había llegado hasta el pueblo y la anciana no había podido evitar preocuparse por los excursionistas. La abrazó y la besó cariñosamente cuando la vio entrar por la puerta, con las mejillas tostadas por el sol y los rizos revueltos alrededor de su rostro. Cristina se dejó agasajar con una silenciosa sonrisa. Sabía que jamás podría contarle a su abuela lo que había sucedido entre ella y Alexander

la noche anterior, pero también estaba segura de que se alegraba de recibirla tan visiblemente feliz.

Alexander se apeó cuando el coche de Heavy se detuvo ante la casa de la anciana. Había imaginado aquella situación muchas veces a lo largo del verano y siempre se había sentido culpable y nervioso. Pero no sucedió de ese modo cuando

sus ojos se cruzaron con los de doña Elisa. Sintió, por el contrario, una creciente seguridad, la calma de asumir que desde la noche anterior Cristina era parte de él

tanto como él lo era de ella, y no había nadie con derecho a hacerle sentir de forma

contraria, ni siquiera su abuela.

—¿Os lo habéis pasado bien?

—Claro que sí.

—Me alegro, Alexander. Tuve miedo cuando escuché la tormenta.

—No debió preocuparse. Estaba conmigo.

Cristina sonrió y bajó la mirada.

—Bueno... Hasta luego.

—Adiós, hijo.

—Adiós, Álex.

El chico subió al coche y Cristina cerró la puerta.

—¿Cómo ha ido todo, cielo?

—Muy bien, *abu*. —Una inevitable sonrisa de felicidad asomó a su mirada.

—¿Has bebido o fumado?

Ella negó rotundamente con la cabeza.

—Ni un solo cigarro, te lo prometo. Y, por supuesto, tampoco he bebido nada en absoluto.

La anciana no dudó de su palabra porque conocía bien a la chica y sabía que no tenía grandes cualidades para mentir con tanta naturalidad.

—Te has quemado la cara.

—Me puse crema protectora, pero el sol pegaba muy fuerte.

—Bueno, me alegro de que todo haya salido bien. ¿Tienes hambre? Estoy haciendo tallarines a la parmesana.

Cristina sonrió; era su plato preferido. De pronto le invadió un terrible sentimiento de culpa, la culpa de saber que había hecho algo que horrorizaría a su

abuela si tuviera noticia de ello. Pero al mismo tiempo no podía dejar de sentir que

lo sucedido la noche anterior no tenía nada de malo, era algo tan privado y hermoso, algo tan único entre ella y Alexander que jamás hubiera podido renunciar

a aquella experiencia a cambio de satisfacer las expectativas de su abuela. Aun así,

una parte de sí misma se sintió tan conmovida que no pudo por menos que abrazar a

la anciana.

—Gracias por dejarme ir a la acampada, *abu*.

La mujer acarició su espalda cariñosamente.

—Hija, todo podría ser más fácil si te portaras siempre así de bien.

El peso de la culpa se hizo más difícil al oír aquellas palabras y la chica notó arribar las lágrimas a sus ojos. La abrazó todavía un rato más.

—Te quiero mucho, abuela.

—Y yo a ti, corazón.

Luego Cristina subió a la planta superior, se duchó, se vistió ropa limpia y se sentó a la mesa de su habitación. Con una caligrafía ejemplar y el corazón radiante

de felicidad, escribió en su diario:

*« 30 de agosto de 1997.*

*No puede haber en este mundo nadie más feliz que yo».*

A las cinco en punto el grupo entero se reencontró en la plaza.

Los seis muchachos contemplaron con asombro el nuevo aspecto del

escenario. Un grueso telón de color granate cubría los laterales y la parte frontal

del mismo. Sin embargo, en aquel momento estaba descorrido y el escenario se abría en medio, mágico y encantador. Al fondo del mismo, otro frondoso telón negro ocultaba el espacio necesario para bastidores.

Jaime y los técnicos de luces y sonidos ya estaban allí. Les habían transportado

los instrumentos y el atrezzo, y ahora estaban volcados en el montaje de los amplificadores y la mesa de mezclas. Los muchachos sumaron sus esfuerzos, tratando de dejar a un lado los nervios que les atenazaban por dentro.

Entre tanto, a nadie le pasó desapercibido el nuevo trato soterrado entre Saúl y Leo. Claudia también parecía encontrarse de un humor excelente, y Alexander y Cristina apenas se molestaban ya en disimular sus ganas de besarse a todas horas.

A pesar de todo, aquel nuevo despliegue de romances no había logrado desbaratar la concentración de los adolescentes ni disminuir su pasión por la victoria de la *gymkhana*.

La pandilla de Edu apareció poco después, tan nerviosos y entusiasmados como los propios Sustain Souls. Durante dos horas, hicieron pruebas de sonido y ensayaron sin concederse ningún margen de error.

A las nueve de la tarde las cigüeñas sobrevolaron el reloj de la torre y el cielo se tiñó de naranja y añil. Fue entonces cuando los chicos se encaminaron a la casa

de Cristina y, para consternación de su abuela, subieron a la planta superior y ocuparon las habitaciones con todo tipo de utensilios de maquillaje y de peluquería.

Había sido precisamente a petición de Cristina que el grupo al completo se reuniera

bajo su techo a fin de ayudarse unos a otros a elegir la caracterización adecuada.

Los tres chicos rechazaron tajantemente la posibilidad de utilizar maquillaje, mientras que Claudia y Leo se afanaban en el cuarto de baño tratando de arrancar bucles a sus lisas y largas melenas ante las miradas divertidas de los



dos hermanos.

Mientras tanto, Cristina y Alexander utilizaban el espejo de la habitación de la chica para elegir un peinado adecuado para ella.

—Mucho mejor, Catsi. —Alexander estaba volcado en crear un peinado original y diferente para Cristina, y ahora cepillaba su cabello engominado hacia atrás—. Pareces una auténtica *rockera*.

Ella observaba su reflejo.

—Pero tengo que parecer una bruja... —Lo dijo sin darle mucha importancia.

Estaba decidida a utilizar una larga peluca de color morado.

El muchacho la contempló a través del espejo y sonrió satisfecho.

—Estás muy guapa.

Luego retomó la tarea de colocarse un cojín sobre el vientre y atárselo alrededor de la cintura con cinta aislante. A continuación, lo ocultó bajo el blusón

de lino que iba a utilizar para la representación. Cristina lo miró dudosa.

—¡Dios mío! Ibas a ser mi Valiente Guerrero y ahora solo pareces un viejo gordo...

Alexander soltó una carcajada, la tomó de la cintura y la atrajo hacia sí.

—Entonces lo he conseguido. El Caballero Valiente no puede ser demasiado

delgado ni demasiado joven. Lleva años buscando el modo de hacerse rico y ni siquiera es capaz de seducir a una viuda. —Sonrió y la besó con ternura—. Por cierto... —Rebuscó en el bolsillo de sus pantalones y sacó un papel doblado —.

Guárdalo, Cris.

—¿Qué es? —Lo tomó y lo desdobló.

—Mi número de teléfono de Vistaclara, el del internado y el de mi móvil. El

horario de llamadas en el internado es de seis a diez. No me llames después de las

diez de la noche. Son unos imbéciles, no aceptan llamadas a partir de esa hora.

Cristina afirmó con la cabeza. De pronto tenía un nudo en la garganta.

—Pero puedes llamarme al móvil, no me duermo hasta las doce o la una. Lo

tendré siempre encendido por si quieres llamarme, aunque no te preocupes por eso,

seré yo quien te llame.

Cristina afirmó de nuevo y bajó la mirada.

—Y... También puedes llamarme a mi casa de Vistaclara hasta el catorce de septiembre, porque hasta ese día no me voy a Talavera y... —La abrazó y la besó en

la cabeza—. No llores.

Cristina se secó las lágrimas, pero enseguida advirtió una nueva acometida arribando a sus ojos. El muchacho acarició su pelo en silencio y la besó repetidas

veces en la frente.

—No llores, amor mío...

Fue aquel tierno susurro lo que provocó nuevas lágrimas.

Cristina lo abrazó con más fuerza todavía.

—Cris... Ahora tienes que ser fuerte, tenemos que ser fuertes, ¿vale? —La besó con dulzura por todo su rostro—. Mírame...

Ella lo miró y busco sus labios. Los encontró al momento y se deleitó en acariciarlos con los suyos. Luego tragó saliva y abrió los ojos.

—No puedo vivir sin ti, Álex.

—No vas a vivir sin mí.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Te quiero muchísimo, no puedo quererte más, es imposible.

Alexander la abrazó con fuerza y suspiró desolado.

En ese momento, Claudia irrumpió en la habitación. Se había maquillado el rostro y había peinado su larga melena rubia en una graciosa cola de caballo que caía en grandes tirabuzones.

—Es la hora, chicos.

Alexander se quitó el cojín y el blusón y los guardó en una bolsa de plástico.

Cinco minutos después, los seis Sustain Souls se encaminaban a la plaza principal del pueblo, preparados para enfrentarse a la última prueba de la *gymkhana* de verano.

33

*Of our elaborate plans, the end.*

*Of everything that stands, the end.*

*No safety or surprise, the end.*

*I'll never look into your eyes... again.*

«The end», The Doors[\[41\]](#)

Desde la noche de la inauguración de la *gymkhana*, casi dos meses atrás, Cristina no había vuelto a ver una congregación tan numerosa en la plaza principal.

En esta ocasión los vistaclareses se hallaban acomodados ante mesas de banquete repletas de sabrosos platos tradicionales, ensaladas y botellas de vino tinto. La plaza lucía sus mejores galas, los focos brillaban potentes desde el armazón del escenario

y los camareros del servicio de cáterin se movían con celeridad entre las mesas y

las sillas, portando bandejas rebosantes de platos y vasos.

El alcalde de Vistaclara, los concejales y sus respectivas esposas ocupaban sus

puestos de honor en la mesa presidencial, justo enfrente del escenario, mientras que

el resto de la población se había acomodado por orden de llegada. Don Fortunato

ya había dado su discurso inaugural de la cena y ahora los bailarores profesionales

acompañaban la ceremonia con sus exhibiciones desde el escenario. Por todo lo largo y ancho de la plaza se veían animadas conversaciones, numerosos brindis y entusiastas carcajadas. Los vistaclareses adoraban aquella cena típica de finales de verano. La mayoría de ellos no la habría perdonado por nada del mundo.

Pero esta alegría general no se desprendía únicamente del natural bullicio de

la congregación, sino también de los diecisiete grupos concursantes de la

*gymkhana*. Jaime había pedido a todos ellos que acudieran a la cena vestidos con los disfraces utilizados en sus respectivas funciones teatrales, pues al finalizar la última representación, nombraría uno a uno a todos los equipos para que subieran al escenario. Este gesto facilitaría al público el recuerdo de las diferentes funciones que se habían representado hasta esa noche en el salón cultural. Luego, el jurado, formado por el propio Jaime y cuatro monitores ajenos a los grupos, dictaría su veredicto. Después de esto, Jaime solo tendría que hacer una sencilla suma de puntos para proclamar al grupo campeón de la *gymkhana* de verano. Este grupo recibiría en el escenario las anheladas entradas del concierto de U2.

A consecuencia de ello, entre los comensales abundaban indios y vaqueros,

vampiresas, guerreros escoceses, bomberos, espadachines, astronautas,

*zombies,*

payasos y malabaristas.

Ni qué decir tiene que aquella inminente entrega del premio provocaba una emocionada tensión en el ambiente, un nerviosismo casi infantil, tan encantador como el que precede a la noche de Reyes. Los Sustain Souls estaban sufriendo aquella angustia por partida doble, pues apenas les quedaba una hora para subir al

escenario. Llevaban todo el verano luchando por ese momento y, a pesar de sus esforzados intentos de reflejar una calma que no sentían en absoluto, a cualquier buen observador le hubiera bastado mirar bajo su mesa para advertir el grado de ansiedad que les devoraba por dentro, pues ni uno solo de ellos parecía ser capaz de

mantener las piernas y los pies en reposo.

En lo que concernía a sus disfraces, los muchachos vestían sus indumentarias

habituales, pues se negaban a mostrar sus disfraces antes de tiempo. A la pandilla de

Edu le sucedía lo mismo. Con gran honor por su parte, habían tomado asiento a la

misma mesa que los Sustain Souls y su monitora, y todavía vestían ropa de calle.

Los niños estaban pletóricos, tan radiantes y nerviosos como los mismos

adolescentes. Estos últimos, sin embargo, parecían sentirse invadidos por una ansiedad añadida, pues sus ojos volaban irremediabilmente al resto de las mesas que había en la plaza. Y tenían tres motivos de peso para hacerlo. El primero era la

ausencia de los Cadillac Rojo y de Los Legionarios del Sur, aunque no era de extrañar, pues aquellos chicos eran demasiado orgullosos como para dejarse

ver públicamente en una noche donde la atención iba a estar centrada en los Sustain Souls. Seguramente la detención de Roque Mariposas tres días atrás también había

contribuido a mantenerlos alejados. Pero, aun así, Alexander, Cristina y Saúl se mantenían alertas ante un posible avistamiento enemigo.

El segundo motivo no era ni más ni menos que la muda esperanza de ver

aparecer entre los comensales al representante de la compañía discográfica.  
¿Habría

visto el video? ¿Le habría gustado? ¿Habría sido capaz de encontrar Vistaclara

¿Estaría en algún rincón de la plaza en aquel preciso instante? A Alexander y a Dulce se les iban los ojos detrás de todos los hombres de mediana edad, con gafas y

calva incipiente.

—¿Podría ser ese? —preguntaba alguno de los Sustain Souls ante cualquier

individuo que encajase con la descripción que de él había hecho Alexander.  
Por toda

respuesta, este último examinaba al tipo en cuestión y luego decía algo como:  
«Ese

es el panadero, Cris» o «Santi, ¿es que no conoces al hermano del fontanero?»

«¡Por Dios, Claudia, ese hombre lleva más de veinte años esquilando ovejas!»  
En cualquier caso, al representante parecía que se lo había tragado la tierra.  
No había ni rastro de él.

Y a falta de su anhelada presencia, la curiosidad se había convertido en el tercer motivo por el que los chicos mostraban tan vivo interés en lo que estaba

sucedendo en una mesa próxima a la suya. Se trataba de ver reunidos a los padres de todos ellos comiendo a la misma mesa. Solo Alexander se mostraba

más

tranquilo a este respecto, sabiendo que sus padres se hallaban en la mesa

presidencial. Con lo referente al resto del grupo, ninguno de ellos comprendía cómo podía haber ocurrido ni de quién habría sido la iniciativa; sin embargo, allí

estaban. Los padres de Leo y sus abuelos, los padres de Claudia, su hermana, su tía y

su abuelo, la madre de Saúl y Santiago, doña Elisa e incluso doña Juana. Todos ellos se mostraban relajados, habladores y alegres.

Sus hijos y nietos los miraban con expresiones desconfiadas y ceños

fruncidos.

—¿Por qué están tan felices? No lo entiendo —hablaba Saúl.

—Porque solo queda un día de verano —sentenció Leo—. ¡Se acabaron nuestras andanzas! ¡Por fin van a poder descansar por las noches!

Tanto si aquello era cierto como si no, les resultó de lo más indignante. Para

ellos el final del verano representaba una auténtica tragedia, una dolorosa depresión

por la que no querían pasar.

En la mesa contigua a la de los muchachos se encontraban los Silver Road, quienes representaban a los guerreros escoceses. Vestían largas faldas de cuadros y

habían pintado sus caras a franjas blancas y azules. De vez en cuando los guerreros

recibían sobre sus cabezas o sus rostros algún tipo de proyectil desde la mesa



vecina, tal como huesos de aceitunas, huesos de cochinitillo o cubitos de hielos. Los

muchachos reaccionaban con varias ofensivas similares y luego el juego volvía a repetirse.

—¡Elvis! —Santiago se inclinó bajo la mesa y luego miró a los presentes con expresión de auténtica sorpresa—. ¡Elvis está aquí!

Miraron bajo la mesa y encontraron al animal. Meneaba el rabo y olfateaba sus zapatillas con evidente entusiasmo.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—¡Qué listo es! ¡Ha olido el cochinitillo a kilómetros y se ha escapado como una bala!

Todos rieron divertidos.

—¡Elvis, bonito! ¿Quieres comer jamón?

Comenzó entonces una lluvia de succulentos manjares en dirección al suelo. El animal olfateaba y tragaba con pasmosa velocidad, esperando siempre ansioso un próximo bocado.

Mientras tanto, se había producido un descanso en el escenario y Triana

sonaba por los altavoces con su «Señor Troncoso». Heavy grababa ahora con la videocámara de Alexander y se había acercado a la mesa de los Sustain Souls en busca de situaciones divertidas.

Cristina acariciaba al perro en tanto que este se apoyaba en su silla con las dos patas delanteras, relamiéndose mecánicamente y con expresión de anhelo.

—Voy a echarte de menos, chiquitín.

—¿A qué hora te vas mañana? —preguntó Heavy.

—A las once y media.

Se produjo un pesaroso silencio.

—No importa. —Saúl intervino veloz—. Vamos a vernos en nueve días. ¡En el Vicente Calderón!

Todos rieron entusiasmados y Cristina advirtió cómo Alexander estrechaba su mano bajo la mesa.

Los bailarines regresaron al tablado para dar paso al último baile.

—Por cierto —Heavy enfocó el rostro de Santiago—, ¿quién se va a quedar con el perro a partir de ahora?

Santiago tomó a Elvis en brazos y lo mostró a la cámara por encima de la mesa—. Elvis se queda conmigo. Mi madre nos deja quedárnoslo.

—¿Mamá ha dicho eso?

—Esta mañana lo hemos llevado al veterinario. Lo han vacunado y lo han desparasitado.

—Santi —Cristina estaba entusiasmada—, no se me ocurriría nadie mejor para

ser el dueño de Elvis.

Y era cierto. Desde que el animal pasara veinte días con ellos en el

campamento cristiano, sentía auténtica adoración por Santiago y Cristina, hasta el extremo de mostrarse inquieto y angustiado ante la ausencia de cualquiera de los dos. Pero ella no podía llevárselo a Madrid. Además, en el fondo sabía

que Elvis jamás se acostumbraría a vivir encerrado en un piso. El cachorro había crecido libre y salvaje en las calles de Vistaclara, y vivir con Santiago y Saúl le permitiría continuar disfrutando de aquella envidiable libertad.

El baile terminó en aquel momento y, ante un sonoro aplauso, el último grupo de bailarines se despidió del público. Los muchachos contemplaron mudos de espanto cómo Jaime subía al escenario y, tomando el micrófono, se situaba en el centro del tablado.

—Buenas noches, Vistaclara.

Cristina tragó saliva. Tenía el corazón golpeando su pecho hasta hacerle daño.

Jaime prosiguió.

—Después de este maravilloso repertorio de bailes regionales y mientras nuestros estómagos hacen la digestión, vamos a dar paso a la última representación

de la última prueba de la *gymkhana*.

—¡Dios mío...! —Leo se llevó las manos al estómago—. Voy a vomitar.

—Tras esta representación y después de dos largos meses, los diecisiete

grupos que han logrado llegar hasta aquí van a afrontar la resolución final y la entrega del premio.

»Todos sabéis que hemos sufrido problemas de violencia este verano. Si la

*gymkhana* no fue suspendida tras la búsqueda del tesoro, se debe únicamente a que esta decisión supondría complacer a la banda de cobardes que atacó a los Sustain Souls con cadenas y bates de béisbol. Los Sustain Souls van en cabeza porque han

trabajado duro y se lo han ganado a pulso. Si alguien quiere desacreditarles

que lo

haga compitiendo con integridad.

Seis enardecidos Sustain Souls vitorearon escandalosamente al coordinador ante las sonrisas complacientes de sus grupos aliados.

—Aun así no está todo dicho en esta *gymkhana*. El veredicto de la última prueba podría colocar a cualquiera de los diecisiete grupos en el pódium de los ganadores. Podríamos pensar que esto es injusto, pero todos conocemos el esfuerzo

y la motivación que requiere esta última prueba. Durante dos meses les hemos hecho correr, nadar, jugar al ajedrez, al fútbol, montar en bicicleta y sobrevivir a las pruebas más divertidas, y en ocasiones ridículas, que os hayáis encontrado jamás. Todo eso ha sido fácil en comparación con el tiempo de trabajo necesario para inventar una obra de teatro, ensayarla y trabajar el decorado necesario para que resulte creíble.

Jaime hizo una pausa. El público atendía a sus palabras en absoluto silencio.

—Conocéis ya dieciséis resultados. El último está aquí esta noche.

Se mostraron algunas sonrisas mientras que una marejada de nervios sacudía de nuevo los espíritus de los seis muchachos.

—En treinta minutos dará comienzo la representación de Sustain Souls. Les rogamos que guarden silencio durante la actuación. Muchas gracias por quedarse aquí con nosotros.

Se oyeron cientos de aplausos al tiempo que los jóvenes y la pandilla de Edu se levantaban de sus asientos y, algunos pálidos y otros temblorosos, afrontaban la

primera atención del público. Los deseos de buena suerte se oyeron por

doquier.

Heavy guiñó un ojo a Claudia, mientras que Cristina, Leo y Santiago buscaban con

sus miradas las tranquilizadoras expresiones de sus familiares adultos. Solo Saúl y

Alexander fingieron comportarse como si aquel momento no tuviera nada del otro

mundo. De todas formas, la suerte ya estaba echada.

Se dirigieron a un lateral del escenario y subieron a bastidores.

Treinta minutos después, Dulce subió al escenario. El telón se mantenía

cerrado, pero el técnico de sonido silenció la canción que estaba utilizando como acompañamiento y, a consecuencia, la plaza enmudeció bruscamente.

Se oyeron algunos murmullos. Dulce tomó un micrófono.

—Buenas noches. A continuación les presentamos la función de Sustain Souls.

Con todos ustedes, *La Melodía del Rey*.

A Dulce no le gustaban nada los escenarios, de modo que cuando oyó los

aplausos, se limitó a una breve inclinación de cabeza y luego bajó del tablado tan rápidamente como había subido.

Los focos se apagaron. Y el telón se abrió lentamente.

Comenzó a sonar entonces un marcapaso de timbales a un ritmo lento,

profundo y cortante.

Nadie entre el público esperaba algo como aquello y la gran mayoría de los vistaclareses se sintieron sacudidos por un estremecimiento. Luego

comprendieron

enseguida: aquel sonido capaz de ponerles la piel de gallina no era ni más ni menos

que el famoso marcapaso de las procesiones de Semana Santa.

Don Ignacio se removió incómodo en la silla, doña Gregoria y doña Justa,

quienes estaban sentadas a su lado, contemplaban el escenario con expresiones de desconfianza.

La oscuridad permanecía al ritmo de los graves timbales, hasta que al fin una

pequeña luz emergió de entre bastidores por el flanco izquierdo. Jaime aguzó la vista, a pesar de encontrarse en la primera fila por ser un miembro del jurado.

¿Aquel era Santiago? Parecía demasiado bajo para tratarse del benjamín de los Sustain Souls. En todo caso, el asunto no quedaba claro debido a que el niño vestía

un hábito negro con capucha. En sus manos sostenía una vela. A paso lento y solemne, atravesó el escenario en diagonal y se situó en su parte derecha, al borde

del mismo. Otro pequeño encapuchado emergió de la zona derecha de bastidores, también sosteniendo una pequeña vela en sus manos, y atravesó el escenario hasta su zona izquierda, en donde se detuvo al borde del mismo. Lentamente, nuevos encapuchados imitaron a los dos primeros al ritmo de aquellos fúnebres timbales,

colocándose por parejas hasta que el escenario quedó misteriosamente iluminado con doce velitas. Solo el pasillo central se mostraba desierto y oscuro. Y del fondo

del mismo llegó entonces Santiago. A aquellas alturas de la escena no se oía ni un

ruido en toda la plaza.

El corazón de Blanca saltó emocionado y una nerviosa sonrisa asomó a su rostro, su pequeño estaba guapísimo disfrazado de rey. Portaba una corona dorada

y un atuendo propio de un rey de la Edad Media, incluida una capa granate. Mientras

caminaba a paso jactancioso y digno por el pasillo central, Blanca también pudo advertir que llevaba algo colgado en bandolera. ¿Eso no era una guitarra? ¿Podría

ser su guitarra acústica?

Santiago se detuvo en el centro del escenario, sosteniendo su guitarra acústica en la mano. Parecía solo una sombra entre tanta oscuridad, pero repentinamente el

foco situado sobre su cabeza se iluminó, proyectando una luz cenital sobre el niño.

Ahora se le podía distinguir con claridad.

Los timbales cesaron.

Santiago rasgó las cuerdas de su guitarra acústica y una melodía lenta y dulce resonó a lo largo y ancho de la plaza.

El representante de la discográfica Everly Music se había cobijado

prudentemente bajo los soportales de La Posada del Pirata, a la espera de ver a los

chicos tocar. Por un lado, no quería ponerles nerviosos con su presencia; por otro,

le resultaría mucho más fácil escabullirse rápidamente en el caso de que el grupo no alcanzase sus expectativas.

En aquel momento se encontraba sentado a una mesa de la terraza bebiendo una jarra de cerveza, pero se incorporó cuando por fin oyó tocar al pequeño.

A continuación, Santiago comenzó a declamar con una cadencia casi melódica, similar al ritmo de la melodía:

*Tres meses han pasado*

*desde que oyera en mis sueños*

*una extraña melodía*

*que hechizó mi entendimiento.*

*No he logrado, desde entonces,*

*cerrar los ojos de nuevo,*

*he perdido la cordura, la sensatez, la frescura*

*y ahora mi reino muere*

*y no hay para mí una cura.*

*¿Será verdad que un reinado*

*puede ver al soberano*

*cayendo en silencio ahogado,*

*buscando desesperado!*

*¿Quién podrá salir airoso*

*de esta petición pública?*



*Pues he llamado a mi pueblo,  
sin distinguir clase o género,  
para compensar con tierras,  
títulos, oro, sirvientas,  
a aquel que logre encontrar  
el ritmo, el sonido y la letra.*

Tan pronto como Santiago terminó de decir esto, los focos iluminaron todo el escenario, el ritmo de su guitarra cambió bruscamente, acelerándose impetuoso, mientras los pequeños monjes apagaban sus velas y se deshacían de sus túnicas. A

cambio, dejaron al descubierto divertidos atuendos de colores propios de arlequines y payasos, mientras más de cincuenta globos de colores caían sobre el escenario.

Santiago alzó la voz:

*¡Id corriendo, id volando  
donde el viento os lleve raudos!  
¡Haced saber a mi gente  
que el rey los invoca urgente!  
¡No demoréis vuestros pasos,  
aquí os estaré esperando!*

Santiago calló y se volcó en un excitante solo con su guitarra. La música desprendía alegría, fiereza, velocidad, nerviosismo y, sobre todo, talento. Más

de trescientas personas contenían la respiración con expresiones congeladas en sus rostros. Blanca advirtió las miradas asombradas de sus compañeros de mesa

volviéndose hacia ella, pero no quiso apartar los ojos de su hijo. Apenas podía creer que hubiera aprendido casi solo a tocar así la guitarra. Todavía recordaba el

día, hacía ya varios años, en el que le había oído desde el salón practicar en su habitación. Se había levantado del sofá y le había pedido por favor que dejara eso

para los ratos en los que ella no estuviera tan cansada. «Perdona, mamá, no me he

dado cuenta». Blanca no había vuelto a oírle practicar. Y ahora una venda caía de sus ojos. Saúl se lo había intentado advertir, pero ella no había sido capaz de entenderlo, y en ese momento su corazón galopaba emocionado y orgulloso hasta

hacerla sentir lágrimas en los ojos.

Los pequeños arlequines saltaron del escenario al suelo y se diluyeron

saltarines y simpáticos entre las mesas y sus comensales, al tiempo que cantaban al

ritmo de la guitarra:

*¡Id corriendo, id volando*

*donde el viento os lleve raudos!*

*¡Haced saber a mi gente*

*que el rey los invoca urgente!*

*¡No demoréis vuestros pasos,*

*aquí os estaré esperando!*

Y mientras tanto, habían sacado de sus bolsillos docenas de papeles enrollados

que arrojaban sobre las mesas sin miramiento alguno.

*¡Id corriendo, id volando*

*donde el viento os lleve raudos!*

*¡Haced saber a mi gente*

*que el rey los invoca urgente!*

*¡No demoréis vuestros pasos,*

*aquí os estaré esperando!*

La mesa de los padres de los Sustain Souls recibió con grandes sonrisas uno de aquellos papeles y sus cabezas se inclinaron sobre el mismo.

—A ver qué es esto. —Doña Elisa lo desenrolló divertida.

Los muchachos habían logrado amarillear folios en blanco, poniéndolos

varios días al sol. Habían quemado sus bordes y ahora estaban desiguales y ennegrecidos, y sobre el papel habían escrito, con pluma y en una caligrafía barroca, un comunicado especial. Además llevaba un sello granate similar a los utilizados en las cartas de la Edad Media.

—Léelo, Elisa.

La anciana lo leyó a media voz. Era difícil poder escucharse a sí misma con aquella cantinela infantil repitiéndose por toda la plaza.

—Dice... «Por orden del rey, se hace un llamamiento especial a todos los

habitantes del reino. Se requiere músico que pueda hacer recordar a Su Majestad la

melodía de su sueño, acaecido hace ya cinco meses, y que ha tratado de recordar sin

ningún éxito. Aquel que lo consiga recibirá grandes tierras, el título de conde y oro

en abundancia. Aquellos que le hagan perder el tiempo sin saber de música morirán

decapitados por orden del rey.

Firmado:

Su Majestad El Rey Lagarto».

El grupo entero se miró con asombro y rompió a reír.

La pandilla de Edu continuaba alborotando la plaza y repartiendo los

comunicados mientras cantaba aquella canción. Santiago rasgó los últimos acordes,

lanzó varios pergaminos sobre el escenario entre los globos de colores y luego unió su voz al canto de los arlequines hasta hacer mutis por la izquierda.

Antes de que hubiera desaparecido, ya se oía el sonido del violín, claro y agudo desde bastidores. Ahora que la guitarra se había silenciado, Leo acompañaba

la canción de los arlequines. Y a continuación, la chica emergió por la derecha del

escenario, luciendo un vestido negro de estilo romántico y haciendo sonar las cuerdas de su violín.

María aferró nerviosa el brazo de Isidro. No podía dejar de sonreír.

—¡Mírala! ¡Mírala!

—Ya la veo, María.

—¡Qué guapa está!

—Sí lo está, sí. —Isidro era el vivo reflejo del orgullo paternal.

—¿Lo ves? Te dije que no había perdido su violín.

—Es que no lo veía nunca en su cuarto y...

Callaron de tácito acuerdo. La simpática melodía fue muriendo lentamente hasta convertirse en una lenta transición hacia un estilo más suave y calmado, casi

trágico. Los arlequines subieron de nuevo al escenario y comenzaron una perezosa

danza a su alrededor mientras lanzaban al aire los últimos papeles. Luego desaparecieron por la izquierda del escenario.

Entonces Leo habló con voz clara, en un estilo tan melódico como el que Santiago había utilizado en su escena.

*¿Qué es, qué dicen, qué oigo?*

*Aquí van los mensajeros*

*del rey nuestro soberano,*

*¡prometiéndole la riqueza*

*a todos sus ciudadanos*

*si consiguen la proeza*

*de calmarle con un canto!*

*¡Qué a propósito me viene*

*tras la muerte de mi esposo!*

*Un título me conviene*

*que me resulte glorioso*

*lejos de la pobreza,*

*de las calles y miseria.*

*¡Yo encontraré ese ritmo*

*yo encontraré ese tono!*

*Y si para ello debo*

*invocar ante una hoguera,*

*eso haré, doy fe de ello,*

*lo haré con la luna llena.*

A continuación, la música de su violín emprendió un entusiasta ascenso de

ritmo y velocidad, ganando una simpática alegría similar a la que ya había utilizado

Santiago con los arlequines. Fue entonces cuando los pequeños de la pandilla de Edu emergieron de nuevo, esta vez por el flanco izquierdo y disfrazados de pequeños demonios. Cada uno cargaba varios leños y mientras trotaban hacia Leo,

cantaban al unísono:

*¡Yo encontraré ese ritmo*

*yo encontraré ese tono!*

*Y si para ello debo*

*invocar ante una hoguera,*

*eso haré, doy fe de ello,*

*lo haré con la luna llena.*

Al llegar ante Leo, colocaban los leños a sus pies formando una pira, salían del escenario por la izquierda y reaparecían por su derecha cargando nuevos troncos. Finalmente, tras el último de ellos, Cristina salió a escena por la derecha.

Doña Elisa se irguió en su silla, sin poder dejar de sonreír. Su nieta vestía un gran sombrero picudo y negro propio de una bruja, llevaba una peluca de cabello

color púrpura y largo hasta su cintura, y un vestido renacentista del mismo color,

acompañado por una capa negra. Sostenía entre sus manos un decorado en cartón piedra que representaba las llamas de una hoguera. El color rojo del fuego resaltaba

a la luz de los focos mientras ella caminaba erguida, casi pretenciosa y solemne.

Resultaba tan siniestra como hermosa.

Mientras se acercaba a Leo, Cristina alzó la voz:

*¡Yo encontraré ese ritmo,*

*yo encontraré ese tono!*

*Y si para ello debo*

*invocar ante una hoguera,*

*eso haré, doy fe de ello,*

*lo haré con la luna llena.*

Luego depositó la hoguera de cartón sobre los troncos. Leo lo observaba

fingiendo sorpresa y los pequeños demonios dejaron escapar siniestras  
carcajadas

de diversión. Cristina alzó la mano y los hizo callar. Ellos hicieron mutis y la  
hechicera tomó la palabra:

*A juzgar por tu semblante*

*no esperabas mi atención.*

*¿Qué esperabas recibir*

*al hacer la invocación?*

*Aquí estoy, tú me has llamado*

*porque algo quieres tener.*

*Pues muy bien, yo te aseguro*

*que es fácil de resolver.*

*Pero a cambio de mi ayuda*

*algo yo te pediré.*

*La mitad de tus cercados*

*y el castillo que te dé*

*el rey cuando te compense,*



*¿o crees que las brujas ríen  
malviviendo entre los charcos,  
como si fueran cerdos  
revolcándose en el barro?  
Oro, poder, propiedades,  
un lugar donde vivir,  
eso es lo que quieres tú,  
yo un sitio donde dormir.  
¿Aceptas este mi trato  
o vas a seguir callando?*

Leo alzó la cabeza, entre ofendida y dispuesta, y habló de modo contundente:

*Si acepto tu trato entonces  
tendré que darte gran parte  
de aquello que yo ya tenga.  
Es por eso que decido  
añadir al compromiso  
un conjuro que enamore  
perdidamente a algún noble.  
De este modo tendré siempre  
algo que tú no quieres,*

*el amor de un caballero*

*y su dulce juramento.*

Cristina subió entonces sobre los troncos de la pira y extendió los brazos:

*¡Yo acepto,*

*así es suficiente!*

*Encontraremos entonces*

*el conjuro que enamore*

*a un apuesto caballero!*

Leo retomó el violín, transmitiendo una melodía rápida y emocionante,

mientras los antiguos demonios salían de nuevo a escena disfrazados de pequeños cupidos. Vestían túnicas blancas y portaban alas a sus espaldas. En sus manos llevaban arcos y flechas.

Al invadir el escenario, repitieron al unísono las últimas palabras de Cristina.

Fue entonces cuando don Fortunato comenzó a preguntarse de dónde habría

salido el dinero para comprar tantísimo atrezo. Torció el gesto y tamborileó los dedos sobre la mesa.

«En cuanto llegue a casa, le quito la tarjeta de crédito».

Antes de que hubiera terminado de pensarlo, oyó el resonar de unos cascos de caballo a su espalda.

Se oyó una ovación entre el público y los comensales volvieron la vista hacia atrás.

Allí estaba Alexander. Subido a Cibeles y vestido de caballero medieval.  
Hacía

trotar la yegua mientras atravesaba la plaza con porte erguido y la mirada fija  
en el

escenario. Sus pantalones eran azules oscuros y el blusón de manga larga eran  
de lino blanco; sobre el blusón lucía un veste de color azul marino y calzaba  
botas marrones de cuero. No había espada colgando de su cincho, sino una  
bandolera atravesando su espalda y haciendo descansar el bajo a uno de sus  
costados. La capa

azul oscura caía a lomos del caballo.

Las Diosas del Alba silbaron y vitorearon al muchacho.

Don Fortunato lo contempló asombrado. Era la segunda vez que Alexander

llevaba la yegua a la plaza. Gracias a Dios lo estaba haciendo con más estilo  
que la

primera vez. Esperaba al menos que el animal no se asustara con la presencia  
del público.

Su esposa interrumpió sus pensamientos.

—Mira cómo le gritan las chicas. Parece un príncipe de cuento.

Don Fortunato puso los ojos en blanco.

—Pero mujer, ¡ha traído a la yegua! ¿Cómo se atreve?

—Calla, Fortu. ¡Está quedando precioso!

Alexander desmontó y dejó a Cibeles en un lateral del escenario. Luego subió

al mismo y Dulce se encargó de llevarse al animal. Leo, Cristina y los  
pequeños cupidos hicieron creer que descubrían a Alexander y se apresuraron  
a hacer mutis

por el extremo opuesto del escenario.

Alexander caminó hasta el centro del mismo, fingiendo contemplarlo por primera vez, y luego dirigió su voz hacia el público:

*Treinta días he viajado*

*a lomos de mi caballo,*

*y he me aquí,*

*en el palacio de*

*Su Majestad el rey Lagarto.*

*Con cuánto fervor espero,*

*con qué ansia, con qué esmero*

*que llegue por fin el día,*

*el deseado momento*

*en que el rey escuche atento*

*lo que a tocar aquí vengo.*

*¿Aceptará mi canción*

*y lo agradecerá en verso?*

*¿O seré, por el contrario,*

*tan solo un pequeño intento?*

*¿Me nombrará caballero*

*conde, duque o consejero?*

*¿O dirá, por el contrario,  
que he de ser decapitado?*

*No me importa, soy valiente,  
no me da miedo la muerte.*

*Lograré con mi destreza  
asombrarle y conmoverle.*

*Yo triunfaré, ¡lo aseguro!*

*¡Lo llevo escrito en la frente!*

La pandilla de Edu emergió en tropel. Ahora vestían de sirvientes y empujaban grandes plataformas con ruedas. Sobre dos de ellas descansaban varios

amplificadores y micrófonos conectados a una marejada de cables a su alrededor,

los cuales se perdían tras el telón de fondo del escenario, lo que indicaba que ya estaban conectados y listos para ser utilizados. Sobre la última plataforma se exhibía la batería ya montada. Aquello logró asombrar al público, se oyeron numerosas exclamaciones de asombro, incluso algún que otro vítor, pero los niños

no perdieron la concentración. Colocaron una de las plataformas en el extremo derecho del escenario y conectaron el bajo de Alexander al amplificador, mientras

repetían cantarines:

*¿Le nombrará caballero,  
conde, duque o consejero?*

*¿O dirá por el contrario  
que ha de ser decapitado?  
No le importa, él es valiente,  
no le da miedo la muerte.  
Logrará con su destreza,  
asombrarle y conmoverle.  
Él triunfará, ¡él lo asegura!  
¡Lo lleva escrito en la frente!*

Alexander rasgó entonces las cuerdas del bajo, logrando un sonido grave que fue creciendo hasta convertirse en un solo lleno de osadía y confianza.

Por primera vez en su vida, don Fortunato enmudeció asombrado. Aquella forma de tocar no tenía nada que ver con los molestos intentos que llegaban a sus

oídos cuando su hijo mayor ensayaba en el garaje con sus amigos. Por el contrario,

Alexander sabía lo que hacía. Y parecía haberlo aprendido hacía ya mucho tiempo,

pues demostraba una soltura y una agilidad que le resultaban admirables. Si bien era

cierto que el alcalde pagaba profesores particulares de música para su hijo, jamás

había tomado realmente en serio la idea de que el chico pudiera esconder un talento

innato ni tener una vocación profunda y real por la música *rock*.

Pero en aquel momento no tuvo otro remedio que rendirse ante la evidencia de aquello contra lo que se oponía tajantemente. Su hijo era músico, lo era de la cabeza

a los pies. Y no un músico cultivado e intelectual; su hijo era un *rockero*, con su cabello castaño cayendo sobre aquel rostro juvenil que levantaba pasiones entre las

chicas de su edad, y aquella pose confiada, casi insolente de su cuerpo, mientras marcaba el ritmo que brotaba del bajo. Ya no podía seguir diciéndose a sí mismo que todo aquello era un capricho de la edad. De pronto comprendía que Alexander

seguiría vistiendo y sintiendo igual hasta el último día de su vida. Y sin embargo,

¡Dios santo! Don Fortunato se sintió frustrado, él tenía otros planes para el muchacho. Su hijo menor era brillante, podía ser cualquier cosa en la vida: ingeniero, arquitecto, científico, médico... Aquella mente extraordinaria merecía ser

aprovechada de mejores maneras. ¿Por qué había nacido con aquella vocación propia de drogadictos y promiscuos? Don Fortunato ignoraba de quién podía haber

heredado Alexander aquel espíritu transgresor, lo que por fin comprendía, con gran

pesar por su parte, es que no parecía tener remedio.

—Fortu... —Su mujer contemplaba asombrada a su hijo—. Fortu, yo no entiendo de música, pero...

Don Fortunato no replicó. No sabía qué decir.

La plaza entera se sintió contagiada por el ritmo de la melodía y muchos de los espectadores comenzaron entonces un acompañamiento a base de palmadas.

Pero aquello no duró mucho tiempo porque por el extremo derecho del

escenario emergió Saúl. Vestía como un pirata medieval, con anchos pantalones a rayas, botas altas y un blusón blanco ceñido a la cintura con un viejo cinturón de

cuero. Llevaba un chaleco oscuro y grandes colgantes al cuello. A uno de sus costados pendía un alfanje cuyo brillo hizo palidecer a don Fortunato. Aquella espada de bucanero lucía tan real que de nuevo se sintió preocupado por la próxima factura de la tarjeta de crédito de Alexander. En el costado opuesto, Saúl portaba sus baquetas.

Su entrada levantó suspiros y silbidos entre las espectadoras más jóvenes.

Caminó presuntuoso hasta detenerse a pocos metros de Alexander y alzó las manos

pidiendo silencio.

*¡Hey, hey, hey!*

*¿Qué diablos?*

*¿A mí se me escapa algo*

*o estoy oyendo ahora mismo*

*cierto sonido, un buen ritmo,*

*que amenaza con hacerme*

*salir por donde he venido?*

*Que me cuelguen*

*si consiento*



*que me suceda en directo.*

*Mil leguas he navegado*

*para llegar a este reino*

*y tocar ante su rey*

*una melodía al viento.*

*Silencio, detente, necio,*

*no hay nada que hacer tú puedas,*

*he aquí un filibustero*

*que del sonido es experto.*

*Atiende, pues, caballero*

*y aprende lo que es el arte.*

Para entonces, los pequeños sirvientes ya habían colocado los micrófonos

frente a la batería y esta descansaba en el extremo derecho del escenario.

Luego ellos habían hecho mutis con la mayor discreción y velocidad posible.

Saúl desenfundó sus baquetas y se dirigió a la batería, tras la cual tomó asiento. Alexander se detuvo entonces y lo miró con expresión de sorpresa.

*¿Me hablas a mí, bucanero?*

*He oído algo así como un ruido,*

*un extraño ronroneo,*

*un intento pretencioso,*

*de despreciar mi talento.*

Saúl se llevó las manos a la cabeza.

*¡Oh, su talento, dice*

*el valiente caballero!*

*Sin saber que de eso mismo*

*él carece por completo!*

Alexander lo miró iracundo:

*Cuidado, filibustero,*

*si doblégame pretendes*

*con tus artes de granjero.*

Saúl comenzó a reír:

*¿Artes de qué, según dices?*

*Calla, repito, necio.*

*He venido a demostrarte*

*cómo ganarme el reino.*

Y a continuación Saúl comenzó a tocar. Y empezó a un ritmo lento, fácil de escuchar, lo cual no restó asombro y sorpresa al público. Blanca lo miraba perpleja. Tras quince segundos de sencilla demostración, hizo un redoble y alzó la

mirada hacia Alexander.

Los Silver Road se miraban atónitos.

—¿Desde cuándo sabe Saúl tocar la batería?

Los Metal Riff y Las Diosas del Alba le vitoreaban asombrados.

Pero Alexander ni siquiera se despeinó ante la ovación. Con una calma

envidiable, inclinó la cabeza hacia su bajo y rasgó las cuerdas, transmitiendo un ritmo también sencillo y fácil de seguir. De nuevo el público le animó con palmadas, pero tuvo que contenerse cuando el chico se detuvo bruscamente y

dirigió una sonrisa de autosuficiencia al joven pirata.

Saúl se encogió de hombros, como si no hubiera oído nada digno de interés, y

volvió a golpear la batería creando un ritmo más rápido y complejo que el anterior.

De nuevo culminó con un sencillo redoble.

Se oyeron silbidos y vítores. Ahora que el público por fin había comprendido el funcionamiento del duelo, aguardaban expectantes la reacción de Alexander.

El caballero retomó el bajo, transmitiendo una melodía lo suficientemente

compleja como para hacer enmudecer al divertido auditorio. Entonces Saúl

respondió con un solo rebotante de fuerza y velocidad y culminó con un complejo

redoble que cautivó a los testigos.

Alexander respondió. Y Saúl volvió a responder a Alexander. Para entonces

ambos habían roto a sudar, tocaban y escuchaban y volvían a tocar, y se mostraban

tan concentrados como si la plaza se hallara desierta. De todas formas, hacía ya tiempo que el público había dejado de aplaudir y vitorear, no se oía ni un murmullo

en toda la plaza. Aquello ya no era divertido, era sencillamente asombroso.

Pero los chicos aún no lo habían dicho todo. Todavía tocaron durante varios

turnos antes de llegar a la traca final, en la cual entrelazaron sus respectivos solos, ahora frenéticos, salvajes, tan agudos y desafiantes que apenas les permitían respirar. Y cuando parecía que aquello iba a estallar como una bomba explosiva, Claudia emergió por la parte central de bastidores con la armónica en sus labios, regalando al cautivado auditorio una melodía fresca, veloz, entusiasta,

demoledoramente vitalista y enérgica. Rebosaba trémolos y vibratos, tal y como su

abuelo le había enseñado.

Y entre tanto, su abuelo la contemplaba paralizado, con la presión de la

emoción en el pecho y la respiración entrecortada, confiando en que la chica no se

equivocara, adelantándose mentalmente al sonido de la armónica, pues era él quien

había enseñado a Claudia aquella canción. Su hija y su yerno escuchaban a su lado,

tan emocionados y orgullosos como él. Su nieta mayor se volvió hacia él y le dedicó una luminosa sonrisa.

—¡Lo está haciendo genial, abuelo!

En efecto, Claudia había empezado a lo grande y así continuó, caminando

entre los dos muchachos y rodeando después el escenario. La seguían cinco de los

doce niños que formaban la pandilla de Edu, vestidos de *cowboys*, con sus grandes sombreros, pañuelos rojos al cuello y pistolas enfundadas en sus

cartucheras. Los niños caminaban en fila india y a paso ligero, y entre tanto cantaban a dos voces:

*Buscamos el oro,*

*el oro, el oro,*

*a contracorriente,*

*donde nadie lo intente,*

*a espaldas de la gente,*

*¡buscamos el oro,*

*el oro, el oro!*

*Queremos el oro,*

*el oro, el oro,*

*cantando muy alto,*

*montando a caballo,*

*cruzando los llanos,*

*¡queremos el oro,*

*el oro, el oro!*

*Amamos el oro,*

*el oro, el oro*

*cavando en montañas,*

*comiendo en fogatas,*

*durmiendo en cabañas,*

*¡amamos el oro,*

*el oro, el oro!*

Durante el resto del recorrido silbaron y dieron palmadas al ritmo de la armónica. Luego Claudia detuvo su armónica y todos frenaron su andadura. Ahora

estaban entre Saúl y Alexander, mirando hacia el público.

El pequeño Edu alzó la mano:

*¡Aaaalto! ¿Dónde estamos?*

Los niños respondieron al unísono:

*¡Hemos llegado al palacio del rey!*

*¡Los buscadores de oro en el palacio del rey!*

*¡La melodía esperando en el palacio del rey!*

Claudia tomó por fin la palabra:

*¡Silencio, amigos míos,*

*pues tenemos compañía!*

*He aquí un bravo pirata*

*sentado a su batería.*

*Y, ¿qué es esto, compañeros?*

*Un valiente caballero*

*con un arma de madera*

*sujetada en bandolera.*

*¿Llegamos tarde, amigos míos?*

*¡Cuánto nos hemos perdido!*

*Pero no nos preocupemos.*

*El rey aguarda en su trono*

*impaciente y quejumbroso,*

*intentando recordar*

*la canción de nuestro oro.*

Los niños gritaron exultantes:

*¡Buscamos el oro,*

*el oro, el oro!*

*¡Queremos el oro,*

*el oro, el oro!*

*¡Amamos el...!*

Pero no tuvieron ocasión de terminar porque desde el lateral izquierdo del escenario, Leo y Cristina hicieron acto de presencia. Se mostraban agitadas e impacientes, y Leo trataba de retener a Cristina.

*Te repito, no te apremies,*

*mira bien antes de hacerlo,*

*quisiera saber primero*

*cuál de ellos es más bello.*

*¡Oh, pero ahí están,*

*calla ahora!*

*Veo firmes candidatos  
que podrían, cortejando,  
conquistar mi corazón.*

*Mira ese sucio pirata,  
tan guapo, tan rubio y alto.*

*Aunque si no me confundo  
bizquea como un lagarto...*

Llegados a este punto, el público rompió a reír a carcajadas.

*Y si su esposa yo fuera  
¿qué vida me devendría?*

*Asaltos, robos, naufragios  
y litros de agua salada.*

*Demasiados, yo sospecho  
para una tranquila dama.*

*¡Tente pues,*

*y no le hechices!*

*Será mejor comparar  
con ese apuesto muchacho  
erguido como un soldado.*



*Pero cualquiera diría...*

*¿Me confundo o huele raro?*

*¿Será que al tocar el bajo*

*le huelen mal los sobacos?*

Más risas entre el público.

Pero Alexander pareció reaccionar al fin.

*¿Ando muy desacertado*

*o esa extraña pelirroja*

*acaba de llamarme guarro?*

*¿Cómo se atreve la dama*

*a ofender mi noble encanto,*

*¿Qué pretende?*

*¿Qué motivos*

*esconde para mirarme*

*como si fuera un piojo*

*en lugar de un dulce antojo?*

Saúl replicó enseguida:

*¡No eres el único aquí*

*que ha salido malparado!*

*A mí me ha llamado bizco,*

*sucio, bribón y lagarto.*

Leo se aferró a los brazos de Cristina.

*¡Haz algo,*

*lanza el hechizo*

*antes de que poco falte*

*para que, por no gustarme,*

*decidan decapitarme!*

Y Cristina, sonriendo, tomó la palabra y alzó los brazos:

*¡Hechizo del duro invierno*

*convierte a estos dos presentes*

*en piedra, en estatua, en hielo!*

Los muchachos se quedaron paralizados y la plaza volvió a reír divertida. La

pandilla de Edu tomó la iniciativa:

*Cuidado,*

*es una bruja*

*poderosa y sin temor.*

*Intentemos apresarla,*

*¡merece ser condenada!*

Pero Cristina se zafó de varios de ellos y se detuvo al borde del escenario.

Desde allí miró al público y con expresión malhumorada, añadió:

*Nunca me han gustado los niños...*

Extendió los brazos hacia ellos y tanto Claudia como los pequeños se

detuvieron bruscamente, fingiendo ser víctimas del hechizo. Seguidamente, sonó por los altavoces el comienzo de una melodía de John Paul Young, de sobra conocida por todos los presentes. Se trataba de «Love is in the air». Los chicos la

habían conseguido en versión karaoke. Había llegado el momento de Cristina.

Ella levantó los brazos sobre su cabeza y comenzó a dar palmadas, animando al público a hacer lo mismo. Al instante aparecieron en el escenario tres pequeños

cupidos, cargados con arcos, flechas y corazones de cartón pintados en color rojo.

En cuanto la oyó cantar, el público comenzó a seguir el ritmo con palmadas.

Cristina sonreía radiante, se movía por el escenario con la simpatía propia de los niños, sin desprender ni por asomo un solo atisbo de arrogancia o nerviosismo. Su

mirada brillaba entusiasmada mientras cantaba una estrofa tras otra en un inglés que

logró impresionar a su profesora.

En efecto, Matilde seguía atentamente su pronunciación, orgullosa y

asombrada a partes iguales. «¡Si la gramática se le diera tan estupendamente como

la pronunciación...!».

Doña Elisa la contemplaba radiante, tan embelesada y orgullosa como solo una abuela podría estarlo ante su nieta. Cristina le parecía, en aquel momento,

la chica más preciosa y virtuosa del mundo.

Al mismo tiempo, sucedía algo realmente divertido en el escenario. Ante una indicación de Cristina, los pequeños cupidos se encargaban de colgar los corazones

al cuello de todos aquellos pobres congelados. Luego clavaban las flechas en ellos

—los Sustain Souls habían pegado ventosas en las puntas de las flechas, facilitando

su sujeción en el cartón— y, una vez realizada esta operación, los hechizados parecían despertar por fin y caían rendidos ante la presencia de Leo.

La pelirroja corría tras Cristina y los cupidos, intentando por todos los medios frenar aquel desbarajuste, pero sus cada vez más numerosos pretendientes se lo impedían, tratando de tocarla y de interponerse en su camino. Incluso Claudia y los

buscadores de oro la perseguían enamorados. Mientras tanto, Cristina bailaba con los enamorados y besaba las mejillas de los que todavía estaban paralizados.

La canción continuó durante dos minutos más en los que Cristina alcanzó los agudos más altos con absoluta facilidad, haciendo las delicias de un público que parecía haber reaccionado tras la conmoción producida por tanto talento musical.

Finalmente, todos los actores sumaron sus voces para cantar al unísono el estribillo

de la canción.

—¡Basta!

La música se detuvo, el escenario se oscureció y los chicos enmudecieron bruscamente. El rey había vuelto. Estaba de pie en el pasillo central del escenario y

contemplaba a sus súbditos con expresión enfurecida. Al instante, todos se arrodillaron ante él, inclinando sus cabezas hacia el suelo.

*¿Se habrá visto alguna vez*

*tanto enamorado suelto,*

*tanto idiota redomado*

*invadiendo mi palacio?*

*Avariciosos del oro*

*que sin poderme ayudar*

*y sin nada que aportar*

*me venís a importunar.*

*Sois molestia innecesaria,*

*sois patanes y rufianes*

*más ansiosos y sangrantes*

*que una panda de truhanes.*

*¡A la guillotina, digo!*

*¡Fuera todos de mi vista!*

*No por mucho: Oh, Majestad,*

*os voy a tener piedad.*

Los cuatro niños que todavía aguardaban entre bastidores aparecieron por el lateral izquierdo del escenario vestidos de sirvientes del rey. Cada uno arrastraba una guillotina pintada en cartón y, mientras las colocaban en fila a lo largo del escenario, cantaban risueños:

*Son molestia innecesaria,  
son patanes y rufianes,  
más ansiosos y sangrantes  
que una panda de truhanes.*

*¡A la guillotina, dice!*

*¡Fuera todos de su vista!*

*No por mucho: Oh, Majestad,  
les quiere tener piedad.*

Los pequeños tomaron a Alexander, Saúl, Claudia, Leo y Cristina y los colocaron arrodillados tras las guillotinas mientras estos se resistían y suplicaban piedad. El público aguardaba sonriente.

El rey los miraba frustrado. Luego habló en un furioso lamento.

*Y sin embargo, yo maldigo,  
juraría haber oído  
entre tanta necesidad,  
una extraña melodía  
un instrumento, un atisbo*

*de aquello que yo soñé.  
Pero no es nada de esto,  
no es el bajo, ni el violín,  
ni ese canto tan extraño,  
ni la batería o la armónica,  
sino algo más que no alcanzo  
a comprender ni escuchar,  
algo que escapa en mis manos  
por la frontera del sueño,  
lejos de la realidad,  
algo que cruza una puerta  
que no se puede encontrar,  
algo como en otro lado  
donde no hay límite del bien  
donde no hay límite del mal,  
donde todo fluye fácil  
luminoso, en libertad,  
donde la visión es clara,  
donde no hay dificultad.  
¿Cómo podría encontrarlo?*

*¿Cómo podría llegar  
a ese mundo que sospecho  
más allá de lo que veo?*

*¡Antes de morir, decidme!*

*¿Puede alguien indicarme  
un camino establecido  
que me permita orientarme  
que me guíe a mi destino?*

Cristina tomó entonces la palabra:

*Permite que desde mi magia  
hable con sinceridad.*

*No hay camino establecido  
a donde quieras llegar.*

*Pero dices que has oído  
entre nosotros atisbos  
de esa extraña melodía  
que te ha robado el sentido.*

*Mira pues, propongo algo  
que puede dar resultado.*

*En la unión de nuestros actos*



*podría esconderse el canto  
pues si aunamos nuestras fuerzas  
lograremos un sonido,  
una fuerza, una energía  
diferente a lo vivido.*

*Quizá aquello que tú buscas,  
mucho más que un parecido.*

*¿Qué me dice, Majestad?  
¿Quiere prestar sus oídos?*

Santiago se mesó la barbilla y afirmó con la cabeza.

*Está bien, acepto el trato,  
tiempo habrá posteriormente  
si me haces perder el tiempo,  
de condenar a esta gente.*

De modo que los sirvientes retiraron las guillotinas y dejaron a la vista solo los instrumentos, los amplificadores y los micrófonos. Santiago se dirigió a un extremo del escenario.

Hubo un larguísimo instante de silencio. Después, Leo apoyó el violín sobre su hombro y comenzó a tocar. Lo hizo despacio, para que la melodía brotase lenta de las cuerdas. Centenares de jóvenes reconocieron en ese instante la introducción

de «Break on through». Poco a poco, la canción fue cobrando velocidad.  
Entonces

Saúl incorporó la batería. Después llegó el turno de Alexander y el bajo se oyó grave y ágil. Cristina comenzó a cantar.

*You know the day destroys the night*

*Night divides the day*

*Tried to run*

*Tried to hide*

*Break on through to the other side*

*Break on through to the other side*

*Break on through to the other side, yeah*[\[42\]](#).

Santiago escuchaba abrumado:

*¿Qué es esto?*

*¡Lo he encontrado!*

*¡El camino al otro lado!*

*Donde el alma se libera,*

*todo fluye por mis venas,*

*¡venga a mí la inspiración!*

*¡sin duda esta es mi canción,*

*aquella que yo soñaba,*

*aquella que yo admiraba!*

*¿Y el secreto, dónde estaba?*

*En la unión de todos ellos,*

*en hacer fuerza en equipo,*

*el pirata, el buscador,*

*el príncipe y el mendigo,*

*pues en el mundo del rock*

*todos son uno y lo mismo.*

*¿Podré yo participar,*

*tendré algo que aportar?*

Cristina lo miró radiante:

*Venga aquí Su Majestad,*

*y tome esta nueva guitarra,*

*con sus cuerdas de metal.*

Fran, el dueño de la ferretería, a punto estuvo de caerse de su silla.

Contemplaba a los muchachos como si fueran fantasmas y ahora, al ver a los sirvientes sacando de bastidores la Stratocaster japonesa, apenas podía ya contener

su emoción. Vio a Santiago colgársela en bandolera. Ya estaba conectada a un amplificador que fue sacado a escena sobre otra plataforma con ruedas.

Ni Alexander ni Leo ni Saúl habían dejado de tocar, de modo que resultó fácil

incorporar la guitarra. Santiago rasgó las cuerdas con la púa y la melodía resonó por toda la plaza. Cristina cantó la segunda estrofa.

Después Claudia hizo sonar su armónica durante un largo minuto. Luego unió su voz a la de Cristina y esta vez todos los instrumentos sonaron entrelazados en armonía. Y cuando finalmente los Sustain Souls dieron por concluida la canción, hubo un instante de silencio en la plaza, tal como si el público no pudiera creer que

la obra hubiera terminado. Pero inmediatamente después, tras aquel estupor inicial,

los presentes estallaron en una espléndida ovación.

Los chicos aguardaban paralizados en el escenario, contemplando abrumados

aquel despliegue de aplausos y vítores. Luego por fin sucedió: los Silver Road se pusieron en pie. Les siguieron Las Diosas del Alba, los padres y abuelos de los Sustain Souls, los monitores de otros equipos, don Ignacio, doña Gregoria y doña

Justa, Fran, Matilde, don Sebastián, los padres de Edu y sus amigos, centenares de

jóvenes asombrados y sonrientes, sus propios competidores en la *gymkhana*, incluso los concejales, don Fortunato y su esposa.

Entre tanto, los Sustain Souls y la pandilla de Edu se habían alineado en el borde del escenario y con las manos entrelazadas inclinaban sus cabezas hacia el público. Pero los aplausos eran tan atronadores y prometían prolongarse durante tanto tiempo que finalmente los jóvenes actores se limitaron a contemplar a su

público con los rostros erguidos y miradas brillantes.

Blanca lloraba. Y doña Elisa lloraba. Y el abuelo de Claudia trataba de no llorar. Y los padres de Leo y de Claudia aplaudían radiantes, perplejos, asombrados,

sin poder dejar de sonreír. Marta, la hermana de Claudia, silbaba y vitoreaba con tanto entusiasmo que incluso su padre tuvo que pedirle que dejara de hacer

tanto ruido.

Claudia los miraba exultante desde el escenario, todavía con la armónica en la mano. Su sonrisa se dirigió entonces a su abuelo. Sus ojos azules desprendían todo

el agradecimiento que, por el momento, no podía decirle con palabras.

Leo sonreía feliz. Sus padres la miraban tan entusiasmados y felices, tan sorprendidos ante su inesperado progreso con el violín, que no dejaban de aplaudir

y vitorearla.

Confuso, Santiago contemplaba a su madre, quien trataba malamente de frenar aquel torrente de lágrimas, hasta que, incapaz de contenerse por más tiempo, se desembarazó de la guitarra, bajó de un salto del escenario y corrió a sus brazos.

Blanca lo abrazó fuertemente y cubrió su rostro de besos mientras repetía una y otra vez que era la madre más feliz y afortunada del mundo. Saúl los miraba sonriente desde el escenario. Por primera vez en muchos años se sintió esperanzado.

Cristina estaba pletórica. Los aplausos no parecían terminar nunca y su abuela sonreía dichosa, secándose los ojos de vez en cuando con un pañuelo de papel. Y la

chica sabía de sobra que aquellas lágrimas tenían mucho que ver con su madre.

En efecto, doña Elisa lloraba porque lamentaba con dolor que su hija no pudiera estar aquella noche junto a ella, presenciando el talento de Cristina.

Otra parte de sí misma lloraba por algo mucho menos importante pero más inquietante.

Ya no sabía qué hacer con Cristina. Después de ver lo que había visto, comprendía

que la chica pensara más en ser cantante que en estudiar en la universidad. Quizá pudiera ayudarla a lograr las dos cosas. Podría apuntarla a clases de canto. También

necesitaría conocimientos de solfeo, sería bueno que aprendiese a tocar algún instrumento. ¿Cuál le gustaría tocar? Nunca se lo había preguntado. Aquello le provocó un amargo sentimiento de culpa y las lágrimas arribaron de nuevo. Pero enseguida se recordó a sí misma que Cristina no había estudiado nada en todo el santo verano. «Más le vale que apruebe ese dichoso examen de inglés».

Alexander contemplaba a sus padres, quienes permanecían de pie, aplaudiendo

con aquellas expresiones de asombro y orgullo, y la alegría que experimentó en aquel momento le hizo comprender entonces que gran parte de su esfuerzo por sacar el grupo de música adelante había estado enfocado a conseguir sorprenderlos.

Por primera vez en mucho tiempo dirigió una sincera sonrisa a sus padres, al tiempo que sentía un nudo en la garganta. Lo había logrado. Por fin había logrado

su aprobación.

Por su parte, Jaime y los restantes miembros del jurado aguardaban sentados, con expresiones de póquer y miradas transparentes. No podían manifestarse todavía, pero se miraban entre ellos, rindiéndose ante lo inevitable.

Desde los soportales de La Posada del Pirata, el representante de la

discográfica Everly Music trataba de abrirse paso hacia el escenario, pero las mesas, las sillas y tanta gente en pie dificultaban su avance.

—Por favor..., dejen paso... Por favor..., ¿me deja pasar, por favor? Muchas gracias.

Y mientras avanzaba lentamente, no dejaba de imaginar el futuro de aquellos

chicos. Eran como piedras preciosas todavía sin pulir. Necesitaban clases de música,

necesitaban educar sus voces y sus manos, conocimientos de arte dramático y de inglés. Luego ascenderían fulgurantes hacia el cielo estrellado como fuegos

artificiales en una gloriosa noche de verano. Él se encargaría de que así fuera.

Podía imaginar a miles de chicas decorando sus habitaciones y forrando sus

carpetas con fotos del grupo, veía con claridad las acampadas de centenares de adolescentes a la entrada de una sala para verlos tocar en directo, podía oír su música en los coches de veinteañeros, leer sus entrevistas en revistas juveniles y oír sus nombres en boca de todo el mundo. Pero, sobre todo, podía sentir ya en sus manos todo el dinero que aquellos chicos iban a ganar. Los Sustain Souls prometían

ser una mina de oro.

La plaza entera resonaba todavía en aplausos cuando finalmente los

muchachos desaparecieron por bastidores y Jaime subió al escenario. El

representante de la discográfica detuvo su andadura, en parte porque parecía casi imposible continuar avanzando, pero también porque sentía curiosidad por lo que pudiese suceder a continuación.

El coordinador habló desde el centro del escenario.

—Y hasta aquí la función de Sustain Souls. —Resultaba evidente en su tono de

voz que todavía se encontraba verdaderamente impresionado.

Los aplausos lo obligaron a guardar silencio de nuevo, al tiempo que los muchachos, todavía pletóricos por el éxito de su función, descendían por un lateral

del escenario y se dirigían a su mesa correspondiente.

Luego los diecisiete grupos concursantes contuvieron la respiración. Dos monitores habían subido al escenario, uno de ellos arrastraba desde bastidores una

mesa de plástico. El otro portaba la urna de cristal que Jaime había mostrado en la

noche de la inauguración de la *gymkhana*, dos meses atrás. En su interior se podían apreciar las seis entradas del concierto de U2.

—Ha llegado por fin la noche en la que volvemos a tener esta urna ante

nosotros. —Jaime hizo una pausa, esperando que aquellas palabras produjesen en el

público la tensión requerida, pero advirtió abrumado aquellos rostros desencantados y tristes en los grupos concursantes. La mayoría de los muchachos dirigía ahora disimuladas miradas al extremo derecho de la plaza, donde los Sustain

Souls aguardaban con expresiones de angustiosa impaciencia. Y en ese momento Jaime sintió tristeza y remordimiento. La idea de provocar aquella competencia exacerbada entre los jóvenes solo servía para dividirlos en perdedores y ganadores

y para crear falsas diferencias entre ellos.

Miró aquellos rostros todavía aniñados, víctimas del sentimiento de derrota, y



no supo qué añadir. Comenzaron a oírse murmullos entre los comensales, los adultos se removían incómodos en sus asientos, el alcalde lo miraba impaciente, quería ver ganar a su hijo. El resto de los padres de los Sustain Souls aguardaba en

evidente estado de confusión. A los padres del resto de concursantes no fue capaz de

mirarlos.

—Quiero decir, ante todo... —Buscó las palabras que le ayudasen a dirigir una

disculpa a todos aquellos jóvenes, una disculpa que también sirviera para los rostros amoratados de los Sustain Souls, que pudiera contrarrestar la espiral de violencia y rivalidad producida por la presión de aquella estúpida *gymkhana*. Pero antes de que pudiera reponerse de aquella esclarecedora visión de los

acontecimientos y encontrar las palabras adecuadas, una voz grave y cortante resonó desde el fondo de la plaza.

—Yo también quiero decir algo.

Un centenar de cabezas se volvió bruscamente hacia los soportales. Por el pasillo central avanzaba, a paso firme y con un brazo en cabestrillo, Roque Mariposas. Le seguían los Cadillac Rojo y Los Legionarios del Sur.

Una exclamación general sacudió la plaza entera. Para los Sustain Souls fue como si el cielo se tiñera de negras nubes de tormenta. Tan conmocionados estaban

ante aquella intervención que ni siquiera Alexander y Saúl se sentían capaces de reaccionar.

Los recién llegados alcanzaron el escenario y se detuvieron al pie del mismo.

—Quiero decir algo importante. —Roque extendió la mano hacia Jaime,

solicitando de ese modo el uso del micrófono.

Casi por inercia, Jaime retrocedió levemente y alzó el micro, tratando de alejarlo de la mano del muchacho. Luego habló con severidad.

—Lo siento, pero no tienes el derecho a decir nada relacionado con la *gymkhana*. Los Legionarios y Cadillac Rojo han sido descalificados. Con respecto a ti, nunca has participado y lo que suceda aquí esta noche no es de tu incumbencia.

La mirada de Roque tembló de rabia, pero fue tan solo durante un segundo, pues al instante se repuso y habló en el mismo tono desafiante que ya había empleado antes.

—Lo que tú digas, Jaime, pero eso no nos impide señalar cuándo un grupo hace trampas. —Se volvió entonces hacia los restantes concursantes. Su mirada destilaba odio—. ¿O estáis dispuestos a perder sin querer saberlo?

Los adolescentes se miraron confusos. Una oleada de indignación sacudió a los testigos adultos.

—¡Aquí nadie ha hecho trampas! ¡Decid a esa escoria que se vaya de la plaza!

—Fue la voz de un anciano entre las mesas del fondo, y a su comentario le sucedieron numerosos gritos similares.

—¿Escoria? —bramó Roque subiendo de un salto al escenario. Entonces señaló directamente a la mesa de los Sustain Souls—. ¡Ellos son la escoria!

Aquello fue demasiado para el alcalde, quien se levantó furioso de su asiento y

se dirigió al borde del escenario.

—¡Jaime, más te vale que lo saques del escenario ahora mismo o lo haré yo!

—¡Un momento! —Roque caminó hacia el extremo derecho del tablado—.

¡Han hecho trampas y todos vosotros estáis haciendo la vista gorda!

Tanto los Sustain Souls como los niños de la pandilla de Edu escuchaban paralizados.

—¿¡Desde cuándo...!?! —gritó Roque por fin—. ¿¡...Desde cuándo se pueden utilizar actores ajenos al grupo para representar la función!? ¿¡En dónde figura esa

posibilidad!? ¡En ningún sitio!

Tras un instante de silencio, una oleada de indignación emergió entre los grupos concursantes. Jaime lo vio en sus rostros. Las palabras de Roque eran el aliento necesario que todos aquellos chicos necesitaban para sentir aflorar sus esperanzas de nuevo. Si los Sustain Souls habían quebrantado las reglas, cualquier

otro grupo tendría posibilidades de ganar aquella noche.

Los Reyes de Queens fueron los primeros en pronunciarse.

—¡Nuestra función habría quedado mucho mejor si también hubiésemos tenido ayuda!

Saúl se levantó enfurecido.

—¡Tú, cállate, Cuatropajas, si no quieres irte *calentito* a tu casa esta noche!

—¡Saúl...! —Dulce tiró de su brazo, obligándole a tomar asiento de nuevo.

—¿Por qué ellos han podido utilizar más actores y nosotros no? —Los niños de Las Águilas Rojas alzaron sus voces por encima del tumulto general.

—¡Es cierto! ¡Nosotros creíamos que eso no se podía hacer! —Aquellos eran los componentes de Brisa del Diablo. Jamás hasta entonces se habían posicionado en contra de los Sustain Souls, así como tampoco lo habían hecho Las Águilas Rojas, ni los numerosos grupos que a continuación se pronunciaron en el mismo tono de protesta y enfado.

Por su parte, los Sustain Souls y la pandilla de Edu contemplaban petrificados el desarrollo de los acontecimientos. Finalmente, Alexander se puso en pie.

—¡Decís que no figura escrita en ningún sitio la posibilidad de poder utilizar actores ajenos al grupo, pero tampoco se ha escrito lo contrario! —Luego se acercó decidido al pie del escenario. Su padre se hallaba entre él y los dos grupos

descalificados—. ¡Jaime! —gritó de nuevo—. ¡Revisa el panfleto de la *gymkhana*!

¡No hay ninguna indicación que...! —Pero su voz quedó ahogada por las escandalosas voces de protesta de los grupos restantes. Solo Silver Road, Las Diosas del Alba, Metal Riff y Cruce de Caminos se mantenían en silencio, confusos

ante el desarrollo de los acontecimientos.

Jaime contemplaba la situación visiblemente irritado. La historia parecía repetirse una y otra vez, y los culpables eran siempre los mismos.

—¡Silencio! ¡Silencio, he dicho! ¡Callaos todos ahora mismo!

Los muchachos tardaron en obedecer, pero finalmente lo hicieron.

—¡Y vosotros...! —Dirigió una amenazadora mirada a Roque Mariposas y sus acompañantes, quienes se mantenían imperturbables al pie del tablado—. Idos

de aquí ahora mismo.

Roque mantuvo su mirada el tiempo suficiente para hacer entender al coordinador que su autoridad no le imponía lo más mínimo. Luego emprendió una

retirada silenciosa, con aquella media sonrisa dibujada en su rostro, mientras los Cadillac Rojo y Los Legionarios del Sur le seguían los pasos.

La calma no regresó a la plaza hasta que todos los presentes los vieron perderse de vista. Los Sustain Souls y los Silver Road los observaron desaparecer

por el camino que conducía hacia el norte. A ninguno de ellos le costó imaginar a

dónde se dirigían.

Jaime retomó la palabra.

—Señores del jurado, suban ahora mismo al escenario. Vamos a zanjar este problema cuanto antes.

Los cuatro monitores que formaban parte del jurado se levantaron de sus asientos y subieron al escenario por uno de sus laterales. Aquello originó un nuevo

revuelo en la plaza, pero los Sustain Souls ni siquiera se movieron de su mesa.

Alexander regresó junto a ellos y el grupo al completo observó deliberar entre murmullos a los cinco componentes del jurado. Jaime había dejado el micrófono sobre la mesa, de modo que resultaba imposible oír sus palabras, pero en cierto momento de la conversación se dirigió a la mesa y tomó de ella un panfleto publicitario de la *gymkhana*. El panfleto fue pasando de mano en mano mientras los monitores se replicaban unos a otros enérgicamente. Aquella

situación estaba

acabando con la templanza de los Sustain Souls, y cuando los muchachos ya creían

no poder soportar más la espera, el corrillo se disolvió y Jaime tomó el micrófono

de nuevo. Los chicos trataron de leer en su mirada, pero esta se mostraba completamente inexpresiva.

—Después de este minuto de deliberación—su voz sonaba neutra, carente de cualquier emoción—, por tres votos a favor y dos en contra, el jurado asume que

las obras de teatro deben estar representadas únicamente por los componentes del grupo concursante. Así pues, los Sustain Souls quedan descalificados de esta prueba.

Su representación no es válida.

Al principio ningún Sustain Souls supo reaccionar. Escuchaban a Jaime y lo miraban sin poder creer que aquello estuviera sucediendo realmente. Luego Leo hizo un puchero con el rostro y rompió a llorar. Algunos de los niños de la pandilla

de Edu tampoco se sintieron con fuerzas suficientes para controlar las lágrimas.

Gran parte de los adultos los contemplaban conmovidos. Jaime continuó hablando.

—A continuación nombraremos a los grupos concursantes para que suban al escenario y hagan recordar al público y al jurado sus diferentes

representaciones teatrales. Tras el desfile, anunciaremos el equipo ganador de esta última prueba y...

Las palabras del coordinador hacían eco en las mentes de los Sustain Souls.

Cristina y Santiago luchaban duramente por contener el llanto, mientras que

Alexander, Claudia y Saúl parecían haberse convertido en piedra. No podían dar crédito a los acontecimientos. Después de tanto esfuerzo, tanto trabajo, tantas ilusiones, tantos obstáculos superados, después de haber luchado tanto durante aquellos dos meses de verano, una simple intervención de Roque Mariposas había

sido suficiente para desmerecerlos como se desmerece el vuelo de una mosca al aplastarla con una mano. Y para asombro de los muchachos, la *gymkhana*

continuaba ante sus ojos sin que nadie les dirigiera tan siquiera unas palabras de reconocimiento o consuelo. Solo sus respectivos progenitores los observaban

compasivos desde sus mesas, alentándoles con sus miradas a mantener la cabeza alta con la mayor entereza posible.

Pero los muchachos permanecían con sus miradas fijas en los grupos que subían y bajaban del escenario. Lentamente, un dolor incontenible se fue apoderando de ellos. Ahora Claudia también luchaba por contener sus lágrimas, y

en las miradas de Saúl y Alexander se reflejaba una impotencia desmedida, un odio

sangrante y certero. De tácito acuerdo, los seis se alejaron en silencio hacia los jardines de la iglesia, evitando de este modo que los otros concursantes los vieran

derrumbarse.

Una vez allí Saúl explotó en una cadena infernal de blasfemias y palabrotas mientras destrozaba un arbusto a patadas. Cristina se dejó caer al suelo, donde ocultó el rostro entre las piernas y rompió a llorar con toda su alma. El sombrero

de hechicera cayó a sus pies y ella misma arrojó la peluca al suelo. Alexander la contemplaba en silencio y con el corazón roto.

—No es justo... ¡No es justo...! ¡No es justo...! —La rabia de Santiago se mezclaba con sus lágrimas mientras arrojaba al suelo su capa y su corona de rey.

—Hemos hecho la mejor obra de todas... —Leo hipaba y balbuceaba sofocada,

con el rostro empapado en llanto.

—Jaime está avergonzado, ni siquiera nos ha mirado —habló Claudia con dolor contenido.

—¡Que le jodan a Jaime y que les jodan a todos! —Saúl estaba tan furioso que ni siquiera se contuvo de insultar cuando Dulce apareció junto a ellos.

—Lo siento muchísimo, chicos.

Los aplausos resonaban por toda la plaza. El desfile de grupos continuaba.

—Vuestros padres me han pedido que os lleve de vuelta a la plaza. Dicen que la *gymkhana* aún no ha terminado, que todavía podéis ganar y...

—¡Oh, venga ya! Todos sabemos quiénes van a ganar esta última prueba.

—Sí —añadió Santiago—, Cruce de Caminos y su parodia de *Hamlet*.

—Y Cruce de Caminos tiene casi la misma puntuación que nosotros. No



tenemos nada que hacer.

—Todavía no lo sabemos. Volved conmigo a la plaza, tiempo habrá para lamentarse después. No dejéis que el resto de los grupos os vean tan abatidos, sois

los mejores y todo el mundo lo sabe. ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Esta noche Vistaclara entera ha alucinado con vosotros! Nada ni nadie os puede quitar ese mérito. Estáis por encima de una simple *gymkhana*.

Dulce todavía tuvo que insistir más para lograr que Cristina, Leo y Santiago se levantaran y la siguieran a paso lento. Claudia, Alexander y Saúl los imitaron reticentes. Se detuvieron a la entrada de la plaza y desde allí contemplaron la bajada del escenario del último grupo.

—Y ahora, por favor —clamaba Jaime por el micrófono—, ¡voy a pedir que todos los presentes se pongan en pie y dediquen un gran aplauso a los diecisiete grupos concursantes! ¡También para los Sustain Souls, por supuesto! A pesar de su

descalificación, su función ha sido tan sorprendente que no podremos olvidarla jamás. Estos chicos nos han demostrado continuamente ser una caja de sorpresas, pero hoy más que nunca, hoy hemos descubierto que han nacido para ser músicos.

Estoy convencido de que ninguno de ellos ha dicho su última palabra al respecto.

Me atrevo a decir que lo que hemos visto aquí esta noche es solo el principio. ¡Así

que pido un gran aplauso, un aplauso que también incluya a los Sustain Souls!

Más de trescientas personas se levantaron y comenzaron a aplaudir.

—¿Creéis que deberíamos volver a nuestra mesa? —Cristina se volvió hacia

atrás, buscando la mirada de Alexander. Pero descubrió sorprendida que Alexander

ya no estaba allí. Saúl tampoco.

El representante de la discográfica Everly Music no daba crédito al desarrollo

de los acontecimientos, jamás había visto tanto talento infravalorado. Aquello era similar a mostrar un arcoíris en una reunión de ciegos. Por otro lado, ya había perdido de vista a los muchachos varias veces. De pronto los localizó en el otro extremo de la plaza, justo en la salida que conducía a la iglesia. Giró sobre sí mismo y trató de abrirse paso entre la gente. De nuevo el avance le resultaba penoso, la plaza se encontraba atestada de mesas, sillas, ancianos, niños pequeños...

Y ahora todos se habían levantado para aplaudir otra vez. Tras un dificultoso avance

de apenas diez metros, comenzó a abrirse paso a empujones. Y en esas se

encontraba cuando le pareció percibir por su lateral derecho el pelo rubio y rizado

de uno de los muchachos. Se volvió rápidamente hacia su derecha y reconoció al batería tratando de abrirse paso en dirección contraria a la suya. Delante de él, esquivando gente con la mayor agilidad posible, caminaba el bajista.

—¡Chicos!

Ninguno se volvió hacia él, la multitud y sus aplausos ahogaron su llamada. El

representante advirtió cómo los muchachos le sobrepasaban a apenas tres metros de

distancia. Maldijo en su fuero interno. Si no lograba alcanzarlos en ese momento, volvería a perderlos.

—¡Chicos!

Solo algunas personas lo miraron cuando gritó de nuevo, más molestas por sus empujones que por ninguna inclinación a ayudarlo.

—¡Por favor, llamad al batería! —Al bajista ya le había perdido de vista.

Pero la gente reaccionó de un modo muy distinto, abriéndose paso para permitirle avanzar. El representante logró acercarse dos metros más, ahora el rubio

estaba casi a su espalda. Entre aquella marejada de gente, el hombre extendió la mano y trató de aferrar el brazo del adolescente. Durante un instante lo tuvo en sus

manos, pero, sin volverse a mirar atrás, el chico alzó el brazo tratando de zafarse.

El representante de Everly Music recordaría aquel momento durante meses y años. Recordaría cómo la gente le empujaba en dirección contraria, cómo perdía el

brazo de Saúl entre la multitud y cómo el chico se alejaba hacia la salida norte del

pueblo. Durante años, el representante de Everly Music lamentaría atormentado que

el destino de todos aquellos jóvenes hubiera pendido de aquella mano que no alcanzó a retener al muchacho, de aquella asfixiante aglomeración de gente, de aquellos aplausos que ahogaron el éxito de los Sustain Souls antes de que hubiera

llegado a nacer.

Pero en aquel momento ignoraba que el fino hilo que apenas le unía a los chicos acababa de romperse, y todavía trató de avanzar siguiendo sus pasos, pidiendo a la gente que llamasen al batería, oteando la plaza con su mirada

hasta que

se detuvo agotado en medio de aquella aglomeración, rindiéndose a la evidencia de

que habían vuelto a escaparse de sus manos.

Caminaban a paso rápido y en silencio por la vereda de la cabaña. Hacía ya un

rato que habían dejado la plaza atrás y se sentían aliviados por el hecho de que ni

Santiago ni las chicas se hubieran percatado al momento.

Alexander jugueteaba nervioso con la navaja en el bolsillo de su pantalón. No

se había separado de ella ni para representar la obra, Saúl tampoco. Luego, sin detenerse siquiera, se desembarazó de su capa de caballero y la arrojó a la orilla del camino. Saúl hizo lo mismo con los colgantes que llevaba al cuello y, acto seguido,

tras un instante de lucidez, también arrojó la espada de bucanero.

Sobrepasaron la cerca de la cabaña y continuaron caminando. Gracias a la luz

de la luna se podía vislumbrar el camino de tierra. Y entonces un grito rompió el silencio de la noche.

—¡Álex!

Se volvieron hacia atrás y vieron llegar a Cristina con la capa de Alexander en

las manos.

Jadeante y sin aliento, se arrojó a sus brazos.

—¡No vayáis, Álex! ¡No vayáis! ¡Por favor, no vayáis!

El chico deshizo su abrazo.

—Aparta, Cris.

—¡Por favor! ¡Por favor, Álex! —Vio de pronto la navaja en la mano de Saúl y les miró aterrorizada—. ¡Dios mío! ¿Qué...? ¿¡Qué vais a hacer!?

—Vuelve a la plaza.

—¡Alexander! —Trató de detenerlo, pero el chico continuaba caminando con expresión hermética y la mirada al frente—. ¡Van a mataros! ¡Van a mataros!

Saúl la miró furioso.

—Vete a la cabaña y espéranos allí.

—¡No! ¡Se lo voy a decir a Jaime!

—¡Vete a la cabaña, Cris!

—¡Álex! —Trató de abrazar a Alexander de nuevo—. Por favor, Álex, por favor, si lo haces, dejaré de quererte, dejaré de quererte, ¡te dejaré! ¡No volverás a verme nunca más!

Durante un breve instante, Alexander se detuvo y fijó en ella sus oscuros ojos rasgados. Una sombra de duda asomó a su rostro y de sus labios pareció querer salir una respuesta que no llegó a nacer. Después, su expresión se endureció de nuevo.

—Espérame en la cabaña.

Cristina lo miró paralizada al tiempo que el muchacho se desembarazaba de ella por segunda vez y reanudaba la marcha junto a Saúl.

Sobrecogida, los observó alejarse a paso rápido. Y en ese momento sintió la absoluta certeza de que aquella era la última vez que los veía caminar juntos. La última vez en la vida.

Un miedo helado la paralizó por dentro y rompió a llorar en un brusco sollozo.

Todavía insegura, caminó tras ellos una docena de metros hasta que la voz de Leo le hizo volverse hacia atrás. La pelirroja corría hacia ella. Al verla, Cristina se apresuró a su encuentro.

—¡Avisa a Jaime, Leo! ¡Corre a avisar a Jaime! ¡Quieren matarse! ¡Van a matarse!

Leo la miró aterrada y, todavía exhausta, giró sobre sí misma y se encaminó apresuradamente hacia la plaza.

Cristina la siguió llorando, a paso lento. Luego cambió de dirección y corrió tras Alexander y Saúl. Pero se detuvo aterrada al imaginar lo que podría encontrarse en el camino.

¿Qué le habían dicho? Que los esperase en la cabaña.

Incapaz de controlar el llanto, tomó rumbo a la cabaña. Cruzó la cerca, sacó la llave bajo la piedra y trepó a la encina de forma mecánica. Apenas sentía fuerzas suficientes para mantenerse en pie. Temblando y sollozando, abrió la puerta y encendió las linternas que pendían del techo. Descubrió entre lágrimas la sala vacía.

Solo quedaba el espejo, los amplificadores a pilas y restos de tabaco y chucherías.

Salió a la terraza y contempló la oscura dehesa, no se oía más que el canto de los grillos. Presa del pánico, entró en la cabaña de nuevo y paseó nerviosa otra vez.

Luego descubrió un paquete de tabaco en un rincón. Lo abrió y vio que todavía le

quedaba un cigarrillo. Buscó un mechero y lo encendió temblorosa. Aspiró y fumó

ávidamente, pero se detuvo al encontrar su reflejo en el espejo. Por un instante había sentido la desagradable impresión de estar siendo contemplada por sí misma

a través de aquel mar de lágrimas y expresión de miedo. Frunció el ceño y se tranquilizó al recibir el mismo gesto en su reflejo, de modo que continuó fumando

durante lo que a ella le pareció una horrible eternidad.

Oyó entonces una voz gritando su nombre. Se asomó a la terraza de nuevo y

trató de vislumbrar entre las ramas de la encina. Alguien se acercaba corriendo hacia ella. Al poco descubrió que se trataba de Santiago, todavía disfrazado de rey.

Elvis corría junto a él.

—¡Chicos! ¡Cris!

Cristina arrojó la colilla al prado y se apresuró al otro extremo de la terraza,

por donde lo vio subir con Elvis en brazos. Al llegar a la plataforma, Santiago liberó al animal, y fue entonces cuando Cristina reparó en los papeles que llevaba

en la mano.

—¡Lo conseguimos! ¡Lo conseguimos! —Su mirada brillaba de emoción y entusiasmo y su voz brotaba exultante, casi temblorosa—. ¡Cruce de Caminos no ha ganado la prueba de la función! ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos ganado la *gymkhana*, Cris! ¡Hemos ganado la *gymkhana*! ¡Las entradas son nuestras! ¡Vamos a ir al concierto de U2! —Agitaba las seis entradas de U2 en la mano, pero enmudeció cuando vio la expresión de miedo en el rostro de Cristina.

—¿...Qué pasa?

—¿No has visto a Leo?

—Me la he cruzado, pero no ha querido escucharme... —Miró en derredor—.

¿Dónde están Álex y Saúl?

Alexander no se había equivocado en sus deducciones, les estaban esperando en su terreno, junto al poste donde habían atado a Cristina durante la prueba de la

búsqueda del tesoro. Las puertas del recinto estaban abiertas. Eran doce o trece y todos enmudecieron cuando vieron aparecer a los muchachos.

Saúl guardó la navaja en el bolsillo y se adentró en el recinto junto a

Alexander. En la ciega negrura de la noche, las siluetas de los chicos se recortaban

amenazantes y siniestras junto al poste de madera. Ninguno de los reunidos

pronunció palabras de amenaza o sorpresa cuando vieron llegar a los Sustain Souls,

ni siquiera susurros a media voz. La opresión de aquel silencio provocaba que los

pasos de los muchachos al acercarse al grupo resultaran estremecedores.



Finalmente se detuvieron a diez metros de ellos.

A la pálida luz de una bombilla colgada del techo del establo, los dos amigos pudieron reconocer aquella expresión de satisfacción y odio en los ojos de Roque

Mariposas.

—Tú, hijo de puta, tú y yo solos. —Alexander le hizo un gesto para que se adelantara.

Por toda respuesta, Roque levantó el brazo en cabestrillo y lo miró con desprecio.

—Te sentirás muy valiente.

A Alexander le hervía la sangre de puro odio.

—¿Te lo sentías tú cuando ataste a Cristina?

Roque Mariposas lo miró fijamente durante un segundo.

—No voy a pelear en inferioridad de condiciones. —Se volvió hacia los chicos —. Traedle un pañuelo y atadle un brazo. —Luego se volvió hacia Saúl —.

Atadlos a los dos.

Alexander era diestro y solo una idea cruzó su mente en aquel momento: no iba a consentir que le atasen el brazo derecho.

Y mientras algunos chicos se apresuraban al interior del establo, Saúl intervino por primera vez.

—Beni Mariposas. Tú, conmigo.

El aludido lo miró con desdén.

Enseguida regresaron los muchachos del establo y ataron las manos

izquierdas de Saúl y Alexander a sus espaldas. Luego hicieron lo mismo con Beni

Mariposas.

—Tú también, Roque —exigió Alexander.

—No puedo utilizarla.

—A tu espalda —añadió Alexander en el mismo tono.

Y Roque esbozó una sonrisa torcida antes de permitir que uno de los presentes le atara el brazo a la espalda.

Luego los muchachos se apartaron formando un corro y Saúl y Alexander quedaron en el centro del ruedo, encarados contra Beni y Roque Mariposas.

La voz de Roque resonó estremecedora:

—Ahora sacad las navajas que tenéis en los bolsillos.

Alexander y Saúl palidecieron.

—¿Qué navajas? ¿Qué...?

—Las navajas que tenéis en los bolsillos, Barrotes. —A continuación, Roque echó mano al bolsillo trasero de su pantalón y mostró ante los muchachos una navaja automática. La hoja saltó al presionar el resorte.

—Vamos, chicos, traedle una a mi hermano. Se pensaban estos dos «listillos» que podían jugarlos como si nos hubiéramos caído de un guindo.

Uno de los chicos tendió otra navaja a Beni mientras un coro de insultos caía sobre los Sustain Souls.

Alexander y Saúl se sentían paralizados. Acababan de perder el único as que tenían en la manga y ahora se encontraban con un brazo atado a la espalda ante Roque, Beni Mariposas y el resto de sus pandillas, cercados en su territorio y sin posibilidad de recibir ayuda. Y en sus dos corazones, el ciego deseo de venganza había dado paso a un frío análisis de la situación. Para ninguno de ellos cabía ya la

menor duda de que habían cometido un error terrible al precipitarse de semejante manera al encuentro de los chicos. Ahora se encontraban en la boca del lobo y la presión del miedo les palpitaba en las sienes y les bañaba la frente de un sudor frío

y cortante.

Alexander se sintió entonces golpeado por el recuerdo de Cristina

suplicándole entre lágrimas que se quedara con ella, y el dolor del arrepentimiento

atenazó su pecho.

Fue solo un suspiro antes de que la tempestad se desatase porque,

repentinamente, descubrió que Saúl tenía ya la navaja en su mano y Roque y Beni Mariposas habían comenzado a estrechar la distancia entre ellos, de modo que sacó

la navaja del bolsillo y presionó el resorte de la hoja.

Durante un largo minuto los dos hermanos se dedicaron a caminar en círculos a su alrededor, mientras Alexander y Saúl medían sus movimientos, detenidos en el

centro del círculo y colocados espalda contra espalda.

Pasaron dos minutos, tres minutos. Los hermanos pretendían agotar su entereza, provocar un mal movimiento. Alexander lo sabía y se mantenía frío como

una estatua de mármol, pero en el fondo intuía que Saúl estaba comenzando a perder su paciencia. Y también intuía que Roque lo intuía, de modo que su corazón

se desbocaba nervioso cada vez que este último se perdía a su espalda. Se encontraba mucho más atento a Roque Mariposas, incluso en los momentos en los

que no podía verlo, que a su hermano pequeño. De Beni apenas esperaba un par de

ataques bien controlados, sin intención de herir gravemente. De Roque esperaba cualquier cosa.

Y sucedió entonces que, teniendo a Roque frente a sí, oyó un grito breve a su espalda y luego vio a Beni retrocediendo asustado. Un filo hilo de sangre se deslizaba por la parte superior de su brazo derecho.

—Vamos, cabrón. —Era la voz de Saúl y sonaba espesa y ronca, apenas reconocible.

Y antes de que tuviera tiempo de reaccionar, Alexander sintió un aguijón de dolor en el hombro izquierdo. Roque acababa de rozarle con la navaja y el corro de

testigos lo celebraba entre vítores.

Se volvió hacia el muchacho, tratando de aparentar indiferencia, pero aquello dolía más de lo esperado. Le había cortado el blusón blanco y la sangre manaba abundante. Aferró el mango de la navaja con fuerza y trató de alcanzar su hombro

derecho, pero el chico se ladeó hacia la izquierda, al tiempo que rasgaba de nuevo

su hombro izquierdo.

Alexander gritó dolorido, le había cortado en el mismo lugar. Se llevó la

mano al hombro y un súbito empujón de Saúl le hizo trastabillar hacia Roque. Se ladeó a tiempo de evitar que la navaja de Roque rozara su cuello. Lo miró conmocionado durante un breve instante. Aquello iba mucho más en serio de lo que

a él le habría gustado. No sabía qué hacer exactamente. De pronto entendía que no

quería matar a nadie, ni siquiera a Roque Mariposas, no quería hacer algo de semejante gravedad. Y herirle en los brazos era del todo imposible. Roque era más

alto y tenía mucha más destreza con el uso de la navaja.

Como si el chico le hubiera leído el pensamiento, de repente se acercó lo suficiente como para empujarle contra Saúl.

—¡Alcaldesito, me aburres! ¿A qué coño crees que estamos jugando? —Y le golpeó el rostro con el dorso de la mano.

Aquello tuvo el efecto deseado. Alexander se sintió encolerizado de nuevo y rasgó el aire con el filo de la navaja a pocos centímetros de su rostro. Luego trató

de acercarse, rasgando el aire una y otra vez hasta que consiguió cortarle la mejilla.

Roque maldijo y gritó antes de abalanzarse sobre Alexander. Este retrocedió

hasta empujar a Saúl y luego oyó un grito a su espalda. Cayó en tierra. Alguien lo

cogió del blusón y le golpeó el rostro varias veces. Alexander escupió sangre y golpeó ciegamente con el puño. Aunque todavía no lo sabía, acababa de romper la

nariz a Beni Mariposas. Le empujó furioso hacia un lado y luego cayó sobre él. De

pronto quería golpear hasta matar. Lo hubiera logrado si no le hubieran

interrumpido. Alguien lo levantó violentamente y lo lanzó al suelo para sentarse a

horcajadas sobre él.

—¡Rómpele la cara! —Era Beni Mariposas. Su voz sonaba distorsionada

porque se había cubierto el rostro con la mano, tratando de frenar la sangre que manaba de su nariz.

Todavía tumbado bocabajo Alexander buscó a Saúl con la mirada. Lo halló a

pocos metros de Beni, tendido en el suelo y completamente inmóvil. El corazón se

le disparó contra el pecho.

—Saúl... ¡Saúl!

El rubio reaccionó al oír su voz y alzó el rostro. Roque Mariposas debía

haberle golpeado en el estómago porque el chico tenía la mano en el vientre.

Apenas había comenzado un débil intento de ponerse en pie, cuando Roque se volvió hacia él.

—¡Saúl está bien! ¿Verdad, Saúl? —Venció la distancia que le separaba del

rubio a grandes zancadas y lo tumbó de nuevo con una patada—. Demasiado bien.

—Después lo agarró del cabello y tiró de él hasta obligarle a ponerse en pie.

Saúl se alzó dolorido, bramando todo tipo de insultos. Un rápido vistazo al suelo le hizo descubrir su navaja a varios metros de distancia, completamente fuera

de su alcance.

—¿Qué hacemos con él ahora? —continuó Roque. Y con una facilidad abrumadora logró inmovilizarle la única mano que le quedaba libre.

—Córtale el pelo. Parece una niña.

—Rájale la cara.

—Rómpele la nariz. —Aquel era quien estaba sentado sobre Alexander y este comprendió enseguida que se trataba de Toro.

—Algo mucho más interesante... —replicó Roque. Y seguidamente, se volvió hacia Saúl—. Dime una cosa, Barrotes, ¿cómo es eso de que sabes tocar la batería?

Saúl alzó el rostro, poseído por un sentimiento de pánico. Y por instinto, Alexander comenzó a forcejear su muñeca izquierda, tratando de librarse del cordel.

—Os voy a decir lo que vamos a hacer con él. Vamos a romperle los dedos.

Traedme un martillo. —Roque buscó voluntarios entre sus camaradas.

—Yo voy —respondió Beni.

Saúl se revolvió como un perro furioso, aterrado y fuera de sí, tratando de golpear a Roque Mariposas. Pero este apenas le dejaba libertad de movimientos.

Alexander lo contemplaba todo como a cámara lenta. Si le rompiese los dedos y el daño llegase a algún nervio Saúl no podría volver a tocar la batería jamás en su

vida. No al menos de una forma profesional. Sus posibilidades de tener una vida mejor que las que aguardaban a Roque y Beni Mariposas estaban a punto de

desvanecerse.

Vio entonces a Beni saliendo del establo con un martillo en la mano y su corazón se aceleró hasta una velocidad imposible. Desesperado, trató de liberar su

mano izquierda. Toro se levantó en ese momento y, tomándolo de la mano atada, le

obligó a ponerse en pie. Saúl gritaba fuera de sí, incapaz de deshacerse de Roque Mariposas.

—Ahí, sobre el capó del coche. —Indicó este último a su hermano. Y luego él mismo arrastró a Saúl ante aquel viejo coche desvencijado. Lo agarró del cuello y

le obligó a inclinar el rostro hasta aplastarlo sobre el capó.

Saúl se debatía furioso, gritando todo tipo de insultos y amenazas. Como única respuesta, Roque tomó su mano libre y la extendió sobre el capó. Luego lo inmovilizó desde la muñeca.

—Golpéale, Beni.

Saúl vio al menor de los hermanos alzar el martillo sobre su cabeza y un miedo helado catapultó su corazón contra su pecho.



—¡Dios, no! ¡Dios, no!

—¡Beni! —La voz de Alexander resonó en la negrura del terreno—. ¡Si le rompes un solo dedo te mataré!

Roque se volvió hacia él, incapaz de creer lo que había oído.

—¿Cómo has dicho?

—Le mataré a él y luego te mataré a ti. Quizá no esta noche, ni mañana. Pero lo haré. No me importa ir a la cárcel. Ya no me importa. Juro por Dios que lo haré.

Os mataré a los dos.

Nadie pareció reaccionar durante un eterno segundo. Luego Roque se deshizo de Saúl como si fuese un fardo que lanzase al suelo y a continuación se encaminó

directamente hacia Alexander.

—Recoge tu navaja.

Toro liberó al muchacho justo en el momento en el que este lograba deshacer su mano del cordel. Seguidamente se inclinó para recoger su navaja del suelo y antes de llegar a tocarla siquiera, Beni se lanzó sobre él. Saúl no esperó a ver nada más. Un segundo después saltaba sobre la espalda del hermano pequeño y le

arrojaba al suelo. Alguien le golpeó en la espalda y luego sintió una lluvia de patadas e insultos cerniéndose sobre él.

Se habían roto las reglas y ahora todos los presentes querían intervenir.

Por su parte, Alexander estaba tratando de levantarse cuando un brazo le aprisionó el cuello violentamente y le empujó hacia atrás. Sintió odio e impotencia,

ya empezaba a estar harto de la misma jugada. Antes de que le obligasen a ponerse

de rodillas, tanteó la tierra con los dedos a tiempo de poder recoger la navaja, y mientras aquel brazo de hierro le cortaba la respiración, hendió el aire hacia atrás

con todas sus fuerzas.

Después un puño de acero rodeó su muñeca y llevó su brazo a la espalda.

Alexander resistió hasta que el dolor le hizo creer que le habían roto el brazo. Solo

entonces soltó la navaja y trató de recobrar el aliento. Alguien le golpeó en la cara, sintió la sangre deslizándose por su nariz y luego recibió otro puñetazo. Trató de deshacerse de aquellos brazos que le paralizaban, pero apenas tenía ya fuerzas.

Después vio cómo Roque Mariposas se agachaba ante él para recoger la navaja y lanzó una violenta patada a su rostro. El chico cayó al suelo. Cuando volvió a levantarse, tenía el labio partido y la navaja en la mano.

Saúl lo vio a cinco metros de distancia, con el corazón paralizado. La mano de

Roque clavando la navaja en el vientre de Alexander hasta la empuñadura. Ni siquiera Toro, el cual tenía inmovilizado a Alexander, pudo ver venir aquello. Al momento le liberó y el muchacho se dobló en silencio sobre sí mismo.

Saúl gritó aterrado.

Cristina sollozaba incontenible en el interior de la cabaña, al tiempo que

Santiago la contemplaba fuera de sí.

—¿¡A dónde han ido, Cris!?

—Tengo miedo, Santi... ¡Tengo mucho miedo...!

—¿¡A dónde han ido!? ¡Por Dios, Cris, dime a dónde han ido!

—¡No puedo! ¡No quiero que te pase nada!

—¡Tengo que ir con mi hermano! ¡Dime a dónde han ido!

—¡No!

—¡Cris!

—¡No, Santi...! Mierda... Han dicho que les esperemos aquí, han dicho...

—Oh, Dios, Cris... —Santiago sintió cómo las lágrimas acudían a sus ojos —.

¿Te ha dicho Álex que les esperes aquí?

—Sí, han dicho..., han dicho... —Cristina hipaba y se ahogaba en sus propios sollozos.

—¿Cómo es posible...? —Entonces Santiago enmudeció de pronto y la miró

fijamente a los ojos. Su rostro no reflejaba ya ninguna muestra de miedo y nerviosismo, sino más bien un dolor abierto y desgarrado—. Yo nunca te habría

dicho eso.

—¿Qué?

—Yo nunca te habría tratado así, nunca te habría cambiado por una pelea.

Nunca en la vida.

Cristina detuvo sus sollozos, no lograba entenderlo. Y como si Santiago

podiera leer su pensamiento, añadió derrotado:

—¿No lo entiendes, Cris? Yo te quiero. —Su voz se quebró un instante—. Te quiero.

Cristina lo miró paralizada y con la respiración entrecortada. De pronto se abrió en su mente un atisbo de comprensión y, aún así, apenas podía creerlo.

—Santi...

En aquel momento, la expresión del pequeño se transfiguró por completo.

Llevaba ya un rato percibiendo algo a lo que no había querido prestar suficiente atención. Pero llegado a ese punto, una alarma saltó en su mente y, dejando a un lado el inminente peligro en el que debían encontrarse Saúl y Alexander, alzó el rostro y olfateó el aire.

—¿A qué huele...?

Cristina lo miró paralizada.

—A... quemado.

Santiago corrió a la terraza y se asomó por el extremo donde se encontraba la escalera.

—¡Cris! ¡Dios, Cris!

Cristina corrió junto a él y vio algo que catapultó su corazón a una

enloquecida carrera de pánico: la hierba en llamas al pie del árbol. La escalera también ardía.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Santiago corrió aterrado al extremo opuesto de la

terracea y descubrió que las frondosas ramas de la encina estaban comenzando a arder como una cortina de fuego ante sus ojos.

—¡Tenemos que saltar! ¡Tenemos que saltar enseguida!

—¿¡Por dónde!? ¡Dios, ¿por dónde saltamos?!

—¡Quítate ese vestido! ¡Quítatelo!

Y mientras Cristina se desvestía su disfraz de hechicera y quedaba tan solo en braguitas y camiseta interior, Santiago corrió al extremo oeste de la terraza en busca de una última oportunidad. Fue entonces cuando advirtió aterrado la vertiginosa velocidad a la que se extendía el incendio. Una parte de sí lo entendió enseguida, no había posibilidad de saltar. Estaban cercados por las llamas.

Roque Mariposas había retrocedido lentamente, tomando repentina conciencia de lo que acababa de hacer, y Alexander había caído de rodillas en tierra. Podía

sentir la sangre deslizándose caliente y espesa por su vientre. Con el corazón golpeándole el pecho tomó el mango de la navaja y la extrajo lentamente. Y al hacerlo, evocó el rostro de Cristina, empapado en lágrimas y suplicándole que se quedara con ella. Y sintió que no viviría para volver a verla. Evocó a sus padres y

lamentó con profundo dolor que nunca hubieran sido capaces de entender cuánto les

había necesitado; también evocó a su hermano, lamentando que su último recuerdo

de él fuera aquella pelea en el garaje; pensó en Leo, Claudia, Santi, Dulce y Jaime y

se preguntó atormentado a dónde podrían haber llegado los Sustain Souls en el mundo de la música. Él jamás lo sabría. Luego su mente voló de nuevo hacia Cristina y se recriminó aquella estúpida y suicida forma de separarse de ella. Y todo

aquello sucedió en el brevísimo instante que necesitó para extraer la navaja. Y cuando por fin lo hizo, descubrió perplejo que la sangre apenas había manchado el

último centímetro de la hoja.

Se había hecho un demoledor silencio a su alrededor. Tembloroso, levantó su blusón y descubrió el cojín atado a su vientre. Había llegado a olvidar que lo llevaba puesto.

Se dejó oír un coro de sorpresa y alivio. Saúl corrió y se arrodilló junto a él.

—¡Quítatelo! ¡Quítatelo!

—No es nada...

—¡Quítatelo! —Se había liberado del cordel y con las dos manos libres le arrancó la cinta aislante y el cojín.

Los muchachos contemplaron un fino reguero de sangre manando del vientre de Alexander.

El rubio se volvió hacia Roque Mariposas, completamente frenético.

—¡Hijo de puta!

Roque no respondió.

—¡Hijo de puta! ¡Asesino de mierda! —Se abalanzó sobre él.

Nadie intervino en aquella ocasión. Incapaz de defenderse, Roque cayó al suelo con Saúl encima.

Alexander se levantó lentamente.

—Saúl...

Pero Saúl no escuchaba. Gritaba y maldecía al tiempo que zarandeaba al muchacho.

—Saúl... —Alexander sintió un miedo sordo renaciendo en su interior—.

¿Qué cojones es eso?

En el oscuro horizonte de la noche, una lengua de fuego se elevaba al cielo entre culebras de humo, exactamente en la zona donde estaba situada la cabaña.

Claudia corría por el camino que conducía a la cabaña. Y lo hacía sin saber exactamente a dónde dirigirse, angustiada por las nerviosas explicaciones de Leo.

De pronto se detuvo. Había fuego en la dehesa.

Sintió entonces un golpe de dolor en el pecho, su corazón desbocándose aterrado. Había caminado tantas veces por allí durante aquel verano que no le cabía

la menor duda del lugar exacto donde nacían las llamas.

—Oh, Dios... Dios... —Un miedo helado la paralizó durante un segundo.

Luego giró sobre sí misma y emprendió la carrera en dirección a la plaza.

Corrió tan rápido como se lo permitieron sus pasos, sintiendo helarse su garganta con cada bocanada de aire que aspiraba desesperadamente.

Por fin llegó a las primeras casas del pueblo y advirtió consternada que sus luces estaban apagadas. Comprendió que todo el pueblo se hallaba todavía en la plaza, visiblemente conmocionado por cuanto estaba sucediendo. Claudia

forzó la marcha sin pensarlo siquiera, con el corazón tan acelerado que le hacía daño en el

pecho, corriendo con toda su alma, como si ya no hubiera nada más que hacer en

aquella trágica noche, como si el mundo estuviera tocando a su fin.

Veinte metros más y llegaría a la plaza. Ya podía ver la gente en las últimas mesas, el escenario luciendo el decorado de su obra de teatro bajo el calor de los

focos, grupos de niños jugando y riendo, ajenos por completo al drama que se estaba sucediendo en la dehesa. Claudia forzó la carrera todavía un poco más. Entró

en la plaza y chocó contra varias mesas y sillas antes de caer de rodillas en el suelo.

—¡¡¡FUEGO!!!

El calor de las llamas les abrasaba la piel y el humo les hacía toser cada vez

con más desesperación. Se habían quedado paralizados en la terraza, doblados ahora sobre sí mismos, con los ojos llorosos e incapaces de respirar. Cristina levantó el rostro y vio a Santiago con Elvis en brazos y las entradas del concierto

aún en la mano. El animal lloraba aterrado.

Apenas podía creer que la muerte se les estuviera echando encima mientras su

abuela permanecía en la plaza, ajena por completo a semejante catástrofe.

Pensó en

Alexander y quiso llorar y gritar, pero no tenía aire para ninguna de las dos cosas.

Fue entonces cuando entendió que iba a morir. Una parte de sí misma se reveló



aterrada en su interior, otra le pidió a Dios que todo aquello sucediera rápido y sin

dolor. Oyó los gritos aterrorizados de Santiago y sintió que nada de aquello estaba

sucediendo realmente. Era como presenciar una película, algo irreal y ajeno a su propia existencia.

Fue entonces cuando escuchó la voz de Alexander gritando su nombre.

—¡Álex! ¡Álex!

Alexander había rezado para evitar oír su voz, pero Cristina estaba allí y la encina era una bola de fuego sin posibilidad de acceso. De repente vio la figura de

la chica en la terraza, al contraluz de las llamas y el humo.

—¡Salta! ¡Tienes que saltar! ¡Tienes que saltar!

—¡No podemos! ¡No podemos!

—¡Salta al suelo! —Advirtió la maleza ardiendo bajo el árbol y se quitó el blusón—. ¡Salta hasta mí! ¡Salta ahora!

—¡No podemos!

—¡He dicho que saltes!

Y fue el imperativo tono de su voz lo que la instó finalmente a saltar sobre el

fuego. Sintió sus pies quemándose sobre las sandalias. Un segundo después cayó entre las llamas y el fuego abrasó sus piernas. Lanzando un alarido de dolor se precipitó a una ciega carrera sin control, pero un violento golpe en la espalda la hizo caer al suelo y rodar sobre sí misma. Luego percibió las manos de Alexander

envolviéndola en algo parecido a una toalla mientras oía su voz.

—¡Quieta, Cris! ¡Estate quieta! ¡Estate quieta!

Cristina gritaba enloquecida por el dolor.

—¡Cris! ¡Cris!

Alexander levantó el rostro, aterrado. Era la voz de Santiago. Cristina trató de incorporarse.

—¡Salva a Santi! ¡Salva a Santi!

Alexander le oyó gritar y vio las llamas consumiendo la terraza. De pronto descubrió a Cristina haciendo algo tan imposible como levantarse y cojear para socorrer al niño. La agarró de los brazos y la empujó hacia atrás. El fuego había crecido hasta formar una muralla entre la terraza y el suelo, aunque Santiago saltara

como lo había hecho Cristina, se quemaría entero.

Una parte de Alexander murió en aquel momento. Tomando la decisión más dramática de su vida, cogió a Cristina de la cintura y la hizo retroceder para evitar

que lo presenciara.

Ella gritaba histérica, repitiendo sin cesar el nombre del pequeño, suplicando a

Alexander que lo salvara. El chico necesitó todas sus escasas fuerzas para alejarla

del árbol. Se colocó frente a ella y la fue empujando hacia la salida, al tiempo que

veía a Saúl atravesar la puerta de la finca y acercarse a la carrera.

Cristina no sentía el dolor de las quemaduras. Tenía la mirada y el alma fijas

en la encina incendiada, buscando aterrada algún indicio de Santiago, pero no podía

ver nada entre las llamaradas. De pronto creyó distinguirlo, poniéndose en pie, todavía con Elvis en brazos y sacando las entradas de U2 de su bolsillo. Lo vio entre

las llamas y se preguntó por qué ya no gritaba. Luego el niño levantó el rostro al

cielo y un segundo después, desapareció de su vista.

A Cristina se le cortó la respiración y enmudeció aterrorizada. Santiago ya no estaba. Santiago había desaparecido con Elvis en brazos. Se había ido.

Vio entonces las llamas cerniéndose sobre el espacio vacío hasta cubrirlo por completo. Un grito de desesperación brotó de su garganta. Durante un instante creyó que iba a perder el conocimiento.

A continuación descubrió a Saúl corriendo hacia la encina, gritando el nombre de su hermano, con el rostro descompuesto por el pánico. Oyó la voz de Alexander

devastada por el miedo, gritando que ya no había tiempo. Vio a Saúl caer de rodillas

ante la encina y llorar y gritar. Luego una nebulosa negra cubrió sus ojos y cayó desmayada sobre el hombro de Alexander.

Fin de la primera lectura

Darío cerró el manuscrito y contempló a la pequeña congregación.

Un aplastante silencio dominaba la sala, siendo interrumpido únicamente por el sonido de la lluvia y el tictac del reloj colgado en la pared.

Advirtió lágrimas en los ojos de algunas ancianas. Una de ellas se santiguó compungida. Buscó con la mirada al grupo de jóvenes. Lo miraban en un reverente

silencio. Algunas chicas se enjugaron el llanto. Luego volvió el rostro hacia doña

Elisa. La anciana permanecía con la mirada perdida en el suelo. La vio hacer un gesto de dolor. Después ella alzó el rostro y clavó en el muchacho sus despiertos ojos oscuros.

—Gracias, Darío. —Dirigió su mirada a los invitados—. Podemos continuar mañana, ya es muy tarde. Gracias a todos por venir. —Tenía la voz a punto de romperse. Se levantó temblorosa y abandonó el salón.

Doña Juana la miró con expresión desolada. Doña Gregoria y doña Justa continuaban sentadas a su lado, completamente inmóviles. Don Ignacio se levantó en silencio, se vistió su abrigo y atravesó la sala en dirección a la salida. Su despedida sonó como un débil suspiro. Abrió la puerta principal y salió a la lluviosa noche invernal.

Darío miró su reloj de pulsera y descubrió asombrado que hacía rato que había pasado la media noche. Sin embargo, nadie había interrumpido la lectura ni abandonado la sala antes de que finalizase. Se levantó lentamente y el grupo de jóvenes lo imitó al momento.

—¿Mañana a la misma hora? —Era el muchacho que había hablado al comienzo de la reunión, agradeciendo a doña Elisa la oportunidad de presenciar la lectura.

—Sí. —Miró de soslayo a las ancianas—. Si a todos os parece bien.

Ellas gruñeron y se miraron confusas, pero no replicaron. Por el contrario, se levantaron y se abrigaron para hacer frente al frío de la noche.

Darío observó aquel desfile silencioso en dirección a la salida y se preguntó abrumado y triste si realmente toda aquella gente regresaría a la tarde siguiente.

Cuando el salón quedó desierto, cogió el manuscrito y se dirigió a las escaleras.

Pero vio la luz de la cocina encendida y la puerta abierta. Se acercó y descubrió a

doña Elisa y a doña Juana fundidas en un fuerte abrazo. El pequeño Tomás

aguardaba en un rincón, somnoliento y confuso. Darío le dedicó una sonrisa. Luego

salió de allí. Se trataba de un momento privado para las ancianas.

Al pasar junto al recibidor descubrió la puerta principal abierta y a la joven que había sostenido a Gredos en brazos, guarnecida de la lluvia bajo el alero.

Todavía abrazaba al perro.

—¿Qué le pasó a Santi?

Darío la miró a los ojos y vio en ellos la misma vitalidad que había caracterizado siempre a Cristina. Se sintió conmovido.

—¿Tú qué crees?

—Creo que no murió en ese incendio.

Darío guardó silencio.

—¿No vas a decírmelo?

—Mañana a la misma hora.

Ella afirmó lentamente y dejó al animal en el suelo.

Gredos caminó decidido hacia la cocina.

—Hasta mañana, Darío.

—Hasta mañana. —La vio desaparecer bajo la lluvia. Se dio cuenta de que le hubiera gustado saber su nombre. Luego cerró la puerta y encontró a doña Elisa y a

doña Juana en el salón. Por primera vez desde que terminase la lectura, Darío sintió

el impulso de dar rienda suelta a sus impresiones.

—Ha sido un desastre.

Doña Elisa negó calmadamente con la cabeza.

—No es verdad.

—¿Ha visto sus caras? ¿Quién querrá venir mañana?

La mujer lo miró con firmeza.

—Darío, mañana vendrá tanta gente que no cabremos en este salón. Mañana muchas más personas sabrán lo que sucedió después.

[1] *Deja que los niños lo pierdan, deja que los niños lo usen, deja que todos los niños bailen.* «El hombre de las estrellas», David Bowie.

[2] «¡Oye, profesor, deja a los chicos en paz!».

[3] *No somos una amenaza, gente, no estamos sucios, no somos malos, queremos a todo el mundo, pero hacemos lo que nos da la gana.* «En época de verano», Mungo Jerry.

[4] *«Hágase la batería», y se hizo la batería. «Hágase la guitarra», y se hizo la guitarra. «Hágase el rock». «Hágase el rock», AC/DC.*

[5] *¿Puedes oír lo mismo que yo? Las puertas se han cerrado de golpe. Limitan tu imaginación, te mantienen donde ellos imponen. «La mirada del observador», Metallica.*

[6] *Te lo estás poniendo difícil, te estás metiendo dentro del fuego. «Dentro del fuego», Deep Purple.*

[7] *Con las luces apagadas es menos peligroso. Aquí estamos, entretenednos. Me siento estúpido y contagioso. «Huele como espíritu adolescente», Nirvana.*

[8] *No me importa nada mi reputación, estás viviendo en el pasado, esto es una nueva generación.*

*«Mala reputación», Joan Jett.*

[9] *Dama desdichada, tú sabes quién soy, tú sabes que no puedo dejarte escapar entre mis manos.*

*Ni caballos salvajes podrían apartarme. «Caballos salvajes», Rolling Stones.*

[10] *¿No sabes que nadie que esté vivo puede ser siempre un ángel? Cuando las cosas se tuercen, da mucha pena. «No me malinterpretes», Gary Moore.*

[11] *Porque quizá tú vas a ser quien me salve y, después de todo, eres mi maravilla. «Maravilla», Oasis.*

[12] *Sé que he sentido esto antes, pero ahora lo estoy sintiendo más todavía porque proviene de ti.*

*«Sueños», The Cranberries.*

[13] *Creo en ti incluso en las lágrimas y en la risa, creo en ti incluso cuando estamos separados, creo en ti incluso en la mañana próxima. «Creo en ti», Sinéad O' Connor.*

[14] *Libérate de tu carga, Fanny, libérate. Libérate de tu carga, Fanny, y ponla sobre mí.* «El peso», The Band.

[15] *Mama, mírame, voy camino de la tierra prometida.*

[16] *Voy por la autopista al infierno.*

[17] *¿Qué pensarías si cantara fuera de tono? ¿Te levantarías y me dejarías sola?* «Con la ayuda de mis amigos», The Beatles.

[18] *Tú eres mi ángel, ven y sálvame esta noche.* «Ángel», Aerosmith.

[19] *Respira tu sinceridad, respira tu inocencia para mí, respira tu palabra y hazme libre. Respira para hacerme respirar.* «Respira», Midge Ure.

[20] *Y si escuchas atentamente, la melodía vendrá a ti por fin, cuando todos sean uno y uno sea todo.* «Escalera al cielo», Led Zeppelin.

[21] «Besa a la chica».

[22] *No, no quiero enamorarme (este mundo solo va a romper tu corazón) de ti.* «Juego perverso», Chris Isaak.

[23] *Dices que me darás ojos en la luna de la ceguera, un río en tiempos de sequía, un puerto en la tempestad. Todas las promesas que hacemos, desde la cuna hasta la tumba, cuando todo lo que necesito eres tú.* «Todo lo que quiero eres tú», U2 .

[24] *Quiero escribir su nombre en el cielo, voy a caer libremente en la nada, voy a dejar este mundo por un rato. Y soy libre, estoy en caída libre, sí, soy libre, estoy en caída libre.* «Caída libre», Tom Petty.

[25] *Vistaclara, dulce hogar, donde los cielos son tan azules, Vistaclara, dulce hogar, Señor, voy de regreso a ti.*

[26] *Llamada a las armas. Defendeos.* «Los invasores», Iron Maiden.

[27] *Hoy voy a conocer a Cibeles.*



[28] *Aunque nada les mantendrá alejados, podemos ser héroes solo por un día, podemos ser nosotros mismos solo por un día.* «Héroes», David Bowie.

[29] *Es un juego de tontos, de pie bajo la fría lluvia, sintiéndote como un payaso.* «Es mal de amores», Bonnie Tyler.

[30] «Te quiero, tú sabes que te quiero». Cancionero Cristiano. Obispado de Gualeguaychú.

República Argentina.

[31] *Romeo, enfermo de amor, canta una serenata callejera, deprimiendo a todo el mundo con su canción de amor. Julieta, los dados estaban trucados desde el principio, y aposté y estallaste en mi corazón.*

«Romeo y Julieta», Dire Straits.

[32] «Te quiero, tú sabes que te quiero». Cancionero Cristiano. Obispado de Gualeguaychú.

República Argentina.

[33] *Si el cielo que vemos arriba se desplomase y cayera, o las montañas se derrumbaran hacia el mar, no lloraría, no lloraría, no derramaría ni una sola lágrima, siempre y cuando tú permanecieras a mi lado.* «Quédate a mi lado», Ben E. King.

[34] *Toma ahora otro pedacito de mi corazón, pequeño. Rómpele, rompe otro pedacito de mi corazón, cariño, sí.* «Pedazo de mi corazón», Janis Joplin.

[35] *Oye, oye ahora, cuando el mundo se nos venga encima, vendrán, ellos vendrán para construir un muro entre nosotros. Sabemos que no lo lograrán.* «No sueñes que se acabó», Crowded House.

[36] *Yo pelearía por ti, mentiría por ti, iría a la horca por ti, sí, moriría por ti.* «(Todo lo que hago) lo hago por ti», Brian Adams.

[37] *Escuché que había un acorde secreto que David tocaba y agradaba al Señor.* «Aleluya», Jeff Buckley.

[38] *Te enseñaré cómo tomarme, bajando, bajando, bajando. Y te enseñaré cómo amarme, así, así, así, y te enseñaré cómo tocarme, justo ahí, justo ahí, justo ahí.* «Canción de amor independiente», Scarlet.

[39] *Algunas cosas están destinadas a suceder. «No puedo evitar enamorarme»*, Elvis Presley.

[40] *No necesito discutir para probar que llevo razón, no necesito ser perdonado. No llores, no levantes la mirada, solo es vacío adolescente.* «Baba O' Riley», The Who.

[41] *De nuestros elaborados planes, el final; de todo lo que permanece en pie, el final. No más seguridad o sorpresa, el final. Nunca te miraré a los ojos... de nuevo.* «El final». The Doors.

[42] *Sabes que el día destruye la noche, que la noche divide al día, traté de correr, traté de esconderme. Cruza al otro lado, cruza al otro lado, cruza al otro lado, sí.* «Break on through». The Doors.